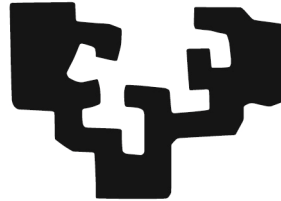


**UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO  
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA**

eman ta zabal zazu



**UPV EHU**

**Resistencia comunitaria no-violenta  
y construcción de paz positiva:  
análisis de los factores favorecedores  
de la estrategia no-violenta  
del movimiento indígena del norte del Cauca,  
Colombia (1971-2016)**

Autora:

**Alba Linares Quero**

Director:

**Karlos Pérez de Armiño**

**Tesis Doctoral  
Junio 2019**



*Para el pueblo nasa,  
por su ejemplo de resistencia y dignidad*





## Agradecimientos

*La realización de esta tesis se convirtió en los últimos años en un ejercicio de supervivencia. Y aunque tengo una “felicidad resiliente”, reconozco haber pasado los años más difíciles de vida. Por eso, no puedo hacer otra cosa que agradecer en primer lugar a las personas que, en diferentes momentos, me han sostenido durante esta etapa y, sin los cuales, no creo que hubiera podido terminar: mi madre, mi padre y mi bro, Javi, Arkaitz, Miguel, Susana, Ceci, María, Juanca, Ángel, Gabi, Paloma, Elier, Ras y Karolina. Gracias por vuestra escucha y apoyo incondicional.*

*Agradezco también a mi director Karlos, por haber sido amigo, además de “jefe”, por haber confiado en mi trabajo y haber facilitado el proceso de elaboración de esta tesis. Y extendiendo este agradecimiento a las personas que conforman el Grupo de Investigación “Seguridad Humana, Desarrollo Humano Local y Cooperación Internacional” y el Instituto Hegoa, con quienes siempre me he sentido emocional e intelectualmente conectada.*

*Así mismo, también agradezco a todas las personas que me ayudaron a realizar mi trabajo de campo en Colombia, en particular, al equipo del Instituto de Estudios Interculturales que confió en mi investigación y me puso todas las facilidades para acometer mis tareas.*

*Por último, no puedo dejar de agradecer al pueblo nasa por tantas enseñanzas. Sin saberlo ni pretenderlo, han dejado en mí una huella que será imborrable. A ellos les he dedicado este trabajo, porque esta tesis en definitiva siempre fue de ellos.*

Bilbao, 17 de junio de 2019



PAZ Y SEGURIDAD



# Índice

## Capítulo 1. Introducción

<b>1.1. Objeto de estudio</b> .....	<b>19</b>
<b>1.2. Estado de la cuestión, justificación e interés del estudio</b> .....	<b>20</b>
<b>1.3. Objetivos, pregunta e hipótesis de la investigación</b> .....	<b>25</b>
<b>1.4. Metodología</b> .....	<b>28</b>
<b>1.4.1. Investigación cualitativa y desarrollo del trabajo de campo</b> .....	<b>30</b>
1.4.1.1. Fuentes primarias recopiladas y analizadas .....	31
1.4.1.2. Ética de la investigación .....	37
<b>1.4.2. Técnicas cuantitativas</b> .....	<b>38</b>
1.4.2.1. Análisis de la información con Atlas Ti .....	38
1.4.2.2. Uso de las bases de datos del CINEP .....	39
<b>1.5. Estructura de la tesis</b> .....	<b>40</b>

## Capítulo 2. Revisión de la literatura sobre movimientos sociales

<b>2.1. Introducción</b> .....	<b>43</b>
<b>2.2. Aclaraciones conceptuales: ¿qué son los movimientos sociales?</b> .....	<b>44</b>
<b>2.3. La evolución de los enfoques teóricos del campo de estudios sobre movimientos sociales</b> .....	<b>49</b>
<b>2.3.1. Los enfoques clásicos: corriente irracionalista, teoría del comportamiento colectivo, teoría de la sociedad de masas y teoría de los agravios o privación relativa</b> .....	<b>50</b>
2.3.1.1. Corriente irracionalista o la psicología de las masas .....	51
2.3.1.2. El enfoque del comportamiento colectivo o escuela behaviorista .....	52
2.3.1.3. La teoría de la sociedad de masas .....	55
2.3.1.4. La teoría de los agravios o la privación relativa .....	56
<b>2.3.2. Los enfoques racionalistas: la teoría olsoniana de la elección racional, la teoría de movilización de los recursos y la estructura de oportunidades políticas.</b> .....	<b>59</b>
2.3.2.1. Teoría olsoniana de la elección racional.....	60
2.3.2.2. La teoría de movilización de los recursos (TMR) .....	62
2.3.2.3. El enfoque estructuralista-marxista.....	64
<b>2.3.3. Los nuevos enfoques: el enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) y los enfoques culturales</b> .....	<b>70</b>
2.3.3.1. El enfoque de los nuevos movimientos sociales .....	72
2.3.3.2. Enfoque cultural de los movimientos sociales .....	80
<b>2.4. Los movimientos sociales en América Latina</b> .....	<b>87</b>
<b>2.4.1. Condiciones estructurales y culturales de América Latina: entre el proceso de modernización y la búsqueda de la subjetividad</b> .....	<b>89</b>
<b>2.4.2. El estudio de los movimientos sociales en América Latina</b> .....	<b>91</b>
<b>2.4.3. Caracterización de los nuevos movimientos sociales en América Latina</b> .....	<b>98</b>
<b>2.5. Consideraciones finales</b> .....	<b>109</b>

## **Capítulo 3. Aproximaciones teórica sobre la construcción de la paz positiva y la transformación de conflictos**

<b>3.1. Introducción</b> .....	<b>111</b>
<b>3.2. Nociones críticas de paz: aportes de la investigación para la paz, los estudios críticos de seguridad y la seguridad humana</b> .....	<b>112</b>
<b>3.2.1. Investigación para la paz</b> .....	<b>113</b>
<b>3.2.2. Aportes a la paz de las visiones no estatocéntricas de la seguridad</b> .....	<b>120</b>
3.2.2.1. Relación entre paz y seguridad .....	121
3.2.2.2. Estudios críticos de seguridad y seguridad humana .....	123
<b>3.3. La paz liberal como enfoque hegemónico en la posguerra fría</b> .....	<b>137</b>
<b>3.3.1. Fundamentos de la paz liberal</b> .....	<b>138</b>
<b>3.3.2. La apliación de la agenda de la paz liberal</b> .....	<b>142</b>
<b>3.3.3. Críticas a la paz liberal</b> .....	<b>151</b>
<b>3.4. La construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos</b> .....	<b>157</b>
<b>3.4.1. Complementariedad de actores en la transformación de conflictos</b> .....	<b>165</b>
<b>3.4.2. La construcción de paz desde abajo: el protagonismo de los actores locales</b> .....	<b>169</b>
<b>3.4.3. Paces híbridas: resultado de la interacción entre actores locales e internacionales</b> .....	<b>179</b>
<b>3.5. Consideraciones finales</b> .....	<b>186</b>

## **Capítulo 4. La acción colectiva no-violenta y la construcción de paz positiva: un marco teórico sobre el cambio social centrado en los actores locales**

<b>4.1. Introducción</b> .....	<b>189</b>
<b>4.2. El cambio social y la transformación de conflictos</b> .....	<b>190</b>
<b>4.3. Situación previa: contextos de altos niveles de violencia y conflictividad</b> .....	<b>194</b>
<b>4.4. El sujeto político: los movimientos sociales de base comunitaria</b> .....	<b>196</b>
<b>4.5. Horizonte deseado: la transformación de la sociedad</b> .....	<b>200</b>
<b>4.6. Estrategia y repertorio de acciones colectivas para la construcción de paz positiva</b> .....	<b>210</b>
<b>4.6.1. Las acciones colectivas no-violentas</b> .....	<b>217</b>
4.6.1.1. Iniciativas locales de paz .....	220
4.6.1.2. Resistencia y paz cotidiana .....	223
4.6.1.3. Activismo no-violento .....	226
<b>4.6.2. El potencial estratégico de la no-violencia</b> .....	<b>233</b>
<b>4.7. La dinámica de la violencia en la contienda política: transiciones entre la violencia y la no-violencia</b> .....	<b>241</b>
<b>4.7.1. Violencia colectiva “desde abajo</b> .....	<b>244</b>
<b>4.7.2. Criterios para diferenciar entre acciones colectivas violentas y no-violentas</b> .....	<b>249</b>
<b>4.8. Consideraciones finales</b> .....	<b>253</b>

## **Capítulo 5. Factores que favorecen la adopción de repertorios de acción colectiva no-violenta**

<b>5.1. Introducción.....</b>	<b>255</b>
<b>5.2. Dimensión interna: condiciones grupales que favorecen la acción colectiva no-violenta .....</b>	<b>259</b>
5.2.1. Estructuras de movilización .....	260
5.2.2. Movilización de los recursos .....	262
5.2.3. Micromovilización: procesos de reclutamiento, movilización y enmarcado .....	265
5.2.4. Cohesión interna y alineamiento de marcos .....	270
5.2.5. Modelos organizativos .....	274
<b>5.3. Dimensión externa: condiciones relacionales y contextuales que favorecen la acción colectiva no-violenta.....</b>	<b>278</b>
5.3.1. Condiciones relacionales.....	282
5.3.1.1. La represión estatal.....	282
5.3.1.2. La activación de fronteras identitarias o líneas divisorias .....	289
5.3.1.3. La coordinación y la centralidad de la violencia.....	296
5.3.1.4. La configuración del poder en los actores adversarios y opositores .....	303
5.3.2. Dimensión contextual o estructural .....	309
5.3.2.1. La naturaleza política-institucional del estado .....	310
5.3.2.2. Las condiciones socio-económicas del país .....	315
5.3.2.3. La influencia de la cultura dominante .....	317
<b>5.4. Consideraciones finales .....</b>	<b>322</b>

## **Capítulo 6. Contextualización del estudio de caso. El conflicto armado de Colombia**

<b>6.1. Introducción.....</b>	<b>327</b>
<b>6.2. Las comunidades indígenas del norte del Cauca .....</b>	<b>328</b>
<b>6.3. Evolución histórica del conflicto armado de Colombia.....</b>	<b>332</b>
6.3.1. Los antecedentes al conflicto armado .....	332
6.3.2. Proliferación de guerrillas (1962-1981) .....	336
6.3.3. Crecimiento de los actores armados y negociaciones de paz (1982-2002).....	341
6.3.4. Escalamiento del conflicto armado (2002-2010).....	347
6.3.5. El acuerdo de paz con las FARC, retos y amenazas del nuevo escenario (2010-2018) .....	351
<b>6.4. Debates sobre la naturaleza y las causas del conflicto armado.....</b>	<b>354</b>
<b>6.5. Consideraciones finales .....</b>	<b>368</b>

## **Capítulo 7. La resistencia de las comunidades indígenas del norte del Cauca en el conflicto armado de Colombia (1971-2016)**

<b>7.1. Introducción</b> .....	<b>369</b>
<b>7.2. Antecedentes</b> .....	<b>370</b>
7.2.1. Resistencia a la colonización (1535-1810) .....	370
7.2.2. La dominación criolla (1810 – 1970).....	374
<b>7.3. Surgimiento del movimiento indígena (1971-1975)</b> .....	<b>378</b>
7.3.1. Los agravios colectivos .....	379
7.3.2. Condiciones externas favorables .....	380
7.3.3. Articulación del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC).....	382
7.3.4. El componente étnico, indígena y campesino.....	383
7.3.5. Acciones de recuperación de tierra .....	385
7.3.6. Amenazas y asesinatos selectivos a manos de los “pájaros” .....	388
<b>7.4. Radicalización del movimiento (1975-1989)</b> .....	<b>390</b>
7.4.1. La articulación de las autodefensas.....	390
7.4.2. La represión de Turbay .....	392
7.4.3. Disputa territorial con las FARC .....	393
7.4.4. La aparición del Movimiento Armado Quintín Lame .....	395
7.4.5. Desalineamiento de marcos y ruptura interna.....	397
7.4.6. Escalamiento de la violencia .....	401
<b>7.5. Incorporación del movimiento indígena al sistema político nacional (1990 – 1999)</b> .....	<b>405</b>
7.5.1. Pérdida de apoyos y desmovilización del MAQL .....	405
7.5.2. Proceso de paz y proceso constituyente.....	407
7.5.3. Institucionalización y cambios en el repertorio de acción .....	410
7.5.4. Construcción del gobierno y la nación indígena.....	416
<b>7.6. Resistencia indígena no-violenta frente a los actores armados (2000-2012)</b> .....	<b>419</b>
7.6.1. Escalamiento de la violencia en el norte del Cauca .....	420
7.6.2. Acciones de resistencia y defensa del territorio en el norte del Cauca..	428
7.6.3. Acciones de protesta y movilizaciones de convergencia.....	436
7.6.4. Aumento de la conflictividad por la tierra en el norte del Cauca .....	438
<b>7.7. Impacto del proceso de paz de la Habana en el norte del Cauca (2012-2016)</b> .....	<b>444</b>
<b>7.8. Consideraciones finales</b> .....	<b>446</b>

## **Capítulo 8. Análisis de los factores principales que han favorecido los procesos de radicalización y desradicalización en el movimiento indígena**

<b>8.1. Introducción</b> .....	<b>451</b>
<b>8.2. Análisis de la información cualitativa con Atlas ti</b> .....	<b>452</b>
8.2.1. Proceso de codificación.....	452

8.2.2. Variables del estudio y herramientas de análisis.....	454
<b>8.3. Análisis de los factores que han influido en los cambios de trayectoria de lucha del movimiento indígena.....</b>	<b>468</b>
8.3.1. Influencia de los factores internos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena.....	469
8.3.1.1. Análisis de co-ocurrencia entre las fortalezas organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	469
8.3.1.2. Análisis de co-ocurrencia entre las debilidades organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	495
8.3.2. Influencia de los factores externos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena.....	509
8.3.2.1. Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	509
8.3.2.2. Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	514
8.3.2.3. Análisis de co-ocurrencia entre las amenazas relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	518
8.3.2.4. Análisis de co-ocurrencia entre las amenazas contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.....	523
<b>8.4. Análisis comparativos de los factores que han influido en la trayectoria de lucha del movimiento indígena.....</b>	<b>528</b>
8.4.1. Comparación entre los factores internos y externos.....	529
8.4.2. Comparación entre los factores internos comunitarios y los factores internos no-comunitarios.....	536
<b>8.5. Consideraciones finales.....</b>	<b>544</b>

## **Capítulo 9. Conclusiones generales**

9.1. Introducción.....	547
9.2. Dificultades encontradas en la realización de la tesis.....	549
9.3. Verificación o refutación de las hipótesis.....	552
9.4. Aportes de la tesis y cumplimiento de los objetivos planteados.....	563
9.5. Vacíos o temas de interés identificados para futuras investigaciones.....	565

## **Bibliografía y fuentes primarias empleadas**

Bibliografía Marco Teórico.....	569
Bibliografía Estudio de Caso.....	603

## **Anexos**

Listado de personas entrevistadas.....	623
Guión de entrevistas.....	626
Limpieza bases de datos del CINEP.....	634
Tablas de co-ocurrencias a partir de información analizada en Atlas TI.....	638





## Índice de mapas, tablas y gráficas

### Mapas

Mapa 1: Mapa físico-político de Colombia .....	327
Mapa 2: Población Nasa en el Departamento del Cauca.....	330
Mapa 3: Zona de influencia de la ACIN.....	332

### Tablas

Tabla 1: Convergencia paz positiva y desarrollo humano .....	118
Tabla 2: Estudios Críticos de Seguridad y Seguridad Humana.....	124
Tabla 3: Características de la construcción de la paz positiva .....	165
Tabla 4: Tierras recuperadas por los indígenas en el Cauca .....	388
Tabla 5: Resguardos y cabildos indígenas del norte del Cauca (ACIN).....	417
Tabla 6: Índice de tablas de co-ocurrencias (ver Anexos).....	466
Tabla 7: Tabla cruzada de frecuencias. Influencia relativa de los factores internos y externos en las trayectorias de lucha violenta y no-violenta .....	529
Tabla 8: Características del modelo ideal de "comunidades emancipadoras" .....	538

### Gráficas

Gráfica 1: La agenda de la teoría de los movimientos sociales.....	87
Gráfica 2: Curva del conflicto y espectro de las estrategias de paz .....	144
Gráfica 3: Etapas de la transformación de conflictos .....	161
Gráfica 4: Pirámide de actores y enfoques de la construcción de paz.....	166
Gráfica 5: Tipos de violencia colectiva .....	244
Gráfica 6: Tipología de formas políticas contenciosas relacionadas con la guerra .....	245
Gráfica 7: Relación entre combates por iniciativa de la fuerza pública y accionar de las FARC (1988-2012) .....	347
Gráfica 8: Cultivo de coca en Colombia (1991-2003).....	349
Gráfica 10: Estado de implementación de los acuerdos en febrero 2019 .....	353
Gráfica 11: Evolución de las víctimas civiles y combatientes muertos en combate (1958-2012) según el Registro Único de Víctimas (RUV) y el Grupo Memoria Histórica (GMH) .....	355
Gráfica 12: Actores participantes en acciones colectivas del norte del Cauca entre 1975 y 2015 .....	413
Gráfica 13: Modalidades de acción .....	414
Gráfica 14: Evolución del repertorio de acción empleado por los indígenas en el norte del Cauca entre 1975 y 2015.....	415
Gráfica 15: Asignación de tierra a indígenas en el Departamento del Cauca .....	416
Gráfica 16: Corredores estratégicos.....	422
Gráfica 17: Trayectoria de acciones colectivas por la paz realizadas por indígenas en el norte del Cauca entre 1979 y 2016 .....	430
Gráfica 18: Municipios del norte del Cauca que fueron escenario de las acciones colectivas por la paz realizadas por indígenas.....	431
Gráfica 19: Modalidades de acción empleadas por los indígenas del norte del Cauca, dentro y fuera de esta zona.....	432

Gráfica 20: Motivos de acción perseguidos por los indígenas del norte del Cauca en las acciones colectivas por la paz.....	435
Gráfica 21: Adversarios de las acciones colectivas por la paz realizadas por los indígenas del norte del Cauca .....	435
Gráfica 22: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca entre 1975 y 2015.....	439
Gráfica 23: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca y en el resto del Cauca entre 1975 y 2015 .....	440
Gráfica 24: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca, según municipio.....	441
Gráfica 25: Correlaciones encontradas entre las fortalezas organizativas y las trayectorias de lucha.....	470
Gráfica 26: Fortalezas organizativas que influyen en la dinámica de movilización.	471
Gráfica 27: Fortalezas organizativas que influyen en la dinámica de desradicalización .....	480
Gráfica 28: Correlaciones encontradas entre las debilidades organizativas y las trayectorias de lucha.....	496
Gráfica 29: Debilidades organizativas que influyen en la dinámica de desmovilización .....	497
Gráfica 30: Debilidades organizativas que influyen en la dinámica de radicalización .....	501
Gráfica 31: Correlaciones encontradas entre las oportunidades relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta .....	509
Gráfica 32: Oportunidades relacionales que influyen en las dinámicas de movilización .....	510
Gráfica 33: Oportunidades relacionales que influyen en las dinámicas de desradicalización .....	511
Gráfica 34: Correlaciones encontradas entre las oportunidades contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta .....	515
Gráfica 35: Oportunidades contextuales que influyen en las dinámicas de movilización .....	516
Gráfica 36: Oportunidades contextuales que influyen en las dinámicas de desradicalización.....	517
Gráfica 37: Correlaciones encontradas entre las amenazas relacionales y las trayectorias de lucha.....	518
Gráfica 38: Amenazas relacionales que influyen en las dinámicas de desmovilización .....	519
Gráfica 39: Amenazas relacionales que influyen en las dinámicas de radicalización .....	521
Gráfica 40: Correlaciones encontradas entre las amenazas contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta .....	523
Gráfica 41: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de desmovilización .....	525
Gráfica 42: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de radicalización .....	526
Gráfica 43: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de movilización .....	527
Gráfica 44: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de desradicalización .....	528
Gráfica 45: Factores que influyen en cada trayectoria de lucha .....	533

Gráfica 46: Factores que influyen en cada dinámica.....	534
Gráfica 47: Influencia de la comunidad en las dinámicas de movilización .....	540
Gráfica 48: Influencia de la comunidad en las dinámicas de des-radicalización .....	541
Gráfica 49: Influencia de la comunidad en las dinámicas de desmovilización .....	542
Gráfica 50: Influencia de la comunidad en las dinámicas de radicalización .....	543



## Siglas y abreviaturas

ACIN	Asociación Indígena del Norte del Cauca
ACONC	Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca
AICO	Movimiento de Autoridades Indígenas de Colombia
ANUC	Asociación Nacional de Usuarios Campesinos
ASI	Alianza Social Indígena
AUC	Autodefensas Unidas de Colombia
BM	Banco Mundial
BSA	Bloque Social Alternativo
CEBs	Comunidades Eclesiales de Base
CECIDIC	Centro de Educación, Capacitación e Investigación para el Desarrollo Integral de la Comunidad
CECOIN	Comisión Económica para América Latina y el Caribe
CEPAL	“institución internacional de desarrollo”
CIMA	Comité de Integración del Macizo Colombiano
CINEP	Centro de Investigación y Educación Popular
CJL	Corporación Jurídica Libertad
CLACSO	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CNA	Coordinador Nacional Agrario
CONAIE	Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador
CONVIVIR	Asociaciones Comunitarias de Seguridad Rural
CRIC	Consejo Regional Indígena del Cauca
CRIT	Organización Regional Indígena del Tolima
CRS	Corriente de Renovación Socialista
CSTC	Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia
CUT	Central Unitaria de Trabajadores de Colombia
DAI	Dirección de Asuntos Indígenas
ELN	Ejército de Liberación Nacional
EPL	Ejército Popular de Liberación
EZLN	Ejército Zapatista de Liberación Nacional
FARC	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia
FMI	Fondo Monetario Internacional

FN	Frente Nacional
GMH	Grupo Memoria Histórica
IEI-PUJ	Instituto Estudios Interculturales - Pontificia Universidad Javeriana Cali
INCORA	Instituto Colombiano de Reforma Agraria
JMRL	Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal
JUCO	Juventudes Comunistas
M-19	Movimiento 19 de Abril
MANE	Mesa Amplia Nacional Estudiantil
MAQL	Movimiento Armado Quintín Lame
MAS	Muerte a Secuestradores
MOEC	Movimiento Obrero Estudiantil Campesino
MOVICE	Movimiento Nacional de Víctimas de Crimen de Estado
MST	Movimiento de Campesinos sin Tierra
NQL	Nietos del Quintín Lame
ACNUDH	Alto Comisionado para los Derechos Humanos
OIA	Organización indígena de Antioquia
ONIC	Organización Nacional Indígena de Colombia
ONU	Organización de Naciones Unidas
OSAL	Observatorio Social de América Latina
PBI	Peace Brigades International
PCC-ML	Partido Comunista de Colombia-Marxista Leninista
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
PUPSOC	Proceso de Unidad Popular del Suroccidente Colombiano
RUV	Registro Único de Víctimas
Triple A	Acción Anticomunista Americana
UAIIN	Universidad Autónoma Indígena Intercultural
UCT	Unión de Trabajadores de Colombia

## Capítulo 1. Introducción

---

### 1.1. Objeto de estudio

Este tesis analiza las formas de acción colectiva que adoptan los actores locales en contextos de conflicto armado, con especial interés en el estudio de los factores que favorecen la adopción de las acciones colectivas no-violentas.

Las posibles respuestas por parte de estos actores pueden transitar desde la pasividad y la huida (desplazamiento, exilio, etc.), pasando por el acomodamiento y la resistencia oculta, hasta el ejercicio de la resistencia pública y organizada, que puede ser armada o desarmada. Entre todas estas, nos interesa un tipo concreto de respuesta colectiva, la resistencia desarmada, también conocida en la literatura como resistencia civil no-violenta<sup>1</sup>.

Lejos de romantizar a los actores locales como actores organizados que son capaces de resistir a las múltiples violencias de manera no-violenta, en esta tesis analizamos la complejidad de las dinámicas de radicalización y des-radicalización en la contienda política y problematizamos la cuestión de la adopción de una forma de acción colectiva no-violenta. En otras palabras, explicamos por qué en el curso de la lucha por reivindicaciones políticas hay grupos sociales que recurren a la violencia y otros no, por qué para enfrentarse a las violencias hay grupos que deciden articularse en un movimiento social en lugar de una organización armada, y por qué, además, algunos grupos son capaces de sostener de manera prolongada la resistencia no-violenta en un contexto tan adverso como el que presentan los conflictos armados.

Para analizar esta cuestión de manera empírica, hemos seleccionado como estudio de caso del movimiento indígena del norte del Cauca (Colombia), que se organizó, inicialmente, como resistencia ante las violencias ejercidas por los terratenientes y, más adelante, frente al hostigamiento de los actores armados. El marco temporal del estudio de caso ha sido acotado a 45 años de trayectoria, desde la fecha de

---

<sup>1</sup> Respecto al uso de los términos “no-violencia”, “noviolencia” y “no violencia” en esta tesis, cabe señalar que nos referimos a la “no-violencia” o “trayectoria no-violenta” cuando hacemos alusión a la estrategia de lucha desarmada, es decir, aquella que no usa la violencia coordinada como forma de acción colectiva por cuestiones político-estratégicas. Ésta será la principal noción utilizada en esta tesis. No obstante, utilizamos “noviolencia” para hablar de la corriente que también incluye una dimensión ética (gandhiana) y para referirnos al conjunto de prácticas, estructuras, discursos y valores –que conforman formas de vida noviolentas– que son contrarias al uso de la violencia física –incluso, violencia cultural y estructural– que es la noción frecuentemente empleada por la investigación de paz. La acepción de la “noviolencia” es más holística que la primera, que está restringida a la dimensión estratégica. Por último, hablamos de “no violencia” únicamente como sinónimo de ausencia de violencia. Respecto a las diferencias terminológicas entre la “no-violencia” y la “noviolencia” en la literatura, ahondamos en ellas en el Capítulo 4 de esta tesis.

surgimiento del movimiento indígena en 1971 hasta la firma del acuerdo de paz entre el gobierno colombiano del presidente Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en octubre de 2016.

Respecto al ámbito geográfico, el estudio de caso se ubica dentro de los municipios que forman parte de la zona norte del departamento del Cauca, que es donde habitan estas comunidades indígenas y cuyos cabildos se encuentran articulados en la Asociación Indígena del Norte del Cauca (ACIN).

## **1.2. Estado de la cuestión, justificación e interés del estudio**

El interés de esta tesis es que aporta nuevas visiones sobre la resistencia no-violenta y la construcción de paz desde abajo y aporta insumos teóricos y empíricos a ciertos vacíos identificados en la literatura.

Nuestro objeto de estudio nos sugiere analizar la paz, la seguridad y los conflictos armados desde la perspectiva de los actores locales y sus posibilidades de intervenir en los cambios sociales de manera no-violenta, lo que requiere realizar una revisión de las teorías que nos ayuden a explicar la relación entre paz, seguridad, violencia, conflicto armado y acción colectiva. Por ello, el ámbito científico de esta investigación se centra en el estudio de cuatro campos de estudios: el campo de estudios sobre movimientos sociales, las teorías sobre resistencia civil no-violenta, la investigación para la paz y los estudios críticos de seguridad de la disciplina de las Relaciones Internacionales. La conceptualización de la paz adoptada por esta investigación se ubica dentro de las corrientes de pensamiento críticas hacia la noción clásica y dominante de la paz (paz negativa, paz liberal) que, en su lugar, proponen una noción más amplia y transformadora (paz positiva, paz híbrida, paz posliberal).

En primer lugar, hemos utilizado las teorías existentes en el campo de estudios de los movimientos sociales porque éste supone la tradición intelectual más consolidada en el estudio de la acción colectiva y nos proporciona categorías analíticas adecuadas para explicar las decisiones y comportamientos de los sujetos colectivos en la contienda política. Los últimos avances de este campo apelan a favor de la realización de estudios multidimensionales que integren los diferentes enfoques empleados en este campo. Cada uno de los enfoques analiza una cuestión relevante sobre la configuración de la acción colectiva, por lo que las futuras investigaciones deben aspirar a utilizar una combinación de los mismos. Siguiendo esta recomendación, nuestra tesis no se ha decantado por un único enfoque, sino que ha empleado varias teorías existentes en este campo –la “teoría de movilización de los recursos”, el “análisis de los marcos” y la “estructura de oportunidades políticas”– para analizar la trayectoria de lucha del movimiento indígena. De este modo, la tesis responde a la necesidad de estudios combinados dentro de este campo.



Por otro lado, las teorías sobre movimientos sociales muestran insuficiencias teóricas para el análisis de la acción colectiva en contextos latinoamericanos (Garretón, 1996). Esto se debe a que dichas teorías fueron construidas tomando como referencia a los movimientos sociales surgidos en países occidentales, bajo condiciones estructurales diferentes a las de los países de la periferia, donde ocurren la mayoría de conflictos armados modernos. Por lo tanto, esta tesis aporta nuevos elementos empíricos y teóricos para la generación de teorías sobre la acción colectiva en contextos latinoamericanos y en escenarios de conflicto armado.

En segundo lugar, esta tesis se inscribe en un campo de estudio, los estudios sobre resistencia civil no-violenta, novedoso e incipiente, que aun siendo todavía modesto, está emergiendo con fuerza en diferentes Institutos y Universidades (International Center on Nonviolent Conflict, Berghof Conflict Research, Centre of Peace and Reconciliation Studies de la Universidad de Coventry, etc.) con la proliferación de nuevas teorías y estudios de caso. Respecto al Estado español y el País Vasco, encontramos una cierta ausencia de estudios sobre la cuestión, salvando la contribución que en esta área está realizando el Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada. Por ello, esta tesis contribuye con nuevo material empírico a este campo de estudio y a la consolidación de este campo en la UPV/EHU y en la academia española.

La resistencia no-violenta no es una táctica de protesta novedosa; sin embargo, en los últimos años asistimos a la globalización de este fenómeno<sup>2</sup>. Desde el año 2008, han surgido diversidad de experiencias de este tipo a nivel global: desde los levantamientos populares de los países árabes o “primavera árabe”, pasando por la revolución pacífica islandesa, el 15-M en España y el movimiento Occupy de los países anglosajones, hasta las protestas más recientes que están teniendo lugar en Turquía y Brasil. Por ello, consideramos que esta tesis resulta oportuna y útil por cuanto proporciona herramientas de análisis válidas para comprender nuevas tácticas, mecanismos de movilización, estructuras organizativas, recursos y otras características de la resistencia no-violenta. En concreto esta tesis resulta relevante en la caracterización de una resistencia de base comunitaria y su diferenciación respecto a la resistencia ejercida por la sociedad civil.

En particular, la tesis aporta a este campo de estudios un avance significativo en la comprensión de las dinámicas de radicalización y des-radicalización de las acciones colectivas, así como de las causas que explican los cambios de trayectoria. Los especialistas en el campo han admitido que la frontera que separa a la resistencia civil no-violenta de las formas de acción colectiva violentas es fluida y difícil de distinguir en los estudios de caso (Chenoweth y Cunningham, 2013; Dudouet,

---

<sup>2</sup> Por recordar algunos de los episodios históricos más emblemáticos de resistencia civil no-violenta: los palenques latinoamericanos, la independencia de India, la lucha de las madres de la Plaza de Mayo, el fin del apartheid en Sudáfrica o la caída del muro de Berlín.

2009b; Hobsbawn, 2014 [1959]; Schock, 2005; Stephan y Chenoweth, 2008). El descuido de esta cuestión ha inducido a que, con cierta frecuencia, los autores hayan incurrido en la idealización de la resistencia civil no-violenta, en la teoría y en los estudios de caso. No obstante, en los últimos años hay un interés creciente por explicar las dinámicas que producen la radicalización y des-radicalización de las acciones, aunque todavía se necesitan más esfuerzos investigativos y estudios de caso cualitativos sobre esta cuestión. Este vacío se da especialmente a la hora de explicar las transiciones de la violencia a la no-violencia, puesto que la mayor parte de la literatura se ha centrado en analizar el sentido contrario: los factores que conducen a los grupos a conformar organizaciones criminales, terroristas o insurgentes (Dudouet, 2013: 401).

En tercer lugar, esta tesis también responde a la necesidad de nuevos estudios – señalada por los enfoques críticos de seguridad y el enfoque de la construcción de paz desde abajo (*peacebuilding from below*)– que pongan el foco de atención en los actores locales. Según estos enfoques, las amenazas de seguridad afectan principalmente a las poblaciones locales, en lugar de a los estados, por lo que es necesario que sean los actores locales quienes lideren los procesos de construcción de paz, ya que son quienes mejor conocen el contexto y viven directamente las consecuencias de los conflictos. Aunque estos enfoques todavía no tienen el mismo reconocimiento que los enfoques dominantes, centrados en los estados y los actores internacionales, en las últimas décadas ha habido avances en la ampliación de la agenda de paz y seguridad y en el uso de una retórica sobre la necesidad de la apropiación y la participación locales (*local turn*) como requisitos para la sostenibilidad de la paz. Sin embargo, este discurso ha sido instrumentalizado por la paz liberal, y los actores locales siguen ostentando una posición inferior en la toma de decisiones y en la definición de las agendas debido a las asimetrías de poder (Donais, 2011: 61; Mac Ginty y Richmond, 2013: 775-776; Hughes y Pupavac, 2005: 883). En este sentido, esta tesis supone también un aporte importante al giro local de los estudios de paz y seguridad, por cuanto sitúa en el centro del análisis a los propios actores locales, como un agente de cambio social y no meramente como un sujeto pasivo de los conflictos.

Respecto a los vacíos teóricos, desde que comenzó a aumentar el interés por el nivel micro y local en los estudios sobre paz y seguridad a principios de los años dos mil, se ha avanzado en términos de metodología, epistemología y ontología (Autesserre, 2014, 492)<sup>3</sup>. Sin embargo, por el momento, tan solo representan líneas de investigación incipientes, con más preguntas planteadas que respuestas y vacíos tanto teóricos como empíricos. Se necesitan mayores esfuerzos investigativos si se quiere entender mejor las dinámicas locales, las prácticas de resistencia cotidiana y

---

<sup>3</sup> Algunos de los objetos de estudio han sido: (1) la naturaleza y efectividad de la construcción de paz desde abajo, (2) la acción en terreno de los actores internacionales, (3) la evaluación de impactos locales de las intervenciones extranjeras, (4) la respuesta y propuesta de las poblaciones locales y (5) los vínculos entre el nivel micro y macro.

la relación entre la construcción de paz desde arriba y desde abajo (Autessere, 2014: 496-497; Mac Ginty, 2008: 146; 2014: 12; Hilhorst & van Leeuwen, 2005, 538). A este fin contribuye también esta tesis. En concreto, nuestra investigación supone un aporte a la visión de la construcción de paz desde abajo, en tanto en cuanto propone la incorporación a este campo de las teorías sobre movimientos sociales, que generalmente no han sido utilizadas en el mismo. Comprender las condiciones que influyen en la configuración de las acciones colectivas resulta relevante para explicar la evolución de los conflictos sociales a nivel micro, que pueden devenir en conflictos armados. Así mismo, conocer las condiciones de radicalización y desradicalización de los actores locales puede contribuir a prevenir el escalamiento de los conflictos.

Respecto al interés del estudio de caso elegido, la particularidad del conflicto armado de Colombia –más de cinco décadas de conflicto armado interno, el elevado impacto en la población, el hostigamiento continuo a las comunidades locales, el ataque a los líderes sociales, sindicalistas, campesinos y defensores de derechos humanos, etc.– proporciona elementos de análisis relevantes para evaluar el comportamiento de las comunidades locales frente al conflicto armado. En concreto, el Cauca ha sido un lugar privilegiado para analizar estas dinámicas. Hasta seis grupos guerrilleros –las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Movimiento 19 de Abril (M-19), el Ricardo Franco y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)– han tenido fuerzas operativas en el departamento. Entre las poblaciones más afectadas se encuentran las comunidades indígenas que, al habitar en zonas altas de montaña, idóneas para la guerra de guerrillas, tuvieron que coexistir con varias de las insurgencias.

En Colombia y el Cauca se ha producido, así mismo, un surgimiento notable de iniciativas y movimientos sociales, de base comunitaria o civil, con sus propias agendas y propuestas para la resolución pacífica del conflicto armado<sup>4</sup>. Dentro de este amplio tejido social, el movimiento indígena ha sobresalido entre todos por su fortaleza, su capacidad de movilización y su contribución a la paz. La eficacia de su lucha no-violenta contra los actores armados le valió el reconocimiento de muchos actores nacionales e internacionales, así como la identificación dentro de la academia especializada como un caso paradigmático de resistencia civil no-violenta.

No obstante, lejos de la imagen romántica que algunos autores muestran del

---

<sup>4</sup> Me refiero a iniciativas como el Congreso de los Pueblos, la Minga Social y Comunitaria y la Ruta Social Común para la Paz; las comunidades de paz (como la comunidad de la India en Cimitarra, San José de Apartadó o la Asamblea Constituyente de Mogotes); organizaciones de indígenas (ONIC, CRIC, ACIN), campesinos (ANUC, CNA, CIMA, PUPSOC) y afro-descendientes (CNOA, ACONC); movimientos de mujeres (Ruta Pacífica de las Mujeres, Red Nacional de Mujeres); sindicalistas (USO, CUT); organizaciones de derechos humanos (CJL, CODHESEL, Colectivo de Abogados, Corporación SEMBRAR) y de solidaridad internacional (REDHER, PBI); víctimas del conflicto (MOVICE); e incluso movimientos de estudiantes (MANE), movimientos culturales (Esklones, Son Batá) y medios de comunicación alternativos (Periferia).

movimiento indígena, su movilización presenta, en realidad, muchos matices. En primer lugar, durante su trayectoria de lucha los indígenas caucanos variaron sus formas de acción colectiva, llegando a conformar en los años ochenta su propia guerrilla armada, el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL). Una serie de factores empujaron a que el grupo armado se desmovilizara en 1991 y, desde entonces, las comunidades indígenas se han organizado con mecanismos desarmados para defender la vida, el territorio, la autonomía y la cultura, frente a las amenazas de los distintos actores armados, estatales y no estatales. En segundo lugar, a pesar del respaldo oficial de las autoridades y organizaciones indígenas a la estrategia no-violenta, han existido diversas problemáticas –tales como los debates internos en torno a la conveniencia de la violencia, el surgimiento de disidencias o *radical flanks* y la involucración de comuneros indígenas en los actores armados, en la minería ilegal y en los cultivos de uso ilícito–, que han debilitado el movimiento, amenazando con su fraccionamiento y el abandono de la resistencia no-violenta. Pero, a pesar de estas dificultades, el movimiento indígena ha conseguido mantener la resistencia sin armas incluso durante la década de los dos mil, cuando el conflicto armado se agudizó en el norte del Cauca.

Por todo ello, este caso es particularmente significativo para el estudio de las condiciones que favorecen la trayectoria de lucha no-violenta, pues nos permite preguntarnos por qué las comunidades indígenas del norte del Cauca pasaron de la pasividad a la resistencia, exploraron diferentes modalidades de acción, entre otras la lucha armada, y, finalmente, abandonaron las armas adoptando un modelo de resistencia no-violenta que se ha mantenido durante décadas, a pesar de la adversidad del contexto, contribuyendo de este modo al objetivo de la construcción de una paz justa y duradera.

La fijación del límite temporal en el año 2016 responde tanto a una evidente necesidad práctica como a la transcendencia histórica de los Acuerdos de la Habana, si bien la resistencia indígena continúa vigente aún en la actualidad. No obstante, sí hemos incluido en el capítulo dedicado a la contextualización del conflicto armado algunas cuestiones relacionadas con los retos, avances y problemas que está habiendo en la fase de implementación de dichos Acuerdos.

La longevidad del caso seleccionado, además, aporta grandes ventajas para responder a nuestra pregunta de investigación pues nos permite: (1) analizar un marco temporal suficientemente largo como para identificar las dinámicas que forman parte de las trayectorias de radicalización y de des-radicalización; (2) tener en cuenta la multiplicidad de causas que han ido emergiendo a lo largo del conflicto; y (3) poder conocer los impactos de aquellas causas que solo se manifiestan a largo plazo. El caso estudiado presenta así mismo una complejidad de elementos suficiente para alcanzar una visión comprensiva del fenómeno de la resistencia no-violenta.

Por último, nuestro interés y experiencia personal también han marcado la elección del objeto de estudio. Afrontamos nuestro trabajo académico desde un enfoque normativo, orientado a la transformación social, en este caso a la construcción de una sociedad más justa y pacífica. Este planteamiento ha inspirado, por tanto, nuestras opciones académicas e incluso nuestros compromisos sociales.

### **1.3. Objetivos, pregunta e hipótesis de la investigación**

#### **a) Objetivos de la investigación**

El objetivo general de esta tesis doctoral es contribuir al desarrollo teórico del emergente campo de estudios sobre resistencia civil no-violenta y al enfoque de la construcción de paz desde abajo, a través del estudio de la resistencia indígena en el conflicto armado de Colombia.

Los objetivos específicos de esta investigación son los siguientes:

1. Contribuir al estudio sobre la participación de los actores locales en la construcción de paz y la transformación de conflictos con nuevo material teórico y empírico.
2. Avanzar en el análisis del vínculo teórico y práctico de dos campos de estudio: los movimientos sociales –incluyendo los estudios sobre la resistencia civil no-violenta– y la construcción de paz.
3. Contribuir al estudio de las condiciones que favorecen la configuración de la acción colectiva no-violenta, a través de la elaboración de un marco teórico sobre las causas de radicalización y des-radicalización de las acciones colectivas y la construcción de una metodología para el análisis de dichas causas.
4. Contribuir al campo de la resistencia civil no-violenta de tres maneras: con la problematización y delimitación de la frontera conceptual entre la violencia y la no-violencia; con la propuesta de avanzar en la conceptualización de una resistencia de base comunitaria, y no solo civil; y con la aplicación de estas teorías al análisis del conflicto colombiano.
5. Ofrecer nuevos instrumentos teóricos para el análisis de los movimientos sociales en contextos de conflicto armado y en contextos latinoamericanos.
6. Contribuir al debate teórico sobre la eficacia de la resistencia civil no-violenta como método de lucha, en contra del pensamiento hegemónico que defiende la violencia como la forma más eficaz de conseguir el cambio social.

7. Esbozar el impacto que ha tenido el conflicto armado en el norte del Cauca, en particular, en la población indígena, mediante el análisis de la dinámica del conflicto armado y de las violencias ejercidas contra las comunidades.
8. Aportar al estudio de la resistencia indígena del norte del Cauca (marcos cognitivos, repertorio de acciones, estructuras organizativas, debates, etc.), con énfasis en las condiciones internas y externas que explican su evolución durante el conflicto armado.
9. Proporcionar resultados que sean útiles para las comunidades locales y la sociedad civil de cara a la construcción de la paz.

### **b) Pregunta de investigación**

El análisis de los factores que explican la adopción de esta forma de acción colectiva nos conduce a una pregunta concreta, que es la que hemos pretendido responder en esta tesis doctoral: ¿cuáles son los factores o las condiciones que favorecen la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta?

### **c) Hipótesis de la investigación**

En esta tesis planteamos dos hipótesis, una teórica y otra empírica, que a su vez tienen varias sub-hipótesis.

#### **Primera hipótesis (H1)**

Nuestra primera hipótesis H1 es que:

*Los factores que explican por qué un sujeto colectivo se moviliza y adopta una forma de acción colectiva no-violenta se deben mayoritariamente a fortalezas colectivas u organizativas (factores intra-grupales), más que a oportunidades relacionales o contextuales (factores extra-grupales).*

A lo largo de la contienda política, un sujeto colectivo puede ensayar diferentes formas de acción colectiva más violentas o menos violentas, desde acciones convencionales o institucionales, pasando por acciones disruptivas y no-violentas, hasta la adopción de la vía armada, y viceversa. Lo que afirmamos en esta hipótesis es que para que este sujeto consiga adoptar y sostener a largo plazo sus desafíos colectivos a través de la resistencia no-violenta, se necesita el fortalecimiento interno que le otorgan unas estructuras organizativas formales e informales fuertes y eficaces en la micromovilización y el alineamiento de marcos, la difusión de marcos cognitivos a favor de la no-violencia y un nivel elevado de cohesión social.

**Subhipótesis 1.1 (SH1.1)**

Sobre la base de la primera hipótesis H1, defendemos que:

*Dentro de las fortalezas organizativas que influyen en la adopción de la acción colectiva no-violenta, son las características propias del modelo de societal comunitario las que favorecen al éxito en la adopción y mantenimiento de acciones colectivas no-violentas.*

Esto quiere decir que la articulación de la comunidad es una de las condiciones claves para el éxito de la resistencia desarmada. Con esta subhipótesis queremos comprobar si los movimientos de base comunitaria tienen características que los hacen más adecuados para el sostenimiento de la resistencia no-violenta, en lugar de los movimientos sociales cuya base social no es la comunidad sino la sociedad civil.

**Subhipótesis 1.2 (SH1.2)**

Como concreción de la hipótesis H1 y la subhipótesis SH1.1 previas, afirmamos que:

*Los actores locales –y en particular, las comunidades– tienen las capacidades, recursos, estructuras y mecanismos propios adecuados para contribuir a la construcción de la paz positiva a partir de la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta.*

Para formular esta sub-hipótesis tomamos como punto de partida un argumento que ha sido avalado por la literatura: que la resistencia desarmada o no-violenta es la estrategia más adecuada que tienen los actores locales para contribuir a la construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos. En el capítulo cuarto de esta tesis presentamos cuáles son los argumentos esgrimidos en la literatura para sostener cómo y por qué la no-violencia es más favorable a la construcción de la paz positiva que la violencia.

**Segunda hipótesis (H2)**

Nuestra segunda hipótesis H2 es que:

*Las dinámicas de radicalización y des-radicalización en el movimiento indígena del norte del Cauca se explican principalmente por los cambios en los factores internos, más que por factores externos. En particular, la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada desde la desmovilización del Movimiento Armado Quintín Lame en 1991 se debe a una conjunción de fortalezas grupales o colectivas que así lo han favorecido.*

Los indígenas del norte del Cauca han tenido que lidiar con la presencia de todos los actores armados (guerrillas, ejército, paramilitares) así como con la usurpación de la tierra por parte de terratenientes, la expansión del monocultivo de caña, el narcotráfico y la minería ilegal. Sus territorios, en lo alto de la Cordillera Oriental, sirvieron de refugio para las guerrillas y, a principios del siglo XXI, sufrieron una agudización de la violencia asociada al conflicto armado, producto de la constitución por parte de las FARC de un corredor estratégico en esta zona y la intensificación de los cultivos de uso ilícito. Ante todas estas amenazas, los indígenas han sido capaces de defender su supervivencia física y cultural, desde principios de los noventa, a partir de la resistencia no-violenta. Con esta hipótesis queremos comprobar si la clave de su éxito está en los factores o condiciones organizativas internas que mantienen su fortalecimiento interno.

### **Subhipótesis 2.1 (SH2.1)**

En la relación a nuestra segunda hipótesis H2, defendemos que:

*El éxito del movimiento indígena del norte del Cauca en el sostenimiento de la resistencia no-violenta frente a los actores armados y, por ende, en la contribución a la construcción de paz en Colombia, se debe principalmente a la articulación y fortalecimiento de un modelo societal comunitario.*

En efecto, queremos comprobar si el hecho de que el movimiento indígena sea un movimiento de base comunitaria ha influido en el mantenimiento de su resistencia no-violenta. De partida defendemos que los factores organizativos que han favorecido su fortalecimiento interno –y por tanto el éxito de su estrategia no-violenta– se corresponden con las características de un modelo societal comunitario.

## **1.4. Metodología**

La investigación ha sido realizada bajo un enfoque interdisciplinar. Se ubica principalmente dentro de la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales, pero se nutre así mismo de enfoques pertenecientes a otras subdisciplinas como son los estudios de desarrollo, la investigación para la paz, los estudios sobre movimientos sociales y los estudios sobre resistencia civil no-violenta.

Durante el proceso de investigación, hemos combinado el enfoque inductivo y deductivo como lógicas explicativas. Por un lado, la revisión de la literatura ha permitido analizar el estudio de caso con referencia a teorías y conceptos existentes (método deductivo), y, por otro, el avance en la interpretación del caso estudiado ha permitido la generación de nuevas explicaciones (método inductivo).



Respecto a la metodología utilizada en el estudio de caso, la investigación ha sido predominantemente cualitativa. La elección de la metodología cualitativa es acorde a los enfoques críticos de las ciencias sociales seguidos por esta investigación, los cuales cuestionan la perspectiva positivista que aspira a “descubrir” el conocimiento objetivo y universal. En particular, cuestionan del positivismo la excesiva generalización, la distancia entre la teoría y la práctica y la separación del sujeto-objeto de investigación.

No obstante, que la investigación siga un enfoque cualitativo no impide que podamos utilizar técnicas propias de los enfoques cuantitativos. En nuestra tesis consideramos conveniente utilizar un programa informático que permite tanto analizar sistemáticamente gran cantidad de información cualitativa, ahondando en la complejidad del caso, como cuantificar y medir la información, es decir, pasar los datos cualitativos a cuantitativos. La investigación cualitativa se asocia con la complejidad y la cuantitativa con la generalización. Mientras que la primera es preferible para profundizar en la comprensión de las múltiples causas que generan un hecho social, la segunda es preferible para obtener conclusiones y teorías generalizables. Algunos autores plantean esta diferencia como un dilema entre la complejidad y la generalización. Cuánto más queramos ahondar en la complejidad y especificidad del objeto de estudio, más causas o factores explicativos encontraremos y más difícil se hará su generalización externa. Al contrario, cuánto más interés pongamos en generalizar una teoría, más simplificaremos las respuestas a los problemas sociales (Olivella, 2007). Sin embargo, ambos aspectos son imprescindibles en la investigación. En toda investigación se pretende comprender la realidad y extraer conclusiones o hallazgos generalizables fuera del estudio de caso (Flick, 2015: 126). Añadir métodos cercanos a los enfoques cuantitativos puede ser una solución al problema de la generalización en la investigación cualitativa. Ambos tipos de investigación se pueden combinar para responder a diferentes necesidades de la investigación (por ejemplo, rasgos estructurales con métodos cuantitativos y rasgos culturales con métodos cualitativos), pueden proporcionar nuevas hipótesis e inspiración, pueden facilitar la interpretación de los resultados y pueden servir, al igual que en la lógica de la triangulación, para contrastar los hallazgos, apoyándolos o contradiciéndolos (Flick, 2015: 48-49). El reto, por tanto, que hacemos nuestro en esta tesis, es realizar investigaciones capaces de desarrollar modelos y teorías que expliquen la complejidad social sin que ello impida obtener hallazgos sujetos de ser utilizados, contrastados y verificados en futuros casos de estudio.

En nuestro caso, para estudiar las causas que llevaron a un sujeto colectivo a adoptar ciertas acciones colectivas en el conflicto armado, hemos procedido a analizar la percepción o valoración que los propios actores sociales tienen sobre las causas que motivaron la acción. Como señala Pécaut (2001: 10; 2015: 1-2) el estudio de las causas de los conflictos a menudo remite a las condiciones “contextuales” o “estructurales” como si éstas tuvieran una causalidad directa y

podrían separarse de la acción de los actores locales, que interpretan y transforman dichos contextos. La etiología de los conflictos, por tanto, tiene siempre una dimensión subjetiva, la interpretación que los actores hagan de los conflictos. Esta perspectiva, además, encaja con la epistemología pospositivista –que durante esta tesis seguimos– según la cual no podemos conocer la realidad en términos objetivos, razón por la cual introduce el estudio de los elementos subjetivos e incluso discursivos de los hechos sociales.

Por tanto, para poder conocer las explicaciones causales de la acción, primero debemos entender los esquemas mentales o conceptuales de los actores. Se trata de conocer cuáles fueron las motivaciones o razones que condujeron a la acción colectiva, según los propios agentes de la acción. Esto requiere investigaciones cualitativas, de tipo etnográfico o antropológico (MacIntyre, 1971c, citado en Chambers, 2013: 132-133). La investigación cualitativa nos permite entender y explicar los fenómenos sociales “desde el interior”, esto es, cómo las personas y los grupos construyen el mundo de su alrededor (Flick, 2015: 20). Además, el uso de herramientas cuantitativas ha sido también necesario, en nuestro caso, para poder responder a nuestra pregunta de investigación. Esta no se refiere a cuáles son las causas de la adopción de las acciones colectivas violentas o no-violentas, lo cual exigiría contemplar una variedad inabarcable de causas, sino a cuáles de todas ellas son las causas principales. El objetivo, por tanto, es conocer cuáles son las causas que guardan una correlación más elevada con las dinámicas de acción que estudiamos, lo cual nos obliga a medir la correlación. Pero la medición no es otra cosa que cuantificar las veces que una explicación o motivación dada ha sido repetida por los actores sociales en las entrevistas realizadas y en la documentación analizada. Esto nos ha llevado a diseñar un proceso metodológico riguroso que pueda ser verificado por otros investigadores y aplicado a otros estudios de caso. A continuación veremos cómo hemos combinado el enfoque cualitativo con técnicas cuantitativas para conseguir la complejización y generalización de la investigación.

#### **1.4.1. Investigación cualitativa y desarrollo del trabajo de campo**

Para conseguir captar el significado de los comportamientos, las acciones y los procesos sociales a través de sus protagonistas, los investigadores deben acercarse y participar en las comunidades que están estudiando (Cox, 1986: 78; citado en Chambers, 2013: 131). Por esta razón, hemos procurado acceder al entorno natural donde ocurren los fenómenos sociales objeto de estudio, para observar de primera mano las prácticas cotidianas y las interacciones entre actores, así como para obtener la información (imágenes, fotografías, símbolos, textos, música, películas, testimonios orales, grabaciones, memorias personales) necesaria para el análisis en profundidad.

Así, realizamos trabajo de campo durante dos años, entre 2014 y 2016, casi de manera ininterrumpida. Entre el 1 de agosto y el 15 de septiembre de 2014, realizamos una visita exploratoria a Colombia con el objetivo de conocer el contexto, compararlo con la información secundaria que había sobre el mismo y cerciorarnos de que había fenómenos sociales que podían ser objeto de una investigación en los campos de estudio de mi interés. Entre el 15 de enero y el 27 de noviembre del año 2015, realizamos una estancia académica en el Instituto de Estudios Interculturales de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali (IEI-PUJ), un centro de investigación especializado en el estudio de los conflictos interculturales y territoriales en la región suroccidental, así como en el acompañamiento de las comunidades indígenas del Cauca en sus procesos de fortalecimiento político, económico y cultural y en sus procesos de interlocución con otros actores de la región. Durante las estancias en el Instituto, pudimos acceder a los lugares y actores clave y efectuamos la mayor parte del trabajo de campo (recogida de las fuentes primarias, realización de las entrevistas, etc.). Y, por último, entre el 25 de enero y el 12 de abril de 2016, realizamos una tercera estancia en el terreno, en la cual concluimos el trabajo de campo y la recopilación del material empírico. Por otro lado, entre el 12 de enero y el 11 de abril del año 2017, realizamos una estancia en el Centro de Investigación de Educación Popular (CINEP), una institución, sita en Bogotá, con amplia tradición en el estudio de la violencia política y la acción colectiva en Colombia. Esta estancia nos sirvió para avanzar en la revisión bibliográfica del estudio de caso. En conclusión, hemos realizado cuatro estancias en Colombia por un total de dieciocho meses, un tiempo suficiente para adquirir una comprensión fundamentada de los fenómenos estudiados.

Durante las estancias estuvimos en continuo contacto con las comunidades indígenas del norte del Cauca, así como con académicos y profesionales especialistas en la materia, con los cuales tuvimos la oportunidad de ir analizando el caso y poniendo a prueba diferentes preguntas de investigación, lo que nos ayudó así mismo a definir mejor el objeto de estudio y las hipótesis. La investigación cualitativa se rige por el principio de idoneidad del método al objeto de estudio. Por eso, en comparación con la investigación cuantitativa, la cualitativa resulta más flexible y menos estandarizada, pues los métodos deben ser lo suficientemente abiertos para captar el sentido de los procesos o relaciones sociales (Flick, 2015: 32). Siguiendo estas premisas, si bien al inicio de nuestra investigación los conceptos e hipótesis eran abiertos, estos se fueron desarrollando y precisando a lo largo del proceso de investigación, en la medida en que fuimos comprendiendo con mayor profundidad las dimensiones del problema a estudiar.

#### **1.4.1.1. Fuentes primarias recopiladas y analizadas**

Dado que pasamos largas estancias en Colombia realizando el trabajo de campo, el volumen de datos (transcripciones, notas, grabaciones, imágenes visuales, documentos, etc.) almacenado fue muy abundante, por lo que tuvimos que

seleccionar la información más relevante. La selección de las fuentes primarias la hicimos en función de su relevancia para el objeto de estudio y garantizando la diversidad de las fuentes. La lógica de utilizar diversas fuentes responde al objetivo de sostener la argumentación con mayor solidez, de poder extender el alcance de los resultados, es decir, aumentar su generalización, y realizar un análisis más completo y exhaustivo. Finalmente, de las 659 fuentes recopiladas, analizamos un total de **336 fuentes**<sup>5</sup>. A continuación exponemos cuáles han sido las fuentes primarias analizadas, con indicación de las técnicas empleadas para su obtención y el método de elección de la muestra (personas participantes) y de los emplazamientos.

(a) *Fuentes primarias testimoniales (FPT)*

Durante el trabajo de campo recogimos los relatos, testimonios y opiniones de los propios actores y otros informantes relevantes, a través de tres técnicas: las entrevistas semi-estructuradas, las conversaciones y los grupos de discusión. De todas estas analizamos un total de **49 fuentes** primarias testimoniales.

a.1. *Entrevistas semi-estructuradas*: seguimos un guión de entrevista uniforme para todas las entrevistas, dado que el uso del mismo diseño de entrevista hace que la situación en la que se obtienen los datos sea similar y las respuestas sean comparables. De este modo conseguimos que las diferencias que se obtengan no se puedan atribuir a diferencias en el método (Flick, 2015: 129). Sin embargo, la estructura de la entrevista no fue cerrada, sino que podía variar según el desarrollo de la interacción, las necesidades de la investigación o la situación de la persona entrevistada. Intentamos, por tanto, mantener un equilibrio entre uniformidad y flexibilidad. En el apartado de Anexos se puede ver el guión elaborado para la realización de las entrevistas.

Algunas de las claves de la realización de las entrevistas fueron: (1) se introdujeron preguntas personales al inicio de la entrevista para generar acercamiento y confianza, así como para caracterizar mejor el perfil y la identidad de la persona; (2) siguiendo el modelo de entrevista episódica, algunas de las preguntas se orientaron a obtener un relato de las vivencias, situaciones y acontecimientos del pasado (por ejemplo, al hablar de los cambios sociales a los que ha asistido desde la niñez o al hablar de las personas que le indujeron a entrar en el movimiento social, etc.); (3) fueron grabadas en audio en lugar de video, para generar un ambiente más cercano, y olvidar el hecho de la grabación. Todos los entrevistados firmaron un documento

---

<sup>5</sup> En Atlas Ti figuran 350 fuentes, pero 14 de ellas en realidad, forman parte de una misma fuente fraccionada (10 entrevistas y 4 conversaciones que fueron grabadas en diferentes pistas y codificadas directamente desde el audio, sin transcripción previa, por lo que no fueron subidas al programa unificadas sino en pistas separadas), lo que disminuye la cifra total a 336.

de consentimiento informado sobre la investigación. Para su análisis, la mayoría de las grabaciones fueron transcritas<sup>6</sup>.

A la hora de realizar la selección de las personas entrevistadas se tuvieron en cuenta cuatro criterios: (1) a pesar de que el caso de nuestro estudio sean las comunidades indígenas del norte del Cauca, consideramos que no solo debíamos entrevistar a las personas pertenecientes a estas comunidades (sus organizaciones, movimientos e instituciones) sino también a otros actores, personas y profesionales de instituciones y organizaciones no indígenas, que podían arrojar luz sobre el caso y darnos diferentes perspectivas. Por tanto, el primer criterio para la selección de las personas fue que estas contaran con el conocimiento sobre el tema objeto de nuestra investigación, debido a su experiencia y contacto directo y continuado con el movimiento indígena y con los procesos de lucha en la región; (2) el segundo criterio fue la búsqueda de una muestra diversa, que nos diera una visión más amplia del fenómeno a estudiar, para que los resultados fueran más generalizables, siguiendo la lógica de las investigaciones cuantitativas pero sin entrar en la representatividad de la muestra estadística. Según los autores, la investigación cualitativa debe reflejar la heterogeneidad del campo, por tanto, además de los casos centrales o nucleares (en nuestro caso los indígenas que siguen una estrategia de resistencia no-violenta) debe recogerse la variedad de experiencias, preocupaciones y puntos de vista (Flick 2015, 96–99). Sobre esta base, hicimos grandes esfuerzos por realizar visitas a diferentes comunidades e instituciones, participar en espacios y acontecimientos diversos y entrevistar a una variedad de personas que pudiera cubrir una distribución equitativa de los rasgos demográficos (edad, género, etnia y profesión o cargo). En este sentido, conversamos y entrevistamos tanto a hombres como mujeres, jóvenes, adultos y ancianos, indígenas, campesinos, afro-descendientes y no étnicos<sup>7</sup>, líderes sociales, comuneros, profesionales, académicos, miembros del ejército y otros actores armados, delegados del gobierno y responsables de organizaciones internacionales; (3) otro de los criterios fue seleccionar a las personas con quienes la investigadora había establecido encuentros y comunicaciones previas, de forma que había un reconocimiento mutuo y cierto grado de confianza. En las pocas ocasiones en las que la entrevista supuso el primer y único contacto, su elección fue motivada por la recomendación de otros entrevistados o interlocutores (muestreo en bola de nieve) y fueron puestas en contacto con la entrevistadora a través de personas de su entorno de confianza; y (4) por último, como hace la investigación de la teoría fundamentada, las decisiones en la elección del muestreo fueron impulsadas por las necesidades identificadas a lo largo del proceso. Por ejemplo, a medida que se

---

<sup>6</sup> Respecto al estilo de las transcripciones, seguimos el estilo “literal con dialecto”. Prescindimos de utilizar sistemas más detallados como el de Jefferson o el de Silverman empleados en el análisis del discurso o de conversación, porque nuestra investigación no se interesa por la estructura de la conversación (el modo de utilizar el lenguaje, la comunicación, la interacción, etc.) sino por el contenido factual (Gibbs 2012, 36–37); aunque como no queríamos perder ciertos detalles de expresión, sí indicamos los silencios, las risas, sollozos, etc.

<sup>7</sup> En Colombia se da esta denominación a la población que no se auto-reconoce como afro-descendiente ni como indígena.

avanzaba en el conocimiento del caso, fuimos constatando que faltaban ciertos datos o casos, por lo que buscamos completar la información con el testimonio de otras personas (Flick, 2015: 90).

En total, realizamos y analizamos **24 entrevistas** a personas clave, de las cuales: 19 fueron hombres y 5 mujeres; 13 fueron indígenas, 7 campesinos, 3 académicos y/o colaboradores y 1 personal de organismos internacionales. De los 13 indígenas, 10 fueron hombres y 3 mujeres; 7 fueron líderes, 1 fue un mayor indígena y 3 fueron jóvenes.

a.2. *Conversaciones*: además de las entrevistas, mantuvimos conversaciones informales con muchos de líderes, académicos y profesionales conocedores del campo. Algunas de ellas fueron grabadas en audio y abordaron temas del guión de la entrevista, pero difieren de estas en que se focalizaron solo en cierta cuestión, no siguieron la estructura formal de la entrevista ni se firmó el documento de consentimiento, aunque en todo caso hubo un consentimiento tácito. El principal criterio para la realización de estas conversaciones fue la “oportunidad”, lo que explica que no fueran preparados previamente los recursos y tiempos necesarios de las entrevistas.

Realizamos y analizamos **20 conversaciones** con personas clave, de las cuales: 12 fueron hombres y 8 mujeres; 4 fueron indígenas, 2 campesinos, 10 académicos y/o colaboradores, 3 personal de organismos internacionales y 1 personal de entidades gubernamentales. De los 4 indígenas, 3 fueron hombres y 1 mujer, los 4 fueron líderes y 2 fueron mayores indígenas.

a.3. *Grupos de discusión (GD)*: no se trató de grupos focales en sentido estricto<sup>8</sup>. Nos referimos a dos charlas-taller participativas que la investigadora realizó con las comunidades indígenas de Caloto y Toribío, sobre dos temas muy relevantes para el estudio de caso: la paz y los conflictos. En cada uno de los talleres participaron unas treinta personas de la comunidad, entre hombres y mujeres, de todos los rangos de edad (excepto niños). Esta investigadora no intervino en la formación de los grupos. La composición y el tamaño de los grupos se trató de una decisión “interna”, “propia” o “genuina” de las comunidades. La investigadora participó como invitada por la propia comunidad a impartir ambos talleres. Durante estos encuentros realizamos varias memorias o relatorías que han servido de material empírico para esta tesis. En particular, analizamos **5 documentos de memorias**, que sirvieron para conocer mejor sus preocupaciones, valores, creencias y visiones, así como para identificar sus discursos, su manera de interactuar y los puntos de acuerdo y desacuerdo en el interior de las comunidades.

---

<sup>8</sup> Con dos o más grupos, compuestos por una muestra seleccionada, que pueden ser utilizados para realizar comparaciones entre las respuestas, para devolver resultados, etc.

(b) Fuentes primarias etnográficas u observacionales (FPO)

b.1. *Diario de campo (DC)*: durante las estancias en Colombia, gran parte de nuestro tiempo lo dedicamos a visitar el terreno (Santander de Quilichao, Caloto, Corinto, Toribío, Popayán y Cali principalmente), acompañando a las comunidades y asistiendo a los eventos y acciones colectivas, los cuales quedaron registrados sistemáticamente en notas de campo. A través de la observación participante registramos el desarrollo de las rutinas, las acciones, los espacios y los procesos sociales.

Podemos decir que realizamos una etnografía política, en el sentido de que lo que nos interesó fue conocer la vida política de las comunidades indígenas, por lo que las situaciones y emplazamientos privilegiados no fueron las prácticas cotidianas, la huerta y la casa, como en una investigación antropológica, sino aquellos entornos que daban cuenta de fenómenos de naturaleza política, tales como: las asambleas, las marchas, las negociaciones, los congresos y demás acciones y procesos colectivos de protesta, incidencia, interlocución, debate o articulación. Los lugares donde recogimos la mayor parte del material empírico (conversaciones, diario de campo, dibujos, entrevistas, etc.), fueron las sedes de los actores sociales: sede de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (Santander de Quilichao), el Consejo Regional Indígena del Cauca (Popayán), de los Cabildos Indígenas de Corinto y Caloto), del Centro de Educación, Capacitación e Investigación para el Desarrollo Integral de la Comunidad (Toribío), de la Asociación Movimiento Campesino de Cajibío (Popayán), del Centro de Integración del Macizó (Popayán), de la Universidad Autónoma Indígena Intercultural (Popayán), del Instituto de Estudios Interculturales (Cali), del Cuartel del Ejército (Popayán), de las Naciones Unidas (Cali), etc. También fueron emplazamientos habituales para la recogida de información los lugares donde los indígenas desarrollan las acciones colectivas y los rituales culturales, formaciones, seminarios, etc., tales como: las tulpas, los cambuches<sup>9</sup> improvisados, la carretera, las haciendas ocupadas, los cabildos, las instituciones educativas, etcétera.

Así mismo, esta investigadora asistió como invitada a la convocatoria de una serie de actividades políticas: asambleas comunitarias, congresos indígenas, nombramiento de consejeros y formación de cabildos, espacios de negociación con el gobierno, espacios de articulación, mesas interculturales, elaboración de planes de vida, espacios de reflexión, espacios de debate y decisión sobre acciones colectivas, etc. En estos espacios la composición de los asistentes generalmente era diversa en género, edad y cargo. Sin embargo, cabe señalar que en los espacios de

---

<sup>9</sup> Las tulpas son espacios circulares con un fuego en el centro, alrededor del cual los indígenas se reúnen para realizar tanto prácticas culturales como políticas. Los cambuches son viviendas improvisadas, que pueden ser construidas con cualquier material que se encuentre al alcance, para resguardarse del sol, realizar asambleas o pasar la noche.

negociación o interlocución, cuanto más relevancia tenía la discusión a debatir o la decisión a tomar (mesa intercultural cerrada, comisiones de facilitación de conflictos, cabildeo interno en momentos de tensión), más cerrado era el acceso, más se reducía el tamaño del grupo y más aumentaba la desigualdad de los representantes, a favor de la presencia de líderes y de varones. No obstante, estas cuestiones requerirían de un análisis más profundo, caso por caso. Uno de los eventos más destacables al que pudimos asistir fue el I Encuentro Intercultural de Paz celebrado en Santiago de Chile en enero de 2015, donde la Fundación Ford reunió a unas veinticinco personas, entre las que se encontraban los principales líderes afros, campesinos e indígenas de Colombia para debatir sobre su posición y su participación en el proceso de paz. La investigadora asistió a dicha reunión como parte del equipo del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali (en donde esta investigadora realizó varias estancias) con el mandato de realizar la relatoría del encuentro, del cual recogió las grabaciones, las transcripciones y una memoria.

La asistencia a estos encuentros y espacios sirvió para analizar la interacción y el discurso de las comunidades y otros actores relevantes del territorio. Siguiendo las recomendaciones de Gibbs (2012, 55), las notas de campo fueron clasificadas en notas de observación (NO), notas metodológicas (NM), notas teóricas (NT) y notas personales (NP). A la hora de realizar el análisis de fuentes, nos interesaron únicamente las notas de observación, que son las que contienen una descripción detallada de los acontecimientos (lo que se vio, se escuchó, las opiniones de la gente, etc.), junto a algunas ideas analíticas (problemas, hipótesis, etc.) que surgieron durante la observación. Las notas de campo fueron en ocasiones complementadas con fotografías y dibujos realizados por la investigadora sobre los espacios y las acciones colectivas. En total, analizamos **49 notas de observación** recogidas en el diario de campo.

#### (c) Fuentes primarias emitidas por los propios actores (FPA)

Aquí nos referimos a fuentes primarias que fueron elaboradas por personas o instituciones ajenas a la investigadora, que son relevantes para el caso. En particular nos interesó la información producida por los actores indígenas (cabildos, ACIN, CRIC, ONIC), pero también alguna información relevante procedente de campesinos, de entidades gubernamentales y de la sociedad civil (medios de comunicación, instituciones académicas, organizaciones no gubernamentales, etc.). En total, analizamos **238 fuentes** producidas por los actores sociales. Dentro de esta categoría diferenciamos el tipo de información según el objetivo de la misma y de dónde procedía la fuente.

c.1. *Documentos relacionales (DREL)*: documentos que contienen información sobre la relación entre las partes como, por ejemplo, relatorías y actas de reuniones, acuerdos alcanzados en mesas de negociación, reconocimiento de derechos,



acreditaciones, informes de seguimiento de los acuerdos, correspondencia entre las partes, etcétera. Analizamos **46 documentos** relacionales.

c.2. *Documentos externos-públicos (DEXT)*: documentos que contienen información sobre lo que un actor dice a la audiencia pública, nacional o internacional, como, por ejemplo, comunicados o declaraciones oficiales, boletines y artículos de prensa. Analizamos **45 documentos** externos de los indígenas y **36 documentos** externos de otros actores.

c.3. *Documentos internos (DINT)*: documentos que nos informan sobre lo que un actor dice a su grupo internamente como son las cartillas, los posters y programas electorales, los planes de desarrollo, etc. Analizamos **60 documentos** internos de los indígenas y **25 documentos** internos de otros actores.

c.4. *Documentos audio-visuales (DVIS)*: información contenida de manera audio-visual en fotografías y grabación de eventos o de acciones colectivas, videos subidos a youtube, películas, documentales, mapas territoriales, etc. Analizamos **18 fuentes** audio-visuales de los indígenas y **8 fuentes** audio-visuales de otros actores.

#### 1.4.1.2. Ética de la investigación

En nuestra investigación hemos cuidado que quienes participaban en el proyecto recibieran un trato respetuoso y su intimidad fuera garantizada. En todo caso, quisimos preservar el bienestar de las comunidades, evitando que la investigación les supusiera una carga o les expusiera a daños o riesgos a su seguridad.

Respecto a las personas con las que establecimos la interlocución durante el trabajo de campo, cabe mencionar que todas conocían la condición de investigadora de la doctoranda, pues así fue presentada ante todas las audiencias (comunidades, delegados del gobierno, académicos, etc.) y en todos los espacios en los que intervino. Así mismo, fue por todos conocido el interés que la investigadora tenía en ampliar su conocimiento sobre las luchas que los movimientos sociales, particularmente el indígena, desarrollaban en la región, movimientos a los cuales acompañó durante sus estancias. Las personas pudieron ver abiertamente el registro (audio, escrito, fotográfico, etc.) que la investigadora hacía durante los diferentes eventos. Por lo tanto, se puede deducir que hubo siempre un consentimiento tácito respecto al trabajo académico que la investigadora realizaba de manera transparente en el territorio. Es más, a muchos de estos espacios y eventos, la investigadora acudió como invitada para contribuir con sus reflexiones.

Por otro lado, el proceso de investigación fue especialmente cuidadoso en asegurar que las personas que se involucraran directamente en la investigación conocieran el propósito de la misma y accedieran libremente a participar. En este sentido, todas

las personas entrevistadas recibieron explicaciones tanto verbales como escritas sobre la finalidad de la investigación, la posibilidad de rechazar su participación y la garantía de que la información otorgada sería confidencial. Ambas partes firmaron un acuerdo de consentimiento informado, del cual, cada una obtuvo una copia.

Por último, en la tesis optamos por garantizar el anonimato de las personas entrevistadas. Describimos las situaciones y el perfil de las personas sin necesidad de descubrir su identidad. Esta decisión se debe a que durante su estancia, la investigadora fue partícipe de algunos encuentros y situaciones confidenciales, donde las personas implicadas no deseaban que sus nombres se hicieran públicos. Respecto a las entrevistas, en algunas se abordaron temas sensibles para la sociedad como, por ejemplo, el uso de la violencia o la participación en grupos armados no estatales. Además, estamos en un contexto donde con frecuencia hay casos de amenazas y asesinatos a líderes sociales y defensores de derechos humanos. Por lo tanto, hemos querido, ante todo, salvaguardar la integridad física y moral de los participantes y evitar que fueran objeto de recriminaciones o represalias políticas. A su vez, consideramos que garantizar el anonimato y la confidencialidad de las entrevistas pudo tener un efecto positivo en la investigación al conferir más confianza a la persona entrevistada y, con ello, más transparencia y veracidad a su testimonio. Durante las entrevistas afloraron testimonios reveladores para la investigación que, de no ser por la garantía del anonimato, podrían no haberse producido por miedo a represalias. Por tanto, en las entrevistas se ha sustituido el nombre real por un pseudónimo elegido de manera discrecional por la investigadora. En los anexos se puede ver el listado de las personas entrevistadas, con el pseudónimo y una breve descripción de su perfil.

## **1.4.2. Técnicas cuantitativas**

### **1.4.2.1. Análisis de la información con Atlas Ti**

Para analizar toda la información recopilada durante el trabajo de campo, seleccionamos un método que garantizara el rigor científico de la investigación y diera más validez a los hallazgos. Queríamos evitar que el análisis cualitativo se convirtiera en la mera realización de una descripción resumida de las entrevistas o una extracción conveniente de las citas<sup>10</sup>. Por tanto, para mejorar la calidad de la investigación, decidimos utilizar Atlas Ti, uno de los programas de análisis de datos cualitativos asistido por ordenador (CAQDAS) más utilizados en el campo de las ciencias sociales, que nos permitió analizar sistemáticamente la gran cantidad de fuentes primarias recogidas. El programa dispone de varias herramientas para la

---

<sup>10</sup> En las investigaciones cualitativas es frecuente encontrar errores metodológicos o atajos analíticos (*analytic shortcomings*). Seis son los atajos analíticos más empleados: (1) los resúmenes, (2) la toma de posiciones, (3) el exceso o aislamiento de citas, (4) la circularidad de discursos y constructos mentales, (5) la falsa generalización y (6) la localización de elementos. (Antaki et al. 2003).

codificación y cuantificación de la información cualitativa. Con ayuda de estas herramientas, hemos realizado el análisis del estudio de caso y la comprobación de nuestras hipótesis, que presentamos en el Capítulo 6 de esta tesis. En este capítulo se encuentra también una explicación más detallada del proceso de codificación y las herramientas de análisis empleadas.

#### **1.4.2.2. Uso de las bases de datos del CINEP**

En el Capítulo 5 de esta tesis presentamos una serie de gráficas y estadísticas sobre las acciones colectivas adoptadas por las comunidades indígenas del norte del Cauca durante su trayectoria de lucha. Estas gráficas fueron elaboradas por la investigadora doctoranda a partir de la información contenida en dos bases de datos del CINEP: (1) la base de datos sobre luchas o protestas sociales (LS) y (2) la base de datos sobre acciones colectivas por la paz (ACP)<sup>11</sup>. En relación a la temporalidad, la información procedente de la base de datos de LS contiene acciones colectivas comprendidas entre 1975 y 2015, y la información de la base de datos de ACP contiene acciones colectivas comprendidas entre 1979 y 2016. La información sobre las acciones colectivas fue registrada por el CINEP a partir de la revisión de artículos de prensa de varios periódicos locales, regionales o nacionales.

El uso de la información cuantitativa contenida en estas bases de datos nos ha permitido conocer mejor el tipo de acciones colectivas empleadas por los indígenas y los cambios habidos en el repertorio de lucha durante casi todo el período estudiado. Así mismo, tener una mejor descripción de la trayectoria indígena nos permite analizar, en el Capítulo 6, las condiciones que explican la adopción de una u otra acción colectiva.

Cabe señalar que, al trabajar con los reportes de información entregados por el CINEP, identificamos múltiples errores, que nos llevaron a acometer una importante tarea de limpieza de las bases de datos y de redefinición del marco conceptual. Es importante tener esto en cuenta porque los resultados pueden diferir de los obtenidos por otros investigadores que hayan utilizado estas bases de datos pero no hayan realizado la limpieza de la información o la hayan abordado de otra manera. Para garantizar la transparencia metodológica de esta tesis, hemos incluido en los anexos un apartado sobre las dificultades encontradas en los ficheros originales y las modificaciones realizadas.

---

<sup>11</sup> El CINEP es una institución colombiana asociada a la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, especializada en el estudio de la violencia política en Colombia. Es conocida, entre otras cosas, por la construcción de bases de datos sobre violaciones de derechos humanos, acciones bélicas, acciones colectivas o luchas sociales y acciones colectivas por la paz en Colombia. Han recogido información sistemática desde los años setenta. Como ya hemos reseñado, en 2017 realizamos una estancia académica de tres meses en esta institución.

### 1.5. Estructura de la tesis

La tesis doctoral propuesta cuenta con nueve capítulos. Además de este capítulo introductorio, hemos dedicado cuatro capítulos al marco teórico, tres capítulos al estudio de caso y un último capítulo de conclusiones. La tesis se completa al final con la bibliografía de referencia y los anexos, en los cuales incluimos el guión de las entrevistas, el listado con las personas entrevistadas, las consideraciones metodológicas sobre el uso de las bases de datos del CINEP y las tablas de co-ocurrencia elaboradas con Atlas Ti como soporte cuantitativo para el análisis del estudio de caso.

Dentro del marco teórico, en el Capítulo 2 hemos realizado una amplia revisión de los diferentes enfoques teóricos –clásicos, racionalistas y nuevos enfoques– del campo de los movimientos sociales hasta la actualidad, de los cuales hemos extraído las herramientas analíticas empleadas en el estudio de caso. Además, dadas las insuficiencias teóricas de este campo para analizar los contextos latinoamericanos, hemos incluido al final del mismo un apartado sobre el estudio de los movimientos sociales en América Latina.

En el Capítulo 3 nos centramos en los fundamentos teóricos que han aportado a una conceptualización crítica de la paz, en particular, a las nociones de paz positiva, la transformación de los conflictos y la construcción de paz desde abajo. Para ello, en primer lugar, hacemos una revisión de la investigación para la paz y su propuesta de paz positiva, y presentamos los debates teóricos aportados por los estudios críticos de seguridad y el enfoque de la seguridad humana, que pueden aportar a la conceptualización crítica de la paz. En tercer lugar, mostramos la noción dominante de la paz, la paz liberal, así como la agenda de paz liberal aplicada por la comunidad internacional y las principales críticas realizadas desde las corrientes críticas. Y, por último, abordamos la cuestión del papel de los diferentes actores implicados en la construcción de paz positiva, haciendo énfasis en los procesos *bottom-up*, para lo cual revisamos las diferentes teorías implicadas: el enfoque de la transformación de los conflictos, la construcción de paz desde abajo y la noción de paz híbrida.

En el Capítulo 4, hemos elaborado un marco teórico sobre el modo en el que los actores locales pueden contribuir a un cambio social acorde a la paz positiva. Para ello, en los primeros apartados hemos definido cuál es la situación previa de violencia de la que partimos, cuál es el horizonte buscado y cuál, el tipo de sujeto colectivo. En segundo lugar, hemos presentado el repertorio de acciones colectivas no-violentas, como la estrategia más adecuada para la construcción de paz, para lo cual hemos profundizado en el estudio de la convergencia entre la resistencia civil no-violenta y la construcción de paz desde abajo. A continuación hemos analizado el potencial estratégico de las acciones no-violentas, según la literatura. Y, por último, presentamos la complejidad del estudio de la no-violencia y las dificultades que existen en la práctica a la hora de encontrar una acción colectiva que encaje en este modelo ideal. Por tanto, presentamos las modalidades de violencia política “desde

abajo” y realizamos una aproximación teórica a la delimitación conceptual entre la violencia y la no-violencia.

En el Capítulo 5, abordamos el estudio de las condiciones o factores que favorecen la adopción de acciones colectivas no-violentas. Para ello, hemos contemplado dos dimensiones de análisis: el análisis de las condiciones internas, colectivas o grupales, y el análisis de las condiciones externas, que a su vez pueden ser relacionales o contextuales<sup>12</sup>. A la hora de elaborar este estudio, hemos empleado principalmente las categorías analíticas que nos ofrecen las teorías sobre movimientos sociales, presentadas en el Capítulo 2 de esta tesis.

Dentro del estudio de caso, en el Capítulo 6 realizamos la contextualización de nuestro caso de estudio. En primer lugar, delimitamos las comunidades indígenas del norte del Cauca, que son objeto de investigación. En segundo lugar, realizamos una revisión histórica del conflicto armado de Colombia. Y, por último, presentamos los principales debates existentes en la literatura sobre las causas del conflicto armado colombiano.

En el Capítulo 7, describimos la resistencia del movimiento indígena desde 1971 hasta 2016, haciendo énfasis en las acciones colectivas y cambios de trayectoria, y con una mención previa a los antecedentes de dominación y resistencia que pueden explicar su surgimiento. En este capítulo hemos empleado las bases de datos del CINEP sobre luchas sociales y acciones colectivas por la paz, para analizar la evolución del movimiento indígena.

En el Capítulo 8, realizamos el análisis de las condiciones que han favorecido la adopción y mantenimiento de la estrategia no-violenta en el movimiento indígena, a partir del análisis de las fuentes primarias realizado con Atlas Ti. En primer lugar, explicamos el proceso de codificación, las variables utilizadas para el estudio y el uso de las herramientas de análisis. En segundo lugar, presentamos los resultados del análisis de las condiciones y realizamos la comprobación de la segunda hipótesis H2 de la tesis. Y, en tercer lugar, a la luz de los resultados del análisis, realizamos también la comprobación de la subhipótesis H2.1.

Por último, en el Capítulo 9 recogemos las conclusiones finales de la investigación, en relación a: (1) las dificultades encontradas en la realización de la tesis; (2) la verificación o refutación de las hipótesis; (3) los aportes de la investigación y el cumplimiento de los objetivos planteados; y (4) vacíos o temas de interés identificados para futuras investigaciones.

---

<sup>12</sup> En la dimensión colectiva nos referimos a cómo el funcionamiento del propio grupo (estructura organizativa, recursos, habilidades, discursos, identidades, etc.) influye en la configuración de la acción colectiva. En la dimensión relacional abordamos los elementos que caracterizan la interacción entre el grupo social y otros actores de su entorno. Y, por último, en la dimensión contextual analizamos cómo las condiciones del sistema social (político, económico y cultural) al cual pertenece el sujeto colectivo pueden afectar a la acción colectiva.



## Capítulo 2. Revisión de la literatura sobre movimientos sociales

---

### 2.1. Introducción

El objetivo de este capítulo es analizar la literatura especializada sobre movimientos sociales. El capítulo es eminentemente teórico y no es otro su objetivo que mostrar los fundamentos teóricos del campo de estudios sobre movimientos sociales.

Comenzamos este capítulo revisando el concepto de los movimientos sociales, un término que ha generado un amplio debate dentro del campo de estudios. La falta de consenso se demuestra en que cada uno de los enfoques teóricos parte de una noción diferente de su objeto (Laraña, 1999: 67-68). Un problema epistemológico, similar al de otros campos de la sociología, que no pretendemos resolver aquí. La tarea que nos proponemos consiste en acotar una concepción de movimiento social que sirva a nuestra investigación, teniendo en cuenta que este ejercicio nos ayudará a introducir algunos de los elementos teóricos fundamentales del campo de estudio.

En el segundo apartado de este capítulo exponemos la evolución de los principales enfoques teóricos existentes en el campo de estudios de los movimientos sociales, divididos en tres sub-apartados: los enfoques clásicos, los enfoques racionalistas y los nuevos enfoques teóricos. Cada enfoque está compuesto por diferentes líneas teóricas: corriente psicológica, teoría del comportamiento colectivo, teoría de la sociedad de masas y teoría de los agravios; la teoría de movilización de los recursos y enfoque estructuralista; y la teoría de los nuevos movimientos sociales y enfoque cultural. Exponemos los principales autores y fundamentos, las herramientas y categorías analíticas, las debilidades y potencialidades, así como el legado que cada teoría ha dejado al campo de estudios. Y terminamos este apartado con la propuesta de varios autores de construir un único enfoque holístico que sintetice las dimensiones analíticas de cada perspectiva.

Por último, dadas las insuficiencias de los enfoques occidentales, hemos elaborado en el tercer apartado una aproximación teórica a los movimientos sociales en América Latina. Caracterizamos, en primer lugar, el contexto socio-político y cultural del subcontinente americano. En segundo lugar, indagamos sobre el estudio de los MS por parte de la academia latinoamericana. Y, por último, presentamos los rasgos particulares de los movimientos sociales contemporáneos en la región.

## 2.2. Aclaraciones conceptuales: ¿qué son los movimientos sociales?

El término “movimientos sociales” es comúnmente utilizado en múltiples disciplinas científicas (psicología social, sociología, ciencia política e historia) así como en la cotidianidad de la gente, los analistas y medios de comunicación, lo que le ha ido dotando de cierta laxitud. El carácter polisémico del término le ha hecho englobar una gama excesivamente amplia de fenómenos sociales, desde sectas religiosas, a milicias, revueltas de campesinos, campañas antiabortistas y corrientes culturales. Por tanto, a pesar del aumento de interés en los movimientos sociales y el desarrollo que viene experimentando el campo de estudios en las últimas cuatro décadas, todavía no disponemos de una definición que nos permita diferenciar con precisión los movimientos sociales de otros comportamientos colectivos. Desde hace décadas, varios autores han advertido del problema de “subdesarrollo científico” que sufre el campo de estudios al no haber sido su objeto bien definido. Critican que los teóricos se hayan centrado principalmente en estudiar las causas y las consecuencias de las acciones colectivas, habiendo descuidado una tarea previa, la caracterización y delimitación de los fenómenos que estudian (Blumer, 1957; Smelser, 1989 [1963]; Lofland, 1993).

Por eso, antes de comenzar el recorrido por los distintos enfoques teóricos, creemos conveniente realizar unas aclaraciones conceptuales acerca de lo que la literatura especializada entiende por “movimientos sociales”.

En primer lugar, señalamos las diferencias existentes entre lo que es “movimiento social” y “acción colectiva”, términos que pueden encontrarse indistintamente en la literatura, contribuyendo así a su confusión<sup>13</sup>. La noción de acción colectiva incluye a los movimientos sociales, si bien la acción colectiva no se limita únicamente a los movimientos sociales, ni los movimientos sociales son la única forma posible de acción colectiva, pero sí es su forma más característica y estudiada. Entre los actores sociales existentes en el sistema político –grupos de interés, asociaciones de vecinos, sindicatos, partidos políticos, etc.– los individuos y grupos que hacen parte de los movimientos sociales son quienes más recurren a las acciones colectivas<sup>14</sup>.

Advertimos, como hacen Neveu (2002) con los grupos de presión y Tarrow (2004) con los disturbios y las concentraciones, que los movimientos sociales durante su proceso de construcción mantienen elementos de continuidad e intersección con otras formas de acción colectiva. De este hecho deriva, en parte, la confusión conceptual. Sabemos que existe una gran variedad de formas de acción colectiva, como afiliarse a sindicatos, asociarse a grupos de presión, acudir a votar, realizar campañas electorales, participar en disturbios, revoluciones o guerras, pero todavía

---

<sup>13</sup> No obstante, la clarificación conceptual de la acción colectiva también está siendo objeto de desarrollo y debate.

<sup>14</sup> “La acción colectiva es el principal recurso, y con frecuencia el único, del que dispone la mayoría de la gente para enfrentarse a adversarios mejor equipados o a estados poderosos” (Tarrow, 2004: 24)



no disponemos de una taxonomía clara sobre acciones colectivas<sup>15</sup>. En el campo de los movimientos sociales, parece que hay un consenso en definirla como una acción conjunta mediante la cual se persiguen objetivos o intereses comunes (Neveu, 2002: 31; Revilla, 1994: 186; Tilly, 1978: 5-8). Por lo tanto, las acciones colectivas aparecen acotadas al ámbito de lo político, excluyendo de la categoría las acciones que no estén relacionados con este ámbito como, por ejemplo, expresiones culturales y musicales. En el caso de los movimientos sociales, además, la “acción política colectiva” tiene una orientación particular: promover o impedir cambios sociales (Laraña, 1999: 127). Por lo tanto, las prácticas sociales que no están orientadas expresamente a la defensa o el cambio de las estructuras sociales – como, por ejemplo, las “ecoaldeas” o comunidades donde se practica un estilo de vida alternativo y coherente con su pensamiento político y filosofía de vida– no puede considerarse un movimiento social aunque se trate de una práctica social, política y cultural significativa (Godàs i Pérez, 2007: 22-23).

Entre toda la gama de acciones posibles, breves o prolongadas, espontáneas o concertadas, institucionalizadas o subversivas, monótonas o dramáticas (Tarrow, 2004: 24), las acciones colectivas *planificadas* y *sostenidas* son las características de los movimientos sociales. Mientras que la acción colectiva puede ser breve y espontánea, los movimientos sociales tienen que ser capaces de sostener el desafío colectivo frente a sus oponentes durante un tiempo prolongado<sup>16</sup>. No todas las acciones colectivas consiguen dar continuidad a la acción. Si no lo consiguen, desaparecerán o se convertirán en otras formas asociativas. Por eso, el objetivo de los líderes y organizadores será precisamente convertir la acción colectiva en movimientos sociales. Pero mantener la interacción con oponentes poderosos no es fácil. El éxito depende, como veremos, de las habilidades de los organizadores, del apoyo de redes sociales compactas y estructuras de conexión, de los marcos culturales e ideológicos que movilizan a la gente y construyen la identidad colectiva, y de las oportunidades y restricciones políticas habidas en el ciclo de protesta.

Esta primera característica permite diferenciar los movimientos sociales de ciertos comportamientos colectivos con bajos niveles de planificación y perdurabilidad, tales como las multitudes no concertadas, los estallidos de violencia, las modas pasajeras o las respuestas colectivas de pánico. Durante el proceso de gestación de los movimientos sociales se pueden dar algunos de estos comportamientos espontáneos –amotinamientos, disturbios, concentraciones– pero estos deben considerarse como indicadores de la construcción del movimiento más que como movimientos en si mismos<sup>17</sup>.

---

<sup>15</sup> Algunos autores excluyen las revoluciones del estudio de la acción colectiva, mientras otros (Tarrow, 2004; Goldstone, 1997) defienden su análisis como una forma más de acción colectiva.

<sup>16</sup> De cuánto tiempo estamos hablando es algo que los autores no se atreven a determinar. Casquete (1998: 26) considera que una referencia válida podría ser el mantenimiento durante “varios años”.

<sup>17</sup> Smelser (1989: 15) distinguía, dentro de la categoría de comportamiento colectivo, entre *estallidos colectivos* y *movimientos colectivos*. Los disturbios y las multitudes son *estallidos colectivos* mientras que los “esfuerzos colectivos para modificar las normas y valores, que con frecuencia se desarrollan

En relación con la concertación y el sostenimiento de la acción, Múnera (1998: 61) pone el énfasis en la *articulación* como rasgo particular de los movimientos sociales, que les diferencia de otras formas de acción colectiva. En los movimientos sociales, las acciones y los actores -individuales y colectivos- se integran entre sí en un proceso social de transformación constante. La evolución de los movimientos obedece no a los objetivos o la estructura organizativa determinada por una organización social, sino a la permanente puesta en común de objetivos entre una pluralidad de actores. Para el autor, todo depende de la dinámica de interacción: la convergencia y separación de los actores en ciertas coyunturas, las formas organizativas que se adopten, el alcance geográfico de la articulación (local, regional o nacional) y, en definitiva, la continuidad de los movimientos sociales<sup>18</sup>.

La mayor parte de las acciones colectivas son institucionales o convencionales, esto es, formas de participación en el sistema político que se ejercen en el marco de las instituciones aceptadas y/o reguladas por la ley, como por ejemplo: la participación en elecciones, los contactos con los representantes políticos, la recogida de firmas, la elaboración de artículos de prensa o el recurso a los tribunales. Además, se asocian a actores con reivindicaciones políticas acomodaticias<sup>19</sup>. Por otro lado, existe otra forma de acción colectiva que se realiza fuera de las instituciones representativas y de los canales o mecanismos institucionalizados de comunicación entre la sociedad civil y las autoridades del gobierno, por lo que suelen realizarse en los límites de la legalidad. Se trata de la acción no-institucional, no-convencional, subversiva o contenciosa, también llamadas “acciones directas”, “vías de hecho”, “acciones directas disruptivas” o “desafíos políticos no institucionalizados”<sup>20</sup>.

Desde los inicios de este campo de estudios, los autores han señalado que las acciones no-institucionalizadas son las que caracterizan a los movimientos sociales<sup>21</sup>. Los grupos representados en los movimientos, al carecer del acceso

---

durante periodos más largos”, son *movimientos colectivos*. De modo similar Blumer (1951) distingue entre “formas elementales del comportamiento colectivo” y “los procesos que convierten estas formas elementales en un comportamiento de conjunto y organizado”. Objeto de otra investigación sería ahondar en la diferenciación entre *acción colectiva* y *comportamiento colectivo*.

<sup>18</sup> Para otros autores, en cambio, la forma organizativa de los movimientos sociales es un rasgo definitorio. Según Casquete (1998: 24), el grado de formalización es bajo y menos formal, profesional, diferenciado e integrado que en los grupos de interés o los partidos políticos. Abundaremos en esta cuestión en el epígrafe sobre organización de los MS.

<sup>19</sup> “Objetivos que difícilmente harían levantar una ceja a nadie” (Tarrow, 2004: 24).

<sup>20</sup> El término *acción directa* aparece en la literatura sobre resistencia civil no-violenta y en el lenguaje de los movimientos sociales europeos; *vías de hecho* es frecuente en el lenguaje de los movimientos sociales en Colombia; *acciones disruptivas* y *desafíos no institucionalizados* aparecen en Tarrow (2004).

<sup>21</sup> Como veremos, desde el enfoque del comportamiento colectivo se viene considerando que los movimientos sociales (y demás comportamientos colectivos) se distinguen por ser acciones no institucionales. Por ejemplo, Lang y Lang (1961: 490) lo definía como “una acción colectiva a gran escala, amplia, con continuidad en el tiempo, que tiene como objetivo alterar el orden social fundamental”. Para Blumer (1957) y Smelser (1989) el comportamiento colectivo no está institucionalizado, pues en la medida en que se institucionaliza pierde su carácter distintivo.

regular a las instituciones para expresar sus quejas, llevan a cabo reivindicaciones disruptivas e inconformistas que transgreden los códigos sociales y amenazan los intereses de sus oponentes. Las prácticas y discursos desafiantes son conocidos y definidos positivamente por sus seguidores, lo que diferencia estas acciones de los comportamientos criminales (Garner y Tenuto, 1997: 1).

Su ubicación en los márgenes de la institucionalidad se debe a múltiples causas. Por parte del aparato político, (1) un posible ánimo represor que restrinja las posibilidades de expresión y movilización ciudadana, así como, (2) las reticencias a la hora de admitir formas de expresión o de participación ciudadana que no estén reguladas y controladas por el estado. Por parte de los propios movimientos, (3) la asunción de que su potencial está en el carácter innovador y transgresor de las acciones, lo que se puede traducir en ocasiones en una perturbación del orden público.

Con frecuencia la acción colectiva no convencional es asociada a prácticas violentas. Pero para ser contenciosas las acciones no tienen que ser necesariamente violentas o extremistas<sup>22</sup>. Pueden serlo, por ejemplo, a través de símbolos, formas de vestir, formas de conducta no-violenta o estilos de música. Además, los movimientos sociales practican otras acciones además de las contenciosas, como son las negociaciones, la incidencia política y la participación en las instituciones, así como las propias de su desarrollo interno: la conformación de las organizaciones, la socialización de ideologías, la construcción de las identidades colectivas y marcos de referencia y la movilización de la acción y de los consensos<sup>23</sup>. Lo que destacan los autores es que, aunque los movimientos sociales utilicen repertorios de acción convencionales, no se limitan a estos, sino que los enriquecen con prácticas creativas y transgresoras, lo que además permite diferenciarlos de otro tipo de actores políticos, como los grupos de interés o los partidos políticos<sup>24</sup>. Mientras que estos últimos cuentan con acceso directo al estado y recursos estables, los movimientos sociales cuentan con los desafíos colectivos

---

<sup>22</sup> Para Tarrow, la violencia y el extremismo no son las formas de expresión habituales de los movimientos sociales sino una “manifestación exacerbada de los desafíos colectivos” o “una forma exagerada de los marcos de significado” (Tarrow, 2004: 26). En el capítulo 4 desarrollamos la relación entre violencia y acción colectiva.

<sup>23</sup> Casquette (1998: 23-24, 2006: 34-40) describe que los movimientos sociales siguen una estrategia de desafío dualista porque intentan influir tanto en la toma de decisiones de las autoridades como en los esquemas de referencia (creencias, valores, etc.) de la sociedad civil. Para el autor, además, este es un rasgo clave de los movimientos sociales.

<sup>24</sup> Los MS comparten con otros actores políticos colectivos como los partidos políticos o los grupos de presión una serie de características: cierta estabilidad organizativa; objetivos, ideas e intereses compartidos entre los miembros; acción organizada y coordinada; y voluntad de intervenir en política (Ibarra, 2005). Si bien, los grupos de presión y los partidos políticos están más orientados a las instituciones y su intervención política se ciñe a la gestión de la vida pública sin un interés claro de transformación. Son actores privilegiados en el acceso a la esfera resolutoria de la política e interlocutores expertos (Casquette, 2003: 2). Su principal recurso es la interacción continuada con las autoridades y el seguimiento de los procedimientos prescritos para alcanzar los beneficios de su membresía. En el caso de los partidos, pueden acudir con más regularidad que los grupos de presión a la movilización de sus asociados pero su objetivo no deja de ser el de conquistar cuotas de intervención política institucional (Godàs i Pérez, 2007: 23-25).

para movilizar a los potenciales seguidores, visibilizar la problemática e incidir en el proceso político. Además, la acción colectiva contenciosa y extra-institucional es el mejor recurso del que disponen los movimientos sociales frente a los poderosos (Tarrow, 2004)<sup>25</sup>.

En conclusión, los movimientos sociales son una *forma particular de acción colectiva, política, contenciosa, sostenida y articulada*<sup>26</sup>. Su naturaleza política (por diferenciarla de acciones colectivas al margen de la política), el carácter contencioso de la acción (disruptivo y desafiante), el apoyo en redes internas y marcos de acción colectiva que les permiten sostener los desafíos frente a actores políticos poderosos (sostenida en el tiempo) y la dinámica de integración que permite converger a diversidad de actores y acciones (articulación), son los cuatro rasgos distintivos de los movimientos sociales que marcan la diferencia respecto al universo de acciones colectivas.

Pero éstas no son las únicas características que lo definen. Los movimientos sociales son las acciones colectivas de agentes sociales que no tienen acceso al sistema político (personas y colectivos con escaso poder y recursos), que irrumpen en la política (naturaleza política), cuando se dan las condiciones políticas para ello (oportunidad política), con objetivos novedosos e inconformistas (desafíos colectivos), para lo cual integran a una pluralidad de actores y objetivos comunes (articulación), recurren a una combinación de tácticas de acción (repertorio) y se apoyan en marcos culturales, redes sociales internas y símbolos culturales (solidaridad e identidad colectiva) para intentar movilizar a una amplia base social y sostener la interacción entre los movimientos sociales y sus oponentes (mantenimiento de la acción), en la mayoría de los casos, con el fin último de corregir condiciones sociales injustas (cambio social).

Son incontables el número de definiciones que encontramos en la literatura, cada una de las cuales, destaca un conjunto diferente de estos elementos<sup>27</sup>. Señalo aquí

---

<sup>25</sup> Para Piven y Cloward (1977), el principal poder que tienen los desposeídos es recurrir a la alteración del orden, y tienen que salvaguardar aquel frente los líderes y organizadores que intentan desarticularlo por avanzar en las vías institucionales. Melucci (1985) considera que lo que diferencia a los movimientos sociales de otros fenómenos colectivos es la capacidad de romper los límites del sistema de relaciones sociales en el que actúan. Para Tilly (2002a, 2007), el poder de los movimientos sociales reside en la demostraciones de WUNC: Worthy (Respetabilidad o dignidad), Unified (Unión), Numerous (Número) y Committed (Compromiso).

<sup>26</sup> Hablar de *acción política colectiva* y *acción colectiva contenciosa o disruptiva*, como hace Tarrow, tiene el potencial de ayudar a clarificar los conceptos. La *acción política colectiva* permite distinguirla de comportamiento colectivos genéricos. Y, dentro de la *política*, la de tipo *contencioso* caracteriza a los movimientos sociales. Estudios recientes están introduciendo un nuevo término, el de la *contienda política*, para estudiar "procesos políticos en cuyos desenlaces la acción colectiva transgresiva resulta decisiva" (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: XVIII; Tilly, 2007).

<sup>27</sup> Los movimientos sociales son: "desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades" (Tarrow, 2004: 26); "un tipo de campaña que reivindica la corrección de una injusticia que afecta a una población determinada" (Tilly, 2002b: 88); "un proceso de identificación colectiva en el cual se articula un proyecto social que da sentido a las preferencias y expectativas colectivas e

una de las definiciones que a nuestro juicio nos resulta más completa y puede servirnos de punto de partida:

“Una forma de acción colectiva que apela a la solidaridad para promover o impedir cambios sociales; cuya existencia es en sí misma una forma de percibir la realidad, ya que vuelve controvertido un aspecto de ésta que antes era aceptado como normativo; que implica una ruptura de los límites del sistema de normas y relaciones sociales en el que se desarrolla su acción; que tiene capacidad para producir nuevas normas y legitimaciones en la sociedad” (Laraña, 1999: 126-127)<sup>28</sup>.

El sujeto político que constituye los movimientos sociales, las oportunidades políticas con las que se encuentran, el carácter contencioso de las acciones, la combinación de repertorios de acción, la articulación de redes sociales, la forma de organización, la construcción de marcos e identidades colectivas, el cambio social, son algunas de las cuestiones que abordaremos durante los siguientes epígrafes. Constataremos, además, que cada uno de los enfoques teóricos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales pone énfasis en algunas de estas cuestiones.

Hemos delineado las características básicas que diferencian a los movimientos sociales de otras formas de acción colectiva, como las concentraciones espontáneas de multitudes, las prácticas sociales desvinculadas del sistema político, los grupos de presión y los partidos políticos.

### **2.3. La evolución de los enfoques teóricos del campo de estudios sobre movimientos sociales**

El estudio de los fenómenos asociados a la acción colectiva y los movimientos sociales ha adquirido un carácter interdisciplinar. Su comprensión ha captado el interés de la sociología, la ciencia política e incluso la psicología social. En los últimos años, además, encontramos una tendencia cada vez más frecuente a incorporar una perspectiva histórica y comparativa al estudio de la acción colectiva.

El campo de estudios sobre los movimientos sociales se ha desarrollado principalmente en un período temporal de cincuenta años, desde los años cuarenta hasta los años noventa del siglo XX. No obstante, cuenta con antecedentes teóricos

---

individuales” (Revilla, 1994: 186); “una red interactiva de individuos, grupos y organizaciones que, dirigiendo sus demandas a la sociedad civil y a las autoridades, interviene con cierta continuidad en el proceso de cambio social mediante el uso prevaiente de formas no convencionales de participación” (Casquette, 1998: 22); “una forma de acción colectiva que apela a la solidaridad, explicita un conflicto social e implica una ruptura de los límites del sistema de relaciones sociales en el que se desarrolla la acción” (Melucci, 1996: 28).

<sup>28</sup> Laraña (1999) elabora esta definición tomando como referencia la de Melucci (1996) y completándola con elementos de los marcos clásicos.

desde la segunda mitad del siglo XIX, y algunas de las teorías que expondremos no han perdido vigencia y se extienden hasta el presente.

En la mayoría de los casos, los enfoques y teorías se solapan unos sobre otros durante algún tiempo. Así, los enfoques clásicos dominan la academia durante los años cincuenta y sesenta, momento en el cual comienzan a surgir los enfoques racionalistas. En los años setenta y ochenta, estos se consolidan como el paradigma dominante en Estados Unidos, mientras que en Europa se desarrolla el enfoque de los nuevos movimientos sociales, la sociología de la acción y los estudios culturales, que dominarán el campo de estudios a partir de los años noventa. Cada período culmina con un paradigma dominante que será el centro de todas las críticas durante el siguiente período. Los cambios entre enfoques están relacionados con las tradiciones académicas que siguen los autores, con el desarrollo interno del campo de estudios y con las transformaciones de los propios movimientos sociales. Por eso, cuando sea pertinente, me referiré a experiencias concretas de la historia de los movimientos sociales que nos ayuden a explicar la evolución de la teoría.

Por otro lado, la teoría de los movimientos sociales ha sido desarrollada principalmente por académicos procedentes de Europa y Estado Unidos, dedicados al estudio de tales movimientos habidos principalmente en contextos políticos europeos y norteamericanos donde ha habido oportunidades y restricciones a los derechos y libertades. Esto ha generado insuficiencias teóricas en el campo de estudios a la hora de explicar la acción colectiva fuera de dichos márgenes espaciales, cuestión que abordaremos con detenimiento en el último epígrafe de este capítulo.

La preocupación principal de los teóricos, subyacente a todos los enfoques, ha sido explicar cómo es posible que la población participe en movimientos sociales a pesar de los riesgos que puede conllevar, y cómo pueden mantenerse en el tiempo a pesar de la escasez de recursos y la falta de acceso al poder. Por eso, las teorías sobre movimientos sociales se han desarrollado en torno a preguntas sobre la emergencia de los movimientos sociales, sobre su movilización y su mantenimiento. Las respuestas a algunos de estos interrogantes han dado lugar a los diferentes enfoques y teorías que hoy componen el campo de estudios de los movimientos sociales. Vamos a realizar un repaso por las principales enfoques y sus contribuciones más destacadas al campo de estudios.

### **2.3.1. Los enfoques clásicos: corriente irracionalista, teoría del comportamiento colectivo, teoría de la sociedad de masas y teoría de los agravios o privación relativa**

En el campo de los movimientos sociales se considera que los enfoques clásicos se corresponden a los modelos teóricos de (1) la corriente psicológica o irracionalista, donde destaca la teoría de la sociedad de masas, y (2) la escuela behaviorista o de

comportamiento relativo que ha formulado las teorías de la privación relativa y de los agravios, entre otras. Dentro de este enfoque encontramos a su vez dos corrientes claramente diferenciadas: la estructural-funcionalista y la del interaccionismo simbólico.

Consideramos oportuno exponer las teorías clásicas, a pesar de que hayan podido perder vigencia en el marco de estudios, porque a partir de la crítica se han construido los nuevos enfoques. Algunos de sus supuestos, como los de la teoría de los agravios o la del enfoque interaccionista, siguen siendo aplicados o han servido para inspirar nuevas reformulaciones<sup>29</sup>.

### 2.3.1.1. Corriente irracionalista o la psicología de las masas

Generalmente la literatura sitúa las primeras inquisiciones sobre la acción colectiva en las corrientes psicológicas<sup>30</sup>. A finales del siglo XIX aparecieron los primeros estudios de manos de un grupo de pensadores europeos, como LeBon (1897) y Tarde (1903), cuyos postulados dejarían más tarde su impronta en el psicoanálisis y en su máximo exponente, Freud (1959 [1921]).

Tales estudios veían la génesis de los movimientos sociales era visto como un problema de carácter psicosocial. Por un lado, consideraban que las sociedades europeas atravesaban por un momento de degradación debido al proceso de modernización (la urbanización, los procesos migratorios, la criminalidad, la influencia creciente de los medios de masas, el declive de la tradición o el individualismo), lo que ofrecía ocasiones y motivos para el surgimiento de acciones de masas. Por otro lado, afirmaban que los individuos participaban en las acciones de masas debido a factores como el “contagio mental”, la “sugestibilidad” o la “multitud anónima” que incitan a los individuos a abandonarse a sus instintos, tener sentimientos de poder invencible, perder su personalidad consciente y cometer actos anormales e irracionales que por si solos no harían (LeBon, citado en Freud, 2005: 7-10). Es decir, los factores desencadenantes de las protestas irracionales de masas eran: los cambios en las estructuras sociales, la influencia de los agitadores de masas (gracias a la proximidad física, el contacto individual, el rumor o los medios de comunicación) y los estados mentales desviados (Casquette, 1998: 40-41; González Calleja, 2002: 141; Tarrow, 2004: 34)<sup>31</sup>.

---

<sup>29</sup> Para una conceptualización de los enfoques clásicos o las “obras clásicas” en la sociología, ver Laraña (1999: 29-30)

<sup>30</sup> Garner y Tenuto (1997), Casquette (1998) y Laraña (1999) optan por incluir esta corriente dentro de los enfoques clásicos. Una excepción la encontramos en Tarrow (2004) que considera preferible comenzar por los aportes teóricos de Karl Marx y sus seguidores.

<sup>31</sup> Merece la pena citar algunas de los párrafos de la obra de LeBon para entender lo inverosímil que parecen hoy sus postulados: “Por el mero hecho de formar parte de una masa organizada, el hombre desciende varios peldaños en la escala de civilización (...) se transforma en un bárbaro, una criatura que se guía por el instinto. Posee la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también el entusiasmo y heroísmo de los seres primitivos (...) La impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad de razonar, la

La psicología de masas sirvió para interpretar las revueltas y revoluciones de finales del siglo XIX y principios del siglo XX –la mayoría, asociadas al movimiento obrero y las ideologías socialista, comunista y anarquista– como atrocidades cometidas por la multitud. La conceptualización irracional de la acción colectiva contribuía así a generar una visión negativa de las luchas sociales como amenazas para el orden social.

Desde los años treinta son escasos los autores que han seguido la corriente irracionalista. Algunas de las escasas investigaciones que han seguido esta línea han estado basadas en los movimientos sociales surgidos durante la oleada de protestas de los años sesenta (Mitscherlich, 1973; Stephan, 1971)<sup>32</sup> y en los movimientos étnicos y nacionalistas que se sucedieron en los años noventa tras el desmembramiento de las URSS. Especialmente en estos, las visiones irracionales sobre la acción colectiva reaparecieron para explicar la violencia como un reflejo de “odios ancestrales”.

Sin embargo, la doctrina irracionalista dejó su influencia en el campo de estudios sobre movimientos sociales a través de los subsiguientes enfoques que dominaron durante la primera mitad del siglo XX. Como veremos a continuación, la psicología de masas influyó el desarrollo del enfoque del comportamiento colectivo, la teoría de la sociedad de masas y la teoría de la privación relativa. Y, más adelante, el enfoque economicista que dominaría Estados Unidos a finales de los años sesenta surge de la crítica a la corriente irracionalista, como una forma de apartarse de los postulados psicológicos y dejar constancia de la racionalidad de la acción colectiva<sup>33</sup>.

### 2.3.1.2. El enfoque del comportamiento colectivo o escuela behaviorista

El enfoque del comportamiento colectivo se venía trabajando en Estado Unidos ya desde los años veinte en la Escuela de Chicago. Pero las teorías al respecto fueron desarrolladas durante los años cuarenta, cincuenta y principios de los años sesenta por sociólogos no marxistas, desplazando a la psicología de masas de los

---

ausencia de juicio y espíritu críticos, la exageración de los sentimientos, y otros que han sido comúnmente observados en seres que pertenecen a estadios inferiores de la evolución humana: por ejemplo, en mujeres, salvajes y niños” (LeBon, 1960: 32-36, citado en Casquette, 1998: 42).

<sup>32</sup> Estas obras analizan los movimientos estudiantiles de los años sesenta desde un enfoque psicoanalista. Concluyen que los motivos por los cuales los estudiantes se movilizaban era que los jóvenes no había superado el complejo de Edipo y las instituciones contra las que se rebelaban representaban la autoridad paterna. A la rivalidad con el padre, Stephan (1971) añadía un problema en el desarrollo de la personalidad de los jóvenes activistas que denominaba “represión narcisista” (citado en Laraña, 1999: 141).

<sup>33</sup> La obra del francés LeBon (1897) –traducida prontamente al inglés, en 1916– adquirió gran repercusión en el mundo anglosajón y dejó un trauma en los académicos norteamericanos (Laraña, 1999).



irracionalistas y convirtiéndose en el principal paradigma del campo de estudios (Casquette, 1998: 45; Tarrow, 2004).

El enfoque del comportamiento colectivo, conocido en inglés como *Collective Behavior*, no se centraba en analizar los movimientos sociales de forma específica sino que pretendía analizar una amplia gama de fenómenos sociales bajo una misma teoría. La categoría “comportamiento colectivo”<sup>34</sup> comprendía, además de los movimientos sociales, modalidades tan dispares como: “la respuesta de miedo pánico; la respuesta de furor, incluidos el ciclo de moda, la manía, el auge financiero, la imitación y el resurgimiento religioso; el estallido hostil; el movimiento normativo, incluso el movimiento de reforma social; el movimiento valorativo, incluidos la revolución política y religiosa, la formación de sectas, el movimiento nacionalista, etc.” (Smelser, 1989: 14).

Los autores de este enfoque intentaban explicar por qué ocurrían tales episodios colectivos, concluyendo que: 1) existían previamente condiciones sociales desestructuradas; 2) había una situación que afectaba al estado psicológico o cognitivo de los individuos, empujándolos a actuar de forma excesiva, irracional, espontánea y precipitada (es decir, las conductas colectivas seguían viéndose como en las corrientes irracionalistas); 3) como resultado, se producía una acción o movilización no institucionalizada; 4) que tenía como objetivo modificar o alterar el orden social para establecer un nuevo orden (Blumer, 1957; McAdam, 1982; Smelser, 1989)<sup>35</sup>.

A pesar de que esta era la línea argumental dominante entre los autores de la época<sup>36</sup>, este enfoque no constituyó un paradigma homogéneo sino que se ramificó en diferentes vertientes, cada una con su propia versión de la teoría. Todas ellas, sin embargo, estuvieron influenciadas por la psicología de masas irracionalista desarrollada en Europa<sup>37</sup>. Por eso, como hemos visto, entre los académicos de este enfoque predominó la visión de que el comportamiento colectivo se desplegaba de forma espontánea e irracional como resultado de crisis coyunturales de la sociedad.

---

<sup>34</sup> El término fue popularizado por Robert Park, de la Escuela de Chicago, en los años veinte y treinta y sus seguidores como Blumer (1957) y Turner y Killian (1987 [1957]), continuaron utilizándolo. Pero existieron otros términos para englobar estos sucesos, por ejemplo, “comportamientos de masas” (en literatura sobre la sociedad de masas) y “dinámica colectiva” (Lang y Lang, 1961).

<sup>35</sup> El primer capítulo de la obra *The Political Process and the Development of Black Insurgency* de Doug McAdam (1982), es uno de los trabajos de referencia sobre el marco teórico del comportamiento colectivo. Sintetiza el pensamiento de la época en una secuencia causal: condiciones sociales desestructuradas –estado psicológico desequilibrado– comportamiento colectivo. Es decir, todo comportamiento colectivo procede de un estado mental perturbado por una coyuntura de crisis social.

<sup>36</sup> Esta interpretación de los comportamientos colectivos es compartida por los seguidores de las corrientes irracionalistas, de sociedad de masas, behavioristas y de privación relativa (Casquette, 1998: 39). Ejemplos de ello lo podemos encontrar en el trabajo de Parker, Blumer, Smelser, Durkheim y Kornhauser.

<sup>37</sup> Recordemos que fue Robert Park quien introduciría estas teorías en las ciencias sociales norteamericanas.

La vertiente más conocida en España es la que sigue la tradición funcionalista, también conocida como *estructural-funcionalista*, dentro de la cual destacaron autores como Smelser (1989 [1963]) y Talcott Parsons (1969). Esta vertiente bebe de las nociones sobre el comportamiento de masas de los irracionales pero también de la corriente de la sociología funcionalista<sup>38</sup>. Por eso el énfasis de esta vertiente del comportamiento colectivo ha estado en identificar las condiciones estructurales que perturban el funcionamiento normal de la sociedad y explican la emergencia del comportamiento colectivo<sup>39</sup>.

Pero la vertiente más importante dentro del comportamiento colectivo, según Laraña (1999: 31), porque conserva parte de su vigencia en la actualidad, es la corriente del *interaccionismo simbólico*, cuyo origen se sitúa en las obras de Robert Park (Park, 1946; Park y Burgess, 1924) y la Escuela de Chicago, posteriormente seguidos por Blumer (1951, 1957), Turner y Killian (1987 [1957]) y Lang y Lang (1961). El rasgo distintivo de esta corriente ha sido analizar los procesos de interacción que dan lugar al comportamiento colectivo. Partiendo de la concepción de los movimientos como parte de un sistema de interacciones sociales, el desarrollo de la acción colectiva no puede explicarse únicamente por el marco contextual en el que surgen sino también como un fenómeno condicionado por los intercambios (de interpretaciones, de actitudes, etc.) que se producen entre los actores sociales. Park (Park y Burgess, 1924) tomó elementos psicológicos de LeBon, como la sugestión, el contagio y la sumisión de las masas al líder carismático, pero fue el primero en reconocer un carácter positivo en el comportamiento colectivo. Dado que resulta deseable que haya una reestructuración del orden social, las acciones colectivas pueden ser una fuerza de cambio en la medida en que contribuyen a recomponer las nuevas bases y hábitos del orden social. Por su parte, Blumer (1951, 1957) fue un adelantado a su tiempo. Por un lado, entendía que los movimientos sociales eran procesos en continua comunicación y construcción entre actores sociales, donde los individuos interactúan y renegocian la representación simbólica sobre ellos mismos y sobre los otros. Por otro, difería de muchos de los teóricos socio-psicológicos en que los comportamientos colectivos fueran necesariamente irracionales, patológicos y destructivos, pues al contrario, los perfilaba como iniciativas colectivas para el establecimiento de un nuevo orden (Casquette, 1998: 45-48; Garner y Tenuto, 1997: 12-16; Godàs i Pérez, 2007: 56-57)<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> El funcionalismo es una corriente teórica que ha jugado un papel fundamental en la sociología y la antropología. Para el funcionalismo, la sociedad es una estructura integrada en la que toda institución (estado, familia, escuela, etc.) existe en la medida en que satisface una función social. Cuatro son las funciones del sistema: (a) la adaptación al entorno, (b) el logro de metas, (c) la conservación de pautas de operación interna y (d) el mantenimiento de la integración (Lorenzo Cadarso, 2001: 241).

<sup>39</sup> Entre los condicionantes estructurales de la acción se encuentran la *conductividad estructural*, la *tensión estructural* y la *operación del control social* (Smelser, 1989: 27-29).

<sup>40</sup> Casquette se refiere a esta corriente como variante "psicosocial". Aunque nosotros preferimos subrayar el carácter interaccionista de esta corriente, es cierto que también tiene un carácter psicosocial que lo diferencia del enfoque sociológico funcionalista, donde solo se tienen en cuenta

### 2.3.1.3. La teoría de la sociedad de masas

A mitad del siglo XX nace una línea intelectual heredera de la corriente irracionalista que incide en el marco de estudios sobre acción colectiva, sin adquirir gran repercusión. Se trata de la *teoría de la sociedad de masas*, que fue seguida por pensadores de la talla de Ortega y Gasset (1986 [1929]), Hannah Arendt (1981 [1951]) y William Kornhauser (1969 [1959]). El interés común de estas teorías era explicar las estructuras y bases sociales de las sociedades donde se producían las acciones políticas de masas y la condición social de las personas reclutadas para participar en dichas acciones. En la *Crítica democrática de las sociedades de masas*, Arendt y Kornhauser conceptualizaron que las sociedades de masas (en contraposición a las sociedades pluralistas y democráticas<sup>41</sup>) eran sistemas donde las relaciones sociales están atomizadas y centralizadas, las instituciones regulan todos los aspectos de la vida de los individuos y los grupos secundarios e independientes que deberían mediar entre la sociedad civil y el estado son inoperantes. Bajo estas condiciones, las transformaciones rápidas de la sociedad moderna, que desintegran las estructuras y los vínculos sociales tradicionales, no pueden ser contrarrestadas por la generación de nuevos procesos de identificación a través de los grupos secundarios (lo que sí pasa en las sociedades pluralistas), por lo que grandes cantidades de personas uniformes, políticamente indiferentes y atomizadas, las “masas” (siguen la conceptualización de LeBon) emergen como nueva forma de agrupamiento y participación en la vida social, siendo grupos vulnerables a la alienación política en acciones de masas<sup>42</sup>. El principal exponente de esta teoría, Kornhauser, concluía que los participantes en la política de masas eran principalmente individuos desarraigados, aislados social y políticamente<sup>43</sup>. Sigue por tanto presente la idea negativa de las acciones colectivas como conductas irracionales y extremistas propias de personas marginadas con estados mentales desviados, que suponen una amenaza para el orden social.

---

factores sociales para explicar el comportamiento colectivo. En el interaccionismo, por ejemplo, se consideran los factores psico-sociales para explicar el proceso interno del movimiento: la mimesis, la influencia, la lealtad o la solidaridad.

<sup>41</sup> El modelo de sociedad pluralista y democrática, característico de la sociedad moderna, asume de forma excesivamente optimista que hay una distribución uniforme del poder, que todos los grupos pueden canalizar sus demandas a través de las instituciones políticas y que todas las personas encuentran su manera de integrarse en la sociedad. Por eso, movilizarse de forma extra-institucional en estas sociedades es visto como una conducta irracional (Laraña, 1999; McAdam, 1982). La formulación del modelo pluralista y el principio de racionalidad institucional utilizado por el enfoque del comportamiento colectivo ha sido ampliamente criticados. Ni lo institucional goza de los atributos positivos que le otorga el funcionalismo, ni el sistema social resuelve por sí mismo las diferencias y los agravios (Múnera Ruiz 1998, 26–29).

<sup>42</sup> Este era el tipo de sociedad que según Arendt había favorecido la emergencia de movimientos totalitarios en Europa durante la primera mitad del siglo XX. Aunque en todos los países y en todos los estratos sociales podemos encontrar una mayoría de individuos que pueden formar potencialmente las “masas”. La diferencia, según el enfoque del comportamiento colectivo, reside en que en las sociedades pluralistas existen mejores condiciones para que estos individuos encuentren otras formas de agrupamiento social.

<sup>43</sup> Cuando hablemos sobre las estructuras organizativas de los movimientos sociales, veremos las teorías que niegan que las personas más desarraigadas sean las que más participan en las acciones colectivas.

#### 2.3.1.4. La teoría de los agravios o la privación relativa

Los años sesenta fueron una época convulsa. En Europa se extendía el fervor del movimiento estudiantil francés e italiano, en Estados Unidos la escena política estaba protagonizada por el movimiento por los derechos civiles y las protestas contra la guerra de Vietnam, y en América Latina el triunfo de la revolución cubana amenazaba con expandirse por el continente. Esto provocó no solo una gran preocupación de los dirigentes sino que además surgieron en la época diferentes estudios que intentaban explicar los motivos de por qué se revelaban las personas. En este contexto se escriben, entre otras, las obras *Toward a Theory of Revolution* de James C. Davies (1962), *Political Order in Changing Societies* de Samuel Huntington (1968) y *Why men rebel?* de Ted Robert Gurr (1970).

Los autores englobados en esta vertiente conciben que el estallido de las acciones colectivas se produce cuando los actores son psicológicamente sobrepasados por una situación de tensión social<sup>44</sup>. Emile Durkheim (1951), pensando en las revoluciones industrial y francesa del siglo XIX, plantea la teoría de la “anomia”, según la cual los individuos tienen comportamientos violentos y extremistas en momentos de desorganización y anomia social. Primero, sufrirán un cúmulo de frustraciones producto de la restricción de sus aspiraciones y, alcanzado un punto álgido de tensión, se producirá el arranque de irá popular. Chalmers Johnson (1964) añade a la inestabilidad de las estructuras sociales y los desequilibrios personales, la importancia de la actitud de las élites en el desencadenamiento de violencia política. Si las élites, en vez de iniciar reformas para restablecer los valores de la sociedad, muestran una actitud intransigente y represiva, se exagera la pérdida de legitimidad y la formación de un movimiento subcultural que, encendido por un hecho fortuito, desencadenará la revuelta. En *Toward a Theory of Revolution*, Davies (1962) estudia las condiciones que precipitan las revoluciones (como las revoluciones francesa y rusa) y concluye que se producen por una insatisfacción de expectativas (de dos tipos, económicas y de poder o status) que las élites habían generado al iniciar y no concluir una trayectoria de reformas<sup>45</sup>. Ted Gurr (1970) analiza la frustración y el resentimiento que subyacen en las tensiones macro-sociales y las rebeliones, y los explica en términos de frustración o privación relativa de las expectativas. Cuando las expectativas individuales son frustradas se genera una divergencia entre lo que el individuo cree merecer y lo que realmente obtiene. Es relativa porque la evaluación está influenciada por la comparación con una

---

<sup>44</sup> Algunas de estas teorías han tomado los planteamientos de la corriente estructural-funcionalista (Garner y Tenuto, 1997: 76). Lorenzo Cadarso (2001: 244) clasifica estas teorías como un vertiente psicológica de las “teorías volcánicas” de Rod Aya, pues comparten la visión espasmódica de los conflictos de las teorías volcánicas y los elementos psicológicos de los individuos como desencadenantes de las revueltas.

<sup>45</sup> En la grandes revueltas confluyen expectativas de los dos tipos, pero entre las clases medias suelen ser más frecuentes las expectativas de poder y status. Al encontrarse cerca de las élites aspiran a equipararse a su nivel. En la historia hemos visto conflictos y revoluciones liderados por el “patriciado urbano”, los “profesionales liberales”, “los intelectuales”, los “pequeños empresarios y trabajadores cualificados” (Lorenzo Cadarso, 2001: 245).

situación del pasado o con un grupo de referencia. Cuando la gente se ve a sí misma privada en comparación con el pasado o con el otro, la distancia entre lo esperado y lo recibido supera lo tolerable y se despiertan sentimientos de injusticia y frustración que pueden desencadenar en revueltas incluso violentas (Garner y Tenuto, 1997, 21, 67, 74 y 76; Lorenzo Cadarso, 2001: 244-245)<sup>46</sup>.

### *Conclusiones*

Las teorías de la sociedad de masas, del comportamiento colectivo y de la privación relativa estuvieron influenciadas por la corriente irracionalista en varios aspectos. Por un lado, estas teorías tienen como objeto de estudio al individuo. Se preguntan qué condiciones psicológicas tiene el individuo (qué tipo de personalidad, qué motivaciones individuales, qué presiones sociales recibe, por qué los individuos se frustran) que pueden explicar las conductas desviadas. Otras cuestiones como la ideologías o las creencias del individuo son secundarias y determinadas por las predisposiciones psicológicas. Por otro lado, se identifican las tensiones estructurales que vive la sociedad (la modernización, la pérdida de valores, la transformación de estructuras sociales, etc.), pero solo como una fuerza causal sin que se entre a analizar en qué manera las condiciones estructurales objetivas afectan a la acción colectiva; al final, la acción colectiva siempre responde a condiciones subjetivas del individuo que en un contexto determinado sufre una desviación psicológica. En las sociedades pluralistas, donde imperan los valores compartidos y la racionalidad institucional, es decir, existen los mecanismos para solucionar los conflictos y restablecer el orden social por las vías institucionales, las transformaciones producidas en la sociedad por el tránsito hacia la modernidad han provocado estados mentales desequilibrados, agravios y sentimientos de frustración, creencias alteradas generalizadas y formas de interacción humana socialmente anormales, por parte de individuos caracterizados como personas marginadas y desadaptadas a los cambios sociales. Lo que les lleva a desarrollar transitoriamente (en la medida en que se restablece el orden social) conductas no-institucionalizadas (formas organizativas precarias, con primitivos medios de comunicación, que se desarrollan fuera de las vías convencionales de resolución de conflictos) y, por tanto, irracionales (en contraposición a las formas de acción normales, racionales, convencionales e institucionales). Comparten, por tanto, una visión negativa sobre los comportamientos colectivos.

No obstante, durante la década de los sesenta se fue dejando atrás la visión reduccionista de los primeros estudios de la psicología y se comienzan a tener en cuenta nuevos factores explicativos. Aunque siguen estando orientados por la dimensión psicológica, avanzan al poner la mirada en cuestiones sociológicas y

---

<sup>46</sup> Melucci (1985: 98) sintetiza los diversos supuestos de esta teoría de "frustración-agresión" en cinco tipos de hipótesis: a) hipótesis ascenso-caída; b) hipótesis de las expectativas crecientes; c) hipótesis de la privación colectiva; d) hipótesis de la movilidad descendente; y, por último, e) hipótesis de la incongruencia de estatus.

estructuralistas. Smelser (1989 [1962]), representante de la corriente estructural-funcionalista, avanzó en el análisis de las condiciones estructurales como factor explicativo de la acción colectiva y añadió a la noción de frustración un nuevo factor explicativo, el de la “creencia generalizada”. Las representaciones, ideologías y creencias de los individuos pueden motivar su comportamiento colectivo. Por su parte, Blumer (1957), Turner y Killian (1987), de la corriente interaccionista, se mostraron interesados en explicar la génesis de la solidaridad, la lealtad grupal y la identidad colectiva que afectan a los procesos internos del comportamiento colectivo (Casquette, 1998: 50)<sup>47</sup>. Así mismo, a Gurr (1970), Davies (1962) y Johnson (1964), de la teoría de los agravios, se les alaba haber tenido en cuenta dimensiones estructurales, sociales y culturales, para explicar cómo las condiciones sociales del entorno pueden influir en el descontento (por ejemplo, la privación en comparación a otros grupos o las reformas inconclusas y la represión de las élites que afectan en las expectativas) y en las formas posibles de expresión (Garner y Tenuto, 1997: 21; González Gil, 2006: 15). Y recordemos que tanto Park (Park y Burgess 1924) como Blumer (1951, 1957) ya antes habían encontrado elementos positivos en la emergencia de movimientos sociales como agentes de cambio social.

Estas teorías sirvieron durante los años sesenta de “puente” entre los enfoques clásicos y las nuevas teorías (Garner y Tenuto, 1997: 5). El paso definitivo hacia una imagen positiva de los movimientos sociales llegarían a finales de los sesenta con la escuela de la elección racional. Al fin y al cabo, los enfoques clásicos estuvieron influenciados por el avance en Europa durante la primera mitad del siglo XX de los movimientos totalitarios, represivos y antidemocráticos, como el nazismo, el fascismo y el estalinismo. Mientras, en Estados Unidos dominaba una corriente anti-comunista, promovida por el senador McCarthy, que estigmatizaba toda expresión posible de acción colectiva asociada con el movimiento obrero. Por el contrario, los nuevos enfoques teóricos de la segunda mitad de siglo se desarrollarían a la luz de una generación renovada de formas organizativas, repertorios y marcos de acción colectiva.

Son pocas las variantes de estas escuelas que han mantenido su popularidad, probablemente por sus insuficiencias teóricas a la hora de explicar el proceso de movilización (por ejemplo, sobre su formación y trayectoria) y por la relación que el comportamiento colectivo tenía con la política (Múnera Ruiz, 1998; Tarrow, 2004: 39). Hoy, además, no se habla de *comportamiento colectivo* sino de *acción colectiva*. El comportamiento colectivo ha quedado relegado a las “acciones espontáneas y aisladas que canalizan la respuesta de diversos actores sociales a fenómenos determinados” (Revilla, 1994: 186).

---

<sup>47</sup> Sobre el legado de la obra de Blumer en las actuales líneas de investigación sobre movimientos sociales, ver Casquette (1998: 58-59).

El modelo interaccionista es el único que ha continuado vigente en la literatura sobre movimientos sociales debido al interés creciente de los autores contemporáneos por el estudio de los procesos de definición colectiva de las situaciones. Su influencia es clara en los enfoques constructivistas que más tarde abordaremos, como el análisis de los marcos de acción colectiva y los estudios sobre procesos de construcción de identidades colectivas (Laraña, 1999: 32, 64 y 65).

### **2.3.2. Los enfoques racionalistas: la teoría olsoniana de la elección racional, la teoría de movilización de los recursos y la estructura de oportunidades políticas**

A finales de los años sesenta los postulados de los enfoques clásicos comenzaron a flaquear frente a las nuevas teorías de los movimientos sociales. La oleada de nuevos movimientos sociales de los años sesenta y setenta motivó la revitalización de los debates y la renovación del campo de estudios, tanto en Estados Unidos como en Europa. Empíricamente ya no eran sostenibles pues las investigaciones sobre los nuevos movimientos sociales arrojaban unos resultados que contradecían los postulados funcionalistas (Múnera Ruiz, 1998: 29-30)<sup>48</sup>.

En la academia norteamericana, la orientación estructural-funcionalista y pluralista del enfoque del comportamiento colectivo venía siendo el paradigma dominante desde los años cincuenta. A finales de los sesenta, sin embargo, la corriente economicista comenzó a adquirir preeminencia dentro de las ciencias sociales (Tarrow, 2004: 39)<sup>49</sup>. Los modelos economicistas tuvieron gran acogida en Estados Unidos debido al trauma que las anteriores corrientes de la psicología y la sociedad de masas había dejado en los sociólogos estadounidenses<sup>50</sup>. Como reacción a la misma, la aparición de las teorías utilitaristas y de movilización de los recursos generó gran interés entre los académicos y se instauraron como el modelo prevaleciente. Se trataba de demostrar la racionalidad de la acción colectiva frente a las previas corrientes irracionalistas que aludían a causas como la perturbación del equilibrio psicológico del individuo, los sentimientos de frustración y las creencias alteradas generalizadas. Finalmente, en la década de los setenta, la escuela de elección racional y, en concreto, la teoría de movilización de recursos, se convirtió en una de las corrientes más influyentes, principalmente, entre los académicos estadounidense y, posteriormente, en Europa.

---

<sup>48</sup> Mancur Olson (1965) realizó un estudio sistemático de casos que demuestra la racionalidad de las acciones colectivas. El trabajo de Charles Tilly (1986: 4) también refleja ese cambio de tendencia. Frente a los historiadores que consideraban los movimientos sociales un producto del desorden, Tilly descubrió en sus estudios de casos pautas que demuestran el orden.

<sup>49</sup> Morris y Herring (1985) aportan como evidencia de este cambio de paradigma los siguientes datos: entre 1960-1969, el 70% de los artículos sobre acción colectiva tenían como referencia teórica los enfoques clásicos mientras que la teoría de movilización de recursos solo representaba un 17%. Entre 1970-1979 los porcentajes cambian a un 38%-56% y entre 1980-1983 alcanzarían una relación 21%-71% (citado en Casquette, 1998: 64).

<sup>50</sup> El "fantasma de LeBon" y las corrientes elitistas de la sociedad de masas.

### 2.3.2.1. Teoría olsoniana de la elección racional

En *The Logic of Collective Action*, Mancur Olson (1965) estudia el comportamiento del individuo a partir de la teoría de la elección racional, es decir, extrapola las teorías economicistas para explicar por qué los individuos se movilizan. Elabora un modelo según el cual los individuos realizan un cálculo entre costos y beneficios, intentando maximizar los beneficios de la acción colectiva sin asumir los riesgos de la movilización<sup>51</sup>. Esta interpretación se extendió al estudio de todo tipo de acciones colectivas y supuso la introducción de la lógica economicista en la teoría de los movimientos sociales como explicación del paso de la inacción del individuo a la acción colectiva<sup>52</sup>.

El foco de atención de Olson está en cómo los incentivos materiales y los beneficios personales funcionan como motivaciones principales de la acción colectiva. Pero se encuentra con la dificultad de explicar cómo es posible la participación en el caso de las movilizaciones de “bienes públicos”<sup>53</sup>. En este tipo de acciones, donde los beneficios no son divisibles, ¿cómo se puede motivar a un montón de individuos guiados por sus intereses personales –a los que Olson llama “gorriones” (*free-riders*)– a participar en una acción colectiva para conseguir el bien colectivo? Este problema se conoce como la *paradoja del gorrón*. Si los individuos adquieren beneficios de una acción colectiva sin necesidad de tener que implicarse en ella, entonces todos los individuos decidirán no movilizarse, imposibilitando que la acción tenga lugar. Olson resuelve el dilema introduciendo la noción del *incentivo selectivo*, que puede ser negativo y positivo, según el cual, los potenciales seguidores de una acción colectiva participan si se les coacciona o si se les ofrece recompensas, como por ejemplo, beneficios particulares o mayores que a aquellos que no participan<sup>54</sup>. Pero es necesario que alguien les convenza de ello y ese es el papel de las élites. Solo los miembros importantes de un grupo pueden llegar a tener suficiente interés en el bien colectivo como para asumir el liderazgo, es decir, los únicos capaces de actuar por criterios no maximalistas. Las elites se esforzarán en convencer a los gorriones con incentivos selectivos para que colaboren<sup>55</sup>. El dilema es especialmente problemático en el caso de grandes movilizaciones u organizaciones (como, por

---

<sup>51</sup> Posteriormente, McAdam (1986, 1988) distinguió entre *costos* (gastos de una persona comprometida en la movilización en términos de dinero, tiempo, trabajo, etc.) y *riesgos* (los peligros previos que una persona asume al movilizarse que pueden ser legales, sociales, físicos, económicos, etc.) (citado en Casquette, 1998: 191).

<sup>52</sup> El “paradigma funcionalista” también ha servido para defender una visión racionalista de la acción colectiva, al reconocer que la acción colectiva puede ser funcional para la sociedad. Dentro de este paradigma funcionalista, se ubica la vertiente economicista, que plantea el paso a la acción como una decisión racional.

<sup>53</sup> Estos son movimientos que persiguen beneficios no divisibles o individualizables, de los cuales no pueden ser excluidos unos individuos y beneficiados quienes participan, como en el caso de los movimientos contra las armas nucleares.

<sup>54</sup> Pueden ser incentivos materiales, morales, de estatus o de solidaridad.

<sup>55</sup> La necesidad del liderazgo en la escuela racional se asocia con la noción de *vanguardia revolucionaria* de Lenin. Más adelante veremos que la propuesta de *enmarcado de motivos* de Snow y Benford (1988) adopta la noción de los *incentivos selectivos*.



ejemplo, los sindicatos) donde hay más “gorriones” esperando aprovecharse de los esfuerzos de otros y, a largo plazo parece inevitable que los beneficios del movimiento se repartan entre amplios colectivos sociales aunque estos no se hayan movilizad. La solución presentada para el problema de los grandes grupos ha sido la disgregación en pequeñas organizaciones que son más eficaces para realizar el reparto selectivo de los beneficios obtenidos (Olson, 1992: 204-206, 219-220).

La teoría de la elección racional continua activa a través de una línea de investigación basada en la aplicación de la teoría de los juegos y la economía experimental a la acción colectiva<sup>56</sup>. A pesar de su acogida en algunas escuelas, los postulados racionalistas han recibido numerosas críticas por parte de los académicos, que coinciden en definirlos como un reduccionismo económico e individual. Por ejemplo, para Dudouet (2013: 407-408) el enfoque racional asume que los movimientos sociales son omniscientes, que tienen un conocimiento completo de todas las opciones posibles y pueden libre y objetivamente elegir las más efectivas. El modelo no percibe como irracionales las decisiones, ni muchas de las dinámicas del grupo que contribuyen a la elección de estrategias.

Aunque Olson reconociera que existen factores o incentivos no materiales infravalora su importancia como motivadores del comportamiento. Muestra la imagen de un ser humano movido por intereses personales y egoístas que no es capaz de sacrificar su estabilidad y seguridad en pro de los bienes comunes. Además, el modelo se centra exclusivamente en el individuo, no examina las motivaciones a nivel colectivo, como si la colectividad no tuviera una entidad aparte, más allá de la simple suma de individuos e intereses<sup>57</sup>. Y en coherencia con estos planteamientos, no considera el marco de conflicto social y político en que se sucede la acción colectiva.

Por todas estas falencias, la teoría de la elección racional tiene problemas a la hora de explicar la conducta de las personas en muchas movilizaciones. Por ejemplo, en el caso de movilizaciones donde los impactos no son inmediatos (González, 2006: 9); o son difícilmente evaluables en términos materiales y económicos (p.ej. movilizaciones contra la guerra, la injusticia, la desigualdad en países del Sur; movilizaciones por el control del armamento; movilizaciones contra el cambio climático o contra las políticas neoliberales); o se espera que beneficien a personas o colectivos diferentes al sector que se moviliza, es decir, se movilizan por “intereses ajenos” (p. ej. por el fin de la ocupación de Palestina, por el derecho de los refugiados, contra el apartheid sudafricano, etc). Es difícil pensar cómo en todos

---

<sup>56</sup> La aportación más actual del funcionalismo al estudio de los movimientos sociales está en la aplicación a la teoría de los juegos, que se fundamenta en el individualismo metodológico desarrollado por Talcott Parsons (Lorenzo Cadarso, 2001: 243).

<sup>57</sup> Más adelante veremos la importancia de los factores culturales, ideológicos e identitarios: el papel de las creencias, los valores, los agravios, los vínculos afectivos, la solidaridad, el compromiso y la ideología.

estos casos, los “incentivos selectivos” pueden funcionar<sup>58</sup>. Además, la teoría de Olson parece insuficiente para explicar por qué muchos líderes e intelectuales que pertenecen a clases sociales y económicas aventajadas se involucran en movimientos sociales de grupos desposeídos a pesar de arriesgar su comodidad y bienestar en defensa de cambios sociales donde los privilegios de clase que ellos ostentan se verían mermados.

A pesar de las críticas, se reconoce a la escuela de la elección racional importantes contribuciones al campo de estudios. La principal, la atribución de la racionalidad al comportamiento colectivo que hasta entonces había estado dominado por una visión patológica. La relación entre acción institucional y racionalidad queda desdibujada y pierde valor analítico. Desde entonces, cualquier práctica social, sea o no institucional, está regida por la misma racionalidad (Múnera Ruiz, 1998: 30). Además, es indudable que los beneficios, los costes personales o los incentivos forman parte de los factores que pueden motivar o desmotivar la participación. Es decir, es una teoría parcialmente satisfactoria para explicar la motivación y la participación a nivel individual, que consolidó la visión de la acción colectiva como un comportamiento racional.

### 2.3.2.2. La teoría de movilización de los recursos (TMR)

Años más tarde los sociólogos John D. McCarthy y Mayer N. Zald (1973, 1977) contribuyeron al avance de la corriente racionalista con la teoría de movilización de recursos (TMR)<sup>59</sup>. Esta nueva teoría se centra en analizar la dimensión organizacional y funcional de los movimientos sociales. Las organizaciones que dirigen los procesos de movilización pasan a ser su unidad de análisis.

La TMR se centra en el análisis de las organizaciones como explicación del surgimiento, el éxito y el declive de un movimiento, del por qué algunos grupos logran configurar su acción y consolidarse en el tiempo mientras otros no lo consiguen. El modelo analiza el funcionamiento de las organizaciones sociales como si de una empresa se tratase, dentro de un sistema de mercado. El objetivo es proveer al grupo del mayor número de recursos disponibles en su entorno, para facilitar el proceso de movilización y articulación. Por su parte, los individuos se adhieren a las organizaciones para realizar demandas agregadas, más cualificadas.

La clave del éxito, por el cual los movimientos sociales con poder limitado son capaces de desafiar al *establishment* está en la movilización de todos los tipos de activistas y seguidores para conseguir objetivos y recursos, los elementos que

---

<sup>58</sup> Para un análisis crítico sobre los “incentivos selectivos” ver Fireman y Gamson (1979).

<sup>59</sup> Casquette (1998: 62) señala que aunque el término fue acuñado por McCarthy y Zald no es posible determinar una autoría al enfoque. Son varios autores, y muy divergentes entre sí, los que desde una u otra perspectiva han contribuido al desarrollo del enfoque: Oberschall (1973), Gamson (1990 [1975]), Jenkins y Perrow (1977), y Tilly (1978).

posibilitan la movilización y cohesión del grupo<sup>60</sup>. Una adecuada movilización de los recursos dependerá por tanto, de (1) la disponibilidad de los recursos; (2) una adecuada forma organizativa (grado de profesionalización de los cuadros, capacidades organizativas, estabilidad de las organizaciones) que sepa gestionar y asegurar el control de los recursos; y de (3) la eficacia estratégica de los repertorios. A lo que se suma la variable (4) de la estructura política que puede favorecer u obstaculizar los esfuerzos movilizadorios y la eficacia de las estrategias (Casquette, 1998: 63-65; Lorenzo Cadarso, 2001: 247).

Dentro de la teoría de la movilización de los recursos se diferencian dos tipos de enfoques, el organizativo y el del proceso político, que no son excluyentes sino que pueden utilizarse de manera complementaria<sup>61</sup>. La separación en dos enfoques responde a que, siguiendo la misma línea argumental cada uno pone el foco de atención en el interior del movimiento o en el contexto del movimiento. El primero, el enfoque organizativo, seguido por McCarthy y Zald, pone el énfasis en el estudio de las infraestructuras de la organización o *entramado organizativo* –movimiento social, contramovimiento, organizaciones del movimiento, industria del movimiento y sector del movimiento- entre las que destaca el estudio de las organizaciones profesionales del movimiento (OMS) como las portadoras de las preferencias de cambio social, así como en el estudio de las interacciones entre organizaciones de un mismo movimiento social. En el segundo enfoque, el del proceso político, la centralidad de los análisis reside en el tipo de sistema político y de interacciones que mantienen los grupos desafiantes con las autoridades<sup>62</sup>. El surgimiento y la evolución de los movimientos sociales depende de la lógica de esas interacciones (la naturaleza de la lucha política, la correlación de fuerzas, el grado de accesibilidad a las autoridades, el reconocimiento institucional, etc). El repertorio de acciones colectivas, por ejemplo, viene determinado por el sistema político. Dentro de esta perspectiva se ubican los análisis sobre la cultura política, la infraestructura social, las instituciones como la Iglesia y los medios de comunicación, la interacción con los contramovimientos y, principalmente, las oportunidades y restricciones políticas (las instituciones políticas, el comportamiento de las élites, los niveles de control y

---

<sup>60</sup> En palabras de McCarthy y Zald (1977: 1221), “la tarea de la movilización de recursos estriba sobre todo en transformar a los adherentes en militantes así como en mantener el nivel de compromiso de estos últimos. Sin embargo, por otro lado, dicha tarea puede ser transformar a los no-adherentes en adherentes”. Más adelante veremos la tipología de activistas aquí mencionados (no-adherentes, adherentes, militantes), según los autores.

<sup>61</sup> Los enfoques tuvieron una diferencia inicial, ya superada. Mientras el enfoque organizativo ha tendido a equiparar los movimientos sociales con las organizaciones formales y profesionales, el enfoque del proceso político rechaza esta asociación y subraya la importancia de los grupos informales y las redes de amistad (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 25).

<sup>62</sup> Se ubica dentro del cambio de paradigma clásico que ha dejado de considerar al Estado como el mero locus donde los diferentes grupos de la sociedad civil se encuentran o entran en conflicto, para comenzar a considerar al Estado como un sistema que intenta estructurar las relaciones dentro de la sociedad civil y entre esta y las autoridades. Por tanto, tanto las organizaciones y agentes de la sociedad civil como del estado pasan a ser relevantes en el estudio de las relaciones sociales, políticas y económicas (Casquette, 1998: 80–81).

represión estatal) que veremos a continuación<sup>63</sup>.

La teoría de la movilización de los recursos fue el paradigma dominante durante las décadas de 1970 y 1980 y son varias las contribuciones que se le han reconocido. Respecto a los planteamientos de Olson, la TMR introduce los siguientes cambios: (1) desplaza la atención analítica de la racionalidad desde una dimensión individual a una colectiva; (2) sustituye la pregunta clásica, por qué se moviliza la gente, para interrogarse sobre los cómo: cómo se organizan los movimientos, cómo funcionan y se desarrollan y cómo esto marca su éxito o fracaso<sup>64</sup>; y (3) responde al problema de la acción colectiva que había planteado la corriente (que las personas movidas por su interés personal no se movilizaran en determinadas acciones) con la existencia de las organizaciones profesionales del movimiento (OMS) especializadas en la movilización de los recursos.

Respecto a los enfoques clásicos, la TRM sirvió para (1) caracterizar los movimientos sociales como acciones estructuradas para la expresión de demandas, lo que consolida el carácter racional y positivo de la acción colectiva y en particular de los movimientos sociales; y (2) desplazar la relevancia y el valor analítico de la injusticia y el descontento como causante de la acción, no por negar que exista sino porque al considerarla una variable constante y ubicua en los conflictos estructurales no es un factor explicativo (que se puede discriminar) del surgimiento y éxito de los movimientos sociales<sup>65</sup>.

### 2.3.2.3. El enfoque estructuralista-marxista

De forma paralela al psicoanálisis, a la sociología funcionalista y al interaccionismo, el paradigma del estructuralismo fue introducido en el campo de estudios de los movimientos sociales para analizar las condiciones estructurales que influían en la configuración de la acción colectiva. En los anteriores apartados hemos visto elementos estructuralistas en muchos de los autores citados, pertenecientes a la corriente estructural-funcionalista del comportamiento colectivo (Smelser), a la de la sociedad de masas (Kornhauser) y a la teoría de la privación relativa (Davies, Johnson y Gurr). En sus trabajos pudimos ver menciones a las condiciones sociales, culturales o políticas del contexto como factores causales del descontento y el estallido de las protestas, aunque el desarrollo de esta causalidad fuese limitada.

Más tarde, en los años setenta, académicos estadounidenses de la teoría de la

---

<sup>63</sup> Algunos de los principales trabajos de esta corriente son Jo Freeman (1983), Oberschall (1973), Jenkins y Perrow (1977), Aldon Morris (1984), Tilly (1978), Doug McAdam (1982) y Tarrow (1983).

<sup>64</sup> El giro epistemológico de la TMR al estudiar los "cómo" es apuntado por Melucci (1980)

<sup>65</sup> En muchos movimientos de desposeídos o de minorías étnicas, la discriminación y los agravios siempre han estado presentes, por lo que no pueden explicar por qué en un momento y no en otro las movilizaciones tuvieron éxito. McCarthy y Zald (1977: 1215) se refieren a las injusticias como un "componente secundario en la génesis de los movimientos sociales". Más adelante veremos las críticas sobre este aspecto.

movilización de los recursos comenzaron a preguntarse sobre los rasgos del sistema político que podían favorecer el fenómeno de la movilización social y a sobre las formas de organización, según los actores sociales percibiesen respuestas institucionales a sus demandas. Surge así el enfoque del proceso político que pone el énfasis en el contexto de la movilización, es decir en las estructuras políticas. Sin embargo, no hay que confundir el modelo del proceso político de la teoría de la movilización de los recursos con el enfoque estructuralista. A pesar de la reciente evolución de este enfoque en el campo de los movimientos sociales, el estructuralismo es un paradigma clásico que tiene sus raíces en el pensamiento europeo de tradición marxista.

Son varias las diferencias entre ambos enfoques, principalmente dos:

- El enfoque estructuralista-marxista tiene insuficiencias a la hora de explicar cómo un grupo de personas desprovistas de recursos sería capaz de movilizarse. Marx y Engels no profundizaron en cómo el proletariado debía organizarse y diseñar la movilización (lagunas que Lenin y Gramsci intentaron desarrollar) pues confiaban en el curso de la historia: la contradicción de la sociedad capitalista llegaría a tal punto que sería insostenible y el proletariado adquiriría la “conciencia de clase”. Por su parte, para el modelo de proceso político de la TMR lo estructural importa en la medida en que sirve para explicar los procesos de movilización y las formas de organización.
- El enfoque estructuralista analiza los elementos estructurales objetivos, las condiciones del sistema político que escapan a la capacidad de agencia de los actores, como factores causales subyacentes de los movimientos sociales<sup>66</sup>. Mientras tanto, el modelo del proceso político, de tradición americanista, se interesa por el entorno político de los movimientos (represión de agentes del estado, políticas públicas, oportunidades locales, recursos político, etc.) para analizar cómo adaptan sus estrategias y formas organizativas a este entorno (Garner y Tenuto, 1997: 26)<sup>67</sup>.

Por otro lado, ambos enfoques convergen, además de en el análisis de las estructuras, en el carácter racionalista de la acción colectiva. Para el marxismo, los movimientos sociales no son simples reacciones de la clase trabajadora frente a los

---

<sup>66</sup> Aunque la tradición marxista no es uniforme (enfoque gramsciano, marxismo soviético, estructuralismo de Althusser, círculo de Annales, marxismo británico, posmarxismo) y hay divisiones en ciertos fundamentos, una tendencia frecuente en los marxistas es concebir las estructuras sociales como objetivas e independientes de la acción humana. Por eso realizan interpretaciones deterministas de la historia. Lo “estructural”, según Anthony Giddens (1987: 73), se refiere a los elementos que persisten, a lo largo del espacio y del tiempo, en los sistemas sociales. Las instituciones son los elementos más importantes de lo estructural, pues guardan los rasgos más persistentes de la vida social. Las propiedades estructurales de un sistema social se asocian con sus rasgos institucionalizados.

<sup>67</sup> Otras diferencias señaladas por Garner y Tenuto son: la inclinación que las teorías estructuralistas-marxistas tienen hacia los movimientos revolucionarios mientras que los movimientos reformistas resultan más favorables para el modelo de proceso político; y la relación de las estructuras sociales con el capitalismo para las teorías-marxistas, ausente en el modelo de proceso político.

agravios o las injusticias, sino que revelan la existencia de “intereses de clase”. Es decir, las clases trabajadoras persiguen intereses materialistas y racionales en su acción colectiva (Lorenzo Cadarso, 2001: 240).

El marxismo nunca desarrolló una teoría específica sobre la acción colectiva pero en sus trabajos sobre las condiciones estructurales de la lucha de clases subyacen varios fundamentos que han servido al estudio de los movimientos sociales. Numerosos autores y disciplinas académicas que no se consideran marxistas han incorporado algunos de sus principios.

Podemos ver la influencia que las obras de Marx, Lenin, Gramsci, Thompson y Hobsbawn han dejado en el campo de estudios de los movimientos sociales, según Tarrow (2004: 34-37):

En primer lugar, el modelo de tensiones sociales-agravios desarrollado en la década de los cincuenta y principios de los sesenta en los enfoques clásicos es una reformulación de la noción marxista sobre las contradicciones o divisiones de la sociedad como generadoras de la movilización<sup>68</sup>.

En segundo lugar, la noción de Lenin sobre la necesidad de una organización y un liderazgo que coordine la movilización e impida la dispersión, contribuyendo al éxito de la movilización, han sido plasmadas en la teoría de movilización de los recursos desarrollada por académicos norteamericanos a finales de los sesenta y principios de los setenta<sup>69</sup>.

En tercer lugar, de Gramsci nos ha llegado su entendimiento sobre la importancia de la educación política, la construcción de consensos y los marcos culturales, que más adelante veremos plasmados en las teorías sobre “marcos de acción” desarrolladas

---

<sup>68</sup> Marx enuncia que los problemas estructurales de la sociedad capitalista son los que generan contradicciones o divisiones sociales. A la par que el capitalismo industrial avanza, así lo hace la formación de una clase social obrera, el proletariado, que entra en contradicción con la burguesía. Por lo tanto, el conflicto y la acción colectiva según el marxismo no es una cuestión de elección individual, sino que viene determinada por la estructura social. Eso sí, para que los obreros actúen como venía determinado por la historia (el materialismo histórico) deben adquirir la “conciencia de clase”. A través de la socialización en las fábricas, los obreros pierden su aislamiento y se va generando la conciencia de clase y la unión revolucionaria. Más tarde, los sindicatos ayudan a darle forma a la lucha. La inacción de los obreros se explica por una “falsa conciencia” generada por sus enemigos de clase que les hace ignorar cuales son sus verdaderos intereses de clase.

<sup>69</sup> Las teorías de Marx estaban pensadas para contextos donde ya había habido desarrollo industrial y capitalista, como Inglaterra y Alemania. No estaban pensadas para un país como Rusia, caracterizado por la población campesina y el régimen feudal (imperio zarista). Por eso Lenin adapta la teoría de Marx al contexto de Rusia. Lenin prevé que la formación de una conciencia de clase y la lucha revolucionaria se iba a retrasar en Rusia, dado que el país estaba en una etapa primitiva del desarrollo capitalista, con un estado represivo y una sociedad atrasada. Por eso, considera que la solución, para ese contexto concreto, debe ser de índole organizativa y propone la formación de una *vanguardia del proletariado* (compuesta por una reducida élite de intelectuales revolucionarios profesionales) que sirva para salvaguardar los intereses de los obreros y orientarlos hacia la revolución. Esa función la desarrollaría el partido revolucionario.

por sociólogos norteamericanos y europeos en la década de los ochenta y principios de los noventa<sup>70</sup>.

En cuarto lugar, Lorenzo Cadarso (2001: 239-241) señala la aportación del marxista británico E.P. Thompson (1963) estudioso de la clase obrera inglesa. A este historiador se le atribuye la “culturalización” del concepto de clase. La identidad de la clase social no viene determinada por las condiciones socioeconómicas (relaciones de producción), sino que se construye de forma dinámica a partir de las experiencias sociales compartidas por el colectivo, las tradiciones y las formas de sociabilidad. Es decir, la identidad pasa a ser vista como una auto-creación y la idiosincrasia o las especificidades culturales del movimiento son importantes para su conformación<sup>71</sup>. Esta tesis sirvió de antecedente para las posteriores teorías sobre la construcción de la identidad colectiva.

### *La estructura de oportunidades políticas*

Una de las categorías principales utilizadas por el campo de estudios es *la estructura de oportunidades políticas*. Este concepto ha sido utilizado y desarrollado tanto por los seguidores del enfoque estructuralista, como por los del modelo de proceso político, los estudiosos de las revoluciones sociales y los interesados en los estudios comparados dentro de la ciencia política, entre otros, Sidney Tarrow, Charles Tilly, Doug McAdam, Herbert Kitschelt, Hanspeter Kriesi, Frances Fox Piven y Richard Cloward.

Según Doug McAdam (1999: 49-50) los antecedentes conceptuales se remontan a los trabajos de Michael Lipsky (1970) y Peter Eisenger (1973), quienes exploraron la relación entre la protesta social y las oportunidades políticas. Eisenger concluye que la capacidad de incidencia de un actor está estrechamente relacionada con la estructura de oportunidades políticas. Y define la estructura como el grado de probabilidad de acceder al poder e influir en el sistema político. Diez años más tarde, esta noción se populariza y se vuelve una idea central en el modelo del proceso político.

En *From Mobilization to Revolution* (1978), Charles Tilly avanzó en la teorización sobre las condiciones estructurales que posibilitaban la acción colectiva: la oportunidad y amenaza para los movimientos sociales, y la permisividad y represión

---

<sup>70</sup> A. Gramsci, desarrolló la noción marxista sobre la *conciencia de clase*. Consideraba que el partido revolucionario tenía que impulsar la creación de una cultura de clase dentro del movimiento obrero, que sirviera de alternativa frente a la hegemonía cultural de la clase dominante. A través de la cultura, se podría construir consensos entre los trabajadores y formar un nuevo *bloque histórico*, más amplio que las alianzas de clase, que cambiara el rumbo. Los *intelectuales orgánicos* serían los agentes encargados de crear nuevos bloques históricos.

<sup>71</sup> Thompson (1971) fue el precursor de la noción “economía moral” que más adelante James Scott utilizaría para analizar la resistencia de los campesinos de Malasia frente al aumento de la comercialización.

por parte de las autoridades. El tipo de estado (nivel de democratización, capacidad, consolidación, etc.) condiciona la dinámica y el éxito de la acción colectiva. Tilly ha sido uno de los autores más relevantes en la evolución del enfoque estructuralista en el campo de los movimientos sociales<sup>72</sup>. A él se le debe la introducción de la sociología histórica al campo de estudios de la acción colectiva. Ha estudiado la acción colectiva durante períodos relativamente largos y en relación al proceso de construcción del estado nacional moderno. Su trabajo ha contribuido tanto al avance del enfoque estructuralista, por su estudio sobre la relación entre los tipos de estado y la acción colectiva y el análisis de los repertorios y ciclos de acción colectiva, como al modelo de movilización de recursos, por su análisis de las condiciones sociales que afectan a la movilización y la formación de grupos organizados para acceder a recursos.

Pero fue Sidney Tarrow (1983, 2004) quien desarrolló y popularizó la “estructura de oportunidades políticas” (EOP) como herramienta analítica en el campo de estudios. Esta categoría engloba los factores del entorno político-institucional que pueden favorecer (oportunidades) o restringir (restricciones) la acción colectiva. Como estos factores no son estáticos, son precisamente los cambios en el entorno los que generan las oportunidades que incentivan la acción o las restricciones que la desincentivan.

El estudio de la política institucionalizada y la noción de oportunidad ha tenido una amplia acogida en el campo de estudios, incluso por parte de académicos europeos del enfoque de nuevos movimientos sociales. Ya es una convicción que los movimientos sociales se adaptan a cada contexto, según las oportunidades y constricciones políticas del contexto nacional en el que surgen (McAdam, 1999: 50; McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 23-24).

### *Conclusiones*

A finales de los sesenta se inició un giro racionalista en el campo de estudios sobre movimientos sociales, particularmente en la academia norteamericana donde habían dominado los enfoques clásicos de orientación socio-psicológica. El cambio fundamental de las teorías englobadas en este enfoque fue intentar demostrar el carácter racional que existe en torno al surgimiento y mantenimiento de la acción colectiva. No son actos espontáneos o transitorios de actores desadaptados e

---

<sup>72</sup> Charles Tilly es un historiador-sociólogo norteamericano fallecido en 2008. Destacó por su obra *From Mobilization to Revolution* (1978), contribuyendo a desbancar los postulados de la escuela behaviorista. A Tilly le interesaba estudiar el tipo de acciones colectivas no convencionales como las huelgas, las manifestaciones y los boicots. Desde la historia social, Tilly ha contribuido al campo de estudio con una sistemática investigación empírica y con el desarrollo de un método empírico para estudiar la acción colectiva: la construcción de amplias bases de datos a partir de archivos de prensa que permiten el análisis cuantitativo. Por ejemplo, ha estudiado las revueltas en Gran Bretaña durante los siglos XVIII y XIX, la Revolución Francesa y las huelgas en Francia entre 1830 a 1968. Ha trabajado en publicaciones con autores de la escuela de movilización de los recursos como Oberschall, McCarthy, Zald, McAdam y Tarrow.



influenciables, sino que los movimientos sociales son verdaderas acciones organizadas.

Como resultado de esta nueva perspectiva se consolidó una visión positiva de los movimientos sociales, adquiriendo una entidad diferenciada de los demás comportamientos colectivos: conductas espontáneas y desorganizadas, acciones criminales, modas o rumores. Conviene llamar la atención sobre los movimientos sociales que acontecieron durante los años sesenta, como el movimiento por los derechos civiles, los movimientos pacifistas, contra la guerra de Vietnam, contra el armamento nuclear o por la independencia de las colonias, generaron en la opinión pública y en la academia una visión más favorable sobre la acción colectiva, en comparación con los acontecimientos totalitarios que habían estimulado los enfoques clásicos.

Los enfoques racionalistas explican el fenómeno de los movimientos sociales a través de sus procesos de movilización y organización interna, pero siempre en el marco de las condiciones objetivas del contexto. Examinan el ámbito multi-organizacional en el que los movimientos sociales se relacionan, cooperan o compiten con otros actores. Analizan las estructuras que condicionan (limitando o favoreciendo) el desarrollo de la acción colectiva. E, igualmente, entienden que los movimientos adaptan racionalmente sus estrategias y medios al contexto para luchar por una causa también racional: los cambios en las condiciones estructurales.

En estos puntos convergen la teoría de la movilización de los recursos y el enfoque estructuralista-marxista. Ambos comparten la concepción de la acción colectiva como una respuesta racional<sup>73</sup> a un contexto conceptualizado en términos de estructuras sociales (Garner y Tenuto, 1997: 20).

A pesar de la tradición del estructuralismo-marxista, principalmente en Europa, y de la amplia acogida de la TMR por parte de la academia estadounidense, primero, y europea después, ambas han sido frecuentemente criticadas, particularmente por los sociólogos europeos que desde los años setenta venían sumergidos en debates post-estructuralistas. Han identificado en los racionalistas carencias explicativas sobre la función de los valores, el compromiso, la identidad, la cultura y la ideología.

Respecto al estructuralismo-marxista, señalan la fijación del marxismo por la identidad de clase. El marxismo no entendió que existían otras identidades además de la de clase que podían determinar la posición y los intereses de las personas y los colectivos. Sin embargo, el nacionalismo, la etnicidad, la religión o el género han demostrado que las personas pertenecientes a la clase obrera colaboran y luchan al lado de quienes podrían considerarse de una clase burguesa.

---

<sup>73</sup> Recordemos, la clase trabajadora también tiene "intereses de clase" no solo agravios.

Respecto a la teoría de la movilización, observan que los nuevos movimientos sociales, propensos a las estructuras descentralizadas e informales y a los valores post-materialistas, no parecen encajar en el modelo organizativo de la TMR. Bajo este modelo, los movimientos sociales se convierten en una forma de acción colectiva muy similar a la de los actores institucionalizados y parece difícil discernir las diferencias entre las organizaciones profesionales de los movimientos sociales (OMS) y los grupos de presión (Casquette, 1998: 77; Garner y Tenuto, 1997: 20).

No obstante, algunos autores, comúnmente ubicados en la teoría de la movilización de los recursos, ya habían incorporado a sus planteamientos elementos subrayados por sus críticos. Anthony R. Oberschall (1973) señaló la importancia del análisis de las redes de solidaridad y los vínculos sociales que se dan dentro del grupo o de la comunidad, entre los diferentes miembros así como estos y la autoridad. La naturaleza, el tipo y la intensidad de las relaciones sociales, y la existencia previa de lazos de solidaridad o de un tejido social son elementos de la estructura que condicionan la movilización del grupo. Fue pionero por tanto en vislumbrar la importancia de las redes y de la estructuración social en el entendimiento de la movilización social (Neveu, 2002: 95-99). En la misma dirección, McAdam (1982) y Morris (1984) atribuyeron a los lazos asociativos y comunitarios gran importancia cuando en sus trabajos sobre el movimiento de los derechos civiles observan que en los movimientos puede ser más importante las organizaciones genuinas o nativas basadas en la comunidad que las organizaciones profesionales. Por su parte, Jo Freeman (1983) reconoció que el enfoque de la TMR no ha explorado la cuestión de la ideología e invita a la siguiente generación de teóricos a prestar más atención a los sistemas de creencias (citado en Garner y Tenuto, 1997: 25-26). Además, en la tradición marxista, recordemos los postulados de Gramsci, Thompson y Hobsbawm, pioneros en las teorías sobre procesos de enmarcado y construcción de identidades colectivas.

Finalmente, en la década de los noventa, el campo de estudios se vio enriquecido por la aparición de nuevas teorías, alternativas a la movilización de los recursos y al enfoque estructuralista-marxista: aquellas que se centran en la importancia de la identidad colectiva, la cultura y la ideología.

### **2.3.3. Los nuevos enfoques: el enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) y los enfoques culturales**

En los años sesenta surgió en Estados Unidos y en Europa occidental una oleada de nuevos movimientos sociales. Mientras que el movimiento por los derechos civiles y las protestas contra la guerra de Vietnam acaparaban la atención de la televisión norteamericana, "las sociedades europeas atravesaban un importante ciclo de acción colectiva" (Tarrow, 2004: 220). La agitación social se desató inicialmente por el movimiento estudiantil y laboral francés e italiano y se difundió rápidamente por el

continente entre 1968 y 1972<sup>74</sup>. Con el tiempo, estas movilizaciones permean a todas las áreas de la sociedad a ambos lados del Atlántico. Los marcos de acción colectiva y las nuevas tácticas se difunden transnacionalmente<sup>75</sup>. Y aunque la oleada de protestas de los años sesenta llegaría a su fin, en las décadas posteriores surgirían nuevos movimientos estudiantiles, ecologistas, animalistas, feministas, pacifistas, antimilitaristas, de protección de minorías nacionales y religiosas, de reconocimiento de la diversidad sexual, de defensa de los derechos humanos y de apoyo a la descolonización y los países del Sur, que parecen tener una naturaleza diferente a los movimientos sociales clásicos, campesino, obrero, sindicalista o sufragista<sup>76</sup>.

Los efectos de esta oleada de movilizaciones no fueron los mismos en la academia norteamericana y europea. Mientras que en Estados Unidos los seguidores de la teoría de la movilización de los recursos aumentaban, en el viejo continente el debate se centraba alrededor de las distintas corrientes del estructuralismo-marxista. Desde el inicio de la revolución industrial prevalecía en Europa el conflicto de clases, lo que había dado lugar a un amplio desarrollo de las organizaciones obreras y partidos socialistas. En Estados Unidos, en cambio, el conflicto industrial no tuvo tal trascendencia, debido a sus condiciones propias: geográficas (la posibilidad de expandir la frontera agrícola restaba presión al conflicto), sociales (carácter multiétnico de la clase trabajadora e inmigrante), económicas (predominio de las pequeñas propiedades agrícolas) y culturales (valor de la autoayuda y el individualismo) (Laraña, 1999: 131-134).

La irrupción de nuevos actores, reivindicaciones post-materialistas y formas de acción colectiva supuso un desafío teórico para los académicos europeos que no podían explicarlos con los modelos interpretativos que prevalecían en el campo de estudios. La dificultad residía en que los modelos interpretativos estructuralistas-marxistas partían de la posición de los actores en la estructura social para explicar su acción colectiva, mientras que los nuevos actores y sus reivindicaciones sociales y políticas ya no eran ubicables dentro de la tradicional estructura social. Ya no era

---

<sup>74</sup> El 3 de mayo de 1968, el rector de la Universidad Sorbonne de París decide expulsar a un grupo de estudiantes activistas, acto que provoca la protesta de una multitud de estudiantes. Durante seis días se sucederán las manifestaciones, las refriegas con la policía, las barricadas y la quema de vehículos, que pusieron en vilo el régimen de Charles de Gaulle (Tilly, 2007: 213). Nacería así el popular Mayo del 68. Mientras, en otros países se sucedía la primavera de Praga, el maggio italiano y una oleada de protestas en Alemania, Polonia, México, Estados Unidos y Canadá. En Estados Unidos, la escena política es protagonizada por las protestas de los grupos afros tras el asesinato de M.L.King, las Panteras Negras, el movimiento indio americano y las revueltas de los estudiantes de la Universidad de Columbia.

<sup>75</sup> Por ejemplo, las tácticas no-violentas del movimiento de los derechos civiles.

<sup>76</sup> Parece claro que en los años sesenta sucedieron eventos que cambiaron el mundo (al menos, occidental) y el campo de estudios de los movimientos sociales, si bien no hay un acuerdo sobre la naturaleza y el alcance de esos cambios. Arthur Marwick (1999) en *The Sixties* sostiene que en Europa y Estados Unidos hubo una revolución cultural entre 1958 y 1974. Se produjeron transformaciones en el estilo de vida, en las condiciones materiales, en las relaciones familiares y en la concepción de la libertad personal.

posible identificar elementos estructurales comunes entre los seguidores de los nuevos movimientos, como la pertenencia a una misma clase social o la misma posición en la estructura social. La identidad de clase que daba homogeneidad al movimiento ya no era fácilmente identificable. En su lugar, apareció un amplio espectro de colectivos organizados en torno al género, la edad, la orientación sexual, la etnia, la religión, la nacionalidad, la conciencia ambiental o la pertenencia a un sector profesional cualificado<sup>77</sup>.

### 2.3.3.1. El enfoque de los nuevos movimientos sociales

El interés por explicar los cambios y las nuevas expresiones de acción colectiva dieron lugar a un nuevo enfoque interpretativo denominado “nuevos movimientos sociales” (NMS). El objetivo era revelar los rasgos novedosos de los emergentes movimientos sociales (ideología, identidad, cultura, etc.) en el marco de las transformaciones estructurales de las sociedades capitalistas avanzadas. No obstante, la teoría de los NMS no abandona el enfoque estructuralista, sino al contrario, ha continuado explicando la relación entre estructura y acción social en las sociedades contemporáneas. A lo que ha contribuido es a la necesaria superación del materialismo histórico procedente de las diferentes corrientes marxistas que anteriormente lo explicaban todo. Ahora la estructura es multidimensional: continúa considerando la dimensión económica aportada por el enfoque materialista de la historia (basada en los modos y relaciones de producción), pero también incorpora nuevas dimensiones como la cultural.

Numerosos autores<sup>78</sup>, principalmente europeos, se ocuparon de estudiar o discutir sus singularidades; esfuerzos investigativos que sirvieron para revitalizar el campo de estudio de los movimientos sociales<sup>79</sup>. La aparición del enfoque de los NMS a finales de los ochenta se vio enriquecida por la confrontación con el enfoque norteamericano de movilización de los recursos. El nuevo enfoque tuvo mayor acogida y difusión en Europa que en Estados Unidos debido a, como explicamos, las tradiciones analíticas que habían prevalecido en cada continente (marxismo en Europa y enfoques psico-sociales en Estados Unidos) y la importancia del conflicto de clases en cada contexto socio-político. Mientras que en Europa los nuevos movimientos sociales eran expresión de un conflicto social que trascendía por primera vez el tradicional conflicto de clases, en Estados Unidos esos movimientos “nuevos” ya constituían el principal objeto de estudio (Laraña, 1999: 134).

---

<sup>77</sup> Mas adelante abordaré la cuestión de nuevos movimientos sociales cuyas bases sociales están asociadas a las clases medias.

<sup>78</sup> Touraine (1978, 1981, 1990), Melucci (1980, 1988, 1994), Klandermans (1984, 1991), Offe (1988), Scott (1990), Cohen y Arato (1992), Rucht (1992), Dalton y Kuelchner (1990), Gamson (1992), Calhoun (1993), Fuentes y Gunder Frank (1995), Ibarra y Tejerina (1998).

<sup>79</sup> Además de revitalizar los debates académicos y promover las investigaciones, la aparición de esta corriente tuvo un efecto epistemológico en el campo de estudios pues indujo a revisar los supuestos desde los que se venía estudiando a los movimientos sociales y rompió el monopolio que la sociología política tenía en la interpretación de la acción colectiva (Laraña, 1999: 130 y 131).

Los seguidores del enfoque de los NMS observaron que las nuevas formas de acción colectiva habían surgido en sociedades occidentales de capitalismo avanzado y opulencia material, donde se habían producido transformaciones estructurales sociales y económicos, como por ejemplo el paso de la economía de producción industrial a la economía de mercado, que habían afectado de manera particular a la formación de la acción colectiva<sup>80</sup>. Y se apoyaron en varias teorías para explicar los cambios estructurales de la sociedad contemporánea que afectaban a los movimientos sociales (Laraña, 1999: 136-38).

Por un lado, el conflicto social que había caracterizado a las sociedades industriales, de índole laboral y económica, surgido en torno a las fábricas, había perdido protagonismo<sup>81</sup>. La *teoría de la institucionalización del conflicto laboral* de la Escuela de Fráncfort muestra cómo desde el final de la Segunda Guerra Mundial la sociedad ha cambiado de la manufactura al sector de los servicios y la información, provocando la institucionalización y disminución de los conflictos laborales. El escenario de la lucha cambió como cambian los lugares de trabajo y de producción. La centralidad de “las relaciones y de los conflictos sociales se ha desplazado del campo del trabajo hacia el campo más amplio de la cultura” (Touraine, 1990: 28). Los nuevos movimientos sociales son expresiones de conflictos de representación (ya no de las clases trabajadoras, sino de grupos marginados, discriminados o sin voz), conflictos de identidad y de diversidad cultural.

Por otro lado, los cambios afectan a la composición de las clases sociales y al movimiento obrero, el cual había sido el principal agente de cambio radical en las sociedades industriales, según la teoría marxista. La *teoría de la nueva clase trabajadora* de la sociología francesa evidenció los cambios en las agendas reivindicativas de los trabajadores en Francia desde los años sesenta. Con el aumento de su cualificación profesional, los trabajadores habían ido cambiando sus intereses desde las demandas tradicionales hacia otras relativas a su autorrealización personal, organización del trabajo y participación en la empresa (Mallet, 1969). Melucci (1996: 7) apunta también al deterioro de los viejos movimientos sociales, y del obrero en particular, como causante de los cambios en el sujeto colectivo. Su interpretación es que estos movimientos dejaron de cumplir su función inicial de cambio social porque, con el tiempo, su práctica se volvió acomodaticia y resultaron incapaces de ofrecer una respuesta crítica o antagónica al

---

<sup>80</sup> Las teorías de los NMS empiezan perfilando las características de estas sociedades avanzadas pues se concibe que los NMS son una respuesta a estas. A la par, se evidencia el interés de los sociólogos por estudiar los cambios en las sociedades contemporáneas, dando lugar a una proliferación de términos: “sociedad postindustrial” (Touraine y Daniel Bell), “sociedad del conocimiento”, “sociedad de la información”, “sociedad red” (Castells y Melucci), “sociedades programadas” y “sociedades desestructuradas” (Touraine), “sociedades complejas” (Melucci), “sociedades postfordistas” (Mayer y Roth), “sociedades de capitalismo tardío” (Offe) y “sociedad del riesgo” (Beck).

<sup>81</sup> En las sociedades industriales europeas el conflicto de clases fue el predominante desde la Revolución Industrial hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. En Estados Unidos, sin embargo, el conflicto de clase tuvo mucho menos trascendencia.

sistema capitalista. Estos postulados supusieron la revisión de los supuestos marxistas sobre el papel revolucionario de las clases trabajadoras.

En resumen, los nuevos movimientos sociales dejan de ser una respuesta a los conflictos de clase, que habían prevalecido en las sociedades industriales y surgen ahora como respuesta al capitalismo y la modernización con valores postmaterialistas y nuevas identidades colectivas.

Touraine (1978, 1981) analiza los tipos de conflictos y de movimientos sociales característicos en las sociedades postindustriales de Europa occidental, donde han desaparecido los estratos sociales del pasado como la clase trabajadora o el campesinado. Partiendo de los postulados marxistas, como la *historicidad* o la *agencia del cambio revolucionario* para analizar a los movimientos sociales en las sociedades modernas, concluye que los nuevos movimientos sociales, aunados en un nuevo sujeto, sustituyen a la clases trabajadoras y asumen la función de agentes de la emancipación social<sup>82</sup>.

Una de las ocupaciones principales del enfoque de los NMS ha sido la de identificar los rasgos distintivos de los nuevos movimientos sociales que han motivado a los autores a hablar de una forma novedosa de movilización colectiva. Aunque no hemos encontrado una lista conclusa y consensuada sobre los NMS, presentamos a continuación algunos de los cambios citados en la literatura (Casquette, 1998, 2003, 2006; Garner y Tenuto, 1997; Godàs i Pérez, 2007; Laraña, 1999; de Sousa Santos, 2001):

1. La primacía de la búsqueda de la identidad y la emergencia de nuevas adscripciones diferentes a la clase social.

Los nuevos movimientos sociales representan grupos que no se pueden ubicar en las estructuras sociales y económicas. Con estratos sociales entremezclados no es posible determinar cómo son las bases sociales en términos de clase. Touraine proclama, frente a quienes creen que la posición social es la única portadora de sentido, que *“no hay clases sin conciencia de clase”* (Touraine, 1990: 29) <sup>83</sup>.

---

<sup>82</sup> La noción de movimiento social de Touraine está unida al de historicidad. Para él, los movimientos sociales son una conducta colectiva organizada de un actor de clase que lucha contra sus adversarios de clase por la dirección del sistema de acción histórico (Touraine, 1978). Es una noción que roza la metafísica y pierde las ventajas de la teoría de la acción (Melucci, 1990: 34). Lo más relevante en Touraine es como los movimientos sociales van adquiriendo protagonismo en su marco teórico. Estos dejan de ser un producto de las estructuras o un instrumento de los intereses individuales o colectivos, para convertirse en los actores privilegiados del conflicto por el control y la dirección de las principales orientaciones culturales de una sociedad (conocimiento, proyección, principios éticos, etc.) que forman su historicidad. Es decir, pasan a ser los principales agentes de producción de la sociedad.

<sup>83</sup> Para Touraine (1990) los actores tienen capacidad de decisión y de agencia. No es la posición la que determina cómo deben pensar, ni son objetos de los investigadores, de los organismos políticos y sindicales. Nadie puede hablar en nombre de ellos ni otorgarles la capacidad de actuar.

Los nuevos movimientos de hecho se caracterizan por la búsqueda de la identidad colectiva, superando la pertenencia a una identidad de clase que configuraba las bases sociales de los movimientos obreros, campesinos y sindicales. Esto implica que la dimensión cultural e ideológica (étnica, nacional, orientación sexual, etc.) prime por encima de los objetivos económicos, instrumentales o materialistas del movimiento (Cohen, 1985).

“La novedad más grande de los NMS reside en que constituyen tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo. Al identificar nuevas formas de opresión que sobrepasan las relaciones de producción, y ni siquiera son específicas de ellas, como son la guerra, la polución, el machismo, el racismo o el productivismo; y al abogar por un nuevo paradigma social, menos basado en la riqueza y en el bienestar material que, en la cultura y en la calidad de vida, denuncian los NMS, con una radicalidad sin precedentes, los excesos de regulación de la modernidad” (De Sousa Santos, 2001: 178).

Aunque entre las bases sociales de los NMS se puede observar un aumento de las clases medias, los autores señalan que sus acciones no están orientadas por intereses específicos de clase (Offe, 1985)<sup>84</sup>. Por un lado, los activistas no son movilizados en función de su pertenencia a una clase determinada o por su ubicación en la estructura social. Por otro, los intereses que defienden estos nuevos movimientos, como la paz, la ecología, los derechos humanos, la igualdad o la diversidad sexual y cultural, no son beneficios particulares de una clase social sino que pueden considerarse demandas de interés colectivo o general.

## 2. Cambios en los valores, discursos y agendas

El discurso de la lucha de clases que motivaba a los trabajadores a perseguir la justicia social, es sustituido por valores e intereses de tipo postmaterialista. Algunos movimientos manifiestan explícitamente su rechazo a los valores materialistas y a los postulados de crecimiento económico de la sociedad capitalista<sup>85</sup>. Del mismo modo se producen cambios en su agenda, sustituyendo las viejas demandas de índole económico o cuantitativo (mejores condiciones laborales, menor desigualdad social o económica, etc.) por demandas de corte cualitativo (afirmación de opciones

---

<sup>84</sup> Las nuevas clases medias están compuestas por personas con niveles altos de educación y capacidad técnica pero que están desmercantilizadas, es decir, no comparten una posición en las relaciones de producción. Por lo tanto, no podemos hablar de identidad o de categoría de clase en términos marxistas.

<sup>85</sup> En este aspecto destaca el movimiento decrecentista, que tiene su auge en Francia en los años noventa de manos del economista Serge Latouche. El decrecentismo, que bebe de los enfoques críticos del desarrollo y el ecologismo, propugna la reducción de la producción económica y el consumo para el necesario restablecimiento del equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza.

sexuales, estilos de vida, saberes y culturas)<sup>86</sup>.

Según Casquete (2006: 23-24), las propuestas de los NMS tienen un carácter defensivo frente al proceso de modernización y el capitalismo. Mientras que el movimiento obrero, en un principio, anhelaba la erradicación total del sistema capitalista (si bien a partir de la Segunda Internacional y, sobre todo, de la IIGM sus propuestas se harían más revisionistas), los NMS nunca han aspirado a ir tan lejos en los cambios sociales propuestos. Su propósito es dotar al sistema de un rostro más humano, intentando que el sistema respete los derechos humanos, la naturaleza, la igualdad, la diversidad o el control de las armas.

Por otro lado, varios autores han señalado un nuevo fenómeno en el seno de los movimientos sociales que han denominado la “politización de la vida cotidiana” (Taylor y Whittier, 1992) o el “desbordamiento de la política” (Ulrich Beck, 1992). Estas nociones se refieren a la tendencia de los movimientos sociales a no ceñirse en su discurso y acción al ámbito tradicional de la política, sino a incorporar demandas que habían sido relegadas al ámbito de la vida privada. Asuntos “personales” como nuestra forma de vestir, de comer, de divertirnos o de reproducirnos son sacados a la luz pública, puestos a debate e incorporados a la política. A este cambio de cultura política han contribuido los movimientos ecologistas, de homosexuales y, particularmente, feministas. Según Young, el movimiento feminista es probablemente el movimiento de política cultural de mayor alcance. Bajo el lema “lo personal es político”, el movimiento feminista ha visibilizado el elemento político que hay en la cultura, en nuestra vida personal y nuestra forma de relacionarnos, politizando el lenguaje y los hábitos cotidianos (Young, 2000: 150).

Los movimientos sociales han promovido un cambio de cultura política que Garner y Tenuto (1997: 39) definen como una “cultura de resistencia”. Han adoptado un actitud provocadora hacia la cultura hegemónica y les gusta desafiar su poder transgrediendo las normas sociales, las convenciones sexuales y los roles tradicionales, lo cual hacen a través del lenguaje, la música, las artes visuales y los performances. Sin embargo, parecen menos interesados que los viejos movimientos en la toma del poder del Estado. Su agenda no está tan dirigida a acceder a las instituciones del Estado como a lograr emanciparse de las mismas. Esto supone una resignificación de lo político que no solo afecta a los asuntos de la vida privada sino también a la forma de concebir el poder. El objetivo de los movimientos sociales es la construcción de espacios de autonomía y formas de sociabilidad ajenas al ámbito del Estado y que escapen a su control. En estos espacios se hace posible la construcción de nuevos imaginarios sociales y la transformación de las relaciones de poder (González Gil, 2006: 26).

---

<sup>86</sup> González (2006: 25) advierte de que la distinción entre las agendas de los viejos y nuevos movimientos sociales no puede llevarnos a simplificar las luchas del movimiento obrero como reivindicaciones exclusivamente económicas.



### 3. Cambios en las formas de organización de los movimientos sociales

Una de las características más recurrentes a la hora de identificar los NMS es la tendencia hacia la descentralización y flexibilización de las estructuras organizativas (Casquette, 1998: 2006; Klandermans, 1991). Para algunos autores esta flexibilidad respondía a la rigidez de los estados tecnócratas y capitalistas europeos (Melucci, 1989; Touraine, 1981).

Los nuevos movimientos buscan establecer la horizontalidad de las relaciones, la adopción colectiva de las decisiones, la rotación de funciones y cargos, y la flexibilidad de las reglas y los criterios de pertenencia. Por eso, la tendencia de los nuevos movimientos es adaptar sus formas organizativas a un modelo de democracia directa, con nuevas prácticas como el asamblearismo y con estructuras descentralizadas. El pensamiento feminista ha sido nuevamente uno de los precursores de estos cambios. La afirmación de que, tan importante como luchar contra el sistema político, está la lucha contra el sistema que tenemos interiorizado, ha conllevado no solo la revisión de las relaciones de género en el seno de los movimientos sino también el aumento de los esfuerzos e iniciativas por implementar internamente las transformaciones que queremos ver en la sociedad.

Sin embargo, la descentralización y la ausencia de una dirección fuerte en la cabeza de los movimientos ha sido para muchos autores, seguidores de la TMR, la razón de los fracasos de los NMS. Estos no consiguieron incidir en los gobiernos, ni construir una base social estable, ni una organización continua, por lo cual, tampoco fueron relevantes en el impulso de reformas políticas (Garner y Tenuto, 1997: 35).

### 4. La autorrealización o autoejemplificación

Las transformaciones internas (en las estructuras organizativas, en el tipo de relaciones, en los métodos, etc.) de los movimientos sociales contemporáneos son consecuencia de otro rasgo que define este nuevo tipo de movimientos: el intento de convertirse en fines en sí mismos. Las formas organizativas, los mensajes o los métodos que adoptan dejan de ser meros instrumentos para convertirse en propias metas de los movimientos, lo que exige guardar una congruencia entre los medios y los fines. Si los movimientos persiguen soluciones alternativas a los problemas del orden político o cultural, internamente también deben adoptar fórmulas alternativas (Laraña 1999, 90). Este rasgo es denominado por Craig Calhoun como la *autoejemplificación* de los NMS, el énfasis “en que las formas y estilos organizacionales de la práctica movimentista deben ejemplificar los valores que el movimiento trata de promulgar” (Calhoun, 2002: 220).

## 5. Cambios en los repertorios de acción colectiva

Como vimos al inicio del capítulo, en el campo de estudios se distingue entre las acciones convencionales o institucionalizadas y las acciones no-convencionales y no-institucionalizadas. Los movimientos sociales combinan ambas formas de acción pero son las segundas las predominantes, las que permiten diferenciarlos de otros actores sociales como los grupos de presión y los partidos políticos. De hecho, para Garner y Tenuto (1997: 47), uno de los pocos elementos de consenso presentes desde los enfoques clásicos ha sido la definición de los movimientos como desafíos no-institucionalizados.

Para el enfoque de los NMS no parece estar claro si los nuevos movimientos sociales han tendido hacia las acciones disruptivas, hacia la institucionalización o hacia ninguna de las dos. El movimiento ecologista parece ser un caso de evolución hacia la “convencionalización”. Al ir acaparando la agenda política europea, se ha tenido que ir dotando de estructuras estables en Bruselas (Rucht, 1997; Marks y McAdam, 1996, 1999)<sup>87</sup>. Mientras, otros autores han señalado la tendencia de los nuevos movimientos sociales a ampliar el repertorio hacia formas de participación no convencionales (Offe, 1988: 178). Y por último, los estudios empíricos realizados sobre los movimientos ecologista, pacifista, feminista, obrero y antimilitarista de diversos países durante las últimas décadas muestran que estos no han sustituido las formas de acción convencionales por formas no convencionales, sino que lo que han hecho es ampliar el repertorio, combinando ambos métodos, de forma flexible y simultánea (Rucht, 1992; Hanagan 1998a; Casquette, 2006; González, 2006).

## 6. Globalización de las actividades o transnacionalización de los NMS.

Un nuevo fenómeno que ha sido señalado por varios autores (Casquette, 2006; Tarrow, 2004; Tilly y Wood, 2010) es el de la transnacionalización, internacionalización o globalización de los movimientos sociales, tales como el ecologista, feminista, pacifista, de derechos humanos o de solidaridad con los desposeídos<sup>88</sup>. El Year Book of International Organizations ha registrado que desde 1953 el número de “organizaciones de movimientos sociales transnacionales” ha ido en aumento<sup>89</sup>. La internacionalización de las organizaciones se ha explicado por las

---

<sup>87</sup> Sobre los cambios que el acceso a la Unión Europea ha provocado en los movimientos sociales y la acción colectiva, ver Rucht (1997) y Marks y McAdam (1996, 1999).

<sup>88</sup> Ejemplos de ello son: la Vía Campesina, la Marcha Mundial de las Mujeres, Survival International, las acciones contra la Organización Mundial del Comercio y el Banco Mundial en Seattle, Barcelona, Ginebra y Sevilla, las acciones contra el G-8, las Cumbres Climáticas y sus actividades paralelas, el Foro Social Mundial, el movimiento de indignados surgido en Europa en el año 2008, la red mundial Jubilee (una red formada por 68 países que en el año 2000 realizó campañas contra la deuda del Tercer Mundo), la Alianza para la Soberanía Alimentaria (surgida en América Latina y Asia en el 2007 para protestar contra los alimentos genéticamente modificados).

<sup>89</sup> Las organizaciones de movimientos sociales transnacionales son familias de organizaciones de movimientos sociales que ostentan bases organizativas estables en al menos dos o más países (Casquette, 2006: 31).

transformaciones de la sociedad contemporánea que favorecen tanto la globalización de las problemáticas (migraciones, refugio político, cambio climático, etc.) como por la globalización de la acción colectiva<sup>90</sup>.

A pesar de la amplia difusión del enfoque de los NMS, el carácter inédito de las movilizaciones que surgieron a partir de la década de los sesenta ha sido objeto de debate entre historiadores y sociólogos. Según los historiadores, los movimientos sociales solo son novedosos en apariencia y su utilización implica el desconocimiento de los procesos históricos. Desde el punto de vista histórico ningún fenómeno social tiene carácter *ex novo*, pues todo es resultado de una herencia y un aprendizaje del pasado<sup>91</sup>.

Existen tres tipos de críticas frente al enfoque de los NMS: (1) que los movimientos pacifistas, feministas, antirracistas, etc., son, en realidad, movimientos viejos; (2) que sus reivindicaciones ya eran parte de los movimientos sociales tradicionales; y (3) por último, que su novedad es recurrente, se corresponde a ciclos de la vida social y económica (De Sousa Santos, 2001: 180).

Para demostrar la continuidad histórica de las formas de acción colectiva y negar el carácter novedoso de los NMS, se han buscado precedentes en la historia que evidencien las coincidencias con anteriores movimientos sociales (Calhoun, 1993, 2002)<sup>92</sup>. Respecto a la forma organizativa, señalan que las formas descentralizadas no son un rasgo original de los NMS sino que otros movimientos sociales anteriores pasaron durante su desarrollo por momentos organizativos similares. En particular, los movimientos comunales se han caracterizado por mantener estructuras descentralizadas y anti-jerárquicas. Respecto al repertorio de acciones, se recuerda que las acciones no convencionales eran ya practicadas en Inglaterra por el movimiento obrero ludista de 1811-1816, que acudía al método de destrucción de la maquinaria cuando fracasaban las negociaciones. En relación a la revalorización de la identidad dentro de los NMS, parece que ésta tampoco ha sido única de estos movimientos. Independientemente de la naturaleza de las demandas, “por definición

---

<sup>90</sup> La revolución tecnológica y, en concreto, el internet ha servido a los movimientos sociales a facilitar la comunicación tanto dentro como fuera de sus países.

<sup>91</sup> Las categorías que utilizan las teorías de los movimientos sociales como, por ejemplo, la noción de oportunidad política, son construcciones sociales, no son hechos que nos vengan dados de arriba hacia abajo y por lo tanto su delimitación en el espacio y el tiempo debe hacerse con cautelas. Dieter Rucht (1999) critica precisamente que el modelo de estructura de oportunidades políticas obliga a objetivar dimensiones como la oportunidad, al señalar el momento y lugar en los cuales se produce una apertura del sistema que los actores sociales puedan aprovechar. Este momento, en realidad, forma parte de un proceso fuera del cual no se puede explicar, sino fruto de la interacción de los diferentes grupos sociales. A pesar de la validez de las críticas de los historiadores respecto a los NMS y de Rucht respecto a la EOP, la creación de categorías y conceptos hace parte de un límite humano. Necesitamos categorizar y delimitar la vida social para poder explicar su funcionamiento, a expensas de desatender que los fenómenos sociales son procesos vivos, continuos e inacabados.

<sup>92</sup> Craig Calhoun (1993, 2002) se ha ocupado en demostrar la preeminencia histórica de los rasgos supuestamente novedosos en los NMS y lo ha hecho proporcionando evidencia empírica de los movimientos sociales del siglo XIX.

cualquier grupo auto-identificado plantea una demanda de identidad” (Hunt, Benford y Snow, 1994: 161). Además, entre los viejos movimientos, no solo se encuentran los sindicatos obreros, sino también movimientos nacionalistas xenófobos, religiosos y antisemitistas. Y, por último, respecto a la internacionalización de los movimientos, las evidencias demuestran que la solidaridad y las redes internacionales ya estaban presentes en el movimiento obrero internacionalista hasta la Primera Guerra Mundial, en el movimiento abolicionista y sufragista, en los pacifistas y cuáqueros, y en el movimiento nacionalista irlandés (Casquette 2006, 29–31)<sup>93</sup>.

Los propios precursores del término “nuevos movimientos sociales” han admitido la debilidad conceptual del enfoque sobre NMS. Primero, porque toma como modelo de estudio únicamente los movimientos sociales político-culturales de orientación progresista, propios de grupos étnicos blancos de clases medias en países de Europa occidental y Norteamérica (Hunt, Benford y Snow, 1994: 160). Segundo, porque no se ha podido avanzar en la definición y determinar las características específicas y distintivas del “nuevo” fenómeno. Y, tercero, porque ni siquiera ha logrado explicar alguna de las preguntas claves del campo de estudios, como, por ejemplo, por qué los actores deciden pasar de la inacción a la movilización (González Gil, 2006: 26). Por eso, aunque utilicemos el término “nuevos movimientos sociales” para referirnos a un tipo de movimiento social, no se puede considerar que haya nacido un nuevo paradigma dentro del campo de estudios. Recomiendan, por tanto, ceñirse a su dimensión descriptiva y evitar la ontologización del término (Laraña y Gusfield, 1994; Melucci, 1988, 1994, 1996; Offe, 1997).

La expresión “nuevos movimientos sociales”, no obstante, ha sido un concepto útil para distinguir las formas de acción colectiva surgidas en las sociedades postindustriales, así como para definir al nuevo marco conceptual vinculado a la tradición teórica europea (Laraña, 1999: 135). Para Casquette (2006: 42) aunque el debate sobre la continuidad o ruptura histórica en los NMS no dado resultados fructíferos, ha tenido una utilidad heurística al ayudar a analizar los movimientos sociales. Además, lo más relevante de este enfoque no está en si los rasgos son o no novedosos, sino en el significado que la acción colectiva adquiere en las sociedades contemporáneas.

### **2.3.3.2. Enfoque cultural de los movimientos sociales**

Hemos visto que desde los años sesenta aparecen movimientos sociales asociados con reivindicaciones de izquierda y políticas de identidad (antiglobalización, anticolonialistas, antimilitaristas, pacifistas, feministas, ecologistas, homosexuales,

---

<sup>93</sup> Para conocer más sobre las posiciones a favor de la novedad de los NMS ver Dalton y Kuechler (1990) y a favor de la continuidad entre viejos y nuevos movimientos, ver Gunder Frank y Fuentes (1988).

etc.), que dan lugar al enfoque de los nuevos movimientos sociales<sup>94</sup>. Sin embargo, la Nueva Izquierda tuvo grandes dificultades a la hora de alcanzar o implementar reformas. Como reacción, emergió en los años ochenta, principalmente en Estados Unidos, una oleada de movimientos y grupos de interés conservadores, de carácter antiliberal, antidemocrático y antipluralista, para frenar las demandas de la izquierda, por ejemplo, los movimientos antiabortistas, los lobbies a favor de las armas, los movimientos pronucleares y los grupos contra el pago de impuestos de la propiedad. Y más allá de la Nueva Derecha, resurgieron los movimientos ultranacionalistas, neofascistas, neonazis, el etnonacionalismo y el fundamentalismo religioso en los estados postcomunistas y en los postcoloniales (Garner y Tenuto 1997: 30-36).

La aparición de esta amplia gama de movimientos e ideologías, a ambos lados del espectro político, ha presentado problemas teóricos para los enfoques estructuralistas y de movilización de los recursos, limitados a la hora de explicar los fracasos organizativos y los malos resultados de la izquierda, el levantamiento de los contra-movimientos, las nuevas bases de solidaridad (género, orientación sexual, etnia, religión, etc.) y las mezcolanza de las clases sociales. La teoría de los “nuevos movimientos sociales” había llamado la atención sobre los cambios culturales pero como mencionamos su desarrollo teórico fue meramente descriptivo y resultaba insatisfactorio. Por eso, los estudiosos de los movimientos sociales se vieron obligados a incorporar paulatinamente nuevos factores explicativos, como los marcos discursivos y los sistemas de creencias<sup>95</sup>. Esto supuso una revitalización del interés por la psicología social dentro del campo de estudios.

El enfoque cultural fue adquiriendo protagonismo en el campo de estudios a partir de finales de los ochenta y principios de los años noventa<sup>96</sup>. Antes incluso del desmembramiento de la URSS y la “derrota” ideológica del marxismo-leninismo, el enfoque cultural ganó espacio frente a los estructuralistas. Corrientes intelectuales como el “deconstructivismo”, el “posmodernismo”, el “posestructuralismo”, el “feminismo”, los “estudios culturales” y los “estudios postcoloniales” contribuyeron a este giro epistemológico<sup>97</sup>. Se comenzó a prestar más atención a los conflictos de representación, de identidad y diversidad cultural. Y en las Universidades se

---

<sup>94</sup> Margit Mayer (1991) crítica la idea extendida de que los nuevos movimientos sociales surgidos en los sesenta estuvieran ubicados a la izquierda del espectro ideológico dado que muchos de los movimientos antisistema y de bases (*grassroots*) que surgieron en esa época en los Estados Unidos estaban más inclinados a la derecha.

<sup>95</sup> Tanto los seguidores del estructuralismo marxista como los de la teoría de la movilización de los recursos tuvieron que reconceptualizar sus postulados, pero el golpe fue mucho más duro para los primeros que para los segundos (Garner y Tenuto, 1997: 41).

<sup>96</sup> A pesar de la actualidad del enfoque, recordemos el legado de autores marxistas que de una u otra forma resaltaron la importancia de la cultura en el estudio de la acción social. Gramsci y Thompson subrayaron el papel de la cultura, el primero, en relación a la construcción de un bloque histórico capaz de hacer frente a la hegemonía cultural de la burguesía y, el segundo, en relación al proceso de construcción de la identidad de clase.

<sup>97</sup> Estos enfoques coinciden en rechazar las teorías que ofrecen “metanarrativas” o lecturas universalistas de la historia, como el marxismo. Cuestionan además la noción de progreso lineal y su asociación con la evolución científica.

iniciaron programas de estudios culturales, estudios étnicos y estudios feministas.

El campo de estudio respondió a las nuevas realidades y corrientes intelectuales proponiendo teorías basadas en la cultura, la ideología y la construcción de la identidad colectiva. En esta dirección apuntan tres de los pensadores más importantes del campo de estudios:

“Provenimos de una tradición estructuralista. Pero en el curso de nuestros trabajos sobre una amplia variedad de contiendas políticas en Europa y Norteamérica, descubrimos la necesidad de tener en cuenta la interacción estratégica, la conciencia y la cultura históricamente acumulada. Tratamos la interacción social, los vínculos sociales, la comunicación y la conversación no meramente como expresiones de una estructura, una racionalidad, una conciencia o una cultura, sino como enclaves activos de creación y cambio. Hemos llegado a concebir las redes interpersonales, la comunicación interpersonal y diversas formas de negociación continua – incluida la negociación de identidades- como algo que ocupa un lugar central en la dinámica de la contienda” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 24)

Teniendo en cuenta que los factores estructurales, organizacionales y de proceso político no son suficientes para explicar la configuración de los movimientos sociales, el enfoque cultural ha planteado los valores, las creencias, las ideologías, las identidades y los símbolos como elementos que mediatizan o condicionan la motivación, configuración y orientación de la movilización. Es decir, intentan responder a las mismas preguntas del campo de estudios –por qué surgen los movimientos, por qué se moviliza la gente y cómo se configura el actor colectivo– pero a partir del marco cognitivo-cultural<sup>98</sup>.

Un elemento significativo de este enfoque ha sido la convergencia de los paradigmas constructivista e interaccionista con el campo de estudios<sup>99</sup>. Los movimientos sociales se conciben en el marco de un proceso continuo de interacción y formación de discursos. Son resultado de este proceso, pero también constructores de nuevos significados y códigos culturales. En esta dirección, también ha cambiado la concepción sobre la identidad colectiva, que ya no es determinada por las estructuras sociales. Las bases sociales no vienen dadas por compartir características socioeconómicas o demográficas sino que

---

<sup>98</sup> “Conjunto de ideas, tradiciones, lenguajes, actitudes mentales, símbolos, ritos, mitos y valores que permiten al grupo movilizado elaborar discursos críticos (...) y autoidentificarse como grupo” (Lorenzo Cadarso, 2001: 249).

<sup>99</sup> El constructivismo social parte de que la realidad social es un producto objetivado de la acción humana y forma parte de la subjetividad de los individuos que lo componen. Una de las obras de referencia del constructivismo social en los estudios sobre identidad y nacionalismo que ha permeado en la teoría de los movimientos sociales es *Comunidades Imaginadas*, de Benedict Anderson (1991), en la cual se documenta cómo es el proceso de construcción social de la identidad nacional. Sobre el interaccionismo, recordemos los antecedentes en el “interaccionismo simbólico” de la teoría del comportamiento colectivo.

cada movimiento social puede constituir sus propias bases sociales a través de las prácticas y la formación de discursos<sup>100</sup>.

La influencia de las perspectivas postmodernistas en este enfoque ha hecho resaltar la capacidad de agencia de los actores sociales a la hora de construir el sujeto colectivo. Los movimientos sociales son tanto formas de acción social manipuladas como manipuladoras, y todas las identidades colectivas son arbitrarias, producto y causante de los movimientos sociales (Garner y Tenuto 1997, 6 y 45).

Uno de los principales precursores de la agencia de los actores ha sido Alain Touraine, perteneciente a la corriente de la sociología de la acción junto a Melucci, Pizzorno, Cohen y Habermas<sup>101</sup>. La contribución principal de Touraine al campo de estudios ha sido la focalización de la capacidad de agencia de los movimientos sociales, en contraposición al determinismo propio de los enfoques estructuralista y funcionalista que no han otorgado relevancia a los actores y la agencia humana. El sentido de los actores no viene determinado por un mundo superior a ellos (las estructuras, los valores o las normas) y sus acciones no son ajenas a su conciencia. Los actores no son materia prima para la acción política o ideológica, están cargados de sentido, de crítica cultural y social, son dueños y productores de su propio sentido (Touraine, 1978, 1990)<sup>102</sup>.

Alberto Melucci (1989, 1994, 1996) ha sido otro de los precursores de la teoría de la acción en el estudio de los movimientos sociales. Las claves conceptuales de la obra de Melucci son los sistemas de acción, la construcción de la identidad colectiva y los mensajes simbólicos. La acción colectiva emerge del sistema de relaciones sociales –la interacción, la negociación, el intercambio, las decisiones, las acciones, los vínculos y compromisos– por lo que no puede ser determinista previamente<sup>103</sup>. Durante los procesos de conflicto, resistencia y adecuación, los actores sociales construyen de forma interactiva la identidad colectiva<sup>104</sup>. Además, la acción colectiva

---

<sup>100</sup> Un referente principal sobre la formación del discurso ha sido el filósofo e historiador francés de la corriente postestructuralista Michel Foucault (1979, 1987).

<sup>101</sup> La sociología de la acción es el enfoque teórico que pone la acción en el centro del análisis sociológico. Bajo esta perspectiva, la sociedad no es vista como un producto dado por leyes naturales o prescritas por entidades metasociales, sino que es un sistema capaz de producirse a si misma, de generar sus propias orientaciones normativas. Este es el punto de partida de la teoría de los movimientos sociales de Alain Touraine.

<sup>102</sup> “En lugar de explicar al actor por la sociedad reduciéndole a unos status y unos roles, yo no veía en la sociedad sino la forma más cambiante y superficial de las relaciones entre los actores que producen vida social a través de sus conflictos sociales y sus orientaciones culturales” (Touraine, 1990: 13)

<sup>103</sup> Siguiendo el enfoque constructiva, Melucci (1996) subraya que los movimientos sociales no son datos que nos vengan dados sino que se trata de procesos (sistemas de acción, resultado de la interacción, etc.) que deben ser explicados. Critica el enfoque estructuralista y la TMR por no explicar cómo son los procesos a través de los cuales los MS llegan a una definición interactiva y compartida.

<sup>104</sup> “La identidad colectiva es una definición interactiva y compartida producida por varios individuos en interacción quienes se encuentran preocupados por las orientaciones de sus acciones además del campo de las oportunidades y restricciones en las cuales sus acciones tienen lugar” (Melucci, 1989: 34).

está centrada en códigos culturales, por lo que el propio movimiento se puede entender como un mensaje simbólico que difunde marcos de significado alternativos o antagónicos<sup>105</sup>. Y, en este sentido, desafían los límites del sistema de relaciones sociales.

La perspectiva constructivista del enfoque cultural ha implicado la revisión de las teorías de los agravios de los enfoques clásicos, que presentamos anteriormente. En estas, la acción colectiva se produce por un desfase entre lo esperado y lo obtenido que desencadena la agresividad. Es decir, la privación de una gratificación o de una expectativa conlleva a la respuesta agresiva y la movilización. Sin embargo, esta relación entre frustración y acción agresiva no es necesariamente directa, pues incluso cuando una persona haya alcanzado la conciencia de estar siendo “oprimida” (primer paso), la frustración puede desencadenar otro tipo de comportamientos e incluso la resignación, no necesariamente una acción colectiva dirigida a parar o invertir la situación de opresión. Los autores culturalistas-constructivistas señalan que lo necesario para que haya movilización, más allá de la existencia de condiciones objetivas desfavorables (desempleo, empobrecimiento, desigualdad, etc.), es la construcción social de la injusticia: que los potenciales activistas tengan una identidad que les permita situarse, que compartan una percepción común sobre la injusticia y sientan solidaridad ante ella, que el responsable de la situación sea identificable y, por último, que crean que la situación se puede revertir y que la movilización es la única forma posible<sup>106</sup>. Por eso, es importante que el estudio de los movimientos sociales se resitúe en una teoría de la acción más general (Melucci, 1985: 98-99, 1990, 32-33). En términos de Touraine (1973: 361-363), lo que se necesita para que emerja un movimiento social se sintetiza en tres principios: (1) la autodefinición del actor por sí mismo, lo que implica un grado de conciencia (principio de identidad); (2) la identificación del adversario en el marco del conflicto (principio de oposición); y (3) la elevación del conflicto y los objetivos a un plano social, al sistema de acción histórico (principio de totalidad)<sup>107</sup>.

Los seguidores de este enfoque han llamado la atención de que el movimiento social debe ser interpretado desde la propia dinámica que el genera y desde su propia conceptualización<sup>108</sup>. En vez de intentar explicar en qué consiste el fenómeno social,

---

<sup>105</sup> Melucci (1989) habla de que el campo de estudios ha sufrido una “sobrecarga política” porque ha ignorado que los MS son productores de códigos culturales alternativos. Son actores no solo políticos, sino también pre-políticos (previos a la política, enraizados en la vida cotidiana) y meta-políticos (portadores de problemas y conflictos que van más allá al campo de lo político, lo negociable e institucional).

<sup>106</sup> McAdam (1988) se refiere a este fenómeno como “liberación cognitiva”.

<sup>107</sup> Castells (1997) encuentra de gran utilidad la tipología de Touraine y la utiliza para analizar y comparar diferentes tipos de movimientos sociales. Propone hablar de estos principios como “identidad”, “adversario” y “objetivo social” para facilitar su comprensión. Melucci (1985: 98) también había señalado la necesidad de la identidad y el adversario pero no había reparado en el principio de totalidad.

<sup>108</sup> El enfoque cultural de los movimientos sociales se ha visto influenciado por el individualismo fenomenológico que se centra en el modo en el que los actores experimentan la interacción colectiva y definen sus experiencias, por lo que pone atención al estudio de las narrativas.



es el propio proceso de lucha el que nos explica las líneas maestras de su desarrollo (Lorenzo Cadarso, 2001: 249). Los movimientos sociales se deben comprender en sus propios términos, por lo que dicen ser. No hay que buscar la verdadera conciencia de los movimientos en las contradicciones objetivas de las estructuras (Castells, 1997: 92-93). Para “interpretar” los movimientos sociales, los analistas culturales acuden al análisis de los discursos, las imágenes y representaciones de los colectivos y su entorno. Sin embargo, el sentido de la acción no se reduce a la conciencia del actor. La cultura o la ideología son elementos configuradores y representativos de la conciencia, orientadores de la acción, pero no son determinantes. La acción se enmarca en un sistema y su naturaleza no puede demostrarse sino por sus efectos. Por eso, al estudiar los movimientos sociales no podemos interpretar los símbolos y discursos como textos sin que se tenga en cuenta el contexto y las condiciones interactivas en las que actúan<sup>109</sup>.

Dentro del enfoque se han planteado dos propuestas metodológicas adecuadas para el análisis de su objeto, el sentido de la acción colectiva. Desde la sociología de la acción, Alain Touraine y el equipo del Centre d'Analyse et Intervention Sociologiques, François Dubet, Zsuzsa Hegedüs y Michel Wieviorka, vienen trabajando desde 1975 una práctica sociológica adecuada a sus postulados y objeto de investigación, el método de la “intervención sociológica”. Pero, la propuesta teórica-metodológica de mayor acogida ha sido el “análisis de los marcos” o “procesos de enmarcado”, desarrollada por un grupo de sociólogos norteamericanos (Hunt, Benford y Snow 1994; Snow et al., 1986; Snow y Benford, 1988, 1992) como herramienta analítica para interpretar los movimientos sociales. Se considera una propuesta apropiada para el análisis de la naturaleza interactiva de los movimientos sociales (Tarrow, 2004: 159).

### *Conclusiones: hacia un enfoque multidimensional*

Desde mediados de los ochenta, en el campo de estudios sobre los movimientos sociales comenzó a hablarse sobre la necesidad de construir un enfoque unificador que sintetice las dimensiones analíticas de cada perspectiva. Los autores están convencidos no solo de su necesidad sino también de la posibilidad de tender puentes entre los diferentes enfoques, extrayendo de cada uno sus potencialidades (Casquette, 1998; Garner y Tenuto, 1997; González Gil, 2006; Laraña, 1999; McAdam, McCarthy y Zald, 1999; McAdam, Tarrow y Tilly, 2005; Tarrow, 2004)<sup>110</sup>.

<sup>109</sup> Al observar las conductas de los actores sociales, Touraine (1990: 11) recomienda no mirarlas “como el resultado de sus intenciones sino como el efecto del lugar que ocupan en un sistema social (...) Cada uno de nuestros actos no informa sobre nosotros mismos, sino acerca del funcionamiento de un sistema”.

<sup>110</sup> Ya a mediados de los 80, los académicos señalaban esta necesidad pues, según declararon Morris y Herring (1985: 72): “todos los teóricos que hemos entrevistado a ambos lados de esta divisoria teórica mantiene que tanto las variables sociopsicológicas como las estructurales son cruciales para la comprensión de los movimientos sociales, aunque difieren en cuanto a cómo pueden combinarse en una teoría general. La cuestión es si es posible borrar esta bipolaridad y combinar los dos enfoques” (citado en Sztompka, 2004: 326).

En todas las ciencias sociales se reconoce una tensión entre la agencia y la estructura. Los movimientos sociales son una expresión de la capacidad de agencia de los individuos y los colectivos, pero la acción también se encuentra condicionada y limitada por las estructuras. Por eso, el enfoque cultural no puede convertirse en la explicación de todo. Un énfasis excesivo en la dimensión cultural de los movimientos sociales nos puede llevar al sesgo interaccionista, es decir, a centrar el análisis únicamente en los procesos de interacción y definición colectiva y no prestar atención a problemas que no solo son definidos a través de la interacción sino que están asociados a cuestiones estructurales y organizativas (Laraña, 1999: 122-123)<sup>111</sup>. El “culturalismo” se puede complementar con los estudios sobre la estructura política y el proceso político, para poder responder a interrogantes como, por ejemplo, por qué hay ciclos de movimientos sociales, por qué surgen en un determinado momento o por qué adoptan una forma de organización en un entorno político. De lo contrario, este enfoque se podría convertir en una meta-narrativa, un esquema universalista y totalizador, como la que los críticos posestructuralista pretendían evitar (Tarrow, 2004: 43).

El nuevo enfoque debe ser multidimensional y dinámico, y tener en cuenta las condiciones estructurales políticas, económicas y sociales, así como la importancia de la identidad colectiva y la cultura, la movilización de recursos y el papel de las organizaciones, los agravios compartidos y la racionalidad de los intereses. Es importante integrar conceptos como las estructuras organizativas, las OMS, la estructura de oportunidades políticas, la movilización de recursos o los procesos de enmarcado. Incluso algunos elementos de la psicología social de los enfoques clásicos pueden ser revitalizados para explicar procesos como el de “micromovilización” y la construcción de la identidad colectiva.

La convergencia de enfoques y tradiciones teóricas ya es una tendencia en el campo de estudios. Paulatinamente se está produciendo la aproximación entre las agendas de los racionalistas y los constructivistas. Desde la segunda mitad de los años ochenta, varios autores han intentado integrar supuestos de interpretación de diferentes corrientes teóricas y establecer sus conexiones (Laraña, 1999: 68). Para Garner y Tenuto (1997: 46), la tercera etapa del campo de estudios puede entenderse más que como un rechazo a los anteriores, como una expansión de los mismos, donde los análisis del discurso y los macro-estudios sobre condiciones estructurales tienen cabida. McAdam, Tarrow y Tilly (2005: 23) consideran que los enfoques solo marcan preferencias entre los factores causales, pero no son campos claramente separados. Aunque los análisis se sitúen dentro de uno de los enfoques, es frecuente que utilicen ideas de los demás.

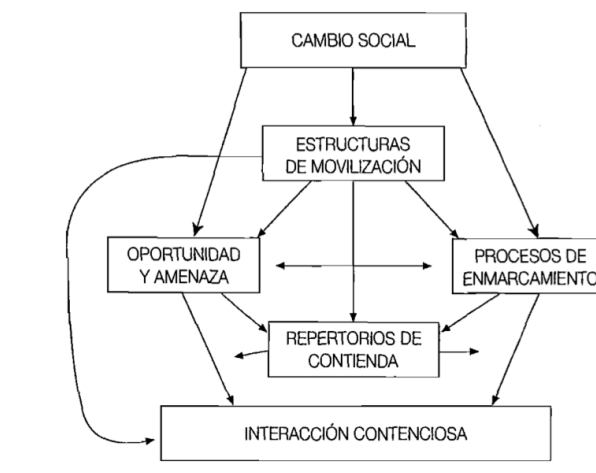
---

<sup>111</sup> Algunos autores han criticado los postulados de Melucci de “reduccionismo cultural” al infravalorar la importancia de la dimensión política (Casquette, 1998: 137)

Prueba de esa adaptación podemos verla en el desarrollo de un andamiaje conceptual donde convergen la teoría de movilización de los recursos y el enfoque cultural como, por ejemplo, la “movilización del consenso”<sup>112</sup> (Klandermans, 1988), los “recursos intelectuales”<sup>113</sup>, las “creencias culturales compartidas” (Klandermans, 1994), las mentalidades o “marcos culturales”<sup>114</sup> (Goldstone, 1991) y la “micromovilización”<sup>115</sup>.

En la siguiente figura se muestra la agenda teórica que componen hoy el campo de estudios sobre movimientos sociales. Una forma de presentar gráficamente la relación existente entre las diferentes dimensiones.

Gráfica 1: La agenda de la teoría de los movimientos sociales



Fuente: McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 19)

## 2.4. Los movimientos sociales en América Latina

Los autores principales del campo de estudio de los movimientos sociales y las acciones colectivas reconocen las limitaciones que tienen los marcos teóricos tradicionales a la hora de explicar los cambios sociales y la complejidad empírica de los movimientos sociales. Las teorías disponibles no ofrecen a los investigadores instrumentos analíticos suficientes para realizar estudios de caso (Melucci, 2001; Tilly, 1990; Smithey, 2013) particularmente, cuando estos fenómenos sociales se dan en contextos latinoamericanos (Garretón, 1996).

<sup>112</sup> Se diferencia entre “movilización del consenso” para referirse al alineamiento ideológico de los activistas y la “movilización de la acción” en lo relativo a la puesta en marcha de las acciones de protesta.

<sup>113</sup> De esta forma la teoría de movilización de los recursos se refiere al marco ideológico-cultural.

<sup>114</sup> Estos términos se utilizan en la literatura para referirse a la persistencia de las formas culturales a lo largo del tiempo. Las mentalidades o los marcos culturales configuran el sistema de creencias (ideología) de los movimientos sociales y dificultan sus cambios.

<sup>115</sup> Como veremos más adelante, la “micromovilización” se refiere a las redes sociales informales donde se produce el reclutamiento de los participantes.

Las teorías sobre movimientos sociales que hemos presentado han sido elaboradas por académicos europeos y norteamericanos, que siguen la tradición de pensamiento occidental y se basan en el estudio de experiencias de lucha y conflictos sociales habidos en esa parte del mundo. Por lo tanto, el sesgo occidental de los marcos teóricos disponibles es triple: (1) académicos occidentales (2) tradición del pensamiento occidental y (3) investigación empírica sobre países occidentales. Por lo tanto, los marcos teóricos disponibles no son adecuados para analizar los movimientos sociales en América Latina.

Es necesario que las herramientas de análisis disponibles (organización interna, recursos, marcos de referencias, estructuras de oportunidad, etc.) sean replanteadas a la luz de las características propias de estos contextos y que otras herramientas y marcos teóricos puedan emerger. Si seguimos analizando las acciones colectiva en América Latina con las teorías y variables de los países centrales, fijándonos en su estructura interna, su nivel de incidencia en espacios institucionales tradicionales, su relación con el estado y las instituciones, es posible que no percibamos su naturaleza contra-hegemónica ni el potencial transformador y emancipador de las bases sociales.

Para desarrollar el marco de estudios, suplir las lagunas teóricas y construir herramientas y categorías analíticas, los académicos sugieren realizar más estudios empíricos y análisis comparados entre movimientos que permitan contrastar la información sobre los diferentes movimientos sociales (funcionamiento, estructura, repertorio, recursos, etc.) y sobre las diferencias de sus contextos (Rucht, 1999)<sup>116</sup>. Cada caso es un acumulado de conocimiento, propio de un contexto particular. Los movimientos sociales ensayan en su entorno las estrategias y tácticas aprendidas culturalmente y las modifican en base a las experiencias. Por lo tanto, es a través de la observación empírica y la comparación con otros casos lo que nos permitirá avanzar en la construcción de nuevos marcos teóricos. En el caso de América Latina, la construcción de marcos teóricos apropiados al contexto requiere que aumente la capacidad académica autóctona, que se recoja el pensamiento propio y se analice el accionar colectivo de sus propios movimientos sociales.

A continuación, vamos a explorar, en primer lugar, las condiciones estructurales y culturales de América Latina que pueden explicar la particularidades de la movilización social en el continente, en segundo lugar, veremos cómo han sido estudiados los MS en América Latina y Colombia, así como las posibilidades para el crecimiento de una incipiente epistemología crítica latinoamericana y, por último, nos detendremos en identificar las características particulares de los NMS en AL, donde los autores advierten la emergencia de un nuevo sujeto colectivo.

---

<sup>116</sup> Rucht (1999) comparó los movimientos feministas y ecologistas en tres países: Estados Unidos, Francia y Alemania Occidental. Utilizó un modelo de comparación teórico-metodológico para estudiar las diferencias entre los movimientos según los diferentes contextos.

### **2.4.1. Condiciones estructurales y culturales de América Latina: entre el proceso de modernización y la búsqueda de la subjetividad**

Al igual que el contexto de luchas sociales acaecido en Europa y Estados Unidos durante el siglo XX marcaron el desarrollo de las principales teorías sobre los movimientos sociales, es preciso conocer las condiciones estructurales y culturales de América Latina que influyeron en los rumbos tomados por la acción colectiva. Las particularidades sociales, culturales, políticas y económicas del subcontinente definen un tipo societal diferente al estudiado por los paradigmas teóricos dominantes. En concreto, vamos a estudiar dos elementos de la matriz sociopolítica latinoamericana que son fundamentales para entender la particularidad de la movilización social en el continente: el proceso truncado de modernización y el amplio grado de diversidad cultural.

La modernidad occidental ha sido un elemento referencial en los procesos históricos de América Latina. Las sociedades latinoamericanas han anhelado y se han sentido atraídas por la visión de la modernidad, la apertura de la democracia y la construcción de los modernos estados-nación. La modernización, como proyecto utópico, ofrecía el desarrollo económico, el progreso tecnológico, la igualdad de derechos entre todos los ciudadanos de una nación (derechos civiles, políticos y sociales) y la integración socio-cultural (Marshall y Bottomore, 1998). Sin embargo, en la práctica, este proyecto ha encontrado múltiples limitantes. El proceso modernizador no ha sido completamente satisfecho en Europa y Estados Unidos, pero ha sido especialmente inconcluso y desviado en el caso de América Latina. En su lugar, la sociedad latinoamericana ha experimentado una modernización excluyente y a menudo autoritaria, impulsada desde fuera y desde arriba, es decir, particularmente dependiente del exterior y dominada por las élites (Calderón, 1997: 187).

Por otro lado, la sociedad latinoamericana se caracteriza por una amplia diversidad cultural donde se conjugan las tradiciones culturales indo-orientales, africanas y occidentales-europeas. Sin embargo, los regímenes nacionales no cumplieron con la integración socio-cultural que requería la modernización. En su lugar, las diferencias entre las clases sociales, el poder de las élites políticas y las estructuras de dominación se mantuvieron desde el período colonial. Las clases sociales dominantes se asimilan con los rasgos de identidad y los valores procedentes de Europa y Estados Unidos mientras que las identidades autóctonas son desvalorizadas (Calderón, 1997). En el espacio público, en las instituciones y la esfera política domina el castellano mientras que las lenguas nativas son relegadas al espacio de lo privado. Las formas de vida indígena, campesina o afrodescendiente son vistas como signos del atraso y de la irracionalidad de sus acciones políticas (se comportan como las masas, débiles ante el populismo) y de su actividad económica (sin créditos, sin maquinaria, sin producción en cadena). Sus

luchas se consideran demandas particulares y sectarias que contravienen lo universal y obstaculizan el desarrollo económico (Hetherington, 2014).

El proceso de industrialización también fue inconcluso y el progreso económico y tecnológico nunca se alcanzó. Hasta, al menos, los años setenta coexistieron estructuras de dominación y explotación propias de los regímenes feudales<sup>117</sup>. Y más adelante, las políticas de liberalización económica y ajuste estructural<sup>118</sup> promovidas por Estados Unidos y organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional durante los años ochenta y noventa trajeron regresivas consecuencias económicas y sociales: aumento del desempleo, la caída de los precios internacionales en los productos agrícolas, el aumento de la presión sobre la tierra y los recursos naturales (extractivismo), la concentración de la riqueza, el empobrecimiento de los sectores populares y el deterioro de servicios públicos. Las recetas neoliberales del Consenso de Washington fracasaron en la cuestión del desarrollo y acrecentaron la exclusión social, la pobreza y la desigualdad en América Latina. Y las transformaciones estructurales provocadas por la globalización neoliberal también afectaron negativamente a las recién consolidadas democracias. A pesar de los avances hacia sistemas políticos más democráticos y transparentes, el capitalismo vació de contenido las democracias, al supeditarlas a los mercados, por lo que algunos autores cuestionan la posibilidad de implementar el capitalismo democrático en estos países (Boron, 2006).

Las reformas neoliberales no solo no retomaron el desarrollo sino que debilitaron el estado (su legitimidad y capacidad), empeoraron las condiciones de vida de los sectores sociales y aumentaron la desigualdad y la fragmentación de la sociedad. Este proceso generó, por un lado, confusión en la configuración del orden social, en concreto, en las nociones de nación y soberanía, en el papel del estado y la sociedad civil. Y, por otro, aumentó la inestabilidad política, la conflictividad social y la violencia<sup>119</sup> (Quijano, 2004; Sader, 2006).

Los noventa fueron denominados la “década perdida” de América Latina. A las puertas del siglo XXI la región se encontraba en una nueva crisis, con epicentros en Colombia, Venezuela, Bolivia, Ecuador y Perú. En Mesoamérica y el Caribe los procesos de liberalización habían sido bastante consolidados pero en la zona andina las recetas neoliberales provocaron mayores tensiones sociales (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 247).

---

<sup>117</sup> Por ejemplo, la figura del terraje que sirvió para explotar la mano de obra indígena hasta la década de 1970, como veremos en el estudio de caso.

<sup>118</sup> Liberalización de mercados, desregulación, privatización y desindustrialización, fueron parte de los paquetes de ajuste fiscal exigidos por los organismos internacionales en las negociaciones con los gobiernos nacionales.

<sup>119</sup> El Observatorio Social de América Latina (OSAL) analizó la evolución de la conflictividad social en 19 países de la región detectando entre el año 2000 y el año 2002 un crecimiento de más de un 180% (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 228-229).

En conclusión, la implementación de la modernización en América Latina afectó de diferente manera a la formación de la sociedad y de la acción colectiva. Dadas las condiciones históricas del continente, la matriz sociopolítica de las sociedades latinoamericanas es particularmente compleja e híbrida:

“Es cierto que América Latina siempre vivió en forma desgarrada la modernidad occidental industrial de carácter estatal-nacional y que ésta nunca logró consolidarse como la racionalidad organizadora de estas sociedades. Pero también es cierto que esta modernidad fue un elemento referencial en la historia de nuestros países en el siglo pasado y que se la vivió en forma ambigua e hibridada con otros modelos de modernidad. Todo ello hace más problemática la irrupción del nuevo tipo societal en nuestras sociedades” (Garretón, 2002: 12-13)

En el subcontinente conviven “formas premodernas, modernas y posmodernas de estructuración social” (Archila, 2003: 75). No solo en América Latina se produce la simultaneidad de temporalidades, caminando por una gran urbe en las ciudades más capitalistas del mundo, se pueden encontrar barrios donde la convivencia es comunitaria. Pero la coexistencia de estas estructuras sociales es algo particularmente característico de América Latina, posiblemente por la pervivencia de diversidad de etnias y culturas. Estas características se verán reflejadas, como veremos más adelante, en la configuración de los movimientos sociales contemporáneos latinoamericanos.

#### **2.4.2. El estudio de los movimientos sociales en América Latina**

En América Latina, el estudio de los movimientos sociales en las ciencias sociales comenzó de forma tardía durante los años ochenta<sup>120</sup>. Hasta entonces, buena parte de la literatura que se producía sobre la movilización colectiva carecía de rigurosidad académica. En el caso de Colombia, el interés por reflexionar sobre la protesta social se inició en los años sesenta, coincidiendo con la visibilidad que adquirieron las revueltas anticoloniales, campesinas y estudiantiles, pero no fue hasta los años ochenta cuando las ciencias sociales adoptaron la terminología y los marcos teóricos propios de los movimientos sociales (Archila, 2003: 61 y 66)<sup>121</sup>. Durante las décadas

---

<sup>120</sup> El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) es una institución creada por la UNESCO en 1967 con el objetivo de promover la consolidación de las ciencias sociales y el pensamiento crítico en América Latina y el Caribe. El impulso académico en los ochenta procedió en parte del esfuerzo de coordinación y difusión de los Grupos de Trabajo de CLACSO (Fernández, 1992: 19). Dado el prestigio que CLACSO ha adquirido en la academia latinoamericana y su carácter de red de investigación con sede en varios países de la región, consideramos que las líneas de investigación que adopte la institución puede ser un buen indicador de la evolución de las ciencias sociales en el subcontinente.

<sup>121</sup> En términos generales los elementos que caracterizan al estudio de los movimientos sociales en Colombia son extrapolables a América Latina, aunque es probable que algunos enfoques teóricos llegaran antes a unos países que a otros (Archila, conversación de trabajo, 24 de enero de 2017).

precedentes se emplearon variedad de enfoques para explicar la acción colectiva: desde postulados funcionalistas y desarrollistas en los años cincuenta, al análisis marxista de las clases sociales y la teoría de la dependencia en los años sesenta<sup>122</sup> y el empleo de categorías como “pueblo” o “movimiento popular” en los años setenta (Archila, 2003: 62-63). Por lo tanto, a inicios del siglo XXI no se podía decir que Colombia se caracterizara por tener, en esta área, “una producción académica punta” (Archila, 2003: 61). Así mismo, Favela Gavia (2005) analizó el trabajo científico que había sido producido en México durante décadas, concluyendo que la mayor parte de la literatura publicada en los años setenta, ochenta e incluso noventa, fue, más bien, un conjunto de crónicas de carácter descriptivo donde se analizaban las movilizaciones y protestas sin criterios académicos. A pesar de su pretensión científica, no se señalaban los objetivos, las preguntas de investigación, las hipótesis, las conclusiones ni la bibliografía y tampoco había hilo conductor. Por lo tanto, estas investigaciones no permitían la generalización de los resultados ni su ubicación dentro de los marcos teóricos especializados. Por ejemplo, los estudios de orientación marxista se preocupaban más por demostrar el carácter revolucionario o de clase de los movimientos populares que por analizar sus causas, la interrelación con otros actores o los impactos que las acciones tenían en la sociedad.

En la década de los ochenta el estudio de la acción colectiva en Latinoamérica comenzó a robustecerse, con la adopción de marcos teóricos procedentes del exterior, en concreto, el enfoque de los nuevos movimientos sociales, el paradigma culturalista y la construcción de identidad (Combes, Tamayo y Voegtli, 2015: 18-19). Particularmente, la producción teórica de Alain Touraine<sup>123</sup> y Manuel Castells fueron claves en el desarrollo de los estudios sobre movimientos sociales en América Latina (Fernández, 1992: 19).

Vemos, por tanto, que la tradición científica europea tuvo más acogida en América Latina que las procedentes de Norteamérica (Archila, 2003: 56). La influencia del pensamiento europeo entre los intelectuales latinoamericanos se remonta a mediados del siglo XX con la irrupción de la tradición marxista en el continente. El marxismo en América Latina, no obstante, tuvo sus propias adaptaciones<sup>124</sup>. Los preceptos de Marx (la revolución de una clase social obrera) y de Lenin (la

---

<sup>122</sup> Aunque el marxismo no se consolidó en la academia hasta finales de los años sesenta, su pensamiento ya era conocido en los círculos intelectuales, especialmente a través de las Universidades públicas y servía como marco de referencia para la movilización. El clima político contra el Frente Nacional y el contexto internacional favorable a las revoluciones, facilitó su difusión (Archila, 2003: 63). La irrupción del marxismo dejó su huella en las guerrillas. Las FARC, que originariamente eran campesinas liberales se transformaron en los años sesenta al marxismo por influencia de la llegada de intelectuales-líderes políticos formados en la Unión Soviética.

<sup>123</sup> Touraine dedicó parte de su trabajo a examinar la acción colectiva en el continente, publicando las que serían dos de las obras pioneras en este campo: *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina*, editada por primera vez en francés en 1976 y *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, de 1987.

<sup>124</sup> En AL el marxismo fue leído a través de José Carlos Mariátegui, Marta Harnecker y Louis Althusser.



organización auspiciada por una vanguardia del proletariado) no podían aplicarse de forma ortodoxa a países no europeos donde aún se luchaba por la independencia colonial o donde no se había experimentado la expansión de la revolución industrial y el capitalismo y la población era mayoritariamente campesina. Por eso, a medida que el marxismo se extendió por el mundo se fueron produciendo sus modificaciones<sup>125</sup>. Las vertientes marxistas no ortodoxas como el maoísmo, también conocido como “línea de masas”, el castrismo y las variantes gramscianas tuvieron gran influencia en el subcontinente americano<sup>126</sup>. Las particularidades socio-culturales de América Latina, en particular, la dominación del campesinado frente a otras categorías sociales –incluida, la clase obrera– y la heterogeneidad de los actores sociales (estudiantes, profesores, pobladores urbanos, indígenas, afros, etc.) explican la sustitución del “proletariado” por categorías más amplias como “pueblo”. El imaginario de la homogeneidad y del vanguardismo siguió existiendo pero sustituyendo la “lucha de clases”, la “clase obrera” y la “vanguardia del proletariado” por la lucha popular conducida por el pueblo gracias a la unidad popular y la construcción del poder popular (Archila, 2003: 64-66).

Probablemente debido a la herencia marxista en América Latina las teorías sobre movimientos sociales procedentes del viejo continente (teorías sobre NMS, el paradigma culturalista y la construcción de la identidad) tuvieron una amplia aceptación. Y paradójicamente, como en Europa, la lectura de estas teorías provocó la ruptura con las orientaciones estructuralistas-marxistas y la prominencia de las dimensiones culturales y simbólicas<sup>127</sup>.

En concreto, el enfoque de los “nuevos movimientos sociales”, que en los países centrales con economías capitalistas avanzadas sirvió para identificar a los fenómenos sociales de los años sesenta, fue aplicado al contexto latinoamericano desde los años ochenta<sup>128</sup>:

“América Latina, vista desde los movimientos sociales esta atravesando un momento de reconstitución, que tiene dos elementos complementarios: la emergencia de nuevos actores y prácticas colectivas, donde la temática de las

<sup>125</sup> Para Tarrow (2004: 158-159) las variaciones en la tradición marxista son un ejemplo del paradigma de la interacción social.

<sup>126</sup> Frente al marxismo clásico, el maoísmo propuso una reformulación de la teoría para el caso de las luchas de pueblos rurales colonizados. Los campesinos bajo la dirección de una vanguardia del campesinado conducirían la revolución desde el campo a las ciudades.

<sup>127</sup> Algunos de los seguidores de la línea cultural son Escobar y Álvarez (1992), Escobar, Álvarez y Dagnino (2001) y Chihu Amparán (2002, 2006). Aunque este giro de paradigma no ha estado exento de críticas, las más conocidas las de Susan Eckstein y Timothy Wickham-Crowley (2010). Según estos autores, la atención prestada a la dimensión identitaria, cultural o normativa está desviando la mirada de la dimensión económica-material que todavía constituye el elemento estructurante de los movimientos sociales latinoamericanos.

<sup>128</sup> Los primeros trabajos sobre los NMS en América Latina fueron durante los años ochenta, por ejemplo, Calderón y Jelín (1987). Desde entonces, el interés por el estudio de los NMS en el continente no ha decaído. Por ejemplo: Boaventura de Sousa Santos (2001, 2009), Manuel Antonio Garretón (2002), Martí i Puig (2004) y Seoane, Taddei y Algranati (2006).

identidades culturales y los patrones de nuevas relaciones sociales se imbrican de manera compleja con la lucha por el poder y la hegemonía política, por un lado; y por el otro, la transformación en las prácticas de los actores seculares y su vinculación con los nuevos. Esta reconstitución es paralela con un incipiente movimiento teórico colectivo que, a la vez de plantearse un esquema analítico para interpretar estos nuevos fenómenos, produce una relectura de las experiencias históricas del pasado” (Calderón y Jelin, 1987: 139-140).

La literatura latinoamericana coincide en asociar los movimientos “viejos” a los movimientos “estructuralistas” como el movimiento obrero y sindical y los movimientos “nuevos” a los “culturalistas” como son el movimiento feminista, pacifista, indígena, ambientalista o ecologista, etc. De hecho, podemos encontrar variedad de similitudes entre los NMS de uno y otro continente como, por ejemplo, las reivindicaciones posmaterialistas, la primacía de la identidad y la cultura, las identidades no sujetas a la clase social, la descentralización de las estructuras, la preferencia por acciones y espacios no institucionales y la autonomía política (De Sousa Santos, 2001). Incluso, las críticas sobre el carácter “novedoso” de los NMS señaladas por los autores europeos han sido replicadas para el caso latinoamericano<sup>129</sup>. Si bien, a pesar de las afinidades, también se han identificado problemas de adaptación de las teorías y diferencias relevantes entre movimientos sociales. Al fin y al cabo la conceptualización de los NMS y las categorías “viejo” y “nuevo” se sustentaron en la experiencia de movilización en Europa y Estados Unidos, por lo que pueden no ser adecuadas para comprender y analizar otras realidades. En primer lugar, tanto en los países centrales y como en los latinoamericanos surgieron movimientos feministas, ecologistas, pacifistas, de derechos humanos, LGBTTTI<sup>130</sup>, y estudiantiles pero en cada uno de los contextos se desarrollaron de manera diferente. En segundo lugar, en cada continente aparecen NMS distintivos. En los países centrales, se contemplan movimientos de solidaridad con los países del sur<sup>131</sup>. Mientras que en Latinoamérica, desde los años noventa han tomado relevancia expresiones colectivas como los movimiento étnicos, movimientos campesinos (identidad campesina), movimientos juveniles, comunidades eclesiales de base (CEBs), movimientos urbanos o barriales, movimientos de desocupados, etc. Lo que explica, un tercer rasgo diferenciador. La literatura occidental se centra principalmente en el estudio de los movimientos “civiles” propios de la democracias liberales y los estados modernos mientras que la

---

<sup>129</sup> Los movimientos campesinos, étnico-nacionalistas, religiosos, feministas, de comunidades locales, etc., han existido desde hace décadas, incluso antes que los movimientos obreros o sindicales que parecen ser movimientos más novedosos y pasajeros, asociados al desarrollo industrial y capitalista (Fernández, 1992: 17). Además, las luchas por las necesidades materialistas siguen vigentes en América Latina (Archila, 1997: 58).

<sup>130</sup> A partir de 2009 el colectivo representa a personas Lesbianas, Gays, Bisexuales, Travestis, Transexuales, Transgénero e Intersexuales (LGBTTTI).

<sup>131</sup> Los movimientos solidarios con el sur no se han conformado en países de América Latina porque estos hacen parte de ese “sur”. Si bien las comunidades locales y movimientos sociales de estos países comparten visiones, redes y plataformas con los movimientos del norte solidarios, antiglobalización y altermundistas.

literatura latinoamericana da cuenta de un movimiento social de base comunitaria. Más adelante profundizaremos en los rasgos novedosos de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, así como los diferentes procesos históricos y condiciones estructurales que explican sus particularidades.

Dentro de las ciencias sociales, el estudio de los movimientos sociales contemporáneos revitalizó el pensamiento crítico latinoamericano. En particular, el intento de conceptualizar los rasgos novedosos y entender sus implicaciones en el decurso histórico de la conflictividad social generó multiplicidad de publicaciones y enriqueció los marcos teóricos y metodológicos relacionados con el estudio de los movimientos sociales (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 240). La academia siguió dos vertientes investigativas. Por un lado, aumentaron los estudios centrados en las dimensiones culturales de la protesta y la construcción de nuevas identidades (etnia, género, juventud, ambiental). Entre estas, sobresalieron las investigaciones sobre minorías étnicas (particularmente, las indígenas) y se vislumbró una creciente preocupación por los efectos del extractivismo. Por otro lado, surgió un renovado interés por explorar la relación entre los movimientos sociales y el sistema político o el estado: estudios sobre inclusión ciudadana, democracia participativa, movilización ciudadana por la paz y movilización por los derechos humanos<sup>132</sup>. En contrapartida, disminuyeron los análisis sobre movimientos obreros, sindicalistas, cívicos y estudiantiles que habían dominado las décadas anteriores (Archila, 2003: 69-71)<sup>133</sup>.

Desde que emergieran entre los años ochenta y noventa, los nuevos movimientos sociales latinoamericanos han avanzado en la consolidación de sus organizaciones y propuestas de vida alternativa. Para De Sousa Santos, estas luchas, que todavía son locales y embrionarias, son experiencias con un alto potencial transformador que merecen ser puestas en valor. Sin embargo, seguirán estando invisibilizadas e indebidamente teorizadas amenos que se avance en la construcción de una “epistemología del sur”, es decir, una concepción del mundo más amplia que la occidental donde estén integrados los saberes del sur global<sup>134</sup>. Esto está relacionado, en el continente americano, con la necesidad de discutir sobre la interculturalidad (que no es solo cultural sino también política), la emancipación social y la poscolonialidad (De Sousa Santos, 2009: 19-20 y 27).

La idea de construir una “epistemología del sur” no es nueva. Desde al menos los años cincuenta los científicos sociales críticos en América Latina (entre otros Fals

<sup>132</sup> Hasta los últimos veinte años, la relación entre los movimientos sociales y el sistema político, en particular el sistema de partidos, no había sido objeto de análisis en América Latina, por lo que el desarrollo de estudios comparativos en el continente son escasos (Mirza, 2006: 47).

<sup>133</sup> En Colombia, el interés por nuevas identidades antes no estudiadas como la étnica y la de género, implicó tres cosas: (1) el abandono de categorías como “clase obrera” y “pueblo”, (2) la sustitución de la visión maniquea del estado y los movimientos sociales por el análisis de las políticas y la interrelación entre estos actores y (3) la renuncia a la idea de que los movimientos son revolucionarios de per se (Archila, 2003: 67).

<sup>134</sup> Más sobre este tema en el libro del mismo autor: *Conocer desde Sur. Para una cultura política emancipatoria*, Bolivia, 2008.

Borda, Germán Zabala, Rodolfo Stavenhagen y los seguidores de la IAP y la investigación militante) reconocieron que en el conocimiento hay un elemento de poder y que las ciencias sociales heredadas de occidente están asociadas al colonialismo. En relación dialéctica con los sectores sociales, estos investigadores se apropiaron de las críticas hacia el estructuralismo, el funcionalismo, el marxismo ortodoxo, el positivismo, la modernidad y el neoliberalismo e intentaron desarrollar planteamientos teóricos-metodológicos enfocados a la construcción de marcos teóricos propios. Dada la incapacidad de los marcos clásicos para explicar la realidad de los países periféricos y proponer respuestas acordes a sus necesidades de transformación social, los autores vieron la necesidad de generar una “masa crítica” de pensamiento (Boron y Lechini, 2006). Esta necesidad es más acuciante en las actuales “sociedades del conocimiento” donde la producción y apropiación del conocimiento es uno de los principales instrumentos de dominación. Pero el conocimiento también es el espacio de lucha para alcanzar la emancipación social. Al robustecer las comunidades académicas y científicas del sur se podrá desarrollar el pensamiento crítico y la producción del conocimiento propio, sin que ello implique desconocer lo aprendido de los países del norte (Zuluaga , 2006: 401; Archila, 2015: 51 y 91).

Las particularidades históricas de América Latina, África y Asia suponen una oportunidad para que desde el sur se estimule la imaginación sociológica. Si bien, esta tarea también encuentra multitud de obstáculos. La imposición a nivel global del “pensamiento único” neoliberal<sup>135</sup> (Boron y Lechini, 2006: 12), la “colonialidad del saber” que conduce la mirada hacia el norte e impide reconocer el potencial de los valores y saberes del sur (Zuluaga , 2006: 402), la institucionalización de las teorías sobre movimientos sociales como un campo de estudio autónomo dentro de las ciencias sociales (Combes, Tamayo y Voegtli, 2015: 24) y la configuración de comunidades epistémicas que circulan entre el norte y el sur, limitan las posibilidades de que aparezcan orientaciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas originales.

Conviene interrogarse si la circulación de las élites académicas latinoamericanas por instituciones internacionales de desarrollo –como CEPAL, PNUD o BM– y universidades europeas y estadounidenses no ha favorecido la aplicación de perspectivas y herramientas analíticas occidentales al estudio de los movimientos sociales en América Latina y, con ello, a la homogeneización del pensamiento (Goirand, 2015: 112). ¿Es posible, por tanto, afirmar que hay en América Latina una “comunidad epistémica”, preparada para la construcción de tradiciones propias?, ¿se puede construir una epistemología propia si no se valorarán los saberes de las comunidades indígenas, afrodescendientes, populares, feministas que no han

---

<sup>135</sup> Especialmente desde los años noventa, con el fin de la Guerra Fría y el triunfalismo del neoliberalismo. En el plano económico, se consiguió imponer a través de las condicionalidades de la ayuda impuestas por el BM y el FMI. En el plano de la seguridad, se impuso a través de la construcción de paz liberal apoyada por la comunidad internacional.

pasado por los círculos institucionales y universitarios?. Según Rappaport (2005), los “intelectuales nativos” que surgen de las bases sociales están recibiendo mayor atención porque desde el fin de la guerra fría los intelectuales de América Latina entraron en crisis y perdieron su papel de intermediación entre el estado y la sociedad civil. En consecuencia, los únicos intelectuales que parecen sobrevivir en esta función son aquellos que están cerca de los sectores sociales y los que surgen de ellos (citado en Archila 2015, 98)<sup>136</sup>.

A pesar de las dificultades, en la actualidad, existen en América Latina, variedad de pensadores trabajando bajo una perspectiva decolonial<sup>137</sup>. Desde esta corriente crítica, ya se han identificado las insuficiencias teóricas de los marcos occidentales, se ha iniciado la tarea de construir las epistemologías del sur y se han perfilado algunos de los elementos particulares de la acción colectiva en la región. Estos pasos contribuyen a clarificar el panorama de la investigación, los debates y las preguntas que la deben guiar<sup>138</sup>. Sin embargo, a pesar de los significativos avances, no se dispone todavía de modelos explicativos y categorías novedosas (Archila, 2003: 59) y es pronto para afirmar que exista una escuela (Archila, conversaciones de trabajo, 24 de enero de 2017).

La evidencia más clara de las carencias en la elaboración de marcos teóricos propios es que los científicos sociales todavía acuden a los marcos teóricos occidentales para estudiar los movimientos sociales latinoamericanos, ya sean de orientación culturalista, político-organizativa o estructuralista. El paradigma culturalista sigue siendo una referencia fundamental en la producción académica, pero se ha añadido en las últimas décadas las teorías norteamericanas de movilización de los recursos y del proceso político. En ese sentido, ya es frecuente encontrar referencias a sus autores más destacados como McAdam, McCarthy, Tarrow y Tilly<sup>139</sup>.

---

<sup>136</sup> Los primeros son los “científicos sociales anti-elitistas” o los “investigadores militantes” (Fals Borda) y los segundos, los “intelectuales orgánicos” (Gramsci).

<sup>137</sup> Por ejemplo: Enrique Dussel, Walter Mignolo, Arturo Escobar, Aníbal Quijano, Catherine Walsh, Santiago Castro, Boaventura de Sousa Santos, Silvia Rivera Cusicanqui y Pablo González Casanova.

<sup>138</sup> En el Seminario Internacional “Pensar y Mirar la protesta” celebrado en México en 2011 con el objetivo de reflexionar sobre las innovaciones teóricas emergentes al otro lado del Atlántico, se plantearon tres preguntas que pueden orientar este camino: (1) ¿qué *métodos* pueden aplicarse en la observación y análisis de la protesta?, (2) ¿cuáles son las *dimensiones analíticas* de la protesta que se pretende estudiar? y (3) ¿qué *propuestas analíticas* alternativas podrían generarse ante las grandes conceptualizaciones teóricas existentes? (Combes, Tamayo, y Voegtli, 2015: 24-25). Algunos autores apuntan que las academias del Sur pueden aportar con su reflexión al avance de las teorías sobre el desarrollo, la democracia, la multiétnicidad y la interculturalidad (Boron y Lechini, 2006; Zuluaga, 2006). Como señalamos, para De Sousa Santos (2009) tres son las cuestiones importantes sobre las que reflexionar en América Latina: interculturalidad, emancipación y poscolonialidad.

<sup>139</sup> Según Camille Goirand (2015: 95 nota al pie), estos autores son citados, unas veces, de manera arbitraria e incompleta (p.ej. en Elizabeth Jelin, Evelina Dagnino, Wilhem Assies, Fernando Calderón y Donna Lee Van Cott) y otras, de manera formal, pero sin ser analizados en profundidad ni discutidos.

La presencia de los marcos conceptuales occidentales se evidencia en dos tipos de literatura. Por un lado, los artículos o capítulos de libros dedicados a la revisión teórica de los marcos tradicionales (Archila, 2003; García-Durán, 2006; García Villegas, 2005; González Piñeros, 2004; Múnera Ruiz, 1998; Romero, 2001). Y por otro, las investigaciones que emplean las perspectivas y categorías occidentales para analizar los movimientos sociales latinoamericanos<sup>140</sup>.

A continuación vamos a ver cuáles son las características de los nuevos movimientos sociales que han irrumpido en la escena social latinoamericana.

### 2.4.3. Caracterización de los nuevos movimientos sociales en América Latina

En las últimas décadas se asiste en América Latina a una nueva oleada de protestas donde irrumpen con más fuerza los nuevos movimientos sociales. Desde los años ochenta la literatura habla de la irrupción de “un nuevo sujeto colectivo”<sup>141</sup>, diferente a los clásicos obreristas-sindicalistas, caracterizado por la expresión de nuevas identidades socio-culturales, nuevos imaginarios, lenguajes y narrativas, así como novedosas aspiraciones y formas de lucha. Pero es a finales de los años noventa, cuando estos movimientos resurgen con más fuerza en respuesta a la implementación en América Latina de las reformas estructurales neoliberales, dando lugar al inicio de un nuevo ciclo de protestas (Seoane, Taddei, y Algranati 2006: 228-229)<sup>142</sup>. Para Maristella Svampa, la apertura en los noventa de un nuevo ciclo de luchas y de nuevos escenarios políticos significó, incluso, “un cambio de época” en América Latina, que abrió la posibilidad de construir nuevas formas de articulación del estado y la sociedad, de lo institucional y lo no-institucional, del modelo democrático, de la relación entre los académicos y el compromiso político (Svampa, 2010: 4).

---

<sup>140</sup> Por ejemplo, Mauricio García-Durán (2006) estudió el movimiento por la paz en Colombia empleando las teorías de la EOP, la TMR y el análisis de marcos. González Piñeros (2004) analizó el movimiento indígena del Cauca con los elementos de la teoría de los NMS. Favela Gavia (2002) utilizó la EOP para analizar las características del repertorio de acciones de los movimientos sociales en sistemas políticos cerrados, como en la mayoría de países latinoamericanos. Y Chihu Amparán (2002, 2006) utilizó las herramientas del análisis de marcos para analizar el caso del movimiento zapatista en México.

<sup>141</sup> Aunque intentemos caracterizar al “sujeto colectivo latinoamericano”, al igual que Garretón (2002), consideramos improbable encontrar un solo sujeto o movimiento social central entorno al cual se produzcan todas las tensiones y que oriente el sentido de todas las acciones. Más adelante, veremos esa heterogeneidad.

<sup>142</sup> Aunque desde hace décadas la conflictividad social estaba cambiando (el conflicto asalariado vinculado a la industrialización) y con ello la forma de protesta (el declive de los movimientos obreros y sindicalistas), las reformas estructurales que trajo el neoliberalismo a América Latina a principios de los noventa (desindustrialización, privatización, liberalización del mercado y financiación económica) atestó el golpe definitivo a los sindicatos y provocó el ascenso de organizaciones de base territorial y rural que se oponen a la concentración y explotación de la tierra, de los recursos naturales y de la riqueza (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 232-233).

El año que marca estos cambios es 1994, cuando, coincidiendo con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), los zapatistas de Chiapas declararon la “guerra” al gobierno mexicano, un acontecimiento emblemático de gran repercusión mediática que vigorizó el curso de la acción colectiva en latinoamericana (Fillieule, 2015: 45; Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 229; Svampa, 2010: 4). Desde entonces, la protesta social en América Latina creció<sup>143</sup>, así como aumentaron los conflictos (Calderón, 2012; Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 229), la criminalización y la represión estatal (Rabinovich, Rincón y Magrini, 2011).

La región destaca por la riqueza de movimientos sociales, en el sentido de su variedad de luchas<sup>144</sup>. Los movimientos latinoamericanos que han suscitado mayor interés académico y mediático han sido: en Argentina, el movimiento de desocupados o piqueteros y las Madres de la Plaza de Mayo; en Ecuador, los indígenas de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE); en Bolivia, las organizaciones aimara y quechua, la “Guerra del Gas” y la “Guerra del Agua” y el movimiento cocalero; en Brasil, el movimiento de campesinos sin tierra (MST); en Colombia, el movimiento indígena del Cauca (CRIC); en México, los zapatistas de Chiapas (EZLN); en Chile, el movimiento mapuche y las luchas medioambientales contra el extractivismo minero; en Guatemala, el movimiento maya; en Perú, la tragedia de Bagua y los Frentes Cívicos regionales<sup>145</sup>.

Entre todos estos movimientos, los autores destacan la significación de luchas de los movimientos indígenas (Grasa y Martí Puig, 2011: 10; Quijano, 2004; De Sousa Santos, 2009)<sup>146</sup>. Antes de los años noventa los indígenas eran raramente mencionados pero, desde entonces, han adquirido gran relevancia tanto en la lucha social y política (De Sousa Santos, 2001) como en la academia (Archila, 2003: 69-71). Este creciente interés coincide con los logros políticos que los movimientos indígenas latinoamericanos adquirieron en esa época: consiguieron el reconocimiento oficial de sus derechos y su autonomía en Constituciones nacionales<sup>147</sup> y en textos internacionales de las Naciones Unidas, fueron integrados en los sistemas de partidos y aumentaron su influencia sobre los gobiernos

<sup>143</sup> Las movilizaciones se multiplicaron durante los años 80-90 en un contexto de cambios de los regímenes autoritarios y de liberalización (Goirand, 2015: 96).

<sup>144</sup> En el continente podemos encontrar todo tipo de acciones colectivas, desde luchas sociales, iniciativas de paz, experiencias de resistencia y procesos comunitarios. La heterogeneidad de estas acciones es muy grande, varían en función de los actores sociales que las protagonizan, las modalidades de lucha, las motivaciones y los adversarios contra los que se enfrenta.

<sup>145</sup> Sobre estos y otros países (Uruguay, Paraguay, Venezuela, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Haití, República Dominicana) se han realizado variedad de estudios de casos, muchos de publicación conjunta (Combes, Tamayo y Voegtli, 2015; Favela Gavia y Guillén, 2009; Modonesi y Rebon, 2011; Rabinovich, Rincón y Magrini, 2011; Seoane, Taddei y Algranati, 2006).

<sup>146</sup> Los movimientos indígenas son especialmente activos en la región andina (Ecuador, Bolivia, Perú, Chile y Colombia) y en Centroamérica (particularmente en Guatemala y México) por eso reciben la mayor parte del interés académico.

<sup>147</sup> Reconocimiento de los grupos étnicos en las Constituciones, por orden cronológico: Guatemala (1986), Nicaragua (1987), Brasil (1988), Colombia (1991), México y Paraguay (1992), Perú (1993), Bolivia y Argentina (1994) y Ecuador (1996-1998).

nacionales. Muchos autores han puesto en ellos las expectativas de cambio, por su capacidad de generar alternativas al sistema occidental y hacer frente a los efectos negativos de la modernización y la globalización. En concreto, los indígenas son estudiados por su contribución al desarrollo sostenible (buen vivir), a la plurinacionalidad e interculturalidad, a la democracia participativa y a la paz. Se han ganado también el reconocimiento de los demás sectores sociales (sindicatos, campesinos, afrodescendientes, etc.) por su capacidad movilizadora y liderazgo político (González Piñeros, 2004: 140).

El proceso indígena de resistencia y construcción de alternativas ha trascendiendo rápidamente. Trascendió del ámbito local al nacional durante los años ochenta y noventa, hasta adquirir una dimensión internacional con la entrada del nuevo siglo. La marcha indígena “Caravana por la Dignidad” realizada a principios del 2001 por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) desde cañadas de Chiapas a la Ciudad de México, para reclamar el cumplimiento de los derechos de los pueblos indígenas, obtuvo gran repercusión nacional e internacional, académica y social (Chihu Amparán, 2002; Combes, Tamayo y Voegtli, 2015: 22), hasta el punto que el EZLN se considera un referente mundial en las luchas de resistencia posmodernas (Castells, 1997; Holloway, 2003; Morton, 2000).

De manera sucinta, vamos a presentar los rasgos que caracterizan a los nuevos movimientos sociales en América Latina, ejercicio que nos permiten identificar las particularidades de un sujeto político contemporáneo latinoamericano, diferente de los movimientos tradicionales de mediados del siglo XX y de los nuevos movimientos sociales de los países centrales. Nos centraremos en analizar cuatro dimensiones: (1) la identidad colectiva, (2) la agenda política, (3) el repertorio de acciones y (4) la significación de estas luchas.

#### *a) Identidad colectiva*

En primer lugar, respecto a la identidad colectiva, al igual que en los países centrales, los NMS latinoamericanos ya no están sujetos a la pertenencia a un clase social, sino que han aparecido nuevas identidades culturales. Si bien, el nuevo sujeto latinoamericano es más heterogéneo. Es un sujeto plural conformado por una múltiples fuerzas sociales y colectivos culturales: mujeres jóvenes, pobladores urbanos y barriales, campesinos, minorías étnicas indígenas y afro-descendientes, trabajadores asalariados y desocupados, comunidades eclesíásticas de base, jóvenes, estudiantes, grupos culturales, comunidad LGBTTTI, comités de defensa de los derechos humanos, asociaciones de víctimas y de familiares de desaparecidos, etc.

Por otro lado, las clases populares siguen teniendo un papel más prominente que en occidente, donde los NMS han sido asociados, a pesar de su composición no clasista o transclasista, con las clases profesionales y medias. Más allá de las



demandas sectoriales de cada organización, el nuevo sujeto colectivo representa la voz de los excluidos, de los subalternos, y visibiliza campos de exclusión, de conflicto y poder que no estaban presentes en las luchas obreras. También se ha destacado en la literatura el papel de los jóvenes y las mujeres dentro de las organizaciones sociales, especialmente urbanas (Espíndola Ferrer, 2016; Padierna Jiménez, 2012; Zibechi, 2008).

Otra característica del sujeto colectivo latinoamericano es que está constituido mayoritariamente por movimientos comunitarios, urbanos y rurales, cuya identidad colectiva se construye en referencia (1) a la afinidad étnica o cultural (indígenas, campesinos, afros, etc.) (2) a sus carencias (“sin tierra”, “sin trabajo”, “sin vivienda”, “sin servicios públicos”) y (3) a su hábitat compartido (pobladores urbanos, barriales, comunidades rurales, etc.) (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 233), lo que Manuel Castells (1997: 83-88) definió como la “identidad territorial”. Del mismo modo, los procesos de organización y movilización (el reclutamiento, la socialización, el alineamiento de marcos, etc.) en América Latina tienen un gran arraigo en las comunidades, los barrios y las bases sociales (basismo) (Goirand, 2015: 99 y 100; Svampa, 2010: 6-7)<sup>148</sup>.

El fomento de la identidad comunitaria y territorial se debe, en parte, a que las reformas neoliberales en América Latina impulsaron la privatización y liberalización de los mercados, la desindustrialización, la concentración de la riqueza, la explotación de los recursos naturales y la caída de los precios agrícolas, convirtiendo a las comunidades de base territorial, especialmente indígenas y campesinas, en los sujetos privilegiados del conflicto y en los principales articuladores de la acción colectiva, ocupando el lugar de “vanguardia” (Svampa, 2010: 15) que en los años sesenta ejercían los sindicatos. Así mismo, en las urbes, las consecuencias económicas y sociales de estas medidas (el desempleo, el deterioro de servicios públicos, el abandono de los espacios, la falta de inversión en infraestructura, educación y sanidad, etc.) también generaron multiplicidad de luchas por parte de los pobladores urbanos. En este sentido, Zibechi, denomina las periferias urbanas latinoamericanas como “territorios en resistencia” (Zibechi, 2008).

Por otro lado, a pesar de la caracterización de los movimientos sociales latinoamericanos como nuevos movimientos o movimientos culturalistas, cabe recordar que estas identificaciones solo reflejan una tendencia hacia la reconfiguración de la acción social colectiva y su relación con la política<sup>149</sup>. Ciertamente, es un proceso que ha conllevado a la re-identificación de los actores tradicionales en términos diferentes al capital y al trabajo. Sin embargo, esto no

---

<sup>148</sup> Destaca el rol activo que tuvieron las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs) de Brasil durante los años sesenta y setenta.

<sup>149</sup> Recordemos el debate sobre la “novedad” de los movimientos sociales, podemos encontrar elementos de lo “nuevo” en la antigüedad y elementos de lo “viejo” en la actualidad. Lo que sí es realmente novedoso es el interés creciente por los rasgos culturalistas e identitarios en los movimientos sociales.

significa que la conflictividad de los trabajadores asalariados haya desaparecido. Según la OSAL, el ámbito de los trabajadores urbanos representó desde mayo de 2000 a diciembre de 2003 más de un tercio de los conflictos sociales (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 235-236)<sup>150</sup>. Además, a pesar de que la conflictividad y el interés por los movimientos tradicionales haya decrecido respecto a décadas anteriores, estos han seguido siendo objeto de estudio en América Latina (Garza Toledo, 2010). En concreto, cabe resaltar las movilizaciones de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en Brasil y las protestas de los trabajadores desocupados y del sector público en Argentina. Además, en los movimientos sociales latinoamericanos se está observando una tendencia hacia la convergencia de sectores. Por un lado, los trabajadores participan en los nuevos movimientos sociales y, por otro, a menudo los movimientos culturalistas confluyen en amplias plataformas con las organizaciones sindicales-obreras y los partidos políticos de izquierda, haciendo converger parte de sus agendas y formas de acción colectiva. Por ejemplo, las reivindicaciones en contra de la privatización de la educación o la salud no solo movilizan a los trabajadores asalariados sino que también son objeto de preocupación para otros sectores sociales. Según algunos autores, la experiencia demuestra que la formación de frentes sociales amplios contra las privatizaciones está teniendo mejores resultados que cuando las luchas son sectoriales (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 237).

La articulación de los actores sociales en amplias redes y coaliciones de resistencia no solo a nivel sub-nacional sino también regional e internacional fue promovida por la extensión de la política neoliberal en el continente. Los movimientos latinoamericanos se incorporaron así al proceso de convergencia global que los autores calificaron como la “transnacionalización” o “internacionalización” de la movilización (Casquette, 1998; Laraña, 1999; Tarrow, 2004). A nivel regional destacan las alianzas y campañas continentales contra los acuerdos internacionales económicos (el ALCA) y los megaproyectos (el Plan Puebla Panamá, el IIRSA, el modelo extractivista exportador) (Grasa y Martí Puig, 2011: 10; Svampa, 2010: 5), así como contra los acuerdos militares (el Plan Colombia, la Iniciativa Andina). A nivel internacional, los movimientos latinoamericanos participaron activamente en el nacimiento del Foro Social Mundial en enero de 2001 en Porto Alegre (Brasil), están conectados a los movimientos “altermundistas” y “antiglobalización” de otros continentes y forman parte de la Vía Campesina y la Marcha Mundial de las Mujeres. Entre todos los movimientos latinoamericanos destaca el reconocimiento internacional de los zapatistas chiapatecos, cuyo líder -el Comandante Marcos- se ha convertido en un icono de la resistencia a la globalización neoliberal. En 1996 celebraron el Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el

---

<sup>150</sup> Aunque tres cuartos de estos conflictos se refieren a trabajadores del sector público (profesores, médicos, etc.) afectados por la privatización de los servicios. La base de datos del CINEP también da cuenta de la presencia significativa de estas luchas sociales en Colombia.

Neoliberalismo, donde acudieron cientos de activistas procedentes de cuarenta países<sup>151</sup>.

*b) Agenda política*

En segundo lugar, respecto a la agenda política, al igual que en los países centrales, los NMS latinoamericanos no pretenden tomar el poder o disputar la hegemonía política sino que buscan ampliar el sentido de la política a través de la transformación de las relaciones sociales y los espacios de sociabilidad. Es un sujeto construido en base a la acumulación de la experiencia de luchas (también obreras y sindicales) y la maduración de una nueva cultura política.

Fernando Calderón (1997: 192) los describió como “movimientos monádicos” que están “asociados a la producción de nuevos valores e identidades culturales” y “centrados más en la sociabilidad y en la cotidianidad que en el acceso al poder político”. Sus agendas están orientadas, por tanto, a nuevos objetivos como, por ejemplo: ganar nuevos espacios de decisión en contextos locales, reconfigurar las relaciones sociales, resolver colectivamente las necesidades, encontrar nuevas formas de autoridad política, ejercer la democracia participativa, aumentar la autogestión y la sostenibilidad de los modos de vida. Es decir se guían por la construcción de nuevas subjetividades culturales así como la búsqueda de emancipación y autonomía frente al estado y otros actores institucionalizados como los partidos políticos y grupos de presión. Los movimientos indígenas sobresalen en estas acciones de forma particular, tanto por el avance de su desarrollo comunitario (construcción de planes de vida) como por el ejercicio de la autonomía y el autogobierno<sup>152</sup>.

Por otro lado, como señala Svampa, estos movimientos no solo luchan por la subjetividad cultural sino que, dentro de las diferencias identitarias, la lucha por la tierra y el territorio es una reivindicación unitaria:

“La presencia de un conjunto de reivindicaciones diferentes, con sus respectivos clivajes identitarios, configurando un campo multiorganizacional extremadamente complejo en sus posibilidades de articulación. Heterogéneos en sus demandas, al igual que en otras latitudes, los movimientos sociales nos transmiten una tendencia a la reafirmación de la diferencia y el llamado al

<sup>151</sup> Un repaso a las movilizaciones y redes internacionales de resistencia a la globalización neoliberal puede verse en Julio C. Gambia “Resistencia internacional a la globalización neoliberal” en la revista Chiapas nº12 (2001).

<sup>152</sup> La narrativa autonomista está muy expandida en América Latina entre los MS de base territorial o comunitaria, particularmente entre el movimiento indígena. Se puede entender la autonomía en dos sentidos: como principio organizativo de auto-gestión comunitaria (para hacer efectiva la desburocratización y la democratización) o como un principio de auto-determinación (dotarse de normas propias) que a su vez puede proceder de un ethos colectivo libertario (deseo de emancipación) o como un repliegue diferencialista-identitario (refugio cultural), dos horizontes utópicos que conviven en tensión (Svampa, 2010: 9).

reconocimiento. Sin embargo, si la tendencia a reafirmar la primacía de la diferencia aparece como un rasgo global de los movimientos sociales, no es menos cierto que en América Latina, en los últimos tiempos, uno de los problemas centrales y potencialmente unificadores es aquel de la tierra y del territorio” (Svampa, 2010: 5).

Más allá de la tierra como recurso, a estos movimientos les preocupa el territorio, como espacio con un significado cultural, donde pueden desarrollar sus formas de vida. Por eso, la lucha por la subjetividad cultural y la autonomía están relacionadas con la constitución de nuevas territorialidades, territorios autónomos donde construir sociedades alternativas al sistema capitalista. Se busca la reapropiación colectiva del territorio para la formación de espacios para la sociabilidad y el ejercicio de la autonomía. Por ejemplo: los cabildos y resguardos indígenas, las juntas de buen gobierno en México, los piqueteros en Argentina, las insurrecciones urbanas de Oaxaca, Buenos Aires y El Alto (De Sousa Santos, 2009: 23-24).

Muchos de los conflictos sociales en América Latina está relacionados precisamente con la tierra y el territorio. Los objetivos de apropiación territorial, desarrollo autónomo y emancipación de los sectores sociales chocan con los intereses desarrollistas de gobiernos y empresas que, a través del neoliberalismo (tratados de libre comercio, extractivismo, ajuste fiscal, reestructuración de la tierra y política agraria, oposición a la fumigación de los cultivos, privatización de servicios públicos, demanda de vivienda, trabajo, reforma agraria, etc.) pretenden la desterritorialización productiva y la militarización del territorio<sup>153</sup>. Por tanto, el territorio se ha convertido en el “lugar privilegiado de la disputa” (Svampa, 2010: 6), al igual que los movimientos de base territorial (indígenas y campesinos) se han convertido en los sujetos privilegiados de las luchas sociales.

En relación al sistema político, la modernización excluyente generó una excesiva centralidad del estado, del autoritarismo, la precariedad de la sociedad civil y la instauración de democracias restringidas y sistemas políticos cerrados. Bajo estas circunstancias, los movimientos sociales se vieron empujados a reivindicar los postulados sobre los que descansa la modernidad: la inclusión política, el fortalecimiento de la sociedad civil, el reconocimiento de derechos <sup>154</sup>, la

---

<sup>153</sup> La faz del “neoliberalismo de guerra” acompaña así la promoción de una reconfiguración radical y aún más regresiva de la geografía política, social y económica de la región como resultado de la aceleración de los llamados “tratados de libre comercio” que tienen en el ALCA su máxima expresión (Seoane, Taddei y Algranati 2006: 246-247). Como veremos en el estudio de caso, Colombia resulta uno de los laboratorios principales en la implantación de la militarización territorial, particularmente bajo el gobierno del presidente Álvaro Uribe (2002-2010) durante el cual no sólo se persiguió profundizar el enfrentamiento militar con la guerrilla –luego de la ruptura de los acuerdos de paz del período anterior– sino también desplegar una política de “militarización social” en la tentativa de afirmar una legitimidad autoritaria, particularmente en los sectores urbanos de clases medias (Zuluaga, 2003).

<sup>154</sup> Al igual que anteriormente las mujeres occidentales y los afrodescendientes estadounidenses habían luchado por sus derechos, ampliando las fronteras de la ciudadanía, al menos cívico-política.

transparencia y el buen gobierno (en lugar de corrupción y el clientelismo), el fin de los regímenes autoritarios y la instauración de la democracia. Para contrarrestar la centralidad del estado, intentaron crear espacios de lo público a través de la constitución de redes autónomas y el fortalecimiento de la sociedad civil a través de las ONGs (Archila, 2003: 59).

Si bien, por otro lado, los NMS intentaron aprovechar la pérdida de legitimidad del neoliberalismo y del estado para “disputar el rumbo de los procesos en curso” y avanzar en la “autonomía en relación con los gobiernos” (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 248). Por eso, los NMS representan la crítica hacia la modernidad: (1) frente a la afirmación de la ciudadanía, la afirmación de la subjetividad; (2) frente a la democracia representativa liberal, el ejercicio de la democracia participativa; (3) frente a la visión marshalliana de ciudadanía-clase social, la expresión de identidades colectivas no sujetas a la clase social; (4) frente a la conceptualización marxista de la opresión centrada únicamente en las relaciones de producción, la identificación de otras formas de dominación en la reproducción social como son el racismo y el patriarcado y, por tanto, la reformulación de la emancipación social (De Sousa Santos, 2001: 178); (5) frente a los derechos individuales, abstractos y universales, la denuncia sobre la ineficacia del reconocimiento formal de derechos y la búsqueda de otras prácticas de emancipación contra la opresión; (6) frente al capitalismo, las relación de reciprocidad e intercambio no capitalistas; y (7) frente al estado, la crítica a los excesos de regulación e institucionalización de la modernidad u superación de la visión estatista y burocrática de la política ampliándola a la esfera social, cultural y personal (De Sousa Santos 2001, 180).

Esta agenda puede ser resumida, siguiendo a Manuel Antonio Garretón (2002), en cuatro objetivos o ejes: (1) la democratización política, (2) la democratización social o lucha contra la exclusión y por la ciudadanía, (3) la reconstrucción y reinserción de las economías nacionales o la reformulación del modelo de desarrollo económico y (4) la redefinición de un modelo de modernidad.

### *c) Repertorio de acciones*

En tercer lugar, respecto al repertorio de acciones colectivas, este nuevo sujeto se caracteriza por implementar formas de “participación política no convencionales” y “acciones políticas de protesta” que van más allá de la esfera institucional y estatal como, por ejemplo, “manifestaciones, piquetes, puebladas, caceroladas, cortes de ruta, ocupaciones, sentadas y bloqueos” (Grasa y Martí Puig, 2011: 8).

Los NMS pretenden incidir no solo en el sistema político, sino en nuevos escenarios, como los foros sociales y los espacios societarios de la cotidianidad, y en canales de representatividad no institucionales. La educación popular es una estrategia fundamental de estos movimientos para movilizar a las bases sociales (De Sousa Santos, 2009: 25). En lugar de la democracia representativa propia de los sistemas

liberales, este sujeto colectivo ejerce la democracia participativa (el asamblearismo)<sup>155</sup>. Y, organizativamente, cuentan con una organización no convencional, menos estructurada y jerárquica, en comparación con los movimientos sociales tradicionales.

Dentro de su repertorio de acciones, las tácticas características de los movimientos sociales latinoamericanos actuales es la ocupación física de espacios públicos y privados, en sus diferentes modalidades: invasión de predios rurales y urbanos, recuperación de tierras ancestrales, ocupaciones de empresas o fábricas, toma de entidades y bloqueos de vías. En concreto, las invasiones de tierras y los cortes en las carreteras son las técnicas preferidas por los movimientos indígenas, campesinos, coccaleros y piqueteros en México, Colombia, Brasil y Argentina. Para algunos autores, la recurrencia a este tipo de acciones contenciosas demuestra que en este nuevo ciclo de protestas está aumentando la radicalidad de las acciones (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 237)<sup>156</sup>. Favela Gavia (2002) observó que los movimientos sociales en América Latina tienen una naturaleza más confrontativa que en las democracias liberales occidentales debido a que sus acciones se enmarcan en sistemas políticos cerrados, excluyentes y represivos<sup>157</sup>. En esta estructura de oportunidades políticas, los NMS latinoamericanos se ven forzados a acudir a estrategias más confrontativas. No obstante, los nuevos movimientos sociales han buscado ser pragmáticos a la hora de elaborar sus estrategias, por lo que han sabido combinar las tácticas confrontativas, extra-institucionales e ilegales con los medios legales que están a su disposición (Hetherington, 2014; De Sousa Santos, 2009: 24).

Por otro lado, en América Latina, es importante aclarar que los NMS han adoptado tácticas contenciosas pero no armadas. La literatura latinoamericana ha hecho especial esfuerzo por distanciarse de los movimientos insurgentes<sup>158</sup>. En Colombia, especialmente, los movimientos sociales han tenido la necesidad de desmarcarse de las insurgencias, marcando claramente las diferencias entre sus formas de lucha y la vía armada. Esto ha sido necesario tanto para evitar la criminalización de la protesta social por parte del gobierno como para tomar autonomía respecto a aquellos sectores populares que se identifican con la lucha de clases y defienden la idea revolucionaria de la toma armada del poder estatal. En el mismo sentido, el CINEP,

---

<sup>155</sup> Esto es muy claro en el caso del movimiento indígena donde la comunidad es el sujeto político que elige directamente a sus líderes o voceros, quienes en todo caso no representan a la comunidad sino que expresan su palabra.

<sup>156</sup> Para estos autores, la radicalización de las formas de protesta se evidencia por: (1) la prolongación temporal de las acciones, algunas por períodos indefinidos; (2) la extensión regional de las formas de protesta confrontativas como los bloqueos de vías y las ocupaciones de tierra y edificios; y (3) la preponderancia de las acciones confrontativas frente a las acciones demostrativas (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 240).

<sup>157</sup> Sobre la criminalización y represión de la protesta ver (Rabinovich, Rincón y Magrini, 2011).

<sup>158</sup> Por ejemplo, el libro *Guerrilla Auditors*, escrito por Hetherington (2014), que trata sobre las tácticas disruptivas y extra-oficiales del movimiento campesino en Paraguay fue traducido al español como *Auditorías Campesinas* para evitar su confusión con las guerrillas.

el centro de investigación colombiano más importante en la sistematización y análisis de la movilización social en el país, vio también la necesidad de explicitar en sus definiciones operativas que los movimientos sociales son formas de acción colectiva no-violenta, una condición que no suele especificarse en el área de estudios (Archila, 2003).

*d) Significación de la luchas sociales latinoamericanas*

Respecto al recorrido de los movimientos sociales latinoamericanos, la literatura ha señalado algunos de sus logros más visibles<sup>159</sup>, aunque todavía es necesario realizar análisis en profundidad para conocer los resultados e impactos, positivos y negativos, que estos movimientos han tenido en su contexto social, político, económico y cultural. No obstante, lo que puede constatarse es que, desde que estos movimientos aparecieron en escena hace tres décadas, han seguido fortaleciéndose y suscitando el interés académico (Calderón, 2011; Combes, Tamayo y Voegtli 2015; Garretón, 2002; Seoane, Taddei y Algranati, 2006; De Sousa Santos, 2009) lo que permite que podamos reconocer su consolidación y perdurabilidad<sup>160</sup>.

Por otro lado, muchos autores confían en el potencial emancipador de los movimientos sociales latinoamericanos y especialmente de los indígenas (Svampa, 2010). Los movimientos indígenas son descritos como una fuente de renovación cultural y un desafío contra-hegemónico, en la medida en que sus prácticas escapan de la lógica neoliberal y estatalizada y plantean una alternativa real al sistema dominante. Más allá de sus reivindicaciones sectoriales, los indígenas latinoamericanos cuestionan la política económica neoliberal, la legitimidad política de los gobiernos y la forma de constitución del estado-nación y por ello, han adquirido gran influencia a nivel nacional e internacional (Seoane, Taddei y Algranati, 2006: 233).

La expresión de nuevas subjetividades, la oposición frente al neoliberalismo, la radicalidad de sus agendas, los avances en la autonomía, la aparición de intelectuales orgánicos, el rechazo a los referentes de la modernidad occidental, parece estar revitalizando el ideal emancipatorio de las comunidades. La academia

---

<sup>159</sup> Algunos de los logros que se han señalado son: la caída de gobiernos (Jamil Mahuad y Sánchez de Lozada, en Ecuador y Bolivia), el fracaso de medidas liberales, la apertura de crisis políticas, los triunfos electorales y el acceso al cargos de representación, el reconocimiento de derechos constitucionales, particularmente de las minorías, la restitución de tierras, el derecho a la consulta previa e informada, la configuración de los estados plurinacionales, la constitución de autonomías indígenas.

<sup>160</sup> Debido a la significación que estos procesos van adquiriendo a nivel nacional y regional, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) crea en el año 2000 el Observatorio Social de América Latina (OSAL) para avanzar en el seguimiento de la conflictividad y la protesta social y promover el intercambio de conocimiento entre investigadores latinoamericanos. Algunos de sus iniciales reflexiones y conclusiones se encuentran en Boron y Lechini (2006) .

crítica, en continua relación dialéctica con los actores sociales, puede encontrar en estos impulsos nuevos sustratos para la construcción de una epistemología del sur.

Sin embargo, como hemos venido señalando a la largo del capítulo, existen tensiones, contradicciones e hibridaciones en las sociedades latinoamericanas que también son reflejadas en las luchas sociales<sup>161</sup>. Según De Sousa Santos (2001: 183), la modernidad no logró sintetizar la ciudadanía con la subjetividad y la emancipación, dando lugar a versiones desfiguradas e incluso perversas denominadas “patologías de la modernidad”. Por eso, los movimientos sociales se encuentran en una encrucijada entre la aceptación del estatus moderno de la ciudadanía y la búsqueda de la emancipación y la subjetividad cultural (Calderón, 1997; Garretón, 2002; Goirand, 2015; de Sousa Santos, 2001). O, en otras palabras, se encuentran en una posición ambivalente entre el anhelo del reconocimiento institucional y el empeño de alcanzar la autonomía o la emancipación. Por un lado, la falta de consumo, la insatisfacción de las necesidades básicas, la restricción de los derechos y la represión les empuja a participar en el sistema político. Pero, por otro, luchar por la inclusión y por la democracia representativa implica que su acción colectiva sea regulada e institucionalizada y que el estado siga siendo el espacio privilegiado de la acción social y política. Además, cuando ni el estado ni el mercado responden a las necesidades de la población, los propios sectores sociales generan la soluciones, crean redes solidarias y ofrecen la protección que el estado niega. En consecuencia, los NMS practican formas de reciprocidad (intercambio de fuerza de trabajo y de productos), formas de reproducción de la vida y formas de autoridad política, por fuera y por dentro del mercado, con y sin el estado (Quijano, 2004: 28). El sentido de la acción colectiva se mueve entre las luchas por la hegemonía y el control del sistema político y la transformación cultural y social (Calderón, 1986; Calderón y Jelin, 1987). El modelo de la modernidad occidental sigue siendo un referente en América Latina y los movimientos sociales tienen como horizonte su consecución (Archila, 2003: 59) pero sus rasgos se combinan con las memorias colectivas de sus pueblos (Garretón, 2002: 13).

En conclusión, los movimientos sociales latinoamericanos se caracterizan por su naturaleza híbrida y heterogénea donde las formas estatales, civiles y comunitarias conviven. Para algunos autores es precisamente en esta “impureza” donde “reside la verdadera novedad de los NMS en América Latina” (De Sousa Santos, 2001: 181)<sup>162</sup>. La disyuntiva modernidad-subjetividad, regulación-autonomía, es un dilema

---

<sup>161</sup> No obstante, cabe señalar que seguir los referentes de la modernidad no es incoherente o contradictorio con intentar, por ejemplo, trascender el modelo democrático occidental hacia la democracia deliberativa o participativa, porque, como señaló Amartya Sen (2007), la democracia no es una institución occidental, sino que ésta se ha apropiado de ella (citado en Martínez Guzmán, 2010: 10-11).

<sup>162</sup> Ya en 1987 los autores observaron que en América Latina: “no hay movimientos sociales puros o claramente definidos” debido a la multidimensionalidad de las relaciones sociales y de la acción colectiva. Por ejemplo, hay movimientos de orientación clasista con componentes étnicos y sexuales, así como movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas. Respecto a su acción colectiva, se mueven desde “formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y



al que se enfrentan los movimientos sociales y un retos teórico para la academia. La teoría crítica posmoderna tiene el desafío de encontrar nuevas maneras de integrar la triada ciudadanía-subjetividad-emancipación:

“El esfuerzo teórico que está por emprender debe incluir una *nueva teoría de la democracia* que permita reconstruir el concepto de ciudadanía, una *nueva teoría de subjetividad* que permita reconstruir el concepto de sujeto y una *nueva teoría de la emancipación* que no sea más que el efecto teórico de las dos primeras teorías en la transformación de la práctica social llevada a cabo por el *campo social de la emancipación*” (De Sousa Santos 2001, 183).

## 2.5. Consideraciones finales

Durante este capítulo hemos visto los diferentes enfoques teóricos que forman parte del campo de los movimientos sociales –enfoque clásico, racionalistas y los nuevos enfoques– así como las teorías existentes dentro de cada enfoque: en el primero, corriente irracionalista, teoría del comportamiento colectivo, teoría de la sociedad de masas y teoría de los agravios; en el segundo, teoría olsoniana, teoría de movilización de los recursos y estructura de oportunidades políticas; y en el tercer enfoque, la teorías de los NMS y el enfoque culturalista.

Estas teorías se han preocupado por conocer cuáles son los factores que explican el surgimiento de la movilización y la configuración de la acción colectiva. Por ejemplo, lo que es necesario para la movilización es, según la teoría olsoniana, los “incentivos selectivos”; según la TMR, la estructura organizativa; según el modelo de proceso político, las oportunidades del entorno político; y según el enfoque culturalista, el proceso de enmarcado cognitivo-cultural.

Al final de la revisión de estos enfoques, observamos que los expertos en el campo llegaron a la conclusión de que cada enfoque tiene ciertas ventajas analíticas de las cuales no es necesario prescindir, si no, al contrario, es conveniente integrarlos hacia un enfoque multidimensional que englobe a todos. En particular, McAdam, McCarthy y Zald (1999: 22-23) señalan que que hay tres conjuntos de factores que han sido resaltados por la literatura como los esenciales a la hora de analizar el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales: (1) la estructura de oportunidades políticas y restricciones; (2) las estructuras organizativas formales e informales; y (3) los procesos colectivos de enmarcado que construyen significado y median entre la oportunidad y la acción. La mayoría de los especialistas se centran únicamente en uno de estos aspectos pero el verdadero reto consiste en utilizar y relacionar los tres factores para lograr una mejor comprensión de la dinámica de los movimientos sociales.

---

cultural hasta modos de transformación y participación cotidiana de autoreproducción societaria” (Calderón y Jelin, 1987: 24).

Siendo conscientes de la dificultad de esta empresa y la escasez de la literatura que todavía adopta esta perspectiva, aceptamos el reto de intentar aplicar en nuestra investigación un enfoque integral donde aparezcan los elementos teóricos del enfoque estructuralista, la TMR y el enfoque cultural. La utilización de estas teorías ha sido adaptada para cumplir con el objeto de nuestra investigación. Aunque en el campo de estudios se emplean estas teorías para explicar el surgimiento y la evolución de los movimientos sociales (McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 28-29), en nuestro caso los emplearemos para analizar la configuración de la acción colectiva del movimiento indígena del norte del Cauca dentro del conflicto armado de Colombia, es decir, en relación a la paz y la no violencia.

Por último, dadas las insuficiencias en el campo de estudios para analizar contextos no-occidentales, en este capítulo también abordamos la revisión del campo de los movimientos sociales en América Latina, así como una caracterización de sus principales rasgos. Consideramos que esta aproximación teórica es necesaria, teniendo en cuenta que estudiamos el caso de un movimiento indígena de Colombia, que tiene particularidades propias respecto a los movimientos sociales occidentales.

## Capítulo 3. Aproximaciones teóricas sobre la construcción de la paz positiva y la transformación de conflictos

---

### 3.1. Introducción

Las diferentes perspectivas o visiones sobre la paz pueden dividirse en dos grandes bloques: (a) las visiones *críticas y heterodoxas* de la paz, formadas por la investigación para la paz, los estudios críticos de seguridad y algunas formulaciones del enfoque de la seguridad humana, que son aportadas por sectores académicos críticos, organizaciones y movimientos sociales y siguen una orientación amplia, idealista y transformadora de la paz; y (b) las visiones *dominantes y ortodoxas*, compuestas por las corrientes realista y liberal, que son aquellas que dominan en el discurso y práctica de los gobiernos nacionales y organismos internacionales, y sirven, por tanto, al mantenimiento del *statu quo*. Las visiones dominantes o hegemónicas pueden no ser mayoritarias en términos de número de analistas que las sostienen, pero sí en términos de capacidad para incidir en las políticas, mientras que las visiones críticas pueden ser las más compartidas pero tienen menos capacidad de incidencia<sup>163</sup>.

En este capítulo realizamos una revisión teórica sobre las diferentes perspectivas que existen sobre la paz, dedicando especial atención a los enfoques críticos y heterodoxos que abogan por la paz positiva, la transformación de los conflictos y la construcción de la paz desde abajo, pues éstos son los enfoques epistemológicos en los cuales se ubica esta tesis. No obstante, consideramos necesario ubicar estas perspectivas en relación a la paz liberal, que es la visión de paz hegemónica o dominante desde el fin de la Guerra Fría. Para abordar estas cuestiones, seguiremos la siguiente estructura:

---

<sup>163</sup> Esta división conceptual nos da una comprensión dual y simplificada de la realidad por lo que es necesario que tengamos en cuenta cuatro aspectos: (1) cada enfoque no es monolítico sino que esconde a su vez diversidad de matices; (2) los actores que aplican estas visiones no siempre se comportan de la misma manera, pueden converger y divergir con una y otra visión; (3) las visiones dominantes y críticas son en términos generales perspectivas enfrentadas –los estudios críticos emergen para cuestionar a la visión dominante– pero ello no quiere decir que no puedan encontrarse en determinados aspectos o que en el plano teórico resulten totalmente incompatibles. Las visiones críticas, lo que hacen, es complementar a la dominante, cuestionar los intereses que subyacen, llamar la atención sobre determinadas ausencias o proponer un giro en el enfoque. Por su parte, las visiones dominantes, aunque por lo general intentan preservar el status quo, en determinados casos pueden incorporar ciertos postulados críticos para mejorar su intervención, lo que algunos autores acusan de cooptación o instrumentalización del discurso crítico. Independientemente de la práctica política, la mayor parte de avances teóricos parten de las teorías que se proponen superar, por lo que beben de éstas y rescatan de ellas lo que consideran pertinente. El conocimiento se construye entonces como una espiral en la cual el diálogo de saberes es lo que nos permite avanzar; y (4) dada la confluencia de ideas y experiencias en el campo de la paz y la seguridad, a lo largo del capítulo encontraremos que ciertos postulados de las visiones dominantes y críticas se han articulado en el discurso y la praxis política.

En el primer apartado presentamos los planteamientos o concepciones de partida sobre la paz desde los enfoques críticos aportados por los estudios de paz y seguridad. En primer lugar, revisamos los planteamientos hechos por la investigación para la paz y, en segundo lugar, los aportes realizados a la paz por parte de los enfoques críticos, o no estatocéntricos, de los estudios de seguridad de la disciplina de las Relaciones Internacionales.

En el segundo apartado, nos centramos en exponer la visión dominante o hegemónica de la paz en la posguerra fría, esto es, la paz liberal. En este ámbito, abordamos tres cuestiones: primero, los fundamentos de la paz liberal; segundo, la aplicación de la paz liberal a la agenda de construcción de paz de la comunidad internacional; y tercero, las críticas realizadas a la paz liberal desde los enfoques críticos, en particular a lo referido a la participación de los actores locales en la construcción de paz.

Por último, en el tercer apartado de este capítulo, presentamos la perspectiva de la construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos. Primero, explicamos en qué consisten estos enfoques y abordamos la cuestión de quiénes son los actores que intervienen en la transformación de conflictos. Entonces, exponemos la propuesta de la construcción de la paz desde abajo, que pone el protagonismo en los actores locales. Y en tercer lugar, hablaremos sobre las paces híbridas resultantes del proceso de interacción entre actores locales e internacionales.

### **3.2. Nociones críticas de paz: aportes de la investigación para la paz, los estudios críticos de seguridad y la seguridad humana**

Lo que la paz representa para el ser humano no es una percepción estática ni universal. Según las épocas, las culturas y las sociedades podemos encontrar diferentes formas de entender la paz<sup>164</sup>. Y dentro del mundo académico, la conceptualización de la paz depende de la corriente de pensamiento –y la epistemología– de la que partamos (el realismo, el idealismo, el liberalismo, el marxismo, el posestructuralismo, el poscolonialismo, el feminismo, etc.).

Frente a las corrientes realista y liberal, que han dominado la agenda política, existen otras corrientes que han aportado formas alternativas de concebir el orden social y

---

<sup>164</sup> Cada cultura tiene su propia forma de concebir la “paz”: el *shalom* hebreo, el *sala’am* árabe, la *pax romana* europea, la *eirene* griega, el *shanti* y la *ahimsa* de la India, el *ho p’ing* y *p’ing ho* chinos, la *heiwa* y la *chowa* japonesas. Para un repaso histórico de la paz y de sus significaciones según las diferentes culturas y cosmogonías ver Galtung (1981), Muñoz y López (2000) y Lederach (2000: 26-29).

político, y por ende los conflictos, la paz y la seguridad<sup>165</sup>. En este apartado vamos a referirnos a las corrientes críticas de los estudios de paz y la seguridad: la “investigación para la paz”, los “estudios críticos de seguridad” de la disciplina de las RRII y el concepto de la “seguridad humana” procedente de los estudios sobre desarrollo. De cada uno de estos campos nos vamos a centrar en aquellos aspectos que nos sirvan para fundamentar ontológica y epistemológicamente una noción crítica de paz, centrada en la agencia de los actores locales (construcción de paz desde abajo) y en la búsqueda de paz como forma de alcanzar la justicia, la convivencia, la transformación o la emancipación (paz positiva y transformadora).

### 3.2.1. Investigación para la paz

La investigación para la paz (*Peace Research*) o los estudios de paz (*Peace Studies*) es un campo interdisciplinar dedicado al estudio específico de la paz que tiene sus orígenes tras la Primera Guerra Mundial, vinculado a la disciplina de las Relaciones Internacionales.

La capacidad destructiva de la Gran Guerra europea convulsionó tanto a la comunidad política como a la académica. El deseo de evitar la repetición de un evento tan traumático, la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos y el intento de promover la paz fueron los ideales que inspiraron el período de entreguerras, influido por el Idealismo. Resurgieron en esta época los movimientos pacifistas y antimilitaristas, conectados a círculos intelectuales y confesiones religiosas como los cuáqueros y los menonitas<sup>166</sup>. Y se difundió el pensamiento filosófico-pacifista de intelectuales y escritores como Mahatma Gandhi, Emer de Vattel, Richard Coudenhove-Kalergi, Aristide Briand, Bertrand Russel, Aldous Huxley, Romain Rolland, Émile-Auguste Chartier (Alain) y León Tolstoi (Mesa, 1980: 141-142). En la academia, el creciente interés por comprender las causas de las guerras motivó la aparición de institutos académicos, publicaciones y revistas dedicadas al estudio de la guerra y la paz.

Entre 1965 y 1985, la investigación para la paz adquirió entidad propia y diferenciada respecto a otras áreas relacionadas (estudios sobre las guerras, estudios sobre la violencia, estudios estratégicos, estudios sobre los conflictos y estudios sobre

---

<sup>165</sup> Además de los sectores académicos, las comunidades locales, los movimientos sociales y otras organizaciones de la sociedad civil son formuladoras –aún sin saberlo– de estas visiones críticas. Podríamos incluso decir que la academia recoge y sistematiza el pensamiento crítico de muchos actores, lo traduce en un lenguaje teórico y lo ubica dentro de las tradiciones del pensamiento. Del mismo modo, las corrientes realista o liberal de las RRII son reflejo de las visiones que han existido en círculos intelectuales, políticos y sociales cercanos a las instituciones del estado y la comunidad internacional.

<sup>166</sup> La influencia de estas dos confesiones cristianas en la investigación para la paz se evidencia en el perfil de algunos de sus referentes teóricos: Elise Boulding, Kenneth Boulding y Adam Curle eran cuáqueros, mientras que Jean Paul Lederach es menonita.

seguridad de las Relaciones Internacionales)<sup>167</sup>. Contribuyendo a esta individuación, en 1964 se creó el *International Peace Research Association* (IPRA) y comenzó a publicarse la revista *Journal of Peace Research*, frente a la *Journal of Conflict Resolution* divulgada desde 1957. No obstante, el cambio de perspectiva no fue tan evidente al principio, pues gran parte de las instituciones y publicaciones de este campo siguieron dedicándose al estudio de los conflictos, las guerras y otras formas de violencia. Sólo recientemente se está prestando más atención al estudio explícito de la paz y sus componentes (Comins Mingol, 2008: 64).

En sus inicios, la investigación para la paz tuvo dos vertientes principales, la estadounidense, encabezada por Elise y Kenneth Boulding, y la europea con destacables académicos como Johan Galtung, Bert V.A. de Röling y Adam Curle<sup>168</sup>. Los estudios de la vertiente estadounidense eran muy limitados, las investigaciones se centraban en estudiar las guerras a partir de una serie de datos cuantitativos de carácter político, social y económico (aproximación positivista) para poder prever el estallido de las guerras (alertas tempranas) (Ramsbotham, Woodhouse, y Miall, 2011: 92-93). Sin embargo, la línea de investigación iniciada por Galtung en la segunda mitad de los años sesenta, planteó lo insatisfactorio de estudiar la paz a partir del estudio de la guerra (paz negativa) y comenzó a explorar otras condiciones y situaciones de tipo estructural como causantes de la violencia. Galtung afirmó que la existencia de conflictos era inevitable en tanto en cuanto hubiera dominación estructural (Mesa, 1980: 151)<sup>169</sup>.

A partir de los años sesenta, el reto de la investigación para la paz pasó a ser la superación de la visión realista de la paz (*pax romana*) y de los estudios dedicados exclusivamente al análisis de los medios para prevenir o terminar las guerras. Comenzaron a explorarse nuevas dimensiones y a ampliarse los horizontes de la conceptualización de la paz. A estos avances contribuyó el trabajo de Galtung acerca de los conceptos de paz y violencia. En primer lugar, Galtung (1969, 1990) propuso un giro conceptual de la paz pasando de ser la ausencia de guerra a la ausencia de violencias. Esto implicaba dejar de considerar el conflicto armado como

---

<sup>167</sup> Los “estudios sobre las guerras” (polemología) analizan los factores de surgimiento, evolución y terminación de las guerras, así como sus impactos socio-económicos. De forma conexas a estos, los “estudios sobre la violencia” (violentología) ponen el énfasis y los esfuerzos de investigación, análisis y descripción de la violencia. Los “estudios estratégicos” se ocupan de la geopolítica y el equilibrio de poder, la competición armamentística y la economía de la guerra. Los “estudios sobre conflictos” (conflictología) se han centrado en mejorar el análisis y la resolución de los conflictos en todos sus tipos, incluidos los conflictos armados. Por último, los “estudios de seguridad” se ocuparon, hasta los ochenta, de la seguridad de los estados, las amenazas a la soberanía estatal y al orden internacional, su regulación en el derecho internacional, el ejercicio de la diplomacia, los conflictos y las intervenciones internacionales (Curle, 1994: 6).

<sup>168</sup> El matrimonio Boulding contribuyó a la creación en los años cincuenta del *Center for Research on Conflict Resolution* de la Universidad de Michigan. Por su parte, Galtung fue el fundador del *International Peace Research Institute of Oslo* (PRIO) en 1959.

<sup>169</sup> Johan Galtung siguió una línea sociológica estructuralista con influencias del marxismo. Tuvo una visión estructuralista del desarrollo y fue seguidor de la teoría de la dependencia como forma de comprender las relaciones Norte-Sur. También fue influenciado por las ideas de no-violencia de Gandhi.

la única amenaza para la paz y comenzar a hablar en términos de violencias. De forma complementaria, el autor amplió la comprensión sobre la violencia proponiendo un “modelo triangular de la violencia”, según el cual, en la sociedad no solo existe la “violencia directa” sino también la “violencia estructural” y la “violencia cultural”. Tradicionalmente la única violencia que se había considerado era la violencia directa, que es aquella que se manifiesta física o verbalmente. En cambio, la violencia estructural y cultural no eran contempladas por los estudios, dado que éstas se refieren a situaciones sutiles o invisibles que son difíciles de identificar, registrar, cuantificar e incluso de individualizar (es decir, es difícil establecer la cadena de causalidad sujeto-acción-objeto)<sup>170</sup>. La violencia estructural alude a las condiciones sociales de desigualdad y exclusión que rigen las relaciones entre individuos, grupos y sociedades y les impiden realizarse tanto física como mentalmente<sup>171</sup>. La violencia cultural es aquella que utiliza los aspectos simbólicos presentes en la religión, la ideología, el lenguaje, la cultura, el arte, la ciencia, etcétera, para justificar y legitimar la violencia directa y estructural. Son, por tanto, las narrativas y discursos que nos hacen normalizar las conductas y condiciones sociales violentas. En la práctica, estos tres tipos de violencias se interrelacionan. Las expresiones de la violencia directa son el resultado de situaciones de violencia estructural y de los aspectos simbólicos de la violencia cultural.

A partir de esta triada de violencias, Galtung desarrolló la célebre distinción entre paz negativa y paz positiva. La “paz negativa” se refiere a la paz que se da cuando hay ausencia de violencia directa. En el marco de un conflicto armado, este tipo de paz se obtendría cuando cesan las hostilidades, ya sea tras la derrota militar de uno de los bandos o por la firma de un acuerdo de paz. Esta noción se corresponde a la visión clásica o realista de la paz y la seguridad. La “paz positiva”, en cambio, es aquella que resulta de la ausencia de las tres violencias directa, estructural y cultural. La paz positiva no puede surgir de la victoria militar o de las negociaciones entre actores armados sino que requiere de un proceso que aborde las raíces o causas de los conflictos y transforme las estructuras y actitudes violentas de la sociedad.

Desde que Galtung publicara este marco conceptual por primera vez en un ensayo de 1969, éste “continúa siendo un referencia obligada para cualquier incursión en el tema de la paz” (Fisas y Grasa, 1985: 15). Sus planteamientos supusieron una ruptura definitiva con la tradición dominante que identificaba la paz con la ausencia de guerra (paz negativa). Así mismo, la nueva conceptualización implicó: (1) que el conflicto dejara de ser el elemento definidor de la existencia de paz, lo que contribuyó a que los conflictos pasaran a ser vistos de manera positiva y constructiva

---

<sup>170</sup> Las dificultades no implican que para Galtung la violencia estructural (por ejemplo, la pobreza) no sea igualmente evitable que la violencia directa.

<sup>171</sup> Constituye violencia estructural todo aquello que impide la satisfacción de las necesidades básicas y provoca la desigualdad social: el desempleo, la malnutrición, la carencia de servicios sanitarios y educativos básicos, la pobreza, la inequidad, la esclavitud, la injusticia social, la concentración de la propiedad, los abusos de poder, la asimetría en el acceso a recursos, etc.

y que el problema se centrara en el carácter violento de algunos conflictos y en su resolución no-violenta (2) que se visibilizara la violencia directa, estructural y cultural que realizan los estados y (3) que se estimulara la ampliación de las iniciativas de paz.

Sin embargo, a pesar de la invaluable aportación de este concepto al campo de estudios y de seguir siendo su principal referente conceptual, la paz positiva ha achacado durante años un problema de enunciación: estar definido por lo que no es, la ausencia de violencias<sup>172</sup>. Sobre esta cuestión ya había recaído el propio Galtung (1969) concluyendo que, respecto a la paz negativa, no hay forma de reformular su definición en términos positivos, dado que la “ausencia de violencia directa” no nos conduce a ninguna condición que pueda ser positivamente definida, sin embargo, respecto a la paz positiva sí cabría esta reformulación. Las nociones de paz y violencia son bastante amplias como para explorar nuevas direcciones. En el mismo sentido, Lederach afirmó que la paz es un concepto rico y multidimensional que afecta a todos los niveles de la existencia humana, por lo que es necesario que el estudio de la paz parta de una concepción amplia e inclusiva de la paz (Lederach, 2000: 36). Los autores han continuado buscando los elementos, situaciones y condiciones que enriquezcan una definición positiva de la paz. Según estos, podemos encontrar en las tradiciones no-occidentales nociones útiles para esta reformulación: la prosperidad y la justicia del *shâlom*, el amor del *agapé*, la solidaridad del *quran*, la armonía de la *homonoia* y la *eirene*, la paz mental del *shanti*, *p'ing ho* y *heiwa*, la tranquilidad del *ashanti* y la noviolencia de la *ahimsâ* y el *satyagraha* (Galtung, 1985: 100-101; Lederach, 2000: 26-29)<sup>173</sup>.

Tras la revisión de la literatura, encontramos que para los principales especialistas en el campo de la investigación para la paz, la “paz positiva” ha sido relacionada con hacer posible: (1) la convivencia, la integración y la cooperación, (2) la justicia y la ausencia de violencia estructural y (3) la autorrealización humana o el desarrollo personal.

Antes de la publicación de 1969, Galtung había definido la paz positiva como la “integración de la sociedad humana” (Galtung, 1964: 2). Pero el referente más claro de la definición de la paz en términos de integración y cooperación fue Adam Curle, fundador del programa sobre estudios de paz en la Universidad de Bradford. Desde los años setenta comenzó a desarrollar la noción de paz en términos de interacciones sociales pacíficas y no-pacíficas (Curle, 1971, 1977). Bajo esta

---

<sup>172</sup> Desde el punto de vista normativo la paz ha sido una noción valorativamente positiva, un ideal deseado por la humanidad. Sin embargo, desde el punto de vista conceptual ha sido la guerra el concepto primitivo, fuerte y descriptivamente afirmativo. Desde los clásicos hasta la actualidad cuando nos aproximamos al problema, la guerra es definida positivamente como conflicto armado y la paz es definida en términos negativos como ausencia de guerra (Ruiz, 2004: 246). Un problema que la paz positiva no solventó porque se conceptualizó como “ausencia de violencias”.

<sup>173</sup> La paz como justicia y armonía también aparece en ciertos pasajes de la Biblia (Isaías 54, 13-14, 60 y 17) (Ruiz, 2004: 246).



perspectiva, la paz se entiende como las relaciones de confianza, cooperación, reciprocidad y apoyo mutuo que existen entre los individuos, grupos o naciones. Para que haya relaciones pacíficas se tienen que dar las mismas condiciones que para la paz positiva, no basta con que haya una apariencia de tranquilidad pues la ausencia de conflictos abiertos puede esconder relaciones desiguales o de dominación. Es necesario que las personas y grupos cooperen y se asocien activamente en un proceso común de desarrollo, lo que implica necesariamente que haya reciprocidad y equidad en las relaciones. En síntesis, la paz o las relaciones pacíficas se alcanzan cuando estamos ante un nivel reducido de violencia directa y un nivel elevado de justicia<sup>174</sup>. El objetivo de la investigación para la paz es estudiar las condiciones y técnicas que pueden transformar las relaciones no-pacíficas en pacíficas, teniendo en cuenta que la “pacificación” o resolución de conflictos no puede alcanzarse a través de la supresión de la disidencia o el mantenimiento de las injusticias sociales (Curle, 1994: 7).

El vínculo entre la paz y la justicia social fue ampliamente señalado por el socialismo –la desigualdad y la explotación económica como generadoras de las guerras– y tuvo una influencia significativa en el “pacifismo científico” dedicado a analizar las causas de los conflictos armados (Cortright, 2008: 260 y 269). Dentro de la investigación para la paz, la “paz como justicia social” (*justpeace*) (Lederach y Scott Appleby, 2010) se remonta nuevamente a finales de los años sesenta con la categoría de violencia estructural de Galtung. Posiblemente por la orientación estructuralista-marxista del autor sus planteamientos sobre la paz positiva priorizan la “ausencia de violencia estructural” sobre las demás violencias. Si la paz positiva es definida de manera antitética a las estructuras violentas, entendidas éstas como condiciones sociales asimétricas, desiguales e injustas, la paz viene inextricablemente unida a la justicia social. Las estructuras violentas no son simplemente las condiciones que provocan la carencia de recursos (comida, renta, vivienda, educación, salud, etc.) indispensables para que el ser humano se realice espiritual y materialmente sino que consiste, además, en una insatisfacción relativa, desigual, en comparación con los otros. Dicho de otra manera, las estructuras generan violencia cuando los recursos están desigualmente distribuidos, lo que se asocia a su vez a la desigualdad en el control y poder de decisión acerca de la distribución de los recursos<sup>175</sup>. En estos términos, la paz como justicia social requiere garantizar una distribución equitativa del poder y de los recursos.

En tercer lugar, el objetivo último de la paz positiva es posibilitar la realización del ser humano, entendida ésta como el cumplimiento del potencial que cada ser humano tiene, tanto a nivel físico (no carecer de recursos básicos) como mental (tener oportunidades de desarrollo). Privar a las personas y colectivos de la

---

<sup>174</sup> Esta noción de paz como “mínimo de violencia y máximo de justicia” es adoptada más tarde por el enfoque de transformación de conflictos de Lederach (2003: 22).

<sup>175</sup> En palabras del propio Galtung (1985: 37), “la violencia está edificada dentro de la estructura, y se manifiesta como un poder desigual y, consiguientemente, como oportunidades de vida distintas”.

satisfacción de sus necesidades (de identidad, reconocimiento, protección, alimento, participación en política, etc.) ha sido señalada por la literatura como una causa de inseguridad y de violencia que puede provocar, además, el estallido de los conflictos sociales y armados (Azar, 1990; Booth, 2007; Burton, 1990; Galtung, 1985; Gurr, 1970)<sup>176</sup>. En este sentido, la violencia es la condición que limita u obstaculiza la autorrealización humana o, en otras palabras, es el causante de la diferencia entre lo que la persona podría haber sido (potencial) y lo que es (real)<sup>177</sup>. Y la paz positiva es la liberación de todas las condiciones que impiden disfrutar de una vida digna. Galtung (1981) resumió en cinco dimensiones las condiciones de vida fundamentales: comida necesaria para sobrevivir (incluye agua y aire), vestido y vivienda necesarios para protegernos del clima, salud para curar las dolencias y enfermedades, comunidad necesaria para establecer relaciones sociales y educación necesaria para reflexionar sobre la vida de forma crítica y creativa (citado en Lederach, 2000: 83).

La paz positiva definida en estos términos busca lo mismo que el desarrollo. Según Galtung, “la teoría de la paz está íntimamente conectada no sólo con la teoría del conflicto sino también con la teoría del desarrollo” (Galtung, 1969: 185). Galtung se preocupó extensamente en analizar las teorías del desarrollo económico y social, la noción de “necesidades básicas”, el sistema de cooperación internacional y la conexión entre paz y desarrollo (Galtung 1980). En su teoría, paz y desarrollo son fenómenos indisociables que persiguen lo mismo: satisfacer las necesidades de supervivencia, bienestar, identidad y libertad (Galtung, 1985: 107). En la tabla x se resumen las diferentes visiones sobre la paz y el desarrollo y cómo los objetivos convergen cuando se conciben en sentido amplio (paz positiva y desarrollo humano).

**Tabla 1: Convergencia paz positiva y desarrollo humano**

Nociones de paz y desarrollo	Paz	Desarrollo
Sentido Restringido	Ausencia de guerra entre estados (paz negativa)	Ausencia de pobreza (subdesarrollo o falta de crecimiento económico)
Sentido Amplio	Cumplimiento del potencial humano físico y mental (paz positiva)	Satisfacción de necesidades humanas básicas (desarrollo humano <sup>178</sup> )

<sup>176</sup> Como veremos, esta idea está presente en la noción de seguridad de la Teoría Crítica (*freedom from existential threats*) y en el concepto de seguridad humana (*freedom from necessity*).

<sup>177</sup> La violencia “esta presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales” (Galtung, 1985: 30).

<sup>178</sup> Al igual que la paz positiva frente a la paz negativa, el desarrollo humano apunta a que se debe ampliar y profundizar la visión del desarrollo, superando la noción clásica de los estados que lo conciben como una cuestión de crecimiento económico o de falta de capital, e incluyendo la visión de las necesidades de las personas y los colectivos. Un ejemplo de la convergencia paz positiva-desarrollo humano es el enfoque de la seguridad humana del que luego hablamos.

Fuente: elaboración propia

Los diferentes esfuerzos investigativos realizados en torno al significado de la paz positiva han enriquecido el concepto pero también han complicado su enunciación y análisis<sup>179</sup>. Una ampliación excesiva del concepto puede generar problemas tanto a nivel académico-intelectual como político.

A nivel académico-intelectual, la multiplicidad de dimensiones y conceptos que han aparecido para construir una definición positiva de paz agrava los problemas de análisis, medición y evaluación de la paz (Instituto Català Internacional per la Pau, 2010)<sup>180</sup>. La noción positiva de la paz es más confusa que la noción negativa, en primer lugar, porque existen situaciones intermedias donde no hay conflicto armado ni tampoco ausencia de violencias por lo que se hace difícil su definición en términos de paz positiva. Y, en segundo lugar, porque las dimensiones de la paz positiva son difíciles de determinar cuantitativamente y están sujetas a valoraciones subjetivas (Ruiz, 2004: 247). Es más fácil definir y medir cuando hay paz en términos de ausencia de conflicto armado (paz negativa)<sup>181</sup>.

A nivel político, la visión holística de la paz hace que nos planteemos si la paz es un estadio utópico inalcanzable, si acaso podemos aspirar a construir sociedades donde la justicia total se alcance, todas las relaciones sociales sean cooperativas y ningún ser humano tenga limitaciones a su desarrollo. En la literatura encontramos que los autores han sido cautelosos a la hora de definir la paz positiva en términos totalizadores. Por ejemplo, Galtung (2003, 31) propuso hablar de la paz positiva como la reducción de las violencias, no de su eliminación completa, Adam Curle (1977) consideró que las relaciones pacíficas se alcanzan al reducir al mínimo las violencias directas y aumentar al máximo la justicia y Betty Reardon (1978) se refirió a la paz como un orden apacible con un mínimo de coerción. Además, a diferencia de la noción restringida de paz, la noción amplia considera que la paz no es un estadio o un tiempo de paz sino un proceso dinámico y constante (Curle, 1977; Lederach, 2000: 32-33), por lo que caben avances y retrocesos. Y Francisco A. Muñoz (2001) propuso el concepto de “paz imperfecta” para reflejar precisamente que la paz es un proceso vivo, inacabado e imperfecto que nunca termina, es una condición de posibilidad y un horizonte a perseguir por los seres humanos.

---

<sup>179</sup> Alrededor de la paz han ido apareciendo multiplicidad de nociones como, por ejemplo, la equidad, la redistribución, el reconocimiento, la justicia transicional, los derechos humanos, la reconciliación y la interculturalidad.

<sup>180</sup> Todavía no hay ninguna metodología adecuada para analizar la paz positiva. Se observan problemas éticos, políticos y metodológicos (subjetividad, objeto de medición, comparabilidad, objetivos deseables, falta de datos, exceso de indicadores y encuestas sesgadas) (Instituto Català Internacional per la Pau, 2010: 52-53).

<sup>181</sup> Los institutos dedicados al estudio de las guerras las definen cuantitativamente según el número de muertos por año, lo que hace posible su clasificación y medición. De acuerdo a los criterios empleados, relativamente fáciles de observar, los institutos pueden analizar la intensidad del enfrentamiento y la evolución de los conflictos armados civiles e interestatales así como medir la eficacia de los procesos de negociación y construcción de paz.

Por último, antes de concluir este apartado, nos parece importante resaltar que la noción de la paz positiva está relacionada intrínsecamente con la de interculturalidad (Panikkar, 2002, 2006; París y Martínez, 2004). La interculturalidad es una propuesta ético-política que ha venido a superar el multiculturalismo. El multiculturalismo fue un paso importante en tanto en cuanto fue la primera doctrina política que reconoció la diversidad cultural y buscó su preservación. En base a esta doctrina varios estados en América y Europa (entre los que destaca el caso canadiense) crearon un modelo de gestión de la diferencia basado principalmente en el reconocimiento de derechos para las minorías culturales. Sin embargo, los autores críticos han subrayado que ésta doctrina tiene un sesgo colonialista porque sigue existiendo una cultura superior (la que se corresponde con el estado) que ofrece una “hospitalidad benévola y condescendiente” (Panikkar, 2006: 35). Utiliza la retórica del reconocimiento, pero se mantienen las asimetrías en el poder y la riqueza. La interculturalidad, en cambio, exige convergencia y diálogo entre culturas, en una posición de horizontalidad, lo que supone una transformación estructural. Es, en definitiva, un proceso liberador que viene de abajo a arriba, desde los grupos excluidos, planteamientos que están conectados, en América Latina, con las corrientes decoloniales<sup>182</sup>. Seguidores de esta línea son, entre otros, Catherine Walsh, Walter Dignolo, Anibal Quijano y Enrique Dussel.

El vínculo entre la interculturalidad y la paz positiva reside en que ambos requieren un proceso de diálogo y mutuo reconocimiento, que de lugar al equilibrio entre el respeto por la diferencia y la convivencia, de forma que las diferentes identidades puedan coexistir y participar en igualdad de condiciones en la construcción colectiva de la sociedad. El camino para la paz exige el “desarme cultural” porque la paz no es el monopolio de ninguna cultura y porque su concepto lejos de ser unívoco, tiene diversos significados, en función de la cultura (Panikkar, 2002: 67). La conexión entre la paz y la interculturalidad ya han sido señalados por la literatura, pero todavía se requieren más esfuerzos investigativos –sobre todo desde las corrientes críticas, decoloniales y posestructuralistas– para analizar cuestiones como la interculturalidad, la alteridad y la subalternidad dentro de los estudios de paz.

### **3.2.2. Aportes a la paz de las visiones no estatocéntricas de la seguridad**

En los años noventa aparecieron nuevos enfoques de seguridad que no seguían la visión estatocéntrica tradicional que ubica al Estado como el único referente de la seguridad. Por un lado, surgieron los “estudios críticos de seguridad” de la disciplina de las RRII, que engloba un conjunto de enfoques procedentes del constructivismo,

---

<sup>182</sup> Recientemente ha surgido dentro de las RRII, la corriente decolonial, que es impulsada desde América Latina y se posiciona como pensamiento crítico frente al poscolonialismo. Para ver algunos de sus aportes a las RRII, ver Fonseca y Jerrens (2012).

la Teoría Crítica, el poscolonialismo, el posestructuralismo, las teorías feministas y las teorías ecologistas, todas ellas teorías que, con mayor o menor profundidad, vienen cuestionando la naturaleza ontológica, epistemológica y metodológica de la noción clásica de seguridad y propusieron su ampliación. Y, por otro lado, surgió también en esta década el enfoque de la seguridad humana, que también supone un cuestionamiento ontológico al estudio de la seguridad (qué es la seguridad y cuáles las amenazas).

En este apartado realizamos una revisión teórica de los estudios críticos de seguridad de las RRII y el enfoque de la seguridad humana, desde el planteamiento de que sus planteamientos puedan servir para robustecer teóricamente a la investigación para la paz. Para justificar el uso de estos enfoques, en primer lugar, explicamos la relación entre los campos de estudios de la paz y la seguridad y a continuación, abordamos los principales aportes de los estudios críticos de seguridad y el enfoque de seguridad humana.

### 3.2.2.1. Relación entre paz y seguridad

La paz y la seguridad son conceptos estrechamente relacionados, que comparten el lenguaje y las dimensiones de análisis, aunque no son sinónimos. Difieren en ciertos puntos y han tenido usos y evoluciones diferentes (Waeber, 2008: 99).

Durante la Guerra Fría (1947-1989), los “estudios de paz” y los “estudios de seguridad” –o más bien “estratégicos”<sup>183</sup>– se conformaron como campos de estudio opuestos<sup>184</sup>. La seguridad era la principal preocupación de los gobiernos y el concepto que guiaba la línea política principal (*mainstream*), mientras que la paz quedó como el concepto opuesto a esos intereses tradicionales y la principal preocupación de los movimientos pacifistas (Waeber, 2008: 99). El uso de los conceptos de paz y seguridad en esta época, además, estuvo relacionado con la división entre Oriente y Occidente, siendo la paz el concepto más habitual en Oriente-Bloque Soviético (y entre los críticos a Occidente) y la seguridad en Occidente-Estados Unidos (Waeber, 2008: 105).

Desde los años setenta, los investigadores de la paz –siguiendo la noción positiva de paz– señalaron la necesidad de otorgar mayor prioridad a las necesidades humanas básicas y la "violencia estructural" (Buzan y Hansen, 2009: 12) mientras que la seguridad quedó asociada a conceptos antagónicos a la paz, tales como

---

<sup>183</sup> Los estudios de seguridad, estratégicos y de guerra se usan a menudo como sinónimos, aunque los "estudios de seguridad" engloban un programa de investigación más amplio y los estudios "estratégicos" y de "guerra" son un programa de investigación más estrecho y con un enfoque realista (Albrecht y Brauch, 2008: 506).

<sup>184</sup> Ambos son programas de investigación distintos dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales y también van más allá, debido a sus enfoques multidisciplinares que combinan el conocimiento de filosofía, sociología, psicología, antropología y derecho (Albrecht y Brauch, 2008: 503).

violencia, poder, guerra o agresión. La seguridad era vista como uno de los problemas de la carrera armamentística en las relaciones internacionales. Por tanto, el concepto de seguridad era únicamente utilizado dentro de la investigación para la paz desde una perspectiva teórica y política fundamentalmente crítica, para ser discutida como opuesto a la paz (Albrecht y Brauch, 2008: 517)<sup>185</sup>. Por ejemplo, durante su producción intelectual, Galtung criticó repetidamente el concepto de seguridad pero no realizó ningún análisis sistemático de su noción de seguridad similar al realizado con la paz (Albrecht y Brauch, 2008: 520).

Sin embargo, en los ochenta, la separación paz-seguridad comenzó a cambiar, cuando los “reformistas”, esto es, ciertos intelectuales socialdemócratas e investigadores para la paz, especialmente de Alemania y Norte de Europa, empezaron a utilizar el término “seguridad” para discutir sobre la necesidad de ampliar y profundizar el concepto e intentar redefinirlo más allá de la dimensión militar. Comenzó así la ampliación del concepto de seguridad (Waeber, 2008: 106; Albrecht y Brauch, 2008: 521).

Sin embargo, aunque la investigación para la paz contribuyó a la ampliación del concepto de seguridad, “los problemas de seguridad y especialmente el análisis de los problemas conceptuales de seguridad no han sido una preocupación importante dentro de la investigación de paz” (Albrecht y Brauch, 2008: 521)<sup>186</sup>. Es interesante, por tanto, rastrear qué pasó.

Tras el fin de la Guerra Fría, Occidente recuperó el concepto de paz que en su tradición intelectual idealista ya había existido, asociado a la democracia y el liberalismo (como luego veremos, las bases para la conceptualización de la paz democrática y paz liberal) (Waeber, 2008: 108). La paz se convirtió en el “marco ideológico de la política de orden mundial” (Waeber, 2008: 109). Por otro lado, desde los años noventa, los estudios de seguridad se fueron volviendo teóricamente más sofisticados. La seguridad sirvió como un punto de encuentro para los debates académicos de perspectivas previamente opuestas (Buzan y Hansen, 2009: 13).

Como resultado de esta evolución, la situación de los campos de estudios se ha invertido. Hoy, la investigación para la paz resulta apologética e intelectualmente menos interesante que los estudios de seguridad donde se encuentran las agendas radicales y críticas. Las razones para esta “crisis” en los estudios de paz son

---

<sup>185</sup> Una excepción a la separación de estos campos durante la Guerra Fría, fue la cuestión del Control de Armas que no solo preocupó a los estudios estratégicos sino también a los investigadores por la paz, por el riesgo que suponía la rivalidad entre las potencias y las armas nucleares. Esta ha sido una excepción para la investigación para la paz en tanto en cuanto supuso el estudio de las dimensiones militares de seguridad (Buzan y Hansen, 2009: 101).

<sup>186</sup> Los autores llegan a esta conclusión después de revisar una serie de escritos seleccionados sobre seguridad por autores asociados con la investigación de paz a nivel mundial y regional en el mundo occidental y advierten que hasta el momento no hay ningún estudio que evalúe los cambios en el uso del concepto de seguridad, por ejemplo, en las principales revistas internacionales (Albrecht y Brauch, 2008: 521-522).

variadas. Por un lado, el concepto de paz, que se había desarrollado durante la Guerra Fría en oposición a la política de seguridad y armamento, quedó en una situación difícil cuando terminó la Guerra Fría y Occidente adoptó la paz – democrática y liberal– como parte de su política mundial. Por otro lado, el rechazo de esta disciplina hacia los enfoques posestructuralistas y constructivistas en los años ochenta, contribuyó a que la innovación teórica propuesta por estos enfoques quedará vinculada a los estudios de seguridad, donde tuvo mejor acogida.

En cambio, desde mediados de los noventa, los estudios de seguridad entraron en un período teórico muy productivo, en particular, en los institutos de investigación y revistas europeas, en donde se fueron generando los estudios críticos de seguridad (Waever, 2008: 110). Muchos investigadores de la paz e instituciones de este campo, en los noventa, cambiaron su interés hacia el estudio de un concepto amplio y profundo de la seguridad (Albrecht y Brauch, 2008: 505). Así mismo, mientras que la investigación para la paz no ha integrado en análisis conceptual de la seguridad, los enfoques teóricos críticos de la seguridad, surgidos en Europa, sí han integrado en parte cuestiones tratadas en la investigación para la paz (Albrecht y Brauch, 2008: 523). Por ejemplo, el colectivo Enfoques Críticos de Seguridad en Europa (CASE, por sus siglas en inglés) se ha mostrado proclive a explorar nuevos caminos para los enfoques críticos de seguridad que se basen también en los trabajos de los sesenta y setenta de autores de la investigación crítica de la paz (Albrecht y Brauch, 2008: 523)

Para estimular de nuevo a la investigación para la paz, una estrategia prometedora sería que ésta profundizara en las paradojas internas de la paz democrática y liberal (Geis, Brock y Müller, 2006, citado en Waever, 2008: 110). Así mismo, podría contribuir al desarrollo del campo, los aportes que las corrientes críticas de las ciencias sociales –acogidos en los estudios críticos de seguridad– han hecho al estudio de la seguridad. Al igual que ocurrió entre la paz y los estudios de desarrollo, que en los años noventa cristalizó en el concepto de seguridad humana (Buzan y Hansen, 2009: 102-103, 128-129), podríamos asistir a una mayor convergencia teórica entre la investigación crítica para la paz y los estudios críticos de seguridad.

### **3.2.2.2. Estudios críticos de seguridad y seguridad humana**

Los estudios críticos de seguridad aparecieron en Europa y Canadá en los años noventa. Aunque existen referentes teóricos anteriores, su impulso definitivo como estudios críticos de seguridad se produce con el fin de la Guerra Fría, un momento de reconceptualización de la seguridad y de las ciencias sociales vinculado a los cambios en la configuración del orden mundial y la llegada de nuevos desafíos al contexto internacional (Buzan y Hansen, 2009: 187). A pesar de las diferencias entre corrientes, todas cuentan con un nivel sofisticado de desarrollo teórico enfocado a

cuestionar las dimensiones ontológica, epistemológica y metodológica de las visiones clásicas de las Relaciones Internacionales.

Por otro lado, la seguridad humana (SH) es una propuesta que emergió a mediados de los noventa dentro del campo de los estudios de desarrollo, tras la publicación del “Informe de Desarrollo Humano” del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 1994) y vinculado a los avances habidos en la época dentro de este campo: el enfoque de las necesidades humanas básicas y la formulación del desarrollo humano. La SH comparte con los estudios críticos de seguridad la perspectiva ontológica, es decir, el intento de superar la concepción estatocéntrica y militar de la seguridad, incluyendo en la agenda de seguridad dimensiones no militares y priorizando a las personas sobre el estado. De hecho, ha sido la propuesta que más incidencia ha tenido en la agenda política, pues su conceptualización y divulgación en las NNUU supuso la ampliación de los tipos de amenazas y sectores a los que la seguridad era aplicable a los alimentos, la salud, el medio ambiente, el crecimiento de la población, las disparidades en las oportunidades económicas, la migración, el narcotráfico y el terrorismo (Buzan y Hansen, 2009: 203).

Nuestro interés aquí no es realizar una revisión de cada uno de estos enfoques sino encontrar las principales aportes o debates teóricos que puedan servir a la investigación para la paz. No obstante, en la siguiente tabla presentamos una caracterización general de las diferentes corrientes que forman parte de los estudios críticos de seguridad y el enfoque de la seguridad humana, que nos ayude a ubicar los debates teóricos.

**Tabla 2: Estudios Críticos de Seguridad y Seguridad Humana**

<b>Estudios Críticos de Seguridad y Seguridad Humana</b>	
Constructivismo	<p>Los postulados constructivistas que defienden que la realidad social internacional es una construcción social, marcada por factores ideacionales, son compartidos por los estudios críticos de seguridad. Hay dos ramas, convencional y crítico.</p> <p>El constructivismo convencional, a diferencia de los análisis realistas-materialistas, el constructivismo resalta la importancia de los factores ideacionales o subjetivos tales como la cultura, las creencias, las normas, las ideas y la identidad. No obstante se sigue centrando en analizar el comportamiento del estado. Incluye epistemologías positivistas y pospositivistas y procede principalmente de EEUU. Algunos de sus referentes son Alexander Wendt (1996) y Peter Katzenstein (1996).</p> <p>El constructivismo crítico mira a otras colectividades diferentes al estado y considera que la construcción social refleja y materializa</p>



	<p>las relaciones de poder, pero sigue preocupado por la seguridad militar. Adopta metodologías pospositivistas. Su origen se ubica predominantemente en EEUU pero desde finales de la década de los 90 ha adquirido una gran repercusión en Europa. Sus referentes son David Mutimer (1998) y Karen Fierke (1996).</p> <p>La Escuela de Copenhague –liderada por Ole Waever (1995) y Barry Buzan (1998)– se asienta en postulados constructivistas.</p>
Teoría Crítica	<p>La Teoría Crítica es un enfoque de las ciencias sociales de raíces neomarxistas, cuyas bases se asientan en los seguidores de Antonio Gramsci y la Escuela de Fráncfort<sup>187</sup>. Dentro de la Teoría Crítica de las RRIL, es la Escuela de Gales la que se ha centrado en el análisis de la seguridad. En particular, la Escuela de Gales se ha ocupado de estudiar la hegemonía y el poder en las relaciones internacionales, actualmente dominado por el pensamiento y el sistema económico liberal. La emancipación es el concepto clave de esta corriente. Es particularmente fuerte en Gran Bretaña. Dos de sus referentes principales son Ken Booth (1991, 2005, 2007) y Wyn Jones (1995, 1999).</p>
Estudios feministas de seguridad	<p>Cubren una variedad de enfoques que van desde la investigación de la paz hasta el postestructuralismo, así como una variedad de metodologías positivistas y pos-positivistas. Sostiene que las mujeres apoyan las políticas de seguridad de los estados a través de funciones tanto militares como no militares, y que enfrentan una serie de problemas de seguridad específicos de género que nunca se reconocen dentro de una concepción de seguridad centrada en el estado. Así mismo, señala el papel que desempeña la masculinidad hegemónica en el mantenimiento de las políticas de seguridad militarista. Algunas de sus autoras destacadas son Cynthia Enloe (1989) y Ann Tickner (1992). Se originó a mediados de los años 80 en los Estados Unidos y Gran Bretaña y ha crecido hasta tener una presencia global.</p>
Estudios poscoloniales de seguridad	<p>Señalan que en los estudios de seguridad hay un sesgo etnocéntrico occidental, por tanto los conceptos no reflejan los problemas de inseguridad de los países del sur. Argumentan que el estudio del mundo no occidental requiere teorías de seguridad que incorporen la historia colonial, así como la atención a las formaciones estatales específicas en el Tercer Mundo. Ha sido desarrollado por académicos occidentales y no-occidentales, tales como Edward W. Said (1978), Spivak (1999) y Mohammed Ayoob (1984, 1997).</p>
Estudios posestructuralistas de seguridad	<p>El postestructuralismo tiene sus raíces en los análisis al estructuralismo lingüístico y el deconstructivismo de Jacques Derrida y el análisis de discursos de Michael Foucault. En relación a la seguridad, argumenta que la soberanía y la seguridad del estado son productos de prácticas y discursos políticos. Esta perspectiva es crítica con el estatocentrismo que restringe las posibilidades de otros objetos de seguridad referentes. Comenzó en América del Norte a mediados de los años 80, pero desde</p>

<sup>187</sup> A la Escuela de Fráncfort pertenecen Jürgen Habermas, Max Horkheimer, Theodor Adorno, Axel Honneth, entre otros.

	principios de los 90 fue más fuerte en Europa. Algunas de sus obras de referencia son Campell (1992) y Walker (1993).
Estudios ecologistas de seguridad	Las teorías ecologistas en relación a la seguridad consideran que el referente de la seguridad no es ni el estado, ni las personas, ni los grupos sociales sino el ecosistema. De hecho la fuente de amenaza en este caso es la humanidad, pues son los seres humanos quienes están desafiando la sostenibilidad y provocando la inseguridad ecológica. El concepto de “seguridad ambiental” apareció durante los ochenta y noventa en EEUU, Canadá, Suiza y Noruega. Para profundizar sobre este enfoque ver Simon Dalby (2002) y Jon Barnett (2001, 2003)
Seguridad Humana	Este enfoque procedente del campo del desarrollo, defiende que los seres humanos deben ser el principal objeto de referencia de la seguridad y, por lo tanto, que la agenda de seguridad debe incluir temas de pobreza, subdesarrollo, hambre y otras agresiones a la integridad y potencial humanos. Busca, por tanto, fusionar las agendas de seguridad y desarrollo. La seguridad humana tiene presencia académica en Occidente y Japón y ha sido aceptada por las Naciones Unidas (ONU), la Unión Europea (UE) y los gobiernos de Canadá, Noruega y Japón.

Fuente: Elaboración propia a partir de Buzan y Hansen (2009: 35-36), Brauch (2008: 29 y 33) y Pérez de Armiño (2015)

A continuación, vamos a ver cuatro aportes o debates teóricos dentro de los estudios críticos de seguridad y la seguridad humana, que pueden servir de aporte al desarrollo de la investigación crítica para la paz: en primer lugar, la epistemología y metodología pospositivista; en segundo lugar, la ampliación y profundización de la agenda de seguridad; en tercer lugar, la incorporación de sectores invisibilizados; en cuarto lugar, la relación entre el poder y la generación del conocimiento; y en quinto lugar, la visión política transformadora de los enfoques. No todos los enfoques presentados tienen los misma perspectiva sobre estas cuestiones, pero la interacción entre seguidores de diferentes corrientes y escuelas ha dado lugar a debates teóricos interesantes para la investigación para la paz<sup>188</sup>.

#### a) La epistemología y metodología pospositivista

Desde el punto de vista epistemológico, los estudios críticos se ubican dentro de las corrientes pospositivistas y constructivistas de las ciencias sociales. Esto implica el rechazo a la noción positivista de la seguridad que la concibe como una realidad objetiva, estática y aséptica que puede ser analizada y explicada a través de una ciencia social universal. Los enfoques realista y liberal (“racionalistas”), conciben la seguridad bajo la concepción objetiva y positivista, por tanto estudian la ausencia o

<sup>188</sup> La interacción entre estas corrientes de pensamiento ha sido frecuente. Muchos de los autores posestructuralistas, poscoloniales y feministas han tenido raíces intelectuales comunes, principalmente procedentes de la Teoría Crítica. Por ejemplo: Foucault, Thompson, la Escuela Subalterna de la India, el “diálogo de saberes” en América Latina. La Escuela de Frankfurt y la idea de emancipación influyeron también en las teorías feministas de Ann Tickner, Brooke Ackery, Maria Stern y Jacqui True (Shapcott, 2008: 334-335).

presencia de amenazas concretas, que habitualmente se miden en términos materiales (Buzan y Hansen, 2009: 35)<sup>189</sup>.

En su lugar, los estudios críticos de seguridad comparten el cuestionamiento al positivismo y el conocimiento “objetivo” y “neutral” de la realidad; y priorizan los factores ideacionales y subjetivos frente a los materiales y objetivos, de las metodologías cualitativas. Por tanto, conciben la seguridad, bien desde una concepción subjetiva –la seguridad es una percepción subjetiva, sentirse o no amenazado– o bien desde una concepción discursiva –la seguridad es el resultado de un proceso de interacción comunicativa entre los diversos actores sociales<sup>190</sup> (Buzan y Hansen, 2009: 33-34). En este sentido, lo que entendemos por “seguridad” y “amenazas” no son categorías que nos vengan dadas, sino interpretaciones cambiantes y derivadas de las percepciones o los discursos. La concepción que tengamos sobre la seguridad u otros fenómenos sociales deriva de la forma que tengamos de pensar el mundo y la política (normatividad, psicología, cultura, historia, etc.) y de los procesos intersubjetivos a través de los cuales se construyen los discursos.

Dentro de los estudios críticos de seguridad, la principal corriente deconstructivista y centrada en la dimensión discursiva de la seguridad ha sido la posestructuralista<sup>191</sup>. El posestructuralismo niega la validez de las meta-narrativas o meta-relatos que aspiran a ser explicaciones totalizadoras o universales del mundo (Smith, 2001: 239). En consecuencia, el posestructuralismo critica este aspecto presente en el estructuralismo-marxista, en la Teoría Crítica moderna, en el realismo y en el liberalismo. Aunque éstas se presentan como teorías universales en realidad tienen un sesgo etnocéntrico pues hacen parte de la tradición intelectual de Occidente que hunde sus raíces en la Ilustración. Por eso, esta corriente también es asociada con la perspectiva “posmodernista” por su crítica a la idea de progreso y de universalidad de la modernidad<sup>192</sup>.

Aunque los estudios críticos se aproximen al pospositivismo y las concepciones subjetivas y discursivas de la seguridad, Buzan y Hansen (2009: 35) señalan que muchas veces los enfoques se encuentran fuera de estos campos bien ordenados.

---

<sup>189</sup> Se mide si los estados representan una amenaza o son capaces de disuadir a los enemigos en función de sus capacidades materiales.

<sup>190</sup> La diferencia entre estas concepciones es que bajo la concepción subjetiva sí se puede llegar a conocer qué es la seguridad según la percepción de las personas (simplemente introduce elementos subjetivos en lugar de materiales-rationales), mientras que en la discursiva nunca se podrá definir que es la seguridad en términos objetivos y tanto las concepciones objetivas como las subjetivas resultan engañosas (Buzan y Hansen, 2009: 33) .

<sup>191</sup> El poscolonialismo y la Escuela de Copenhague también se han preocupado por cuestiones discursivas.

<sup>192</sup> Ambos términos se utilizan habitualmente como sinónimos, aunque según algunos autores posmodernismo y posestructuralismo no son lo mismo (Steans y Pettiford, 2001: 138).

En este sentido, dentro del constructivismo<sup>193</sup>, del enfoque de seguridad humana y de los estudios feministas de seguridad hay investigaciones con métodos cuantitativos y positivistas, al igual que pasa dentro de la investigación para la paz.

Consideramos que estos debates epistemológicos y metodológicos dentro de los estudios de seguridad pueden ser provechosos para desarrollar la perspectiva crítica de la investigación para la paz. Por ejemplo, el posestructuralismo –que por otro lado, ya incursionó en los estudios de paz en los ochenta– señala que la paz no puede entenderse como una meta-narrativa sino que se debe aceptar la diversidad e incorporar diferentes visiones de paz (Paffenholz, 2009: 3). En esta dirección, la metodología de la investigación pospositivista puede servir a la investigación para la paz para visibilizar los paces de los diferentes grupos no estatales como productores válidos de conocimiento, así como los procesos discursivos imbricados en la construcción de las paces locales. Por ejemplo, las metodologías empleadas por la perspectiva feminista como la narración de historias etnográficas o las metodologías interpretativas permiten a los sujetos hablar de los fenómenos sociales en sus propios términos (Tickner, 2005: 19).

#### b) La ampliación y profundización de la seguridad

Al finalizar la Guerra Fría, las controversias entre los estudios de seguridad y la investigación sobre la paz desaparecieron y los programas de investigación coincidieron en los debates sobre la ampliación y profundización del concepto de seguridad (Albrecht y Brauch, 2008: 523). Recordemos que, desde los años setenta, los investigadores de la paz señalaron la necesidad de otorgar más atención a las necesidades humanas básicas y a la "violencia estructural", y desde los noventa, se ha producido una ampliación sectorial general de la seguridad incluyendo dimensiones de la economía, el medio ambiente, la salud, el desarrollo y el género (Buzan y Hansen, 2009: 12).

Este proceso de reconceptualización se conoce dentro de la literatura como la ampliación (*widening*) y profundización (*deepening*) de la seguridad (Krause y Williams, 1997: 230). La ampliación se refiere a la introducción de nuevas dimensiones al concepto de seguridad (nuevos tipos de amenazas), más allá de las militares, y la profundización a la incorporación de otros referentes de la seguridad diferentes del estado, en concreto, las personas y los colectivos.

Desde el punto de vista ontológico, los estudios críticos de seguridad y la seguridad humana consideran que la visión de seguridad clásica es restringida y estatista. En la medida en que solo contempla las amenazas que preocupan a la seguridad de los estados, estos se convierten en el único referente de la paz y de la seguridad. Sin

---

<sup>193</sup> El constructivismo social se considera una corriente intermedia entre el positivismo y los pospositivistas. El constructivismo convencional es más cercano al positivismo y al realismo, mientras que el constructivismo crítico es más cercano al pospositivismo.

embargo, existen otro tipo de amenazas a la seguridad de las personas, de los colectivos e incluso de la naturaleza, que no están siendo incluidas bajo esta visión. Por eso, estos enfoques proponen la ampliación de la noción de seguridad a partir de la incorporación de las visiones y cuestiones que preocupan a las personas y los colectivos.

Las teorías feministas irrumpieron en los estudios de seguridad para señalar, en primer lugar, que las corrientes críticas no estaban teniendo en cuenta la dimensión del género. En las relaciones internacionales hay un sesgo patriarcal que se refleja en la marginalización de la visión de las mujeres dentro de los estudios de seguridad (Tickner, 1992). La aportación de las teorías feministas ha sido también importante al demostrar que las violencias y amenazas se manifiestan en lo personal y cotidiano y su interrelación con lo político e internacional. Es decir, la seguridad se expresa desde un nivel macro en las relaciones internacionales hasta un nivel micro e interpersonal<sup>194</sup> (Tickner, 2001: 48).

Por su parte, las teorías ecologistas cuestionan el sesgo antropocéntrico de los estudios de seguridad y pone en el centro de la seguridad al ecosistema. Bajo este enfoque, el mundo es un todo holístico donde el ser humano y la naturaleza son interdependientes, por lo tanto los daños en la biosfera repercuten necesariamente al ser humano. La principal amenaza para la sostenibilidad del medioambiente es la civilización humana, es decir, la cultura de manipular el resto de la naturaleza de manera autodestructiva. Ha alcanzado estas proporciones debido a la explosión demográfica y el crecimiento de la actividad económica desde la segunda mitad del siglo XX. Como consecuencia, la humanidad vive más allá de la capacidad de carga de los ecosistemas locales, regionales y globales de la tierra (Wilde, 2008: 598). Para garantizar la seguridad ecológica se requieren sistemas alternativos que permitan sostener los recursos a largo plazo, tomando en cuenta el criterio de la igualdad intergeneracional e intrageneracional. De lo contrario, si las estructuras no cambian voluntariamente y de manera controlada, el cambio estructural se producirá de manera violenta y aleatoria por medio de crisis ambientales (Wilde, 2008: 595). Nos interesa señalar esta corriente en tanto en cuanto comparte con las comunidades indígenas la visión holística de la naturaleza y el ser humano y, por tanto, su incorporación a la investigación crítica para la paz sería una provechosa contribución para la conceptualización de otras paces.

Por último, el enfoque de la seguridad humana adoptado por NNUU implicó un distanciamiento con la concepciones tradicionales de seguridad, una valoración crítica de las políticas de seguridad, la visibilización de múltiples amenazas antes no

---

<sup>194</sup> La guerra afecta de forma diferente a las personas, en concreto a las mujeres respecto a los hombres por las relaciones de género desiguales. El feminismo ha visibilizado tanto cómo la identidad masculina y las relaciones desiguales dominan las relaciones internacionales, la construcción de estado y la seguridad, como las formas en las que se expresan en lo personal, por ejemplo, la violación de las mujeres como arma de guerra o el aumento de la violencia doméstica en contextos de guerra (Enloe, 1988, 1989, 1993).

concebidas y la promoción de un enfoque de paz, desarrollo y seguridad centrado en las personas (Observatorio de Seguridad Humana de Medellín 2012, 29). Según esta perspectiva, la seguridad se alcanza cuando las personas dejan de tener amenazas físicas –libertad respecto del miedo (*freedom from fear*)– y bienestar –libertad respecto de las necesidades (*freedom from want*). Esta es la formulación amplia –y original– de la seguridad humana que la concibe como un proceso multidimensional y centrado en el ser humano<sup>195</sup>.

En un sentido parecido, Ken Booth (2007), uno de los autores más destacados de la Teoría Crítica, considera que la seguridad es la ausencia de limitaciones a las condiciones de vida. La seguridad no es un sinónimo de mera supervivencia sino que implica disfrutar de unas condiciones de vida que sean tolerables (*survival plus*). Por eso las amenazas a la seguridad no solo son las que atentan contra la existencia sino también las que limitan las condiciones necesarias para una vida digna. Cuando hay seguridad en el sentido de ausencia de amenazas existenciales (*freedom from existential threats*), las personas o grupos adquieren la libertad, la posibilidad de elegir, de tener expectativas sobre la vida humana que quieren construir. Por el contrario, cuanto mayor es el nivel de inseguridad, más restringida es la vida de las personas y más pequeño su espacio para elegir<sup>196</sup>. Es un error de los estudios clásicos de seguridad pensar que la seguridad de las personas depende de la seguridad del estado. En realidad, son los estados y el orden mundial los generadores de las inseguridades cotidianas como la pobreza o la opresión política (Wyn Jones, 1995: 309-310). Esta concepción de las amenazas le conduce a la Teoría Crítica a conceptualizar la emancipación del individuo como el objetivo de la seguridad. Es decir, la idea central de este enfoque es que la seguridad se alcanza con la emancipación humana<sup>197</sup>.

---

<sup>195</sup> Al enfoque de seguridad humana se le ha criticado, entre otras cosas, haber sido cooptada por las instituciones y organismos internacionales empujándola a su versión más restringida, tecnocrática y moderada y haberse convertido por tanto en un discurso funcional para la agenda de paz liberal (Ryerson, 2010; Bellamy y MacDonald, 2002). La versión restringida de la SH es aquella que solo tiene en cuenta la dimensión de las amenazas físicas (*freedom from fear*) de las personas, estos, es la dimensión de seguridad personal.

<sup>196</sup> La inseguridad de las personas, que limita su vida, también limita la posibilidad de que éstas participen en acciones colectivas. Esta cuestión es relevante para el campo de los Movimientos Sociales en el cual se debate sobre si la participación de las personas en acciones colectivas esta relacionada con la pobreza, la disponibilidad biográfica, la marginación, etc. Booth (2007: 107) considera que las revoluciones y actividades políticas violentas son raramente el resultado de la acción de las personas más pobres y vulnerables debido a que estas tienen que dedicarse a conseguir alimentación o refugio y no pueden abandonar sus tareas para seguir sus idearios o ambiciones políticas. Por tanto, son las personas más educadas y mejor posicionadas económicamente quienes tienen la iniciativa política. Por ejemplo, en el caso del 11S, los autores eran hombres, bien educados y financiados por un promotor rico, condiciones que les dieron la libertad para actuar.

<sup>197</sup> La emancipación es la “liberación de las personas (tanto individuos como grupos) de las coacciones físicas y humanas que les impiden realizar lo que ellas libremente elegirían hacer” (Booth, 1991: 319).

El concepto de seguridad propuesto por la seguridad humana –como libertad respecto a las necesidades– y propuesto por la Teoría Crítica –libertad respecto a las amenazas existenciales– son cercanos a la noción positiva de paz a la que nos referimos en el apartado anterior. Entonces, nos referimos a la paz positiva como la posibilidad de realización del ser humano –el cumplimiento del potencial que cada ser humano tiene, tanto a nivel físico (no carecer de recursos básicos) como mental (tener oportunidades de desarrollo)– lo que conecta con estas nociones de seguridad. En ambos campos se considera que la privación de la satisfacción de sus necesidades (de identidad, reconocimiento, protección, alimento, participación en política, etc.) a las personas y colectivos es una ausencia de seguridad y de paz.

Una voz disonante dentro de los estudios críticos en relación a la conceptualización de la seguridad es puesta por la Escuela de Copenhague, de la corriente constructivista. Por un lado, los seguidores de esta Escuela no comparten la incorporación de la dimensión individual en la noción de seguridad. Para estos, son las sociedades o los grupos sociales, definidas de acuerdo a rasgos culturales comunes y sentimientos de pertenencia, quienes hacen su propia construcción social de lo que significa la paz y la seguridad. Y las amenazas a la seguridad son aquellas que ponen en peligro precisamente la pervivencia del grupo y de su identidad colectiva. Esta concepción –bautizada como “seguridad social” (*societal security*) (Wæver et al., 1993)– sustituye también el referente de seguridad del estado por la sociedad<sup>198</sup>, si bien no contempla las problemáticas que afectan a las personas de manera individual sino de las personas en colectividad (es decir, la dimensión social del individuo).

Por otro lado, la Escuela de Copenhague mantiene una posición contraria frente a la actual tendencia de ampliar la agenda de seguridad. En la teoría de la “securitización”, Ole Waever (1995) advierte que la incorporación de dimensiones relacionadas con el bienestar de las personas puede generar problemas teóricos y políticos: teóricos, porque vacía de contenido el concepto de seguridad, qué podemos entender por seguridad cuando éste se ha vuelto tan laxo que todo cabe; y políticos, porque si definimos las problemáticas alimentarias, ambientales, sanitarias, etc., como amenazas de seguridad existe el peligro de que estas sean securitizadas, es decir, manejadas de la misma manera urgente y excepcional que los asuntos militares, cuando estas problemáticas requieren procesos de gestión más democráticos. Además, en la práctica, aunque la securitización está abierta a todos los actores, quienes acaban incluyendo los temas en las agendas son los “líderes políticos, burocracias, gobiernos, grupos de presión y grupos de presión” (Buzan et al., 1998: 40-41). Por lo tanto, contrariamente al resto de los estudios, esta teoría aboga por desecuritizar, es decir, sacar o no incorporar nuevas dimensiones a la noción de seguridad (Waever, 1995: 57-58).

---

<sup>198</sup> La seguridad social se definió como “la capacidad de una sociedad para persistir en su carácter esencial en condiciones cambiantes y amenazas posibles o reales” (Waever et al., 1993: 23).

## c) Incorporación de los actores invisibilizados

La búsqueda de nuevos referentes de seguridad ha implicado que estos enfoques críticos defiendan la incorporación de subjetividades no estatales tradicionalmente invisibilizadas. Los estudios críticos coinciden en revalorizar las identidades y los saberes de los oprimidos y/o no-occidentales (las personas indígenas, negras, mujeres, campesinas, etc.) y a partir de estos saberes, construir nuevas epistemologías. Y apuntan a lo local como el *habitus* desde donde se puede revitalizar otras perspectivas.

Esto ha conducido a un giro local en los estudios de seguridad del que nos ocuparemos más adelante al hablar de la construcción de paz desde abajo. No obstante, aquí queremos presentar cuáles son los referentes de seguridad alternativos al Estado, propuestos por algunos de estos enfoques.

En términos de reconocimiento de la diferencia, el feminismo contribuyó al conocimiento de la experiencia de las mujeres, la manera diferenciada en la que se expresa en ellas la violencia y la inseguridad y las formas de socialización femeninas para construir modelos de poder diferentes. La negación e invisibilización de las personas y colectivos en las agendas de seguridad se expresa de manera diferente y particular respecto a las mujeres. Sin embargo, aunque su elaboración teórica parte del análisis de las relaciones de género en la seguridad y presta principal atención a la mujer y a la identidad de género como referente de estudio, sus planteamientos trascienden de la situación de las mujeres y son extrapolables a las relaciones de dominación que viven personas con distintas subjetividades, de ahí que haya destacado el potencial transformador y la contribución de las teorías feministas respecto a otras corrientes (Mendía, 2013: 16-17)<sup>199</sup>. En cada tiempo y lugar existen identidades que marcan las diferencias y las desigualdades, no solo de género sino también étnicas, de clase, culturales, sexuales, generacionales, etcétera. Por lo tanto, las teorías feministas suponen una contribución para la visibilización de todas aquellas subjetividades que se encuentran en una posición marginada y desigual. Por otro lado, esta corriente aboga por un enfoque de la paz y la seguridad desde abajo y desde la cotidianidad, es decir, la revalorización de las experiencias que tienen las personas en su cotidianidad (Enloe, 2000).

Por su parte, los autores poscoloniales señalan que en los estudios de seguridad hay un sesgo eurocéntrico y racista (Barkawi y Laffey, 2006: 332) y por tanto los conceptos no reflejan los problemas de inseguridad de los países del sur. Por eso, su propuesta es recuperar los saberes locales, las culturas particulares, las visiones y las identidades de los grupos que han sido colonizados por la hegemonía occidental (Acharya, 1997: 307). En un sentido parecido, los posestructuralistas,

---

<sup>199</sup> Algunas líneas de investigación recientes se centran en los hombres, en particular, en cómo la construcción de la masculinidad es un factor de la inseguridad internacional. En el enfoque de las nuevas masculinidades sobresalen Robert W. Connell (2002) y Sandra Whitworth (2005).



proponen centrarse en las explicaciones distintivas y particulares de cada contexto cultural; recuperar y revalorizar lo local, lo heterodoxo, las subjetividades culturales y las percepciones subjetivas, que han sido olvidadas y silenciadas. Sin embargo, la recuperación de estas explicaciones no puede hacerse para ser integradas o asimiladas por el orden internacional ni para que se conviertan en una nueva metanarrativa universal. Por eso, el posestructuralismo cuestiona el empleo de términos como el de “emancipación”<sup>200</sup> en la medida en que éstos son herederas también de la tradición occidental (Alker, 2005: 189).

En el caso de la Teoría Crítica, la lectura que hace sobre el poder en las relaciones internacionales<sup>201</sup> le conduce a reconocer la mirada de las personas que están siendo oprimidas o explotadas por el sistema internacional y por eso, se centra en estas como referente de la seguridad.

Por último, la propuesta de la seguridad humana “desde abajo” (Abello y Pearce, 2009; Pearce, 2010), que ha sido seguida por algunos sectores académicos del sur, se presenta como un enfoque epistemológico y metodológico desde el cual “analizar, interpretar y proponer alternativas frente a la inseguridad” (Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, 2012: 30). Se trata de analizar las dimensiones de inseguridad que configura la SH a partir de la perspectiva de las personas y colectivos que viven en esos escenarios<sup>202</sup>.

- d) La conceptualización de la seguridad –y el conocimiento en general– esta determinado por las relaciones de poder entre sujetos y estados

Para estos enfoques, toda ciencia responde a unos intereses políticos y está de alguna manera comprometida, ya sea con la perduración del orden existente, ya sea con el cambio social. En el campo de la seguridad, las corrientes ortodoxas sirven a los intereses políticos de quienes pretenden mantener el status quo. En el mismo sentido, los estudios críticos han resaltado el carácter político que tiene el concepto de seguridad. La seguridad es uno de los conceptos “esencialmente disputados” (*essentially contested*) de las ciencias sociales, porque existen decisiones políticas y

---

<sup>200</sup> El término propuesto por la Teoría Crítica ha sido criticado por los enfoques posestructuralistas y poscoloniales, por sus raíces intelectuales en el pensamiento europeo. Cuestionan que “emancipación” sea el concepto más apropiado para comunidades no occidentales.

<sup>201</sup> La Teoría Crítica –sobre todo la línea neogramsciana o neomarxista– está inspirada en el estructuralismo marxista. Las escuelas neomarxistas critican al proyecto liberal como forma de garantizar el flujo de recursos naturales. Sus análisis han contribuido a explicar las relaciones de poder en el sistema internacional así como a la incorporación de principios como la igualdad y la justicia en las nociones de paz y seguridad. Sobre esta línea es un referente Robert W. Cox (1981).

<sup>202</sup> La propuesta de seguridad humana desde abajo puede ser una manera de revitalizar la formulación original del enfoque que, según Pérez de Armiño (2013: 48) es la que tiene mayor potencial emancipador.

normativas fundamentales involucradas en la definición de la seguridad (Buzan y Hansen, 2009: 10)<sup>203</sup>.

Los elementos centrales no son problemáticos ni difíciles de precisar sino sus implicaciones. La seguridad ha sido definida sin controversias como “ausencia de amenazas”, pero cuando se intentan precisar sus implicaciones surgen los debates: quién es el referente de la seguridad (estado, individuos, comunidades, la naturaleza); incluye daños latentes o solo reales; qué amenazas son priorizadas (militares, económicas, físicas, etc.; de corto o largo plazo); cómo el sujeto se escapa de las amenazas y las posibilidades de salir dañado (uso de la fuerza, negociación, etc.).

En este sentido, Booth señala que “el problema de la seguridad no está en el significado del concepto sino en la política del significado” (Booth, 2007: 101). Cuando el concepto es usado en términos políticos, entonces surge el debate según sean las diferentes teorías políticas. Los teorías sobre seguridad emplean conceptos netamente políticos como la soberanía, la autoridad, el estado y la sociedad civil y sus posicionamientos comprometen la moral, los valores y los acuerdos normativos de la sociedad. Además, como señaló la Escuela de Copenhague, la seguridad es un concepto con importancia simbólica –un *speech act*– que tiene gran poder en la práctica política, es decir, quién tiene la capacidad de incidir en la agenda de seguridad, tiene un gran poder (Buzan et al., 1998: 21). Por eso, la teoría de la “securitización”, ya mencionada, advierte que basta con definir una problemática como un amenaza para la “seguridad nacional” o para la “seguridad internacional” para que se vuelva una prioridad política.

Los estudios críticos han aportado diversidad de argumentos teóricos y ejemplos prácticos para demostrar cómo la agenda de seguridad sirve a los intereses de sectores liberales y conservadores. En nombre de la seguridad se justifican medidas militares, políticas y sociales que, en realidad, no son sino el modo de garantizar la posición dominante de ciertas élites o estados. En las últimas décadas, el terrorismo, las epidemias, el cambio climático, las migraciones o los refugiados son algunas de las cuestiones internacionales que han sido redefinidas como amenazas para la seguridad y han servido para justificar violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario e incluso intervenciones militares en otros estados.

Los enfoques posestructuralistas y poscoloniales han contribuido a desenmascarar los discursos que hay detrás de las estructuras de poder y prácticas hegemónicas que se ejercen en las relaciones internacionales. En particular, han mostrado cómo la construcción de los discursos configura las identidades “nosotros” en referencia a

---

<sup>203</sup> Sin embargo, Ken Booth (2007) recuerda que el concepto no suscitó desacuerdos durante años de dominación de la ortodoxia, por lo que prefiere definirlo como “contingentemente disputados”.

los “otros”, los “enemigos”, y contribuye a perpetuar las relaciones de poder (Walker, 1993). Por ejemplo, David Campbell (1992) mostró como, en Estados Unidos, el miedo hacia los comunistas fue instrumentalizado para construir la identidad nacional. Y más adelante, los análisis posestructuralistas, feministas y poscoloniales, señalaron la importancia que tuvo la dimensión discursiva en la guerra global contra el terror (GGT) promovida por Bush a partir de los ataques del 11 de septiembre del 2001<sup>204</sup>. Se justificaron las operaciones militares en Afganistán e Irak en base a la construcción de una imagen malvada, bárbara e irracional de los “terroristas” y un discurso del terrorismo como la mayor amenaza para la paz y la seguridad internacional, entre otros discursos legitimadores (Buzan y Hansen, 2009: 243-251)<sup>205</sup>. Durante la GGT, Estados Unidos vulneró así mismo los derechos humanos (torturas, detenciones ilegales, etc.) lo que le llevó a Giorgio Agamben (2005) a hablar de la “excepcionalidad” para referirse a las coyunturas sociales y políticas que el estado aprovecha para construir un discurso bajo el cual se arroga la potestad de matar a las personas (control biopolítico de la vida)<sup>206</sup>, siendo éstas reducidas a “vidas nudas” (*bare lives*), vacías, deshumanizadas.

Por su parte, los estudios poscoloniales señalan que hay un sesgo colonial y occidental en la producción del conocimiento. Para justificar las jerarquías civilizatorias, el colonialismo construyó un discurso identitario que divide el mundo en dos partes: por un lado, el mundo o la identidad occidental se equipara con lo civilizado, racional, avanzado y pacífico y, por otro lado, el mundo o la identidad no-occidental se asimila con lo bárbaro, irracional, primitivo y violento<sup>207</sup>. Esta crítica la encontraremos más tarde al hablar de la paz liberal, puesto que los autores poscoloniales han señalado que la comunidad internacional, bajo un aura imperialista y paternalista, diagnostica que los problemas de violencia en los países del sur son endógenos y la receta para solucionarlos es la implantación de las democracias de mercado (paz liberal).

---

<sup>204</sup> Un discurso que fue replicado en Colombia con iguales consecuencias, bajo el nombre de “seguridad democrática” durante el gobierno de Uribe.

<sup>205</sup> El mismo tipo de discurso ha deslegitimado a los actores “insurgentes” que reclaman un proyecto político diferente al estatal y ha servido para justificar la militarización en las zonas de conflicto, violaciones al DIH, la securitización de los espacios públicos, la comunicación y el transporte.

<sup>206</sup> El concepto de “biopolítica” de Foucault ha sido utilizado por los enfoques posestructuralistas y poscoloniales para describir del sistema de gobernanza global y de seguridad. Sobre su aplicación en este campo, ver el concepto de “biopolítica global” de Duffield (2007) y “necropolítica” de Achille Mbembe (2011).

<sup>207</sup> La relación entre Occidente y Oriente Medio ejemplifica bien el discurso y la práctica colonialista en las relaciones internacionales. Edward W. Said (2005) se ha dedicado a analizar el pensamiento “orientalista” –esto es la percepción negativa hacia lo oriental– que existe en Occidente desde finales del siglo XVIII. Oriente es visto como un ente monolítico, religioso, tradicional, hostil y amenazante para la cultura occidental. Y en la medida en que el islam es contemplado como perteneciente a Oriente, se ha convertido también en la religión amenazante.

## e) Carácter transformador.

Reconocer que los conceptos que definen la realidad son interpretaciones subjetivas y que su formulación deriva de la forma en que cada sujeto tenga de pensar el mundo –y que ésta a su vez depende de su posición en el mundo y de sus intereses políticos– implica aceptar que existen tantas conceptualizaciones posibles como formas de ver el mundo. No obstante, aunque los estudios críticos reconozcan que existan diversidad de formas posibles de definir la seguridad, la mayoría de ellos han trabajado en el desvelamiento de un tipo de miradas –las de los de abajo, que han sido históricamente negadas– por su propio carácter normativo o ético.

Del mismo modo, la investigación para la paz destaca respecto a otras disciplinas por su carácter axiológico y su compromiso hacia la transformación de las condiciones de violencia y guerra. Entre los académicos hay una apuesta implícita por utilizar la investigación y el conocimiento científico para mejorar la eficacia de la acción colectiva y contribuir al cambio social. De ahí, la frecuente articulación que han tenido los académicos de este campo con el activismo pacifista.

En relación al componente normativa de los estudios críticos, destaca la Teoría Crítica. Ésta comparte con la investigación para la paz sus objetivos de cambio social (Buzan y Hansen, 2009: 36)<sup>208</sup>. Para superar los limitantes a la condiciones de existencia de los sectores más vulnerables, la Teoría Crítica propone la emancipación que conduzca a los oprimidos a la liberación frente a los impedimentos de cualquier tipo, libertad de hambre e insatisfacción material, libertad de ignorancia, de tiranías políticas y de explotaciones económicas. La emancipación constituye tanto el referente normativo como el instrumento analítico y político que permite cuestionar la realidad social y proponer formas alternativas a las actuales dinámicas de poder en las relaciones internacionales.

La Teoría Crítica está, así mismo, comprometida a utilizar el conocimiento para conseguir la transformación social (Wyn Jones, 1995: 299). De este modo, la Teoría Crítica plantea que el investigador asuma un papel activo en la sociedad, de modo que, en lugar de meramente reflexionar y buscar soluciones a los problemas del sistema social, se afane en su transformación. Por tanto, desaparecen los criterios positivistas de neutralidad de la ciencia y de separación entre el objeto y el sujeto de investigación, porque el sujeto reconoce abiertamente la función transformadora de la ciencia (Barbé, 2007: 85).

Respecto al resto de enfoques, la teoría feminista y la seguridad humana también comparten cierto compromiso transformador. Las teorías feministas, en la medida en

---

<sup>208</sup> Por su parte, autores de la Escuela de Fráncfort, entre otros, Jurgen Habermas, se han preocupado por cuestiones de filosofía política como la comunidad, la comunicación, la democracia, la transformación social, etc., que conectan con el campo de la paz, a través de la promoción de cambios socio-políticos pacíficos (Steans y Pettiford, 2001: 120).

que cuestionan las relaciones de desigualdad entre identidades, las estructuras de poder y los discursos del proyecto hegemónico y el status quo, sus planteamientos se encuentran orientados hacia la transformación de la sociedad. La seguridad humana tiene en común con la investigación para la paz la preocupación normativa por la justicia, la dignidad, la libertad, la autorrealización de las personas y el bienestar.

El punto disonante en este sentido lo ofrecen los posestructuralistas, que aunque critican las visiones hegemónicas, modernistas y occidentales, no proponen una transformación social ni están implicados en ningún proyecto de características idealistas (Buzan y Hansen, 2009: 36). Por esta razón, al posestructuralismo se le ha criticado caer en un relativismo cultural que conduce a la desmovilización. Si asumimos que todas las explicaciones y cosmovisiones son aceptables y ninguna interpretación de la realidad es mejor que otra, no existen unos principios comunes sobre los que construir las relaciones entre sociedades y, por tanto, tampoco hay nada hacia lo que orientar la acción (Steans y Pettiford, 2001: 148-149).

En conclusión, los planteamientos teóricos y debates surgidos dentro de los estudios críticos de seguridad y la seguridad humana aportan elementos interesantes para el desarrollo de la investigación para la paz, en concreto, en relación a la crítica a la paz hegemónica y la formulación de la paz en clave de equidad o justicia (Teoría Crítica) y en clave intercultural y local (posestructuralismo, poscolonialismo). Como veremos en los siguientes apartados, los análisis más recientes de las corrientes críticas se están centrado en la paz: por un lado, critican la agenda de paz liberal y otras agendas más cercanas a la tradición realista como la lucha global contra el terrorismo; y por otro, están aportando a la elaboración conceptual de la paz desde abajo, híbrida y posliberal.

### **3.3. La paz liberal como enfoque hegemónico en la posguerra fría**

Como dijimos en la introducción de este capítulo, las visiones hegemónicas o dominantes de la paz –y la seguridad–, han sido las visiones afines a las corrientes del realismo y el liberalismo. En esta tesis nos interesa abordar principalmente el modelo de la paz liberal –que se sustenta en los postulados del liberalismo– dado que es el enfoque hegemónico desde el fin de la Guerra Fría y las corrientes alternativas en las últimas décadas se han desarrollado principalmente en oposición a esta. Aunque, cabe señalar que en la disciplina de las Relaciones Internacionales el realismo sigue vigente<sup>209</sup> y, como veremos, la paz liberal ha incorporado ciertos elementos realistas, como el objetivo de la estabilidad y la seguridad estatal, así que las críticas también son, en parte, críticas hacia la corriente realista.

---

<sup>209</sup> El realismo todavía se mantiene vigente en el centro de los debates teóricos en las Relaciones Internacionales, a pesar de su progresivo desgaste a favor del liberalismo (Moure, 2009: 22-27).

En este apartado vamos a realizar, en primer lugar, una caracterización de los planteamientos teóricos de la paz liberal. En segundo lugar, presentamos cuál es la agenda política de la paz liberal que ha inspirado la construcción de paz por parte de la comunidad internacional, en particular, de las Naciones Unidas. Y, por último, en tercer lugar, formulamos las críticas teóricas y empíricas que han sido realizadas a este modelo.

### 3.3.1. Fundamentos de la paz liberal

Dado el vínculo de la paz liberal con el realismo conviene que ubiquemos, en primer lugar, a esta corriente.

En las dos décadas entre las Guerras Mundiales, la recién creada disciplina de las Relaciones Internacionales estuvo influida principalmente por el idealismo (Albrecht y Brauch, 2008: 504). La preocupación durante el período de entreguerras, tanto en la comunidad política como en la académica, era encontrar mecanismos para evitar la repetición de otra guerra y buscar soluciones pacíficas a los conflictos entre estados. En el ámbito político, se reconoció la interdependencia que existía entre los estados y las consecuencias fatales de las guerras, por lo que se decidió crear la Sociedad de las Naciones, el primer ente supranacional dedicado a garantizar la seguridad colectiva de sus miembros y dar solución a la anarquía que dominaba el sistema internacional. Pero, en los años cuarenta, ante la escalada del fascismo en Italia, Alemania y España y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial fue difícil seguir sosteniendo los postulados idealistas. El espíritu idealista del período de entreguerras y la esperanza depositada en el proyecto de la Sociedad de Naciones se fueron agotando paulatinamente. Surgieron entonces en Europa los teóricos realistas que se oponían a las propuestas de los idealistas y utópicos. Fue en esta época cuando el paradigma realista se consolidó dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales (Barbé, 2007: 61).

El realismo pretendía mostrar la descripción real del orden político mundial frente a los idealistas que describían un mundo moral. El sistema político, según los realistas, se rige por leyes objetivas y naturales –inherentes a la naturaleza humana– que empujan a los estados a perseguir intereses opuestos y competir entre sí por el poder internacional, político y económico. El funcionamiento del sistema internacional es objetivo, no un problema donde quepan las valoraciones éticas. La “realidad” para esta corriente, es que el orden internacional es anárquico y de naturaleza conflictiva (Steans y Pettiford, 2001: 39). Los estados persiguen su propia seguridad incrementando su poder político y militar, por lo que las relaciones entre estados tienden hacia la guerra. Por lo tanto, lo necesario es aprender cómo funcionan las fuerzas entre estados para saber utilizarlas y mantener los equilibrios de poder entre los estados.

El realismo –al igual que otras corrientes como el liberalismo y el marxismo– es estatocéntrico, es decir, analiza descriptiva y normativamente la realidad social desde la perspectiva de los estados. Considera que el estado es un ente que existe más allá de las personas y grupos. Es lo que da cohesión y continuidad a la estructura social y de éste emana el poder político (Sanz, 2014: 61). El realismo sigue una tradición de la filosofía política que desde siglos atrás ha apelado a la razón de estado y el monopolio de la fuerza<sup>210</sup>.

Durante la Guerra Fría, el realismo dominó los recién creados “estudios de seguridad” –una sub-disciplina de las Relaciones Internacionales– cuya preocupación fundamental en esta época era la geopolítica, la defensa, la estabilidad y la protección de los estados y el orden internacional en un contexto dominado por la carrera armamentística y la rivalidad nuclear. Bajo esta perspectiva, por tanto, el único referente de la seguridad es el estado.

Respecto a los estudios de paz, la visión clásica –y realista– de la paz considera ésta como la ausencia de guerra. Define la paz en términos negativos, por lo que no es, la paz es “no guerra” (*absentia belli*). Según Galtung (1985: 99), esta forma de entender la paz procede de la tradición occidental y se remonta a la época del Imperio Romano, un régimen expansionista y conquistador que dominó Europa y la cuenca del Mediterráneo desde el siglo I AC. Dado su carácter expansionista, el imperio mantuvo numerosas guerras de conquista contra otros pueblos. Entre guerra y guerra había períodos de relativa calma en los cuales el Imperio ejercía control militar y territorial sobre todo su territorio y no tenía ningún enemigo capaz de arrebatar su hegemonía. La *pax romana* es el nombre otorgado al período comprendido entre el año 31 a.C. y el año 161 d.C., durante el cual, el imperio dominó el sur de Europa, Asia menor, el Levante y el norte de África (Wilkinson, 2015: 19). Desde entonces la historia de occidente y del cristianismo ha conservado la noción de paz como ausencia de guerras y la pretensión de extender y universalizar su cultura (Lederach, 2000: 27).

En conclusión, bajo la visión realista, la seguridad equivale a la ausencia de amenazas al orden, a la ley, al status quo, al territorio o a la independencia de los estados; la paz define el momento en el cual la soberanía del estado no está siendo disputada; y la paz se alcanza cuando cesan las hostilidades entre los bandos enfrentados, ya sea por la derrota militar de uno de los bandos o por la firma de un acuerdo de paz.

A partir de 1989 comenzaron a manifestarse grandes cambios en el contexto internacional. La caída del bloque soviético supuso la victoria del paradigma liberal de Occidente, la reconfiguración del orden político internacional y la universalización

---

<sup>210</sup> Entre otros pensadores de esta filosofía política destacan: Tucídides, Carl von Clausewitz, Hobbes, Maquiavelo, Spinoza, Hegel y Weber.

de los valores liberales, convertidos en los criterios a seguir a nivel internacional<sup>211</sup>. Del mismo modo, desde el final de la Guerra Fría, la disciplina de las Relaciones Internacionales y las intervenciones de paz han estado dominadas por los postulados del liberalismo.

La “paz liberal” es la forma con la que los sectores críticos se refieren a aquella visión de la paz que ha incorporado los postulados del liberalismo (Richmond, 2012b). El pensamiento liberal en relación a la paz y la seguridad se remonta a los principios de la Ilustración asentados en el siglo XVIII y las ideas librecambistas del siglo XIX<sup>212</sup>. La “paz liberal” se sustenta sobre una tradición de pensadores liberales entre quienes destaca el filósofo Immanuel Kant. Para éste, las bases de una paz perpetua residían en la constitución de estados republicanos (en contra de antiguo régimen, abogaba por el establecimiento de regímenes constitucionales sujetos a las leyes), la fundación de federaciones entre estados libres (un sistema de seguridad colectiva) y el establecimiento de una ley ciudadana mundial sujeta a las condiciones de la hospitalidad universal (en el sentido de crear una comunidad cosmopolita) (Navari, 2008: 31).

La formulación contemporánea del pensamiento de Kant es que la paz se alcanza con la triada: democracia, interdependencia económica y cooperación internacional (Cortright, 2008: 3). La idea de Kant sobre los regímenes constitucionales se ha convertido en los postulados de la democracia representativa. Y a la idea de seguridad colectiva y hospitalidad cívica, se le añadió el libre comercio y la economía de mercado (Navari, 2008: 36).

Siguiendo el legado de Kant, Michael Doyle (1983) postuló por primera vez en 1983 la idea de la “paz democrática”, según la cual, los países democráticos y desarrollados que participan del intercambio económico y cooperan a nivel internacional no necesitan acudir a la guerra<sup>213</sup>. De este modo, el liberalismo ha conseguido crear un consenso en torno a la idea de que las democracias de mercado son la mejor fórmula para prevenir y resolver los problemas de desarrollo y violencia en los países del sur (Paris 2004, 35–51). Se trata de promover, en lo económico, la liberalización y privatización del mercado y, en lo político, los elementos de la democratización –celebración de elecciones, libertades, derechos civiles y políticos, etc.– que aseguren el buen funcionamiento de las democracias representativas y liberales.

---

<sup>211</sup> El nuevo reordenamiento internacional dio lugar al triunfalismo de la liberalización política y económica. De este contexto surgió la cuestionada tesis del “Fin de la Historia” de Francis Fukuyama, que vaticinaba que ya no habría ninguna alternativa al liberalismo.

<sup>212</sup> Dentro de la teoría liberal de las RRII se distinguen diferentes variantes. Una de las tipologías propuestas distingue entre el liberalismo ideacional o ideológico, el liberalismo comercial y el liberalismo republicano o internacional (Navari, 2008). Así mismo, se ha distinguido entre diferentes corrientes liberales, entre otras, el idealismo, el institucionalismo, el neoliberalismo y el institucionalismo neoliberal (Steans y Pettiford, 2001: 68).

<sup>213</sup> No obstante, también reconoce que esta tendencia solo se cumple entre estados democráticos. Es decir, que estos mismos estados sí acuden a la guerra contra otros tipos de estados.



Por otro lado, hemos señalado que el auge del liberalismo no implicó que el realismo desapareciera, sino que, al contrario, pasaron a ser ambas, las corrientes dominantes. Como dice Richmond (2008) el enfoque de la paz liberal es resultado de una combinación de elementos, que provienen de la vertiente conservadora del liberalismo y del realismo. No obstante, se pueden señalar puntos de convergencia y divergencia entre el realismo y el liberalismo.

Respecto a las divergencias, el realismo tiene una visión de la construcción del estado y de la identidad nacional abiertamente divisoria y confrontativa, como podemos ver en los discursos sobre el “choque de civilizaciones”, “la guerra contra el terror” o “el fin de la Historia”. El realismo asume las asimetrías entre estados del sistema internacional e incluso las alienta a la hora de conformar alianzas económicas y militares o de otorgar privilegios a los países dominantes dentro de los organismos supranacionales. Por su parte, la corriente liberal, tiene una visión de las relaciones entre los estados y las culturas más cooperativa, pluralista e interdependiente. El proyecto liberal defiende los beneficios de un sistema internacional igualitario y regulado a través de organizaciones donde participen los estados y todos cumplan normas y estándares comunes (Richmond, 2012b: 36). Por eso, propone avanzar en el desarrollo del derecho internacional y de las organizaciones supranacionales. Aunque, como veremos, según sus críticos, el liberalismo propone un modelo multicultural que oculta la universalización y homogeneización de la cultura occidental.

Respecto a las convergencias, el liberalismo comparte con el realismo ciertos postulados del estado moderno. Aunque el liberalismo sea receloso del control de las estructuras gubernamentales y de ciertas élites, y en relación a la paz y la seguridad haya dado más protagonismo a la seguridad colectiva y las organizaciones internacionales, no concibe un orden político y social sin la existencia del estado. El estado sigue asumiéndose como el actor fundamental del sistema internacional. Como expresa Paris (2004: 46), la paz liberal “da por supuestas la existencia de las funciones estatales”. Se interesa en fortalecer el poder político de los individuos contra el estado pero no propone otra forma de organización política que lo sustituya. Al fin y al cabo la sociedad civil –el agente privilegiado del liberalismo– es una proyección del estado moderno. Por lo tanto, la paz liberal es una especie híbrida de “sociocentrismo estatista” que a pesar de confiar en la acción de los individuos como contrapeso al estado, no cuestiona ontológicamente la presencia del estado y sus funciones militares como garante del orden público (Sanz, 2014: 64-65). Además, como veremos a continuación, desde los años 2000 la agenda de paz liberal ha admitido explícitamente la centralidad del estado como garante de la paz y la seguridad.

### 3.3.2. La aplicación de la agenda de la paz liberal

Las visiones de paz afectan a las agendas políticas de los actores. Según sea el enfoque epistemológico, ontológico y metodológico adoptado, así serán formuladas las estrategias más apropiadas para responder ante una situación de conflicto y alcanzar la paz. Por eso, desde que el liberalismo cobró auge al final de la Guerra Fría, las políticas internacionales y las intervenciones de paz de la comunidad internacional han estado dominadas por la agenda de paz liberal.

Las intervenciones de paz fueron haciéndose más difíciles en los años noventa, dada la complejidad creciente de los conflictos y su dilatación en el tiempo (Wallensteen y Sollenberg, 2001). Los cambios en el orden internacional y en la naturaleza de las guerras condujeron a un replanteamiento de las teorías disponibles y de los antiguos mecanismos de resolución de conflictos<sup>214</sup>. Pero sirvió para que la arquitectura de paz y seguridad, que durante décadas había estado paralizada por la rivalidad bipolar de la Guerra Fría, se reactivara en esta década. Fue la “edad de oro de la diplomacia humanitaria coercitiva” y el inicio del “Complejo de Paz Liberal”<sup>215</sup> (Ruiz-Giménez, 2011: 260). El proyecto liberal se consolidó en las agendas de paz y comenzó un proceso de ampliación del mandato de NNUU como garante de la seguridad internacional. Aumentaron tanto el número como el alcance de las operaciones de paz. Y los actores que intervenían en zonas de conflicto redefinieron sus roles y enfoques, iniciaron dimensiones antes no exploradas y comenzaron a utilizar marcos de análisis más complejos (Galama y van Tongeren, 2002: 180).

La publicación en 1992 de “Un Programa de Paz” (*An Agenda for Peace*) marcó un hito en esta evolución en la medida en que redefinió el papel de los organismos de las NNUU en contextos de conflicto armado e introdujo su estrategia de construcción de paz<sup>216</sup>. Las estrategias de paz quedaron entonces delimitadas en cinco tipos: (1) prevención de conflictos o diplomacia preventiva (*conflict prevention/preventive diplomacy*), (2) establecimiento de la paz o pacificación (*peacemaking*), (3) imposición de la paz (*peace enforcement*), (4) mantenimiento de la paz

---

<sup>214</sup> Se comenzó a hablar de estos contextos como Emergencias Políticas Complejas (EPC) y Mary Kaldor (2001) propuso una nueva tipología de guerras –las “nuevas guerras”– para referirse a los cambios habidos en esta época en la naturaleza los conflictos armados: ahora eran guerras mayoritariamente civiles o internas, con un mayor número de víctimas civiles, empleo de métodos de terror y un aumento de las violaciones de derechos humanos y derecho internacional humanitario, así como una complejización de los contextos y las causas.

<sup>215</sup> El “Complejo de Paz Liberal” es el término que Duffield (2004) aporta para hablar de la red transnacional formada por actores internacionales tales como las NNUU, instituciones financieras internacionales, Estados y agencias de donantes y organizaciones no gubernamentales, que busca desalentar la prosecución de conflictos armados, a través de la condicionalidad de la ayuda al desarrollo.

<sup>216</sup> Para Sanz (2014: 53-56), el consenso de construcción de paz liberal inició con la misión de las Naciones Unidas en Namibia (1989), poco más tarde, en 1992, fue formulada en “Un Programa de Paz” y se consagró como la estrategia dominante alrededor de 1996, como demuestra la incorporación del término en las políticas de la OCDE y el Banco Mundial.

(*peacekeeping*) y la construcción de la paz o consolidación de la paz (*peacebuilding*).

Durante los años noventa, las NNUU continuaron ampliando y mejorando su programa de paz buscando la integración de sus diferentes misiones y agencias. En 1995 se publicó “Un Suplemento de Paz” en el cual se cuestionaba la distinción entre la construcción de paz posconflicto y la construcción de paz en sentido amplio o preventivo<sup>217</sup> y en el año 2000 se publicó el “Informe Brahimi” con la intención de mejorar la capacidad de respuesta de la organización. Pero el paso significativo en la ampliación de las acciones de las NNUU en la materia, fue la creación en 2006 de la Comisión de Construcción de Paz (PBC) y el Fondo para la Democracia (Call y Cousens, 2008; Sisk, 2008: 239 y 241). Como consecuencia de esta ampliación, se inició un proceso de profesionalización y tecnificación (*technocratic turn*) de las intervenciones de paz. Las actividades fueron estandarizadas en informes sobre lecciones aprendidas (*lessons learned*) y buenas prácticas (*best practice*) por expertos en el campo (Mac Ginty, 2014: 4).

La planeación original de las estrategias de paz siguió una visión de la resolución de los conflictos armados como un proceso lineal, secuencial o gradual, que termina con la construcción de paz. Una vez que se ha firmado un acuerdo entre los actores armados (establecimiento de la paz) y se han superado las primeras medidas de implementación del acuerdo<sup>218</sup>, entramos en la fase del posconflicto y comienzan las medidas de consolidación de la paz (Paris, 2004: 39)<sup>219</sup>. El inicio de la construcción de paz, bajo esta visión, depende de la finalización de las hostilidades, la declaración del cese al fuego y la desmovilización.

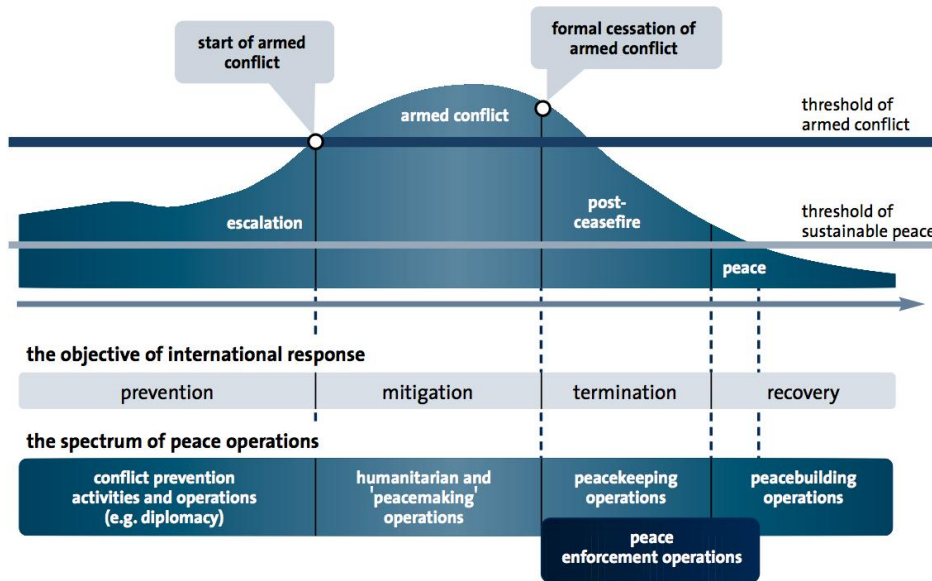
---

<sup>217</sup> En la literatura se usan los términos “construcción de paz posconflicto” o “consolidación de paz” para referirse a la aproximación original de las Naciones Unidas o a las operaciones realizadas por la comunidad internacional y la “construcción de paz” para referirse a las iniciativas de paz que los actores –también locales– pueden realizar, antes, durante o después de un conflicto armado, para alcanzar una paz justa, sostenible y duradera. Esta última terminología es la empleada en este tesis.

<sup>218</sup> La “implementación de los acuerdos” se conoce como el conjunto de acciones que los actores internacionales y nacionales emprenden a corto plazo para aplicar los acuerdos de paz alcanzados. Esta fase es determinante en tanto en cuanto configura el marco en el cual se desarrollará la construcción de paz posconflicto (Call y Cousens, 2008: 4).

<sup>219</sup> Por eso, la construcción de paz se asocia a lo que anteriormente se conocía como la reconstrucción o rehabilitación postbélica. Este era el término empleado por la comunidad internacional para hablar de la fase posterior a la finalización del conflicto armado. Fue creado con el fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzaron a desarrollarse planes de reconstrucción en Alemania y Japón. El término siguió empleándose hasta 1996-1997 por entidades como el Banco Mundial y la OCDE.

Gráfica 2: Curva del conflicto y espectro de las estrategias de paz



Fuente: Gleichmann, Odenwald, Steenken y Wilkinson (2004: 18)

Es frecuente encontrar, en la literatura, este proceso de resolución de conflictos armados descompuesto en diferentes fases o etapas, dado que las intervenciones externas se basan en marcos temporales. Generalmente se diferencia entre la fase de “pre-violencia” (prevención del conflicto), de “violencia” (conflicto armado) y de “pos-violencia” (posconflicto) o pos-acuerdo. En el posconflicto se puede diferenciar a su vez un primer período de implementación que dura alrededor de 12 meses, seguido de un período de reformas de entre 5 y 10 años y, por último, las medidas de consolidación que se abordan en un plazo de 20 a 50 años (Schirch, 2014: 75).

Por otro lado, la construcción de la paz posconflicto o consolidación de la paz fue ideada como la estrategia destinada a evitar la recaída en el conflicto armado y garantizar las condiciones para que la paz fuera estable y duradera<sup>220</sup>. Esta nueva aproximación reflejaba una preocupación creciente en la comunidad internacional por conseguir evitar que tras el cese al fuego volviera a reactivarse el conflicto armado: “la única manera de dar una base duradera a la paz (...) es desarrollar, conjuntamente, una labor sostenida para hacer frente a los problemas básicos de tipo económico, social, cultural y humanitario” (Boutros-Ghali, 1992: 18). Por lo tanto, la incorporación de la consolidación de paz en el mandato de Naciones Unidas implicó un avance significativo respecto a la visión realista de la paz puesto que, en términos conceptuales, se trataba de cómo conseguir que la paz negativa pudiera

<sup>220</sup> Literalmente el documento la define como las “medidas destinadas a individualizar y fortalecer estructuras que tiendan a reforzar y consolidar la paz a fin de evitar una reanudación del conflicto” (Boutros-Ghali, 1992: 6).

pasar, así fuera modestamente, hacia una paz positiva (Funk, 2012: 393-394)<sup>221</sup>. En este sentido, la “construcción de paz posconflicto” fue definida como:

“Las acciones emprendidas por actores internacionales o nacionales para institucionalizar la paz, entendida como ausencia de conflicto armado (paz negativa) y un mínimo de política participativa (un componente de la paz positiva), que pueda ser sostenida en ausencia de una operación de paz internacional” (Call y Cousens, 2008: 4).

Así mismo, cabe señalar que la estrategia de consolidación de la paz aplicó los planteamientos de democracia representativa y economía de mercado, del consenso de paz liberal. Cuando se publicó “Un Programa de Paz”, había en la disciplina de las Relaciones Internacionales un cierto consenso sobre el nexo entre la consolidación de una paz duradera y la democracia y el liberalismo económico (Bargués-Pedreny, 2015: 75)<sup>222</sup>. Las publicaciones de “*Promoting Democracy in the 1990s*” de Larry Diamond (1995) y “Una Agenda para la Democratización” de Boutros Boutros-Ghali (1996) consolidaron esta orientación. Y es que desde que la “tesis de paz liberal” fuese revitalizada en la arquitectura de paz y seguridad global, la organización de las Naciones Unidas ha sido uno de los actores principales en la promoción de la agenda de paz liberal (Paris, 2004: 35–37)<sup>223</sup>.

Por otro lado, desde finales de los años ochenta comenzó a tenerse en cuenta el papel de la sociedad civil en la construcción de paz y se promovieron por primera vez (así fuese superficialmente) las iniciativas ciudadanas<sup>224</sup>. Inspirada por una visión positiva y pluralista de la sociedad civil, el proyecto liberal consideraba, como una condición sine qua non de la consolidación de la paz, que el establecimiento de vínculos entre la ciudadanía y las instituciones era necesario para aumentar la

---

<sup>221</sup> Antonio Menéndez de Zubillaga, coordinador jurídico de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, señaló que ya se podían encontrar conceptos de paz positiva (derechos humanos, dignidad, igualdad y justicia) en la propia Carta fundacional de las NNUU, por lo que la Agenda para la Paz solo vino a reafirmar esta concepción de la paz (Sarmiento Santander, 2009: 64-65). Bajo esta visión, la idea que fue plasmada en la construcción de paz es previa a 1992 y se fundamenta en una perspectiva de paz duradera o positiva que trasciende y se opone a la simple pacificación o estabilización.

<sup>222</sup> El autor realmente habla de “fuerte consenso” pero hemos reducido la contundencia de esta afirmación, porque la paz liberal ha sido ampliamente discutida por los sectores críticos y, como veremos más adelante, el modelo es hegemónico pero no es uniforme y hay diferentes “paces liberales”. En este sentido, Richmond (2012b: 29) señala que la paz liberal es un “más un acuerdo anómalo que un amplio consenso”.

<sup>223</sup> Además de las NNUU, el modelo de paz liberal ha sido reproducido por instituciones financieras internacionales (el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional) y por gobiernos occidentales tales como Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Francia, Alemania, Canadá o Noruega (Zirion-Landaluze, 2017: 31).

<sup>224</sup> Alger (2014: 6) identifica en esta época el surgimiento de ocho tipos de iniciativas de paz por parte de la ciudadanía, las organizaciones no gubernamentales y los movimientos sociales: (1) la diplomacia informal (*Track II Diplomacy*); (2) la transformación de la producción civil; (3) los movimientos no-violentos por el cambio social; (4) la defensa defensiva (el empleo de las armas limitado a un uso defensivo); (5) la defensa ciudadana (el empleo de métodos defensivos no-violentos); (6) la independencia (*self-reliance*) en la satisfacción de las necesidades básicas; (7) las propuestas feministas; y (8) la educación para la paz.

legitimidad y el reconocimiento institucional<sup>225</sup>. Estos vínculos se alcanzaban creando espacios para la participación y el diálogo, dando protagonismo y representación a la sociedad civil, cumpliendo con las leyes y estándares internacionales y propagando el desarrollo socio-económico (Papagianni, 2008).

Dentro de las “alternativas al manejo de conflictos”<sup>226</sup>, el enfoque que mejor se corresponde con la construcción de paz liberal es el de “resolución de conflictos”<sup>227</sup> (*conflict resolution*) que se elaboró frente al de “gestión de conflictos” (*conflict management*), inspirado por una visión más amplia de la paz y los conflictos. Bajo esta perspectiva, se considera que la paz requiere medidas de largo aliento, que vayan más allá de la firma de un acuerdo de paz, si se quiere evitar que los conflictos socio-políticos se mantengan y la violencia se reproduzca después del alto al fuego. En este sentido, la resolución de los conflictos busca un entendimiento mayor entre las partes, una resolución de las incompatibilidades centrales (no solo un acuerdo), una mutua aceptación (no buscan la capitulación) y un compromiso de no ejercer más violencia (Wallensteen, 2011: 8). Una forma de mejorar las relaciones conflictivas es a partir de la instauración de unas reglas de juego comunes a todas las partes (leyes, mecanismos, instancias de resolución de controversias, etc.), es decir, se trata de establecer un sistema social y político donde la convivencia sea beneficiosa para todos. Para que el nuevo marco funcione, se advierte la necesidad de fortalecer el sentido del compromiso de las partes con lo pactado, trabajar sobre las capacidades de resolución pacífica de conflictos y eliminar los estereotipos, los prejuicios, la alienación y la violencia. Es posible que se incluyan procesos de distribución del poder y medidas que aborden las causas subyacentes a los conflictos, potencien el diálogo y la reconciliación. Algunas de estas iniciativas, además de la negociación y la mediación, son: el arbitraje, el imperio de la ley, los tribunales de justicia, la celebración de elecciones, la protección de las minorías y de los derechos humanos (civiles y políticos)<sup>228</sup>, los talleres sobre resolución de problemas, el fortalecimiento organizativo, la educación para la paz y los proyectos productivos. Los promotores de este tipo de acciones son los actores que ocupan los niveles medios, esto es, organizaciones de la sociedad

---

<sup>225</sup> La ciudadanía se entiende como “el conjunto de derechos y libertades que configuran un determinado estatuto del individuo y que, al mismo tiempo, actúan como límites del poder” (Salazar Benítez, 2010: 25). Garantía de derechos y control del poder, hacen de la ciudadanía el eje fundamental del sistema constitucional.

<sup>226</sup> En los años cincuenta comenzó la elaboración de teorías y técnicas para el manejo de los conflictos, a partir de los resultados obtenidos del análisis de la etiología de los conflictos (Wallensteen, 2011: 5).

<sup>227</sup> En la literatura, el término “resolución” puede generar confusión porque aparece tanto para referirse de manera genérica a todas las técnicas empleadas para el manejo o la solución de los conflictos como para referirse a un enfoque o conjunto específico de técnicas. Para París Albert (2007: 12) su uso genérico implica una prueba del dominio de este enfoque. Sin embargo, para Ramsbotham, Woodhouse y Miall (2011: 49-50) solo se debe a que “resolución” es la palabra común, con la que la gente está familiarizada, así como el primer término utilizado para designar el campo de estudios.

<sup>228</sup> La paz liberal ha incorporado en su discurso la protección de los derechos humanos, pero según los sectores críticos, esto se reduce a la defensa de los derechos civiles y políticos, por encima de los sociales y económicos (Pérez de Armiño, 2016: 300).

civil (Harto de Vera, 2012: 56-57). Podemos ver, por tanto, como esta perspectiva se alinea de forma coherente con los procesos de democratización y con la visión positiva y pluralista de la sociedad civil de la paz liberal.

De esta sucesión de cambios, los autores han observado en la era de la posguerra fría una tendencia hacia la expansión de las iniciativas de paz, de las dimensiones, actividades, tiempos, recursos y actores contemplados en ellas e incluso de los objetivos hacia una paz más duradera o sostenible (Autesserre, 2014: 492-493; Cortright, 2008: 6; Funk; 2012: 391-392; Lund, 2002: 89). Inspirados por el enfoque de la seguridad humana y el desarrollo humano, las Naciones Unidas y los organismos regionales iniciaron intervenciones que superaban las tradicionales incursiones militares y la diplomacia internacional. Por lo tanto, las voces críticas que exigían la ampliación de la noción de paz consiguieron incidir, así sea modestamente, en la arquitectura institucional de construcción de paz<sup>229</sup>.

No obstante, este proceso no supuso un impedimento para que el consenso liberal se mantuviera vigente durante los últimos veinticinco años<sup>230</sup>. La ampliación de la paz y la seguridad, propuesta por reformistas<sup>231</sup> y críticos, resultó compatible con el proyecto liberal porque ambos compartían el recelo frente al estado y una posición favorable hacia el fortalecimiento de la sociedad civil y la agencia de las personas (sociocentrismo)<sup>232</sup>. Esto facilitó que sus agendas coincidieran en cuestiones como las políticas de empoderamiento, el apoyo a la democracia deliberativa, la lucha contra la corrupción de las élites, la participación de agentes no estatales, la diplomacia ciudadana, la microfinanciación, el desarrollo de capacidades locales, la gobernanza multinivel y la descentralización administrativa (Sanz, 2014: 56-70). Pero fue, precisamente gracias a la apropiación de conceptos con un alto potencial simbólico –como el desarrollo, la seguridad y la democracia– y de principios aportados por los enfoques críticos –como la multidimensionalidad, el enfoque de las personas y la transformación desde abajo– como la comunidad internacional consiguió reforzar el consenso de paz liberal desde los años noventa (Sanz, 2014: 9-10). Esta retórica sirvió para construir una narrativa persuasiva capaz de atraer a los sectores de la izquierda progresista hacia la agenda liberal.

---

<sup>229</sup> Además de la influencia de las corrientes críticas y los actores locales, otros factores que pudieron favorecer esta ampliación fueron: la complejización de los escenarios de conflicto, los fracasos en las operaciones de paz y el aumento de las críticas y lecciones aprendidas.

<sup>230</sup> Sarah Frommelt comprobó que la labor de la Comisión de Construcción de Paz de las Naciones Unidas ha seguido fundamentalmente el marco de la agenda de paz liberal, conduciendo a numerosos fracasos, por lo que todavía debe flexibilizarse y ampliarse su acción, alejándose de la paz liberal (Frommelt, 2010: 58–59).

<sup>231</sup> Por reformistas se refiere a los profesionales que están implicados en la formulación o implementación de la proyectos de paz y de cooperación al desarrollo, de cuya experiencia emanan “críticas constructivas” y “autocríticas moderadas” que no suponen realmente un evaluación “rigurosa, independiente y profunda que incite a cambios profundos de visión” (Sanz, 2014: 58).

<sup>232</sup> El sociocentrismo está presente en el liberalismo, el pluralismo, las teorías contractualistas e instrumentalistas (marxismo instrumentalista), la teoría social crítica y la literatura sobre acción colectiva. Para conocer los contenidos del enfoque estatocéntrico y sociocéntrico, ver Sanz (2014: 60-61).

Sin embargo, en realidad, liberales y críticos guardaban diferentes visiones respecto a la existencia del estado moderno (estatismo ontológico), por lo que las contradicciones entre la paz liberal y la paz de los sectores críticos –paz positiva, transformadora, posliberal, etc.– no tardaron en florecer. La perspectiva ontológica del estado siempre ha estado presente en la paz liberal pero fue a partir de los años 2000 cuando la centralidad del estado se volvió explícita con la incorporación del proyecto de “construcción de estado para la paz” en la agenda de la comunidad internacional<sup>233</sup>.

Con el cambio de siglo se inauguró una etapa caracterizada por la convergencia entre la construcción de paz y la construcción del estado como dos proyectos con un objetivo común<sup>234</sup>. La comunidad internacional no había tenido éxito en las operaciones de paz (Kosovo, Somalia, Bosnia, Ruanda, etc.) y la implementación de las recetas liberales en sociedades posconflicto había demostrado tener efectos desestabilizadores. Sin embargo, los fracasos no condujeron a un cuestionamiento de la validez del proyecto liberal sino de su viabilidad en sociedades frágiles, que acaban de salir de un conflicto armado. De ahí que las propuestas fueran encaminadas a realizar ajustes técnicos o soluciones operativas (*problem-solving approach*). Aunque se reconoció la multiplicidad de defectos y fallas del proyecto liberal, también se consideró que había logrado ciertos avances y que sus fundamentos eran válidos, por lo que se trató de salvar la paz liberal a través de su reforma. Dentro de esta perspectiva intermedia, entre el escepticismo de los críticos y el triunfalismo liberal de los noventa, sobresalió el trabajo de Ronald Paris (2004, 2009, 2010), en particular, su famosa tesis sobre la necesidad de “institucionalizar antes de liberalizar” (IBL, por su siglas en inglés) (Paris, 2004: 179-211). Para que la democratización y las economías de mercado puedan instaurarse en los países afectados por la guerra es necesario que previamente haya una institucionalidad sólida que sustente esas políticas. Este planteamiento, junto a otras obras de la época<sup>235</sup>, impulsó una generación de tesis sobre la debilidad de los estados y el

---

<sup>233</sup> En la década de los noventa el proyecto liberal incorpora el discurso sociocentrista de la seguridad humana y abandona el modelo tradicional estatocentrista, aunque sigue considerando que el estado existe y es necesario para la organización de la sociedad, principal garante del marco ético y jurídico. Durante años, las diferencias con los enfoques críticos respecto a la visión del estado se mantiene disimulada hasta que en los años 2000 con el proyecto de construcción de estado, la tensión se resuelve a favor del estatocentrismo (Sanz, 2014).

<sup>234</sup> Para profundizar sobre la importancia de fortalecer las instituciones nacionales para alcanzar la paz, los desafíos que enfrenta el proyecto de construcción de estado en escenarios de posconflicto, las tensiones que pueden surgir con la construcción de paz y el papel de acompañamiento de la comunidad internacional en esa tarea, ver el libro “Building State to Build Peace: A Project of the International Peace Institute” editado por Charles T. Call y Vanessa Wyeth (2008), el cual también recoge estudios de caso en Somalia, Palestina, Liberia, Timor Oriental, Afganistán y Bosnia-Herzegovina. Se entiende que las mismas dimensiones que afianzan una institucionalidad sólida pueden servir también para alcanzar una paz duradera: la seguridad, la legitimidad, la justicia, la política económica y el desarrollo socio-económico, las finanzas públicas, la democratización, el imperio de la ley y el estado de derecho.

<sup>235</sup> Por ejemplo, la obra de Francis Fukuyama (2004), *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century*, Cornell University Press, Ithaca (NY).



buen gobierno (*breakdown state theories*). Es decir, los fracasos de la comunidad internacional en las operaciones de paz en sociedades afectadas por la guerra, fueron achacados a la debilidad de los estados<sup>236</sup>.

Desde entonces la agenda de paz liberal se orientó hacia un nuevo tipo de paz, la “paz como gobernanza”, conformada por una combinación de regulación institucional y libertades liberales (Richmond, 2009a: 54). La principal preocupación de la construcción de paz volvió a ser el estado y, en consecuencia, las acciones se enfocaron en el fortalecimiento de las instituciones estatales legítimas y efectivas que garanticen una configuración democrática de los estados. Además, en este proyecto, el estado siguió siendo concebido en términos weberianos, como “la colectividad de instituciones que exitosamente demandan el monopolio legítimo de la autoridad y el uso de la fuerza sobre un determinado territorio” (Call y Wyeth, 2008: 7).

Como resultado, el proyecto liberal se distanció de los enfoques transformadores y giró hacia el estatocentrismo, fortaleciendo el llamado “consenso realista-liberal” (Richmond, 2008; Sanz, 2014: 72). La convergencia con el realismo fue, así mismo, favorecida por la política antiterrorista promovida por Estados Unidos. Aunque en la posguerra fría la corriente realista y militarista se vio debilitada en el sistema internacional, ésta fue revitalizada tras los ataques de Nueva York y Washington el 11 de septiembre de 2001, los cuales sirvieron para reactivar la lógica geopolítica de la seguridad y las intervenciones militares en Afganistán e Irak<sup>237</sup>. Desde entonces, parte de la agenda de seguridad internacional ha tendido hacia la “securitización” de las problemáticas internacionales (refugiados, migraciones, cambio climático, etc.), ubicando el terrorismo como principal amenaza para los estados occidentales. Los profesionales del campo de la paz señalaron que esta política afectó a la construcción de paz al poner en peligro las estrategias de resolución de conflictos no-violentas y los programas de prevención de conflictos (Havermans, 2002: 155-156; Van de Veen, 2002: 157). Así mismo los investigadores advirtieron que la criminalización que la política estadounidense hace de los actores no-estatales bajo las categorías de terroristas y saboteadores de la paz (*spoilers*) limita las posibilidades de iniciar negociaciones y procesos de paz (Munck, 2000; Newman y Richmond, 2006).

En conclusión, el proyecto liberal se ha conservado desde los años noventa con leves variaciones en su retórica, transitando entre los polos transformadores y

---

<sup>236</sup> Según la paz liberal, el fracaso de la instauración del estado moderno en esas sociedades es lo que provoca la desestructuración económica, política y social. Los señores de la guerra se aprovechan de las debilidades del estado para aumentar su poder y financiarse con la guerra y los recursos.

<sup>237</sup> El término “estabilización”, que podemos encontrar en la literatura sobre construcción de paz, se refiere generalmente a las medidas militares de corto plazo que los actores internacionales y nacionales emprenden para finalizar con un conflicto armado (paz negativa) y se asocia a la agenda contraterrorista de los Estados Unidos (Call y Cousens, 2008: 4).

conservadores<sup>238</sup>. Dentro de este espectro político existen varias graduaciones posibles para la paz liberal según tienda hacia el polo realista o hacia el polo transformador, por lo que podríamos hablar de la existencia de distintas “paces liberales” (Richmond, 2006; Heathershaw, 2008). No obstante, los fundamentos básicos del consenso liberal (estatismo y democracia de mercado) han estado siempre presentes (Sanz, 2014: 60). Y el consenso dominante en la actualidad es la coalición liberal-realista, con ciertos alineamientos transformadores (Sanz, 2014: 58).

Por último, de las convergencias entre los enfoques realista, liberal y crítico, la arquitectura oficial de paz y seguridad de la comunidad internacional se ha dotado de una agenda vasta y variada de actividades, que se pueden agrupar en cuatro pilares o dimensiones de acción (Barnett et al., 2007: 49-51; Hellmüller, 2014a, xv; Sanz, 2014: 88)<sup>239</sup>:

- En el sector de la seguridad, se busca la reforma del sector de la seguridad. Así mismo, se ocupa de la desmilitarización y el desminado del territorio y se implementan los programas de DDR (desarme, desmovilización y reintegración).
- En el ámbito político, se intenta avanzar en el proceso de democratización (sistema de partidos, elecciones, cultura, etc.) a lo que se ha unido las políticas que fomentan la construcción del estado-nación (diseño y fortalecimiento de instituciones) y la gobernanza o buen gobierno (*accountability*, transparencia, anticorrupción, primacía de la ley y revisión del sistema de justicia). También se desempeñan acciones de protección de los derechos humanos civiles y políticos.
- En el ámbito socio-económico, a la liberalización y privatización de los mercados se ha unido la reconstrucción física y el desarrollo de infraestructuras económicas y sociales como la educación y la salud. Además, también puede contemplar acciones humanitarias de seguridad alimentaria y acciones para el retorno de refugiados.
- Y, por último, en el ámbito de la reconciliación, se busca la cooperación entre las diversas fuerzas civiles, sociales, políticas y económicas a través de métodos de resolución pacífica de conflictos como el diálogo entre grupos, las comisiones de verdad y la terapia psicosocial, con el objetivo de prevenir que el conflicto conduzca a conductas violentas sistemáticas y persistentes. Dentro de esta dimensión se ubica la justicia transicional, un mecanismo que busca la verdad, la justicia y la reparación de las víctimas.

---

<sup>238</sup> A ambos lados del proyecto liberal (*ortodoxo*) se encuentran el proyecto realista (*conservador*) y el proyecto crítico (*transformador-progresista*).

<sup>239</sup> Barnett et al. (2007) hablan de tres pilares porque unen el “ámbito socioeconómico” y la “reconciliación” en un pilar denominado *socioeconomic recovery*. Dos documentos han sido fundamentales en el establecimiento de los pilares de la arquitectura de paz de las Naciones Unidas: “Un concepto más amplio de libertad: desarrollo, seguridad y derechos humanos para todos” publicado en 2005 (A/59/2005 de 21 de marzo de 2005) y el informe emitido para el Consejo de Seguridad sobre estado de derecho y justicia transicional (S/2004/616 de 23 de agosto de 2004).

Como narrativa, la construcción de paz liberal se trata de la reconstrucción o rehabilitación en todas las dimensiones: política, social y económica. Podemos reconocer entre estas actividades, la prominencia de la receta de la paz liberal (democracias de mercado y fortalecimiento de la sociedad civil), a la que se le ha incorporado actividades de reconstrucción o fortalecimiento del estado tanto en el plano político-institucional (*state-building*) como en el socio-económico (*development*). Así mismo se reconoce la importancia de cuestiones cercanas a los enfoques críticos como, por ejemplo, la resolución de incompatibilidades y reconciliación de las partes, la protección de los derechos humanos, la infraestructura social, la inclusión, la terapia psicosocial o las comisiones de la verdad.

### 3.3.3. Críticas a la paz liberal

Durante el apartado anterior hemos adelantado ciertas críticas que se han hecho a la paz liberal. Entre éstas podemos distinguir dos grupos principales de críticas: (a) aquellas que simplemente señalan problemas de eficacia del modelo pero no cuestionan su validez ni pretenden su modificación sustantiva, por lo que solo proponen resolver cuestiones técnicas u operativas (*problem-solving approach*) y (b) aquellas que sí cuestionan de manera profunda el modelo de paz liberal –los intereses y la estructura de poder implícita en el modelo– y proponen alternativas<sup>240</sup>. El primer enfoque se asocia con la idea positivista de que los problemas sociales se pueden resolver por medio de soluciones técnicas, objetivas y neutrales, y por tanto despolitizadas, y el segundo enfoque se asocia con las corrientes críticas y pospositivistas (Newman, Paris y Richmond, 2009: 23).

En esta apartado nos vamos a centrar en las críticas del segundo grupo, que desde las corrientes críticas –posestructuralismo, poscolonialismo y Teoría Crítica– se han hecho hacia la agenda de paz liberal. En concreto, nos hemos centrado en una crítica en particular, por el interés que tiene en esta tesis: la participación desigual de los actores locales en la agenda de paz liberal y la instrumentalización que se ha hecho de la “apropiación local”.

Desde antes de los años noventa, los sectores académicos críticos –o corriente “emanipadora-transformadora”– han venido requiriendo un tratamiento holístico de los conflictos armados y la construcción de paz (*comprehensive approach*), acorde con la complejidad y localización de los conflictos, con las necesidades de las personas y los colectivos y con las demandas de justicia social, equidad y reconciliación. Es decir, han abogado por la ampliación del concepto de paz –y

---

<sup>240</sup> Robert W. Cox (1981) señaló que los enfoques de relaciones internacionales se pueden distinguir por seguir una orientación crítica, encaminada a cuestionar y comprender los fundamentos, o una orientación técnica (*problem-solving*), centrada en las políticas que resuelvan los problemas inmediatos.

seguridad—, así como la incorporación de más temas y de los actores locales a la agenda de paz<sup>241</sup>. Hemos visto que, en cierto modo, los enfoques críticos han influido en la agenda de paz liberal. Al igual que los conceptos de paz y seguridad, durante los últimos treinta años, la noción de construcción de paz ha vivido un proceso de ampliación y profundización en busca de las iniciativas que hicieran la paz más sostenible y duradera (Funk, 2012: 391; Sanz, 2014: 36). Del mismo modo, cada vez se ha concedido mayor importancia a la participación de los actores locales en la construcción de la paz (Donais, 2011: 48). Sin embargo, los sectores críticos encuentran una gran distancia entre el discurso y la aplicación práctica de la agenda de paz liberal.

En primer lugar, aunque la agenda internacional haya asumido la retórica sobre la búsqueda de una paz sostenible y duradera, prima el criterio de la eficacia y lo prioritario continua siendo el trabajo de gestión de los conflictos, esto es, la búsqueda de seguridad a través del cese al fuego, los procesos de negociación entre élites de acuerdos de paz y la desmovilización de combatientes. La amplitud de actividades que engloba la construcción de paz exige la operacionalización de los programas, lo cual es un tarea compleja que exige de narrativas persuasivas (Sanz, 2014: 128). Hayman (2014, 68-69) muestra un ejemplo de cómo se priorizan los objetivos en la construcción de paz: primero está la prevención de la violencia física, después la construcción de resiliencia y la resolución de las causas más próximas al conflicto y, en último lugar, la atención las causas profundas o las raíces de los conflictos.

En relación a esto, faltan recursos económicos para la paz positiva y para la reparación, para la participación de la sociedad civil y de las víctimas en los procesos de paz (Castaño Barrera y Valencia Agudelo, 2013). Como señala Funk, aunque los estados y organismos internacionales no se hayan separado de la agenda social de construcción de paz, en la práctica los programas sociales que financia no conducen a procesos de largo plazo y se presta mayor atención a las reformas institucionales (Funk, 2012: 394-395). La rehabilitación social y la reconciliación carecen de los esfuerzos y recursos dedicados a otras cuestiones (políticas, económicas o de seguridad) porque no hace parte de los objetivos y acciones priorizadas por los estados.

En segundo lugar, se ha señalado el fracaso de las operaciones de paz realizadas por la comunidad internacional. En la mitad de los casos, en un lapso de cinco años, se produce un nuevo estallido del conflicto armado. Y, cuando no es así, se producen contradicciones dentro del modelo —como los casos de violaciones sexuales durante las operaciones de paz— o se obtienen resultados iliberales,

---

<sup>241</sup> En 1997, la revista *Peace and Conflict Studies* publicó un número especial dedicado a la revisión de la construcción de paz donde se señalaba la necesidad de ampliar su marco conceptual, incluir nuevas perspectivas, reformar las Naciones Unidas e incorporar el papel de la sociedad civil (Martínez Guzmán, 2008: 10-11).

contrarios a los objetivos que pretenden perseguir, tales como la instauración de sistemas políticos antidemocráticos (Pérez de Armiño, 2016: 298; Zirion-Landaluze, 2017: 36-37)

Del mismo modo, a pesar de la incorporación de actores de la sociedad civil, ONGs locales y movimiento sociales dentro de la arquitectura oficial de paz y seguridad, el potencial de los actores locales no ha sido suficientemente valorado<sup>242</sup> y su participación en las estrategias de paz ha sido prácticamente decorativa.

La literatura ha señalado como en los últimos años ha crecido la preocupación de los donantes, agencias y ONGs internacionales por la participación local<sup>243</sup>. En base a la acumulación de errores y la pérdida de confianza en las intervenciones, los organismos internacionales dedicados a la cooperación al desarrollo, primero, y a la construcción de paz, después, entendieron que era necesario que los programas estuvieran enraizados en las realidades domésticas si querían que los proyectos fueran efectivos y contaran con la legitimidad, confianza y credibilidad de la población local<sup>244</sup>. Las operaciones de paz llevadas a cabo por Naciones Unidas – por ejemplo, en Timor Oriental, Afganistán, Bosnia, Chipre o los primeros años en Kosovo– no contaban con las poblaciones locales por lo que eran percibidas como imposiciones externas y se enfrentaban al boicot y la no-cooperación. En muchos casos, una vez que la presencia internacional y los recursos externos se acababan, los proyectos no eran sostenidos a largo plazo. Este tipo de intervenciones resultaron siendo insostenibles desde el punto de vista normativo y estratégico (Mac Ginty y Richmond, 2013: 764) y provocó la reflexión sobre una simple pregunta: ¿de quién es la paz? (Schumann, 2014: 16). En consecuencia, se propagó entre los círculos académicos y las agencias internacionales el criterio de que las iniciativas de paz debían estar orientadas hacia la “apropiación local” (*local ownership*), entendida ésta como el traspaso del control sobre el diseño y la implementación de las operaciones y la gobernanza a los actores domésticos (Donais, 2011: 48)<sup>245</sup>.

---

<sup>242</sup> A menudo las capacidades locales tampoco son suficientemente estimadas por parte de las propias poblaciones locales (Funk, 2012: 403).

<sup>243</sup> Desde el año 2000 ha ido aumentando el número de veces que la palabra “local” es mencionada en los informes y publicaciones de las Naciones Unidas y el Banco Mundial (Mac Ginty y Richmond, 2013: 771). La sensibilidad local también aparece en los documentos de la OCDE y la Unión Europea (Bargués-Pedreny, 2015: 74). Incluso, países particulares como Suiza han declarado su compromiso con la apropiación local (Wild, 2014).

<sup>244</sup> Esto está relacionado con otra crítica que se ha hecho a la agenda de paz liberal: que su implementación se ha hecho de manera uniforme, como una receta universal, sin tener en cuenta las particularidades políticas, económicas, sociales y culturales de cada sociedad (Zirion-Landaluze, 2017: 40).

<sup>245</sup> Cuando los documentos internacionales se refieren a los actores “domésticos” pueden no ser los actores locales sino nacionales. Y en algunos casos la “apropiación local” se refiere a los gobiernos nacionales. En este sentido, organizaciones como la OCDE, el Banco Mundial y las Naciones Unidas fomentaron la creación de instituciones regionales o nacionales que reflejaran mejor las preocupaciones domésticas y la idiosincrasia y con ello mejorar la legitimidad de los programas.

La “apropiación local” se presentó discursivamente como la solución para reducir el carácter autoritario de las intervenciones y garantizar la auto-determinación de los locales y, por lo tanto, como la posibilidad de alcanzar una construcción de paz legítima y sostenible. Sin embargo, en la práctica, las Naciones Unidas nunca delegaron la responsabilidad de la construcción de paz en los actores locales (von Billerbeck, 2015: 310). En realidad, lo único que se permitió a las comunidades era validar las decisiones tomadas en las altas esferas, por los expertos o por los que mandan. Siguen siendo los actores internacionales, con o sin la colaboración de los gobiernos nacionales, quienes elaboran los programas, las actividades y las metodologías para el trabajo en zonas de conflicto y de manera impositiva o persuasiva inciden en los procesos de construcción de paz. El análisis de Eneko Sanz (2014: 180 y 188-189) sobre los programas de Naciones Unidas revela que, en la mayoría de los casos, las poblaciones locales aparecen como las “víctimas” de las guerras, “sujetos pasivos” de las estrategias de paz y “receptores” o “beneficiarios” de la ayuda exterior, mientras que los actores internacionales y los gobiernos nacionales se alternan los roles de “héroes” y “aliados”. Por su parte, las organizaciones de la sociedad civil y los donantes suelen aparecer como socios o aliados secundarios. Además, la participación de los actores locales sigue siendo limitada a las estrategias de reconstrucción social y reconciliación (construcción de paz posconflicto), teniendo vetado el acceso a los espacios de toma de decisiones del establecimiento de la paz y mantenimiento de la paz, de cuyos procesos resultan los acuerdos de paz decisivos para el posconflicto<sup>246</sup>.

Respecto a la profesionalización y tecnificación que ha vivido en las últimas décadas el sector (*technocratic turn*), los autores también han sido críticos con las implicaciones que esta ha tenido para las comunidades locales. A pesar de lo acertado que puedan ser las recomendaciones en los informes sobre lecciones aprendidas y buenas prácticas, estas publicaciones contribuyen a la idea de que el conocimiento experto viene de fuera y no de las propias comunidades que son quienes viven en los terrenos en conflicto y tienen experiencia directa con la paz y la guerra (Mac Ginty, 2014: 4).

Según Sarah B.K. von Billerbeck, la distancia que hay entre el discurso de la “apropiación local” y la práctica de las Naciones Unidas se debe a que ésta teme que, entregar la construcción de paz a las comunidades locales, implique perder eficacia en la intervención y la posibilidad de liberalizar el estado. En el fondo, los locales son vistos como (1) sujetos incapaces de llevar a cabo la complejidad de

---

<sup>246</sup> Desde el feminismo se ha apuntado que esta división de las iniciativas de paz se debe a que las fases de “establecimiento de la paz” o “mantenimiento de la paz” son percibidas como los espacios políticos “duros” y “formales” mientras que la construcción de paz es el espacio político “blando”, “suave” e “informal”. Esta diferenciación en el ámbito de la paz “ha dado lugar, desde la década de los noventa, a una división sexual del trabajo por la paz consistente en la exclusión de las mujeres de los espacios de negociación y decisión política, y a su inclusión la mayoría de las veces en el espacio de la construcción de la paz desde la base” (Mendia, 2013: 200). Esta crítica podría aplicarse a la distribución de funciones entre locales e internacionales.

tareas que implica la construcción de paz y (2) actores iliberales, que priorizan los intereses particulares sobre los universales y prefieren los órdenes políticos autoritarios y represivos a los democráticos (von Billerbeck, 2015: 311).

Lo local representa para el proyecto liberal la defensa de lo relativista, particularista, irracional, anti-democrático y anti-desarrollista, así como la vulneración de los derechos humanos, particularmente los de las mujeres (Mac Ginty y Richmond, 2013: 764-765). Aunque los organismos internacionales no quieran mostrarse autoritarios y hayan avanzado, por ejemplo, en la inclusión de los locales, las mujeres<sup>247</sup> o las minorías, siguen pensando que es necesario intervenir y velar por la seguridad de los países del sur si se quiere evitar una recaída en la violencia y el caos (Bargués-Pedreny, 2015: 80). La agenda de paz liberal, y por ende el mandato de las Naciones Unidas, se propone salvar a los países destruidos por la guerra llevándoles los valores, el conocimiento y la experticia de los países avanzados, una aspiración que ha sido calificada como la “misión civilizatoria” (Paris, 2002) y la “patologización de las sociedades posconflicto” (Hughes y Pupavac, 2005).

Esta cuestión está conectada con la crítica que los enfoques poscoloniales y posestructuralistas hacen de la paz liberal como “estrategia neo-colonizadora”. Según estos, la agenda de paz liberal esconde una voluntad de universalizar el ideario liberal occidental –basado en valores como el progreso, la racionalidad, la modernidad, el individualismo, el secularismo, etc.– e imponerlo a los países del Sur global (Pérez de Armiño, 2016: 298-299; Zirion-Landaluze, 2017: 34). Así mismo, la comunidad internacional –formada por los países del Norte global– se considera la única capaz de llevar el desarrollo y el control de la violencia y la corrupción a los países del sur. Un ejemplo de esta mentalidad liberal-occidental es que los programas de construcción de paz contemporánea tienen como eje transversal la idea de “capacitar” a las instituciones domésticas y sus funcionarios en el desarrollo, la democracia y el buen gobierno (transparencia, responsabilidad, anti-corrupción, responsabilidad) (Sanz, 2014).

Los autores críticos concluyen que la “apropiación local” es un concepto de moda (*buzzword*), retórico y vacío de contenido, que en la práctica se emplea como una forma de instrumentalizar a los actores locales para que no obstaculicen los objetivos de la paz liberal. La idea del liberalismo de que se podía imponer una receta venida de fuera porque en Occidente había funcionado desaparece a nivel discursivo pero no en la práctica. La “apropiación local” debería conducir a que fueran los actores domésticos quienes liderasen los procesos de paz, las iniciativas y la implementación (Wild, 2014: 80), sin embargo, por el momento no ha implicado un proceso real de empoderamiento o auto-determinación de las poblaciones locales (Hughes y Pupavac, 2005: 883). La comunidad internacional utiliza el lenguaje de los

---

<sup>247</sup> Para una crítica feminista de la “apropiación de local” ver Hudson (2011) en la cual se cuestiona el verdadero alcance de la inclusión de las organizaciones de mujeres en la construcción de paz.

sectores críticos para persuadir a los actores domésticos que se apropien de las reformas. Se apropia de términos como sostenibilidad (*sustainability*), participación (*participation*) o colaboración (*paternship*) pero el rol de los actores y los principios de los programas internacionales (individualismo, secularización, libre mercado, derechos de propiedad liberal, etc.) no han variado. En conclusión, no se está apoyando las luchas locales por la paz sino que se trata de securitizar y modernizar lo local en términos neoliberales (Mac Ginty y Richmond, 2013: 775-776).

Los autores apuntan que la brecha entre el discurso y la práctica en la construcción de paz contemporánea se debe a que las relaciones entre los actores internos y externos todavía son desiguales (Donais, 2011: 61). Las relaciones están marcadas por la desigualdad en el acceso a recursos económicos y a los ámbitos institucionales de toma de decisiones y en el grado de poder y conocimiento, lo cual explica que las ideas globales condicionen o determinen las decisiones de las comunidades locales (Gómez Isa, 2013: 94). Entre lo local, nacional e internacional existen diferentes visiones sobre la paz, el estado, la sociedad, el sistema internacional y la historia, que se manifiestan en tensiones o contradicciones respecto a las normas sociales, las instituciones, los derechos, la representación, el sistema de redistribución y las identidades (Mac Ginty y Richmond, 2013: 764). Dado el poder de las estructuras sociales occidentales, la complementariedad entre las formas nativas o locales de paz y resolución de conflictos y las formas occidentales y liberales se vuelve inviable, y se resuelve en una imposición o cooptación de las formas nativas (Mac Ginty, 2008). Las organizaciones locales y de la sociedad civil son dependientes de la ayuda internacional, lo que implica que la construcción de paz sea un proceso dirigido predominantemente por los donantes en función de sus intereses y agendas (Dosch, 2012: 1070).

La apropiación local no parece posible bajo las actuales condiciones de asimetría del poder. Existen muchos impedimentos estructurales, incluso para aquellos actores internacionales que tienen la intención real de incluir a los actores locales en los procesos de paz. Para hacer la apropiación local más sustantiva, los autores reclaman que se abandone la retórica (*false talk*) y se inicie un diálogo abierto y honesto sobre los obstáculos estructurales, sobre las diferentes visiones y valores de cada sociedad y sobre la negociabilidad de la agenda de los actores externos (Pfister, 2014: 39-40), que haya un reconocimiento del autogobierno y la autodeterminación de la población local y nacional (Donais, 2011; Béatrice Pouligny, 2005), que se reduzca el carácter impositivo del proyecto liberal y sus funciones pasen de la ingeniería social a la facilitación e identificación de los actores locales que pueden constituir un motor de cambio social (Béatrice Pouligny, 2005: 507), que se otorgue la iniciativa a los actores locales (Hellmüller, 2014b: 6) y que las negociaciones impliquen una repartición del poder (Schumann, 2014), por lo que, el término de “apropiación local” sea sustituido por el de “liderazgo local” o la “apropiación política”. Estos cambios facilitarían que las sociedades divididas por los



conflictos pudieran reconstruir las relaciones sociales y restablecer el contrato social (Donais, 2011: 55).

### 3.4. La construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos

La construcción de la paz es un concepto habitual en el léxico de la comunidad internacional que orienta las intervenciones en sociedades afectadas por la guerra (Sisk, 2008: 239). Como vimos, el término fue popularizado en la década de los noventa a partir de la publicación de “Un Programa de Paz” por el entonces Secretario General de las Naciones Unidas Boutros Boutros-Ghali (Boutros-Ghali, 1992). No obstante, existen precedentes de la utilización de este término por parte de autores como Johan Galtung (1975) y Elise Boulding (1984) cuando su uso todavía no era generalizado<sup>248</sup>.

La formulación de la construcción de la paz dentro de la investigación para la paz no estaba asociada –como en el caso de la propuesta de NNUU– a la consolidación de los acuerdos de paz y prevención de guerras futuras, sino que tenía un componente más crítico y normativo, acorde con la noción de la “paz positiva” (Pérez de Armiño, 2016: 294). De acuerdo con la propuesta de paz positiva, para poder alcanzar una paz sostenible y duradera es importante abordar las causas que subyacen a los conflictos armados e iniciar procesos que vayan más allá del estado y las negociaciones entre élites. Estos serían los objetivos propios de la construcción de la paz positiva.

A diferencia de la propuesta inicial de Naciones Unidas, la construcción de la paz positiva no se concibe como una fase propia del posconflicto. Para los investigadores de este campo, el ciclo del conflicto no es un proceso lineal y secuencial sino procesual y dinámico<sup>249</sup>. Según la curva del conflicto que vimos anteriormente, durante el conflicto va aumentando la violencia (escalamiento) hasta la firma del acuerdo de paz, momento en el cual comienza a reducirse la violencia (desescalamiento) sin embargo, en muchos contextos, la firma de acuerdos no ha implicado el fin de las hostilidades y mucho menos de las violencias. Por ejemplo, muchos conflictos en África muestran que no es fácil determinar el momento álgido

---

<sup>248</sup> El término *peacebuilding* fue acuñado por Johan Galtung en los años 70, aunque la elaboración teórica del concepto comenzó con la publicación de “Un Programa de Paz” (1992) y continuó con los posteriores esfuerzos de Naciones Unidas y los organismos regionales de desarrollar un enfoque sostenible de reconstrucción en sociedades afectadas por la guerra (Knight, 2003). Galtung ya distinguía entre las estrategias de *peacekeeping* (acciones disociativas, que intentan separar a los actores enfrentados), *peacemaking* (resolución de conflictos) y *peacebuilding* (acciones asociativas) (Funk, 2012: 392-393).

<sup>249</sup> Esta visión del conflicto se corresponde principalmente al enfoque de “transformación de conflictos” que luego definimos, si bien cada vez hay más consenso sobre estos principios en la comunidad internacional y entre los autores dedicados al diseño de programas de intervención, por ejemplo, ver Valters (2015: 8-12) y Vogel (2012: 8).

de la violencia y que los acuerdos pueden firmarse en un momento de baja violencia y aumentar tras estos<sup>250</sup> (Dudouet, 2006: 11-12).

Por tanto, el estado de la violencia y de la conflictividad en una sociedad no se corresponde con la fases de pre-acuerdo, acuerdo y pos-acuerdo ni con el tipo de operaciones de paz desplegadas por la comunidad internacional<sup>251</sup>. Aunque durante el conflicto se pueden identificar diferentes etapas o momentos, cuestiones urgentes y problemas de largo plazo, éstas no siguen una secuencia fija que determina cuando empieza o acaba una fase. La conflictividad social puede variar, avanzar, saltar, cambiar de rumbo, ramificarse o sufrir retrocesos, nuevos actores armados pueden aparecer y la violencia del conflicto puede transformarse en otros tipos. Por eso, en la práctica, las instituciones tienen dificultades para determinar a qué tipo de estrategia pertenece cada actividad o proyecto (Sanz, 2014: 38) y en qué momento se pasa de una fase a otra<sup>252</sup>.

En consecuencia, para poder comprender adecuadamente la zona gris en la que se encuentra una sociedad (la mayoría de las sociedades se encuentran en algún punto entre la violencia colectiva y la paz) así como sus transiciones, no podemos conceptualizar los conflictos en términos de regímenes estáticos sino como procesos dinámicos (Dudouet, 2006: 20-22; Sisk, 2008: 243). En relación a la construcción de paz, los límites temporales fijados por la curva del conflicto deben ser difuminados. La construcción de la paz positiva no está limitada a una fase determinada del ciclo del conflicto sino que hace parte de un proceso dinámico y continuo de mejoramiento de las condiciones de paz. Es posible realizar labores de construcción de paz tanto una vez que finaliza el conflicto armado (reconstrucción posbélica) como durante y antes del conflicto (prevención).

Bajo la perspectiva amplia y dinámica de la paz y los conflictos, la construcción de paz ha sido definida como “un concepto global que abarca, produce y sostiene toda la serie de procesos, planteamientos, actuaciones, instrumentos y recursos necesarios para transformar los conflictos en relaciones pacíficas y sostenibles” (Lederach, 1998: 48), “sin que para ello se recurra al uso de la violencia” (IECAH, 2011).

Desde el año 2000 el campo de la construcción de paz ha vivido un crecimiento exponencial. Lederach, afirmó que, en la década de los setenta, no se disponía de

---

<sup>250</sup> De hecho, la mayoría de sociedades posconflicto recaen en el conflicto armado durante los primeros años después de la firma del acuerdo de paz.

<sup>251</sup> En México, Guatemala, El Salvador, la violencia es alta sin que ni siquiera se habla de la existencia de un conflicto armado y, por tanto, sin posibilidad de un acuerdo de paz. En Colombia los recién firmados acuerdos de paz entre el gobierno y las FARC evidencian que mientras las hostilidades entre actores han bajado, los asesinatos a líderes sociales relacionada con la entrada de multinacionales o de grupos criminales (BACRIM) continúa e, incluso, puede haber aumentado.

<sup>252</sup> En la teoría convencional, el postconflicto se inicia con el fin de las hostilidades, lo cual ocurre típicamente con la firma de un acuerdo entre las partes, sin embargo, experiencias como las de Haití, Afganistán, Iraq o la RDC muestran la dificultad de determinar estos momentos (Sanz, 2014: 44)

prácticas tan bien definidas como las utilizadas hoy, ni tampoco de programas académicos y de entrenamiento. Pero en los últimos años, el creciente interés está suscitando la búsqueda de alternativas no-violentas y creativas a los conflictos (Lederach y Moomaw Jenner, 2002: xiv–xv). El término ha madurado considerablemente desde su aparición, aunque todavía no existe un consenso sobre cómo podemos abordar mejor los conflictos armados para tener mayores probabilidades de éxito. Estamos ante procesos donde intervienen multiplicidad de actores, con agendas e intereses diferentes, por lo tanto, no es posible realizar una caracterización única sobre la construcción de paz, hay tantas formas de abordar esta labor como académicos e instituciones dedicados a este campo<sup>253</sup>.

En este apartado exponemos algunos planteamientos teóricos –dentro de los estudios de paz y conflictos– sobre cuáles son las posibles vías para la construcción de la paz positiva. ¿Cuáles son las estrategias de paz compatibles con una concepto amplio y positivo de paz?. El propio Galtung reflexionó sobre ello y propuso que debían ser acciones “orientadas en función de las estructuras”, es decir, pensadas para luchar contra la violencia estructural o la injusticia. Y puso cuatro ejemplos de este tipo de acciones: la no cooperación (negarse a colaborar o participar), la transparencia (visibilizar en la sociedad las violencias e injusticias), una nueva ciencia y tecnología orientada a la paz (es decir, al servicio de las personas y de la satisfacción de las necesidades básicas)<sup>254</sup> y las iniciativas ciudadanas (acciones en lo local, cotidiano y familiar que transforman las estructuras propias y producen micro-revoluciones) (Galtung, 1985: 122-130).

Hasta los años noventa, las técnicas aplicadas al manejo de los conflictos armados consistían en dos enfoques mencionados anteriormente, la “gestión de los conflictos” y la “resolución de los conflictos”, que se utilizaban especialmente en la fase de negociación de los conflictos (*peacemaking*) (Curle, 1994: 6). Pero estas técnicas resultaban insuficientes para alcanzar la paz positiva. Tras cinco años de experiencia como mediador de conflictos armados en Asia y África, Adam Curle (1994: 10) advirtió que este tipo de iniciativas, encaminadas a prevenir o finalizar las guerras, eran demasiado restringidas para resolver los problemas de fondo y se volvió crítico con las estrategias de paz que permiten que el status quo siga reproduciendo las condiciones de violencia estructural:

“Un negociador hábil puede suavizar una situación particular, pero no suprimir las circunstancias que la provocan: las rivalidades, la opresión, la escasez de recursos.

---

<sup>253</sup> Barnett et al. (2007: 38-41) identifican 24 versiones del término en las principales agencias internacionales y gubernamentales dedicadas a la cooperación y construcción de paz. Las diferencias conceptuales afectan a la cuantificación de países donde ha habido procesos u operaciones de construcción de paz. Cada autor o institución aplica unos criterios diferentes dando lugar a listados muy dispares.

<sup>254</sup> Esta nueva ciencia requiere de nuevas formas de investigación o formas de generar conocimiento (metodologías) en la que todos los saberes se tengan en cuenta y todas las personas puedan participar.

Incluso si se pone fin a las guerras, en grandes áreas del mundo continuarán muchas de las condiciones asociadas a la guerra (...). Semejantes circunstancias infligen tal daño a la vida humana, a la salud, la capacidad para una existencia y trabajo creativos y felices, y al desarrollo de potencialidades, que me es imposible referirme a ellas como pacíficas. Infligen a los seres humanos, aunque de una manera menos directa y concentrada, muchos de los horrores destructivos de la guerra” (Curle, 1994: 9-10).

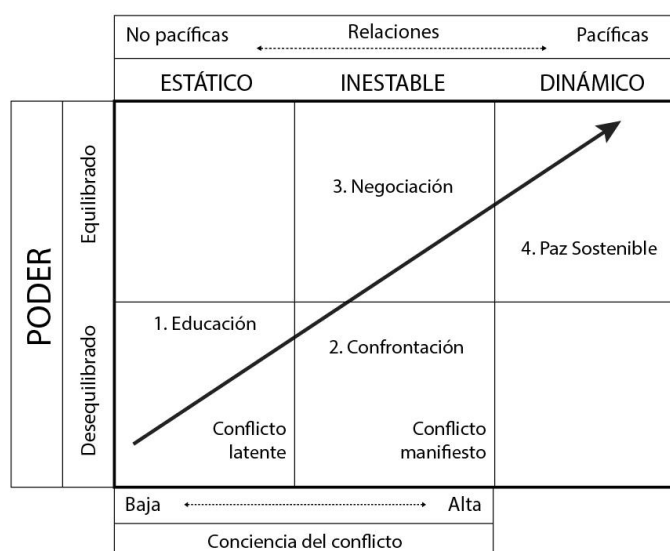
En la década en los noventa, Lederach (1995, 1998) propuso un nuevo enfoque dentro de las “alternativas en el manejo de conflictos” conocido como “transformación de los conflictos”, el cual se presentó como una orientación más adecuada para la consecución de la paz positiva. La transformación de conflictos parte del rechazo a las soluciones superficiales y rápidas de los conflictos que no conducen a una paz positiva. Puede ser preferible, incluso, la continuación de los conflictos antes que su pronta resolución. La finalidad última de la transformación de conflictos no es eliminar los conflictos sino alcanzar la justicia y la igualdad en el poder. Por eso, este enfoque pone el foco de atención en las condiciones estructurales y relaciones que subyacen a los conflictos.

Además de las soluciones de fondo, la transformación de conflictos requiere que, antes de comenzar un proceso de negociación o mediación, la relación entre las partes sea simétrica pues, de lo contrario, los acuerdos resultantes no serán justos. En relación a la simetría entre las partes en conflicto, Curle (1971) había conceptualizado que en los conflictos asimétricos, para alcanzar las relaciones pacíficas<sup>255</sup>, es necesario que se igualen las relaciones de poder entre las partes, a través del empoderamiento (*empowerment*), y que exista cierto nivel de consciencia sobre los intereses y necesidades en conflicto (*awareness*) pues, de lo contrario, el conflicto no pasaría de latente a manifiesto. Este modelo es una referencia conceptual para los seguidores de la transformación de conflictos. Entre otros, ha sido adoptado por autores como Lederach (1995), Francis (1994, 2010), Schirch (2014) y Dudouet (2006, 2017).

---

<sup>255</sup> Recordemos que por relaciones pacíficas, Curle entendía las relaciones de amistad, de asociación activa y cooperación planificada por lo que, no basta con que haya ausencia de violencia física, sino que también requiere que las relaciones sean justas.

**Gráfica 3: Etapas de la transformación de conflictos**



Fuente: Lederach (1995: 13), adaptado de Curle (1971)

La progresión del conflicto hacia las relaciones pacíficas (paz positiva), consta de cuatro etapas en función del grado de concienciación y de la relación de poder<sup>256</sup>. El modelo nos indica en que etapa nos encontramos y qué tipo de actividades deben ser realizadas en cada una. Estamos en la fase de la “educación” o “concienciación”<sup>257</sup> cuando habiendo relaciones de poder desiguales, no hay consciencia sobre la existencia del conflicto (conflicto latente)<sup>258</sup>, por eso, se requiere que la parte desfavorecida aumente su comprensión sobre las injusticias y desigualdades en las que está inmersa. En esta etapa, se contemplan acciones educativas, investigativas, de asesoramiento, de reflexión, de motivación y organización. Pueden necesitar el apoyo de educadores-investigadores. Cuando se alcanza cierto grado de consciencia sobre las necesidades e intereses, surgen multiplicidad de demandas para cambiar la situación. En este punto, si la parte dominante desconoce las demandas y las relaciones poder siguen desequilibradas, el conflicto se vuelve manifiesto y comienza una fase de “confrontación” abierta, donde el conflicto se expresa en la escena pública. El grupo débil intentará utilizar todo tipo de acciones a su alcance, principalmente tácticas no-violentas de persuasión y coerción, para aumentar su posición de poder, equilibrar la relación y conseguir el reconocimiento del otro sobre la legitimidad de sus demandas. Pueden

<sup>256</sup> La transformación de conflictos puede pasar por estas etapas pero no es necesariamente una progresión lineal, sino que depende de cada conflicto: puede haber saltos, cada estadio puede prolongarse a lo largo del tiempo, etc. Por ejemplo, la confrontación no siempre acaba en negociación y la negociación no siempre acaba en aumento de la justicia (Lederach 1995, 14).

<sup>257</sup> Probablemente la ideas sobre la educación y la concienciación proceden de la influencia que Paolo Freire y su idea sobre la “educación como liberación” tuvieron tanto en Curle como en Lederach (Ramsbotham, Woodhouse y Miall, 2011: 348-349).

<sup>258</sup> Es el caso descrito por el marxismo sobre las contradicciones inherentes al sistema capitalista que no son percibidas por el proletariado, a lo que Gramsci denominaba la “falsa consciencia”.

necesitar el apoyo de defensores y abogados<sup>259</sup>. Solo cuando el conflicto llega a su punto de madurez (nivel alto de consciencia, empoderamiento y equilibrio de poderes) se pueden emprender procesos persuasivos de diálogo y negociación<sup>260</sup>. Una paso positivo en esta dirección es el “reencuentro”, momento en el cual los actores se hacen conscientes de la responsabilidad de sus actos, de la necesidad del otro o del beneficio de acordar con el otro, lo que también se conoce como el “reconocimiento de la interdependencia”<sup>261</sup>. Una vez entrada en la fase de “negociación”, la situación todavía es inestable y el conflicto continua existiendo pero ahora se comienza a trabajar en su resolución. Se trabaja en el restablecimiento de la confianza, el diálogo, la conciliación, etcétera, a través de técnicas como la mediación y la negociación<sup>262</sup> y pueden necesitar la ayuda de terceros mediadores. La resolución del conflicto se alcanza cuando ya hay una decisión firme de finalización del conflicto a partir de la llegada a un acuerdo. Pero la transformación del conflicto requiere, además del alto al fuego, de cambios profundos tanto estructurales como relacionales y culturales. El horizonte final es alcanzar la “paz sostenible”, entendida como la reconstrucción de relaciones más saludables, basadas en la confianza, cooperativas y justas, que también puede ser definida como la reconciliación<sup>263</sup>.

La construcción de paz, desde este enfoque, incluye una amplia variedad de métodos y actividades que pueden diferenciarse por etapas. Durante la educación y confrontación, se realizan acciones para fortalecer a la parte débil: educación, conformación de espacios y normas paralelas, persuasión moral, no cooperación, huelgas, manifestaciones, boicots, sabotajes y amenazas<sup>264</sup> (Harto de Vera, 2012: 57). Las tácticas coercitivas ayudan a los grupos débiles a acudir a los diálogos con mayor poder de negociación y las tácticas persuasivas las ayudan a aumentar el grado de concienciación sobre el conflicto (Schirch, 2014: 78). Durante la

---

<sup>259</sup> El empoderamiento de los grupos desfavorecidos es una tarea que generalmente se asigna a las personalidades y organizaciones no gubernamentales de la sociedad civil (nivel medio) pero, en nuestra investigación, analizaremos cómo los actores subalternizados pueden aumentar su poder por sus propios medios.

<sup>260</sup> Se puede evaluar la madurez del conflicto a partir del grado de consciencia de la gente y del poder que tiene cada grupo en relación con los otros.

<sup>261</sup> Esto quiere decir que las partes se den cuenta que no pueden imponer su visión al otro y es mejor trabajar conjuntamente para alcanzar los objetivos.

<sup>262</sup> Brunk (2000) incluyó la negociación dentro de las técnicas empleadas en la transformación de conflictos pero no la mediación, porque, según interpretó Harto de Vera (2012: 67-68), para Brunk la mediación es una técnica que se utiliza cuando el proceso de negociación es tan arduo que la intervención de un tercero neutral se vuelve necesaria, por lo tanto, choca con la idea de la transformación de conflictos en la cual la negociación tienen lugar una vez que el nivel de comunicación entre las partes es fluido. Si se alcanza el momento de la negociación es porque hay un clima adecuado para ello y no se necesita acudir a la mediación externa.

<sup>263</sup> La “reconciliación” consiste en la reconstrucción de las relaciones humanas en las sociedades fragmentadas y divididas (Lederach, 1998). Lederach articuló la interrelación que existe entre la verdad, la misericordia, la justicia, la paz y la reconciliación. La reconciliación sirve de *locus*, de lugar de encuentro entre todas ellas, y de *focus*, de perspectiva a la que dirigirse en el trabajo de construcción de paz.

<sup>264</sup> Estas acciones coinciden, como veremos en el capítulo cuarto, con el repertorio de acciones de los movimientos sociales y la “resistencia civil no-violenta”.

negociación y la reconciliación entre las partes, la transformación de conflictos contempla métodos de resolución alternativa de controversias y de construcción de las relaciones: mediación, conciliación, reconciliación comunitaria, curación del trauma, mantenimiento de la paz no violenta, diplomacia no oficial, informal, de doble vía o de segundo orden (*Track II diplomacy*) y los talleres de resolución de problemas (Lederach y Moomaw Jenner, 2002: xiv–xv). Educación, defensa (*advocacy*) y mediación, son las tres funciones de pacificación contempladas en este modelo. Como vemos, el enfoque de la transformación de conflictos no rechaza las iniciativas propuestas por la resolución de conflictos sino que las incluye y supera<sup>265</sup>. Lo interesante del modelo de Curle, según Lederach (1995: 15), es que las acciones que buscan incrementar el conflicto (educación y confrontación) y las que buscan reducir el conflicto (negociación y reconciliación) no son incompatibles sino, al contrario, partes “necesarias y mutuamente interdependientes en la búsqueda de cambios justos y transformaciones pacíficas”.

La transformación de conflictos comparte con la educación y la filosofía para la paz el interés por promover la cultura de paz y la no violencia<sup>266</sup>. Dado que los conflictos son inevitables e inherentes a las relaciones humanas, lo que importa es la capacidad que tengamos de manejarlos de manera constructiva. Por tanto, bajo este enfoque, las acciones para la paz van encaminadas a construir una cultura de hacer las paces. Inspirados en una imagen positiva del mundo, del poder, de los conflictos y del potencial de los seres humanos y convencidos de la posibilidad del cambio social, el objetivo es encontrar, y poner en valor, los ejemplos positivos –las experiencias que inspiran y dan esperanza–, los ideales, los recursos y capacidades autóctonas para el cambio y movilizar el potencial de los seres humanos de la forma más efectiva y constructiva<sup>267</sup>.

“Utilizamos la amplia terminología de la transformación de conflictos y la construcción de paz para cubrir una extensa y creciente variedad de prácticas, enfoques y modelos con el objetivo de encontrar modos más constructivos y no-violentos de responder a los conflictos” (Lederach y Moomaw Jenner, 2002: xvi).

---

<sup>265</sup> De hecho, Mitchell (2002, 2006) prefiere utilizar el término “resolución” al de “transformación” de conflictos, a pesar de ser el concepto de moda, porque, según él, el enfoque de “resolución” ya señaló la necesidad de abordar cambios en las estructuras y en las relaciones, para alcanzar soluciones duraderas.

<sup>266</sup> Para la UNESCO, la cultura de paz es “un conjunto de valores, actitudes y conductas, que plasman y suscitan a la vez interacciones e intercambios sociales basados en principios de libertad, justicia, democracia, tolerancia y solidaridad; que rechazan la violencia y procuran prevenir los conflictos tratando de atacar sus causas; que solucionan los problemas mediante el diálogo y la negociación; y que no sólo garantizan a todas las personas el pleno ejercicio de todos los derechos sino que también les proporcionan los medios para participar plenamente en el desarrollo endógeno de sus sociedades” (Vicenç, 1998: 6).

<sup>267</sup> Se trata de aprovechar el conflicto como una oportunidad de cambio, promover la no violencia –tanto ética como pragmática–, la esperanza, la cooperación, la confianza, la empatía y la comunicación para resolver conflictos, alimentar el cuidado de las personas y de las relaciones, transformar las relaciones de poder, trabajar en alcanzar acuerdos, utilizar los rituales, los relatos, los juegos, el humor, la música y las expresiones artísticas para comunicar estos principios y construir sueños y visiones de un futuro mejor (Abu-Nimer, 2003; Martínez Guzmán, 2008: 20-21).

Esta orientación de la construcción de paz ha sido nombrada como el enfoque apreciativo<sup>268</sup>. Las personas y las comunidades tienen capacidades y competencias, como la creatividad o la comunicación que les permiten, a través de un proceso de experimentación continua, cuestionar los marcos culturales, superar las limitaciones e innovar soluciones (Martínez Guzmán, 2008: 22)<sup>269</sup>. Y en cada cultura local podemos encontrar valores, actitudes, símbolos, tradiciones, herramientas y otros recursos valiosos para la construcción de paz (Schirch, 2014: 64).

La transformación de conflictos también concibe el conflicto como una oportunidad para el aprendizaje y la transformación de las partes y de la sociedad en general<sup>270</sup>. Aunque siga habiendo sufrimientos se busca que el proceso de transformación de los conflictos sea una vivencia positiva. Para conseguirlo se crean atmósferas propicias para la comunicación, el diálogo y la empatía, se promueve el uso de medios creativos y no-violentos, se analizan las razones que llevaron a cada parte al conflicto, se comparten las necesidades insatisfechas y las emociones, se enfatizan los beneficios de la igualdad, la cooperación y la construcción de metas comunes, etc. Un proceso, que como hemos señalado, espera conseguir la reconstrucción de las identidades desde una perspectiva activa e inclusiva, el mutuo reconocimiento y la reconciliación (París Albert, 2007: 112-113).

En síntesis, la construcción de paz positiva y transformadora<sup>271</sup> se ha convertido en un paraguas que engloba todo tipo de procesos, actitudes, comportamientos, creencias, valores, relaciones y estructuras no-violentas e inclusivas, las cuales están encaminadas a resolver las causas estructurales de los conflictos, promover el cambio social, empoderar a los sectores desfavorecidos, facilitar la reconciliación entre las partes, potenciar el diálogo y las capacidades de resolución pacífica de los conflictos.

---

<sup>268</sup> Son seguidores de este enfoque, entre otros, Cynthia Sampson y Mohammed Abu-Nimer (Sampson et al., 2003), Irene Comins (2008), Martínez Guzmán, París Albert y otros investigadores de la Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz.

<sup>269</sup> Siguiendo a Barret (1995), para la construcción de paz es necesario el “aprendizaje adaptativo”, aquel, a partir del cual, aprendemos las soluciones que mejor se adaptan al medio y se inscriben en la cultura, y el “aprendizaje generativo”, aquel que nos permite seguir experimentando, yendo más allá de los límites y proponiendo nuevas soluciones a los problemas.

<sup>270</sup> En este sentido, Lederach afirmó que la transformación de conflictos “es visualizar y responder a los flujos y reflujos de los conflictos sociales como oportunidades vitales para crear procesos de cambio constructivos que reducen la violencia, incrementan la justicia en la interacción directa y en las estructuras sociales y responder a los problemas de la vida real en las relaciones humanas” (Lederach, 2003: 24).

<sup>271</sup> En la literatura aparecen indistintamente referencias a esta aproximación como enfoques positivos de construcción de paz (*positive approaches to peacebuilding*), construcción positiva de paz (*positive peacebuilding*), construcción de paz positiva (*building positive peace*), así como construcción de paz emancipadora y transformadora (Ramos y Montañes, 2012; Sanz, 2014).



**Tabla 3: Características de la construcción de la paz positiva**

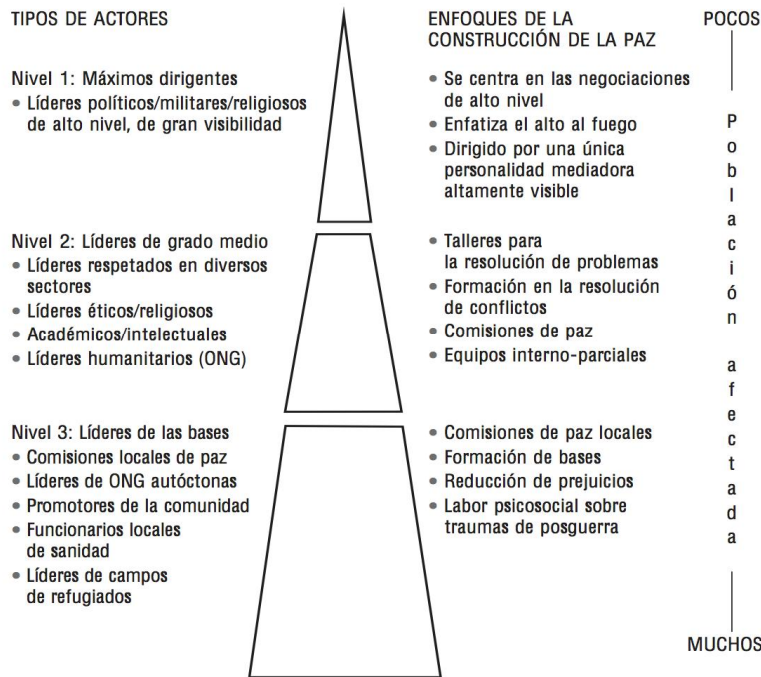
- Importancia de las causas subyacentes de los conflictos y por tanto, necesidad de reformas profundas de calado social.
- Multi-dimensionalidad, ampliación e integración de dimensiones.
- Enfoque de las personas y por tanto, prioridad de las necesidades de las personas y los grupos frente a los estados.
- Procesos de transformación de abajo a arriba, participación, empoderamiento, emancipación, recursos y capacidades locales para el cambio.
- Importancia que tienen en los conflictos los aspectos subjetivos, emocionales y culturales que se transmiten entre generaciones.
- Promoción de competencias positivas, cultura de paz y no violencia.
- Metodologías de investigación participativas y apreciativas.
- Énfasis en la reconciliación y reconstrucción de las relaciones sociales.

Fuente: elaboración propia

### 3.4.1. Complementariedad de actores en la transformación de conflictos

Hasta la aparición del enfoque de transformación de los conflictos, el enfoque de gestión y de resolución de conflictos tan solo habían contemplado la participación de los actores de alto nivel y nivel medio. Una de las consecuencias de la transformación de conflictos fue que, por primera vez, se incorporó la participación de las bases sociales –movimientos, comunidades y organizaciones más locales– en el manejo de los conflictos armados.

Para explicar el reparto de funciones dentro del trabajo por la paz, Lederach (1998: 66), propuso la “pirámide de actores”, en el cual se diferencia entre tres tipos de actores: (1) los actores nacionales e internacionales, (2) los actores de la sociedad civil y (3) los actores locales.

**Gráfica 4: Pirámide de actores y enfoques de la construcción de paz**

Fuente: Lederach (1998: 66)

Los actores que ocupan los niveles superiores en la pirámide son líderes políticos, militares y religiosos de nivel nacional e internacional, que representan o cuentan con el respaldo de gobiernos nacionales, instituciones religiosas, como el World Council of Churches, misiones diplomáticas, agencias de cooperación y organismos internacionales, como las Naciones Unidas<sup>272</sup>. A estos actores les corresponde llevar a cabo las iniciativas contempladas en el enfoque de gestión de los conflictos, como son las intervenciones militares y los procesos de diálogo, negociación y mediación de alto nivel (*Track I diplomacy*). Tradicionalmente, han sido los actores protagonistas en los procesos de paz que van de arriba a abajo (*top-down*).

En el nivel medio se encuentran los representantes de organizaciones de la sociedad civil que hayan alcanzado un posición respetada dentro de su sector o comunidad: gestores de organizaciones no gubernamentales (de derechos humanos, cooperación al desarrollo o ayuda humanitaria), autoridades tradicionales, líderes de organizaciones religiosas, académicos y directivos de empresas. Estos actores son los principales promotores de las acciones contempladas en el enfoque de resolución de conflictos, que como vimos, la construcción de paz liberal ha incorporado en su agenda. Entre las iniciativas de este nivel sobresale la diplomacia informal o de segunda vía (*Track II diplomacy*) que consiste en el ejercicio de roles de mediación por parte de representantes de organizaciones y profesionales

<sup>272</sup> Las principales funciones de los actores internacionales en zonas de conflictos son: las intervenciones militares y/o humanitarias, la mediación internacional y acompañamiento de procesos de negociación y el apoyo económico a los procesos de reconstrucción posbélica.

individuales de la sociedad civil<sup>273</sup>. Algunas de las actividades requieren que se trabaje directamente con la población local lo que puede favorecer en términos de construcción de paz a la sostenibilidad de los acuerdos.

Por último, los actores que ocupan el nivel inferior de la pirámide son líderes de base, comunitarios, militantes, autoridades tradicionales, promotores de la comunidad, funcionarios locales y líderes de organizaciones autóctonas. Los enfoques de la construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos respaldan la incorporación de los actores locales y los procesos de abajo a arriba (*bottom-up*) en la construcción de paz.

Por ejemplo, ya en 1980, Galtung afirmó que todos los niveles de acción –micro y macro, a corto y largo plazo, concretos y abstractos– y todos los actores implicados, son importantes y no excluyentes. Sin embargo, señaló, que la complementariedad es deseable sobre la base de la primacía de lo local: el localismo, “el aquí y el ahora”, el espacio donde vive la gente, donde el ser humano puede desarrollarse, donde la seguridad, el bienestar, la libertad y la identidad pueden realizarse efectivamente. Para que éste sea posible, es necesario que los niveles superiores, las estructuras domésticas y globales no lo limiten y que los niveles inferiores adquieran mayores cotas de autosuficiencia. Estas ideas le llevaron a plantear la sustitución de los estados-nación como sistema de organización sociopolítica por unidades más pequeñas y descentralizadas, más apropiadas en un mundo interdependiente (posestructuralismo o sociocentrismo posliberal) (citado en Galtung, 1985: 119).

Lederach (1998) señala que es necesario superar el dilema entre las medidas cortoplacistas de los actores de alto nivel, la construcción de relaciones pacíficas planteados por los niveles medios a largo plazo y la visión ampliada del conflicto, la justicia y el poder reivindicada por los actores locales, por lo que integró en el enfoque de transformación de conflictos elementos y técnicas de la gestión y la resolución de conflictos (debate, negociación, mediación, etc.):

“Un marco analítico general e integrador no es solamente instructivo, sino imperativo, para satisfacer las necesidades de la construcción de la paz hoy en día. Las sociedades profundamente divididas y las situaciones de conflicto armado interno requieren un marco de referencia operativo que tenga en cuenta la legitimidad, singularidad y la interdependencia de los recursos y las necesidades de los niveles superior, medio y de base en la construcción de la paz” (Lederach, 1998: 89).

---

<sup>273</sup> Como veremos en nuestro estudio de caso, estas acciones de mediación han sido llevadas a cabo por figuras de la Iglesia católica como Francisco de Roux, profesores e instituciones universitarias como Manuel Ramiro Muñoz y el Instituto Estudios Interculturales, autoridades indígenas de organizaciones regionales y nacionales, como el CRIC y la ONIC y delegados de las NNUU como Beatrice Quadranti.

Entre todos los actores, Lederach confía especialmente en el nivel medio de la pirámide porque es el actor que “cuenta con mayor potencial a la hora de establecer una infraestructura capaz de sostener el proceso de construcción de la paz a largo plazo” (Lederach, 1998: 90). Éstos son los únicos actores capaces de: (1) hacer análisis sistémico en profundidad y al mismo tiempo resolver cuestiones prácticas e inmediatas, (2) contactar con los niveles de base y de alto nivel y sacar beneficios de las redes institucionales y de las redes informales que trascienden del conflicto, (3) aprovechar los valiosos recursos humanos y (4) poner en relación todos los niveles de actividad dentro de la población. Por lo tanto, los planteamientos que hace el nivel medio son los que tienen más posibilidades de favorecer tanto las acciones del corto plazo como la transformación del conflicto a largo plazo. Su potencial se acrecienta aún más en el caso de los conflictos armados contemporáneos, por su carácter de conflicto interno y prolongado, donde, según Lederach, la aplicación de los planteamientos del nivel medio se vuelve una necesidad.

En la integración vertical y horizontal, los líderes tienen un papel clave en la creación de oportunidades para que la gente construya relaciones dentro de cada nivel y a través de cada líneas divisoria (Schirch, 2014: 76). En los procesos de construcción de paz, existen grupos y personas clave que tienen la capacidad de movilizar a la masa crítica. Sus ideas y acciones pueden contribuir por tanto a reducir la violencia y encontrar soluciones a los conflictos. Generalmente son personas asociadas al sector de la educación o de los medios de comunicación, porque tienen la autoridad y la oportunidad de que sus decisiones permeen en la sociedad (Schirch, 2014: 70). Esta clase de roles pueden actuar en todos los niveles. Por un lado, están las personas imbuidas en los contextos locales (*insiders*) que tienen contacto directo con los actores, reciben información privilegiada sobre el conflicto y su compromiso se mantiene a largo plazo, por lo que cuentan con la confianza y credibilidad de la población local y con una amplia red de informantes. Por otro, están las personas ajenas (*outsiders*) que acuden a las zonas de conflicto específicamente para contribuir a la construcción de paz, cuentan con recursos políticos y económicos para conocer el contexto y su intervención es clave para ejercer presión a nivel nacional e internacional, aumentar la seguridad física de la población, encontrar financiación o crear espacios y programas sensibles a las demandas o necesidades de la población (Schirch, 2014: 74-75). Por su parte las organizaciones que destinan recursos a las actividades de construcción de paz pueden contribuir a la integración de actores si establecen como requisito la asistencia de todos los grupos, fomentan la cooperación entre éstos y minimizan las actitudes de competencia por recursos y notoriedad (Schirch, 2014: 83-84). La coordinación entre todos los actores, internos y externos, es fundamental porque, de lo contrario, “los diferentes enfoques de construcción de paz pueden contradecirse mutuamente o simplemente no alcanzar su máximo impacto” (Schirch, 2014: 83)<sup>274</sup>.

---

<sup>274</sup> Para la autora, los dilemas entre enfoques son posibles de superar. Existen, al menos, quince maneras de acercarse a la paz: la transformación de conflictos, los derechos humanos, la educación, el activismo, las intervenciones militares, la gobernanza, el estado de derecho, etcétera, cada uno de

Una forma de avanzar en la complementariedad entre niveles y actores puede ser lo que en la literatura se ha denominado como la “infraestructura de paz” – término utilizado por primera vez por Lederach (1998)- que se refiere a las estructuras, mecanismos, recursos, valores y habilidades que contribuyen a la construcción de paz en una sociedad, en sentido amplio<sup>275</sup>. Por ejemplo, hacen parte de las infraestructuras: los Comités o Consejos de Paz, los Secretariados de Paz, los Foros Nacionales, las entidades dedicadas al monitoreo del conflicto, a la verificación de la implementación de acuerdos o a la alerta y respuesta temprana, las Comisiones de Verdad y los Museos de Memoria. Idealmente, es deseable que la infraestructura se exprese en todos los niveles de la sociedad, involucre a todas las partes en conflicto (incluida la sociedad civil, los actores interesados y los expoliadores), genere estructuras interdependientes y produzca una integración vertical (entre niveles micro, meso y macro) y horizontal (entre categorías sociales, étnicas, religiosas y culturales dentro de cada nivel). Sin embargo, en la práctica encontramos diferentes experiencias. La infraestructura de paz en Ghana fue creada desde las comunidades hacia arriba, al contrario que en Sudáfrica donde se crearon a nivel nacional. Y en la mayoría de casos las infraestructuras se establecen únicamente en relación a la implementación de los acuerdos de paz, como en Centroamérica y Nepal (Pfeiffer, 2014: 5-7)<sup>276</sup>.

### **3.4.2. La construcción de paz desde abajo: el protagonismo de los actores locales**

Como hemos visto, la construcción de la paz positiva y la transformación de conflictos contemplaron por primera vez la participación de los actores locales y sus planteamientos sobre lo local asentaron las bases para lo que posteriormente se ha venido a denominar la “construcción de paz desde abajo”, que analizamos en este apartado.

En los años noventa comenzaron a publicarse trabajos que ponían en valor la importancia del manejo de conflictos, la construcción de paz y la resistencia pacífica de base ciudadana o comunitaria (Anderson, 1996; García, 1994; Lederach, 1998; McDonald, 1997; Nordstrom, 1997; Pearce, 1997) pero fue en los años 2000 cuando asistimos a un creciente interés científico por el estudio de la dimensión local, micro o sub-nacional (Autesserre, 2014: 492). Este cambio de enfoque fue calificado en la

---

las cuales hace su contribución especial y complementa los demás enfoques. Para conseguir la integración recomienda llevar a cabo lo que denomina la “construcción de paz estratégica” (*strategic peacebuilding*) (Schirch, 2014: 8-12).

<sup>275</sup> La infraestructura sirve para la prevención del conflicto, la ayuda humanitaria, la resolución de conflictos, la implementación de acuerdos, las reformas estructurales, etc.

<sup>276</sup> En Colombia, en la última etapa del proceso de negociación el Alto Comisionado para la Paz comenzó a trabajar con las instituciones estatales y centros universitarios especializados en el “alistamiento” de las instituciones y de los funcionarios para el posconflicto. Otras instituciones como el Centro de Memoria Histórica fueron previos al proceso de negociación.

literatura como el “giro local” (*local turn*) en los estudios sobre paz y seguridad (MacGinty y Richmond, 2013). Cuestiones como la resistencia y la emancipación de los locales comenzaron a adquirir prominencia en el campo de la Relaciones Internacionales (MacGinty y Richmond, 2013: 773). Parte de esta evolución fue también, la aparición en la literatura de un nuevo enfoque, conocido como la “construcción de paz desde abajo” (*peacebuilding from below*), “construcción de paz desde la base” o “construcción de paz local” (*local peacebuilding*)<sup>277</sup>, que se caracteriza por prestar mayor atención a las dinámicas locales, a la cultura local, a las capacidades locales para la transformación constructiva de conflictos y a los procesos sociales que ocurren de abajo a arriba (*bottom-up*).

El enfoque tradicional de construcción de paz asumía que las dinámicas en el nivel micro eran un mero reflejo del conflicto a nivel macro y que la paz alcanzada en los niveles nacionales e internacionales permeaba en los espacios locales. Por eso, las intervenciones se centraban únicamente en la dimensión nacional de los conflictos y empleaban técnicas de resolución del conflicto por igual en todos los escenarios regionales y locales. Contrariamente a estas ideas, las voces críticas señalaron que no hay una correlación directa entre lo que pasa a nivel macro y el nivel micro, la violencia se puede manifestar de manera diferente en cada país, región y localidad, y los acuerdos de paz a nivel nacional son necesarios pero no suficientes para garantizar la paz en los territorios, por lo que consideraron que era necesario profundizar sobre las dinámicas que el conflicto y el proceso de construcción de paz tenía en cada contexto particular (Autesserre, 2014: 493; Odendaal, 2010: 6; Simons et al., 2013: 683)<sup>278</sup>. En particular, hay problemáticas locales de violencia e inseguridad como las violaciones de derechos humanos o las divisiones interétnicas que no pueden ser abordadas desde un enfoque externo.

Cinco son los factores que han contribuido a este giro local: la crisis de la paz liberal y la pérdida de confianza de los actores internacionales; la existencia de epistemologías y metodologías más sofisticadas que comprenden mejor la perspectiva de los locales frente a una perspectiva estatocéntrica en desuso; los cambios similares vividos en el campo del desarrollo donde también se tiene más en cuenta la participación, colaboración y apropiación de los locales; el aumento de profesionales procedentes del “sur global” en las organizaciones internacionales, lo que ha contribuido a concienciar sobre las diferentes culturas e identidades y los efectos de la colonización; y por último y más significativo, el aumento de confianza y empoderamiento de los actores locales en la construcción de paz, a partir de sus propios recursos (MacGinty y Richmond, 2013: 774-776). Así mismo, la búsqueda de sostenibilidad ha sido otro de los elementos clave en este giro local. Cada vez hay

---

<sup>277</sup> En Colombia la construcción de paz desde abajo puede aparecer denominada como “construcción de paz con enfoque territorial”, esto es, un conjunto de iniciativas de paz realizadas por los actores locales arraigados en cada territorio, que va más allá de la finalización del conflicto armado.

<sup>278</sup> Esta cuestión está relacionada con la crítica que mencionamos a la paz liberal sobre la uniformidad con la que las recetas de la paz liberal se han aplicado en contextos con diferente idiosincrasia.

un mayor consenso respecto a que la inclusión de los actores locales resulta imprescindible para alcanzar el éxito y la sostenibilidad la paz (Funk, 2012; MacGinty, 2008: 142; Henriques Barreto, 2012: 66-67).

Según los seguidores de la construcción de paz desde abajo, la participación de los actores locales no solo hace más sostenible la paz porque las problemáticas sean locales, sino también porque: (1) la agencia es una manera de recuperar su voz y alcanzar el saneamiento personal y comunitario y (2) los actores locales tienen la capacidad para afrontar los conflictos locales y liderar los procesos de cambio (Brett, 2014: 43). Cada cultura local tiene sus propias características, cosmovisiones, valores, herramientas y tradiciones, valiosas para la construcción de paz, y los actores locales son sujetos con capacidad de agencia y autonomía frente a las estructuras. En muchas sociedades afectadas por la guerra, la idea de que todo es caos y ausencia de organización y capacidades es equivocada (Beatrice Pouligny, 1999: 411 y 414). Por lo tanto, bajo esta perspectiva, son las poblaciones locales quienes construyen paz en el territorio y los actores foráneos solo deben cumplir una función de facilitación, es decir, apoyar las decisiones y procesos locales, para lo cual deben conocer mejor la cultura local y ampliar sus marcos de acción al largo plazo.

En consecuencia, la literatura emergente buscó incluir la mirada de las poblaciones locales en dos dimensiones: (1) los impactos locales, esto es, los efectos que los conflictos violentos y las intervenciones de paz extranjeras tienen en lo local<sup>279</sup> y (2) las respuestas locales, esto es, la agencia o capacidad que los actores locales tienen a la hora de actuar e incidir por sí solos en la resolución de conflictos y la construcción de la paz (Autesserre, 2014: 494).

En síntesis, podemos definir la “construcción de paz desde abajo” como un enfoque basado en el empoderamiento y la agencia de los actores locales, sensible al contexto y la cultura local, que actúa para fortalecer la capacidad local de generar el cambio social no violento (Ramsbotham, Woodhouse y Miall, 2011: 348). La construcción de paz desde abajo se asienta en los fundamentos epistemológicos, filosóficos y normativos aportados por los enfoques críticos de paz y seguridad (los estudios críticos de seguridad, el enfoque amplio de la seguridad humana, la investigación para la paz y la transformación de conflictos)<sup>280</sup>. En su dimensión epistemológica, el concepto clave de la construcción de paz desde abajo es la

---

<sup>279</sup> Ha supuesto un cambio en el enfoque empírico. De estar analizando la naturaleza de las políticas de nivel nacional e internacional (recursos, intereses, valores liberales, mandato de Naciones Unidas, etc.) a analizar lo que los actores internacionales hacen realmente en el terreno. Es decir, evaluar el trabajo cotidiano de las iniciativas de paz.

<sup>280</sup> El giro local en los estudios de paz y seguridad hace parte –y contribuye a aumentar– de los enfoques críticos. Comparten la visión sobre el poder, la identidad, la capacidad de agencia y las necesidades y derechos de los contextos cotidianos (MacGinty y Richmond, 2013: 766-769).

“agencia local”<sup>281</sup>, es decir, la capacidad de incidir en el entorno y la sociedad alcanzando cambios sociales (Björkdahl y Gusic, 2015: 272). Richmond y MacGinty (2013: 770) consideran que la agencia local o subalterna se traduce, en su dimensión filosófica y teórica, en el acumulado histórico de luchas sociales donde interacciona un complejo local-internacional de identidades, valores, normas y prácticas, que da lugar a las instituciones legítimas. En estas interacciones la agencia local se confronta con las estructuras de poder del proyecto liberal que intentan imponerse o cooptarlas. La agencia local también puede entenderse como “una inevitable respuesta postcolonial a las fallas del liberalismo político y a su uso como un patrón universal” (Richmond, 2011: 18).

Por tanto, la construcción de paz desde abajo es deudora de los enfoques críticos en la medida en que éstos han contribuido a construir las bases teóricas para la visibilización y priorización de las visiones, necesidades y capacidades (agencias) de las personas y las comunidades locales que habían sido marginadas por los paradigmas realista y liberal. Para las corrientes críticas de paz y seguridad es habitual hacer referencia a la forma en la que la violencia, el conflicto y la paz se expresan en lo cotidiano. “Lo cotidiano es real, claro, nítido y preciso, y es donde suelen comenzar las Relaciones Internacionales” (Richmond, 2011: 32). Es en el contexto local donde se pone en juego la construcción de paz, la seguridad humana, el bienestar, la cultura, la identidad y la política (Richmond, 2011: 18 y 24).

En su dimensión normativa, la construcción de paz desde abajo implica “una construcción de paz comprometida al nivel local con la gente que vive en medio de la violencia” (McDonald, 1997: 1-2) por lo que comparte también con los enfoques críticos la orientación axiológica de transformación social.

Ahora bien, a veces se cae en cierta visión romántica de los actores locales, como inherentemente pacíficos y emancipadores. Los actores locales son también las comunidades desplazadas sin capacidad de resistencia, las autodefensas armadas y los terratenientes en Colombia, o los señores de la guerra en África. Por tanto, cabe preguntarse ¿quiénes son los locales en los estudios de paz y seguridad?

El término “local” es un concepto flexible, que generalmente es utilizado en la literatura para referirse a los actores que habitan dentro de un contexto de conflicto armado, por lo que tienen cierta proximidad geográfica al área del conflicto y pueden haber sido afectados directamente por este, a diferencia de los actores externos – nacionales o internacionales– que habitan fuera del contexto y no viven los impactos directos de la guerra. Bajo esta definición, es un concepto relativo, que podemos

---

<sup>281</sup> Esta “agencia” es diferente a la noción original de la Ilustración que circunscribe la autonomía de las personas a la sociedad civil, los derechos, la propiedad y el mercado. Richmond (2011, 16, 29 y 30) se desliga de la noción liberal e internacional de agencia “buena” y aclara que su visión de agencia local es aquella relacionada con la libre determinación, la autonomía del sujeto y las epistemes individuales y de comunidad que no están necesariamente canalizadas por los marcos normativos y las instituciones liberales.



encontrarlo referido a distintos niveles, desde un pueblo, una subregión hasta a un país (Haspeslagh, 2015: 11 y 13).

Así mismo, en la literatura podemos encontrar referencias a la construcción de paz desde abajo en relación a la sociedad civil, a las comunidades locales o a ambas indistintamente. En frecuente encontrar que cuando las investigaciones se refieren a la población, los actores locales o los procesos *bottom-up* no distinguen entre las organizaciones no gubernamentales, las instituciones religiosas o académicas de ámbito internacional, nacional o local (como, por ejemplo, las Brigadas Internacionales de Paz, International Alert, Amnistía Internacional, Oxfam, Cruz Roja Internacional, Universidades, Iglesias, organizaciones de cooperación al desarrollo, etc.) y las organizaciones de los movimientos sociales y grupos locales que tienen un arraigo territorial o comunitario (*grassroots actors*) como, por ejemplo, organizaciones étnicas, campesinas, vecinales barriales, juveniles, etcétera, lo que contribuye a confundir el papel de las organizaciones de la sociedad civil y el de los actores locales en los procesos de construcción de paz. Sin embargo, es necesario ahondar en las diferencias porque, aunque tanto las iniciativas de la sociedad civil como de las comunidades, puedan considerarse procesos centrados en las personas y los grupos sociales y externos al estado <sup>282</sup>, no tienen las mismas implicaciones respecto al orden socio-político.

El papel de la sociedad civil en la paz y los conflictos comenzó a estudiarse en los años ochenta vinculado a la paz liberal, mientras que el interés por los actores más comunitarios no surgió hasta una década más tarde, en los enfoques críticos, asociada a la propuesta de paz positiva, emancipadora y transformadora. Ambas perspectivas mantienen una visión positiva de la sociedad, pero mientras la paz liberal no cuestiona los principios del estado liberal y moderno (democracia parlamentaria, economía de mercado, monopolio de la fuerza, etc.), los enfoques críticos se interesan por las comunidades que son marginadas precisamente por el proyecto liberal-modernizador y cuya agencia tienen un potencial transformador. La construcción de paz *bottom-up* del liberalismo concibe, por tanto, el fortalecimiento de la sociedad civil como una manera de profundizar en la democratización y legitimidad del estado sin cuestionar el status quo, mientras que el proceso *bottom-up* de las comunidades locales es un proceso de resistencia contra-hegemónico que representa otras formas de organización social y política. Por otro lado, mientras que la construcción de paz liberal tiene una perspectiva universalista y globalizadora, la construcción de paz positiva y transformadora busca el arraigo comunitarista (Donais, 2011: 46; MacGinty y Richmond, 2013: 772; Hellmüller, 2014b: 6).

Recordemos que en la pirámide de Lederach, las organizaciones de la sociedad civil y los actores locales no tienen la misma posición ni cumplen las mismas funciones.

---

<sup>282</sup> También comparten una visión pluralista del poder, esto es, que el poder del gobierno no es monolítico y perpetuo sino fluido y dependiente de la validación y la cooperación de la gente (es decir va de abajo a arriba) (Sanz, 2014).

Las primeras hacen parte de los actores medios que facilitan la intermediación entre los niveles locales y nacionales y, en el mejor de los casos, acompañan y facilitan la auto-determinación de las comunidades locales. Varios autores miran con preocupación el trabajo de las organizaciones no gubernamentales (de la sociedad civil) en zonas de conflicto, pues éstas pueden crear dependencias, desempoderamiento y falsas expectativas (Anderson y Olson, 2003: 25), así como pueden privilegiar los intereses y agendas de los donantes internacionales (Dosch, 2012; Gómez Isa, 2013)<sup>283</sup>. Además, generalmente, las organizaciones de la sociedad civil defienden posiciones moderadas o neutrales para evitar las sanciones locales e internacionales (MacGinty y Richmond, 2013: 770)<sup>284</sup>.

Beatrice Pouligny (1999: 405-406) se muestra contraria al uso del término “sociedad civil” en los marcos teóricos de construcción de paz en la medida en que su empleo, además de ser confuso, implica incluir solamente a los actores que cumplen una determinación posición y función en la sociedad moderna. En particular, la noción de sociedad civil ignora o excluye las formas de organización comunitaria que están en un proceso de redefinición respecto a la modernización, que cuestionan a la sociedad y el estado moderno y cuya agencia no cumple con las funciones asignadas a la sociedad civil. En su lugar, Pouligny propone utilizar un concepto más amplio como el de “sociedad local” que permite identificar mejor todo tipo de interacciones y dinámicas entre actores.

Para Richmond, la “sociedad civil” representa un artificio de occidente (Richmond, 2011: 19), parte del proyecto moderno de occidente que se pretende universalizar. Por eso, el autor ha optado por referirse a lo “local” para hablar de “lo que los actores internacionales normalmente perciben como una serie de actores y ámbitos que abarcan sus contrapartes no occidentales y no-liberales en la construcción de paz liberal y del estado al nivel de las élites y de la sociedad civil” y lo “local-local” para hablar de las “comunidades e individuos que constituyen la sociedad política (...) y donde lo cotidiano suele tener un gran alcance como herramienta crítica” (Richmond, 2011: 15).

Manuel Castells ha provisto una tipología de identidades colectivas, según cuál sea su posición en las relaciones de poder, que nos resultan de gran utilidad para diferenciar los actores locales de los actores de la sociedad civil. Según el autor, las identidades que generan la sociedad civil son “identidades legitimadoras”, es decir,

---

<sup>283</sup> En Camboya, por ejemplo, las primeras ONGs locales de la sociedad civil fueron creadas en la década de los noventa por organizaciones internacionales para dar respuesta a las necesidades de construcción de estado y sociedad después de años de conflicto armado, (Dosch, 2012: 1068), lo cual ha implicado una relación de dependencia de estas organizaciones hacia los donantes internacionales.

<sup>284</sup> No obstante, es difícil determinar si las ONGs son actores positivos o negativos, depende del contexto, y en muchas situaciones se han demostrado las funciones positivas a la paz (Aliyev, 2010: 331; Stephenson Jr. y Zanotti, 2012). Entre sus contribuciones destaca el apoyo y acompañamiento a comunidades en procesos de reparación de víctimas, recuperación de la memoria, defensa de derechos humanos y protección humanitaria (Beristain, 2000; Bitar Giraldo, 2006)

aquellas que han sido “introducidas por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales” (Castells, 1997: 30), mientras que las identidades que están detrás de la formación de comunas o comunidades son las “identidades de resistencia” que son “generadas por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen trincheras de resistencia y supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad” (Castells, 1997: 30) y generalmente conllevan reivindicaciones de identidad y políticas de la diferencia. Por otro lado, Castells señaló que los actores locales (ya sean comunidades locales o urbanas) se basan en una “identidad territorial”, es decir, construyen una identidad colectiva en relación al entorno local (ya sea este un pueblo, una ciudad, un suburbio, etc.) en el cual se socializan con los demás habitantes del lugar y a partir del cual construyen organizaciones territoriales, se generan sentimientos de pertenencia y, en última instancia, se construye una identidad cultural y comunal. Para que esto suceda, además, es necesario que los habitantes participen en procesos de movilización social, es decir, participen en movimientos comunitarios, rurales o urbanos (Castells, 1997: 83). Por lo tanto, siguiendo estas nociones, quienes conducen el proceso de transformación social de abajo a arriba, son los actores de base comunitaria porque ostentan una identidad de resistencia y territorial. En el caso de los movimientos culturales o identitarios occidentales (feministas, LGTB, etc.), que pueden tener una identidad de resistencia, sería necesario que, además, tuvieran también un arraigo territorial como pasa en el caso de muchos grupos de mujeres, indígenas, negras, campesinas o urbanas que viven en comunidades en América Latina.

Por último, el debate entre la sociedad civil y la comunidad se ubica dentro de la tensión que existe en las sociedades contemporáneas entre el eje globalización, cosmopolitismo, colonialismo, individualismo y el eje localización, localismo, poscolonialismo, comunalismo. Los sociólogos vienen señalando que en las últimas décadas se está produciendo un proceso de globalización u homogeneización a nivel mundial que ha provocado, como reacción, la revitalización de lo local, lo que algunos autores han calificado como el fenómeno de la “glocalización” (Swyngedouw, 1992; Robertson, 1995). En la perspectiva crítica de la construcción de paz desde abajo hay un interés por revalorizar lo autóctono, lo tradicional y consuetudinario en oposición a lo universal y cosmopolita que procede de occidente. Se aboga por la emancipación y libre determinación de los pueblos así como por la capacidad de las comunidades locales a la hora de manejar los conflictos y contribuir a la reconciliación, a partir de los valores, recursos, herramientas y conocimientos propios. Más que en los organismos internacionales, en el estado o en la sociedad civil, el enfoque crítico de la construcción de paz desde abajo considera que es en las comunidades políticas donde reside el poder moral y político.

En conclusión, aunque la construcción de la paz desde abajo pueda encontrarse en algunos textos referido a la participación de la sociedad civil en general, su sentir

está asociado a la agencia de las personas y los grupos sociales (la agencia local) que realizan prácticas de resistencia, transformación política y construcción de poder social desde abajo lo que, por las razones expuestas, se asocia mejor con las comunidades políticas (y sus organizaciones sociales) que con las organizaciones de la sociedad civil. Lo preferible sería que en procesos de construcción de paz intervinieran las organizaciones arraigadas en las comunidades locales, autónomas económica y políticamente (Stephenson Jr. y Zanotti, 2012: 3), aunque también sería plausible la intervención de organizaciones de la sociedad civil realmente independientes y capaces de actuar como un tercer sector (Aliyev, 2010: 333).

Por otro lado, la cuestión sobre quiénes son los locales no acaba aquí. Si el protagonismo de la construcción de paz desde abajo la tienen las “poblaciones”, “sociedades” o “comunidades” locales es necesario delimitar quiénes son estos. Los especialistas del campo han advertido que al trabajar sobre el nivel micro hay que tener en cuenta varios aspectos (Autesserre, 2014: 495; Donais, 2011; MacGinty, 2008; 2014: 2; MacGinty y Richmond, 2013: 770; Richmond, 2011: 18-19; Simons et al., 2013) que hemos sintetizado en tres<sup>285</sup>:

(1) La población local no representa un actor homogéneo y unificado. En realidad, cuando hablamos de comunidades, puede haber en su seno diferentes visiones, a las que podemos llamar todas ellas “locales”. Las poblaciones locales pueden estar fragmentadas en grupos religiosos, políticos, económicos, sociales y culturales con sus propios intereses, creencias, actitudes y costumbres. Por eso, no se puede extrapolar el comportamiento particular de unas personas o grupos a toda una sociedad local.

(2) Lo local se relaciona con el espacio sub-nacional o sub-estatal pero las fronteras son difusas, lo local puede ser también transversal y transnacional (los grupos forman organizaciones que hacen parte de redes) y en el espacio local interacciona también lo no-local<sup>286</sup>.

(3) No se puede caer en la idealización o el “romanticismo” hacia todo lo que signifique comunal, local, autóctono o consuetudinario<sup>287</sup>. Al igual que los posestructuralistas se oponen a las metanarrativas de la modernidad tampoco se pueden esencializar a las poblaciones locales. Según Castells, a pesar del potencial transformador de las comunidades (territoriales, nacionalistas, étnicas o religiosas),

---

<sup>285</sup> Estas advertencias caben para el trabajo con cualquier actor. La heterogeneidad y la desromantización también debe ser aplicada al hablar de la sociedad civil, el estado o la comunidad internacional.

<sup>286</sup> Se habla de contextos políticos “glocales” para describir los escenarios donde no es posible delimitar lo que es global de lo que es local porque los actores locales e internacionales están conectados, compiten, negocian y se influyen mutuamente y sus acciones se superponen unas con otras. Esta lente “glocal” sobre la complejidad de las relaciones debe tenerse en cuenta en los análisis (Wild, 2014: 82).

<sup>287</sup> Del mismo modo que, siguiendo a Foucault, la sociedad civil no es un ente idealizado sino que en ella también hay relaciones de poder.

éstas pueden pasar de ser “paraísos comunales” a “infiernos”, si su identidad se fundamenta en lazos primordiales y si la resistencia cultural solo sirve para construir refugios o trincheras defensivas frente a los otros (Castells, 1997: 83, 88 y 90).

Internamente, el reparto local del poder puede sostenerse sobre relaciones monopolísticas y estructuras excluyentes. Es posible que se produzcan prácticas discriminatorias y opresoras como, por ejemplo, aquellas derivadas de las relaciones de género desiguales. Y respecto a la forma de organización socio-política, no solo un régimen liberal y moderno puede ser nocivo sino también un régimen autoritario y clientelista.

Además, cabe advertir que la heterogeneidad de actores y prácticas opresoras pueden verse potenciadas en escenarios de conflicto armado. Las poblaciones afectadas por conflictos pueden estar divididas cultural o políticamente y construir identidades divisorias y excluyentes. Algunos grupos locales pueden promover la violencia por motivaciones económicas o vincularse a la insurgencia, al paramilitarismo, al narcotráfico, al comercio de armas o a las bandas criminales y las élites locales pueden ser instauradas por medios no democráticos (señores de la guerra). En muchos conflictos armados, además, las mujeres son víctimas invisibles de la violencia doméstica y sexual y sus cuerpos se convierten en el lugar donde descargar la frustración.

Estos problemas han conducido a algunos autores a señalar que la importancia de la participación de los locales en los procesos de paz ha sido sobreestimada. La inclusión de los actores locales y sus intereses o la involucración de los poderes locales no es una condición necesaria para alcanzar la paz local, al menos en el corto plazo, sino que, al contrario, en algunos contextos esto puede provocar más tensiones e inestabilidad, como pasó en el caso de la RDC. Hay otras opciones menos arriesgadas para incluir a los locales como, por ejemplo, contar con su participación en la fase de implementación o incorporar los agravios locales en la agenda de las élites. En Liberia y Burundi, por ejemplo, los acuerdos de paz nacionales tuvieron un impacto positivo en los locales a pesar de que el proceso de negociación no se extendió al nivel micro. Por lo tanto, la participación de los locales debe ser pensada en función de cada contexto (Simons et al., 2013).

En síntesis, las comunidades locales pueden tanto contribuir a reforzar la legitimidad y sostenibilidad de la construcción de paz como a obstaculizarla (*peace spoilers*). La visibilización, el respeto y la apuesta por las iniciativas, intereses y capacidades locales no implica aceptar aquellos aspectos que resulten intolerables. Estos problemas de heterogeneidad y violencia local han conducido a los autores a preguntarse quiénes son los grupos que deben participar en los procesos de paz, quiénes aportarán eficacia y quienes legitimidad a la construcción de paz, cuáles son los criterios de selección o cómo se puede garantizar incluso que quienes participen lo hagan con el ánimo de construir paz (Wild, 2014: 81-82). El reto para los

académicos es, por tanto, “reconocer el valor de las dinámicas locales sin idealizarlas” (Autesserre, 2014: 495).

Un criterio a la hora de distinguir quiénes contribuirán positivamente en la construcción de paz, es lo que Ken Booth denominó como las comunidades emancipadoras (*emancipatory communities*). Siguiendo las ideas de Gandhi<sup>288</sup>, el autor concibió este tipo de comunidad como un modelo de organización social donde la gente pueda ser ella misma, en asociación con los otros, donde es posible que las personas afirmen su derecho a expresarse a través de múltiples identificadores de la diferencia, donde se permita construir la igualdad sobre las diferentes subjetividades. Entonces, la emancipación comunitaria se vuelve el medio para alcanzar la seguridad de los personas y colectivos. La emancipación comunitaria es también una oportunidad para la reconciliación. Lo opuesto sería el *solitarism* o las comunidades homogeneizantes<sup>289</sup>. La emancipación debe ser compatible con la libertad de los otros, no se puede llevar a cabo políticas emancipatorias a expensas de los demás, haciendo imposible sus objetivos de liberación. Privilegiar la diferencia no puede traducirse en disminuir la equidad. Ni tampoco se puede usar la emancipación como una tapadera para mantener otras relaciones de dominación (Booth, 2007: 138-140).

Cabe señalar que la idea de comunidad que propone Ken Booth (2007: 137) no requiere que sea geográficamente localizada. La “comunidad localizada” (*locality community*) es la noción tradicional de comunidad que relaciona ésta con un grupo, generalmente pequeño, de personas que conviven en un espacio geográfico determinado –rural o urbano– y están conectadas. Hay algo natural u orgánico en esta relación, comparten espacio físico, contactos, símbolos y una historia sobre su unión como colectivo. Pero también existe la “comunidad de valores” (*value community*) que se refiere a las uniones de personas donde lo geográfico no tiene importancia sino que les une compartir ciertos valores, preceptos, ideas, que pueden ser la religión o un modo de vida particular, la profesión, el pensamiento, la política, los valores éticos no religiosos, etcétera. Estas comunidades emancipatorias no tienen que ser localmente cercanas, pueden ser redes transnacionales. Pero requiere un compromiso consciente de identificarse. Las personas cada vez están más conectadas y unidas por sus valores con personas de otros países que con los de su misma nacionalidad<sup>290</sup>.

---

<sup>288</sup> Gandhi y otros autores han señalado que en toda asociación de humanos hay una necesidad de reconciliar la unidad con el desacuerdo, la diversidad y la diferencia; el singular yo con el plural nosotros.

<sup>289</sup> Amartya Sen (2007) se refiere al *solitarism* como un proceso en el cual se homogeneiza la población privilegiando unos caracteres particulares de la identidad sobre otros, de modo que los seres humanos acaban viéndose como parte de un único grupo. Para Booth (2007: 139-140) esta es el carácter peligroso de las comunidades orgánicas, que se vuelvan homogeneizantes por mantener los vínculos, la lealtad o la igualdad, por encima de la libertad y la diferencia. Por eso, no se debe romantizar el concepto de comunidad.

<sup>290</sup> Siguiendo a Ulrich Beck, Kant, Linklater, Habermas y Karl Deutsch, Ken Booth (2007) analiza las posibilidades de una gobernanza global formada por comunidades emancipadas.

No obstante, como vimos en el capítulo anterior, en América Latina, las comunidades más activas son las de base territorial porque hay un conflicto con los “complejos liberales” por el control de la tierra y el territorio. En el caso de los conflictos armados ocurre lo mismo, las comunidades más vulnerables por los efectos devastadores de la violencia y la guerra y las más activas, sí están localizadas, arraigadas a un territorio, aunque luego hagan parte de redes transnacionales.

Otros autores señalan que la construcción de paz comunitaria y la apropiación local sustantiva depende de que en las sociedades locales haya una masa crítica, comprometida activamente con la construcción de paz (Donais, 2011: 64). El problema de es que los “reapoderados” locales no “tengan la capacidad o la voluntad de poner en común sus esfuerzos en la creación de un orden social justo y estable” (Donais, 2011: 57). En este sentido, los actores locales tendrán que avanzar dentro de sus comunidades en la promoción de estrategias y recursos internos (planteamientos, habilidades, valores, organización, movilización, etc.) que ayuden a transformar constructivamente los conflictos y la construcción de paz positiva.

### **3.4.3. Paces híbridas: resultado de la interacción entre actores locales e internacionales**

En relación a la práctica de la construcción de paz, los autores han señalado los problemas de implementar una estrategia de paz con la participación exclusiva de los actores locales, dado que hay causas profundas de violencia estructural que no pueden ser abordadas desde la paz local (Odendaal, 2010: 4). Por tanto, es posible que solo la combinación de esfuerzos desde arriba (en las instancias oficiales o institucionales) y desde abajo (los actores de la sociedad civil y las comunidades) pueda ayudarnos a alcanzar la construcción de una paz sostenible (Autesserre, 2014; Funk, 2012; MacGinty y Richmond, 2013; Hellmüller, 2014b: 7; Hilhorst y van Leeuwen, 2005; Odendaal, 2010; Béatrice Pouligny, 2005; Simons et al., 2013).

El enfoque de abajo a arriba (*bottom-up*) no parece poder reemplazar en la práctica la participación de los actores externos o internacionales en la construcción de paz, por varias razones. En primer lugar, cualquier contexto local está inmerso en dinámicas y estructuras nacionales e internacionales que lo condicionan. Las causas y las dinámicas de los conflictos son tanto endógenas como exógenas. En segundo lugar, la interacción entre escenarios locales vecinos hace inevitable que haya un actuar conjunto y coherente de nivel superior. En tercer lugar, al igual que se reconoce que no todo en la sociedad civil y en las comunidades locales es benévolo, no todas las medidas de las comunidad internacional tienen que ser maliciosas y perjudiciales. En realidad, los mismos problemas de violencia y discriminación, falta de capacidad, legitimidad o normatividad afectan tanto a los marcos y actores internacionales como a los locales (MacGinty y Richmond, 2013: 765 y 770). En

cuarto lugar, no es deseable que los estados evadan su responsabilidad de proteger a las poblaciones (Donais, 2011: 67; MacGinty, 2014: 559). Y, en quinto lugar, los autores también reconocen que las poblaciones locales tienen limitaciones a la hora de construir paz (Barnes, 2005: 21). Por ejemplo, están limitados en lo que se refiere a la disponibilidad económica para financiar las acciones y a la capacidad de incidir en las estructuras nacionales e internacionales. Por su parte, las organizaciones de la sociedad civil dependen de las autoridades políticas legítimas para lograr cambios contextuales (Pearce, 2007: 29). Así mismo, como señala Odendaal, es difícil probar de manera fehaciente el efecto que tienen las acciones de los actores locales pues, en muchos casos, estas son financiadas por ONGs. Y cita a Mary B. Anderson (2004), quien sostiene que “no se puede asumir que la transformación de comunidades locales e individuos (por si sola) conducirá a procesos relevantes de transformación social” (Odendaal, 2010: 5).

Cada actor tiene unas ventajas comparativas. Respecto a los actores foráneos o externos, se considera que estos son necesarios cuando: (1) se requieren mediadores imparciales, (2) se quiere implementar proyectos de largo aliento que requieren de grandes cantidades de dinero, (3) se necesita de la transferencia de conocimiento sobre habilidades y técnicas para la resolución de conflictos, y (4) se requiere que presionen o faciliten el acceso a las instituciones estatales o a los donantes. Respecto a los actores locales, se señala que en comparación con los demás actores: (1) sus acciones tienen un mayor impacto simbólico y tangible en las poblaciones, (2) su participación confiere a los proyectos legitimidad y credibilidad, (3) son más eficientes y requieren de menos costos y procedimientos burocráticos, (4) tienen acceso a zonas inseguras donde no llegan los actores externos, (5) al ser las personas afectadas por los conflictos y la violencia están más interesados en la construcción de paz porque viven diariamente las consecuencias de la guerra, (6) tienen más conocimiento sobre el contexto y (7) tienen soluciones más creativas y adecuadas como, por ejemplo, las propuestas de “proyectos de vida” para mejorar su bienestar y de “diálogos de vida” para hacer frente a los actores armados y gobiernos (Brett, 2014: 43; Hellmüller, 2014b: 9-10).

Por otro lado, desde una posición favorable a la emancipación y el empoderamiento local y crítica respecto al carácter colonialista de las intervenciones de paz liberales, varios autores afirman que la hibridación en la paz, en los órdenes políticos y las gobernanzas es un fenómeno social que ya esta sucediendo en determinados escenarios locales, debido al contacto o la “fricción” entre actores globales y locales, sus ideas y prácticas (Björkdahl y Gusic, 2015; MacGinty y Richmond, 2013; Richmond, 2011). Sin entrar en consideraciones sobre la deseabilidad de dicha hibridación<sup>291</sup>, estos autores constatan que, en la práctica, se produce esta interacción.

---

<sup>291</sup> Al contrario que los autores –principalmente seguidores del enfoque de “transformación de los conflictos” de Lederach (1998)– que hablan de la “complementariedad”, como posibilidad y *deseabilidad* de la colaboración entre los actores de todos los niveles de la pirámide, en la “paz



En concreto, Oliver P. Richmond y Roger MacGinty son reconocidos por sus planteamientos sobre la “paz híbrida” en trabajos individuales (MacGinty, 2008, 2010, 2014; Richmond, 2009, 2011) y colectivos (MacGinty y Richmond, 2013; Richmond y Mitchell, 2011). Según éstos, el contacto entre lo internacional/liberal y lo local/iliberal ofrece la posibilidad de alcanzar una forma híbrida de paz liberal-local. Se trata de un proceso lento y agónico de renegociación basado en la aceptación, rechazo y modificación, que emerge del diálogo continuo entre el colonialismo y la resistencia de los actores locales (la agencia local) dando lugar a formas híbridas de paz y política.

Bajo esta perspectiva se concibe que la paz no es aquella impuesta por los ganadores en una relación de poder jerárquica y estática sino el resultado cambiante de una relación circular entre el poder, la resistencia y el conocimiento. Diariamente hay interacciones a nivel intragrupal e intergrupala en las cuales se producen negociaciones, adaptaciones, agencias, cooptaciones, modificaciones y resistencias. Aunque parte de las prácticas son rutinarias y ritualizadas, también hay lugar para la improvisación y el cambio. Por eso, la paz es fluida y se configura cada día en la cotidianidad (MacGinty, 2014: 552; MacGinty y Richmond, 2013: 770).

Estos autores señalan que la agencia local consigue limitar la irrupción del proyecto liberal, a pesar de su abrumador peso. Contrariamente al imaginario liberal que dibuja a los locales como víctimas débiles o impotentes, estos autores creen en el potencial que tiene la resistencia en la repolitización de las personas y las comunidades e incluso de las Relaciones Internacionales (Richmond, 2011: 19).

Siguiendo las ideas de la resistencia cotidiana (*everyday resistance*) de James C. Scott (1985; 2003 [1990]) y Michel De Certeau (2000 [1979])<sup>292</sup>, los autores afirman que los actores locales, desde su cotidianidad<sup>293</sup>, están desarrollando formas de enfrentarse a las violencias, a las estructuras y a las normas de la paz liberal, a veces de manera oculta y otras inconscientemente. Son formas difusas, informales y rutinarias de ejercer la política utilizadas por la gente común, que todavía no han sido institucionalizadas, y constituyen la “paz cotidiana” (*everyday peace*) (MacGinty, 2014). La paz cotidiana se refiere a las “prácticas y normas desplegadas por individuos o grupos en sociedades divididas con el fin de prevenir y minimizar los

---

híbrida” los autores no se sitúan en un plano normativo sino simplemente ofrecen una explicación empírica de cómo las paces se materializan en la práctica a partir de la interacción de multiplicidad de actores y sus objetivos, intereses, valores, etc.

<sup>292</sup> Frente al análisis del poder de los sistemas políticos y las estructuras sociales (Foucault, Bordieu) estos autores se centran en la creatividad cotidiana de la gente que a partir de procedimientos cotidianos, y a menudo mudos u ocultos, consiguen subvertir la disciplina y el poder de las estructuras. Para ver otros referentes teóricos de esta perspectiva consultar MacGinty (2014: 3) y Richmond (2011: 23-24).

<sup>293</sup> La cotidianidad es el “espacio en el que los individuos y las comunidades locales viven y desarrollan estrategias políticas en su entorno local, hacia el estado y hacia los modelos internacionales de orden” (Richmond y Franks, 2009: 19)

conflictos y las situaciones complicadas tanto a nivel intergrupal como intragrupal” (MacGinty, 2014: 553). En ellas se contempla un conjunto de acciones potencialmente más positivas y relacionadas con la transformación de conflictos (MacGinty, 2014: 547)<sup>294</sup>.

Pero la agencia local no solo se expresa cuando se rechaza el proyecto normativo liberal y en su lugar se reinventan prácticas alternativas (*counteracting agency*) sino que también se puede dar cierta forma de aceptación o conformidad con las normas globales. En este caso la agencia local puede intentar adaptar las ideas de la paz liberal a las particularidades, necesidades y atributos locales (*localising agency*) o apropiarse de manera interesada de ciertas normas liberales para manipularlas bajo sus intereses (*co-opting agency*)<sup>295</sup> (Björkdahl y Gusic, 2015: 272-274; Richmond y Mitchell, 2011b: 8-9). Dentro de estas respuestas, los actores locales pueden moverse entre las tácticas ocultas y cotidianas, las protestas disruptivas no-violentas y las acciones abiertamente armadas.

“Las agencias locales, ya sea resistiendo a los aspectos de la construcción del estado o cooptándolos, han comenzado a buscar formas de reivindicar la apropiación de una política que responda a las necesidades y a las cuestiones de identidad, apropiándose de la construcción de paz, haciendo caso omiso de ella o modificándola” (Richmond, 2011: 18)

Como vimos en el capítulo segundo, en América Latina, los movimientos sociales contemporáneos se debaten entre seguir los postulados de ciudadanía y estatalidad de la modernidad o alcanzar mayores cotas de autonomía y, por sus demandas y acciones, parecen estar en un punto medio. Por lo tanto la hibridez no solo es el resultado del choque liberal-local sino que la interacción también genera cierta aceptación y conformidad con los postulados modernos, que pueden ser traducidos o adaptados a cada contexto.

Como resultado de estas prácticas locales –de adaptación, cooptación o resistencia– se está produciendo la coexistencia o hibridación de los poderes y los órdenes sociales (paz híbrida) lo que representa a su vez una alternativa a la paz liberal: la “paz posliberal”<sup>296</sup>. Según los defensores de esta línea, una nueva aproximación hacia formas alternativas e híbridas es necesaria en este momento de crisis de la paz liberal (*backsliding*) en el cual los resultados de las intervenciones internacionales no son los esperados y las recetas liberales son cuestionadas por los actores locales, nacionales e internacionales (Richmond, 2009a: 54-55). Según

<sup>294</sup> Sobre la resistencia cotidiana y las acciones que forman parte de la “paz cotidiana” (MacGinty, 2014) hablaremos con más profundidad en el siguiente capítulo en el cual abordamos precisamente la convergencia entre resistencia y paz, al hablar de las “acciones colectiva para la paz”.

<sup>295</sup> La “cooptación” se produce en nuestro estudio de caso, cuando el movimiento indígena apela a normas legales o valores del marco constitucional o internacional para defender sus derechos, conseguir la protección de actores internacionales o conseguir el acceso a recursos del Estado.

<sup>296</sup> Richmond utiliza indistintamente el término “paz híbrida” o “paz posliberal”, dado que la paz posliberal es una paz híbrida y viceversa (Richmond, 2009b, 2012a).

Richmond (2010), de esta crisis, está emergiendo en los últimos años, la “cuarta generación” de los estudios de paz y conflictos, conformada por corrientes críticas a la paz liberal (enfoques posestructuralistas, poscoloniales y Teoría Crítica)<sup>297</sup>. Ésta nueva generación o enfoque de “paz posliberal” está preocupada por la búsqueda de una construcción de paz que sea socialmente más legítima, consensuada y sostenible, lo que consideran relacionado con la agencia de los actores locales (Pérez de Armiño, 2016: 292 y 304). Las ideas emergentes de esta enfoque son: el auge de lo local, el auge de lo cotidiano y la hibridación de la paz (Pérez de Armiño, 2016: 306).

Los debates y reflexiones teóricas sobre la importancia de lo local, la resistencia y la aparición de una paz híbrida no son meras elucubraciones abstractas sino que están sustentadas en sucesos reales: por un lado, las dificultades y limitaciones de la paz liberal y, por otro, el aumento de voz y confianza de los actores del sur global (MacGinty y Richmond, 2013: 766). Lo que hace el enfoque de la construcción de paz desde abajo es destapar la existencia de las agencias críticas y de resistencia presentes en los contextos locales, lo que nos permite entender mejor las “condiciones cambiantes de la paz” (MacGinty y Richmond, 2013: 764), reconstruir la emancipación y redirigir los obstáculos estructurales (MacGinty y Richmond, 2013: 770). Así mismo, introducir la perspectiva ontológica, epistemológica y metodológica de lo cotidiano en las Relaciones Internacionales permite comprender mejor cómo las sociedades locales cumplen sus necesidades, afrontan la violencia, resuelven los conflictos, mantienen sus identidades, culturas e instituciones, a la vez que se adaptan a la estrategias de la biopolítica global (Richmond, 2011: 32).

Bajo la perspectiva de la “paz posliberal”, la construcción de la paz se convierte inevitablemente en un proceso altamente político, no sólo de mediación entre visiones externas e internas del buen gobierno, sino también de formación de un consenso alrededor de cuestiones políticas fundamentales (Donais, 2011: 57). Es decir, se trata de un proceso de negociación de un nuevo contrato social donde se reconfiguran las normas y estructuras sociales que deben regir la sociedad.

“La resistencia a nivel local ofrece un lugar en el que una nueva paz empieza a imaginarse en términos contextuales y cotidianos, tal vez reconstituyendo un contrato social y un estado, e incluso yendo más allá de Westfalia” (Richmond, 2011: 35). La paz liberal ha fracasado a la hora de construir un contrato social a partir de la institucionalización de las relaciones entre estado y sociedad. En su lugar ha agravado las diferencias de clase (Richmond, 2009a: 54). Los consensos internacionales sobre en qué consiste la paz y cómo debe hacerse no han incluido, hasta el momento, las voces de los locales, haciendo el proceso de construcción de paz más lento e inviable. Considera que la paz posliberal e híbrida, al ser más social,

---

<sup>297</sup> Las otras tres generaciones son: la primera, la “gestión de conflictos”; la segunda, la “resolución de conflictos”; y la tercera, la construcción de paz como transformación social y la construcción del estado.

respetuosa hacia las diferencias culturales y emancipatoria, sí contribuye a la reconfiguración de un contrato social, lo que la hace a su vez auto-sostenible (Richmond, 2009a: 72-73).

Así mismo, hablar de la paz como el resultado de la hibridación entre visiones, recursos y actores nos invita a pensar en términos de interculturalidad. En este sentido, la “paz posliberal” es intercultural porque implica aceptar la alteridad, el reconocimiento recíproco, y la construcción de proyectos colectivos y órdenes sociales híbridos<sup>298</sup>. La paz híbrida representa la convivencia de la diferencia, en lugar de la asimilación impuesta por la colonización o internacionalización (Richmond, 2011: 36). La paz liberal sustentada en principios liberales de progreso, propiedad, mercado, individualidad no puede aspirar a ser el modelo universal. Dentro del marco sobre paz se necesita tener más en cuenta el pluralismo cultural, el contexto, la intersubjetividad. Y esto no necesariamente tiene que contravenir los estándares compartidos de humanidad (Richmond, 2009a: 74).

No obstante, los autores reconocen que, aunque haya actores locales que contradigan el discurso hegemónico y se esfuercen por superar la construcción de paz liberal no significa haber conseguido acabar con éste, pues también hay que reconocer las limitaciones de la agencia local y las estructuras de poder. A pesar de los avances en la paz híbrida y posliberal no se ha alcanzado la construcción de la paz que persigue la “cuarta generación”, esta es, la paz que tiene que ver con la emancipación y la justicia social más allá del estado (Richmond, 2011: 14). En Irak, Afganistán y el África subsahariana tenemos experiencias híbridas donde la agencia local se incorporó y la ambición y legitimidad del proyecto liberal se moderó, pero la hibridación todavía es desigual y representa más a lo internacional que a lo local (Richmond, 2011: 33). Las condiciones establecidas en la pacificación o establecimiento de la paz (*peacemaking*) limitan o restringen el acceso de formas alternativas y, más que darse la coexistencia o hibridación, se está produciendo una cooptación de los enfoques autóctonos o locales (MacGinty, 2008). Por tanto, lo que la paz híbrida expresa es una oportunidad –creciente- de que lo internacional y lo local sean modificados, transgredidos y contaminados recíprocamente (Richmond, 2011: 17)<sup>299</sup>.

---

<sup>298</sup> En relación a la propuesta de conformación de órdenes sociales y políticos híbridos, el Centro Australiano de Estudios sobre Paz y Conflictos de la Universidad de Queensland, estudian como alternativa a la construcción del estado-nación la construcción de órdenes híbridos, lo que contradice la teoría de los estados fallidos (ACPACS, 2006 y 2008). Estos son el resultado del diálogo entre el orden estatal y los no-estatales, que se han construido históricamente y pueden ser incluso más legítimos, como en el caso de Somalilandia y la Isla de Bougainville (Caraballo Acuña, 2013: 246-247).

<sup>299</sup> David Chandler (Chandler y Richmond, 2014), sin embargo, no considera que la “paz posliberal” tenga tal potencial emancipador. Aunque reconocer que el proceso de hibridación está dando lugar a la paz posliberal –lo cual genera una ruptura con el pensamiento liberal– no identifica en ello un fenómeno emancipador, principalmente porque los elementos híbridos y locales presentes en la paz posliberal están sirviendo para naturalizar y consolidar el status quo. Para saber más sobre los debates alrededor de la paz posliberal, ver el artículo de Chandler, D. y Richmond, O.P. (2014) en el

Por otro lado, en la última década un nuevo enfoque basado en la noción de “resiliencia”<sup>300</sup> ha irrumpido con fuerza en los diferentes campos de la política internacional, entre otros, al desarrollo sostenible, al cambio climático, la inseguridad, la respuesta a desastres naturales y la ayuda internacional (Chandler y Coaffee, 2016) lo que para algunos autores podría significar un giro positivo en el campo de la paz y la seguridad.

Para Chandler (2015), el enfoque de la resiliencia realza las capacidades y recursos de las comunidades locales, frente a la imposición externa liberal que resulta problemática, sin que para ello se le da a esta práctica un sentido idealizado de resistencia o emancipación. Lo valioso de las capacidades locales de la cotidianidad (*everyday peace*) es que son una fuente para la resolución de los problemas, no el hecho de que procedan de sujetos iliberales, diferentes culturalmente. Es un enfoque orientado por el pragmatismo filosófico, que pone la atención en cómo las prácticas funcionan en cada contexto particular y mitigan las causas y consecuencias de los problemas, dejando de lado el interés hacia los valores y conocimientos socioculturales locales. De esta manera se distancia tanto del universalismo liberal como del relativismo cultural, una paradoja del liberalismo en la que, según Chandler, se encuentran inmersos los autores críticos de la paz liberal y defensores de la paz híbrida. Éstos han identificado los límites de la paz liberal pero no han conseguido ofrecer una política alternativa, encontrándose en un impasse cultural<sup>301</sup>.

El enfoque de la resiliencia va más allá de la abstracción y es “capaz de ofrecer a los tomadores de decisión (*policymakers*) una solución pragmática a esta paradoja a partir de un poder transformador del conocimiento y las prácticas locales” (Chandler, 2015: 28). Lo local, lo de abajo y lo cotidiano siguen siendo el centro de atención pero no por razones epistemológicas, por las diferencias culturales, sino por razones ontológicas, enfocarse en las prácticas y estrategias que responde a problemas concretos (*practical learning*) (Chandler, 2015: 39-40). En este sentido, las agencias

---

cual cada autor define su posicionamiento en relación a la paz posliberal. Richmond considera que esta paz tiene un potencial emancipador mientras que Chandler lo niega.

<sup>300</sup> Definida como la “capacidad de adaptarse positiva y exitosamente a problemas externos o amenazas” (Chandler, 2012: 217)

<sup>301</sup> Un problema del marco teórico de la paz híbrida es, según Audra Mitchell (2011), que al enfrentar el sujeto internacional y liberal con el sujeto local y no liberal está esencializando o fijando las culturas. En lugar de comprender las prácticas como el resultado híbrido y binario de estos sujetos, el enfoque de la resiliencia propone comprenderlas como el resultado de las intervenciones, es decir, centrarse más en los efectos de las prácticas sociales que en las diferencias culturales (Chandler, 2015: 39). Esto es aún más cierto en un mundo cada vez más interconectado y fluido –como muestran los sociólogos contemporáneos Ulrich Beck y Zygmunt Bauman– donde lo liberal ya no está orgánicamente conectado con occidente y donde el espacio de la comunidad es más disperso (Chandler, 2015: 42). En las sociedades locales latinoamericanas, hay también valores racionales, individualistas y liberales, ¿cómo podemos asegurar que no hay algo de liberal en los valores, creencias y prácticas autóctonas de los locales?, ¿es todo aceptación, cooptación y resistencia o hay espacio para los valores compartidos?.

internacionales recomiendan que la construcción de paz estimule y facilite la creación de sistemas auto-gestionados y resilientes en las sociedades locales<sup>302</sup>.

Para Bargués-Pedreny (2015: 83-86), sin embargo, la aparición del enfoque de la “resiliencia” puede significar un avance positivo hacia la paz híbrida y posliberal, es decir, no encuentra en él una solución pragmática del relativismo cultural, sino un paso más en la aceptación de la alteridad como recurso para construir una paz sostenible. Según el autor, hace dos décadas la comunidad internacional inició un proceso de aprendizaje en esta dirección. Con la política de “apropiación local” se aceptó que la paz liberal, diseñada de manera autoritaria y desde arriba, fracasaba en la reconstrucción posbélica porque era incapaz de comprender al otro. Esto supuso también la aceptación de que los aspectos domésticos no eran un obstáculo sino recursos positivos para construir paz. Sin embargo, sus medidas resultaron insuficientes a la hora de integrar los valores, visiones y necesidades de estas sociedades. En este marco, la reciente aparición del concepto de “resiliencia” puede significar un impulso renovado en esta dirección. La paz liberal ha cambiado, al menos a nivel discursivo, del autoritarismo a un modelo híbrido, liderado por los actores locales y facilitado por los internacionales, que potencia la reflexividad y la autocrítica, es decir, un modelo similar a la paz híbrida y posliberal de los autores críticos. Por lo tanto, los políticos internacionales y sus críticos podrían estar tomando una dirección compartida, aunque todavía es necesario analizar críticamente las implicaciones prácticas de esta evolución (Bargués-Pedreny, 2015: 85). Por otro lado, otros autores han advertido que bajo la noción de “resiliencia” se esconde una trampa, engrandecer las capacidades de las comunidades locales a la hora de absorber y prevenir los conflictos violentos con el objetivo de que la comunidad internacional pueda abandonarles a su suerte, o en otras palabras, hacerles responsables de su autonomía (MacGinty, 2014: 559).

### 3.5. Consideraciones finales

En este capítulo hemos visto la noción positiva de la paz que desde los años setenta ha propugnado la investigación para la paz. La propuesta de Galtung –relacionar la paz con la ausencia de violencias, en lugar de con la guerra– fue tan reveladora que sigue siendo un referente fundamental en la actualidad.

Así mismo, desde los años ochenta, la investigación para la paz contribuyó al campo de estudios de seguridad promoviendo la reconceptualización y ampliación de la noción de seguridad. Así fue como, al finalizar la Guerra Fría, los estudios de seguridad vivieron un significativo desarrollo teórico con la entrada de múltiples corrientes críticas de las ciencias sociales (constructivistas, posestructuralistas, poscoloniales, teorías feministas, Teoría Crítica y teorías ecologistas) que conforman los “estudios críticos de seguridad”, así como el enfoque de la seguridad humana.

---

<sup>302</sup> Sobre cómo los actores internacionales y ONGs deben adecuar sus objetivos, proyectos y evaluaciones para incorporar el análisis de las capacidades locales ver Hayman (2014).

Estas corrientes han alcanzado un gran sofisticación teórica a partir de sus debates ontológicos, epistemológicos y metodológicos, que puede servir para estimular el desarrollo de la investigación crítica para la paz (¿qué es la paz? o ¿cuáles son las paces?; ¿qué se puede saber o estudiar en relación a la paz? y ¿cómo lo podemos conocer?; y ¿con qué técnicas se puede analizar?)

En sus análisis más recientes las corrientes críticas se están centrando en cuestionar la paz dominante desde el fin de la Guerra Fría: la paz liberal. La comunidad internacional sigue principalmente una agenda de paz liberal, con ciertos elementos realistas, que reproduce visiones y prácticas neo-colonizadoras en los países del sur, según la crítica de posestructuralistas y s. En las intervenciones de paz persiste la idea de que el ideario liberal occidental –basado en valores como el progreso, la racionalidad, la modernidad, el individualismo, el secularismo, etc.– y el modelo de sociedad occidental –democracia de mercado, estado moderno y sociedad civil– es el mejor y más adecuado para todos los contextos, por lo que intentan replicarlo en las sociedades afectadas por la guerra de manera uniforme. La estrategia –o “receta” universal– que mejor refleja el proyecto hegemónico liberal es el de la construcción del estado, como fase previa a la liberalización política y económica.

Así mismo, aunque en los últimos 25 años, desde la aparición de “Un Programa de Paz”, la construcción de paz ha crecido y obtenido resultados positivos en términos de estabilización o pacificación (reducción de la violencia directa), todavía hay mucho que mejorar en la resolución de las causas profundas de los conflictos y la sostenibilidad de la paz y, en particular, todavía hay un déficit en lo referido a la participación de la población local, el empoderamiento y la habilitación de las capacidades locales, condiciones necesarias para alcanzar la paz sostenible y duradera (Funk 2012, 395-397). En las últimas décadas, el proyecto liberal ha intentado ganar sostenibilidad favoreciendo la participación de organizaciones de la sociedad civil y actores locales. Sin embargo, los críticos ven en esta tendencia de “apropiación local” una retórica vacía de contenido que, en realidad, solo busca legitimar el proyecto pues no otorga a los actores locales la toma de decisiones.

Por otro lado, desde la aparición del enfoque de transformación de conflictos en los noventa, que por primera vez incorporó a los actores locales al modelo de resolución de conflictos, las corrientes críticas de paz y seguridad, abogan cada vez más por una construcción de paz desde abajo, como la mejor manera para construir la paz positiva, lo que está contribuyendo a un giro local en los estudios de paz y seguridad. Desde estos enfoques se ha resaltado la capacidad y recursos propios que las propias comunidades locales tienen para transformar los conflictos, principalmente en su ámbito territorial.

Sin embargo, este reconocimiento no puede conducirnos a romantizar el rol de estos actores en la paz. También son actores locales las poblaciones desempoderadas y

los grupos violentos o armados. Para los autores, quienes tienen potencial transformador son las comunidades locales emancipadoras y no homogenizantes, que tienen arraigo territorial e identidades territoriales y de resistencia y que están organizadas en movimientos comunitarios, ya sean estos rurales o urbanos (Booth, 2007; Castells, 1997).

Una nueva corriente de autores críticos está trabajando en la constatación de que en los escenarios locales, los actores ejercen, desde su cotidianidad, una serie de prácticas de resistencia, acomodamiento o cooptación al proyecto de paz liberal, lo que está dando lugar a una transformación de la propia paz liberal hacia formas híbridas (paz posliberal). Todavía, sin embargo, no hay muchos avances respecto al potencial emancipador de estas prácticas ni el efecto de estas hibridaciones. Lo que sí parece es que la construcción de paz, en la práctica, más que una estrategia perfectamente planificada, es “un acto delicado, complejo, y de equilibrios cambiantes, en el que la división de las responsabilidades entre actores externos e internos es constantemente calibrada y ajustada como un modo para avanzar en el proceso de paz (Donais, 2011: 67).

A modo de conclusión señalar que el principal reto de la construcción de paz contemporánea en el siglo XXI sigue siendo “localizar la paz”, esto es, “asociarse con los actores locales para aprovechar sus propios recursos de paz y energizar los procesos de paz en cada contexto específico” (Funk, 2012: 392). Estos serán los aspectos que analizaremos en el siguiente capítulo: cómo los actores locales, a partir de su agencia y recursos propios, pueden contribuir a construir paz.



## Capítulo 4. Las acciones colectivas no-violentas y la construcción de paz positiva: un marco teórico sobre el cambio social centrado en los actores locales

---

### 4.1. Introducción

En el capítulo anterior vimos las razones que, según los enfoques críticos, hacen deseable la construcción de paz desde abajo, entendida como un proceso de construcción de paz positiva y transformación de conflictos que es liderado por los actores locales. Así mismo, vimos que, a pesar de los avances en la ampliación de la agenda de paz y seguridad y la retórica de la apropiación local, los actores locales todavía ostentan una posición inferior a los actores nacionales e internacionales, debido a las asimetrías de poder.

En este capítulo pretendemos explorar la dimensión práctica de la construcción de paz desde abajo, es decir, las estrategias y las acciones que suelen emplear los actores locales en contextos de conflicto armado para resistir a las múltiples violencias (los cómo). El objetivo es estudiar los mecanismos o recursos internos a través de los cuales los actores locales puedan aumentar su poder social, ejercer resistencia frente a los actores armados y los agentes de la paz liberal y acceder a espacios de diálogo y negociación en relativa igualdad, incorporando sus visiones y necesidades en las estrategias nacionales e internacionales y contribuyendo así a la construcción de la paz positiva. Se trata, por tanto, de analizar de qué manera y hasta qué punto los actores locales pueden incidir en la construcción de paz y, en su caso, identificar las fortalezas, las debilidades, los dilemas, límites, oportunidades y obstáculos a los cuales se enfrentan en esta tarea.

La literatura sobre construcción de paz desde abajo todavía sabe poco sobre cómo funcionan las dinámicas de paz a nivel local, sobre cómo los actores pueden aumentar su poder, hacer valer sus agendas y contrarrestar las intervenciones de la paz liberal<sup>303</sup>. Para responder a estas preguntas y completar los vacíos teóricos, en este capítulo vamos a analizar cuál es la estrategia más adecuada para los actores locales a partir de la elaboración de un marco teórico sobre el cambio social desde abajo.

Como expusimos en la introducción de este tesis, nuestro punto de partida es un argumento que ha sido esgrimido por la literatura: que la estrategia más adecuada (por su congruencia y eficacia) para la construcción de paz positiva es aquella basada en una combinación de resistencia y no-violencia. En este capítulo

---

<sup>303</sup> Respecto a la complementariedad y cooperación entre actores locales y externos, falta también avanzar en la comprensión o estudio de sus cuestiones prácticas.

abordaremos esta cuestión, para lo cual revisaremos la literatura existente sobre la convergencia entre resistencia civil no-violenta y construcción de paz.

Así mismo, para elaborar este marco teórico hemos traído a colación diversas teorías del campo de los movimientos sociales (no explicadas en el capítulo correspondientes) que tienen relación con el objeto de estudio. Al fin y al cabo, en este capítulo abordamos las acciones colectivas no-violentas que pueden contribuir a la construcción de paz y el campo de los movimientos sociales es la tradición intelectual más amplia en el estudio de la acción colectiva no-violenta<sup>304</sup>.

Primero, mostramos en que consistiría una teoría de cambio social desde abajo enfocada a la transformación de conflictos, para entender cómo puede ayudarnos a responder a nuestra pregunta de investigación. En los siguientes tres apartados describimos cuál es la situación de partida (contexto), quién es el sujeto político de referencia y cuál es el objetivo de cambio deseado por este sujeto, que se corresponde con el objetivo de paz positiva. A continuación, entramos a explorar los tipos de posicionamientos y de acciones colectivas que los actores locales adoptan (o pueden adoptar) e identificamos las razones esgrimidas en la literatura por las cuales la resistencia no-violenta es una estrategia eficaz y coherente para la construcción de paz. Y, por último, argumentamos cómo la distinción entre la violencia y la no-violencia es difícil en la práctica, porque la violencia hace parte de un proceso dinámico e interactivo, por lo que no podemos esencializar las acciones, identidades y culturas sino más bien comprenderlas como parte de un continuum.

## 4.2. El cambio social y la transformación de conflictos

Las teorías de cambio social son hipótesis sobre cómo y por qué ocurre el cambio social. Hablamos de cambio social cuando estamos ante alteraciones apreciables de los marcos culturales (normas, valores, creencias, etc.) o de las estructuras que relacionan a las personas entre sí. Según Robert Nisbet (1979: 12 y 13) el cambio social se produce cuando hay una sucesión de diferencias en el tiempo en las relaciones, normas, funciones, status o estructuras sociales cuya identidad persiste durante esas transformaciones (por ejemplo, la familia, la nación, la iglesia, la propiedad, etc.). Los tres elementos –diferencias, temporalidad e identidad persistente identificable– es lo que caracteriza el cambio social frente a la movilidad, las interacciones o las simples variaciones.

El cambio social ha sido preocupación principal de la sociología y la ciencia política<sup>305</sup>, pero también podemos encontrar la aplicación de este tipo de teorías en

---

<sup>304</sup> En el capítulo segundo dedico un apartado a la definición del concepto de “movimiento social” donde se concluye que es una forma de acción colectiva disruptiva y no-violenta.

<sup>305</sup> Es posible distinguir cuatro tipos de teorías sobre el cambio social: (1) las teorías evolutivas, que consideran el cambio social como un proceso lineal que va desde estadios simples a complejos a través de un desarrollo progresivo; (2) las teorías cíclicas, que consideran el cambio social como un

otras disciplinas como la historia, la economía (teorías sobre el desarrollo) o la biología. Sin embargo, en el campo de la paz y los conflictos, existe un vacío teórico al respecto. A pesar de que los académicos y practicantes frecuentemente hacen referencias implícitas al cambio social, todavía no se ha desarrollado un marco teórico que analice sistemáticamente la relación entre los conflictos, la paz y el cambio social (Mitchell, 2006: 13). Sin embargo, en la última década parece que la idea de construir teorías de cambio social está ganando mayor aceptación dentro de los estudios sobre construcción de paz, resolución de conflictos (Allen Nan, 2010: 2) y desarrollo internacional (Vogel, 2012: 8). Y es que las teorías sobre construcción de paz y resolución de los conflictos son, en sí mismas, teorías de cambio social (Bloomfield, Fischer y Schmelzle, 2006: 5; Church y Rogers, 2006: 23):

“Cualquier iniciativa de construcción de paz tiene en su corazón algunas narrativas o pre-asunciones sobre qué caracteriza a una sociedad pacífica y qué premisas deben satisfacerse para sostener la paz. Las pre-asunciones pueden adoptar varias formas: “teorías de cambio”, “pilares de paz”, o simplemente las cosmovisiones o las prioridades de los donantes y los actores de la construcción de paz” (Stave, 2011: 3).

Recordemos que para la investigación para la paz, el conflicto no solo es un fenómeno intrínseco y natural de las relaciones humanas sino, además, una oportunidad para el crecimiento de las personas y las sociedades. Un sistema social sin conflicto puede significar ausencia de relacionamiento, de comunicación, de confianza, de compromiso o de interés. En este sentido, podemos definir la construcción de paz como el proceso que nos hace aflorar, afrontar y resolver los conflictos de una forma constructiva, que aprovecha el conflicto para la regulación noviolenta y el cambio creativo o que utiliza el conflicto como un mecanismo de evolución y optimización (Fernández Herrería, 2001: 119). La pregunta que guía la construcción de paz, formulada en términos de cambio social, sería: qué tipo de acciones producirán cambios sociales constructivos en el sistema, cómo y por qué.

En función del paradigma que se siga (la perspectiva ideológica, los valores, las normas y las creencias que tengamos sobre las relaciones humanas, los sistemas políticos, las organizaciones sociales, etc.) las respuestas difieren, así como las agendas de paz. Por ejemplo, como vimos, los seguidores de la paz liberal asumen que la institucionalización, la democratización y la liberalización económica generarán los cambios que las sociedades afectadas por la guerra necesitan, mientras que otros enfoques proponen la redistribución económica, otros la reconciliación, otros la transformación de los valores culturales, otros la negociación

---

proceso cíclico donde hay fases de desarrollo y decadencia; (3) las teorías del equilibrio, que consideran que el cambio social es un proceso hacia la adaptación en el cual siempre se alcanza un punto de equilibrio; y (4) las teorías de los conflictos, que consideran que los conflictos generan cambios sociales en la medida en que suponen una ruptura del orden social previo. Nuestra investigación se centrará en este último tipo de teorías que asocian el cambio social con la existencia de conflictos sociales.

y mediación, otros el diálogo y la cooperación, otros la movilización social y otros la recuperación psicosocial<sup>306</sup>. Church y Rogers propusieron una lista abierta de diez tipos de teorías de cambio social que podemos encontrar en las iniciativas de paz: (1) la teoría del cambio individual; (2) la teoría de las relaciones y conexiones saludables; (3) la retirada de recursos para la guerra (desarme); (4) la teoría de la reducción de la violencia; (5) la teoría de la justicia o de las causas profundas de los conflictos; (6) la teoría del desarrollo institucional; (7) la teoría de las élites políticas; (8) la teoría económica; (9) la teoría de las actitudes públicas; y (10) la teoría de la movilización desde abajo (Church y Rogers, 2006: 14-15). A pesar de las tipologías y clasificaciones existentes, en la práctica, las diversas teorías pueden solaparse y ser integradas en una única estrategia. Algunas de estas propuestas o modelos de cambio social resultan compatibles y otras contradictorias<sup>307</sup>.

La literatura emergente sobre teorías de cambio social en el ámbito de la construcción de paz han llegado al consenso sobre la conveniencia de consultar a los actores locales en el diseño, el monitoreo y la evaluación de las intervenciones. Como vimos en el capítulo tercero al hablar de la “apropiación local”, se recomienda integrar a los locales, llegar a un acuerdo sobre los cambios que son necesarios, contextualizar los programas de intervención y fomentar las instituciones y capacidades locales. Sin embargo, incluso cuando los analistas tiene la sensibilidad local, sus análisis y recomendaciones están dirigidos a los practicantes, donantes y agencias para orientarles (*practical set of guidelines*) sobre cómo mejorar su intervención, es decir, sigue siendo un proceso de construcción de paz donde los “expertos” dirigen la estrategia del cambio social, que establecen los tiempos, asuntos e instancias a través de los cuales pueden participar los locales<sup>308</sup>.

Nuestra investigación, por el contrario, se centra en analizar el cambio social realizado por los propios actores locales con su agencia, autonomía y recursos internos (no por actores externos que cuentan con su participación). Siguiendo el modelo de Curle (1971) expuesto en el capítulo tercero, nos interesa analizar cómo los actores locales inciden en el conflicto para transformarlo: cómo aumentan la educación o concientización, cómo se movilizan para la confrontación, cómo se

---

<sup>306</sup> Por ejemplo, las teorías que defienden la negociación y la mediación consideran que poner en contacto (*contact hypothesis*) a los representantes clave de los grupos beligerantes es una buena estrategia para mitigar los conflictos armados, dado que se asume que la interacción hará aumentar la confianza, la empatía, el conocimiento y la comprensión del otro. Otra tesis expandida es que la creación de estructuras inclusivas y democráticas mejora la satisfacción social y los mecanismos de resolución pacífica de los conflictos (Allen Nan, 2010: 1).

<sup>307</sup> Por ejemplo, en torno a la dimensión económica, aparecen incompatibilidades entre teorías. Por un lado, el proyecto liberal de paz propaga el liberalismo para mejorar el desarrollo y bienestar de las personas y los países, mientras que muchos actores locales y movimientos sociales consideran precisamente que el sistema económico neoliberal es una amenaza a la seguridad y proponen su eliminación para alcanzar el deseado cambio social.

<sup>308</sup> Ejemplo de ello son los trabajos de Dudouet, Schmelzle y Bloomfield (2006), Garcia (2006) y Mitchell (2006).

comportan en la negociación y cómo, en definitiva, contribuyen a la transformación de conflictos y con ello, a la paz positiva y sostenible.

El marco teórico sobre el cambio social que elaboramos en esta tesis se basa en los fundamentos conceptuales de *agencia*, *movilización*, *empoderamiento* y *emancipación*, propuestos por los enfoques críticos de paz y seguridad. Por tanto, este marco teórico encaja dentro de las “teorías del cambio social desde abajo” (*grassroots social change theory*), a las que hacen referencia Church y Rogers (2006), que comparte también las asunciones de las teorías de reducción de las violencias y de las armas, de la justicia o las causas profundas de los conflictos y de las relaciones saludables. Para elaborar este marco teórico sobre el cambio social desde abajo hemos utilizado, por un lado, las asunciones de cambio social aportadas por las corrientes críticas de la paz y la seguridad (investigación para la paz, transformación de conflictos y estudios críticos de seguridad) que conforman la construcción de paz desde abajo y, por otro lado, las asunciones aportadas por el campo de estudios de los movimientos sociales y de la resistencia civil no-violenta. Esta literatura nos interesa porque, desde diferentes ángulos o perspectivas, estudia cómo es posible que los sectores desfavorecidos incidan en la sociedad provocando la transformación, el cambio social o la paz, sin el uso de las armas. Siguiendo estos enfoques, las asunciones generales de las cuales partimos para elaborar este marco teórico son:

1. En condiciones de fuerte asimetría de poder<sup>309</sup>, la única posibilidad de que la progresión del conflicto conduzca al diálogo y la cooperación, y con ello al establecimiento de acuerdos justos y relaciones pacíficas, es el aumento de la conciencia (*awaranness*) y el empoderamiento (*empowerment*) de los sectores desfavorecidos, lo cual implica el uso de acciones educativas y confrontativas, que aumenten la conflictividad.
2. La segunda asunción es que los propios sectores desfavorecidos tienen capacidad de agencia para transformar los conflictos y alcanzar relaciones justas y pacíficas si consiguen aumentar su conciencia, movilizarse y construir un poder popular para llamar la atención de los líderes políticos e incidir en el sistema político.
3. La tercera asunción es que cuanto mayor sea la involucración de la sociedad en el proceso de construcción de paz mejor será su aceptación, legitimación y resultado (*more people*)<sup>310</sup>. Por eso la estrategia de los actores locales será aunar cuánto mayor número de personas mejor, lo que no impide, como

---

<sup>309</sup> Recordemos que la complementariedad entre enfoques y actores necesaria para alcanzar una paz positiva, híbrida o posliberal no es posible cuando las relaciones de poder entre los actores son asimétricas.

<sup>310</sup> Las teorías elitistas, en cambio, consideran que lo más importante es involucrar a las élites y los actores clave (*key people*).

veremos más adelante, reconocer la importancia de líderes y actores claves en los procesos sociales.

4. La cuarta asunción es que el cambio constructivo solo puede realizarse a partir de métodos no violentos. Esta es una hipótesis que además aparece en la literatura de transformación de conflictos como una condición *sine qua non*, solo si es no violento, puede producir el cambio constructivo.

Por lo tanto, en este capítulo exponemos la literatura que esta a favor de la construcción de paz desde abajo, al considerar que los actores locales organizados que aumentan la concienciación, movilizan y empoderan a amplios sectores de la población, a través de prácticas de resistencia y acciones colectivas no-violentas, contribuyen al cambio constructivo de los conflictos.

Para articular un marco teórico sobre el cambio social desde abajo, es necesario definir los siguientes elementos: (a) cuál es la situación inicial (contexto) en la que emergen las acciones colectivas, (b) quién es el sujeto político, el agente de cambio social que nos sirve de referencia, (c) cuál es la situación deseada (objetivos/fines) hacia la cual está orientada la agenda, (d) cuáles son las estrategias, métodos e iniciativas para llevar a cabo los cambios deseados y por qué estas pueden funcionar y (e) cuál es el proceso o la dinámica de cambio social.

### 4.3. Situación previa: contextos de altos niveles de violencia y conflictividad

Ya hemos mencionado que en los estudios críticos de paz y seguridad hay un consenso sobre la imposibilidad de construir recetas universales que puedan ser aplicadas en cualquier país, región o localidad, dado que cada contexto tiene unas características particulares. Del mismo modo, no existe una teoría del cambio social universal, sino variaciones en función del contexto. Por lo tanto, cualquier intervención de paz tiene que estar previamente contextualizada, es decir, basarse en el conocimiento previo del escenario en el que sucede la acción.

Conocer el contexto incluye entender las raíces del problema, las condiciones o factores que lo causan, el entorno social, político, económico, institucional, las oportunidades de cambio, así como los actores (personalidades, organizaciones, redes) que son influyentes en el cambio social, en las relaciones de poder y en la configuración institucional (Vogel, 2012: 15). Una de las labores realizadas por los especialistas en el análisis y resolución de los conflictos armados ha sido identificar las causas por las que emergen <sup>311</sup>. La perspectiva actual es que los conflictos son

---

<sup>311</sup> Entre las condiciones señaladas se encuentran: privación de necesidades básicas y de oportunidades de desarrollo, problemas de gobernanza y erosión de la institucionalidad, regímenes autoritarios, políticas excluyentes, crisis económica, dependencia hacia el sistema económico internacional, coaliciones político-militares internacionales, disponibilidad de armas, recursos y financiación externa, protestas basadas en la identidad comunitaria, heterogeneidad étnica, divisiones

complejos y se producen por multiplicidad de estas causas que, por otro lado, pueden aparecer o variar en el curso del conflicto.

Los campos de estudios sobre paz, conflictos y seguridad se han centrado únicamente en el análisis de contextos donde oficialmente se ha declarado la existencia de un conflicto armado<sup>312</sup>. Sin embargo, el cambio ontológico que proponen las corrientes críticas nos invita a cuestionar si solo en las situaciones de guerra, las personas y los colectivos sufren violencias y amenazas a su seguridad. Al ampliar el enfoque encontramos que múltiples violencias (carencia de alimentos, de servicios adecuados de salud y educación, restricciones a la libertad de expresión y de circulación, etc.) amenazan la seguridad y obstaculizan el desarrollo de millones de personas en el mundo que, sin embargo, no viven en contextos calificados como conflicto armado. Y es que, como señalan los enfoques críticos, para las personas y los colectivos, la paz y la seguridad no se conciben de la misma manera que para los estados. Este es el caso, por ejemplo, de países como la R.D del Congo, Guatemala, El Salvador o México donde, a pesar de no vivir actualmente en una situación definida como guerra, los niveles de inseguridad y violencia directa, estructural y cultural pueden ser iguales o superiores que en zonas bélicas<sup>313</sup>. Por tanto, la existencia de una guerra abierta constituye un indicador de violencia e inseguridad en un país determinado pero no es una condición necesaria o indispensable para hablar de contextos con altos niveles de violencia.

---

culturales, étnicas o religiosas, contagio transfronterizo, etcétera (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield, 2006: 5; Ramsbotham, Woodhouse y Miall, 2011: 158-175). Estas condiciones se pueden clasificar, según la temática, en causas políticas, económicas o identitarias, y, según el nivel, en globales/internacionales/regionales, estatales, subestatales, grupales o relacionales.

<sup>312</sup> Los conflictos armados se entienden como disputas por el poder entre actores armados, que provocan un número determinado de muertes al año. No obstante, no existe consenso acerca de la cuantificación de los conflictos armados. Cada institución aplica unos criterios diferentes dando lugar a listados muy dispares. Por ejemplo, en el *Yearbook 2001*, el SIPRI define la guerra como “el uso de la fuerza armada entre dos o más grupos armados organizados que produce como consecuencia la muerte en combate de al menos 1000 personas cada año y en el que (el conflicto) versa sobre el control del gobierno, de territorio o de la identidad de la comunidad” (Stockholm International Peace Research Institute 2001). Para el Uppsala Conflict Data Program (UCDP) y el Peace Research Institute of Oslo (PRIO) los conflictos armados son disputas por el gobierno, el territorio o ambos, cometidas entre dos partes –una de las cuales debe ser el gobierno estatal– cuyos combates provocan al menos 25 muertes. Y para la Escola de Cultura de Pau, los conflictos armados son enfrentamientos que provocan, entre otras consecuencias, más de 100 víctimas mortales al año (Escola de Cultura de Pau 2016, 27).

<sup>313</sup> No podemos descartar países en los cuales la finalización de una guerra no se vio reflejada en una reducción de las violencias y las amenazas para las personas y los colectivos. Por ejemplo, en la RDC, la violencia y la conflictividad asociada a la extracción del coltán (200.000 mujeres y niños/as violado/as desde 1998) nos permite afirmar los infructuosos resultados del proceso de desmovilización de los grupos armados e incluir este país en la categoría de contexto violento. En el caso de Guatemala y El Salvador, tras la firma de los acuerdos de paz, el posconflicto no consiguió resolver los problemas de violencia debido a la trashumancia de la violencia. Y en México, la guerra contra las mujeres (feminicidios), los conflictos con comunidades indígenas y los enfrentamientos entre carteles de la droga hacen cuestionar la definición clásica del conflicto armado.

Para referirse a estos contextos algunos autores proponen una terminología alternativa a “conflicto armado”. Por ejemplo, “conflictos sociales prolongados”<sup>314</sup> (*protracted social conflict*) propuesta por Edward Azar (1990), contextos de “violencia persistente” (García-Durán 2006), contextos de “violencia permanente” o de “violencia prolongada” (González Gil 2006) que se refieren a escenarios locales, regionales o estatales donde, durante un período de tiempo prolongado, se han mantenido altos niveles de violencia y conflictividad social y política, lo que ha provocado la generalización del recurso a la violencia, especialmente en el ámbito de la política (violencia política), la violación sistemática de los derechos humanos, la fragmentación del tejido social y la perturbación de los valores y las normas sociales (anomia). Escenarios que están generalmente, pero no necesariamente, asociados a la existencia de conflictos armados. Como consecuencia de esta reconceptualización se produciría una ampliación del tipo de contexto social al que nos referimos dentro del campo de la construcción de paz. La ventaja es que nos permite seguir analizando los escenarios de conflicto armado a la vez que incluimos contextos donde existen iguales o mayores niveles de violencia y conflictividad social. Una propuesta que, además, consideramos en sintonía con la necesidad de “des-estatalizar” o “localizar” la paz y la seguridad, propuesta por los enfoques críticos de paz y seguridad.

#### **4.4. El sujeto político: los movimientos sociales de base comunitaria**

En el capítulo anterior expusimos que el sujeto de referencia de la construcción de paz desde abajo son los actores locales, entendidos como las poblaciones o comunidades que tienen una identidad de resistencia y un arraigo fuerte en el territorio.

Ahora se trata de ver el paso por el cual la comunidad local se convierte en un sujeto político, agente del cambio social. Según Castells, este es el proceso de construcción de la “identidad proyecto”, “cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social” (Castells, 1997: 30). Como resultado, se producen los sujetos políticos (que son actores colectivos, no individuos).

En particular nos interesan aquellos actores locales que, en contextos de violencia y conflicto social prolongado, construyen una identidad colectiva, se organizan y emprenden acciones educativas y confrontativas con el objetivo de aumentar el grado de concienciación y el empoderamiento de su base social, de forma que puedan llevar el conflicto social a la escena pública, articular mejor sus intereses

---

<sup>314</sup> Define los conflictos sociales prolongados (CSP) como “la lucha prolongada y a menudo violenta librada por grupos comunitarios para satisfacer necesidades básicas tales como seguridad, reconocimiento y aceptación, acceso equitativo a las instituciones políticas y participación económica” (Azar, 1991: 93, citado en Ramsbotham, Woodhouse y Miall, 2011: 156).



colectivos, ejercer mejor la resistencia frente a las violencias y amenazas a su seguridad e incidir, en mejores condiciones, en el sistema social, político y cultural para alcanzar los cambios sociales deseados, contribuyendo a alcanzar la paz.

Se trata por tanto, de una forma de acción colectiva que podemos asimilar a la de los movimientos sociales, vistos en el capítulo segundo. Recordemos que entonces, definimos los movimientos sociales como una forma de acción colectiva, emprendida por agentes sociales que no tienen acceso al sistema político (personas y colectivos con escaso poder y recursos), que irrumpen en la política (naturaleza política), cuando se dan las condiciones políticas para ello (oportunidad política), con objetivos novedosos e inconformistas (desafíos colectivos), para lo cual integran a una pluralidad de actores y objetivos comunes (articulación), recurren a una combinación de tácticas de acción (repertorio) y se apoyan en marcos culturales, redes sociales internas y símbolos culturales (solidaridad e identidad colectiva) para intentar movilizar a una amplia base social y sostener la interacción con sus oponentes (mantenimiento de la acción), en la mayoría de los casos, con el fin último de corregir condiciones sociales injustas (cambio social).

Los escenarios en los cuales los actores locales actúan, donde hay altos niveles de violencia y conflictividad, asociada generalmente a la existencia de conflictos armados, se encuentran frecuentemente en países no-occidentales o periféricos donde los procesos de modernización y estatalización fueron truncados o inconclusos, por lo que, entre otras cosas, el estatus de ciudadanía y la sociedad civil se encuentran debilitados. En consecuencia, muchos de los movimientos que emergen en estos contextos están vinculados a las comunidades locales y tienen una naturaleza diferente a sus homólogos europeos y estadounidenses. En las sociedades modernas occidentales los movimientos sociales se conforman por la suma de individuos o ciudadanos y forman parte del conjunto de asociaciones, organizaciones e instituciones que engloba la sociedad civil. Según Pedro Ibarra (2005: 98-99), los movimientos dejaron de ser “comunitarios” y pasaron a ser “sociales” con la irrupción de la modernidad, conversión que se hizo aún más profunda en la posmodernidad. La pertenencia a los movimientos sociales en las sociedades modernas se hace de forma voluntaria, la identidad es consensuada y cristaliza en una comunidad de “baja densidad”, que es coyuntural, que se comparte con otras identidades colectivas y que, en todo caso, se encuentra subordinada a la individualidad de la esfera privada. Mientras que en las sociedades “premodernas” la movilización se asienta en estructuras de organización social tradicionales, y la inclusión de las personas depende de su pertenencia a estas estructuras. Los movimientos comunitarios son considerados no solo culturalmente predeterminados por la tradición, sino además, espontáneos, informales, radicales, defensivos y difusos en sus intereses<sup>315</sup>.

---

<sup>315</sup> Sobre los movimientos primitivos ver Hobsbawm (2014 [1959]).

De forma similar al campo de los movimientos sociales, la literatura sobre la “resistencia civil no-violenta”, en el que más tarde profundizaremos, parte de la premisa, como su propio nombre indica, que la resistencia no-violenta es una acción colectiva propia de los individuos o ciudadanos organizados. Ambos campos de estudios proceden de corrientes teóricas y académicos occidentales, particularmente, europeos y estadounidenses, por lo que en sus análisis se puede apreciar una adhesión implícita o explícita a las premisas de la modernidad y la sociedad civil (las virtudes cívicas)<sup>316</sup>. Sin embargo, como vimos en el capítulo segundo, sus planteamientos deben ser revisados a la luz de las investigaciones que toman como referencia contextos no-occidentales, como los latinoamericanos, donde la modernidad fue truncada y el sentido de lo comunitario sigue vigente en ciertos sectores de la sociedad. Además, Castells, defiende la hipótesis de que en la actual “sociedad red” o “era de la información”, los sujetos políticos ya no se construyen en base a la sociedad civil (que está en proceso de desintegración), como hacían en la modernidad (temprana o tardía), sino que ahora lo hacen como una prolongación de la resistencia comunal (Castells, 1997: 33-34).

Esto puede ser aún más cierto cuando hablamos de contextos de violencia y conflicto armado no-occidentales, donde los actores de referencia de la construcción de paz desde abajo no son las organizaciones de la sociedad civil sino las comunidades locales. En estos lugares como, por ejemplo, El Salvador, Haití o Camboya, son las comunidades rurales y urbanas, de los suburbios populares, quienes representan las formas de organización social más activas y quienes cumplen un rol clave en la defensa de los derechos humanos, de la tierra o el agua, en la reintegración de los soldados y en el retorno de los refugiados (Pouliny, 1999: 409)<sup>317</sup>.

Por lo expuesto, el sujeto político de referencia de nuestro estudio no son los movimientos sociales “de base ciudadana” sino “los movimientos sociales comunitarios” o “de base comunitaria” que emergen en contextos (generalmente no-occidentales) de conflictividad y violencia prolongada y son articulados por las comunidades locales para ejercer la resistencia y alcanzar el cambio social. Para Castells (1997: 34) analizar cuáles son los procesos, condiciones y resultados, a través de los cuales la resistencia comunal se convierte en sujetos transformadores, es el ámbito para la articulación de una teoría del cambio social en la época actual.

No obstante, cabe señalar que estos sujetos, a pesar de ser comunitarios, pueden formar parte de la amplia red de iniciativas, organizaciones e instituciones de la sociedad civil que en contextos de violencia y conflicto armado trabajan por la construcción de paz con una perspectiva noviolenta y local, a la que la literatura se refiere como circunscripciones de paz o bases de apoyo para la paz (*peace*

---

<sup>316</sup> Los vínculos entre los movimientos sociales y la modernidad ha sido explorados por Sztompka (2004: 308-310).

<sup>317</sup> Especialmente cruciales son, según la autora, las comunidades y personalidades religiosas.

*constituencies*)<sup>318</sup>. Este término se refiere al conjunto de actores organizados, que no pertenecen a la esfera estatal ni a los partidos políticos, que están comprometidos con los objetivos de orientación comunitaria y la transformación no violenta de los conflictos (Berghof Foundation, 2012: 72). Toda iniciativa, organización y movimiento social que, en este tipo de contextos, mantenga activo su compromiso de cambio social y sus actitudes favorables a la paz (sin el uso de las armas), forma parte de las movilizaciones y bases de apoyo para la paz (*peace constituencies*), sin que necesariamente se hayan definido como organizaciones o movimientos por la paz, sino que admite todo tipo de identidades colectivas: étnica, feminista, ecologista, campesina, estudiantil, etcétera (García-Durán 2006).

Respecto a la naturaleza comunitaria de estos movimientos sociales, cabe también señalar que esta no tiene por qué ser negativa porque se base en vínculos y normas “tradicionales”, en lugar de modernas, aunque tampoco tiene que ser necesariamente positiva. Como vimos en el capítulo tercero, no todas las comunidades son progresistas, las hay totalitarias, narcisistas, violentas e intolerantes, así como emancipadoras, pacifistas e igualitarias (Booth, 2007). Por lo que, como vimos aquel capítulo, es necesario des-romantizar la idea de comunidad y valorar caso por caso.

Sin embargo, a efectos de nuestra investigación, nos interesa resaltar que la composición comunitaria de los movimientos sociales puede influir positivamente en la configuración de la acción colectiva y en su efectividad. La comunidad y la sociedad son redes de actores que, según Ferdinand Tönnies (1977), se diferencian por el tipo de vínculos que unen a sus miembros. Aunque las fronteras entre uno y otro tipo no son fijas y dependen del contexto, en la comunidad los vínculos se rigen por la afectividad y los valores compartidos mientras que en la sociedad se rigen principalmente por la utilidad y la razón (Pouligny, 1999: 406). En el mismo sentido, Dylis M. Hilla señaló que la comunidad es una “forma de interacción social integrada por los vínculos comunes de vecindad, parentesco y amistad que forman unas pautas reales de comportamiento y que la gente considera como factores importantes de su vida de todos los días” (Hilla, 1980: 336). Por su parte, Raúl Zibechi afirmó que las comunidades son una forma de vínculo intersubjetivo que adoptan las personas, que es preexistente a los movimientos sociales, las instituciones y las organizaciones (Zibechi 2007b, 48–49). Por lo tanto, mientras que la comunidad existe sin necesidad de que haya un movimiento social organizado, en las sociedades modernas, la formación del movimiento social constituye en sí mismo el único vínculo entre los individuos y éste desaparece con él. Por lo tanto, los movimientos sociales comunitarios movilizan un tipo de sociedad distinto que los movimientos occidentales. Están basados en formas de trabajo no capitalistas,

---

<sup>318</sup> En un sentido parecido, Richmond habla de “peace formation”, noción referida a las “relaciones y redes donde los agentes locales de construcción de paz, resolución de conflicto, desarrollo o habitualmente las configuraciones políticas, sociales, religiosas o culturales, encuentran modos de establecer procesos de paz y dinámicas de paz sostenibles (Richmond 2013, 276).

relaciones sociales, modos de representación, significación, organización y autoridad política diferentes a los de la sociedad dominante. Este es el caso, por ejemplo, de las comunidades rurales indígenas bolivianas de El Alto y Cochabamba, destacadas por su organización socio-política (De Sousa Santos, 2009; Zibechi, 2007b).

Como adelanto al próximo capítulo, la “teoría de movilización de los recursos” considera que un factor que favorece el éxito de los movimientos sociales es su cohesión interna, pues de ello dependerá la fortaleza de la organización y la capacidad de movilizar el consenso. Y la cohesión se consigue principalmente por la existencia de vínculos afectivos y estructuras conectivas que sostienen las redes sociales y el tejido social frente a los peligros de desintegración. Por tanto, los movimientos sociales que aglutinan a las personas con vínculos sociales preexistentes pueden ser más fuertes que los movimientos sociales de base civil o ciudadana.

#### **4.5. Horizonte deseado: la transformación de la sociedad**

A la hora de analizar la contribución de los movimientos sociales comunitarios a la construcción de paz es necesario definir no solo cuál es el sujeto de referencia y la situación previa de la que parten sino también cuál es la situación a la que esperan llegar (Woodrow y Oatley, 2013: 19). Cada actor tiene una concepción diferente sobre la vida y el cambio social y, en función de ésta, construye sus metas y elabora sus estrategias, demandas y acciones. Por lo tanto, en los estudios empíricos lo primero que debe conocerse es la visión que el actor local tiene sobre el cambio social y, en nuestro caso, sobre la paz<sup>319</sup>.

Las visiones y reivindicaciones de cambio pueden ser tan diversas como el número de actores sociales existentes. En el caso de los movimientos sociales, desde que aparecieron en el siglo XIX, han perseguido diferentes tipos de objetivos: las mejoras en las condiciones laborales, el reconocimiento de una identidad, la afirmación de derechos, el sufragio universal, el acceso al sistema político, la democracia, el derrocamiento de un gobierno, la independencia, la autodeterminación de los pueblos, etc. William Gamson (1990) analizó la naturaleza de ventisiete grupos contenciosos habidos durante el siglo XIX, observando que en la segunda mitad de siglo crecieron exponencialmente las luchas programáticas de los trabajadores, la mayoría de las cuales aspiraban a conseguir ventajas o intereses particulares (Tilly y Wood, 2010: 108-109)<sup>320</sup>. Este tipo de reivindicaciones parecen ser las mayoritarias

---

<sup>319</sup> Habiendo reconocido que los actores locales son constructores de paz, son éstos quienes deben definir su visión del cambio y diseñar cuáles son los cambios que consideran necesarios o deseables en relación a los conflictos, la paz y la seguridad. Del mismo modo, son éstos quienes deben construir los indicadores que sirvan para medir sus resultados. No obstante, esta tesis se adelanta en la identificación, construcción y/o adecuación de hipótesis –partiendo de las existentes ya en la literatura– que potencialmente consideramos pueden ser válidas para los actores locales.

<sup>320</sup> Antes de 1850 solo hubo 7, de los cuales, solo se encontraba una asociación obrera y un partido político incipiente.

hasta la década de 1960 cuando surge un nuevo tipo de movimiento social caracterizado, entre otras cosas, por un cambio en los objetivos políticos: los “nuevos movimientos sociales”, que mencionamos en el capítulo segundo. Los NMS, en vez de centrarse en objetivos instrumentales, económicos o materialistas, han priorizado la búsqueda de la identidad y la autonomía, es decir, las reivindicaciones de tipo *identitarias* (Tilly y Wood, 2010: 146) <sup>321</sup>.

Sin embargo, los movimientos sociales, además de realizar reivindicaciones pragmáticas y particulares para el grupo que representan, forman también parte “de las transformaciones ideológicas de largo plazo” (Garner y Tenuto, 1997: 40). Teóricamente los movimientos sociales no se conforman con incidir en la resolución y gestión de la vida pública, como los partidos políticos o los grupos de presión, sino que su acción se orienta más allá, hacia la transformación social. Precisamente, uno de los consensos que ha existido dentro del campo de los movimientos sociales ha sido su definición como una forma de acción colectiva que emerge en situaciones de conflicto social, con el objetivo de cambiar la sociedad<sup>322</sup> (Garner y Tenuto, 1997: 48; Sztompka, 2004: 303). Hasta tal punto, que el cambio social ha sido señalado como la “razón de ser” de los movimientos sociales (Casquette, 1998: 201 y 204; Laraña, 1999: 126; Tarrow, 2004: 250). Así mismo, los autores señalan el papel fundamental que los movimientos sociales han ocupado históricamente en la transformación de los sistemas políticos y sociales, llegando a ser calificados por Tarrow (2004: 53) como los “principales catalizadores del cambio social” y por Alain Touraine (1978) como los principales agentes de producción de la sociedad.

En consecuencia, todos los movimientos sociales se encuentran, por definición, asociados con el cambio social y con la búsqueda de sociedades más igualitarias, plurales, libres y justas a través de luchas por la emancipación, la democratización, la autodeterminación, la inclusión o el reconocimiento de derechos (Garner y Tenuto, 1997: 48). Es decir, hay una tendencia a equiparar los movimientos sociales con el progreso como si por el simple hecho de constituirse contribuyeran positivamente a la sociedad.

A pesar de esta tradición, algunos autores han subrayado que los movimientos sociales no necesariamente contribuyen positivamente a la sociedad (Sztompka, 2004: 306 y 312)<sup>323</sup>. En primer lugar, al incorporar la perspectiva de la paz y los conflictos en el análisis de los movimientos sociales encontramos que estos tienen

---

<sup>321</sup> Distinguen entre reivindicaciones (a) “programáticas”, aquellas dirigidas a apoyar u oponerse a las propuestas de quienes son objeto de las reivindicaciones (b) “identitarias”, aquellas que consisten en afirmaciones de la identidad colectiva y (c) *de posición*, aquellas que buscan afirmar la relación con otros actores políticos.

<sup>322</sup> Estas son las dos condiciones que, según Touraine, se tienen que dar para poder hablar de “movimientos sociales”: (1) que exprese la existencia de un conflicto y (2) que la acción colectiva genere una ruptura con el sistema y un cuestionamiento de las normas sociales (Melucci, 1990: 34).

<sup>323</sup> Nuestro objetivo más adelante será estudiar las condiciones que favorecen precisamente que los movimientos sociales contribuyan de manera positiva al cambio social.

una naturaleza conflictual y pueden contribuir al escalamiento de los conflictos, en lugar de a su resolución (Smithey 2013).

En segundo lugar, no todos los movimientos sociales adoptan un agenda progresista, existen también movimientos conservadores o reaccionarios como, por ejemplo, grupos anti-abortistas, grupos religiosos fundamentalistas, grupos etno-nacionalistas<sup>324</sup>. En el siglo XIX, hubo en Estados Unidos movilizaciones supremacistas en contra de la mano de obra china, de la inmigración y del abolicionismo de la esclavitud. Y durante el siglo XX, en Europa (Alemania, Italia, España, Francia y Rumania), se produjeron las movilizaciones autoritarias en contra de la izquierda, los obreros y/o los judíos. Acontecimientos que Charles Tilly calificó como una “apropiación por parte de la derecha de las formas del movimiento social” (Tilly y Wood, 2010: 179). Es decir, en parte de la literatura se asume que el movimiento social es una modalidad originaria y exclusiva de los grupos de izquierda. Los grupos reaccionarios no aparecen en la literatura definidos como movimientos sociales sino como “anti-movimientos” (Touraine, 1997) o como “contra-movimientos” (McCarthy y Zald, 1987), bajo la justificación de que éstos no cuestionan el sistema ni buscan el cambio social, sino al contrario, lo obstaculizan para mantener el status quo, los privilegios, el poder y los valores que defienden (Garner y Tenuto, 1997: 32; Godàs i Pérez, 2007: 40).

Sin embargo, esta distinción es cuestionable. Los “contra-movimientos” son también formas de acción colectiva que se movilizan en función de agravios, identidades colectivas y marcos culturales, que adoptan estructuras organizativas y repertorios de acción y que aprovechan las oportunidades políticas que les ofrece el entorno. En lo que se diferencian es en los valores e ideologías que defienden (que a su vez orientan sus acciones y estrategias) pero no se puede negar que persigan su propia versión del cambio social<sup>325</sup>.

Y en tercer lugar, como veremos al final del capítulo, los autores han observado que las líneas que separan a los movimientos sociales de otras formas de acción colectiva, como los movimientos armados y los grupos criminales, son fluidas. Un movimiento de corte progresista puede convertirse, bajo ciertas condiciones, en formas de lucha violentas y criminales, lo que podría ser eficaz para alcanzar ciertos

---

<sup>324</sup> Existen movimientos sociales contrarios a principios democráticos como la igualdad o la inclusión, que cuentan con líderes autoritarios, que se presentan como portavoces del pueblo sin contar con una base sólida y sin mecanismos democráticos internos. Por ejemplo, en Europa y Estados Unidos ha habido movimientos antidemocráticos que han defendido la exclusión o la desigualdad de determinados grupos étnicos (negros, chinos), religiosos (católicos, judíos) o políticos (comunistas, obreros) (Tilly y Wood, 2010: 121 y 245).

<sup>325</sup> La cuestión es si la ideología y los valores (progresistas o reaccionarios) y, por ende, el objetivo político (de cambio social o de mantenimiento del status quo) es un elemento definitorio del concepto de “movimiento social”. Una pregunta que no es baladí, si tenemos en cuenta que los grupos que ejercen la resistencia frente a un poder colonial o extranjero se movilizan para conservar su orden social, político y cultural, no para cambiarlo.

objetivos políticos, pero contraproducente para la transformación constructiva de la sociedad.

En consecuencia, en esta tesis no damos por supuesta la contribución positiva de los movimientos sociales. El éxito o el fracaso dependerá, en primer lugar, de qué entendamos por cambio social. Si lo que nos interesa es analizar la contribución de los movimientos sociales a la construcción de paz positiva y a la transformación de los conflictos, la evaluación del éxito de los movimientos sociales depende de si tiene efectos positivos en esta dirección.

En este punto, cabe preguntarse, si no todo tipo de cambio social es coherente con la construcción de paz, entonces ¿cuándo los cambios perseguidos por un movimiento social contribuyen a alcanzar la paz?. David Aberle (1966), clasificó los movimientos sociales en cuatro categorías en función del alcance de sus objetivos de cambio:

- a) Los “revolucionarios” o “transformadores”, son aquellos que buscan cambios radicales en la sociedad. Es el caso de algunos movimientos religiosos y movimientos revolucionarios.
- b) Los “reformistas”, son aquellos que persiguen cambios específicos y limitados que afectan parcialmente al sistema.
- c) Los “redentores”, son movimientos que persiguen cambios en la forma de vida de las personas que consideran desviadas y suelen tener visiones del mundo religiosas.
- d) Los “alternativos”, aquellos que buscan cambios en algunos aspectos de la vida de las personas como, por ejemplo, los movimientos de alcohólicos anónimos.

Tras la revisión de la investigación para la paz realizada en el capítulo tercero, sabemos que la paz positiva requiere que haya un proceso de transformación social que aborde las causas profundas de los conflictos violentos generando un beneficio para toda la sociedad. Por lo tanto, el tipo de movimiento social que más se adecúa a la construcción de paz es el transformador o revolucionario, porque su objetivo de alcanzar cambios radicales para toda la sociedad coincide con el propósito de la construcción de paz positiva y la transformación de conflictos. Según Hobsbawn (2014: 23), los reformistas aceptan el marco general de la realidad social y creen que tan solo es necesario realizar mejoras en aquellas instituciones donde haya abusos y arbitrariedades, mientras que los revolucionarios, aunque puedan tener simpatía por esas reformas, creen en la necesidad de sustituir o transformar de manera fundamental el orden social y abolir, más que reformar, sus instituciones.

Estas diferencias entre movimientos transformadores y reformistas tienen su correspondencia en el campo de la construcción de paz. Como vimos, las agendas pueden ser “maximalistas” o “minimalistas” en función de la amplitud de los objetivos

de cambio social. Los defensores de la agenda minimalista, al igual que los reformistas, consideran que resolver las causas profundas de los conflictos es una aspiración muy ambiciosa debido a la cantidad de recursos y tiempo que se requiere, por lo que es preferible priorizar en los aspectos urgentes (como la prevención de la violencia directa) y posteriormente trabajar en objetivos a largo plazo. Por su parte, los defensores de las agendas maximalistas, al igual que los movimientos sociales transformadores, pueden tener objetivos intermedios o inmediatos como la lucha por el reconocimiento, por la inclusión, por la democratización, etcétera, siempre y cuando el objetivo último sea alcanzar cambios profundos en la sociedad, como requiere la paz positiva. Por tanto, la paz positiva se asocia con las agendas maximalistas y con los movimientos transformadores y la paz negativa se asocia con las agendas minimalistas y los movimientos reformistas.

No obstante, como señaló Ralph Miliband, no es necesariamente incompatible seguir estrategias reformistas, legales o constitucionales, con el hecho de perseguir objetivos revolucionarios (citado en Zubero, 1996: 161). De hecho, Hobsbawm (2014: 24-25) advirtió que, salvo casos extremos y determinados momentos de la historia, es difícil distinguir en la práctica entre revolucionarios y reformistas. En los movimientos sociales se mezclan las aspiraciones revolucionarias y el carácter reformista de muchas de sus demandas. Los revolucionarios pueden guardar la esperanza de que cambiar el mundo es posible pero los obstáculos para realizar estas aspiraciones en la práctica, les obliga a convertirse en reformistas. Por su parte, los reformistas, en momentos de crisis cuando estalla la revolución y la esperanza humana se desborda, se sienten embriagados y atraídos por el espíritu revolucionario.

Sin embargo, a pesar de las dificultades para distinguir entre revolucionarios y reformistas, la discriminación conceptual es necesaria para saber cómo se autodefine un movimiento social y observar cómo y de qué depende las variaciones en la intensidad de los reclamos y las protestas. En función de la categoría a la cual pertenezca el movimiento social, variará el tipo de organización, estrategia y táctica que sigan (Hobsbawm, 2014: 24).

Ya sabemos que los movimientos sociales revolucionarios comparten con las corrientes críticas de la paz la finalidad política transformadora y la construcción de agendas maximalistas, pero, ¿en qué consiste esa agenda?, ¿cuándo el ideario revolucionario de los movimientos sociales encaja con la agenda de la paz positiva, transformadora y emancipadora?, ¿qué elementos nos indican que el movimiento social está orientado a alcanzar transformaciones sociales adecuadas para la consecución de la paz positiva?

Para analizar el potencial transformador de la acción colectiva debemos atender a las características del movimiento así como al carácter de lo que se persigue cambiar (Clemens, 1998: 113). En este sentido, hemos identificado el tipo de



horizonte de los movimientos sociales transformadores que converge ampliamente con los planteamientos de los enfoques críticos de paz y seguridad (emancipación, diversidad, localismo etc.).

En primer lugar, se trata de un horizonte contra-hegemónico, anti-sistémico, altermundista o emancipatorio. En la literatura más reciente, los movimientos transformadores o revolucionarios están siendo definidos como movimientos sociales emancipadores (MSE) (Fernández, Piris y Ramiro, 2013; Martínez y Casado, 2013; Martínez, Casado y Ibarra, 2012), posmodernistas, críticos y contra-hegemónicos<sup>326</sup> (Morton, 2000), altermundistas o antisistémicos (Calvo Rufanges, 2011) porque son vistos como fuerzas sociales que, desde los márgenes del sistema social, son capaces de enfrentarse a las fuerzas sociales dominantes, que están conectadas a las redes, instituciones e ideas transnacionales.

En particular, estos movimientos se oponen al proyecto hegemónico de la “modernidad capitalista”, instaurada sobre los principios de la Ilustración y de la revolución científico-técnica (progreso económico ilimitado, crecimiento como desarrollo capitalista, individualismo, democracia liberal-representativa, participación política institucionalizada, estado-nación y ciudadanía) y está imponiendo un sistema de dominación múltiple: desigualdad (capitalismo, patriarcado, colonialismo), insostenibilidad (productivismo, crecimiento ilimitado) e ingobernabilidad (democracia de baja intensidad) que pone en peligro la vida de los seres humanos y la naturaleza (Fernández, Piris y Ramiro, 2013: 25-44). En este marco, los movimientos sociales transformadores cuestionan las formas y relaciones de dominación (Martínez, Casado y Ibarra, 2012: 32) e intentan “desbordar en la práctica al sistema” (Zubero 1996, 156). Sus propuestas replantean de manera integral los objetivos y prioridades, van a la raíz de los problemas, explicitan las asimetrías de poder y construyen alternativas e imaginarios sociales constituyentes (Fernández, Piris, y Ramiro 2013, 48). Una fuerza contra-hegemónica debe, además de trascender los intereses económico-corporativos generales, representar e intentar crear una nueva concepción del mundo a un nivel ético-político. En otras palabras, debe ser capaz de constituir un “bloque histórico”<sup>327</sup> rival a la hegemonía dominante (Morton, 2000: 261).

La búsqueda de la paz requiere de un espíritu crítico, inconformista y emancipador, porque, recordemos, que para que se alcancen las relaciones justas y pacíficas es necesario el empoderamiento y la concienciación. Despertar la conciencia de lucha era para Paulo Freire una de las tareas primordiales de la pedagogía crítica: “promover el sueño ético-político de la superación de la realidad injusta; fomentar la

---

<sup>326</sup> Ubicada en la tradición sobre la hegemonía de Antonio Gramsci y Robert W. Cox.

<sup>327</sup> Término acuñado por Gramsci que hace referencia a una constelación de fuerzas sociales, más amplio que la alianza de clases, que comprende aspectos políticos, culturales y económicos y es capaz de articular una forma particular de ver el mundo. Su conformación está además conectada históricamente con condiciones socio-políticas y relaciones de producción específicas que le otorgan una coherencia ideológica.

autenticidad de esta lucha y la posibilidad de cambiar; trabajar contra la fuerza de la ideología fatalista dominante, que estimule la inmovilidad de los oprimidos y su acomodación a la realidad injusta, necesaria para el movimiento de los dominadores” (Freire, 2001: 53-54).

Los movimientos sociales no son la única forma de acción colectiva que puede contribuir a superar el orden mundial pero sí son un actor clave o fundamental (Fernández, Piris y Ramiro, 2013: 21). Según Morton (2000), los movimientos tienen la capacidad de desafiar y transformar las normas, el discurso político y el modelo económico de desarrollo de la hegemonía.

Se considera que estos movimientos sociales tienen “vocación emancipadora” porque buscan superar las subordinaciones y aumentar la inclusión de las personas y los colectivos (Fernández, Piris y Ramiro, 2013: 61). Entre sus “ideas-fuerza” destacan, además de la oposición a la modernidad, la centralidad de la sostenibilidad de la vida, la politización de lo cotidiano, la democracia participativa, el reconocimiento de la diversidad y la revalorización de lo colectivo y comunitario (Fernández, Piris y Ramiro, 2013: 47),

En el capítulo tercero nos referimos a que la emancipación es un concepto que tuvo su máximo desarrollo durante la modernidad y la Ilustración. Sin embargo, Rafael del Águila (2004: 207) señala que es posible rescatar un concepto de emancipación que pueda ser útil en la actualidad para fortalecer la práctica política transformadora: la emancipación como sinónimo de crítica, oposición a lo intolerable, formación del sujeto rebelde y liberación del dominio. En concreto, el autor propone reemplazar la noción ilustrada de la emancipación<sup>328</sup> por un nuevo universo conceptual basado en la idea de deliberación comunicativa y comunidad democrática, siguiendo la obra de Jürgen Habermas y los teóricos de la democracia participativa.

En la literatura sobre movimientos sociales, una de las líneas más estudiadas ha sido la contribución que estos han tenido a la democratización de la sociedad (Casquette, 2006; Giguni, McAdam y Tilly, 1998; Ibarra, 2003; Laraña, 1999; Markoff, 1998; Tilly y Wood, 2010)<sup>329</sup>.

La profundización de la democracia no solo es un reclamo de los movimientos sociales emancipadores sino también uno de los elementos centrales de los debates

---

<sup>328</sup> La idea del sujeto unificado (natural o histórico), la certeza de la razón universal científica y progreso de la Historia como algo indefectible.

<sup>329</sup> Tradicionalmente se ha estudiado la democratización como un proceso dirigido por las clases dirigentes –como en el caso español– pero una perspectiva novedosa considera que la democratización es un proceso contencioso, al igual que los ciclos de protesta y los procesos revolucionarios, que comparte con estos la lucha por el derecho a gobernar de sectores populares que no tienen acceso al poder. Ejemplo de ello son las revoluciones y movilizaciones democráticas habidas en Europa del este en 1989 tras el desmembramiento de la URSS, en Europa meridional y en Latinoamérica (Tarrow, 2004: 225).

contemporáneos relativos a la esfera pública y la acción política. Los aportes teóricos de Jon Elster, Habermas, Arendt y Mouffe, entre otros, están siendo utilizados para construir propuestas de cambio social basadas en la construcción de una ciudadanía radical (no limitada a un estatuto legal o la posesión de derechos), de una comunidad política activa, inclusiva y empoderada (preparada para buscar los cambios a partir de su propio poder), y de una sociedad que admita el pluralismo y la confrontación agonista, es decir, la multiplicidad de posiciones subjetivas y conflictos entre sí a los cuales no se les puede eliminar, sino que exigen, para su resolución, la existencia de mecanismos de acción comunicativa y debate crítico, abiertos a la participación y ejercidos en condiciones de igualdad y reciprocidad (Navarro Díaz, 2010: 81-85, 108-13, 175-87). Se trata de un modelo de democracia radical, plural y deliberativa, que recupera la noción republicana de la vida pública y el ideal normativo de la democracia (Nieto, 2012: 117-23).

La búsqueda de la democracia participativa es particularmente favorable a la construcción de paz pues, siguiendo a Pedro Ibarra, la democracia puede ser concebida como una forma de resolución de los conflictos y construcción de consensos (Ibarra, 2011: 54). La democracia es la institución que concede a los diferentes actores existentes en la sociedad una esfera pública y una serie de procesos, mecanismos y reglas para que puedan confrontar y debatir sus intereses y proyectos, en condiciones de igualdad, hasta alcanzar un acuerdo vinculante, garantizando la coexistencia de las diferencias. Por tanto, el motor de cambio en la democracia es la comunicación y la deliberación (Ibarra, 2011).

La democracia deliberativa y la comunicación democrática es también la base para el reconocimiento de la diferencia, otro de los horizontes de los movimientos sociales transformadores. En el capítulo segundo vimos que los sectores populares, desfavorecidos o invisibilizados por el sistema hegemónico, reclaman el reconocimiento de la identidad y la autodeterminación, particularmente aquellos que conformaron movimientos sociales identitarios (étnicos, feministas, LGTBI, religiosos, etc.). Iris Young (2000: 11) también señaló que estos movimientos –NMS o movimientos de insurrección– luchan por la liberación o la emancipación frente a todo tipo de dominación u opresión institucionalizada<sup>330</sup>, cuestionando las

---

<sup>330</sup> Implícitamente apelan a una concepción de justicia como sinónimo de liberación hacia la dominación y opresión institucionalizadas, diferente al enfoque distributivo del poder y la justicia. El enfoque o modelo distributivo entiende que el poder y la justicia son sustancias intercambiables, que pueden ser distribuidos hacia más grupos. Para Young, este enfoque hace perder de vista la naturaleza estructural de la dominación (el modo en que los grupos instauran y reproducen el poder) y no es un modelo apropiado para entender cómo funciona la dominación y la opresión en las sociedades contemporáneas, donde el poder está diseminado y difuso (Young, 2000: 58-60). Su propuesta es cambiar la noción de justicia como distribución por la de justicia como liberación de la dominación y opresión. Esta es la concepción que implícitamente siguen los NMS. La injusticia (o la dominación y la opresión) se expresa a través de cinco caras: explotación, marginación, carencia de poder, imperialismo cultural y violencia sistemática (física). La presencia de cualquiera de estas cinco formas de opresión sería suficiente para determinar que un grupo está siendo oprimido (Young, 2000).

estructuras de poder, luchando por el reconocimiento de la identidad cultural y construyendo espacios autónomos. Sin embargo, los grupos oprimidos que luchan por la liberación o la emancipación, deben ofrecer un ámbito público heterogéneo que reconozca y afirme las diferencias del grupo. Por tanto, justicia social combinada con igualdad, mutuo reconocimiento y afirmación de las diferencias del grupo son los ideales para alcanzar sociedades más justas (Young, 2000: 321).

La lucha por el reconocimiento puede ser de tres tipos: (1) el reconocimiento de la integridad física de las personas. Por ejemplo, la violación física, el control del cuerpo del otro o el maltrato van en contra de este tipo de reconocimiento; (2) el reconocimiento como parte de un comunidad sujeta a derechos civiles, políticos, etcétera. La exclusión, la esclavitud, el sufragio restringido, la prohibición de ejercer derechos merman este tipo de reconocimiento; y (3) el reconocimiento a las diferentes formas de comprender el mundo y vivir. El menosprecio a las perspectivas del otro impide este tipo de reconocimiento (Axel Honneth, 1997, citado en París Albert, 2007: 118-119).

Por otro lado, se podría pensar que todo proceso de cambio estructural –económico, cultural, político, social, educativo, sanitario– forma parte de un proceso transformador o emancipatorio. Sin embargo, cuando las reestructuraciones son conducidas desde arriba, por las élites y los poderes hegemónicos, en realidad, estamos ante procesos de cambio progresivos y restauradores que se implementan para mantener el status quo, y por eso, los autores se han referido a ellas como “hegemonía transformista”, “revolución-restauración”, “revolución pasiva” (Gramsci, 1999), “revolución sin revolución” (Hoer y Smith, 1971) o “revolución silenciosa” (Duncan Green, 1995) (citado en Morton, 2000: 260). Sin obviar el valor positivo que pueden tener estos cambios, los procesos realmente transformadores, radicales y profundos son aquellos que proceden de los reclamos populares.

Cada vez más autores señalan que los actores locales tienen capacidad para oponer resistencia a las fuerzas económicas externas, generar enfoques alternativos de desarrollo, construir marcos culturales alternativos, ejercer una democracia auténtica, crear espacios de autonomía y emancipación política. Las comunidades negras, latinas, indígenas y las mujeres, entre otros movimientos, están desarrollando nuevos espacios sociales al margen de la sociedad capitalista, creando organizaciones autónomas y politizadas de autoayuda para mantener el control de la democracia local (Young, 2000: 146-147)<sup>331</sup>. En opinión de Ibarra, el espacio privilegiado de la democracia deliberativa es lo local, en la medida en que permite el acceso a todos los interesados, la participación directa y la deliberación

---

<sup>331</sup> La búsqueda de autonomía o autogobierno no quiere decir que el gobierno estatal deba retirarse de la provisión de servicios o dejar en manos de la familia o de entes privados las funciones del cuidado. Los movimientos insurrectos demandan autonomía y buscan la emancipación, pero también presionan para tener acceso a recursos públicos del estado. No por ello, su principal propósito se convierte en distributivo, porque, siguen cuestionando el poder en las estructuras y se oponen a la invasión de la burocracia en los ámbitos de la vida social (Young 2000, 143 y 146).

en condiciones de igualdad (Ibarra, 2011: 134). Y el actor privilegiado en la promoción de este tipo de democracia es el movimiento social<sup>332</sup>. Por un lado, ofrece espacios públicos extra-institucionales para la deliberación y articulación de las demandas colectivas. Y por otro, tiene gran interés en aunar el máximo posible de fuerzas sociales comprometidas con la transformación puesto que su eficacia política depende de ello (Zubero, 1996: 179-182).

Entre los actores locales, ya vimos en el capítulo tercero, que los autores destacan las comunidades locales, con fuertes lazos de identidad cultural, territorial y de resistencia, en la medida en que son vistos como una fuente de emancipación y disrupción frente a la modernidad. En los últimos años está resurgiendo el interés por la etnicidad como principio organizativo frente a otras identidades como la clase social o la pertenencia al estado-nación, lo que a su vez explica el cambio de tendencia dentro de las ciencias sociales de un enfoque positivista a un enfoque posmodernista (Stavenhagen, 2000: 16).

En primer lugar, el sentido de la política en las comunidades tradicionales es diferente que al habido en la sociedad civil. Para la ciudadanía moderna, la libertad significa la posibilidad de disfrutar de la esfera privada, sin prohibiciones, limitaciones, ni cargas públicas o políticas. Se entiende que gracias a la democracia representativa, las personas pueden delegar las responsabilidades políticas en otros y dedicarse enteramente a su vida privada (“libertad de los modernos”). Para las comunidades políticas, sin embargo, la libertad significa la participación directa en los asuntos públicos de la República (“libertad de los antiguos”) <sup>333</sup>. En las comunidades tradicionales se ejercen los mecanismos propios de un modelo democracia directa o participativa como el asamblearismo y la gestión colectiva de los bienes públicos.

Manuel Castells, también reconoce el potencial transformador de las comunidades culturales, que pueden ser de base territorial, étnica, nacionalista o religiosa. A través de su resistencia cultural, ofrecen nuevos códigos culturales y pueden “proporcionar las principales alternativas para la construcción de sentido en nuestra sociedad” (Castells 1997, 88), más aún en un momento en el que la sociedad civil y el estado-nación están en crisis. Sin embargo, también recuerda que estas resistencias muchas veces son reacciones defensivas, que proporcionan refugio y solidaridad frente al imperialismo cultural, por lo que también existe el peligro de que estos sujetos no trasciendan de las trincheras identitarias, se conviertan en “infiernos” y no sirvan para conducir el cambio social esperado.

---

<sup>332</sup> En cambio, para el modelo representativo, el actor más importante es el partido político en tanto en cuanto es el único que expone su programa político al escrutinio electoral.

<sup>333</sup> La distinción entre la libertad de los modernos y de los antiguos fue elaborada por Benjamín Constant (1907) en un discurso pronunciado en 1819, publicado casi un siglo después como “De la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos”.

Y geográficamente, es interesante resaltar que, en la actualidad, los académicos encuentran que el epicentro de los movimientos sociales transformadores y emancipadores se ubica en América Latina (Ferro, 2007; González Piñeros, 2008; Martínez, Casado y Ibarra, 2012; De Sousa Santos, 2000; de Sousa Santos y García Villegas, 2004; Zibechi, 2007a). En particular, los movimientos latinoamericanos destacan por su resistencia al neoliberalismo y al imperialismo (Calvo Rufanges, 2011: 76 y 80; Morton, 2000) como reflejan sus luchas en defensa del medio ambiente y contra las multinacionales extractivistas (Fernández, Piris y Ramiro, 2013, 59). El EZLN es considerada como una fuente de renovación (Duffield, 2004: 242) y la primera fuerza de resistencia posmoderna del mundo, por su rechazo a la modernidad, su reestructuración normativa y la construcción de una nueva sociedad igualitaria, basada en las culturas indígenas (Morton, 2000: 265-268)<sup>334</sup>.

Hemos visto cuál es el horizonte o el imaginario deseado por los movimientos sociales transformadores, que coincide con los postulados de los enfoques críticos posliberales<sup>335</sup>. Un proceso de cambio social contra-hegemónico o anti-sistémico que viene de abajo a arriba y busca la emancipación, la democratización, el reconocimiento de la diversidad, la colectividad y la sostenibilidad de la vida<sup>336</sup>. Un proceso en el cual los movimientos sociales comunitarios y étnicos (y en particular los indígenas) sobresalen por encima de los demás. Por tanto, la naturaleza comunitaria de los movimientos sociales les hace de nuevo más adecuados para conseguir objetivos transformadores en un contexto internacional de modernidad capitalista.

#### **4.6. Estrategia y repertorio de acciones colectivas para la construcción de paz positiva**

Acabamos de ver cómo la agenda de los movimientos sociales revolucionarios, transformadores, emancipadores o anti-sistémicos convergen con los enfoques críticos de paz y seguridad, lo que convierte a estos actores en potenciales constructores de paz positiva y transformadora. Ahora nos vamos a centrar en recoger aquellas estrategias y acciones que los actores locales emplean, que pueden contribuir a un tipo de cambio social acorde con la paz positiva.

---

<sup>334</sup> El EZLN representa lo que Gramsci denominó como una “guerra de oposición” porque intenta cambiar el equilibrio de fuerzas a favor de movimientos populares y democráticos, para penetrar y subvertir los mecanismos de difusión hegemónica en el frente cultural, dentro de la sociedad civil. Mientras que el grupo peruano Sendero Luminoso representaría una “guerra de movimiento” porque su objetivo era la destrucción del estado (Morton, 2000: 261).

<sup>335</sup> Por ejemplo, Richmond considera que el paso a una paz híbrida o posliberal necesita que: (1) la democracia deje su forma más procedimental, técnica, burocrática, institucional y se incorpore una forma que posibilite la agencia local y el autogobierno en lo cotidiano (Richmond, 2011: 28–29), (2) se revise el proyecto modernizador que ha implicado potenciar la institucionalidad y el estado liberal en perjuicio de lo cotidiano a lo cual se ha considerado atrasado, iliberal e irracional (Richmond, 2011: 31) y (3) que el proceso sea liderado por la agencia de las personas y los grupos (Richmond, 2009a, 73–74).

<sup>336</sup> Las ideas-fuerzas señaladas por Fernández, Piris y Ramiro (2013).

En contextos de violencia y conflicto social prolongado, generalmente asociados a la existencia de guerras, existen múltiples causas y fuentes de conflicto y múltiples actores sociales implicados, armados y no armados. En este contexto, los actores locales se ven impelidos a adoptar un posicionamiento frente a la guerra y la violencia, que puede variar a lo largo del conflicto, en función de cambios en las estructuras del conflicto, en las relaciones con los otros actores y en la dinámica interna del grupo. En función de cuál sea el posicionamiento de los actores locales en relación a la violencia y la guerra, optarán por desarrollar una estrategia de resistencia y un repertorio de acciones colectivas armadas o desarmadas.

Siguiendo a García-Durán (2006: 62-63) y Ruiz Miguel (2004: 249-250), hemos resumido los tipos de decisiones o posicionamientos que los actores pueden adoptar, en una lista de cuatro categorías, a las que hemos considerado necesario añadir una quinta modalidad:

1. Belicismo absoluto o militarismo: esta posición considera que la guerra es positiva y necesaria para el desarrollo de la humanidad. Por tanto, la guerra está justificada en todo caso, sin atender a criterios que establecen cuando se puede iniciar la guerra o participar en ella (*ius ad bellum*) ni a las normas que limitan la conducta durante la guerra (*ius in bello*).
2. Belicismo relativo, doctrina de la guerra justa o cruzadismo: esta posición justifica las guerras ofensivas cuando, en circunstancias determinadas, hay que promover la justicia, libertad, la igualdad, el orden, la seguridad. Por ejemplo, se diferencia entre la justicia y la paz y se antepone la primera a la segunda. La búsqueda de justicia es un motivo suficiente para romper con la paz e iniciar la guerra<sup>337</sup>.
3. Pacifismo relativo, doctrina de la legítima defensa o defensismo: esta posición también justifica la guerra bajo determinados criterios, pero es más restrictiva que la anterior. En este caso, la violencia o la guerra solo es aceptable cuando hay una amenaza o una agresión anterior. En el caso de los estados, la violación de la soberanía justificaría la legítima defensa.
4. Pacifismo absoluto o radical: esta posición rechaza tajantemente la iniciación o participación en la guerra por considerar injustas las acciones violentas. El pacifismo absoluto ha tenido diferentes manifestaciones en la historia:

---

<sup>337</sup> Por ejemplo, estaría justificada la reacción frente a un bloqueo económico, la lucha contra un gobierno dictatorial, el rescate de población nacional, el cobro de deudas, la corrección de injusticias internacionales, la recuperación de un territorio histórico y las represalias por ataques esporádicos.

- 4.1. La noviolencia activa, adopta una posición activa frente a las injusticias luchando contra ellas sin recurrir a la violencia por convicciones morales (pero también políticas). Su referente principal es Gandhi<sup>338</sup>.
- 4.2. El pacifismo pasivo, es una posición de no involucración en la guerra por cuestiones egoístas como el no querer arriesgar la vida. Esta postura puede resultar colaboracionista de los actores armados.
- 4.3. El pacifismo deontologista, rechaza la guerra porque valora que las acciones violentas son incorrectas, aunque no se pregunta por las consecuencias u omisiones. Esta postura es representada por Tolstoi y ha sido adoptada por los Testigos de Jehová, el cristianismo radical y los católicos del movimiento de insumisión.
- 4.4. El pacifismo consecuencialista es aquel que fue propugnado por Bertrand Russell (1959) durante la Guerra Fría, al argumentar que la única manera de evitar una Gran Guerra Nuclear que acabase con la especie era eliminar la posibilidad de recurrir a toda guerra.

5. A esta clasificación, le faltaría añadir el “pacifismo estratégico” o “no-violencia” (con guión), procedente del campo de la “resistencia civil no-violenta”: una posición que rechaza el uso de la vía armada y la participación en la guerra pero no necesariamente por convicciones éticas o morales, sino por una cuestión de estrategia política<sup>339</sup> (Schock, 2005: xvii). Esta opción no entra en el debate sobre si el recurso a la violencia es justo o legítimo, por lo que para sus seguidores no es imprescindible creer que la violencia es un modo éticamente inaceptable de resistir, sino simplemente ineficaz para sus propósitos de cambio social<sup>340</sup>. De hecho, es posible que los grupos que ejerzan la resistencia no-violenta consideren que en determinados contextos de opresión, la vía armada es legítima y hayan hecho uso, incluso, de métodos violentos en el pasado. No obstante, comparte con la “noviolencia activa” (4.1), la lucha activa y desarmada contra la injusticia; por eso la no-violencia es, en parte, deudora de las experiencias y enseñanzas de las luchas que practicaron la noviolencia como principio ético y como estrategia: el movimiento de independencia de la India liderado por Gandhi y el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos liderado por M.L.King<sup>341</sup>. El principal precursor de la rama política-estratégica de la no-violencia es Gene Sharp.

<sup>338</sup> La “noviolencia” (*nonviolence*) es un tipo de lucha ético-política, basada en la filosofía gandhiana (Chenoweth y Cunningham, 2013: 273; Schock, 2003: 709).

<sup>339</sup> Los autores advierten que frecuentemente hay confusión entre las corrientes éticas y políticas, lo que ha generado concepciones erróneas del fenómeno, por lo que el campo se ha ocupado de explicar todos los malos entendidos (*misconceptions*) que giran en torno a este tipo de estrategia (Martin, 2015: 536-537; Schock, 2005: 6-12).

<sup>340</sup> Schock no niega que la violencia puede ser justificada y eficaz, como han demostrado insurrecciones violentas exitosas. Sin embargo, no considera que sea el único método posible. Su interés por las acciones no-violentas deriva de que, desde finales del siglo XX, las revoluciones han declinado y asistimos a una oleada de acciones no-violentas, por lo que considera necesario explicar por qué este cambio ha ocurrido y cuál es el rol que está jugando en la transformación social (Schock, 2005: xxv).

<sup>341</sup> De hecho, el primero en teorizar la no-violencia como estrategia fue Gandhi, a partir de las protestas de liberación de la India ocurridas alrededor de 1930 (Ackerman y Kruegler, 1994: 5).



En la historia política existen numerosos ejemplos de actores que defendieron las posiciones belicistas absolutas y relativas y acudieron al uso de las armas para alcanzar sus objetivos de cambio social. La violencia y la guerra han tenido un rol fundamental en la conformación de los estados modernos<sup>342</sup> y, para algunos autores, incluso, los conflictos violentos han contribuido al progreso de la sociedad (Teggart, 1918)<sup>343</sup>.

Esta narrativa histórica también ha contribuido a extender en la cultura occidental el pensamiento de que la violencia es la única forma de alcanzar verdaderos cambios en la sociedad, no solo en las luchas por el poder entre élites políticas, militares y religiosas, sino también entre sectores populares desposeídos que luchan contra sistemas de opresión, regímenes dictatoriales u ocupaciones extranjeras. Dada la fuerte asimetría de poder, la violencia es el único medio capaz de enfrentar a los grupos dominantes para alcanzar la libertad y revertir la situación de opresión y de injusticia social. En este sentido, la idea estratégica crucial de los movimientos revolucionarios modernos en su lucha por una sociedad nueva, ha sido el uso de la lucha armada para conseguir el “traspaso del poder”, es decir, que los viejos dirigentes sean “arrancados” del poder y el “pueblo”, “clase” o “grupo revolucionario” se apodere de él, lo que posibilita realizar medidas estructurales como la redistribución de la tierra o la nacionalización de los medios de producción (Hobsbawn, 2014: 85-86). La noción clásica de revolución justifica el uso de las armas en el hecho de perseguir un fin revolucionario (el fin justifica los medios)<sup>344</sup>. Por tanto, bajo este tipo de lógicas, aunque la paz pueda ser el bien normativo a alcanzar, el uso de la violencia o la guerra es visto como un mal menor, un recurso inevitable y necesario. Esto significa, en términos de paz, el uso de violencia personal para la eliminación de la violencia estructural. Implícitamente se establece

---

<sup>342</sup> La violencia es un fenómeno inherente de a las relaciones sociales y omnipresente en la historia. Ha servido como articulador del orden social y de las estructuras de dominación en la sociedad. En la modernidad, la violencia y la guerra ha tenido un papel articulador de los procesos de construcción del estado-nación (Charles Tilly, Anthony Giddens y Norbert Elias) (citado en González Gil, 2006: 39).

<sup>343</sup> Frederick J. Teggart sostuvo que hay una relación histórica directa entre la guerra y la avance de los grupos humanos, y concretamente, en el paso del estado de organización primitivo (basado en el parentesco o las relaciones de consanguinidad que marcaban, por ejemplo, el ordenamiento territorial) a la conformación de la organización política. Ha sido a través de la colisión y el conflicto violento como se ha vencido la adhesión a las viejas costumbres y formas de pensar. La historia de la humanidad está llena de estas luchas que han liberado al individuo humano del dominio del grupo, de sus prácticas y sus ideas. Por lo tanto, conecta el progreso humano con la liberación de la autoafirmación individual propia de la modernidad y con la lucha armada como forma de liberación.

<sup>344</sup> Una visión romántica de la revolución es aquella que tiene una imagen de este proceso social como aquel que: “(1) produce cambios del más vasto alcance, tocando todos los niveles y dimensiones de la sociedad, (2) los cambios son radicales, fundamentales, alcanzan al núcleo de la constitución y del fundamento societal, (3) los cambios son excepcionalmente rápidos, (4) constituyen los exhibiciones más sobresalientes de cambio; son tiempos excepcionales memorables, (5) concitan reacciones particularmente emocionales e intelectuales en sus participantes y testigos (entusiasmo, excitación, alegría, júbilo, optimismo, esperanza, sentimiento de poder, omnipotencia, etc.)” (Sztompka, 2004: 331).

un dilema entre la paz negativa (no violencia directa) y la paz positiva (no violencia estructural), en el que más adelante profundizaremos.

Además, las revoluciones han sido retratadas por la literatura especializada como el resultado de perturbaciones profundas del orden social. Se considera que las situaciones de “indeterminación” (*indeterminacy*), es decir, de vacío estatal o inestabilidad sociopolítica (como en el caso de la descomposición del estado, de la crisis económica o fiscal, las guerras, etc.) son momentos de apertura de oportunidades para que la acción colectiva construya nuevas formas de organización social. Según Clemens (1998: 109-111), esta conceptualización tiene consecuencias en la manera de entender las posibilidades del cambio social, dado que asume que las transformaciones sociales sólo pueden tener lugar bajo condiciones catastróficas, propias de escenarios revolucionarios.

Según Clemens, bajo la perspectiva revolucionaria clásica, las acciones colectivas que no hagan uso de las armas, como los movimientos sociales, no tienen un potencial transformador comparable al de la lucha armada. Los movimientos sociales pueden ser una molestia para las élites, en la medida en que intentan ganar acceso al sistema político o adquirir ventajas políticas, pero no suponen desafíos importantes para sus intereses ni cambian las condiciones fundamentales del orden social (Clemens, 1998: 111).

El debate sobre la eficacia de los medios violentos o no-violentos es particularmente interesante en contextos donde hay conflictos armados en curso, dado que, en estos casos, coexisten los grupos guerrilleros o insurgentes con sectores populares organizados en torno a iniciativas y movimientos no-violentos. Ambos pueden compartir la búsqueda de una paz positiva pero rivalizan en la estrategia y los métodos. Mientras que los primeros legitiman la violencia para alcanzar transformaciones profundas (belicismo relativo o cruzadismo), los segundos adoptan una posición pacifista, ya sea absoluta, relativa o estratégica. Diferencias que se convierten en un debate entre los medios y los fines. Como señala García Durán (2006: 82), los revolucionarios consideran “la lucha por la paz como algo *trivial* o *light* que no garantiza la eliminación de las raíces del conflicto”.

Llegados a este punto, cabe que nos preguntemos ¿qué estrategias son más coherentes y útiles para contribuir al cambio social, en términos de paz positiva? Como vimos en el capítulo tercero, para la investigación para la paz (cultura de paz, educación para la paz, filosofía de paz, etc.) y el enfoque de transformación de los conflictos, la construcción de paz positiva es un proceso de transformación constructivo y creativo de los conflictos, donde no puede mediar la violencia. Como decía Gandhi, más allá de razones éticas o políticas de la noviolencia, es una cuestión de coherencia interna entre los medios y los fines (citado en López, 2012: 33). En el mismo sentido, April Carter consideraba que las iniciativas de paz pueden asumir cierto nivel de ilegalidad, confrontabilidad e incluso violencia limitada, para

poder resistir y prevenir una agresión mucho más grande, pero patrocinar deliberadamente la violencia y adoptar formas de lucha armada las convertiría en otra cosa y sería un posicionamiento incongruente con el compromiso de la paz (Carter, 1992: 14-15, citado en García-Durán, 2006: 63).

Por tanto, desde el punto de vista tanto teórico-analítico como normativo-filosófico, los movimientos sociales se tienen que regir por un criterio de noviolencia si quieren contribuir al tipo de cambio social que la paz positiva requiere<sup>345</sup>. Pero, entre las formas de noviolencia que hemos visto, ¿cuál es la más adecuada para la construcción de paz? En el Seminario de Educación para la Paz, la Asociación Pro Derechos Humanos (1994: 17), concluyó que son tres los tipos de noviolencia presentes en la construcción de paz:

1. La noviolencia como estilo de vida. Se trata de una actitud ante la vida que busca la armonía de la persona en los valores de cooperación, respeto a la diferencia, igualdad, ecología, justicia, etc.; y busca su coherencia con el modelo de sociedad que propone. Esta modalidad se puede asociar con la mencionada “noviolencia activa”, que también ha sido calificada en la literatura como noviolencia (*nonviolence*) noviolencia ética o basada en principios (*principled nonviolence*, *ethic nonviolence*).

2. La noviolencia como forma de resolución de conflictos. Se refiere a una estrategia de lucha que pretende, en primer lugar, desvelar las injusticias que genera el conflicto y después descubrir a la parte opresora y utilizar la agresividad de la parte oprimida para que actúe. Esta lucha parte del respeto a las partes implicadas en el conflicto pues discierne entre la persona y el personaje, es decir, el papel o la función que juega la persona. Renuncia al uso de la violencia porque precisamente la fuerza de su estrategia depende de la coherencia entre los fines y los medios.

3. La no-violencia como estrategia política de transformación de la sociedad. En este nivel, la no-violencia parte de los mismos principios que la acción para la resolución de conflictos pero la trasciende a una dimensión colectiva y social a través de acciones como la desobediencia civil, la denuncia, la no-cooperación y la creación de alternativas. Esta modalidad se corresponde con el “pacifismo estratégico” o “no-violencia”, desarrollado por el enfoque de la “resistencia civil no-violenta”.

Desde la perspectiva de la paz, tanto la noviolencia como estilo de vida, como la no-violencia como estrategia de resolución de conflictos y de transformación social, son perspectivas necesarias y complementarias para la construcción de paz. La noviolencia (*nonviolence*) fortalece la no-violencia (*nonviolent resistance*). Es más

---

<sup>345</sup> Los actores estatales e internacionales no cumplen este criterio pues ambos invierten en el campo de la seguridad militar, pero tampoco son actores que persigan la paz positiva y transformadora, sino la paz realista-liberal.

probable que un actor local opte por la vía desarmada, la cooperación y el diálogo si su acción está inspirada por una cosmovisión, una filosofía o una cultura acorde a la paz positiva. Además, recordemos que por “violencia”, la literatura sobre paz positiva no solo entiende la violencia directa (física o verbal) sino también la violencia cultural y la violencia estructural, por lo que los actores locales están impelidos a desarrollar no solo conductas no violentas, sino también actitudes e instituciones noviolentas.

Haciendo un paralelismo con la triada de la violencia de Galtung, Johansen (2009: 151) propuso hablar de los tres tipos de noviolencia que requiere la paz positiva:

1. Noviolencia directa (*direct nonviolence*): técnicas no-violentas de luchar para influenciar en el conflicto y confrontar las decisiones y leyes del sistema político.
2. Noviolencia estructural (*structural nonviolence*): estructuras que promuevan la cooperación, la reconciliación, la apertura, la equidad y las acciones pacíficas en situaciones de conflicto, como por ejemplo, los sistemas democráticos que trascienden del sistema parlamentario y promueven el consenso, la inclusividad, la transparencia y la responsabilidad<sup>346</sup>.
3. Noviolencia cultural (*cultural nonviolence*): partes de la cultura que transmiten la tradición de la noviolencia y conmemora los valores y cualidades de la noviolencia.

De todo lo expuesto, consideramos que ambas perspectivas, la de la noviolencia activa y la no-violencia estratégica, son útiles para esta tesis, dado que, según la literatura, los actores locales deben adoptar acciones, estructuras y culturas noviolentas si quieren contribuir a la paz positiva. Es decir, que la razón por la cual no deberían usar la violencia (la consideren o no legítima) es por su incongruencia con la construcción de paz y la transformación de conflictos. En nuestro estudio de caso, en el cual analizamos las acciones colectivas no-violentas del movimiento indígena, usamos el término no-violento porque analizamos únicamente la dimensión estratégica del movimiento, aunque podamos tener en cuenta la existencia en el movimiento de ciertos discursos, prácticas y estructuras afines a la noviolencia. Es decir, analizaremos las condiciones que favorecen una posición de resistencia activa y sin el uso de las armas, con independencia de que esté basada en consideraciones morales, espirituales o culturales. Por tanto, utilizaremos mayormente el término no-violencia, salvo cuando explícitamente estamos hablando de la noción de noviolencia activa (o normativa), de la noviolencia empleada en la investigación para la paz<sup>347</sup> (en sentido de formas de vida, estructuras y cultura de la noviolencia) o de la no violencia como ausencia de violencia.

---

<sup>346</sup> Elementos que, según el autor, se encuentran en muchas comunidades tradicionales.

<sup>347</sup> Mario López (2012: 10) señala que la “noviolencia” es la fórmula más utilizada dentro de la investigación para la paz.

En este punto, queda por comprobar si, como presumen la resistencia civil no-violenta, la no-violencia funciona –es efectiva– a la hora de generar el cambio social deseado. En particular, si las comunidades locales organizadas en torno a movimientos sociales encuentran en la no-violencia el mayor potencial estratégico para contribuir al cambio social en contextos de conflicto armado. Pensar en tácticas de naturaleza no-violenta como prácticas de valor estratégico para los actores locales en contextos donde existen derechos de asociación, expresión y manifestación, garantías para el ejercicio de tales derechos, acceso a las instituciones, niveles bajos de violencia o mecanismos de resolución de conflictos, no tendría gran interés. El desafío teórico reside en demostrar que esta estrategia puede ser aplicada con éxito en contextos de violencia, opresión y relaciones de poder fuertemente asimétricas, asociados a la existencia de conflictos armados.

A continuación vamos a abordar la siguiente tarea. Primero, describiremos el tipo de acciones colectivas que los sectores desfavorecidos tienen a su alcance y que encajen o sean congruentes con la construcción de paz positiva. Después, analizaremos, cuál es su lógica dentro del conflicto y la construcción de paz, para qué pueden servir estas acciones (potencialidades), en qué etapas, cuáles son sus limitantes y cuál es su posible impacto o eficacia. Veremos cuáles son los argumentos esgrimidos por la literatura especializada que sostienen que las acciones colectivas no-violentas son una herramienta válida para la transformación de conflictos asimétricos. Nuestra intención es ir más allá de la justificación normativa de la no-violencia para preguntarnos si éste es un método satisfactorio desde el punto de vista estratégico o político o, en otras palabras, si la no-violencia es una estrategia eficaz para alcanzar los objetivos de cambio social.

#### **4.6.1. Las acciones colectivas no-violentas**

La construcción de paz desde abajo se suele implementar, en la práctica, con un conjunto de estrategias e iniciativas que los actores locales emprenden para resistir los impactos devastadores de la violencia y transformar los conflictos, sin recurrir a la violencia, como, por ejemplo: campañas y manifestaciones contra la guerra, comisiones de paz locales, las declaraciones de zonas, territorios o comunidades de paz, acciones de resistencia frente al hostigamiento de actores armados, declaraciones de neutralidad y no-cooperación con actores armados, formación y movilización de las bases sociales, trabajo psicosocial del trauma, recuperación de la memoria colectiva, fortalecimiento organizativo, desarrollo de proyectos productivos comunitarios para contrarrestar las consecuencias sociales del conflicto, etc.

Mauricio García-Durán clasificó el amplio repertorio de acciones colectivas no-violentas que realizan los actores sociales para contribuir a alcanzar la paz. En las

base de datos de Datapaz registró quince tipos de “acciones colectivas por la paz” (García-Durán, 2006: 340)<sup>348</sup>. Las acciones se pueden clasificar en:

1. Acciones colectivas de protesta (huelgas, manifestaciones, bloqueos, boicoteos, etc.) que son comunes a cualquier movimiento social, estén o no en contexto de violencia y conflicto sociales prolongado
2. Acciones colectivas por la paz, que son acciones específicas de este tipo de contextos violentos (García-Durán, 2006: 72). Las acciones por la paz se pueden clasificar también según la estrategia de cambio social que persigan en: a) la estrategia de la educación, que busca concienciar a los sectores sociales sobre los problemas de la guerra y la necesidad de paz; b) la estrategia de la organización, que consiste en articular redes para promover acciones por la paz; (c) la estrategia de actuar políticamente, que busca establecer el diálogo, la concertación y la construcción de consensos sobre soluciones para resolver los problemas y los conflictos; (d) la estrategia de protestar, que se realiza para presionar al gobierno y conseguir mejoras sociales que favorezcan la búsqueda de paz; y (e) la estrategia de resistir<sup>349</sup>, que está orientada a limitar los efectos destructivos de la guerra, hacer frente a la militarización de los actores armados y proteger a la población (García-Durán, 2006: 120-122).

En la literatura encontramos que el estudio de estas acciones ha sido abordado por cuatro campos de investigación diferentes como si se tratase de fenómenos aislados<sup>350</sup>: la investigación para la paz se ha ocupado principalmente de estudiar las iniciativas de paz; el campo de los movimientos sociales se ha centrado en las acciones de protesta, pues son las acciones prototípicas de los movimientos sociales occidentales; la “resistencia civil no-violenta” también se ha centrado en las acciones de protesta, pero también incluye acciones de resistencia y desobediencia civil (no cooperación) frente a los actores armados, coincidiendo parcialmente con la literatura sobre paz; y las grandes olvidadas, tanto por la literatura sobre acciones colectivas como sobre paz, han sido las prácticas de resistencia “cotidiana” (Scott,

---

<sup>348</sup> Estas son: acciones de resistencia civil, actos culturales y/o deportivos, campañas o acciones educativas, celebraciones o actos religiosos, declaraciones de neutralidad o zona de paz, diálogos y negociaciones, encuentros, foros o seminarios, marchas y concentraciones, organización y articulación, paros y huelgas, participación electoral, premios y homenajes, procesos de concertación ciudadana, tomas y bloqueos de vías y, por último, otras acciones. Otras acciones no contempladas en Datapaz pero señaladas por los autores están orientadas a/se refieren a: la reconciliación, la creación de opinión pública, la solidaridad con las víctimas y la diplomacia por la paz (García-Durán, 2006: 120 N.A.)

<sup>349</sup> Esta estrategia es añadida por García-Durán para el caso de Colombia, la cual es extrapolable a situaciones de violencia y conflictividad prolongada análogas al contexto colombiano. Las cuatro estrategias anteriores fueron utilizadas por Lofland (1993) para el estudio de los movimientos por la paz en Estados Unidos.

<sup>350</sup> Este es el caso, como veremos, de los marcos conceptuales y bases de datos construidos por el Cinep, en los cuales las “acciones colectivas por la paz” y las “luchas sociales” son repertorios diferenciados, que se trabajan siguiendo bases de datos, marcos conceptuales y equipos de trabajo separados.

1983, 2003) que ejercen los actores locales cuando construyen formas alternativas de vida, relaciones y estructuras menos violentas, más justas o equitativas. Su existencia y valor estratégico en la construcción de paz híbrida ya ha sido reconocida por algunos autores (Mac Ginty 2014; Richmond y Mitchell 2011a), pero todavía es necesario que los campos de estudios sobre paz y acción colectiva avancen en su estudio teórico y empírico.

La convergencia de enfoques es necesaria porque, en contextos de violencia y conflicto social prolongado, los tres tipos de estrategias y acciones (acciones de protesta, acciones de resistencia cotidiana e iniciativas de paz) se solapan. Al profundizar en el análisis de casos, es difícil diferenciar qué acciones pertenecen sólo a una lucha social, cuáles a una iniciativa de paz y cuáles a una resistencia cotidiana, más aún cuando las tres proceden del mismo sujeto en el mismo escenario. Por ejemplo, cuando una comunidad local se organiza y articula un conjunto de acciones puede hacerlo con el triple interés de: (1) resistir frente al hostigamiento de los actores armados en el territorio, (2) emprender demandas afirmativas que les permitan avanzar en sus objetivos políticos y (3) presionar para la salida negociada del conflicto armado. Todas estas acciones se interrelacionan y pueden repercutir en la mejora de sus condiciones de vida (la paz interna del grupo) y en la solución de las causas que generan las violencias y los conflictos armados (la paz externa). Por tanto, cabría replantear si las acciones de protesta y de resistencia cotidiana, en estos contextos, no se convierten también en iniciativas o acciones colectivas por la paz. Recordemos que toda iniciativa, organización y movimiento social que esté comprometido con la orientación comunitaria y la transformación no violenta de los conflictos, forma parte de las movilizaciones y bases de apoyo para la paz (*peace constituencies*), sin que necesariamente se hayan definido como iniciativas, organizaciones o movimientos por la paz. Por todo lo expuesto, en esta investigación, tenemos en cuenta todas las estrategias y acciones no violentas que los actores pueden emprender en contextos de violencia y conflicto social prolongado, sean de protesta, de paz o de resistencia cotidiana.

Proponemos, por tanto, ampliar el estudio de las “iniciativas de paz” que las comunidades ejercen frente al conflicto armado, abordando un concepto amplio de construcción de paz acorde con la noción amplia de paz. Esto es, atender a los planteamientos de vida, política y sociedad y a las acciones colectivas de los actores locales para entender de qué múltiples maneras pueden éstos contribuir a la paz positiva y cuáles son sus límites. Para ello, consideramos de gran utilidad la incorporación del enfoque de los movimientos sociales y de la “resistencia cotidiana” al análisis de la “construcción de paz desde abajo” para vislumbrar el conjunto de acciones colectivas que éstos desarrollan, más allá de las iniciativas encaminadas a mermar los impactos del conflicto armado, que pueden contribuir indirectamente a la paz positiva.

#### 4.6.1.1. Iniciativas locales de paz

Las iniciativas de paz locales se refieren a las acciones colectivas que las comunidades y poblaciones locales realizan específicamente en los contextos de violencia y conflicto armado. Ya sabemos que las comunidades locales no son meras espectadoras en los conflictos armados sino que llevan a cabo multiplicidad de acciones a través de sus recursos internos. En particular, las comunidades que se encuentran en zonas de guerra mantienen contacto habitual con los actores armados y desarrollan estrategias comunitarias para reducir los riesgos, para apoyar la transición de estos grupos a la no-violencia, para promover el diálogo dentro de los marcos culturales locales, etc.

García-Durán (2006, 72), ha clasificado las iniciativas de paz en:

1. Acciones de protección de la gente: la declaración de zonas de paz, la defensa frente a los actores armados, etc. Este tipo de acciones también pueden aparecer en la literatura como acciones de “resistencia civil no-violenta”<sup>351</sup>.
2. Esfuerzos de negociación y mediación: diálogos locales con actores armados, diplomacia informal (*track-two*), participación en procesos de paz a través de instancias específicas para actores locales como los comités locales, los foros y las asambleas de la sociedad civil. También podemos incluir en esta categoría sistemas de justicia tradicional y, dentro de estos, destaca el rol de las autoridades tradicionales<sup>352</sup>.
3. La promoción de la reconciliación: esfuerzos locales por establecer un diálogo interétnico e interreligioso entre grupos enfrentados, comisiones de verdad y reconciliación, etc.<sup>353</sup>.
4. Democracia, desarrollo y reconciliación: que contempla las iniciativas que se emprenden en el posconflicto una vez firmado un acuerdo de paz.

Entre los mecanismos locales, uno de los más frecuentes en muchas comunidades afectadas por la guerra, son los tribunales de justicia tradicional que las comunidades locales emplean para dirimir conflictos dentro del territorio, es decir, cumplen funciones de arbitraje y mediación de conflictos. En el caso de Darfur ha

---

<sup>351</sup> Por ejemplo, en el conflicto armado de Colombia surgieron varias acciones de este tipo como, por ejemplo, las comunidades de paz de San José de Apartado y de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Cararé y la conformación de la guardia indígena en el Cauca.

<sup>352</sup> Por ejemplo, en el caso de Gaza, en los conflictos familiares esta posición la ocupan las personas mayores, en los conflictos de la comunidad, los líderes locales, y en los conflictos intergrupales, los líderes regionales, más respetados y conocidos en la citada franja (Abu-Nimer, 2003: 104-105).

<sup>353</sup> Por ejemplo, el *nahe bititi*, es un proceso de reconciliación comunitario realizado en Timor Oriental (Funk, 2012: 405) y el *mato-oput*, es una ceremonia de reconciliación del norte de Uganda (Mac Ginty, 2008: 141).



existido históricamente una administración nativa (*native administration*) que cuenta con autoridades tradicionales y mecanismos de justicia transicional y reconciliación que se aplican en diferentes niveles: (1) dentro de la familia, (2) dentro de una localidad, para las comunidades sedentarias y nómadas, (3) dentro de un territorio formado por varias localidades (4) dentro de una tribu y (5) entre diferentes tribus. Uno de estos mecanismos es la *mahkama ahliya*, una corte tradicional que dirime cuestiones sobre la tierra, el comercio, asuntos de violencia menor y conflictos familiares (divorcios y herencias)<sup>354</sup>. Respecto a sus resultados, la justicia tradicional es un mecanismo que ostenta gran legitimidad local pero tiene fallas a la hora de gestionar los conflictos. Según los pobladores locales, la ineficacia se debe a las interferencias del gobierno, por lo que reclaman que el estado no intervenga en los asuntos locales y tribales (Tubiana, Tanner y Abdul-Jalil, 2012). Este no es un caso aislado, pues en Colombia los sistemas de justicia tradicional indígena también chocan con la administración del estado y los principios de justicia occidental. Estas tensiones se enmarcan dentro de las reivindicaciones que las comunidades étnicas realizan por la autonomía y el autogobierno. Los gobiernos nacionales frecuentemente se oponen al reconocimiento de la autodeterminación “debido al temor de perder el control sobre las tierras y recursos naturales” (Henriksen, 2001: 10).

Otra de las iniciativas de paz más estudiadas por los académicos son los “comités locales de paz” (*local peace committees*, LPCs)<sup>355</sup>, que son “comités que operan a un nivel sub-nacional (distrito, municipalidad, ciudad o pueblo), que incluyen los sectores en conflicto dentro de la comunidad y tiene la tarea de promocionar la paz en su propio contexto” (Odendaal, 2010: 7). Sus tareas, composición y estructura varían según cada sociedad local. Su mandato puede incluir labores de prevención y contención de la violencia, gestión y resolución de los conflictos cotidianos, y promoción del diálogo y la confianza en la comunidad. Se componen por personas voluntarias, representativas de distintos sectores de la comunidad, que en algunos lugares pueden estar formados por mujeres (p.ej. Wajir LPC), en otros por representantes electos y, en otros, por personas de mayor edad como, por ejemplo, las *Jirgas* en Pakistán (Ahmad et al., 2013: 104)<sup>356</sup>.

---

<sup>354</sup> Otros ejemplos son la *gacaca*, es un tribunal comunitario de Rwanda, la *loya jirga*, es un gran consejo de comunidades locales de Afganistán (Funk, 2012: 405) y la *kgotla* es un consejo consultivo tradicional de Bostwana (Mac Ginty, 2008: 141). En las comunidades árabe-musulmanas, tres son los principales métodos de resolución de conflictos, los tribunales basados en leyes tribales, en leyes islámicas (*Shari'ah*) ejercido por un juez llamado *qadi* y los tribunales basados en la cultura y las prácticas tradicionales (*urf*) (Abu-Nimer, 2003: 92).

<sup>355</sup> Pueden adoptar otros nombres como: *district peace advisory councils*, *district multi-party liaison committees*, *village peace and development committees*, *committees for intercommunity relations* (Odendaal, 2010: 7)

<sup>356</sup> Han existido multiplicidad de experiencias de LPCs en el mundo, por ejemplo en Nicaragua, Sudáfrica, Kenia, Irlanda del Norte, FYR Macedonia, Ghana, Nepal, Sierra Leona, Serbia, Indonesia (Aceh), Malawi, Uganda (Karamoja) y Pakistán.

Las investigaciones que analizan los resultados o impactos de los LPCs, consideran que es una herramienta muy útil de construcción de paz local, en la medida en que crean oportunidades para que las partes enfrentadas en comunidades divididas se sienten a dialogar sobre el conflicto. Además, de esto, en algunos casos han conseguido que sus declaraciones sean introducidas en el sistema legislativo nacional (*bottom-up lawmaking*), en otros han prevenido la violencia, en otros ha reducido los rumores, los miedos y desconfianzas, en otros han facilitado la reintegración, en otros han fortalecido la cohesión social y en otros, han conseguido más reconocimiento por parte del estado e incluir su perspectiva local a la justicia (Odendaal, 2010: 10-11).

Un estudio realizado sobre el resultado de los LPCs en la provincia de Khyber Pakhtunkhwa (Pakistán), concluyó que la población local entrevistada se mostró satisfecha con los LPCs y confirmaron que éstos cumplían un rol fundamental en la pacificación y convivencia, promoción de la justicia interna, prevención de la violencia, de arbitraje, diálogo y reconciliación (Ahmad et al. 2013). En conclusión, parece que los LPCs son un mecanismo útil para la sostenibilidad de la paz, lo que es coherente con la perspectiva de la construcción de paz desde abajo que recomienda la utilización de los recursos autóctonos para alcanzar una paz más sostenible.

Sin embargo, los LPCs tienen también limitaciones, en concreto: (1) no solucionan las causas estructurales, especialmente si estas derivan de condiciones políticas, económicas o culturales de nivel nacional, (2) no sobrepasan los imperativos políticos nacionales y (3) no pueden conseguir que los actores armados lleguen a un acuerdo de paz (*enforce peace*) (Odendaal, 2010: 12). Además, entre las debilidades se puede señalar que su organización puede requerir ayuda financiera, ya sea esta procedente del gobierno, ya sea de los recursos externos de ONGs y que, según la población local, necesitan mayor entrenamiento en gestión de conflictos. Por eso, los especialistas concluyen que la principal potencialidad de los LPCs es servir de mecanismo para la coordinación de las visiones y acciones de la población local y los actores estatales (Ahmad et al., 2013). Por otro lado, los LPCs formales, es decir, aquellos que cuentan con el reconocimiento estatal o se establecen a través de la legislación o un acuerdo de paz nacional, como en Sudáfrica, Sierra Leona y Serbia, adquieren mayor incidencia política, que aquellos formados por iniciativa propia de la sociedad civil, salvo excepciones como Kenia y Ghana, donde los comités locales informales adquirieron gran repercusión nacional (Odendaal, 2010: 8).

De todo lo expuesto, podemos concluir que las acciones colectivas de paz que las comunidades locales emplean en contextos de violencia y conflicto armado se corresponden con las iniciativas de paz que la literatura conoce como: prevención de la violencia, gestión de la violencia (defensa del territorio y la población), resolución de los conflictos (negociación, mediación), reconciliación y construcción de paz

posconflicto. Así mismo, se corresponden con dos de las estrategias señaladas por García-Durán: (c) actuación política y (d) resistencia frente a la violencia. Esto implica que, siguiendo el modelo de Curle (1971) visto en el capítulo tercero, las iniciativas de paz locales son útiles para la tercera y cuarta fase de la transformación de conflictos (negociación y reconciliación), pero como señaló Odendaal, pueden tener limitaciones para abordar las causas profundas de los conflictos y superar las condiciones estructurales de orden nacional. Además, vemos que, en muchas ocasiones, se realizan en connivencia con las autoridades estatales, por lo que es difícil pensar que estas acciones contribuyan a superar las relaciones asimétricas.

En este sentido, las iniciativas de paz no parecen incluir las acciones educativas o concienciadoras y las acciones de protesta que son, según el modelo de Curle (1971), las que a través de la concienciación, el empoderamiento y la movilización de las poblaciones locales, conducen el conflicto a una confrontación abierta y consiguen establecer relaciones equitativas y justas.

Por otro lado, lo positivo de estas iniciativas locales es que se está demostrando, como defiende el modelo *elecitivo* (*elecitive training*) de Lederach (1995: 65) o la idea de “empoderamiento autóctono” (Lederach 1995, 212) que no es necesario la presencia de mediadores externos para llevar a cabo funciones de *peacemaking*, sino que frecuentemente existen suficientes recursos autóctonos que solo tienen que ser facilitados o entrenados para ello<sup>357</sup>. Los expertos han subrayado que las comunidades que conviven con actores armados consiguen entablar diálogo con ellos cuando ningún otro actor puede hacerlo y aprovechan los lazos personales o sociales para establecer relaciones de confianza e influenciarles, por lo que pueden abrir vías de construcción de paz cuando los mecanismos institucionales están bloqueados. Este proceso es conducido por autoridades y mediadores locales (Haspeslagh, 2015; Yousuf, 2015)

#### 4.6.1.2. Resistencia y paz cotidiana

En el capítulo tercero, presentamos la noción de la paz híbrida, que algunos autores proponen para hablar de cómo, en determinados escenarios locales, se está produciendo una hibridación de la paz (liberal y local), debido al contacto o la interrelación entre actores globales y locales, sus ideas y prácticas (Björkdahl y Gusic, 2015; Mac Ginty y Richmond, 2013; Richmond 2011, 2012a). Desde una posición crítica hacia la paz liberal y escéptica respecto al alcance real de la “apropiación local”, estos autores consideran que la agencia local en algunos escenarios –y por medio de la confrontación, la cooptación o la resistencia

---

<sup>357</sup> El modelo *elecitivo* considera que el entrenamiento a los actores locales debe ser una formación enfocada al descubrimiento de los recursos internos a través de un proceso, por lo que el formador solo es catalizador o facilitador, mientras que en el modelo prescriptivo la formación se orienta a la enseñanza o transmisión de conocimientos por parte de un formador “experto”.

cotidiana— está consiguiendo limitar la irrupción del proyecto liberal, a pesar de la asimetría en la correlación de fuerzas. Contrariamente al imaginario liberal que dibuja a los locales como víctimas débiles o impotentes, estos autores creen en el potencial que tiene la resistencia en la repolitización de las personas y las comunidades (Richmond, 2011: 19).

Según Richmond, el principal método de la construcción de paz debería ser la resistencia, ya que ésta ofrece las mayores posibilidades de limitar la superioridad abrumadora del proyecto liberal y cambiar el entorno (Richmond, 2011: 34). Con este tipo de construcción de paz se garantizaría “relativamente”<sup>358</sup> la autonomía, la emancipación y la libre determinación.

Pero esta propuesta se refiere a un tipo de resistencia diferente al de las iniciativas de paz (resistencia a los actores armados) y al de la resistencia civil no-violenta (acciones de protesta): el de la resistencia cotidiana o diaria. Siguiendo las ideas de la infrapolítica (*infrapolitics*), la resistencia cotidiana (*everyday resistance*) y los discursos ocultos (*hidden transcript*) que conceptualizaron James C. Scott (1985, 2003 [1990]) y M. De Certeau (2000 [1979]), los actores locales pueden desarrollar formas de enfrentarse a las violencias, a las estructuras y a las normas de la paz liberal, desde su cotidianidad. La resistencia cotidiana engloba las formas difusas, informales y rutinarias de ejercer la política, utilizadas por la gente común, que todavía no han sido institucionalizadas.

La “infrapolítica” es el término que Scott (2003) utilizó para referirse a la forma disfrazada de insubordinación, una forma discreta de resistir y conspirar contra el poder. Los grupos dominados temen acudir a la protesta directa y pública, así que desarrollan estrategias para expresar sutilmente su disconformidad, a través de tácticas más prudentes y seguras, aquellas que les permiten esconderse bajo el anonimato o el disfraz. Es fundamentalmente en la cultura, donde los subordinados encuentran el espacio para expresar sus modos de vida y sus discursos ocultos<sup>359</sup>.

Scott no entendía que la infrapolítica fuera una prueba de la incapacidad organizativa de las clases bajas, sino una muestra de la sabiduría táctica del pueblo

---

<sup>358</sup> Según Foucault, la agencia es relativa, dado que la autonomía del sujeto no se puede realizar sino dentro de un marco normativo. La agencia es, por tanto, la capacidad relativa de cambiar la sociedad o el entorno (Richmond, 2011: 30)

<sup>359</sup> Las prácticas de resistencia cotidiana que conforman la cultura popular de los subordinados, donde encontrar el discurso subversivo, son: los chismes y los rumores (205-212); los rituales como las agresiones mágicas (maldiciones, brujería), la posesión espiritista y los cultos de posesión (203), los ritos de inversión y las imágenes del mundo al revés (236); las creencias religiosas; los bailes, cuentos (la figura del pícaro) y canciones populares (la tradición de las docenas malditas practicada por los jóvenes negros de Estados Unidos, esto es el rap); la indumentaria, los disfraces; las ocasiones para los rituales festivos, las ferias, el carnaval (243-255) y el teatro; donde podemos encontrar los juegos de palabras, las metáforas, el refunfuño (220), los códigos, los eufemismos (218), la sátira y la parodia; Todo esto va conformando lo que podríamos denominar una “resistencia cultural” cuyo forma de expresión y de transmisión ha sido mayoritariamente oral (227).

al utilizar respuestas realistas ante las asimetrías de poder y las limitaciones políticas impuestas (Scott, 2003: 216). “Su invisibilidad es en buena medida resultado de una acción deliberada, de una decisión táctica que es consciente del equilibrio de poder” (Scott, 2003: 257). En el mismo sentido, Tarrow (2004: 127, 128 y 143) señaló que las tácticas pacíficas, simbólicas y discretas son más útiles cuanto más autoritario es el sistema en el que se ejercen porque la participación política está restringida y cualquier otra forma de acción sería brutalmente reprimida<sup>360</sup>.

Los subordinados mantienen la apariencia de consentimiento hasta el momento en que las estructuras de dominación colapsan, se amenaza la subsistencia o hay signos de que se puede atacar con relativa seguridad. Es entonces cuando “se atreven a seguir el camino del desafío abierto y colectivo” (Scott, 2003: 132). Sin embargo, Scott consideraba que éstas oportunidades son excepcionales. En la mayoría de conflictos sociales, los actos de los subordinados respetarán en buena medida las normas sociales, incluso cuando éstos actos sean protestas. No se trata siempre de cambiar el mundo ni de cuestionar todo el orden social, sino de conseguir mejoras dentro del contrato social dado, argumentando que el mismo no ha sido respetado y bajo una amenaza tácita de radicalizar el discurso. Los objetivos de la protesta entonces están dentro de la ideología dominante, son reformistas más que revolucionarios.

En relación a la idea de resistencia cotidiana en sociedades profundamente divididas, MacGinty (2014: 6) habla también de las prácticas y normas cotidianas que los individuos y grupos tienen para prevenir y minimizar los conflictos tanto a nivel intergrupar como intragrupal, que pueden evitar que la sociedad pase de una situación tensa a una guerra. Y se refiere a éstas prácticas como la paz de cada día o “paz cotidiana” (everyday peace). En concreto, MacGinty (2014: 8-10) identifica cinco tipos de prácticas o actividades de paz cotidiana que las personas y grupos pueden adoptar, tanto a nivel intergrupar como intragrupal, para mejorar la supervivencia, reducir los riesgos, los conflictos y las tensiones: (a) la evitación de situaciones que son controvertidas, como por ejemplo, cuando se elude entrar en ciertas conversaciones; (b) el uso deliberado de la ambigüedad, como disimular que algo se conoce o ser identificado a un grupo; (c) la cortesía ritualizada, cuando las personas se comportan de acuerdo al sistema de modales; (d) los relatos, a través de la cual las personas se informan sobre cuáles son las afiliaciones étnicas y sociales; y por último (e) el aplazamiento de la culpa, cuando las personas señalan o culpan a otros para evitar las malas relaciones.

---

<sup>360</sup> Por ejemplo: la resistencia danesa ante la ocupación nazi se realizó con actividades comunitarias y festivas como los paseos y los conciertos donde portaban símbolos nacionales; la resistencia de los disidentes soviéticos en la antigua URSS desarrollaron un repertorio de acción simbólico, como las pintadas; la resistencia de la Acción Católica italiana en la Italia fascista; la orientación transformadora del movimiento feminista estadounidense de los ámbitos personales como la familia y la Iglesia; o la disidencia de los trabajadores portuarios polacos, de los cantantes estonios de música folklórica, de los intelectuales checos, de los religiosos de Alemania oriental contra el régimen comunista soviético.

Por otro lado, es necesario advertir dos cuestiones. La primera, que la resistencia cotidiana no se refiere al “pacifismo pasivo”. Estas prácticas podrían confundirse con las estrategias que ciertas comunidades emplean para sobrevivir ante el hostigamiento de los actores armados, tales como el desplazamiento interno, el exilio a otro país, el silencio, el confinamiento en un territorio, la mimetización, la resignación, el colaboracionismo o la aquiescencia (ideas tomadas parcialmente de Consejo Nacional Indígena de Paz, 2003: 12-13). La segunda, que la resistencia y paz cotidiana puede ser ejercida tanto de manera individual o colectiva, por lo que aquí nos referimos a su dimensión colectiva, dado que estamos hablando del conjunto de acciones colectivas no-violentas que pueden contribuir a la construcción de paz positiva.

Respecto a los resultados o impactos, queda todavía por comprobar, a través de estudios empíricos, la eficacia que la resistencia y la paz cotidiana está teniendo en la construcción de la paz positiva. Esta podría ser la oportunidad para comenzar una nueva línea de investigación sobre la dinámica y eficacia de la resistencia cotidiana y su contribución a la paz.

Por último, no cabe duda que las estrategias de resistencia cotidiana o paz cotidiana son eficaces para que el grupo sobreviva y se alivien las tensiones (pacificación), pero no consiguen transformar el conflicto en relaciones más justas (paz positiva). Siguiendo a Curle (1971), para que se produzca el cambio social es necesario que el conflicto latente pase a ser manifiesto y, para ello, es necesario que se produzca la confrontación pública. Falta, por tanto, conocer de qué manera las acciones colectivas de protesta se configuran y pueden ayudar a la labor de construcción de paz.

#### **4.6.1.3. Activismo no-violento**

Como vimos en el capítulo segundo, las acciones de protesta, que ocurren al margen de las vías institucionales, son las formas de acción arquetípicas de los movimientos sociales. Los movimientos sociales acuden a las acciones contenciosas porque carecen de un acceso regular a las instituciones (Tarrow, 2004: 24-25). Y, además, el ejercicio de la protesta es uno de los rasgos que permiten diferenciar a los movimientos sociales de otros actores sociales como los partidos políticos o los grupos de interés. No obstante, cabe señalar que estos actores no se limitan a protestar, pues combinan este tipo de acciones, con otras actividades institucionales e internas de las organizaciones.

Las acciones políticas institucionales y las acciones internas también pueden contribuir a que los movimientos sociales cumplan sus objetivos de cambio social pero, a efectos de nuestra investigación, nos interesa de manera particular el estudio

de las acciones de protesta porque, según los especialistas de la resistencia civil no-violenta y los movimientos sociales, el potencial transformador de los movimientos sociales reside en este tipo de acciones (Stephan y Chenoweth, 2008: 3). Ya en los setenta, Piven y Cloward (1977), señalaron que este tipo de acciones constituyen el mejor recurso de los desposeídos frente a unos adversarios mejor equipados y es en ellas donde se encuentra la fuente de poder de los movimientos sociales.

La resistencia civil no-violenta, en su sentido más amplio, hace referencia a una estrategia política llevada a cabo por grupos de civiles que se basa en métodos no-violentos. Tres son los elementos que diferencian este tipo de acción: (1) es una estrategia política activa, transgresiva y no-institucional, (2) que no utiliza ni amenaza con la violencia física al oponente, y (3) que está organizada, coordinada y sostenida en el tiempo (Chenoweth y Cunningham, 2013: 273).

Respecto al primer rasgo, hemos extraído de Tarrow (2004: 24, 25, 138 y 142), algunas ideas que caracterizan las acciones de protesta como acciones contenciosas y disruptivas: representaciones públicas que tienen un contenido emocional y cultural, y compensan a quienes protestan reafirmando su identidad y reforzando sus vínculos de solidaridad; reivindicaciones disruptivas de las normas y la moral establecidas, que desafían los intereses de quienes ostentan el poder; alteraciones del orden público, en la medida en que obstruyen o interrumpen las actividades rutinarias de los oponentes y el estado de calma o normalidad; expresiones públicas de un conflicto, que permiten visibilizar el conflicto e implicar en él a la sociedad, autoridades, instituciones, ciudadanía y medios de comunicación; y amenazas de alteración que pretende forzar a los adversarios y las autoridades a atender las demandas de los protestantes y resolver el conflicto.

Los objetivos de las acciones de protesta pueden ser tan disruptivos como en las luchas violentas: desafiar el poder de las autoridades o a las élites, aumentar el poder popular, denunciar injusticias, exigir derechos o autonomía, pretender cambios en las políticas y en las actitudes, defender un territorio, acabar con un régimen o una ocupación extranjera, apoyar la democratización, etc. Esto requiere, por tanto, que sea una estrategia política activa. Los autores de la resistencia no-violenta han resaltado la importancia de no confundir este tipo de estrategia con el “pacifismo pasivo” (Schock, 2005: 7), que son las estrategias de supervivencia pasiva a las que ya nos hemos referido. La resistencia requiere “una amplia gama de tácticas activas que implican un fuerte compromiso con una causa y una disposición a correr un riesgo personal” (Porges y Leuprecht 2016, 156).

Respecto al segundo rasgo –el uso de tácticas que no impliquen violencia– frecuentemente los medios de comunicación, el gobierno y otros actores institucionalizados, asocian la acción colectiva contenciosa con el uso de la violencia. Sin embargo, la literatura sobre movimientos sociales y resistencia civil no-violenta, niegan la correlación entre protesta y violencia. Desde un punto de vista

lógico, no es necesario que las acciones sean violentas para que sean contenciosas y, desde un punto de vista empírico, existen muchos ejemplos de movimientos sociales que han demostrado que se pueden realizar acciones directas sin el uso de la violencia (Tarrow, 2004: 24, 142 y 143).

Cuando no había aparecido el campo sobre la “resistencia civil no-violenta”, las acciones no-violentas eran ya una estrategia común de los movimientos sociales (Ackerman y Kruegler, 1994: xxi). Entre 1960 y 1980 el repertorio de acción no-violenta se extendió entre los movimientos sociales en Estados Unidos y Europa, gracias al movimiento por los derechos civiles, los movimientos estudiantiles y la Primavera de Praga<sup>361</sup>. En esta época se popularizaron las sentadas (*sint-ins*), las jornadas de enseñanza (*teach-ins*), los campos de paz, la objeción de conciencia y las acciones de los arados (*plowshares action*) (García-Durán, 2006: 57).

Desde los años ochenta, los autores, señalan que ha habido cuatro oleadas de protestas no-violentas: (1) Polonia, Bolivia, Uruguay y Filipinas en la década de los ochenta, (2) Europa del este y las antiguas repúblicas soviéticas (Hungría, Alemania Oriental, Checoslovaquia, Bulgaria, Moldavia, Azerbaiyán, Lituania, etc.) tras el desmembramiento de la URSS, (3) las oleadas democratizadoras en el África subsahariana (Benin, Burkina Faso, Guinea, Senegal, Mali, Malawi y Sudáfrica) en los noventa y (4) en Serbia, Georgia, Ucrania, Líbano y Kirguizistán durante los años dos mil (Johansen, 2009: 152-156), a las cuales podríamos añadir una quinta oleada, acaecida durante la última década, entre las que destacan las Primaveras Árabes en el norte de África y los movimientos de indignados en Europa y Estados Unidos.

En los años setenta<sup>362</sup>, Gene Sharp (1973), comenzó a teorizar este tipo de estrategia y sus tácticas<sup>363</sup> y, desde entonces, ha ido creciendo el interés académico por su estudio, por identificar y sistematizar estudios de casos y desarrollar su marco conceptual, primero en Estados Unidos y posteriormente en Europa. El área de estudio sobre “resistencia civil no-violenta” está separado del de los movimientos

---

<sup>361</sup> Algunos de los eventos más lejanos de luchas no-violentas fueron: durante el Imperio Romano, los plebeyos en vez de atacar a los cónsules se retiraron a la colina que posteriormente se denominaría el “Monte Sagrado”; la revolución norteamericana en el siglo XVIII; la resistencia húngara frente a los austriacos en el siglo XIX; y la huelga general contra el golpe de estado de Kapp, en la Alemania de Weimar (Sharp, 1973).

<sup>362</sup> Aunque hubo otros autores relevantes antes que Sharp. El primer trabajo científico sobre la acción no-violenta pudo ser el realizado por Clarence Marsh Case en 1923 (Schock, 2005: 36). Destaca así mismo el trabajo de Richard Gregg (1966) publicado por primera vez en 1934. Y sirvieron como referentes conceptuales de la no-violencia estratégica autores como Gandhi, King, Tolstoi, Thoreau, entre otros.

<sup>363</sup> Gene Sharp (1973) recogió en *The Politics of Nonviolent Action*, 198 métodos específicos de acción dentro de la estrategia de acción no-violenta. Los métodos pueden ser métodos de protesta y persuasión, métodos de no cooperación y métodos de intervención. A su vez, las tácticas no-violentas se pueden clasificar en actos de omisión y actos de comisión; acciones dispersas y acciones concentradas; acciones de alto riesgo y de bajo riesgo; acciones constructivas y obstructivas; acciones de agresión y acciones de conciliación.



sociales por su carácter aplicado (Chenoweth y Cunningham, 2013: 273), pero, sin embargo, su marco conceptual no es novedoso respecto a las teorías de los movimientos sociales pues no formula una nueva forma de acción colectiva<sup>364</sup>. Los especialistas de los movimientos sociales ya se habían referido a la naturaleza contenciosa y disruptiva de las acciones extra-institucionales y no-violentas de los movimientos sociales (Piven y Cloward 1977; Tarrow 2004)<sup>365</sup>.

Lo que hacen estos estudios es contribuir a la sistematización y modelación teórica de una estrategia no-violenta, centrada en la agencia de los activistas, que es practicable para los grupos de civiles<sup>366</sup>. Con el adjetivo “civil”, el enfoque alude a la ciudadanía o la sociedad civil como el agente que ejerce las acciones de resistencia, lo cual implica un sesgo occidental y modernizador que oculta la existencia de otras formas posibles de organización socio-política como, por ejemplo, las comunidades tradicionales y los órdenes sociales híbridos no estatalizados<sup>367</sup>. Por lo tanto, durante la tesis, hemos optado por eludir la etiqueta “civil” y tan solo la utilizaremos cuando nos refiramos específicamente a este campo de estudios.

Por otro lado, respecto al sentido que el enfoque de la “resistencia civil no-violenta” le otorga a la noción de “resistencia”, la utilización de este término ha podido provocar una dilatación excesiva del concepto, pudiendo encontrarlo referido a todo tipo de acciones colectivas y movimientos sociales, en cualquier contexto socio-político, con tal que se empleen campañas y acciones contenciosas y no-violentas. En este sentido, se han analizado bajo este enfoque multitud de casos ocurridos durante el siglo XX y XXI, tanto en regímenes no democráticos como en democráticos<sup>368</sup>. Mario López (2013: 47-50) identificó tres tipos de contextos en los cuales se producen resistencias no armadas: (a) la lucha contra la dominación colonial, (b) la lucha contra regímenes autoritarios, dictatoriales y totalitarios y (c) la reivindicación de derechos y libertades democráticas y ciudadanas, por la

---

<sup>364</sup> Al igual que Nepstad (2013, 590–91), nos preguntamos si la resistencia civil es un fenómeno independiente de los MS y creemos que es necesario avanzar en el estudio sobre las similitudes y diferencias que hay entre el campo de los movimientos sociales y la resistencia civil no-violenta, que han iniciado Kurt Schock (2005, 2013) y Martin (2015). El objetivo es analizar la pertinencia del estudio de la resistencia civil no-violenta como una disciplina diferenciada a la de los MS.

<sup>365</sup> Estas reflexiones llaman la atención sobre la necesidad de analizar más detenidamente la justificación y pertinencia de la “resistencia civil no-violenta” como una disciplina separada del campo de los movimientos sociales y la acción colectiva. Autores como, Lipsitz y Kritzer (1975) y Smithey y Kurtz (2003) llamaron la atención sobre la necesidad de integrar el enfoque de la “resistencia civil no-violenta” y los movimientos sociales en el ámbito de la contienda política (citado en Schock 2005, xviii).

<sup>366</sup> Agencia, estrategia y activismo son los elementos diferenciadores con el campo de los MS (Martin, 2015: 542).

<sup>367</sup> Aunque la mayoría de casos que son contemplados por este enfoque son contextos no occidentales donde hay ocupaciones extranjeras, regímenes dictatoriales y/o coloniales, los seguidores de este enfoque son occidentales.

<sup>368</sup> Algunas de las luchas desarmadas más representativas son el movimiento por la independencia de la India, el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y la lucha contra el apartheid en Sudáfrica, cada una asociada a una figura emblemática: Gandhi, Martin Luther King y Nelson Mandela.

solidaridad internacional, por la ecología y en defensa de la naturaleza, por otro mundo posible.

Siguiendo la tipología de Mario López, consideramos que el supuesto paradigmático de la resistencia son las “luchas contra la dominación colonial” (ahora, también neocolonial), que se refiere a los casos de resistencia frente a la invasión y dominación de un imperio extranjero (en la mayoría de los casos, europeos) que buscan la liberación, la autonomía o la independencia. Por ejemplo, los casos de colonización europea en América Latina, África y Oriente Medio (se habla de la “resistencia indígena”, “resistencia palestina”) y las ocupaciones alemana e italiana en Europa durante la Segunda Guerra Mundial (se habla de “resistencia francesa”, “resistencia danesa”, etc.). En estas situaciones, amplios sectores de la población autóctona (mujeres, ancianos, niños, etc.) se levantaron contra el poder colonial, “ejercieron múltiples formas de resistencia cultural, política, social, económica, psicológica, reforzando el sentimiento de rechazo y generando formas de poder social” (López 2013, 47).

Este tipo de resistencia –contra la dominación neocolonial– es la que actualmente realizan los pueblos indígenas, las minorías étnicas, las naciones ocupadas, las comunidades locales u otros actores sociales con identidad colectiva a través de tácticas y repertorios de acción no-violentos, frente a las amenazas a la pervivencia como grupo –la “seguridad de la sociedad” que propone la Escuela de Copenhague (ver capítulo tercero)– en contextos de opresión, dominación y violencia prolongada. En estos contextos, además, son los propios sujetos colectivos los que están hablando de “resistencia” para referirse a su lucha contra la neocolonización y la llegada de actores externos a sus territorios, como en el caso de las comunidades indígenas en América Latina.

Respecto a los resultados o impactos que las acciones de protesta pueden tener en la transformación de conflictos y la construcción de paz, nos encontramos un vacío teórico en el campo de los movimientos sociales. Dentro de este campo, los efectos o impactos que los movimientos sociales han tenido en relación al conflicto ha sido poco estudiada. El conflicto ha sido abordado de manera accesoria como una característica del contexto o la estructura donde surgen los movimientos sociales. Es decir, solo ha habido interés por el conflicto en la medida en que permiten explicar las condiciones que hacen que en un contexto emerjan nuevos actores, sin profundizar en la relación entre el conflicto y los movimientos sociales<sup>369</sup>. Para James M. Jasper (1997) este vacío teórico nos impide analizar el éxito de las acciones colectivas. Podemos saber por qué los movimientos sociales emergen o por qué realizan una acción, pero no si estas decisiones son estratégicamente exitosas. En la práctica, los actores en conflicto no toman sus decisiones aislados

---

<sup>369</sup> Por ejemplo en el enfoque de los Nuevos Movimientos Sociales, los autores se han centrado en estudiar los cambios culturales y sociales producidos en las sociedades democráticas avanzadas que habían provocado la emergencia de un nuevo tipo de movimientos sociales.

sino en función de la relación con los demás actores, por lo que para poder analizar el resultado de esta interacción Jasper considera necesario relacionar los movimientos sociales con un campo estratégico más amplio. Para ello propone introducir la mirada de los conflictos o las “lentes de conflicto” (*conflict lenses*) y utilizar una nueva categoría de acciones, las “estrategias ingeniosas” o astutas (*artful strategies*) para referirnos a las acciones estratégicas de los movimientos sociales en relación a los conflictos (citado en Smithey, 2013: 37)<sup>370</sup>. Una nueva aproximación consistiría en analizar cómo los movimientos sociales pueden influir en su entorno conflictivo, ya sea generando nuevos conflictos, enquistando los existentes o, por el contrario, transformándolos.

Por parte del campo de la paz, los principales avances han sido realizados por los seguidores del enfoque de la transformación de conflictos, principalmente de aquellos que continuaron el modelo de Curle (1971). Recordemos que el autor fue el primero en explorar la relación entre el activismo no-violento (llámese resistencia, movilización, protesta social, etc.) y la paz, al señalar la importancia de aumentar el empoderamiento y la concienciación de los grupos desfavorecidos para poder transformar las relaciones asimétricas en relaciones justas y pacíficas. No obstante, se necesitan más análisis empíricos para comprender estas dinámicas en profundidad.

Dentro de esta línea de investigación, sobresale el incipiente trabajo de Veronique Dudouet (Dudouet, 2008, 2017; Dudouet y Clark, 2009), quien, desde el 2005 viene analizando la vinculación teórica y práctica entre el enfoque de la “resistencia civil no-violenta” y la construcción de la paz, por lo que su trabajo ha servido de referencia fundamental para esta tesis<sup>371</sup>. Los planteamientos de Dudouet se inscriben dentro de la tradición iniciada por Adam Curle (1971), a la cual Dudouet (2017, 2006) ha integrado las teorías de la “resistencia civil no-violenta” (RNV). Las conclusiones más relevantes de la autora han sido que la resistencia civil no-violenta y la construcción de paz son enfoques que comparten el compromiso por el cambio social (alcanzar la paz y la justicia transformando las causas de la violencia estructural) y los métodos no-violentos, y que, por tanto, son enfoques complementarios tanto a nivel teórico-analítico como práctico (Dudouet, 2017: 4). Sin embargo, la “resistencia civil no-violenta” difiere en que no usa los canales tradicionales de transformación de conflictos como el diálogo, la negociación, la mediación, la diplomacia, la resolución de problemas (*problem-solving*) o la justicia restaurativa, encaminadas a restaurar las relaciones de cooperación, sino tan solo las acciones confrontativas o disruptivas. Por tanto, entre los diferentes enfoques de construcción de paz, la “resistencia civil no-violenta” se complementa de manera

---

<sup>370</sup> Aplicando este concepto, podríamos considerar las acciones de protesta, la resistencia cotidiana y las iniciativas de paz locales, como “estrategias ingeniosas” que las comunidades locales organizadas pueden utilizar para la transformación de conflictos.

<sup>371</sup> Abu-Nimer (2003) también exploró la relación entre la no violencia (no específicamente la resistencia civil no-violenta) y la construcción de paz en las comunidades árabe-musulmanas, particularmente, en el caso de la Intifada en Palestina.

particular con la construcción de paz desde abajo, porque ambas conceptualizan el cambio como un proceso que viene de abajo a arriba, a través de acciones contenciosas no-violentas que generan el empoderamiento de los grupos marginalizados (Dudouet, 2017: 10; Dudouet y Clark, 2009: 14).

Es más, Dudouet afirma que, en conflictos asimétricos, la resistencia civil no-violenta tiene un elevado valor estratégico para los sectores oprimidos y es una herramienta imprescindible para poder transformar los conflictos (Dudouet, 2008, 2017: 32). Existen dos tipos de estrategias no-violentas en función de la relación de poder entre las partes enfrentadas. La no-violencia disociativa es aquella empleada en conflictos asimétricos, que sirve para mantener separadas a las partes de forma que la parte más débil disponga de autonomía e identidad propia. Se basan en la desintegración, la polarización y la disociación. Y la no-violencia asociativa, empleada en conflictos simétricos, es la que pretende lo contrario, hacer coincidir a las partes cuando existe una base para una asociación igualitaria y no explotadora. Por tanto, la resistencia no-violenta conlleva tácticas más apropiadas para las comunidades marginadas o indefensas que viven en conflictos asimétricos, donde las disputas de poder son desiguales y donde no hay posibilidad para el diálogo porque una parte se niega a negociar y ceder para resolver el conflicto. En estos escenarios, las comunidades marginadas pueden, gracias a su potencial para movilizar a las bases, presionar al oponente y ganar apoyos externos, por lo cual esas comunidades conseguirán sentar a la mesa a los adversarios y alcanzar ciertas concesiones en la negociación. La acción colectiva busca crear las condiciones para el diálogo, a partir del reestablecimiento de una correlación de fuerzas que obligue al oponente a reconocerle como interlocutor válido o, al menos, necesario. Es una táctica especialmente adecuada en las primeras fases de un conflicto latente, enraizado en aspectos de violencia estructural.

Sin embargo, Dudouet, observa que la estrategia no-violenta se enfrenta, al menos, con dos limitaciones: (1) cuando la situación es extremadamente violenta, es difícil sostener su validez; y (2) no ofrece suficientes condiciones de reconciliación y resolución de conflictos. Por tanto, la potencialidad de la RNV no resta para que sean positivos y complementarios la intervención de otros actores (*multi-track diplomacy*) y el uso de los mecanismos de resolución de conflictos más convencionales (diálogo, negociación, reconciliación, reformas institucionales, etc.), necesarios también para la construcción de paz. Recordemos que la construcción de paz desde abajo reconoce la complementariedad entre enfoques *top-down* y *bottom-up*<sup>372</sup>.

---

<sup>372</sup> Por ejemplo, Lederach nos muestra que, mientras el activismo no-violento sirve para que la parte desfavorecida pueda visibilizar el conflicto, alzar su voz y reducir la violencia, la mediación sirve para conectar a las partes en conflicto, posibilitar la escucha, la comprensión hacia el otro y el diálogo sobre las posibles soluciones (Lederach, 1995: 15).

Hasta aquí hemos presentado cómo las iniciativas de paz, la resistencia cotidiana y las acciones de protesta –activismo no-violento o resistencia no-violenta– son tres tipos de acciones colectivas no-violentas que pueden ser útiles en el ciclo del conflicto, para contribuir a la construcción de paz y la transformación de los conflictos. En el siguiente apartado vamos a ver cuáles son los argumentos esgrimidos en la literatura que sostienen que la resistencia civil no-violenta puede ser una forma de lucha eficaz, incluso más que la armada.

#### 4.6.2. El potencial estratégico de la no-violencia

Para analizar la eficacia de las acciones no-violentas, nuestra investigación ha empleado las teorías de los movimientos sociales, la investigación para la paz y la “resistencia civil no-violenta”. La contribución de la “resistencia civil no-violenta” es fundamental en este punto porque es este campo de estudios el que está centrado específicamente en analizar la estrategia no-violenta y se ocupa de demostrar por qué la no-violencia funciona y pueden resultar más eficaces incluso que las luchas armadas. Según los especialistas del campo, la resistencia no-violenta es “el instrumento político más poderoso disponible para desafiar a la opresión” (Zunes, 2009). Y se han dedicado muchos esfuerzos investigativos a aportar elementos empíricos y teóricos que demuestren el valor estratégico y la eficacia de la lucha desarmada<sup>373</sup>. Por eso, consideramos que sus planteamientos sobre este repertorio de lucha son un insumo teórico y empírico fundamental para avanzar en la conceptualización de la construcción de paz desde abajo, más aún si se concibe que la construcción de paz positiva es un proceso de transformación social no-violento.

Hemos organizado y sintetizado las razones que aparecen en la literatura en dos argumentos relativos a la relación medios-fines. Así mismo, hemos incorporado un apartado sobre las investigaciones cuantitativas que corroboran la eficacia de la resistencia civil no-violenta:

- 1) La relación medios-fines: por qué la violencia no es una condición necesaria ni suficiente para alcanzar la transformación social e, incluso, puede ser contraproducente.

Conceptualizar la paz en términos de justicia abre la posibilidad de pensar formas violentas de acción para superar la injusticia y legitimar el uso de la violencia para reducir la violencia estructural. Este ha sido el discurso propio de los sectores que han justificado el inicio de la revolución o la lucha guerrillera en su propia versión de la “doctrina de la guerra justa”. Esta narrativa establece una especie de dilema entre la opresión y la liberación (Cortright 2008, 6 y 7). Por un lado, tenemos la paz negativa, mínima o restringida a la violencia directa; y, por otro, tenemos la paz

---

<sup>373</sup> Una compilación fundamental de la bibliografía existente sobre las experiencias de lucha no-violenta en el mundo desde 1945 es la realizada por A. Carter, C. Howard y M. Randle (2006).

positiva definida en términos de justicia social. Si entre tener paz negativa (no violencia directa) o justicia (no violencia estructural) se opta por la paz negativa, se acepta la injusticia y la subyugación ante la opresión. La paz se separa de otros criterios morales como la justicia y, por tanto, deja de ser el bien último a alcanzar. Si, en cambio, se resuelve a favor de la paz positiva, entendida como justicia y liberación de la opresión, entonces es posible defender la ruptura de la paz negativa, el uso de la violencia directa y la iniciación de la guerra<sup>374</sup> (Ruiz 2004, 247). Entonces, cuando la paz se equipara a la justicia, ¿está justificado el empleo de la fuerza para luchar contra la injusticia social? Desde el punto de vista valorativo, sería *¿un acto violento aunque justificado?* o *¿un acto de paz justa, no propiamente violento?* (Ruiz 2004, 246).

Según Ruiz, aunque pueda haber cierta identificación entre la paz y la justicia, en realidad, la paz es algo más que la justicia. La justicia requiere de otras condiciones para garantizar la perdurabilidad de la paz (Ruiz 2004, 247). Dicho de otra forma, sin justicia no hay paz positiva, pero tampoco la hay solo con perseguir la justicia. Recordemos que ambos aspectos están en la definición de paz de Adam Curle: niveles reducidos de violencia directa y amplios de justicia. La paz positiva requiere, además de ausencia de violencia estructural, ausencia de violencias directa y cultural, que permitan la integración y la convivencia.

Por otro lado, Lisa Schirch señala que la noción de “paz justa” (*justpeace*) se refiere no solo a que sin justicia social no hay paz positiva o sostenible, sino también a que la justicia perseguida por medios violentos solo contribuye a extender la injusticia (Schirch 2014, 16–17). En esta dirección, Xabier Etxeberria apunta que, aunque el derecho a la desobediencia civil y a la autodeterminación puedan ser legítimos, su ejercicio violento no es posible porque el derecho de desobediencia tiene dos límites: (1) tiene que promover la justicia, es decir, no se puede justificar el daño o la pérdida de libertad a otros; y (2) tiene que aplicarse un principio de universalidad, es decir, permitir que cualquier otro exprese su oposición o desobedezca de manera similar (Etxeberria, 1997a: 5). Los medios tienen que medirse no solo por la eficacia en los objetivos perseguidos, sino también “por lo que se destruye en derechos” (Etxeberria 1998, 79).

Ya en los años sesenta, en los inicios de los estudios de paz, el propio Galtung (1969) se preguntó si la violencia personal (la violencia directa ejercida contra las personas), era una condición necesaria y suficiente para la eliminación de la violencia estructural. En primer lugar concluyó que ejercer la violencia personal no era una condición necesaria. Desde el punto de vista empírico se pueden encontrar casos donde los cambios estructurales se han producido sin necesidad de violencia personal. Y desde una perspectiva teórica, Galtung planteó si no resulta más

---

<sup>374</sup> Esto es lo que la tradición filosófica-jurídica ha discutido y desarrollado bajo la doctrina de la guerra justa (*ius ad bellum, ius in bello*).

probable que los medios más eficaces para acabar con una estructura sean así mismo estructurales, como, por ejemplo, cambios sistemáticos en las redes de interacción, las escalas de rango, etc. En segundo lugar, el autor concluyó que ejercer la violencia personal tampoco era una condición suficiente. Ejercer violencia contra quienes están en una elevada posición de la estructura social puede conseguir incapacitarlos, pero eso no elimina la estructura violenta. El nuevo grupo puede llenar el vacío de poder conservando la estructura, o bien la estructura puede volver a emerger con el paso del tiempo.

Hay muchos ejemplos en la historia de experiencias revolucionarias o libertadoras que no consiguieron eliminar las estructuras injustas, desiguales, represoras u opresoras, sino tan solo resultaron en un cambio del grupo en el poder. En muchos países latinoamericanos y africanos después de sus luchas armadas de independencia exitosas, las jerarquías sociales y los sistemas esclavistas no se abolieron y se repitieron sucesivas dictaduras y golpes de estado. En el caso de los países comunistas, las revoluciones llevaron consigo el establecimiento de regímenes autoritarios de partido único en sus tres experiencias más representativas: la antigua Unión Soviética, China y Cuba. El mito de la revolución es finalmente socavado en el siglo XX por las experiencias trágicas. La revolución se sigue considerando como un proceso radical de cambio social, pero ya no como algo necesariamente positivo y progresista (una redención o una salvación de la humanidad), sino más bien como un desastre que infunde miedo (Sztompka 2004, 333).

Los fracasos de las revoluciones pueden deberse a que los grupos armados, a pesar de buscar la justicia o la libertad, utilizan discursos, normas sociales y se organizan mediante relaciones jerárquicas y autoritarias donde se reproducen las violencias, las relaciones de poder y las divisiones existentes en la sociedad. Por lo tanto, si la revolución tiene éxito, se produce el ascenso al poder de un jefe, una élite y una estructura de gobierno donde rigen las mismas ideas, patrones culturales y relaciones de mando y obediencia que fueron construidas durante la lucha armada. Además, en el caso de victoria, los revolucionarios se enfrentan a situaciones excepcionales –problemas económicos, políticos y sociales, disidencia, embargos o bloqueos internacionales, etc.– que también empujan a que las nuevas élites arrojen poderes extraordinarios temporales que después son difíciles de cambiar. Por lo tanto, de nada sirve recurrir a la violencia personal para eliminar una estructura determinada si la violencia personal y cultural van a permanecer en la siguiente estructura. Las tres dimensiones –violencia directa, estructural y cultural– están tan estrechamente interrelacionadas que se hace difícil reducir la violencia de un tipo sin reducir la otra.

Por otro lado, López (2012: 35-37) señaló cuatro razones históricas que contradicen la deseabilidad de la violencia en la contienda política, incluso cuando esta pueda ser justa. La experiencia de violencias y guerras ha demostrado que en la historia:

(1) ha habido problemas para establecer dónde está el límite en el uso de la violencia; (2) la violencia ha venido aparejada a una tendencia hacia comportamientos crueles y deshumanizantes; (3) la violencia ha causado un pauperización y degradación progresiva de los fines; y (4) la violencia ha provocado la militarización y pérdida de valores en las sociedades e individuos.

En conclusión, la elección entre paz negativa (no violencia directa) y paz positiva (no violencia estructural) se trata de un falso dilema. La violencia no es una condición necesaria ni suficiente para alcanzar la paz positiva. Desde el punto de vista teórico, la paz positiva requiere, además de la justicia, la reducción de la violencia directa. Y desde el punto de vista práctico, luchar por la justicia, es decir, no aceptar la paz negativa y la opresión, no implica necesariamente tener que recurrir a medios violentos, como han demostrado la multiplicidad de experiencias de luchas no-violentas señaladas anteriormente. Gandhi, Leonardo Boff y Marthin Luther King, entre otros, lucharon contra la opresión y la injusticia sin ejercer la violencia (Cortright, 2008: 7) <sup>375</sup>.

- 2) La relación medios-fines: por qué la no-violencia es una condición necesaria y suficiente para alcanzar la transformación social

Si las razones morales, la coherencia interna entre los medios (no-violentos) y los fines (no violencia) o la experiencia empírica no bastaran para demostrar la deseabilidad y posibilidad de las transformaciones sociales no-violentas, también existen en la literatura teorías que muestran cómo es posible generar los cambios conductuales, culturales y estructurales que requiere la paz positiva, sin el uso de la violencia.

Varios autores han defendido que los movimientos sociales pueden provocar cambios en la sociedad y ser “revolucionarios” sin necesidad de tomar las armas, competir por la soberanía estatal, luchar en el nivel del estado nacional o esperar a situaciones de “indeterminación” o inestabilidad política como ocurre en los períodos revolucionarios. Por ejemplo, Hobsbawm (2014, 4 y 5) subrayó la virtualidad revolucionaria de los movimientos milenaristas de finales del siglo XIX y principios del XX (los lazaristas de la Toscana meridional, los anarquistas de Andalucía y los movimientos campesinos sicilianos) así como Goldstone (1998, 127) observó que los movimientos por los derechos humanos en Europa del este y en China y los movimientos contra la discriminación racial en Sudáfrica y Estados Unidos fueron movimientos sociales cuyos objetivos de cambio social podían ser considerados revolucionarios. En las últimas décadas, se viene señalando que, los nuevos movimientos sociales (NMS) o movimientos culturalistas, a diferencia de los movimientos políticos radicales anteriores, no desean alcanzar el poder estatal, sino

---

<sup>375</sup> Mientras que para los defensores de la lucha armada y la guerra, “los fines justifican los medios” (Maquiavelo), los seguidores de la noviolencia defienden que si nos preocupamos de que “los medios sean justos, los fines vendrán solos” (Gandhi).



liberarse del mismo y lo hacen reformulando los marcos de la vida social (Tilly y Wood 2010, 146; Young 2000, 141–42). Según, R.B.J. Walker, un movimiento social crítico es aquel que expresa su escepticismo sobre la posibilidad y la deseabilidad de tomar el poder del estado como el objetivo primario de su actividad política y, en su lugar, se aventura a la educación de la conciencia como forma de emancipación política que supere las políticas de clausura. Un movimiento social capaz de mirar más allá de lo inmediato de la lucha y entender el vínculo entre las estructuras locales y globales, con lo cual pueda descubrir nuevos espacios en los cuales actuar e incluso reconstruir procesos sociales (Morton 2000, 267–68). A la luz de estas afirmaciones, en el marco internacional de la post-guerra fría, parece precisa una revisión de la noción clásica de revolución.

Un autor relevante en la defensa de la revolución sin la toma del poder ha sido John Holloway (2003). Para éste no solo es posible generar cambios sociales significativos sin necesidad de entrar en procesos revolucionarios (de disputa por el poder) sino que, además, da un paso más al negar que las revoluciones, en las que hay competencia por la soberanía estatal, puedan dar lugar a una verdadera transformación social. Holloway rechazó la estrategia estatista o el fetichismo estatista del pensamiento dominante revolucionario, pues intentar alcanzar la emancipación a través del estado ha demostrado ser inútil. El problema es que los movimientos revolucionarios intentaron liberarse del poder que domina a los subordinados (“poder-sobre”) conquistando el poder o ejerciendo un contrapoder, pero esto no ha significado sino participar de estas relaciones de poder. Pueden cambiar los actores en el poder pero no se produce lo más importante: la disolución del poder. Por eso, para el autor, el objetivo revolucionario debe ser ejercer un antipoder, emanciparse a través del “poder-hacer”. Su referencia empírica es el caso del movimiento indígena zapatista (EZLN), al cual considera un ejemplo de socialismo desde abajo que contribuye a la construcción de la emancipación popular sin pretender tomar el poder del estado.

Otros autores señalaron la necesidad de que las transformaciones sociales sean progresivas y culturales. Por ejemplo, Touraine (1994) dijo que el cambio debe concebirse como un proceso lento y no como una ruptura radical del orden social. La estrategia militar de toma del poder reproduce la imposición de una sociedad homogénea y la exclusión de los enemigos, mientras que el cambio real está en que el movimiento social consiga que sus orientaciones culturales sean aceptadas por la sociedad (citado en Zubero 1996, 160). La violencia es una estrategia perjudicial para los movimientos sociales, que destruye su potencial transformador, pues les impide ser referencia del bien común y ganar la aceptación cultural. Además, Rafael del Águila recordó que no es fácil llevar a la práctica los nuevos imaginarios de la emancipación política. En su realización surgen multiplicidad de problemáticas como, por ejemplo, cómo conseguir la inclusión del máximo de personas y colectivos en la toma de decisiones, cómo aplicar el principio de la mayoría, cómo garantizar el respeto a los derechos de las minorías, cómo aumentar los niveles bajos de

participación, etc. Por tanto, es necesario que las transformaciones sean lentas, basadas en reformas parciales, en lugar de las rupturas totales y “revolucionarias” (Águila 2004, 208–9).

En un sentido parecido, Elisabeth S. Clemens afirmó que es posible transformar el orden social sin necesidad de producir perturbaciones globales, una cascada de inestabilidad social o entrar en escenarios catastróficos propios de las revoluciones<sup>376</sup>. Su hipótesis consiste en que los movimientos sociales pueden conseguirlo si afectan los aspectos durables o regulares de la organización social (Clemens 1998, 109). Según las “teorías del nuevo institucionalismo”, la organización social y sus instituciones se asientan en tres dimensiones: (1) las prácticas ritualizadas o hábitos, (2) las creencias, valores y formas de pensamiento compartidas y (3) el sistema de sanciones y recompensas. Estas son las fuentes de perdurabilidad social pero, de variarse, pueden ser las fuentes del cambio social. En la medida en que el movimiento social puede alterar estas tres dimensiones, podrá generar “cambios institucionales”<sup>377</sup>. Este es el caso, por ejemplo, de los movimientos que consiguen reducir las jerarquías existentes por cuestión de etnia o sexo (Clemens 1998, 110 y 113). Una forma de alcanzar este cambio cultural por parte de un grupo desfavorecido puede ser a través de la formación de una “cadena de la noviolencia” (Galtung, 1989), esto es, ir paulatinamente conformando una red de contactos hasta alcanzar actores influyentes en las estructuras de poder y en los procesos de toma de decisiones (citado en Dudouet y Clark 2009, 12).

Por otro lado, contra la idea tradicional de que la revolución es un proceso que solo se da en el nivel nacional-estatal, Galtung (1985) reivindicó que las transformaciones más profundas pueden darse en un nivel micro o local. Y de hecho hoy, según Young, las insurrecciones contemporáneas son locales y heterogéneas (Young 2000, 142). En todas las organizaciones e instituciones<sup>378</sup> –en un hospital, en una institución universitaria, en una familia, en una cárcel, etcétera– podemos encontrar violencia estructural, por lo que la paz, la revolución o la eliminación de las violencias empiezan por la atención hacia uno mismo y nuestro entorno más inmediato. Este tipo de acciones son las “iniciativas ciudadanas” que Galtung definió

---

<sup>376</sup> De lo contrario, se estaría restringiendo demasiado la capacidad de agencia de los movimientos sociales a las condiciones estructurales de las revoluciones. En su opinión, es suficiente con que existan contradicciones en las instituciones sociales generadoras de conflictos y se amplíe el escenario de la contienda política para que los movimientos sociales tengan una intención de cambio social y adopten un papel más proactivo en la búsqueda de cambios significativos (Clemens 1998, 112–13). Es decir, la autora rebajó la condición de inestabilidad social (“indeterminación”), propia de las revoluciones, a un escenario menos catastrófico y le reconoció a los MS mayores oportunidades para ejercer la capacidad de agencia y realizar un trabajo cultural de concienciación.

<sup>377</sup> Estas son alteraciones profundas del orden social (familia, comunidad, administración, etc.) como, por ejemplo: cambios en los principios y las normas básicas que caracterizan a una sociedad, y cambios en los procedimientos de toma de decisiones colectivas que pueden alterar las relaciones de poder y la distribución de los bienes.

<sup>378</sup> Como ejemplo, Galtung habló del propio centro que él contribuyó a crear, el Instituto Internacional de Investigación de la Paz de Oslo (PRIO), en el cual existe una casta de investigadores separada de los ayudantes y el personal administrativo.

como las “revoluciones en el micronivel (que) tienen como ámbito, el bloque de viviendas y el barrio, la fábrica y el instituto, las organizaciones en general, y también la familia” (Galtung 1985, 123). Un conjunto de micro-revoluciones puede establecer las condiciones para alcanzar una revolución mayor. El objetivo de este tipo de acciones es transformar las estructuras violentas a través de la transformación de las propias estructuras. Parece más loable conseguir un cambio estructural a través de medios estructurales que a través de violencia personal.

Por lo tanto, contra la violencia estructural, el método de lucha no es más violencia, sino la construcción de una “paz estructural”: nuevas formas de relacionamiento, solidarias, cooperativas, de apoyo mutuo; nuevas formas de participación política que den voz a los silenciados y conviertan la gestión de la política en un asunto de todos, como el asamblearismo; la eliminación de privilegios, de poder, de discriminaciones; la eliminación de la verticalidad en la división del trabajo y nuevas formas de producción; nuevas formas de distribución del espacio, del tiempo, de los recursos, de las tareas, de los cuidados. Un proceso realmente revolucionario en el sentido de que no persigue el poder de las instituciones para hacer la revolución sino que la hace, en el espacio-tiempo del aquí y el ahora. Además, como consecuencia de este tipo de micro-revoluciones, las personas dejan de ser objetos, víctimas de los conflictos, para pasar a ser sujetos activos de cambio. Galtung subrayó que lo más importante de este proceso es precisamente que las personas se impliquen y participen de este tipo de experiencias en primera persona, sin que actores externos vengan a aplicar sus recetas de resolución de conflictos.

A diferencia de los movimientos revolucionarios armados o “clásicos”, los movimientos no-violentos son más propensos a establecer estructuras y resultados democráticos. Zunes (2009) afirmó que cuando los movimientos no-violentos tienen éxito “construyen amplias coaliciones basadas en el compromiso y el acuerdo general. El nuevo orden que surge de aquella fundación tiende a ser pluralista y democrático”<sup>379</sup>. La clave puede residir en el proceso. La resistencia no-violenta, en sí misma, no es ninguna garantía de democracia y justicia social, pero en la medida en que su fuerza o poder reside en el apoyo popular es más probable que conduzcan al establecimiento de órdenes sociales y económicos más equitativos. Si consideramos que los movimientos de resistencia realizan un ejercicio continuo de construcción colectiva, el potencial de estos movimientos, más allá de sus objetivos políticos, reside en lo que construyen durante su experiencia. Por ejemplo, la creación de instituciones alternativas, el establecimiento de relaciones sociales horizontales, solidarias y de reciprocidad y el empoderamiento de las personas ordinarias. En la base de estas iniciativas está la idea de no esperar a que el poder venga a hacerlo por ti. Se trata de una toma de poder desde la base, sin esperar a que las instituciones lo hagan y sin pretender la toma de poder institucional. El

---

<sup>379</sup> Un ejemplo de esto fue el movimiento campesino indígena en Bolivia, que consiguió terminar con las dictaduras militares de los años 80 y fue la base del movimiento que trajo a Evo Morales al poder y las consiguientes reformas que han beneficiado a la mayoría pobre e indígena del país.

empoderamiento de las bases significa un control democrático para el propio movimiento, dado que los liderazgos y las transformaciones que se impulsen dependen directamente del apoyo popular. Ejemplos de esto fueron los consejos de los trabajadores autónomos en Polonia y las administraciones locales y los tribunales en las poblaciones negras de Sudáfrica. Experiencias que consiguieron erosionar la autoridad de la burocracia.

Por último, cabe señalar que este tipo de procesos de cambio social que se basan en dimensiones internas, micro-locales, estructurales, culturales y no violentas, han sido más habituales en movimientos culturalistas, NMS y movimientos comunitarios. Como vimos en los capítulos anteriores, los NMS y, en particular, el movimiento feminista, han abogado desde hace décadas por los cambios estructurales y culturales internos como antesala del cambio que quieren generar en la sociedad (auto-ejemplificación). Los movimientos sociales funcionan como laboratorios de cambio social, donde las miembros de las organizaciones y de las redes sociales experimentan formas alternativas de organización, de acción y de significado (Laraña, 1999: 90). Por su parte, los movimientos sociales comunitarios presentan la ventaja de construirse sobre bases sociales amplias donde rigen las relaciones horizontales y democráticas. De ahí su potencial transformador y democratizador. Este tipo de movimientos pueden a nivel organizacional o interno, crear estructuras, sistemas, relaciones y normas participativas e inclusivas.

### 3) Comprobación estadística del éxito de la no-violencia

Hasta hace poco el campo de estudios sobre la resistencia civil no-violenta se había ocupado exclusivamente en identificar las ventajas de la acción colectiva desarmada en base a análisis cualitativos de estudios de caso, pero había desatendido el análisis agregado y comparado de las insurgencias violentas y no-violentas como formas de resistencia análogas. Por tanto, no se podía demostrar que las luchas desarmadas tengan más éxito que las armadas, simplemente porque éstas no hayan obtenido los objetivos deseados.

En la última década ha aparecido bibliografía que pretende llenar este vacío y que ha corroborado que la idea dominante en la sociedad de que el uso de la violencia es un método más eficaz que la no-violencia, es errónea. En primer lugar, el estudio de Freedom House (2005)<sup>380</sup> señaló que en los últimos 30 años, de los casi 70 países que han hecho la transición de la dictadura a regímenes más democráticos, la minoría lo consiguió gracias a la lucha armada o por una reforma instigada desde las instancias de poder. La mayoría, casi tres cuartas partes, fueron conseguidas por la acción de organizaciones civiles democráticas que emplearon métodos no-

---

<sup>380</sup> Karatnycky, Adrian y Peter Ackerman (2005), *How Freedom Is Won: From Civic Resistance to Durable Democracy*, Freedom House, Washington, D.C.

violentos. El estudio reveló, además, que cuanto más protagonismo tuvieron las organizaciones civiles, más democráticos fueron los regímenes resultantes.

Poco más tarde, Stephan y Chenoweth (2008) publicaron en *International Security* los resultados obtenidos de un análisis estadístico y comparado realizado con una muestra de 323 campañas de resistencia violenta y no violenta desde 1900 a 2006<sup>381</sup>. Midieron la eficacia de cada campaña contrastando los objetivos declarados por los grupos con los resultados alcanzados<sup>382</sup>. Por ejemplo, estamos ante una campaña eficaz cuando el estado se muestra dispuesto a otorgar una concesión al movimiento opositor. Bajo estos términos, los resultados del análisis fueron que solo el 26% de las luchas violentas fueron efectivas frente al 53% de las luchas no-violentas, es decir, que los métodos de resistencia no-violenta tienen más probabilidad de éxito que los violentos. Otras hipótesis que fueron corroboradas en el estudio son que: (1) cuando el estado ejerce represión, las campañas no violentas tienen seis veces más de probabilidades de alcanzar el éxito; (2) cuando hay deserciones o cambios de lealtad, las campañas no violentas tienen cuatro veces más de probabilidades de éxito<sup>383</sup>; y (3) las campañas que tienen apoyo de estados extranjeros tienen tres veces más de probabilidades de alcanzar el éxito<sup>384</sup>. En conclusión, "aunque no hay un camino seguro al éxito, las campañas no violentas que cumplen los criterios anteriores tienen más probabilidades de éxito que las campañas violentas con características semejantes" (Stephan y Chenoweth 2008, 33). En el siguiente capítulo profundizamos sobre los factores que contribuyen al éxito de la estrategia no-violenta.

#### 4.7. La dinámica de la violencia en la contienda política: transiciones entre la violencia y la no-violencia

En el apartado anterior hemos presentado cinco posibles posicionamientos y estrategias frente a la violencia y la guerra. Hemos visto que los grupos insurgentes legitiman la violencia y adoptan la lucha armada, por lo que deciden participar en la guerra, mientras que los movimientos sociales rechazan el uso de la violencia, ejercen la lucha sin el uso de las armas y se involucran en iniciativas y redes por la paz. Así mismo, hemos explicado que las acciones colectivas no-violentas son las más adecuadas para los movimientos sociales comunitarios por su congruencia con

<sup>381</sup> La muestra se formó a partir de la recopilación de datos sobre resultados de conflictos violentos y no-violentos –datos NAVCO– que han sido consensuados con expertos en conflictos, quienes también ayudaron en la categorización de las campañas como violentos y no-violentos.

<sup>382</sup> Una campaña es *exitosa* cuando (1) el objetivo anunciado se cumplió dentro de un plazo razonable (determinado en 2 años para considerar demoras logísticas u operativas) a contar una vez finalizada la campaña, y (2) tiene un efecto observable. Una campaña es *parcialmente exitosa* cuando (1) obtiene concesiones significativas pero (2) no logra del todo su objetivo enunciado. Una campaña es *fracasada* cuando (1) no logra sus objetivos ni (2) obtiene concesiones.

<sup>383</sup> No se demostró, sin embargo, que las campañas no violentas produjeran más deserciones que las violentas.

<sup>384</sup> Sin embargo, las sanciones internacionales contra el régimen no mostraron tener incidencia en el éxito de las campañas violentas o no violentas.

el objetivo de alcanzar la paz y por su valor estratégico. Sin embargo, ahora queremos pasar del deber ser (plano normativo) a la realidad (plano empírico), en la cual nos encontramos que, las dinámicas sociales son mucho más complejas y los actores no siempre se comportan como “deberían” según la teoría. Como señalamos en la introducción de la tesis, nuestro interés es comprender el proceso social que provoca los cambios de estrategia en los movimientos sociales de la violencia hacia la no-violencia y viceversa. Para avanzar en esta dirección, en este apartado vamos a explorar cuáles son las posibles transiciones y conexiones que se pueden producir, durante la “contienda política”<sup>385</sup>, entre la violencia y la no-violencia.

En primer lugar, las motivaciones que conducen a los grupos sociales a iniciar una acción colectiva y actuar de una determinada forma (p.ej. las necesidades humanas que quieran satisfacer) son subjetivas, dependen de la cultura. Y la cultura no es homogénea ni estática, por lo que, es importante que al analizar la cultura de paz o de noviolencia de una sociedad o grupo social, no caigamos en imágenes esencialistas, ni asunciones de una “coherencia cultural” y seamos sensibles a los procesos y dinámicas que producen los cambios culturales (Abu-Nimer 2003, 7–9). En este sentido, Dudouet advirtió que los movimientos sociales no son entes homogéneos, sino que a veces tienen facciones políticas y militares (Dudouet, 2006: 34), que pueden combinar, de manera esporádica o continuada, repertorios de acción violenta y no-violenta (Dudouet, 2009a: 24; 2009b: 394; 2013: 403). Los movimientos insurgentes tienen entornos organizativos y bases de apoyo no-violentos (Dudouet, 2009b: 404), al igual que los movimientos sociales no-violentos pueden tener conexiones y cierta articulación con grupos armados. Es más, en su estudio sobre el bandolerismo, Hobsbawm (2014 [1959]) advirtió que las líneas entre los movimientos sociales y las organizaciones criminales eran fluidas.

“Los instrumentos de resistencia abarcan desde el activismo pacífico hasta los ataques suicidas. Un movimiento puede emplear simultáneamente una variedad de estrategias dentro de este espectro, así como incluir a personas con diferentes objetivos y motivaciones, o distintas estrategias para lograr objetivos específicos” (Porges y Leuprecht 2016, 151).

En segundo lugar, aunque un movimiento social mantuviera una posición de rechazo frente a la violencia, durante la contienda política los actores pueden variar su comportamiento, radicalizar sus acciones y provocar el escalamiento de los conflictos. Al igual que pasa en los conflictos armados, la evolución de las protestas no sigue una progresión lineal y unidireccional, sino que puede haber avances y retrocesos, saltos y cambios de dirección. Las fluctuaciones entre la violencia y la

---

<sup>385</sup> Este es el nombre que se da a la interacción colectiva, pública y discontinua (o esporádica) entre dos o más partes (McAdam, Tarrow, y Tilly 2005, 5). El término ha sido empleado ampliamente por Charles Tilly y sus colegas (McAdam, Tarrow, y Tilly 2005; Tilly 2007; Tilly y Wood 2010). Tilly (2007) la describió también como una “obra teatral interactiva” donde se pone en escena o se dramatiza la disputa. Los actores (miembros del sistema político, agentes del gobierno, desafiantes, sujetos o “súbditos”, etc.) siguen un guión general por el cual van actuando y relacionándose con otros actores.

no-violencia forman parte del proceso interactivo, abierto y cambiante de los conflictos sociales (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield 2006). Según Tarrow (2004, 140) podemos entender mejor la dinámica de la violencia en la acción colectiva si, en vez de explicarla como una disfunción social o psicológica, atendemos a la interacción entre las tácticas y los objetivos de los actores involucrados en la contienda política. Los cambios en los conflictos, en las estrategias y los repertorios de acción están relacionados con la forma de actuar que tengan todos los actores – desafiantes, aliados, adversarios, policía y autoridades– que forman parte del sistema social. Por ejemplo, en el curso de las acciones inicialmente pacíficas, la interacción entre los grupos desafiantes y sus adversarios puede desencadenar formas de acción colectiva violentas. Aplicando el enfoque sistémico, los cambios se producen en una red de líneas de acción-efecto que interactúan en todas las direcciones y se influyen recíprocamente (*feedback loops*) (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield 2006, 25)<sup>386</sup>. Los cambios en las estructuras del conflicto pueden influir en el comportamiento y la actitud de los actores, así como la agencia de los actores puede generar cambios en las estructuras (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield 2006, 45). Y los factores endógenos y exógenos que motivaron el conflicto y las acciones frecuentemente varían en el curso del conflicto. Así mismo, la existencia de facciones radicales dentro del movimiento social puede tener efectos positivos o negativos sobre la estrategia y la dinámica de la contienda, un asunto que ha sido desconocido por la literatura (Schock 2005, 157). En conclusión, el estudio que abordamos sobre la contribución de los actores locales a la construcción de paz a partir de estrategias y acciones colectivas no-violentas requiere que tengamos en cuenta el carácter interactivo y sistémico de los conflictos y la violencia. Por eso, en el siguiente capítulo, expondremos los factores o condiciones que pueden explicar las transiciones y los cambios de estrategia por parte de los movimientos sociales, favoreciendo u obstaculizando su contribución al cambio social y la paz positiva, los cuales nos servirán como categorías analíticas para el estudio de caso.

En tercer lugar, incluso cuando un movimiento social se acoge claramente a una estrategia de resistencia no-violenta, en la práctica la frontera entre lo que es “violento” y “contencioso” es difuso. ¿Dónde acaba la violencia y empieza la no-violencia?, ¿cuál es el grado de violencia que puede contener una acción contenciosa sin que sea calificada como violenta?. Los propios seguidores de la “resistencia civil no-violenta” señalan que una de las principales dificultades teóricas a las que se enfrenta este enfoque es diferenciar entre los eventos violentos y no-violentos (Chenoweth y Cunningham 2013, 272) y reconocen que clasificar los eventos y movimientos en violentos y no-violentos simplifica una realidad compleja en métodos de resistencia (Stephan y Chenoweth 2008). Este enfoque suele ver la no-violencia como un fenómeno *sui generis*, cuando empíricamente es raro encontrar un caso puro de resistencia no-violenta, por lo que los académicos pueden

---

<sup>386</sup> Esto dificulta ampliamente el establecimiento de las relaciones de causalidad, ¿qué cambio fue producido realmente por un factor y no por otro?

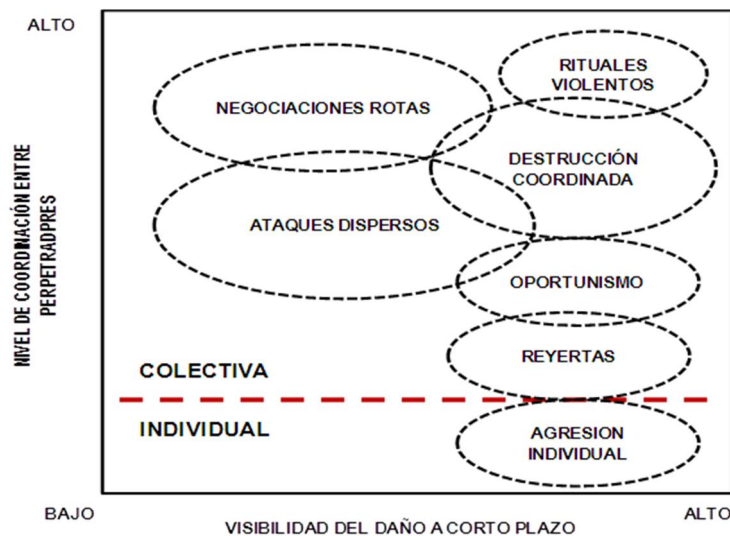
estar subestimando la importancia de la violencia o la amenaza de violencia que hay implícita en estos procesos de lucha social (Schock 2005, 46–47).

Una vez dicho esto, en este apartado vamos a abordar dos cuestiones. En primer lugar, presentamos cuáles son los tipos de acción colectiva violenta que los actores desfavorecidos podrían llegar a adoptar durante la contienda política, algunos de las cuales se encuentran en la frontera entre lo violento y lo contencioso. Además de su caracterización, nos interesa mostrar el proceso o la dinámica a través de la cual la acción colectiva transita entre la violencia y la no-violencia. Y en segundo lugar, terminaremos señalando algunos de los criterios que nos pueden servir para diferenciar cuándo un actor adopta acciones violentas o no-violentas.

#### 4.7.1. Violencia colectiva “desde abajo”

Charles Tilly (2003, 2007) identificó seis tipos de violencia colectiva que pueden suceder durante la contienda política: ataques dispersos, negociaciones rotas, reyertas, oportunismo, destrucción coordinada y rituales violentos. Estas modalidades se diferencian según el grado de coordinación entre los perpetradores y el grado de visibilidad del daño a corto plazo (Figura x).

**Gráfica 5: Tipos de violencia colectiva**

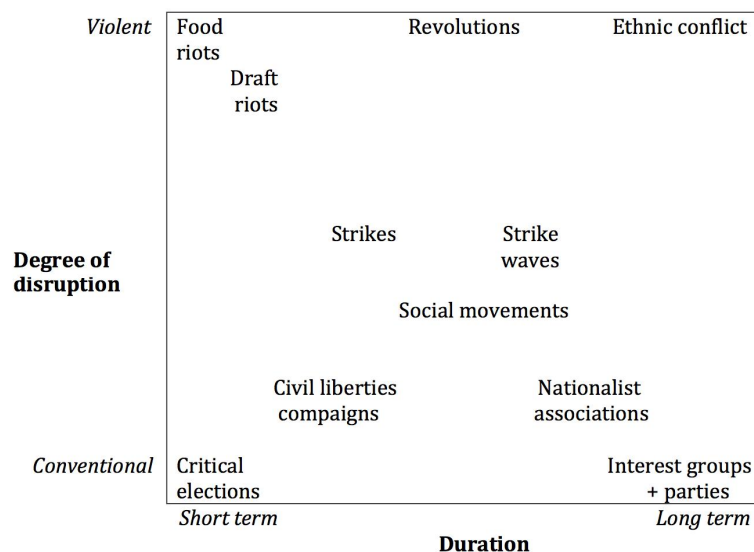


Fuente: Charles Tilly (2003, 15)

Por su parte, Sidney Tarrow (2015) señaló una serie de formas políticas contenciosas relacionadas con la guerra, que varían en función del grado disruptivo, de convencionales a violentas, y de la duración, de breves a duraderas. Entre las diferentes modalidades, las formas violentas son, según el autor: los disturbios, las huelgas, el terrorismo, las revoluciones, la guerra civil y los conflictos étnicos. Según dice, esta lista no pretende ser exhaustiva sino servir para familiarizarnos con los conceptos (Tarrow 2015, 14).



Gráfica 6: Tipología de formas políticas contenciosas relacionadas con la guerra



Fuente: Tarrow (2015, 14)

No todas las modalidades de violencia colectiva señaladas por estos autores corresponden a la autoría de los grupos oprimidos y desafiantes. Tilly (2007) señaló que únicamente las negociaciones rotas y los ataques dispersos son las violencias “desde abajo”, esto es, las formas de violencia colectiva cometidas por los sectores populares (trabajadores, campesinos, jornaleros sin tierra, etc.) que carecen de poder y están motivados por agravios compartidos y por la represión de las acciones pacíficas. Mientras que las reyertas, el oportunismo<sup>387</sup>, la destrucción coordinada<sup>388</sup> y los rituales violentos<sup>389</sup> son violencias colectivas cometidas por gobiernos, emprendedores políticos y especialistas de la violencia. Por lo tanto, a efectos de nuestra investigación, nos interesa profundizar en las formas de violencia política de los sectores populares. Además de las negociaciones rotas y los ataques dispersos señalados por Tilly, hemos incluido la violencia intergrupal o interétnica y la revolución de Tarrow<sup>390</sup>.

<sup>387</sup> El *oportunismo* se refiere a actos de violencia dañinos realizados por personas o grupos para perseguir objetivos prohibidos. Actúan motivados por el sentimiento de sentirse protegidos frente al control y la represión social. Los ejemplos que Tilly nos da son el pillaje militar, la violación en grupo, la piratería, los asesinatos por venganza y los saqueos (Tilly 2007, 14).

<sup>388</sup> La *destrucción coordinada* se trata de actos violentos programados por personas u organizaciones especializados en el despliegue de medios coercitivos, provocando daños de gran relevancia en objetos y/o personas. Por ejemplo la guerra, el terrorismo, el genocidio, el politicidio y la autoinmolación (Tilly 2007, 14).

<sup>389</sup> Estamos ante *rituales violentos* cuando la interacción violenta que produce el daño está institucionalizada (Tilly no usa este término) y es ejercida por un grupo definido y coordinado. Entre las modalidades empleadas estarían las batallas de gladiadores, los duelos de caballeros, las ceremonias de escarnio, las ejecuciones públicas, las peleas entre seguidores de equipos deportivos o de candidatos electorales, y las rivalidades entre bandas, clanes, familias o señores de la guerra (Tilly 2007, 14 y 85).

<sup>390</sup> Los “disturbios” y “huelgas” de Tarrow quedan incluidas en la categoría “negociaciones rotas” de Tilly.

Las “negociaciones rotas” son acciones colectivas de rivalidad donde una o más partes actúan dañando a personas y/u objetos. Lo característico de estos actos de violencia pública es que ocurren en el curso de procesos sociales organizados (como luchas políticas colectivas) que no son intrínsecamente violentos. Antes de que se desencadenen los actos, las partes están inmersas en intercambios o negociaciones no violentas y coordinadas (Tilly 2007, 197). Es decir, el desarrollo de las negociaciones juega un papel relevante en el proceso de radicalización.

Las “manifestaciones” son para Tilly uno de los escenarios más frecuentes de negociaciones rotas<sup>391</sup>. Consisten en demostraciones multitudinarias de una misma voluntad. Miles de personas se movilizan de manera organizada atravesando una serie de lugares y/o concentrándose en un lugar público que cuente con visibilidad y significación simbólica. A través de proclamas orales, escritos y objetos simbólicos, comunican su apoyo a un programa político. Los manifestantes, además, reafirman su capacidad de actuar conjuntamente y su derecho a formar parte de la escena política<sup>392</sup> (Tilly, 2007: 201-202).

A pesar de no ser actos intrínsecamente violentos, las manifestaciones tienen un carácter desafiante o amenazante por la demostración pública de la fuerza (Tilly 2007, 202). Los actores desafiantes recurren a ellas como forma de presionar a las autoridades para que determinadas cuestiones controvertidas sean incorporadas a la agenda política. El potencial político de las manifestaciones reside en que constituyen un “medio para introducir en la política pública cuestiones, reivindicaciones, quejas y actores prohibidos o que generan divisiones” (Tilly 2007, 205). En una minoría de los casos, las manifestaciones, concentraciones y otro tipo de actuaciones toleradas, dan lugar a enfrentamientos violentos (Tilly 2007, 205). Ocasionalmente, los manifestantes pueden superar los límites permitidos –por ejemplo, sobrepasar los perímetros impuestos por la policía o el tiempo autorizado– o realizar ataques dispersos y destrucción coordinada<sup>393</sup>. En los puntos de concentración son más frecuentes los enfrentamientos con las autoridades mientras que en la periferia, grupos de oportunistas o disidentes pueden producir ataques al dispersarse. Por su parte, los grupos rivales y las propias autoridades pueden actuar agrediendo a quienes se manifiestan o a sus propiedades para frenar que haya cambios en la agenda política, como un pulso para medir las fuerzas. No obstante,

---

<sup>391</sup> Además de las reivindicaciones colectivas, como las manifestaciones, también puede haber este tipo de violencia colectiva cuando, por ejemplo: funcionarios intentan imponer una medida que no es popular, cuando hay actos públicos donde participan figuras impopulares, o cuando hay grupos compitiendo entre sí de manera no violenta (Tilly 2007, 198).

<sup>392</sup> Persiguen dos tipos de reivindicaciones: (1) de existencia, las cuales manifiestan que existen como actor político; y/o (2) de programa, que manifiestan la defensa de un programa político (Tilly 2007, 202).

<sup>393</sup> Los límites que definen las manifestaciones legales o autorizadas varían según el país, dado que son fruto de la negociación entre los actores sociales y el gobierno. Cuentan con un espacio de libertad menor que las huelgas, las campañas electorales o las asambleas, pero mayor respecto a los disturbios y las insurrecciones (Tilly 2007, 202–5)

aunque los enfrentamientos impliquen daños en las personas y/u objetos, Tilly la califica de una violencia de “pequeña escala” (Tilly 2007, 49).

Esta modalidad de violencia colectiva es particularmente interesante para nuestro estudio puesto que refleja que las acciones de protesta (huelgas, manifestaciones, bloqueos de vías, boicot, etc.) estudiadas por el campo de los movimientos sociales y la “resistencia civil no-violenta”, se encuentran en el umbral entre la violencia y la no-violencia y que el proceso de radicalización/des-radicalización depende, en gran medida, de la interacción y negociación de los grupos desafiantes con las autoridades y cuerpos del estado especializados en el control social.

Otra de las modalidades señaladas por Tilly son los “ataques dispersos”, definidos como aquellos actos cometidos cuando, en el curso de una interacción no violenta, un grupo de individuos actúa frente a los desafíos, obstáculos o restricciones que les son impuestas ejerciendo acciones violentas que provocan daños en las personas y/u objetos, como, por ejemplo, el sabotaje y los ataques clandestinos a objetos, lugares o autoridades. Tilly subrayó que en este tipo de casos, las relaciones entre las partes son estables y las interacciones mayoritariamente pacíficas, a pesar de que las relaciones puedan ser asimétricas y estar cargadas de hostilidad. La parte subordinada puede estar simulando cumplir con lo dictado por la parte dominante, actuando en los márgenes de esas interacciones no violentas con ataques dispersos de pequeña escala. En comparación con las demás formas de violencia colectiva, incluidas las negociaciones rotas, en los ataques dispersos tanto el nivel de coordinación como la relevancia del daño es baja (Tilly 2007, 15, 170–71)<sup>394</sup>.

Por eso, Tilly distinguió tres tipos de ataques dispersos, según la correlación de fuerzas entre las partes: las escaramuzas, las exhibiciones de fuerza y la resistencia. En el primero, los ataques se producen esporádicamente en el curso de una interacción no violenta entre partes con un poder similar. En el segundo, los ataques son realizados por la parte que tiene mayor fuerza con el objetivo de dejar constancia o reafirmar su posición de poder. Y en el último, la resistencia, es la parte débil la que esporádicamente responde a las exigencias o restricciones de la parte dominante con daños intermitentes y dispersos (Tilly 2007, 171)<sup>395</sup>. De estas tres, la resistencia es la forma de violencia “desde abajo” que nos interesa. Al igual que las

---

<sup>394</sup> Ejemplos de ataques dispersos fueron los ataques cometidos por los recolectores de madera en Francia y los jornaleros sin tierra en Inglaterra, pero también existen ejemplos de ataques dispersos utilizados por los grupos dominantes como es el caso de los incendios de pueblos romaníes en Rumania entre 1990 y 1997 y los linchamientos a población afroamericana en Estados Unidos (Tilly 2007, 188–89).

<sup>395</sup> Al igual que para los seguidores de la resistencia y la paz cotidiana (*everyday peace*), para Tilly el referente principal de este tipo de violencia de pequeña escala es el trabajo de Scott (1985). Scott (2003: 215) documentó una amplia gama de interacciones, no solo no violentas sino también semi-violentas, en las cuales se producían ocasionalmente ataques dispersos, como, por ejemplo: represalias contra animales y obstrucción de maquinaria; agresiones anónimas como las amenazas y cartas anónimas; atentados anónimos físicos o contra la propiedad, individuales o colectivos, que normalmente ocurrían por la noche y con el uso de disfraz.

“negociaciones rotas”, los “ataques dispersos” hacen parte del repertorio de acciones colectivas de los sectores oprimidos, que se encuentran en el límite entre la violencia y la no-violencia, por lo que su estudio debería ser incorporado en los enfoques anteriormente citados sobre resistencias (resistencia contra actores armados, resistencia cotidiana o resistencia civil no-violenta).

Las modalidades de violencia colectiva señaladas hasta ahora son violencias de “baja intensidad”, “baja relevancia” o “periférica”. Los daños físicos infligidos son pequeños y en algunos casos incluso puede que no pasen de las simples amenazas. Sin embargo a lo largo del tiempo, es posible esperar que los ataques dispersos no se mantengan de forma contenida y esporádica, sino que aumenten el nivel de coordinación y la relevancia de los daños y se conviertan rápidamente en formas más violentas como el oportunismo y la destrucción coordinada (Tilly 2007, 171 y 186), tal y como pasa en contextos de conflicto y violencia prolongada<sup>396</sup>.

Otra modalidad de violencia colectiva desde abajo es la “violencia intergrupala” o “interétnica”, que hace referencia a los casos de violencia cometidos entre actores populares que comparten la misma posición de desventaja frente a las autoridades. Este tipo de interacciones contenciosas no ha sido examinado en la literatura sobre movimientos sociales y resistencia civil no-violenta, porque solo contempla las acciones de un grupo desafiante frente a las autoridades y/o los élites. Por ejemplo, en la noción de “contienda política” de McAdam, Tarrow y Tilly (2005) la interacción colectiva y pública no incluye todas las formas de hacer política sino que se deben dar dos elementos: (1) el carácter contencioso de las demandas, que debe desafiar los intereses o la posición de otro/s y (2) el gobierno siempre es una de las partes de la interacción.

James C. White fue uno de los pocos autores que analizó la violencia intergrupala dentro del marco de la acción colectiva de los movimientos sociales. Al examinar el caso de Japón, a comienzos de la era moderna (durante los siglos XVIII y XIX, una sociedad preindustrial con conflictos sociales agrícolas), observó que se producían eventos de “disputa intra-aldeana”, esto es, enfrentamientos dentro del campesinado. Aunque teóricamente era un colectivo internamente armonioso, estaba marcado por una elevada conflictividad, con acciones de todos los niveles de intensidad (White, 2002: 184). Es más, White afirmó que los conflictos entre plebeyos provocaban encuentros contenciosos más violentos que la contienda política donde se enfrentan los grupos contestatarios con las autoridades, dado que, en estos casos, la posibilidad de que las autoridades ejercieran la represión directa y el castigo desalentaba las acciones desafiantes. En la historia se puede observar que cuando el conflicto intergrupala o interétnico aumenta de intensidad ha dado lugar

---

<sup>396</sup> Aunque según Scott (2003 [1990]), solo en pocas ocasiones, bajo circunstancias poco comunes, estas acciones se transformaban en una acción concertada y abierta (citado en Tilly 2007, 175),

a casos de destrucción coordinada (genocidios) o de guerra civil (conflictos étnicos) (Gurr 1993, 2000; Stavenhagen 2000).

Por último, las “revoluciones”, según las teorías sociológicas, son los “movimientos de masas que utilizan o que amenazan con usar la coacción y la violencia contra los gobernantes con el propósito de forzar cambios básicos y duraderos en sus sociedades” (Sztompka 2004, 334). Representan las formas contenciosas de mayor violencia colectiva empleadas por los sectores populares. Requieren los mayores “niveles de coordinación” y relevancia del daño”. Según Tarrow (Tarrow 2015, 17–18) no solo es una modalidad de contienda política, sino también una modalidad de guerra, como lo son la guerra civil o el conflicto étnico.

#### **4.7.2. Criterios para diferenciar entre acciones colectivas violentas y no-violentas**

Dada la naturaleza cambiante e interactiva de la violencia, es lógico que nos preguntemos, ¿cuándo podemos determinar si un movimiento social o su repertorio de acción es o no violento? Diferenciar las fronteras conceptuales entre formas de acción colectiva es importante porque nos ayuda a entender la dinámica de la contienda política (Dudouet, 2013: 403).

En primer lugar, como la violencia y la no-violencia son definiciones contrarias, es útil comenzar definiendo la violencia. Su significado convencional, que siguen la mayoría de autores para definir las acciones como violentas, hace referencia a la generación de daños físicos y observables en las personas y/o en sus propiedades (Cruz 2005; García-Durán 2006; Lofland, 1993; Tilly 2007; White 2002)<sup>397</sup>. En nuestro objeto de estudio nos interesan los comportamientos colectivos, por lo que necesitamos conocer la noción de la “violencia colectiva”. Esta es definida como la violencia que “involucra un número plural de perpetradores que se unen en torno a algún propósito colectivo cuya definición es el resultado de un proceso de coordinación, sea este de naturaleza espontánea, oportunista o altamente estructurado” (Pérez 2012, 5). La violencia colectiva requiere, por tanto, que la comisión del daño sea realizada por parte de, al menos, dos autores con un cierto grado de coordinación entre sí.

Así definida, la violencia colectiva excluye no solo los actos individuales, sino también los daños que no son materiales o físicos, los accidentes y perjuicios que no tengan un resultado inmediato (Tilly 2007, 3–4). Es decir, la noción de violencia colectiva deja fuera las violencias de tipo estructural y cultural que provocan daños difícilmente cuantificables y visibles, como son la exclusión, la discriminación, la

---

<sup>397</sup> Otra definición de violencia es, por ejemplo, la violencia como un obstáculo a las capacidades humanas y una reducción del espacio y la acción (violencia estructural, influencia negativa). En esta acepción, la no violencia debería ser la ampliación de las capacidades humanas, del espacio y la acción (influencia positiva) (Galtung 1965, 235).

restricción de libertades en los regímenes totalitarios o la degradación medioambiental. Tilly argumentó que incluir en el concepto todos los tipos de violencia hace difícil su explicación. Además, no se excluye la posibilidad del estudio de otras violencias de forma separada, por un lado, los daños físicos y por otro, la explotación y la injusticia (Tilly 2007, 4). En el mismo sentido, Eduardo González Calleja (2002, 30) aseveró que la noción de violencia estructural impide avanzar en la caracterización de la violencia en la contienda política.

Ciertamente, analizar conjuntamente la violencia directa con otro tipo de violencias menos visibles puede perjudicar la cuantificación y el análisis causal de la violencia directa. Sin embargo, la dificultad de identificar las relaciones causales entre los daños y las violencias estructurales y culturales no resta su validez y pertinencia, más aún cuando estudiamos el tipo de acciones que pueden favorecer u obstaculizar la construcción de paz. Por tanto, a pesar de los problemas de medición, la opción más coherente con la visión de la paz positiva, es considerar que la violencia colectiva y la no-violencia colectiva, en el ámbito de la construcción de paz, deben incluir todo tipo de obstáculos o impedimentos al desarrollo de las personas y grupos<sup>398</sup>, ya sean estos de tipo directo (comportamientos que impliquen ataques físicos o verbales), cultural (actitudes y discursos discriminatorios y justificativos de la violencia) o estructural (sistemas o estructuras excluyentes, desiguales u opresoras). No obstante, aplicar esta perspectiva a la investigación se enfrenta con un limitante que debe tenerse en cuenta: la falta de información previa. La literatura secundaria disponible sobre resistencia y sobre violencia colectiva se refiere únicamente a categorías de violencia directa y física<sup>399</sup>.

La noción de no violencia, como su propio nombre indica, hace referencia a la ausencia de violencia (es decir, de daños físicos en las personas y/u objetos<sup>400</sup>). Pero los autores de la resistencia civil no-violenta no consideran ésta en términos absolutos, porque reconocen que, a menudo, las acciones derivan en otras formas de violencia. Por tanto, definen que una lucha es no-violenta cuando “el desafío principal al poder y la legitimidad del estado ocurre a través de métodos de acción no-violenta más que a través de métodos de violencia” (Schock 2005, xvi). Esto es, que la no-violencia debe permanecer como el método predominante. Así mismo, Schock señala otros dos criterios que han sido apuntados por la literatura y nos pueden ayudar a distinguir un caso de no-violencia: que la violencia que suele

---

<sup>398</sup> Una actitud o comportamiento que constituye una violación o un arrebato al ser humano de algo que le es esencial como persona (integridad física, psíquica o moral, derechos, libertades, etc.). Puede provenir de personas o instituciones y puede realizarse por activa o por pasiva. Aparte de la violencia directa, está la violencia estructural, de la cual es tal vez más difícil tomar conciencia pero que es la más cotidiana en nuestra sociedad (Seminario Permanente de Educación por la Paz de la Asociación pro Derechos Humanos 1994, 16).

<sup>399</sup> Las formas de violencia colectiva que señalaremos se refieren, por tanto, a modalidades de violencia física, por lo que quedaría por identificar las modalidades de violencia estructural (opresión, marginación, explotación, etc.) y cultural (discriminación).

<sup>400</sup> Schock excluye el uso de la fuerza contra los objetos, es decir define la no violencia como ausencia de violencia física contra seres humanos (Schock 2005, 6 y 15).

derivar de las acciones no-violentas es, a menudo, resultado de la represión estatal y de la provocación de agentes y que, las armas utilizadas en estas acciones no son letales (piedras, cócteles molotov, etc.), a diferencia de las armas utilizadas por los ejércitos, grupos terroristas, paramilitares, insurgentes, etc. Para evitar muchas de las confusiones que genera la palabra “no-violencia”, muchos han optado por definir este tipo de acción colectiva como “luchas desarmadas” (*unarmed insurrections, unarmed struggles*) o como el “poder del pueblo” (*power people*) (Carte, Howard, y Randle 2006; Dudouet 2013; Schock 2005).

Una de las preguntas clave reside en si los autores consideran que en la resistencia no-violenta hay coerción o amenaza de la violencia. Por un lado, parece que la definición de no-violencia excluye, en principio, la amenaza de violencia (Schock 2005, 6 y 15), pero después se reconoce que muchas veces la amenaza está implícita en los procesos de lucha social (Schock 2005, 46–47). Para Abu-Nimer, tanto la violencia como la no-violencia son formas de coerción, en ambas se emplea la coerción para conseguir los objetivos y solo se diferencian por una cuestión de grado (Abu-Nimer 2003, 11). Por su parte, Galtung (1965) analizó la resistencia civil no-violenta a través de Sharp, concluyendo que ésta consigue ejercer influencia en los otros –hacer que los otros hagan lo que tú quieras– acudiendo a un tipo de prácticas de protesta (huelgas, boicots, no-cooperación, etc.) que restringen las capacidades, acciones y espacio de los otros (influencia negativa). Galtung admite que no se puede definir la no-violencia como la ausencia de toda influencia en los otros, porque esto sería equivalente a la pasividad. En un mundo lleno de interacciones e interdependencias, no influir a los demás es inviable, por lo que hay que admitir que la no-violencia ejercerá algún tipo de influencia. Pero, es posible realizar influencia a través de prácticas que extiendan las capacidades humanas, que eliminen las restricciones (influencia positiva). Por ejemplo, en lugar de –como hace la resistencia no-violenta– dramatizar los conflictos en una relación alter-ego, podrían subrayar los aspectos positivos de las acciones del otro (alter).

En relación a dónde establecer los límites entre la violencia y la no-violencia (física), los problemas de definición se encuentran en los casos de ataques dispersos y negociaciones rotas. Es difícil determinar dónde está el punto entre lo que implica el uso de la coacción y la alteración del orden y lo que implica la violencia. Podríamos decir que las ocupaciones, los bloqueos o las huelgas son acciones contenciosas que no implican violencia, mientras que los ataques a la propiedad, a las personas y los choques con las fuerzas de seguridad son formas más cercanas a la violencia<sup>401</sup>. Pero incluso en estos supuestos los límites son difusos, los daños de una huelga pueden ser superiores a los ataques directos contra la propiedad o las ocupaciones pueden derivar en enfrentamientos más violentos que los choques con las fuerzas de seguridad. Aunque en la teoría podamos definir lo que es la violencia colectiva y

---

<sup>401</sup> Resulta difícil de determinar si constituyen acciones violentas: el sabotaje de tierras, cultivos, comercios o industrias de los grupos adversarios, las acciones defensivas donde un grupo ejerce una violencia reactiva frente a una agresión externa.

sus diferentes expresiones, en la práctica encontramos problemas para identificar dónde está el umbral entre lo que consideramos acción contenciosa y lo que es violencia.

Veamos a continuación qué autores han intentado clasificar las acciones de protesta según el grado de violencia (física). Por un lado, John Lofland (1993, 190–91) diferenció, según el grado de confrontabilidad, entre (1) las acciones civiles o moderadas (*politiness*) que intentan presionar sobre algún aspecto a través de estrategias toleradas o institucionales como, por ejemplo, el cabildeo, las peticiones o el litigio jurídico; (2) las acciones de protesta que, sin utilizar la violencia, siguen estrategias confrontacionales, llamativas y dramáticas que rozan los límites de lo ilegal; y (3) las acciones abiertamente violentas, que son las que generan daños en las personas y/o propiedades.

Por otro, James W. White (2002, 180–81) propuso medir la intensidad de los repertorios ejercidos por los sectores contestatarios en función del número de acciones destructivas o violentas que se producen en un determinado acontecimiento. White clasificó las acciones en tres tipos: (1) las que conllevan coerción o fuerza contra personas o propiedades (incluidas las tierras), como, por ejemplo, el robo, la captura, el préstamo coercitivo, el ingreso, la ocupación o el amotinamiento; (2) las que conllevan destrucción física de propiedades colectivas o individuales: casas, oficinas, edificios, tiendas, registros de deudas o títulos de propiedad rural, diques, campos, cosechas, obras de riesgo, etcétera; y (3) las que producen daños físicos sobre las personas, incluyendo tanto heridas como muertas. Cada acontecimiento es medido entre 0 y 2, siendo 0 aquel que no provoca ninguna de estas acciones, 1 aquel que provoca una o dos de estas acciones y 2 el acontecimiento que provoca tres o más de estas acciones.

Otras formas de evaluar el grado de violencia de las acciones colectivas podría ser atendiendo a los siguientes criterios: (a) si se prevé explícitamente (se promueve) el uso de amenazas o violencia; (b) el nivel de frecuencia de las campañas violentas; (c) el nivel del daño, distinguiendo entre si la violencia es ejercida sobre las cosas o sobre las personas, y en este caso, contra personas o grupos armados o indefensos; (d) la dinámica y autoría del acto, si son actos planificados, dirigidos y consentidos o en cambio son actos espontáneos cometidos por sectores disidentes o personas que aprovechan el anonimato y la oportunidad para cometer los actos; y (e) la valoración posterior del movimiento sobre los daños, por ejemplo, si acusan la violencia a un problema de disciplina o niegan que sea un problema, si domina el silencio, etc. Estos indicadores pueden adaptarse para ser aplicados a las evaluaciones de violencia estructural y cultural que conllevan los repertorios de un movimiento, por ejemplo, cuando se analiza la consciencia e intencionalidad (*dolo*) con el que se ejerce la violencia o se analiza la frecuencia de los discursos violentos, se está valorando el grado de violencia cultural.



Por último, a la hora de determinar si un movimiento social utiliza o no un repertorio de acción colectiva violento o no-violento, es importante tener en cuenta dos aspectos.

En primer lugar, por repertorio Tilly (2002, 31) se refirió a “un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado”. En la contienda política, un grupo de personas, con intereses compartidos, eligen entre un número restringido de actuaciones. Nos referimos al comportamiento colectivo que resulta de la decisión estratégica del grupo social, que se corresponde con la orientación mayoritaria o, al menos, con la posición oficial y declarada de ese movimiento. Por tanto, hay que distinguir la acción colectiva de los comportamientos individuales o personales. La estrategia del movimiento “puede no encajar con los objetivos de una persona que practica la violencia individualmente y cuya psicología particular puede estar sujeta a una mezcla de motivaciones desconcertantes y difíciles de analizar. Las motivaciones de las organizaciones y las de los individuos son a menudo distintas y no deberían confundirse” (Porges y Leuprecht 2016, 168). En segundo lugar, si la dinámica social es un proceso interactivo, resultado de complejas redes interconectadas que están en constante cambio, la unidad de análisis más pequeña es cada evento, cada estado momentáneo, por lo que solo podemos saber el carácter violento o no-violento de cada acontecimiento. Entre dos momentos en el tiempo, la naturaleza de la interacción cambia (Sztompka 2004). Lo que podemos identificar entre ellos, siguiendo el ejemplo de otros autores (McAdam, Tarrow, y Tilly 2005; Tilly 2007), son los procesos (secuencias de cambios interrelacionados), los mecanismos y condiciones, e incluso, los resultados de cambio.

#### **4.8. Consideraciones finales**

En este capítulo nos hemos preguntado sobre cómo los actores locales, marginados o desfavorecidos, en contextos de violencia y conflictos sociales prolongados y condiciones de asimetría de poder, deberían actuar –qué tipo de posicionamiento y estrategia– para contribuir al tipo de cambio social que requiere la construcción de paz positiva.

Siguiendo la literatura especializada, hemos presentado como hipótesis que los actores locales pueden alcanzar los cambios de transformación social deseados a través de la articulación de movimientos sociales comunitarios (en su composición) y transformadores (en sus horizontes de cambio), un posicionamiento de noviolencia activa y un repertorio amplio de acciones colectivas no-violentas formado por iniciativas locales de paz, resistencia y paz cotidiana y acciones de protesta o activismo no-violento.

Hemos expuesto cuáles son las razones, tanto teórico-normativas (congruencia con la paz positiva y la transformación de conflictos) como estratégicas (eficacia), por las cuales los actores locales deben realizar este tipo de prácticas si quieren tener éxito y contribuir a la construcción de paz.

Pero, al final del capítulo, también hemos subrayado la importancia de no esencializar los actores locales, los cuales durante el conflicto y la contienda política pueden transitar entre la violencia y la no-violencia. Por tanto, un análisis empírico de la acción no-violenta requiere tener en cuenta que la violencia hace parte de un proceso vivo, interactivo y sistémico, por lo que la cuestión sobre la “contribución a la construcción de paz” reside en las posibilidades existentes de acercarse hacia posiciones, conductas, actitudes y estructuras menos violentas.

Por tanto, hemos visto que, al igual que los conflictos sociales son considerados por los enfoques críticos de paz como procesos sociales inherentes a las relaciones humanas e incluso oportunidades para el cambio social, los movimientos sociales son agentes principales para conducir tales cambios, especialmente en contextos donde hay violencias y asimetrías de poder. En la literatura revisada, la existencia de esta forma de acción colectiva aparece como algo positivo para las sociedades. En relación a la paz y los conflictos, los movimientos sociales cumplen la función de visibilizar las problemáticas y contradicciones sociales, llevar a la arena política su debate, empoderar a los actores sociales, equilibrar las relaciones de poder, concienciar a las audiencias y resistir frente a los embates de actores dominantes, sin necesidad de recurrir a las armas, y, por todo ello, hacen posible los cambios estructurales y culturales necesarios hacia la transformación de los conflictos. Por lo tanto, la desaparición de los movimientos sociales en el ciclo del conflicto no es un buen signo para su finalización en términos constructivos.

## Capítulo 5. Factores que favorecen la adopción de repertorios de acción colectiva no-violenta

---

### 5.1. Introducción

En el capítulo anterior vimos como, durante los conflictos sociales y la contienda política, los actores pueden transitar entre formas de acción violentas y no-violentas. Muchas de las guerras civiles que se han producido en el mundo –resultado de guerras de liberación nacional, anticoloniales, de unificación nacional, anti-imperialistas o revolucionarias– tuvieron en común, el levantamiento de grupos armados no-estatales (guerrillas o insurgencias) que desafiaron la soberanía de los grupos en el poder. Sin embargo, en los conflictos armados o contextos de violencia y conflicto social prolongado, también es posible encontrar actores que desde el principio mantuvieron formas de acción colectiva no-violenta o que, en el ciclo del conflicto, decidieron cambiar de estrategia y abandonar las armas como, por ejemplo, el caso del pueblo saharauí<sup>402</sup>.

Por lo tanto, cabe que nos preguntemos, ¿por qué a veces en el curso de reivindicaciones políticas los grupos recurren a medios violentos y otras veces no?, ¿por qué algunos conflictos derivaron en revoluciones o guerras civiles y otros no?, ¿qué hace que los actores sociales decidan conformar organizaciones armadas en lugar de hacerlo a través de los movimientos sociales o viceversa, qué hace que decidan participar en movimientos sociales en lugar de en organizaciones armadas?. Entre los académicos hay un interés creciente por explicar las dinámicas que producen el escalamiento/des-escalamiento del conflicto y la radicalización/des-radicalización de las acciones, aunque todavía se necesitan más esfuerzos investigativos y estudios de caso cualitativos, especialmente sobre las transiciones de los grupos hacia las estrategias no-violentas (*conflict de-escalatory dynamics*), puesto que la mayor parte de la literatura se ha centrado en analizar los factores que conducen a la violencia política, es decir, el proceso de radicalización que conduce a los colectivos a conformar grupos criminales, terroristas, rebeldes o revolucionarios (Dudouet, 2013: 401).

Esta tesis se ubica dentro de este tipo de investigaciones que intentan comprender y explicar cuál es la dinámica de estos cambios e identificar cuáles son las condiciones o mecanismos de tipo personal, organizacional, relacional y estructural

---

<sup>402</sup> Tras la invasión marroquí del Sáhara Occidental en 1975, los saharauis intentaron combatir la ocupación a través del Frente Polisario pero ante el fracaso de éste, durante las últimas décadas se volcaron en una estrategia de resistencia no-violenta. A pesar de que la diplomacia en este caso tampoco ha funcionado pues países como Estados Unidos y Francia, que forman parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, han bloqueado las resoluciones sobre el derecho de autodeterminación, los saharauis siguen apostando por esta vía para alcanzar algún día la independencia frente a Marruecos (Porges y Leuprecht 2016; Zunes y Mundy 2010).

que explican por qué se produce la transición desde una interacción violenta a una relación pacífica y viceversa. O dicho de otra manera, qué motiva la adopción de estrategias no-violentas, favorables a la transformación constructiva y creativa de los conflictos. De esta manera se puede aspirar a explicar no solo por qué se produce la des-radicalización de las interacciones sociales sino también el des-escalamiento de los conflictos, necesario para alcanzar la paz<sup>403</sup>.

En este capítulo vamos a identificar y analizar los factores o condiciones que influyen en la adopción de estrategias y repertorios de acción colectiva no-violentos por parte de los actores locales y, a su vez, favorecen la obtención de resultados positivos en términos de construcción de paz: des-radicalización de la protesta, des-escalamiento de los conflictos violentos, establecimiento de bases para el diálogo y la negociación, obtención de reconocimiento, mejoras sociales, etc.

Estas condiciones serán las categorías de análisis que durante el estudio de caso utilizaremos para estudiar la contribución del movimiento indígena del norte del Cauca ante la violencia y el conflicto armado, para entender las condiciones que explican las transiciones hacia la no-violencia y sus posibles resultados o impactos, advirtiendo así sus debilidades y fortalezas internas y las amenazas y oportunidades que les confiere el exterior.

Para explicar cómo y por qué un conjunto de condiciones puede generar un cambio social (en nuestro caso, la radicalización/desradicalización de las acciones colectivas), las “teorías de cambio social”<sup>404</sup> formulan hipótesis bajo la siguiente forma: “si en un contexto X (sistema), hago Y (acción), pasará Z (cambio), porque (explicación)” (Woodrow y Oatley 2013, 3 y 8). La parte fundamental de estas teorías es la explicación o justificación de la secuencia de acciones que se espera conduzcan al resultado deseado o, en otras palabras, la conexión lógica entre los insumos (*inputs*) y los resultados (*outcomes*). El razonamiento –el por qué– de la cadena causal de acciones y efectos es lo que diferencia a estas teorías de los modelos o marcos lógicos que simplemente describen una serie de componentes y etapas para llegar a un objetivo (Woodrow y Oatley 2013, 26). Si bien, en esta tarea, residen las principales dificultades de los análisis sobre el cambio social. Por un

---

<sup>403</sup> No obstante, debe tenerse en cuenta, que la complejidad de los contextos los hace en cierta medida impredecibles o incontrolables. La teoría de la complejidad aplicada a este campo nos indica que, aunque aspiremos a conocer las características de los elementos que constituyen un sistema social violento, conflictivo o pacífico, esos componentes dan lugar a fenómenos inesperados, que no podemos predecir ni explicar. Si bien el estudio de las condiciones, mecanismos o procesos nos ayuda a aproximarnos al funcionamiento del sistema.

<sup>404</sup> Dentro de las teorías sociológicas, nos interesa la explicación de la “dinámica social”, es decir, la comprensión de cómo operan o funcionan los procesos sociales dentro de un sistema (descripción) y por qué de esta manera (explicación). Bajo esta perspectiva, una teoría de cambio social pretenderá explicar los cambios que se producen en los procesos sociales del sistema, el cómo y el por qué de dichos cambios. Las teorías sobre el cambio a menudo han seguido una orientación axiológica modernista, occidental y liberal como, por ejemplo, las teorías sobre el “desarrollo”, el “crecimiento” o sobre el “progreso social”.

lado, la dificultad de establecer la causalidad, es decir, cómo saber que es la estructura organizativa del movimiento lo que favoreció a la adopción de una estrategia no-violenta. Es fácil reconocer el cambio pero, no tanto, conocer con certeza cuáles son sus causas. No todo los procesos son planificados por los agentes, diseñados y controlados para conseguir tal cambio (*cambio manifiesto*), sino que, también, hay cambios espontáneos que derivan de la suma de acciones individuales y colectivas no intencionadas (*cambio latente*) (Sztompka 2004, 304). E incluso, cuando los cambios son planificados, los especialistas cada vez son más conscientes de que los cambios son multi-causales y no hay una única causa o causa dominante. Por otro lado, los autores señalan la dificultad de interrelacionar los cambios que acontecen en los distintos niveles macro (estados-nación, comunidad internacional, religiones y grupos étnicos globales, etc.) medio (comunidades, movimientos sociales, asociaciones, partidos políticos, empresas, ejércitos, etc.) y micro (círculos laborales, de amistad, familiares, etc.)<sup>405</sup>.

Con este tipo de análisis, nuestra investigación cumple con la idea central de las teorías de cambio social: hacer explícitas las asunciones –visiones, creencias, estrategias, métodos– sobre cómo funciona el cambio social para los actores locales en zonas de conflicto armado y evaluar críticamente la validez de estas asunciones a la luz de los resultados empíricos, que, es precisamente lo que los especialistas del campo han reclamado, la necesidad de poner a prueba la literatura existente y las hipótesis emergentes sobre el cambio social en estudios profundos de caso (Dudouet 2013; Shapiro 2006, 63 y 66; Vogel 2012, 4, 15 y 29).

#### *Dimensiones o niveles de estudio*

Desde diferentes perspectivas y campos de estudios, se han analizado las causas, factores o condiciones que influyen en la aparición y evolución de los movimientos sociales (Gurr 1970; McAdam, McCarthy, y Zald 1999; McAdam, Tarrow, y Tilly 2005; Olson 1992; Smelser 1989; D. Snow y Benford 1988; Tarrow 1999; Tilly 1978), de las revoluciones (Davies 1962; Giguni, McAdam, y Tilly 1998; Goldstone 2001; Sckopol 1979), de los conflictos armados (Collier y Hoeffler, 2000; Collier y Sambanis, 2005; Mitchell, 2006; Ramsbotham, Woodhouse y Miall, 2011), de la violencia política (Cruz 2005; González Calleja, 2002; Tilly, 2007), de la resistencia no-violenta (Asal et al., 2013; Chenoweth y Lewis, 2013; Cunningham, 2013; Davenport, 2013; Dudouet. 2013), de las sociedades pacíficas y bélicas (Comins Mingol, 2008; Fry, 2006; Gregor, 1990; Harris, 2003; Ross 1995), de la paz y la transformación de conflictos (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield 2006; Galtung 2003; Lederach 2003; Lederach, Neufeldt, y Culbertson 2007). Sin embargo, los especialistas de estos campos están desconectados o aislados (*isolation*) (Dudouet 2013, 401), lo cual no favorece la comprensión de las dinámicas que surgen durante

---

<sup>405</sup> Por ejemplo, cuáles son los efectos que las variables del nivel macro tienen en el nivel medio y micro (en los comportamientos de los colectivos y en las elecciones individuales) y cuáles son los efectos en el sentido contrario (Sztompka, 2004).

la contienda política y las transiciones hacia la no-violencia. Por eso, Nepstad recomienda que los futuros estudios sobre no-violencia sean elaborados siguiendo las bases teóricas y conceptuales del campo de los movimientos sociales, de las revoluciones, de las relaciones internacionales y los estudios sobre seguridad (Nepstad 2013, 596). Siguiendo estas observaciones, en nuestra investigación hemos incorporado las teorías de los movimientos sociales, así como aportaciones de varias disciplinas –revoluciones, violencia política, paz, resolución de conflictos armados, resistencia civil no-violenta e incluso antropología social– contribuyendo de esta manera a la exploración de sus vínculos teóricos.

Tras la revisión de la literatura, hemos encontrado que a la hora de analizar el origen y los cambios de la protesta social, el conflicto, la violencia y la paz, los autores señalan como factores explicativos: las ideas, los valores, las motivaciones, las actitudes, los sentimientos, los comportamientos, las relaciones y las estructuras. Además, parece que entre los autores hay un consenso sobre la importancia que tiene tanto la agencia como la estructura para explicar estos fenómenos<sup>406</sup>. Así como sobre la importancia que tienen tanto el nivel individual como el colectivo (Bloomfield, Fischer, y Schmelzle 2006, 10), aunque todavía no se sabe bien de qué manera se influyen unos a otros: la agencia a la estructura, la estructura a la agencia, lo individual a lo social y lo social a lo individual.

“Si el conflicto es creado por estructuras sociales que favorecen al grupo dominante, no podemos esperar transformarlo sin alterar esas estructuras; pero la violencia estructural está condicionada y mantenida, y solo puede ser desafiada, a través de comportamientos y actitudes de actores individuales y comunidades, los cuales deben también ser transformados” (Dudouet, Schmelzle, y Bloomfield 2006, 24).

En nuestra investigación hemos recogido y sintetizado estos elementos en un modelo que contempla las siguientes dimensiones: (1) la dimensión colectiva o intra-grupal; (2) la dimensión externa, que se divide a su vez en (2.1) relacional o inter-grupal y (2.2.) contextual o extra-grupal. Estas dimensiones no son estancas sino que se encuentran interrelacionadas de forma que se pueden influir entre sí (*feedback loops*). Para el análisis de esta dimensiones hemos utilizado las teorías y herramientas analíticas procedentes del campo de los movimientos sociales que presentamos en el capítulo segundo.

---

<sup>406</sup> Recordemos que el campo de los MS refleja precisamente la tensión entre la estructura y la agencia. La acción colectiva es el resultado de la voluntad humana pero su formación también está influida por las estructuras (Garner y Tenuto 1997, 41). Recientemente el campo de los MS llegó a la conclusión de la importancia de un enfoque holístico que integre todas las perspectivas. Recordemos también que los enfoques críticos de paz y seguridad, la construcción de paz desde abajo y la resistencia civil no-violenta reclaman tener en cuenta, además de la estructura, la agencia de los sectores marginalizados.

## 5.2. Dimensión interna: condiciones grupales que favorecen la acción colectiva no-violenta

En este apartado estudiaremos cuáles son las condiciones colectivas o internas del grupo desafiante que pueden explicar la aparición y sostenimiento de las acciones colectivas no-violentas y los cambios de orientación estratégica.

Previos estudios sobre los procesos de (des)radicalización de las acciones colectivas, han señalado que las dinámicas organizativas y los elementos culturales y cognitivos son algunos de los factores que influyen en el comportamiento del grupo. En particular, han apuntado la importancia de los líderes, del apoyo de las bases sociales, de las relaciones horizontales (entre los subgrupos o facciones), de las relaciones verticales (entre las élites, los aspirantes y los activistas) (Dudouet, 2009: 397 y 404; 2013: 408) y del sistema de creencias y la ideología (Dudouet, 2013: 406).

Dentro del campo de los MS, las diferentes escuelas (behaviorista, elección racional, etc.) se habían centrado en el individuo como sujeto de estudio, hasta que en los años setenta y ochenta empezó a prestarse atención al potencial que tiene el grupo en la configuración y articulación de la acción colectiva (Tarrow, 2004: 49). Los nuevos enfoques dejaron de lado la pregunta dominante hasta el momento –por qué los individuos deciden movilizarse– y comenzaron a estudiar las dimensiones colectivas de los MS. En particular, en este trabajo nos interesan las aportaciones de la “teoría de movilización de los recursos” (TMR), del enfoque racionalista, y el “análisis de los marcos” (*frame analysis*), del enfoque culturalista.

Por un lado, la TMR parte de la concepción de que la clave de la movilización social está en los aspectos organizativos, por lo cual se centra en explicar la dinámica y éxito de los MS a partir del estudio de su funcionamiento interno, sus estructuras organizativas y recursos. La decisión de participar en una acción colectiva es una decisión individual de cada persona –mediada por condicionantes sociales y culturales– pero la activación, articulación y sostenimiento de esa participación, requiere de grupos organizados, líderes, redes, activistas e instituciones. Por otro lado, el análisis de los marcos puso de relieve que, para explicar la movilización, debe atenderse a la manera en la cual los propios actores sociales interpretan su situación y acción colectiva. Esta teoría se centra, por tanto, en analizar los elementos interpretativos y subjetivos que influyen en la dinámica de participación<sup>407</sup>.

---

<sup>407</sup> A finales de los años ochenta, el campo de los MS comenzó a tener más en cuenta el papel de la cultura y la identidad. Se observó que durante la contienda política y el desarrollo de la acción colectiva los MS configuran sus marcos culturales y conforman la identidad colectiva. Este enfoque culturalista llenó un vacío teórico de los enfoques anteriores, centrados en aspectos objetivos y racionales, ya fueran estructurales u organizacionales. Es entonces cuando un grupo de sociólogos norteamericanos (David Snow, Robert Benford, William Gamson, etc.), interesados en analizar el sentido que los propios protagonistas le dan a sus mundos sociales, formularon el “análisis de los marcos”, una propuesta teórica-metodológica para el estudio de los discursos y símbolos culturales en el campo de los MS.

Siguiendo estos enfoques, el éxito de los MS depende de la eficacia de las estructuras organizativas y los marcos culturales, pues de éstos extraen la fuerza necesaria para movilizar y sostener la acción.

A continuación, vamos a seguir estas teorías para analizar cuáles son los factores de estructura organizativa y los factores culturales e identitarios de los MS que pueden influir en la configuración de su acción colectiva.

### 5.2.1. Estructuras de movilización

Los MS se componen de diferentes unidades organizativas o “estructuras de movilización”<sup>408</sup>, cada una de las cuales interviene de manera diferente en el reclutamiento, la movilización y la articulación de las estrategias. El análisis de cada una de estas unidades nos puede ayudar a explicar la eficacia y la trayectoria que adopte el movimiento social.

En primer lugar, están las organizaciones de los movimientos sociales (OMS). Se trata de las estructuras burocráticas centrales, encargadas de adquirir y proveer los recursos para la movilización, así como de definir los objetivos y estrategias. En otras palabras, su función es la organización formal jerárquica, consistente en alinear los objetivos de la organización y del movimiento e intentar materializarlos (McCarthy y Zald, 1977: 1218-1220). Por tanto, el éxito de las acciones colectivas no-violentas estará relacionado con la eficacia que las OMS tengan a la hora de realizar el alineamiento de marcos y movilizar los recursos para conseguir los objetivos, procesos que veremos más adelante.

En segundo lugar, dentro de los MS, los líderes se encargan de la dirección de las OMS, la planeación estratégica de las acciones colectivas, los discursos y la coordinación del movimiento. Por tanto, el tipo de liderazgo que domine dentro del grupo puede ser una condición clave para explicar el comportamiento colectivo, por qué se adoptan formas violentas o por qué los conflictos sociales devienen en armados<sup>409</sup>. En particular, es importante atender a las habilidades y actitudes que tengan los líderes hacia la resolución de los conflictos. En este sentido, podemos distinguir tres tipos de liderazgos: pragmático, estratégico e ideológico, según la actitud flexible o rígida que tengan respecto a la evaluación de los métodos y los fines en un contexto cambiante o en un proceso de negociación (Dudouet, 2013: 407). En términos de construcción de paz, lo deseable es que los líderes sigan el

---

<sup>408</sup> Estos son los “canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuáles la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva” (McAdam *et al.*, 1999: 24).

<sup>409</sup> Por ejemplo, según la teoría de la sociedad de masas, los movimientos totalitarios, caracterizados por el extremismo y la violencia, aprovechaban momentos de crisis social para embaucar a las masas, a través de líderes carismáticos y discursos demagógicos para activar los sentimientos de identidad colectiva. Este aspecto también ha sido utilizado para explicar la emergencia de movimientos violentos nacionalistas (Laraña, 1999).



modelo estratégico: dirigentes resueltos, con habilidad para evaluar los cambios de contexto, reaccionar ante las ventanas de oportunidad y adaptar estratégicamente la lucha. Y es preferible que sean, además, personas reconocidas y carismáticas, con una fuerte autoridad personal (Dudouet, 2009b: 397-398). En esta dirección apuntan también los estudios empíricos: una de las condiciones más importantes para que los movimientos de resistencia y liberación pasen de las armas a la negociación con el estado, y de esta a la política convencional, es que las jefaturas tengan “apertura y flexibilidad ante los cambios ideológicos”, es decir, que sean capaces de reevaluar y adaptar estratégicamente los objetivos originales de su lucha, los métodos y el marco discursivo (Dudouet, 2009b: 389, 395)<sup>410</sup>.

En tercer lugar, la TMR también reconoce la importancia de las redes sociales, entendidas como estructuras caracterizadas por una escasa visibilidad pública y por pautas organizativas informales (Laraña, 1999: 69). Los MS son heterogéneos y articuladores de una pluralidad de actores, objetivos y acciones (Múnera Ruiz, 1998), es decir, son entidades más amplias que sus organizaciones (Raschke, 1994: 123). En la naturaleza de los MS está intentar atraer al mayor número de participantes posibles, acoger multitud de grupos y tendencias. Ese carácter abierto impide la constitución de estructuras excesivamente rígidas, jerárquicas y centralizadas que encierren en ellas al movimiento social. Hoy se entiende que la imagen que mejor representa la morfología interna de los movimientos es la de grupos en red<sup>411</sup>. Por lo tanto, los movimientos no están formados por un grupo único y homogéneo sino que existe un amplio entorno social u organizativo formado por instituciones, asociaciones voluntarias, centros de trabajo, redes familiares y grupos de amistad, conectados entre sí<sup>412</sup>.

La función fundamental de las redes y organizaciones del entorno es promover la movilización de los potenciales activistas. De hecho, es en el seno de estas redes donde emergen los MS y, más adelante, es cuando se constituyen las estructuras organizativas formales, necesarias para su mantenimiento (McAdam *et al.*, 1999: 57). Dentro de las redes, destacan las instituciones, consideradas como “entornos huésped particularmente adecuados para que germinen los movimientos” (Tarrow, 2004: 49). Por ejemplo, la Iglesia, en el caso del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, y la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), en el caso del movimiento indígena del Cauca (Colombia), jugaron un papel clave en su surgimiento: concedieron a los activistas el espacio, los líderes y los marcos cognitivos de referencia para movilizarse. Además, el entorno organizativo del MS

---

<sup>410</sup> Por ejemplo, el M-19 de Colombia se dio cuenta de que “la guerra se había convertido en un obstáculo para alcanzar el cambio, ya que la oligarquía estaba buscando explotar la violencia para perpetuar el *statu quo*”, y en la búsqueda de alternativas a la vía armada “se apropiaron de la noción de paz como una estrategia de acción transformadora en sí misma” (Dudouet, 2009b: 396).

<sup>411</sup> “La forma ideal típica adoptada por un MS es la de una red de grupos más o menos informales, de grupos que no están formal o jerárquicamente coordinados” (Rucht, 1999: 265).

<sup>412</sup> Estos entornos organizativos también son definidos como “comunidades de acción colectiva crítica” (Martí i Puig, 2004: 89) o “núcleos socioestructurales cotidianos” (McCarthy, 1999: 206).

seguirá siendo fundamental para nutrir la movilización durante toda su trayectoria. Funcionan como la “epidermis social” o los “alveolos sociales” que alimentan la movilización (Martí i Puig, 2004: 89). Por tanto, que emerjan MS con capacidad de movilizar y sostener las acciones colectivas no-violentas que contribuyan a la paz positiva depende de la riqueza de su entorno organizativo y de que este sea, además, un entorno favorable a este tipo de estrategias.

La literatura se refiere como “circunscripciones de paz” o “bases de apoyo para la paz” (*peace constituencies*) a la amplia red de iniciativas, organizaciones e instituciones de la sociedad civil –no pertenecientes a la esfera estatal ni a los partidos políticos– que, en contextos de violencia y conflicto armado, trabajan por la construcción de paz con una perspectiva no-violenta y local o, en otras palabras, que están comprometidas con los objetivos de orientación comunitaria y transformación noviolenta de los conflictos (Berghof Foundation, 2012: 72). Todo aquel movimiento social que, en este tipo de contextos, articule una acción colectiva favorable a la paz sin el uso de las armas forma parte de las bases de apoyo para la paz, sin que necesariamente se haya definido como organización o movimiento por la paz; esto es, admite todo tipo de identidades colectivas: étnica, feminista, ecologista, campesina, estudiantil, etcétera (García-Durán, 2006).

En cuarto lugar, la fortaleza y cohesión de los MS depende de las estructuras de conexión, es decir, de las formas organizativas que se ocupan de la coordinación de todas las partes de un movimiento y, en particular, de la vinculación entre los líderes y los activistas. El mantenimiento de acciones colectivas no-violentas requiere que los MS cuenten con estructuras de conexión fuertes que sostengan los vínculos entre líderes y activistas, y eviten el fraccionamiento entre sectores moderados y radicales, como veremos más adelante.

### 5.2.2. Movilización de los recursos

Aparte del funcionamiento de las estructuras de movilización, el devenir de los MS depende del acceso y la distribución de los recursos disponibles en el entorno, pues estos son necesarios para movilizar a los individuos y materializar los objetivos. Los recursos pueden ser, entre otros, dinero; material; equipos; respaldo de las élites, los medios de comunicación o la opinión pública; información; conocimiento; y participación y dedicación de los activistas (Casquette, 1998: 65; Garner y Tenuto, 1997: 23)<sup>413</sup>.

---

<sup>413</sup> Casquette (1998, 180-195) propuso la siguiente taxonomía de recursos: 1) recursos materiales y mensurables, como el dinero o las infraestructuras; 2) recursos inmateriales y mensurables, como el tiempo, la organización, los contactos y la protesta; y 3) recursos inmateriales e inmensurables o ideacionales (también llamados recursos intelectuales, culturales o invisibles), como la ideología, la memoria histórica, los símbolos, el conocimiento, los marcos de referencia y las habilidades cívicas.

En función del carácter violento o no-violento de las acciones colectivas se requieren diferentes tipos y cantidades de recursos. Según Tilly (2007), cuánto más relevante sea el daño que se pretende realizar, más coordinación y recursos se requieren. Por ejemplo, las “negociaciones rotas” (las manifestaciones) requiere menos recursos que la “destrucción coordinada” (la guerra). Por eso, además, las acciones colectivas armadas son más sensibles a los cambios en la disponibilidad de recursos que las modalidades de acción colectiva menos violentas (*Ibidem*: 230).

En el caso de los ejércitos, los grupos revolucionarios o insurgentes y las células terroristas, el sostenimiento del repertorio de lucha armada requiere de elevados recursos humanos o personales (reclutamiento), materiales (armamento, suministros, alimentos), información (vigilancia, inteligencia), conocimiento (entrenamiento y disciplina militar) y apoyos externos (base social, redes internacionales, reconocimiento externo como interlocutores válidos) (*Ibidem*). En escenarios de conflicto armado hay dos recursos específicos, señalados por la teorías de la economía de la guerra, que favorecen el surgimiento de acciones colectivas violentas: los recursos naturales y los recursos geográficos (Collier y Hoeffler, 2000). Según estos autores, la disponibilidad de estos recursos en el entorno son condiciones que favorecen la emergencia y sostenimiento de actores armados no estatales<sup>414</sup>.

Además, el empleo de la violencia no solo eleva los costos sino también los riesgos en los que incurre cada uno de sus miembros. En particular, en contextos de lucha armada aumentan las posibilidades de represión, represalias y venganzas, y los combatientes ponen en juego la vida, la libertad y las propiedades. Por lo tanto, será necesario que haya más incentivos selectivos o beneficios personales, más recursos ideacionales (marcos ideológicos eficaces y alineados), estructuras unificadas y liderazgos fuertes, para incentivar la participación de los potenciales simpatizantes, bases sociales o pobladores locales.

Por el contrario, en el caso de los MS, las acciones colectivas no-violentas no requieren de la movilización de tantos recursos. Incluso cuando se vean implicados esporádicamente en ataques dispersos o en negociaciones rotas, la relevancia del daño es tan baja que no requieren coordinación y recursos. Uno de los recursos que requiere la no-violencia, según el enfoque de la “resistencia civil no-violenta”, es la preparación o entrenamiento para que, una vez en la arena política, la confrontación con las autoridades se realice manteniendo en todo momento la “disciplina de la no-violencia” y, así, preservar el potencial estratégico (Abu-Nimer 2003, 14; Merriman 2010; Stephan y Chenoweth 2008).

---

<sup>414</sup> No obstante, la disponibilidad de estos recursos no es determinante, puesto que hay contextos como, por ejemplo, el norte del Cauca en Colombia, donde a pesar de la existencia de minería ilegal, cultivos de uso ilícito y cordilleras montañosas, hay tanto grupos armados como movimientos que han adoptado formas de acción colectiva no-violenta, por lo que parece necesario tener en cuenta otros factores.

Además, los MS disponen, sin ningún coste, de un recurso ideacional, intelectual o cultural: la experiencia de lucha de sus antepasados, que se transmite a través de la cultura y la memoria colectiva. El repertorio de acciones de un movimiento social es un conocimiento transmitido y aprendido a través de la lucha (Tilly, 2002: 31). Gracias a este conocimiento heredado, las nuevas generaciones pueden conocer cual es el repertorio de acción colectiva que mejor se adapte a su cultura. Para Tilly (2007), la experiencia de lucha es tan importante que determina incluso si un colectivo se va a movilizar o no para protestar<sup>415</sup>.

La literatura considera que este recurso cultural es positivo para el surgimiento y mantenimiento de los MS porque alienta la participación sin incurrir en costes elevados. Sin embargo, en términos de construcción de paz, puede ser negativo si la experiencia de la lucha les enseñó que, en determinadas circunstancias, el uso de la violencia es un método legítimo, necesario y/o deseable, porque justificaría la radicalización de las acciones. Además, como señala Tilly (1986: 4), la tradición cultural puede ser un obstáculo cuando el contexto requiere acciones creativas e innovadoras y cambios en los repertorios de lucha heredados, porque los MS pueden llegar a descartar formas de acción colectiva que les resulten desconocidas, aunque les sirvan mejor para sus intereses racionales. No obstante, los repertorios no son completamente rígidos y es posible ver algún grado de innovación en las formas de acción colectiva. Los repertorios de las acciones colectivas muestran a la vez: 1) continuidad en el tiempo sobre varias generaciones y 2) cambios en las formas de protesta entre largos períodos de tiempo (*Ibidem*, 1995). El liderazgo tiene un papel clave en la configuración de los repertorios de protesta. Los líderes pueden ser activos en la creación, variación y combinación de las formas de acción colectiva que mejor se adapten a sus objetivos y a los entornos políticos. Además, la innovación también sirve para motivar a los seguidores de los MS. Una campaña atractiva, excitante y potencialmente beneficiosa puede ser un aliciente para activar a las personas (Tarrow, 2004: 47).

Lo que parece que resulta fundamental para la aparición y sostenimiento de los MS es contar con la disponibilidad, solidaridad y el compromiso de la mayor cantidad –y calidad– posible de recursos humanos, ya sean activistas, simpatizantes o reservas de militantes. Los autores afirman que la fuerza política de los movimientos procede principalmente del apoyo social (“el poder del número”) y de la unidad interna

---

<sup>415</sup> Para que emerja el MS es necesario que dentro del mismo exista al menos un grupo que: 1) haya estado conectado previamente; 2) comparta unos relatos sobre su situación estratégica (cuáles son las oportunidades y amenazas, qué capacidad tiene de actuar, de qué medios dispone, qué consecuencias tendrá la acción, qué recuerdos tiene de otras acciones); y 3) haya establecido anteriormente relaciones con otros actores colectivos, sean o no confrontativas (Tilly, 2007: 30-31). Como veremos, la memoria colectiva, en particular las historias de injusticia que ha vivido un colectivo y sus formas de resistir la opresión, forma parte del marco cognitivo del movimiento social. Este es uno de los factores que explican por qué las personas y grupos pasan de la inacción a la movilización.

(Merriman 2010, 6). Cuanto mayor sea el número de seguidores, mayor será el poder (se equilibra la correlación de fuerzas) y la legitimidad de sus acciones. Pero, además, en términos de construcción de paz, contar con una base social amplia es beneficioso pues impide que el movimiento ceda ante las tentaciones de radicalización (Dudouet, 2013: 409). A continuación, analizaremos cómo los MS captan y movilizan a los potenciales seguidores. Este análisis es aún más relevante en contextos de conflicto armado, donde grupos armados y no armados se disputan el control social o poblacional.

### **5.2.3. Micromovilización: procesos de reclutamiento, movilización y enmarcado**

Para entender por qué las personas eligen participar en acciones colectivas violentas o no-violentas tenemos que fijarnos en la manera en la que los grupos llevan a cabo el reclutamiento y la movilización. Las condiciones individuales o personales de los activistas –agravios, elementos cognitivo-ideológicos, psicológicos o culturales– pueden indicar una predisposición personal hacia la movilización<sup>416</sup>, pero no son suficientes para explicar su participación. Por ejemplo, el hecho de estar en un escenario de conflicto armado donde hay condiciones especialmente injustas y violentas no parece concluyente como factor movilizador. Teóricamente, una población que sufre el impacto de la guerra reaccionaría ante la violencia movilizándose porque comparte agravios colectivos; sin embargo, la guerra también puede ser un factor inhibitor de la protesta, debido a las múltiples amenazas, asesinatos y masacres que sufren las comunidades, líderes y activistas sociales (García-Durán, 2006: 53-87). Por tanto, debemos fijarnos también en una dimensión organizacional, es decir, cómo se está llevando a cabo la activación de esas personas, y en una dimensión interpretativa, es decir, cómo está interpretando esa población su situación.

Los estudios sobre procesos microestructurales de reclutamiento y movilización de individuos han demostrado que la fortaleza de un movimiento depende de la efectividad con la que las organizaciones formales, los líderes y las redes sociales, operen en el reclutamiento, la activación de la conciencia, el compromiso y la solidaridad (Fireman y Gamson, 1979; McAdam, 1982, 1988; Oberschall, 1973; Tilly, 1978)<sup>417</sup>. En particular, las redes sociales y los entornos organizativos son los espacios más eficaces para la captación, la formación de estructuras locales y la movilización de los individuos (Gould, 1991; McAdam, 1982, 1988; McCarthy, 1999;

---

<sup>416</sup> En este sentido, por ejemplo, el estudio de la dimensión individual de la participación analiza por qué los hombres jóvenes son más propensos que las mujeres y los adultos a participar en acciones violentas.

<sup>417</sup> Sobre las condiciones microestructurales que favorecen el reclutamiento, ver McAdam y Paulsen (1993) y Fireman y Gamson (1979).

Melucci, 1996; Morris, 1984; Oberschall, 1973)<sup>418</sup>. Esto es coherente con el hecho de que quienes más participan en las acciones colectivas son quienes están más integrados en las comunidades y redes de sociabilidad (McAdam, 1982: 44). Por tanto, si las estructuras organizativas y, en particular, las redes del movimiento social son más débiles e ineficaces a la hora de movilizar que aquellas que operan en el caso de los grupos armados, es probable que asistamos a la desaparición o radicalización del movimiento social.

El éxito de la micromovilización está relacionado con el “proceso de enmarcado” (*framing process*), esto es, el proceso de producción y difusión de los “marcos” (*frames*) de significado (Snow y Benford, 1988). En los MS, los marcos son los esquemas de referencia que resultan del proceso de definición del movimiento. Los marcos están compuestos por elementos cognitivos como los valores, las creencias, los significados, las ideologías, las opiniones o los conocimientos. El conjunto de estos elementos permite a los MS representar el mundo (dar sentido a los eventos, definir las situaciones, etc.) y al grupo dentro del mismo. De este modo, consiguen dar sentido y dignificar al movimiento, así como motivar, legitimar y orientar la acción. El enmarcado es una condición necesaria para que se produzca la participación en el movimiento (Snow *et al.*, 1986; Snow y Benford, 1988), más aún en los conflictos armados, donde las personas se enfrentan a niveles elevados de violencia y represión estatal. Cabe pensar que, en estos escenarios, el enmarcado es especialmente importante para motivar la acción sin recurrir al uso de las armas, ya que las personas que se enfrentan a los actores armados de manera desarmada han tenido que, además de romper los patrones de obediencia, superar el miedo y asumir elevados riesgos (Schock, 2005: 163).

El enfoque culturalista de los MS se ha preocupado por estudiar de qué manera el proceso de enmarcado activa la concienciación, la solidaridad, el compromiso y la cooperación intergrupala, necesarias para conseguir la participación de los seguidores y sostener la acción en el tiempo. Los autores han señalado que la eficacia del proceso depende de la capacidad de transmitir y convencer sobre tres ideas: 1) el sentido de injusticia o indignación; 2) la capacidad de agencia; y 3) la identidad colectiva (Gamson, 1988, 1992; McAdam, 1988; Melucci, 1985; Touraine, 1973). Sin embargo, estas claves o condiciones de éxito, que son hipótesis generales para cualquier movimiento social, deben ser revisadas y adaptadas cuando el objetivo de cambio social que se persigue es la construcción de paz y la transformación de conflictos. En función de cómo los MS organicen el discurso, incluyendo y destacando ciertos eventos y aspectos de interés y excluyendo otros para describir e interpretar el conflicto armado (marco diagnóstico) y sus soluciones (marco pronóstico), las acciones colectivas se orientarán hacia formas más o menos

---

<sup>418</sup> El estudio efectuado por Snow *et al.* (1980) sobre participación de estudiantes en movimientos políticos y religiosos mostró que el 70% eran reclutados a través de redes sociales, el 26% a través de medios de comunicación y un 4% en espacios públicos como las calles, los parques o las estaciones de autobús.

violentas. Un marco interpretativo puede ser óptimo para conseguir un elevado nivel de participación, pero no ser exitoso en términos de construcción de paz, por ejemplo, si promueve la participación en acciones colectivas violentas. El marco de referencia deseable, en términos de construcción de paz, debe ser capaz de reclutar y movilizar eficazmente, a la vez que de concienciar sobre la necesidad de buscar soluciones y mecanismos no-violentos de resolución de conflictos, encauzando, por tanto, la participación hacia la no-violencia. A continuación, vamos a analizar las condiciones de éxito señaladas, teniendo en cuenta las particularidades de un marco cognitivo favorable a la construcción de paz.

En primer lugar, respecto a la idea de injusticia, el movimiento debe ser capaz de interpretar la situación que está viviendo un colectivo como injusta, difundir esa interpretación y convencer a los seguidores de ello (Chihu Amparán, 2006: 10,14)<sup>419</sup>. Lo sustancial en la movilización no es la presencia o ausencia de agravios, sino cómo las situaciones “objetivas” son interpretadas y difundidas en el momento de elaborar las demandas colectivas<sup>420</sup>. Es necesario que el agravio deje de ser percibido como una desdicha a la cual tienen que resignarse y pase a considerarse una injusticia que no se puede tolerar. Cuando los activistas se convencen de lo intolerable que es una situación, entonces se produce la “liberación cognitiva” (McAdam, 1982). Todo sujeto colectivo –independientemente de su orientación hacia métodos más o menos violentos– necesita para movilizarse, en primer lugar, que haya un consenso sobre la existencia del agravio y su causalidad, así como sobre la justificación y la conveniencia de movilizarse. Por tanto, las particularidades de un marco cognitivo favorable a la paz no están en el “marco de diagnóstico”, pues cualquier grupo desafiante necesita, para movilizar a los potenciales activistas, identificar la existencia de agravios y conflictos, así como atribuir causas y causantes.

En segundo lugar, respecto a la capacidad de agencia, el movimiento debe concienciar a sus seguidores sobre su capacidad de incidir y cambiar las condiciones políticas a través de la movilización. En este sentido, los marcos deben transmitir que sus adversarios políticos no van a cambiar las situaciones de injusticia, y que en su mano está ser modificadas. El horizonte es que los MS se empoderen, crean en su capacidad de agencia y se autodefinan como agentes de su propia historia. En escenarios de conflicto armado, además, es necesario que los actores locales asuman su capacidad de cambiar la situación de violencia en la que viven y reivindiquen, frente a actores externos, su papel activo como constructores

---

<sup>419</sup> Bajo la perspectiva de la “resistencia civil no-violenta”, consistiría en convencer a las audiencias de retirar el consentimiento o la obediencia implícita sobre el que reside el poder del estado (Sharp, 1973).

<sup>420</sup> La psicología social funcionalista de la escuela behaviorista consideraba que los MS fundan su acción en la existencia de agravios compartidos, como si estos fueran una condición objetiva, generalizable e invariable en el tiempo. Sin embargo, el enfoque culturalista tiene en cuenta los agravios de una forma revisada, recuperando el interés de las ciencias sociales por las percepciones subjetivas.

de paz. Para ello, los activistas deben creer en la eficacia de la estrategia no-violenta o, en otras palabras, en la posibilidad de cambio social sin necesidad de recurrir a las armas. Si creen en ello, elaborarán “marcos de pronóstico” –soluciones, blancos y tácticas de acción– que no impliquen el uso de la violencia. Un factor que puede favorecer el abandono de la violencia y la transición hacia la no-violencia es que los grupos contendientes se den cuenta de que la violencia no les ha servido para conseguir sus objetivos políticos e incluso ha traído graves perjuicios y costos materiales y humanos.

En tercer lugar, el enmarcado es un proceso continuo de construcción de identidades colectivas a través del cual se fortalece el grupo, los lazos sociales, el sentido de pertenencia, la solidaridad, la cooperación y la confianza colectiva. Según Castells (1997: 30), el grupo pasa a convertirse en sujeto político, agente del cambio social, a partir de la construcción de la “identidad proyecto”, esto es, cuando “basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y, al hacerlo, buscan la transformación de toda la estructura social”. Hunt *et al.* (1994) han profundizado en la relación existente entre la configuración de los marcos y la construcción de identidades. Al lanzar sus demandas, los miembros de las OMS asignan atributos o rasgos colectivos a los individuos que pertenecen a las diferentes poblaciones implicadas o grupos de actores. Los actores se pueden agrupar en tres tipos de categorías o “campos de identidad”: los protagonistas, los antagonistas y las audiencias. Dentro de cada campo, las identidades no son fijas, sino que se amplían, traslapan y contraen a lo largo del tiempo<sup>421</sup>.

El “campo de identidad de los protagonistas” se refiere al conjunto de atribuciones, generalmente positivas, que sirven para identificar a los actores que participan o simpatizan con los valores, metas y prácticas del movimiento social. La mitificación y la heroicidad son recursos frecuentes en las narrativas de los protagonistas. Para fortalecer el movimiento es necesario construir un campo de identidad del protagonista que genere vínculos sociales fuertes entre los activistas, sin provocar exclusión y sectarismo, pues la fortaleza del movimiento también depende de la capacidad de atraer al mayor número de personas.

Además, el enmarcado implica, necesariamente, la descripción del “campo de identidad de los antagonistas”. La definición del “nosotros”, dentro de la estructura de conflicto del movimiento, solo puede hacerse en referencia a un opuesto, el “otro”. Los miembros de las OMS atribuyen a los antagonistas una constelación de

---

<sup>421</sup> Este enfoque se sitúa dentro de la orientación constructivista de la identidad, según la cual la identidad colectiva se construye y transforma en la interacción social y no como resultado de condiciones deterministas, ya sean biológicas, fisiológicas, psicológicas o producto de estructuras sociales subyacentes. Esto implica que, a la hora de valorar los marcos e identidades del movimiento social, hay que tener en cuenta los condicionantes relacionales (la interacción con otros actores que puede fomentar la activación de fronteras o líneas divisorias) y estructurales (la existencia de un marco cultural dominante favorable al uso de la violencia).



atribuciones negativas, reales o imaginadas, que son opuestas y conflictivas respecto a las de los protagonistas. En general, los adversarios son los culpables de las situaciones de injusticia por las cuales se manifiesta el conflicto. En este punto, los MS, que aspiran a contribuir a la construcción de paz, deben andarse con cautela, pues es posible que la configuración de la identidad de los antagonistas y la atribución de culpas implique la activación de fronteras identitarias o “líneas divisorias” entre grupos sociales (Tilly, 2007: 31), que justifiquen e inciten a la violencia cultural (discursos deshumanizantes) y estructural (exclusión, discriminación), o el uso de la violencia directa contra los adversarios. Las visiones estereotipadas de los adversarios pueden ser útiles como recurso movilizador, pero favorecen que los activistas desarrollen conductas, actitudes y estructuras violentas e impide crear un ambiente favorable para la transformación de los conflictos.

Por último, los MS también construyen el “campo de identidad de las audiencias”, donde se atribuyen características a terceros actores y observadores externos neutrales (medios de comunicación, gente de la calle, seguidores marginales o élites de poder no comprometidas en el conflicto, etc.). Este enmarcado puede ser estratégico para el MS, pues los actores externos son potenciales aliados, pueden intervenir como mediadores en situaciones de conflicto, reaccionar ante los eventos violentos que presencien o denunciar las violaciones de derechos humanos. Según Martin (2007: 3), la eficacia de la acción colectiva no-violenta aumenta si los marcos consiguen concienciar a las audiencias, de modo que la represión estatal se vuelve contraproducente (*backfire*).

Además de conseguir la liberación cognitiva, aumentar la capacidad de agencia y construir la identidad colectiva, el éxito o eficacia de un movimiento social a la hora de movilizar activistas depende de que sus marcos interpretativos –favorables a la paz y la no-violencia/no-violencia<sup>422</sup>– sean sólidos, resonantes, adaptables a los cambios y legítimos. La solidez de los marcos se alcanza cuando los procesos de enmarcado han conseguido desarrollar plenamente sus tareas de diagnóstico, pronóstico y motivación. La resonancia se refiere a la capacidad de los marcos de permear e incorporarse al sistema de creencias, valores y significados de la población que se intenta movilizar. A su vez, para que un marco sea resonante, el proceso de enmarcado debe haber construido marcos empíricamente creíbles y verificables, conmensurables en la experiencia, compatibles con las ideologías y sistemas de creencias inherentes a la población y fieles narrativamente (Snow y Benford, 1988). La legitimidad del movimiento social es un aspecto clave para que los seguidores y las audiencias crean que es un actor confiable, que representa valores ampliamente compartidos y persigue intereses colectivos y no los de un pequeño grupo dirigente (Gerhards, 1995). La legitimidad está relacionada con la credibilidad de los marcos, lo cual se consigue a través de la coherencia y el

---

<sup>422</sup> Según la terminología empleada en la literatura especializada, vista en el capítulo anterior, el grupo puede tener discursos de índole político-estratégica a favor de la no-violencia o también discursos normativos y en ese caso hablaríamos de no-violencia.

razonamiento de los discursos. Y, por último, los marcos deben ser poco vulnerables a los cambios habidos durante el ciclo de vida del movimiento, es decir, deben poder adaptarse al fracaso y al éxito repentino, a la incertidumbre, a los obstáculos, a las crisis coyunturales, a los momentos de convergencia y divergencia, a las amenazas y a los ataques de los opositores (Snow *et al.*, 1986).

Y, finalmente, en cuarto lugar, un elemento fundamental para valorar si los marcos cognitivos son exitosos en términos de construcción de paz es atender a cómo son movilizadas las emociones. Los conflictos despiertan una diversidad de sentimientos en sus actores que van a jugar un papel fundamental en el escalamiento o desescalamiento del conflicto. Emociones como el amor, la lealtad, la veneración o la indignación son estimuladoras de la movilización, frente a otras como la desesperación, la resignación o la vergüenza, que desalientan la capacidad de agencia. Por otro lado, cierto grado de frustración e indignación es necesario para motivar la acción, pero cuando la percepción de agravio colectivo va acompañada de sentimientos de odio, rabia, impotencia, indefensión o desesperanza, y de la falta de confianza en el proceso político, es cuando se producen expresiones de violencia (Knutson, 1981, citada en Sandole, 2010: 122). El objetivo debe ser, por tanto, canalizar la “agresividad positiva”, convirtiéndola en una fuerza vital que conduzca a las personas a movilizarse, a tomar la iniciativa, perseguir la mejora, el desarrollo personal, la autoafirmación, la defensa frente a las amenazas y la superación de las limitaciones, es decir, que provoque comportamientos constructivos y no-violentos (Asociación Pro Derechos Humanos, 1994: 15). Por otro lado, a pesar del fin de los conflictos armados, es frecuente que los eventos históricos traumáticos permanezcan en la memoria de las víctimas y sus descendientes. Los grupos sociales heredan no solo el repertorio de lucha de sus antecesores, sino también el trauma colectivo. Vamik Volkan (1997: 68, citado en Sandole, 2010: 199) utilizó la metáfora del “ADN psicológico” para referirse a la tenacidad con la que el trauma se mantiene en la percepción de la gente, a menudo siglos más tarde de cuando ocurrió, reconociéndose a sí misma como víctima<sup>423</sup>. El reto, en términos de construcción de paz, es que el movimiento social pueda construir unos marcos favorables a la reconciliación y la reparación del trauma colectivo.

#### 5.2.4. Cohesión interna y alineamiento de marcos

Los cambios en la orientación de las acciones están también relacionados con la correlación de fuerzas –el grado de cohesión o competición interna– dentro del movimiento social. Tilly (2007: 31) visualiza a los actores que intervienen en la contienda política como redes compuestas por grupos, organizaciones, relaciones y enclaves sociales –el trabajo, la universidad, el barrio, etcétera– con multiplicidad de historias, culturas y vínculos colectivos. Por eso, aunque cada actor se presente bajo

---

<sup>423</sup> Por ejemplo, en el caso de las comunidades indígenas y afro-descendientes de Colombia, el reclamo de justicia procede de siglos atrás, desde la colonización y la esclavitud.

una única denominación colectiva o identidad política, lo que responde al quiénes somos –por ejemplo, somos mujeres, campesinos, trabajadores, ecologistas, pacifistas, indígenas, etcétera– está siendo continuamente desafiado y renegociado. Los disensos y la competición interna (por el poder, los recursos, la representación externa, la ideología, etc.) pueden desestabilizar el equilibrio interno y cuestionar la continuidad de las estrategias.

En el marco de nuestra investigación nos interesa analizar la tensión entre las facciones moderadas y las radicales. Recientemente se ha señalado en la literatura sobre “resistencia civil no-violenta” que la existencia de facciones radicales puede tener efectos positivos o negativos sobre la estrategia y la dinámica de la contienda, un asunto que todavía ha sido poco estudiado (Schock, 2005: 157; Chenoweth y Schock, 2015: 427, 447)<sup>424</sup>.

Los sectores moderados y radicales son diferenciados, generalmente, por sus posiciones respecto a las formas organizativas y repertorios de acción. Los primeros, se inclinan por las estructuras más centralizadas y jerarquizadas, y por las acciones convencionales o institucionales, que son más toleradas por el estado. Son reacios al uso de tácticas que impliquen violencia o alteren el orden público porque estas reducen las posibilidades de negociación con las autoridades. Mientras, los segundos anhelan cambios profundos en la sociedad, optan por formas organizativas descentralizadas y simpatizan con las tácticas confrontativas que rozan los límites de lo permitido y de la violencia (Tarrow, 2004: 211). En contextos de conflicto armado, los moderados y radicales pueden compartir su visión sobre las causas de la guerra y el objetivo de paz positiva, pero rivalizar en la estrategia y los métodos para alcanzarla. En Colombia, por ejemplo, los sectores “revolucionarios” consideran que la violencia es la única vía para alcanzar transformaciones profundas, mientras que ven “la lucha por la paz como algo trivial o *light* que no garantiza la eliminación de las raíces del conflicto” (García-Durán, 2006: 82).

No obstante, a pesar de esta diferenciación generalizada, Fernando Chinchilla (2010: 10) advierte que la preferencia por el uso de tácticas armadas o desarmadas no es un indicador fiable de radicalismo o moderación, dado que las preferencias cambian en función de los cambios del entorno y de la interacción con los demás actores. Según este autor, es preferible diferenciarlos según la visión que tengan de la relación entre los medios y los fines. En este sentido, los grupos son extremistas o radicales si no son capaces de separar medios y fines de manera que, aunque las condiciones del entorno lo requieran, se resisten a cambiar los medios porque consideran que son el único modo de alcanzar los fines. Es el caso, por ejemplo, de

---

<sup>424</sup> ¿La existencia de facciones violentas ayuda a los movimientos sociales a conseguir sus objetivos maximalistas o, por el contrario, socava su potencial? Investigaciones recientes han avanzado en el estudio de los efectos que las facciones violentas pueden tener en las campañas no-violentas, aunque con resultados todavía poco concluyentes. Hasta el momento, solo se atreven a afirmar que las campañas no-violentas tienen éxito a pesar de la existencia de facciones violentas y raramente gracias a estas (Chenoweth y Schock, 2015).

quienes siguen la estrategia revolucionaria de toma del poder estatal a través de las armas porque asumen que si no siguen el método revolucionario no conseguirán el fin revolucionario. Por el contrario, cuando los grupos sí son capaces de adaptar sus métodos al contexto sin alterar sus fines, estamos ante grupos moderados o reformistas. Por eso, los segundos son más conciliadores y tienden más a la negociación que los primeros (Chinchilla, 2010: 11).

Según algunas teorías sobre negociaciones, lo más conveniente para el éxito de los diálogos es que, dentro de cada actor, los sectores moderados prevalezcan sobre los extremistas (*Ibidem*: 9). Sin embargo, otros estudios señalan la importancia de no marginar a los integrantes de las líneas duras pues, en muchos casos, ha sido precisamente su participación lo que ha contribuido al éxito de las negociaciones. Lo más conveniente, por tanto, es que cada actor mantenga cierta cohesión interna y el equilibrio entre “halcones” y “palomas”<sup>425</sup> (Dudouet, 2006: 32-33; 2009b: 399).

Por otro lado, las experiencias empíricas nos muestran que la cohesión o unidad interna favorece el mantenimiento de la acción colectiva no-violenta, mientras que la escisión entre la línea radical y moderada, genera la radicalización de las acciones e incluso la desaparición del movimiento<sup>426</sup>. Ya sea por desgaste, parálisis, ineficacia o incoherencia, el conflicto conduce a los MS a una pérdida de oportunidades y un descenso en la participación. Una situación que puede ser inducida por las autoridades para aprovecharse del debilitamiento del movimiento. La escisión del grupo favorece el empleo de la violencia porque los sectores radicales o disidentes, una vez que son aislados, pueden polarizar su postura y reaccionar generando actos de violencia no previstos (Tilly, 2007: 208). Por el contrario, evitar las escisiones puede contener a los grupos radicales de emplear la violencia.

Sin embargo, la unidad entre facciones no es fácil de mantener. Los cambios organizativos, los cambios de contexto y los conflictos internos amenazan con romper los consensos y polarizar las posiciones. Por ejemplo, los cambios de líderes pueden conducir a cambios en los sistemas de creencias y en la ideología, lo que a su vez puede generar cambios de orientación estratégica (Dudouet, 2013: 406). Así mismo, la correlación de fuerzas se desestabiliza cuando los grupos de la periferia,

---

<sup>425</sup> En la literatura anglosajona sobre resolución de conflictos, se identifica a los políticos o líderes radicales, violentos o agresivos como los halcones (*hawk*) y a los moderados, pacifistas o pasivos como palomas (*dove*).

<sup>426</sup> El movimiento por los derechos civiles de las personas afroamericanas siguió inicialmente la orientación institucional defendida por los activistas veteranos frente a la rama joven que pujaba por un modelo descentralizado y subversivo, pero el movimiento fue progresivamente colapsando a medida que aumentaban las prácticas violentas (Tarrow, 2004: 210-211) En el caso del movimiento nacionalista palestino, Wendy Pearlman (2011) observó que en momentos de coherencia organizacional y liderazgos unificados, el movimiento fue capaz de coordinar y mantener la disciplina de la no-violencia, si bien, en momentos de fragmentación y competición entre facciones, las estructuras y mecanismos internos de control se debilitaron, conduciendo a la radicalización de las acciones.

considerados más moderados y menos implicados<sup>427</sup>, abandonan el movimiento, mientras que los militantes centrales mantienen su motivación e implicación elevada. A medida que los últimos militantes se van quedando solos, sus acciones y demandas pueden verse radicalizadas. Por eso, los seguidores de la periferia suelen servir de freno a la radicalización del movimiento. No obstante, aunque el número de seguidores disminuya, los militantes que quedan, pueden moderar su estrategia, si son compensados por los miembros del gobierno, por medio de reconocimiento y recompensas (Tarrow, 2004: 210).

Según Chinchilla (2010: 9), la fuerza que tenga cada facción para imponer su orden dentro de un actor colectivo depende de los recursos políticos (credibilidad y legitimidad de sus dirigentes), financieros (medios económicos provenientes de actividades legales o ilegales, y de contribuciones voluntarias y forzadas por parte de la población civil) y estratégicos (herramientas de acción, coherencia y capacidad organizacional). A éstos les podríamos añadir otros ya mencionados, como los recursos humanos (más seguidores) y los recursos ideacionales (marcos cognitivos más sólidos, resonantes, legítimos y adaptables). En función de cómo se distribuyan estos recursos, así se determinará la correlación de fuerzas internas. Según Chinchilla, el sector que controle todos los recursos será el que domine al sujeto colectivo, da igual si es el extremista o el moderado. Pero, si ninguno de los sectores concentra todos los recursos y estos están repartidos, las posibilidades de que se produzca el fraccionamiento interno aumentan, pues en el caso de que los moderados negocien con el gobierno los extremistas no acatarán la decisión y serán expulsados (*Ibidem*: 14, 18), pudiendo llegar a formar su propia disidencia violenta. En el caso de los grupos rebeldes o insurgentes, se ha señalado que la abundancia de recursos y la codicia puede generar fragmentación y ruptura en los mandos, y obstaculizar la formación ideológica de los combatientes (Cater, 2003: 35 y Ballentine, 2003: 270, citados en Arnson y Zartman, 2006: 129), lo cual podría extrapolarse al caso de los movimientos no-violentos, cuando sus facciones compiten por recursos en un contexto donde hay abundancia de recursos naturales o materias primas, infraestructuras y redes de comercialización.

La cohesión y fortaleza del movimiento social depende también de la capacidad de sus organizaciones, líderes y redes sociales para aglutinar a la diversidad de subculturas internas. En concreto, estudios previos han señalado que para que un movimiento mantenga su cohesión interna y pueda continuar en la senda del diálogo y la no-violencia, se necesita que: 1) los líderes sean reconocidos y habilidosos en el trato con la línea dura, para asegurar su compromiso; 2) existan procesos internos de consulta, debate y negociación (Dudouet, 2009b: 399); y 3) funcionen las estructuras organizativas y los mecanismos internos de control, coordinación y

---

<sup>427</sup> La literatura señala una correlación entre el grado de implicación del activista y su posición moderada o radical. Las personas más comprometidas, que forman parte del núcleo del movimiento, son más propensas al extremismo, mientras que quienes se encuentran en la periferia tienden a asumir demandas y acciones moderadas.

conexión (Pearlman, 2011). Si el MS sabe unificar lo mejor de cada postura y adaptarlo estratégicamente a cada momento, puede conseguir la cohesión entre los sectores del movimiento, contribuyendo a su vez a la unidad y fortalecimiento interno.

Por su parte, el análisis de los marcos ha enseñado que la cohesión dentro de un movimiento social depende del éxito del “alineamiento de marcos” (*frame alignment process*), es decir, el proceso a través del cual se alinea y fortalece una identidad colectiva y una cultura organizacional por encima de las demás (Snow *et al.*, 1986)<sup>428</sup>. Para ello, los actores representativos de las OMS (líderes, organizadores, promotores de acciones, etc.) intentan influir en los escenarios de micromovilización para así poder orientar los procesos interactivos y comunicativos a pequeña escala, y movilizar a los seguidores bajo su orientación. La difusión de los marcos entre los diferentes subgrupos debe ser suficientemente eficaz como para consolidarse como el sistema de creencias dominante dentro del movimiento social. Esto se consigue cuando las orientaciones de los líderes y activistas destacados de las organizaciones de los MS (OMS) y las orientaciones de los grupos de individuos (simpatizantes, seguidores o potenciales adherentes) quedan vinculadas y alineadas, de forma que las actividades, objetivos e ideologías marcados por los primeros sean complementarios y congruentes con los valores, creencias e intereses de los segundos.

### 5.2.5. Modelos organizativos

El funcionamiento interno de cada organización –quiénes deciden cuáles son los objetivos, estrategias y campañas, su priorización, la distribución de los recursos y las funciones, las formas de reclutamiento y adscripción al movimiento, etcétera– son cuestiones que difieren según el modelo de organización. El reto, en términos de construcción de paz y transformación de conflictos, es desarrollar un modelo organizativo que sirva a la materialización de los objetivos y al fortalecimiento y cohesión interna del movimiento social, sin necesidad de recurrir a las armas. Sin embargo, no existe un único modelo de organización para conseguirlo puesto que, como señalan los seguidores del modelo del proceso político, las formas organizativas surgen, se desarrollan y desaparecen en función del contexto<sup>429</sup>. En escenarios de conflicto armado varía la disponibilidad de recursos y la forma de organizarse (por ejemplo, en clandestinidad) y se inician repertorios de acción más amplios que van desde la lucha por la paz positiva (justicia y desarrollo) hasta las

---

<sup>428</sup> Cuatro son los tipos de procesos de alineamiento de marcos que han sido identificados por estos autores: el puente entre marcos (*frame bridging*), la amplificación de marcos (*frame amplification*), la extensión de marcos (*frame extension*) y la transformación de marcos (*frame transformation*).

<sup>429</sup> Por ejemplo, que los ecologistas alemanes hayan optado por repertorios de acción colectiva más convencionales o institucionales (Partido Verde) que los ecologistas de otros países puede ser debido a que Alemania cuenta con un sistema electoral proporcional, donde los partidos minoritarios tienen mayor probabilidad de acceder al poder mediante elecciones que en los sistemas mayoritarios (McAdam *et al.*, 35–36).

acciones de defensa de la población y la búsqueda de reconciliación (García-Durán, 2006: 53-87). Esto se debe a que, para poder garantizar el flujo de recursos y la supervivencia del movimiento, las organizaciones adaptan sus estrategias a las condiciones del entorno y al tipo de interacción con otros actores, lo que puede revertir en cambios en sus estructuras y procesos internos, así como en las relaciones de poder.

Cada movimiento desarrolla unas formas organizativas y procesos internos y maneja una proporción diferente de recursos en función de los elementos de que dispone, de las estructuras conocidas, de las condiciones del entorno político, social, económico y cultural, y sobre todo en función de los valores y las estrategias, porque cada innovación o adaptación de las formas organizativas debe ser útil a los resultados de cambio que se pretenden implementar (McCarthy, 1999: 214-216). Por eso, parece más pertinente estudiar cuáles son las formas más apropiadas a cada contexto o cómo las estructuras políticas, sociales o culturales afectan a las diferentes formas organizativas. No obstante, la literatura ha desarrollado un debate en cuanto a los beneficios y prejuicios de cada modelo, que después habría que valorar en cada caso particular<sup>430</sup>. A continuación, aplicaremos tales razonamientos para intentar identificar qué tipo de modelo se adecuaría mejor al objetivo de construcción de paz.

En relación a la estructura interna, consideramos que el modelo descentralizado parece ser más congruente con la construcción de paz y la transformación de conflictos. La línea teórica defensora de la descentralización ha puesto en valor la existencia de estructuras de movilización básicas, independientes e informales como las comunidades de base, las redes sociales, las instituciones locales autónomas y los grupos de amistad, y ha cuestionado la importancia del liderazgo y de las organizaciones formales presente en la TMR original (Evans, 1980; Evans y Boyte, 1986; Kriesi, 1988; McAdam, 1982; McAdam y Paulsen, 1993; Morris, 1984; Snow *et al.*, 1980)<sup>431</sup>. Esta visión coincide con la de los seguidores de la “resistencia civil no-violenta”, quienes consideran estratégico que las relaciones internas de los movimientos sean horizontales (Clark, 2011: 13). Las ventajas que vienen asociadas con este modelo son: una mayor resiliencia a la represión estatal y a los intentos de

---

<sup>430</sup> Dentro del campo de estudios de los MS, los debates han girado en torno al tipo de estructura organizativa y al tipo de repertorio de acción, que podemos simplificar en cuatro variables. Respecto a la estructura interna, se debate entre a) la formalización, jerarquización y centralización; y b) la informalización, horizontalidad y descentralización. Respecto al repertorio de acción colectiva, la disyuntiva está entre a) la acción convencionalizada, institucionalizada u orientada al acceso a las autoridades; y b) la acción contenciosa, disruptiva o subversiva. Estas cuatro variables se encuentran a su vez asociadas entre sí, en el sentido de que la centralización de estructuras se suele asociar a la institucionalización de las acciones, mientras que las estructuras descentralizadas tienden hacia las tácticas disruptivas.

<sup>431</sup> Por ejemplo, en el caso del movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, Morris (1984) y McAdam (1982) mostraron que las instituciones locales autónomas (*autonomous indigenous institutions*), como la iglesia y la escuela, que articulaban a la comunidad afroamericana, sirvieron mejor de soporte para el reclutamiento y la movilización que las organizaciones formales o profesionales.

cooptación; un mayor traspaso de poderes y de liderazgos, por lo que el movimiento no decae cuando un líder muere o es detenido; estructuras democráticas que incrementan el compromiso de los activistas y la responsabilidad de los líderes; una conciencia crítica (*oppositional consciousness*) más abierta, flexible y respetuosa con la diversidad, lo que mejora su capacidad para trabajar con otros grupos aunque no haya un consenso ideológico y para facilitar la articulación de coaliciones opositoras; y una transmisión de información horizontal lo que favorece la innovación y creatividad de las tácticas (Schock 2005, 143–144, 165). Estamos, por tanto, ante una forma de estructura organizativa más inclusiva. Como la violencia también puede ser estructural en el interior del grupo, las estructuras deberían ser no patriarcales, igualitarias, incluyentes y democráticas para poder hablar de paz positiva. En principio, el modelo descentralizado favorece que la toma de decisiones sea colectiva y la distribución de recursos y poderes más equitativa, sin discriminación por razón de género, edad, orientación sexual, etc. Además, según Casquete (1998: 25) y Melucci (1996: 7), los MS contemporáneos han respondido a la “ley de hierro”<sup>432</sup> articulando nuevas estructuras organizativas informales, descentralizadas y horizontales. En cambio, los MS tradicionales –y el obrero en particular– se han ido deteriorando con el transcurso del tiempo, su práctica se ha vuelto acomodaticia y han resultado incapaces de ofrecer una respuesta antagónica al sistema capitalista en las sociedades avanzadas.

Sin embargo, los autores han advertido de que la descentralización puede convertirse en una tiranía de las bases (Tarrow, 2004: 186-187) así como en incoherencias internas. El poder de las bases puede traducirse en la debilidad de las estructuras conectivas que sirven para vincular y coordinar a las organizaciones formales y a los líderes con las bases, impidiendo la creación de estrategias y acciones coherentes. El riesgo en este tipo de MS, donde solo existe un tejido conectivo informal y un bajo grado de coordinación interna, es –como vimos en el apartado anterior– la radicalización y la desintegración. Por tanto, la descentralización tiene que ser compensada con una buena organización y coordinación, si se quiere asegurar la coherencia y continuidad de los MS y su estrategia no-violenta.

En relación al repertorio de acción colectiva parece que, en términos de construcción de paz, el potencial estratégico de los MS depende de que mantengan su naturaleza contenciosa y eviten tanto la institucionalización como la radicalización. Hace décadas, Piven y Cloward (1977) defendieron que las acciones colectivas espontáneas, disruptivas e impredecibles de las bases eran las acciones más eficaces para los MS. El principal recurso de los desposeídos no es el acceso directo

---

<sup>432</sup> Robert Michels (1962) formuló la “ley de hierro de la oligarquía”, según la cual es inevitable que los MS se acaben burocratizando, desviándose de sus objetivos políticos, porque las minorías dirigentes tienden a concentrar el poder y a actuar en función de sus propios intereses. En este sentido, la descentralización es un modelo más adecuado para evitar la concentración del poder, estimular la democratización, la formación política y la participación de las bases.



a las autoridades, sino la alteración del orden, y por eso tienen que defender la acción directa frente a los dirigentes que intentan desarticularla e institucionalizar el movimiento. Esta visión es compartida por la “resistencia civil no-violenta” así como por el enfoque de la transformación de conflictos, pues los grupos desfavorecidos, en una situación de asimetría de poder, solo pueden utilizar las acciones de protesta extra-institucionales para conseguir visibilizar el conflicto en la sociedad y presionar a las élites para transformar las condiciones y lograr que las relaciones sean más justas y pacíficas.

Sin embargo, no puede obviarse que, como señalan los defensores de la institucionalización, mejorar el acceso rutinario a centros políticos decisorios puede aumentar las posibilidades de que el movimiento social tenga éxito y perdure en el tiempo (Neveu, 2002: 43). De hecho, en la práctica, los MS no solo utilizan un repertorio de acciones, sino que combinan las acciones directas con las actividades convencionales, donde se relacionan y negocian con los oponentes y las autoridades. Para Cohen y Arato (2001), los MS se caracterizan por desarrollar una estrategia dual: por un lado, actividades que intentan influir en las autoridades y, por otro, actividades que intentan influir en la sociedad civil a través de la difusión de valores políticos, sociales o culturales, lo que contribuye a cambiar el pensamiento. De hecho, desde el enfoque de la “resistencia civil no-violenta”, se afirma que los movimientos son más eficaces a la hora de atraer a la población y alcanzar sus objetivos de cambio social si son capaces de diversificar las estrategias, desarrollar una amplitud de métodos y combinar sus acciones disruptivas-persuasivas y de no cooperación, institucionales y no-institucionales (Schock, 2005: 166-167).

Por tanto, la cuestión de la burocratización y de la institucionalización de los MS depende de la proporción en que se produzca. Según “el grado en que se institucionalice, pierde su carácter distintivo” (Smelser, 1989: 21); esto es, el movimiento social desaparece progresivamente y la institución perdura (Park y Burgess, 1924). Se trata de encontrar fórmulas intermedias con las que los MS mantengan su idiosincrasia a pesar de adquirir cierto grado de institucionalización. Esta no debe ser tan excesiva como para desarticular la acción directa y desnaturalizar el carácter transgresor del movimiento, ni debe haber tal radicalización e innovación en las propuestas y acciones que les hagan perder seguidores y capacidad de interlocución hasta llevarles al aislamiento. En esta dirección apunta también Tarrow (2004: 178-179, 196) cuando afirma que la mejor alternativa está en el equilibrio entre los diferentes modelos. Se necesitan tanto estructuras estables que posibiliten la relación y la comunicación de la organización con los oponentes y las autoridades como estructuras flexibles que faciliten la formación de redes, conexiones informales y “unidades locales semiautónomas y contextualmente enraizadas”. Ambas, organización formal asociada a los líderes y unidades locales, deben internalizar y respetar las estructuras de conexión. Así mismo, las estructuras conectivas y la “organización de la acción colectiva” deben quedar bajo el control y la coordinación de la organización formal.

### 5.3. Dimensión externa: condiciones relacionales y contextuales que favorecen la acción colectiva no-violenta

Previos estudios han señalado que la decisión de los movimientos insurgentes de abandonar las armas, iniciar procesos de negociación y acuerdos de paz, ha estado influenciada por eventos externos y condiciones del contexto como, por ejemplo, cambios en la jefatura del gobierno, el colapso de una dictadura militar, el aislamiento internacional o las reformas democráticas pues suponía un escenario de oportunidades diferentes y alteraciones en las relaciones de poder (Dudouet, 2009b: 401-404). Esta dimensión externa incluye factores relaciones (*relational*) y contextuales (*environmental*) que a su vez pueden ser diferenciados como societales, estatales o internacionales (Dudouet, 2013: 408-411). Siguiendo esta perspectiva, en este apartado vamos a analizar cómo los factores externos (*extra-group*) influyen en la adopción de acciones colectivas no-violentas y para responder a estas inquietudes vamos a recurrir nuevamente a las teorías y herramientas analíticas que nos ofrece el campo de los movimientos sociales.

Como vimos en el capítulo segundo, en la década de los setenta se comenzó a estudiar en Estados Unidos la relación entre los movimientos sociales y la política institucionalizada, principalmente por el modelo de proceso político de la teoría de movilización de los recursos<sup>433</sup> (Tilly, 1978; McAdam, 1982; Tarrow, 1983), un enfoque que fue posteriormente explorado por académicos europeos. El modelo del proceso político analiza el surgimiento y la evolución de los movimientos sociales en función del tipo de sistema político y de las interacciones que mantienen los grupos desafiantes con las autoridades<sup>434</sup>. Por lo tanto, a efectos de nuestra investigación, este enfoque nos resulta de gran utilidad para abordar las condiciones de tipo contextual y relacional que influyen en la adopción de estrategias de resistencia no-violenta por parte de los grupos desafiantes dentro del ciclo del protesta.

En los trabajos se aprecia un interés común por analizar las oportunidades y restricciones políticas (las instituciones políticas, el comportamiento de las élites, los nivel de control y represión estatal, etc.) del contexto nacional que afectan a los movimientos sociales, aspecto que ha sido estudiado bajo la categoría de la “Estructura de Oportunidades Políticas” (ver capítulo segundo). Siguiendo el planteamiento de la EOP, la conformación de la acción colectiva no-violenta y la participación de los potenciales activistas están condicionadas por las estructuras político-institucionales y sus cambios. En función de las oportunidades o restricciones políticas que genere el sistema político, varían las expectativa de éxito

---

<sup>433</sup> Recordemos que dentro de la teoría de la movilización de los recursos se diferencian dos tipos de enfoques, el organizativo y el del proceso político, que no son excluyentes. El primero pone el foco en el interior del movimiento y el segundo en el contexto del movimiento (ver capítulo segundo). En la dimensión grupal (*intra-group*) nos referimos al enfoque organizativo y ahora, en la dimensión externa (*extra-group*) nos centraremos en el enfoque contextual.

<sup>434</sup> Aspectos como: la naturaleza de la lucha política, la correlación de fuerzas, el grado de accesibilidad a las autoridades, el reconocimiento institucional, etc.

o de fracaso de los activistas, incentivando o desincentivando la acción colectiva no-violenta. Tarrow (1999: 89) define las “oportunidades” y “restricciones políticas” como las “señales continuas –aunque no necesariamente permanentes, formales o a nivel nacional– percibidas por los agentes sociales o políticos que les animan o desaniman a utilizar los recursos con los que cuentan para crear movimientos sociales”. Funcionan como recursos externos a los movimientos sociales que pueden ser aprovechados por éstos. Por ejemplo, la implementación de reformas que abren el acceso a las instituciones o la promulgación de una ley que reconoce derechos pueden incentivar la acción colectiva no-violenta, mientras que la represión policial, por el contrario, puede desincentivarla.

La estructura de oportunidades no solo es determinante en la fase de surgimiento de la acción colectiva sino que sigue ejerciendo gran influencia sobre su desarrollo. La única diferencia es que a partir de un momento determinado, las oportunidades y restricciones no se crean como elementos exógenos si no que la participación de los propios movimientos sociales y su interacción con el entorno se vuelve relevante (McAdam, McCarthy, y Zald 1999, 36)<sup>435</sup>.

A pesar de la amplia utilización de la EOP como herramienta analítica, muchos autores han advertido sus límites. El carácter flexible e indefinido de la noción la convierte en una categoría abierta y controvertida sobre lo que cabe y no cabe dentro de la misma. El concepto ha tendido a extenderse como un cajón de sastre a medida que surgían nuevos aspectos. Y la indefinición dificulta a su vez la aplicabilidad de la variable a los estudios de caso<sup>436</sup>. Por eso, es necesario que precisemos qué entendemos en esta investigación por el concepto de oportunidad política y cuáles son las dimensiones analíticas que lo componen. Tratamos de adaptar la noción a los objetivos de esta investigación, por lo que proponemos una definición de la “EOP para la paz”<sup>437</sup>. Para ello, hemos partido de la noción básica de la EOP y le hemos incorporado nuevas dimensiones.

McAdam (1999: 54) analiza las propuestas de cuatro autores (Kriesi, 1991, 1992; Rucht, 1999; Tarrow, 1994; y Brockett, 1991) concluyendo que, más allá de las diferencias terminológicas, hay un consenso sobre cuatro variables que conforman la noción de oportunidad política:

- (1) La propensión del estado a la hora de reprimir las protestas y su capacidad

---

<sup>435</sup> En el ciclo de protesta, las acciones colectiva puede ser generadoras de nuevas oportunidades y beneficiar así la movilización de otras personas y colectivos. La acción de los movimientos sociales puede crear o ampliar las oportunidades para cuatro tipos de actores: (1) para el propio grupo, (2) para otros, (3) para los oponentes, y (4) para las élites (Tarrow 1999, 95–98).

<sup>436</sup> “Tenemos problemas con el concepto de estructura de oportunidad política. Estamos corriendo el peligro que se convierta en una especie de esponja capaz de absorber cualquier aspecto relacionado con el entorno de los movimientos sociales, instituciones y culturas políticas, crisis de diversos tipos, alianzas y variaciones en las políticas (...) Si se le quiere utilizar para explicar tanto, en último término puede llegar a no explicar nada” (Gamson y Meyer 1999, 389).

<sup>437</sup> Del mismo modo podemos hablar de “identidades para la paz”, “estructuras organizativas para la paz” y “marcos culturales para la paz”.

para hacerlo<sup>438</sup>.

- (2) El grado de apertura de un sistema político institucionalizado respecto al acceso de nuevos actores y demandas.
- (3) El grado de estabilidad de las alineaciones en el sistema político, en concreto, si existen nuevas alianzas, conflictos políticos, crisis o divisiones entre las élites o entre los miembros del gobierno<sup>439</sup>. Estas alineaciones ejercen una gran influencia sobre el sistema político.
- (4) La posibilidad de contar con el apoyo de potenciales aliados, en concreto, de las élites.

Podemos comprobar que el concepto contempla dimensiones tanto de tipo contextual (la capacidad coercitiva del estado y la naturaleza del sistema político) como relacional (la respuesta del estado a la protesta social, las alineaciones dentro del gobierno y las élites y el apoyo de las élites a la protesta) pues como dijimos, el modelo del proceso político estudia tanto las condiciones del contexto como las interacciones que afectan a la configuración de la acción colectiva. En consecuencia, hemos incorporado elementos a ambas dimensiones.

Dentro de la dimensión contextual, la EOP se centra únicamente en factores contextuales de índole político –capacidad coercitiva del estado y naturaleza del sistema político– pero se revela insuficiente como marco comprensivo de la naturaleza del contexto, que incluye otras dimensiones<sup>440</sup>. Dieter Rucht (1999) propone una nueva noción, la “estructura del contexto”, para referirse al conjunto de factores del entorno que influyen en la formación de la estructura del movimiento social, en la disponibilidad de los recursos y en la configuración de las acciones. Aunque reconoce que la dimensión política señalada por Tarrow puede ser la más importante, Rucht introduce dos nuevas dimensiones al estudio del contexto, la social y la cultural. En el caso de movimientos sociales que no están circunscritos en la arena política se evidencia que los factores políticos son insuficientes para explicar su emergencia y dinámica. En el mismo sentido, Kriesi (1999: 231) señala que, además de los factores políticos medidos en la EOP, el desarrollo económico y los elementos culturales del país donde surge el movimiento social son también determinantes. El desarrollo y la infraestructura económica influye en el nivel y tipo de recursos que los emprendedores políticos pueden utilizar para las organizaciones de los movimientos sociales. Y los elementos culturales pueden explicar las diferencias en la participación y en los niveles de violencia de cada país. Por lo tanto, se debe complementar la dimensión estructural –o mejor dicho, contextual– del modelo del proceso de político incorporando a los aspectos políticos, los

---

<sup>438</sup> McAdam, sorprendido, declara que solo encuentra esta dimensión en el trabajo de Charles Brockett (1991). No obstante, en la nueva edición de Tarrow (2004, 116) sí aparece la dimensión “capacidad o voluntad del estado de reprimir la disidencia”. Y Tilly y otros autores, como veremos más adelante, han trabajado en la relación entre la represión estatal y la protesta social.

<sup>439</sup> Tarrow (2004, 116–22) distingue entre el grado de estabilidad de los alineamientos en el seno del gobierno y en las élites, planteando dos dimensiones diferenciadas.

<sup>440</sup> Para desarrollar estas críticas, ver Gamson & Meyer, 1999; Doug McAdam, 1999; Rucht, 1999).

elementos socio-económicos y culturales<sup>441</sup>.

Respecto a la dimensión relacional, también hemos considerado necesario complementar este enfoque para adaptarlo a los contextos de conflictividad y violencia prolongada que estamos estudiando. En el capítulo anterior mencionamos que la violencia política tiene un carácter interactivo. La dinámica de radicalización o des-radicalización de los movimientos sociales está muy relacionada con la interacción de los actores en la contienda política y en concreto, con la forma de actuar que tengan los adversarios, las élites, las autoridades, los emprendedores políticos y los especialistas en la violencia. Los repertorios de acción y las tácticas se adaptan a las relaciones de interacción.

Por tanto, además de los aspectos ya señalados por la EOP –las alineaciones internas, la respuesta de las autoridades y el apoyo de las élites– consideramos que se deben estudiar otros aspectos para entender el tipo de relación o de interacción (violenta o no-violenta) que mantienen los actores desafiantes y sus adversarios: (1) el grado de coordinación de los actores en ambos lados de la línea divisoria (Tilly 2007), (2) la centralidad de la violencia o la relevancia del daño para cada uno de los actores (Tilly 2007), (3) la formación de la identidad colectiva en relación a los otros, (4) el apoyo de las instituciones y organizaciones de la sociedad civil y (5) las alineaciones dentro de la izquierda, entre los movimientos sociales y los//entre estos y los partidos políticos progresistas (Kriesi 1999)<sup>442</sup>.

Recapitulando, a continuación analizamos una variedad de factores o condicionantes contextuales y relacionales del sistema político (el grado de apertura del sistema, las alineaciones, la represión y capacidad del estado, el apoyo de las elites, la coordinación y la relevancia de la violencia, etc.), socio-económico (desarrollo económico, recursos disponibles, etc.) y cultural (percepciones, ideologías, valores y creencias de la sociedad) que nos sirven para analizar la configuración de las acciones colectivas y los cambios de estrategia. Veremos si estos factores facilitan u obstaculizan el desescalamiento de las interacciones contenciosas y la adopción de estrategias no-violentas por parte de los grupos desafiantes.

---

<sup>441</sup> Por otro lado, cabe advertir que en este enfoque no se estudian las causas estructurales (políticas, sociales o culturales) de los conflictos. En el capítulo segundo explicamos que el modelo del proceso político no debe confundirse con el estructuralismo. La diferencia principal reside en que el estructuralismo se refiere a las condiciones objetivas del sistema (por ejemplo: la desigualdad, la pobreza, el subdesarrollo, el acceso a recursos, etc.) que son las causas de los agravios colectivos, del surgimiento de las protestas y los conflictos sociales y armados, mientras que el modelo del proceso político se ocupa de las condiciones estructurales que afectan a la elección de estrategias y formas organizativas. Aquí nos interesa estudiar el segundo tipo de condiciones porque nuestro objetivo no es analizar las condiciones bajo las cuales estallan las protestas y los conflictos sino las condiciones bajo las cuales las formas de acción colectiva y las interacciones contenciosas se mantienen no-violentas o se vuelven violentas.

<sup>442</sup> Kriesi habla de la configuración del poder. Ésta no puede ser solo las alineaciones entre las élites y los miembros del gobierno, sino también entre los grupos desafiantes.

### 5.3.1. Condiciones relacionales

Según el enfoque culturalista, la identidad no es una condición esencial, natural u objetiva que nos venga dada sino que se configura durante la interacción de los actores sociales. Así mismo, los cambios de estrategias y repertorio de acción por parte de los movimientos sociales depende de la dinámica relacional (Tilly, 1978: 2007). Podemos entender mejor por qué se adopta la violencia en las acciones colectivas si, en vez de explicarla como una disfunción social o psicológica, atendemos a la interacción entre las tácticas y los objetivos de los actores involucrados en la contienda política (Tarrow 2004, 140). Tanto en la revolución (Goldstone, 1998) como en el terrorismo (Ehud Sprinzak, 1991 citado en Sandole, 2010: 110-111), los grupos comienzan la protesta de forma no-violenta y van cambiando según interactúan con los demás actores en la contienda política.

Las preguntas que orientan este apartado son: ¿qué factores relacionales explican la adopción de acciones colectivas violentas o no-violentas?. En particular, nos centraremos en cuatro factores: (1) la respuesta represiva del estado; (2) la activación de fronteras identitarias; (3) el aumento de la coordinación y la relevancia del daño y (4) la configuración del poder en los actores adversarios y en los actores opositores.

Una referencia fundamental de este apartado es el trabajo de Charles Tilly quien, además de contribuir al estudio de los repertorios de acción y los ciclos de protesta, en su obra *Violencia Política* (Tilly, 2007) estudia de manera particular la violencia colectiva desde una perspectiva relacional<sup>443</sup>. El autor analiza cómo la interacción social afecta a las diferentes modalidades de violencia e identifica los mecanismos y procesos que conducen o inhiben la violencia colectiva.

#### 5.3.1.1. La represión estatal

Probablemente el factor externo y relacional más estudiado por la literatura sobre movimientos sociales, resistencia civil no-violenta, revoluciones, conflictos armados y terrorismo, ha sido la represión del estado a la protesta social. En particular, nos interesa profundizar en las hipótesis sobre cómo la respuesta del estado influye en los repertorios de los grupos desafiantes (Dudouet, 2013: 409).

---

<sup>443</sup> Lo positivo de este enfoque, según el autor, es que evita que busquemos causalidades o culpabilidades de manera individual, como frecuentemente ocurre en las investigaciones que analizan las causas de las movilizaciones violentas fijándose únicamente en los activistas como, por ejemplo, las penurias que sufren o el potencial rebelde de los jóvenes (Tilly, 2007: 8). No obstante, Tilly reconoce haber dejado algunos vacíos e interrogantes abiertos como, por ejemplo, explicar la inclinación de los jóvenes hacia la violencia o la influencia de las emociones (rabia, miedo, empatía) de quienes participan (Tilly, 2007: 7).

Todos los gobiernos intentan poner freno a las reivindicaciones colectivas pero lo pueden hacer con mayor o menor intensidad<sup>444</sup>. Las autoridades pueden reprimir determinadas acciones colectivas y facilitar otras, simplemente elevando o reduciendo el coste de organización y movilización. Las élites y los miembros del sistema político ven en la protesta social un desafío al orden establecido – especialmente si las protestas desencadenan en agitaciones insurreccionales o revolucionarias que pretenden derrocar al gobierno– gracias al cual sus intereses están protegidos. Por eso, incluso en los regímenes democráticos donde hay más tolerancia hacia las protestas, también se produce represión e interacciones contenciosas violentas. Por ejemplo, las reivindicaciones de tipo cultural o identitario –especialmente si implican aspiraciones separatistas– constituyen todavía grandes desafíos en los regímenes democráticos (Tilly, 2007: 198). Un buen indicador del potencial transformador de las agendas de los movimientos sociales es atender a la represión que reciben, dado que las élites y autoridades tendrán más interés en reprimir a quienes presentan mayores desafíos.

La construcción del estado-nación moderno fue, por un lado, un proceso de expansión y acaparamiento del poder y, por otro, un proceso de estructuración de las relaciones entre los ciudadanos y de éstos con los gobernantes. Los grupos que acapararon al estado se auto-designaron el monopolio de la fuerza o de la capacidad coercitiva así como la modernización y perfeccionamiento de los mecanismos de control y de represión. Por eso, en todos los estados existen agentes y mecanismos empleados para la contención y represión de las acciones colectivas de otros grupos. Conforman cuerpos especializados en la violencia, disponen de medios coercitivos y gozan de cierta discrecionalidad en su uso (Tilly, 2007). Si bien, la represión gubernamental no solo consiste en la agresión física, que produce muertos y heridos, sino también en ejercer violencia cultural y estructural: intensificar la vigilancia, elaborar leyes que limiten los derechos de reunión, asociación y manifestación<sup>445</sup>, acaparar los medios de comunicación, criminalizar a los protestantes y castigarlos con detenciones, enjuiciamientos, sanciones económicas o privaciones de libertad. Con todos estos procedimientos, lo que intenta el estado es elevar los costes de la participación y desincentivar la movilización colectiva. Sin embargo, no está claro que todo aumento de la represión conduzca directamente a una disminución de la protesta social, por tanto cabe preguntarse, ¿cuáles son las consecuencias que tiene la violencia represiva del estado?, ¿es la represión gubernamental un factor que desalienta o promueve las acciones colectivas violentas y no-violentas?

---

<sup>444</sup> Como veremos al hablar de las condiciones contextuales o estructurales, el grado de permisividad o tolerancia ante las acciones de protesta varía según el tipo de régimen político.

<sup>445</sup> En la historia de Occidente (Francia, Gran Bretaña, España, Alemania, etc.) ha sido recurrente la prohibición o restricción de libros y panfletos, de asociaciones, de reuniones sociales y de debates políticos. Un ejemplo en esta dirección lo constituye la recién aprobada “Ley mordaza”.

El efecto más inmediato y visible de la represión estatal es el aumento de los niveles de violencia de la sociedad. Según Tilly (1978: 177) en la historia moderna europea, la represión ha provocado la mayor parte de daños en las personas –en términos de muertos y heridos– mientras que la protesta social ha provocado la mayor parte de daños materiales (citado en Tarrow 2004, 140). Más adelante, en su estudio sobre las formas de violencia colectiva, Tilly (2007, 171-172) confirma que las modalidades que generan la mayor proporción de daños interpersonales, según demuestran los estudios empíricos, son aquellas propiciadas por gobiernos, emprendedores políticos y especialistas en la violencia como la destrucción coordinada y los rituales violentos mientras que las violencias provocadas “desde abajo” como los ataques dispersos y las negociaciones rotas son las de menor intensidad.

Respecto al impacto que la represión tiene en la protesta social, sus efectos son menos directos y visibles. La estrategia adoptada por las autoridades puede tanto desalentar o institucionalizar la acción colectiva, como estimularla y radicalizarla. Esta relación ha sido observada en los estudios sobre violencia política como “la curva U de la represión” (Gurr, 1969; Muller, 1985; Muller y Seligson, 1987; Weede, 1987). La curva describe que la relación entre la represión estatal y la violencia política no es lineal. Por un lado, cuando el nivel de represión es bajo, la violencia política también lo es pues existen modos de canalizar la protesta hacia formas no violentas e institucionales. Y en el extremo contrario, cuando la represión es alta, tampoco hay posibilidad de violencia política ya que ésta es completamente eliminada<sup>446</sup>. Sin embargo, cuando el nivel de represión se encuentra entre ambos supuestos, la violencia política es más frecuente porque se vuelve tanto necesaria como posible (Goldstone, 1998: 133-134). Esta hipótesis es un buen punto de partida para el análisis de la relación entre la represión y las acciones colectivas (movimientos sociales, revoluciones, etc.). Sin embargo, los estudios empíricos muestran que la realidad es más compleja. La intensificación de la represión no siempre desalienta la protesta sino que puede conllevar al efecto contrario, aumentar las acciones colectivas y provocar una oleada de resistencia (Tilly, 2007: 172-173). La represión, por tanto, es un arma de doble filo. Puede reducir las interacciones violentas y desalentar la movilización o puede que los actores sociales disidentes o subalternos se organicen para rebelarse cuando tengan la mínima oportunidad. Si los regímenes, además de reprimir la expresión colectiva del descontento, restringen los canales de participación, la disidencia tiende a organizarse en la clandestinidad y a expresarse con acciones violentas (Tarrow, 2004: 140). Por lo tanto, no está tan claro que a más represión vayan a disminuir las acciones colectivas violentas. T. David Mason (Mason, 1989, 1996) se ha dedicado a explicar esta paradoja. En la obra publicada con Dale A. Krane (Mason y Krane, 1989) estudia de qué manera la respuesta violenta del gobierno influye en las decisiones de los sectores populares y

---

<sup>446</sup> Por ejemplo, según Zunes (1994) el declive de las insurgencias armadas en los países del Tercer Mundo desde los años ochenta se debe principalmente a las estrategias contra-insurgentes de los estados que elevaron dramáticamente los costes financieros y humanos de la contienda política (citado en Dudouet, 2013: 409).



concluye que cuando la represión se ejerce de manera indiscriminada contra todo el público, sin atender a su implicación directa en la organización de la protesta, tiene el efecto paradójico contrario. A más violencia del estado, mayor resistencia popular.

Cuando el estado emplea la represión indiscriminada no lo hace para mantener el orden público sino para conservar el poder y las ventajas del grupo dominante (Tilly, 2007: 26). Hace uso de todos los medios coercitivos a su alcance (policía, ejército, armamento, prisiones, etc.), niega cualquier tipo de demanda, prohíbe todas las acciones y pretende la eliminación de todos los aliados y simpatizantes del movimiento. La contrariedad de esta represión es que si las fuerzas represivas atacan de forma directa a las personas, objetos y actividades de las que depende la supervivencia de una población, la lucha contra el régimen se convierte en una cuestión de vida o muerte. El sentido de supervivencia empuja a que las personas apoyen a la oposición o se involucren en acciones de resistencia violenta, soportando los costes de la acción, a pesar de que ello no les conlleve ninguna gratificación o beneficio personal (Tilly, 2007: 173). El apoyo a la insurgencia crece, especialmente, si ésta es capaz de ofrecer a la gente protección frente al terror de estado (Mason y Krane, 1989; Brockett, 2002). Varios autores defienden la hipótesis de que este tipo de represión generalizada fomenta el extremismo (Tarrow, 2004: 213 y 224) Della Porta (1995) y Goldstone (1997). Este tipo de respuesta del estado ha sido calificada por Goldstone (1998) como una “represión inconsistente, arbitraria y débil”, aunque en nuestra investigación preferimos hablar de “ineficaz” en lugar de “débil” pues pensamos que este calificativo puede confundirse con una represión suave o moderada producto de la incapacidad coercitiva de las autoridades cuando, en realidad, el autor quiere señalar que la represión es alta pero no consigue reprimir con eficacia la protesta. Por el contrario, cuando la represión de los regímenes autoritarios fuertes o poderosos es capaz de reprimir la protesta, estamos ante una “represión consistente y eficaz”.

La otra cara de la paradoja consiste en que una menor represión estatal también produce una menor resistencia popular. Mason y Krane (1989) observaron que cuando la violencia se ejerce solo (a) contra los líderes de los movimientos sociales o (b) contra las bases sociales de los movimientos, los resultados son mejores para el gobierno en el sentido en que consiguen disminuir la probabilidad de participación de las masas en las movilizaciones. En la primera estrategia, el asesinato de líderes hace dudar a los seguidores de la eficacia de apoyar a la oposición cuando ésta no va a poder otorgarles beneficios colectivos. En la segunda, a la ineficacia del apoyo se une el miedo a las represalias. En ambos casos, el estado limita el ejercicio de la represión contra los opositores del régimen que son activos y conocidos y en ambos, se muestran estrategias eficaces porque, bajo esas circunstancias, a los sectores populares no les interesa prestar su apoyo a la oposición. Por lo tanto, según la paradoja de la represión-movilización social, la forma de represión estatal que tiene más probabilidades de controlar o acabar con un movimiento es la que reprime de forma contenida, discriminada y directa.

Por lo tanto, existen estrategias represivas alternativas al terror de estado, que pueden ser más eficaces para contener la protesta. Para Tarrow (2004, 125 y 126) interponer demandas judiciales o aumentar los costes de afiliación a una organización agitadora pueden ser estrategias no-violentas más eficaces que la represión policial. Si las autoridades son razonables, respetan los derechos de expresión y no reprimen las protestas de forma violenta y arbitraria, sino al contrario, ofrecen mecanismos, espacios y garantías a los descontentos, los movimientos sociales tendrán dificultades para movilizar a la gente. Aunque los riesgos de participar en una protesta se reduzcan, el movimiento carecerá ahora de un motivador principal, la indignación. Además, si el gobierno, facilita el acceso a canales legítimos de expresión y a las instituciones, es probable que los movimientos sociales acaben institucionalizándose, concurriendo a elecciones para ocupar cargos públicos y abandonando la protesta en la calle. Esto es lo que Goldstone (1998) denomina la “represión moderada, neutral y legalista”. El estado actúa en el marco de las leyes y procedimientos establecidos con el objetivo de asegurar el orden social. Su implicación en los asuntos se limita a la prescripción de conductas, el control de las acciones y la imposición de sanciones a quienes infringen las leyes<sup>447</sup>.

Otra estrategia eficaz para las autoridades es ejercer una represión selectiva y divisoria, esto es, otorgar facilidades a los grupos moderados y rechazar y reprimir a los grupos radicales. En el curso de la contienda política, el estado aprende que ofrecer concesiones moderadas genera aceptación por parte de algunos sectores mientras frustra y aleja a los radicales, quienes aspiran a mayores cambios<sup>448</sup>. De esta forma el estado consigue provocar escisiones internas y aislar a los radicales para reprimirles con mayor eficacia. Sin embargo, aunque el estado parece salir fortalecido del debilitamiento del movimiento, el fraccionamiento puede dar ventaja tanto a los sectores moderados como a los radicales, que se encuentran en competencia por conseguir el apoyo a sus programas y acciones. El aislamiento de los sectores radicales puede tener un efecto rebote, mientras que los moderados se desmovilizan, los radicales pueden aumentar la movilización y extremar las acciones violentas. Incluso en la clandestinidad pueden ejercer ataques violentos y organizarse esperando su oportunidad.

La estrategia divisoria nos conduce, por otro lado, a reflexionar sobre la posición que adoptan las autoridades en los casos de violencia intergrupala, cuando los sectores

---

<sup>447</sup> La estrategia que las autoridades de Montgomery, Albany y Danville llevaron contra el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos se limitó a la interposición de acciones legales contra el movimiento. Esta estrategia legalista fue más efectiva en la desarticulación del movimiento que la estrategia represiva utilizada por las autoridades de Selma y Birmingham (Stephen Barkan, 1984, citado en Goldstone, 1998: 137).

<sup>448</sup> La misma estrategia siguieron, según señala Jack Goldstone (1997: 20), los gobiernos en Colombia, Filipinas y Kenia. A través de la negociación consiguieron la deserción de los moderados y que las élites se alejaran de los campesinos y trabajadores.

sociales se enfrentan entre sí. Recordemos que los encuentros contenciosos entre sectores sociales han sido subestimados por la literatura y pueden ser más violentos que los enfrentamientos con las autoridades (White, 2002). En estos casos, las autoridades pueden estar interesadas en que las fracturas sociales y las líneas divisorias entre grupos aumenten, en lugar de mediar entre las partes para promover la resolución equitativa de los conflictos. Charles Tilly ha estudiado que en los conflictos entre sectores populares donde se activan la líneas divisorias –las fronteras identitarias y los pares de categorías sociales– es conveniente que las autoridades intervengan para asegurar el cumplimiento de los acuerdos sociales y garantizar la convivencia. Pero si, frente a las agresiones, las autoridades no reaccionan por incapacidad o falta de voluntad, la inacción facilita la emergencia del oportunismo y las represalias entre ambos lados. En el mismo sentido, si las autoridades reaccionan tomando medidas contra uno solo de los bandos de la línea divisoria mientras que el otro sale airoso o beneficiado, esta acción contribuye a reforzar la línea divisoria (Tilly, 2007: 77)<sup>449</sup>.

Cabe mencionar que algunos autores han discutido la paradoja de la represión y la protesta social. Charles D. Brockett cuestionó el trabajo de Manson y lo etiquetó como explicaciones teóricamente incompletas y empíricamente falsables (Brockett, 2002: 135). Desde el punto de vista teórico, el problema de las hipótesis de Manson es que están basadas en el modelo de elección racional y, por tanto, en el comportamiento individual<sup>450</sup>, dejando de lado factores como la ideología, la cultura, la identidad o la solidaridad que influyen en el comportamiento individual y colectivo. Desde el punto de vista empírico, las predicciones planteadas por Manson y Kane no se cumplieron en el caso de América Central, en particular, las experiencias de violencia estatal vividas en El Salvador y Guatemala a principios de los años ochenta (Brockett, 2002: 143-152). El terrorismo de estado aplicado en estos países fue un completo éxito. Si bien, en las primeras fases, la violencia generalizada hizo que aumentara el apoyo a la oposición e incluso a la acción revolucionaria, a largo plazo, la represión sostenida consiguió inhibir o neutralizar la protesta popular, especialmente a su sector radical, por el efecto del terror que permanece en la memoria colectiva. Como explicación alternativa, Brockett (2002, 153–59) propone ubicar la paradoja de la represión-protesta dentro del ciclo de protesta. Plantea que la represión indiscriminada solo provoca un aumento de la movilización social si se realiza durante la fase ascendente del ciclo, pero, si se realiza antes de que el ciclo de protesta haya iniciado, la probabilidad de eliminar la protesta es elevada. La diferencia se debe a que cuando estamos fuera de un ciclo de protesta todavía hay pocas organizaciones y gente movilizada mientras que en las fases ascendentes de

---

<sup>449</sup> Tilly solo habla de falta de capacidad de las autoridades para intervenir en los conflictos sociales, nosotros añadimos la “falta de voluntad”. La incapacidad puede ser intencionada teniendo en cuenta que la estrategia de represión selectiva es útil para el estado. Se trata del antiguo postulado de Maquiavelo “divide a tus enemigos y vencerás”.

<sup>450</sup> Cuando la represión es indiscriminada, que amenaza la supervivencia de la población en general, las personas apoyarán la protesta por una cuestión de costes (riesgos de participar) – beneficios (sobrevivir o conseguir protección frente al estado).

los ciclos hay una cantidad inusual de organizaciones y un amplio tejido social, capaz de acelerar su acción colectiva si el estado les reprime brutalmente. No obstante, esta hipótesis tiene una excepción: incluso cuando la represión se da en la fase ascendente del ciclo de protesta, si las élites consiguen ejercer una violencia amplia, indiscriminada y sostenida es probable que consigan someter a la población y terminar con el ciclo de protesta<sup>451</sup>. La tesis de Brockett implica que la mejor estrategia para el estado es que realice la represión brutal al inicio del ciclo de protesta. Sin embargo, en este momento todavía no hay razones consistentes para ejercer tal represión. Por tanto, la represión preventiva que busca impedir que los movimientos sociales lleguen a adquirir una dinámica de resistencia tiene en contra el no poder ser justificada a los ojos de la sociedad como uso legítimo de la fuerza, lo cual puede provocar los cambios de lealtad al régimen, la movilización de los apáticos y la retirada de la confianza internacional. Y en todo caso parece una estrategia arriesgada para estados democráticos o que dependan de las buenas relaciones diplomáticas. No obstante, más allá de la validez de esta tesis, parece acertado que al hablar de los procesos de radicalización o desradicalización tengamos en cuenta en que punto del ciclo de protesta donde se ubican los actores.

Y, por último, otro aspecto que puede explicar el impacto de la represión del estado en la protesta (si es eficaz o no), es el significado que la contienda política tiene en la sociedad. El campo emergente de la resistencia civil no-violenta afirma que la represión que ejerce el estado de manera desproporcionada contra una población indefensa puede resultar beneficiosa para los desafiantes no-violentos (*backfire*) si la sociedad se indigna por las numerosas víctimas inocentes, llegando a cuestionar la legitimidad de los gobernantes, provocar cambios de lealtad y deserciones y movilizar personas que antes eran indiferentes (Chenweth y Stephan, 2011). Por eso, desde el punto de vista estratégico, los movimientos sociales necesitan mantener la disciplina de la no-violencia, para evidenciar la naturaleza represiva del estado y generar solidaridad y apoyos, de forma que la fuerza ejercida en la represión sea revertida contra el propio estado (*political jiu-jitsu*) (Sharp 1973). Si, por el contrario, los movimientos sociales caen en repertorios de acción colectiva violenta, corren el peligro de perder la aprobación de la población y de la opinión pública internacional. Los estudios sobre las insurgencias en Colombia, Indonesia e Irlanda mostraron que la población, cansada por el costo de vidas humanas que conlleva la violencia, se vuelven en contra de este tipo de movimientos y pueden acabar por percibirlos como terroristas y un obstáculo para la consecución de la paz (Dudouet, 2009b: 406). Además, como los movimientos rebeldes pueden acabar necesitando grandes cantidades de recursos para financiar la contienda, incurren en comportamientos predatorios (secuestros, extorsión, robo, saqueo, etc.) (Arnson y Zartman, 2006: 123) que son desaprobados por la opinión pública y utilizados por el estado para desacreditar su causa.

---

<sup>451</sup> "Son raras las rebeliones y las revoluciones triunfantes. Aunque en ciertas circunstancias la violencia indiscriminada podría intensificar la oposición al régimen, la capacidad de la gente para resistir a la violencia feroz del régimen tiene límites" (Brockett 2002, 158).

Goldstone se refiere a este aspecto como la “valoración cultural” que los individuos y grupos de una sociedad determinada hacen respecto a la protesta social. La valoración puede ser de “apoyo a la protesta”, cuando consideran ilegítima la respuesta del estado, de “no apoyo a la protesta”, cuando consideran legítima la represión estatal o de “apoyo limitado” en el caso de protestas de base étnica o nacionalista que generan el apoyo por parte del grupo étnico o nacionalista al que representan, pero no del resto de los grupos (Goldstone, 1998: 140). La percepción que se tenga sobre la protesta depende del conjunto de valores, creencias, normas, etc., que existen en una sociedad. La cultura predispone a la gente a tolerar o rechazar determinadas prácticas e ideologías políticas y, por tanto, es otro factor clave para entender la intensidad y eficacia de las acciones<sup>452</sup>. Si la represión generalizada supera el umbral de lo tolerado culturalmente por la sociedad y no es suficientemente eficaz para implantar el miedo y alcanzar la completa desaparición de la disidencia, el terror impuesto provocará el efecto contrario: incrementará la indignación y la solidaridad; movilizará a quienes eran indiferentes; provocará deserciones; alentarán a los militantes a evolucionar hacia objetivos cada vez más revolucionarios hasta pretender el derrocamiento del gobierno; debilitará a los sectores moderados y fortalecerá a los sectores revolucionarios y las alianzas contra el régimen<sup>453</sup>.

### 5.3.1.2. La activación de fronteras identitarias o líneas divisorias

En apartados anteriores ya nos hemos referido en el papel de la identidad colectiva dentro de los movimientos sociales. En este apartado vamos a explorar la dimensión relacional de la identidad colectiva. A partir de rasgos comunes como la clase, el género, las preferencias sexuales, la etnia, la religión, la ideología o la vestimenta, las personas van generando nuevos vínculos entre sí y conformando la identidad del grupo. Si bien la interacción con otros grupos, la formación de la identidad tiene un efecto doble: (a) *ad intra*, al interior de cada sujeto colectivo, tiene un efecto integrador o cohesionador y (b) *ad extra*, respecto a los demás, tiene un efecto diferenciador o excluyente. En este sentido, la identidad es la forma en la que las personas se definen a sí mismas, el “nosotros”, en relación a los “otros”. “Toda generación de identidad colectiva supone cierto grado de exclusión” (Etxeberria, 1997b: 83). A efectos de nuestra investigación, nos interesa analizar cómo la construcción de la “otredad” o la “alteridad cultural”<sup>454</sup> influye en la generación de

---

<sup>452</sup> De esta forma, el autor introduce la dimensión estructural-cultural, de la que luego hablaremos, en el estudio de la violencia política, una dimensión que no ha sido tan explorada como las dimensiones políticas e institucionales.

<sup>453</sup> Los moderados se quedan sin apoyos para explorar vías de comunicación y de negociación no-violentas mientras que los radicales salen reforzados en sus propósitos revolucionarios.

<sup>454</sup> La otredad o alteridad es la diferenciación que se establece en el proceso de construcción de la identidad colectiva, el Nosotros, en oposición a los Otros. No consiste en la simple constatación de que cada individuo y grupo es diferente, sino que se trata de la experiencia del encuentro con lo extraño, lo ajeno, lo extranjero, lo desconocido. Pero lo ajeno debe ser a la vez tan similar al ser

estructuras, discursos y repertorios de acción violentos y no-violentos y si es posible que los movimientos sociales contribuyan a transformar las fracturas sociales en relaciones interculturales.

En los conflictos sociales, es posible encontrar que la represión política, las diferencias en el acceso a los recursos y la privación económica (los agravios colectivos) se corresponden con los grupos identitarios. Es decir, las asimetrías de poder –quiénes son los grupos dominantes y quiénes los marginados– se establecen en función de la identidad. En estos casos, la privación y frustración tiene más probabilidad de generar conflictos destructivos entre dichos grupos sociales.

Charles Tilly (2007) ha profundizado en el estudio de las “líneas divisorias” que existen entre los actores enfrentados en la contienda política y sus repercusiones en el aumento de la violencia colectiva. Por líneas divisorias se refiere a los pares de categorías sociales o las fronteras que son formadas entre grupos diferenciados<sup>455</sup>. La *formación* de líneas divisorias está íntimamente asociada con la construcción de la identidad colectiva. Si bien, mientras que la identidad es necesaria para el bienestar de las personas, las líneas divisorias no lo son y pueden generar conflictos violentos. La activación o el reforzamiento de las líneas divisorias consiste en el proceso de variación de las relaciones sociales “tal que, cada vez más, éstas (a) se organizan en torno a una única línea divisoria nosotros-ellos y (b) las interacciones a un lado de la divisoria se diferencian de las relaciones con el otro lado de esa misma divisoria” (Tilly, 2007: 84). De un momento a otro, las líneas divisorias pueden pasar de ser insignificantes a dominantes en la interacción social gracias a su activación (Tilly, 2007: 20) y pueden ampliarse cuantitativamente cuando se pasa de un nivel local a uno regional, nacional o internacional (Tilly, 2007: 228). El resultado final de esa activación es la oposición entre grupos (conflictos intergrupales). Cuánto más relevante sea una divisoria única mayor será el nivel de coordinación y el daño a infligir en las interacciones violentas (Tilly, 2007: 76). Cuánto más importante sea la frontera identitaria en un conflicto, más nos alejamos de las relaciones pacíficas y más nos acercamos a la destrucción coordinada y los rituales violentos. Ejemplo de ello han sido las guerras civiles o internas de las últimas décadas<sup>456</sup>.

---

propio, que toda diversidad observada se haga comparable. La alteridad implica etnocentrismo, que puede ser reforzada o menguada a través del contacto cultural (Boivin, Rosato, y Arribas, 2004: 19-20).

<sup>455</sup> La línea divisoria en los conflictos de las sociedades industriales giraba entorno a la identidad de clase. En cambio en la actualidad se reconoce que las personas tienen múltiples identidades (género, sexo, etnia, religión, nación, etc.) con sus correspondientes líneas divisorias. Las identidades múltiples pueden provocar tanto vínculos como conflictos con otras personas y grupos pero, según Tilly, el momento de “activación de divisorias marca la elección de una sola de esas identidades compartidas y su oposición a otras identidades” (Tilly 2007, 76).

<sup>456</sup> Al final de la Guerra Fría hubo una serie de conflictos armados –guerra de exYugoslavia, Ruanda, Burundi, Irlanda, etc.– en los cuales diferentes grupos étnicos, nacionales o religiosos se enfrentaron entre sí conduciendo a la fractura de la sociedad según la identidad. Por ejemplo, en la guerra de ex Yugoslavia, los serbio-bosnios reforzaron las fronteras identitarias respecto a los bosnios musulmanes, con los que durante mucho tiempo habían convivido pacíficamente y compartido relaciones familiares, comerciales, etc.

De todos los procesos y mecanismos estudiados por Tilly (que veremos a continuación), la “activación de líneas divisorias” es el que sobresale por encima de los demás en tanto en cuanto aumenta las posibilidades de generar todo tipo de interacción violenta (Tilly, 2007: 75)<sup>457</sup>. Por tanto, dado que, de este proceso, depende el aumento de la violencia política, en nuestra investigación nos interesa estudiar cómo se forman y activan las líneas divisorias<sup>458</sup>.

En primer lugar, entendemos que las líneas divisorias no tienen una base genética o biológica sino que se debe a las prácticas socializadoras y los marcos culturales (enfoque culturalista o instrumentalista de la identidad)<sup>459</sup>. Una vez dicho esto, uno de los mecanismos que influyen en la activación de las líneas divisorias es la transmisión cultural de ideologías, creencias, relatos, símbolos y narrativas que reproducen las diferencias entre categorías sociales y les atribuyen estereotipos. Por ejemplo, el supremacismo blanco, la islamofobia, el antisemitismo, el eurocentrismo, son discursos culturales que potencian las diferencias respecto al otro, el “enemigo”, el “diferente”, el “desconocido” (Amorós Bové 2016). Estos discursos han estado presentes en los episodios de violencia y en los conflictos étnicos porque, en términos de Galtung, sirven para justificar la violencia directa y estructural contra determinados grupos<sup>460</sup>.

El nacionalismo es una de las ideologías, narrativas o discursos que pone de manifiesto la paradoja de la construcción de la identidad colectiva: por un lado, construye la identidad del grupo, lo cohesiona y otorga a las personas un sentido de pertenencia y, por otro lado, niega y excluye a las diferencias. Steger (2000: 186-191) y Smithey (2013: 31–35) señalaron que el nacionalismo es un poderoso recurso movilizador en las luchas de liberación de los pueblos pero, en tanto en cuanto se constituye en una identidad exclusiva y excluyente, se puede convertir también en potenciador de la polarización étnica o nacional y la justificación de la discriminación y la violencia. Por lo tanto, encontramos que hay una relación problemática entre las

---

<sup>457</sup> Podríamos incluso concluir que este mecanismo es imprescindible porque sin la potenciación de una línea divisoria nosotros-ellos no es posible que se produzca cualquiera de los tipos de interacción violenta. Para ejercer violencia directa o estructural es necesario desarrollar un discurso que legitime tales prácticas.

<sup>458</sup> A la hora de analizar cómo es la línea divisoria, Tilly nos indica cuatro los elementos que podríamos estudiar: (1) la línea divisoria que separa el movimiento social de su antagonista, (2) los relatos que se difunden sobre la línea divisoria (por ejemplos, sobre las características definitorias de cada grupo), (3) las relaciones sociales que hay entre ambos lados de la línea divisoria, y (4) las relaciones internas en cada lado de la línea divisoria (Tilly, 2007: 31).

<sup>459</sup> El enfoque esencialista de la identidad considera que los conflictos entre diferentes grupos étnicos se debe a odios irracionales y ancestrales que tiene raíces históricas profundas.

<sup>460</sup> En los episodios donde se aplicaron mecanismos de explotación y/o eliminación del otro grupo (la inquisición, las cruzadas, la esclavitud, la colonización, el apartheid, los genocidios, los crímenes de lesa humanidad, etc.) se transmitieron relatos sobre los grupos perseguidos como seres diferentes e inferiores y, por lo tanto, desposeídos de los mismos derechos. Son discursos que tratan de “deshumanizar” al otro (los judíos eran vistos como ratas, los palestinos como cucarachas, los negros como animales, los indígenas como salvajes, menores de edad o personas sin alma, las mujeres como brujas o los mendigos como deshechos sociales) para justificar la violencia.

luchas nacionalistas –ya sean de autodeterminación, autonomía o independencia– y el ejercicio de la no-violencia directa, cultural y estructural. Identidad colectiva y acción colectiva se refuerzan mutuamente pero no siempre de manera coherente como en el caso de la identidad nacionalista con la no-violencia (Smithey 2013, 43)<sup>461</sup>. Además de la identidad nacional, otras identidades colectivas que pueden activar las fronteras identitarias son: la identidad étnica que se construye en base a diferencias culturales, la identidad racial que se construye en base a diferencias somáticas y la ciudadanía que se construye sobre las diferencias políticas de pertenencia a un estado. En base a estas se han justificado las exclusiones, discriminaciones, el racismo, la xenofobia, la colonización, etc. (Etxeberria, 1997b, 84 y ss.).

Como se originen e instauren estas ideologías y discursos culturales en la sociedad difieren en cada caso. Cuando las categorías sociales y las relaciones entre los lados de la línea divisoria son impuestas desde fuera estamos ante un caso de “invención”<sup>462</sup>. Cuando el modelo de categorías y relaciones es importado de otro lugar, estamos ante un caso de “préstamo”. Y, por último, cuando dos redes de actores separados, pero con conexiones entre sí, comienzan a competir por los recursos del otro y a definir por sí mismos la línea divisoria, estamos ante un caso de “choque” (Tilly 2007, 28–29).

Un mecanismo que ha estimulado la formación de fronteras identitarias y procesos de diferenciación ha sido la opresión sistemática contra un grupo, ya sea a través de prácticas discriminatorias, tácticas contra-insurgentes o represión estatal (Smithey 2013, 33–34). Cuando los estados niegan, rechazan, prohíben e incluso reprimen a quienes defienden identidades no hegemónicas (nuevas feminidades y masculinidades, transexuales, minorías étnicas, etc.), se potencia la activación de líneas divisorias y la emergencia de acciones colectivas de identidad. La formación de la identidad es fundamental para las personas y los colectivos pero es particularmente importante “en la protección del sentido de supervivencia de sí mismo y del grupo y toma especial relevancia durante los conflictos” (Lederach 2003, 61–62). Los regímenes democráticos suelen ser más permisivos que los no democráticos a la hora de admitir el nacimiento de nuevos vínculos y colectivos siempre y cuando se respeten las normas de asociacionismo y la identidad nacional, es decir, que no sean comunidades separatistas (Tilly 2007, 76).

En todos estos procesos de activación de las líneas divisorias, los líderes o las élites políticas juegan un papel decisivo. Ya sea por intereses políticos o económicos, estos actores pueden manipular la construcción de identidades colectivas (Brown

---

<sup>461</sup> Según el autor, el enfoque de la resistencia civil no-violenta ha desconocido la dimensión cultural (identidad colectiva) en sus estudios (Smithey 2013, 32) y la interacción entre cultura y no-violencia permanece sin explorar por lo que llama a futuras investigaciones a avanzar en este sentido (Smithey 2013, 43).

<sup>462</sup> Por ejemplo, cuando los conquistadores españoles imponen la categoría indígena.



2001, citado en Mendia 2013, 74–75). Pero la formación y activación de identidades excluyentes y líneas divisorias no solo depende de las élites y miembros del sistema político sino también de la agencia de los propios grupos subalternos, que también pueden construir identidades etnonacionalistas excluyentes.

Mitchell Hammer construyó un “inventario del desarrollo intercultural” (*Intercultural Development Inventory*, IDI) para evaluar la competencia intercultural de las personas y las organizaciones, basándose en las seis orientaciones posibles frente a las diferencias culturales, propuestas por Bennett (1993): negación (*denial*), en la cual no hay consciencia de la existencia de otras culturas; polarización (*polarization*), en la cual comienza a reconocerse la diferencia pero en términos de superioridad de unas frente a otras; minimización (*minimization*) en la cual las diferencias son reconocidas pero minimizadas, hay más interés por los aspectos comunes y no se legitima la existencia de otras culturas; aceptación (*acceptance*) en la cual se respeta la diferencia y comienza a haber un interés por conocer más pero todavía no ha implicado cambios ni acciones; adaptación (*adaptation*) en la cual el reconocimiento del otro ya implica un cambio en tus propias actitudes y comportamientos para acomodarte a otros contextos culturales; y, finalmente, la integración (*integration*) en la cual uno se siente cómodo intercambiando identidades de otras culturas<sup>463</sup>. Las tres primeras son orientaciones etnocéntricas (*ethnocentric orientations*) y las tres últimas orientaciones etnorelativas (*ethnorelative orientations*).

En este sentido, nos interesa analizar cuál es la competencia intercultural de los movimientos sociales y si contribuyen a la activación o desactivación de fronteras identitarias. Por un lado, algunos autores resaltan que los movimientos sociales tienen una faceta integradora dado que su fuerza depende de la capacidad de aunar a grandes segmentos de la población, a diferencia de otros actores como los partidos políticos, que han acotado su campo de acción dentro de la política representativa, sirviendo para agrupar élites, promover políticas públicas y convocar elecciones, y desconectándose de las bases (Martí i Puig 2004, 85). En el mismo sentido, Smithey (2013) señaló que las luchas sociales pueden ser una oportunidad para superar las diferencias étnicas, religiosas, ideológicas, culturales, etcétera, que existen en una comunidad, como sucedió en muchas luchas por la independencia<sup>464</sup>. Pero, por otro lado, los autores también han señalado que los movimientos sociales “contienen en su interior las semillas del aislamiento y del sectarismo” (Tarrow 2004, 197). Lo que potencia la cohesión del grupo es la existencia de un enemigo común, dominante y opresor, por tanto, la identidad colectiva se define en oposición a los otros. Y esto ocurre, incluso, cuando, paradójicamente, lo que demanda el movimiento social es la inclusión o el reconocimiento de derechos civiles, políticos o

---

<sup>463</sup> En términos interculturales, la integración no tiene por qué ser mejor que la adaptación, sino tan solo el resultado de años de interacción con otras culturas.

<sup>464</sup> Por ejemplo, durante la resistencia Birmana contra el colonialismo británico o la guerra de independencia española frente a los franceses a principios del siglo XIX.

culturales (Smithey 2013, 34 y 35). La razón es que, según el análisis de los marcos –visto anteriormente– los movimientos sociales necesitan identificar un adversario y atribuirle la responsabilidad de los agravios colectivos para realizar satisfactoriamente la liberación cognitiva, convencer a los potenciales activistas y justificar las acciones colectivas<sup>465</sup>. Algunos autores hablan de este ejercicio de enmarcado como la “conciencia de oposición” (*oppositional consciousness*) que sirve de preparación para las acciones contra el status quo o como la “formación de fronteras” necesarias para que el movimiento se diferencie del resto de actores y sostenga su identidad colectiva (Smithey 2013, 33).

Los “empresarios políticos” o líderes del movimiento social pueden instrumentalizar la identidad para realizar un reclutamiento y una movilización de los potenciales adherentes más efectivo. Consiste en cultivar la sensación de discriminación y de “privación selectiva”, estos es, potenciar la percepción de que los agravios colectivos afectan a un grupo por su identidad, es decir, convirtiendo las “necesidades” en “credo”. Por tanto, utilizan la identidad para generar el conflicto (Arnson y Zartman 2006, 137–39). El coste de utilizar la identidad como estrategia política es convertir la identidad y la cultura en un recurso político, frágil a los intereses políticos y susceptible de ser intercambiado.

Además, en contextos de conflicto, donde hay una pluralidad de actores, cada uno con su propia identidad colectiva, es posible, incluso, que las organizaciones de los movimientos sociales compitan entre sí, no solo por los recursos escasos o por la representación política sino también por lo que podemos llamar la “competencia identitaria”. Se trata de reforzar una determinada identidad por encima de las demás para ganar el apoyo social.

El problema, desde el punto de vista de la construcción de paz, es que, aunque la construcción de la identidad colectiva sea necesaria para la movilización social, también tiene un potencial conflictivo y violento. Cuando el adversario es representado como una enemigo hostil y malévolo, cuya mera existencia pone en peligro la supervivencia del grupo, las posturas se distancian y se vuelven irreconciliables. El conflicto se convierte en un juego competitivo de suma cero, donde solo cabe hablar de ganadores y perdedores. Se levantan fronteras identitarias que nos separan de aquellos con los que precisamente tenemos que dialogar y se despiertan los temores y los odios.

Dada la naturaleza conflictiva de los movimientos sociales, nos preguntamos si hemos encontrado en la dimensión identitaria o cultural, un punto de discordancia entre la acción colectiva y la construcción de paz. Los movimientos sociales visibilizan conflictos sociales y emprenden acciones necesarias para transformarlos.

---

<sup>465</sup> Anteriormente vimos como la construcción de la identidad de los movimientos sociales (protagonistas) está asociada a la identidad de los adversarios (antagonistas) a quienes se les atribuye características negativas y contrarias.

En este sentido, son agentes de cambio social que contribuyen a la construcción de paz. Lo contrario sería aceptar el inmovilismo del status quo en pro de la estabilidad o, la mal entendida, paz social. Sin embargo, la construcción de la paz positiva e intercultural también requiere la desactivación de las líneas divisorias. Para que la transformación de conflictos sea posible y las partes cooperen, es necesario que desarrollen la empatía y comprendan las necesidades o intereses del otro. Y, como hemos visto, según la literatura especializada, para que los movimientos sociales puedan movilizar a los activistas y sostener las acciones, deben potenciar las diferencias identitarias y la imagen del adversario como un ser antagónico y amenazante. Y cuando hacen esto, los movimientos sociales contribuyen a polarizar a los grupos en conflicto, fragmentar la sociedad y escalar los conflictos sociales. En otras palabras, parece que fortalecer la identidad colectiva en oposición a los otros puede contribuir a que los movimientos sociales movilicen de manera más eficaz el poder del grupo pero a costa de mermar las posibilidades de reconciliación y transformación constructiva de los conflictos.

El reto de los movimientos sociales que aspiran contribuir a la paz positiva es construir una identidad colectiva y motivar la movilización sin necesidad de caer en imágenes estereotipadas ni promover las actitudes beligerantes. De lo contrario, no se pueden resolver los conflictos de manera constructiva y sin violencia y alcanzar relaciones justas y pacíficas. Bajo la perspectiva de la construcción de paz, aunque un movimiento social sea efectivo en alcanzar ciertos objetivos políticos, no estaría contribuyendo al cambio social si no es a través de su colaboración en la transformación de los conflictos. Y, como vimos en el capítulo tercero, la paz intercultural requiere un equilibrio entre la diferencia y la convivencia, para que las diferentes identidades puedan coexistir. La resistencia cultural para contribuir a la paz intercultural tiene que combinarse con el respeto a la diferencia para poder llegar a acuerdos comunes sobre el marco de convivencia más justo e igualitario para todas las culturas. Así es como Panikkar advirtió a un grupo de indios “tradicionales” que defendían la necesidad de fortalecer su cultura y armarse frente al genocidio cultural: “tal revigorización no puede hacerse siguiendo las reglas del juego de la cultura dominante, ni tampoco violentamente” (Panikkar, 2002: 67).

Durante la lucha del movimiento nacional de liberación de la India frente al Imperio Británico, Gandhi se tuvo que enfrentar al problema que estamos planteando. Él propuso crear un nacionalismo “benigno”, “inclusivo” e “internacionalista”, diferente al nacionalismo de espíritu egoísta, codicioso y excluyente, un nacionalismo que luchara contra las fuerzas imperialistas opresoras y condujera a la independencia sin el uso de métodos violentos. Gandhi prefería renunciar al nacionalismo si luchar por la libertad y el desarrollo de su nación significaba hacerlo a expensas de las demás naciones. Pero en el momento de llevar a la práctica su nacionalismo no-violento, Gandhi se hizo consciente de que la posibilidad de que el movimiento de liberación alcanzara el poder político ponía en riesgo los principios éticos de la no-violencia. Un dilema que, según Steger, representa uno de los experimentos de política y moral

más memorables del siglo XX pero que Gandhi no consiguió resolver ni en la teoría ni en la práctica (citado en Steger, 2000: 181-182).

Por su parte, Smithey (2013: 36) propone que los movimientos sociales, en lugar de emplear tácticas de protesta coercitivas (ocupaciones, bloqueos, etc.), elaboren estrategias y acciones colectivas creativas que potencien el acercamiento con el otro, la búsqueda de elementos culturales e identitarios comunes y la construcción de puentes de entendimiento, como, por ejemplo, aquellas que incorporan elementos como el humor, la música, las actividades familiares, el reparto de flores o de comida. El autor considera que éstas tácticas son más eficaces para cultivar la identidad y los cambios de lealtad. El repertorio verbal y simbólico debe ser adaptado a conseguir una comunicación incluyente y conciliadora. Esto a su vez reforzará que las personas más dubitativas y miedosas se sientan atraídas por el movimiento social.

En el caso de las comunidades locales, los antropólogos culturales han mostrado que cuando los diferentes grupos que conforman una sociedad se necesitan mutuamente porque han establecido relaciones de interdependencia económicas-comerciales, políticas o personales como los lazos familiares y de amistad, esto favorece la cooperación y la creación de identidades múltiples<sup>466</sup>. Es decir, son sociedades más pacíficas e interculturales. En el caso de las tribus del alto Xingu, los estudios revelaron que los vínculos sociales se preservaron gracias a tres instituciones: el intercambio comercial, el matrimonio entre miembros de diferentes tribus y las ceremonias comunes (Gregor, 1990: 109-113; Fry, 2006, 14; citado en Comins Mingol, 2008). Es decir, promover la interdependencia e interconexión entre grupos sociales podría ser una estrategia para la transformación de los conflictos.

### 5.3.1.3. La coordinación y la centralidad de la violencia

Una de las conclusiones fundamentales a las que llegó Tilly en su trabajo sobre la violencia política fue que las transiciones entre las diferentes formas de contienda, es decir, el escalamiento o desescalamiento del conflicto, depende de (a) el grado de coordinación de los actores de ambos lados de la línea divisoria y (b) el grado de centralidad de la violencia o, dicho de otra manera, la relevancia que en los contendientes tenga infligir un daño (Tilly, 2007: 230)<sup>467</sup>.

---

<sup>466</sup> Los fuertes vínculos cruzados (tales como la matrilocidad; patrilocalidad; grupos de referencia múltiple, de edad, parentesco, religión, etc.; endogamia marital local; comercio intracomunitario; y grupos fraternales de intereses en sociedades descentralizadas) explican la baja conflictividad interna en las sociedades pacíficas (Ross, 1995).

<sup>467</sup> La combinación de ambos procesos depende de cada caso. Si partimos de los ataques dispersos a la destrucción coordinada, la transición requiere de ambos procesos, mientras que si partimos de las negociaciones rotas solo se requiere del aumento de la centralidad de la violencia porque las negociaciones rotas ya tienen un nivel elevado de coordinación. Por otro lado, cuando los ataques dispersos o las negociaciones rotas se transforman en otras formas de violencia colectiva, pueden

- (a) El aumento o descenso de la coordinación de los actores de ambos lados de la línea divisoria.

El grado de coordinación entre los participantes aumenta cuando se incorporan múltiples actores y enclaves sociales en un único conjunto. La incorporación es posible gracias a mecanismos como la *correduría*, la *escalada basada en redes* y la *activación basada en escenarios*. También la *certificación de interlocutores*, el *cambio de objeto en sentido ascendente* y el *aumento o la ampliación de las líneas divisorias* puede contribuir a aumentar la conexión y coordinación (Tilly, 2007: 84, 104 y 228). A continuación explicamos en qué consiste cada uno de estos mecanismos o procesos:

La “*correduría*” se refiere a los acontecimientos que conectan grupos dentro del mismo lado de una línea divisoria o entre ambos lados. Puede generar la polarización de ambos bandos o la competencia por el control dentro del mismo bando. Este mecanismo puede generar además la activación de líneas divisorias que antes no estaban presentes o no eran dominantes (Tilly 2007, 21). La *correduría* puede propiciar la conexión entre un conflicto de ámbito local con niveles regionales, nacionales e internacionales y también generar la entrada de “*empresarios políticos*” y “*especialistas en la violencia*” (Tilly 2007, 231). Por ejemplo, el partido comunista francés sirvió de corredor durante las manifestaciones del siglo XX en Francia (Tilly 2007, 213–14).

La “*escalada basada en redes*” es el proceso por el cual los actores ubicados en cada lado de la línea divisoria son retroalimentados por sus redes de apoyo o de ayuda mutua, provocando una redefinición de la disputa como una disputa entre categorías así como la *escalada del enfrentamiento*. Si bien, las redes también pueden actuar de forma contraria, mediando entre las partes y procurando el *desescalamiento* el conflicto (Tilly 2007, 120).

La “*activación basada en el escenario*” se refiere al enfrentamiento producido en determinados escenarios sociales. Los grupos acuden a ciertos escenarios movidos por su identidad colectiva y en ellos se encuentran con los pares de categorías con los que mantienen un enfrentamiento. Las demostraciones de fuerza se convierten en parte del repertorio utilizado por esos grupos en ese escenario. Si no hay otros mecanismos o procesos, por sí solo, este mecanismo solo genera acciones violentas intermitentes y esporádicas (Tilly 2007, 120).

La “*certificación*” consiste en la “*validación de los actores, de sus actuaciones y de sus reivindicaciones por parte de autoridades externas*” mientras que la

---

desaparecer o mantenerse de forma combinada a otros tipos de lucha como, por ejemplo, en la *lucha estudiantil de 1989 en Pekín* o en la *semana trágica de Barcelona en 1909* (Tilly, 2007: 186-189).

descertificación se trata de “la retirada de dicha validación por parte de los agentes certificadores” (Tilly 2007, 85). Cuando un actor es certificado como interlocutor válido su posición y peso dentro del conflicto aumenta, lo que según Tilly provoca una mayor predisposición a emplear medios violentos. En cambio, la descertificación contribuye a disminuir el uso de la violencia (Tilly 2007, 231–32). Tilly está pensando en el caso del Mayo del 68 donde quienes se rebelaron fueron avalados y certificados como interlocutores políticos válidos por las instituciones y los intelectuales de izquierda (Tilly 2007, 214)<sup>468</sup>.

El “cambio de objeto” se refiere al mecanismo por el cual se produce una alteración o una nueva alineación de las relaciones entre los reivindicadores y los objetos de sus reivindicaciones. Es común que durante las interacciones contenciosas se produzcan este tipo de cambios (Tilly 2007, 199).

Por último, Tilly habla de un tipo de liderazgo, el “emprendedor político”, que puede emerger en cualquiera de las partes contendientes y su presencia puede aumentar la coordinación de la violencia<sup>469</sup>. Esto se debe a que son los agentes especializados en el proceso de *correduría*: activan, conectan, coordinan y representan a grupos y redes que previamente estaban separados<sup>470</sup> (Tilly, 2007: 230). Su objetivo es acaparar las oportunidades del grupo y explotarlas para sus propios intereses. Es decir, activan y coordinan a los grupos con la intención de que estos le otorguen su apoyo y pueda extraer de ellos los recursos que necesitan, recursos que son empleados para sustentar su poder. Para Tilly, esta es la razón de que los emprendedores políticos frecuentemente promuevan la violencia colectiva a pesar de que el interés del grupo sea el desescalamiento de la violencia. Entonces se sirven de las funciones de *correduría* para cumplir con su propia interpretación de las ventajas colectivas. Cuando los emprendedores políticos están interesados directamente en promover la violencia se ocupan de activar las líneas divisorias, los relatos y las relaciones que tienen un acumulado histórico de violencia (las identidades y los odios ancestrales se van arraigando en las narrativas), conectan los actores violentos con los no violentos, coordinan las actividades de destrucción y representan a los partidarios de la violencia. Por otro lado, dentro de la misma coalición, pueden aparecer diferentes facciones y emprendedores políticos que rivalicen por el control de las redes y la lucha entre las facciones puede generar también violencia colectiva.

---

<sup>468</sup> Sin embargo, esta relación certificación-violencia no es clara en todos los casos. Ser avalado por las instituciones del estado también puede ser motivo de la desradicalización e institucionalización de un movimiento. O, en el caso, de ser avalado por actores de la sociedad civil, intelectuales, ONGs y organismos internacionales como un actor que contribuye a la construcción de paz y defiende una filosofía alternativa a la violencia, la certificación puede desincentivar el empleo de tácticas violentas.

<sup>469</sup> Se parece al “empresario político” de Arnson y Zartman (2006).

<sup>470</sup> Entre sus actividades destaca: (1) organizar acciones conjuntas, (2) activar líneas divisorias o identidades políticas, así como relatos y relacionamientos (o desactivar y anular otras), (3) vincular grupos y redes entre sí, por ejemplo, entre niveles local, regional y nacional (o desvincular y dividir otras) y (4) representar a sectores de la población (hablar en su nombre).

A efectos de nuestra investigación, nos interesa reflexionar sobre la manera en que los movimientos sociales pueden utilizar estos mecanismos y procesos para contribuir a reducir los niveles de violencia de la interacción contenciosa. Una forma puede ser que utilicen los mecanismos y procesos en la dirección opuesta a la descrita, estos es, encaminada a obstaculizar la coordinación de los actores violentos: se desarticulen redes de conexión violentas, se impida el acceso a los escenarios violentos, se anule a los emprendedores políticos de la violencia, se corten lazos de unión entre actores violentos, se les descertifique, el cambio del objeto se produzca en sentido descendente y se desactiven las líneas divisorias (Tilly 2007, 228). Pero, si en la contienda política hay grupos o facciones desarmadas o no-violentas, se pueden utilizar estos mecanismo y procesos para aumentar la coordinación de este tipo de actores: activar los grupos y redes de resistencia no-violenta, favorecer los escenarios de encuentro no-violento, promover emprendedores políticos de la no-violencia, tejer lazos entre estos actores, certificarlos como actores válidos, de forma que el cambio de objeto se vaya haciendo progresivamente descendente y las líneas divisorias vayan perdiendo su peso, se supriman o se reformulen de manera intercultural. En conclusión, cuanto más mecanismos y procesos apunten en esta dirección, más posibilidades habrá de acercarnos a relaciones no violentas.

(b) El aumento o descenso de la centralidad de la violencia o la relevancia del daño

En la interacción contenciosa la centralidad de la violencia aumenta cuando el hecho de infligir daños en las personas y/u objetos adquiere mayor relevancia. Este sería el caso de la transición de un paz inestable entre estados (negociaciones rotas) a un conflicto armado interestatal (destrucción coordinada). En ambas situaciones, el nivel de coordinación de las partes es alto. Lo que se produce, y de forma rápida, es el aumento de la relevancia de la violencia. En el sentido contrario, el paso de la guerra a la paz (negativa) también se produce rápidamente, con el abandono de la violencia (directa). Del mismo modo ocurre en los casos de las rebeliones, las huelgas o las luchas étnicas. En estos escenarios se experimentan procesos rápidos de transición de las relaciones pacíficas a la violencia y viceversa (Tilly 2007, 229)<sup>471</sup>. Los mecanismos y procesos que generan un aumento en la centralidad de la violencia son la activación de las fronteras identitarias, de los relatos y de las relaciones entre actores, el aumento de la incertidumbre entre ambos lados de la frontera identitaria, la polarización y la espiral de señales negativas.

La “incertidumbre” aumenta cuando los actores de ambos lados comienzan a sentirse mutuamente amenazados, la información que manejan cada vez es menos

---

<sup>471</sup> Debe comprobarse si el des-escalamiento (paso de la violencia a la no-violencia) es tan rápido como el escalamiento, en la contienda política. Al menos, en los conflictos armados civiles o internos, los procesos de paz no son fáciles de emprender, conducir ni efectuar. Mucho más lento si pensamos en términos de paz positiva.

fiable y exagerada sobre las acciones del otro y piensan que van a ser atacados. Los contendientes reciben indicios de que los acuerdos sociales vinculantes sobre los que se sostiene la línea divisoria están amenazados<sup>472</sup>. En estas circunstancias, lo que está en juego en el conflicto adquiere mayor importancia y los rituales no violentos dejan de ofrecer recompensa alguna, así que infligir daños se convierte en la mejor opción (Tilly 2007, 77 y 228)<sup>473</sup>. La incertidumbre, por tanto, es negativa para el éxito de las negociaciones y los acuerdos de paz (Chinchilla 2010, 14–20).

La “polarización” consiste en la “ampliación del espacio político y social que separa a los reivindicadores presentes en un episodio de contienda y gravitación de actores previamente no comprometidos o moderados hacia uno, otro o ambos polos” (Tilly 2007, 84). El espacio de contienda se amplía hasta acoger a actores que anteriormente no estaban comprometidos, eran moderados hacia uno u otro lado o eludían las líneas de división. La posición intermedia se vacía y se intensifica el conflicto. La victoria o derrota toma mayor trascendencia y hay más motivaciones para emprender acciones violentas. La entrada de nuevos actores que antes eran moderados o evasivos aumenta la propensión de todos de emplear medios violentos. Este proceso suele retroalimentarse con la *correduría*, la activación de línea divisoria, la competencia, y las oportunidades-amenazas (Tilly 2007, 21 y 231).

Las “espirales de señales negativas” se refieren a la aparición de una sucesión de señales que nos indican que aquellas prácticas que generalmente conllevan altos riesgos, ahora resultan posibles y efectivas, lo que motiva un cambio en los actores y su disposición a asumir riesgos (Tilly 2007, 133). Por ejemplo, romper algún punto de la negociación, realizar sabotajes o ataques dispersos son señales negativas que pueden romper el diálogo (Chinchilla 2010, 14–20). Las señales negativas pueden conducir al escalamiento de la violencia cuando generan incertidumbre entre los bandos de la línea divisoria, polarización o activación de la línea divisoria (Tilly 2007, 231). En el caso específico de las negociaciones rotas, un factor clave que provoca enfrentamientos y actos de violencia no previstos es el fracaso de las negociaciones entre manifestantes y fuerzas policiales o una falla en la coordinación de una o de las dos partes (Tilly 2007, 208)<sup>474</sup>.

---

<sup>472</sup> Un acuerdo podría ser la explotación de un bando sobre otro, la distribución inequitativa de la propiedad, el control sobre la población, el territorio o el gobierno local.

<sup>473</sup> “El aumento de la incertidumbre incita a quienes esgrimen los medios violentos a ambos lados de una línea divisoria a dirigir sus medios de destrucción contra quienes se hallan emplazados al otro lado de la divisoria” (Tilly 2007, 230).

<sup>474</sup> Recordemos, este es uno de los dos tipos de violencia más característicos de las luchas populares, que son, además, formas violentas intermitentes y de pequeña escala. Si en vez de preguntarnos por los mecanismos que influyen en la transición entre la violencia y la no-violencia, nos preguntamos por los mecanismos que afectan de manera particular a las negociaciones rotas y los ataques dispersos. Cinco son los mecanismos o procesos más relevantes en las negociaciones rotas: la *correduría* o *activación de redes*, la *polarización*, la *certificación-descertificación* y el *cambio de objeto* (Tilly 2007, 199). Y cinco en los ataques dispersos: la escalada apoyada en redes, la activación basada en el escenario, las espirales de señales, la actuación polivalente y las represalias selectivas (Tilly 2007, 174).



Por último, la presencia de “especialistas en la violencia” entre ambos lados de la línea divisoria hace aumentar la relevancia del daño (Tilly 2007, 229–39) pues se trata de los agentes especializados en el empleo de medios coercitivos para infligir daños sobre personas y/u objetos. De toda la gama de especialistas en la violencia, podemos diferenciar entre (a) los cuerpos profesionales del gobierno, cuya forma e intensidad con la que ejerzan la violencia dependerá de cada régimen y (b) aquellos que no hacen parte del gobierno y operan por fuera del sistema<sup>475</sup>. Su relación con el gobierno puede ser desafiante o de colaboración, pudiendo contar incluso con la protección o connivencia del gobierno<sup>476</sup>. Sin embargo, aunque los especialistas en la violencia puede estar alienados a los intereses de instancias superiores –ya sea el gobierno, grupos étnicos, nacionales, partidos políticos, gobiernos extranjeros, etc.– tienen sus propios intereses y dinámicas internas. Al igual que pasaba con los emprendedores políticos, estos pueden acaparar las oportunidades y ejercer la explotación de sus propios miembros. Su funcionamiento y relación con la violencia depende de cuáles son sus recursos y capacidades de coerción: cómo hacen el reclutamiento, la organización de sus fuerzas, el abastecimiento de armas, los lazos con las redes de tráfico ilícito, la extorsión, la toma de rehenes, las conexiones con políticos y agentes del gobierno. La experiencia muestra que si en la contienda política se encuentran los especialistas en la violencia entonces es más probable que la interacción se torne violenta o que la relevancia de los daños en la interacción violenta aumente. Según Tilly, su presencia es determinante a la hora de hacer la interacción política violenta o no violenta, ya que son quienes inician la violencia. Aunque la finalidad de los especialistas no suele ser infligir directamente un daño sino manipular, persuadir o coaccionar a través de la amenaza de la violencia, también saben que exhibir la capacidad y la disposición de infligir daños les suma credibilidad y reputación. Según ha observado empíricamente Tilly, la mayor parte de las muertes y heridos que produce la violencia pública es provocada por ellos. Cuando estos actores están cerca, se produce la violencia. Su presencia ha sido relevante en los episodios de violencia colectiva de mayor escala en todo el mundo, en particular en Centroamérica y Latinoamérica.

Tanto los emprendedores políticos como los especialistas en la violencia son actores intermedios, es decir, que no son agentes del gobierno, ni miembros del sistema político ni parte de los grupos desafiadores, que ocupan un lugar clave en la violencia política (Tilly 2007, 29, 33, 34, 38, 39, 120, 121 y 198). Sus actividades se complementan cuando, por ejemplo, los emprendedores utilizan a los especialistas para llevar a cabo sus estrategias de manera violenta. Pero también se pueden solapar, como suele ocurrir en el caso de los líderes de estos grupos: jefes de mafias o sicarios, jefes de redes de tráfico de armas, señores de la guerra, dirigentes militares y dictadores y figuras políticas que disponen del ejército.

---

<sup>475</sup> En la historia han existido una amplia variedad de especialistas en la violencia: la policía, el ejército, carceleros, verdugos, funcionarios judiciales, guardias jurados, piratas, mercenarios, bandas, sicarios, fuerzas paramilitares, guerrilleros, policía privada, coartadores, chantajistas, etc.

<sup>476</sup> Como es el caso de la parapoltica en Colombia.

Entre los elementos del sistema político que más condicionan el tipo y alcance de violencia que se da en la sociedad está la relación que exista entre el gobierno y las organizaciones especializadas en el empleo de los medios coercitivos. Cuanto mayor sea el número de organizaciones especializadas en la violencia, sus recursos, amplitud geográfica y coherencia organizativa, mayor será la violencia. Y cuánto menor sea el control público y democrático sobre estas organizaciones, mayor será la violencia. La violencia colectiva aumenta si las organizaciones especializadas en la violencia cuentan con oportunidades para la venganza privada e incentivos para la depredación. También si los especialistas en la violencia ven la oportunidad de que, a través de la amenaza a la violencia, pueden obtener poder económico y político, es probable que la violencia aumente hacia los niveles del oportunismo y la destrucción coordinada<sup>477</sup>. Por eso, para disminuir la violencia es importante que los cuerpos coercitivos estén controlados por la ciudadanía y el sistema democrático (Tilly 2007, 39). Más adelante veremos la importancia de que los regímenes amplíen sus democracias para disminuir la frecuencia e intensidad de la violencia colectiva.

Otro de los elementos que puede favorecer el aumento de la centralidad de la violencia es la “distancia ideológica” de los contendientes y “la percepción de incompatibilidad irresoluble”. Estas percepciones obstaculizan los diálogos entre actores y provocan así mismo una reafirmación de la incompatibilidad: de partida pensamos que somos distantes e incluso incompatibles, con el tiempo el conflicto no se resuelve y nos reafirmamos en la imposibilidad de su resolución (González Calleja 2002, 61). Esta percepción dificulta la resolución de los conflictos, lo que a su vez favorece el escalamiento de la violencia. Los actores sociales se ven impelidos a recurrir a medios violentos para salir de la situación de conflicto, puesto que se cree que la incompatibilidad es tan grande que el conflicto es irresoluble por otros medios que no sean las armas<sup>478</sup>.

Una vez expuestos todos los elementos y, a modo de síntesis, podemos reflexionar sobre cómo los movimientos sociales pueden utilizar los mecanismos y procesos descritos para hacer la interacción contenciosa menos violenta. Esto se puede conseguir obstaculizando los mecanismos que aumentan la relevancia del daño y

---

<sup>477</sup> Un claro ejemplo de esto es el caso de los falsos positivos en Colombia. Los soldados del ejército colombiano, incentivados por los beneficios ofrecidos si presentaban guerrilleros vivos o muertos, acaban matando a personas discrecionalmente -en su mayoría jóvenes, pobres o marginados sociales- y poniéndolas los uniformes de guerrilleros para presentarles como muertos en combate. Un ejemplo de coordinación entre emprendedores políticos y especialistas en violencia ha sido la interconexión entre el paramilitarismo, el narcotráfico (narco-paramilitarismo) y la política (parapolítica). Constituyeron redes de poder político, económico y militar con amplios niveles de coordinación, alcance geográfico y recursos.

<sup>478</sup> Además de estos mecanismos, Chistopher Mitchell (2006: 22-25) señala otros cuatro: la movilización (*mobilization*), la ampliación o extensión (*enlargement*), la disociación (*dissociation*) y el entrapamiento (*entrapment*); y sus cuatro mecanismos contrarios (demobilization or demilitarization, re-communication, de-isolation, decommitment).

fomentando los mecanismos que aumenten la relevancia de la no-violencia, en concreto: descender la polarización y la incertidumbre gracias a una mejora de la información, cortar las espirales de señales negativas y emitir señales positivas que ayuden a restablecer la confianza, como, por ejemplo, el reconocimiento mutuo, aceptar el principio de negociación, acudir a los llamamientos para acordar las reglas, el cese al fuego, disminuir los requisitos para negociar, liberar personas retenidas, etc. (Chinchilla, 2010: 14-20), corregir las actuaciones polivalentes, evitar las negociaciones rotas, enseñar el potencial de la no-violencia y la cultura de paz, aumentar el control democrático, inhabilitar, deslegitimar y desactivar a los especialistas en la violencia y crear cuerpos de especialistas en el manejo no-violento de conflictos. Bajo estas condiciones, es más probable que decrezca la motivación para emprender acciones violentas y se desescale el conflicto.

#### **5.3.1.4. La configuración del poder en los actores adversarios y opositores**

Por último, otro elemento relacional que influye en las acciones colectivas y la contienda política es la configuración del poder en los actores adversarios (autoridades, élite, miembros del sistema político) y en los actores opositores (movimientos sociales). En la contienda política, los movimientos sociales interactúan –en términos de oposición, competencia o alianza– con otros actores, tanto autoridades y élites adversarias como otros grupos desafiantes y organizaciones de la sociedad civil, tales como partidos políticos, grupos de presión, medios de comunicación, *think tanks*, ONGs y agentes internacionales que actúan como facilitadores, mediadores y/o gestores de opinión. En este apartado, se trata de analizar cómo la correlación de fuerzas entre estos actores puede afectar a la (des)radicalización de la acción colectiva y al (des)escalamiento de los conflictos. En particular, los cambios en las alineaciones dentro del sistema político (nuevas alianzas, conflictos políticos, crisis o divisiones) puede desestabilizar y cambiar el tipo de interacciones.

Para cumplir con los objetivos de nuestra investigación, a la hora de analizar esta dimensión, no solo debemos atender a la existencia o no de alianzas y apoyos externos en cada uno de los contendientes, sino también a si los actores que forman parte de esas coaliciones son o no promotores de la violencia y las acciones armadas<sup>479</sup>. Por ejemplo, el apoyo de la Unión Soviética a grupos opositores en América Latina podría explicar la aparición de movimientos revolucionarios armados en el continente durante los años sesenta y setenta.

En contextos de conflicto armado, donde hay disputas por el poder, el acceso a recursos y el control poblacional y territorial, las alteraciones en las asimetrías de

---

<sup>479</sup> Siguiendo a Chinchilla, es relevante analizar cómo está distribuido el poder dentro de cada actor, entre las facciones “extremistas” y “moderados”, pues en función de quienes dominen en cada grupo, estarán más o menos predispuesto a la negociación (Chinchilla 2010, 22).

poder entre contendientes provocará cambios en las estrategias y en la evolución del conflicto. Las condiciones más favorables para que las partes enfrentadas quieran negociar y resolver sus diferencias, facilitando la transición hacia la paz, es que se alcance una situación de equilibrio de poderes. Recordemos que, esta es la situación a la que los sectores desfavorecidos aspiran alcanzar a través de la concienciación y la movilización de la población. Un indicador del equilibrio en las relaciones de poder puede ser cuando ambas partes reconocen que no podrán ganar la guerra porque el adversario tiene la capacidad de frustrar sus posibilidades de éxito. En este momento, los especialistas señalan que el conflicto llega a un punto de “madurez” (*ripe moment*) de Miall et al. (1999) o de “estancamiento” (*mutually hurting stalemate*) de Zartman (1996), en el cual las partes están dispuestas a abandonar la confrontación armada e iniciar un proceso de paz (Dudouet, 2009b: 403; 2013: 404).

Pero hasta que se alcanza este punto de equilibrio, los grupos desafiantes, desfavorecidos por las asimetrías, tienen que desarrollar diversas estrategias para aumentar su poder, pues es la única manera de que consigan una solución política más favorable. Mientras que las asimetrías persistan a favor del estado, las negociaciones no conducirán a los cambios esperados (Dudouet, 2013: 404). Ya nos hemos referido varias veces a la importancia del empoderamiento de los movimientos sociales para la transformación de conflictos, así como a las estrategias internas que el grupo puede desarrollar para conseguir un movimiento social fuerte, cohesionado e ideológicamente alineado. En este apartado veremos cómo los movimientos sociales pueden ser empoderados también por las alianzas y apoyos externos a la vez que sus adversarios son debilitados y desempoderados por esas mismas fuerzas externas. Distinguiremos los alineamientos –divisiones y alianzas– de los grupos adversarios y de los movimientos sociales.

Respecto al alineamiento de los adversarios (élites y miembros del sistema político), el enfoque de la EOP, afirma que las divisiones internas pueden provocar un momento de oportunidad política para los movimientos sociales. En concreto, Charles Tilly señaló como una condición que favorece la aparición de los ataques dispersos, “las dudas y divisiones visibles en las autoridades” (Tilly 2007, 173). Y en términos de construcción de paz, la debilidad de los actores dominantes puede ser favorecedora en la medida en que, si consideran que no tienen capacidad para ganar el conflicto, serán más propensos a dialogar, establecer negociaciones en condiciones de igualdad y realizar concesiones y reformas.

El debilitamiento del gobierno no solo depende de las divisiones internas sino también del alineamiento internacional, es decir, de cómo las élites y autoridades de un país estén alineadas económica y militarmente dentro de la comunidad internacional. Si emerge una ola internacional favorable hacia la incorporación de determinadas demandas sociales –sufragio universal, derechos laborales, abolición de la esclavitud, democratización, despenalización del aborto, etc.- este puede ser

un motivo de presión para que los gobiernos acepten las reformas, por encima, incluso, de la acción de los movimientos sociales nacionales. La pérdida de apoyos externos y el aislamiento internacional favorecen los cambios de régimen político. Por ejemplo, en Sudáfrica, el boicot internacional contra el apartheid fue fundamental para explicar el éxito de la ANC. Según Schock, cuanto más integrado esté el estado en el sistema internacional (así como su población) y más dependiente sea de la ayuda externa y de las relaciones internacionales, más probable que la comunidad internacional influya en su política interna y más fácil que los movimientos encuentren apoyos externos para presionar al estado. Por ejemplo, los estados con economías industrializadas-exportadoras son más susceptibles a las presiones que las economías basadas en recursos naturales (Schock 2005, 154).

Respecto al alineamiento de los movimientos sociales, recordemos que estos son actores heterogéneos, con un entorno de organizaciones y redes sociales muy diverso, cuya fuerza depende de su habilidad por integrar la mayor base social posible, por lo que parece que la articulación de amplias coaliciones contribuye a fortalecer el movimiento<sup>480</sup>. Incluso, en algunos casos, los movimientos sociales han emergido en el seno de instituciones autónomas locales. Por tanto, los movimientos sociales intentarán construir coaliciones (*coalition building*) con todo tipo de actores políticos y organizaciones de la sociedad civil (otros movimientos sociales, partidos políticos progresistas, élites marginadas, instituciones de la sociedad civil, etc.) para aumentar su fuerza social.

La convergencia entre grupos opositores puede aumentar durante las oleadas de protesta, períodos temporales donde la confrontación se intensifica y la acción colectiva aumenta y se expande. Diversidad de actores pasan a interactuar y participar en el proceso político: parroquias, asociaciones de estudiantes, universidades, sindicatos, unidades familiares y de amistad, autoridades, grupos de interés, sindicatos y partidos políticos. En ese escenario participan incluso sectores de la población que no estaban anteriormente movilizados, dado que los ciclos de protesta suponen la apertura de oportunidades políticas para la entrada de nuevos actores y demandas. Se forman grandes familias de movimientos, a través de los cuales se transmiten los marcos maestros y los repertorios modulares. Por tanto, los períodos álgidos de movilización social pueden ser aprovechados por los movimientos sociales para establecer las alianzas, presionar al gobierno y conseguir ciertos de los cambios que pretenden.

Además de las coaliciones, los movimientos sociales pueden buscar también el apoyo moral, económico, material o político de actores externos y aliados

---

<sup>480</sup> McCarthy y Zald (1977: 1218–1220) distinguen dos tipos de plataformas donde se articulan las organizaciones: las *industrias de los movimientos* (IMS), agrupaciones de “organizaciones que tienen como objetivo la consecución de las preferencias de cambio de un movimiento social” y los *sectores de los movimientos* (SMS), las agrupaciones de “industrias de movimientos sociales existentes en una sociedad con independencia del movimiento social al que apoyen”.

internacionales, para aumentar su fuerza (Tilly 2007, 173). Para ello, emprenden acciones de cabildeo e incidencia política. Una estrategia posible es presionar indirectamente al estado participando en redes transnacionales, de esta manera encuentran aliados internacionales que apoyan sus denuncias contra el estado (presión desde arriba) y/o les apoyan con dinero, información, contactos, etcétera (presión desde abajo)<sup>481</sup>. A través de estas redes transnacionales los grupos locales pueden incidir no solo en el estado sino también en la política mundial, más aún cuando la relación con el estado es represiva. Los aliados internacionales funcionan como amplificadores de sus denuncias y pueden convencer a los actores estatales e internacionales relevantes. Se trata de un poder indirecto. Esta estrategia es frecuente en el caso de la defensa de los derechos humanos (Bitar Giraldo 2006, 192). Si bien, en contextos de violencia y conflictividad social prolongada, uno de los actores externos clave en el sostenimiento de los grupos opositores y en el ejercicio de la presión internacional desde el exterior han sido las diásporas.

Hasta ahora hemos mostrado como la construcción de coaliciones y la obtención de apoyos internacionales pueden ayudar a fortalecer a los movimientos sociales, si bien, esos mismos actores podrían ser promotores de transiciones hacia la violencia o la no-violencia. Por eso, para cumplir con los objetivos de nuestra investigación, es necesario analizar en qué casos los alineamientos favorecen la adopción de una estrategia armada o desarmada. Recordemos que, como los movimientos sociales, los movimientos revolucionarios también hacen parte de los ciclos de protesta y cuentan con alianzas y apoyos entre los sectores sociales. Y una de las condiciones que favorece precisamente el estallido de las revoluciones son las coaliciones con las élites marginadas (Goldstone 1998; Sckopol 1979; Tilly 2002b, 204). En el caso de las diásporas existen ejemplos de ambos fenómenos. Por un lado, las remesas sirvieron de fuente de financiación de grupos rebeldes armados como el IRA, los tigres tamiles de Sri Lanka, el Ejército de Liberación de Kosovo y el Frente de Liberación del Pueblo Eritreo (Collier 2008, 49). Y, por otro lado, los irlandeses asentados en Estados Unidos, cuando comenzaron a ver al IRA como un obstáculo para la resolución del conflicto, presionaron para que avanzaran las negociaciones de paz (Dudouet, 2009b: 406). Estas experiencias demuestran que las diásporas pueden jugar un rol fundamental tanto para sostener las acciones colectivas armadas, como para apoyar y financiar vías no-violentas de resistencia y de resolución de conflictos.

Uno de los factores que puede favorecer la adopción de una estrategia no-violenta es la existencia de movimientos pioneros proclives hacia la no-violencia, pues, como vimos, estos son los iniciadores de los ciclos de protesta, que sirven de referencia estratégica e ideológica para los demás movimientos y podrían difundir marcos maestros y repertorios modulares no-violentos entre sus aliados estratégicos. Otros de los factores que favorece el camino hacia no-violencia, según Dudouet, es la

---

<sup>481</sup> Esto es denominado por Risse y Sikink (1999) como el “efecto bumerang”.

construcción de amplias coaliciones porque cuánto más se quiera ampliar el rango de los aliados, más los actores tendrán que incorporar las preferencias de sus potenciales aliados y adecuar las suyas propias, favoreciendo la moderación de las estrategias (Dudouet, 2013: 409). Otro mecanismo puede ser la “imitación” (*mirroring*), esto es, cuando el grupo desafiante establece contacto con activistas, movimientos e instituciones promotores de la no-violencia (Dudouet, 2013: 410) y deciden adoptar sus estrategias más efectivas (Dudouet, 2013: 409). Y, además, la competición (*outbidding*) entre actores desafiantes que, en principio, contribuye a radicalizar los objetivos y las estrategias, podría favorecer la transición a la no-violencia de aquellos movimientos sociales que se quieran diferenciar de los grupos armados y ganar legitimidad y apoyo social (*reversed outbidding*) (Dudouet, 2013: 409).

Por último, los cambios en el contexto internacional y regional como, por ejemplo, el fin de la Guerra Fría o los atentados del 11S, pueden alterar los apoyos y afectar los recursos y repertorios de los movimientos sociales (Dudouet, 2013: 410) tanto positiva como negativamente. Por ejemplo, en América Latina, la influencia de las potencias extranjeras puede explicar la emergencia tanto de oleadas revolucionarias como de golpes de estado, estrategias contra-insurgentes y procesos democratizadores. En la actualidad, en un contexto internacional donde priman los derechos humanos, la democracia, la gobernanza y el desarrollo (paz liberal), los grupos desafiantes que realizan campañas de cabildeo buscando el apoyo de plataformas de solidaridad internacional, ONGs, agencias de cooperación y construcción de paz y organizaciones defensoras de derechos humanos, tendrán que esforzarse en mostrar una imagen más amable y atractiva. En consecuencia, la necesidad de ganar apoyos externos puede favorecer la elección de tácticas no-violentas, adecuadas a los marcos éticos y jurídicos internacionales (Dudouet, 2013: 410). Como vimos en el capítulo cuarto, uno de los potenciales de la resistencia civil no-violenta reside precisamente en resultar más atractiva para los actores domésticos e internacionales. Los grupos armados, que se han visto progresivamente criminalizados, no pueden disponer del apoyo de las organizaciones e instituciones de la sociedad civil y dependen de la ayuda de estados periféricos, que en ocasiones se corresponden con regímenes autoritarios.

Respecto a las divisiones internas en el entorno de los movimientos sociales, hemos visto que las luchas internas entre facciones moderadas y radicales, la competencia por recursos, poder, reconocimiento o identidad y la violencia intergrupal o interétnica, debilitan el poder de los grupos desafiantes y la resistencia contra un adversario común, pudiendo producir incluso su desaparición. Las autoridades saben de la importancia de los alineamientos entre grupos opositores, por eso, intentará generar escisiones internas y mermar los apoyos externos, ejerciendo una estrategia de represión selectiva. El caso de Irán nos sirve para ejemplificar este tipo de interacciones. En los años setenta existió un estado de ánimo propenso hacia la revolución. La represión del Shah había sido tal que las élites económicas, religiosas

y tecnócratas se unieron contra el régimen y apoyaron la revolución. Tras una primera represión generalizada que favoreció el estallido de las revueltas, el gobierno supo reajustar su estrategia hacia una represión selectiva. Otorgó concesiones a las élites claves para ganar su lealtad, separarlas de las clases trabajadoras urbanas y rurales y aislar a estas últimas, para luego reprimirlas brutalmente (John Walton citado en Goldstone 1998, 140).

Pero, en algunas ocasiones, son las propias alianzas nacionales o internacionales las que podrían generar el debilitamiento y declive del movimiento social. En particular, debe ser analizado con cautela el impacto que tiene sobre el grupo movilizado la relación con organizaciones e instituciones de la sociedad civil. Mientras que bajo la perspectiva liberal y sociocentrista la intervención de estas instituciones es beneficiosa para generar el cambio social, la teoría neo-gramsciana de la hegemonía y autores posestructuralistas como Foucault y Sennett, señalan que las organizaciones informales de la sociedad civil, como los medios de comunicación, las instituciones religiosas y educativas, son una manifestación de la dominación interiorizada del estado y de la legitimación de una identidad normalizadora (Castells 1997, 31; Morton 2000). En las guerras civiles, el *mainstream* considera que, la presencia de apoyo internacional (donaciones económicas, operaciones de Naciones Unidas, tropas internacionales para conseguir un acuerdo de paz, etc.) incrementa las probabilidades de alcanzar un acuerdo de paz, especialmente cuánto mayor es el nivel de hostilidades (en términos de costes humanos) y menor es la capacidad local o nacional (muchas veces destruida por la guerra y medida como ingresos per cápita, consumo de energía, etc.) (Doyle y Sambanis 2006, 4). Sin embargo, como vimos en el capítulo tercero, el tipo de paz que defienden estas instituciones puede chocar con el tipo de paz que buscan los actores locales. Las organizaciones internacionales conceden a los locales financiación económica, apoyo logístico, conocimiento técnico, enriquecen el panorama local y facilitan los contactos, pero también pueden generar dependencia y poner en riesgo la apropiación local y la inclusividad (Gasser y Lahtaw 2014, 87 y 91).

Cada vez más publicaciones hacen hincapié en los efectos negativos de la ayuda prestada por las organizaciones internacionales expertas en la construcción de paz y la cooperación al desarrollo. Los informes recogen las malas prácticas en terreno y realizan recomendaciones sobre cómo adaptar las intervenciones a la sensibilidad del conflicto para no hacer daño (*do not harm*). Sandole advierte que, aunque una intervención internacional esté mejorando los bienes y servicios, cuando el objetivo no es mejorar las condiciones de vida de las personas, sino que la ayuda se instrumentaliza para alcanzar otros fines (como, por ejemplo, derrotar a los combatientes, alcanzar un acuerdo de paz, etc.), la intervención puede tener tres efectos perversos: (1) que la ayuda divida a la población local y genere conflictos que antes no existían, (2) que la ayuda no sea sostenible, al estar vinculada a otras metas y (3) que la ayuda genere dependencia a la financiación externa al



desarticular los mecanismos y servicios que utilizaban las comunidades nativas (Sandole 2010, 131–32). Por otro lado, Bano (2012) señala que el apoyo de las organizaciones internacionales ha distorsionando el funcionamiento de las organizaciones locales al tratarlas como ONGs. Las organizaciones locales son de naturaleza voluntaria, tienen bajos costos de organización y un alto sentido del compromiso hacia la comunidad, mientras que las ONGs son organizaciones profesionales, no voluntarias, que no cuentan con autonomía sino que tienen que adecuarse a los estándares de las organizaciones internacionales. Por tanto, para no distorsionar su naturaleza no hay que pagar altos salarios, pues eso debilita la motivación voluntaria de la participación y la financiación de actividades debe beneficiar a toda la organización. Además, como ya vimos, se recomienda que todo proyecto se diseñe y ejecute junto a los actores locales, atendiendo a sus visiones, y que las evaluaciones se hagan valorando el compromiso y la satisfacción de los locales (Hayman 2014, 70–72). Los actores externos no pueden sustituir a los locales, sino al contrario, deben potenciar sus capacidades y recursos autóctonos.

Por lo tanto, la función de las organizaciones de la sociedad civil en relación a los movimientos sociales es ambivalente, al igual que vimos con los medios de comunicación. Pueden servir tanto para facilitar como para obstaculizar el avance de los movimientos sociales<sup>482</sup>. Esta cuestión es relevante para nuestro objeto de estudio dado que la influencia de organizaciones de la sociedad civil puede traducirse en el debilitamiento de las comunidades locales organizadas en movimientos sociales (aumento de dependencia económica, cambio en las estructuras organizativas, cambio en las prioridades del compromiso solidario al lucro personal, etc.) lo que a su vez favorece la desarticulación y/o radicalización de la acción colectiva no-violenta.

### 5.3.2. Dimensión contextual o estructural

En este apartado vamos analizar cómo influye la estructura o el contexto en la configuración de la acción colectiva de los movimientos sociales y, al contrario, cómo los movimientos sociales pueden llegar a incidir y generar cambios en la estructura. Las preguntas que orientan esta sección, por tanto, son: ¿qué factores contextuales o estructurales influyen en la adopción de acciones violentas o no-violentas? y ¿cómo los movimientos sociales inciden en la estructura para alcanzar el cambio social?. En la literatura sobre la etiología de los conflictos armados, los elementos estructurales aparecen como las causas “objetivas” o las raíces subyacentes de los conflictos armados que la construcción de paz debe abordar para alcanzar la paz

---

<sup>482</sup> Veremos esta dualidad en el estudio de caso. Por un lado, la Iglesia jugó un papel fundamental en la dominación de los indígenas durante la conquista, a través de la encomienda y la evangelización. Y por otro, algunas misiones han trabajado en defensa de los derechos indígenas y su concienciación política.

positiva<sup>483</sup>. Pueden ser condiciones originales o sobrevenidas durante el conflicto, así como condiciones endógenas o exógenas a los países nacionales donde se desarrolla el conflicto interno. Como mencionamos al hablar de la EOP, al estudiar la dimensión estructural podemos diferenciar entre elementos del ámbito político-institucional, del ámbito socio-económico y del ámbito cultural.

### 5.3.2.1. La naturaleza política-institucional del estado

En este apartado vamos a ver las condiciones estructurales de índole político-institucional que pueden influir en la configuración de la acción colectiva y la contienda política. Los movimientos sociales –y los conflictos sociales– generalmente emergen cuando las condiciones políticas del entorno son adversas para los sectores sociales que representan: represión política, censura, limitación de derechos, sufragio restringido, infra-representación política, relaciones de poder asimétricas, inequidad social, etc. Estos conforman parte de los agravios colectivos que Arnson y Zartman (2006) denominaron como “necesidades”.

Pero la existencia de estas condiciones estructurales no es suficiente para explicar la aparición de la protesta y la naturaleza violenta o no-violenta de las acciones y de la interacción contenciosa. Como veremos a continuación, la acción de los grupos desafiantes y la respuesta de las autoridades varían según el tipo de sistema político en el que se produce la contienda. Es decir, el nivel de violencia política está relacionada con la naturaleza política del estado.

En la literatura sobre acción colectiva, revoluciones y conflictos armados encontramos que existe una asociación entre fuerza del estado, capacidad coercitiva y protesta social, de forma que en los estados fuertes, las autoridades son eficaces reprimiendo y desalentando las reivindicaciones sociales mientras que, en los regímenes débiles, las autoridades no pueden contrarrestar las acciones de los grupos insurgentes.

Respecto a la debilidad de los estados, en el apartado anterior, al hablar de los alineamientos del gobierno, vimos que el debilitamiento de los actores adversarios (gobierno), es una condición favorable para el avance de los grupos opositores. Las situaciones de “indeterminación” (*indeterminacy*), es decir, de vacío estatal o inestabilidad sociopolítica (como en el caso de la descomposición del estado, de la crisis económica o fiscal, las guerras, etc.) son momentos de apertura de

---

<sup>483</sup> Las causas “objetivas” se corresponden a la dimensión de las “contradicciones” del triángulo del conflicto de Galtung. En función de cuál es la naturaleza de las contradicciones se distingue entre conflictos de intereses (las partes disputan recursos materiales o inmateriales distribuibles, como el salario, las tierras, el status o la autoridad), conflictos de valores (hay un enfrentamiento ideológico, por las diferentes formas de ver el mundo) y conflictos de identidad (enfrentan a los grupos con identidades diferenciadas por el reconocimiento, la discriminación, la autonomía). En la práctica es difícil separarlos porque normalmente en los conflictos armados hay elementos de los tres.

oportunidades para que los grupos desafiantes intenten cambiar las formas de organización social. En los estudios sobre revoluciones, la debilidad del estado es precisamente una de las condiciones para que se den estallidos revolucionarios (Skocpol, 1979). Cuando el estado tiene baja capacidad para controlar el uso de la fuerza y ejercer las funciones en todo el territorio entonces es posible llegar a un resultado revolucionario Tilly (1993). Sin embargo, a pesar de que esta situación abra una ventana de oportunidad política para el cambio social, conduce a un proceso revolucionario violento, alejado del tipo de transformación que requiere la construcción de paz positiva.

Por su parte, las teorías sobre conflictos armados también señalan los problemas de gobernabilidad política y el deterioro de las instituciones, es una de las principales causas de las guerras. Por eso, desde los años noventa han surgido un conjunto de teorías sobre los estados débiles, frágiles y fallidos (*breakdown state theories*), más recientemente, conocidas como áreas de limitada estatalidad (*areas of limited statehood*). Por ejemplo, según Karen Balletine, el estallido de conflictos armados está relacionado con la baja capacidad del estado a la hora de proveer seguridad, controlar el territorio y distribuir equitativamente los bienes públicos (citado en Arnson y Zartman 2006, 131). Y según Cliffe y Luckham (1999), las “emergencias políticas complejas” (CPEs, por sus siglas en inglés) se explican por el colapso de los estados. En los estados fallidos, donde las autoridades no tienen el monopolio de la fuerza ni pueden controlar todo el territorio, la soberanía es disputada por los “señores de la guerra”. Y en consonancia con este diagnóstico, recordemos en el capítulo tercero, que el complejo liberal propone la construcción del estado-nación (*state and nation building*) como pilar fundamental de la construcción de paz<sup>484</sup>.

Por otro lado, la literatura asocia la represión violenta y las acciones revolucionarias con los regímenes dictatoriales y autoritarios mientras que la represión limitada y la tolerancia hacia la protesta se relaciona con los regímenes democráticos (McAdam, Tarrow, y Tilly, 1996). Recordemos que, según la doctrina de la paz democrática, los países occidentales han conseguido reducir los conflictos armados gracias al establecimiento de democracias avanzadas y por eso la paz liberal propugna entre sus pilares fundamentales la reforma democrática de los estados. Por tanto, las crisis de gobernabilidad de los estados está relacionada no solo con monopolio de la fuerza sino también con problemas de legitimidad, los cuales se entiende, serán resueltos con el establecimiento de la democracia.

Pero, ¿cómo es la contienda política cuando los regímenes son débiles y democráticos o fuertes y autoritarios?. Charles Tilly (2007: 46-51) ha combinado

---

<sup>484</sup> Por ejemplo, en el caso de las guerras civiles en Somalia, Haití, Bosnia, Camboya, El Salvador y Guatemala, la comunidad internacional intentó como más o menos éxito restaurar las instituciones gubernamentales legítimas y efectivas (Doyle y Sambanis 2006, 1).

estas dos dimensiones –el carácter democrático y la capacidad del gobierno<sup>485</sup>– dando lugar a cuatro modelos posibles de regímenes políticos. En cada uno de estos escenarios ha analizado cómo varía el nivel de violencia política en función de la respuesta del estado y la valoración de las actuaciones colectivas<sup>486</sup>:

- En los “democráticos de capacidad alta” la violencia es reducida. La mayor parte de las actuaciones se intentan canalizar a través de actuaciones toleradas y prescritas. Hay menos interacciones contenciosas que en los sistemas de capacidad baja. El gobierno juega un papel crucial en todos los eventos de violencia colectiva ya sea como iniciadores, como objetos de la violencia o como tercera parte mediadora. Cuando recurre a la represión gubernamental esta no es generalizada sino selectiva. En los pocos casos que se da la violencia colectiva, aunque sea menos frecuente o central que en otros regímenes donde sucede todos los días, el impacto es mayor puesto que se dramatiza su significación política (Alemania, Japón).
- En los “regímenes democráticos de capacidad baja” la violencia es media. Se produce un mayor número de interacciones contenciosas y de actuaciones toleradas debido a la falta de capacidad gubernamental para controlar las actuaciones, defender los derechos, hacer cumplir las obligaciones y resolver conflictos. La incertidumbre es más frecuente y los actores intentan defender sus intereses por sus propios medios. Al ser democráticos la represión gubernamental también es baja pero no pueden evitar las espirales de violencia entre terceras partes (Bélgica, Jamaica).
- En los “no democráticos de capacidad alta”, la violencia es media. Destaca el número de actuaciones prescritas y el bajo número de actuaciones toleradas. La mayoría están prohibidas. Pero debido a la gran capacidad del gobierno a la hora controlar las actuaciones y ejercer la represión la frecuencia de las interacciones violentas es más baja que en los de capacidad baja. La amenaza de violencia gubernamental disuade a los disidentes. Cuando esta se da el gobierno amplifica su significado político, como en los democráticos.

---

<sup>485</sup> La *capacidad del gobierno* es el “grado en el que los agentes gubernamentales controlan los recursos, las actividades y las poblaciones dentro del territorio en que ejercen gobierno”. Los regímenes pueden ir desde la capacidad alta (control absoluto, propio de los totalitarismos) a la capacidad baja (ausencia de control, que pueden hacer fracasar un gobierno o un estado). El *carácter democrático* es el “grado en que los miembros de la población sometida a la jurisdicción de un gobierno mantienen unas relaciones generalizadas e iguales con los agentes del gobierno, ejercen el control colectivo sobre el personal y los recursos del gobierno y gozan de protección frente a actuaciones arbitrarias de los agentes del gobierno” (Tilly 2007, 40)

<sup>486</sup> Las actuaciones colectivas pueden ser prescritas, toleradas o prohibidas. Prescritas: ceremonias de lealtad como el canto del himno nacional, transferencias de recursos como el pago de impuestos y el reclutamiento militar. Toleradas: la interposición de un recurso legal, manifestaciones, concentraciones autorizadas. Prohibidas: ataques a las autoridades y los recursos del gobierno. Esta clasificación puede alterarse según el sujeto que la realice, si es un actor político privilegiado, el margen de lo tolerado es más amplio (Tilly 2007, 45–46).

La existencia de violencia depende, por tanto, de las oportunidades que tengan los disidentes. (China, Irán)

- En los “no democráticos de capacidad baja”, la violencia es elevada y constituye un elemento central del sistema político. Los medios de coerción se encuentran ampliamente repartidos entre los actores. Es frecuente el enfrentamiento entre los actores prohibidos y los especialistas en la violencia. La mayoría de las actuaciones son toleradas o prohibidas pero no hay actuaciones prescritas por la baja capacidad del régimen. Además, el gobierno no tiene capacidad de reprimir las actuaciones prohibidas. Pero, cuando lo consiguen, castigan con brutalidad ejemplar (Somalia, República Democrática del Congo).

Del modelo de Tilly podemos extraer tres conclusiones<sup>487</sup>:

(1) Los regímenes democráticos conducen a interacciones contenciosas menos violentas que los no democráticos. La existencia de mecanismo proactivos de resolución de problemas y canales de interlocución que facilitan el acceso a la participación de todas las voces, el diálogo y la comunicación, la construcción de confianza y credibilidad, el desarrollo de la empatía (Sandole 2010, 116), la expansión de los derechos políticos y el rechazo hacia el uso de la violencia reducen las posibilidades de contiendas políticas violentas. En los regímenes no democráticos se producen más ataques dispersos debido a que en este tipo de sistemas las personas y colectivos sufren actos de humillación y no cuentan con canales alternativos pacíficos para manifestar sus reivindicaciones o inconformidad, ni tampoco con aliados potenciales (Tilly 2007, 173)<sup>488</sup>.

(2) Los regímenes de capacidad alta conducen a interacciones contenciosas menos violentas que los de capacidad baja. Aunque en los regímenes de capacidad alta, la violencia ejercida por las fuerzas represivas del estado, es elevada, las autoridades también son capaces de controlar las interacciones políticas, acaparar los medios coercitivos, controlar las organizaciones especializadas en la violencia, imponer costos más altos al uso de la violencia por parte de actores no gubernamentales y, en general, limitar la acción de los demás actores (Tilly 2007, 40). Por eso, las interacciones entre las autoridades y los civiles disminuye tanto en número como en intensidad. Al monopolizar la fuerza, pueden evitar que subgrupos –incluidos los

---

<sup>487</sup> El problema de este modelo es que, como toda simplificación de la realidad, no contempla el caso de países como, por ejemplo, Colombia. Por un lado, cuenta con un régimen democrático (como método, no es un totalitarismo) eficaz en determinadas estancias nacionales e internacionales pero deficiente a la hora de garantizar la protección y el ejercicio de derechos. Tienen altos niveles de corrupción, clientelismo e impunidad, propios de regímenes no democráticos. Así mismo, el gobierno tiene conexiones con grupos paramilitares y es responsable de vulneraciones a los ddhh y el dih. Por otro lado, respecto a la capacidad del gobierno, la fragmentación territorial explica que haya dentro del país, diversos niveles de capacidad según la población y región.

<sup>488</sup> La idea que subyace es que la violencia es un acto que se emplea para hacer oír tu voz cuando no está siendo escuchada, como por ejemplo, cuando los adolescentes palestinos se inmolan (Sandole 2010, 118).

movimientos sociales— desafíen el poder del estado (Tilly 2007, 25–26). Una elevada capacidad del estado puede incluso compensar sus falencias democráticas. En este sentido, Tilly, Doyle y Sambanis (2006, 19) afirmaron que las autocracias – regímenes no democráticos— pueden mantener la paz, siempre y cuando sus instituciones políticas tengan la capacidad de establecer autoridad en la toma de decisiones. Cuando, por el contrario, la capacidad del estado es baja, hay más probabilidad de que aumente el número y la intensidad de la violencia colectiva.

(3) Los regímenes con menores niveles de violencia colectiva son los sistemas políticos que combinan la alta capacidad del estado con la democracia. Los regímenes fuertes que saben combinar la represión con los principios y mecanismos democráticos son más efectivos a la hora de contener la protesta social y reducir las interacciones violentas. Por el contrario, los mayores niveles de violencia se encuentran en los regímenes no democráticos con baja capacidad. En estos casos, los regímenes limitan las actuaciones toleradas y los grupos desafiantes se ven empujados a realizar actuaciones prohibidas que acarrearán probablemente violencia (Tilly 2007, 49). Esto corrobora las conclusiones obtenidas en el análisis de la represión estatal.

A pesar de la amplia aceptación de estas hipótesis, algunos autores han señalado ciertas discrepancias, en particular, respecto a la idea extendida de que las democracias avanzadas de los países industrializados son contextos inmunes a la emergencia de las revueltas y las revoluciones. Contra esta percepción, advierten que en dichas democracias se están produciendo cambios sociales, como la profundización en las divisiones étnicas y religiosas y la crisis en los patrones sociales y económicos (el aumento del desempleo), que contradicen la aparente estabilidad de estos regímenes (Regan, Just, y Paskeviciute 2007). En Indonesia, el FIP (Islamic Defenders' Front) ha cometido 64 actos violentos en Indonesia entre 1998 y 2010, a pesar de ser un régimen democrático (MUNAJAT 2012). Y en varios países, los desafíos nacionalistas o regionalistas han sido apoyados por grupos violentos (ETA, IRA, etc.). Según Goldstone (1998, 134), la naturaleza del estado no es suficiente para determinar la forma que adquiere la acción colectiva porque, en la historia, han surgido tanto grupos con objetivos revolucionarios en regímenes democráticos (Mayo del 68, la guerra civil de Estados Unidos, el movimiento por los derechos civiles) como movimientos sociales en regímenes autoritarios (movimientos utópicos en Europa entre los siglos XVI y XVIII como la Ilustración o el puritanismo en Inglaterra).

Es posible que los agravios colectivos, que desembocan en conflictos sociales, se manifiesten con más frecuencia e intensidad en regímenes autoritarios pero también se pueden producir en los regímenes democráticos, especialmente cuando el modelo de democracia (exportado por Occidente a través de la “paz liberal”) se ha quedado reducido a un sistema formal, procedimental o representativo, vaciado de contenido, que no cumple con las expectativas de la ciudadanía ni impide la

existencia de estructuras de poder desiguales<sup>489</sup>. Tanto en los regímenes democráticos como en los no democráticos hay esfuerzos por el acaparamiento de oportunidades y el ejercicio de la explotación, aunque la proporción de población beneficiada es mayor (o la excluida y explotada menor) en los democráticos (Tilly 2007, 40). Y aunque en las democracias disminuya la represión indiscriminada, es posible que se emplee la violencia selectiva contra determinadas poblaciones o actores políticos excluidos (detenciones, represión policial, criminalización, etc.) y contra gobiernos extranjeros (guerras interestatales) (Tilly 2007, 41). Por eso, en todo tipo de regímenes, pueden existir agravios colectivos y emerger movimientos sociales que busquen impactar en las instituciones, en el sistema de representación o distribución del poder y en las prácticas políticas.

### 5.3.2.2. Las condiciones socio-económicas del país

En este apartado vamos a abordar las condiciones socio-económicas que influyen en la configuración de las acciones colectivas y la contienda política. La literatura sobre movimiento sociales y conflictos armados ha estudiado las motivaciones económicas que incentivan a los individuos a participar en acciones colectivas y conflictos armados. Pero esta se refiere a un dimensión individual o personal de la participación<sup>490</sup>. Aquí nos referimos a las condiciones de índole estructural –el tipo de sistema económico– que propicia la aparición de estas motivaciones en los grupos desafiantes.

La literatura sobre conflictos armados señala, como una de las causas de las guerras y las tensiones sociales, la crisis económica del país: la precariedad de la economía, los elevados niveles de pobreza, el subdesarrollo, los niveles bajos de renta, la escasez, etcétera. En 1998, Paul Collier y Anke Hoefler, empezaron a examinar estadísticamente la correlación que había entre ciertas variables sociales, políticas, geográficas y económicas y el estallido de la guerra civil. De sus análisis concluyeron que las causas de las guerras civiles –donde encontraron mayor correlación estadística– eran: (1) el nivel bajo de renta per cápita, (2) el crecimiento lento o negativo y (3) la dependencia a las materias primas de exportación (Collier 2008, 42–55)<sup>491</sup>.

A la luz de estos resultados, se entiende que en los países empobrecidos, por su situación de escasez, es más probable que las personas sufran privación de necesidades básicas y, por lo tanto, aumente el descontento social y las acciones

---

<sup>489</sup> Por ejemplo, en sistemas democráticos formales como Sudáfrica, Colombia e Irlanda del Norte, aparecieron el ANC, el M-19 y el Sinn Féin (Dudouet 2009b, 386).

<sup>490</sup> Por ejemplo, están los incentivos materiales o económicos (“codicia”) y la privación económica o de necesidades básicas (“agravios” o “necesidad”).

<sup>491</sup> También descubrieron que influía el tipo de geografía. Los países montañosos y los países grandes con población dispersa tienen más probabilidad que los países pequeños, planos y con alta densidad poblacional.

colectivas violentas. No obstante, cabe mencionar que la privación económica está relacionada con otras dimensiones como la distribución de la riqueza, por lo que, podemos encontrar países como Colombia, con un crecimiento económico sostenido que, sin embargo, tiene graves problemas de seguridad debido a la desigualdad social y países como Cuba, con un crecimiento lento o negativo, donde se alcanzan niveles altos de seguridad debido a su igualdad social.

Para Collier, la explicación de por qué estas condiciones estructurales aumentan el riesgo de los conflictos armados es, por un lado, que la debilidad de la economía genera inestabilidad política y deteriora la capacidad del estado, aumentando las posibilidades de rebelión. Y, por otro lado, la desesperanza que este escenario genera en la población hace que los jóvenes varones sean más fáciles de reclutar por parte de los actores armados (Collier 2008, 46–47)<sup>492</sup>. Mucho más fáciles de reclutar si a la desesperanza se le suma la viabilidad de la depredación (*feasability of predation*) es decir existe la oportunidad de mejorar económicamente a través de la guerra, como en el caso de los países donde hay recursos naturales. Una vez que se descubre la disponibilidad de recursos, se desarrollan las infraestructuras para su explotación y las redes nacionales y transnacionales para su comercialización. Y los actores armados compiten por apropiarse de ellos.

Esta narrativa ha contribuido a ubicar el subdesarrollo como una de las principales causas de la violencia y los conflictos armados, que a su vez se concibe como un problema endógeno de estas sociedades (Duffield 2004, 154–56). El problema de estas explicaciones es que tan solo se fijan en los factores estructurales endógenos de la crisis económica. Asumen que los problemas de escasez, pobreza, subdesarrollo, crecimiento negativo, comercio sumergido o dependencia hacia los recursos naturales y las materias primas, problemas de gobernanza y violencia son causados únicamente por las sociedades internas, cuando, en realidad, como señalaban los enfoques críticos de seguridad, es el sistema económico internacional y las relaciones desiguales norte-sur las que desestabilizan a los estados y empobrecen a los países. La “trampa de los recursos naturales” (Collier 2008, 75–97) a la cual están condenados los países del “club de la miseria” (Collier 2008, 2009) requiere, para ser invertida, un cambio estructural no solo en la producción nacional sino en el sistema internacional. Y en el caso del tráfico legal o ilegal de recursos naturales, armas o drogas, no solo participan actores internos sino que,

---

<sup>492</sup> Más adelante, Collier señala que estas condiciones no solo aumentan el riesgo de guerra sino también de su prolongación y estancamiento. La pobreza aumenta el riesgo de guerra y la guerra contribuye a reducir la renta. “La trampa del conflicto”, es la tesis con la que Collier explica que las condiciones económicas de pobreza y subdesarrollo hacen que un país sea más proclive a tener un conflicto armado interno y, una vez que estalla el conflicto violento, se vuelva más difícil salir de él, pues el conflicto atrapa al país en la pobreza (Collier 2008, 41–73). Todas las guerras son destructivas pero en los países de renta baja es donde “las probabilidades de que la guerra se convierta en una trampa son mucho más elevadas” (Collier 2008, 42).



tras la globalización, las relaciones y redes comerciales cada vez son más transfronterizas, liberalizadas y desreguladas (Arnson y Zartman 2006, 130).

Los movimientos sociales, conscientes de los problemas que genera el sistema económico internacional, están intentando ejercer una resistencia contra-hegemónica a nivel local. Por un lado, intentan defender la naturaleza y evitar la explotación de recursos naturales por parte de transnacionales extranjeras y redes ilegales. Y por otro, intentan emprender proyectos productivos alternativos basados en la economía social y solidaria que les permitan garantizar la seguridad económica y alimentaria sin, además, depender del sistema internacional, es decir, alcanzando la soberanía alimentaria. Sin embargo, dado el carácter internacional de estos problemas, a los movimientos sociales les resulta difícil incidir en el sistema internacional, producir cambios a nivel estructural y resolver problemas que dependen de fuerzas externas<sup>493</sup>.

### **5.3.2.3. La influencia de la cultura dominante**

Como dijimos, el análisis estructural también debe incluir la dimensión cultural, esto es, cómo la cultura puede influir en la adopción de una forma determinada de acción colectiva y de interacción contenciosa. Al igual que el régimen político y el sistema económico, el marco cultural también puede influir en la aparición y la intensidad de la contienda política. Por ejemplo, al hablar de la represión estatal, ya vimos como la valoración cultural que tenga una sociedad sobre la contienda política, puede condicionar la legitimidad y el apoyo social que reciba la protesta e influir a su vez en el comportamiento de cada parte contendiente.

Esta perspectiva es coherente con la visión constructivista de la identidad. Las personas adoptarán un sistema de creencias, valores y pautas de comportamiento favorable a la violencia o la no-violencia, en función del aprendizaje que han tenido durante el proceso de socialización primaria y secundaria, es decir, por medio de la interacción en la familia, la escuela, el entorno laboral, la comunidad de vecinos, los medios de comunicación, etc. Así mismo, según los enfoques críticos de la educación para la paz, las dificultades de las personas y los grupos a la hora de aprender formas no-violentas de resolución de conflictos puede ser explicado por el marco cultural. Cuando la cultura dominante es violenta, la sociedad será más tolerante hacia las acciones colectivas violentas, habrá más probabilidades de que las interacciones contenciosas sean violentas y de que los actores colectivos escojan formas de acción colectiva violentas. Mientras que si, lo que domina, es una

---

<sup>493</sup> Por ejemplo, en el estudio de caso veremos que la erradicación de cultivos ilícitos que sirven para financiar a los actores armados generaría un problema de seguridad alimentaria para muchas familias pues no solo los grupos rebeldes dependen de estos cultivos sino también poblaciones rurales. Y sustituir esta producción por otra, no depende únicamente de los movimientos sociales.

cultura de paz, serán más probables las relaciones pacíficas y las acciones colectivas no-violentas.

Las explicaciones de los antropólogos culturales Howard Ross (1995), Bruce Bonta (1996) y Douglas Fry (2006) sobre por qué las sociedades son pacíficas<sup>494</sup> muestran que esto se debe, entre otras condiciones, a una buena disposición psicocultural: entornos socioculturales cálidos, valores y creencias favorables a la paz como la paciencia, la templanza, la serenidad, la docilidad, la calma y el sosiego, que inhiben las conductas violentas y la libertad de conflictos de identificación del varón con su género. En estas condiciones de socialización, las personas que forman parte del grupo están más predispuestas a la resolución pacífica de conflictos (Comins Mingol, 2008: 72–75; Etxeberria, 1997b: 56–66).

Sin embargo, en la mayoría de sociedades y, en particular, en la sociedades occidentales, aunque el fin normativo último sea la paz<sup>495</sup>, ha habido un proceso de normalización de la violencia y la guerra, es decir, domina la cultura de la violencia. La tradición realista de la filosofía política (*realpolitik*) ha promovido una visión antropológicamente negativa de los seres humanos, por lo que se aceptan la competencia, la violencia y la guerra como partes inevitables de la sociedad, lo que ha contribuido a normalizar y justificar el uso de las armas<sup>496</sup>.

“La militarización está profundamente relacionada no solo con el aumento del tamaño de los ejércitos y el resurgir de fundamentalismos militantes, sino también con lo menos visible: la deformación del potencial humano dentro de las jerarquías de raza, clase, género y sexualidad y con la conformación de historias nacionales que permiten la glorificación y legitimación de la acción militar” (Lutz 2002: 723)<sup>497</sup>.

---

<sup>494</sup> Han sido identificadas como sociedades pacíficas o sociedades de “baja conflictividad” por su sistema de creencias favorables a la paz: los indígenas *Xinguanas*, *Semai*, *Chewong*, *Ifaluk*, *Paliyan*, *Semai*, *Batek*, *Amish*, *Hutterites* y *Yanadi*; así como los *Amish* y los *Doukhobors* en Norteamérica, los *Andamanese* en el Sur de Asia, la comunidad de *La Paz Zapotec* en Oaxaca (México), los *Batek Semans* y los *Bukidon* en el Sureste Asiático. Las condiciones socioestructurales y psicoculturales de las sociedades pacíficas les predisponen para un manejo constructivo de conflictos (Ross 1995, 263–64).

<sup>495</sup> Desear la paz no basta para que la sociedad desarrolle relaciones más pacíficas. Debe ser “una creencia interiorizada, aprehendida, naturalizada, un valor en el que nos eduquemos y socialicemos desde la infancia y a lo largo de la vida” (Comins Mingol 2008, 77).

<sup>496</sup> Se trata de la línea de pensamiento a la cual han contribuido autores como Thucydides (“los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben”, 416 a.C.), Hobbes (“el hombre es un lobo para el hombre”) Maquiavelo (“divide a tus enemigos y vencerás” “el fin justifica todos los medios”, 1532), Clausewitz (“la guerra es la política por otros medios”) y Mao Tse-tung (“el poder político crece del cañón de una pistola”, 1961). Y Franz Fanon consideraba la violencia un instrumento liberador en las luchas contra la colonización. Esta tradición justifica y alienta el uso de la violencia.

<sup>497</sup> Citado en Amorós Bové (2016: 41).

A través de la educación y la cultura se han militarizado las mentes y las identidades<sup>498</sup> (Calvo Rufanges, 2016b). La guerra simboliza la heroicidad, la virilidad, el valor, el patriotismo, la disciplina, la defensa de la nación o de la familia, rasgos que han contribuido a construir la identidad guerrera de los hombres y de las naciones fuertes. Como apunta Tarrow, el uso de repertorios violentos por parte de un movimiento social puede resultar positivo en términos de movilización y cohesión grupal, en la medida en que la violencia puede atraer y provocar fascinación en los simpatizantes, estimular las emociones, demostrar el coraje y la virilidad de sus activistas y deshumanizar al adversario. Este es el caso de grupos violentos como los “camisas marrones” del partido Nazi (Tarrow 2004, 139). En estos grupos hay una participación mayoritaria de los hombres, debido precisamente a la construcción de una masculinidad militarizada. Por eso, desde los estudios feministas de seguridad se ha llamado la atención sobre la importancia de entender la construcción del género como factor explicativo o causante de la violencia y los conflictos armados (Enloe 2005; Pankhurst 2008; Sjoberg 2013).

Por otro lado, las culturas pueden promover valores, actitudes y comportamientos pacíficos, que contribuyan, sin embargo, a normalizar la opresión, la violencia y las relaciones de poder. Por ejemplo, las sociedades pacíficas a las que nos hemos referido, donde existe una predisposición psicocultural hacia la paz, el hecho de tener bajos niveles de conflictividad, no implica directamente ser adecuadas para la paz positiva. Recordemos que, según el enfoque de la transformación de conflictos se requiere que en las sociedades pacíficas los sectores desfavorecidos sean conscientes de las relaciones de poder y consigan, a través del conflicto, establecer relaciones más cooperativas e igualitarias. La armonía puede ser solo en apariencia. Detrás de la baja conflictividad puede esconderse, en realidad, la inhibición de la protesta en sociedades jerarquizadas. Y es que, como señala la educación para la paz, el conflicto no es algo negativo que haya que evitar, sino un fenómeno inherente a las relaciones humanas. El problema no está en la existencia de conflictividad sino en la presencia de la violencia. Si en lugar de aceptar y abordar los conflictos abiertamente y con prontitud, los evitamos o reprimimos, se pueden desencadenar comportamientos violentos. Por tanto, las culturas que promueven la “evasión”, consistente en esconder o esquivar las situaciones conflictivas y la “sanción”, el castigo hacia las personas o grupos que visibilizan en su entorno la existencia de los conflictos, no pueden considerarse adecuadas para alcanzar la paz positiva. Del mismo modo, actitudes o comportamientos de obediencia a la autoridad, conformismo o pasividad (ausencia de agresividad o fuerza vital), también obstaculizan el cambio social, pues estos son mecanismos que posibilitan la reproducción de las violencias y la perpetuación de las injusticias. En momentos históricos particulares, encontramos estas pautas de conducta entre quienes

---

<sup>498</sup> La militarización de la sociedad está sostenida por el *militarismo*, la “ideología (...) que justifica la vía militar y, por tanto, el uso de la fuerza armada en el momento de hacer frente a un conflicto, tanto en el ámbito nacional como internacional” (Calvo Rufanges, 2016a: 14).

aceptaron su colaboración o complicidad en actos deshumanizados como las masacres, las colonizaciones, los exterminios, las dictaduras y las guerras.

Por último, apuntar que al igual que los marcos culturales pueden influir en la adopción de repertorios de acción violentos o no-violentos por parte de los grupos desafiantes, estos actores también son agentes capaces de cambiar con su acción las estructuras culturales. Siguiendo la aproximación culturalista o instrumentalista de la identidad, si los comportamientos y las identidades violentas que predominan en la sociedad no son una realidad esencialista, objetiva e inmutable, sino un producto cultural, educacional, que depende del proceso de socialización, entonces son susceptibles de cambiar<sup>499</sup>. Dentro del campo de los movimientos sociales, autores como Touraine, Melucci, Rochon, Gusfield y Zubero han creído en el potencial que tienen los movimientos sociales para llevar a cabo la transformación de la sociedad a través del cambio cultural. Por ejemplo, para Melucci (1989, 1996), la naturaleza transformadora de los movimientos sociales contemporáneos se debe a que plantean desafíos o rupturas al sistema de relaciones sociales y a la lógica de significación que prevalece en la sociedad. Al proponer modos diferentes de describir la realidad desafían los discursos sociales dominantes y el orden social establecido (Melucci, 1985, 1988, 1990; Touraine, 1981; Snow y Benford (1988). E Imanol Zubero defiende que “en la actualidad no existe posibilidad alguna de poner en marcha una práctica emancipatoria significativa si no es sobre la base de una previa tarea de transformación cultural” lo que se consigue: (1) aprendiendo “a mirar de una forma nueva la realidad social” y (2) estableciendo “un auténtico combate cultural, una confrontación de legitimaciones” (Zubero, 1996: 16).

Los movimientos sociales son entornos culturales donde, internamente, las personas son socializadas y, externamente, se intentan difundir nuevas narrativas a la sociedad. La lucha por el cambio social se desarrolla en la calle y en las instancias políticas pero también se disputa en los espacios de formación de la opinión pública. Los movimientos sociales funcionan como escuelas de pensamiento, procesos de innovación y aprendizaje donde se crean, discuten y comparten nuevas creencias, conceptualizaciones, soluciones y formas de acción que desafían las convenciones y ofrecen modelos alternativos de pensamiento. Las ideas se transmiten a través de “procesos capilares” por las redes sociales y los núcleos sociales de micro-movilización, llegando algunas a permear en la sociedad, si superan las barreras ideológicas y culturales de los sistemas de creencias dominantes, e incluso a institucionalizarse al ser incorporadas en los marcos comunes de la cultura (Aristide Zolberg, 1972, citado en Tarrow 2004, 244 y 245).

---

<sup>499</sup> Parece que en los países occidentales se están produciendo cambios en este sentido. En las últimas décadas se ha reducido el uso de la violencia y de las acciones contenciosas. Los autores señalan que la percepción sobre la violencia ha cambiado dentro de los movimientos sociales contemporáneos. Los movimientos violentos son percibidos ahora como una amenaza para el ejercicio de los derechos que se están reivindicando. Ejemplo de ello pueden ser las movilizaciones que hubo en el País Vasco en rechazo al terrorismo (Laraña, 1999: 163).

Si el marco cultural dominante muestra que las sociedades son competitivas, violentas, egoístas, caóticas, etcétera, y de esta forma, naturaliza la violencia y la guerra y legitima el poder establecido, los movimientos sociales para contrarrestar este pensamiento pueden construir un imaginario colectivo no-violento (*idealpolitik*)<sup>500</sup>. Se trata de que los movimientos sociales se vuelvan actores ejemplares y referentes del bien común, despertando en las audiencias esperanzas de cambio y modificaciones de conducta. Jorge Riechmann afirmó que a la hora de alcanzar el cambio social, más importante que las vanguardias, son las minorías virtuosas que a través de su ejemplo rompen la pasividad y estimulan las conductas deseables (citado en Zubero 1996, 175).

A nivel público, pueden proponer nuevas formas de organización política, de participación y toma de decisiones, de democracia, de comunicación, de cooperación y apoyo mutuo y de resolución de los conflictos. En relación al poder, pueden ofrecer nuevas explicaciones sobre los conflictos, los derechos, las injusticias y sobre “cómo el status quo debería ser rediseñado” (Martí i Puig, 2004:2)<sup>501</sup>. En relación a los valores, de acuerdo con la educación para la paz, los movimientos sociales tendrían que promocionar valores como el espíritu crítico, la equidad social, la solidaridad, el diálogo, la confianza, la empatía, la tolerancia, la noviolencia, la igualdad o el respeto a la diferencia (Calvo Rufanges 2016a, 18–20). Y el cambio cultural no podría realizarse si, como señala el enfoque feminista, los movimientos sociales no promueven marcos culturales feministas, que deconstruyan las masculinidades militarizadas y las feminidades subordinadas.

En esa disputa por la formación de la opinión pública, los movimientos sociales se enfrentan a los sistemas de creencia dominantes, defendidos por los miembros del sistema político y las élites y a los medios de comunicación que pueden contrarrestar el discurso de los movimientos y deslegitimar su acción (Chihu Amparán 2006, 14). En particular, la cobertura de los medios de comunicación puede tener un gran impacto en el enmarcado de un movimiento social: en la definición de los problemas e injusticias; en la construcción de identidades; y en la retransmisión de ciertas formas de acción colectiva frente a la invisibilización de otras. Si bien el impacto es ambivalente, por un lado, pueden propagar y alentar la movilización y, por otro lado, servir a la estigmatización o criminalización de los movimientos sociales<sup>502</sup>. En muchas ocasiones distorsionan el sentido de la movilización en la medida en que se interesan más en cubrir el desarrollo de las

---

<sup>500</sup> Por ejemplo, en Occidente, se podría adoptar las aportaciones filosóficas de autores como Walter Benjamin, Hannah Arendt, René Girard y Paul Ricoeur entorno a la violencia, la política y el poder (Binaburo y Etxeberria 1994).

<sup>501</sup> El movimiento por los derechos civiles de Estados Unidos se le atribuye haber introducido el enfoque de los derechos que más tarde estaría presente en otros movimientos.

<sup>502</sup> En los casos del movimiento por los derechos civiles de los afroamericanos y del Mayo del 68, la radio y la televisión jugaron un papel clave en la difusión de los agravios y de las reivindicaciones, lo que revolucionó las tácticas de los movimientos (Tarrow, 2004: 166 y 167). Para profundizar sobre los efectos de los medios de comunicación en el ámbito de los movimientos sociales, ver Gamson (1988, 1995), y Melucci (1996).

acciones y los posibles altercados que en informar sobre los motivos de las movilizaciones y sus demandas (Martí i Puig 2004, 87). Los MS pueden intentar establecer una relación simbiótica con los medios de comunicación de masas si quieren utilizarlos como un recurso para sensibilizar a las audiencias. Sin embargo, la capacidad de los organizadores de los movimientos sociales para utilizar los medios de comunicación de masas en pro de su causa es limitada (Tarrow 2004, 168). Sus competidores, especialmente si son los gobiernos, cuentan con la ventaja de disponer de instrumentos de comunicación efectivos y de controlar los medios masivos.

#### **5.4. Consideraciones finales**

En este capítulo hemos demostrado que para entender por qué los actores opositores o desafiantes adoptan acciones colectivas violentas o no-violentas, tendremos que, por un lado, fijarnos en la manera en que los grupos están organizados y cohesionados internamente, en los recursos disponibles y en cómo llevan a cabo el reclutamiento, la movilización y la construcción de discursos e identidades (dimensión interna o colectiva); y, por otro, atender también a la forma en la que se relacionan con los demás actores del entorno (dimensión relacional) y a cómo es el marco o contexto político, económico y cultural en el cual se encuentran (dimensión contextual o estructural).

En concreto, la elaboración de este marco teórico ha estado orientada a entender cómo los actores locales, marginados o desfavorecidos, en contextos de conflicto armado y condiciones de fuerte asimetría de poder, pueden adoptar acciones colectivas no-violentas para contribuir al tipo de cambio social que requiere la construcción de la paz positiva. El éxito de los MS, en términos de construcción de paz, depende no solo de que sean eficaces en sus objetivos, sino además de que éstos últimos sean coherentes y útiles a la consecución de la paz positiva.

Así mismo, las condiciones o claves de éxito deben ser adaptadas al contexto de conflicto armado. El tipo de contexto o estructura en la que emerge un movimiento social es importante, puesto que influye en la agencia de éste. No es lo mismo que el movimiento social interactúe en un contexto de represión política, vulneración de derechos humanos y privación de necesidades, que en otro donde se respetan los derechos y las libertades y hay cierto nivel de bienestar socio-económico. Por eso, cualquiera de los movimientos sociales, con independencia de su naturaleza o identidad (ya sean movimientos de base civil o comunitaria, étnicos, obreros, estudiantiles, feministas, LGTBI o ecologistas), que emerjan en contextos de conflicto armado o situaciones análogas, tendrán características diferentes a sus homólogos europeos y estadounidenses.

Recordemos que Mauricio García-Durán señala que, en contextos de conflicto armado, los movimientos sociales se ven empujados a adoptar un posicionamiento respecto a la guerra, ésta se vuelve una preocupación central de sus demandas<sup>503</sup>, aparecen discursos sobre la paz y la guerra, varía la disponibilidad de recursos y la forma de organizarse (por ejemplo, en clandestinidad) y se inician repertorios de acción más amplios que van desde la lucha por la paz positiva (justicia y desarrollo), hasta las acciones de defensa de la población y la búsqueda de reconciliación (García-Durán, 2006: 72-75).

No obstante, el hecho de estar en un escenario de conflicto armado, donde hay condiciones especialmente injustas y violentas (amenazas relacionales y contextuales) no parece concluyente como factor movilizador o desmovilizador. Una población que sufre el impacto de la guerra puede reaccionar ante la violencia movilizándose, porque comparte agravios colectivos. Sin embargo, la guerra también puede ser un factor inhibitor de la protesta, debido a las múltiples amenazas, asesinatos y masacres que sufren las comunidades, líderes y activistas sociales. Así mismo, la aparición de procesos de paz y de reformas políticas de apertura democrática constituyen oportunidades políticas particulares de este tipo de contextos (García-Durán, 2006: 53-87).

Debemos fijarnos, por tanto, en una dimensión organizacional, es decir, cómo se está llevando a cabo la activación de las personas afectadas; y en una dimensión interpretativa, es decir, cómo está interpretando esa población su situación. Según nuestra revisión de la literatura, a nivel colectivo, es necesario que las estructuras organizativas formales (OMS) del movimiento movilicen los recursos adecuadamente (personas, entrenamiento y tradición) para fortalecer las campañas no-violentas, que los líderes tengan habilidades y actitudes estratégicas (en lugar de dogmáticas o pragmáticas), que las redes y organizaciones del entorno formen parte de las bases de apoyo para la paz (*peace constituencies*), y que las estructuras conectivas consigan mantener la comunicación y cohesionar las facciones radicales y moderadas. Así mismo, la fortaleza del movimiento depende de la capacidad de las redes sociales a la hora de captar las personas, integrarlas en las redes, y activar su sentido de pertenencia, compromiso y solidaridad.

Respecto al modelo organizativo del movimiento (centralizado o descentralizado, institucional o contencioso) no existe un único modelo organizativo exitoso, sino que éste variará en función de los objetivos y las condiciones del contexto. A efectos de nuestra investigación, el reto es que los grupos desafiantes desarrollen un modelo organizativo que sirva para sostener sus desafíos y alcanzar sus demandas sin

---

<sup>503</sup> Por ejemplo, en contextos violentos y conflictivos, los movimientos feministas se ven impelidos a trabajar por las múltiples violencias que sufren las mujeres en las guerras, al tiempo que los movimientos ecologistas que defienden los recursos naturales en estas zonas se ven altamente amenazados.

necesidad de recurrir a las armas, para que puedan contribuir así a la construcción de paz positiva y la transformación de conflictos. Para ello, dicho modelo tendrá que adaptarse a las condiciones sociales, políticas, culturales y económicas específicas de los escenarios de conflicto armado, donde la disponibilidad de recursos naturales, el grado de represión estatal, la militarización del territorio, la escasez, la desigualdad, etcétera, condicionan las formas organizativas y los repertorios de lucha. No obstante, en términos generales, podemos afirmar que el modelo que mejor se adapta a la forma de acción colectiva no-violenta es el modelo descentralizado y el repertorio de acción colectiva extra-institucional y contencioso, sin perjuicio de reconocer las ventajas de disponer de estructuras organizativas estables y de repertorios que combinen las acciones de protesta con acciones institucionales.

Por otro lado, es importante señalar que las condiciones que influyen en la configuración de la acción colectiva han sido ampliamente estudiadas por el campo de los MS (este es uno de sus principales objetos de estudio). Por su parte, los especialistas del campo de la resistencia civil no-violenta han sistematizado, en base al estudio de las experiencias de luchas no-violentas, una serie de condiciones (muchas veces, en forma de recomendaciones o lecciones aprendidas) que pueden ayudar al movimiento a obtener buenos resultados (éxito), aprovechar las oportunidades, superar las dificultades y transformar su entorno. El enfoque de la resistencia civil no-violenta se ha centrado más que en el análisis de las condiciones estructurales, en las condiciones internas y relacionales<sup>504</sup>. Parte de la perspectiva de que los movimientos sociales no-violentos pueden conseguir lo que se proponen, a pesar del contexto, si saben cómo hacerlo.

Sin embargo, ni el campo de los movimiento sociales ni el de la resistencia civil no-violenta han analizado suficientemente el cambio de repertorio violento y no-violento. Las teorías sobre MS señalan las condiciones que influyen en la aparición del descontento social y la movilización (agravios-frustración, incentivos selectivos, oportunidades políticas, marcos cognitivos, etc.), pero no explican suficientemente por qué estas mismas condiciones pueden hacer fluctuar a los sujetos colectivos entre la acción contenciosa y no-violenta, el pacifismo pasivo (evitación-huida) y las acciones armadas (Melucci 1990, 32–33). Así mismo, en la resistencia civil no-violenta faltan estudios que analicen esta cuestión sistemáticamente (atendiendo a la multiplicidad de causas posibles) y lo apliquen al estudio de largas trayectorias de lucha. El interés de la resistencia civil no-violenta ha sido principalmente el de

---

<sup>504</sup> Según el campo de la resistencia civil no-violenta, algunas de las ventajas estratégicas de la no-violencia se derivan, en primer lugar, de factores relacionales: mayor apoyo de la opinión pública, por la simpatía que reciben las acciones no-violentas (valoración cultural favorable); aprovechamiento de la represión estatal por la ventaja moral (moral *jiu-jitsu*) de la no-violencia y efecto *backfire* o *boomerang*; así como la alta probabilidad de producir cambio de lealtad en los adversarios o sus pilares de apoyo. En segundo lugar, se derivan de factores internos: unidad interna; estructuras descentralizadas, democráticas e inclusivas; disciplina de no-violencia; objetivos claros y limitados; capacidad creativa; y alto nivel de compromiso.



estudiar las condiciones del éxito de la no-violencia (los resultados), no por qué se opta por este método entre otros posibles, como la violencia. Esto implica que no haya investigaciones sobre cómo funcionan las dinámicas de radicalización y desradicalización en un mismo sujeto colectivo a largo plazo.

La consecuencia de este vacío teórico para nuestra tesis es que no hemos podido encontrar literatura que responda a una de las hipótesis que nos planteamos en esta investigación: que los factores internos son más influyentes en el cambio de repertorio entre la violencia y la no-violencia, que los factores externos.

La única investigación que esclarece esta cuestión es la de Wendy Pearlman (2011) sobre el caso de la resistencia civil no-violenta en Palestina. El interés de esta investigadora –como el nuestro en esta tesis– fue comprender los flujos entre la protesta violenta y no-violenta en el movimiento nacional palestino, para lo cual extendió su investigación hasta cubrir toda la historia del movimiento. Su conclusión – después de contrastar sus resultados con los movimientos de autodeterminación de Sudáfrica e Irlanda del Norte– fue que los cambios de repertorio entre los métodos violentos y no-violentos dependen de la fortaleza de la estructura organizativa del movimiento, siendo los momentos de debilidad organizativa aquellos en los que se adoptan los métodos violentos. Y entre todas las fortalezas colectivas que hemos señalado en este marco teórico, Pearlman (2011: 9-11) apunta que el factor clave es la cohesión interna. Solo los movimientos que están bien cohesionados son capaces de movilizar, imponer la disciplina de la no-violencia y contener a las disidencias o facciones violentas.

Por último, cabe añadir que con la elaboración de este marco teórico hemos demostrado la pertinencia y utilidad de la convergencia entre el campo de estudios de los movimientos sociales y el de los estudios sobre paz y conflictos.

Por un lado, el campo de los MS tiene elementos teóricos que pueden ser útiles para mejorar la comprensión sobre el origen y la evolución de los conflictos armados, y para desarrollar el enfoque sobre construcción de paz desde abajo. Recordemos que los movimientos sociales son agentes de cambio social y una de las formas de agencia humana más estudiadas, por lo cual las teorías sobre su funcionamiento interno y su interacción con otros actores es muy útil para comprender el proceso de cambio social desde abajo.

Por el otro lado, la perspectiva de los estudios sobre paz y conflictos puede aportar al estudio de los movimientos sociales la posibilidad de que los MS sean analizados en función de cómo influyen a la generación, prevención, resolución o transformación de los conflictos. En los estudios sobre MS no se ha analizado el efecto que estos tienen en la generación o resolución de conflictos (Smithey 2013).

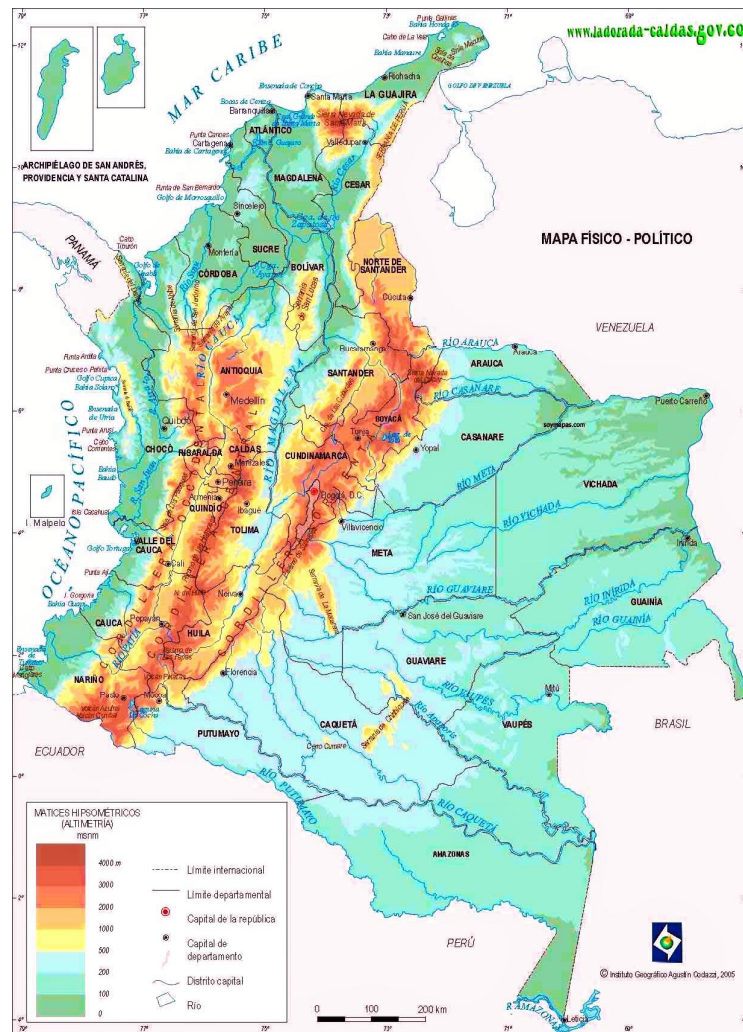


## Capítulo 6. Contextualización del estudio de caso. El conflicto armado de Colombia

### 6.1. Introducción

El objetivo de este capítulo es contextualizar nuestro estudio de caso. El capítulo se divide en tres apartados. En el primer apartado, delimitamos el área geográfica y el sujeto colectivo que hemos estudiado en esta investigación: las comunidades indígenas del norte del Cauca. En el segundo apartado, realizamos un repaso histórico al conflicto armado de Colombia, en el cual se ubica nuestro estudio de caso. Y, por último, en el tercer apartado, presentamos los principales debates académicos en torno al estudio de las causas de dicho conflicto armado.

Mapa 1: Mapa físico-político de Colombia



Fuente: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, 2006

## 6.2. Las comunidades indígenas del norte del Cauca

En este apartado vamos a caracterizar quiénes son las comunidades indígenas que habitan en la zona norte del departamento del Cauca. Para ello vamos a presentar el proceso de poblamiento, la composición sociodemográfica y la caracterización territorial del norte del Cauca.

En Colombia, la población indígena en el año 2005 ascendía a 1.392.623 personas, lo que representa el 3,36% de la población del país (DANE, Censo General, 2005)<sup>505</sup>. A pesar de ser una población minoritaria a nivel estatal, su distribución en los diferentes departamentos es muy desigual. En particular, en el Cauca, habitan 247.987 indígenas (el 21,5% de la población caucana), lo que le convierte en el segundo departamento con mayor población indígena del país, después de La Guajira<sup>506</sup>. Además de indígenas, en el Cauca habitan 256.042 afrodescendientes (el 22,19% de la población caucana), lo que convierte al Cauca en el departamento con mayor diversidad étnica y cultural, con un 43,69% de su población perteneciente a grupos étnicos<sup>507</sup>. La diversidad de pueblos indígenas que coexisten en el Cauca también es significativa. Podemos encontrar nueve pueblos: nasa, embera, coconucos, yanaconas, misak, guanaco, inga, totoró y eperara siapidara<sup>508</sup>. Entre estos pueblos hay diferencias culturales, históricas, políticas y étnicas pero comparten también elementos comunes propios de las cosmovisiones indígenas como la relación cercana y respetuosa con la tierra y la naturaleza, las técnicas de cultivo y producción, la territorialidad bajo la figura del resguardo, y las formas de gobierno y representación ejercidas por las autoridades y los cabildos. La mayoría de estos pueblos se encuentran articulados por el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC)<sup>509</sup>.

Las comunidades indígenas que son objeto de este estudio pertenecen a la etnia nasa, conocida también por el nombre que le otorgaron los conquistadores, pueblo

---

<sup>505</sup> Estas cifras corresponden al último censo general de población elaborado por el DANE en el año 2005. El DANE no ha actualizado la información por lo cual solo podemos hablar de una aproximación. Se estima, por ejemplo, que la población total en estos diez años aumentó más de seis millones de habitantes (48.205.696 habitantes).

<sup>506</sup> La mayor parte de la población indígena se encuentra en los departamentos de La Guajira (20,18%), Cauca (17,98%), Nariño (11,22%) y Córdoba (10,96%). Solo estos departamentos concentran al 60,34% del total de la población indígena del país.

<sup>507</sup> La mayoría de los departamentos destacan por la escasa presencia de grupos étnicos. Así, en Bogotá, Boyacá, Cundinamarca, Guaviare, Casanare, Arauca, Tolima, Santander, Risaralda, Quindío, Meta, Huila, Caldas y Caquetá más del 90% de los habitantes no tienen pertenencia étnica. En algunos departamentos sí hay una presencia étnica significativa pero solo de uno de los grupos. Los indígenas son mayoría poblacional en Vichada, Vaupés, Guainía, Amazonas y La Guajira, mientras que los afrodescendientes dominan en el Chocó, Archipiélago de San Andrés, Valle del Cauca y Bolívar. Solo Sucre y Córdoba se acercan a la composición multicultural del Cauca.

<sup>508</sup> Diversidad solo superable en los departamentos de Amazonas, Guaviare y Vaupés.

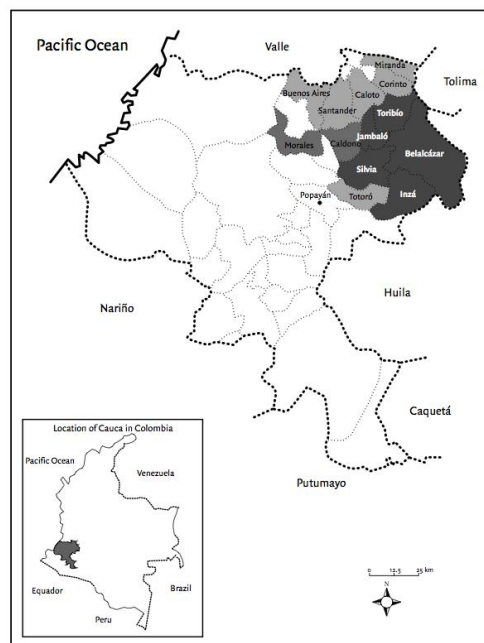
<sup>509</sup> El CRIC se compone de 7 zonas, cada una con su propia asociación zonal. Aparte del CRIC, existe en el Cauca otra organización indígena, el "Movimiento de Autoridades" o AICO, que esta compuesta mayoritariamente por indígenas misak (o guambianos, según el nombre otorgado por los conquistadores).

páez o paeces. Su idioma es el nasa yuwe, en el que la palabra “nasa” significa “gente”. El pueblo nasa, es uno de los pueblos más numerosos de Colombia, después de los wayuu y los senuu<sup>510</sup>. Lo componen un total de 186.178 personas, distribuidas en siete departamentos del centro y suroccidente del país: Cauca, Caquetá, Huila, Meta, Putumayo, Tolima y Valle del Cauca. La mayoría de los nasa, no obstante, están concentrados en cinco municipios del departamento del Cauca – Inzá, Belalcázar, Toribío, Jambaló y Silvia– coincidiendo con las zonas que históricamente ha ocupado este pueblo desde la colonización.

En el siglo XVI, los ancestros del pueblo nasa llegaron a Tierradentro, un territorio montañoso al oriente del departamento del Cauca, para refugiarse de la presión de los conquistadores. Un siglo más tarde, y ya sometidos por la colonización, comenzaron a desplazarse a través de la ladera occidental de la cordillera central, hacia las zonas altas de montaña del norte del Cauca –Jambaló, Pitayó, Quichaya, Tunibío y Cuetayué– territorios que hoy se corresponden con los municipios de Silvia, Jambaló y Toribío. Los indígenas, y algunos blancos, se establecieron en Tunibío (hoy, resguardo de Toribío) que significa “posada del peregrino y tierra de dinero” lo que, según los historiadores, indica que era un lugar de paso que atravesaba la cordillera hacia Caloto. Al otro lado del río Palo, se establecieron en Cuetayué o Cuetayuc (hoy, resguardo de Tacueyó) que significa “piedra que llora” por una antigua fuente de piedra que había en la plaza principal. Mucho más adelante, a finales del siglo XIX, los indígenas nasa, explotados por los terratenientes, comenzaron a migrar desde la cordillera central hacia tres áreas: el sur del valle del Cauca (Florida), el piedemonte amazónico y los municipios de la cordillera occidental del norte del Cauca, esto es, Buenos Aires y Morales (Rojas y Sevilla, 1994: 174). Y finalmente, en la última década del siglo XXI, las comunidades nasa se desplazaron a otros municipios caucanos y comenzaron procesos de constitución de resguardos en Cerro Tijeras (Suárez), en el municipio de Timbío (área metropolitana de Popayán) y en el Alto Naya (López de Micay).

---

<sup>510</sup> El Estado colombiano reconoce la existencia de 87 pueblos o etnias, mientras que la ONIC señala la existencia de 102 pueblos indígenas en Colombia, doce avaladas por organizaciones sociales indígenas y tres que se auto-reconocen como etnias diferenciadas.

**Mapa 2: Población Nasa en el Departamento del Cauca**

Fuente: Van de Sandt, 2007: 9

En el siguiente mapa podemos observar los municipios del departamento del Cauca donde la población nasa habita actualmente, así como una clasificación por colores –gris oscuro, gris y gris claro– según la “ancestralidad” de las comunidades indígenas en esos municipios, comenzando en la época colonial hasta la actualidad. La ancestralidad en el territorio tiene una relación directamente proporcional con el número de habitantes, de modo que en las áreas de presencia más antigua –gris oscuro– son también las más pobladas por indígenas nasa<sup>511</sup>.

La organización política de estas comunidades, no obstante, no coincide con la composición étnica de los municipios ni con la dinámica de poblamiento. A pesar de los lazos históricos y étnicos que unen a la población nasa del departamento del Cauca, las dinámicas locales han hecho que los distintos cabildos indígenas se hayan agrupado en diferentes asociaciones zonales, que regionalmente se reúnen en el CRIC. En nuestra investigación, nos centramos en las comunidades nasa que habitan los municipios de la zona norte y se encuentran articuladas política y administrativamente a la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN). La “zona norte” del departamento del Cauca es el área geográfica que comprende doce municipios del noreste del departamento, limítrofe por el norte con el departamento del Valle del Cauca y por el este con el departamento del Tolima<sup>512</sup>.

<sup>511</sup> En el mapa falta una cuarta categoría conformada por los últimos proceso de poblamiento por parte de las comunidades nasa: el caso de Cerro Tijeras (Suárez), el reasentamiento Kitek Kiwe de las víctimas de la masacre del Naya, (Timbío) y la comunidad de indígenas nasa en el Alto Naya (López de Micay). Las últimas dos, no obstante, son comunidades que por sus orígenes mantienen vínculos con la ACIN, pero se encuentran fuera de la región del norte del Cauca.

<sup>512</sup> Esos doce municipios son: Puerto Tejada, Villa Rica, Guachené (creado en diciembre de 2006), Padilla, Miranda, Corinto, Caloto, Toribío, Jambaló, Santander de Quilichao, Buenos Aires y Suárez.

El criterio que hemos seguido para realizar la delimitación de esta subregión, ha sido adoptar la cartografía que presentan las propias organizaciones indígenas. Por un lado, la ACIN no incluye dentro de su territorialidad los municipios de Morales y Caldo y, por otro, las comunidades indígenas que habitan en estos dos municipios constituyeron sus propias asociaciones y se encuentran agrupadas en el CRIC como “zona nororiente” y “zona oriente” respectivamente. Incluirlas como zona norte, cuando ellas mismas no se identifican como tal, implicaría no respetar su organización político-administrativa y forzar el análisis de dinámicas de relacionamiento inexistentes<sup>513</sup>.

Las comunidades indígenas de la ACIN hacen presencia en ocho de los doce municipios del norte del Cauca. Se estima que en estos municipios habitan aproximadamente 105.905 indígenas (IEI, 2015)<sup>514</sup>. La mayoría de indígenas de la ACIN habitan en la zona alta de la cordillera central, que se corresponde a los municipios de Jambaló y Toribío. Estos son los territorios ancestrales de los nasa, los más poblados y los procesos organizativos más fuertes. Los municipios de Santander de Quilichao, Caloto, Corinto y Miranda, son lo territorios de composición étnica más intercultural (indígena, afro-descendiente y mestiza). En estos municipios, los indígenas nasa habitan mayoritariamente en las zonas de ladera, más cercanos a la cordillera. En los municipios de Buenos Aires y Suárez, en la cordillera occidental, las comunidades indígenas son pequeñas y más débiles organizativamente, y los municipios están poblados mayoritariamente por afro-descendientes. Y, por último, en los municipios de la zona plana, Padilla, Guachené, Villa Rica y Puerto Tejada, no hay presencia de comunidades indígenas<sup>515</sup>. El siguiente mapa muestra la zona con presencia indígena en el norte del Cauca. El área de los resguardos que han sido formalmente constituidos es menor al de las zonas coloreadas, pero como la presencia de población indígena excede a la que habita dentro de los resguardos hemos optado por presentar este mapa –elaborado por la propia ACIN– que refleja mejor las zonas donde la organización tiene influencia política, e incluso, aspiraciones territoriales.

---

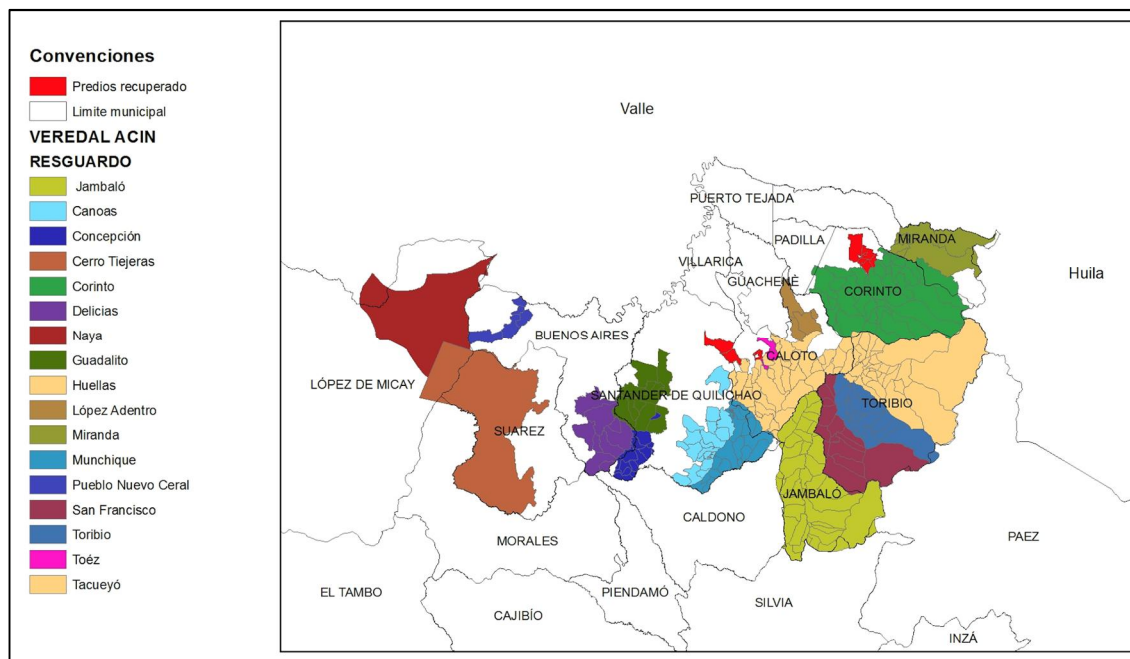
Algunas fuentes incluyen dentro de la “zona norte” otros dos municipios: Morales, que está ubicado en límite occidental y Caldo, que se encuentra al sur.

<sup>513</sup> Adoptamos lo dicho por Clara Inés García (2009: 71) sobre las delimitaciones territoriales: “son construcciones hechas desde perspectivas específicas (...) no estamos afirmando que esos *territorios* o *regiones* sean los equivalentes de la *realidad* (...) siempre serán producto de una construcción hasta cierto punto “arbitraria” de la cual siempre debemos hacer explícitos los criterios, supuestos y enfoque acogidos”.

<sup>514</sup> Son 143.944 indígenas según el DANE 2005 (citado en Sánchez, Vargas, y Vásquez 2011:83).

<sup>515</sup> Fuera de la subregión estudiada, hay dos pequeñas comunidades nasa que mantienen cierto vínculo con la ACIN porque sus orígenes proceden del norte del Cauca. Una está en el municipio de Timbío (centro del Cauca) y otra en el municipio de López de Micay (costa pacífico, límite con Buenos Aires).

Mapa 3: Zona de influencia de la ACIN



Fuente: ACIN, entregado en 2015

### 6.3. Evolución histórica del conflicto armado de Colombia

En este apartado vamos a hacer un breve repaso al conflicto armado que lleva azotando a Colombia desde mediados del siglo XX<sup>516</sup>. De esta manera pretendemos explicar el contexto histórico de violencia y conflictividad socio-política que nos sirva de trasfondo para analizar las acciones de resistencia de las comunidades indígenas del norte del Cauca.

El conflicto armado ha sido ampliamente estudiado por la academia nacional así como por colombianistas extranjeros<sup>517</sup>. Se han estudiado sus antecedentes, sus orígenes, sus causas y sus transformaciones desde múltiples enfoques. Esto ha llevado a ciertos consensos pero también a debates que siguen abiertos<sup>518</sup>.

#### 6.3.1. Los antecedentes al conflicto armado

<sup>516</sup> El libro que hemos utilizado de referencia para realizar este repaso histórico es la obra más completa que ha escrito el reconocido historiador colombiano Fernán E. González González, "Poder y violencia en Colombia" (2014).

<sup>517</sup> Como resultado de tantos años de conflicto armado, la academia colombiana cuenta con una amplia tradición en el estudio de la violencia, inaugurando una disciplina conocida como "violentología". Se considera que el primer estudio de esta tradición fue "La Violencia en Colombia", publicado en 1962, por el párroco Germán Guzmán Campos, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda.

<sup>518</sup> Por eso, después de exponer la dinámica del conflicto hemos considerado pertinente ubicar cómo ha sido definido y caracterizado el caso colombiano en la literatura y qué debates ha generado dentro de la academia.



La primera cuestión sobre la que no hay consenso es la del inicio del conflicto armado. La lectura oficial o, al menos, la utilizada por las instituciones internacionales especializadas en el análisis de conflictos armados en el mundo, como la Universidad de Uppsala/PRIO (UCDP), ubican alrededor del año 1964 como la fecha de inicio del conflicto, año en el que nacieron oficialmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). El informe elaborado por la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (2015) mostró que, entre sus doce miembros, no hubo consenso respecto al origen temporal del conflicto. A grandes rasgos se pueden identificar cuatro temporalidades: (a) la más extensa se remonta a la formación del estado republicano durante el siglo XIX y principios del XX; (b) una intermedia tardía, se ubica en el comienzo del proceso de desarrollo capitalista moderno que desembocó en los conflictos agrarios y las movilizaciones de los años veinte; (c) una intermedia temprana, que sitúa los orígenes del conflicto alrededor del período de La Violencia y del Frente Nacional, entre los que se encuentran aquellos que insisten en la emergencia de las guerrillas en los años sesenta como punto de arranque; y (d) una de corta duración, que se ubica a finales del Frente Nacional, a mediados de los setenta y principios de los ochenta, cuando las guerrillas comienzan una actividad más álgida (Benavides, 2018: 122-123). Como ha señalado Medina (2015), las diferencias temporales se encuentran relacionadas con la perspectiva más o menos estructuralista del autor. Cuánto más estructuralista sea, más importancia le da al contexto histórico del conflicto.

Sin ánimo de “esencializar” el fenómeno de la violencia en Colombia, algunos autores han señalado las continuidades entre el conflicto reciente y las prácticas y estructuras sociales violentas que se establecieron desde la colonización. Ni siquiera el triunfo frente a los españoles en las guerras de independencia (1810-1824) consiguió construir un consenso en torno a cómo debía ser el recién creado Estado-nación. Una vez conseguida la independencia, comenzaron a enfrentarse entre sí en guerras fratricidas y la Gran Colombia se dividió en Estados Confederados. Solo hasta 1889 hubo nueve guerras civiles y 75 guerras regionales, lo que le llevó al país a ganarse el calificativo de la “patria boba”.

El siglo XX comenzó con otra guerra, la Guerra de los Mil Días (1899-1902) contra los liberales panameños. En la política interior, las primeras décadas se caracterizaron por la hegemonía conservadora y la creciente agitación social. Ésta se debió a un proceso modernizador y centralizador incompleto, que generó múltiples clivajes políticos: una integración de las regiones centrales frente a la marginación de las subordinadas; un aumento de las tensiones en el campo entre el modelo latifundista y la colonización campesina de baldíos; un incremento de los recursos fiscales para el Estado que transformó el papel de los partidos políticos; una emergente industrialización y una bonanza cafetera que produjeron la aparición del problema obrero. Surgieron así nuevos conflictos y luchas sociales en las regiones, expresados a través de incipientes organizaciones obreras, sindicales y agrarias, y de nuevos partidos políticos de corte socialista o comunista (Partido

Socialista Revolucionario, Unir, PAN y el Partido Comunista). En el campo, los colonos, arrendatarios e indígenas –que mantenían el recuerdo de la usurpación ilegal de los hacendados– comenzaron a realizar acciones de invasión de tierras. Mientras que en las ciudades con influencia socialista, se levantaron grupos de artesanos y obreros. Entre 1920 y 1925 se convocaron decenas de huelgas, particularmente en zonas mineras, bananeras y petrolíferas<sup>519</sup>. Las similitudes con los escenarios de violencia en los cincuenta, hace que algunos autores señalen este período como el preludio del conflicto armado (González, 2014: 219, 275, 290).

La inestabilidad afectó la cohesión interna de los conservadores hasta que perdieron su hegemonía. Desde los años treinta, hubo procesos de transición entre gobiernos liberales y gobiernos conservadores, que siguieron siendo acompañados por la polarización y violencia (González, 2014: 249). Los gobiernos liberales (Olaya Herrera y López Pumarejo), sobretodo bajo el gobierno de López Pumarejo (1934-1938) acogieron las reivindicaciones de los campesinos y obreros, impulsaron reformas agrarias, promovieron medidas de modernización política y social como la integración de sectores populares a la ciudadanía y medidas de inserción económica en el mercado mundial<sup>520</sup>. En la oposición, las reformas lopistas generaron la reacción conservadora que, aliados con la Iglesia católica y la falange española, acusaban a la política liberal de decadencia moral y de pretender acabar con la civilización católica occidental. A su vez, los sectores derechistas del Partido Liberal también se mostraban críticos con las reformas de López y sus alianzas con los comunistas. En consecuencia, los siguientes gobiernos liberales (Eduardo Santos y López Pumarejo) se moderaron y abandonaron la línea intervencionista del Estado, si bien, esto provocó un aumento del descontento entre las masas, dando lugar al surgimiento del “movimiento gaitanista”, liderado por Jorge Eliecer Gaitán, candidato a la presidencia por el Partido Liberal, que representaba el liberalismo radical y contaba con el apoyo de los sectores populares.

El debilitamiento progresivo de los liberales favoreció la vuelta al poder de los gobiernos conservadores (Ospina Pérez y Laureano Gómez). Sin embargo, el cambio de gobierno tampoco apaciguó el clima. Desde el comienzo de la Presidencia de Ospina en 1946, siguió la polarización política y social, así como los conflictos y las luchas sociales. Además, el gobierno conservador no era dominante en toda Colombia así que necesitaba gobernar en coalición con los liberales. Para conseguir la hegemonía conservadora, los conservadores intentaron forzar la conservatización en aquellos lugares donde no había una clara fuerza mayoritaria, lo mismo que en otra época habían intentado los liberales. A medida que aumentaba la polarización, las facciones más extremas de cada partido –laureanistas y

---

<sup>519</sup> El 6 de diciembre de 1928 ocurrió en Ciénaga (Magdalena), la *masacre de las bananeras* que reflejó Gabriel García Márquez en “Cien años de soledad”. Esta fue una matanza de trabajadores de la United Fruit Company que se produjo para reprimir una huelga masiva en la zona bananera, que había sido convocada por los sindicatos para mejorar las condiciones laborales.

<sup>520</sup> Tal es así que al primer período del gobierno de López Pumarejo (1934-1938) se le conoció como la “Revolución en Marcha”.

gaitanistas— cogieron protagonismo. Gaitán cada vez era más popular y se hizo con la jefatura del Partido Liberal. En este climax de crispación social, la violencia comenzó a desatarse en los lugares donde había un pasado de conflictos locales como, por ejemplo, en los Santanderes, Boyacá, Nariño y Cundinamarca (González, 2014, 285-286).

En 1948 la violencia adquirió una dimensión mayor. El Partido Conservador comenzó a utilizar los instrumentos del estado para ejercer crímenes sistemáticos contra militantes liberales y comunistas (Giraldo, 2013: 7). El movimiento gaitanista fue uno de los movimientos perseguidos. El 9 de abril de 1948, Gaitán fue asesinado, lo que provocó una insurrección popular violenta en la capital, conocida como “El Bogotazo”, que dejó un saldo de 2.585 muertos en tres días (Ramírez, 2010: 5). La oleada de protestas se extendió por otras ciudades del país y se inició un período cruento de violencia interpartidista que ha sido denominado como La Violencia (1948-1953). Durante este período el enfrentamiento se agudizó y los grupos sofisticaron sus tácticas de represión y terror. Del lado de los conservadores, se utilizaron millares de campesinos para conformar una sección de la policía (“los chulavitas”) especializada en perseguir y asesinar a los liberales (“los bandoleros” o “la chusma”). Aparecieron también cuerpos irregulares de civiles armados, de carácter privado y local (“los pájaros”) que actuaban en alianza con las autoridades y las fuerzas de seguridad (González, 2014: 288). Como respuesta, los liberales organizaron grupos de guerrillas capaces de contra-atacar a los conservadores. Las guerrillas liberales se ubicaron principalmente en zonas de frontera abierta o de reciente colonización, con relativo aislamiento de los centros de poder y con una base campesina politizada o con terratenientes liberales simpatizantes. El poder se fue fragmentando y privatizando cada vez más, evidenciando la incapacidad del Estado de ejercer el monopolio de la fuerza (Sánchez, 1989: 143-145, citado en González, 2014: 298-300). Surgieron en esta período muchas de las crueles prácticas que más tarde serían utilizadas en el conflicto armado moderno: métodos de tortura, desplazamiento forzado, crímenes sexuales, usurpación de tierras, asesinatos con sevicia (corte corbata, corte franela, etc.). A pesar de la dificultad de llevar registros certeros, Guzmán, Fals Borda y Umaña (1963: 292) calcularon que entre 1949 y 1958 hubo unas 134.820 muertes relacionadas con el conflicto o 179.820 muertes si contamos los heridos que fallecieron posteriormente y las defunciones por desnutrición.

Dada la situación de extrema de violencia, la crisis del bipartidismo y la fragmentación interna de los partidos tradicionales, éstos decidieron otorgar a un representante de las Fuerzas Armadas la presidencia con el objetivo de pacificar la situación. Así es como se instauró la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). Todavía en esta época, el ejército era un actor más profesionalizado y desideologizado que la policía, que le aseguraba más neutralidad e independencia frente a las presiones partidistas, lo que facilitaba su misión de asegurar el orden interno. Sin embargo, los intentos de Rojas de solucionar el conflicto decretando una

amnistía a las guerrillas liberales fueron en vano, entre otras cosas, debido a los asesinatos de excombatientes desmovilizados por parte de los pájaros<sup>521</sup> y la política anti-comunista del gobierno, que reavivó la violencia y la expansión de las guerrillas comunistas, como veremos a continuación. Al final del período de la Violencia aminoran los enfrentamientos bipartidistas pero continuó la violencia transformada en nuevos grupos.

### 6.3.2. Proliferación de guerrillas (1962-1981)

A la dictadura militar de Pinilla le sustituyó el Frente Nacional, un pacto que estipulaba dieciseis años de alternancia y paridad en el poder entre el Partido Liberal y Conservador (1958-1974)<sup>522</sup>. A pesar de los efectos positivos que el FN tuvo en la reconciliación entre liberales y conservadores y en el desescalamiento de la competencia política, el carácter restringido de la democracia durante este período pudo ser una de las causas del conflicto armado. Según esta hipótesis, el acceso limitado al poder pudo motivar que los grupos no representados en los partidos tradicionales optaran por la lucha armada como forma de incidir políticamente. Sea o no esta la causa (en cuyo debate luego entramos), lo que resulta indiscutible es que, bajo el gobierno del Frente Nacional, se conformaron las tres guerrillas “históricas” o de “primera generación”: el ELN (1962/1965), las FARC (1964) y el EPL (1967)<sup>523</sup>. Estas guerrillas se caracterizan por tener un anclaje en la violencia bipartidista, acoger a los grupos irregulares de los años cincuenta y tener una orientación marxista.

En particular, la conformación de las FARC, tuvo su origen en las guerrillas liberales que confluyeron en El Davis (municipio de Rioblanco, Tolima) en 1949 para

<sup>521</sup> Por ejemplo, tras la desmovilización de la guerrilla liberal en los Llanos, su líder, Guadalupe Salcedo, fue asesinada. Este comportamiento se repitió posteriormente en el proceso de desmovilización de 1990-1991, cuando fue asesinado Carlos Pizarro, el líder del M-19. Estas acciones han contribuido a aumentar entre la insurgencia la desconfianza en procesos de paz y la generación de disidencias que sirvan de retaguardia.

<sup>522</sup> En total tuvieron cuatro períodos legislativos, dos liberales (Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo) y dos conservadores (Guillermo León Valencia y Misael Pastrana Borrero), donde los partidos se turnaron en la Presidencia y se repartieron equitativamente los ministerios y la burocracia. Aunque el FN debía durar 16 años, en la práctica, el espíritu del bipartidismo subsistió así que hasta finales de los ochenta, mediante acuerdos informales entre los liberales y los conservadores (Archila, 2003: 109).

<sup>523</sup> Entre todas las insurgencias pondremos mayor atención en la historia de las FARC porque es la que desde los años ochenta mantuvo una confrontación directa con las comunidades indígenas del norte del Cauca por el control territorial y poblacional. No obstante, señalar que el Ejército de Liberación Nacional (ELN) es una guerrilla de inspiración foquista, creada en 1962 por un grupo de estudiantes de la Universidad Industrial de Santander, inicialmente en La Habana con el nombre de Brigada José Antonio Galán, que tuvo su aparición pública en Colombia (Simacota, Santander) en 1965. Una de sus principales figuras fue el sacerdote católico Camilo Torres, impulsor del Frente Unido, la Teología de la Liberación y la disciplina de la Sociología en Colombia, junto a Fals Borda. Por su parte, el Ejército Popular de Liberación (EPL) fue la guerrilla creada por el Partido Comunista de Colombia-Marxista Leninista (PCC-ML), una disidencia del Partido Comunista (de orientación moscovita), contraria a la política reformista y conciliadora de éste último, que surgió en 1965 y fue apoyada por el Partido Comunista Chino.

refugiarse de la represión y preparar una defensa común. Este lugar se convirtió en un núcleo de resistencia de unas 4000 personas. Pero las diferencias políticas y sociales entre los liberales gaitanistas o “limpios” y los liberales comunistas o “sucios” rompió la coalición tan solo dos años más tarde, dando lugar al inicio de una guerra sangrienta por el control del territorio<sup>524</sup>. El sur del Tolima era una zona con una amplia tradición en movilización agraria y un campesinado politizado, pero muy fragmentado, con multiplicidad de comandantes y tácticas. Mientras los dirigentes agrarios de la región buscaban la consolidación de sus organizaciones, con cierta cabida en el sistema político y electoral y la creación de autodefensas campesinas para el caso de ataques, los líderes llegados de fuera defendían la lucha armada revolucionaria. Esta tensión entre la línea agrarista y la línea guerrillista se mantendría durante años.

Por su parte, el Partido Comunista buscó unificar los movimientos agrarios que actuaban en la región bajo su influencia y ordenó a algunos de sus nuevos cuadros, la misión de desplazarse con grupos de campesinos afines hacia nuevos territorios, con el fin de organizar la resistencia frente a la represión desatada por el recién implantado gobierno conservador de Laureano Gómez, en 1950. Estas fueron las famosas “columnas en marcha” dirigidas por Pedro Antonio Marín (alias “Manuel Marulanda” o “Tiro Fijo”) y su amigo Jacobo Prías López (alias “Charro Negro”). Desde el sur del Tolima, las columnas, recorrieron la cordillera central afianzando los vínculos con las comunidades de Algeciras (Huila), El Pato (Caquetá), Guayabero (Meta), Támara (Tolima, después bautizada como Marquetalia), Riochiquito (Cauca) y Villarrica (Sumapaz). Las organizaciones comunistas contaban con dos grupos, uno político que se dedicaba al adoctrinamiento, agitación y propaganda y otro armado, que amedrentaba y recaudaba impuestos (González, 2014: 348). De esta forma, los campesinos de estas regiones, entre las que se encuentra el Cauca, que se habían iniciado en las guerrillas liberales, pasaron a ser los enclaves comunistas<sup>525</sup>. En su obra sobre el período de la Violencia en los años cincuenta, Hobsbawn (2014, original de 1959: 235) describió estas regiones como un tipo de zona armada pero tranquila, que resulta atractiva para el asentamiento de organizaciones guerrilleras:

“Consiste en las remotas e inhabitadas regiones que se extienden desde las montañas hasta la cuenca amazónica, en las que grupos de colonizadores pioneros independientes han establecido fuertes núcleos comunistas, proporcionando sectores para establecer bases de entrenamiento de guerrillas (...). El pionero independiente, que rompe con los asentamientos tradicionales –con frecuencia de dominio feudal– es

---

<sup>524</sup> Además, sus bases de apoyo procedían de condiciones sociales muy diferentes, con diferentes intereses y métodos de lucha.

<sup>525</sup> Muchos de los jefes guerrilleros liberales sufrieron esta transformación, adoptando el proyecto comunista. Les parecía que las guerrillas comunistas estaban mejor organizadas, eran más eficaces militarmente y tenían mayor cercanía y respeto hacia la población campesina. Este fue el caso, por ejemplo, del que luego sería el líder de las FARC, “Manuel Marulanda” o “Tiro Fijo” (González, 2014: 306-307).

uno de los elementos más militantes en potencia y uno de los más accesibles a las organizaciones de izquierda”.

Cuando Rojas Pinilla concedió la amnistía en 1953, las guerrillas comunistas y algunas células liberales decidieron no entregar las armas por miedo a las represalias. En respuesta, el gobierno comenzó la represión contra todas las zonas de influencia comunista y en 1954 atacó Villarrica, lo que generó el desplazamiento de miles de civiles y guerrilleros hacia el resto de las zonas de influencia. Como resultado, se afianzaron los enclaves estratégicos de la guerrilla en El Pato (Caquetá), Ariari y Guayabero (Meta), Riochiquito (Cauca) y Marquetalia (Tolima), que el gobierno denominó como las “repúblicas independientes”. Más adelante, en mayo de 1964, el gobierno conservador de Guillermo León Valencia ejecutó una gran ofensiva militar contra Marquetalia, lo que es considerado el momento fundacional de las FARC porque el bombardeo obligó a las autodefensas campesinas a desplazarse hacia otras zonas y a adoptar la ofensiva guerrillera. Si bien, aunque es cierto que la intervención militar del gobierno favoreció que las organizaciones comunistas se decantaran por la vía armada, la decisión de pasar de autodefensas a guerrillas pudo haber sido tomada años antes, cuando el líder Jacobo Prías Alape, alias “Charro Negro”, fue asesinado (González, 2014: 351-353).

Por otro lado, los acontecimientos internacionales en el marco de la guerra fría también influyeron en el surgimiento de las guerrillas en Colombia durante los años sesenta. En particular, la aparición de sectores clericales radicales (teología de la liberación) y el triunfo de la revolución cubana despertó la ilusión en el comunismo en América Latina<sup>526</sup>, provocando tanto una oleada de movimientos revolucionarios como de reacciones anti-comunistas. El gobierno de Estados Unidos, preocupado por la emergencia de revoluciones en el continente, comenzó a orientar la política latinoamericana. Su receta para socavar los intentos de sublevaciones populares, consistió en una mezcla de política militar contrainsurgente y una política agraria redistributiva. Los Estados Unidos expandieron por el continente su Doctrina de Seguridad Nacional (Operación Laso, Latin American Security Operation). Realizaron la Conferencia de Ejércitos Americanos en 1962. Y aprovecharon la celebración de la Alianza para el Progreso, para aconsejar a los dirigentes del continente que podían evitar los levantamientos campesinos implementando reformas agrarias que mejoraran la distribución de la tierra<sup>527</sup>.

---

<sup>526</sup> La oleada revolucionaria resultó atractiva para los sectores campesinos, obreros, estudiantiles y liberales colombianos. Así mismo, emergieron diversidad de organizaciones promovidas por una nueva generación de jóvenes ilusionados con la revolución como las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL), el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) y las Juventudes Comunistas (JUCO). Algunos jóvenes estudiantes viajaron a Cuba, China y la antigua URSS para conocer de primera mano estas experiencias y luego incorporaron sus aprendizajes a las emergentes organizaciones insurgentes.

<sup>527</sup> El objeto de la Alianza para el Progreso era mejorar el nivel de vida de todos los habitantes del continente americano. Fue una estrategia aprobada por El Consejo Interamericano Económico y Social CIES y se celebró en Punta del Este (Uruguay) en 1961.

En Colombia, la política anti-comunista del gobierno de Pinilla, junto a la influencia de las misiones militares de los Estados Unidos, produjeron un giro en la orientación de las Fuerzas Armadas de Colombia, cada vez más anti-comunista (Leal, 2010: 296-297). Las misiones militares estadounidenses habían recomendado también la creación de grupos armados de civiles y militares para acometer acciones “terroristas paramilitares”. El gobierno de Colombia adoptó en esos años la estrategia paramilitar, desarrollando un marco normativo que permitía la entrega de armas a civiles y la constitución de grupos civiles armados, coordinados por militares (Giraldo, 2013, 5-6).

Por último, en los años sesenta se produjo también en Colombia una acelerada transformación social y demográfica (éxodo rural, rápida urbanización, desarrollo capitalista, secularización de la sociedad, etc.) que aumentó las tensiones sociales y generó grandes desafíos para las administraciones públicas (González, 2015: 318-319). En este marco se inició un profundo debate sobre la modernización del campo como impulsador de la economía colombiana. El país estaba viviendo unas condiciones excepcionales para expandir la industria y el sector agrario. Pero este debate iba más allá, apuntaba directamente a la cuestión de la estructura de la propiedad y la necesidad de la redistribución de la tierra que, entre otras cosas, evitara la migración masiva del campo a la ciudad. Por este motivo, e influenciados por una política latinoamericana y estadounidense favorable, los gobiernos del Frente Nacional impulsaron la política de reforma agraria en Colombia, iniciada durante el gobierno liberal de Alberto Lleras Camargo (1958-1962). Esta política buscaba la modernización y el desarrollo del campo, integrando las tierras a la economía a través del aumento de la productividad y la rentabilidad. Durante los años siguientes, se promulgaron varias propuestas legislativas y reformas administrativas para adecuar la arquitectura institucional a este objetivo<sup>528</sup>. Los lineamientos generales de la reforma agraria eran: dotar de tierras a los campesinos que carecían de ellas, adecuar las tierras a la producción y dotar estas tierras de servicios sociales básicos. El gobierno liberal de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970) jugó un papel fundamental a la hora de impulsar la parte redistributiva de esta política. Los gobiernos anteriores solo había dotado recursos a la parte de adecuación de las tierras (mejoras en las infraestructuras, los sistemas de riego y la transferencia de tecnología), pero se habían olvidado de implementar la parte de dotación de tierras a campesinos sin tierra (arrendatarios y aparceros). Para hacerlo posible, en 1967 se facilitó la creación de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), una plataforma donde las organizaciones campesinas podían estar representadas a nivel nacional y, a través de la cual, los campesinos podían intervenir en el proceso para hacer efectiva la prestación de servicios y las

---

<sup>528</sup> Programa de Acción Comunal para la incorporación del campesinado; ley 81 de 1958 para la promoción y modernización de la agricultura y ganadería en comunidades indígenas; decreto 1634 de 1960, para la creación de la Dirección de Asuntos Indígenas (DAI); Ley 135 de 1961 de reforma agraria; creación del Instituto Colombiano de Reforma Agraria (INCORA) en 1963 como institución estatal encargada de adelantar y aplicar las nuevas medidas.

dotaciones de predios previstas en la ley. Con ello, el gobierno no solo institucionalizó la interlocución del Estado con los campesinos, sino además les fortaleció organizativamente frente a los grupos tradicionales de hacendados que se oponían a las reformas<sup>529</sup>. Según Zasmoc (1987: 88) “la creación de la ANUC implicaba mucho más que un contrapeso político. Puesto que la propuesta de Lleras Restrepo respondía a las aspiraciones básicas de las capas campesinas, se trataba de un proyecto que apuntaba a conformar una alianza efectiva entre el campesinado y los sectores reformistas de la burguesía”. Sin embargo, la política agraria sufrió varios vaivenes debido a los turnos presidenciales del Frente Nacional. Durante el mandato del Presidente conservador Misael Pastrana Borrero (1970-1974) se abandonó la reforma agraria, se pactaron acuerdos con los latifundistas (Acuerdo del Chicoral) y se intentó controlar la ANUC, llevando al traste los esfuerzos de los gobiernos liberales por implementar la reforma agraria y canalizar las demandas del campesinado. Las marchas campesinas fueron reprimidas militarmente, se despidieron funcionarios del INCORA –a los que se había acusado de complicidad con las organizaciones campesinas– y se logró debilitar a la ANUC, dividiéndolos en sectores radicales (línea Sincelejo) y oficialistas (línea Armenia).

Sin embargo, como los problemas de desarrollo integral del campo y de concentración de la propiedad no se habían resuelto y las bases campesinas se habían articulado también por fuera de los canales institucionales del gobierno y de la ANUC, el efecto de la represión fue una intensificación y radicalización de las protestas sociales. Desde el año 71 hasta el 78 se sucedió una oleada de invasiones de tierras en muchos territorios de Colombia (Córdoba, Sucre, Bolívar, Tolima, Huila, Cauca, Caldas y Costa Caribe), con o sin el apoyo oficial de la ANUC. Así mismo, el gobierno de Pastrana Borrero tuvo que enfrentar la pérdida de legitimidad y las acusaciones de fraude electoral de 1970 por parte de la ANAPO, y una huelga general de la Unión de Trabajadores de Colombia (UCT) y la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia (Cstc) (González, 2014: 365-367).

El cambio al gobierno liberal de López Michelsen (1974-1978) no contribuyó a apaciguar los ánimos, si no, al contrario, pudo motivar aún más la movilización por las expectativas frustradas que representaba este candidato. Por ejemplo, hubo una ola de agitación sindical que acabó expresada en el Paro Cívico Nacional de septiembre de 1977. Respecto a la insurgencia, desde mediados de los 70 comenzaron a emerger la “segunda generación” de guerrillas<sup>530</sup>: el Movimiento 19 de

---

<sup>529</sup> Una vez reglamentada la ANUC, el gobierno comenzó una campaña nacional para organizar al campesinado y poner en marcha la reforma agraria, bajo la dirección del Ministerio de Agricultura y de su viceministro Mario Suárez Melo. Para ello, constituyeron espacios de decisión en diferentes niveles: comités veredales, asociaciones municipales y asociaciones departamentales que acabaron confluyendo en la celebración del Primer Congreso.

<sup>530</sup> El Movimiento 19 de Abril (M-19) nació en protesta de las elecciones celebradas el 19 de abril de 1970, las cuales consideraron amañadas. El grupo, de orientación social-demócrata, fue conformado por disidentes de las FARC, antiguos militantes del Partido Comunista y de la ANAPO socialista. Inicialmente tuvo tintes urbanos con ciertos períodos de inserción en zonas rurales como el norte del Cauca y el sur del Caquetá. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) nació en Sucre en



abril (M-19), en 1974; el Partido Revolucionario de Trabajadores (PRT), en 1982; y el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL) en 1984, con formación de las autodefensas indígenas desde 1978) y las guerrillas de la primera generación comenzaron a expandirse a finales de esta década. Durante años, su crecimiento había sido muy lento, por ejemplo, en 1972, el ELN solo contaba con 270 combatientes y, en 1978, las FARC con mil hombres. Varias condiciones pudieron relentizar el crecimiento de las guerrillas: las medidas reformistas de Restrepo que, al favorecer la articulación del campesinado, hubieran amortiguado durante un tiempo la lucha armada; el confinamiento en zonas periféricas; en el caso del ELN y el Ejército Popular de Liberación (EPL), la pérdida de varios jefes guerrilleros capturados o muertos; y en el caso de las FARC, que el Partido Comunista hubiera apostado por la acción política institucional y hubiera mantenido a las FARC como una “simple reserva estratégica” (González, 2014: 332, 355, 356, 362, 363, 368).

El gobierno de Turbay Ayala (1978-1982) respondió a toda esa movilización aumentando la represión militar. Durante su mandato decretó el “Estatuto de Seguridad” endureciendo las penas contra los delitos políticos, restringiendo el derecho de defensa y dilatando la aplicación del concepto de “subversión”. El gobierno desató una ola represiva indiscriminada contra militantes de la oposición y movimientos de base, de composición campesina, estudiantil, indígena y obrera, algunos de ellos vinculados a la guerrilla (Leal, 2010: 302). Entre el 31 de diciembre de 1978 y el 1 de enero de 1979, el M-19 robó 5.000 armas del Cantón Norte de Bogotá, un duro golpe al Estado que respondió con una oleada de detenciones contra los grupos de izquierda. Diversos organismos nacionales e internacionales denunciaron la masificación de las prácticas de tortura, las detenciones arbitrarias y las ejecuciones extrajudiciales. Durante el gobierno de Turbay, el CINEP registró, al menos, 60.325 casos de privación de libertad, de los cuales, en 20.626 casos se aplicaron métodos de tortura (CINEP, *Colombia – Represión, 1970 / 1981, 1982*, citado en Giraldo, 8). Así mismo, esta fue la década en la que comenzaron a verse los primeros cultivos de marihuana, los laboratorios de procesamiento de la pasta de coca procedente de países andinos y la penetración de las economías ilegales y de las mafias en la vida política regional y local (González, 2014: 369-373).

### 6.3.3. Crecimiento de los actores armados y negociaciones de paz (1982-2002)

La represión política de Turbay no fue lo suficientemente eficaz para eliminar la insurgencia, sin embargo, la mala imagen pública que se ganó su gobierno, generó un cambio en la valoración cultural de la represión estatal y en las elecciones de 1982, el electorado castigó al Partido Liberal votando por Belisario Betancur, el

---

1982, de una disidencia maoísta del Partido Comunista Colombia-Marxista Leninista (PCC-ML) que no estaba de acuerdo con la ruta estratégica del partido. El Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL) fue la guerrilla indígena que surgió en el Cauca y de la cuál hablaremos en profundidad en el siguiente capítulo.

candidato del Partido Conservador que propugnaba la necesidad de una salida negociada al conflicto armado. Así fue como a partir del gobierno de Betancur (1982-1986) cambió el discurso y la actitud de los gobernantes hacia el manejo del conflicto armado, iniciando un período de procesos de negociaciones que duraría dos décadas. Hasta el gobierno de Uribe en 2002, ningún gobierno se atrevió a cuestionar la conveniencia de una salida negociada al conflicto (Leal, 2010: 303; Bejarano, 2010: 63). No obstante, la política de paz de Betancur estuvo llena de dificultades que hicieron fracasar los diálogos de paz.

En primer lugar, Betancur, no solo se distanció de la política represiva de Turbay, sino también de la de su propio partido. En lugar de criminalizar a la insurgencia y seguir la tesis complotistas sobre el comunismo internacional como había hecho durante décadas el Partido Conservador, Betancur reconoció la existencia de causas internas y objetivas en la violencia de Colombia, lo que generó resistencias entre los mandos militares, los gremios económicos, los miembros del establecimiento político y de la Iglesia católica (Bejarano, 2010: 63; González, 2014: 381-382). Betancur contaba con el apoyo de la opinión pública pero ésta no fue suficiente para sostener los diálogos.

En segundo lugar, su gobierno se fue desgastando a medida que se evidenciaba que las guerrillas estaban aprovechando las treguas de paz para avanzar en su expansión militar<sup>531</sup>. Desde finales de los setenta las guerrillas vivieron un crecimiento continuado y una expansión gradual por el territorio nacional, adoptaron una estrategia más ofensiva y aumentaron tanto el número de personas alzadas en armas como el número de frentes. El EPL y el ENL, que habían sido poco activos hasta entonces, aumentaron sus frentes de dos a doce y de tres a diez, respectivamente, entre 1981 y 1986; el M-19, que había salido debilitado militarmente con Turbay, se recompuso, volvió a las zonas rurales e intentó su acción más ambiciosa de toma del poder en 1986, el Batallón América; y, por último, las FARC aumentaron sus frentes de nueve a treinta, entre 1979 y 1986 (González, 2014: 377-378, 390). Lo paradójico de este crecimiento es que se produjera precisamente en un período en el cual el nivel de represión estatal descendió y se abrieron canales de interlocución con el gobierno.

En tercer lugar, en este período también se fue “ensuciando” la guerra con la introducción del narcotráfico, el fenómeno paramilitar y las prácticas extorsivas de la guerrilla. Para soportar su crecimiento, las guerrillas necesitaron aumentar sus fuentes de financiación. En su período fundacional, las guerrillas se habían instalado en las zonas periféricas, de reciente colonización, que estaban alejadas de los centros económicos y había ausencia de estatalidad. Pero, en esta segunda etapa, la estrategia de las guerrillas fue expandirse hacia zonas semi-integradas, donde se

---

<sup>531</sup> En 1984 se firmaron acuerdos de cese el fuego con el EPL, el M-19 (Acuerdos de Corinto) y las FARC (Acuerdos de la Uribe).

había producido un rápido pero desigual crecimiento económico, lo que, a su vez, había generado un aumento de las tensiones sociales<sup>532</sup>. Estos lugares eran estratégicos porque estaban, a la vez, suficientemente aislados para refugiarse en ellos y suficientemente cerca de los objetivos militares y de las actividades extractivas. Las FARC entonces, diversificaron sus fuentes de financiación: depredación de actividad productivas y extractivas (petróleo, carbón, oro, etc.), extorsión o desvío de finanzas locales, secuestros y extorsión a ganaderos y terratenientes e introducción en la economía cocalera. En ese momento, su contacto con el circuito del narcotráfico consistía en cobrar un impuesto o gravamen (“gramaje”) a los agricultores (su base social), a cambio de proteger los cultivos de uso ilícito (Sánchez y Chacón, 2006: 353-358; González, 2014: 387-388, 395).

En cuarto lugar, la expansión de las guerrillas aumentó los recelos de los sectores económicos, políticos y militares. En las nuevas zonas de expansión ya existía una clase política local y regional consolidada, así que su llegada aumentó la confrontación. La Unión Patriótica (UP) había comenzado a desplazar electoralmente a los partidos tradicionales en estos territorios. Y creció el descontento por los secuestros, la extorsión y los asesinatos selectivos. Así que la amenaza guerrillera generó la confluencia de todos aquellos sectores con intereses contra-insurgentes (militares, políticos, económicos y narcotraficantes) y su respuesta fue organizar las autodefensas o grupos paramilitares para contener su avance (González, 2014: 384-387)<sup>533</sup>. Como consecuencia, durante los años ochenta, se produjo el asesinato sistemático de los miembros de la UP. En diez años, al menos, 1.598 personas del partido fueron asesinadas, entre los que se encontraban alcaldes, concejales, representantes de la Cámara y senadores (González, 2014: 390). Estos enfrentamientos contribuyeron a aumentar las desconfianzas en el proceso de paz.

Por todo ello, Betancur fracasó en sus intentos de encontrar una salida negociada al conflicto, aunque sus esfuerzos fueron importantes en tanto en cuanto sentó las bases para la negociación con la guerrilla<sup>534</sup>. Virgilio Barco (1986-1990) continuó con una política de paz orientada a reducir los problemas estructurales del conflicto, pero esta vez, menos centrada en los diálogos y más centrada en impulsar programas de

---

<sup>532</sup> Ninguna de estas “nuevas” zonas era el norte del Cauca. En el norte del Cauca habían pasado muchas organizaciones e insurgencia pero solo se habían consolidado un pequeño enclave histórico o fundacional de las FARC-Partido Comunista y el M-19. La guerra aquí fue de baja intensidad hasta la primera década del siglo XX, cuando este territorio se convirtió en un corredor estratégico para las FARC. Esto supuso un aumento de los hostigamientos y la incorporación de este territorio a los Planes de Defensa del Ejército como una de las zonas clave a controlar.

<sup>533</sup> Por ejemplo, el grupo paramilitar “Muerte A Secuestradores” (MAS) fue un escuadrón de sicarios formado en 1981 por los capos del narcotráfico para combatir a los grupos insurgentes que realizaban secuestros de personas pudientes, entre las que se encontraban familiares de los narcos. También surgieron en esta época la “Triple A” (Acción Anticomunista Americana), el “Movimiento Democrático contra la Subversión”, el “Movimiento Patriótico de Autodefensa Nacional”, la “Mano Negra”, el “Escuadrón del Machete” y “Muerte a Comunistas” (Ramírez, 2010: 6).

<sup>534</sup> También se ha señalado, los defectos formales o procedimentales que tuvo el proceso de Betancur, debido a la baja planificación o la inexperiencia en procesos de paz hasta el momento.

desarrollo y fortalecimiento institucional en las regiones más afectadas a través del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR). Con ello, Barco buscaba integrar a las regiones periféricas y sus poblaciones, arrebatando la base social a las guerrillas, y centralizar la política, reduciendo el poder de los políticos locales y regionales (González, 2014: 391-392). No obstante, los problemas del período de Betancur continuaron: la expansión de la guerrilla, las prácticas extorsivas, el temido avance electoral de la UP y su genocidio político, la privatización de la seguridad para contrarrestar a la guerrilla, el narcotráfico, etc. A finales de los años ochenta, la situación empeoró. En 1988 se llevó a cabo la primera elección popular de los alcaldes, aprobada años antes por Betancur, lo que más adelante se demostró haber intensificado el conflicto armado a nivel municipal. La descentralización aumentó la autonomía política y la fortaleza fiscal de los gobiernos locales, facilitando el clientelismo, la corrupción, la penetración del narcotráfico en la vida política y la atracción de los actores armados no estatales. Como resultado, comenzó una disputa por el poder local –amenazas, asesinatos y alianzas– ya sea para apropiarse de los recursos, influenciar en los resultados políticos o consolidar su dominio territorial (Sánchez y Chacón, 2006: 399)<sup>535</sup>. Así mismo, en estos años se agravó la violencia paramilitar y narcotraficante. Se puso en evidencia la connivencia entre estos grupos y el Cartel de Medellín comenzó una oleada terrorista contra el Estado<sup>536</sup>. Tal es así que, entre 1988 y 1991, se contabilizaron 269 masacres (Bejarano, 1994:87, citado en González, 2014: 394).

A pesar de la situación, que continuaría agravándose en la década de los noventa, el gobierno de Barco tuvo un éxito parcial, consiguió impulsar el proceso de negociación con el M-19, el EPL, el PRT, el MAQL y el CRS<sup>537</sup>, culminando con su desmovilización entre 1990 y 1991. La desmovilización de las cuatro últimas guerrillas fue alentada por la oportunidad de participar en la Asamblea Nacional Constituyente (ANC). En 1990, los estudiantes universitarios, preocupados por la situación de violencia del país, se movilizaron para solicitar la inclusión de una “séptima papeleta” en los comicios de ese año, en la cual se votase la convocatoria de una asamblea constituyente que sustituyera la obsoleta Constitución de 1886. Así fue como, bajo el gobierno de César Gaviria (1990-1994), se llevaron a cabo las reformas políticas y económicas que Colombia necesitaba para modernizar y

---

<sup>535</sup> La descentralización económica, política y fiscal comenzó a mediados de los ochenta pero se afianzó durante los noventa, que fue la década donde se desarrollaron las principales reformas del país. Entre otras medidas, destaca el acceso de los gobiernos locales a las transferencias del Estado, previsto en la Constitución de 1991. Entre los efectos negativos de este proceso destaca el aumento de la violencia ejercida contra los Alcaldes y la restricción de la competencia electoral en los municipios (Sánchez y Chacón, 2006: 369-374).

<sup>536</sup> Se cometieron ataques-bomba contra instituciones estatales, así como intimidaciones y asesinatos contra funcionarios judiciales, periodistas, miembros de la fuerza pública e importantes personalidades, entre otras, el Ministro de Defensa, Rodrigo Lara Bonilla, por sus constantes denuncias pública contra Pablo Escobar. La preocupación por el fenómeno paramilitar y narcotraficante fue tal que en 1989 se derogó el marco legal que permitía la constitución de grupos armados civiles.

<sup>537</sup> La Corriente de Renovación Socialista (CRS) fue un grupo disidente del ELN.

democratizar el país y solucionar así las causas de la violencia. La primera de ellas fue la convocatoria de la ACN, de la cual surgió en 1991 la nueva Constitución de Colombia. La Constitución fue la reforma política más importante de las últimas décadas en cuanto al reconocimiento de derechos, la incorporación de medidas democráticas y la corrección de las deficiencias del anterior sistema de partidos. Sin embargo, las reformas políticas y económicas de los noventa no fueron eficaces para resolver el conflicto armado sino que, al revés, fue el período de mayor expansión.

Entre 1991 y 1992, se realizaron varias rondas de diálogo en Caracas y Tlaxcala con el ELN, las FARC y la disidencia no desmovilizada del EPL, pero éstas se estancaron por intransigencias de ambas partes. Probablemente el genocidio de la UP, el asesinato de excombatientes recién desmovilizados<sup>538</sup>, el ataque a la sede del Estado Mayor de las FARC (“Casa Verde”), la correlación de fuerzas favorable a las guerrillas, la percepción de ilegitimidad de la lucha insurgente una vez que se había aprobado la Constitución y la oposición de los sectores militares y económicos, fueron condiciones que contribuyeron al endurecimiento de las posiciones y la baja disposición a realizar concesiones (González, 2014: 413-415). Ante el fracaso de las negociaciones, se vivió un repunte del conflicto armado. El gobierno impulsó un plan de guerra integral y la guerrilla comenzó, en 1995, una segunda fase de expansión orientada a controlar extensiones más amplias del territorio y golpear lo centros urbanos y neurálgicos de la economía nacional (García, 2013: 42). Gracias al aumento de su capacidad militar, su objetivo era pasar de una guerra de guerrillas a una guerra de oposiciones. Así mismo, en 1994, se crearon las Asociaciones Comunitarias de Seguridad Rural (CONVIVIR)<sup>539</sup> y, desde 1997, se produjo una expansión y unificación de los grupos paramilitares. El grupo paramilitar que más poder obtuvo fue las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Como consecuencia, desde mediados de los noventa se produjo un escalamiento de la violencia en Colombia.

La reacción a esta intensificación de la violencia, fue el aumento de las organizaciones de construcción de paz, de las organizaciones defensoras de los derechos humanos y de la movilización por la paz, también durante la segunda mitad de los años noventa (Retteberg, 2012: 25; Leal, 2010: 307. En particular, el 86% de las acciones colectivas por la paz entre 1978 y 2003, se produjeron en el período 1997-2000 con su pico más alto en 1997. El aumento de la movilización por la paz coincidió, además, con el período gubernamental donde la política de paz fue más débil (García-Durán, 2013: 92 y 96; Leal, 2010: 307). El gobierno del Presidente Ernesto Samper Pizano (1994-1998) estuvo marcado por las acusaciones sobre

---

<sup>538</sup> En abril de 1990, al mes de haberse desmovilizado, Carlos Pizarro León Gómez, exlíder del M-19 y candidato a la Presidencia por el recién creado partido “Alianza Democrática M-19” fue asesinado por un sicario durante un vuelo a Barranquilla.

<sup>539</sup> El objetivo de estas asociaciones era organizar la vigilancia o seguridad privada de las comunidades, en colaboración con las Fuerza Pública (Ramírez, 2010: 6).

financiación ilegal de su campaña presidencial por parte del narcotráfico. Este escándalo demostró que el narcotráfico no solo había permeado a los poderes locales y regionales sino también a nivel nacional y generó una crisis de gobernabilidad que redujo la capacidad de actuación del gobierno, afectando a la política de paz de este período, prácticamente inexistente. En cambio, el siguiente gobierno, del Presidente Andrés Pastrana Arango (1998-2002), se instauró desde su inicio en base a la expectativa optimista de una salida política al conflicto armado con las FARC. Sin embargo, el proceso no resultó tan positivo como se esperaba. El 9 de enero de 1999, día en el que se instaló la mesa de negociaciones en San Vicente del Caguán (Caquetá), el jefe de las FARC “Manuel Marulanda” no acudió a la ceremonia, un desplante al Presidente que ha sido considerado un vaticinio de lo que vendría más adelante.

Uno de los derroteros del proceso de paz fue que las negociaciones se desarrollaron en medio del conflicto, lo que sumó ambigüedad y restó confianza al proceso. En medio de los diálogos de paz, los combates entre las FARC y el ejército continuaron. Así mismo, tanto las guerrillas –las FARC y el ELN– como los paramilitares siguieron expandiéndose. La guerra se acercó más hacia las zonas centrales e integradas (las ciudades más grandes y sus vías de acceso), aumentando la sensación de inseguridad en los ciudadanos. Además, dado el equilibrio de fuerzas, las FARC tuvieron el poder de negociación suficiente para pactar una zona desmilitarizada de más de 42.000km<sup>2</sup> en Caquetá. La guerrilla aprovechó este espacio seguro para aumentar los cultivos de uso ilícito, el contrabando de armas, el reclutamiento y el entrenamiento de guerrilleros y para mantener en cautiverio a las personas secuestradas. Así mismo, consolidaron los corredores estratégicos en la zona sur del país, cercana a la zona de despeje, y otras zonas productoras de coca. Por su parte, el gobierno de Pastrana inició en el año 2000 un plan de modernización de las Fuerzas Armadas financiado por el gobierno estadounidense, a través del Plan Colombia, gracias al cual empezaron a recortar la ventaja territorial y militar que las FARC había ganado en los últimos años (Bejarano, 2010: 64; Pizarro, 2011: 264; González, 2014: 430-433). En conclusión, la negociaciones se desarrollaron en un clima ambiguo y contradictorio que mezclaba señales de paz con intensificación de la guerra, lo que acabó dando al traste con el proceso.

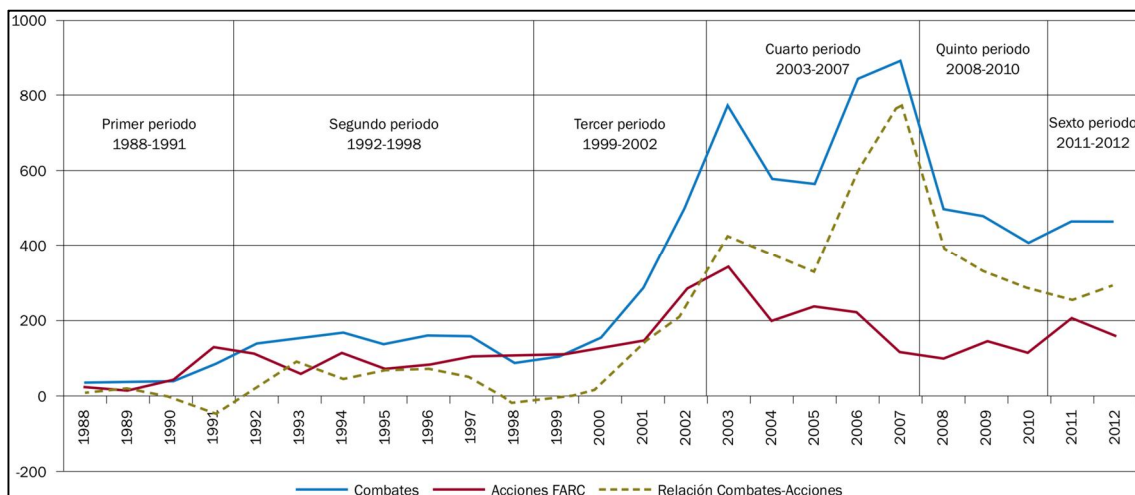
Del proceso del Caguán, las FARC no salieron derrotadas militarmente pero sí socialmente puesto que su comportamiento fue visto por la opinión pública como una actitud de superioridad y un abuso a la confianza. La percepción respecto a la conveniencia de una salida negociada al conflicto cambió a favor de la derrota militar de la guerrilla. En este cambio también influyó la degradación de las acciones de las FARC contra la población. El crecimiento de la guerrilla había requerido el reclutamiento de nuevos miembros, sin la debida atención a su formación política, lo que acabó traducándose en abusos de autoridad (González, 2014: 385). Sin embargo, el divorcio con la sociedad civil no afectó al sostenimiento de las FARC. Probablemente esto fue posible porque, como señaló Bejarano (2010: 59-60), la

inserción en la economía de la guerra dio a las FARC autonomía política frente a los actores internacionales y las bases sociales y, con ello, la posibilidad de no tener que responder por las acciones armadas ante ningún grupo social. Lo que sí provocó este clima fue la recuperación del prestigio del Ejército colombiano, en su perfil más castrense (Leal, 2010: 310) y el triunfo electoral de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), defensor de la militarización del país.

#### 6.3.4. Escalamiento del conflicto armado (2002-2010)

En los primeros años del siglo XX continuó la intensificación del conflicto armado. El año 2002 fue el de mayor expansión geográfica del conflicto. Considerando las acciones de todos los grupos armados, en ese año fueron afectados 581 municipios. A partir del 2002, el gobierno de Uribe inició una ofensiva militar contra las guerrillas que consiguió reducir su capacidad bélica, disminuyendo también sus acciones armadas (y los muertos en combate) y reduciendo el número de municipios afectados descendió a 284 en 2009 (García-Durán, 2013: 95; González, 2014: 462). Sin embargo, los combates militares aumentaron. Entre el año 2002 y 2008, el promedio de combates entre la fuerza pública y la insurgencia aumentó a una media de 2.188 combates al año, seis al día (Zuluaga, 2009: 47).

**Gráfica 7: Relación entre combates por iniciativa de la fuerza pública y accionar de las FARC (1988-2012)**



Fuente: Prieto, Rocha y Marín (2014: 8)

El gobierno de Uribe desarrolló una política de paz (negativa) basada en la militarización y securitización del conflicto: se aumentó el gasto militar, se instalaron más bases militares, se incrementó la fuerza pública, se obtuvieron avances tecnológicos para las operaciones militares, se endureció la legislación, se involucró a la población civil en las operaciones de inteligencia (red de civiles informantes), se

promovieron las ejecuciones extrajudiciales (falsos positivos<sup>540</sup>) y aumentaron masivamente las detenciones arbitrarias e ilegales. Como consecuencia, aumentaron también los casos de desplazamiento forzado y las violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario<sup>541</sup>. La justificación para el aumento de la militarización se sostuvo discursivamente sobre la retórica de la política de “Seguridad Democrática”: se trataba de una lucha en defensa de la democracia que estaba siendo amenazada por los grupos narco-terroristas. Se negó el carácter político o ideológico de las guerrillas, reduciéndoles a grupos terroristas y criminales con motivaciones lucrativas basadas en el narcotráfico. Se negó también la existencia de causas o condiciones objetivas-estructurales del conflicto e, incluso, la existencia misma de un conflicto armado interno. En lugar de este, lo que se vivía era un amenaza terrorista contra un Estado completamente legítimo. De este modo, el gobierno despolitizó el conflicto armado y estigmatizó a los grupos insurgentes.

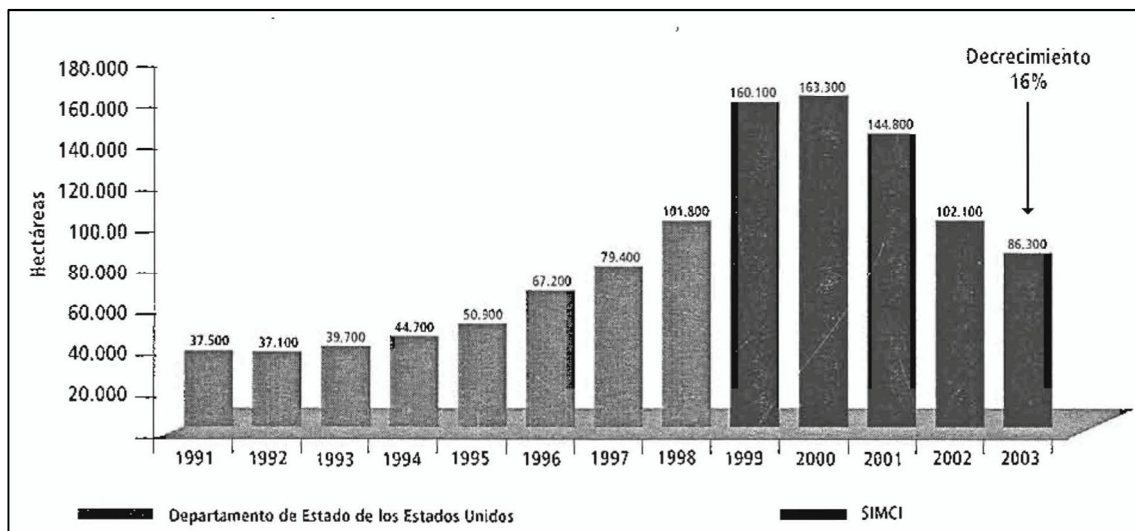
Esta política encajó perfectamente con el clima internacional anti-terrorista promovido por Estados Unidos después del ataque del 11S. En este sentido, Uribe encontró en el Presidente Bush el aliado estratégico para desarrollar su política militar y continuaron con el Plan Colombia, diseñado por Pastrana y Clinton. Un componente importante de este apoyo militar fue la estrategia antinarcóticos, basada principalmente en la fumigación aérea de los cultivos de uso ilícito, especialmente en el sur del país.

---

<sup>540</sup> Con este nombre se conoce los asesinatos de civiles cometidos por las fuerzas de seguridad del estado, quienes les presentaban como terroristas o guerrilleros “muertos en combate”. Una vez muertos, se les ponía el uniforme de guerrillero (a veces, incluso, sobre su propia ropa) para justificar el asesinato. Esta práctica fue alentada por los planes de recompensa que el gobierno implantó para motivar a los soldados a perseguir a la insurgencia. Según el CINEP (2010: 7), entre 2002 y 2009 se registraron 501 casos de falsos positivos y 1.103 víctimas, siendo el período entre 2006 y 2008 el de mayor auge.

<sup>541</sup> Según el CINEP (2010), entre el 2002 y el 2009 hubo 12.997 violaciones de DDHH y DIH. Según los datos registrados por CODHES, entre 2000 y 2010, hubo 3.352.596 desplazamientos forzados (Ríos, Bula y Brocate, 2012: 23). Los lugares con mayores tasas de desplazamientos fueron precisamente las “zonas de consolidación” donde se implementó la política de seguridad democrática. Los niveles más altos se alcanzaron en los años 2002 y 2008 (CODHES, 2011).



**Gráfica 8: Cultivo de coca en Colombia (1991-2003)**

Fuente: Rojas (2006: 66).

Aunque la campaña de fumigación consiguió reducir significativamente la producción y cultivo de coca, a partir de 2003 se mantuvo constante en una cantidad todavía elevada y se expandió por otros departamentos (Restrepo, 2006: 431; Rojas, 2006: 57). Entre otras cosas, no se ha conseguido erradicar completamente los cultivos por la oposición de los campesinos cocaleros, dependientes de éstos para su subsistencia. Las raíces de este conflicto se remontan a la crisis del sector agrario colombiano generada por la apertura y liberalización económica del gobierno de Gaviria, a principios de los noventa, que implicó la eliminación de subsidios y la desprotección arancelaria y tuvo como impacto el impulso del narcotráfico en el campo (González, 2014: 412).

Respecto a las FARC y el ELN, la ofensiva del gobierno tuvo éxito en la recuperación de muchos territorios y en la reducción de su capacidad militar. Se estima que, entre el 2000 y el 2010, las FARC pasaron de 18.000 a 8.000 combatientes y el ELN de 4.500 a 2.000 (Ríos, Bula y Brocate, 2012: 14), además, de dar de baja a gran parte de su cúpula. No obstante, la derrota no fue definitiva. La guerrilla demostró tener capacidad para adaptarse a la nueva situación, se replegó en sus lugares históricos de refugio y en zonas fronterizas de colonización cocalera en el Andén Pacífico y la Amazonía oriental y volvió a la táctica de la guerra de guerrillas. La inserción en la economía cocalera aseguró su reproducción social y política, pero les hizo perder legitimidad política y debilitó su proyecto político (González, 2014: 447-448, 462-463).

Por otro lado, el tratamiento beligerante contra las guerrillas contrastó con la aquiescencia hacia el paramilitarismo, a pesar de que llevaban años cometiendo numerosas masacres y secuestros e incluso, han sido los responsables de la mayor parte de las infracciones al DIH (42,2%), seguidos de las fuerza pública y las FARC (ver gráfica).

**Gráfica 9: Infracciones del DIH por cada actor armado (2002-2009)**

Fuente:

CINEP (2010: 6)

Entre 1998 y 2002 se asistió a una arremetida paramilitar en la zona sur del país, pues eran zonas que ocupaban las guerrillas, con el propósito de hacerse con el control de la cadena productiva de la coca. En el marco de la disputa por el control poblacional y territorial, aumentaron los enfrentamientos armados y las acciones de terror contra la población civil. Algunos autores hablan de un fenómeno de mimetismo entre los dos actores (Pécaut, 2001). En el 2004, el gobierno de Uribe inició un proceso de paz con las AUC, que dio lugar a la desmovilización parcial de sus estructuras en 2006. Han sido muchas las críticas que se han emitido sobre este proceso, en particular, las falencias de la ley de Justicia y Paz (ley 975 de 2005) que, en lugar de conducir a la verdad, la justicia y la reparación, permitió un elevado grado de impunidad, y el fracaso de la desmovilización de estas fuerzas. Se ha evidenciado que el proceso sirvió para reciclar las estructuras del paramilitarismo (CNRR, 2007)<sup>542</sup>. A las agrupaciones nacidas entre 2006 y 2009 (Águilas negras, Rastrojos, Urabeños, Paisas, etc.), el gobierno las nombró como “bandas criminales” o “bandas de delincuencia común” (“bacrim”), en un intento de desvincularlas a las estructuras anteriores. Si bien, estos grupos emergieron en las zonas tradicionales del paramilitarismo y su accionar siguió teniendo el mismo móvil político: el de implantar terror y eliminar a aquellas personas, comunidades u organizaciones que defiendan derechos humanos, que sigan orientaciones políticas o ideológicas de oposición o que se opongan a los modelos de desarrollo imperantes. Por eso, se ha

<sup>542</sup> Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, Cnrr (2007), “Disidentes, rearmados y emergentes” en Informe número 1. Disponible en: [http://www.cnrr.org.co/new/interior\\_otros/informeDDR.pdf](http://www.cnrr.org.co/new/interior_otros/informeDDR.pdf)

calificado este proceso como un “falso desmonte del paramilitarismo” (Giraldo, 2013: 15)<sup>543</sup>.

A pesar de que los diversos gobiernos siempre negaron la relación con el paramilitarismo, desde organizaciones nacionales e internacionales (CODHES, CINEP, Fundación Arco Iris, Naciones Unidas, etc.) se ha denunciado reiteradamente la connivencia entre los grupos paramilitares y los gobiernos o las élites<sup>544</sup>. La estrategia paramilitar sirvió como forma de llevar a cabo métodos que, al estar prohibidos por el derecho internacional, no podrían haber realizado directamente las fuerzas de seguridad oficiales sin que ello hubiera implicado una crisis de legitimación del Estado. La función de las élites en este engranaje parapolítico ha sido la de prestar apoyo, protección, armamento y entrenamiento a estos grupos (Giraldo, 2013, 6-9). Estas denuncias quedaron corroboradas en las versiones libres emitidas por los comandantes paramilitares desmovilizados, acogidos a la ley de Justicia y Paz. Estas confesiones señalaron el amparo recibido por parte de oficiales del ejército y de autoridades públicas.

### **6.3.5. El acuerdo de paz con las FARC, retos y amenazas del nuevo escenario (2010-2018)**

La posición belicista de Uribe impidió, durante ocho años, toda posibilidad de iniciar un proceso de negociación con las FARC. En el mismo sentido se podía pensar, al inicio de su mandato, que el Presidente Juan Manuel Santos (2010-2018) iba a continuar con la política de seguridad desarrollada por su predecesor. Santos fue Ministro de Defensa bajo el gobierno de Uribe y su discurso entonces alentaba las acciones bélicas contra la insurgencia. Además, las acciones ofensivas de las FARC aumentaron de 200 en 2008 a 479 en los primeros diez meses de 2011 (González, 2014: 482). Sin embargo, en septiembre de 2012, Santos anunció al país –después de una ronda secreta de exploraciones– el comienzo de un proceso de paz con las FARC. Los analistas apuntan que, tanto la jefatura de las FARC como el gobierno de Santos, llegaron a un estadio de realismo respecto a las posibilidades de derrotar totalmente al otro. Por un lado, las FARC estaban debilitadas militarmente y eran conscientes de que no volverían a adquirir la fuerza de los años noventa. Por el otro, el Ejército era incapaz de combatir las en sus bastiones tradicionales, debido a la baja integración de estas regiones, y les preocupaba las muestras de recuperación militar de la guerrilla (González, 2014: 485). Por tanto, con una correlación de fuerzas favorable al Estado, las FARC llegaron a la mesa de negociaciones con una actitud diferente al proceso del Caguán, lo que puede explicar la moderación de sus

---

<sup>543</sup> Siguiendo el análisis de este autor, las BACRIM comparten los mismos rasgos que caracterizaban a los paramilitares: orientación contrainsurgente; defensa de megaproyectos de empresas transnacionales; métodos de barbarie; tolerancia y apoyo de la fuerza pública; financiación a través del narcotráfico; amenaza a los sectores inconformes o críticos; acuerdos con la clase dirigente que orienta la economía y la política del Estado (Giraldo, 2013: 16)

<sup>544</sup> Documento de las Naciones Unidas E/CN.4/2000/11, de 9 de marzo de 2000, página 22.

propuestas, de corte más reformista y socialdemócrata. El proceso terminó exitosamente después de cuatro años, con la firma del acuerdo de paz el 24 de noviembre de 2016<sup>545</sup>.

El proceso de paz consiguió que la guerrilla más prominente de Colombia y América Latina entregara las armas y se desmovilizara. En julio de 2017, las FARC habían entregado todas sus armas registradas, bajo la supervisión de una misión de Naciones Unidas, y Santos había aprobado amnistías para más de 7.000 excombatientes de las FARC (Flores y Vargas, 2018: 583). Los expertos en la materia han alabado las luces de este proceso de paz, destacando especialmente, el carácter novedoso y sofisticado de la metodología empleada. En particular, el proceso ha sido valorado por el modelo de justicia transicional, que combina mecanismos de justicia restaurativa y retributiva, y por los esfuerzos de inclusión de varias perspectivas al proceso: la participación de la sociedad civil a través de foros regionales, la formación de varias comisiones de víctimas, la incorporación de la perspectiva de género (nombramiento de dos mujeres plenipotenciarias, creación de una Subcomisión de Género y transversalización de los acuerdos)<sup>546</sup> y la inclusión de una mirada diferencial étnica y territorial<sup>547</sup>.

Respecto a la fase del posconflicto, todavía es pronto para evaluar los resultados desde la firma del acuerdo. No obstante, como resultado positivo inmediato, se ha registrado un descenso en las acciones bélicas y las muertes asociadas directamente al conflicto armado. Así mismo, el acuerdo de paz se ha mantenido a pesar de los malos resultados obtenidos por la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC) en las elecciones presidenciales de 2018 y la victoria de Iván Duque (2018-2022), partidario de la renegociación con la guerrilla. No obstante, hay elementos que disminuyen la posibilidad de un paz estable y duradera en Colombia. Por un lado, la fuerte oposición realizada por las élites cercanas a Uribe –ahora en el gobierno– en contra de los acuerdos de paz y los resultados negativos obtenidos en el plebiscito de octubre de 2016 –en los cuales la mayoría de la población

---

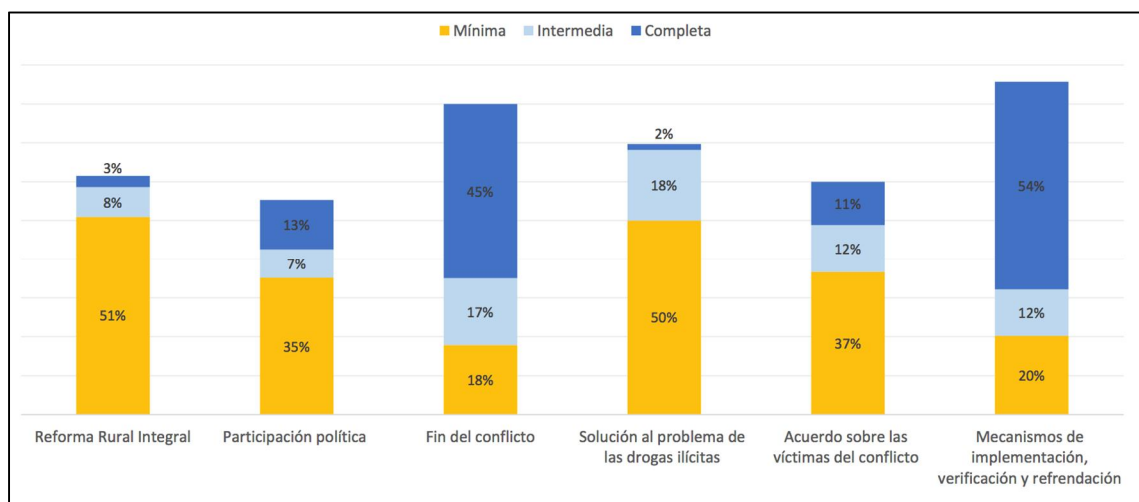
<sup>545</sup> La agenda sobre la que se negoció estaba compuesta de cinco temas: (1) reforma integral del campo colombiano, (2) apertura democrática para construir la paz y participación política, (3) acuerdo sobre el cese el fuego y de hostilidades y dejación de las armas, y acuerdo sobre las garantías de seguridad, (4) solución al problema de las drogas ilícitas y (5) acuerdo sobre las víctimas del conflicto.

<sup>546</sup> La presencia de las mujeres en La Habana y la perspectiva de género en la agenda de negociaciones fue consecuencia de la presión de las organizaciones de mujeres colombianas, dado que el conflicto armado afectó a las mujeres de manera particular. Por ejemplo, una modalidad de violencia perpetrada por todos los actores armados fue la violencia sexual. Entre el 2001 y el 2015, cerca de 1,4 millones de mujeres fueron víctimas directas de la violencia sexual asociada al conflicto armado (Fernández y González-Martínez, 2019: 121 y 125).

<sup>547</sup> La Oficina del Alto Comisionado para la Paz, creada durante las negociaciones, impulsó un modelo de “paz territorial”, según el cual, solo se puede alcanzar una paz duradera y estable en Colombia si se tienen en cuenta los diferentes contextos regionales y participan los actores de cada territorio. Para incluir la perspectiva territorial al proceso se crearon los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), que son planes de acción territorial para implementar la reforma rural integral en los territorios priorizados. Estos planes parten de un diagnóstico previo, para que las medidas se adecuen a las características y necesidades de cada territorio (Sánchez y Sánchez, 2019: 75-76).

colombiana votó que no al acuerdo de paz– debilitan la estabilidad y legitimidad del proceso. Por otro lado, se observa una problema de baja materialización de los acuerdos. Desde la última etapa de Santos no parece que haya habido voluntad política en avanzar en la implementación de los acuerdos (Benavides y Borda, 2019: 16). Según el Kroc Institute for International Peace Studies de la Universidad de Notre Dame, institución designada para monitorear la implementación de los acuerdos, de 578 compromisos o disposiciones del acuerdo final, en febrero de 2019 se habían completado un 23% de los mismos y el 31% no habían sido iniciados. Los principales avances se concentran en las medidas acordadas para el “fin del conflicto armado” y para la “implementación, verificación y refrendación” y las materias más relegadas son la “reforma rural integral” y la “solución al problema de las drogas ilícitas”.

**Gráfica 10: Estado de implementación de los acuerdos en febrero 2019**



Fuente: Instituto Kroc, 2019<sup>548</sup>

En particular, hay retrasos en la restitución de tierras, en el retorno de la población desplazada y en el desarrollo del enfoque territorial (CSNU, 2018: 11 citado en Sánchez y Sánchez, 2019: 87). También destacan los fallos en el proceso de reintegración de los excombatientes. Por esa causa, cientos de excombatientes han abandonado los centros para la reintegración, optando algunos de ellos, por unirse a grupos disidentes o criminales (Flores y Vargas, 2018: 583). Y, por último, la Misión de Verificación de las Naciones Unidas alerta que hay un auge de bandas criminales, grupos armados y disidencias de las FARC en zonas donde se iniciaron procesos de restitución de tierras y en zonas de sustitución de cultivos de uso ilícito. Las personas que trabajan para implementar los programas de restitución de tierras y sustitución de cultivos y los líderes sociales que defienden el territorio y los recursos naturales están siendo amenazados (CSNU, 2018: 20 citado en Sánchez y

<sup>548</sup> Actualización del Informe III “Estado efectivo de implementación del Acuerdo de Paz de Colombia 2 años de implementación”, abril 2019. Disponible en <https://kroc.nd.edu/research/peace-processes-accords/pam-colombia/#Spanish>.

Sánchez, 2019: 87). Desde la firma de los acuerdos, la violencia política ha aumentado. Según el Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC), el número de muertes por violencia política<sup>549</sup> siguió tan elevado en el 2017 como en el 2016 y en enero de 2018 –el último mes registrado– se triplicó. De los 348 casos registrados en cuatro años (2014-2017), el 45% de los ataques fueron dirigidos contra organizadores o líderes comunitarios. Según uno de los líderes del partido político de las FARC, Carlos Antonio Lozada, hasta mayo de 2019, han sido asesinados 114 desmovilizados y 31 de sus familiares (El Tiempo, 15 de mayo de 2019)<sup>550</sup>.

Todas estas dificultades ponen en peligro la frágil paz de Colombia. El recurso a la violencia privada como forma de resolución de conflictos, la vulneración de derechos fundamentales, la falta de garantías para la movilización y el ejercicio de la política y la impunidad generalizada, siguen siendo algunas de las tareas pendientes en Colombia. Por todo ello, todavía es pronto para dar por finalizado el conflicto armado de Colombia. Aunque la desmovilización de las FARC parezca cada vez más irreversible, no se puede descartar el escalamiento de la violencia con la aparición de nuevos grupos armados o el rearme del ELN, cuyo proceso de negociación está sufriendo numerosos impasses. Y si el fin del conflicto armado resulta incierto, más lejana aún parece la construcción de la paz positiva.

#### 6.4. Debates sobre la naturaleza y las causas del conflicto armado

El conflicto de Colombia es un conflicto socio-político que se ha manifestado durante las últimas décadas a través de la lucha armada entre varios actores armados, estatales y no-estatales. Esto le ha llevado a ser considerado por la literatura especializada como un conflicto armado. A diferencia de los actos esporádicos o aislados de violencia como son los disturbios internos o los motines, en los conflictos armados las partes enfrentadas cuentan con un nivel mínimo de organización (existencia de cadena de mando, mecanismos disciplinarios internos, capacidad de alistar, reclutar y entrenar, capacidad de planificar y coordinar operaciones militares, capacidad de expresarse a través de una voz, etc.) y las hostilidades entre las partes alcanzan un cierto grado de intensidad (frecuencia y gravedad de los incidentes, duración, equipamiento, consecuencias humanitarias, establecimiento de regímenes de excepción, etc.) (Cahen, 2009: 81). El caso colombiano encaja, así mismo, en la definición de Wallensteen y Sollenberg (2001, 643), según la cual un conflicto armado es una disputa armada por el poder y/o el control del territorio entre el gobierno del Estado y los grupos no estatales, que produce la muerte de, al menos,

---

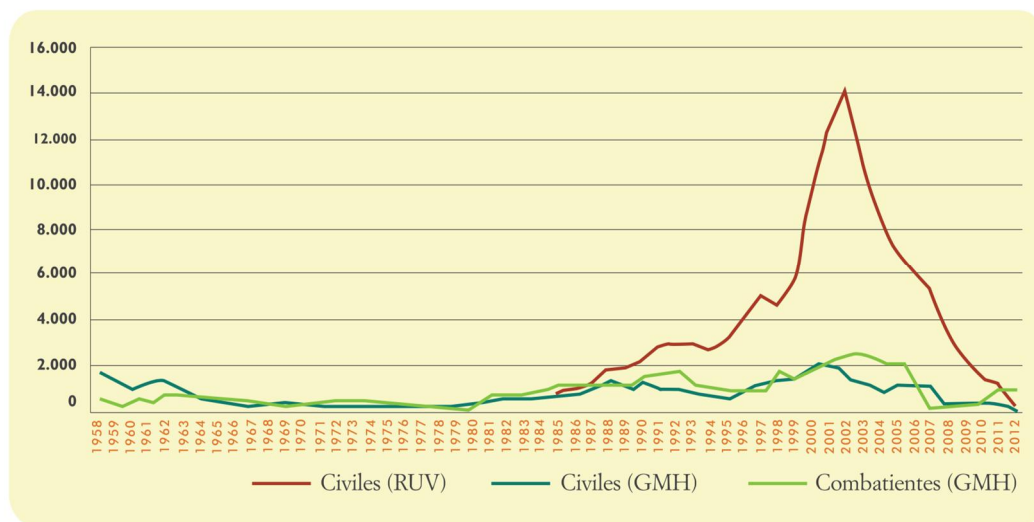
<sup>549</sup> El CERAC define la violencia política como “todo evento en el que ocurre un daño intencional causado contra individuos, grupos o comunidades de personas que tiene como finalidad afectar las preferencias políticas, los niveles de representación o la toma de decisiones colectivas. Esta clasificación excluye las muertes asociadas directamente al conflicto armado”.

<sup>550</sup> El Tiempo, “*Van 114 desmovilizados de las Farc asesinados*”, 15 de mayo de 2019 (visto última vez, el 25 de mayo de 2019).



25 personas al año. La mayoría del tiempo ha sido un conflicto armado intermedio porque no ha superado las 1000 muertes al año, aunque sí de manera acumulada. En algunos períodos del conflicto, el número de muertes al año ha superado el millar, períodos en los cuales ha podido ser catalogado como un conflicto armado mayor o de alta intensidad (Uppsala Conflict Data Program, UCDP)<sup>551</sup>. En total, el conflicto armado de Colombia generó entre 1985 y 2012 alrededor de 220.000 muertes, entre las cuales, el 18,5% fueron combatientes y el 81,5% fueron personas de la población civil (CNMH, 2013: 32). Así mismo, Colombia es el país con mayor número de desplazados internos. Entre 1985 y 2016, se registraron 7.779.858 personas desplazadas en el Registro Único de Víctimas (González Díaz, 2018: 105).

**Gráfica 11: Evolución de las víctimas civiles y combatientes muertos en combate (1958-2012) según el Registro Único de Víctimas (RUV) y el Grupo Memoria Histórica (GMH)**



Fuente: CNMH (2013: 32)

Al no enfrentar a dos Estados y producirse dentro del territorio de una Alta Parte contratante, el caso colombiano es, según el DIH, un conflicto armado interno o no internacional (CANI)<sup>552</sup>. Dentro de las guerras internas, el caso colombiano ha sido, durante la mayor parte del mismo, una guerra irregular o “guerra de guerrillas”, utilizada por la insurgencia para poder contrarrestar la asimetría de fuerzas contra el estado. Existe un debate sobre si el conflicto armado de Colombia puede

<sup>551</sup> Para saber más sobre los distintos tratamientos hechos del conflicto armado de Colombia realizados por las principales instituciones/bases de datos especializadas, ver Restrepo, Spagat y Vargas (2006: 104).

<sup>552</sup> Por tanto, a este conflicto es de aplicación el DIH (artículo 3 de los Convenios de Ginebra y el artículo 1 del Protocolo Adicional II). Los conflictos armados internos o no internacionales son los que se desarrollan “en el territorio de una Alta Parte contratante entre sus fuerzas armadas y fuerzas armadas disidentes o grupos armados organizados que, bajo la dirección de un mando responsable, ejerzan sobre una parte de dicho territorio un control tal que les permita realizar operaciones militares sostenidas y concertadas y aplicar el presente Protocolo” (Protocolo II adicional a los Acuerdos de Ginebra).

catalogarse como “guerra civil”<sup>553</sup>. En principio, pareciera que sí teniendo en cuenta que se trata del enfrentamiento entre dos o más actores armados nacionales o internos. Si bien, Daniel Pécaut (2001, 12-15) ha defendido que esta categoría es inapropiada porque, a diferencia de lo que ocurre en las guerras civiles, la sociedad colombiana no ha estado dividida en dos campos opuestos y los actores armados no han contado con el apoyo social ni la representación de la mitad de la sociedad. Al contrario, la actitud de la población ha sido rechazar frente a los actores armados y, la de los actores armados, ha sido hostigar a los pobladores locales y seguir sus propios objetivos militares, más que la representación de las demandas de la población.

Por otro lado, el caso colombiano es un conflicto armado prolongado pues destaca, en términos relativos, por su longevidad. Se trata de un conflicto de más de cincuenta años de duración que comenzó en la guerra fría y ha permanecido durante la posguerra fría y la globalización. A lo largo del tiempo, las condiciones originales se han ido transformando y surgiendo nuevos factores. Eso le ha conferido mayor complejidad al estudio de sus causas. Por ejemplo, las condiciones que explican el surgimiento o proliferación de las guerrillas en los años 60 y 70, son diferentes a las que explican su posterior crecimiento o expansión durante los años 80 y 90 y diferentes a los que explican su subsistencia hasta nuestros días<sup>554</sup>. En este sentido, podemos encontrar, entre sus causas, tanto condiciones ideológicas y políticas propias de los conflictos armados de la guerra fría, como elementos racionalistas e individuales que caracterizan a las guerras contemporáneas.

La mayoría de la literatura se ha centrado en el estudio de las causas estructurales u objetivas: la negación del estado a reconocer la pluralidad, la exclusión política y social, la pobreza, la desigualdad económica, los problemas de gobernabilidad democrática, el problema agrario no resuelto y la estructura de la propiedad, la impunidad e ineficiencia del sistema judicial, etc. En cambio el estudio de los factores individuales o subjetivos, esto es, aspectos como la elección racional o la percepción que tienen los agentes sociales sobre el conflicto, comenzó a ser abordado en las últimas décadas, con la aparición de la economía de la guerra. En la actualidad, el entorno académico dedicado al análisis del conflicto armado de Colombia ha alcanzado un grado elevado de complejización y especialización, se han consolidado instituciones especializadas que disponen de fondos documentales y de prensa, así como bases de datos para el seguimiento del conflicto (Rettberg y Nasi, 2006) e, incluso, se puede haber alcanzado una situación de sobrediagnóstico del conflicto y agotamiento de los paradigmas (González et al. 2002: 20). Y, sin embargo, como demuestra la última Comisión Histórica del Conflicto, el debate sobre los orígenes y las causas del conflicto nunca se cierra (Pécaut, 2015).

---

<sup>553</sup> Para profundizar en este debate ver Bejarano (2010: 50, nota de pie 11)

<sup>554</sup> A pesar de la firma del acuerdo de paz entre las FARC y el gobierno de Santos en el año 2016, hablamos del conflicto armado de Colombia en presente porque todavía no puede darse por zanjado. Tratamos sobre esta cuestión en el anterior apartado.



Respecto a las condiciones estructurales que se han señalado en la literatura, la narrativa tradicional sobre el origen del conflicto armado ha sugerido que las insurgencias nacieron debido al carácter restringido del sistema político colombiano durante el período del Frente Nacional (1958-1974), un pacto de alternancia en el poder entre liberales y conservadores que impedía la participación de nuevas fuerzas sociales y políticas (Nasi, 2012: 53; González y Otero, 2010: 34). Sin embargo, algunos autores como Pécaut (2001) han mostrado su desacuerdo con esta lectura. Si bien admite que, durante el FN hubo restricciones al sistema de partidos, también ha señalado que bajo la bandera del partido liberal pudieron participar tanto grupos de izquierda (el Partido Comunista) como disidencias liberales (el MRL y la ANAPO). La democracia pasó de ser una competencia interpartidista a manifestarse en el interior de los partidos tradicionales, entre sus numerosas facciones. Además, el pacto del FN condujo exitosamente a la pacificación de la confrontación bipartidista. Por tanto, Pécaut no considera que la falta de canales de participación sea un elemento clave para explicar la génesis de la insurgencia. Además, esta tesis se ha ido deteriorando por el surgimiento de nuevas evidencias. En concreto, el desmonte del FN durante los ochenta<sup>555</sup> y la aprobación de Constitución de 1991, se constató que el aperturismo político no resolvió el conflicto armado, ni la crisis de gobernabilidad y legitimidad del Estado (Gutiérrez y Sánchez, 2006: 13) sino, al contrario, coincidió con la fase de crecimiento y expansión de las guerrillas (Nasi, 2012: 54).

En segundo lugar, en la literatura ha destacado la línea de investigación que explora la relación entre la violencia política y el estado. En este ámbito, la tesis general ha sido que el conflicto armado colombiano se debe a la debilidad del Estado, en particular, a su incapacidad para ejercer el monopolio de la fuerza en todo el territorio. La soberanía estatal en Colombia ha sido disputada por actores no estatales que han asumido las funciones de gobierno –control del orden público, administración de la justicia, recaudación de impuestos, concesión de seguridad, etc.– en ciertas partes del territorio. Es lo que María Teresa Uribe (1998) denominó como “soberanías fragmentadas” o “soberanías en vilo”.

Ante este escenario, académicos nacionales e internacionales se han preguntado si Colombia era o no uno de los países categorizados como Estados fallidos<sup>556</sup>. En el 2005, Colombia ocupó el puesto 14 en la lista de Estados fallidos del *Foreign Policy Review* detrás de países mayoritariamente africanos (Foreign Policy and the Fund for Peace, 2005, citado en González y Otero, 2010: 28), aunque fue escalando

---

<sup>555</sup> Oficialmente el FN terminó en 1974 pero se prolongó de facto durante una década más gracias a acuerdos informales entre los partidos tradicionales (Nasi, 2012: 54).

<sup>556</sup> Fernán E. González, 2014; Eduardo Pizarro y Ana María Bejarano, 2003; Patricia Moncada, 2007; Robert I. Rotberg 2003, 2007; Daniel Pécaut, 2001; Kees Koonings y Dirk Kruijt, 2004.

posiciones hasta el año 2018 que obtuvo su mejor resultado, con el puesto 71<sup>557</sup>. Sin embargo, la mayoría de los investigadores expertos en Colombia, han rechazado la categoría del Estado fallido y en su lugar han preferido utilizar otros conceptos para referirse a la debilidad del Estado colombiano y la manera particular en la que la configuración de este Estado se encuentra relacionada con la violencia.

La discusión en el caso colombiano es que, como apuntan González y Otero (2010: 28-29), aunque Colombia presenta muchos de los indicadores de los Estados fallidos (pérdida de control del territorio, élites faccionalizadas, criminalización y deslegitimación del estado, desarrollo económico desigual, violaciones de derechos humanos, etc.), también es uno de los Estados más estables económica e institucionalmente de América Latina, con buenos indicadores macroeconómicos, una historia electoral casi ininterrumpida, un poder judicial independiente, instituciones fuertes y un consenso amplio sobre la deseabilidad de la democracia. Por esta dualidad, incluso Robert I. Rotberg (2003: 15-16) prefirió utilizar la fórmula del “Estado en riesgo de colapso”<sup>558</sup>.

La naturaleza paradójica del caso colombiano ha sido observada por muchos investigadores y explicada de diferentes formas. Para unos, se trata de una combinación de “legitimidad y violencia” (Palacios, 1995, citado en González y Otero, 2010; 29) o “democracia y violencia”. Para otros, es la coexistencia entre “derecho y desorden” (Gutiérrez y Sánchez, 2006: 18), “orden y violencia” (Pécaut, 1987; citado en González y Otero, 2010; 29), o “regulación e irregularidad”, es decir, un régimen de derecho con tendencia hacia la regularización, que no impide la generalización de la violencia irregular (Waldmann, 1999 citado en Gutiérrez y Sánchez, 2006: 19-20). Esto probablemente es posible porque, como señaló Vargas Velázquez (1999), en Colombia se ha modernizado y regularizado el sistema político no con el ánimo de democratizar la sociedad sino de lograr la eficiencia burocrática y de mercado. De modo que la democracia queda reducida a un formalismo vacío. Eso explica que, a pesar de las reformas democráticas (reconocimiento de derechos, inclusión de la diversidad, descentralización, aumento de la participación, etc.), el sistema político colombiano haya seguido siendo una proyección de la sociedad tradicional que hunde sus raíces en el modelo hacendatario de la colonia. Las prácticas sociales como el gamonalismo, la justicia privada, la apropiación de tierras y el sectarismo, permearon el Estado moderno y se manifiestan en nuevas formas: clientelismo, corrupción, inserción de actores ilegales en la esfera pública, financiación de campañas electorales con dinero del narcotráfico, connivencia entre el paramilitarismo y la política (parapolítica), la acumulación de la tierra y la extensión del monocultivo, etc.

---

<sup>557</sup> The Fund for Peace analiza la vulnerabilidad estatal de 178 países del mundo y los ordena según un índice de estados fallidos (*failed states index*), que ahora ha sustituido por un índice de estados frágiles (*fragile states index*).

<sup>558</sup> La tesis de los Estados fallidos excede de la casuística pues, en última instancia, pretende alertar de una posible crisis de legitimidad y pérdida de capacidad en los estados modernos (Milliken y Krause, 2002: 755).

Esta relación entre la debilidad del estado y el comportamiento político de la sociedad, fue captado por Pécaut en su noción de “precariedad del Estado” (2001), la cual alude no tanto a la incapacidad del estado a la hora de ejercer sus funciones (educación, salud, seguridad, administración de justicia, etc.) sino más bien a la falta de capacidad a la hora de intervenir y regular la vida en sociedad. Esto se debe, según el autor, a que el sistema político colombiano se ha caracterizado a lo largo de la historia por la desconfianza de la sociedad y las élites hacia la concentración del poder en pocas manos y el control por parte del estado. Esta cultura política ha favorecido el fraccionamiento del poder, las prácticas clientelares, las transacciones y competencias por el poder y la fragilidad de la simbología nacional, pero también ha evitado la instauración de regímenes autoritarios o de gobierno militares y los abusos de un estado omnipotente. En el mismo sentido, Bejarano (2010: 50-58) señala como una de las constantes en la historia de Colombia, la fragmentación de la sociedad, que se ha reflejado tanto dentro del Estado y de los partidos políticos, como dentro de las fuerzas guerrilleras y paramilitares.

Por otro lado, varios autores han señalado que la relación entre la violencia y la estatalidad en el caso de Colombia debe ser matizada a la luz de las diferencias locales y regionales encontradas en la configuración del estado: hay zonas donde la integración social fue elevada y zonas que no, territorios donde el estado fue capaz de proveer servicios públicos y territorios que no, lugares donde la ausencia estatal generó violencia y lugares donde no, etc. Uno de los pioneros de esta línea de investigación fue Paul Oquist (1978), quien advirtió que durante el período de La Violencia no en todos los territorios donde no habían existido instituciones estatales se había producido violencia. Este era el caso de localidades o regiones donde se habían mantenido órdenes locales capaces de sustituir al Estado y resolver los conflictos a través de mecanismos tradicionales. En cambio, en zonas estratégicas y centrales donde el Estado había ejercido un control directo, el colapso del Estado (la pérdida de legitimidad, la inoperancia de instituciones establecidas, el uso de prácticas represivas que debilitaron la estructura social, etc.) sí había sido una causa de la generación de violencia. Por tanto, la ausencia del Estado no conduce al vacío de poder ni tampoco conlleva, por sí sola, a la violencia sino que requiere, además, el deterioro de los órdenes locales de poder y la aparición de conflictos sociales que los mecanismos tradicionales no puedan resolver. Así mismo, este análisis le llevó a Oquist a concluir que la violencia en Colombia solo había supuesto un derrumbe o “colapso parcial del Estado”.

Poco después de esta obra comenzaron a emerger los estudios, muchos de ellos como tesis de grado o maestría, sobre la violencia con un enfoque coyuntural y regional<sup>559</sup>. Hasta entonces, la mayoría de estudios habían primado el enfoque

---

<sup>559</sup> Se pueden encontrar referencias detalladas a estas investigaciones en Fernán E. González (1999: 4-5).

estructural e histórico de largo plazo. Esta nueva línea tuvo buena acogida entre los investigadores del CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular) quienes comenzaron a realizar estudios regionales de caso sobre los territorios más violentos. Gran parte de los aportes de estos investigadores fueron recogidos por Fernán E. González, Ingrid Bolívar y Teófilo Vásquez en el libro “Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado” (2002), y posteriormente ampliados por Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge Restrepo en “una vieja guerra en un nuevo contexto” (2011) y por Fernán E. González en “Poder y violencia en Colombia” (2014)<sup>560</sup>.

El interés del enfoque utilizado por estos autores es que invierte la relación entre la guerra y el estado: en lugar de entender el conflicto armado como el resultado de la pérdida progresiva del monopolio de la fuerza por parte del estado (conceptualización propia de los Estados fallidos), plantean el conflicto armado como parte fundamental del proceso de construcción del estado. A través del conflicto violento se ha ido integrando progresivamente a las diferentes regiones y sus poblaciones con el centro del país (sería, por tanto, un Estado en formación).

En este sentido, proponen que la guerra interna en Colombia sea entendida, no como una expresión de fragmentación o desarticulación interna, sino como un factor estructurante de la estatalidad<sup>561</sup>. Tras la independencia, no hubo un acuerdo sobre qué se quería como nación y como Estado. Cada facción política –centralistas, federalistas, realistas, liberales, conservadores, etc.– fue ligando sus respectivas clientelas y redes de poder local y regional para imponer su visión. Las guerras internas de los siglos XIX y XX fueron los intentos –no siempre exitosos– de las élites de definir ese sujeto político. El Estado, entendido como los grupos políticos que tienen el monopolio y uso de la violencia, cambiaba con cada acuerdo de paz hasta la siguiente guerra. Y, en este proceso conflictivo y violento, se fueron comunicando los territorios entre sí y articulándolos al Estado central. A la par, el proceso de poblamiento se fue desarrollando. Desde la colonización, siempre hubo territorios y poblaciones fuera del control de la Corona española, zonas de frontera agraria que sirvieron de refugio para mestizos, pobres, indígenas, negros libertos y cimarrones. A medida que las tensiones estructurales y la presión sobre la tierra en

---

<sup>560</sup> Nos referimos a los aportes realizados por los primeros equipos de investigación del CINEP y el más reciente, inscrito en la línea “Violencia, paz y construcción del Estado”. Algunos de estos investigadores han desarrollado esta línea también en el Observatorio Colombiano para el Desarrollo Integral, la Convivencia Ciudadana y el Fortalecimiento Institucional en regiones fuertemente afectadas por el conflicto armado (Odecofi), cuyo director ha sido el propio Fernán E. González.

<sup>561</sup> En el mismo sentido que los autores, Munkler (2005: 11) identifica dos posibles visiones sobre el binomio guerra-Estado: (a) la visión fatalista recogida en los enfoques sobre las “nuevas guerras” y los “estados fallidos” que considera las guerras ocurridas en países de la periferia como “guerras de desintegración de Estados”, procesos involutivos o contrarios a la formación del Estado moderno y (b) la visión optimista weberiana, que consideró las guerras ocurridas en Europa y Norteamérica como “guerras de formación de Estados”. Bajo esta perspectiva, Munkler también se pregunta si acaso las “nuevas guerras” en lugar de ser expresión de la desintegración de los estados, podrían ser un caso de formación de los mismos.

las zonas centrales fue aumentando, la población campesina fue expulsada hacia la periferia. Entonces, las zonas de frontera agraria se convirtieron en áreas de colonización campesina. Carentes de regulación o acompañamiento por parte de las administraciones centrales, la convivencia y organización en estas zonas quedó al arbitrio de sus pobladores. Como resultado, este proceso de poblamiento fue dejando sociedades regionales muy diversas (González y Otero, 2010: 32-33). En muchos lugares, se reprodujo la misma estructura de concentración de la propiedad rural que había forzado al campesino a migrar, con la consecuente relación conflictiva entre propietarios de la tierra y mano de obra<sup>562</sup>. Esta ha sido la pauta general del proceso de poblamiento en Colombia, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta hoy, pues la estructura agraria continua expulsando a campesinos cada vez a zonas más marginales (González, 1999: 7-8).

El enfoque sobre la violencia y la configuración del Estado colombiano que defienden estos investigadores tiene a su vez diferentes implicaciones teóricas que cabe resaltar:

1. Si la violencia y el conflicto armado son la consecuencia del proceso de construcción del Estado-Nación, la presencia de las instituciones estatales en cada región –y las manifestaciones de la violencia– dependerán del grado de integración que haya alcanzado esa región en un momento determinado. Por eso, los autores proponen hablar de la “presencia diferenciada del Estado en el espacio y el tiempo”, para expresar la manera diferente en la cual se manifiesta la violencia y el conflicto armado en cada región y momento, según las particularidades del proceso de integración que hayan alcanzado (González, 2014: 60).
2. Esta perspectiva implica poner el foco de atención en: el proceso de poblamiento del territorio; las dinámicas de articulación de los pobladores al Estado nacional; los procesos de desarrollo socio-económico y la inserción en la economía nacional e internacional; en la estructura agraria; el papel de los partidos políticos tradicionales como redes de poder local y regional; y todas aquellas dimensiones que nos ayuden a comprender la configuración territorial y la articulación entre el estado y la sociedad en cada región del país. De cómo han sido esas dinámicas ha dependido la inserción de los actores armados y la lógica de los conflictos y la violencia en cada territorio (qué grupos armados se insertaron, en qué período, qué tipo de relación tuvieron con la población, etcétera).

---

<sup>562</sup> Sobre el origen de la conflictividad agraria, cabe señalar que en esas zonas periféricas o de refugio, muchas veces, ya había pobladores rurales (indígenas, negro libertos o cimarrones, etc.) cuando se produjo la colonización campesina y que, además de la migración campesina, también se produjo una colonización de terratenientes tradicionales o empresariales sobre las tierras más productivas. Todas estas características del proceso de poblamiento se produjeron en nuestra zona de estudio, el norte del Cauca.

3. Consecuencia del proceso desigual de incorporación de los nuevos territorios y poblaciones al Estado-Nación y a la economía nacional, se encuentran diferencias en la manifestación del conflicto armado, principalmente entre tres tipos de territorios: (a) las regiones centrales del país, más integradas e industrializadas, donde las instituciones estatales funcionan de manera aceptable, (b) las regiones periféricas y marginadas donde las instituciones estatales son inexistentes o reducidas a la presencia militar y (c) las regiones en proceso de articulación, donde los poderes locales, regionales y nacionales negocian constantemente (González y Otero, 2010: 31) <sup>563</sup>. En las zonas periféricas de colonización campesina o “zonas de refugio”, es donde se establecieron originariamente las guerrillas y más tarde se fueron expandiendo hacia zonas más ricas e integradas, en particular, a las “zonas para la captación de recursos” donde había algún recurso que expropiar (González et al. 2002: 35).
4. González y Otero (2010: 36) creen que “la presencia diferencia del Estado colombiano” permite entender la naturaleza paradójica del caso colombiano, ¿por qué en Colombia coexisten el orden y la violencia?. Según el grado de integración habrá un orden institucionalizado (regiones bien integradas), un orden negociado (regiones de integración media) o violencia (regiones poco integradas).

Desde la década de los noventa, y en el marco de la posguerra fría, el conflicto armado de Colombia sufrió diferentes transformaciones: preponderancia de la economía de la guerra, generalización de la violencia, denigración de los métodos empleados, violación sistemática de derechos humanos y crisis humanitaria, expansión de los actores armados y cambios en su naturaleza, surgimiento del paramilitarismo, desvirtuación de los fines ideológicos y políticos originales y aparición de nuevos intereses, etcétera. Muchos de estos cambios están relacionados con la internacionalización del conflicto armado, es decir, con el impacto que ha tenido en este la globalización. Silvia Mantilla (2013: 220-229) identifica tres factores internacionales que han influido en caso de Colombia: en primer lugar, la apertura económica y las políticas neoliberales provocaron el

---

<sup>563</sup> En la definición de estas diferenciaciones territoriales han trabajado también investigadoras como Mary Roldán (2003), quien, desde los años ochenta, ha estudiado las diferentes formas en las que se manifestó la violencia en el departamento de Antioquia, según fueran municipios integrados o municipios de frontera o de colonización, y María Teresa Uribe (1998) que caracteriza las zonas en disputa, esto es, los territorios donde la soberanía permanece en vilo, la población no acepta el control estatal y se configuran órdenes con pretensiones soberanas, desembocando en estados de guerra prolongada. Otros autores defienden que la violencia no se dio en las zonas más pobres sino en aquellas donde, además de la baja capacidad del estado, hubo un crecimiento rápido y desigual de la riqueza, lo que aumentó el contraste y las tensiones entre los grupos sociales. Estas zonas han sido precisamente las áreas de frontera (baja institucionalidad, precariedad en la propiedad de la tierra, etc.) en acelerada expansión (económica, demográfica, migratoria, etc.). Este enfoque contradice la asociación directa que se hace entre pobreza y violencia y, añade a esta relación, otras categorías como “desigualdad” o “privación relativa” (González et al., 2002: 31-33).

empeoramiento de las condiciones socioeconómicas en las zonas rurales (declive de los cultivos agrícolas, estancamiento del empleo en el campo, etc.) y con este, el abandono de las economías campesinas a favor de los cultivos de uso ilícito, las actividades mineras y los monocultivos. La crisis en el campo y la aparición de estas fuentes de recursos posibilitó, a su vez, su aprovechamiento por parte los grupos armados y, con ello, su expansión y fortalecimiento; en segundo lugar, la mejoras en la comunicación y el transporte que ha traído la globalización, han facilitado el contacto de los grupos armados a redes transnacionales, favoreciendo también el fortalecimiento de la economía de la guerra<sup>564</sup>; y en tercer lugar, en la década de los dos mil, Colombia se alineó a la estrategia global de seguridad, liderada por Estados Unidos, esta es, la guerra global contra el narcotráfico y el terrorismo (el Plan Colombia, la Iniciativa Regional Andina, el Plan Patriota y el Plan de Consolidación)<sup>565</sup>. La agenda de seguridad del Presidente Uribe, conocida como la política de Seguridad Democrática, reforzó la securitización de la paz. Como consecuencia, aumentó el poderío militar de las fuerzas estatales y se agudizó la crisis social y humanitaria. En relación al estudio de la seguridad, cabe señalar que en Colombia ha primado la visión estado-céntrica de la seguridad, es decir, la preocupación por las amenazas, internas y externas, a la soberanía del estado. Los estudios se han centrado, principalmente, en entender las dinámicas de la guerra (confrontación entre el estado y los actores que disputan su soberanía, procesos de negociación, etc.) y en identificar los factores que afectan a la capacidad de las instituciones estatales<sup>566</sup> (Abello, 2013: 172-173).

Por otro lado, las transformaciones del conflicto motivaron la proliferación de nuevas dimensiones de estudio. En particular, la academia colombiana ha utilizado dos tipos de enfoques que emergieron precisamente para explicar los cambios vividos en los conflictos armados desde el fin de la guerra fría y el inicio de la era de la globalización: la tesis de las “nuevas guerras” (Kaldor, 2001) y las “economías de guerra” (Keen, 1998; Collier y Hoeffler, 1998) que es, además, una de los elementos que caracterizan a las nuevas guerras. Respecto al enfoque de las nuevas guerras, algunos autores se han preguntado si el caso colombiano encaja en esta caracterización de los conflictos armados contemporáneos. A pesar de las similitudes encontradas, los autores concluyen que el conflicto colombiano no encaja en este modelo:

---

<sup>564</sup> En este punto, cabe subrayar que la mayoría de armas que están manos de grupos armados irregulares y del crimen organizado provienen del mercado ilegal extranjero, un problemática que ha sido poco estudiada (Llorente y Vranckx, 2012: 388-393).

<sup>565</sup> Aunque Estados Unidos lleva ejerciendo su influencia político-militar en América Latina y Colombia desde inicios de la Guerra Fría. En los años 60, por ejemplo, las operaciones contra-insurgentes contempladas en el “Plan Laso” fueron orientadas y financiadas por los estadounidenses (Leal, 2010: 296).

<sup>566</sup> Una excepción probablemente haya sido el estudio de los impactos que el conflicto armado ha tenido para las poblaciones locales (violencias, desplazamientos, masacres, violaciones de ddhh y del dih, etc.). Así mismo, en la última década han sido más frecuentes los estudios centrados en las necesidades y propuestas de las comunidades y la sociedad civil y los estudios sobre los procesos de construcción de paz (comunidades de paz, Laboratorios de paz, etc.).

### 1. Desestatalización de la violencia

La desintegración del Estado y la existencia de grupos que ejercen funciones propias de la estatalidad (señores de la guerra) es una de las características de las nuevas guerras. Sin embargo, aunque en el caso colombiano los actores armados asumen ciertas funciones estatales y se disputan el monopolio de la fuerza, no se ha producido el desmoronamiento total del estado –por las razones que ya fueron mencionadas– así que, en este sentido, Colombia no es una “nueva guerra” ni un “Estado fallido” (Vásquez, 2008: 292)<sup>567</sup>.

### 2. El carácter identitario o étnico de los conflictos.

En Colombia se han presentado multiplicidad de conflictos entre diferentes grupos culturales o étnicos, en concreto, entre indígenas, afro-descendientes, mestizos y blancos. Son conflictos territoriales o políticos que enfrentan a los grupos étnicos porque el acceso al poder y el control de los recursos concide con estas divisiones. Sin embargo, estos conflictos sociales no son la base del conflicto armado que enfrenta a las insurgencias y al Estado y los actores armados no tienen una composición homogénea desde el punto de vista étnico. Por tanto, el caso colombiano no es un conflicto étnico, cultural o religioso como el que se dio en Ruanda, Yugoslavia, Kosovo o Sri Lanka. Una excepción a esto, podría ser la disputa territorial en los años ochenta entre el MAQL, una guerrilla de composición indígena, contra los terratenientes blancos y contra las FARC, una guerrilla de composición mayoritariamente campesina-mestiza<sup>568</sup>. Pero salvando este caso, los conflictos sociales, políticos o territoriales entre grupos étnicos en Colombia no han conducido a una guerra interna.

Además, los aspectos étnicos o culturales de los conflictos territoriales en Colombia no resultan un rasgo novedoso de la posguerra fría. Las disputas por el control de los recursos y de la población siempre tuvieron una dimensión identitaria étnica, cultural o religiosa. Desde la colonización, la minoría blanca católica impuso su hegemonía y desarrolló un sistema de estratificación y segregación social. Esto ha conducido a diversidad de luchas por parte de las minorías étnicas –que no siempre son minorías poblacionales– y, a pesar de los avances alcanzados en la Constitución de 1991, la exclusión social y económica sigue reproduciendo aquellas divisiones.

Por otro lado, esta continuidad histórica de la discriminación socioracial en Colombia, choca con la ausencia de estudios, dentro de la violentología, sobre la

---

<sup>567</sup> Recordemos que Teófilo Vásquez forma parte del grupo de investigadores del CINEP que considera la guerra en Colombia como parte del proceso de construcción del estado.

<sup>568</sup> Más adelante esta composición fue variando. En el Frente VI de las FARC que se ubicaron en la cordillera occidental del norte del Cauca, el 80% de los milicianos eran indígenas, según delegados de la OEA.



relación entre la dimensión étnica y el conflicto armado y, cuando lo hacen, lo étnico queda reducido prácticamente a los grupos indígenas (Arocha, 1998: 213). En lo que sí se ha prestado más atención es a la hora de estudiar el impacto diferenciado de la violencia según el género, la edad o la etnia de las víctimas.

3. El deterioro de los métodos empleados contra el adversario, más crueles y denigrantes y el quiebre de la línea que distingue a los combatientes de los civiles.

La prolongación de la violencia en Colombia ha favorecido la tendencia hacia la degradación del conflicto, es decir, el hecho de que las acciones se hayan ido apartando del combate estrictamente militar y los civiles se hayan convertido en blanco de la violencia (Bejarano, 2010: 49). Como forma de control social, los actores armados han empleado técnicas para aterrorizar y/o eliminar a aquellas poblaciones que eran sospechosas de apoyar al adversario, consiguiendo que estas se sometieran o huieran del territorio. Por eso ha habido un elevado número de masacres, asesinatos selectivos y desplazamientos internos en Colombia. Cuanto más se ha extendido o generalizado la violencia, más se ha agravado el control de la población. Esto le llevó a Pécaut (2001) a calificar el caso colombiano como un “conflicto armado contra la sociedad”.

No obstante, sin desmerecer la importancia de este fenómeno, Gutiérrez y Sánchez (2006: 25) han señalado que en la guerra colombiana el nivel de combate está muy por encima de las tendencias englobadas en la tesis de las “nuevas guerras”.

4. La incursión de aspectos económicos en la lógica de las guerras

La inserción de Colombia en la globalización económica favoreció la aparición de intereses racionales y económicos en torno a la violencia (rentabilidad de la violencia) que transformaron a su vez los objetivos de las guerras (privatización de los objetivos) desplazando parcialmente los objetivos originales, de carácter más político e ideológico. En concreto, la implantación de la economía del narcotráfico en Colombia a partir de los años ochenta contribuyó a generalizar la violencia. Por un lado, el narcotráfico consiguió permear las instituciones del estado e incorporarse a las prácticas tradicionales de corrupción y clientelismo (cooptación del Estado). La inserción de actores ilegales en la escena pública afectó especialmente a la coalición uribista (González, 2014: 49). Por el otro, el narcotráfico se convirtió progresivamente en la principal fuente de financiación para los grupos armados no estatales, tanto guerrilleros como paramilitares. Por ejemplo, se estima que los beneficios obtenidos del control del cultivo de drogas, le reportaban a las FARC cerca de 500 millones al año (Collier, 2005, 36). La entrada de actores armados en este negocio lucrativo explica su fortalecimiento así como el aumento de su autonomía respecto a las bases sociales. La independencia que adquirieron las FARC con el narcotráfico explica cómo ha sido posible que las prácticas contra la

población civil se hayan ido denigrando y hayan podido continuar a pesar de la pérdida de legitimidad y una creciente opinión pública adversa.

Este fenómeno condujo a que en Colombia proliferaran los estudios sobre la economía de la guerra y se generara un debate sobre el peso de los aspectos económicos en el conflicto armado y en una posible salida negociada, por ejemplo los trabajos de Rettberg et al. (2018), Carlo Nasi (2006), Nazih Richani (2013), Oeindrila Dube y Juan F. Vargas (2013)<sup>569</sup>. Así mismo, comenzó a prestarse una mayor atención a los factores subjetivos o individuales del conflicto armado, que hasta entonces habían sido poco analizados como, por ejemplo, el trabajo de Oppenheim, Steele, Vargas y Weintraub (2015) sobre las motivaciones personales de los guerrilleros desmovilizados. En particular, comenzó a subrayarse que los actores armados no estaban tan movidos por condiciones estructurales u objetivas, como se había señalado, sino más bien por intereses económicos. Este tipo de estudios han sido utilizados para desprestigiar o criminalizar a la insurgencia, equiparándolas a la delincuencia, al mostrar que los integrantes de estos grupos se mueven por la codicia o la avaricia, en lugar de por motivaciones políticas o ideológicas (González et al., 2002: 19)<sup>570</sup>. Uno de los representantes de esta línea en el caso colombiano ha sido Mauricio Rubio. En “Rebeldes y criminales”, Rubio (1998: 128-129) criticó el apego de la academia colombiana hacia los esquemas estructuralistas y marxistas y defendió la necesidad de incorporar las teorías sobre la escogencia racional. De lo contrario, según el autor, se está evadiendo discutir dos realidades: los vínculos que las organizaciones insurgentes mantienen con el crimen organizado y el hecho de que los guerrilleros, amparados en sus organizaciones, cometen actos criminales. En base a ciertas evidencias empíricas, Rubio cuestionó que las intenciones reales de la insurgencia hayan sido altruistas y rechazó la distinción que se hace entre los delitos cometidos por insurgentes y por criminales comunes<sup>571</sup>.

Frente a esta línea, otros autores han advertido que, la existencia de una economía favorable a la guerra y la aparición de motivaciones racionales e individuales, no ha implicado una despolitización del conflicto armado, como han pretendido los círculos políticos y académicos defensores de la tesis de la amenaza terrorista, pues sigue

---

<sup>569</sup> Este último demuestra cómo la caída de los precios del café en los años noventa aumentó la violencia en los municipios que eran cultivadores de café puesto que los ingresos de los agricultores bajaron y el coste de oportunidad de vincularse a los actores armados también. Por otro lado, el aumento de los precios de los recursos naturales como el petróleo, el carbón y el oro, generó un aumento de los ataques de grupos armados que querían aprovechar estas rentas.

<sup>570</sup> Al contrario, los estudios que subrayan la importancia de los factores estructurales u objetivos del conflicto armado, sirven en cierto modo para justificar la acción insurgente o la “guerra justa”, pues se interpreta el alzamiento en armas como una reacción necesaria a la violencia estructural.

<sup>571</sup> La despolitización de los guerrilleros no es nueva. Ya en “Rebeldes primitivos”, Hobsbawm (2014: 231-239; primera edición 1959), describió al campesinado en armas del período de La Violencia como comunidades “atrasadas, aisladas, ignorantes y rutinarias”, sin organización social ni aspiraciones sociales –salvo excepciones– donde la conciencia de clase había tenido menos peso que la memoria de violencia y las emociones de odio y venganza. Un tipo de violencia despolitizada que el autor mezcla con la ejercida por pistoleros y bandidos.

habiendo convicciones ideológicas o políticas implicadas en el conflicto, en particular, en el caso de la guerrilla<sup>572</sup>. Aunque la insurgencia se haya acercado en las últimas décadas a la lógica de captadores de renta, todavía siguen siendo importantes los deseos de cambio de la sociedad (Vásquez, 2008: 294). Así mismo, Gutiérrez y Sánchez (2006: 25) señalan que una vez que los actores armados están insertos en el territorio, pasan a una fase de estabilización y construcción del orden social, en la que sí ejercen la política, pues su objetivo en última instancia es gobernar. Es más, según estos autores, el conflicto colombiano ha sido cada vez más económico, más criminal y más político y este fenómeno es posible porque la dicotomía economía-política defendida por autores como Collier y Kaldor (a más economía, menos política) es errónea. Otros autores, como Tilly, Hobsbwan, Olson y Schelling, mostraron que, en diferentes momentos de la construcción del estado, la política ha estado íntimamente entrelazada con la criminalidad económica (Gutiérrez y Sánchez, 2006: 17). Lo que es posible es que el conflicto de Colombia, más que una nueva guerra, se trate de “una vieja guerra en un nuevo contexto”<sup>573</sup>, donde parece necesario resignificar el sentido de la política y de la identidad en el siglo XXI (Vásquez, 2008: 297-302).

Por último, la dimensión menos analizada ha sido la cultural. La mayor preocupación de los académicos colombianos ha sido que la violencia no fuera “esencializada” como parte de la idiosincrasia del país y han aclarado que no hay en la cultura o la identidad colombiana una predisposición hacia la violencia (Rubio, 1998). Algunas excepciones a este vacío teórico, han sido las menciones hechas a la cultura de la sociedad hacendera procedente de la colonia y la cultura sectaria del Frente Nacional como posibles antecedentes de la cultura política clientelista y anti-democrática. Así mismo, Pécaut (2001) se refirió a la banalización de la violencia en Colombia como el fenómeno que explica la relativa normalización, falta de reacción o indignación por parte de la sociedad civil ante los episodios de violencia, cuando estos se vuelven cotidianos. También se ha señalado la dificultad de la sociedad civil hacia la reconciliación y de los excombatientes hacia la reintegración a la vida civil, producida por la prolongación y denigración del conflicto (Bejarano, 2010: 49). Durante el conflicto armado, se repite un mecanismo de liquidación a los líderes políticos y sociales del país y un mecanismo de ajusticiamiento a los guerrilleros desmovilizados (por ejemplo, asesinato de la líder de la guerrilla liberal, Guadalupe Salcedo y del líder del M19, Carlos Pizarro; genocidio político de UP), lo que genera un clima de inseguridad y desconfianza en la posibilidad de ejercer en Colombia una política sin armas. Y, por último, se identifica como rasgo cultural una actitud dogmática e intolerante respecto a la diferencia, que se ha traducido en una tendencia a resolver los conflictos sociales acudiendo a la violencia (Vargas, 1999: 7). Desde inicios del siglo XXI, tras el fracaso del proceso de paz del Caguán, la opinión pública ha ido endureciendo su posición respecto a la insurgencia y cada vez

---

<sup>572</sup> Los autores diferencian en este aspecto a la guerrilla de los paramilitares pues estos últimos sí parecen comportarse como meros captadores de recursos.

<sup>573</sup> Título de la obra de Restrepo, Vásquez y Vargas (2011).

se ha mostrado menos favorable a la solución negociada del conflicto y más favorable a las vías militaristas propuestas por el gobierno de Uribe y sus sucesores.

### **6.5. Consideraciones finales**

Oficialmente, el conflicto armado entre el gobierno colombiano y las FARC-EP, puso su fin en octubre de 2016 con la firma de los Acuerdos de La Habana. No obstante, las dificultades que hemos señalado durante este capítulo respecto al proceso de implementación de los acuerdos hacen peligrar la continuidad de la paz (negativa) en Colombia. Así mismo, sigue habiendo en el país una grave situación de vulneración de los derechos humanos, puesto que los grupos paramilitares y criminales siguen actuando, amenazando y asesinando a los líderes sociales. Esta situación afecta, además, a las negociaciones con el ELN, que en la actualidad parecen estancadas. Por tanto, la consolidación de la paz en Colombia es incierta pues no se puede descartar la aparición o el rearme de grupos insurgentes. Y más allá del conflicto armado, parece improbable que Colombia resuelva a corto plazo los altos niveles de violencia y conflictividad social, que exigen reformas de gran calado social, político y económico.

Respecto los debates académicos sobre las causas del conflicto armado, hemos visto los diferentes enfoques a partir de los cuales se ha analizado. Como conclusión, varios autores señalan la conveniencia de analizar la violencia y el conflicto armado de Colombia desde una mirada compleja que integre las dimensiones mencionadas –los estudios estructuralistas con los estudios sobre la acción colectiva y la acción individual– desde un enfoque multidisciplinar (entre la antropología, la sociología, la historia y la ciencia política) y multiescalar (niveles nacional, regional y local) (González et al. 2002: 39-43)

## Capítulo 7. La resistencia de las comunidades indígenas del norte del Cauca en el conflicto armado de Colombia (1971-2016)

---

### 7.1. Introducción

Una vez contextualizado el conflicto armado de Colombia, en este capítulo vamos a abordar cómo fue la resistencia de las comunidades indígenas del norte del Cauca entre 1971 y 2016.

Nuestro interés en este capítulo es caracterizar los cambios de trayectoria que ha tenido el movimiento durante más de cuatro décadas de resistencia –cambios en las estrategias, en el repertorio de lucha, en las amenazas y oportunidades del contexto y en el relacionamiento con otros actores– que les ha conducido, en diferentes momentos, hacia la radicalización o la desradicalización de la lucha. En este sentido, hemos identificado las dinámicas que forman parte del proceso de radicalización (surgimiento del Movimiento Armado Quintín Lame, radicalización del repertorio de lucha, *radical flanks*, vinculación con actores armados, participación en cultivos de uso ilícito, etc.) y del proceso de desradicalización (desmovilización del Movimiento Armado Quintín Lame, institucionalización, participación en movilizaciones por la paz, creación de la guardia indígena, rechazo al conflicto armado y sus actores, acciones de defensa y resistencia desarmada, etc.) del movimiento indígena, que nos servirán como categorías analíticas en el Capítulo 8.

Para describir mejor cómo ha sido la evolución de lucha del movimiento indígena nos hemos apoyado en información cuantitativa sobre las acciones colectivas de este actor que han sido recogidas por el CINEP en dos bases de datos, una sobre “luchas sociales” y otra sobre “acciones colectivas por la paz”. Después de depurar y organizar los datos contenidas en ellas, analizamos la información y elaboramos gráficas que nos permiten visualizar la evolución. En los Anexos de esta tesis hemos incluido una explicación metodológica sobre la limpieza y uso de estas dos bases de datos.

Por último señalar que la resistencia indígena no puede entenderse sin el marco histórico presentado en el Capítulo 6 sobre la violencia y la conflictividad de Colombia. Sin embargo, como señalaron los investigadores del CINEP y ODECOFI, el conflicto armado se manifiesta de manera diferente según el tiempo y el espacio. Por ello, este apartado también pretende explicar las dinámicas subregionales que ha tenido el conflicto armado en el norte del Cauca.

## 7.2. Antecedentes

Los pueblos indígenas de Colombia y América tuvieron que hacer frente a las amenazas que llegaron a partir del “descubrimiento del nuevo mundo” por parte de los europeos. Desde entonces han estado relegados a una condición de pueblos “minoritarios” continuamente amenazados con su extinción, desde el punto de vista tanto físico como cultural. La independencia de las colonias tampoco les trajo mejor suerte. Los criollos heredaron tanto el poder como la supremacía cultural. Y a esta situación, en el caso de Colombia, se le sumaron en el siglo XX dos nuevas amenazas, la presencia de actores armados estatales y no estatales y la llegada del narcotráfico y las empresas extractivas a sus territorios.

En este epígrafe realizamos un breve repaso a los momentos históricos más relevantes que anteceden la aparición del Consejo Regional Indígena del Cauca en 1971. Esta explicación es necesaria en nuestro caso porque en el imaginario colectivo del pueblo nasa su resistencia se remonta a la llegada de los conquistadores. Esa memoria histórica ha forjado su identidad y cultura como un pueblo guerrero que resiste para existir.

### 7.2.1. Resistencia a la colonización (1535-1810)

Antes de la conquista, los ancestros del pueblo nasa –entonces divididos en las tribus páez, pijao, yalcón, guanaca y timaná– vivían alrededor del valle del río Magdalena. En el año 1535, los conquistadores incursionaron por primera vez en esta zona geográfica. Sebastián de Belalcázar fundó la ciudad de Cali en 1536 y la ciudad de Asunción de Popayán en 1537. Sin embargo, los ancestros nasas consiguieron resistir durante el primer siglo de la colonización. Los conquistadores intentaban establecer fundaciones para controlar las poblaciones indígenas y formar las encomiendas, pero los indígenas las atacaban y destruían sistemáticamente<sup>574</sup>. La batalla más emblemática, que aún persiste en la memoria del pueblo nasa, fue la emprendida por la cacica Guaitipán o “La Gaitana” –como la llamaron los conquistadores– del pueblo timaná, contra el capitán Pedro de Añasco. En 1538 Sebastián de Belalcázar le encargó a éste la misión de fundar villas en el valle del Magdalena y poco más tarde Pedro Añasco fundó Timaná y comenzó a organizar el sistema colonial de la encomienda. En un acto cruel, el capitán mandó quemar vivo al hijo de la cacica en presencia de su madre, esposa e hijos, lo cual en vez de generar miedo entre los indígenas, provocó el levantamiento de varias tribus orquestado por La Gaitana, que terminó finalmente con el asesinato de Añasco. Su

---

<sup>574</sup> Las rebeliones indígenas se sucedían en diferentes puntos del Nuevo Reino de Granada. Al sur, los sutagaos y los indios de Vélez al norte. En el valle del Cauca, los bugas, gorriones, pijaos y panches. En la planicie de Popayán, los pubenenses. Y en el valle del Magdalena, se rebelaban los páez, los pijaos, los guanacas, yalcones y timanaes. En el Cauca, los sucesivos intentos de fundar villas, como San Vicente de Páez, la Mina de la Plata y Nueva Segovia de Caloto, fracasaron durante todo el siglo XVI (Van de Sandt, 2007).

cuerpo fue arrastrado por una cuerda atada a la mandíbula y Timaná fue destruida (Acosta, Joaquín, 1996).

Además del establecimiento de fundaciones, la empresa colonizadora requería explorar y asegurar las rutas para poder comunicar las nuevas villas. El camino real debía unir Perú y Quito con Santa Fé de Bogotá y para enlazar el camino desde Popayán había que atravesar la cordillera central, por el norte del valle del Cauca hasta Cartago y el Quindío o por Tierradentro (Cauca) hacia el valle del Alto Magdalena. Por eso, Tierradentro se convirtió en un punto estratégico que debía ser conquistado. Si bien, las incursiones hacia “tierra adentro” –forma en la que los colonos solían llamar a las tierras inhóspitas– fueron nuevamente truncadas por los indígenas, quienes, huyendo de la presión de los conquistadores en el valle Magdalena, se habían comenzado a asentar en la cordillera. Las crónicas de los conquistadores relatan la ferocidad con la que los indígenas luchaban y el temor que generaban en los conquistadores. El conquistador Diego de Bocanegra (citado en Valencia y Zuluaga, 1992) y el cronista Juan de Velasco (citado en Findji y Rojas, 1985: 15-16) coincidieron al señalar las condiciones geográficas de la cordillera central como uno de los elementos a favor de los indígenas. Los ancestros nasa se refugiaban en las laderas de la cordillera central, un hábitat frío, de difícil acceso, rodeado por barrancos y quebradas, lo que les daba una protección natural frente a los conquistadores. Esto, junto a la forma de poblamiento disperso, impedía la posibilidad de ataques decisivos. Divididos en varios grupos, haciendo uso de piedras, flechas, lanzas y macanas y con una forma de entender la guerra como una lucha a muerte, los indígenas consiguieron enfrentar con éxito a los conquistadores (Valencia y Zuluaga, 1992: 15). Cuanto más abajo de la cordillera se ubicaban los asentamientos, menos “rústicos” y “bárbaros” eran los nativos –palabras de Juan de Velasco– y más fácil eran de conquistar. Por eso, los ancestros nasa asentados alrededor del río Páez y el río Moras, en la cordillera de Tierradentro, fueron los únicos que resistieron al sometimiento.

Durante el siglo XVII, los conquistadores consiguieron aumentar su influencia en Tierradentro gracias a las victorias militares en la región colindante pero sobretodo gracias a la presencia activa de las misiones católicas. Misiones de jesuitas y franciscanos se establecieron en Guanacas y Topa respectivamente, y, a través de un proceso de “aculturización”, consiguieron dominar a los indígenas. Así es como, por primera vez, en 1628, los españoles abrieron una ruta por el páramo de guanaca, al sur de Tierradentro, que unía Popayán con Neiva pasando por Garzón y Timaná. Las muestras definitivas del dominio español sobre este territorio llegaron en 1640, cuando se instaló la primera “encomienda” y en 1650 los jesuitas proclamaron oficialmente Tierradentro como parte de la colonia. Los indígenas tenían que pagar un tributo a la Corona a través del encomendero, pero la forma de vida dispersa de los indígenas dificultaba el acceso a los tributos y a la fuerza de trabajo, así que, haciendo uso de una ley de la corona de 1512, se ordenó reducir a los indígenas a pueblos o “reducciones” donde las comunidades fueran agrupadas

para facilitar el cobro de los impuestos y la evangelización, así como la conservación, sin mestizaje, de la mano de obra indígena para las minas y las estancias (establecimiento rural destinado a la producción agrícola o ganadera)<sup>575</sup>.

A finales del siglo XVII, la población indígena se encontraba fuertemente debilitada (Van de Sandt, 2007: 38). Fruto de las guerras, las enfermedades, el trabajo forzado y la desintegración de la familia, la población sufrió muchas pérdidas. El proceso de construcción de la nación indígena se interrumpió, la comunidad se fragmentó y la autoridad política comenzó a deteriorarse. Las investigaciones arqueológicas atestiguan un descenso abrupto de población. Desde los primeros asentamientos en el período temprano (1000 a.C.), la población de Tierradentro había aumentando de forma continuada. Ese crecimiento fue especialmente significativo en dos períodos, hacia el año 300 a.C. y el 1300 d.C. Y la ocupación se mantuvo elevada hasta bastante después de la conquista (1650 d.C.). Sin embargo, al estudiar el período moderno (1650 d.C.-presente) los investigadores concluyen que el número de habitantes descendió drásticamente a partir de entonces. Hasta el punto de que hoy, la población de Tierradentro sigue siendo inferior a la de hace 700 años (Langebaek y Dever, 2009: 359). Estos hallazgos son importantes a la hora de evidenciar dos hechos: (1) la prolongación del período tardío en Tierradentro (hasta 1650 d.C.) denota que la resistencia frente a los conquistadores fue exitosa y (2) la caída poblacional del período moderno demuestra el debilitamiento de la resistencia indígena desde mitad del siglo XVII.

Entre finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII, los caciques o jefes indígenas realizaron la solicitud de constitución de los resguardos coloniales a la Corona española. El “resguardo” era como se llamaba entonces a la reserva de indios creada por la Corona para mantener agrupados a los indígenas y poder gestionar con eficiencia el pago del tributo. A pesar de operar como un sistema de control, los propios caciques indígenas encontraron en esta figura colonial una manera de hacer valer ciertos grados de poder y autonomía, al menos en pequeños territorios, frente a los encomenderos y las élites locales, quienes solían usurpar sus tierras y abusar de la mano de obra indígena. Es decir, el resguardo se convirtió en un arma jurídico-administrativa con la que los indígenas podían luchar frente a las élites locales, con el apoyo de la Corona.

La constitución de los resguardos fue el resultado de un proceso de diálogo y alianzas entre los caciques indígenas y las Cortes españolas. Por un lado, los caciques reivindicaban la constitución efectiva de los resguardos y sus derechos territoriales por el hecho de ser los primeros americanos (ya fueran éstos asentamientos pre o post-colombinos) pero, por otro lado, esta concesión implicaba,

---

<sup>575</sup> Es en esta época también cuando se instaló el sistema de haciendas en la región y la actividad minera aumentó en los alrededores de Popayán. La preocupación de los colonos por el oro desde inicios de la conquista hizo que las ciudades y las relaciones comerciales se desarrollaran en función de las necesidades de las explotaciones mineras (Valencia y Zuluaga, 1992: 17).



en contrapartida, el reconocimiento de los indígenas a la autoridad de la Corona española y su condición de súbditos (Van de Sandt, 2007: 49)<sup>576</sup>. A los indígenas del actual Cauca, les fueron concedidos en total cuatro títulos coloniales: el primero, concedido a los pueblos del sur de Tierradentro<sup>577</sup>, fue solicitado en 1667 por los jefes de la familia Gueyomuse a una corte española local; el segundo, concedido a los pueblos del noroccidente<sup>578</sup> y conocido como el “título de Pitayó” o “de los cinco pueblos”, fue inicialmente solicitado en 1696 por Don Jacinto Muscay, jefe de Pitayó, a las autoridades coloniales de la Audiencia Real en Quito. El título, fue concedido por su Majestad Felipe V en 1700 y recogido en Quito por Juan Tama de la Estrella y Calambás, como sucesor de Muscay; el tercero, concedido a los pueblos del norte<sup>579</sup>, fue solicitado en 1700 por Don Manuel de Quilo y Ciclos y concedido un año más tarde; y por último, el cuarto, concedido a los pueblos del centro<sup>580</sup> y conocido como el “título del resguardo de Vitoncó” fue entregado a Don Juan Tama en 1708. Estos son considerados hoy los territorios ancestrales de los pueblos indígenas del Cauca.

Este avance significó, no solo el reconocimiento de su territorio, sino también de la autoridad de sus caciques en el interior de los resguardos y como representantes de los intereses de las comunidades en el exterior. Además, los grandes jefes tenían, entre sus potestades, la capacidad de extraer los tributos y el trabajo, distribuir el territorio a cada comunidad en parcialidades y designar un sistema de jefes locales, con poderes sólo dentro de su comunidad. A partir de entonces todos los puestos de jefatura, de cualquier nivel, no serían nuevamente designados sino que se otorgarían por herencia, siguiendo cada uno su línea de sucesión (Rappaport, 1990). Probablemente fuera un tipo de organización social con características comunes a los cacicazgos pre-colombinos. El sistema de resguardo trajo consigo, además, la posibilidad de unificar a las comunidades indígenas que guardaban desde siglos atrás cierto grado de multietnicidad (tribus páez, guanaca, yalcón, pijao, timaná, guambiano) y de diversidad lingüística. Siguiendo a Bonilla (1979: 339-340), podemos hablar de este momento como el comienzo del “proceso de unificación étnica” y de “formación de una nación”. Juan Tama es recordado como el gran cacique de esos tiempos y el orientador de la nación nasa (Yonda, 2014).

Las Audiencias Reales dictaminaron leyes coloniales para intentar proteger a los pueblos indígenas frente a los abusos de los poderes locales y regionales (administradores de la colonia, encomenderos, propietarios de haciendas, dueños de

<sup>576</sup> El procedimiento iniciaba cuando los caciques indígenas presentaban una demanda formal a las Cortes españolas (ya fueran estas locales o de la colonia) solicitando el reconocimiento y la demarcación de su territorio. De ser concedida la petición, la Corte expedía un cédula real o decreto real en nombre de su Majestad que reconocía el título del resguardo.

<sup>577</sup> Su territorio abarcaba Togoima y las comunidades y tierras de su alrededor, Santa Rosa, Avirama, Calderas, Cuhetando, Itaibe, Yaquivá y Pisimbalá (sur de Tierradentro).

<sup>578</sup> El resguardo comprendía Pitayó, Jambaló, Quichaya, Pueblo Nuevo y Caldone, aunque poco más tarde, en 1702, las comunidades de Pitayó y Jambaló solicitan la subdivisión de sus territorios.

<sup>579</sup> Los pueblos de Cuetauyé (Tacueyó), Tunibío (Toribío) y San Francisco.

<sup>580</sup> Resguardo conformado por Vitoncó, Lame, Chinas, Suin y Mosoco.

minas, sacerdotes, etcétera). No obstante, pese al reconocimiento legal de sus derechos y la protección real, la población indígena siempre tuvo dificultades a la hora de ejercerlos. Por ejemplo, en los territorios indígenas de la ladera occidental de la cordillera, a pesar del reconocimiento de los títulos, la encomienda continuó ejerciéndose así como la mano de obra forzada sobre los indígenas<sup>581</sup>. En Pitayó, Jambaló, Caloto y Toribío, hubo numerosos y dilatados conflictos territoriales entre los pobladores indígenas y supuestos propietarios de las tierras, que reclamaban estar en posesión legítima de los títulos de propiedad, obtenidos por herencia o compra-venta a sus antiguos propietarios (Findji y Rojas, 1985). Las denuncias de los indígenas sobre la ilegalidad de estas posesiones, en muchas ocasiones, dieron lugar a dictámenes favorables por parte de árbitros de conflictos territoriales, protectores de indios e incluso de la Audiencia Real. Sin embargo, ni estas resoluciones sirvieron para que se respetaran los derechos de la población india.

### 7.2.2. La dominación criolla (1810 – 1970)

Una vez se alcanzó la independencia de Colombia, las políticas y leyes nacionales sobre la cuestión indígena siguieron tan inestables como durante la Colonia<sup>582</sup>. Se mantuvo la discusión sobre las tierras indígenas, sobre su vocación y destino, surgiendo leyes y políticas contradictorias que, unas veces protegían las tierras frente a los invasores, y otras, declaraban como tierras del Estado las zonas no cultivadas por los indios (baldíos). En este debate, los conservadores se convirtieron en los principales protectores de los resguardos indígenas. El ideario político de las facciones liberales, basado en la igualdad de derechos, la democracia representativa y la libertad del individuo, entraba en conflicto con las estructuras sociales de las comunidades indígenas. En concreto, el liberal quería integrar al indígena en la sociedad moderna, como un ciudadano de pleno derecho que, como los demás ciudadanos, no pagara tributos coloniales, pero sí personales, pudiera elegir a sus representantes, en lugar de autoridades hereditarias y disfrutara de la propiedad privada. Esto implicaba dismantelar los resguardos, acabar con las jerarquías tradicionales y la forma colectiva de relacionamiento. Además, el liberalismo apoyaba el desarrollo tecnológico y económico para lo cual era necesario que las tierras no cultivadas fueran explotadas y se integraran al sistema de mercado. En cambio, los conservadores representaban a las familias tradicionales, propietarias de haciendas y de minas, que necesitaban mantener los resguardos para seguir explotando la tierra y la mano de obra indígena. Apoyar a los indígenas en su

---

<sup>581</sup> En cambio, en Vitoncó y Togoima, de la ladera oriental de la cordillera, el reconocimiento de los títulos conllevó a la desaparición de la encomienda y los tributos pasaron a ser pagados directamente a la Corona.

<sup>582</sup> Los indígenas apoyaron la guerra de la Independencia contra la Corona española porque consideraron que era una oportunidad para librarse del sistema tributario colonial y defender mejor su territorio. Participaron en las batallas de Inzá (Tierradentro), de río Palo (Toribío) y del alto Palacé (cerca de Popayán) y uno de sus líderes, Agustín Calambás, jefe de Pitayó, se convirtió en uno de los prestigiosos militares y héroes de la nación.

“desarrollo” hacia la modernización suponía que estos pudieran explotar los recursos por sí mismos. Además, subyacía en la posición conservadora una actitud paternalista hacia las comunidades indígenas que seguía viéndola como una ciudadanía de segundo categoría.

Los gobiernos liberales nunca pudieron dismantelar los resguardos porque paradójicamente, gracias a la estructura federalista de Colombia avocada por los liberales, las élites locales y regionales pudieron bloquear las leyes nacionales de liquidación de los resguardos. Por su parte, cuando los conservadores gobernaron, establecieron una legislación de protección de los resguardos, la ley 90 de 1859, que después se renovó con la ley 89 de 1890, la cual declaraba la tierra de los resguardos inalienables, invaluable e imprescriptible. Por eso, a pesar de que esta ley estaba inspirada en la mirada civilizatoria y paternalista de la colonia y la Iglesia, según la cual el indígena era un “salvaje” o “menor de edad” que era necesario proteger y enseñar, la comunidad indígena no solo la aceptó sin resistencia sino que además la utilizó durante cien años para defender sus derechos.

Pese a la sinergia con los conservadores en relación a la tierra, a nivel local, las relaciones de poder escapaban a esta lógica. Los partidos tradicionales se disputaban los territorios, incluidos aquellos de mayoría poblacional indígena. Corinto, Caloto, Jambaló, Santander y Belalcazar estaban bajo influencia liberal mientras que Avirama, Toribío y Santo Domingo pertenecían a los conservadores. Las adscripciones partidistas de los municipios se reproducían en las parcialidades indígenas, de forma que la comunidad indígena quedaba sujeta a la influencia del partido que dominaba en el municipio. Los cabildos habían quedado reducidos a su mínima expresión y estaban cooptados por los partidos y la Iglesia y la población indígena era instrumentalizada por estos para cumplir con sus intereses políticos. Por ejemplo, durante las elecciones, los partidos convocaban a los indígenas y les llevaban para que dieran su voto<sup>583</sup>.

Así mismo, los indígenas se vieron empujados a participar en las guerras, por uno u otro bando, lo que trasladó la rivalidad partidista al interior de las comunidades<sup>584</sup>. En particular, el período de la Violencia trajo muchos perjuicios a las comunidades indígenas del Cauca. Los conservadores intentaron conservatizar la región y limpiarla de los liberales, labor que comprometió no solo a los alcaldes conservadores sino también a terratenientes y a la propia Iglesia, quienes financiaron bandas de “pájaros” o sicarios a sueldo. Los territorios indígenas, especialmente en la zona nororiental (Belalcazar, Mosoco, Moras), fueron escenario de la violencia conservadora: robaban ganado, quemaban casas, torturaban,

---

<sup>583</sup> El sufragio universal en Colombia comenzó a ejercerse en el año 1957, antes solo votaban los hombres blancos. Cuando los indígenas comenzaron a votar lo hicieron en sujeción a los partidos y las estructuras que existían.

<sup>584</sup> En la guerra de los Mil Días, los indígenas caucanos participaron en ambos bandos, los de la ladera occidental en el ejército conservador y los de la ladera oriental en las guerrillas rebeldes de los liberales.

mataban indígenas y abusaban de las mujeres. En agosto de 1949 realizaron una la limpieza social y política en Belalcazar y en 1956 realizaron la masacre del Resguardo de San José donde asesinaron a 39 indígenas (Peñaranda, 2015). Por su parte, muchos de los liberales del Cauca que huyeron de la violencia se refugiaron en el Davis, al sur del Tolima. Recordemos que desde este lugar se organizaron varias columnas de guerrilleros que se expandieron más tarde por la cordillera (Cauca, Tolima, Huila). Algunas llegaron al nororiente caucano y establecieron en Ríochiquito, municipio de Páez, una de las “repúblicas independientes” que luego darían lugar a las FARC. Estas fueron las responsables del asalto de La Mina, en Jambaló (1956) y la toma de Santo Domingo, en Toribío (1958) (Peñaranda, 2015).

De esta forma, a principios de los años sesenta, había en el Cauca dos polos de conflicto: la zona de Tierradentro donde actuaban las FARC y la zona norte, en particular el municipio de Corinto, donde actuaban grupos de bandoleros y delincuentes comunes que procedían de los grupos de resistencia liberal del Tolima que se habían desmovilizado<sup>585</sup>. La proliferación de grupos en el norte del Cauca, incrementó los niveles de inseguridad (delitos como robo, abigeato y secuestro) así como las acciones del Ejército y la estigmatización de las comunidades indígenas (Peñaranda, 2015: 140). Para Peñaranda (2015: 136) esta continuidad de la violencia en el Cauca pudo deberse a tres factores: (1) que los conflictos agrarios de esta región seguían irresueltos; (2) que no se llegó a ningún acuerdo efectivo con las guerrillas; o (3) que el territorio del Cauca seguía siendo un lugar aislado al resto del país.

Durante el siglo XX, los cambios acaecidos en el Cauca agudizaron la conflictividad agraria. Cuando el Estado soberano del Cauca –el “Gran Cauca”– se desmembró en departamentos (la actual división político-administrativa), las élites popayenses perdieron el poder político y económico del que habían disfrutado durante la Colonia y la primera parte de la República. Entre otras cosas, perdieron el control sobre la minería del Chocó y sobre las tierras fértiles de Nariño y del Valle del Cauca. Además, mientras otros departamentos habían avanzado en el proceso de modernización, el Cauca seguía inmerso en estructuras sociales semi-feudales y una economía señorial, un modelo tradicional de haciendas dedicadas a la agricultura y en menor medida a la minería, que necesitaban de grandes extensiones de tierra y de mano de obra para ser rentables. Por eso, ante la crisis, el Cauca sufrió un proceso de profundización de la ruralización y un aumento de la presión sobre las tierras y de la explotación de la mano de obra, negra e indígena.

---

<sup>585</sup> Entre los excombatientes liberales que se desmovilizaron durante el gobierno de Pinillas, hubo quienes se integraron en las luchas de las organizaciones campesinas armadas, como las FARC y quienes conformaron grupos de bandoleros como, por ejemplo, la banda de los capitanes Sonrisal y Terrible de Herrera, procedentes del Tolima, que se establecieron en el norte del Cauca a partir de 1954.

La presión sobre la tierra fue una consecuencia del avance de la colonización y la expansión de las haciendas en el Cauca. Por un lado, los hacendados buscaron expandir sus haciendas e incorporar las nuevas tierras a sus sistemas de terraje. Por el otro, los campesinos comenzaron a colonizar tierras aparentemente baldías para desarrollar sus actividades. En los años treinta, llegó una oleada de colonización provocada por la crisis de 1929 y la construcción en 1936 de la carretera Caloto-La Mina-Toribío. El proceso de colonización y expansión, significó el avance de la frontera agrícola durante la primera mitad del siglo XX, así como la penetración de colonos y hacendados blancos en la zona de Tierradentro<sup>586</sup> y en la zona del norte del Cauca. En la zona norte, el avance fue impulsado por la industria de la caña de azúcar. Las haciendas se concentraron en manos de los cañi-cultores y de los ingenios azucareros. El número de ingenios y de hectáreas de tierra sembradas en caña aumentó de manera sostenida durante el siglo XX y a finales de los cincuenta, gracias al bloqueo estadounidense sobre el azúcar cubano, su producción se incrementó exponencialmente. Esto tuvo un efecto directo sobre la estructura de la propiedad y las características socio-económicas del norte del Cauca. Entre otras cosas, conllevó al desplazamiento de miles de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros o a su incorporación como mano de obra de la industria (Peñaranda 2015: 141-143).

El avance de la frontera agrícola afectó particularmente a los resguardos indígenas. Primero, las familias tradicionales de hacendados y los nuevos colonos buscaron la forma de acceder a las tierras de los resguardos, especialmente a aquellas que permanecían sin cultivar, bajo el reclamo de que eran baldías<sup>587</sup>. Segundo, la usurpación de la tierra fue acompañada de la explotación de la mano de obra indígena de la cual las élites caucanas dependían. Durante el período republicano los indios fueron una fuerza social y económica importante, especialmente en el suroccidente del país, tanto para soportar las guerras civiles como para mantener las haciendas (Vasco, 2008: 381)<sup>588</sup>.

El sistema de explotación de mano de obra indígena más utilizado por las familias tradicionales hacenderas del Cauca fue el terraje. La figura del terraje consistía en la relación entre el terrateniente y los indígenas “terrajeros” según la cual éstos tenían que pagar un “terraje”, es decir, un pago en días de trabajo, a cambio de vivir dentro

---

<sup>586</sup> Por primera vez –nunca se consiguió durante la conquista– se estableció de forma permanente un asentamiento blanco en Tierradentro. En 1907 se fundó Belalcazar, en honor al conquistador, como capital del municipio de Páez.

<sup>587</sup> La legislación de la época favoreció la usurpación de estas tierras. Ya en 1905 la ley 55 permitió a las autoridades locales la posibilidad de declarar las tierras no cultivadas de los resguardos áreas de colonización. Más tarde se impulsarán los baldíos con la ley 19 de 1927.

<sup>588</sup> De forma similar ocurrió con la mano de obra negra. La abolición de la esclavitud en 1851 y manumisión de los esclavos fue un duro golpe para las élites caucanas. Sin embargo, pudieron continuar disponiendo de su trabajo gratuitamente. Ni el Estado ni las familias esclavizadoras tuvieron que reparar a las poblaciones vulnerables. Las asimetrías en el poder, en el acceso a la propiedad de la tierra y en la participación de los asuntos públicos continuaron vigentes y nuevas instituciones entraron a sustituir las antiguas formas de explotación.

de la hacienda. Esta obligación se complementaba con el trabajo el resto de los días por un salario de peón y con el trabajo en las mingas organizadas por el patrón. Esta especie de “arriendo en trabajo” podía ser alternado o sustituido por “arriendo en dinero” según las necesidades del momento. El régimen aplicaba para toda la familia y los niños también trabajaban. La hacienda se dividía en lotes y cada familia disponía de su vivienda y un sembrado de pancoger (Findji y Rojas, 1985: 115). Así mismo, el terraje era una consecuencia lógica del proceso de expansión de las haciendas y la usurpación de tierras. Ambos fenómenos eran mutuamente necesarios y uno no podría realizarse sin el otro. Si las haciendas no se hubieran expandido incorporando las tierras de los indígenas, no habría habido indígenas viviendo dentro de sus límites y trabajando en ellas. Por el contrario, si no hubiera habido una fuerza de trabajo disponible en las tierras, no se podría haber mantenido las haciendas y no habría tenido sentido acaparar dichas tierras. Además, el terraje podría haber sido una contraprestación lícita en el cual se intercambiaba vivienda por un arriendo, ya sea éste pagado “por trabajo” o “por dinero”, sino fuera porque los indígenas pagaban un terraje por vivir en sus propias tierras, en tierras que les fueron usurpadas pero cuya propiedad nunca les fue reconocida por los poderes locales. Por si esto fuera poco, la relación de terrazguero no era únicamente económica-laboral sino que entre terrateniente y terrajero había una relación feudal o servil. Vasco (2008: 377) señala que el terrateniente era la autoridad en la hacienda, el dueño de la vida y la honra de los terrajeros y eso incluía el derecho de pernada, es decir el derecho a pasar la noche con toda mujer indígena recién casada.

### 7.3. Surgimiento del movimiento indígena (1971-1975)

En 1971, los terrajeros indígenas del Cauca se organizaron para recuperar las tierras que estaban en manos de los terratenientes y conformaron el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), la primera organización indígena moderna en Colombia. Hasta ese momento, los indígenas no habían sido capaces de articular un desafío sostenido y público contra el terraje<sup>589</sup>. Entre 1910 y 1922, Manuel Quintín Lame lideró varias revueltas indígenas (la Quintinada), pero estas acciones no tuvieron gran repercusión en aquel momento y su memoria fue olvidada<sup>590</sup>. El CRIC ha sido, además, un movimiento pionero en Colombia, cuyo ejemplo ha servido para el levantamiento de otras comunidades indígenas del país. Ha contribuido, por tanto,

---

<sup>589</sup> Desconocemos lo que los terrajeros pudieron hacer para resistir cotidianamente su situación o perturbar el buen funcionamiento de las haciendas (infrapolítica). Solo sabemos que las comunidades indígenas habían realizado pequeños intentos por mantener los resguardos y los cabildos, algunas demandas legales, sin mucho éxito, algunas cooperativas de trabajo y ciertos gobernadores muy limitados.

<sup>590</sup> Según Peñaranda (2015: 122 y 123) Manuel Quintín Lame murió en Ortega (Tolima) el 7 de octubre de 1967 prácticamente en el olvido. Su memoria era más patrimonio de las comunidades del Tolima que del Cauca, hasta que surgió el CRIC. Entonces, una de las tareas que desarrolló el movimiento en sus primeros años, fue recuperar los “antecedentes” y reconstruir la memoria fragmentada sobre aquellas luchas (Archila 2010: 14). Entre otras cosas, rescataron del olvido la memoria de Quintín Lame.

al proceso de reindigenización que Michel de Certeau denominó como el “despertar indígena” en América Latina (citado en Gros, 2000: 98). En los siguientes epígrafes mostramos las condiciones bajo las cuales apareció el movimiento indígena caucano.

### 7.3.1. Los agravios colectivos

La causa principal del levantamiento indígena en los setenta fue la conflictividad creciente por la tierra que se vivía en el departamento del Cauca durante el siglo XX, que en el caso del Cauca se expresaba entre los terrajeros y los terratanientes o hacendados<sup>591</sup>. La modernización, el proceso de acumulación capitalista y la industrialización del campo, sin una debida reforma agraria, lejos de arreglar los problemas agrarios y la situación de los campesinos sin tierra -arrendatarios y aparceros- los empeoró, pues aumentó la concentración de la propiedad, lo que a su vez provocó la protesta social del campesinado.

“El movimiento indígena en el Cauca y su organización más representativa, el CRIC, no son el resultado espontáneo de una tradición de lucha, sino principalmente producto del impacto de la expansión agroindustrial en la zona norte del departamento que altera de golpe las estructuras de la propiedad impulsando el encuentro entre comunidades despojadas y activistas políticos externos” (Peñaranda, 2015: 99)

La situación de las comunidades indígenas en el Cauca había ido empeorando durante décadas. En el momento del levantamiento, el terraje se había expandido y la mayoría de las familias indígenas vivían bajo este régimen. Las grandes extensiones de tierra, generalmente las tierras más fértiles de las zonas planas, estaban ya en manos de hacendados o industriales. Una problemática agraria que, en el norte del Cauca, se fue agudizando con la expansión de la industria azucarera. En consecuencia, las zonas libres de cultivo y los resguardos indígenas se habían reducido y se encontraban aislados. En 1970, la Dirección General de Integración y Desarrollo de la Comunidad (DIGIDec) del Ministerio de Gobernación, publicó un estudio sobre el conflicto territorial en el municipio de Toribío, en el cual describía la situación de los indígenas como “más que desventajosa”. Los indígenas eran considerados personas sin iniciativa empresarial y sometidos a vivir “en las peores condiciones como arrendatarios de sus invasores”. Esta relación entre los indígenas y los propietarios de las haciendas generaba una gran tensión sobre la propiedad y tenencia de la tierra (Díaz Aristizábal 1970; citado en Perafán 1995a: 48 y en Van de Sandt 2007: 76).

---

<sup>591</sup> La figura del terraje nunca fue abolida formalmente, puesto que la eliminación del terraje, hubiera afectado la existencia misma de las haciendas y con ello, el modelo económico del Cauca sobre el cual se basaba el poder económico y político de las élites. Reconocer el derecho de los indígenas a vivir en las tierras libres de carga, implicaba reconocer que las tierras habían sido usurpadas y debían ser devueltas a sus legítimos propietarios. Por eso, tuvieron que ser los propios indígenas quienes en 1970 organizaran la liberación de los terrajeros.

Como consecuencia de esta explotación, las comunidades vivían un proceso de empobrecimiento que nos recuerda a la crisis poblacional que vivieron los indígenas durante el período de conquista. La esperanza de vida al nacer de los indígenas caucanos entre 1972-1978 estaba en 37,5 años (mujeres) y 34,9 años (hombres), veinte años menos que en el resto de la población del Cauca y de Colombia<sup>592</sup>. La amenaza no era simplemente física sino también cultural. Décadas de sometimiento al modelo tradicional de dominación (las relaciones feudales de las haciendas, las redes clientelares de los partidos tradicionales y la doctrina de la Iglesia católica) junto a la involucración en las guerras, erosionaron en gran medida la cohesión, autoridad e identidad colectiva de las comunidades indígenas. Los sistemas de control habían servido para integrar a los indígenas a la sociedad y la política colombiana pero a costa de debilitar la unidad nacional nasa y sus estructuras político-comunitarias. Los terratenientes eran la autoridad económica, política e incluso religiosa en las haciendas. Los cabildos ya no les representaban, habían sido cooptados por la Iglesia y los partidos tradicionales. Y el sistema de terraje les había fragmentado y jerarquizado según vivieran dentro o fuera de la hacienda: los *indígenas libres* o liberados vivían dispersos en las partes libres que quedaban del resguardo, generalmente en las partes más altas de las cordilleras y menos fértiles, mientras que los *indígenas terrajeros* vivían dentro de las haciendas y prestaban servicio a los terratenientes. Y una tercera figura, la del *capitán*, supervisor o mayordomo, era aquel indígena que se encargaba de vigilar y supervisar el trabajo en nombre del dueño y que disfrutaba de similares privilegios.

### 7.3.2. Condiciones externas favorables

Durante el siglo XX, los indígenas se habían movilizado adscritos a las organizaciones de izquierda que surgieron en los años treinta, muchas de ellas, organizaciones obreras, sindicales y agrarias promovidas por el Partido Comunista. En el Cauca, el PC se instaló en los años 30 aunque su auge se dió en los años 60. Los indígenas y campesinos del norte del Cauca también pertenecieron al PC. De hecho, Toribío fue uno de los baluartes del partido en el departamento (Jaramillo, E., 2012: 4). También hicieron presencia en el Cauca la ANUC, el JUCO, la Unión Nacional de Oposición (UNO) y el Movimiento Obrero Independiente Revolucionario (MOIR). El Cauca se convirtió en uno de los escenarios principales de las luchas sociales: la quintinada, las ligas campesinas, los movimientos insurgentes liberales y comunistas, etcétera. Todas las luchas tuvieron su expresión allí. Un “acumulado histórico” de experiencias de acción colectiva marcado por el pensamiento comunista de lucha de clases y la fe en la revolución popular. Todo ello contribuyó a generar un tejido social revolucionario compuesto por varias generaciones de campesinos, obreros, afro-descendientes, indígenas y sindicales, que habían sido

---

<sup>592</sup> La media en el Cauca estaba en 57,4 (mujeres) y 54,1 (hombres), mientras que en Colombia era algo superior, 60,3 años (mujeres) y 56,4 (hombres).



formados y socializados a través de las luchas. Y del mismo salieron muchos de los líderes comunitarios y dirigentes indígenas de las décadas posteriores.

Por otro lado, los cambios institucionales habidos durante los años sesenta supusieron una ventana de oportunidad para las aspiraciones de los pobladores rurales, incluidos los indígenas del Cauca. Recordemos que los sucesivos gobiernos del FN, especialmente el de Lleras Restrepo, impulsaron una política de reforma agraria que, a pesar de los vaivenes sufridos, contribuyó a la articulación del movimiento agrario. Por un lado, la formación de la ANUC sirvió como una plataforma de activación de movimientos agrarios a nivel nacional y procesos de recuperación de tierras. Por otro lado, la creación del INCORA y la adecuación del andamiaje institucional a favor de la reforma agraria resultó un apoyo fundamental para esos procesos organizativos. Así mismo, ambas instituciones, ANUC e INCORA, fueron clave para la conformación del movimiento indígena y sus primeras luchas de recuperación de tierras. La ANUC apareció en el Cauca en 1969 cuando se organizó una marcha campesina hacia Bogotá en la cual participaron campesinos de los municipios del centro del departamento (Timbío, Morales, El Tambo, Popayán, Piendamó y La Sierra). Su rango de acción se extendió en 1973 hacia el Macizo Colombiano y los municipios de Santander de Quilichao, Caloto y Puerto Tejada del norte del Cauca (Duarte, 2016: 98). Además, los indígenas venían participando en la ANUC y en las movilizaciones del sector agrario a nivel regional y nacional.

Así mismo, los indígenas contaron con el apoyo de otras organizaciones, entre las que destacó la Federación Nacional Agraria (FANAL)<sup>593</sup> y el Frente Social Agrario (FRESAGRO)<sup>594</sup> y de personas ajenas a las comunidades (dirigentes campesinos, funcionarios, intelectuales progresistas, abogados, sacerdotes, etc.). En particular, sabemos que, entre los funcionarios del INCORA de la sección regional del Cauca, hubo colaboradores que apoyaron las luchas de los pobladores rurales y del movimiento indígena, en particular, personas como Graciela Bolaños, Pablo Tattay y Edgar Londoño.

“La actividad de la ANUC y de algunos funcionarios de las oficinas regionales del INCORA, concentradas a finales de los años sesenta en la zona norte del departamento, fueron determinantes para poner en marcha procesos organizativos autónomos, que confluyeron en la creación del CRIC” (Peñaranda, 2015: 140).

---

<sup>593</sup> FANAL era una organización obrera y rural creada por la Iglesia Católica en 1959, financiada por el Partido Conservador y afiliada a la Unión de Trabajadores de Colombia, UTC. Fue muy importante en la organización de las comunidades indígenas del oriente del Cauca y el pueblo guambiano pues, gracias a su apoyo, formaron en 1970 la cooperativa agrícola de Las Delicias y el Sindicato del Oriente Caucaño, en un intento de reactivar el movimiento de recuperación de tierras en Guambía y las comunidades vecinas (Van de Sandt, 2007: 75).

<sup>594</sup> FRESAGRO fue una organización obrera y campesina fundada por Gustavo Mejía a comienzos de 1960 en Corinto (Cauca) y su apoyo fue fundamental en el proceso organizativo de los indígenas del norte del Cauca.

Las alianzas externas fueron indispensables para impulsar los procesos, porque les dieron a los indígenas dos tipos de apoyos, uno de carácter formativo, a través de cursos y programas de entrenamiento, en los cuales se hablaba sobre la reforma agraria y las relaciones políticas y otro de tipo logístico-financiero, que se expresaba en el apoyo a las reuniones y encuentros. Entre las personas que influenciaron el surgimiento del movimiento indígena caucano destacaron el padre Pedro León Rodríguez, Enrique Soler, Jairo Gamboa (de la ANUC) y, particularmente, Gustavo Mejía<sup>595</sup>. A finales de los años 60, Gustavo Mejía se había convertido en una de las personas de referencia para las comunidades indígenas cercanas a Corinto (Toribío, Jambaló y Mosoco) y en un gran conocedor de la problemática agraria de los indígenas. Mejía se preocupó por estudiar la legislación que regulaba los resguardos en aquel entonces (la ley 89 de 1890) y de transmitir su conocimiento a los indígenas.

### 7.3.3. Articulación del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC)

Todos estos factores mencionados –los problemas estructurales en la tenencia y uso de la tierra, el empobrecimiento y explotación de los indígenas, las oportunidades políticas, el tejido social revolucionario y el acumulado de experiencias de lucha, así como los apoyos externos– contribuyeron a que los indígenas impulsaran sus propios procesos organizativos comunitarios y luchas por la tierra. En primer lugar, los indígenas crearon varios sindicatos agrarios: el Sindicato Agrario que pasó a ser la Cooperativa Agraria de las Delicias, el Sindicato del Oriente Caucano y la Cooperativa Agraria de Paniquitá. En segundo lugar, los terrajeros, campesinos-indígenas sin tierra que lideraban los procesos comunitarios, rompieron con los cabildos –dobleados en esa época– e iniciaron una lucha por la recuperación de las tierras. Las primeras recuperaciones fueron la de El Chimán (Silvia) y El Credo (Tacueyó), en 1971. A raíz de estas recuperaciones, los indígenas comenzaron a pensar en cómo organizarse con otras experiencias locales para apoyarse mutuamente y expandir las recuperaciones<sup>596</sup>. El 24 de febrero de 1971, la comunidad de El Credo convocó la primera reunión regional indígena, junto a los líderes guambianos de Las Delicias y El Chimán (Sindicato del Oriente Caucano) y con el apoyo de FRESAGRO y funcionarios del INCORA. A esta reunión acudieron más de dos mil personas, entre comuneros<sup>597</sup> y delegados de los cabildos,

---

<sup>595</sup> Gustavo Mejía (Trujillo, Valle del Cauca) fue un militante de izquierda liberal, que perteneció al MRL y fue diputado departamental en el Cauca por este partido. Llegó al Cauca a finales de los cincuenta y fundó Fresagro junto al padre Pedro León Rodríguez en Corinto. En un principio quiso organizar a los afros pero viendo su nivel de desarticulación se inclinó por apoyar la lucha indígena.

<sup>596</sup> Según algunas versiones, los indígenas “luchadores” que habían participado en la recuperación de El Credo (Tacueyó) acudieron a la sede de la organización FRESAGRO en Corinto para contarle a Gustavo Mejía sus dificultades en la recuperación de la tierra. Este les aconsejó que organizaran una reunión y convocaran a todas las comunidades vecinas para discutir conjuntamente el problema de las tierras.

<sup>597</sup> “Comunero” no es ningún cargo, tan solo es la forma en la que los indígenas se refieren a cualquier persona que pertenece a la comunidad. Sería el equivalente de “ciudadano”.

principalmente procedentes del lado occidental de la cordillera central (Toribío, Tacueyó, San Francisco, Jambaló, Pitayó, Quichaya, Quizgó, Guambía, Paniquitá y Totoró)<sup>598</sup> (Van de Sandt, 2007: 75-77). En esta reunión se acordó la creación de una organización que sirviera para agrupar y apoyar la lucha de los terrajeros y el resto de la comunidad en la eliminación del terraje, la recuperación de tierras y la conformación de los resguardos. En este momento, la organización no quedó formalizada oficialmente por la situación de clandestinidad y las presiones de los terratenientes, si bien, se nombró el primer comité ejecutivo de la organización que recibió el nombre de Consejo Regional de Indígenas del Cauca (CRIC). El comité ejecutivo quedó conformado por Miguel Tránsito Sánchez<sup>599</sup>, del resguardo de Totoró, como presidente, Héctor Cuchillo, de Tacueyó, como vicepresidente y Antonio Sánchez, de Guambía, como secretario (Peñaranda 2015: 145).

En síntesis, el CRIC fue creado con el objetivo de agrupar y coordinar a los terrajeros indígenas que estaba desarrollando acciones de recuperación de tierras. Este fue el interés inicial que unió a los indígenas en el Cauca. Paulatinamente, el CRIC fue pasando de ser la plataforma de coordinación de las acciones de los terrajeros, a una organización representativa con una agenda política más amplia (recuperación de los cabildos, autonomía, autoridad indígena, afirmación derechos, recuperación de la lengua, la identidad, la memoria histórica, las costumbres y la espiritualidad, etc.)

#### 7.3.4. El componente étnico, indígena y campesino

Hemos señalado que durante décadas, los indígenas hicieron parte de las organizaciones sociales del Cauca como un sector rural más, sin profundizar en sus particularidades étnicas o culturales. En el momento del surgimiento del CRIC existían ciertas “sensibilidades étnicas” pero no eran tan importantes como para marcar incompatibilidades identitarias. Prueba de ello es que solían referirse a los indígenas como los “campesinos indígenas” (*indian peasants*) (Van de Sandt, 2007). La ANUC era una organización independiente de campesinos asalariados, pobres y medios, sin distinción por cuestión de étnia o religión, que defendía la reforma agraria y se había aliado a la clase obrera y demás sectores populares comprometidos con el cambio estructural y la liberación de toda forma de opresión. Sin embargo, eso no impidió que la Plataforma Ideológica de la ANUC recogiera las reivindicaciones propias de las comunidades indígenas<sup>600</sup>. Las reivindicaciones de

<sup>598</sup> Las comunidades de Tierradentro comenzaron a acudir a las reuniones a partir de la tercera reunión celebrada en Silvia, en julio de 1973.

<sup>599</sup> Hermano del líder de los años treinta, José González Sánchez, que apoyó a Manuel Quintín Lame y formó parte del Partido Comunista.

<sup>600</sup> La Plataforma Ideológica de la ANUC, aprobada el 5 de junio de 1971 en Villa del Rosario de Cucutá, estableció en el punto 13 (de 18): asegurar a nuestros hermanos indígenas su progreso y realización integral, mediante el otorgamiento de tierras y devolución de las que le han sido violentamente arrebatadas por los latifundistas y el estado. Contribuir eficazmente a la modernización

los indígenas –especialmente aquellas relacionadas con la abolición del terraje y la recuperación de las tierras del resguardo– eran entendidas como parte de un marco general de lucha de clases en la cual todos los trabajadores rurales y urbanos estaban unidos frente a los patrones y los terratenientes. Así mismo, dentro de las estructuras organizativas de la ANUC, existieron la Secretaría Indígena y la Secretaria Afro-descendiente, para la organización de sus propias demandas. Es más, ya en la década de los cincuenta existen evidencias de que las demandas indígenas fueron incluidas en la agenda revolucionaria. Un memorando que las guerrillas y los campesinos de Tierradentro presentaron durante un encuentro exploratorio celebrado en El Carmen (Tierradentro) en 1957, entre la Junta Militar de Gobierno, el Gobernador del Cauca, los representantes del directorio liberal y conservador y los comandos de las guerrillas, contenía una diversidad de demandas entre las que se incorporaba una, procedente de las comunidades indígenas: “Séptimo. Respecto de las tierras comunales de las agrupaciones indígenas y a su propia organización autónoma de cabildos. Estímulo y ayuda en todos los aspectos a este importantísimo sector social de nuestra patria” (Peñaranda, 2015: 131 y 132).

La gestación del CRIC supuso el primer momento –con excepción de la Quintinada– que la comunidad indígena del Cauca emergió en la escena pública como un actor social indígena diferenciado de los demás actores rurales, con una base social mayoritariamente de etnia indígena –como una categoría general de identidad indígena donde todos se incluyen: nasa, misak, yanacona, coconuco, etc.– y con una agenda de lucha propia. Pese a que la articulación de los indígenas a la nación colombiana había debilitado su identidad colectiva, las instituciones y costumbres que permanecieron (el resguardo, el cabildo, la lengua, etc.) fueron suficientes para seguir auto-reconociéndose con una identidad propia y diferenciada. Por eso, el CRIC pudo emerger en el marco de las luchas nacionales del campesinado como un movimiento de terrajeros indígenas. El hecho de que en estas zonas hubiera una conciencia de identidad indígena posibilitó que el movimiento de terrajeros se convirtiera en un movimiento con base étnica, es decir, con particularidades étnicas diferentes al resto de los terrajeros. A diferencia de otras zonas del país donde hubo igualmente luchas de recuperación de tierras pero no surgieron de ellos organizaciones étnicas.

No obstante, el surgimiento de un movimiento de carácter indígena no supuso, en un principio, una ruptura con los campesinos y con la línea de pensamiento marxista. Al contrario, la agenda del CRIC estaba alineada a las luchas sociales y agrarias del Cauca, es decir, de búsqueda de redistribución de la tierra<sup>601</sup> y para conseguirlo,

---

de los sistemas de cultivo, educación, sanidad, técnica, respeto y estabilización de la organización de sus cabildos, costumbres, lenguaje y arte popular (disponible en <http://www.anuc.co/historia.asp>).

<sup>601</sup> Sus objetivos, expresados en la plataforma de lucha, estaban enfocados en la redistribución de la tierra. Exigían la abolición de la renta de la tierra así como la expropiación a los terratenientes y su restitución a los resguardos indígenas. En estos reclamos subyacía una necesidad de tipo material y una conciencia de justicia social. La tierra la recuperaban, por un lado, por la necesidad de comida y la falta de tierras donde cultivar y, por otro, porque se trataban de tierras ancestrales que habían sido

contaron con el apoyo de múltiples líderes campesinos y organizaciones agrarias. Además, los límites entre ser indígena o campesino eran, en esta época, aún más difusos que hoy. El CRIC participó en la ANUC a través de la Secretaría Indígena, hasta mediados de los setenta. En 1974, el CRIC todavía participó en la décima junta nacional de la ANUC celebrada en Popayán (Duarte, 2016: 99). Las relaciones se deterioraron a medida que el proceso de reindigenización se fue profundizando.

### 7.3.5. Acciones de recuperación de tierra

Durante la primera etapa del CRIC, el movimiento indígena se focalizó en el primer punto de su Plataforma de Lucha: la recuperación de las tierras que estaban en manos de los grandes hacendados<sup>602</sup>. Para ello fue clave que las organizaciones y cooperativas que venían acompañando el proceso tomaran contacto con las personas y comunidades interesadas en la lucha. Se organizaban reuniones donde asistían líderes comunitarios, terrajeros y arrendatarios, colaboradores, representantes de organizaciones y cooperativas. Si bien, la convocatoria no era fácil porque las reuniones no estaban bien vistas por los terratenientes y los poderes locales y muchos indígenas –terrajeros, mayordomos de las haciendas y algunos cabildos– no estaban todavía concienciados. Por eso, las reuniones también eran un espacio para discutir y analizar la situación, así como para difundir los derechos que tenían sobre la tierra y las experiencias de lucha que había. Un paso fundamental para la divulgación del movimiento entre las comunidades indígenas fue la realización del censo indígena en 1972 promovido por el DANE y el INCORA. El CRIC se encargó de su ejecución lo que le permitió a sus promotores recorrer todo el territorio, entrar en contacto con las comunidades y dar a conocer la plataforma de lucha (Entrevista a Lucho, Popayán, 2015).

#### ***Dinámica de la acción: invasión de predios***

Una vez decididos sobre la necesidad de recuperar las tierras se llevaban a cabo varios pasos. Primero, reclamaban la expropiación de las tierras a los hacendados y la distribución

---

usurpadas por los terratenientes de forma ilegítima. De ahí que hablen de “recuperar” la tierra, es decir, devolver la tierra a sus propietarios originales.

<sup>602</sup> Los principios de la plataforma de lucha de la organización CRIC fueron inicialmente siete: recuperar las tierras de los resguardos, ampliarlos, fortalecer los cabildos indígenas, no pagar terraje, hacer conocer las leyes sobre indígenas y exigir su justa aplicación, defender la historia, la lengua y las costumbres indígenas y formar profesores indígenas. Más adelante se añadieron tres puntos más: fortalecer las empresas económicas y comunitarias, recuperar, defender y proteger los espacios de vida en armonía y equilibrio con la Madre Tierra y defender la familia (<http://www.cric-colombia.org/portal/estructura-organizativa/plataforma-de-lucha/>)

de las mismas. Una vez rechazada la petición, se negaban a realizar el pago del terraje (no-cooperación con el terrateniente). Y por último, invadían partes de las tierras de los hacendados para el uso de la comunidad. Varias familias se organizaban, alistaban la comida, el maíz, la cancharina (una arepa de maíz y panela), iban a determinado predio y saltaban las barreras. Aprovechaban los días en lo que el terrateniente y el supervisor no estaban. Todos acudían, niños e incluso madres con sus hijos cargados en la espalda. Se dividían para que un grupo entrara en el día y otro en la noche. Llevaban azadas consigo para picar y sembrar la tierra. Cuando la siembra crecía, recogían el fruto de su trabajo. A veces soltaban al ganado y este se perdía. Otras, incluso, mataban alguna presa para abastecerse.

Los invasores no iban armados ni recurrían a la violencia, porque su estrategia era evitar la confrontación directa. Organizaban grupos de vigilancia que les alertaban si los propietarios y la policía venían. Cuando llegaban, los indígenas salían de las tierras y en el momento en el que marchaban, ellos volvían. Era una estrategia de agotamiento. Cansados por la situación, las pérdidas económicas y la imposibilidad de explotar sus predios, algunos de los propietarios acabaron desistiendo y los abandonaron o vendieron. En el caso de venta del predio, esta se producía a través del INCORA, de forma que la propiedad quedaba legalizada. Pero los predios abandonados, quedaron en posesión de los indígenas sin formalizar la propiedad.

Las acciones no tuvieron resultados inmediatos, algunas se prolongaron durante años y muchas veces conllevaron costos muy altos por la represión. Los policías llegaban armados y tumbaban lo que sembraban, el maíz y la yuca, quemaban las casas y los ranchos. Muchos líderes y comuneros eran detenidos, torturados y encarcelados. Los terratenientes, por su lado, contrataban sicarios –“pájaros”– dedicados a amedrentar a la comunidad a través de amenazas y asesinatos selectivos. Entonces la estrategia comenzó a requerir el desarrollo de mecanismos de autodefensa armada, como expondremos más adelante. (Reconstrucción elaborada a partir de las fuentes primarias y secundarias).

Las acciones de recuperación de tierras fueron desarrolladas principalmente durante los años setenta y, en menor medida, en los años ochenta. Respecto a la contabilización de las acciones, hemos encontrado diversas cifras según las fuentes. Según Zamosc (1984: 53 citado en Duarte, 2016) en la década de los setenta hubo 48 invasiones, 16 de las cuales se produjeron entre 1972 y 1974. Según la base de datos del CINEP sobre luchas sociales, tan solo en cinco años, entre 1975 a 1979, se realizaron en el Cauca 49 acciones de recuperación de tierras, de las cuales solo tres tuvieron participación de campesinos y el resto fueron convocadas y acometidas por las comunidades indígenas. En el período 1980 a 1984 se realizaron 12 acciones y en el siguiente período 1985-1989, un total de 10. Y, por último, según la recopilación de fuentes que presentamos (Castillo, 2006), se llevaron a cabo 66 acciones de recuperación de tierras hasta 1986, de las cuales 62 se produjeron entre 1971 y 1980, este año incluido. Respecto a su distribución espacial, el 34% de las acciones se realizaron en la zona norte del Cauca.

Aunque algunos de los predios recuperados se encuentran sin legalizar, los indígenas consiguieron expulsar a los hacendados de sus tierras “ancestrales”, las zonas altas de la cordillera central donde se asentó la población indígena durante la época de la colonización. Además, se hizo desaparecer al terraje de estas zonas, donde era una práctica común. Ahora bien, a la hora de cuantificar el número de hectáreas que fueron efectivamente recuperadas, tampoco hay registros claros. A

diferencia de las haciendas que la ANUC recuperaba en el norte de Colombia, que podían tener una extensión de miles de hectáreas, en las zonas altas del Cauca, las grandes haciendas no superaban las 500 hectáreas. Por un simple cálculo obtenido de multiplicar el número de haciendas afectadas por esta extensión media, la cifra rondaría las 32.500 hectáreas afectadas. Aunque sirve para hacernos una idea aproximada de la magnitud de la afectación, se debe señalar que es una estimación realizada sin información certera y suficiente, por tanto no puede considerarse una cifra rigurosa ni definitiva<sup>603</sup>.

Como vemos en la siguiente tabla, esta estimación es inferior a la realizada por Castillo (2006). Según los datos recogidos por el autor, la cantidad total de tierras recuperadas entre 1971 y 1990 en el Cauca fue de 56.737,3 hectáreas. De éstas, las comunidades indígenas consiguieron “recuperar” 13.035,7 hectáreas en los años setenta y 43.701,6 hectáreas en los años ochenta<sup>604</sup>. El norte del Cauca fue la zona donde más tierras se recuperaron, con 25.667 hectáreas entre 1971 y 1990 (un 45% del total). Es posible que en otras zonas, como Tierradentro, se realizaran menos recuperaciones porque también había menos terratenientes. Las características orográficas de la cordillera no permiten que hayan grandes latifundios, con excepción de la parte baja de Inzá (La Plata). En cambio, el norte del Cauca es una zona de interés geográfico por la productividad de las tierras de la zona plana. Por tanto, cuánto más cerca de la frontera agrícola, más interés para el establecimiento de las haciendas.

---

<sup>603</sup> Recordemos que hoy tenemos información –a través del IGAC, INCODER, IEI, etc.– sobre la extensión de las tierras que están constituidas como resguardos, pero es difícil conocer qué proporción fue constituida a partir de una invasión de tierras exitosa. Además, el nivel de informalidad de la propiedad en Colombia es de tal problema que no podemos conocer con certeza el estado real de la propiedad. No se conoce con exactitud qué cantidad de tierra está en posesión de los indígenas sin formalizar, qué cantidad de tierra está en propiedad privada de comuneros indígenas y qué cantidad de tierra han comprado los cabildos. La forma más rigurosa de mapear las tierras, sus trayectorias y tipos de tenencias, sería recorrer el territorio buscando las haciendas que fueron afectadas en aquellas décadas y las comunidades que allí habitan, recuperando la memoria de sus mayores y reconstruyendo cada una de las historias. Descubriríamos así la trayectoria de la recuperación y el destino final que tuvieron aquellas haciendas y podríamos calcular finalmente la extensión de las mismas.

<sup>604</sup> A la luz de estas cifras, Castillo (2006: 288) concluyó que en la década de los ochenta se produjo una nueva ola de recuperaciones de mayor dimensión a la de los años setenta (“las recuperaciones adquieren un nuevo impulso y obtienen un éxito sin precedentes en toda la historia republicana de Colombia”). Si bien, creemos que el autor incurrió en una lectura errada de los datos. Los datos obtenidos del INCORA se refieren al número de hectáreas que fueron registradas en esos años, es decir, que en los años ochenta se registraron más tierras a nombre de los indígenas. Esta información no habla de que las acciones de recuperación de tierras se produjeran en la misma fecha que su registro. Hay indicios para pensar que las tierras tituladas por el INCORA en los años ochenta son atribuibles a las acciones de recuperación realizadas en los setenta. Por un lado, el número de acciones fue mayor en los años setenta, según las fuentes señaladas. Por otro, los procesos de legalización de la propiedad a través de las instituciones pertinentes (INCORA, luego INCODER) han sido procesos dificultosos y dilatados en el tiempo. Por eso, proponemos hablar de tierras “legalizadas” en lugar de “recuperadas”.

Tabla 4: Tierras recuperadas por los indígenas en el Cauca

Municipio	1971-1980	1981-1990	1971-1990
Buenos Aires	-	1.137,1	1.137,1
Santander	1.178,6	1.948,2	3.126,8
Caloto	882,2	3.418,7	4.300,9
Corinto	1.925,2	475,1	2.400,3
Jambaló	761,4	4.048,9	4.810,3
Toribío	2.029,2	7.862,6	9.891,8
<b>Total zona norte</b>	<b>6.776,6</b>	<b>18.890,6</b>	<b>25.667,2</b>
Silvia	416,7	6.575,7	6.992,4
Caldono	291,2	3.065,0	3.356,2
Piendamó	-	54	54
Popayán	612,2	1.732,7	2.344,9
Puracé	3.331,9	8.085,2	11.417,1
<b>Total zona centro</b>	<b>4.652</b>	<b>19.512,6</b>	<b>24.164,6</b>
Belalcazar	-	417,1	417,1
Inzá	74,2	1.592,2	1.666,4
<b>Total zona oriente</b>	<b>74,2</b>	<b>2.009,3</b>	<b>2.083,5</b>
Totoró	1.386,9	2.946,6	4.333,5
Sotará	146	342,5	488,5
<b>Total Cauca</b>	<b>13.035,7</b>	<b>43.701,6</b>	<b>56.737,3</b>

Fuente: elaboración propia a partir de los datos recogidos en Castillo (2006: 236 y 287) <sup>605</sup>

Por último, las cifras presentadas por Castillo (2006) siguen siendo inferiores a la señalada por Gros (2004: 123, citado en Sánchez et al., 2011: 90), según el cual, después de veinte años, los indígenas del CRIC consiguieron recuperar 70.000 hectáreas de tierras.

### 7.3.6. Amenazas y asesinatos selectivos a manos de los “pájaros”

El surgimiento del CRIC fue el pasó de la “infrapolítica” a la escena pública, es decir, significó una llamada abierta a la desobediencia de los terrajeros indígenas frente a los terratenientes. La irrupción en la arena pública tuvo tal significación insurreccional que los poderes tradicionales locales reaccionaron reprimiendo por todos los medios a los terrajeros y a los líderes del movimiento.

Los alzamientos de los terrajeros se dirigían directamente contra los propietarios de las haciendas, que podían ser eclesiásticos, comerciantes e incluso los propios alcaldes y gobernantes locales. Por eso, pese a la existencia de documentos legales (por ejemplo, títulos coloniales y republicanos) y la memoria de los mayores que evidenciaban un recorrido histórico de usurpación de las tierras, los gobernantes estuvieron del lado de los terratenientes. Éstos eran aliados, actuaban en connivencia y sus intereses se encontraban alineados. Así es como, desde el inicio

<sup>605</sup> Cálculos elaborados por Castillo (2006) en base al “acumulado de ingreso de tierras” del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria Regional Cauca (junio de 1996) y en base a Peñaranda (1999:93).



de las recuperaciones, la fuerza pública actuó en defensa de los terratenientes. Después de la primera asamblea del CRIC, los terratenientes acudieron a las autoridades locales para que se declarara el estado de sitio. Fueron detenidos los miembros de los cabildos de Toribío, San Francisco y Tacueyó así como el dirigente Gustavo Mejía y permanecieron durante dos meses en la III Brigada de Cali (Van de Sandt 2007; Peñaranda 2015: 146). La fuerza pública realizaba detenciones, encarcelamientos, acusaciones por delitos que no cometieron e incluso tortura. Los indígenas eran acusados y tratados como guerrilleros.

Pero la represión no tuvo el efecto disuasorio esperado, pues las comunidades siguieron perseverando en su intento. En la recuperación de coconuco, por ejemplo, gran parte de la población indígena fue encarcelada. Cuando las mujeres fueron liberadas, estas hicieron un acto simbólico para desafiar a los poderes locales. Salieron de la cárcel, le dieron una vuelta y entraron nuevamente en ella como gesto de desobediencia (Entrevista a María Teresa Findji, Cali, 2015). Para evitar la represión, los indígenas se organizaban en clandestinidad y escondían cualquier símbolo o insignia como las “varas de justicia” para que ni las autoridades ni los pájaros les pudieran reconocer. Pero a medida que la organización se fue fortaleciendo y las acciones fueron surtiendo efecto, las reuniones se volvieron cada vez más peligrosas y los líderes comenzaron a ser perseguidos y amenazados de muerte. Entre el año 72 y 73, la represión se volvió más violenta. Los terratenientes contrataban asesinos a sueldo, conocidos como “pájaros”, por una cantidad de entre 20.000 y 50.000 pesos (de la época)<sup>606</sup>. Ante esta situación, los indígenas vieron la necesidad de fortalecer los mecanismos de defensa que, hasta entonces, consistían únicamente en los grupos de vigilancia que alertaban durante las recuperaciones. Comenzaron a emerger grupos que daban protección a los líderes amenazados. La gente cogía su escopeta y se organizaba espontáneamente con dos o tres compañeros para prestar vigilancia en las casas de los dirigentes. Disponían de peinillas, machetes y armamento obsoleto (escopetas de cápsulas, escopetas de dos tiros y algún arma corta). Con sus propios recursos compraban el poco armamento del que disponían y quien estaba mejor armado pasaba a ser el mando del grupo. Algunos grupos, incluso, comenzaron a contra-atacar a los terratenientes que estaban financiando a los grupos de pájaros<sup>607</sup>. Por un lado, intensificaron las acciones de recuperación en sus predios, de forma que atacaban su base de financiación. Y por otro, comenzaron a ejercer violencia física. Tattay y Peña (2013: 29) se refieren a estos asesinatos como “actividades de limpieza”, que los “veteranos y expertos en caminar largas horas por escarpados caminos o trochas” hacían, no porque quisieran, sino porque “la misma situación les obligaba a asumir este tipo de actitud”.

---

<sup>606</sup> En la actualidad, esta cantidad equivale entre 7 y 17 euros.

<sup>607</sup> Frente a la fuerza pública no había condiciones ni capacidad para luchar.

#### 7.4. Radicalización del movimiento (1975 – 1989)<sup>608</sup>

La violencia continuó y siguieron siendo asesinados muchos comuneros y dirigentes. Hasta 1978 habían sido asesinados cerca de 50 indígenas (Tattay y Peña, 2013: 29). Pese a las denuncias, la fuerza pública no hizo nada y nunca se capturó a los responsables de esas muertes. Ante esta situación, algunos líderes creían que la solución era la toma de las armas y la conformación de grupos de autodefensas. Este lineamiento fue defendido por líderes como Gustavo Mejía, Avelino UI, Luis Ángel Monroy<sup>609</sup>, Benjamín Dindicue y Taurino Ñuscue. Por ejemplo, según Avelino UI, los indígenas debían dar ese paso porque en Colombia las luchas de los pobres siempre habían tenido que conformar grupos de defensa para que no les matasen (Tattay y Peña 2013: 33). De esta manera se inició una etapa de radicalización del movimiento indígena que duró hasta finales de los años ochenta.

##### 7.4.1. La articulación de las autodefensas

La decisión de estructurar un sistema de autodefensa armado se produjo en 1975 cuando la acción de los pájaros se intensificó. Los líderes Avelino UI y Gustavo Mejía ya habían sido asesinados, a los que se sumaron ese año el asesinato de Marco Aníbal Melengue, Ángel Mestizo, Pedro León Rodríguez, Avelino Ramos y Manuel Dagua, así como el atentado contra el presidente del CRIC, Marcos Avirama. A su vez, los poderes locales se unieron para contrarrestar al CRIC y crearon el Consejo Regional de Agricultura del Cauca (CRAC). La situación era especialmente tensa en los municipios de Corinto, Toribío y Jambaló, porque es donde más recuperaciones se estaban realizando. Luis Ángel Monroy y Benjamín Dindicué fueron los principales promotores de esta idea y empezaron conformando un pequeño grupo de autodefensa, con no más de cinco personas. El objetivo era coordinar a los grupos de vigilancia que ya había en los territorios, pues éstos no eran permanentes y estaban desorganizados. El presidente del CRIC recuerda que lo que hicieron fue simplemente “amarrar algunas cosas que la misma gente venía adelantado” (Marcos Avirama, en Tattay y Peña 2013: 32). Las autodefensas recorrían el territorio estableciendo contactos con otros compañeros, orientando y conformando nuevas autodefensas. De esta forma, el fenómeno comenzó a crecer y a estructurarse militarmente.

Los grupos tenían algún conocimiento sobre la lucha armada pero todavía no conformaban un movimiento armado estructurado. La escasez de recursos y la falta de experiencia militar les empujó a explorar la relación con las guerrillas. Hasta entonces, los indígenas habían tenido contacto con el Partido Comunista, en sus

---

<sup>608</sup>Reconstrucción de la formación de Quintín Lame, a partir de los testimonios de excombatientes y dirigentes indígenas realizados en 1996 a Marcos, Jesus y Edgar Avirama, Cristóbal Secue, Isidro Dagua, Luciano Quiguanás, Abigaíl Hurtado y recogidos en Tattay y Peña, 2013.

<sup>609</sup>Líder del movimiento indígena de ascendencia afro-descendiente y procedencia del Valle del Cauca.

diversas líneas, y con sus brazos armados, que ya hacían presencia en la región<sup>610</sup>. Sin embargo, las relaciones con estas insurgencias nunca fueron fructíferas porque bajo su pensamiento solo podía haber una vanguardia dirigiendo la revolución así que no aceptaban que surgieran nuevas organizaciones que no estuvieran bajo su control. La relación con el Frente VI de las FARC era especialmente conflictiva, llegando incluso a matar, como veremos, a varios dirigentes indígenas de la zona norte en los años 80. Respecto al EPL, algunos grupos de jóvenes indígenas se unieron al PC-ML entre 1973 y 1974, unos dedicados al estudio de los principios del marxismo, otros dedicados a la instrucción militar. Los miembros de esta línea participaron como grupos de apoyo en las recuperaciones de tierra de la zona centro y de Jambaló, aunque la relación con la comunidad nunca fue buena. Su interés no era conformar autodefensas indígenas sino integrar estos grupos en las estructuras del EPL. Así que finalmente en 1975 se rompió la relación con ellos (Isidro Dagua en Tattay y Peña 2013: 30; Peñaranda 2015: 158 y 159). Para el incipiente movimiento indígena, la autonomía era un valor primordial en sus relaciones con los otros. Después de décadas siendo invisibilizados y sometidos al terraje, parte del sentido de haberse sublevado era precisamente no someterse a nadie. Además, la estrategia de confrontación con el Estado y el objetivo de toma del poder que tenían las insurgencias no respondía en ese momento a las necesidades locales apremiantes de los indígenas. Marcos Avirama recuerda que los indígenas “no podíamos depender de favores de partidos políticos o de organizaciones guerrilleras, pues ellos nos obligaban a matricularnos en su movimiento. Entonces uno de los trabajos que hicimos fue que la gente tenía que ser más independiente, tener mayor autonomía” (Tattay y Peña, 2013: 31).

Más adelante, los indígenas entraron en contacto con el grupo Replanteamiento del ELN. Durante la semana santa de 1977, Benjamín Dindicué y los miembros del Replanteamiento organizaron una escuela de entrenamiento en el Buco (Huila), dirigida a los mandos de cada grupo de autodefensa indígena. En este encuentro estuvo presente Jaime Bateman, el comandante del M-19, con quienes el ELN guardaba una estrecha relación. Al poco tiempo, Replanteamiento se disolvió pero el acercamiento con el M-19 continuó. Su principal interlocutor fue el comandante del M-19, Iván Marino Ospina, que tenía su residencia en Cali (Valle del Cauca). Al inicio, la relación con el M-19 se basó en la formación de los cuadros. Organizaron varias escuelas político-militares, la primera en septiembre de 1977, la siguiente en Tierradentro, en enero de 1978 y, por último, una escuela de entrenamiento en Paletará en junio de 1978, donde se decidió constituir un grupo móvil para la zona de Tierradentro, compuesto por 30 personas bajo el mando del primer Estado Mayor, que estaría conformado por Luis Angel Monroy, Benjamin Dindicué, Maximiliano Izco y Edgar Avirama (Tattay y Peña, 2013). La conformación del grupo móvil fue “la primera experiencia de acción armada con vocación de permanencia,

---

<sup>610</sup> El Partido Comunista colombiano se dividió en Partido Comunista prosoviético (PCC) cuyo brazo armado era las FARC y el prochino “marxista-leninista” (PC-ML) cuyo brazo armado era el EPL.

que actuaba con independencia de las autoridades de los cabildos” (Peñaranda, 2015: 161). Sus acciones consistían en controlar a los delincuentes comunes, hacer llamados de atención a los colonos y castigar a los “pájaros”, como fue el caso del asesinato de Luis Ernesto Solano, alias Llanero<sup>611</sup>. Recorrían el territorio a través de los montes y casi siempre de noche, por lo que perdieron el contacto con las comunidades. Éstas les desconocían e incluso les denunciaban. Por eso, a finales de año, decidieron desmontar el grupo y volver a hacer trabajo en las comunidades. En el norte del Cauca, continuaron las escuelas de entrenamiento. Taurino Ñuscue fue uno de los principales promotores de esta zona, se encargaba de reclutar a los muchachos del resguardo de San Francisco, en el municipio de Toribío, y de darles instrucciones militares del M-19 (Tattay y Peña, 2013).

#### 7.4.2. La represión de Turbay

En 1979 las autodefensas indígenas se encontraban mejor estructuradas, capacitadas y armadas y ya se habían conformado grupos en Tierradentro, Toribío, Jambaló y Coconuco. En esa época, el M-19 emprendió una serie de acciones subversivas como el robo de 5.000 armas en el Cantón Norte, en las cercanías de Bogotá, el 31 de diciembre de 1978. Fueron tantas las armas obtenidas que, a pesar de las incautaciones, el M-19 pudo suministrar con ellas a sus grupos armados aliados, entre los que estaban las autodefensas indígenas. Parte de ese armamento fue empleado, por ejemplo, en la escuela de formación celebrada entre el 9 y el 19 de enero en Paletará, en coordinación con el M-19<sup>612</sup>.

La acción del M-19 supuso tal humillación para el Ejército y el gobierno de Turbay Ayala, que se desató una campaña de represión por el país. La policía detuvo a Iván Marino Ospina y allanó su residencia de Cali, en la cual encontraron documentos que involucraban al movimiento indígena. Comenzó entonces la militarización del territorio y la persecución de los líderes, colaboradores y dirigentes del CRIC. Muchos fueron detenidos y torturados como, por ejemplo, el presidente y secretario del CRIC, Marcos Avirama y Edgar Avirama, los colaboradores Guillermo Amórtegüi, Graciela Bolaños y Teresa Suárez, los líderes Fernando y Mario Escué, Taurino y Miguel Ñuscué y Luis Ángel Monroy, así como, al menos, treinta y cuatro activistas vinculados al CRIC. Al mismo tiempo, el líder Benjamín Dindicué fue asesinado en febrero de 1979 en su casa, en el resguardo de Huila (Tierradentro). Y en 1980, Marcos, Edgar, Luis Ángel y Guillermo fueron condenados por el Consejo Verbal de Guerra por el delito de rebelión (Peñaranda, 2015: 164; Espinel Rubio, 2013: 5). Debido a la represión, muchos de los dirigentes tuvieron que refugiarse en el monte.

---

<sup>611</sup> Fue ajusticiado por el grupo móvil en noviembre de 1978, en San Andrés de Pisimbalá (Tierradentro). Supuestamente, Solano ejercía terror en la región de Inzá, concretamente, en el resguardo de Santa Rosa, donde había expulsado varias familias de terrajeros y asesinado a varios indígenas (Peñaranda, 2015: 162).

<sup>612</sup> En esta escuela participaron unas veinte personas entre las cuales destacan: Pablo Tattay, Graciela Bolaños, Antonio Navarro Wolf y Ruth Amparo Erazo (Peñaranda, 2015: 162).

Y en enero de 1980, el M-19 decidió abandonar el Cauca para concentrar sus fuerzas en el Caquetá. La represión fue un duro golpe para el movimiento indígena, en todas sus dimensiones, para la organización legal, para la organización clandestina de autodefensas y para las comunidades. Para estas últimas, la oleada de represión en el territorio y las detenciones masivas tuvieron un gran impacto. Era la primera vez que veían a sus dirigentes detenidos por su involucración con grupos insurgentes. En palabras de una de las personas solidarias que acompañaban en ese momento al movimiento, “para muchos esto fue cuando se destapó todo” (Entrevista a María Teresa Findji, Cali, 2015). Sin embargo, pese al golpe de la represión, este no fue suficientemente contundente para desarticular el movimiento, sino que al contrario, animó más la radicalización. La gente que permaneció, entre otros, Pablo Tattay y Edgar Londoño, siguieron respaldando el refortalecimiento de la organización armada y se creó un nuevo grupo móvil en Tierradentro y norte del Cauca para dar protección a los perseguidos.

#### **7.4.3. Disputa territorial con las FARC**

En marzo de 1981 salieron de la prisión de la Picota (Bogotá) los cuatro condenados por rebelión, aún más convencidos de continuar con la consolidación de la organización armada. Según *Mauricio*, la cárcel les sirvió a los activistas y dirigentes para reflexionar sobre la situación y convencerse de esta línea (Peñaranda, 2015: 164). Luis Ángel Monroy, también recién salido de la cárcel, se hizo cargo nuevamente de la dirección de las autodefensas, quienes ahora se enfrentaban a un nuevo reto. Además de los ataques de la fuerza pública y los pájaros, a principio de los ochenta, surgió también la amenaza de las FARC. En una entrevista concedida por Edgar Avirama en 1996, éste dijo:

“En ese entonces se habían agudizado las contradicciones con el partido comunista, que siempre había creído que los indígenas del Cauca tenían que apoyar al partido y a las FARC y eso no se dio. El M-19 aparece en el escenario del Cauca: se empieza a mover por zonas que eran de las FARC. Estos consideraban que había zonas que eran de ellos solamente, que por ahí no podía pasar otro grupo y los dirigentes que en ese momento apoyaban a los grupos de autodefensa indígena y que tenían relación con el M-19, prácticamente eran sentenciados a muerte. Cuando salimos de las cárcel por ahí en el 81, íbamos con la idea clara de fortalecer la autonomía de los grupos de autodefensa, que ya no solamente se tenían que defender de los terratenientes, de los grupos de justicia privada, de los paramilitares, sino también de la guerrilla” (Tattay y Peña, 2013: 39 y 40).

Entre 1980 y 1984, las FARC intentaron consolidar su dominio territorial en el Cauca, aprovechando el espacio dejado por el M-19 y la crisis del movimiento indígena. Pero esto se tradujo en enfrentamientos con las comunidades indígenas, especialmente en Jambaló, Toribío, Corinto y Santander que dejaron un costo humano para los indígenas de más de cien muertos (Peñaranda, 2015: 165 y 166).

El 3 de febrero de 1981 un grupo de las FARC mató en Munchique los Tigres a siete indígenas que hacían parte de un grupo de autodefensa, entre los que estaba el líder y antiguo miembro del partido comunista, José María Ulcué (masacre de Munchique). El 8 de octubre de 1982, las FARC realizó un atentado contra Manuel Antonio Julicué<sup>613</sup>, gobernador del Cabildo de San Francisco y Fiscal del Comité Ejecutivo del CRIC, que terminó con la muerte de su padre y líder comunitario del resguardo de San Francisco, Ramón Julicué, y su hermano Benito de 15 años (Tattay y Peña, 1973: 38).

Las diferencias procedían de un problema de celos políticos. Según Manuel Antonio Julicué, “se llegó a atentar contra la vida de compañeros por el hecho de no compartir la política, la ideología del partido” (Tattay y Peña, 1973: 40). El CRIC había desplazado la hegemonía del proyecto político comunista en Toribío y el norte del Cauca. Desde 1971, muchos miembros del partido y la guerrilla habían ido abandonando la organización para vincularse al movimiento indígena<sup>614</sup>. Y la alianza con el M-19 y su entrada en el territorio contribuirían a generar más tensión. La insurgencia de las FARC se consideraba la dueña de los territorios, tenía sus propios grupos de autodefensas en las veredas y no estaba de acuerdo con la creación de autodefensas propias de las comunidades que estuvieran fuera de su control. Según Jaramillo (2012: 4) la masacre de Munchique se debió a un “ajusticiamiento” por desacatar sus órdenes. Las FARC habían prohibido a los indígenas realizar recuperaciones de tierras a aquellos propietarios que hacían parte de la Unión Nacional de Oposición (UNO) fundada por el PC o a quienes, extorsionados por las FARC, habían accedido a pagar el impuesto revolucionario. En el caso de San Francisco, se piensa que las FARC atentaron contra los dirigentes indígenas porque habían sido corrompidos por los terratenientes, sin que los mandos lo supieran y a cambio de dinero (Tattay, 2012: 39).

A pesar de las tensiones y los sucesivos ataques de las FARC, los indígenas sentían que no era un enemigo de clase, ni que se pudiera declarar como enemigo. No obstante, después de la masacre de 1981 y los atentados de 1982 contra José María Ulcué y la familia Julicué el CRIC divulgó por primera vez un comunicado donde denunciaba públicamente al VI Frente de las FARC y a los cuadros del Partido Comunista de la regional Cauca que estaban en el norte del Cauca, como responsables de las masacres, amenazas y calumnias ejercidas contra dirigentes y

---

<sup>613</sup> Manuel Antonio Julicué fue miembro del partido comunista y candidato por este partido a gobernador del Cabildo de San Francisco en 1980. Sin embargo, se fue distanciando del partido y acercándose a la organización indígena. En 1981 fue elegido fiscal del Comité Ejecutivo del CRIC y organizó el VI Congreso en Toribío. El atentado contra su vida se debió a que fue considerado un traidor por el Partido Comunista que actuaba en la región a favor de los intereses de las FARC (Peñarada, 2015: 170-171)

<sup>614</sup> Algunos de ellos fueron líderes significativos del movimiento indígena como Avelino UI, Jose María Ulcué y Manuel Antonio Julicué, asesinados en 1973, 1981 e intentos frustrados en 1982. Jaramillo (2012) no descarta la posibilidad de que las FARC estuvieran de algún modo involucradas en los asesinatos de líderes tan importantes como Avelino UI (1973) y el padre Álvaro Ulcué (1984).

comuneros de San Francisco, Toribío, Potrerito, El Congo, Natalá, El Cedro, Corinto, Canoas, La Aguada y La Aurora, “a nombre de las luchas populares y revolucionarias que estos individuos dicen defender” (Peñaranda, 2015: 167 y 168). Según los dirigentes indígenas, intentaron todo tipo de medidas para encontrar una salida política, convocaron a los dirigentes de las FARC a reuniones, llamaron a los dirigentes del Partido Comunista regional Valle y al Ejecutivo de Bogotá, etcétera, pero nadie les respondió y las muertes continuaron. Por eso, a su pesar, tuvieron que denunciarles públicamente: “era muy triste que una organización popular estuviera denunciando a una organización de tipo militar de izquierda (...) pero había que hacerlo, qué más podíamos hacer” (Manuel Antonio Julicue, Peñaranda 2015: 172 y 173). Al fin y al cabo estaban denunciando a sus propios vecinos, porque los cuadros del PC y las autodefensas de las FARC en el norte del Cauca estaban integrados por indígenas del mismo territorio. Algunos de estos vecinos eran, incluso, antiguos “compañeros” de partido, porque muchos de los líderes del movimiento indígena formaron parte previamente del PC.

#### **7.4.4. La aparición del Movimiento Armado Quintín Lame**

El escalamiento de la violencia desde finales de los setenta animó al movimiento indígena a fortalecer y estabilizar un grupo armado. Durante los siguientes años, las autodefensas siguieron prestando protección a las comunidades y dirigentes, acompañando las recuperaciones y ejerciendo control territorial sobre la zona, a la vez que avanzaron en la conformación de un grupo móvil itinerante –de entre treinta y cuarenta personas– y reforzaron la dirección política. Decidieron que era el momento de poner un nombre con el cual la gente les pudiera reconocer, para que no les confundieran con otros grupos ni se pudieran apropiar de sus acciones. El nombre que se decidió finalmente en 1983 fue el de “Comando Quintín Lame” en memoria del líder Manuel Quintín Lame, descartando otros como Gustavo Mejía para evitar la vinculación con el CRIC<sup>615</sup>. Así mismo, exploraron de nuevo las alianzas con las guerrillas. Desde 1982, el M-19 se encontraba nuevamente en el Cauca y habían realizado ciertas acciones conjuntas<sup>616</sup>, pero la participación del M-19 en acciones armadas comenzó a descender a medida que avanzaban las conversaciones con el gobierno, conocidos como los “acuerdos de Corinto”<sup>617</sup>. Los indígenas comenzaron a relacionarse con un nuevo actor, el Frente Ricardo Franco, un grupo disidente de las FARC y aliado del M-19, que se ubicó en un campamento

---

<sup>615</sup> Comando Quintín Lame fue el nombre con el que comenzaron firmando sus acciones hasta 1986, cuando lo cambiaron por Movimiento Armado Quintín Lame. Peñaranda (2015: 208) dice que se desconocen las razones del cambio. La hipótesis es que la palabra “movimiento” da una sensación de ser un grupo más sólido y grande, que engloba a toda la estructura, mientras que “comando” se relaciona con los grupos de apoyo.

<sup>616</sup> Escuela militar en Tierradentro (finales de 1983) y la toma de Corinto (abril de 1984) por un grupo mixto de 200 guerrilleros al mando de Rosenberg Pabón.

<sup>617</sup> Tras la firma del acuerdo de paz de Corinto en agosto de 1984, el M-19 se trasladó de Yurumales al campamento de Los Robles, en el norte del Cauca.

en las montañas de Buenos Aires<sup>618</sup>. Las autodefensas se beneficiaron nuevamente del relacionamiento con un grupo armado que disponía de mucho dinero, armamento y experiencia militar. Sin embargo, años más tarde esta relación traería al norte del Cauca uno de los episodios más sangrientos del conflicto armado de Colombia, la masacre de Tacueyó, del cual la comunidad indígena, el M-19 y el Quintín Lame fueron testigos indirectos<sup>619</sup>.

Por otro lado, el enfrentamiento entre indígenas y hacendados se agudizó. El año 1984 fue un período álgido de conflictividad debido a las acciones de recuperación de tierra que se estaban desarrollando en la zona plana del norte del Cauca (Caloto, Corinto y Santander de Quilichao). En los años setenta las recuperaciones se habían concentrado en las zonas montañosas y de piedemonte de la cordillera central. En Corinto, por ejemplo, hasta entonces, solo se habían recuperado las zonas de piedemonte. Aunque la lucha por la tierra en la zona alta se estaba resolviendo a favor de los indígenas, las recuperaciones en la zona plana afectaban las tierras más fértiles, que eran propiedad de poderosos hacendados, sobre los cuales había intereses corporativos de la industria azucarera. Al comenzar el año había en el departamento diez casos de invasiones y numerosas amenazas a propietarios para que abandonaran sus predios. En septiembre, el gremio ganadero denunció que noventa fincas, correspondientes a un total de 11.000 hectáreas de extensión, estaban siendo picadas y en proceso de ocupación. El Procurador Agrario Regional lo denominó una “guerra psicológica entre indígenas y hacendados (...) que podía convertirse en una grave amenaza para el orden público del departamento” y los ganaderos caucanos advertían el “comienzo de una guerra civil” si el gobierno no daba soluciones inmediatas (Peñaranda, 2015: 176 y 177)<sup>620</sup>.

Finalmente, el 9 de noviembre de 1984 la fuerza pública entró en la hacienda de López Adentro, que estaba siendo recuperada por los indígenas, y les desalojó ejerciendo una brutal represión. A la mañana siguiente, el 10 de noviembre de 1984, el padre Álvaro Ulcué, párroco de la Iglesia de Toribío y conocido simpatizante de las luchas indígenas por la recuperación de las tierras y la educación bilingüe, fue asesinado en la puerta del albergue infantil de Santa Inés (Santander de Quilichao), por parte supuestamente de un subteniente y un agente de la Policía de Toribío,

---

<sup>618</sup> Los dirigentes del Ricardo Franco y del M-19, Hernando y Carlos Pizarro Leongómez, eran hermanos.

<sup>619</sup> En diciembre de 1985, el Ricardo Franco celebró en Tacueyó (Toribío) una asamblea nacional con la participación de 200 combatientes. Los comandantes José Fedor Rey (“Javier Delgado”) y Hernando Pizarro Leongómez, perpetraron una masacre contra 125 personas (según investigaciones judiciales) o 164 (según la prensa, publicado en “Semana” el 20 de enero de 1986) de sus propias filas, la mayoría jóvenes campesinos y urbanos que habían ingresado recientemente en el grupo, entre los que había, tres mujeres embarazadas. Fueron encontrados en fosas comunes con claros signos de tortura. Los quintines y los habitantes de la zona desenterraron los cadáveres y se apoderaron del armamento.

<sup>620</sup> Como veremos más adelante, desde entonces hasta nuestros días, esta frontera agrícola ha sido el escenario de multiplicidad de conflictos y disputas territoriales.



financiados por un terrateniente local<sup>621</sup>. El asesinato produjo una gran consternación entre la población indígena. Las comunidades bajaron de las montañas y acudieron al lugar de los hechos en signo de conmemoración y denuncia. Estos hechos fueron los que finalmente desencadenaron la aparición pública del Quintín Lame.

Para su salida pública, el Quintín Lame preparó una acción ofensiva. Después de varias semanas concentrados en un campamento en Las Delicias (Buenos Aires), cien combatientes del Quintín Lame y el Frente Ricardo Franco descendieron el 4 de enero de 1985 para realizar la toma de Santander de Quilichao. Atacaron el cuartel de la policía, pintaron letreros, lanzaron cuartillas propagandísticas y gritaron consignas. Tras casi tres horas de combate, se retiraron del pueblo sin alcanzar su objetivo debido a un fallo en una bomba que debía explotar en una casa contigua al cuartel. Pero sí se consiguió dar a conocer públicamente al grupo y demostrar sus capacidades. No hubo bajas entre los guerrilleros ni entre la policía pero sí heridos entre la población civil. Terminada la operación, las columnas se refugiaron en el resguardo de San Francisco, en Toribío (Peñaranda, 2015: 186-190).

#### **7.4.5. Desalineamiento de marcos y ruptura interna**

Tan solo un mes más tarde, los días 2 y 3 de febrero de 1985, se celebró una asamblea en la vereda Andalucía del resguardo de Caldonó donde se reunieron unas 800 personas entre representantes de los cabildos de Caldonó, Pueblo Nuevo, Corinto, La Aguada, La Aurora y San Antonio y delegados del CRIC. El acta de la reunión conocida como “Acta de Andalucía” recogió denuncias de los atropellos de las insurgencias, particularmente de las FARC, por las interferencias en funciones que les correspondían a las autoridades indígenas. Poco más tarde, entre el 21 y 24 de febrero, se celebró en Vitoncó la reunión de la Junta Directiva del CRIC en la cual participaron cuarenta y cinco cabildos. De esta reunión salió uno de los documentos más importantes de la organización, la Declaración de Vitoncó<sup>622</sup>, en la cual se declaró, por un lado, el rechazo hacia el desarrollo de acciones militares en su territorio por parte de las guerrillas y el ejército y, por otro, el derecho de autonomía de los cabildos y las comunidades frente a todas las personas y organizaciones públicas o privadas, sociales, religiosas, políticas o militares<sup>623</sup>. Las comunidades y

---

<sup>621</sup> A pesar de las pruebas y testigos presentados, las diligencias no se realizaron debidamente y el proceso quedó desbaratado, quedando el crimen en impunidad.

<sup>622</sup> Cabe aclarar que la Declaración está firmada, en realidad, por 39 resguardos, 3 “comunidades” (La Laguna la Siberia, López Adentro y Guabito) y ningún cabildo.

<sup>623</sup> La autonomía entendida como “el derecho que los cabildos y las comunidades tienen de controlar, vigilar y organizar su vida social y política al interior de los resguardos y de rechazar las políticas impuestas venidas de afuera”. La autonomía se sostiene en “su programa de lucha y en la ley 89 de 1890 y otras disposiciones legales del gobierno de Colombia”. Y se hace efectiva en concreto frente a “personas y entidades gubernamentales privadas y semiprivadas, que han venido decidiendo aspectos económicos, sociales, culturales, políticos y religiosos en zonas de resguardo, sin consultar a nuestras comunidades y a sus legítimos representantes, los Cabildos, como también a las

los cabildos eran, según la declaración, las únicas legitimadas para tomar decisiones sobre sus asuntos internos. En particular, las organizaciones ajenas a la comunidad, estaban vulnerando su potestad de: (1) decidir sobre a quiénes recuperar tierras y a quiénes no, de acuerdo a las necesidades de la comunidad<sup>624</sup>; (2) imponer a los comuneros las sanciones correspondientes por hechos delictivos, de acuerdo a las costumbres de la comunidad; consultar y convocar reuniones a la comunidad, cuya participación era voluntaria; y (3) dirimir los conflictos internos que surjían en la comunidad, en concreto aquellos derivados de la lucha por la tierra. Las organizaciones ajenas habían utilizado las contradicciones internas para entrar en los resguardos y ahondar en las divisiones, de manera que se habían generado heridas entre resguardos difíciles de sanar. Para evitar injerencias externas, los cabildos solicitaron a los comuneros y las empresas comunitarias que siempre acudieran a ellos para arreglar los asuntos internos. Y en el caso de conflictos entre varias comunidades, los cabildos afectados debían reunirse en consejo para dar una solución. Los comuneros podían acudir también al Comité Ejecutivo del CRIC y a los responsables de zona pero, en ningún caso, se debía buscar la asesoría y apoyo de organizaciones ajenas.

Aunque los indígenas conservaron el anonimato de las organizaciones armadas denunciadas en el manifiesto, es conocida la trayectoria de atropellos a las comunidades por parte de las FARC, especialmente desde los años ochenta. Por lo cual, Peñaranda (2015) no duda en señalar que eran las FARC el principal objeto de estas críticas. Sin embargo, de la literalidad del texto y del contexto en el que se dio, se puede desprender que las comunidades y autoridades indígenas afirmaban su derecho de autonomía frente a todos los grupos armados, incluido el Quintín Lame. Por un lado, porque se referían a estos grupos de forma abierta y plural, sin exclusión de ningún grupo. Por otro, porque sabemos que las potestades que se arrojaron los cabildos en la declaración eran precisamente las que los quintines venían desarrollando como, por ejemplo, la resolución de los conflictos. Y, por último, cabe señalar que el Quintín Lame –siendo supuestamente el grupo de protección para las autoridades– no fue convocado a la reunión pese a la cantidad de líderes presentes en el evento, sino que fue durante la celebración del mismo cuando, tanto el Quintín Lame como las FARC, se presentaron en el de manera improvisada.

El Quintín manifestó públicamente su respeto a las autoridades indígenas y su voluntad de otorgar protección a los resguardos y cabildos (Jaramillo, 2012: 6),

---

organizaciones que vienen realizando actividades que son de competencia de los Cabildos” (Declaración de Vitoncó, recogida en ONIC, 2002: 8).

<sup>624</sup> Recordemos que las FARC prohibieron las recuperaciones en aquellos predios cuyos propietarios pagaban el impuesto revolucionario, lo cual le valió al movimiento indígena el supuesto asesinato de varios líderes. Además, acusaron al CRIC de mantener acuerdos con la organización ganadera Fedegán para garantizar la protección de los hacendados frente a las recuperaciones. De ahí, que los cabildos indígenas afirmasen frente a las FARC su capacidad de decidir dónde sí y dónde no recuperar.

compromiso que fue bien recibido por los cabildos<sup>625</sup>. No obstante, el hecho que el Quintín se auto-declarara un grupo de protección al servicio de la comunidad no le libra de haber entrado en contradicción con la autonomía de las comunidades y cabildos. Aunque el Quintín disfrutara de apoyo social y la existencia de poderes de decisión paralelos al cabildo (Dirección Política, Estados Mayores, comandantes, etc.), la disponibilidad de las armas dificultaban el ejercicio democrático del proceso indígena. Además, cabe recordar que todas las guerrillas se auto-declaran grupo de protección de la comunidad con la que conviven y de la cual dependen para su mantenimiento, aunque en la realidad no cuenten con el apoyo de todos o ese apoyo este mediado por una fuerza mayor: la presencia de las armas.

Una cuestión poco estudiada por los autores ha sido la fragmentación interna del movimiento indígena caucano ocurrida por diferencias de opinión respecto a la orientación que estaba cogiendo el CRIC desde finales de los setenta. En concreto, me refiero a las desaveniencias entre las comunidades de los resguardos de Guambía y Jambaló, principalmente compuestas por la etnia misak<sup>626</sup>, y el CRIC. Hay un momento en el cual estas comunidades, que fueron pioneras en la formación del CRIC, decidieron separarse de este y formar su propia organización, las Autoridades Indígenas del Sur de Occidente (AISO)<sup>627</sup>.

Una diferencia fundamental con el CRIC fue el método de lucha empleado. Mientras que el CRIC se encontraba plenamente implicado en las acciones directas y confrontativas, las comunidades representadas en AISO optaban por reivindicar sus derechos a través de la vía institucional y la interlocución con el estado. Estas diferencias se evidenciaron aún más con la aparición del MAQL. AISO era contrario al accionar del grupo armado y llegaron a plantear responsabilidad del MAQL en el asesinato de algunos dirigentes misak (Caballero, 2013: 157). Probablemente el alejamiento de los sectores indígenas más moderados y la permanencia de los sectores radicales en el CRIC favoreció la transformación de las autodefensas a guerrilla.

También contribuyeron a la ruptura del movimiento, las luchas internas por el poder entre las dos corrientes ideológicas que existían en el movimiento. El CRIC se configuró como una organización gremial con la estructura jerárquica (Junta Directiva y Comité Ejecutivo), el discurso, la retórica y la visión política propia de las organizaciones y partidos de orientación comunista que habían acompañado al movimiento indígena desde sus inicios y en los cuales muchos dirigentes indígenas habían militado. El CRIC rompió con las organizaciones externas, pero no con sus

---

<sup>625</sup> “Es meritorio constatar que esta política de autonomía expresada por nuestros cabildos ha encontrado eco, y el Comando Quintín Lame se pronunció a favor de ella” (ONIC, 2002: 9).

<sup>626</sup> Son conocidos también por el nombre que recibieron de los conquistadores, el pueblo “guambiano”.

<sup>627</sup> En 1987, cambiaron su nombre por Movimiento de Autoridades Indígenas de Colombia (AICO).

discursos<sup>628</sup>. Por eso, hasta los noventa, el CRIC siguió los principios revolucionarios, la toma del poder, la lucha armada y la necesidad de coordinación con guerrillas a nivel nacional. La visión política del movimiento de autoridades del suroccidente, en cambio, estaba orientada a la recuperación de la identidad, el territorio y el gobierno indígena como “pueblos indígenas” con “derechos”, lo que chocaba con el carácter internacionalista del proyecto comunista. Además, no estaban de acuerdo que el Comité Ejecutivo del CRIC tomara las decisiones sin contar con las autoridades indígenas (Caviedes, 2002: 255; Entrevista a María Teresa Findji, 2015). Visto de otra forma, estas dos corrientes representaban la tradicional tensión dentro de los movimientos sociales entre la identidad de clase y la identidad cultural que en este caso se manifestaba entre la prioridad por la revolución o por la autonomía.

Cada proyecto y sector tuvo sus propios asesores externos, de identidad no indígena (mayoritariamente blancos y mestizos). Las comunidades del CRIC estuvieron asesoradas por los “colaboradores” (Pablo Tattay, Graciela Bolaños, Henry Caballero, etc.) y las comunidades de AISO por los “solidarios” (Víctor Daniel Bonilla, Luis Guillermo Vasco, María Teresa Findji, Álvaro Velasco, etc.). Ambos grupos se acusaron recíprocamente de haber impuesto su visión a las comunidades. A los colaboradores se les reclamó haber sucumbido a la izquierda ortodoxa, mientras que a los solidarios se les acusó de haber promovido la reindigenización y haber utilizado a los indígenas como objetos de estudio, ya que se trataban mayoritariamente de académicos antropólogos (Caviedes, 2002: 248, 253)<sup>629</sup>.

Muchas de las diferencias entre el CRIC y AICO –y sus asesores– pasaron a diluirse a partir de los noventa. Como veremos, en esta época, el CRIC abandonó las armas, pasó a relacionarse de manera estable con el estado y comenzó a priorizar la lucha por los derechos y por el gobierno indígena. Así mismo, en momentos coyunturales se han movilizado conjuntamente y han formado parte de plataformas o coaliciones políticas-electorales. Sin embargo, aún hoy estas comunidades se mantienen orgánicamente separadas y persisten ciertas diferencias en el imaginario colectivo. Las comunidades del CRIC, especialmente las de la zona norte, siguen manteniendo con regularidad acciones de protesta o “vías de hecho” y son vistas como “guerrerristas”, mientras que el pueblo misak es tildado de un carácter pasivo, negociador y estatista. Así mismo, sigue habiendo rencores pasados y desconfianzas<sup>630</sup> y las comunidades nasa y misak mantiene conflictos territoriales en

---

<sup>628</sup> Pueden verse estos discursos en comunicados de la época o en el periódico que publicaba el CRIC “Unidad Indígena”. Ver Archila (2010). Según Findji, en el periódico UI se publicaron fotos modificadas de los indígenas con el puño alzado (Entrevista MTF, 2015).

<sup>629</sup> No obstante, el movimiento indígena era mucho más amplio y complejo que estas dos posiciones políticas, así que como advirtió Tattay (2000) no se puede reducir la historia del CRIC a la confrontación entre solidarios y colaboradores (citado en Caviedes, 2002: 256).

<sup>630</sup> La Fundación Sol y Tierra publicó un comunicado el 18 de septiembre de 2011 dirigido a las autoridades misak del territorio Wampia, en Silvia (Cauca) en el cual negaban la responsabilidad del Quintín Lame en el asesinato de comuneros y autoridades. Las autoridades misak estaban siendo objeto de amenazas por parte de un grupo que firmaba como los “Nietos del Quintín Lame”, lo que

los lugares de frontera étnica pues en estos se yuxtaponen sus aspiraciones territoriales<sup>631</sup>.

#### 7.4.6. Escalamiento de la violencia

A pesar de las denuncias de las comunidades, la segunda mitad de los años ochenta fue una etapa caracterizada por el escalamiento del conflicto armado en el territorio indígena. Las guerrillas consolidaron su presencia en el Cauca. El M-19 instaló un campamento en Los Robles, al norte del Cauca. Las FARC se instaló en Belalcázar, Tierradentro, y comenzaron a ejercer presión política de apoyo a Unión Patriótica. El ELN consolidó su presencia en el sur del departamento. Y nuevas formaciones, como el Comando Jorge Eliécer Gaitán (JEGA), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el grupo Democracia (disidencia del M-19), intentaron establecerse en el Cauca. Todos ellos se disputaban el control poblacional y territorial. En el caso de los indígenas, la disputa proseguía con las FARC. En marzo y agosto de 1985 mataron a dos líderes comunitarios, Julio Pencue Volverás (San Andrés de Pisimbalá) y Rosa Elena Toconás (Pitayó, Jambaló), a lo cual el Quintín Lame respondió matando a los supuestos responsables, en las inmediaciones de Jambaló. En consecuencia, entre 1984 y 1986, aumentaron en el Cauca las acciones armadas atribuibles a las guerrillas. Según los registros del periódico *El liberal* el número de acciones aumentó de 10 a 35 en 1984 y 34 en 1985 y 1986. Sin contar con los ajusticiamientos, purgas internas y enfrentamientos con otras guerrillas, que dejaron en este período un saldo superior a 200 muertos. Esto conllevó, a su vez, a la militarización de la región. El Consejo de Seguridad decidió trasladar 550 comandos contrainsurgentes al Cauca. Y por último, en esa época aparecieron en la región grupos paramilitares asociados al narcotráfico <sup>632</sup> (Peñaranda, 2015: 239, 240 y 259).

En esta etapa asistimos también a la consolidación del Quintín Lame como grupo guerrillero. Durante años hubo un proceso de transformación desde los grupos

---

conllevo a que el 12 de septiembre de 2011, lanzaran un comunicado a la opinión pública donde asumían la relación de este grupo con el CRIC y el MAQL (desmovilizado en 1991) e incluso iban más allá, al afirmar que durante los años 1986 a 2001, sufrieron asesinatos, persecuciones y desplazamientos “cometidos por el cabildo de Ambaló, asesorados políticamente por el CRIC y militarmente por el grupo armado Quintín Lame”. La Fundación Sol y Tierra desmintió tales acusaciones así como la de tener cualquier vínculo con el grupo “Nietos del Quintín Lame”, a quienes, por otro lado, muestra su desprecio por la utilización de tal nombre “lo cual debería ser una afrenta para todos los indígenas de Colombia”.

<sup>631</sup> Los conflictos por el resguardo de Ambaló vienen de lejos. En la celebración de la Junta Directiva del CRIC en Vitoncó en 1985, se programó la intervención de los gobernadores de Ambaló y Guambía, quienes tenían un conflicto entre resguardos, sin embargo, el gobernador del cabildo de Guambía no se presentó ni hizo llegar la razón a la mesa directiva.

<sup>632</sup> Aparecieron en el Cauca grupos de limpieza social como “Muerte a Basuqueros” (MAB) así como grupos paramilitares y de extrema derecha, asociados al narcotráfico, y otros al ejército, que asesinaban y amenazaban a dirigentes populares (por ejemplo, “La Falange Caucana y Justiciera”, “La Alianza Anticomunista del Cauca”, “La Falange Bolivariana del Cauca” y “Popayán Bella y Limpia”). Algunos de estos grupos se asentaron en la zona agroindustrial del norte (Peñaranda, 2015: 270 y 271).

espontáneos de vigilancia, pasando por los grupos móviles de autodefensas armadas, hasta finalmente la consolidación como guerrilla indígena. En primer lugar, la estructura orgánica se fue perfeccionando hacia un modelo más jerárquico y coordinado, propio de los cuerpos militares. En segundo lugar, las condiciones mejoraron considerablemente, tanto en recursos materiales de guerra, como en capital humano y político. Esto contribuyó a generar un cambio de mentalidad y un clima de optimismo hacia las posibilidades de vencer al Estado y conseguir mejoras sociales a través de la toma del poder estatal, junto a las demás guerrillas. Y, por último, el repertorio de acciones se volvió cada vez más violento, aumentó la coordinación de la violencia y la relevancia del daño, el campo de acción que antes se limitaba al territorio indígena se amplió, pasando a involucrarse en acciones fuera del Cauca y se incrementaron considerablemente las acciones ofensivas: tomas de poblaciones (como Silvia, Totoró, Páez, Belalcázar, Inzá y Toribío, esta última, tres veces en menos de un año), asalto a vehículos, ataques a las instalaciones del Telecom y de la Caja Agraria, emboscadas y enfrentamientos con el Sexto Frente de las FARC (en Mosoco) y con las fuerzas de seguridad del Estado. La batalla más ambiciosa de la historia del MAQL, que además refleja la transformación de autodefensa a guerrilla, fue su participación en el Batallón América.

El 20 de diciembre de 1985, el M-19 convocó a varios grupos aliados, el Quintín Lame, el Alfaro Vive ¡Carajo!, (Ecuador), y el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (Perú), para conformar un ejército popular bolivariano, que denominaron el Batallón América, cuyo objetivo era llegar a Cali, la capital del Valle del Cauca, y tras la toma del cuartel sur del Ejército, generar un levantamiento popular en todo el país que concluyera con un Congreso Nacional y de su triunfo se extendiera la revolución por América (Campaña Paso de Vencedores). El Quintín Lame se embarcó en esta acción por la toma del poder, que fue derrotada de manera rotunda. Así mismo, la participación en el Batallón América generó muchas críticas en el movimiento indígena. Se trataba de una acción incoherente con su objetivo de proteger el territorio y su carácter autónomo frente a las organizaciones armadas. Internamente, la lectura que se hizo de aquel episodio fue que el comandante Romir, al cargo de los Quintines en el norte, se había dejado manipular por el M-19 (Peñaranda, 2015: 253-254). La Dirección Política y el Estado Mayor del MAQL celebraron una reunión en junio de 1986 en la cual se determinó como única medida la destitución del comandante Romir y su sustitución por “Gildardo” (Jesús Elvio Peña).

No obstante, al tiempo que el Batallón América se enfrentaba con el ejército en el Valle del Cauca, las columnas del Quintín Lame que permanecieron en el territorio iniciaron acciones ofensivas en el norte del Cauca. En enero, la columna que estaba al mando de “Gustavo” asaltó la Caja Agraria en Jambaló y se tomó la finca Bellavista de Mario Carvajal en Caloto, matando al mayordomo. La protesta de los empresarios caucanos provocó la reacción del ejército y el desplazamiento de cientos de familias indígenas hacia Silvia, Totoró y Jambaló. Más tarde, el 19 de marzo de 1986, más de cien guerrilleros de la columna mixta de Gildardo (Quintín) y

Chalita (M-19) realizaron la toma del casco urbano de Toribío y la emboscada de una columna de la policía en la carretera a Caloto, dejando entre ambas acciones 19 policías muertos y 21 heridos. Y el 11 de abril de 1986, un grupo móvil recién creado en la zona centro realizó un asalto en la vía entre Coconuco y Popayán, donde murieron dos agentes del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) y Alfonso Valencia Paredes, hacendado y concejal liberal de Puracé que se había enfrentado a las recuperaciones de Paletará y financiaba supuestamente a grupos paramilitares (Peñaranda, 2015: 251, 255 y 261).

En consecuencia, el accionar del Quintín Lame atrajo la guerra al territorio, aumentaron los hostigamientos y la militarización, generando muchos costos para la población indígena. Cuanto mayor era la capacidad ofensiva del Quintín, mayores eran los errores que se cometían. Ante el escalamiento de la violencia, las comunidades indígenas no se quedaron calladas. El mismo día del asalto a Toribío, en marzo de 1986, el CRIC lanzó un comunicado de rechazo hacia las acciones armadas en sus territorios y recordó a los actores armados que estaban vulnerando el mandato de los cabildos recogido un año antes en la declaración de Vitoncó. Sin embargo, las diferencias con el Quintín Lame no fueron declaradas abiertamente en el comunicado puesto que en el mismo tan solo se mencionó al M-19<sup>633</sup>. Poco más tarde, en agosto de ese año, el ejército bombardeó los resguardos de Mosoco y Vitoncó como respuesta a las acciones del Quintín durante ese mes<sup>634</sup> lo que empujó a diecisiete resguardos de Tierradentro a rechazar nuevamente los combates en sus territorios y exigir el cumplimiento de la declaración de Vitoncó (Peñaranda, 2015: 257 y 261). A pesar de las críticas y el paulatino distanciamiento entre el Quintín y su base social, el grupo armado continuó con su actividad. Según Peñaranda (2015: 261) “hasta donde se sabe, la Dirección Política no realizó nunca una evaluación crítica sobre su propia responsabilidad en esta situación. Tampoco se conoce una reflexión sobre los negativos efectos de la campaña realizada conjuntamente con el M-19 en el norte del Cauca, y que afectó seriamente sus relaciones con las comunidades”. Al contrario, en los siguientes años, el MAQL continuó con la formación de los guerrilleros en escuelas político-militares, con el reclutamiento y la expansión de los grupos de apoyo para el control territorial y con la profundización de las relaciones con otras guerrillas. Recibieron indígenas simpatizantes de otras regiones (Tolima, Chocó, Costa Atlántica, Ecuador) y organizaron algunas escuelas con otras insurgencias: en Barondillo con apoyo del Ricardo Franco, en Tierradentro con el M-19 y en los Llanos Orientales con el ELN. El MAQL buscaba integrarse en el movimiento insurgente a nivel nacional. Primero participando en el Batallón América (1985-1986), después incorporándose a la

<sup>633</sup> “Si el M-19 considera que es el momento de realizar la guerra total contra las Fuerzas Armadas, que lo haga en otras zonas del país, y no en comunidades que no comparten su estrategia” (Declaración del CRIC el 19 de marzo de 1986, en Peñaranda 2015: 256 y 257).

<sup>634</sup> Los días 2 y 7 de agosto de 1986, realizaron los asaltos de Páez y Belalcázar. Posteriormente realizaron una emboscada al ejército en el páramo de Moras. Los enfrentamientos dejaron un saldo de, al menos, 11 muertos en la guerrilla y 17 muertos, 7 heridos y 1 secuestro, entre el ejército y la policía.

Coordinadora Nacional Guerrillera (1985-1987) junto al M-19, el ELN y el Ricardo Franco y más tarde, en la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (1987-1990) con todos los grupos, el ELN y las FARC incluidos. La participación en las coordinadoras suponía para el MAQL la oportunidad de fortalecer su posición en una doble dimensión militar y política. Desde el punto de vista militar, mantener alianzas con otras guerrillas les fortalecía frente a la creciente disputa territorial y el incipiente paramilitarismo. Mientras que en el ámbito político, les permitía ganar protagonismo y estatus en el nivel nacional así como mayor poder de negociación en un supuesto proceso de paz (Peñaranda, 2015: 259). En el caso concreto de las FARC, la incorporación a la CGSB supuso una oportunidad para el MAQL de entrar en contacto con los miembros del secretariado de las FARC y poder distender las tensiones que había con el Frente VI en el Cauca<sup>635</sup>. Durante la existencia de la CNG, el MAQL realizó campañas militares con otras insurgencias, particularmente con el M-19 con quien mantuvo una columna conjunta hasta 1987. Pero la CGSB fue más bien una ficción política. En ningún momento se consiguió realizar un acuerdo orgánico ni desarrollar una estrategia conjunta. Se llevaron a cabo cuatro cumbres (septiembre de 1987, abril de 1988, octubre de 1988 y junio de 1989) todas ellas en la Uribe, el campamento del secretariado de las FARC. La coordinadora sirvió como un espacio para el análisis y la discusión sobre la realidad colombiana, cuyo objetivo era clarificar los posicionamientos y unificar una propuesta frente al gobierno de solución política del conflicto. Sin embargo, los esfuerzos de unidad no sirvieron para alcanzar una verdadera alianza política. Cada insurgencia participaría por su lado en las negociaciones con el gobierno.

El MAQL continuó activo hasta su desmovilización en 1991, siguieron participando en acciones fuera del territorio con otras insurgencias y manteniendo combates con el ejército. No obstante, Peñaranda (2015: 269) considera que a partir de 1987 el Quintín disminuyó su actividad frente a los años anteriores y volvió a su carácter defensivo original, disminuyendo los enfrentamientos con las fuerzas del Estado y orientándose de nuevo al apoyo de las recuperaciones y la contención de la violencia, ahora frente a grupos paramilitares. Ante el aumento de la delincuencia común y la presencia de paramilitares, los quintines se dedicaron a realizar ajusticiamientos, limpieza de delincuentes y ataques a promotores del paramilitarismo<sup>636</sup>. Las recuperaciones de tierras en ese momento continuaban en la zona plana, por lo que los indígenas comenzaron a ser fuertemente golpeados por los paramilitares. En la madrugada del 27 de enero de 1990 un grupo de hombres del batallón Pichincha y supuestos miembros del grupo paramilitar "AVES", allanaron varias veredas de Caloto y se llevaron a golpes a "Gustavo" uno de los comandantes del Quintín. Su cuerpo apareció al mediodía asesinado con señales de tortura en

---

<sup>635</sup> Según Peñaranda (2015: 266) este diálogo directo tuvo su efecto, disminuyeron las tensiones y se superaron buena parte de las diferencias con los frentes de las FARC, para lo cual fue especialmente relevante el papel de Alfonso Cano.

<sup>636</sup> Luis Fernando Caicedo López, gerente del Fondo Ganadero del Departamento del Valle, es secuestrado el 8 de enero de 1990 en Los Chorros (Caloto). La Policía atribuye la autoría al Quintín aunque estos lo niegan.



una vía del municipio de Guachené<sup>637</sup>. Según Peñarada (2015: 273) comenzó a dislumbrarse dos aspectos: (1) la connivencia o alianza entre militares, paramilitares y hacendados, unidos para frenar al movimiento indígena y las recuperaciones de tierra, que durante décadas hará un uso indiscriminado del terror y seguirá dejando muertos entre las comunidades indígenas y (2) la limitaciones del Quintín Lame para enfrentar exitosamente el fenómeno de paramilitarismo.

## **7.5. Incorporación del movimiento indígena al sistema político nacional (1990 – 1999)**

La década de los noventa se caracterizó, en relación con el movimiento indígena, por la incorporación de éste en el sistema político nacional y el cambio de orientación de la lucha hacia una resistencia desarmada. Esta transformación comenzó entre finales de los ochenta y principios de los noventa, con el proceso de desmovilización del MAQL que estuvo a su vez enmarcado en el proceso de paz y el proceso constituyente.

### **7.5.1. Pérdida de apoyos y desmovilización del MAQL**

Recordemos que el rechazo a la violencia por parte de los cabildos asociados al CRIC se manifestó por primera vez de forma colectiva a inicios de 1985 (Acta de Andalucía y Declaración de Vintocó)<sup>638</sup>. Aunque sendos comunicados se dirigían explícitamente a las FARC, el rechazo también incluía la violencia que estaba desencadenando la presencia y accionar del MAQL. Ese posicionamiento dio lugar a una relación contradictoria entre el CRIC y el MAQL y una tensión entre los sectores que apoyaban a la guerrilla indígena y los que se oponían a ella. La pérdida de apoyos al MAQL fue aumentando a medida que el grupo cometía sucesivos errores y la lucha se deterioraba: las tomas a los poblados y las emboscadas a las fuerzas estatales generó inseguridad y elevados costos materiales y humanos; eventos como la masacre de Tacueyó, el asesinato de Monroy o el fracaso del Batallón América desmoralizaron a sus simpatizantes; la criminalidad por parte de guerrilleros comenzó a descontrolarse; y a todo esto se sumó, en la segunda mitad de los ochenta, el fenómeno emergente del paramilitarismo y el narcotráfico en el Cauca. Así es como, con el paso de los años, los cabildos y comunidades indígenas fueron tomando conciencia sobre el hecho de que la violencia que se vivía en los territorios

---

<sup>637</sup> El caso quedó impune pero el Tribunal Administrativo del Cauca alcanzó a condenar a la nación por la participación del ejército en este asesinato. Varios testimonios señalaron a Orlando Villa y otros administradores de haciendas como miembros del grupo paramilitar AVES y responsables del asesinato de Gustavo. El Quintín Lame intentó ajusticiarlo meses más tarde, el 4 de julio, en un asalto a la hacienda de las Lomas. En 1991, Villa fue uno de los paramilitares que participó en la masacre del Nilo (Caloto) donde fueron asesinados veinte indígenas, así lo reconoció en el proceso de 2009 ante el Tribunal de Justicia y Paz (Peñarada, 2015: 274-276).

<sup>638</sup> Fue antes para los cabildos asociados al Movimiento de Autoridades.

era un efecto de la lucha armada, pues ésta, lejos de disminuir, se estaba reproduciendo.

Como consecuencia, a finales de los ochenta ya eran visibles las voces de condena hacia todo tipo de violencia generada en el territorio, fuera cual fuera el actor. Archila (2010: 34 y 35) recogió los primeros números del periódico *Unidad Álvaro Ulcué* publicados entre 1986 y 1989, en los cuales se evidencia un cambio en la lectura de la violencia regional y en la orientación política por parte del CRIC. Los números tres y cuatro denunciaron los perjuicios que los sectores populares sufrían debido a la estigmatización de sus territorios como zonas peligrosas y subversivas. Y, en su lugar, proponían hablar del Cauca como una “zona de rehabilitación” cuyos problemas de precariedad social y económica tuvieran una mejor solución que la militarización (UAU, 3, noviembre 1986 y UAU, 4, abril 1987). En 1988, la posición de rechazo del CRIC hacia la vía armada apareció en la prensa indígena de forma clara: “creemos como organización que a esta violencia institucionalizada no se debe responder con violencia porque eso sería dejarnos provocar y actuar sin razonamiento” (UAU, 10, septiembre 1988). Una prueba del cambio de rumbo adoptado por los cabildos indígenas fue la reacción del movimiento tras el ataque-bomba que sufrió la sede del CRIC en Popayán, en septiembre de 1989. En este momento, los cabildos indígenas –que ya estaban en diálogos con el gobierno para iniciar el proceso de paz– apostaron por las acciones de protesta no-violentas, en lugar de las armas. El 13 de septiembre, 7.200 indígenas de 40 cabildos de todo el Cauca (Corinto, Santander de Quilichao, Caldono, Silvia, Piendamó, Popayán, Puracé y Totoró) marcharon hacia Silvia para protestar contra el atentado (Revista Colombia Hoy, 30 septiembre 1989). A la entrada de Silvia, los manifestantes se encontraron con una fuerte militarización por parte de la policía. Sin embargo, a pesar de los intentos de amedrentar y reprimir a la organización indígena, el CRIC mantuvo el diálogo político y decidió llegar a un acuerdo con la gobernación del departamento como un paso hacia “la búsqueda de canales idóneos de entendimiento por parte de las autoridades y los cabildos representados por el CRIC en la búsqueda de paz” (UAU, 14, septiembre 1989, 8).

Además del cansancio o la fatiga de las comunidades hacia la violencia generada por los actores armados, otras razones que empujaron a los cabildos y comunidades indígenas a apoyar la desmovilización fueron: (1) parte de los motivos por los cuales el grupo armado se conformó habían desaparecido, puesto que la mayoría de las tierras se habían recuperado<sup>639</sup>; (2) el Estado comenzó a negociar y reconocer las tierras, por lo que se le daba más crédito a la vía institucional y otras formas posibles de lucha desarmada; (3) el proceso constituyente se consideró una ventana de

---

<sup>639</sup> Cuestión abierta para otras investigaciones es reflexionar si la presencia del MAQL fue motivada realmente para defender las recuperaciones de tierra, sobretodo si tenemos en cuenta que la mayoría de acciones de recuperación se desarrollaron en los años setenta y la primera mitad de los ochenta, cuando los indígenas disponían de las autodefensas, mientras que la actividad principal del MAQL se desarrolló en la segunda mitad de los ochenta.

oportunidad. La confrontación contra las fuerzas armadas del Estado no solo había militarizado el territorio y generado pérdidas humanas, sino además alejaba la posibilidad de que los dirigentes indígenas representados en el CRIC pudieran establecer relaciones sólidas con las instituciones estatales y llegar a fructuosos acuerdos, frente a otras organizaciones como AISO que sí lo estaban consiguiendo. Además, la participación en el proceso de paz y la desmovilización del MAQL suponía una oportunidad única de participar en proceso nacional constituyente; y (4) la dirección política del MAQL estaba conformada mayoritariamente por no indígenas, lo cual generaba críticas internas por que se veía como una influencia de corrientes externas en la estructura organizativa jerárquica y los métodos revolucionarios de lucha que

Finalmente, la pérdida de apoyos por parte la mayoría de cabildos del CRIC empujó a los dirigentes del MAQL a aceptar el proceso de desmovilización. Este paso significó el abandono definitivo de la lucha armada y del método revolucionario por parte de los indígenas como forma de alcanzar los cambios sociales.

### **7.5.2. Proceso de paz y proceso constituyente**

La experiencia armada del movimiento indígena caucano dejó un balance ambiguo, por un lado, trajo la guerra al territorio y debilitó a las comunidades (ruptura del tejido social, división del CRIC, recelos, etc.) pero, por otro lado, se consiguió consolidar las recuperaciones de tierra y la entrada en el proceso constituyente, lo que supuso a su vez grandes avances en el reconocimiento de derechos. Las negociaciones entre el MAQL y el gobierno iniciaron formalmente en junio de 1990 a través de la consejería para la paz. Para que el MAQL diera este paso fue clave, como hemos dicho, que los cabildos indígenas representados por el CRIC empujaran al grupo armado hacia la desmovilización. Meses antes del inicio de las negociaciones, se celebró una reunión en Piniquitá con toda la dirigencia indígena del Cauca, en la cual se concluyó que participar en el proceso constituyente era de suma importancia para el movimiento y eso requería la desmovilización del Quintín Lame. Poco después de esta reunión, la guerrilla inició acercamientos con el gobierno y comenzó a negociar la propuesta de paz (Caballero, 2013).

El proceso de paz, no obstante, fu un proceso caracterizado por el parcial aislamiento de la sociedad civil. El gobierno era partidario de que en un proceso de paz la sociedad civil no debía participar directamente y esta fue la pauta que se siguió; ésta solo participó en la “ambientación del proceso” (Caballero, 2013: 159 y 162). Iniciativas civiles como “Caucanos por la paz” fueron relegadas al papel de acompañantes u observadores<sup>640</sup>. Y tampoco se contó con la participación del CRIC

---

<sup>640</sup> Caucaños por la paz fue una comisión de diálogo regional creado en septiembre de 1990 por varios sectores del Cauca para apoyar el avance del proceso del paz con el Quintín Lame. Lo conformaron el Monseñor Pedro Rubiano Sáenz –administrador de la Arquidiócesis de Popayán-,

y las comunidades indígenas, lo que Henry Caballero considera un error, puesto que la principal fortaleza que tenía el MAQL a la hora de negociar era precisamente la vinculación del grupo armado con la comunidad. No obstante, la vinculación con la comunidad fue mejorando hacia el final del proceso.

Durante el año 1990, los indígenas se manifestaron, junto a otras organizaciones (el AD-M19, la ANUC, etc.), contra el ejecutivo nacional para demandar una Asamblea Constituyente más democrática, amplia y soberana<sup>641</sup>. Por ejemplo, el 22 de agosto, 3.000 indígenas y campesinos del CRIC y la ANUC, realizaron varios mítines en Popayán reclamando que se les tuviera en cuenta para la conformación de la Asamblea Nacional Constituyente (El País, 23 agosto 1990, recogido en base de datos del CINEP). Finalmente, en las elecciones a la Asamblea Constituyente de 9 diciembre de 1990, el movimiento indígena nacional consiguió dos representantes, Francisco Rojas Birry (ONIC) y Lorenzo Muelas (AICO). A estos dos representantes, se les sumó meses más tarde el recién desmovilizado Alfonso Peña Chepe, como vocero permanente del MAQL. La participación de Peña se determinó en las reuniones que se celebraron con el gobierno durante febrero y marzo de 1991 en San Andrés de Pisimbalá y Mesa de Togoima (Tierradentro). En éstas se acordaron, además de la vocería en la Constituyente, la fijación de un término temporal para la negociación, el lugar para la instalación de un campamento, (previo a la dejación de las armas) y la fecha para el desarme. En marzo de 1991, se instaló el campamento del Quintín en Pueblo Nuevo (Caldono). Este paso contribuyó a mejorar la relación del MAQL con la comunidad y con las organizaciones sociales, puesto que les concedió un lugar permanente para relacionarse e impulsar varias iniciativas. Durante los tres meses que duró el campamento, elaboraron un plan de desarrollo de 3.000 millones de pesos para 14 municipios del Cauca con la participación de la comunidad, alcaldes y concejales de todas las zonas. De la zona norte, estuvieron presentes alcaldes y concejales de Santander, Corinto y Jambaló. Además, se organizó un evento de tres días sobre derecho humanos al cual asistieron representantes de todas las organizaciones indígenas (CRIT, OIA, ONIC, OREWA, CRIVA) y otras organizaciones populares (ANUC, Colectivo de Abogados, Comisión andina de juristas, Centro de cooperación al indígena CECOIN), así como varios constituyentes indígenas y no indígenas. Por último, el CRIC se vinculó también al proceso y convocó una Junta directiva en Pueblo Nuevo, elaboró un documento sobre su posicionamiento respecto al proceso de paz y definió su propuesta en los planes de desarrollo. De esta forma, el proceso pasó de no cumplir las expectativas del movimiento indígena a constituirse como su gran esperanza. A través del Quintín

---

Luis Fernando Velasco Chávez – secretario del gobierno departamento-, Jorge Muñoz Fernández – personero municipal-, Marcos Avirama – representante del CRIC-, Gerardo Tenorio –vocero del Quintín Lame- y delegados y voceros de los partidos tradicionales, estudiantes universitarios, organizaciones populares y gremios económicos.

<sup>641</sup> La participación del movimiento indígena en la Constituyente no siempre estuvo clara. Se negaban a participar porque esta no contemplaba a los sectores populares y tenía un temario restringido, pero cambiaron de idea cuando se ganaron dos candidatos en las elecciones y la Corte determinó que no habría restricciones a los temas.

se consiguió que el gobierno aceptara el plan de desarrollo y la inversión en las obras priorizadas, pero lo que es más importante, las comunidades indígenas asociadas al CRIC pudieron ser representadas en la Asamblea Constituyente.

Finalmente, el 31 de mayo de 1990 se celebró la dejación de las armas en Pueblo Nuevo. Se desmovilizaron 157 integrantes del MAQL. Parte de los excombatientes siguieron luchando por las aspiraciones del movimiento indígena desde las estructuras del gobierno propio. Varios de sus dirigentes alcanzaron puestos en las organizaciones locales y regionales e incluso fueron candidatos a cargos de elección popular a través del partido creado en 1991 Alianza Social Indígena (ASI). Según Henry Caballero, en un principio, el Quintín no tuvo aspiración de convertirse en un movimiento político –como sí hicieron otros grupos armados como el EPL y su organización Esperanza, Paz y Libertad– pero era inevitable que muchos excombatientes quisieran seguir persiguiendo sus ideales políticos por la vía democrática. Para facilitar la promoción de su política por esta vía, el MAQL acordó con el gobierno la conformación de la Fundación Sol y Tierra, como organización para la representación de los excombatientes, y la financiación para aparecer periódicamente en un diario de circulación regional, otro de nivel nacional y en un programa televisivo institucional. Sin embargo, la reinserción de los excombatientes del Quintín Lame no fue bien planificada (Caballero, 2013). El grupo, que tenía limitado el tiempo de negociación al inicio de la constituyente, no pudo acordar las condiciones de reinserción. Por eso, el proceso de reincorporación de los quintines no fue sencillo, tuvieron problemas de adaptación, de supervivencia y de falta de garantías y no faltaron quienes, en vez de reintegrarse a la comunidad, pasaron a hacer parte de las filas de otros grupos guerrilleros, como las FARC o incluso de grupos criminales o paramilitares (diario de campo, 8 de febrero de 2016)<sup>642</sup>.

Como resultado del proceso constituyente se promulgó la Constitución de 1.991, la cual supuso un avance significativo para las comunidades étnicas, indígenas, afrocolombianas, raizales (procedentes de San Andrés y Providencia) y room o gitana, en tanto en cuanto se reconoció por primera vez la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana y su derecho a la pervivencia como pueblos diferenciados. De este reconocimiento deriva el tratamiento diferencial o discriminación positiva que reciben las minorías étnicas, sin que ello implique el desconocimiento de derechos para el resto de población colombiana y la elaboración de las políticas públicas de acuerdo a sus particularidades culturales e históricas. El movimiento indígena hizo una lectura positiva del resultado obtenido en la constituyente<sup>643</sup> y los especialistas en la materia avalaron esta Constitución como

---

<sup>642</sup> Escuché comentarios sobre esta cuestión durante mi trabajo de campo en Cali en el año 2016. En concreto, en una conversación sostenida con el hijo de un excombatiente del MAQL que, tras la desmovilización de este grupo se incorporó a las filas de las FARC. Y durante un taller de formulación de los planes de desarrollo de Toribío y Jambaló, donde comuneros y gestores de los municipios reflexionaban sobre cómo afrontar el proceso de Desarme, Desmovilización y Reintegración de las FARC.

<sup>643</sup> Así lo proclamó la ONIC en su periódico: “¡Cumplimos!” (UI, 100, octubre 1991)

una de las más avanzadas del continente en lo que se refiere a la regulación de la diversidad cultural. Entre los avances obtenidos por los pueblos indígenas con la Constitución, podemos señalar, al menos, cuatro. Primero, en el plano cultural, consiguieron el reconocimiento de su educación propia, de la oficialidad de su lengua dentro del territorio indígena y del patrimonio cultural. Segundo, en la dimensión política, avanzaron en la autonomía con el reconocimiento del resguardo como una entidad territorial especial con jurisdicción y autoridad propia. Tercero, en su relación con el Estado, garantizaron la representación mínima en el Congreso de la República con dos Senadores indígenas y la creación de una circunscripción especial para el Senado y la Cámara. Así mismo, obtuvieron el derecho a participar de los ingresos corrientes de la nación y se crearon mecanismos de participación como la acción de tutela. En cuarto y último lugar, a todos estos derechos les fue concedida la más alta protección, la que emana de la Carta Magna y se incorporan en el bloque de constitucionalidad los convenios internacionales de derechos humanos ratificados por Colombia<sup>644</sup>.

### 7.5.3. Institucionalización y cambios en el repertorio de acción

Durante el proceso constituyente, el movimiento indígena mostró un cambio de orientación favorable al diálogo y la concertación con las instituciones como forma de resolver la violencia regional. Para Mauricio Archila (2010: 32-35) ese cambio de actitud, de la confrontación a la concertación, comenzó a evidenciarse ya en los años ochenta, como muestra: el primer encuentro de autoridad a autoridad, entre el Movimiento de Autoridades y Belisario Betancur, en el resguardo de Guambía en 1982; el acuerdo sobre tierras entre el CRIC y Fedegán en 1984; y las declaraciones de la ONIC en 1986 sobre su intención de cooperar y dialogar con Virgilio Barco<sup>645</sup>. Aunque, reconoce, que en aquella época las incipientes acciones institucionales se mezclaban con las vías de hecho y con la autodefensa armada. El giro del movimiento indígena hacia una política de concertación con el gobierno se consolidó durante los años noventa. Se constató “un cambio en el repertorio de la acción indígena hacia el pragmatismo político y una nueva forma de relación con el Estado” (Archila, 2010: 42). El cambio de orientación de los indígenas hacia las instituciones y la interlocución con el Estado, se corresponde con el proceso de certificación o reconocimiento institucional de las organizaciones indígenas como interlocutores

---

<sup>644</sup> En particular el Convenio 169 de la OIT de 1989, que fue ratificado por Colombia por la ley 21 de 1991.

<sup>645</sup> Aunque de estas tres evidencias solo una se refiere concretamente al CRIC, que era la organización indígena que estaba vinculada al MAQL. El Movimiento de Autoridades del suroccidente que, como vimos, creó su propia organización (AISO) por desacuerdos con el CRIC, fueron pioneros en la búsqueda de concertación e interlocución con las instituciones del Estado, mientras que al CRIC le costaría algunos años más iniciar esta interlocución. En el encuentro de 1982, el CRIC acudió como invitado de AISO pero se declaró escéptico frente a las promesas de Belisario Betancur en base a la larga experiencia de ofrecimientos incumplidos por parte del gobierno. El CRIC no esperaba que el Estado solucionara los problemas de los indígenas por lo que solo creía en la lucha (UI, 54, febrero 1982, 2; UI, 61, febrero 1983, 2-3 citado en Archila 2010: 32).

legítimos. En los ochenta, ya Belisario Betancur reconoció la legitimidad de las autoridades indígenas<sup>646</sup>, pero no fue hasta las reformas políticas de los noventa cuando estas fueron formalmente reconocidas por el marco constitucional. Los indígenas confiaron que sus aspiraciones se cumplirían con el nuevo marco político ofrecido por la Constitución de 1991. Por eso, desde los noventa, el movimiento indígena priorizó la acción política a través de los canales tradicionales de participación política: formación de partidos, presentación de candidatos, demandas jurídicas, planes de desarrollo municipal, etcétera. A partir de 1991 las comunidades indígenas comenzaron a participar en las elecciones a través de las organizaciones ASI, AICO y MIC<sup>647</sup>. Más adelante, la Corte Constitucional reafirmó la legitimidad de las organizaciones y autoridades indígenas. En la sentencia T-866 de 2013 señaló que los dirigentes indígenas gozan de legitimidad para defender a las comunidades y solicitar protección de sus derechos fundamentales y en el Auto 004 declaró únicamente a la nación nasa como sujeto colectivo y a las autoridades y asociaciones de autoridades, reconocidas por las comunidades, los únicos legítimos para exigir sus derechos colectivos<sup>648</sup>.

Este cambio de posición no fue fácil, pues el movimiento indígena llevaba casi veinte años rechazando toda participación en la política institucional y confrontándose con los partidos políticos tradicionales y ahora se trataba de formar parte en la misma esfera que ayer era criticada (Bonilla, 1995: 340, citado en Laurent, 2005: 124; Laurent 2007: 125). Aún en la actualidad, los indígenas guardan recelos hacia la política nacional, a la cual califican despectivamente como “politiquería”. Para marcar diferencias prefieren autodenominarse como “movimientos” o “alianzas” en lugar de “partidos” (Laurent, 2007: 117). Pero no puede negarse que el movimiento sufrió transformaciones internas producto de la incorporación en el sistema político nacional tales como la formalización y burocratización de las estructuras organizativas, el interés en concertar con el gobierno, el énfasis en el reconocimiento y cumplimiento de los derechos, etcétera, y que estos cambios, además, amenazan con desvirtuar el carácter comunitario, autonomista y emancipador del movimiento indígena.

Una de las principales transformaciones de esta década para el movimiento indígena caucano fue el acceso al poder municipal. En 1994, la ASI tuvo un gran resultado

---

<sup>646</sup> En el encuentro con AISO en 1982, el Presidente de la República, Belisario Betancourt, reconoció “los derechos de las minorías étnicas del país, que se puede sintetizar en aceptarlos como interlocutores válidos, capaces y responsables de su propio destino”, legitimó “a los cabildos como autoridades tradicionales indígenas” y recomendó “que las políticas del estado se orienten en apoyo a los aspectos que atañan a cada una de las comunidades, para mejorar su desarrollo propio dentro del marco de sus costumbres y cultura” (Plan de vida Misak, 2008).

<sup>647</sup> En las primeras elecciones de 1991, obtuvieron tres representantes para el Senado: Gabriel Muyuy (ONIC) Floro Alberto Tunubalá (AICO) y Anatolio Quirá (ASI).

<sup>648</sup> Derechos colectivos reconocidos a la nación nasa: derecho a la pervivencia étnica y cultural (que corresponde al derecho a la vida), libre determinación o autonomía política (que corresponde al derecho a la libertad), territorio y bienestar (wet wet fizenxi).

electoral en el departamento, consiguiendo siete alcaldías, ochenta y cuatro concejales y dos diputados a la asamblea departamental (Laurent: 2005: 191-195). En el norte del Cauca, el primer alcalde indígena fue Marden Betancur (Jambaló) en 1994, seguido de Ricardo Gembuel (Jambaló) y Ezequiel Vitonás (Toribío), en 1997. El acceso al poder municipal tuvo ventajas en el fortalecimiento económico y político de estas zonas tradicionales indígenas (de mayoría poblacional indígena) pues gracias a esto se pudieron impulsar los “planes de vida”<sup>649</sup> de las comunidades. Si bien, se manifestaron también problemas a la hora de conciliar las lógicas de funcionamiento del estado, a las cuales se deben las alcaldías, y las lógicas de funcionamiento de las comunidades indígenas, a las cuáles se deben los cabildos indígenas (Laurent, 2005: 363).

Otro elemento importante de este giro hacia la institucionalidad fue el acceso a los recursos del estado, regulado por la ley 60 de 1993<sup>650</sup>. La disponibilidad de recursos supuso el fortalecimiento económico para las comunidades y puede explicar, en parte, su mayor fortaleza política en comparación con los otros sectores rurales –campesinos y afrodescendientes– carentes de este privilegio. Pero, en su contra, las transferencias transformaron las relaciones entre las comunidades, las organizaciones y los líderes y generaron desequilibrios internos. Como señala Laurent (2007: 123-124) la disponibilidad de dinero introdujo en las estructuras organizativas la lógica lucrativa, es decir, la posibilidad de ganar dinero haciendo política. Aparecieron así la competencia interna por la representación, las clientelas y la corrupción. Es decir, la integración en la política nacional a través de las redes de poder local, supuso también la incorporación en las prácticas tradicionales de ejercer el poder en Colombia. En un sentido parecido, Laurent (2007: 124-127) también señala como la entrada en la política nacional provocó la aparición de una nueva élite política, alejada y desvinculada de la comunidad. No obstante, en el caso del Cauca, la fortaleza de las organizaciones y comunidades hizo que la creciente proyección electoral de sus líderes a nivel nacional no desvirtuara el vínculo con las bases (Laurent, 2007: 128). Y a su vez, el protagonismo de las organizaciones del Cauca –en particular la del norte del Cauca– en el movimiento indígena nacional evitó la deriva gobiernista de la dirigencia indígena nacional (Houghton, 2015: 105).

Por otro lado, los cambios en la década de los noventa también afectaron al repertorio de lucha. Tras la desmovilización del MAQL desaparecieron las acciones

---

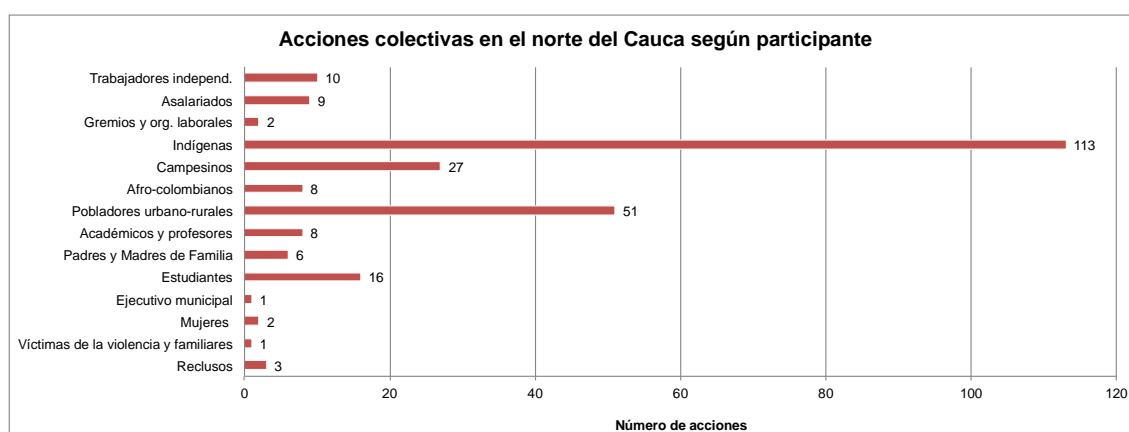
<sup>649</sup> Los planes de vida son los programas del gobierno propio de las comunidades indígenas, cuya finalidad es garantizar la pervivencia como pueblos autónomos y contribuir al mejoramiento de las condiciones de vida de los comuneros. Contienen medidas políticas, económicas y culturales. Existen planes de vida en todos los niveles de gobierno, por cabildo (ej. Jambaló), por zona (ej. ACIN) y a nivel regional (CRIC).

<sup>650</sup> La Constitución de 1991 reguló la participación de los municipios en los recursos de la nación. Al equipararse los resguardos indígenas a los municipios, se dio a la población indígena que habitaba en ellos la posibilidad de recibir transferencias del Estado. No obstante, el dinero no era recibido directamente por las autoridades indígenas sino que requería un acuerdo entre estas y el representante del municipio o departamento del cual depende el resguardo. Los indígenas debían presentar los proyectos y el alcalde o gobernador aprobar su ejecución.



violentas o armadas y, desde entonces, los indígenas no han vuelto a recurrir a esta modalidad de violencia coordinada<sup>651</sup>. Lo que el movimiento no perdió respecto al período anterior fueron “sus formas de presión extrainstitucionales” (Archila, 2010: 42). Descartar la vía armada y apostar por la interlocución con el Estado no implicó que los indígenas confiaran de pleno en el diálogo con el gobierno. Al contrario, a finales de los ochenta, el CRIC defendía que su único método posible de denuncia ante los problemas era acudir a la movilización de masas y el bloqueo de vías (UAU, 4, abril 1987; UAU, 6, diciembre 1987; UAU, 7, marzo 1988). Por eso, el progresivo acercamiento a la institucionalidad no impidió que los indígenas siguieran recurriendo a las acciones de protesta. De hecho, en la zona norte del Cauca, los indígenas han sido los actores sociales más movilizados. Según los datos extraídos de la base de datos del CINEP, entre 1975 y 2015 hubo en el norte del Cauca un total de 222 acciones colectivas, de las cuales, 113 acciones tuvieron participación de los indígenas<sup>652</sup>.

**Gráfica 12: Actores participantes en acciones colectivas del norte del Cauca entre 1975 y 2015**



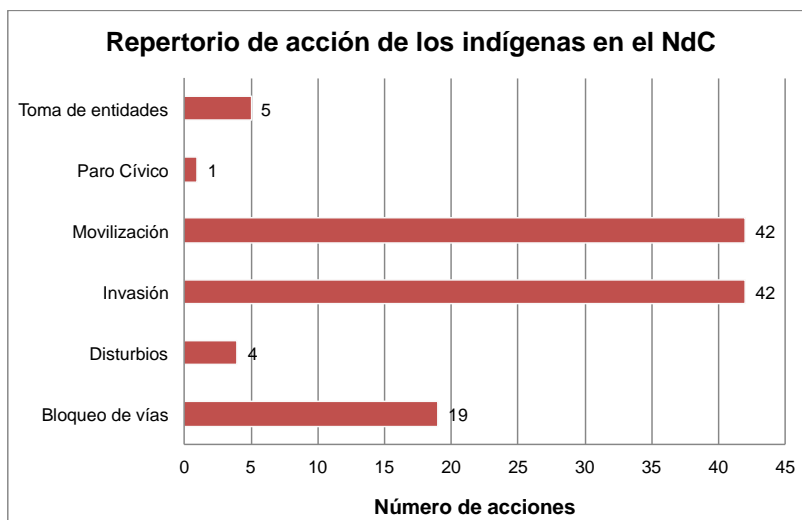
Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

<sup>651</sup> Sin considerar dentro de esta las formas de violencia reducida y esporádica, tales como los “ataques dispersos” y las “negociaciones rotas” o el caso de los comuneros indígenas que han utilizado la vía armada bajo el paraguas de otros grupos.

<sup>652</sup> Hemos contabilizado las acciones que involucraron, al menos, a un municipio de la zona norte del Cauca. Si bien, pudieron haber involucrado municipios de otros lugares. En función de esto, podemos diferenciar cuatro ámbitos de acción: local o municipal, departamental, regional y nacional. De las 113 acciones acciones en el NdC con participación indígena, 71 fueron acciones de ámbito local o municipal, es decir, que ocurrieron únicamente dentro de un municipio del norte; 33 fueron acciones de ámbito departamental, que involucraron a más de un municipio del norte o de otros municipios del departamento; 6 fueron de ámbito regional, lo que significa que, además de involucrar algún municipio del norte del Cauca, también afectaron a municipios de departamentos vecinos (p.ej. Nariño, Valle del Cauca, etc.); y, por último, hubieron 3 acciones de ámbito nacional, que involucraron municipios del norte así como municipios de otros departamentos de Colombia. En algunos casos, las acciones de ámbito departamental, regional o nacional fueron movilizaciones itinerantes, en las cuales, la zona norte fue un lugar de paso, de salida o de llegada para los manifestantes. En otros, las acciones ocurrieron únicamente en uno o varios municipios de la zona norte pero hubo actores de otras zonas y/o departamentos que acudieron a estos municipios para manifestarse, adquiriendo una dimensión supramunicipal.

En relación al repertorio de lucha utilizado por los indígenas del norte del Cauca entre 1975 y 2015, la base de datos del CINEP muestra que estuvo compuesto por seis modalidades de acción colectiva, de las cuales, las más utilizadas fueron las invasiones de tierras (42 acciones) y las movilizaciones (42 acciones), seguidas de los bloqueos de vías (19 acciones). La toma de entidades (5 acciones), los disturbios (4 acciones) y los paros cívicos (1 acción) fueron las acciones menos empleadas en esta zona<sup>653</sup>.

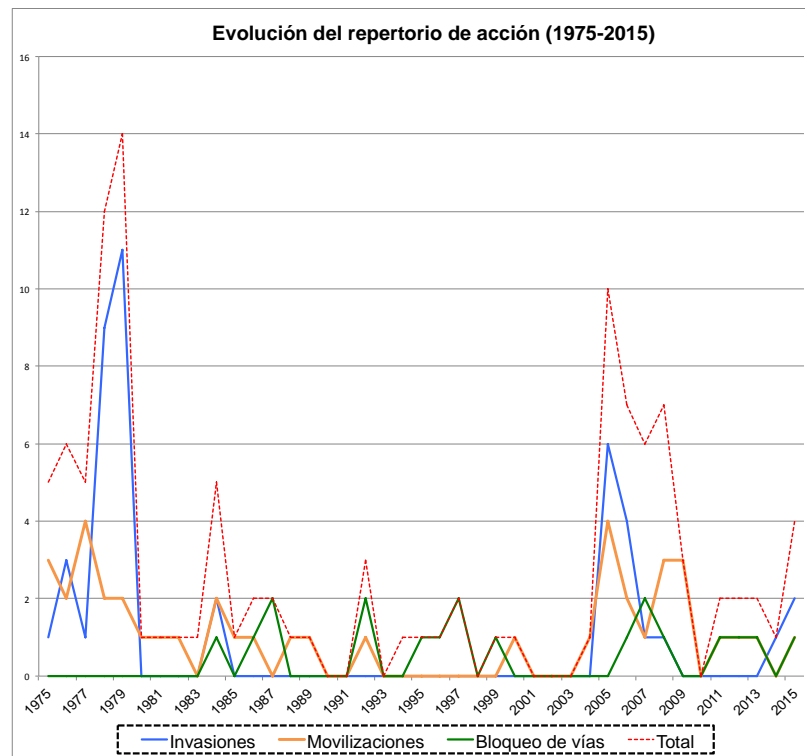
**Gráfica 13: Modalidades de acción**



**Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP**

No obstante, al analizar el repertorio de acción a lo largo del tiempo, se observa que desde finales de los ochenta hasta principios del dos mil, hubo un descenso en el número de acciones. En concreto, los años con niveles más bajos de acción fueron el año 1991, coincidiendo con el proceso constituyente y la desmovilización del MAQL y los años 2002-2003, coincidiendo con la arremetida del paramilitarismo, que más tarde abordaremos. Este descenso afectó de manera diferente a las modalidades de lucha. Mientras que las invasiones de tierras desaparecieron por completo del norte de Cauca entre 1985 y 2005, el resto de modalidades descendieron (excepto el bloqueo de vías que comenzó a ser usado en esta época) pero siguieron usándose.

<sup>653</sup> Un estudio comparativo de los repertorios empleados por los indígenas a nivel municipal, regional y nacional muestra que las preferencias en las modalidades de lucha difieren según el ámbito de acción, por ejemplo, la invasión de tierras es más empleada en ámbitos municipales, las marchas o movilizaciones son frecuentes en todos los ámbitos, pero más prominentes en el ámbito regional/nacional y el paro cívico no es recurrente a nivel municipal pero sí en ámbitos nacionales, donde los indígenas confluyen con otros sectores.

**Gráfica 14: Evolución del repertorio de acción empleado por los indígenas en el norte del Cauca entre 1975 y 2015**

Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

Respecto a las marchas o movilizaciones realizadas en los años noventa por los indígenas del norte del Cauca, hemos identificado tres tipos: (a) las marchas en denuncia o rechazo a la violencia como, por ejemplo, la marcha funeraria realizada el 18 de diciembre de 1991, dos días después de la masacre del Nilo, en memoria de las víctimas, a la cual acudieron cinco mil personas, la mayoría indígenas –misak, coconucos y nasas– y un grupo de mestizos<sup>654</sup>; (b) las marchas simbólicas de protesta, entre las que destacaron las movilizaciones que los indígenas convocaron, desde 1992, el día 12 de octubre de cada año, como forma de protesta contra la conmemoración del “descubrimiento” de América<sup>655</sup>; y (c) las marchas como forma de presión al gobierno. Las negociaciones entre el gobierno y los indígenas han resultado siempre tediosas, lentas, e incluso, ineficaces porque el estado habitualmente ha obstaculizado los procesos o no ha cumplido los compromisos pactados. Por eso, las organizaciones indígenas han intercalado la interlocución con el gobierno con las marchas y los bloqueos de vías para presionar al gobierno. Las movilizaciones se convirtieron en un método necesario y complementario a la concertación con el gobierno, una dinámica circular donde los indígenas se movilizan para sentar al gobierno a la mesa de negociaciones, consiguen firmar un

<sup>654</sup> Revista Colombia Hoy, de 1 febrero 1992, recogido en base de datos del CINEP.

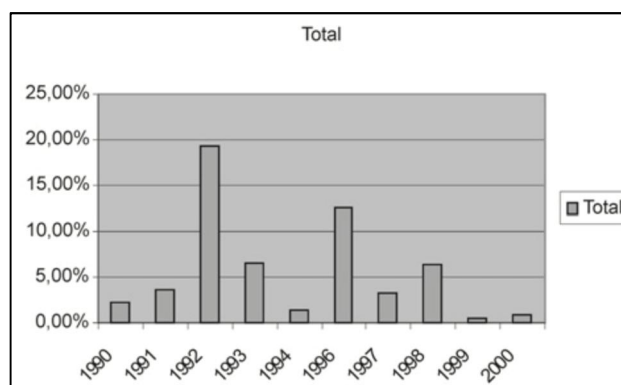
<sup>655</sup> En 1992 se cumplieron 500 años desde la llegada de los conquistadores. Los indígenas prepararon para esta fecha la “Campaña de Autodescubrimiento”.

acuerdo y finalmente este es incumplido total o parcialmente y vuelta a la movilización (Vasco, 2008: 382-383)<sup>656</sup>.

#### 7.5.4. Construcción del gobierno y la nación indígena

El desuso de las acciones de recuperación de tierras, probablemente se debió a que las aspiraciones territoriales cambiaron. Aunque su motivación principal siguió siendo la lucha por la tierra (Archila, 2010), ya no se trataba tanto de recuperar las tierras como de formalizar la propiedad. La fase de recuperaciones de tierra se había completado con éxito, por tanto, la necesidad en ese momento era avanzar en su legalización.

**Gráfica 15: Asignación de tierra a indígenas en el Departamento del Cauca**



Fuente: Rincón (2009: 71)

La Constitución de 1991 había reconocido los resguardos indígenas como entidades territoriales y algunos años más tarde se realizaron los desarrollos legislativos y reglamentarios para la dotación y titulación de los resguardos<sup>657</sup>. Comenzó entonces la batalla jurídico-administrativa por conseguir titular los predios, constituir, sanear y ampliar los resguardos. La constitución de resguardos no era una simple acción de ordenamiento territorial, sino que hacía parte de un conjunto de derechos reconocidos en la Constitución (lengua, educación, cultura, autoridad, etc.) para garantizar la autodeterminación de los pueblos. Este ejercicio estuvo además orientado por el pensamiento telúrico de los indígenas, según el cuál, la tierra no es un bien intercambiable, sino que a través de ella se construye el territorio y la identidad como pueblo (Rappaport, 2004: 173-186).

<sup>656</sup> Por eso, podemos ver en la agenda de las movilizaciones que el incumplimiento de acuerdos es un de los temas más reiterativos. Algunas de estas reivindicaciones se han convertido en reivindicaciones "históricas": dotación de tierras prometidas, reparación a las víctimas de la masacre del Nilo, cumplimiento del Acuerdo de la María, cumplimiento del Acuerdo de Novirao, etc.

<sup>657</sup> En particular, la ley 160 de 1994 –la nueva ley de Reforma Agraria– que desarrolló el artículo 64 de la Constitución. El capítulo XIV versa sobre comunidades indígenas. Otorga competencias y funciones al Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (INCORA), para comprar tierras y mejoras y para constituir, reestructurar, ampliar y sanear los resguardos indígenas. Así mismo, para realizar los estudios de clarificación de la propiedad y de validez de los títulos coloniales.

Por tanto, durante los noventa, el movimiento indígena se ocupó de llevar a la práctica los derechos reconocidos y dedicarse a construir el gobierno y la nación indígena. Por ejemplo, para poder percibir los recursos económicos de la nación los indígenas necesitaban delimitar mejor el territorio, la población y las estructuras de gobierno. Así que los indígenas se enfocaron en esta época en un tipo de acciones que podemos denominar “constructivas”, dedicadas a llenar de contenido el gobierno propio, como forma de ir avanzando en la autonomía. Esto se tradujo en la creación de los planes de vida (salud, sanidad, medioambiente, economía, etc.) y la reorganización de las estructuras de gobierno<sup>658</sup>. Parte de esta reorganización fue la creación de organizaciones zonales dentro del CRIC, que agruparan a los cabildos indígenas de cada zona del Cauca. El 2 de octubre de 1994, el Estado reconoció a la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN) como una entidad de carácter especial creada para la coordinación, gestión y defensa de los derechos e intereses de las comunidades indígenas nasa que habitan los territorios del norte del Cauca (ACIN, 2010). La ACIN surgió, además, para aprovechar la oportunidad que se había abierto de tener más reconocimiento y acceso a recursos, en un espacio de nuevos derechos (Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015). En los años posteriores, se fueron reconociendo legalmente los diferentes resguardos y cabildos del norte del Cauca como, por ejemplo, el resguardo de Guadalito (1994), el cabildo de Toribío (1995), el resguardo de Concepción (1996), el cabildo de Huellas Caloto (1997). Cada resguardo cuenta con su respectivo cabildo, reconocidos como entidades públicas de carácter especial, con personería jurídica, patrimonio propio y autonomía administrativa. Así mismo, las autoridades indígenas avanzaron también en el reconocimiento institucional del CRIC y la declararon Autoridad Tradicional Indígena, exigiendo al Estado colombiano su registro para facilitar las relaciones con las instituciones gubernamentales, lo cual se hizo mediante la resolución 025 emitida por el ministerio del interior el 6 de junio de 1999 (CRIC, 2014). Una vez alcanzado el reconocimiento de las organizaciones y cabildos indígenas que conforman el gobierno propio, las luchas se han orientado a conseguir: el cumplimiento de los derechos fundamentales reconocidos (por ejemplo, el respeto de la jurisdicción especial indígena), la constitución o ampliación de resguardos (muchos cabildos no tienen todavía resguardo legalizado), el aumento de competencias para la autonomía de los gobiernos indígenas (educación, salud, jurisdicción, etc.). En la actualidad, las comunidades indígenas vinculadas a la ACIN tienen constituidos 16 resguardos y 22 cabildos indígenas en ocho municipios del norte del Cauca.

**Tabla 5: Resguardos y cabildos indígenas del norte del Cauca (ACIN)**

Municipio	Resguardo	Cabildo y Plan de Vida	
-----------	-----------	------------------------	--

<sup>658</sup> Ya se habían iniciado acciones en esta dirección anteriormente. Por ejemplo: la construcción de censos indígena es algo que comenzó a desarrollarse en 1972; la recuperación de cabildos; el Plan de vida de Toribío “Proyecto Nasa” fue promovido por el Padre Ulcué a inicios de los ochenta, etc. Pero es ahora cuando se da el impulso definitivo, con el reconocimiento institucional y la posibilidad de recibir recursos económicos de la nación.

			Censo indígena
<b>Toribio</b> <sup>659</sup>	Resguardo de Tacueyó	Cabildo Tacueyó Plan de Vida Nasa (1980)	14.085
	Resguardo de Toribio	Cabildo Toribío Plan de Vida Nasa (1980)	9.407
	Resguardo de San Francisco	Cabildo San Francisco Plan de Vida Nasa (1980)	7.822
<b>Jambaló</b>	Resguardo de Jambaló	Cabildo Jambaló Plan de Vida Global (1987)	15.936
<b>Corinto</b>	Resguardo de Corinto	Cabildo Páez Corinto	10.344
	Resguardo de López Adentro	Plan de Vida Cxacxa Wala (1991)	13.076
<b>Caloto</b>	Resguardo de Tóez (reasantamiento víctimas de la avalancha del río páez de 1994)	Cabildo Tóez	726
	Resguardo de Huellas-Caloto	Cabildo Huellas-Caloto Plan de Vida integral (1990)	8.473
<b>Miranda</b>	Resguardo de Miranda (La Cilia/La Calera)	Cabildo Miranda Plan de Vida Unidad Paez (1990)	5.170
<b>Santander de Quilichao</b>	Resguardo de Nasa Kiwe The Kshw	Cabildo Urbano Nasa Kiwe The Kshw	3.619
	Resguardo Munchique los Tigres	Cabildo Munchique los Tigres Plan de Vida Yu'Lucx (1991)	3.662
	Resguardo Canoas	Cabildo Canoas Plan de Vida Yu'Lucx (1991)	6.977
	Resguardo Guadalito	Cabildo Guadalito Plan de vida Sat Fixni Kiwe (2001)	1.460
	Resguardo Concepción	Cabildo Concepción Plan de vida Sat Fixni Kiwe (2001)	2.143
<b>Buenos Aires</b>	Resguardo Las Delicias	Cabildo Las Delicias Plan de vida Sat Fixni Kiwe (2001)	1.970
	Sin resguardo (en proceso) <sup>660</sup>	Cabildo La Paila-Naya	980
	Sin resguardo (en proceso)	Cabildo Pueblo Nuevo Ceral Plan de vida Sat Fixni Kiwe (2001)	678
<b>Suárez</b>	Sin resguardo (en proceso)	Cabildo Cerro Tijeras Plan de vida Sat Fixni Kiwe (2001)	2.822
<b>TOTAL</b>	16 resguardos constituidos	22 cabildos	109.420

Fuente: elaboración propia a partir de la información recogida por Marcela Amador Ospina (2014: 116)<sup>661</sup> y detalles incorporados del trabajo de campo.

<sup>659</sup> Sobre este territorio se reclama el resguardo colonial de Toribio. El área de los resguardos indígenas coincide completamente con el término municipal. Junto a Jambaló, es el poblamiento indígena más antiguo del norte del Cauca y tiene todavía hoy una composición mayoritariamente indígena. Desde los años 90, el Alcalde elegido ha pertenecido a la organización política indígena. Además de compartir Alcalde, los tres resguardos comparten dinámicas sociales, culturales, políticas y económicas y están articulados entre sí en el Plan de Vida Nasa. Puede decirse que, en la actualidad, Toribío es el pulmón político de los indígenas articulados en la ACIN.

<sup>660</sup> Los cabildos sin resguardo constituido pueden estar en proceso de constitución o priorizados en las mesas de concertación.

Respecto al componente étnico del movimiento, el reconocimiento institucional de las organizaciones indígenas consolidó el proceso de reindigenización que habían iniciado en los años setenta. Un primer paso en este proceso de identificación fue cuando los consejos regionales y locales se agruparon en la ONIC (1982)<sup>662</sup>, pero fueron los cambios institucionales de los noventa los que afianzaron la identificación étnica. En esta época los derechos humanos y las demandas culturales de identidad adquirieron más visibilidad (Archila, 2010: 42). En concreto, el reconocimiento de las diferencias étnicas en la Constitución de 1991 promovió el proceso de afirmación étnica y acrecentó las diferencias étnicas o culturales entre grupos sociales<sup>663</sup>.

De los últimos apartados se diluce que, a partir de los noventa, el movimiento indígena ha vivido una situación de permanente tensión, e incluso hibridación, entre las lógicas institucionales y autonomistas. Por un lado, los indígenas caucanos han reclamado autonomía para gobernarse a sí mismos y dirigir su propio destino, lo cual es más que la simple autodeterminación como pueblo diferenciado. La autonomía en este sentido significa la posibilidad de construir un espacio propio, emancipado y alternativo a la sociedad dominante. Por otro lado, no han pretendido la ruptura o independencia respecto al Estado colombiano, sino, al contrario, han exigido la integración a través del reconocimiento de derechos. Esta dualidad para Vasco (2008: 382) significa que su lucha no es de liberación, sino de resistencia, mientras que para Houghton (2015) los indígenas han sido un referente en Colombia en la construcción del poder popular, por fuera del Estado. A pesar de haber mantenido una cierta dependencia del Estado, los indígenas también han construido espacios de autonomía, con o sin la aceptación del Estado. Por tanto, podemos concluir que la relación de los indígenas con el gobierno ha oscilado entre la afinidad y el antagonismo, la dependencia y la autonomía (Archila, 2003: 405).

## 7.6. Resistencia indígena no-violenta frente a los actores armados (2000-2012)

Este período estuvo caracterizado por la amenaza a la supervivencia física y cultural del pueblo indígena nasa que habita en el norte del Cauca, debido a la inclusión de

---

<sup>661</sup> Las fuentes utilizadas por Amador (2014) son: censos de resguardos, comunidades y asentamientos elaborados por los cabildos nasa (2012), Planes de Desarrollo Municipal, DANE (2011), Incoder (2011), IGAC (2012), Equipo Nacional Plan de Salvaguarda Nasa (2013).

<sup>662</sup> **En noviembre de 1982, el Presidente de la República, Belisario Betancourt, en una asamblea de las Autoridades Indígenas del Suroccidente, reconoció “los derechos de las minorías étnicas del país, que se puede sintetizar en aceptarlos como interlocutores válidos, capaces y responsables de su propio destino, legitima a los cabildos como autoridades tradicionales indígenas y que las políticas del estado se orienten en apoyo a los aspectos que atañan a cada una de las comunidades, para mejorar su desarrollo propio dentro del marco de sus costumbres y cultura” (Plan de vida Misak, 2008).**

<sup>663</sup> Este promoción étnica de la Constitución ha generado conflictos en contextos donde los grupos étnicos no son una minoría discriminada, como es el caso de algunos municipios del Cauca donde los grupos étnicos son mayoría o parte equitativa y conviven con grupos no étnicos que están igualmente en situación de exclusión.

los territorios indígenas en la guerra, la consolidación en estas zonas de la guerrilla, la intensificación de los cultivos de uso ilícito en la región, la arremetida del paramilitarismo y la política de seguridad democrática. En respuesta a estas amenazas, aumentaron también en este período las acciones de resistencia y la movilización por la paz por parte de los indígenas.

### 7.6.1. Escalamiento de la violencia en el norte del Cauca

Villa y Houghton (2005) analizaron cómo habían sido afectados los pueblos indígenas por la violencia política en Colombia durante el período de 1974 a 2004<sup>664</sup>. Dentro de los pueblos indígenas, el nasa fue el más afectado, en particular, las comunidades que habitan en el departamento del Cauca. En este período, se registraron 6.745 violaciones individuales a los derechos humanos e infracciones al DIH contra indígenas, de las cuales 2.136 fueron cometidas contra indígenas nasa del Cauca (Villa y Houghton, 2005: 59). Durante los treinta años estudiados, las violaciones individuales contra indígenas del Cauca estuvieron presentes cada año, si bien, los autores identificaron tres períodos de violencia: (1) la violencia gamonal entre 1974 y 1991, (2) el descenso de la violencia entre 1992 y 1997; y (3) la violencia vinculada al conflicto armado entre 1998 a 2004. Desde los setenta, recordemos que los indígenas habían vivido el ataque de los “pájaros” contratados por los terratenientes, como forma de frenar las recuperaciones de tierra. Esta etapa de “violencia gamonal” terminó en 1991 con la masacre del Nilo, en la cual un grupo de sicarios y miembros del estado, asesinaron a veinte indígenas que estaban recuperando la hacienda del Nilo (Caloto). Para los autores, este asesinato representa también el primero de una nueva forma de violencia narco-paramilitar-terrateniente que se manifestó en la región en la siguiente década<sup>665</sup>. Esto es, un tipo de “paramilitarismo mercenario”, dedicado a proteger los intereses territoriales de una nueva clase social emergente (Villa y Houghton, 2005: 91 y 199). Entre 1992 y 1997, el cese de la violencia, fue el efecto del proceso constituyente que, por otro lado, fue aprovechado para la consolidación de los grupos armados. Y, por último, a partir de 1998, se produjo un auge de la violencia asociada a la intensificación del

---

<sup>664</sup> Para ello, se apoyaron principalmente en la información existente en el sistema de información geográfica sobre pueblos indígenas de CECOIN. Los autores utilizan el concepto de “violencia política” del CINEP: “aquella ejercida como medio de lucha político social con el fin de mantener, modificar, substituir o destruir un modelo de Estado o de sociedad, o también, para destruir o reprimir a un grupo humano por su afinidad social, política, gremial, racial, ideológico o cultural, esté o no organizado. Esta violencia se expresa entonces, en una sociedad como la colombiana, a través de violaciones a los derechos humanos, infracciones graves al derecho internacional humanitario, acciones bélicas y violencia político – social”. (Noche y Niebla No. 28, 2004, citado en Villa y Houghton, 2005: 14).

<sup>665</sup> El 16 de diciembre de 1991, veinte indígenas fueron asesinados a manos de un grupo de personas armadas en la finca El Nilo, a pesar de las advertencias que los indígenas hicieron a las autoridades una semana antes de los hechos. En el proceso legal, se denunció el vínculo entre los terratenientes de la hacienda y el narcotráfico, así como la connivencia de las fuerzas de seguridad en la masacre. El Colectivo de abogados Alvar Restrepo llevó el caso hasta la CIDH, quien declaró la responsabilidad del estado y le compelió a entregar 15.661 hectáreas para la reparación integral de las comunidades.

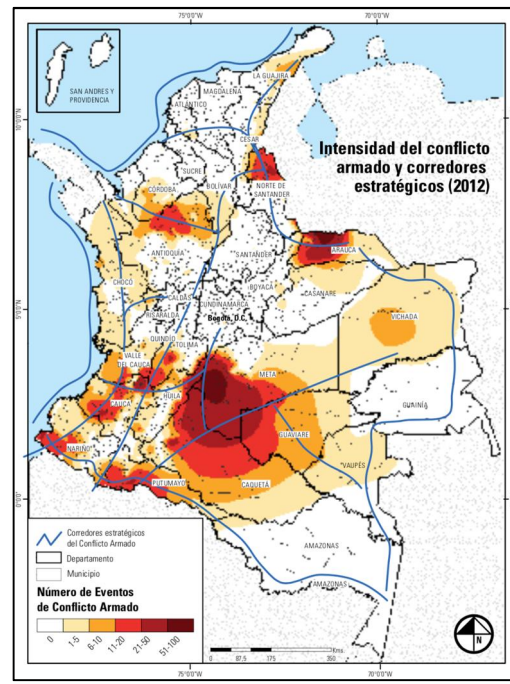


conflicto armado, dentro de la cual, sobresalió la arremetida paramilitar. La mayor parte de la violencia ejercida contra indígenas ocurrió en el último de estos períodos. En particular, a partir de 1999, se incrementaron los asesinatos políticos y los desplazamientos forzados (ONIC, 2009: 20-30, citado en Archila, 2015: 26).

Hasta el cambio de siglo el conflicto armado en el norte del Cauca se había manifestado como un conflicto de baja intensidad, pero desde entonces la dinámica de la guerra en esta sub-región se agudizó. Entre el año 2000 y el 2012, el conflicto armado aumentó su intensidad, específicamente en Toribío, Santander de Quilichao, Caloto y Corinto, según la base de datos del CERAC<sup>666</sup>. Recordemos que desde el año 2000, las FARC comenzaron a perder territorios y tuvieron que replegarse, buscando la consolidación de retaguardias estratégicas en zonas de frontera, en territorios de nueva colonización cocalera y en las extensiones ubicadas alrededor de sus zonas históricas. Uno de los focos de concentración elegidos por las FARC fue el espacio circundante al nevado del Huila, esto es, el norte del Cauca, Tierradentro, el sur del Tolima y el norte del Huila (González, 2014: 426 y 451). La elección de esta zona está relacionada con el interés de las FARC de formar corredores estratégicos que por su ubicación pudieran comunicar las macrorregiones del sur y del suroccidente –lugares donde intensificaron el narcotráfico– y que por sus condiciones geográficas montañosas sirvieran de refugio. Así es como, el norte del Cauca se convirtió en un corredor estratégico para el narcotráfico “que funciona como articulador de eslabones de la cadena productiva” (Sánchez et al., 2011: 97). Es una zona clave para la comunicación entre las regiones consolidadas de las FARC (Caquetá, Huila, Tolima y Putumayo) y la costa pacífica (Guzmán, 2010: 230; González, 2014: 446). Como resultado, además, en la zona de Corinto, Miranda, Jambaló y Toribío aumentó en esta época la producción de marihuana y coca, así como los laboratorios de procesamiento.

---

<sup>666</sup> El CERAC ofrece una clasificación de los municipios según la intensidad del conflicto armado entre el año 2000 y 2012. En este período, solo ocho municipios del departamento del Cauca fueron fuertemente afectados por el conflicto armado (el número de eventos estuvo por encima de la media nacional), cuatro de los cuales son municipios del norte del Cauca con presencia de las comunidades indígenas nasa: Toribío, Caloto, Corinto y Santander de Quilichao.

**Gráfica 16: Corredores estratégicos**

Fuente: Salas (2014: 68)

El interés de las FARC en consolidarse en esta zona incrementó la disputa contra los indígenas por el control territorial y poblacional, particularmente, en Jambaló y Toribío. La guerrilla ha intentado interferir en el ejercicio político de las comunidades indígenas mediante la intimidación y el reclutamiento de indígenas en sus filas. En los noventa, alentados por la descentralización económica, política y administrativa del país y el acceso de los indígenas a cargos políticos-electorales, las FARC comenzaron a realizar sabotajes a las elecciones, amenazas a los candidatos a las alcaldías y secuestros (Villa y Houghton, 2005: 47; González, 2014: 429; Laurent 2005: 367). En 1996 fue asesinado Marden Betancur, el alcalde de Jambaló elegido por la ASI y semanas más tarde, Gilberto Muñoz, alcalde de Toribío, sufrió dos intentos de asesinato. En el año 2002, Gabriel Pavi y Crisanto Pizo, alcaldes de Toribío y Totoró, fueron amenazados de muerte por las FARC si no abandonaban sus cargos y en el año 2004, Arquímedes Vitonás, alcalde de Toribío, fue secuestrado por las FARC en San Vicente del Caguán (Caquetá), junto a otros líderes. En este contexto, los indígenas comenzaron a desarrollar un repertorio de estrategias de resistencia no-violenta frente a los actores armados, a las cuales nos referimos más adelante.

La retirada de las FARC hacia sus zonas de retaguardia y la expansión de la economía cocalera, trajo como consecuencia la arremetida paramilitar. La incursión del paramilitarismo en el Cauca llegó tardíamente en el año 2000. Hasta entonces, su accionar en las regiones del suroccidente colombiano no había sido significativo. Había habido violencia gamonal, pero, a diferencia de otras regiones del país, todavía no se había manifestado el fenómeno del paramilitarismo, entendido este,

como una acción colectiva violenta coordinada y organizada, con cohesión interna y capacidad ofensiva, como los ejércitos. Por eso, en el Cauca no se habían presentado las grandes limpiezas sociales y masacres de pueblos enteros que ocurrieron en otros lugares y el nivel de combates entre las guerrillas y los paramilitares había sido muy bajo. El 11 de mayo de 2000, 54 paramilitares del Bloque Calima de las AUC llegaron a Buenos Aires (Cauca) provenientes de Tuluá (Valle del Cauca). El grupo se constituyó como el Frente Farallones y se encargó de controlar el Cauca y parte del Huila. Su objetivo era hacer la guerra antisubversiva al Sexto Frente de las FARC que estaba ubicado en el norte del Cauca. El Frente Farallones estableció su base en la vereda la Lomita (Santander de Quilichao) y desde ahí comenzaron a ascender hacia las cordilleras donde estaban ubicadas las FARC. Un grupo ascendió en dirección a la cordillera central, desde Puerto Tejada, en la zona plana, hacia las zonas montañosas (Caloto, Corinto, Miranda y Toribío). Y otro grupo fue en dirección a la cordillera occidental, desde Buenos Aires hacia la costa pacífica (ver Vargas, 2003:189 visto en Sánchez et al., 2011: 92). En un año, consiguieron expandirse por el departamento y controlar 22 de los 42 municipios. Permanecieron en la región hasta diciembre del año 2004, cuando se desmovilizaron en el marco del proceso de Justicia y Paz. La guerra antisubversiva se convirtió en una pesadilla para los pobladores, los paramilitares impusieron su ley y el terror en la zona, cientos de personas fueron asesinadas o desaparecidas discrecionalmente en base a sospechas o señalamientos de colaboración con la guerrilla. Las cifras de Justicia y Paz atribuyeron a este grupo paramilitar la comisión de 1.905 crímenes entre el 2000 y 2004 (Verdad Abierta, 23 de abril de 2013). La ola de violencia obligó a miles de personas a desplazarse. Las tierras abandonadas fueron compradas por nuevos propietarios que aprovecharon la situación. Los jóvenes quedaron marcados por la violencia y las bandas delincuenciales resurgieron. El 11 de abril de 2001 ocurrió uno de los episodios más crueles perpetrados por los paramilitares, la masacre del Naya, en la cual fueron asesinados más de 100 personas, 45 de ellas indígenas. La masacre además, generó el desplazamiento masivo de unas 2000 personas que tuvieron que buscar refugio en otros municipios (El País, 13 de abril de 2006, recogido en BD CINEP)<sup>667</sup>.

A su vez, la presencia de actores armados en el norte del Cauca favoreció la consolidación en esta zona del negocio de la minería ilegal, el cultivo de coca y marihuana para usos ilícitos e incluso la expansión del cultivo de caña. En un contexto marcado por la violencia y la crisis del sector agrícola, la gente prefirió trabajar en estas actividades o vender sus tierras a los mineros o a los ingenios azucareros, que mantener sus cultivos agrícolas o “de pancoger” (cultivos de café, cítricos, frutas, etc.). Estos negocios trajeron consigo, además, otros problemas

---

<sup>667</sup> Ochenta familias indígenas nasas, sobrevivientes de la masacre, fueron desplazadas y vivieron durante tres años en refugios provisionales en Tóez, Caloto, Santander de Quilichao y Buenos Aires. En el 2004, el Estado compró la finca La Laguna para que la habitasen esas familias y desde entonces viven en la vereda la Laguna (Timbío) y crearon el cabildo Kitek Kiwe adscrito orgánicamente a la ACIN.

como el debilitamiento de la economía campesina de subsistencia, el deterioro ambiental<sup>668</sup>, la aparición de grupos al margen de la ley, el aumento de la criminalidad y el consumo de drogas. Toribío, Jambaló y Corinto han sido los municipios del norte del Cauca más afectados por los cultivos de uso ilícito y el narcotráfico. Mientras que Buenos Aires y Santander de Quilichao han sido los más azotados por la pequeña y mediana minería ilegal<sup>669</sup> como, por ejemplo, la zona de la microcuenca del Teta-Mazamorrero. Menos conocida es la explotación ilegal de minas en la microcuenca del río Palo, alrededor del municipio de Caloto. El avance de la pequeña y mediana minería en territorios indígenas está relacionado con la concesión de Zonas Mineras Indígenas (ZMI) que ha puesto en una tesitura a las comunidades indígenas entre el aumento de recursos económicos y el impacto social y ambiental. El Cauca es el departamento con mayor número de zonas mineras indígenas en el país (55,3%) y dentro del Cauca, la mayor parte de estas zonas están en municipios del norte del Cauca, con aproximadamente 100.000 ha (Caro y Valencia, 2012: 18). Además de los emprendimientos comunitarios indígenas, esta situación fue aprovechada por empresas e inversionistas ajenos a las comunidades, que trajeron maquinaria retroexcavadoras y explosivos para realizar socavones y extraer el oro industrialmente, aumentando su rentabilidad. Se trata de negocios lucrativos que atrajeron a muchos empresarios ávidos de riqueza<sup>670</sup>. Además del deterioro ambiental y la pérdida de la economía agrícola, la minería ilegal están contribuyendo a agudizar los conflictos interculturales y el conflicto armado en zonas de resguardo indígena y de confluencia interétnica (Caro y Valencia, 2012: 18).

Por su parte, el Estado también aumentó la militarización en este época. El ejército inició una agresiva acción para recuperar el monopolio de la fuerza en las zonas ocupadas por las FARC, sin tener en cuenta las características de los territorios y las poblaciones donde estas hacían presencia. La zona norte del Cauca fue una de las principales zonas afectadas por esta política, particularmente Jambaló y Toribío,

---

<sup>668</sup> Un problema que ha acabado con la economía campesina de subsistencia y amenaza la conservación de los ríos, por ejemplo, las explotaciones de oro a cielo abierto están contaminando los ríos Teta y Catalina (Buenos Aires) y El Palo (Caloto).

<sup>669</sup> La minería ilegal no debe confundirse con la minería artesanal que las comunidades afro han venido realizando tradicionalmente desde la época colonial. Ya en 1536 los españoles establecieron el caserío Buenos Aires, un enclave esclavista donde se explotaba oro. A diferencia de la minería ilegal, la minería artesanal se lleva a cabo con técnicas rudimentarias y manuales conocidas como "barequeo", que son respetuosas con el medio ambiente. Además, esta actividad se ha utilizado históricamente por las comunidades como un medio de subsistencia complementario a las actividades agropecuarias. Su tratamiento indistinto con la minería ilegal criminaliza esta actividad económica de las comunidades y pone en peligro su subsistencia.

<sup>670</sup> Los pobladores señalaron como dueños de las explotaciones de minería ilegal a grupos de mestizos-paisas, procedentes de Antioquia, y de afros, procedentes del Chocó. En el caso de la coca, declararon que habían llegado personas procedentes de Pasto, Nariño y Putumayo, regiones donde había habido erradicación manual o fumigaciones con glifosato (Diario de campo).

debido a la elevada presencia de la guerrilla y de cultivos de uso ilícito<sup>671</sup>. La Columna Móvil Jacobo Arenas recorría el municipio de Jambaló y el Frente VI de las FARC estaba instalado en Tacueyó (Toribío). Las consecuencias de la militarización para la población civil que habita en estos municipios fue desastrosa:

En primer lugar, el aumento de la presencia de la Fuerza Pública en territorio indígena, con la instalación del batallón de alta montaña y de puestos de policía en las cabeceras municipales, supuso la agudización de los enfrentamientos con las FARC, convirtiendo los centros urbanos en un paisaje de guerra con trincheras y zanjas de arrastre y generando diversidad de atropellos en las comunidades, como, por ejemplo: el fuego cruzado en medio de la población, los sobrevuelos diurnos y nocturnos, los bombardeos en zonas comunales y sitios sagrados, el irrespeto de los sitios de asamblea permanente reconocidos como zonas para la ubicación de la población civil, el control de alimentos y de la movilidad de los comuneros, etcétera. Estos eventos no solo afectaron a los civiles, los animales y las infraestructuras, sino que mantuvieron a la población en zozobra, causando incertidumbre y percepción de inseguridad entre los pobladores y provocando así mismo desplazamientos forzosos y silenciosos (CRIC, 2014; Plan de ordenamiento territorial de Toribío, sin fecha). Las autoridades indígenas denunciaron que, durante los enfrentamientos, las Fuerzas Armadas utilizaron las casas de civiles, las escuelas y quioscos como trincheras y las instituciones estatales no atendieron de manera oportuna a los heridos. Así mismo, el presidente Santos ordenó que se destruyera cualquier casa que fuera utilizada por la guerrilla para realizar sus ataques y se reforzara la presencia militar en la zona. De esta forma, en julio de 2011 se instaló un nuevo batallón de alta montaña en el corregimiento de Tacueyó, alcanzando la cifra de 15.000 soldados (Equipo Nacional Plan de Salvaguarda, informe preliminar sin fecha; CRIC, 2011). Como consecuencia, aumentó la inseguridad de la población indígena y se produjeron desplazamientos masivos. Por ejemplo, en 1999 los indígenas nasa de Jambaló sufrieron regularmente migraciones forzadas como resultado de los bombardeos indiscriminados del ejército (Villa y Houghton, 2005: 45).

#### ***Hostigamientos en Toribío y Jambaló<sup>672</sup>***

En julio del año 2002, las FARC incursionó en el casco urbano de Toribío para realizar una toma. El ataque duró aproximadamente 30 horas y tenía como blanco principal el puesto de policía, que quedó totalmente destruido. La población local se refugió en los SAP para evitar ser víctima de los bombardeos y explosiones de pipetas de gas. Algunas construcciones urbanas sufrieron daños pero

<sup>671</sup> Toribío es uno de los municipios priorizados por el Plan Nacional de Consolidación. Desde 1994 Toribío ha soportado 13 tomas y más de 200 hostigamientos (Navias, 2009: 6)

<sup>672</sup> Sandoval Forero, 2008: 30; González, 2010: 186-187; Guzmán, 2010: 247-249; El País, 26 de septiembre de 2006, recogido en BD CINEP.

no se presentaron pérdidas de vidas civiles ni desplazamientos masivos de población. Los líderes indígenas acudieron a dialogar con la insurgencia, con los mandos del puesto de policía y de los batallones del Ejército para exigir que no militarizaran el territorio porque ponía en riesgo a la población civil.

Al tiempo, comenzó la reconstrucción del puesto de la policía, la instalación de trincheras en las esquinas del parque principal y la edificación de un búnker de gran tamaño. Durante las obras, los policías utilizaron la Casa Cultural y otras casas particulares del centro urbano como lugares de vivienda. A los dos meses de la inauguración de las nuevas instalaciones, la guerrilla realizó un nuevo asalto en el pueblo. Esta vez el enfrentamiento duró casi tres semanas. Hubo daños en más de doscientas viviendas y se afectaron los suministros de agua, energía, comunicación y alimentos. La población volvió a refugiarse en los SAP donde permaneció hacinada por semanas, y se prestó atención psicológica para los menores.

Esta situación se repite reiteradas veces Toribío y Jambaló hasta el año 2012. Ataques a los cascos urbanos, emboscadas, hostigamientos, retenes ilegales en la carretera, que dejan múltiples muertos y heridos, así como viviendas y medios de producción y subsistencia destruidos. Además, cada vez que finalizaban los enfrentamientos, era la propia comunidad la que se encargaba de la reconstrucción de su pueblo, mediante mingas de trabajo.

En segundo lugar, los indígenas señalaron que la presencia de militares en el territorio conllevó a muchos abusos. Los soldados, al igual que otros actores armados, cometieron violaciones sexuales a mujeres, allanaron domicilios para usar los lavaderos y tomar alimentos, y utilizaron la intimidación y el abuso de poder. Los indígenas además fueron testigos de que los soldados y policías en la zona negociaban con los narcotraficantes y protegían las rutas de comercio (Almendra, 2011).

En tercer lugar, el CRIC denunció que la política de erradicación de cultivos, contemplada por el Plan Colombia, tuvo consecuencias nefastas para el medio ambiente porque se realizaron fumigaciones con glifosato en zonas de protección ambiental, generando la contaminación del agua, muerte de ganado y otros animales domésticos, así como el aumento de enfermedades cutáneas, neumonías, niños con síndrome de down, partos prematuros, niños con afectación en el corazón, pérdida del pancoger, pastos quemados y terneros con alteraciones genéticas (CRIC, 2014).

En cuarto lugar, los indígenas fueron perseguidos y criminalizados como colaboradores de la insurgencia (CRIC, 2014). Los comandantes del ejército calumniaron públicamente al CRIC como brazos de la guerrilla, convirtiéndoles así en objetivos militares (CRIC, 2003). Se presentaron incluso casos de falsos positivos, es decir, atentados contra la vida de comuneros indígenas, bajo la acusación de ser guerrilleros. Por ejemplo, es destacable el atentado realizado por el ejército contra la entonces consejera mayor del CRIC, Aida Quilcué, en el cual murió su marido, Edwin Lagarda (CRIC, 2014). Uno de los soldados condenados por el homicidio declaró a su abogado defensor que el sargento les ordenó disparar a la

camioneta en la cual, supuestamente, viajaba una comandante guerrillera que traía armas y drogas y les prometió, como recompensa, una partición de la droga y un mes de licencia (Rodrigo, Popayán, 2015).

En quinto lugar, bajo la excusa de la lucha contra-insurgente, el gobierno desarrolló un trabajo de inteligencia militar dentro de la comunidad indígena. Para conseguir una red de informantes, el gobierno ofreció recompensas a la población civil a cambio de información, debilitando así el tejido social (CRIC, 2003). El ejército utilizó, además, una emisora de radio para hacer propaganda, mandar mensajes a la comunidad y realizar menciones públicas, con el fin de reclutar indígenas en sus filas o motivarles para tomar parte del conflicto, lo cual fue prohibido por la Corte Constitucional por atentar contra los principios de distinción y precaución y por irrespetar la decisión colectiva de la comunidad indígena de no apoyar a ninguna de las partes en el conflicto armado (Proclama del Cauca, 2015).

Y, en sexto y último lugar, los indígenas acusaron al gobierno de Uribe de fomentar la fragmentación del movimiento indígena. En el año 2009 se creó en el norte del Cauca la Organización Pluricultural de Pueblos Indígenas de Colombia (OPIC), antes ASONASA, una organización conformada por indígenas evangélicos y líderes inconformes con el proceso indígena, que cuestionan la cosmovisión indígena y respaldan la política de seguridad democrática<sup>673</sup>. Esta organización fue creada por fuera de los procesos de representación internos, con el apoyo y reconocimiento de miembros del gobierno (ACIN, 2010, 2015; CRIC, 2014).

Por todo esto, el movimiento indígena del Cauca denunció reiteradamente que el objetivo real de la política de seguridad nacional de Uribe, más allá de cómo fuera presentada, era acabar con la población indígena, especialmente aquella ubicada en zonas estratégicas económica y militarmente (CRIC 2003, 2008, 2014). Antes estas situaciones de amenaza para la supervivencia física y cultural de los pueblos indígenas, la Corte Constitucional exigió, en la sentencia T-025 de 2004, la protección del Estado de varios pueblos indígenas (incluido el nasa) que estaban en riesgo de desplazamiento. Y en el Auto 004 de 2009 reiteró el riesgo de desaparición de los pueblos indígenas y ordenó al gobierno la preparación de Planes de Salvaguardia. Por su parte, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en 2011 recomendó al gobierno la reparación integral del pueblo nasa y la adopción de medidas cautelares de las comunidades indígenas del norte del Cauca y en concreto, de los resguardos de Jambaló, Toribío, Tacueyó y San Francisco. Así

---

<sup>673</sup> Sobre este asunto, el Auto 004 de 2009 reconoce únicamente a la Nación Nasa como sujeto colectivo, beneficiario de la protección especial. “En consecuencia, los derechos colectivos de la Nación Nasa no podrán ser exigidos por nadie diferente a sus autoridades y asociaciones de autoridades reconocidas por las comunidades de acuerdo a lo aquí señalado. El Estado colombiano se abstendrá de dar personería o reconocimiento jurídico a cualquier grupo de comuneros/as nasa que pretenda actuar como representante de la Nación Nasa o alguna de sus comunidades por fuera de esta estructura de gobierno” (Equipo Nacional Plan de Salvaguarda, informe preliminar sin fecha)

mismo, la situación de vulneración de los DDHH requirió la presencia continuada de organizaciones defensoras de los derechos humanos nacionales e internacionales. En particular, destacó la labor de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas que en los territorios indígenas, acompañó a las comunidades y dio seguimiento a las situaciones de vulneración de los derechos humanos en el marco del conflicto armado.

### **7.6.2. Acciones de resistencia y defensa del territorio en el norte del Cauca**

La lucha del movimiento indígena caucano es una combinación de luchas de resistencia y de autonomía. La autonomía es el ejercicio propio de las comunidades indígenas que busca el reconocimiento de su identidad y cultura. La resistencia es la oposición a la dominación que cualquier sector popular puede ejercer. En el caso del movimiento indígena, esta resistencia se percibe como una lucha permanente e integral frente a todas las formas de dominación y agresión que coartan su libertad y atentan contra su plan de vida. Resistencia y autonomía convergen en su objetivo, ambas son luchas por la existencia física y cultural. La resistencia indígena hoy se ejerce contra la guerra (defender los territorios, negarse a ser desplazados, oponerse al reclutamiento de los actores armados, liberar a los secuestrados, defender los pueblos atacados y buscar una salida política al conflicto armado), contra la dominación cultural y contra el modelo económico neoliberal (Archila, 2010: 43-44).

En relación a la guerra, el rechazo al conflicto armado en el territorio indígena comenzó a mediados de los años ochenta con el Acta de Andalucía (1985), la Declaración de Vitoncó (1985) y la Declaración de Ambaló (1986). En particular, en las zonas de cordillera, los comuneros se han visto obligados a compartir el territorio con varios actores armados y vivir en medio del fuego cruzado desde hace décadas. La presencia de guerrillas favoreció la expansión de los cultivos de uso ilícito y atrajo al territorio al ejército y a grupos de paramilitares. Si bien, la agudización del conflicto y la militarización de los territorios indígenas a finales de los noventa, obligó a estos a adoptar nuevas estrategias de resistencia para defender a la población y al territorio de los actores armados, sin hacer uso –esta vez– de las armas. En 1999, los indígenas reiteraron su rechazo a los actores armados, estatales y no estatales, en la Resolución de Jambaló y definieron las políticas internas –y responsabilidades– sobre los actores armados, los cultivos de uso ilícito, las iglesias y las empresas multinacionales. En relación a la involucración de comuneros en actores armados, se estableció que los indígenas que pertenecieran a grupos armados de manera voluntaria no serían reconocidos como tales, perderían sus derechos y no serían protegidos por los cabildos. El reclutamiento de comuneros indígenas –ya sea como colaboradores, milicianos o guerrilleros<sup>674</sup>– que ha afectado

---

<sup>674</sup> “Colaboradores” son las personas que simplemente dan apoyos puntuales a la guerrilla como, por ejemplo, llevarles una gaseosa o una remesa. “Milicianos” son aquellos que pertenecen a la guerrilla,



especialmente a jóvenes y niños, ha sido uno de los grandes retos del movimiento porque ha debilitado internamente a las comunidades (Pequí, 2002). En la primera toma que hubo en Toribío, quienes atacaron el pueblo fueron guerrilleros procedentes de Antioquia, Caquetá o la Costa, pero más adelante fueron los propios niños y jóvenes indígenas quienes comenzaron a dañar a la comunidad (Almendra, 2011). Según las cifras que maneja el ejército, la OEA y las Naciones Unidas, en el 2015, aproximadamente entre un 80% y un 90% de los guerrilleros del Frente VI y de las columnas móviles de las FARC que operaban en la zona norte, eran indígenas nasa (Entrevista a Marion, Cali, 2015). Solo en Huellas-Caloto, calculaban que había entre 400 y 500 personas involucradas en la guerrilla (Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015).

Para afrontar todos estos problemas asociados a la presencia de actores armados, los indígenas desarrollaron diferentes tipos de acciones y estrategias. Según el análisis realizado de las bases de datos del CINEP, entre 1976 y 2016 los indígenas del norte del Cauca participaron en 96 acciones colectivas por la paz<sup>675</sup>, de las cuales 56 fueron realizadas en el norte del Cauca y 40 fuera de esta zona. La mayoría de estas acciones se desarrollaron entre el 2000 y 2012, coincidiendo con la etapa de escalamiento de la violencia en el territorio.

---

van armados y permanecen dentro de la comunidad, salvo que sean llamados a combatir en ciertos momentos. Y “guerrilleros” son los que se incorpora a las filas de manera permanente y no salen del campamento, que está en la zona más alta de Tacueyó (Toribío). Aunque los guerrilleros se ubiquen principalmente en las zonas altas de la cordillera, el reclutamiento afecta a todos los municipios de la zona norte.

<sup>675</sup> Las acciones colectivas por la paz (ACP), registradas en la base de datos del CINEP (Datapaz), son aquellas que cumplen los siguientes criterios: (1) acciones desarrolladas por un colectivo social (acciones colectivas); (2) acciones que explícitamente busquen rechazar expresiones de violencia y/o incidir, visibilizar, presionar o construir alternativas de paz; (3) acciones que sus propios organizadores consideren como iniciativas orientadas a la paz; y (4) acciones que hayan sido registradas en uno de los 10 periódicos colombianos, nacionales y regionales, que utiliza el Archivo de Prensa del CINEP (García-Durán, 2006: 334).

**Gráfica 17: Trayectoria de acciones colectivas por la paz realizadas por indígenas en el norte del Cauca entre 1979 y 2016**



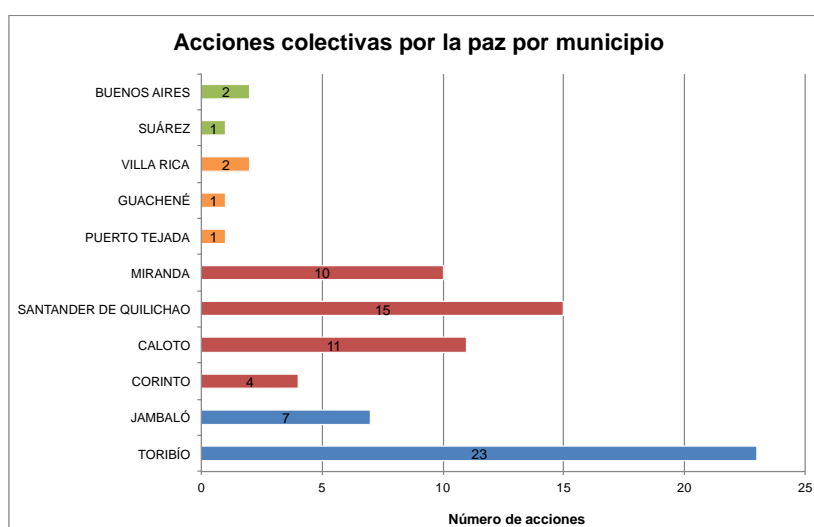
Fuente: Elaboración propia a partir de base de datos de CINEP

El 2012 fue un año particularmente confrontativo en el norte del Cauca, por las numerosas acciones de resistencia civil que los indígenas realizaron frente a los actores armados. Este año, no solo hubo un repunte en el uso de las acciones, sino también una tendencia a ampliar la cobertura geográfica a varios municipios de la subregión. El enfrentamiento entre la guerrilla y el ejército había escalado en la parte alta de Corinto y Miranda, afectando gravemente la seguridad de la población civil que habita en estas zonas y provocando el desplazamiento de cientos de personas hacia las partes bajas, donde están los cascos urbanos. La confrontación aumentó desde que se instalaron nuevas bases militares en la zona y la Brigada Móvil N.28 invadió el cerro de Calandaima (Miranda). En respuesta, los pobladores indígenas y campesinos se declararon en resistencia permanente, se organizaron movilizaciones y comenzaron a desmilitarizar el territorio desmantelando las trincheras. Una de las acciones más mediáticas fue la expulsión del ejército del cerro Berlín en el resguardo de San Francisco (Toribío), el 12 de julio de 2012. Mil indígenas se tomaron la base militar del cerro Berlín, consiguiendo desalojar a los militares portándolos en brazos. La acción provocó el lloro de uno de los soldados cuya imagen fue capturada por la prensa alcanzando cobertura nacional (El Tiempo y El País, de 13 de julio de 2012 citado en BD ACP CINEP)<sup>676</sup>.

<sup>676</sup> No era la primera vez que los indígenas desmilitarizaban el territorio. El 26 de septiembre de 2006, un centenar de comuneros indígenas iniciaron en Toribío el levantamiento de las trincheras, ante la mirada atónita de los policías, respaldados por las autoridades de la ACIN y los médicos tradicionales, y acompañados de 500 guardias indígenas y de las emisoras Radio Payumat y Radio Nasa. En total se levantaron ocho trincheras en Toribío y la acción se repitió el 29 de septiembre en la destrinchización de Jambaló.

La mayoría de las acciones colectivas por la paz que realizaron los indígenas durante esta época se concentraron principalmente en el municipio de Toribío, que es donde el Frente VII de las FARC tiene su campamento base y, por tanto, es donde se presenta un mayor rivalidad con los indígenas por el control poblacional y un mayor número de acciones bélicas con el Ejército.

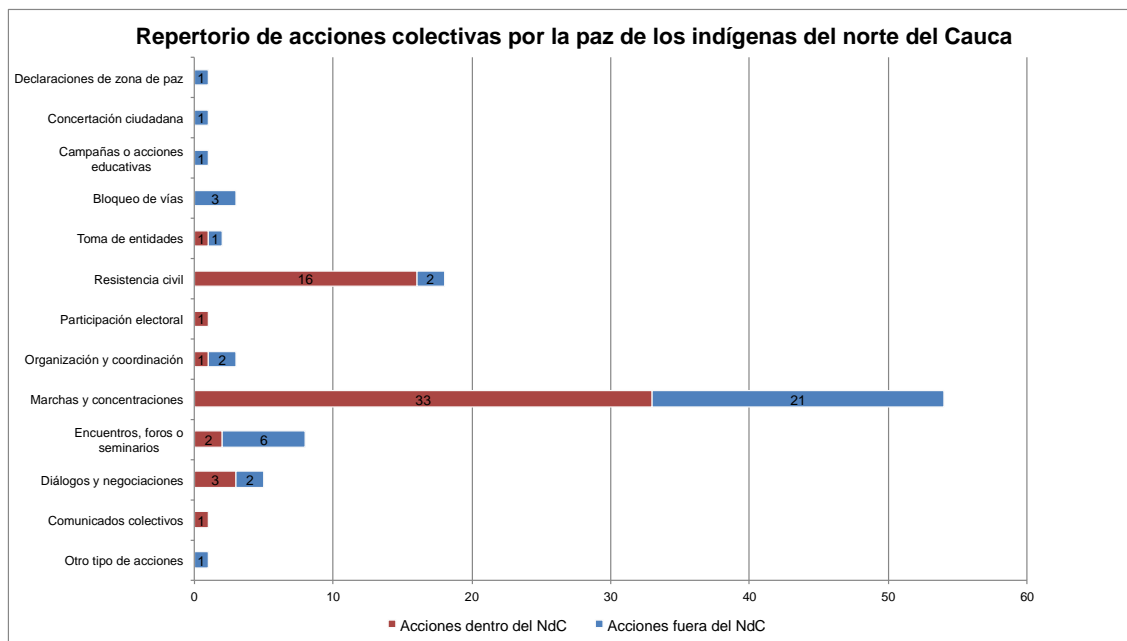
**Gráfica 18: Municipios del norte del Cauca que fueron escenario de las acciones colectivas por la paz realizadas por indígenas**



Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

Respecto al repertorio de acciones colectivas, la base de datos del CINEP identifica doce modalidades de acción, siendo las marchas y concentraciones por la paz las acciones más frecuentes, tanto dentro como fuera del norte del Cauca. El uso de la resistencia civil sobresale también entre las acciones más desarrolladas por los indígenas dentro del norte del Cauca.

**Gráfica 19: Modalidades de acción empleadas por los indígenas del norte del Cauca, dentro y fuera de esta zona**



Fuente: elaboración propia a partir de bases de datos del CINEP

Aparte de las acciones colectivas por la paz realizadas por los indígenas, las comunidades desarrollaron una serie de estrategias o mecanismos de resistencia para responder a la violencia de los actores armados, mitigar los efectos y resolver los conflictos<sup>677</sup>:

(1) Mecanismos de protección comunitaria: el establecimiento de Sitios de Asamblea Permanente (SAP)<sup>678</sup>, la constitución de guardias indígenas, los recorridos o mingas humanitarias, las acciones de rescate a secuestrados y a menores reclutados y la creación del Tejido de Vida de la ACIN para el seguimiento a las violaciones de ddhh.

(2) Mecanismos de justicia internacional y amparo de las organizaciones nacionales e internacionales defensoras de derechos humanos. En casos de crímenes de Estado, los indígenas han acudido a la Corte Constitucional y a la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

<sup>677</sup> Parte de estos mecanismos han sido extraídos de González (2010: 185-191)

<sup>678</sup> Los SAP son espacios que han sido seleccionados y delimitados por las comunidades dentro del área de confrontación destinado a dar guarida a la población civil durante los hostigamientos para evitar el desplazamiento. Los actores armados no pueden entrar ni realizar acciones bélicas en ellos. Las autoridades indígenas seleccionaron los lugares de acuerdo al mandato de las asambleas comunitarias y el CRIC gestionó ante las Naciones Unidas el reconocimiento oficial de 69 SAP en todo el departamento (González, 2010: 186). Los lugares más adecuados, porque pueden albergar gran cantidad de personas son las instituciones educativas, deportivas y sanitarias. En Toribío, el CECIDIC y Zumbico han sido establecidos como SAP.

(3) Mecanismos de justicia tradicional, en concreto, la realización de juicios políticos a personas que cometen delitos dentro del territorio indígena o infringen las normas de la comunidad. Estos juicios se han realizado en asambleas públicas donde pueden participar todos los comuneros. Destacan los juicios contra indígenas pertenecientes a la guerrilla por cometer asesinatos contra líderes o guardias indígenas. Por ejemplo, en 2001, tras el asesinato del líder Cristobal Secué, las autoridades llamaron a juicio a tres comandantes de las FARC; el 17 de febrero de 2004, diez mil indígenas citaron a un juicio público –con presencia de otras organizaciones solidarias y de 18 medios de comunicación nacionales e internacionales– al coronel de las Fuerzas Armadas Juan Vicente Trujillo por el asesinato de Olmedo Ul cometido el 31 de diciembre de 2003. Aunque no asistió, el caso consiguió trascender a la opinión pública nacional e internacional.

(4) Realización de audiencias públicas cuyo objetivo ha sido declarar la responsabilidad del Estado colombiano en la infracción de crímenes, exigir su reconocimiento público y la reparación individual y colectiva.

(5) Diálogo con actores armados y/u organizaciones político-sociales afines. Los indígenas siempre han mantenido un diálogo directo con los mandos de los actores armados, tanto de la policía y el ejército, como de las FARC. Más difícil ha sido el diálogo con paramilitares.

(6) Desmilitarización del territorio, mediante el desalojo y desmantelamiento de bases militares y trincheras. Ante la sistemática vulneración de los derechos de la población civil por parte de los gobiernos de Uribe y Santos, las comunidades tomaron la iniciativa y, acogidos a la protección que les ofrece el DIH, comenzaron a desalojar las bases militares y levantar las trincheras, acompañados de la guardia indígena y respaldados por las autoridades políticas y espirituales.

Entre todas estas estrategias destaca la constitución de la guardia indígena en el año 2001. La formación de grupos de protección comunitaria y control territorial procede de una tradición milenaria de los pueblos amerindios sin la cual no hubieran permanecido hasta nuestros días (Entrevista Lucho Acosta, Caloto, 2015). Sus referentes más cercanos son los grupos de vigilancia –la “guardia cívica”– que conformaron en los años setenta para proteger a los líderes y acompañar las recuperaciones de tierra. Si bien, estos grupos fueron dispersos y temporales y acabaron conformando el MAQL. En este nuevo escenario, en el cual los indígenas tenían que afrontar la agudización del conflicto en sus territorios y recordaban los perjuicios de adoptar una guerrilla indígena, fue cuando el movimiento decidió conformar un grupo permanente de defensa capaz de hacer frente a las múltiples violencias que sufrían sin el uso de las armas. La habilitación de la guardia indígena fue planteada inicialmente en el noveno Congreso del CRIC en Corinto, ratificado en el décimo Congreso del CRIC en La María y finalmente, convocado oficialmente en el resguardo de Huellas (Caloto), el 28 de mayo de 2001 (“Documento de las

guardias indígenas del Cauca”, enero 2002, recogido en *Los indígenas y la paz*, ONIC, 2002). La guardia se ha enfrentado diariamente a actores armados –guerrillas y fuerza pública– muy superiores militarmente y ha sido capaz de confrontarles y alcanzar sus objetivos<sup>679</sup>, cargando únicamente con un “bastón de mando”, esto es, una chonta de madera con tiras de colores del arco iris. Así mismo, ha resultado ser un mecanismo valioso para canalizar el ímpetu de los jóvenes indígenas, y evitar su involucración en los actores armados, pues ofrece incentivos parecidos como el prestigio (Houghton, 2005: 108) y la posibilidad de manifestar su valentía a través de la resistencia no-violenta. Por su eficacia, la guardia indígena ha ganado gran popularidad y el reconocimiento nacional e internacional como agentes de paz. En el año 2004 le fue concedido el “Premio Nacional a la Paz” y en el 2010 el “Premio El Colombiano Ejemplar”. Así mismo, dentro del mundo académico, la guardia se ha constituido como un símbolo de la resistencia civil no-violenta. Esta experiencia ha contribuido a construir la imagen de los nasa como un pueblo luchador pero no-violento, defensor de la naturaleza y de la vida, sin más armas que su unidad y su palabra (Hernández, J., 2003, 2007; Hernández, E., 2006; Sandoval, 2008, 2009; Martínez Bernal, 2016; Castañar, 2018)<sup>680</sup>.

Respecto a los objetivos o motivos que hay detrás de las acciones colectivas por la paz, la base de datos del CINEP muestra que las principales motivaciones fueron la presencia y accionar de las guerrillas, la política estatal de orden público, la inseguridad y violencia generalizada, los asesinatos, masacres y desapariciones y los ataques a la población y/o bienes. Por tanto, vemos que la mayoría de las acciones lo que persiguieron fue terminar con el conflicto armado y sus manifestaciones violentas (paz negativa), mientras que fueron pocas las acciones emprendidas para construir una paz más allá del fin del conflicto armado (paz positiva)<sup>681</sup>.

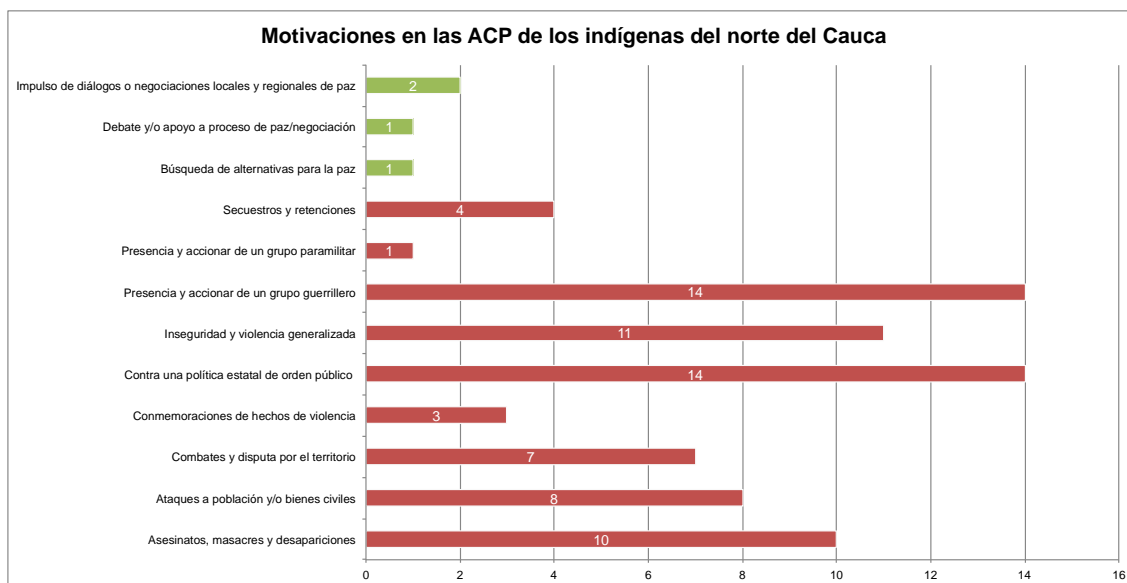
---

<sup>679</sup> Por ejemplo, han rescatado a líderes que habían sido secuestrados por las FARC, han capturado guerrilleros que habían cometido delitos contra la comunidad y han desalojado bases militares.

<sup>680</sup> Martínez (2016: 9-12) ha encontrado muchas afinidades entre la cosmovisión de los indígenas nasa y los principios de la noviolencia gandhiana y la noviolencia pragmática.

<sup>681</sup> No podemos concluir, no obstante, que la ausencia de acciones colectivas por la paz orientadas a la paz positiva en la base de datos del CINEP, implique necesariamente que las comunidades indígenas no han desarrollado este tipo de acciones más propositivas. Cabe preguntarse si esta ausencia de registro no se debe a que las iniciativas de paz positiva no son el tipo de acciones públicas y masivas que suelen ser recogidas por la prensa escrita, siendo ésta la principal fuente utilizada por el CINEP para elaborar sus bases de datos. Por ejemplo, las expresiones culturales o artísticas, las iniciativas educativas o la elaboración de planes de vida son acciones “invisibles” que están mejor alineadas con objetivos de paz positiva.

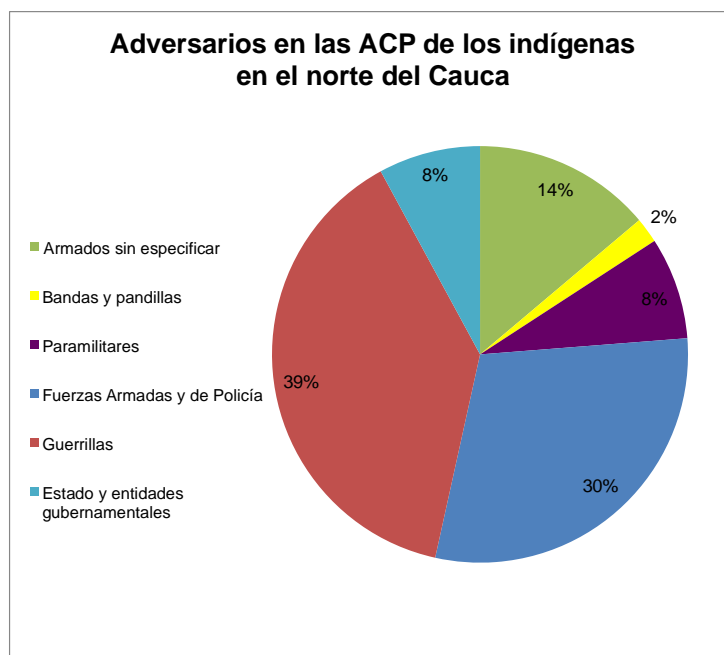
**Gráfica 20: Motivos de acción perseguidos por los indígenas del norte del Cauca en las acciones colectivas por la paz**



Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

Respecto a los adversarios de estas acciones, el 39% fueron dirigidas en contra la guerrilla de las FARC y el 30% contra las Fuerzas de seguridad del Estado, que han sido los principales responsables de la violencia asociada al conflicto armado en los territorios indígenas.

**Gráfica 21: Adversarios de las acciones colectivas por la paz realizadas por los indígenas del norte del Cauca**



Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

### 7.6.3. Acciones de protesta y movilizaciones de convergencia

Esta también fue la década de las grandes movilizaciones y la convergencia entre los sectores populares. Asistimos a procesos de unidad tanto a nivel regional como nacional y, dentro de estos, el movimiento indígena caucano tuvo un papel protagónico. Este momento de convergencia pudo estar relacionado con la intensificación de la violencia asociada al conflicto armado que afectó a todos los sectores, ayudándoles a encontrar agravios colectivos comunes y motivándolos a fortalecer sus alianzas políticas.

A nivel regional, 1999 fue un año de intensas movilizaciones en el Cauca por parte de las organizaciones campesinas, a las que se unieron organizaciones barriales, sindicatos de maestros y organizaciones indígenas. Sobresale en esta época el éxito del Paro campesino, liderado por el Comité de Integración del Macizo Colombiano (CIMA), que consiguió movilizar a más de sesenta mil personas y bloquear la vía panamericana en el centro y sur del Cauca durante veintiocho días. El triunfo ayudó a cambiar el imaginario colectivo sobre la capacidad de las organizaciones de acometer acciones de gran envergadura y sobre la deseabilidad de afianzar las alianzas políticas. A la vez que los campesinos, el movimiento indígena caucano realizó un bloqueo de la vía panamericana en el norte durante once días y, en medio de las movilizaciones, propuso la creación de un Espacio de Convivencia, Diálogo y Negociación en el resguardo de La María (Piendamó), para promover la participación de la sociedad civil en el proceso de paz que el gobierno de Pastrana adelantaba con las FARC. Ante el fracaso de las negociaciones, el espacio permaneció como lugar de encuentro y resistencia para las organizaciones sociales. A partir de entonces, este lugar se convirtió en el escenario de múltiples debates y acuerdos para los movimientos sociales, regionales y nacionales. En él tuvieron lugar numerosas acciones de protesta y bloqueos de vías, por su ubicación estratégica al lado de la vía Panamericana. Y ha sido también el escenario de diálogo con los Presidentes Uribe y Santos.

Las movilizaciones del 99 dieron lugar a un proceso de unidad entre las organizaciones y movimientos sociales del Cauca de distinta índole –campesinos, indígenas, mujeres, profesores, movimientos comunales y destechados y sindicatos– que, a principios del 2000, crearon una coalición política, el Bloque Social Alternativo (BSA) para exigir al gobierno el cumplimiento de los acuerdos firmados tras el Paro del 99 y se presentaron a las elecciones departamentales del año 2000. Fueron unas elecciones históricas puesto que su candidato, el taita Floro Tunubulá –líder misak del movimiento indígena AICO– se convirtió en el primer gobernador indígena del Cauca, un departamento de tradición hacendista y esclavista (Jaramillo, 2013: 6-7, 39-42, 198).

En el 2004, el CRIC convocó una marcha de Popayán a Cali, conocida como el “Congreso Indígena y Popular” (o Congreso Itinerante) que movilizó a 70.000



indígenas. En esta se rechazaba la política de guerra del Presidente Uribe, el Plan Colombia, el modelo neoliberal, el ALCA y el TLC con Estados Unidos. La movilización fue muy bien acogida por diversas organizaciones sociales, que acudieron a Cali. Lo más relevante de esta movilización, según Houghton (2015: 95), fue que sembró la idea de la construcción de una institucionalidad popular, alternativa a la institucionalidad ilegítima del Estado, y se llamó a todas las regiones a iniciar ejercicios similares de construcción del poder popular. Este fue el origen de las grandes movilizaciones que vendrían en los siguientes años, todas ellas caracterizadas por una agenda política que combinó las reivindicaciones al Estado (cumplimiento de acuerdos, mesas de interlocución, garantías de respeto a la movilización, etcétera) con el ejercicio de procesos alternativos de soberanía popular. Uno de los resultados inmediatos del Congreso fue la celebración, el 6 marzo de 2005, de un referendo popular sobre el TLC en Jambaló, Toribío, Silvia, Caldono, Inzá y Páez, en la cual 51.330 personas (98%) votaron que no y solo 691 votaron que sí (Verdad Abierta, 19 marzo 2005)<sup>682</sup>.

En mayo del 2006, los indígenas convocaron la primera “Cumbre de Organizaciones Sociales y Movimientos Indígenas de Colombia” en La María (Piendamó), con el ánimo de fortalecer los procesos de convergencia popular. La Cumbre tuvo un gran poder de convocatoria entre las organizaciones sociales regionales y participaron en ella alrededor de unas 50.000 personas. Con un agenda parecida, los indígenas del CRIC y la ACIN se movilizaron en el 2007 en una marcha itinerante hasta Bogotá, en la cual fueron realizando asambleas populares en varias ciudades, coordinados con las organizaciones sociales de las ciudades en las que llegaban (Cali, Armenia, Ibagué) (Guzmán, 2010: 276-280). Más tarde, entre octubre y diciembre de 2008, los indígenas del Cauca volvieron a reactivar la movilización en una “Minga de Resistencia Social y Comunitaria” (MRSC). Llegaron a Cali para reunirse con Uribe pero ante los frustrados intentos de dialogar con el, se declararon en minga indefinida. Finalmente Uribe aceptó la celebración de un debate televisado en La María (Piendamó) frente a Aída Quilcué. Posteriormente, la minga emprendió la marcha hacia Bogotá. Las demandas de esta movilización volvieron a girar entorno a la necesidad de tierras, el incumplimiento de los acuerdos firmados con el gobierno, la derogatoria de políticas relacionadas con el modelo de desarrollo (el TLC) y la protección de la vida y los derechos humanos (Rincón, 2009: 54; Archila 2010: 42; López Fernández, 2009, sin publicar).

Como resultado de este proceso de convergencia de las luchas populares, finalmente, en el 2010, diversidad de organizaciones sociales de Colombia convocaron el primer “Congreso de los Pueblos” (CdP), concebido como un instrumento para la legislación popular, que pudiera dar lugar a un proceso de auto-organización de la sociedad. Previamente, en octubre de 2009, se realizaron

---

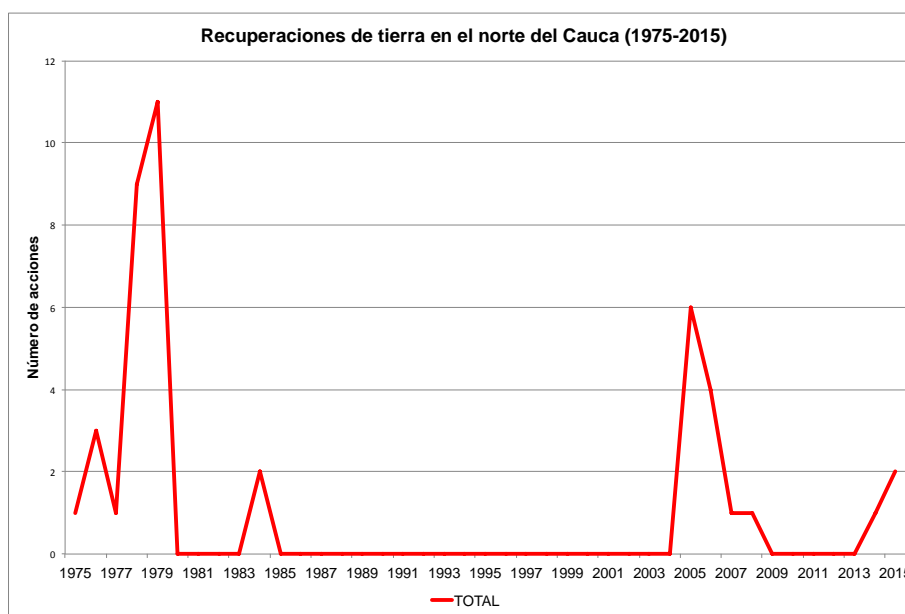
<sup>682</sup> (Disponible en <https://www.desdeabajo.info/ediciones/item/245-lecci%C3%B3n-de-democracia-y-organizaci%C3%B3n-para-colombia-cauca-consulta-ind%C3%ADgena-y-popular-rechaza-al-tlc.html>)

simultáneamente tres “Precongresos de los Pueblos” en diferentes puntos de Colombia, como forma de recoger propuestas de construcción de país. Las organizaciones participantes llegaron al CdP convencidas de tres ideas: el agotamiento de la democracia representativa, el agotamiento de la lucha armada y de los partidos políticos de izquierda y la validez de las experiencias de autonomía popular (Houghton, 2015: 97-99). A partir de entonces, el proceso de convergencia nacional fue en descenso y las acciones convocadas por el CdP en los siguientes años fueron perdiendo capacidad de articulación nacional. Los esfuerzos de articulación fueron canalizados hacia otros espacios como el Paro Agrario del 2013 y la Cumbre Agraria en el 2014, donde estuvieron representados los sectores rurales (campesinos, afrodescendientes e indígenas).

De este proceso de movilización nacional caba destacar, el protagonismo que tuvo el movimiento indígena caucano y, en particular, la ACIN en la articulación y movilización de las organizaciones sociales de Colombia. Los indígenas fueron vistos como una referencia de construcción del poder popular en el país y alabados por su gran capacidad de movilización de recursos y personas, así como por su capacidad de organización. En este período, además, los indígenas apostaron por las alianzas y ampliaron sus reivindicaciones, consiguiendo reducir así sus niveles de sectarismo, por los cuales han sido tan criticados (Guzmán, 2010: 280). En 2009, los indígenas del norte del Cauca se reunieron en Tacueyó (Toribío) en una Minga de Pensamiento por la “Resistencia y Autonomía frente a la agresión y ocupación integral contra la vida y los territorios” en la cual manifestaron que la Minga Indígena y Popular había sido “su hija”, su aporte a la movilización popular colombiana y su espacio de reencuentro con los demás sectores (Declaración final, 2009 recogido en Ramiro et al. 2010: 249-256). A partir de 2010, se observó un distanciamiento gradual de la ACIN y un retorno a sus dinámicas internas, probablemente por una conjunción de elementos: diferencias con los sectores del camilismo que intentaron dirigir el Congreso de los Pueblos, presiones internas de sectores conservadores indígenas partidarios de los procesos propios y demandas de las comunidades por conseguir resultados inmediatos, que pudieran ser materializados (Houghton, 2015: 107).

#### **7.6.4. Aumento de la conflictividad por la tierra en el norte del Cauca**

A partir del año 2005, la disputa por la tierra volvió a convertirse en un escenario central de las luchas en el Cauca. Se reactivaron las acciones de invasión de predios que en los años setenta habían sido la principal forma de lucha pero que desde la segunda mitad de los años ochenta habían ido decreciendo para dar paso a otras formas de lucha, primero, la vía armada, con el MAQL (1984-1991), y desde 1991, la vía política-institucional.

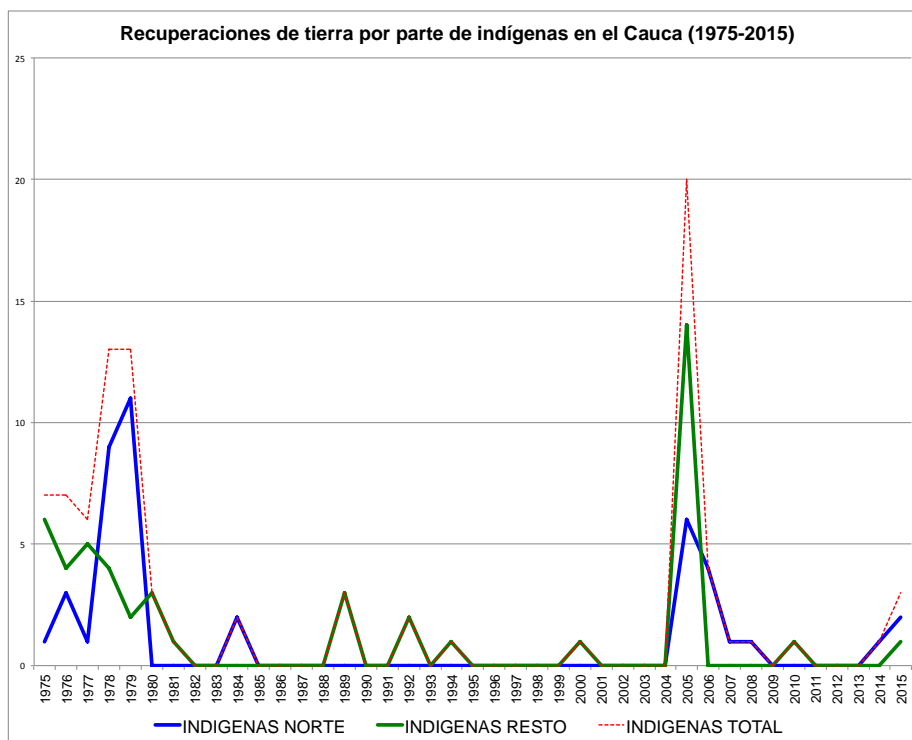
**Gráfica 22: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca entre 1975 y 2015**

Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

Las acciones de recuperación de tierras del 2005 no fueron una iniciativa de las comunidades del norte del Cauca. Las primeras acciones se dieron en el municipio de Puracé y Totoró el 27 de mayo y 11 de junio respectivamente<sup>683</sup> y, más tarde, se extendieron por todo el Cauca, afectando predios de varias partes del departamento: en los municipios de Silvia (predios de Ambaló y Los Remedios), Popayán (predios de la Selva, San Ignacio, Santa Teresa y Fátima), Puracé (Pisochago, Achaquí, El Acuario, los Rincones) y Caloto (La Emperatriz, El Japio). Los protagonistas de las acciones fueron comunidades indígenas nasa, misak, kokonuco y totoró. Aunque también contaron con la participación de comunidades campesinas de los municipios de Inzá, Totoró, Corinto y Miranda. Durante los años 2006, 2007 y 2008 el proceso de liberación de la Madre Tierra continuó en el departamento del Cauca, aunque con menos intensidad y concentrándose principalmente en la zona norte (Rincón, 2009: 54). A finales del 2014 se reactivaron las recuperaciones en la zona norte, esta vez, con el protagonismo de las comunidades indígenas de Corinto. Se ocuparon en Corinto seis predios (Miraflores, Miraflores II, Quebrada Seca, Quebrada Seca II, García Arriba y García limitada) de un total de 909 hectáreas que sumados a los veinticinco predios ocupados anteriormente por comunidades indígenas en el Cauca, hace un total de 8.572 hectáreas (IEI, 2015). En el año 2016, al terminar el trabajo de campo, el conflicto por la tierra en el norte del Cauca seguía irresuelto y las acciones de liberación de tierra seguían activándose de manera intermitente.

<sup>683</sup> El Tiempo, 13 de junio de 2005 y El Tiempo, 26 de junio de 2005, recogidos en la Base de datos de luchas sociales del CINEP.

**Gráfica 23: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca y en el resto del Cauca entre 1975 y 2015**



Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

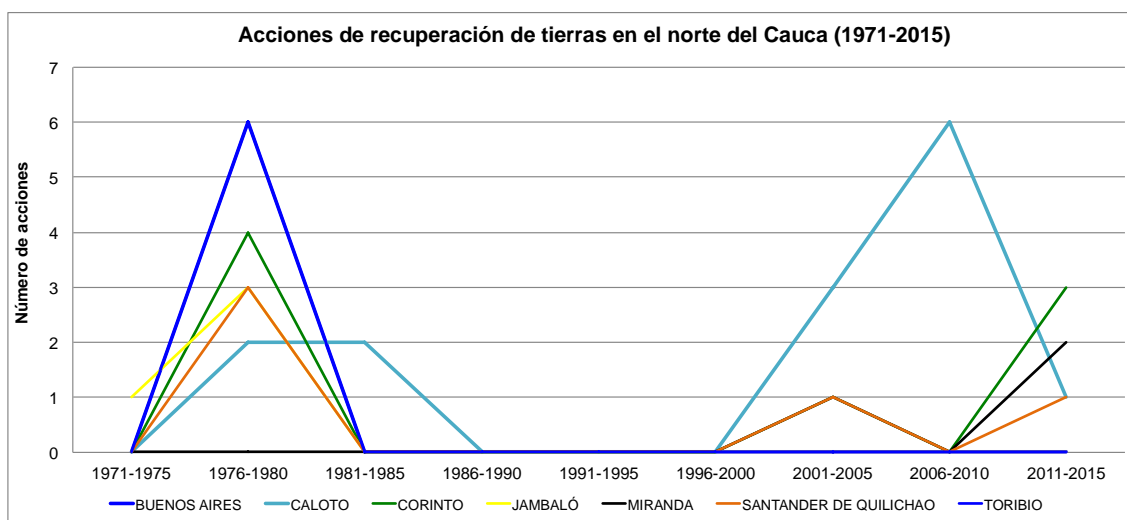
En el norte del Cauca, las invasiones se reactivaron, al igual que en el resto del Cauca, pero ya nunca más en las zonas altas de las cordilleras, esto es, Jambaló, Toribío y Buenos Aires. En esta segunda oleada de recuperaciones, las acciones se concentraron exclusivamente en predios de los municipios multiculturales, donde se producen la mayoría de conflictos territoriales, esto es, Caloto, Corinto, Miranda y Santander de Quilichao. En particular, de las diez acciones realizadas entre 2006 y 2008, seis fueron llevadas a cabo en el municipio de Caloto. Los predios afectados por las invasiones fueron predios ubicados en la zona plana. En particular, las haciendas La Emperatriz y el Japio, en el municipio de Caloto, fueron los predios más afectados porque han vivido ocupaciones intermitentes desde el 2005<sup>684</sup>.

En estos municipios confluyen todos los actores sociales y, con ellos, sus diferentes intereses territoriales y modelos productivos-económicos. En las zonas de ladera y montaña se ubican los sectores rurales –indígenas, campesinos y afros– y en la zona plana, donde están las tierras más productivas, se encuentra la agroindustria azucarera. Esta zona se ha constituido en un *hinterland* del conjunto industrial y

<sup>684</sup> La Emperatriz es una hacienda colindante al resguardo de Huellas-Caloto, que se encuentra al pie de la carretera que une el casco urbano de Caloto con Corinto y Miranda. Cuenta con una extensión de unas 300 hectáreas y sus propietarios se oponen a cualquier negociación. Los indígenas eligieron esta hacienda porque este lugar fue el centro de preparación intelectual de la masacre del Nilo, perpetrada por paramilitares en 1991 en la hacienda El Nilo, contigua a la Emperatriz. La hacienda El Japio también está ubicada en el municipio de Caloto, pero a 50 kilómetros de distancia del territorio indígena en dirección nororiente

económico conectado a las ciudades del sur del Valle del Cauca (Sánchez, Vargas y Vásquez, 2011: 89). Por tanto, se trata de una zona de frontera agrícola donde entran en contacto la economía campesina con los procesos de industrialización y expansión del monocultivo de caña, para la producción de azúcar y etanol<sup>685</sup>. A esto se suma la integración de esta zona al corredor estratégico de salida al pacífico, la intensificación de los cultivos de uso ilícito y minería ilegal y la cercanía con los enclaves históricos de la guerrilla en lo alto de la cordillera. Como consecuencia, la vía que une las cabeceras municipales de estos municipios se convirtieron en rutas para el negocio de la minería y el narcotráfico.

**Gráfica 24: Acciones de recuperación de tierras realizadas por indígenas en el norte del Cauca, según municipio<sup>686</sup>**



Fuente: elaboración propia a partir de base de datos del CINEP

Las demandas principales de los ocupantes fueron la reivindicación del derecho a la tierra, la necesidad de tierra para trabajar y el incumplimiento de acuerdos con el gobierno sobre la entrega de tierras. (Guzmán, 2010: 272-273). Los indígenas justificaron las invasiones en base a dos históricos reclamos: la falta de tierras fértiles para el cultivo y el incumplimiento del acuerdo del Nilo al que se comprometió el Presidente Samper tras la recomendación dictada por la CIDH. Según los indígenas, solo se había entregado la mitad de las tierras, las cuales, además, se encontraban en zonas erosionadas y montañosas<sup>687</sup>. Sumado a estos argumentos, en el 2005 se introdujo en el discurso una nueva explicación: las tierras ancestrales estaban siendo liberadas de la explotación de los monocultivos que amenazan el medio ambiente y los recursos naturales para volver a ser incorporadas a las tierras

<sup>685</sup> El área cultivada en caña en el Valle del Cauca y norte del Cauca pasó de 133.187 hectáreas en 1980 a 202.926 hectáreas en el año 2007 (Rincón, 2009: 89).

<sup>686</sup> Buenos Aires y Toribío tienen el mismo color en esta gráfica porque coincide su dinámica y de otra forma se invisibilizaba alguno de los dos y generaba confusión.

<sup>687</sup> ACIN, Portal internet, 3 y 5 de septiembre, en IKV Pax Christi, 2008: 19. (El Colombiano, 6 de septiembre de 2005, recogido en BD CINEP).

comunales de los pueblos que respetan y protegen la tierra<sup>688</sup>. Desde entonces, las acciones de recuperación fueron bautizadas como acciones de “liberación de la Madre Tierra”.

Una cuestión relevante para entender esta segunda oleada de recuperaciones está relacionada con quiénes fueron los actores que promovieron las tomas. Durante los años setenta, el CRIC tuvo un rol clave en las invasiones de tierra. Era el convocante y promotor de las acciones y organizaba a los comuneros para realizar las acciones e instituirse en cabildos. El CRIC era un movimiento de terrajeros que nació para coordinar las recuperaciones de tierra. Sin embargo, una vez conseguidas gran parte de las tierras y, ante las oportunidades que ofrecía el nuevo contexto en los años noventa, las estructuras político-organizativas regionales y locales, se fueron preocupando más por el ejercicio de la autonomía y el gobierno propio (cultura, educación, salud, economía y territorio) que por la reforma agraria. Por tanto, cuando se reactivaron las recuperaciones en el año 2005, la iniciativa no procedió de las estructuras organizativas formales sino del impulso de nuevos liderazgos y grupos locales. Ninguna de las recuperaciones de este período (2005-2015) se iniciaron siguiendo un mandato o directriz regional o zonal y ni la ACIN ni el CRIC tuvieron que ver en su convocatoria u organización. Es más, estas acciones generaron tensiones entre los cabildos de diferentes zonas, al colocar al CRIC en una posición delicada frente al gobierno, puesto que desde hace años venían avanzando en la concertación de los decretos autonómicos y la adjudicación de tierras por la vía político-institucional. En un comunicado público, el CRIC expresó que, si bien las demandas de tierras eran legítimas, sus promotores debían agotar los procedimientos internos (asambleas comunitarias, cabildos y delegados de las asociaciones zonales) para tomar decisiones colectivas coherentes, ya que se estaban afectando procesos regionales de negociación (CRIC, 2007, citado en Guzmán, 2010: 274). No obstante, en el trascurso de las recuperaciones, la ACIN y el CRIC optaron por avalar las acciones, como una estrategia para mantener a las comunidades cohesionadas.

Quiénes estuvieron detrás de las invasiones de tierra está relacionado con la aparición en la misma época de grupos de indígenas, conformados mayoritariamente por jóvenes varones, críticos con las autoridades indígenas y las estructuras de poder del movimiento. Según estos, la orientación institucional adoptada por el movimiento era equivocado, el camino para solucionar los problemas de las comunidades indígenas no era la vía de la concertación sino el camino que marcó la Quintinada, esto es, el de la lucha organizada. Por tanto, estos grupos defienden formas de luchas más violentas a las actualmente adoptadas por el movimiento indígena, tales como las recuperaciones de tierra (Vasco, 2008; Zibechi, 2007c). Estos grupos de “radical flanks” fueron conformándose dando lugar a dos nuevas organizaciones: el “Movimiento Sin Tierra – Nietos del Quintín Lame”

---

<sup>688</sup> ACIN, portal web, 3 y 5 de septiembre de 2005. Citado en IKV Pax Chisti 2008: 20.

(MST-NQL), y la Asociación Indígena Avelino UI, también conocida como “Hijos de Avelino UI”. Los primeros salieron públicamente en agosto de 2006 y son un grupo de indígenas procedente de Caldone y Jambaló; mientras que los segundos proceden de los resguardos de Miranda, Corinto, Tacueyó, Toribío y San Francisco (Jaramillo, 2012: 5). Hay indicios para pensar que estos grupos fueron captados o influidos por la guerrilla. Se separaron del movimiento indígena y se vincularon orgánicamente a los procesos y organizaciones campesinas de orientación comunista como el PUPSOC-FENSUAGRO, que están a su vez vinculados con la guerrilla de las FARC<sup>689</sup>.

El uso de métodos violentos por parte de estos grupos (papas-bombas y cócteles molotovs) generó malestar y tensiones dentro de las comunidades indígenas. Cada intento de recuperar, desencadenaba una escalada de violencia entre los escuadrones del ESMAD y las comunidades indígenas, que acababa generando con numerosos heridos, detenidos e incluso muertos. En ocasiones, las autoridades y las instituciones estatales advirtieron que las acciones estuvieron infiltradas por la guerrilla (Guzmán, 2010: 269-272). Las autoridades intentaron controlar las acciones e imponer la disciplina de la no-violencia, llegando incluso a expulsar al coordinador de la guardia indígena, Lucho Acosta, por haberse extralimitado en los métodos. En este escenario frecuentemente entraban entidades de protección de la población civil, como la Defensoría del Pueblo o la Oficina del Alto Comisionado por los Derechos Humanos de Naciones Unidas, así como mediadores del conflicto (líderes indígenas, ONIC, gobernantes, instituciones académicas, asociaciones de propietarios, etcétera.) que buscaban una salida negociada a las invasiones. Se consiguieron ciertas treguas y espacios de negociación con el gobierno regional y/o nacional pero estos no consiguieron una resolución definitiva al conflicto. Los intereses económicos sobre las tierras de la zona plana dificulta que el gobierno cumpla los compromisos de entrega de tierras en esa zona.

Algunos entienden la aparición de estos grupos como un reflejo de los cambios – generacionales, de género y culturales– por los cuales están atrevesando las comunidades indígenas. Antes, el movimiento era más homogéneo y se respetaba la obediencia vertical de arriba abajo, pero los cambios en la forma de vida y la participación de los jóvenes y las mujeres están transformando el movimiento a la vez que genera tensiones internas (Zibechi, 2007c).

---

<sup>689</sup> Durante el trabajo de campo, asistí a una reunión entre todos los actores claves del Cauca – celebrada en el municipio de Silvia en el 2015– en la que pude ser testigo de la relación de camaradería existente entre las personas del PUPSOC y de NQL y de la tensión habida entre estos últimos y los representantes de la ACIN. De hecho durante su intervención, el “quintín” lanzó críticas hacia el gobierno de la ACIN. Respecto a los “avelinos”, en el grupo de discusión realizado en Toribío en 2015, los participantes indígenas señalaron a estos como un grupo opositor que no aceptaba la autoridad del cabildo.

### 7.7. Impacto del proceso de paz de la Habana en el norte del Cauca (2012-2016)

Como vimos, durante la primera etapa del gobierno de Santos (2010-2012) no cambió la dinámica del conflicto armado en el país e incluso se intensificó. Lo que los analistas luego señalaron es que el repunte del conflicto armado en estos años probablemente se debió a demostraciones de fuerza por parte del gobierno y las FARC para presionar el proceso de negociaciones, que en este momento estaba en su fase secreta (Salazar, 2014: 64). El norte del Cauca fue un claro ejemplo de ello, pues en estos años se agudizó la situación de crisis humanitaria producto de los hostigamientos. La intensificación de los combates estuvo relacionada con la presencia del jefe guerrillero “Alfonso Cano” en la zona, hasta que se dio con su muerte en noviembre de 2011 (Prieto, Rocha y Marín, 2014: 20). No obstante, el primer semestre de 2012 continuaron los hostigamientos a la población civil. Entre enero y julio de 2012, se presentaron 30 eventos violentos en el norte del Cauca – entre combates, bombardeos, restricciones de movilidad, reclutamiento forzado, etc.– que produjeron 6.128 personas desplazadas, siendo una de las zonas más afectadas del país (CODHES, 2012: 2-5).

Ante tal situación, el anuncio del proceso de paz con las FARC en septiembre de 2012 fue bien recibido por el movimiento indígena, quien desde hace décadas se había ubicado como uno de los principales promotores de la salida negociada al conflicto armado. No obstante, la decisión de los indígenas y otros sectores sociales de Colombia de apoyar a Santos, no se adoptó sin matices. La concepción de la paz de los sectores sociales y sus aspiraciones de construcción de paz, superaban lo que se negociaba en La Habana. Eran conscientes que la firma de un acuerdo solo era el fin de la guerra y no resolvería los problemas estructurales, que son las causas del conflicto armado. La paz de Santos no sería la paz social del movimiento indígena, campesino y afrodescendiente<sup>690</sup>. Para la construcción de paz se requería, entre otras cosas, la participación de los actores locales y regionales, que son quienes estaban en los territorios y quienes venían realizando la construcción de paz a través de los planes de vida. A pesar de todo, los sectores sociales apoyaron el avance de las negociaciones –y la apertura de la mesa de negociaciones con el ELN– en tanto en cuanto consideraron que los acuerdos de paz eran imprescindibles o, al menos, una oportunidad para avanzar en su objetivo de construcción de la paz. El fin del conflicto armado posibilitaba la entrada en un nuevo escenario posbélico donde podrían incidir mejor para realizar las transformaciones sociales deseadas. Por tanto, el apoyo concedido por estos sectores a Santos fue, en parte, una decisión estratégica de aprovechar las oportunidades que la firma de los acuerdos traerían y aumentar las posibilidades de incidencia en el nuevo escenario (Linares, 2015: 13-16, 29-30).

---

<sup>690</sup> Por ejemplo, estos sectores se opusieron a la “locomotora minero-energética” de Santos, como se conoce a su Plan Nacional de Desarrollo de 2012, que se compone de cinco locomotoras: infraestructura, vivienda, agro, minería e innovación.



Durante los cuatro años que duró el proceso de paz se vivió una situación de incertidumbre política, que se vió reflejada en las relaciones tensas y contradictorias entre todos los actores. Por parte del movimiento indígena, a la par que se participó en proceso de convergencia nacional como la Cumbre Agraria, surgieron actitudes oportunistas por parte de algunos sectores para reclamar al gobierno acuerdos incumplidos y avances en sus compromisos a cambio de su apoyo. Esto debilitó las alianzas políticas con otros actores, quienes apostaban por una acción de presión en conjunto. A la vez, en el interior de las comunidades surgieron voces escépticas frente a la conveniencia de los acuerdos que planteaban una retirada de su apoyo. En particular, preocupaba cómo sería el escenario posacuerdo: los incumplimientos del gobierno, la falta de garantías, la posibilidad de entrada de nuevos grupos armados para controlar los vacíos de poder, el devenir de los cultivos de uso ilícito, la llegada de excombatientes a los resguardos, la aparición de disidencias en el Frente VI de las FARC, la posible conformación de una zona de concentración en Corinto, etc.

A esta incertidumbre se suma que hasta el 2015, la situación humanitaria de las comunidades indígenas del norte del Cauca continuó siendo complicada. El ejército y las FARC mantuvieron en el norte del Cauca cuatro meses de combates. Según los pobladores, la situación empeoró desde que el ejército comenzó el Plan de Consolidación en el norte del Cauca (Verdad Abierta, 7 de marzo de 2014). En efecto, desde el 2011, el norte del Cauca era una de las zonas priorizadas del Ejército (Plan de Consolidación, Plan Espada de Honor I y II) (Prieto, Rocha y Marín, 2014: 13)<sup>691</sup>. La percepción de las comunidades era que estaban siendo también más hostigadas por las FARC. El punto más álgido del conflicto con la guerrilla llegó en 2014. En febrero, una comisión humanitaria de la ACIN formada por trece personas, ocho de ellas guardias indígenas, fueron atacadas por las FARC, dejando a tres guardias indígenas heridos (Verdad Abierta, 28 de febrero de 2014). Y en noviembre, dos guardias indígenas fueron asesinados en Toribío, a manos de cuatro guerrilleros indígenas. La comunidades les capturaron, fundieron las armas y realizaron un juicio público, condenando a los mayores de edad a penas de prisión. A continuación, una comisión indígena viajó a la Habana para dialogar con los comisionados de las FARC sobre la situación del norte del Cauca, de la cual obtuvieron un acuerdo humanitario de no agresión y respeto a la autonomía indígena. Finalmente, en el 2015, los hostigamientos en el norte del Cauca comenzaron a decrecer, de modo que la población civil pudo sentir los efectos de las negociaciones de paz.

---

<sup>691</sup> En 2011, las FARC hacían presencia en siete municipios del norte del Cauca –Jambaló, Toribío, Caloto, Corinto, □ Miranda, Santander de Quilichao y Buenos Aires– además de en López de Micay (Indepaz, 2012: 25). Ese año, el gobierno elaboró un Plan de Consolidación Nacional y seleccionó las ocho zonas del país más conflictivas, una de las cuales fue el área de la “cordillera central” formada por once municipios correspondientes al sur del Tolima, el sur del Valle del Cauca y el norte del Cauca. En el caso del norte del Cauca, los municipios seleccionados fueron: Toribío, Caloto, Corinto, Miranda y Santander de Quilichao. El objetivo de este plan consistió en desarticular el corredor estratégico que las FARC tienen el suroccidente del país (Indepaz, 2012: 34).

Durante la fase del posconflicto, el norte del Cauca se incluyó en una de las zonas priorizadas para la implementación de los acuerdos (está incluido en el PDET número 1 “Alto Patía-Norte del Cauca”) y se establecieron dos zonas de concentración, uno en Caldoño y otro en Buenos Aires. Sin embargo, la situación en el norte del Cauca sigue sin estabilizarse. La violencia política aumentó por la disputa por el control de los cultivos de uso ilícito. Los líderes y la guardia indígena están siendo amenazados por querer erradicar los cultivos. El Cauca es el tercer departamento más afectado por las acciones de las disidencias de las FARC. Las redes de milicias que no formaron parte del proceso de reintegración, están conformando nuevos grupos por medio de alianzas entre sí o con otros grupos criminales y/o guerrilleros, como el ELN. En el norte del Cauca, estos nuevos grupos están intentando ocupar el espacio de las antiguas estructuras de las FARC (FIP, 2018)<sup>692</sup>. Estas disidencias, además, rivalizan con los grupos armados no estatales que surgieron tras la desmovilización de los paramilitares en 2005 y que todavía están activos en la subregión. Los Rastrojos se establecieron en Puerto Tejada, Santander de Quilichao y López de Micay y las Águilas Negras se ubicaron principalmente en Caloto (Indepaz, 2012, 12 y 16). El interés de estos grupos ha sido dominar las zonas donde hay cultivos de uso ilícito y/o minería (Indepaz, 2012: 47)<sup>693</sup>. Entre sus actividades, sobresale la persecución constante que hacen a los líderes y procesos sociales que defienden el territorio, entre otros, el movimiento indígena de la ACIN. Según el CERAC, el 11,9% de la violencia política habida en el país entre 2014 y 2017 se produjo contra comunidades indígenas.

## 7.8. Consideraciones finales

Hemos visto cómo, desde la llegada de los conquistadores, el pueblo nasa consiguió permanecer en los territorios del nororiente caucano gracias, según su memoria colectiva, a un ejercicio permanente de resistencia frente a la dominación de los colonos y criollos. En su imaginario colectivo, son quinientos años de resistencia, que han forjado su identidad y cultura. Por eso, la resistencia es el eje articulador de su historia y el carácter definitorio de su identidad como un pueblo guerrero.

Desde 1971, la trayectoria de lucha de los indígenas del norte del Cauca ha pasado por diferentes etapas, según fueron variando los adversarios y las amenazas o agravios colectivos. Así podemos observar un repertorio de acciones combinado e integral: acciones reactivas frente al conflicto armado, acciones propositivas o constructivas dentro del territorio, acciones político-institucionales para la concertación y acceso a recursos externos y acciones extra-institucionales o contenciosas.

---

<sup>692</sup> Disidencias de las FARC, ¿cuáles son, dónde están, qué hacen?, FIP, 7 de febrero de 2018, <http://www.ideaspaz.org/publications?contentType=183>

<sup>693</sup> (Indepaz, Cartografía del conflicto: narcoparamilitares y guerrilla, en Punto de Encuentro N°58, 2012)

En sus inicios, los indígenas se movilizaron para hacer frente al sistema de usurpación de tierras y explotación –el terraje– impuesta por los terratenientes. Pasaron de la infra-política a organizarse en el CRIC, conformando así un nuevo sujeto político bajo una nueva identidad colectiva, la identidad indígena. Más adelante, a medida que sus territorios se fueron incorporando a la dinámica del conflicto armado de Colombia, las comunidades indígenas tuvieron que generar nuevos mecanismos para hacer frente, no solo a las acciones bélicas (cada vez con más víctimas civiles) sino también a las violencias generadas por la presencia de los actores armados estatales (fuerza pública) y no estatales (guerrillas y paramilitares): las disputas de poder por el control territorial y poblacional, los ajustes de cuentas, las venganzas y los señalamientos, así como las transformaciones de los territorios, de las prácticas ambientales, alimentarias y económicas.

En particular, las zonas de cordillera del norte del Cauca, donde habitan los indígenas, fueron lugares privilegiados para el establecimiento de las insurgencias, así que durante todo el conflicto armado, las comunidades han mantenido diversas estrategias de relacionamiento. La relación entre las comunidades y las insurgencias varió a lo largo del tiempo, en función de, al menos, cinco factores: la actitud de la insurgencia hacia las comunidades, la afinidad o disparidad ideológica, el accionar bélico que la insurgencia desarrollara en el territorio, las consecuencias que su presencia generara para las comunidades y el posicionamiento de las autoridades y organizaciones indígenas respecto a la lucha armada. De la combinación de estos factores dependió que la relación fluctuara entre la convivencia y la conflictividad. En líneas generales, hasta los noventa la relación con las insurgencias y sus vanguardias armadas fue más pacífica e incluso hubo, con algunas de ellas, momentos de alianza y apoyo mutuo. Sin embargo, respecto a las FARC, desde principios de los ochenta prevaleció una relación de desconfianza, de no cooperación e incluso de enfrentamiento violento.

El tipo de repertorio de lucha que los indígenas desarrollaron frente a las diversas amenazas también varió a lo largo del conflicto armado. En los setenta, frente a la inseguridad económica y alimentaria, los indígenas desarrollaron las acciones de recuperación de tierras y frente a la inseguridad física, organizaron grupos de autodefensas armadas que acabaron convirtiéndose en los ochenta en una auténtica guerrilla indígena, el MAQL.

No obstante, el grupo armado no tardó en desmovilizarse ante la oportunidad que ofreció el proceso constituyente a principios de los noventa. Desde entonces, el movimiento indígena vivió un proceso de institucionalización y avance en el reconocimiento de derechos. Respecto al conflicto armado, los indígenas adoptaron una posición de rechazo frente a todos los actores armados presentes en el territorio y comenzaron a perfeccionar sus mecanismos de resistencia no-violenta. La situación de violencia –principalmente física– se agravó durante la década de los dos mil, con la consolidación de las FARC en el norte del Cauca, la arremetida

paramilitar y la política de seguridad democrática de Uribe. Pero los indígenas consiguieron resistir en el territorio y sin el uso de armas, gracias al éxito de estrategias tales como la habilitación de una guardia indígena dedicada a la protección de la comunidad y al control territorial. Peñaranda (2015: 96) afirma que el movimiento indígena caucano ha sido el único actor social capaz de movilizarse en contra de los actores armados. A través de la resistencia desarmada, los indígenas consiguieron enfrentarse con éxito a las fuerzas de seguridad del Estado, a los grupos criminales o ejércitos privados y a las insurgencias. Y ha sido también un ejemplo de lucha para el movimiento social colombiano por su capacidad de movilización, su agenda reivindicativa frente al Estado y su capacidad de construir poder popular. Los indígenas han conseguido, además de resistir a los actores armados, recuperar las tierras, la lengua, la identidad y la cultura y avanzar en la autonomía. Para Guzmán, se trata de “un movimiento social de carácter étnico que no tiene equivalente en el país y que tiene significación nacional” (Guzmán, 2010: 282).

Por otro lado, a pesar de que el lineamiento oficial del movimiento indígena desde la desmovilización del MAQL ha sido la resistencia desarmada, hemos identificado multiplicidad de cuestiones que muestran que esta no ha sido una práctica homogénea, ni libre de discusiones internas, sino que, al contrario, el movimiento indígena ha enfrentado diferentes problemáticas que han amenazado el sostenimiento de su trayectoria de resistencia activa y no-violenta: (1) en el 2005, la reactivación de las recuperaciones de tierra y el aumento del uso de la violencia (artefactos no-convencionales); (2) asociado a esto, el surgimiento de disidencias o facciones radicales en Caldon y en la zona norte del Cauca, formadas mayoritariamente por jóvenes y vinculadas orgánicamente a procesos cercanos a las FARC; (3) y, en la línea contraria, la aparición de disidencias indígenas desarmadas que cuestionan la resistencia activa del movimiento y apoyan al gobierno; (4) el crecimiento del desalineamiento de marcos entre la zona norte (ACIN) y el resto del Cauca (CRIC), en torno a la orientación de la lucha y el repertorio de acciones. En términos generales, la zona norte ha sido más proclive a las acciones disruptivas y el resto de las zonas a la interlocución con el gobierno; (5) el aumento progresivo de la participación de comuneros indígenas en el Frente VI de las FARC, en los cultivos de uso ilícito y en la minería ilegal; (6) como consecuencia, el aumento de los señalamientos, ajustes de cuentas, asesinatos y problemas de convivencia dentro de las familias y de las comunidades, generando ruptura de la confianza y debilitamiento del tejido social; (7) los discursos que legitiman el uso de la violencia en base a las luchas de sus antepasados y el carácter guerrero de su identidad; (8) la postura de intelectuales y activistas cercanos al movimiento indígena que no están de acuerdo con la imagen “pacífica” que se da en la literatura de resistencia no-violenta; (9) las posiciones contrarias a los acuerdos de paz (spoilers y escépticos) y las posiciones de sectores conservadores con visiones de paz no interculturales; y (10) las violencias intrafamiliares y sexuales, el abandono de niños y la distribución inequitativa de recursos o poder.

Estas consideraciones finales no deben conducirnos a la estigmatización del movimiento indígena, así como el estudio de la resistencia no-violenta no debe conducirnos a una imagen idealizada del mismo. Lo que hemos tratado a lo largo de este capítulo es complejizar nuestro objeto de estudio para poder indagar sobre las condiciones internas y externas que expliquen el éxito de la resistencia desarmada a pesar de las debilidades y amenazas existentes. En el siguiente capítulo, exploramos las causas de este éxito, en particular, las condiciones que han favorecido la adopción y mantenimiento de la resistencia desarmada por parte de las comunidades indígenas del norte del Cauca durante su trayectoria de lucha.



## Capítulo 8. Análisis de los factores principales que han favorecido los procesos de radicalización y desradicalización en el movimiento indígena

---

### 8.1. Introducción

En el capítulo anterior hemos analizado la resistencia del movimiento indígena del norte del Cauca a lo largo de 45 años (1971-2016). En particular, demostramos que el movimiento indígena no ha sido un sujeto colectivo homogéneo y estanco. Durante su trayectoria de lucha, se relacionaron con los diferentes grupos armados, desde las alianzas hasta el enfrentamiento violento; adaptaron el repertorio de lucha y las estrategias de resistencia a las amenazas y oportunidades ofrecidas por el contexto; transitaron entre las acciones colectivas violentas y no-violentas; y en su seno convivieron facciones moderadas y radicales.

Sin embargo, desde principios de los noventa los indígenas han conseguido articular sus desafíos colectivos de manera desarmada y superar o controlar las dinámicas internas y externas que amenazan con debilitar y radicalizar el movimiento. El movimiento indígena ha demostrado tener una gran fortaleza. Ha sido capaz de movilizar a miles de personas durante semanas, garantizando transporte, techo y alimento; ha sido capaz de resistir sin armas a los actores armados, capturando y juzgando a quienes cometen asesinatos bajo su jurisdicción; ha sido capaz de rescatar a menores reclutados y líderes secuestrados; ha sido capaz de retar al gobierno y traer a dialogar a su territorio a Presidentes y Ministros del gobierno; ha sido capaz de construir poder popular en su territorio, etcétera. Y ha obtenido, además, unos resultados incomparables. Desde su surgimiento, el movimiento indígena ha conseguido avanzar en muchos de sus objetivos políticos: recuperación de la lengua, recuperación de cabildos, recuperación de tierras y consolidación del territorio, reconocimiento institucional y de derechos, mejora de las condiciones de vida, etc. Por ello, muchos sectores sociales en Colombia han visto en ellos el camino para alcanzar sus propias metas. El movimiento indígena se convirtió en un movimiento de referencia y fue reconocido a nivel nacional e internacional por su resistencia no-violenta.

La experiencia del movimiento indígena plantea muchas preguntas sobre las condiciones que explican esta trayectoria y el éxito en el mantenimiento de la resistencia sin armas: ¿por qué las comunidades indígenas se movilizaron en 1971?, ¿por qué reaccionaron de manera armada ante la violencia de los años setenta y ochenta?, ¿por qué después se distanciaron de la lucha armada y de las insurgencias y adoptaron una forma de resistencia no-violenta?, ¿por qué decayeron las acciones colectivas de recuperación de tierras y volvieron a surgir más adelante?, ¿por qué habilitaron un cuerpo de protección especializado en la no-

violencia?, ¿cómo han controlado o superado las dificultades internas y externas que amenazaron con debilitar y radicalizar el movimiento?, ¿de dónde ha nacido su fuerza?, ¿a qué se debe ese éxito?, etc.

A todo esto es a lo que intentaremos responder en este capítulo, con nuestra pregunta de investigación: cuáles son las condiciones que explican los procesos de radicalización y des-radicalización en el movimiento indígena, que han favorecido finalmente la adopción y sostenimiento de la resistencia no-violenta.

Para responder esta cuestión, hemos desarrollado una metodología de análisis con el apoyo de Atlas ti, un programa informático que facilita el análisis de la información cualitativa y su cuantificación. En el primer apartado de este capítulo, exponemos cómo ha sido el proceso de análisis con Atlas ti, la construcción de las categorías o códigos analíticos y el uso de las herramientas que ofrece el programa. En el segundo apartado, hemos realizado el análisis propiamente dicho, para conocer cuáles han sido los factores que han influido en la trayectoria violenta y no-violenta del movimiento. Y, por último, en el tercer apartado, hemos realizado un análisis comparado de los resultados obtenidos en el apartado anterior, para poder identificar qué factores, entre todos los analizados, han sido los principales o más influyentes en la adopción de una u otra trayectoria. Este análisis final, además, es el que ha servido de base para la comprobación de nuestras hipótesis.

## **8.2. Análisis de la información cualitativa con Atlas ti**

En este apartado vamos a explicar cuál ha sido la metodología que hemos desarrollado para analizar la información cualitativa y comprobar las hipótesis.

### **8.2.1. Proceso de codificación**

Recordemos que en el trabajo de campo recogimos una diversidad de fuentes primarias (entrevistas a personas clave, diario de investigación, grupos de discusión, actas de negociaciones y acuerdos, planes de vida, etc.) de las cuales seleccionamos un total de 336 fuentes (ver introducción). Una vez seleccionadas las fuentes, realizamos su lectura y las fuimos codificando con ayuda de Atlas ti. La codificación es la asignación de etiquetas o códigos a cada una de las citas. Las citas son las ideas, explicaciones o fenómenos que encontramos en el material textual y audio-visual. En Atlas ti, las citas son la unidad básica de análisis y los códigos son las categorías que agrupan a las citas encontradas en diferentes materiales. Los códigos pueden ser descriptivos o analíticos<sup>694</sup>. En total, en nuestra

---

<sup>694</sup> Es preferible la creación de códigos analíticos frente a los descriptivos y, sobre todo, hay que evitar aquellos que se formulan en los mismos términos que lo expresado por fuentes. Por ejemplo, al estudiar lo que una pareja –en la cual uno de ellos tiene Alzheimer– hace juntos, los códigos “bailar” o “jugar a los bolos” solo describen el tipo de actividad que realizan; sin embargo, codificar estas actividades con categorías como “actividad central”, “hacer juntos” o “hacer para”, tiene un contenido analítico (Gibbs 2012, 69).



unidad hermenéutica (UH) hemos creado 11.738 citas y 1.402 códigos. Sin embargo, el núcleo fundamental de esta investigación la forman 547 códigos analíticos (que explicaremos más adelante), que son los que hemos utilizado para comprobar nuestras hipótesis. El resto de los códigos son adyacentes o secundarios y pueden ser utilizados para complementar la información obtenida de los códigos primarios<sup>695</sup>. Así mismo, a la vez que fuimos analizando las fuentes y creando los códigos, fuimos construyendo las redes conceptuales o “árboles de códigos”, en las cuales se establece cuál es el tipo de relación que existen entre los códigos<sup>696</sup>. Los códigos y redes resultantes de este proceso de codificación componen el “marco de codificación” o el “marco temático” de nuestra investigación (Gibbs 2012, 65). El marco temático que hemos construido constituye en sí mismo un resultado valioso de esta investigación en la medida en que ofrece un marco conceptual amplio y complejo sobre todas las condiciones que pueden explicar la trayectoria de los movimientos sociales. Aunque haya sido creado a partir del estudio de un caso particular, el marco conceptual puede ser aplicado para el análisis comparado de otros estudios de caso. En este sentido, la investigación cualitativa no confiere una generalización numérica pero sí teórica, dando lugar a teorías sustantivas (aquellas que se aplican a un campo específico) o a teorías formativas (aquellas que, aunque pudieron ser en principio aplicadas a un fenómeno, se han ido aplicando a diferentes campos) (Flick, 2015: 127).

Cabe señalar que la construcción del marco conceptual o temático de esta investigación, es el producto de un proceso de codificación de tres años, en el cual se pueden distinguir tres fases o etapas de análisis. En el primer análisis de las fuentes se efectuaron las primeras codificaciones sobre 32 documentos, que fueron principalmente las entrevistas y conversaciones que habían sido transcritas previamente. El resultado de este análisis fue la creación de 1.412 citas y 850 códigos. El objetivo de esta primera codificación fue familiarizarse con el funcionamiento del programa y permitir la realización de un análisis flexible y exploratorio del caso (método inductivo), pues aunque ya se tenían conocimientos sobre la materia e hipótesis previas, todavía se podía realizar el análisis sin la influencia de un marco conceptual perfectamente definido. Los expertos recomiendan realizar este tipo de “análisis impresionista” previo al “análisis teórico”, para evitar limitar la creatividad del investigador y que pueda hallar así explicaciones innovadoras (Saldaña, 2014). Una vez realizado este primer análisis, se pospuso la tarea del análisis cualitativo para completar la redacción del marco teórico y, una vez

---

<sup>695</sup> Una vez construidos los códigos primarios o fundamentales de la investigación, podríamos prescindir y eliminar el resto de códigos, pero no descartamos su utilidad para próximas investigaciones.

<sup>696</sup> Las relaciones pueden ser transitivas, simétricas o asimétricas. En nuestro caso, las relaciones que hemos establecido entre los códigos han sido asimétricas o jerárquicas. Dentro de las causas o factores que explican las trayectorias, hemos identificado los factores principales, las categorías que los conforman y, a su vez, las subcategorías. Dentro de las dinámicas de lucha que intentamos explicar, hemos identificado las dinámicas principales y las sub-dinámicas que lo conforman (son parte de).

que éste fue terminado, se retomó el análisis de las fuentes con Atlas ti. Ahora sí, en esta segunda vuelta, utilizamos el marco teórico de la tesis –particularmente el Capítulo 5– como base teórica de la que extraer los códigos (método deductivo). De este modo, se terminaron de codificar los 336 documentos, creando un total de 1.436 códigos, asociados a 11.346 citas. Una vez que todas las fuentes fueron codificadas, recuperamos las citas o pasajes que compartían las mismas etiquetas o códigos, de manera que comenzamos a comparar la información. Este ejercicio nos mostró que era necesario mejorar la organización y coherencia interna del marco temático. Por tanto, iniciamos una tercera vuelta de perfeccionamiento del marco temático, revisando y modificando los códigos y los árboles que así lo requerían para conseguir una coherencia interna. Por un lado, se analizó de manera pormenorizada cada código, recayendo sobre (a) cuál es el núcleo central o común entre casos y (b) cuáles son las diferencias, por qué varían de un caso a otro o de qué factores depende. De esta manera fuimos redefiniendo los códigos, matizándolos cada vez de forma más precisa. Algunos códigos fueron eliminados, otros fueron unificados y se crearon nuevos códigos analíticos. Siguiendo las recomendaciones de Gibbs, para evitar errores en la codificación, elaboramos un memorando de cada código que recogía cuál era la definición, los elementos, las ideas analíticas subyacentes, la posible subdivisión en otros códigos y las recomendaciones para realizar una adecuada aplicación (Gibbs 2012, 63–66). Esta tarea es fundamental para delimitar la frontera conceptual en aquellos códigos donde los límites son más difusos e imperceptibles, de manera que podemos caer fácilmente en errores. Por otro lado, las modificaciones en los códigos debían reflejarse en los árboles de códigos, así que comenzamos a clarificar la relación y disposición jerárquica entre códigos. A medida que el perfeccionamiento de los códigos avanzaba, los árboles de códigos fueron adquiriendo mayor volumen y complejidad.

En conclusión, la construcción de los códigos y árboles de códigos fue el resultado de un proceso analítico que combinó el método inductivo y deductivo. El marco teórico de la tesis sirvió de esquema de referencia para la codificación y añadió nivel de sofisticación teórica al análisis. Pero, durante la codificación, este esquema se vio insuficiente. Por un lado, algunos de los códigos extraídos de la teoría se mostraron inoperativos y, por otro, identificamos explicaciones en el caso, que no habíamos encontrado en la literatura. Por lo tanto, evitamos el apego a los códigos iniciales y dejamos que emergieran nuevos códigos, dando lugar al marco temático que presentamos en esta tesis.

### **8.2.2. Variables del estudio y herramientas de análisis**

Una vez que terminamos el proceso de codificación, comenzamos a interrogar los datos: ¿cuáles son los factores clave que explican la trayectoria del movimiento indígena?, ¿cuáles favorecieron las transiciones hacia la lucha no-violenta? y ¿cuáles las transiciones hacia la lucha violenta?. Para responder a estas preguntas,

identificamos las variables del estudio. La trayectoria de lucha es la variable dependiente del estudio (los efectos), que pretendemos explicar, y los factores o condiciones son la variable independiente (las causas), de cuya combinación depende la variable dependiente.

A continuación mostramos los códigos que componen ambas variables, las trayectorias de lucha violenta y no-violenta y los factores que pueden causar estas dinámicas. Dentro de la trayectoria de lucha no-violenta hemos identificado siete dinámicas, que a su vez se agrupan en (a) dinámicas de articulación o movilización del movimiento indígena y (b) dinámicas de adopción y mantenimiento de la no-violencia o des-radicalización. Dentro de la trayectoria de lucha violenta hemos identificado once dinámicas que, a su vez, se agrupan en (a) dinámicas de desarticulación o desmovilización del movimiento indígena y (b) dinámicas de radicalización. Por su parte, los factores se dividen en internos y externos y, dentro de los externos, pueden ser relacionales o contextuales. Cada factor está formado por una variedad de condiciones o elementos que denominamos “categorías” y, estas a su vez, por otros “subcategorías”.

### **Marco temático para el análisis del estudio de caso**

#### **Lista de códigos principales**

#### **1. Trayectoria de lucha del movimiento indígena**

La variable dependiente de nuestro estudio, aquella que pretendemos explicar, es la trayectoria de lucha del movimiento indígena. Para poder estudiarla hemos identificado dieciocho dinámicas o procesos por los cuales ha atravesado el movimiento indígena y las hemos agrupado según sean favorables a una trayectoria de lucha violenta o a una no-violenta. Las citas que nos hablan sobre dinámicas de lucha suelen llevar implícito una noción de movilidad, cambio o transición.

#### **1.1. Trayectoria de lucha no-violenta**

¿Cuáles han sido las dinámicas que han favorecido la trayectoria no-violenta del movimiento indígena?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?<sup>697</sup>

Dentro de esta trayectoria, nos referimos a las dinámicas que resultan favorables o beneficiosas para el objeto de estudio, la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta. Hemos identificado siete dinámicas que orientan al movimiento hacia la resistencia no-violenta y las hemos clasificado en dos tipos: (a) las dinámicas de articulación, movilización y activación de la participación del movimiento social y (b) las dinámicas de adopción de acciones colectivas no-violentas y des-radicalización. Estos dos grupos de dinámicas se encuentran interrelacionadas y se retroalimentan; por ejemplo, el movimiento social se fortalece

<sup>697</sup> Hemos asociado a cada código una pregunta, que es la que pretendemos responder cuando creamos el código. De este modo, el criterio que empleamos para saber si debemos incluir una cita bajo un determinado código es que responda a su pregunta guía.

cuando los potenciales seguidores se movilizan y participan en las acciones, lo que favorece el éxito de la acción colectiva no-violenta y con ello, su mantenimiento. Además, sin articulación y movilización del movimiento social no habría tampoco resistencia desarmada o no-violenta.

### **1.1.1. Dinámicas de movilización**

#### **1.1.1.1. Surgimiento del movimiento indígena/CRIC**

¿Por qué surgió el movimiento indígena/el CRIC?, ¿cuáles fueron sus condiciones favorecedoras?

Nos referimos al proceso –y las causas– por el cual un movimiento social que no existía, se articula y emerge en la contienda política, pasando de la pasividad a la resistencia. Aquí contemplamos como parte de la misma dinámica tanto el surgimiento del movimiento indígena como el surgimiento de la organización CRIC, puesto que el movimiento surgió precisamente de la articulación del CRIC en 1971. De hecho, es frecuente encontrar en las fuentes referencias al surgimiento del movimiento y del CRIC indistintamente.

#### **1.1.1.2. Participación en el movimiento indígena**

¿Por qué las personas han participado en el movimiento indígena y sus acciones?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Bajo este código nos interesan las referencias sobre el proceso y las condiciones que explican por qué las personas deciden movilizarse y participar en el movimiento indígena. Lo primero que tiene que ocurrir para que el movimiento social emerja es la activación de la participación de los potenciales seguidores, aunque esta dinámica de participación deberá mantenerse para que el movimiento pueda sostenerse e incluso crecer. En este código no diferenciamos el tipo o grado de participación de los seguidores.

#### **1.1.1.3. Pertenencia al proceso social-organizativo**

¿Por qué las personas han pertenecido al proceso social-organizativo?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Las comunidades indígenas del norte del Cauca son una comunidad política, por lo que la pertenencia a la comunidad (ser comunero) implica un cierto grado de participación en el proceso social-organizativo. Por eso, hemos considerado como parte de las dinámicas que explican la articulación del movimiento, el proceso por el cual las personas pasan a ser miembros de la comunidad y/o parte de sus órganos de representación. La pertenencia a la comunidad política o proceso social-organizativo ocurre cuando, por ejemplo, la persona se inscribe en el censo indígena o pasa a integrar el equipo del cabildo. Cabe señalar que para pertenecer a la comunidad política no es necesario auto-reconocerse étnicamente como indígena, pues ha habido personas que han participado activamente en el movimiento que no eran indígenas pero sí estaban censadas como tales y participaban en los espacios de decisión colectiva, en las acciones colectivas y/o en los equipos de trabajo. No obstante, se debe señalar que la adscripción a la comunidad política no siempre implica movilización o activismo, este es el caso de

gente que está censada y pertenece formalmente al proceso pero no colabora ni es afín a los valores y normas de la comunidad (no ceden al colectivo su propiedad, no quieren educación indígena, etc.). Sin embargo, hemos valorado que la adscripción a la comunidad es una forma de participación porque en alguna medida ser comunero conlleva cierto grado de participación en las actividades de la comunidad y genera efectos positivos al movimiento como, por ejemplo, aumentar el capital social con el cual presionar al gobierno y reclamar recursos.

### **1.1.2. Dinámicas de des-radicalización**

#### **1.1.2.1. Adopción de acciones colectivas no-violentas y des-radicalización (genérico)**

¿Por qué el movimiento ha adoptado y mantenido acciones colectivas no-violentas y/o se ha des-radicalizado en momentos de violencia?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Dentro de esta dinámica nos referimos a tres procesos asociados entre sí: (a) la adopción y mantenimiento de acciones colectivas no-violentas, (b) la des-radicalización de las acciones colectivas violentas y (c) el desescalamiento de los conflictos violentos que mantienen los indígenas. La des-radicalización la entendemos como el proceso por el cual un MS cambia su posición respecto a la violencia, adoptando una posición favorable a la canalización de la protesta por las vías no-violentas. La des-radicalización de las acciones violentas puede ir aparejada al des-escalamiento de los conflictos que mantienen los indígenas con sus adversarios. Hablamos aquí de desescalamiento como disminución del enfrentamiento físico que se produce entre los indígenas y sus adversarios políticos en momentos conflictivos como, por ejemplo, en los bloqueos de vías y en las recuperaciones de tierra. No nos referimos aquí al desescalamiento del conflicto armado (disminución de los asesinatos, hostigamientos, amenazas, etc.) pues este tipo de desescalamiento es una dimensión externa (oportunidad contextual). Aquí nos referimos a la des-radicalización de los indígenas y, en consecuencia, el desescalamiento de conflictos de los indígenas (dimensión colectiva).

Respecto a la adopción y mantenimiento de acciones colectivas no-violentas, cabe señalar que nuestro objetivo no ha sido estudiar por qué se adoptan todas y cada una de las acciones no-violentas de los indígenas: las acciones institucionales, las acciones extra-institucionales, las acciones constructivas (planes de vida, programas de educación y salud, etcétera) o la resistencia cotidiana (Scott, 2003). Bajo esta categoría lo que hemos querido recoger son los momentos donde haya habido un cambio de actitud o de estrategia en el movimiento que haya implicado una tendencia hacia la adopción de acciones colectivas no-violentas y/o la desradicalización de sus acciones. Lo que ocurre es que habitualmente, estos cambios se visibilizan en escenarios propicios para el uso de la violencia y los enfrentamientos físicos como, por ejemplo, en el ejercicio de acciones extra-institucionales y en la resistencia frente a los actores armados. En estos escenarios, es cuando hemos contemplado que los indígenas han podido adoptar decisiones y medidas para ejercer tales acciones sin el uso de la violencia y/o las armas.

### **1.1.2.2. Desmovilización del MAQL**

¿Por qué se desmovilizó el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL)?, ¿cuáles fueron sus condiciones favorecedoras?

Las comunidades indígenas del Cauca tuvieron su propia guerrilla indígena que se desmovilizó entre 1989 y 1991, coincidiendo con el proceso constituyente que daría lugar a la Constitución de 1991. Aquí contemplamos el proceso de desmovilización y las causas o condiciones que motivaron el mismo.

### **1.1.2.3. Habilitación de la guardia indígena**

¿Por qué el movimiento ha habilitado un grupo de protección desarmado, especializado en la resistencia no-violenta y la construcción de paz?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

A principios del siglo XXI, el movimiento indígena incentivó la habilitación de especialistas en resistencia desarmada para la gestión de conflictos y el control territorial. Estos especialistas son la guardia indígena, que han sido reconocidos nacional e internacionalmente como un símbolo de resistencia no-violenta y construcción de paz. Es un grupo que defiende los derechos humanos y la vida. Aquí nos referimos al proceso de habilitación de la guardia indígena y sus condiciones favorecedoras. Además de la guardia indígena, hemos incluido algunas referencias a la guardia cívica que los indígenas formaron cuando se movilizaron en los setenta, cuyo papel era acompañar las recuperaciones de tierra y proteger a los indígenas con métodos no-violentos. Más adelante, esta guardia fue armándose hasta convertirse en el MAQL, por lo que aquí solo contemplamos su fase inicial.

### **1.1.2.4. Resistencia no-violenta frente a los actores armados**

¿Por qué el movimiento ha ejercido resistencia no-violenta frente a los actores armados?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

A mediados de los ochenta, las comunidades y organizaciones indígenas comenzaron a adoptar un posicionamiento de rechazo y resistencia frente a los actores armados que ocupaban su territorio, particularmente frente a las FARC. Aquí nos interesa el proceso de adopción de este posicionamiento y sus causas o condiciones favorecedoras. Dentro de esta categoría hemos codificado citas que nos hablan de la adopción de acciones de defensa y resistencia frente a los actores armados y que nos hablan de los actos públicos y declaraciones oficiales que han realizado para manifestar su rechazo al conflicto armado, denunciar los impactos de la guerra y exigir la paz como, por ejemplo, la declaración de Ambaló, la resolución de Jambaló y la resolución de Vitoncó. Hemos incluido aquí también todas aquellas citas donde los indígenas expresan alegatos en contra del conflicto armado y la presencia de actores armados. Estas expresiones públicas son un intento de desmarcarse de los actores armados y de una guerra que no consideran suya.

## 1.2. Trayectoria de lucha violenta

¿Cuáles han sido las dinámicas que han favorecido la trayectoria violenta del movimiento indígena?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Dentro de esta trayectoria, nos referimos a las dinámicas que resultan desfavorables o perjudiciales para el objeto de estudio, la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta. Hemos identificado once dinámicas que orientan al movimiento hacia la violencia y las hemos clasificado en dos tipos: (a) las dinámicas de desarticulación y desmovilización de la participación en el movimiento social y (b) las dinámicas de adopción de acciones colectivas violentas y radicalización. Estos dos grupos de dinámicas se encuentran interrelacionadas y se retroalimentan, por ejemplo, el movimiento social se debilita cuando los seguidores dejan de participar o se desmovilizan, lo que favorece la fragmentación del movimiento y que los grupos radicales (*radical flanks*) adquieran fuerza en la conducción del movimiento hacia la radicalización.

### 1.2.1. Dinámicas de desmovilización

#### 1.2.1.1. No-participación en el movimiento indígena

¿Por qué las personas han dejado de participar en el movimiento indígena y sus acciones?, ¿cuáles han sido las condiciones favorecedoras?

En este código recogemos las citas que hacen referencia al proceso –las condiciones– por el cual las personas han dejado de participar en el movimiento indígena, en sus acciones y proyectos. En algunos casos, hemos recogido también las dificultades que han encontrado las personas para participar aunque en hayan sido capaces de sobreponerlos en algunos momentos, porque nos interesa conocer los factores que obstaculizan la participación, aunque no hayan sido determinantes. En estos casos, también recogemos las condiciones que han favorecido que las personas finalmente hayan vencido los obstáculos.

#### 1.2.1.2. No-pertenencia al proceso social-organizativo

¿Por qué las personas han dejado de pertenecer al proceso social-organizativo?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Como vimos en el caso de la pertenencia a la comunidad política, el hecho de no ser miembro de la comunidad (comunero) puede considerarse una forma de no participación en el proceso social y organizativo indígena. Esto ocurre, por ejemplo, cuando la persona se sale del censo indígena, independientemente de que se auto-reconozca o no como indígena. En este código nos interesa conocer el proceso y las condiciones bajo las cuales las personas acaban no perteneciendo a la comunidad política.

#### 1.2.1.3. Emigración a las ciudades

¿Por qué las personas emigran a las ciudades?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Aquí nos referimos al fenómeno de emigración del campo a la ciudad que afecta a las comunidades indígenas, y que puede implicar la desarticulación y debilitamiento del movimiento. Bajo este código recogemos estos casos y las condiciones que lo provocan.

#### **1.2.1.4. Desplazamiento forzoso**

¿Por qué las personas se han desplazado?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Aquí nos referimos a los casos en los cuales las personas se ven obligadas a desplazarse o exiliarse por las amenazas existentes contra la vida, algo que afecta de manera particular a los líderes de las comunidades. Al igual que la emigración, el desplazamiento y el cambio de líderes pueden implicar la desarticulación y debilitamiento del movimiento.

#### **1.2.1.5. Surgimiento de disidencias desarmadas y participación de comuneros**

¿Por qué han surgido disidencias desarmadas y los comuneros han participado en ellas?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

En la última década, han aparecido organizaciones indígenas paralelas, tales como la Organización de Pueblos Indígenas de Colombia (OPIC), que se han opuesto al movimiento indígena y su estructura de gobierno y han competido con este por la misma base social, por los recursos y la representación. Las citas incluidas en este código hacen referencia a este proceso y las causas del surgimiento de estas organizaciones y de la participación de comuneros en ellas. Al igual que las anteriores dinámicas, el surgimiento de estos grupos favorece la desarticulación del movimiento indígena.

### **1.2.2. Dinámicas de radicalización**

Hemos identificado seis dinámicas que favorecen la radicalización del movimiento indígena. Este es el elemento común de estas dinámicas, pero también hemos observado una diferencia. Las dos primeras –la radicalización del discurso y del método y el surgimiento del MAQL– se refieren a procesos internos de radicalización, esto es, cambios que surgen en el interior del movimiento que favorecen la radicalización del mismo. En cambio, las otras cuatro dinámicas se refieren a procesos externos de radicalización, procesos que conducen a que los indígenas del movimiento se distancien de la orientación del movimiento y se acerquen a actividades y grupos armados externos. Esto redundo a su vez en la radicalización del movimiento pero es un proceso que viene de fuera hacia adentro. Esta diferencia ha sido revelada durante el análisis, al observar que estos dos tipos de procesos de radicalización han seguido un patrón diferente y han sido causados por diferentes tipos de causas o condiciones.

#### **1.2.2.1. Radicalización del discurso y el método**

¿Por qué los indígenas en momentos determinados han radicalizado su discurso y/o su método, justificando e incluso haciendo uso de una violencia limitada y esporádica?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?



Bajo este código queremos analizar los casos en los cuales los indígenas se han acercado a los límites de la violencia. En concreto, esto ha ocurrido durante el desarrollo de acciones extra-institucionales como los bloqueos de vías y las recuperaciones de tierra. Se suelen producir momentos de confrontación con las fuerzas de seguridad del estado cuando éstas intentan desalojar a los indígenas de las carreteras cortadas o de las tierras invadidas. Siguiendo la clasificación de Charles Tilly (2007), se trata del tipo más bajo de violencia colectiva, porque el uso de la violencia es esporádico y limitado y el nivel de coordinación y la relevancia del daño es bajo. Es lo que el autor denomina los “ataques dispersos” y las “negociaciones rotas”.

#### **1.2.2.2. Surgimiento del MAQL**

¿Por qué surgió el MAQL y los comuneros decidieron participar en el mismo?, ¿cuáles fueron sus condiciones favorecedoras?

En 1984 apareció por primera vez públicamente el MAQL en una acción armada en Santander de Quilichao, al norte del Cauca. A diferencia de la dinámica anterior, el accionar del MAQL se corresponde con los tipos de violencia colectiva elevados, porque el nivel de coordinación y la relevancia del daño fue alto, como ocurre en el caso de las acciones bélicas y los rituales violentos (Tilly, 2007). Es decir, fueron acciones donde el uso de las armas se hizo de manera intencionada y organizada, desarrollándose habilidades y estructuras adecuadas para tal fin. Por ejemplo, entra dentro de este tipo la participación del MAQL en el Batallón América. Cabe señalar que el período en el que el MAQL se mantuvo activo fue el único, en la trayectoria de lucha del movimiento indígena, en el cual éste ha empleado este grado de violencia colectiva.

Bajo este código, nos interesa conocer cuáles fueron las condiciones que favorecieron la aparición y mantenimiento del MAQL y la participación de comuneros en este grupo armado.

#### **1.2.2.3. Participación de comuneros en disidencias armadas**

¿Por qué han surgido disidencias armadas y los comuneros han participado en ellas?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Entre el año 2005, alrededor de la reactivación de las acciones de recuperación de tierras en el Cauca, comenzaron a emerger organizaciones paralelas, tales como el MST-NQL, formadas por comuneros indígenas con una posición contraria a las políticas y orientaciones del movimiento y favorable hacia el uso de la violencia. Bajo este código nos referimos al proceso de surgimiento de estos grupos y las causas que explican su aparición y la participación de comuneros en ellas.

Cabe tener en cuenta que esta dinámica está íntimamente relacionada con la siguiente, puesto que estas disidencias tienen un vínculo orgánico con procesos y organizaciones sociales alineados a las guerrillas, tales como ANZORC-PUPSOC.

#### **1.2.2.4. Participación de comuneros en actores armados**

¿Por qué han participado los comuneros en los actores armados?, ¿cuáles han

sido sus condiciones favorecedoras?

Algunos comuneros indígenas se involucran en actores armados, guerrillas, fuerzas de seguridad del estado y paramilitares, pero el fenómeno más problemático y preocupante en nuestro estudio de caso, según se manifiesta en las fuentes primarias, ha sido la participación de indígenas en la guerrilla de las FARC, con la cual los indígenas han mantenido una relación principalmente conflictiva desde los años 80. Hay diferentes tipos de participación: guerrilleros, milicianos o colaboradores. Y su presencia ha generado numerosos conflictos internos y el debilitamiento del tejido social. En este código recogemos esta dinámica así como las condiciones que lo han favorecido. Nos interesa el estudio de la participación de comuneros en la guerrilla, no el análisis de las causas del surgimiento de la guerrilla –que se extralimita del objeto de estudio–, aunque indirectamente analizar las condiciones que explican la participación de indígenas en la guerrilla es una forma de comprender también las condiciones que han favorecido la presencia de la guerrilla en el territorio indígena.

#### **1.2.2.5. Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito**

¿Por qué los comuneros se han vinculado a los cultivos de uso ilícito y el narcotráfico?, ¿cuál han sido sus condiciones favorecedoras?

Parte de las comunidades indígenas se ha involucrado en actividades ilegales tales como los cultivos de uso ilícito. En el norte del Cauca se pueden encontrar cultivos de amapola, coca y marihuana. En particular, nosotros nos referimos a la actividad habida en los territorios indígenas de Corinto, Caloto, Toribío y Jambaló. La cuestión va más allá de los problemas con la institucionalidad, derivados de la ilegalidad de los cultivos. La presencia de estos cultivos en las comunidades indígenas ha generado conflictos internos, criminalidad, consumo de drogas y asesinatos, que se traducen en el debilitamiento del tejido social. Además, esta dinámica está asociada al conflicto armado, puesto que la existencia de este tipo de actividades ha servido para financiar a los actores armados. Aquí nos interesa conocer cómo ha sido el proceso y las causas de la vinculación de los indígenas en esta actividad.

#### **1.2.2.6. Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal**

¿Por qué los comuneros se han vinculado a la minería mecanizada e ilegal?, ¿cuáles han sido sus condiciones favorecedoras?

Los comuneros indígenas se han involucrado en la explotación de minería de pequeña escala mecanizada, que en algunos casos tienen licencia (zonas mineras indígenas) y en otros es ilegal. La minería mecanizada se refiere a aquella que utiliza retroexcavadoras, explosivos o mercurio por lo que tiene un gran impacto medioambiental como, por ejemplo, en la contaminación de los ríos. Tiene también un impacto social. Como esta actividad atrae mucho dinero, alrededor de ella emerge la delincuencia, los prostíbulos, las violaciones sexuales y los actores armados. En nuestro caso, nos referimos a la actividad minera que hay en los territorios de Corinto, Caloto y Toribío, que está afectando particularmente al río Palo.

Al igual que la dinámica sobre los cultivos de uso ilícito, hemos clasificado esta

dinámica dentro de las de radicalización, porque hay una relación entre esta actividad y la presencia de actores armados en el territorio (otra fuente de financiación). Nos interesa conocer cuál es el proceso y las causas de la vinculación de los indígenas a esta actividad.

Cabe advertir que en este código no nos referimos a la minería artesanal que se ha realizado en el territorio desde tiempos ancestrales. Ésta no tiene impactos negativos y se reivindica la legalización de su uso para la subsistencia de las comunidades locales. Tampoco nos referimos al caso de la megaminería, que desarrollan multinacionales en Colombia tales como la sudafricana AngloGold Ashanti. Esta minería es legal, pues es promovida por el gobierno y disponen de licencias mineras para realizar su explotación. Sin embargo, las comunidades locales no han participado de ella sino que se oponen por sus impactos ambientales y sociales, y por la vulneración de su autonomía.

## **2. Factores que influyen en las trayectorias**

La variable independiente de nuestro estudio son los factores o condiciones que explican la trayectoria de lucha del movimiento indígena. Siguiendo la literatura, hemos clasificado los factores en internos (*intra-group*) y externos (*extra-group*).

### **2.1. Factores internos**

¿Cuáles son los factores internos que explican la trayectoria del movimiento indígena?

Los factores internos son las condiciones colectivas, grupales u organizacionales (*intra-group*), es decir, los elementos que proceden del propio sujeto colectivo. Bajo este código recogemos todas aquellas citas que hagan referencia a cómo las condiciones colectivas pueden influir en el movimiento social, orientando su trayectoria de lucha hacia la no-violencia o hacia la violencia.

Dentro de los factores internos, diferenciamos entre las fortalezas organizativas y las debilidades organizativas.

#### **2.1.1. Fortalezas organizativas**

¿Cuáles son las condiciones colectivas que favorecen la trayectoria no-violenta?

Hemos denominado como fortalezas organizativas aquellas condiciones colectivas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables al surgimiento y fortalecimiento de la acción colectiva no-violenta.

En la literatura se establece que una de las condiciones principales para que los grupos puedan mantener sus desafíos colectivos de manera no-violenta es el fortalecimiento interno u organizativo. Bajo este código hemos identificado todas aquellas fortalezas organizativas que ayudan al movimiento a aumentar su poder político y alcanzar sus objetivos de manera no-violenta. Por tanto, estas condiciones colectivas son a su vez causas del fortalecimiento del movimiento social, y causas del mantenimiento de la no-violencia.

A las fortalezas organizativas las hemos clasificado en cinco categorías principales: (1) cohesión y unidad interna, (2) eficacia o éxito del proceso de micromovilización, (3) difusión de marcos cognitivos favorables a la no-violencia y/o la paz positiva, (4)

eficacia o éxito de la movilización de recursos, y (5) eficacia o éxito del funcionamiento interno.

### **2.1.2. Debilidades organizativas**

¿Cuáles son las condiciones colectivas que favorecen la trayectoria violenta?

Hemos denominado como debilidades organizativas aquellas condiciones colectivas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables a la desmovilización y radicalización de la acción colectiva no-violenta. Si el fortalecimiento interno favorece el mantenimiento de la no-violencia, el debilitamiento favorecerá su desarticulación y/o radicalización.

Bajo este código hemos identificado todas aquellas debilidades organizativas que disminuyen su poder político y restringen las posibilidades de alcanzar sus objetivos de manera no-violenta. Por tanto, estas condiciones colectivas son a su vez causas del debilitamiento del movimiento social y causas de la desarticulación y radicalización.

A las debilidades organizativas las hemos clasificado en cinco categorías principales (factor-categoría): (1) problemas en la cohesión y unidad interna, (2) problemas en el proceso de micromovilización, (3) difusión de marcos cognitivos favorables a la violencia y/o las armas, (4) problemas en la movilización de recursos, y (5) problemas en el funcionamiento interno.

## **2.2. Factores externos**

¿Cuáles son los factores externos que explican la trayectoria del movimiento indígena?

Los factores externos son las condiciones del entorno (*extra-group*), es decir, los elementos que proceden de fuera del sujeto colectivo. Bajo este código recogemos todas aquellas citas que hagan referencia a cómo las condiciones del entorno pueden influir en el movimiento social, orientando su trayectoria de lucha hacia la no-violencia o hacia la violencia.

Dentro de los factores externos diferenciamos entre las oportunidades y las amenazas, que pueden ser, a su vez, relacionales o contextuales.

### **2.2.1. Oportunidades relacionales**

¿Cuáles son las condiciones externas que favorecen la trayectoria no-violenta?

Hemos denominado como oportunidades aquellas condiciones externas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables al surgimiento y fortalecimiento de la acción colectiva no-violenta. Dentro de estas, las oportunidades relacionales hacen referencia al tipo de relaciones que el movimiento indígena tiene con los actores de su entorno que favorecen el desescalamiento de los conflictos y la lucha no-violenta.

Las oportunidades relacionales las hemos clasificado en tres categorías principales (factor-categoría): (1) activación de actores no-violentos/desactivación de actores

violentos, (2) alineamientos beneficiosos, y (3) disminución de la centralidad de la violencia.

### **2.2.2. Oportunidades contextuales**

¿Cuáles son las condiciones externas que favorecen la trayectoria no-violenta?

Hemos denominado como oportunidades aquellas condiciones externas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables al surgimiento y fortalecimiento de la acción colectiva no-violenta. Dentro de estas, las oportunidades contextuales hacen referencia a las condiciones del contexto en el cual se desarrolla la acción que ofrece facilidades para el surgimiento y la canalización de la lucha por vías no-violentas.

Las oportunidades contextuales las hemos clasificado en cuatro categorías principales (factor-categoría): (1) condiciones geográficas y naturales, (2) disminución de la violencia cultural, (3) disminución de la violencia directa, y (4) disminución de la violencia estructural.

### **2.2.3. Amenazas relacionales**

¿Cuáles son las condiciones externas que favorecen la trayectoria violenta?

Hemos denominado como amenazas aquellas condiciones externas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables a la desmovilización y radicalización de la acción colectiva no-violenta. Dentro de estas, las amenazas relacionales hacen referencia al tipo de relaciones que el movimiento indígena tiene con los actores de su entorno que favorecen el escalamiento de los conflictos y la lucha violenta.

Las amenazas relacionales las hemos clasificado en tres categorías principales (factor-categoría): (1) activación de actores violentos/desactivación de actores no-violentos, (2) alineamientos perjudiciales, y (3) aumento de la centralidad de la violencia.

### **2.2.4. Amenazas contextuales**

¿Cuáles son las condiciones externas que favorecen la trayectoria violenta?

Hemos denominado como amenazas aquellas condiciones externas que, según la teoría existente y el resultado de las fuentes primarias analizadas, son favorables a la desmovilización y radicalización de la acción colectiva no-violenta. Dentro de estas, las amenazas contextuales hacen referencia a las condiciones del contexto en el cual se desarrolla la acción que obstaculizan las acciones no-violentas y promueve la canalización de la lucha por la vía violenta.

Las amenazas contextuales las hemos clasificado en cuatro categorías principales (factor-categoría): (1) condiciones geográficas y naturales, (2) aumento de la violencia cultural, (3) aumento de la violencia directa y (4) aumento de la violencia estructural.

¿Cómo sabemos que las condiciones que hemos codificado como fortalezas y oportunidades favorecen la trayectoria no-violenta, y que las que hemos codificado como debilidades y amenazas favorecen la trayectoria violenta? En primer lugar, porque, como dijimos, hemos extraído estas condiciones de la teoría existente, que presentamos en el Capítulo 5 y, en segundo lugar, porque las hemos puesto a prueba en el estudio de caso. A medida que hemos ido analizando las fuentes primarias, hemos identificando los códigos inoperantes y los nuevos códigos que no estaban en la teoría. Además, como veremos más adelante, los análisis de co-ocurrencias nos sirven para verificar la adecuación de estas premisas y, por tanto, la coherencia y consistencia de la investigación.

Una vez que identificamos las variables de nuestro estudio, comenzamos a analizar cuál es la relación entre ellas e identificar las correlaciones más fuertes. Para ello, utilizamos una de las herramientas de análisis que nos ofrece Atlas ti: la “tabla de co-ocurrencia de códigos”. La “co-ocurrencia” es la intersección o cruce entre dos códigos. Esta se produce cuando dos códigos se encuentran asociados en la misma cita. A efectos prácticos, la correlación se produce cuando, al analizar una fuente primaria, por ejemplo, una entrevista, hemos encontrado que la persona entrevistada relacionó una dinámica de acción colectiva con uno o más factores internos y/o externos, como una de sus posibles causas o condiciones favorecedoras. Se trata, por tanto, de un análisis del discurso.

La tabla de co-ocurrencias nos permitió cruzar los códigos de la variable dependiente con los códigos de la variable independiente y visualizar, en una tabla, el número de veces que co-ocurren estos códigos<sup>698</sup>. En nuestro caso, realizamos doce tablas de co-ocurrencia, que son resultado de cruzar los dos tipos de trayectorias de lucha, violenta y no-violenta, con los seis tipos de factores (dos factores internos y cuatro factores externos). Debido a su dimensión, los resultados de esas doce tablas han sido ubicadas en los Anexos.

**Tabla 6: Índice de tablas de co-ocurrencias (ver Anexos)**

Trayectoria de lucha no-violenta	Trayectoria de lucha violenta
<b>Factores internos</b>	
Tabla 9.1. Fortalezas organizativas y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.1. Fortalezas organizativas y Trayectoria violenta
Tabla 9.2. Debilidades organizativas y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.2. Debilidades organizativas y Trayectoria violenta
<b>Factores externos</b>	
Tabla 9.3. Oportunidades relacionales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.3. Oportunidades relacionales y Trayectoria violenta

<sup>698</sup> Antes de contabilizar las co-ocurrencias utilizamos la “búsqueda de codificaciones redundantes”, que es una herramienta de control de Atlas ti que nos permitió identificar si algún código había sido asociado más de una vez a la misma cita o a alguna cita muy próxima, por lo que posiblemente se estuviese incurriendo en un error de redundancia. El programa permite recuperar las citas donde hay redundancia y borrar los códigos repetidos o fusionarlos con otros.

Tabla 9.4. Oportunidades contextuales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.4. Oportunidades contextuales y Trayectoria violenta
Tabla 9.5. Amenazas relacionales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.5. Amenazas relacionales y Trayectoria violenta
Tabla 9.6. Amenazas contextuales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.6. Amenazas contextuales y Trayectoria violenta

Dentro de estas tablas, los números señalan la frecuencia con la que dos códigos co-ocurren, es decir, las veces en las que las fuentes primarias señalan que la causa de una dinámica (d) es un factor (f). De estos indicadores de correlación, nos interesa saber cuáles son las correlaciones más fuertes porque, de todos los factores que pueden explicar la trayectoria del movimiento indígena, queremos conocer cuáles son los factores clave o principales. Podemos entender que cuanto mayor sea la frecuencia, mayor será su correlación, y cuanto mayor sea la correlación, más fuerza tendrá como causa explicativa del fenómeno. Sin embargo, la frecuencia nos indica cuál es la correlación absoluta que hay entre un factor y una dinámica, pero no nos muestra qué significa esta correlación dentro del universo de datos que hemos analizado, es decir, cuál es la proporción de esta correlación entre todos los factores que explican una determinada dinámica. Por eso, el software de Atlas ti ofrece una fórmula para medir la fuerza o correlación entre dos códigos (el “c-coefficient”), similar a los coeficientes de correlación estadística. Esta fórmula, propuesta por Susanne Friese (2014), mide el número de veces que los códigos se cruzan, en función del número de veces que aparece cada código por separado<sup>699</sup>. Sin embargo esta fórmula tiene varias limitaciones y no es apropiada para todo tipo de investigaciones (Armborst, 2017: 4). En nuestro caso, no mide adecuadamente la correlación por la manera en la que hemos realizado la codificación. Cada vez que alguna cita hablaba de uno de los potenciales factores explicativos, le asignamos el código correspondiente, independientemente de que no se encontrara relacionado, en esa cita, con ninguna de las dinámicas que aquí estudiamos, por lo que, si aplicáramos esta fórmula estaríamos infra-representando su fuerza como explicación de las dinámicas. En su lugar, hemos aplicado la siguiente fórmula que mide la correlación relativa entre las dinámicas y los factores <sup>700</sup>:

$$c_{ij} = \frac{n_{ij}}{\sum_i n_{ij}}$$

Siendo  $n_{ij}$  el número de veces en los que el factor  $f_i$  correlaciona con la dinámica  $d_j$ . El coeficiente de correlación  $c_{ij}$  resultante estará entre 0 y 1. Cuánto más se acerque

---

<sup>699</sup>  $c = \frac{n_{12}}{(n_1+n_2)-n_{12}}$

<sup>700</sup> No obstante, hemos comprobado, en correlaciones elegidas al azar, que los resultados no difieren mucho utilizando una u otra fórmula. Sin embargo, por los motivos expuestos consideramos más adecuada la fórmula creada ad hoc.

a 1, mayor será la correlación entre ese factor y la dinámica que se estudia<sup>701</sup>. Este indicador nos permite no solo medir la correlación entre dos factores, sino también comparar entre sí los resultados. Para distinguir cuáles son los factores que tienen más fuerza, en las tablas de co-ocurrencia hemos indicado con distintos colores el grado de correlación, según el resultado de este coeficiente. En orden de importancia, el rojo señala cuando un factor tiene más de un 50% de correlación con la dinámica ( $c > 0,5$ ), el rosa entre un 30% y un 50% ( $0,3 < c < 0,5$ ), el amarillo entre un 10% y un 30% ( $0,1 < c < 0,3$ ), el azul entre un 5% y un 10% ( $0,05 < c < 0,1$ ) y el verde entre un 1% y un 5% ( $0,01 < c < 0,05$ )<sup>702</sup>. Al analizar los datos contenidos en las tablas, los colores nos ayudan a visualizar cuál es el peso relativo de cada factor, cuáles son los factores más fuertes dentro de cada dinámica y cuáles son las diferencias entre dinámicas (si el peso de los factores varía de una dinámica a otra).

Regla (si el coeficiente...)	Porcentaje equivalente	Color de la celda
$c > 0,5$	+50%	Rojo
$0,3 < c < 0,5$	30%-50%	Rosa
$0,1 < c < 0,3$	10%-30%	Amarillo
$0,05 < c < 0,1$	5%-10%	Azul
$0,01 < c < 0,05$	1%-5%	Verde

Una vez que hemos identificado cuáles son las correlaciones que más nos interesan, en función de la dinámica o conjunto de dinámicas que queramos explicar, entramos en su análisis en profundidad. Para realizar esta tarea, hemos utilizado la “herramienta de consulta” de Atlas ti, que nos permite recuperar todas las citas que están asociadas a esa correlación y seleccionar aquellas que mejor la describen, para incorporarlas en el texto.

En conclusión, con ayuda de Atlas ti hemos podido: (1) interrogar los datos con nuestra pregunta de investigación –cuáles son los factores que explican los cambios de trayectoria de lucha en el movimiento indígena–; (2) medir o cuantificar las relaciones más fuertes, para identificar los factores clave; y (3) recuperar las evidencias empíricas que más nos interesan, a la luz de los resultados, para ilustrar el estudio de caso.

### 8.3. Análisis de los factores que han influido en los cambios de trayectoria de lucha del movimiento indígena

<sup>701</sup> No podemos ponderar qué factores tienen más fuerza que otros como explicación de la dinámica, pues este ejercicio les correspondería a las fuentes primarias, así que las ponderamos como factores con el mismo peso.

<sup>702</sup> No obstante, cabe señalar que los resultados obtenidos son muy parecidos a los obtenidos si utilizáramos la fórmula que ofrece Atlas ti. Sin embargo, por los problemas mencionados, no nos parecía adecuado aplicarla.



Para comprobar nuestras hipótesis, necesitamos averiguar cuáles son los factores principales que han influido en el cambio o la transición entre las trayectorias de lucha violenta y no-violenta y, entonces, podremos saber si han influido más los factores internos o los externos y, dentro de los factores internos, si han sido importantes aquellos aspectos que caracterizan al modelo societal comunitario. Para ello, hemos desarrollado la siguiente estrategia de análisis: en primer lugar, hemos analizado los factores que más han influido en cada trayectoria de lucha, por separado; en segundo lugar, hemos comparado las correlaciones obtenidas entre ambas trayectorias, de manera que hemos podido identificar qué factores han influido de manera similar en ambas trayectorias, qué factores han influido más en el cambio hacia la violencia y qué factores han influido más en el cambio hacia la no-violencia; y, en tercer lugar, hemos analizado si los factores internos que se corresponden con el modelo societal comunitario han influido o no en las trayectorias de lucha. Esta estrategia se recoge en el siguiente esquema:

- a. Influencia de los factores internos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena.
  - Análisis de co-ocurrencia entre las fortalezas organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.
  - Análisis de co-ocurrencia entre las debilidades organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.
  
- b. Influencia de los factores externos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena.
  - Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.
  - Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta
  - Análisis de co-ocurrencia de las amenazas relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.
  - Análisis de co-ocurrencia de las amenazas contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta.
  
- c. Análisis comparativos de los factores que influyeron en la trayectoria de lucha del movimiento indígena
  - Comparación entre los factores internos y externos.
  - Comparación entre los factores internos, comunitarios y no-comunitarios.

### **8.3.1. Influencia de los factores internos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena**

#### **8.3.1.1. Análisis de co-ocurrencia entre las fortalezas organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**

Para analizar qué peso tienen las fortalezas organizativas en la adopción de una u otra trayectoria, hemos realizado el análisis de co-ocurrencia entre las “Fortalezas

organizativas” y la “Trayectoria no-violenta” y entre las “Fortalezas organizativas” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de estos análisis nos muestra que hay 719 correlaciones entre las fortalezas organizativas y la trayectoria no-violenta (tabla 9.1.), mientras que tan solo hemos encontrado 54 correlaciones entre las fortalezas organizativas y la trayectoria violenta (tabla 10.1.).

**Gráfica 25: Correlaciones encontradas entre las fortalezas organizativas y las trayectorias de lucha**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

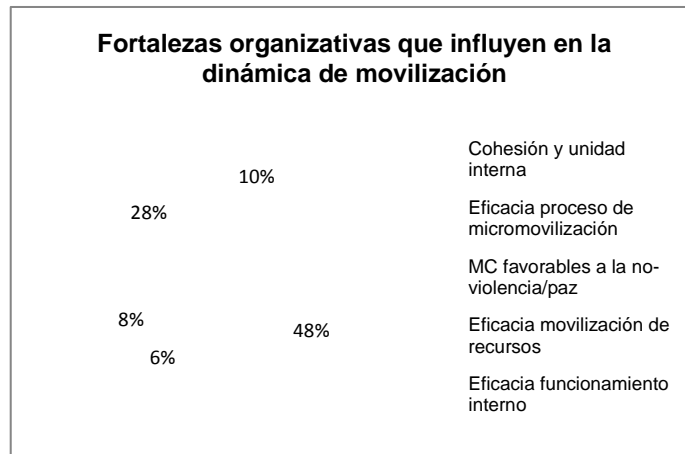
Al comparar los resultados obtenidos en cada trayectoria, encontramos que las correlaciones son mucho más elevadas en la trayectoria no-violenta que en la violenta. En concreto, cada vez que se dan las condiciones internas que hemos denominado como fortaleza organizativa, hay un 93% de que favorezcan la no-violencia y un 7% de probabilidades de que favorezcan la violencia. Hemos codificando como fortalezas organizativas las características grupales u organizativas que favorecen el surgimiento de la movilización y la adopción de acciones colectivas no-violentas. Por tanto, encontrar correlaciones más altas entre las fortalezas organizativas y la trayectoria no-violenta es un resultado coherente con el planteamiento de esta investigación, y demuestra que las fortalezas organizativas identificadas son un factor clave en la transición hacia la no-violencia.

#### **a) Fortalezas organizativas y trayectoria de lucha no-violenta**

En la tabla 9.1. podemos ver cuáles son las fortalezas organizativas que más han influido en la trayectoria no-violenta. El peso de estas condiciones internas difiere según nos fijemos en las dinámicas de movilización o en las dinámicas de des-radicalización, por lo que presentamos los resultados de manera separada.

En las dinámicas de movilización, la fortaleza más influyente ha sido la eficacia del proceso de micromovilización (107), seguido de la eficacia del modelo organizativo o funcionamiento interno (62). Las categorías menos relevantes a la hora de explicar estas dinámicas han sido la cohesión interna (22), la movilización de los recursos (19)<sup>703</sup> y la difusión de marcos cognitivos no-violentos (14).

**Gráfica 26: Fortalezas organizativas que influyen en la dinámica de movilización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

### 1. Eficacia del proceso de micromovilización.

Nuestros resultados muestran que el principal factor que explica la resistencia desarmada del movimiento indígena es la eficacia de la micromovilización. Esta consiste en el reclutamiento, el enmarcado y la movilización de los potenciales seguidores; por lo tanto, tiene sentido que las dinámicas de movilización dependan de la eficacia de este proceso. Dentro del proceso de micromovilización encontramos varias subcategorías relevantes que explican su eficacia:

#### 1.1. Una identidad defensiva fuerte

Recordemos que los sujetos colectivos que sienten rechazo hacia la sociedad, pueden construir una identidad colectiva como forma de defenderse y replegarse en

<sup>703</sup> La baja importancia de este factor debe ser matizada. Al estudiar el acceso o la disponibilidad de recursos que tiene un movimiento social observamos que estos pueden ser generados por el propio movimiento o proceder del contexto o de las relaciones con otros actores; por tanto, al contabilizar todos estos recursos incurrimos en repeticiones con otras dimensiones internas y externas. Si solo estudiáramos la movilización de recursos, tendríamos en cuenta todos los recursos, pero como en nuestra investigación nos interesa medir el peso relativo de cada factor en el fenómeno global, no podemos incurrir en repeticiones, así que para este cómputo hemos excluido las categorías repetidas. En nuestro caso, los recursos internos que se repiten en otras categorías son las habilidades y actitudes de los activistas (capital humano), indicadas con un (2), y los recursos externos que se repiten son los recursos geográficos o naturales, las leyes o fundamentos legales y el apoyo financiero o económico procedente de la cooperación, a los cuales hemos señalado con un (\*). Por tanto, la correlación con la movilización de recursos sería mayor si tuviéramos en cuenta las categorías que se repiten.

sí mismos (identidad defensiva). Gracias a esta estrategia, consiguen aunar a las personas que se sientan identificadas con este rechazo e impulsar las reivindicaciones identitarias. Este ha sido el caso del movimiento indígena. Parte de su éxito en la movilización se debe a que su proyecto identitario ha conseguido promover la pertenencia de los seguidores dentro del proceso social-organizativo. La identidad defensiva indígena se sostiene sobre marcos cognitivos que priorizan el interés colectivo o comunitario sobre el interés individual, lo interno sobre lo externo y las cuestiones étnico-culturales (identidad cultural) sobre las cuestiones económico-rationales y político-ideacionales (identidad de clase). Estos marcos han sido alimentados por una corriente ancestralista o indigenista que defiende los derechos diferenciales y la construcción de la nación indígena.

Sin embargo, el éxito de la identidad indígena como factor movilizador no fue inmediato. El proceso de reindigenización por el cual cada vez más personas se auto-reconocen como indígenas ha sido progresivo<sup>704</sup>. De hecho, en los inicios del movimiento indígena caucano la dimensión étnico-cultural no era tan importante. Existía ya una conciencia indígena, pero el movimiento terrajero luchaba prioritariamente por la supervivencia, así que la dimensión económico-rationales y la político-ideacional (identidad de clase) tenían más peso<sup>705</sup>. A medida que los indígenas fueron recuperando tierras y mejorando sus condiciones de vida, el movimiento fue también recuperando y fortaleciendo los elementos de la identidad indígena (lengua nasa, memoria de la resistencia, mitos de origen, ritualidad, etc.) pero fue con la Constitución de 1991 y la inauguración del modelo multicultural cuando la reindigenización tomó el mayor impulso. Las nuevas condiciones políticas promovieron la instrumentalización de la identidad étnica. El reconocimiento de los derechos diferenciales y el acceso a los recursos del estado solamente para quienes se reconocían como indígenas permitió que estos comenzaran a utilizar las prebendas sociales que ofrecía la identidad indígena para conseguir aumentar su apoyo social. De este modo, los pobladores rurales, que no tienen los mismos derechos si se auto-reconocen como campesinos o afros, se vieron incitados a reconocerse como indígenas<sup>706</sup>. Por ejemplo, en el municipio de Corinto y Caloto donde conviven comunidades campesinas, afro-descendientes e indígenas, hay quienes pasaron a formar parte del cabildo y a inscribirse en el censo indígena para tener acceso a beneficios como la salud indígena, las tierras, las exenciones fiscales y la exención del servicio militar. En el resguardo de López Adentro (Corinto)<sup>707</sup> hay

---

<sup>704</sup> Podemos definir la reindigenización como el proceso de resignificación y revaloración de la identidad indígena a través del cual las personas que no se consideraban indígenas o sentían vergüenza por ello y lo escondían (resultado de la colonización cultural y homogeneización campesina) pasaron a autorreconocerse como indígenas, a defender esa identidad diferenciada y a organizarse en torno a ella.

<sup>705</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015.

<sup>706</sup> Entrevista a Javier, Popayán, 2015; Entrevista a Carlos, Popayán, 2015.

<sup>707</sup> López Adentro es un resguardo indígena situado entre el municipio de Corinto y Caloto, que fue recuperado en 1984. Fue la primera recuperación ocurrida en la zona plana del norte del Cauca. En ella participaron también campesinos y afrodescendientes, quienes aceptaron que se configurara esa

censadas como “indígenas” personas que viven en los alrededores del resguardo, en parcelas privadas o particulares.

Los indígenas, por su parte, han sacado provecho de la situación pues, cuanto mayor sea la población censada, más cantidad de transferencias reciben del estado<sup>708</sup>. Gracias a la ficticia superpoblación de los resguardos, los indígenas pueden demostrar la necesidad de tierras y exigir ante las instituciones la adjudicación de estas. Su aspiración territorial es que todas esas parcelas privadas que están dentro de su “área de influencia política” acaben formando parte algún día de los resguardos indígenas.

“Acá generalmente se hace censo cada año (...) por ejemplo, nosotros en el año 2001 reportamos 6.300 personas, pero al año 2002 reportamos 5.900. Entonces nos preguntaron dónde están los otros 400. Eso no era un problema del Estado, era un problema nuestro y por eso dijimos no vamos a volver a hacer eso (...). Usted, colabore o no colabore, esté o no esté, diga lo que diga, usted puede rajarse del cabildo, aquí lo tenemos. Claro, porque ese era un perjuicio para nosotros. El Estado estaba contento, porque no era un problema de él, era un problema nuestro. Entonces nosotros decidimos corregirlo”<sup>709</sup>.

Sin embargo, esta situación genera conflictos internos pues los “indígenas conversos” no reconocen a las autoridades indígenas y se oponen a la educación indígena, a la propiedad colectiva y a la constitución de resguardos. Por eso, los perjuicios que pueda generar la instrumentalización de la identidad en el movimiento indígena pueden ser mayores que los beneficios. Como veremos más adelante, el descrédito y rechazo de los marcos cognitivos culturales y políticos indígenas ha sido una de las causas del desalineamiento de marcos, lo que a su vez debilitó la cohesión interna y favoreció la desarticulación y la radicalización del movimiento.

## 1.2. La perspectiva etnorelativista de la identidad colectiva

Acabamos de ver que la construcción de la identidad étnica defensiva ha favorecido la pertenencia al proceso social-organizativo, pero no ha sido la única dimensión de la identidad colectiva que ha favorecido la participación. Según nuestro análisis de co-ocurrencias, el movimiento indígena también ha salido fortalecido de la existencia de visiones y actitudes etnorelativistas que han permitido la inclusión del otro, del diferente, al proceso organizativo. Esto era más claro en los orígenes del movimiento, cuando los sectores rurales no estaban tan diferenciados y primaba la

---

territorialidad bajo la figura jurídica del resguardo indígena (DC40, Visita al resguardo de López Adentro, 2015).

<sup>708</sup> El análisis de co-ocurrencias nos muestra una correlación elevada entre los códigos: instrumentalización de la identidad, identidad mestizo-campesina y motivaciones personales\_ acceso a servicios y exenciones.

<sup>709</sup> Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015.

identidad de clase<sup>710</sup>. Sin embargo, como acabamos de explicar, el proceso de afirmación de las identidades étnicas o culturales, impulsado por la Constitución de 1991, acrecentó las diferencias entre grupos sociales y forzó a que las personas y las comunidades se autodefinieran con una sola identidad, negando las otras. Esto pone de manifiesto el dilema o la tensión que hay entre la afirmación de la identidad étnica y el etnorelativismo. ¿Es compatible defender una identidad étnica o cultural sin caer en el etnocentrismo y la exclusión del otro?

“Como en cualquier proyecto identitario, la gente ha ido construyendo las políticas de la identidad. Estas, a mi juicio, están hechas siempre por una situación negativa. La gente empieza a construir un nuevo “nosotros” a partir de una sensación compartida de exclusión, opresión, malestar o lo que quieras. Entonces, comienza a desarrollarse ese discurso y comienzan a buscarse cuáles son esos rasgos sobre los cuales tú puedes construir esa identidad. Cada vez que se construyen esos rasgos, siempre queda alguien por fuera, y entonces hay nuevamente un nuevo reacomodo y demás”<sup>711</sup>.

En el norte del Cauca encontramos indicios de ambos procesos, como si estuvieran en continua tensión y reacomodo. Al igual que a nivel político e institucional se ha avanzado en el proceso de diferenciación étnica o cultural, posiblemente la interculturalidad sea la norma que prevalezca en la cotidianidad. A algunas personas les cuesta definirse como indígenas o campesinos, hay matrimonios interculturales, la educación y la salud se entremezclan, las personas conviven, comparten intereses y necesidades, etcétera. Así mismo, el movimiento indígena, durante su trayectoria de lucha, ha atraído a solidarios y colaboradores de muchos lugares, algunos de los cuales han acabado viviendo en las comunidades. Por eso, podemos encontrar personas blancas, mestizas o negras formando parte del movimiento e incluso ocupando cargos de responsabilidad, a pesar de no compartir los rasgos étnicos indígenas. Puede que no sean nasa, pero son de la comunidad.

“¿Cómo se resuelve? porque existe la comunidad política. La comunidad política subsume a los no nasa, en este caso, pero los incorpora como miembros de la comunidad política con plenos derechos. Ya verá él, si habla nasa, yuwe, o no, ya verá él si se hace las medicinas o no, (...) pero él es miembro de la comunidad política. Entonces, la solución ya está dada en términos de la comunidad política, se puede decir que es una comunidad política nasa, sí, pero es primero comunidad política y lo nasa es, de alguna manera, un rasgo generalizado, pero no es un rasgo único (...). Es la comunidad política la que reconoce quien es miembro de sí misma y quién no, no es la comunidad étnica, en el sentido cultural, la que lo incorpora o no”<sup>712</sup>.

En la comunidad política, la organización y el proyecto político es el rasgo identitario que agrupa a todos los miembros de la comunidad por encima de los rasgos étnicos o culturales. Ser indígena nasa es participar en el proceso organizativo, respetar las

---

<sup>710</sup> Entrevista a Simona, Cali, 2016; Entrevista a Wilder, Cali, 2015; Entrevista a José, Bogotá, 2015.

<sup>711</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015.

<sup>712</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015.

instituciones indígenas, defender el sujeto colectivo y prestar servicio a la comunidad. Y, al contrario, una persona con rasgos indígenas que no defienda el plan de vida y la cosmovisión indígena sino otro proyecto político, no es reconocido como tal: se dice que “se ha perdido” o “se ha torcido”. Este es el caso de los indígenas que se involucran en disidencias o en actores armados. Por eso, a pesar de los procesos de diferenciación étnica o cultural, los conflictos que hay en el norte del Cauca no son conflictos étnicos. Como dice Peñaranda (2015: 205), lo que está en disputa no es la religión, la lengua, las costumbres, ni ningún otro elemento identitario, sino el control del territorio y la población, el triunfo o fracaso de un proyecto político.

No obstante, es fácil caer en esencialismos, de modo que a cada identidad étnica o cultural se le asigne un proyecto político o plan de vida. La identidad indígena nasa también es definida por rasgos étnicos o culturales y, aunque las personas foráneas sean admitidas como miembros de la comunidad política, nunca serán consideradas nasas “completos” o “verdaderos”. Así mismo, hay quienes advierten que el destino de todos los colaboradores blancos es acabar siendo maltratados o marginados por la comunidad.

En conclusión, la idea de la comunidad política podría resolver el dilema entre identidad étnica defensiva y etnorelativismo, porque permite que la identidad defensiva sea fuerte sin excluir a nadie por sus rasgos étnicos o culturales, pero no es fácil mantener el equilibrio. El objetivo de nuestra investigación, no obstante, no es comprobar si la comunidad indígena es más etnorelativista o más etnocéntrica, sino mostrar que, a la luz de nuestros resultados, la perspectiva etnorelativista (conciencia de compatibilidad entre identidades, la visión constructivista de la identidad, etc.) también ha favorecido la pertenencia al movimiento indígena, aunque en menor grado que la identidad defensiva.

### 1.3. Mecanismos y estructuras para la formación y transmisión de marcos cognitivos políticos.

Para que el proceso de micromovilización tenga éxito es necesario que existan estructuras organizativas y redes informales que se encarguen precisamente de realizar el reclutamiento, la movilización y el enmarcado. El movimiento indígena dispone de mecanismos y espacios en los cuales se producen y transmiten – principalmente de manera oral– los marcos cognitivos culturales (los valores, la identidad, etc.) y políticos (injusticias, derechos, etc.), que son los que se encargan de la concienciación política de los potenciales seguidores. Según nuestro análisis, la transmisión o concienciación política ha tenido una importancia particular a la hora de promover la pertenencia y la participación en el movimiento indígena, desde su momento fundacional.

Algunas de las estrategias que han desarrollado los indígenas en esta dirección son: el trabajo de concienciación realizado casa por casa por el movimiento juvenil<sup>713</sup>; la promoción de, al menos, un guardia indígena por cada una de las familias para asegurar la vinculación de éstas al proceso<sup>714</sup>; la formación temprana de niños en asambleas y reuniones, a las cuales asisten con sus padres, incluso cuando estos son líderes<sup>715</sup>; y la impartición de formaciones políticas a quienes ocupan cargos dentro del proceso. Encontramos también que mucho del trabajo de concienciación que se ha realizado es para contrarrestar la oposición de ciertos grupos a la colectivización de la tierra. En concreto, existen personas que aún perteneciendo a la comunidad son reacias a entregar su propiedad al cabildo. La estrategia del movimiento en estos casos no es imponer la colectivización, sino explicar en qué consiste la propiedad colectiva –pues permanece el usufructo– y convencer poco a poco de su conveniencia<sup>716</sup>.

El Centro de Educación, Capacitación e Investigación para el Desarrollo Integral de la Comunidad (CECIDIC)<sup>717</sup> es un centro de referencia para las comunidades del norte del Cauca, pues es un espacio dedicado permanente a la formación política y cultural, así como a la realización de asambleas, tulpas y juicios a comuneros de las FARC. Ha sido el legado del padre Álvaro Ulcué, a quien se le reconoce como uno de los grandes impulsores del trabajo de concienciación política. En los primeros años del movimiento indígena, cuando se debatía sobre la mejor estrategia de lucha, Ulcué apostó por el trabajo de base y formó a un grupo de jóvenes indígenas que hoy son líderes de la comunidad.

“Lo que hizo el padre fue empezar a organizar a la gente, en una visión de que estas tierras son de la gente y para la gente, y no la gente al servicio de otros, que la riqueza era individual, sino que había que buscar el beneficio colectivo. Y en esa visión del beneficio colectivo se fue organizando la gente, capacitando y empezaron a recuperar las tierras. Entonces, el padre se imaginaba que el CECIDIC iba a ser eso, un centro donde se pudiera formar la gente de diferentes niveles para poder resistir en los territorios, para poder dinamizar y para poder ir contextualizando sin perder la identidad, sin perder la cultura y sin entregarse totalmente a las visiones de occidente. Él se soñaba la ciudadela universitaria y era justamente el CECIDIC”<sup>718</sup>.

#### 1.4. La liberación cognitiva o concienciación.

Por último, observamos que la liberación cognitiva fue importante para el surgimiento del movimiento indígena en 1971. Se cumple lo que la teoría ha afirmado en relación

---

<sup>713</sup> DC33, Situación de los resguardos, CECIDIC-Toribío, 2015.

<sup>714</sup> DINT Huellas, Plan de vida 2013-2030, 2013

<sup>715</sup> Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015; Entrevista a Saturnina, Popayán, 2015; Entrevista a Carlos, Popayán, 2015.

<sup>716</sup> Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015.

<sup>717</sup> El CECIDIC está ubicado en el resguardo de San Francisco (Toribío), sobre una de las haciendas que fueron recuperadas.

<sup>718</sup> Entrevista a Jimeno, Toribío, 2015.



a esta condición interna: para que las personas participen y surja un movimiento social es necesario que se produzca la liberación cognitiva. Se trata de la adquisición de conciencia sobre la situación de injusticia que se vive, por lo que se encuentra necesariamente vinculada a la existencia de mecanismos y procesos de transmisión o concienciación política.

Este proceso ha sido denominado, en nuestro caso, como el “despertar indígena”. Antes de los setenta, los cabildos indígenas se encontraban influidos o cooptados por las Iglesias, los partidos políticos tradicionales y los terratenientes, y los indígenas servían y trabajaban para los colonos, así que fue necesario un proceso profundo de concienciación vereda por vereda.

“En Guambia había mucha influencia de muchas iglesias, estaban todas las iglesias que usted se imagina, los testigos de Jehová... bueno, infinidad de iglesias y cada una influenciaba en una vereda y era muy difícil hacer un trabajo político. Nosotros comenzábamos a hacer trabajo, nos íbamos a las iglesias a hablar con la gente allá y de alguna manera a hacer otro tipo de discusión, y sacábamos materiales también, para que ellos tuvieran otra lectura. Me acuerdo mucho de un material que se llamaba ‘El cielo se hace con nuestras manos’, así se llamaba una cartilla que sacamos y se la entregamos a ellos para la discusión y comenzamos a recoger a ciertos dirigentes: Floro Tunubalá, Segundo Tombé, los hijos de los viejos que eran luchadores, los comenzamos a recoger y a hacer un trabajo con ellos para que ellos empezaran a hacer un trabajo político ahí en la región, diferente al trabajo religioso, que siguieran siendo religiosos pero que tuvieran también esa visión”<sup>719</sup>.

Más adelante veremos que en la concienciación política de los indígenas tuvo mucha importancia el apoyo externo, particularmente, en los orígenes del movimiento. Personas externas a las comunidades (muchas de ellas mestizas o campesinas), que procedían de diferentes militancias (guerrillas liberales, movimiento campesino, sindicatos y partidos comunistas), se ocuparon de concienciar a los terrajeros indígenas sobre sus derechos: la explotación laboral, la usurpación de tierras, derechos reconocidos en el régimen jurídico vigente (ley 89 de 1890), etc. Por ejemplo, algunas de estas personas externas aprovecharon la realización del primer censo indígena en 1972 para recorrer el Cauca y dar a conocer la organización del CRIC a los indígenas que vivían en los lugares más lejanos de Tierradentro, desde San Andrés hasta el páramo de las Moras<sup>720</sup>.

## 2. Eficacia del modelo de organización y funcionamiento interno

### 2.1. Habilidades y actitudes político-comunitarias

---

<sup>719</sup> Entrevista a Carlos, Popayán, 2015

<sup>720</sup> Entrevista a Javier, Popayán, 2015

El modelo organizativo del movimiento indígena tiene mecanismos y estructuras que favorecen la democracia participativa y directa. Entre estos mecanismos, destacan las habilidades y actitudes político-comunitarias que los comuneros han desarrollado para la gestión de la vida pública. Según nuestros resultados, la existencia de este tipo de habilidades en los potenciales seguidores fomenta la participación. En concreto, sobresale la capacidad de resiliencia o resistencia. Los indígenas son capaces de perseverar en la lucha durante meses, e incluso años, sin rendirse y sin usar las armas, a pesar de las amenazas externas. La resistencia se alimenta de la agresividad positiva (la valentía, el ímpetu, la energía, etc.), de la motivación y autoestima elevada, de la esperanza, de la fuerza del grupo y de sentimientos de indignación e injusticia. Conciben, además, que resistir es la única forma de sobrevivir como pueblo:

“Para los nasas, la tierra es la única madre. Nasa sin tierra no somos nasa. Entonces, por eso es que mantenemos esta lucha. Se derrama sangre pero, la tierra, algún día tiene que ser de nosotros. Si nosotros defendemos el territorio, habrá territorio para nuestros hijos”<sup>721</sup>.

En segundo lugar, destacan las habilidades y actitudes solidarias o el compromiso activista. Mientras que en las organizaciones de la sociedad civil, hay una tendencia a la profesionalización, el modelo organizativo de las comunidades indígenas se sostiene en base a la solidaridad y el compromiso activista. A pesar de que los indígenas dedican gran parte de su tiempo a las actividades del movimiento, esta no suele conllevar ninguna remuneración salarial y no por ello pierden base social o capacidad organizativa. Esto es posible gracias a que la comunidad funciona más por motivaciones afectivas e ideacionales que por incentivos económicos o materiales. No obstante, también está habiendo problemas con esa falta de contraprestación pues muchas personas están dedicándose plenamente al proceso organizativo, sin tener apoyos económicos para poder subsistir.

## 2.2. Fortaleza del tejido social

La fortaleza del entorno organizativo es un elemento clave para el éxito de los movimientos sociales. Según la teoría, las estructuras informales que tienen adscripciones abiertas, extensas redes sociales y liderazgos flexibles son más eficaces para la micromovilización que las organizaciones formales y profesionalizadas. En nuestro caso, como prevé la teoría, una de las claves del reclutamiento, la participación y movilización de los indígenas ha sido su tejido social amplio, robusto y activo.

Las comunidades indígenas del norte del Cauca disponen de espacios donde se realiza la transmisión de conocimientos y el proceso de enmarcado (tulpas,

---

<sup>721</sup> Declaraciones de un guardia indígena en DVIS MEDIOS, Liberación de la Madre Tierra.

asambleas, congresos, centros de armonización, UAIIN, CECIDIC, Casa para revivir el pensamiento, Escuela de agroecología, Escuela política, Escuela Jurídica Cristóbal Sécue, etc.), pero las dinámicas de participación y movilización han sido favorecidas especialmente gracias a la fortaleza de la familia. La función principal de la familia es establecer los vínculos con los potenciales seguidores y transmitir los marcos cognitivos culturales y políticos a las nuevas generaciones. El fogón, por ejemplo, ha sido en la cultura indígena el espacio donde tradicionalmente los mayores transmitían el conocimiento oralmente a sus descendientes. Y ya hemos mencionado cómo las familias acuden conjuntamente a los espacios políticos.

3. Cohesión interna, eficacia de la movilización de recursos y difusión de marcos cognitivos no-violentos.

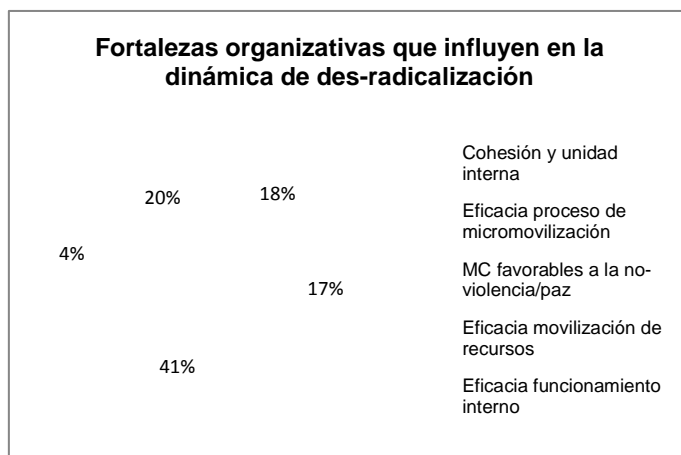
Al estudiar estas dimensiones encontramos las correlaciones más bajas, por lo que entendemos que no tienen fuerza causal como explicación de las dinámicas de movilización. No obstante, señalamos las cuestiones más relevantes en estas categorías:

- 3.1. En relación a la cohesión interna, la única correlación significativa se encuentra con la dinámica de participación. En concreto, los mecanismos de conexión, comunicación y coordinación interna como, por ejemplo, aquellos dedicados a la socialización y consulta interna, muestran ser proclives a la participación.
- 3.2. En relación a la movilización de recursos, la única correlación significativa también se encuentra con la dinámica de participación. El movimiento indígena tiene la ventaja de contar con gran cantidad de personas dispuestas a movilizarse que, además, ofrecen habilidades y actitudes político-comunitarias favorables para la resistencia. Los indígenas son capaces de movilizar en sus acciones colectivas entre 1.000 y 70.000 personas, en función de la dimensión territorial que tenga la acción. Se encuentra además una leve correlación entre el surgimiento del movimiento indígena y la disponibilidad de un recurso ideacional: la memoria colectiva. El despertar indígena se vio favorecido por las historias sobre la resistencia indígena, desde la cacica Gaitana contra los conquistadores, pasando por los títulos coloniales conseguidos por Juan Tama en 1701, hasta el movimiento liderado por Manuel Quintín Lame a principios de siglo XX.
- 3.3. Por último, la difusión de marcos cognitivos no-violentos no ha tenido influencia significativa en la movilización. Es decir, la articulación del movimiento y la participación en el mismo no ha dependido de que dentro del

movimiento circularon discursos sobre la legitimidad o eficacia de la no-violencia<sup>722</sup>.

En las dinámicas de des-radicalización, el grado de importancia de las fortalezas organizativas varía. La categoría más influyente, donde encontramos una correlación más alta, es la difusión de marcos cognitivos favorables a la no-violencia y la paz (207), precisamente la categoría que menos influencia tenía en las dinámicas de movilización. Seguidamente encontramos tres categorías con una importancia similar: eficacia del modelo de organización y funcionamiento interno (101), la cohesión interna o grupal (92) y la eficacia del proceso de micromovilización (83). En comparación con las dinámicas de movilización, la importancia del proceso de micromovilización desciende considerablemente y el de la cohesión interna aumenta. Por último, la categoría menos importante para la des-radicalización del movimiento es la disponibilidad de recursos (19).

### Gráfica 27: Fortalezas organizativas que influyen en la dinámica de des-radicalización



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

#### 1. Difusión de marcos cognitivos favorables a la no-violencia y la paz

El movimiento indígena lleva décadas construyendo un discurso sobre la eficacia y legitimidad de la lucha de resistencia desarmada, frente a los actores armados estatales y no estatales, orientada a la defensa del territorio y el plan de vida. Las primeras declaraciones contra los actores armados emergieron a mediados de los ochenta, aunque estas iban más dirigidas a denunciar la intromisión de las FARC que a un posicionamiento general de rechazo frente a la lucha armada. La desmovilización del MAQL permitió el avance de la vía no-violenta en las comunidades, pero el posicionamiento y la difusión de este tipo de marco cognitivo ha sido más claro desde la primera década del siglo XX. Según el coordinador de la guardia, es en el 2004-2005 cuando se produce un cambio de mentalidad sobre la

<sup>722</sup> Aquí no valoramos las creencias personales que han influido en la decisión de participar o no en el movimiento indígena, sino la existencia de marcos cognitivos que circulen a nivel grupal.

eficacia de la no-violencia y la guardia indígena se consolida como acompañante de la comunidad y mano derecha de la autoridad<sup>723</sup>. Aunque puedan compartir ciertos agravios y demandas con las guerrillas, el movimiento indígena –en su mayoría– ya no considera que sea legítimo y eficaz el uso de las armas para avanzar en sus objetivos políticos. Sin embargo, el movimiento ha sido frecuentemente confundido con la guerrilla y estigmatizado por ello. Por eso, para el movimiento indígena ha sido particularmente importante diferenciarse ante la opinión pública de la lucha guerrillera.

“No estamos en orillas diferentes de un mismo río, como dice el comunicado del CCO<sup>724</sup>. En realidad estamos en dos ríos distintos; puede que ambos desemboquen en el mismo mar, pero pensamos que el de ustedes difícilmente llegará al de un país más justo. Hemos escogido la lucha civil, masiva, directa, comunitaria, en montonera, no por simple diferencia con la lucha armada, sino porque nos parece que nuestro modo de hacer las cosas es más efectivo y eficaz para consolidar un poder popular alternativo y construir un modo de vida más inteligente, porque permite que sea siempre la comunidad la que decida sobre las formas de lucha, y porque entendemos que una guerra como la colombiana, más que en un posible remedio, se ha convertido en una “enfermedad crónica” que produce mucho dolor y muerte injustificados. Para enfrentar el modelo imperante, que es inhumano y avallador frente a la Madre Tierra, nuestros esfuerzos se han encaminado a la consolidación de un modelo distinto, basado en el poder de la comunidad y en la construcción de nuestros sistemas propios de economía, justicia, educación, salud y bienestar, orientado a un nuevo país que nos permita vivir y convivir con otros sectores y pueblos. No somos soberbios, pero mucho de eso hemos ido logrando estos años, sin armas: la tierra, la cultura, la unidad, la autonomía. En resumen, no se trata de una diferencia en las formas de la lucha, sino que estamos en desacuerdo con la necesidad y utilidad actuales de la guerra. Eso no cambia el hecho de que entendemos las causas del conflicto y las razones para su persistencia; pero es claro que hacer la guerra no es un mero resultado de las condiciones socio-económicas, sino que es resultado de una decisión política. Ahora bien, sería una verdadera tragedia que las FARC consideraran enemigo y objetivo militar a quienes rechazamos la guerra y nos oponemos a ser involucrados en ella, o que ahora su estrategia sea considerar enemigos a todos quienes optamos por la lucha no armada para construir el nuevo país que necesitamos”. Carta de la ACIN al comandante de las FARC, Timoleón Jiménez, 20 de abril de 2012.

En esta carta dirigida a las FARC, los indígenas se posicionan claramente contra la lucha armada y exponen su argumentario a favor de la resistencia no-violenta, que vamos a examinar a continuación.

### 1.1. Creencias a favor de las acciones no-violentas, más en su eficacia que en su legitimidad.

---

<sup>723</sup> Conversación con Lucho Acosta, Tóez, 2015

<sup>724</sup> Comando Conjunto de Occidente de las FARC

La adopción de la lucha no-violenta por parte de los indígenas aduce tanto creencias a favor de su eficacia como de su legitimidad, aunque abundan más las primeras que las segundas.

En relación a la eficacia, defienden que es una lucha eficaz en base a su propia experiencia, pues aseguran haber obtenido buenos resultados sin el uso de armas<sup>725</sup>: han resistido a las masacres y a los desplazamientos mejor que otras comunidades, han conseguido avances políticos y mejoras en sus condiciones de vida, etc. En un principio, ni el ejército ni la guerrilla les tomaron en serio. “Es una herencia colonial que tiene mucha gente wakasx (no indígena), creer que como reclamamos con el pensamiento de nuestra comunidad, apenas con nuestros bastones de autoridad, con voz bajita y de buen modo es que les tenemos miedo y que nos vamos a dejar oprimir”<sup>726</sup>. Pero han demostrado que es una lucha eficaz. El potencial estratégico de sus acciones no-violentas reside en aprovechar el efecto jiu jitsu de la represión, desgastar al adversario, emplear la fuerza del número y la unidad para ejercer presión, utilizar la fuerza simbólica que tienen los bastones de mando, garantizar la seguridad de la comunidad y permitir la construcción del poder popular y la transformación del poder político.

En relación al componente ético de la no-violencia, los indígenas consideran que este método es más legítimo y coherente con los valores propios de su cultura. Los indígenas defienden el valor de la vida por encima de todo, una jerarquía de valores que, según algunas fuentes, la cosmovisión indígena comparte con la religión cristiana:

“La jerarquía de valores en el movimiento indígena y en el mundo indígena, la vida está por encima de todo y por eso, él decía que la cosmovisión indígena estaba *preñada de evangelio*, era una expresión porque si algo caracterizaba al evangelio era que la vida estaba por encima de todo y la cosmovisión indígena, en la comprensión de Álvaro, también es la vida por encima de todo. Entonces él decía: ‘ni siquiera hay que adoctrinarlos, no, lo que hay que hacer es descubrir los valores propios de la cultura que ahí están, los valores, así no sean cristianos, son los mismos, la vida, luego la justicia y otras cosas’. La justicia no está por encima, esa era la crítica que le hacía a Bernardo: ‘si la vida está por encima de todo, usted no puede poner la justicia por encima de la vida. Si usted la pone, la justicia por encima de la vida, que dice, por la justicia, yo me doy el permiso de matar, entonces, usted está diciendo que la justicia como valor, está por encima en la jerarquía de valores que la vida. Y no, es la vida por encima de la justicia. Entonces por la vida, yo tengo que respetar la vida y la justicia solamente tiene que ser justicia en la medida que es una manifestación de vida para todos’. Era clarísimo en ese punto, había una convicción de valores, había una reflexión muy profunda sobre el asunto desde la fe”<sup>727</sup>.

---

<sup>725</sup> Entrevista a Lucía, Toribío, 2015

<sup>726</sup> Carta de la ACIN al comandante de las FARC, Timoleón Jiménez, 16 de mayo de 2013

<sup>727</sup> Entrevista a Roberto, Bogotá, 2015

Por último, observamos que la legitimidad de la lucha indígena no-violenta puede haber contribuido a aumentar su eficacia, por tener mejor valoración cultural que la lucha armada. Es decir, la fuerza de los indígenas procede en gran parte de la dignidad de su lucha, de la superioridad moral que tienen aquellos que buscan la paz y el bien colectivo sin el uso de la violencia. Revestidos de esta dignidad, los indígenas se enfrentan con éxito a sus enemigos, superiores militarmente, inferiores moralmente:

“A estos encuentros, la fuerza indígena no iba a mendigar, tal vez ni siquiera a exigir sino a burlarse del poder dominante y decirle que no representa nada más que un castillo de naipes. Danzaba en su recuerdo la dignidad de Aida Quilcué cuando, con la fuerza comunitaria, le pudo mostrar al entonces Presidente Uribe que el poder de un Estado construido con la parafernalia de las armas no es nada comparado con los espíritus que viven en la resistencia de pueblos milenarios, que vigilan los territorios y hacen parte de la comunidad; o la serenidad de Lucho Acosta para enrostrarle a todos los ministros de la seguridad democrática, sentados frente a él, que a quienes debía castigar la justicia indígena, fuetear, era a ellos y no solamente a quienes cumplían sus ilegales órdenes”<sup>728</sup>.

#### 1.2. Creencias en contra de las acciones violentas, basadas más en su ineficacia que en su ilegitimidad

Además de las creencias a favor de la no-violencia, también han influido en las dinámicas de des-radicalización las ideas que defienden que “ahora ni ética ni estratégicamente la lucha armada es conveniente”<sup>729</sup>. Como observamos en esta cita, hay una percepción de que las armas no son adecuadas en este momento, es decir, la conveniencia o no de las armas parece estar asociada a los cambios en el contexto. Esto se debe a que, como veremos más adelante, el movimiento indígena comprende y justifica la lucha armada bajo ciertas circunstancias excepcionales.

Desde la desmovilización del MAQL, el movimiento indígena en el Cauca ha ido distanciándose cada vez más de la lucha armada. Según este, la lucha armada no es eficaz, en primer lugar, porque la experiencia vivida ha dejado resultados negativos. En lugar de haber solucionado los conflictos, los ha escalado y prolongado. Además, dada la asimetría en la correlación de fuerzas, utilizar las armas es inútil porque no pueden equipararse con la fuerza armada de sus enemigos, y contraproducente, porque justifica la represión: “si optamos por una lucha armada, fácilmente cualquiera nos atacaría: la guerrilla, el Estado, los paramilitares y tendrían más argumentos para fácilmente acabar con nuestro movimiento”<sup>730</sup>. Por tanto, la lucha armada solo sirve para estigmatizar y dañar la imagen del movimiento, reduciendo su valoración cultural, y para elevar los costos

<sup>728</sup> DINT CRIC, Caballero, H., Memoria Jorge Caballero, Sin estrategia ni táctica, 2014.

<sup>729</sup> DEXT ACIN, Almendra, V., “La paz de la Mama Kiwe en libertad, de la mujer sin amarras ni silencios”, 2011.

<sup>730</sup> Entrevista a Gerardo, Santander de Quilichao, 2014.

humanos y los riesgos a los que se somete la comunidad. Así mismo, la experiencia de los indígenas es que los grupos armados se acaban desviando de sus objetivos y extralimitando en el uso de la violencia.

Las creencias en contra de la utilidad de las acciones violentas han sido especialmente relevantes para explicar el caso de la desmovilización del MAQL (20 de 28). En particular, destacan dos creencias de este tipo. La primera es que la lucha armada degeneró en acciones militares sin control, los objetivos se desviaron y sus miembros acabaron haciendo un uso extralimitado de las armas.

“En la medida que ya se creció como grupo armado ya empezó a hacer desorden y a salirse de las manos. Es obvio que cuando un hijo se crece, ya no quiere obedecer al papá. Adquirió autonomía y experiencia. (...) Se empezaron a hacer acciones militares, sin control de la organización, porque había una dirección política, prácticamente se salió del control a hacer acciones, secuestros y cosas así... Asesinatos ya sin ningún control”<sup>731</sup>.

La segunda es que la formación del MAQL produjo un aumento de la inseguridad de la comunidad, elevando los costos humanos para los miembros del grupo y sus familias.

“Se volvió malo para la comunidad toda esa violencia”<sup>732</sup>. “Muchos de los familiares, muchos fueron asesinados y otros murieron por esa causa”<sup>733</sup>. “Si ellos seguían iba a haber una guerra del estado contra ellos. Entonces dependiendo de eso ellos dijeron: “no, pues, nos vamos a desmovilizar para que no haya guerra”<sup>734</sup>.

Desde el punto de vista ético, como señalamos anteriormente, la lucha armada no es una opción legítima para los indígenas porque no resulta coherente matar al enemigo cuando se proclama la defensa la vida<sup>735</sup>. Si el objetivo de los indígenas es el plan de vida, la lucha armada es un plan de muerte, por lo que adoptar las armas significa contradecir el espíritu nasa.

### 1.3. Creencias o nociones de paz a favor de la paz positiva

Nuestros resultados muestran que la adopción de la lucha no-violenta también está relacionada con la concepción que tienen las comunidades indígenas sobre la paz. En agosto de 2015 la doctoranda tuvo la oportunidad de conducir un “diálogo de saberes” con un grupo de indígenas de Toribío para reflexionar en torno a cuestiones como la paz, la violencia y los conflictos. Uno de los objetivos de este

<sup>731</sup> Entrevista a Gerardo, Santander de Quilichao, 2014

<sup>732</sup> Entrevista a Gerardo, Santander de Quilichao, 2014

<sup>733</sup> GD, Taller de paz y conflictos, Toribío, 2015

<sup>734</sup> Entrevista a Humberto, Caloto, 2015

<sup>735</sup> DEXT ACIN, Almendra, V., “La paz de la Mama Kiwe en libertad, de la mujer sin amarras ni silencios”, 2011.



encuentro-taller fue definir qué es la paz para los indígenas nasa. En primer lugar, señalaron que para ellos la paz es el *wēt wēt fxi'zenxi* que significa buen vivir o vivir bien y se asocia con un estado de armonía y equilibrio de la persona, la comunidad y la naturaleza:

“Para el nasa el equilibrio (*kaja'danxi ew üusnxi*) es nivelar y balancear fuerzas: *jebu cxacxa* (izquierda, negativo) y *pacu jebu* (derecha, positiva). La armonía (*üus pkhskhen naastxka*) es la capacidad de manejar las energías de la naturaleza que interactúan e inciden en la vida. Es la búsqueda permanente de la tranquilidad y el buen vivir. La armonización es entonces la tranquilidad mutua entre las personas, animales, espíritus de la naturaleza, es el equilibrio entre las fuerzas de la naturaleza y los espíritus”<sup>736</sup>.

Además de estas nociones de armonía y equilibrio, los indígenas que participaron en el encuentro señalaron otras palabras que asociaban a la paz: el respeto, la identidad, el diálogo, los derechos humanos, el desarrollo (no entendido como extracción de recursos naturales), la libre autodeterminación, la autonomía y el territorio. Así mismo, rechazaron las palabras “no-violencia” y “no guerra” como parte de su definición porque, para ellas, éstas ya vienen contenidas en el diálogo y el respeto a los otros. Finalmente la definición de paz a la que se llegó fue: “la paz es el proceso a través del cual se alcanza el *wēt wēt fxi'zenxi*, esto es, la armonía de la persona, consigo misma, con los otros y con la naturaleza. Para ello, se debe respetar el territorio, la libre autodeterminación de los pueblos (autonomía e identidad) y los derechos humanos, así como aprender a resolver los conflictos a través del diálogo y con respeto a la diferencia”.

Respecto a las negociaciones entre los actores armados, los indígenas son conscientes de que la paz y la justicia social en Colombia no se consiguen en estos procesos, sino en procesos de construcción de paz desde abajo. Son las comunidades locales quienes más experiencia tienen en la construcción de paz en el territorio y por eso llevan desde 1999, con la Declaratoria de los Territorios de Convivencia, Diálogo y Negociación, exigiendo que los procesos de paz nacionales cuenten con la participación de la sociedad civil. No obstante, su visión crítica hacia la paz de los actores armados (paz negativa) no impide que siempre hayan considerado necesaria la resolución del conflicto armado para poder avanzar en la construcción de paz. Antes del proceso de La Habana, los indígenas ya exigían el inicio de una negociación:

“Nos guía la convicción de que solo la solución del conflicto armado puede abrir caminos para la construcción de paz y justicia (...). Si no detenemos esta guerra, el país asistirá a una terrible masacre de civiles y a la destrucción de buena parte del proyecto político pacífico y democrático que los indígenas hemos parido con gran esfuerzo durante años (...). El tercer propósito de la Minga es reactivar los debates públicos con

<sup>736</sup> Asociación indígena de cabildos de Toribio, Tacueyó y San Francisco, Proyecto Nasa (2006:25) citado en el Plan de Desarrollo de Toribío 2016-2019, p.9.

el gobierno y la insurgencia, sobre los proyectos políticos y territoriales que están en juego. Como estamos convencidos de que la solución del conflicto requiere una negociación política, nuestro compromiso es elevar el nivel político de estos diálogos y debates, y exigimos a estos actores que se comprometan a poner en claro sus apuestas estratégicas<sup>737</sup>.

Y durante el proceso, siguieron exigiendo el compromiso de los actores armados:

“Reiteramos la decisión de los pueblos indígenas en la salida política y negociada al conflicto armado, y pese a las circunstancias que hoy vivimos en el Cauca, llamamos a que se continúen los diálogos entre ustedes y el gobierno nacional e instamos a que no se levanten de la mesa<sup>738</sup>”.

Estos son los marcos cognitivos sobre la paz y los conflictos armados que han inspirado a las comunidades indígenas del norte del Cauca a adoptar y mantener la resistencia no-violenta.

#### 1.4. Incorporación de nociones de lucha “no-violenta” y reafirmación de la capacidad de agencia para la construcción de paz

Observamos además dos indicadores del cambio de mentalidad hacia la no-violencia: la incorporación de calificativos como “pacífica” o “no-violenta” para referirse a su lucha y las reiteradas afirmaciones sobre su agencia en la construcción de paz.

#### 2. Eficacia del modelo de organización y funcionamiento interno.

El segundo factor en orden de relevancia, ha sido la eficacia del modelo de organización y funcionamiento interno<sup>739</sup>. Al igual que en las dinámicas de movilización, dentro de esta categoría destacan las habilidades político-comunitarias y la fortaleza del tejido social.

##### 2.1. Habilidades político-comunitarias

Volvemos a encontrar como habilidades más importantes el compromiso activista y la capacidad de resistencia, a las cuales se une la habilidad conciliadora de conflictos. Estas tres habilidades favorecen la habilitación de la guardia indígena y la resistencia no-violenta frente a los actores armados. Gracias a que las personas que forman parte de la guardia indígena ostentan estas habilidades, es posible mantener

<sup>737</sup> DEXT CRIC, Pronunciamiento contra la guerra, Toribío, 20 de julio de 2011

<sup>738</sup> DREL ACIN-CRIC, Carta abierta a las FARC-EP, 8 de noviembre de 2014

<sup>739</sup> Cabe señalar que este resultado se obtiene a nivel agregado (las dinámicas de des-radicalización conjuntamente), pero si analizamos la correlación de cada subcategoría con las dinámicas por separado, las correlaciones disminuyen.

este mecanismo de protección sin el uso de armas. Los guardias son quienes hacen más sacrificios por la comunidad: “a veces tienen que trasnocharse, de pronto tendrán que aguantar hambre, tendrán que dejar sola hasta su esposa, a sus hijos, ¿por cuidar a quién? por cuidar el territorio” (Entrevista a Lucía, Toribío, 2015).

“Para lograr el cumplimiento de esta misión los Kiwe Ten’za deben tener un nivel de compromiso con la comunidad y consigo mismo, recibir preparación política, jurídica, en salud, conocer la historia y el proceso indígena, ser líderes activos, con palabra y conocimiento. La defensa del territorio contra la minería, los cultivos de uso ilícito, la inclusión a los grupos armados, la implementación de organizaciones paralelas en contra del pensamiento comunitario indígena, la defensa de la vida, de los derechos fundamentales, requiere un esfuerzo de grandes dimensiones y dedicación”<sup>740</sup>.

Por hacer esta labor, la guardia indígena es continuamente amenazada por los actores armados y, sin embargo, deniegan exiliarse. Antes de que Milciádes Tróchez<sup>741</sup> fuera asesinado el 12 de enero de 2012:

“A él le preguntaron: ‘compañero Milciádes, si usted quiere hacemos toda la vuelta para que te vayas para Canadá con tu familia’. Y él dijo: ‘jamás, yo para otro territorio no me voy. Primero, porque no le estoy haciendo mal a nadie, y segundo, porque si tengo que morir, muero aquí, por la lucha de nuestro proceso y muero en mi territorio, y quedo en mi familia. No me voy a otro lado’<sup>742</sup>.

En lugar de desplazarse, permanecen en el territorio y se enfrentan a los actores armados con un simple bastón de mando. En el himno de la guardia encontramos sus pilares de resistencia:

“Guardia, guardia. Fuerza, fuerza. Por mi raza, por mi tierra. Guardia, guardia. Fuerza, fuerza. Por mi raza, por mi tierra. Guardia, guardia. Fuerza, fuerza. Por mi raza, por mi tierra. Indios que con valentía y fuerza en sus corazones, por justicia y pervivencia, hoy empuñan los bastones. Son amigos de la paz, van de frente con valor. Y levantan los bastones, con orgullo y sin temor. Pa’ delante compañeros, dispuestos a resistir, defender nuestros derechos, así nos toque morir. Guardia, guardia. Fuerza, fuerza. Por mi raza, por mi tierra. Y que viva la guardia indígena... Compañeros han caído, pero no nos vencerán. Porque por cada indio muerto, otros miles nacerán. Totoroes y Paéces, Yanaconas y Guambianos, Coconucos, Siapidaras, todos indios colombianos. Pa’ delante compañeros, dispuestos a resistir, defender nuestros derechos, así nos toque morir. Guardia. Fuerza. Guardia. Fuerza. Guardia. Fuerza”.

Gracias a esta capacidad de resistencia, el proceso pervive. A diferencia de otros sujetos colectivos, cuando matan, detienen o cooptan a los líderes indígenas, el

<sup>740</sup> DINT Concepción, Plan de vida 2013-2023, 2013

<sup>741</sup> Milciádes Tróchez fue un líder, cabildante y coordinador de la guardia indígena en Jambaló. En el año 2001, presuntos guerrilleros de las FARC intentaron secuestrarle y desde entonces sufrió sucesivas amenazas.

<sup>742</sup> Entrevista a Saturnina, Popayán, 2015

proceso no acaba con ellos. Esto es lo que denominamos la sostenibilidad o la resiliencia organizativa, es decir, la capacidad de sostenerse a pesar de las amenazas externas (asesinatos, represión estatal, los intentos de cooptación, etc.). Pero esta sostenibilidad no solo procede de sus habilidades o actitudes frente a las amenazas, sino también de su tipo de estructura organizativa. Como dice la teoría, el modelo descentralizado y horizontal de los indígenas favorece la sostenibilidad, porque gracias a estas estructuras tienen capacidad de generar más liderazgos y traspasar el poder. En cambio, los grupos grandes con estructuras formales y jerárquicas son más fáciles de desarticular con la cooptación de sus líderes. Por ejemplo, Cristóbal Secue es recordado como un líder de Corinto tenaz, que se enfrentó directamente a la guerrilla y se opuso a los cultivos de uso ilícito. Eso le costó la vida, en el año 2001 a manos presuntamente de un miliciano de las FARC. Es posible que su asesinato mermara la capacidad del movimiento de oponerse al narcotráfico, pues, en Corinto, el cultivo de marihuana fue en aumento, si bien el movimiento indígena siguió resistiendo y generando líderes y, hoy, uno de sus principales propósitos en la zona es la erradicación de los cultivos.

“Lo asesinaron porque él era un líder que no se quedaba callado, él veía cosas que estaban haciendo mal los otros, los grupos armados, y él se paraba y lo decía públicamente, él defendía como fuera a los indígenas (...). Ellos (los guerrilleros) vieron que con ese líder iban a despertar más líderes, y entonces, ¿qué hicieron? como en esa época eran pocos líderes, ellos trataban de callar al que más se oponía para que no surgieran otros, ellos creían que callando a uno se acababa. Pero fue todo al contrario, antes, mataron a uno y crecieron otros políticos, que hoy ya vemos varios, no es uno solo sino que ya somos varios, y ya es bastante diferente y pues, nosotros, ahorita, en el análisis, creemos que, por eso, la guerrilla está en el diálogo de paz, porque vio que con las armas no podía, no era capaz con los indígenas y no fue capaz con el estado. Y mientras que nosotros sí vamos creciendo, vamos políticamente, como se dice vulgarmente *vamos arrasando ya casi con todo*. Entonces por eso, están en cero políticamente”<sup>743</sup>.

## 2.2. La fortaleza del tejido social

Al igual que pasaba en las dinámicas de movilización, la adopción de acciones no-violentas también ha sido favorecida por la existencia de un tejido social fuerte. Sin embargo, mientras que en la movilización la familia era un “núcleo socioestructural cotidiano” importante, en la adopción de acciones colectivas no-violentas lo es la comunidad en su conjunto. La comunidad indígena aporta un componente único al movimiento: la organización y sostenimiento de la acción colectiva no-violenta. El movimiento indígena es capaz de realizar acciones multitudinarias itinerantes o reunir a miles de personas en congresos de varios días garantizando el transporte, un lugar para dormir y el sustento diario y es capaz de organizarlo, además, de una manera mucho más eficiente (menos costosa) que los demás actores<sup>744</sup>. Esta

<sup>743</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2016

<sup>744</sup> Entrevista a Roberto, Bogotá, 2015

capacidad se debe precisamente a la existencia de una base de apoyo social –la comunidad– que de manera permanente tiene todas las estructuras y redes necesarias en funcionamiento y simplemente las pone a disposición de la movilización.

“Cuando tú ves cómo se organiza una movilización indígena... la movilización indígena se hace, con gobierno incluido, normalmente, y ese gobierno trae economía incluida, sociedad incluida, trae todo incluido, es decir, no tienes que estar inventando, como hacemos nosotros cuando hacemos una movilización, y quién se encarga de la salud, y quién se encarga de la educación y quién se encarga de la comida, porque la comunidad se ha desplazado en su conjunto, digamos, la sociabilidad está allí permanente”<sup>745</sup>.

Hablamos de un tipo de movimiento social en el cual el estado natural de sus activistas es la convivencia y el relacionamiento diario. Realizan trabajos de economía solidaria como las mingas o la mano cambiada, cooperan con el intercambio de alimentos y los niños van a la escuela acompañándose unos a otros<sup>746</sup>. Es más fácil entonces organizar a personas que forman parte de una comunidad que hacerlo con personas de una sociedad civil desarticulada. En concreto, el respaldo de la comunidad a la guardia indígena es fundamental para sostener la resistencia no-violenta:

“A veces lo hacemos (las acciones) conjuntamente con la comunidad. Entre más montonera haya es mucho mejor porque ya los que han hecho de pronto el daño, ellos ya se sienten muy acorralados y sienten que no tienen apoyo mientras que nosotros sí tenemos apoyo. Esa ha sido la gran magnitud al trabajar nosotros, y la fuerza siempre la hace el pueblo y lo hace la comunidad”<sup>747</sup>.

### 3. La cohesión o unidad interna

La importancia de este elemento de fortaleza organizativa aumenta como factor explicativo de las dinámicas de des-radicalización, en comparación con las dinámicas de movilización.

#### 3.1. La adopción de decisiones, acuerdos y mandatos internos

Vemos que la capacidad de adoptar acuerdos, mandatos o resoluciones internas por parte del movimiento indígena ha sido favorable, especialmente, para la resistencia no-violenta frente a los actores armados. La adopción de consensos es clave para alinear los marcos de referencia cuando surgen cuestiones conflictivas o problemáticas que amenazan con fragmentar el grupo. En la trayectoria no-violenta del movimiento indígena, han sido importantes para clarificar el posicionamiento del

---

<sup>745</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015

<sup>746</sup> Entrevista a Tirzo, Cali, 2015

<sup>747</sup> Entrevista a Humberto, Caloto, 2015

movimiento respecto a la guerra y los actores armados que han hecho presencia en el territorio. En particular, han sobresalido decisiones y declaraciones emblemáticas como la Resolución de Vitoncó (1985), la desmovilización del MAQL (1989-1991), la Declaración de Ambaló (1986 y/o 1996), la Declaratoria de los Territorios de Convivencia, Diálogo y Negociación de la María (1999) y la Resolución de Jambaló (2000 o 2001). Estos documentos pueden entenderse, por tanto, como el resultado de un proceso de alineamiento de marcos en el seno del movimiento indígena a través del cual éste ha sido capaz de adoptar una posición unificada frente al conflicto armado.

### 3.2. El control de las acciones colectivas o la disciplina no-violenta.

Este mecanismo de control ha servido principalmente para evitar la radicalización en momentos de confrontación con las fuerzas de seguridad del estado. En el desarrollo de ciertas acciones –como, por ejemplo, en los bloqueos de vías– hay momentos álgidos de tensión, donde se sobrepasan los límites de la no-violencia y los ánimos se exaltan. Entonces, las autoridades indígenas intervienen, con ayuda de la guardia, para intentar apaciguar a la gente y convencerles de que se retiren<sup>748</sup>. En algunas ocasiones, los milicianos de las FARC han apoyado las acciones indígenas, pero se les ha impuesto como condición no utilizar las armas. Los días 26 y 27 de febrero de 2015, cuando las tomas de tierras en Corinto estaban en su punto más caliente, las milicias bajaron y comenzaron los enfrentamientos armados con el ejército. En esos momentos, a las autoridades y a los guardias les tocó subir a las zonas altas de la montaña donde se ubican los guerrilleros, para dialogar con ellos:

“Sí, ese día ellos bajaron, como unas tres horas antes... nos tocó a nosotros como guardias ir a retirar al ejército y también subir a la parte de... para retirar. En ese día subimos y hablamos con los milicianos y les dijimos: “ustedes, si nos iban a dar apoyo pero no de esa manera”. (...) No tenemos acuerdos con los altos mandos, pero sí, ¡para qué lo vamos a negar!, hay milicianos que ellos nos han apoyado y son más obedientes, uno les dice “hasta aquí y no usen armas”, ellos son muy peleadores, con piedras, con papa-bombas, y les hemos dicho armas no y ellos han estado ahí y nos han apoyado acá en Corinto<sup>749</sup>.”

La disciplina de la no-violencia ha sido también importante para conseguir habilitar una fuerza de seguridad desarmada como es la guardia indígena. Según los guardias indígenas entrevistados, su comportamiento en las acciones colectivas no es confrontativo, porque existen reglas internas del cabildo que prohíben ir a confrontar con las fuerzas de seguridad del estado<sup>750</sup>. Si las autoridades descubren que algún guardia se ha extralimitado, es sancionado con un “remedio”. “Nos llevan

<sup>748</sup> Entrevista a Marion, Cali, 2015.

<sup>749</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2015.

<sup>750</sup> Entrevista a Humberto, Caloto, 2015.

a la laguna, nos bañan por ahí unas dos horas, después nos dan fuate, es la corrección”<sup>751</sup>.

Existen reglas sobre el tipo de artefactos que pueden utilizar en las acciones. No les está permitido utilizar armas de fuego, como pistolas o fusiles, pero sí armas blancas como piedras, tirachinas, garrotes y machetes. El límite está en el uso de la papa-bomba, que se utiliza para aturdir al adversario. No obstante, el uso de artefactos no convencionales y de pólvora es más común entre los comuneros que en la guardia. La guardia se ocupa más de realizar el acompañamiento de las acciones y estar a la expectativa cuando hay heridos, de cualquiera de las partes, para recogerlos y evitar que se les haga más daño.

“Nosotros como guardia tenemos esa mirada, de protegerlos, de sacar de ambas partes. Si los comuneros cogen un ESMAD<sup>752</sup> y también lo van a estropear, nosotros de inmediato “cójnlo o quítenle todo, pero no llegar a esos términos”, que se han dado aquí en Corinto, aquí han cogido y nosotros hemos mediado de que no los aporren porque son personas, que ellos están por un sueldo, son humanos y no se debe aporrear”<sup>753</sup>.

Los comuneros indígenas que están a favor del uso de las armas no son guardias ni forman parte del cabildo. El propio teniente de la policía Freddy Trujillo reconoce que, cuando han interceptado llamadas de comuneros indígenas solicitando ayuda a comandantes de la guerrilla, estos eran comuneros actuando por fuera de la autoridad. Han intentado convencer a la guardia de que se armen pero estos se han negado a hacerlo: “si lo van a tomar, tómenlo ustedes, como comuneros, pero nosotros como guardia no, porque somos tejedores de la vida y no podemos empuñar un arma, empuñamos un bastón, que es defensa de la vida”<sup>754</sup>.

#### 4. Eficacia del proceso de micromovilización.

En cuarto lugar, pero muy cerca de las dos categorías anteriores se encuentra la eficacia de la micromovilización. La importancia de esta fortaleza como factor explicativo de las dinámicas de des-radicalización disminuye considerablemente en comparación con las dinámicas de movilización. Además, al estudiar las subcategorías que componen el proceso de micromovilización, observamos que también hay menos condiciones que sobresalgan de manera individual. Las únicas excepciones que encontramos son:

##### 4.1. La fortaleza de los marcos cognitivos

<sup>751</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2015.

<sup>752</sup> El ESMAD es el Escuadrón Móvil Antidisturbios, una unidad de la Policía Nacional de Colombia, especializada en el desalojo y la contención de las protestas.

<sup>753</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2015

<sup>754</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2015

Parte del éxito del movimiento indígena como forma de acción colectiva no-violenta se debe a la fortaleza de sus marcos cognitivos (solidez, coherencia, credibilidad, resonancia, etc.). El movimiento se sostiene sobre un discurso cultural y político sólido y enraizado en las comunidades.

“Si uno mira la historia, el movimiento indígena tiene una lógica impresionante, (...) las ideas son claras, esto, yo he dicho que hay muy buenas ideas, muy lógicas (...). Culturalmente, es mucho más fácil sostener un discurso, porque realmente es de lo que venimos, entonces, tú no me puedes discutir el tema de mi cosmovisión, sobre el tema de la medicina tradicional, sobre el tema de la Madre Tierra, sobre el tema de las tierras sagradas, sobre el tema de las lagunas, sobre el tema de los bosques, sobre el tema de los duendes, sobre el tema... porque tú pierdes, ¿me entiendes? Entonces, yo estoy en el espacio que me creo red, me aferro a eso y tu puedes tener un sin número de ideas pero como esa es mi vida, ese es mi discurso, de alguna manera, es en lo que yo creo, entonces, yo no pierdo y ahí está el tema cultural (...). En el tema político, está todo el tema de la confrontación, todo el tema de cómo yo quiero mi movimiento, cómo he sido parte de él, cómo el estado nos rechazó, nos estigmatizó, cómo las fuerzas militares nos han atacado, cómo la guerrilla nos atacó, cómo estamos pensando nuestro movimiento, hacia donde nos proyectamos, y también es un discurso muy arraigado”<sup>755</sup>.

En concreto, sobresale la correlación entre los marcos cognitivos y las habilidades estratégicas y las dinámicas de adopción de acciones colectivas no-violentas y desradicalización. Esta correlación demuestra que, como dice la teoría, es positivo que los movimientos tengan marcos de referencia flexibles y sus miembros tengan la capacidad de adaptar sus acciones a los cambios coyunturales. El movimiento indígena ha demostrado tener esta capacidad, pues los motivos de lucha y el repertorio de acción colectiva no han sido estáticos, sino que ha variado a lo largo del tiempo en función de los cambios del contexto. Por ejemplo, según la versión mayoritaria, la formación del MAQL en los años ochenta respondió a una necesidad de auto-defensa en un momento en el cual les estaban matando, pero pasado ese momento dejó de ser necesaria.

“Respecto a la vía armada... si lo ponemos en un contexto histórico...yo digo que todas (son válidas), pero la vía armada en los momentos que estamos, hay que hacerle una revaloración y reevaluación a eso, porque fue un momento que se tomó por una necesidad pero ahorita ya no, es decir ya no es una opción y lo que tenemos son muchas dificultades”<sup>756</sup>.

Así mismo, los indígenas supieron evaluar el momento adecuado para desmovilizarse y aprovechar las oportunidades que les brindaba el contexto. Hace tiempo que el MAQL se había descontrolado y estaba generando más perjuicios a las comunidades que beneficios, así que aprovecharon la ventana de oportunidad que le ofrecía la participación en el proceso constituyente, a principios de los 90,

---

<sup>755</sup> Entrevista a Tirzo, Cali, 2015

<sup>756</sup> Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015



para desmovilizarse. Este momento ha sido un punto de inflexión clave en la trayectoria no-violenta de los indígenas, pues desde entonces abandonaron definitivamente las armas. Más adelante, abordaremos en profundidad la cuestión de las amenazas y las oportunidades del contexto.

Desde la desmovilización del MAQL, como vimos en el capítulo cinco, ha habido una tendencia general en el movimiento indígena a emplear acciones colectivas más institucionales. No obstante, se han seguido organizando acciones extra-institucionales y disruptivas en determinados momentos. Por ejemplo, la década de los dos mil, fue la época de las grandes mingas indígenas y las marchas multitudinarias. Así mismo, en el 2005, después de décadas de inactividad, se volvieron a activar en el Cauca las acciones de recuperación de tierras. Estas generaron un despunte de la radicalización, la aparición de grupos de jóvenes rebeldes y conflictos dentro de las comunidades. Pero se volvieron a apaciguar hasta diciembre de 2014, cuando comenzaron las tomas de Corinto. En ese período de calma, las comunidades se dedicaron a organizar el plan de vida, que había sido descuidado, para volver a las recuperaciones más adelante con mejores argumentos y un plan de desarrollo para esas tierras: construir en ellas una Universidad y empresas nasas que den educación y trabajo a sus jóvenes. Así mismo, se planeó que las recuperaciones implicaran a otros resguardos más allá de Corinto como, los de Miranda, Caloto y Tacueyó, para acudir a las acciones con más fuerza<sup>757</sup>. Las recuperaciones escalaron el conflicto por la tierra en el norte del Cauca, en un marco político marcado por el proceso de paz de La Habana, por lo que el conflicto adquirió una dimensión nacional, con la intervención de personas y grupos políticos de todas las facciones, moderadas y radicales. Sin embargo, las negociaciones con el gobierno no llegaron a ningún acuerdo y el conflicto perdió interés mediático y político. Sin embargo, las recuperaciones han continuado hasta nuestros días, con diferentes períodos de intensidad.

También encontramos muestras de sus habilidades estratégicas al evaluar sus objetivos políticos. Su plataforma política también ha variado durante su trayectoria de lucha. Cuando el movimiento nació, la prioridad era abolir el terraje y conseguir la tierra, pero a medida que descendieron sus necesidades básicas, se consolidó el territorio y obtuvieron reconocimiento institucional, comenzaron a centrarse en la autonomía política y el desarrollo socio-económico. Fue a partir del séptimo congreso indígena, cuando empezó a visualizarse más la estrategia de fortalecimiento económico de las comunidades<sup>758</sup>.

#### 4.2. Mecanismos y estructuras para la formación y transmisión de marcos cognitivos

---

<sup>757</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2015

<sup>758</sup> Entrevista a Tirzo, Cali, 2015

Al igual que en las dinámicas de movilización, lo más relevante ha sido la transmisión de los MC políticos que se encargan de la concienciación de los potenciales seguidores. Vemos que esta función ha sido útil especialmente en la habilitación de la guardia indígena.

“Ahorita ya las escuelas están haciendo todo ese trabajo porque uno ve que los niños ya desde pequeños ya... hay chalecos de la guardia para ellos, hay unos bastones pequeños para ellos, así que desde niños ya les están enseñando la importancia de la guardia, del cuidado, del servir a la comunidad, entonces, desde esos espacios ya se está como tratando de ayudar”<sup>759</sup>.

## 5. Movilización de los recursos.

La correlación más baja la encontramos en la movilización de recursos. Si bien recordemos que esta categoría está infrarrepresentada porque no hemos querido repetir la contabilización de los códigos. Si el objetivo fuera analizar la disponibilidad de recursos de manera exclusiva, entonces deberíamos contabilizar todas las categorías. Una vez dicho esto, lo más significativo para nuestro caso es que esta categoría se distribuye de manera similar al caso de las dinámicas de movilización: la memoria colectiva sobre la resistencia y la disponibilidad de una base social amplia dispuesta a movilizarse son recursos que han favorecido la habilitación de la guardia indígena. Por último, es destacable la baja influencia que han tenido los recursos económicos o materiales generados por los indígenas en las dinámicas de movilización y en las de des-radicalización.

### **b) Fortalezas organizativas y trayectoria de lucha violenta**

En relación a la trayectoria violenta, como hemos señalado, las fortalezas organizativas no tienen una correlación significativa con la trayectoria violenta, por lo que las descartamos como factores principales para explicar esta trayectoria. No obstante, cabe preguntarse cómo es posible y por qué encontramos ciertas fortalezas organizativas en la trayectoria violenta. La razón es que, aunque estos elementos resultan en mayor medida favorables para la adopción y mantenimiento de la acción no-violenta, eso no impide que, bajo determinadas circunstancias o en ciertas coyunturas, puedan también influir en la desarticulación y/o radicalización del grupo. Vamos a explicar los resultados obtenidos al cruzar estas variables:

1. La correlación más elevada la encontramos entre la no-pertenencia al proceso político-organizativo y el control de la membresía. El movimiento indígena tiene mecanismos de control social que utiliza para expulsar a sus seguidores, de ahí que la existencia de estos mecanismos tenga una correlación alta con la no-pertenencia. A la luz de esta correlación, podríamos pensar que el control de la membresía es una debilidad organizativa ya que está generando la pérdida de

---

<sup>759</sup> Entrevista a Lucía, Toribío, 2015

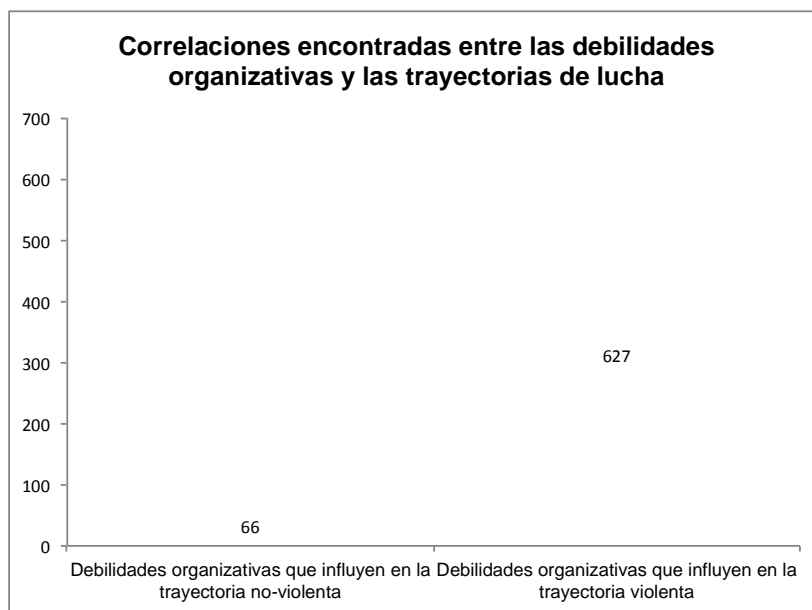
seguidores (recursos humanos). Sin embargo, un análisis profundo y global de los resultados nos permite ver que es una fortaleza. El movimiento indígena activa estos controles cuando los seguidores incumplen los mandatos internos sobre la prohibición de usar la violencia o participar en actores armados. Por eso, encontramos también correlaciones entre el control de la membresía y la resistencia no-violenta. Además, al estudiar las debilidades organizativas, observamos que, según las fuentes, la falta de más mecanismos de control está favoreciendo la desarticulación y/o radicalización. En conclusión, aunque el control socio-político genera una pérdida de seguidores, en determinadas circunstancias puede ser un mal menor en pro de mantener el movimiento cohesionado y alineado en torno a marcos cognitivos no-violentos.

2. Dentro de las dinámicas de radicalización, las correlaciones encontradas se concentran en las dinámicas de surgimiento del MAQL y de radicalización del discurso y/o el método. Esto puede deberse a que, como dijimos en Marco temático/Lista de códigos principales, estas dos dinámicas son procesos internos de radicalización, durante los cuales surgen tensiones internas, debates y reajustes de la estrategia. Por ello, es comprensible que en estos procesos aparezcan ciertas condiciones internas –mecanismos y estructuras organizativas que se hayan puesto a disposición de estrategias más violentas– a diferencia de las dinámicas de radicalización externa, donde estudiamos la participación de comuneros indígenas en actores externos. Este es el caso de elementos organizativos como los mecanismos de transmisión de MC políticos, la concienciación sobre las injusticias y el respaldo recibido por la comunidad.

### **8.3.1.2. Análisis de co-ocurrencia entre las debilidades organizativas y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**

Para analizar la influencia de las debilidades organizativas en la adopción de una u otra trayectoria de lucha, hemos realizado el análisis de co-ocurrencia entre las “Debilidades organizativas” y la “Trayectoria no-violenta”, y entre las “Debilidades organizativas” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de estos análisis nos muestra que tan solo hay 66 correlaciones entre las debilidades organizativas y la trayectoria no-violenta (tabla 9.2.), mientras que la correlación con la trayectoria violenta es elevada, con un total de 626 correlaciones encontradas (10.2).

**Gráfica 28: Correlaciones encontradas entre las debilidades organizativas y las trayectorias de lucha**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

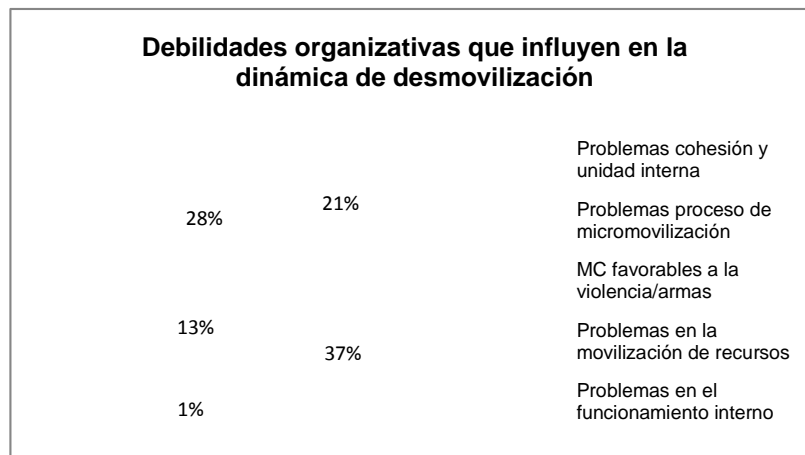
Las debilidades se comportan de manera inversa al caso de las fortalezas organizativas. Al comparar los resultados obtenidos en cada trayectoria, encontramos que las correlaciones son mucho más elevadas en la trayectoria violenta que en la no-violenta. En concreto, cada vez que se den las condiciones internas que hemos denominado como debilidades organizativas, hay un 90% de probabilidades de que favorezcan la violencia y un 10% de probabilidades de que favorezcan la no-violencia. Habíamos codificado como debilidades organizativas los problemas organizativos o grupales que conducen a la desarticulación y/o radicalización de los movimientos sociales, por tanto, encontrar que hay correlaciones más elevadas entre las debilidades organizativas y la trayectoria violenta es coherente con el planteamiento de la investigación y demuestra que las debilidades organizativas identificadas son un factor clave en la transición hacia la violencia.

#### **a) Debilidades organizativas y trayectoria de lucha violenta**

En la tabla 9.2. podemos ver cuáles son las debilidades organizativas que más influyen en la trayectoria violenta. El peso de estas condiciones internas difiere según nos fijemos en las dinámicas de desmovilización o las dinámicas de radicalización. En las dinámicas de desmovilización, las debilidades organizativas donde encontramos correlaciones más elevadas son los problemas o debilidades del proceso de micromovilización (53), seguido de los problemas del modelo de organización y funcionamiento interno (39) y los problemas de cohesión y unidad interna (30). Menos importantes son los problemas en la movilización de recursos (18). Y no tiene prácticamente ninguna importancia en la desmovilización o

desarticulación del grupo la difusión de MC favorables al uso de la violencia o las armas (2). En comparación con los factores que influyeron en las dinámicas de movilización encontramos el mismo patrón: ambas dinámicas han sido influidas por las mismas condiciones internas. Principalmente, la movilización o desmovilización ha dependido del éxito o fracaso del proceso de micromovilización y del modelo organizativo interno del sujeto colectivo. Después le sigue la cohesión interna y la disponibilidad de recursos y, por último, el carácter violento o no-violento de los MC no ha tenido ninguna relevancia.

**Gráfica 29: Debilidades organizativas que influyen en la dinámica de desmovilización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

1. Problemas del proceso de micromovilización.

Los principales obstáculos internos a la movilización han sido los problemas habidos en el proceso de micromovilización. En particular, estos problemas han influido en la dinámica de no-participación por parte de los seguidores.

1.1. Debilidades de los marcos cognitivos.

Si, como vimos al analizar las fortalezas organizativas, cuando los marcos cognitivos son fuertes han servido para convencer y alentar la participación, es coherente que cuando son débiles haya problemas de desmovilización. En concreto, es preocupante el impacto negativo que ha tenido el descrédito o el cuestionamiento hacia el marco político-cultural del movimiento y la difusión de marcos de referencia oportunistas, que priorizan lo individual y lo económico-racional. En particular, el primer problema está relacionado con la participación de indígenas en las disidencias desarmadas. Quienes participan en estas organizaciones paralelas no comparten sus costumbres, su espiritualidad y su pensamiento, por lo que quieren tener sus propias estructuras de gobierno. Las principales críticas o

cuestionamientos que se hacen contra la política indígena, representada por la ACIN, son<sup>760</sup>:

(1) No están de acuerdo con las vías de hecho, en particular con las tomas de tierra y los cortes de carreteras, pues están en contra del uso de la violencia y prefieren cumplir la legalidad y cooperar con la iniciativa empresarial. Por eso, califican a este indigenismo de radical y anti-estadista.

(2) Denuncian que han utilizado el nombre de las víctimas de la masacre del Nilo para enriquecerse, mientras que las verdaderas víctimas no han sido reparadas.

(3) Señalan que la espiritualidad indígena está satanizada. En su lugar, quieren una educación cristiana y evangélica.

(4) Acusan a la ACIN de manejar ineficazmente los recursos nacionales e internacionales y de haber corrupción.

(5) Están de acuerdo con los valores protestantes de austeridad, acumulación de riqueza y manejo eficiente de recursos, defienden una política económica capitalista y acusan al indigenismo de derrochador.

### 1.2. Falta de concienciación.

Este factor está relacionado con la dinámica de no-participación. Del mismo modo que el factor anterior, si, como vimos, la concienciación política era una condición necesaria para que se produjera la movilización, es lógico que los problemas en la concienciación y/o el desconocimiento sobre la historia política del movimiento hayan influido negativamente en la participación del movimiento. Las personas que no están concienciadas no suelen ir a las reuniones y los espacios de decisión, así que están desubicadas respecto a qué es y qué busca el movimiento. Esto les afecta especialmente a los jóvenes indígenas que, además, están influidos por otros actores como las guerrillas, las sectas religiosas y los medios de comunicación<sup>761</sup>. Este problema no solo genera falta de participación en las acciones sino que, indirectamente, favorece la participación en otros actores o la involucración en actividades contrarias.

### 1.3. Desarraigo cultural o pérdida de identidad

Hemos encontrado una debilidad dentro de la identidad defensiva de los indígenas, el desarraigo cultural o la pérdida de identidad, que ha favorecido la desmovilización y, de manera particular, la emigración a las ciudades. Por ejemplo, los jóvenes, al estar expuestos a la cultura occidental, ya no quieren dedicarse a la agricultura, comienzan a tener otras inquietudes y a desear ganar dinero para comparar bienes materiales o tener un estilo de vida que el campo no puede ofrecer. A veces el

---

<sup>760</sup> DEXT MEDIOS, Ramírez, Carlos Andrés, ¿Hay un ala uribista del movimiento indígena?, publicado en razonpublica.com el 5 agosto de 2012; DC8<sup>^</sup>, Recuperaciones de tierra en Corinto, febrero de 2016; DC42, problemáticas en Corinto, febrero de 2016; DEXT OPIC, Comunicados de denuncia a la ACIN-CRIC-Feliciano, videos de youtube difundidos entre enero y marzo de 2015.

<sup>761</sup> DINT Concepción, Plan de vida 2013-2023, sept 2013

desarraigo no es la motivación original de la emigración, sino que la mejora de oportunidades laborales o educativas y la persona migrante sigue vinculada al proceso. Sin embargo, incluso en estos casos, durante el proceso migratorio la persona va perdiendo el contacto y va dejando progresivamente de participar. Es el caso de las mujeres indígenas que viven en las ciudades como trabajadoras domésticas y han renegado de sus orígenes. Por tanto, estamos ante una causa de la desmovilización que puede ser original o sobrevenida por otras dinámicas.

## 2. Problemas en el modelo de organización y funcionamiento interno

Estos problemas han influido principalmente en las dinámicas de no-participación, no-pertenencia y emigración a las ciudades. Dentro de esta categoría, la problemática que sobresale es las restricciones de acceso a los recursos y a las estructuras de poder para las mujeres.

Este problema ha influido en la no-participación y la emigración de las mujeres. Aunque los indígenas señalan que cada vez hay más presencia de mujeres en las organizaciones y en los puestos de liderazgo, las fuentes primarias analizadas todavía manifiestan la existencia de esta problemática. En concreto, las mujeres indígenas entrevistadas han señalado como principal obstáculo a su participación la división sexual del trabajo que las relega al espacio privado. Por ejemplo, las cargas familiares recaen sobre ellas, por tanto, no pueden participar u ocupar cargos de liderazgo (algunas abandonaron sus puestos cuando tuvieron hijos) y quienes han continuado, a pesar de las cargas, han sentido los costos de sus decisión (culpabilidad por no atender a los hijos, reclamos familiares por su ausencia, etc.). Así mismo, la división sexual del trabajo ha producido en las mujeres temor a participar en política y falta de capacidad de agencia:

“Hay unas que se atreven, hay otras que no nos atrevemos (risitas) como a asumir ese tipo de cargos, de pronto por ese temor de que... no sé, será por la vida, la historia, no sé, muchas cosas que hacen que de pronto piense así, que para eso están los hombres”<sup>762</sup>.

## 3. Problemas en la cohesión interna

En tercer lugar, pero muy cerca de la anterior categoría, aparece la fragmentación interna del movimiento como causa de la desmovilización. Este problema explica principalmente el surgimiento de disidencias indígenas vinculadas al gobierno y a las iglesias evangélicas. Estas iglesias tuvieron una relación conflictiva con las FARC y un discurso anti-comunista<sup>763</sup>. Y en muchos aspectos, como vimos, también han sido contrarias a la política de la ACIN y el CRIC. El movimiento indígena no fue capaz de

<sup>762</sup> Entrevista a Lucía, Toribío, 2015.

<sup>763</sup> DEXT MEDIOS, Ramírez, Carlos Andrés, ¿Hay un ala uribista del movimiento indígena?, publicado en razonpublica.com el 5 agosto de 2012.

realizar el alineamiento de marcos con estos sectores, así que finalmente en la década del 2000, se produjo la escisión y con ello la emergencia de organizaciones paralelas como la Organización de Pueblos Indígenas de Colombia (OPIC).

#### 4. Problemas en la movilización de los recursos

A pesar de la baja correlación entre esta categoría y las dinámicas de desmovilización, hay una correlación significativa en el caso de la emigración a las ciudades. Esta correlación refleja que las comunidades tienen debilidades económicas, por falta de recursos económicos o materiales, que han generado la emigración de indígenas, especialmente mujeres y jóvenes, que van a las ciudades en busca de mejores oportunidades de empleo o educación<sup>764</sup>. Todos los planes de vida de las comunidades indígenas están señalando la problemática.

“Los jóvenes acompañan a sus progenitores hasta los 24 años, de allí en adelante buscan otras oportunidades de estudio superior o de trabajo en otros lugares, como el casco Urbano de Santander de Quilichao, Cali o la zona plana donde existen los cultivos que requieren mano de obra”<sup>765</sup>.

#### 5. Difusión de marcos cognitivos favorables a la violencia y el uso de las armas. Como dijimos, esta debilidad no parece tener ninguna relación significativa con las dinámicas de desmovilización del movimiento.

En las dinámicas de radicalización, los problemas de funcionamiento interno (123) y de cohesión interna (118) pasan a ser los más importantes, seguidos de los problemas en la micromovilización (90), la difusión de MC favorables a la violencia (83) y los problemas en la movilización de recursos (71). En comparación con las dinámicas de desmovilización, observamos que aumenta considerablemente la importancia de los MC favorables a la violencia y disminuye la importancia de los problemas en la micromovilización.

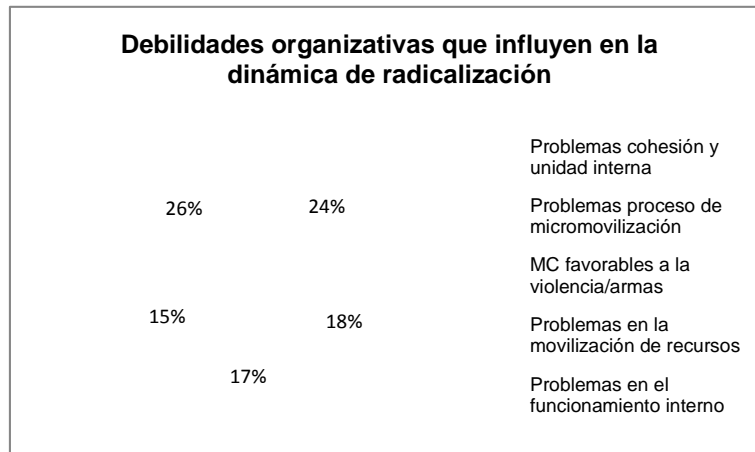
---

<sup>764</sup> DINT ACIN\*, Plan territorial cultural definitivo, 2011.

<sup>765</sup> DINT Guadalito, Plan de vida 2013-2023, sept 2013



**Gráfica 30: Debilidades organizativas que influyen en la dinámica de radicalización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

### 1. Problemas en el modelo de organización y funcionamiento interno

Esta es la categoría donde más correlaciones encontramos con las dinámicas de radicalización del movimiento. Vemos que las correlaciones son significativas en todas las dinámicas de radicalización, salvo en el caso de la radicalización del discurso y/o el método.

#### 1.1. Debilitamiento del tejido social

El debilitamiento del tejido social (provocado por la violencia de género e intrafamiliar, desarmonización, debilitamiento de la unidad familiar, desatención de niños/as, etc.) ha influido especialmente en las dinámicas de participación en actores armados y la vinculación de comuneros en cultivos de uso ilícito y en minería mecanizada/ilegal.

En concreto, encontramos una correlación significativa entre la desatención o abandono de niños/as y la participación en actores armados. En otras palabras, una de las principales razones que explican la vinculación de menores en la guerrilla son los problemas de abandono y violencia intrafamiliar.

“Los jóvenes (...) han sido afectados por los problemas familiares, abusos físicos, violencia intrafamiliar, los cuales han llevado a la deshumanización de las personas en sus espacios sociales, de los cuales intentan huir buscando otras alternativas que los involucran mayormente en espacios negativos para la persona y la comunidad”<sup>766</sup>.

Por eso, cuando la comunidad ha ido a recuperar a menores reclutados por la guerrilla, éstos muchas veces no han querido regresar o no tienen una familia que se encargue de ellos<sup>767</sup>.

<sup>766</sup> DINT ACIN, propuesta del Movimiento Juvenil Álvaro Ulcué, 2014

<sup>767</sup> Entrevista a Gerardo, Santander de Quilichao, 2014; Entrevista a Humberto, Caloto, 2015.

## 1.2. Problemas de liderazgo

Otro de los problemas derivados de la organización interna del movimiento, son los problemas en el liderazgo. En particular, la existencia de liderazgos radicales, que actúan como promotores de la violencia (*radical flanks*), ha influido en todas las dinámicas de radicalización. Por ejemplo, alrededor de la dinámica de radicalización del discurso y/o el método, se observa que alrededor de las acciones confrontativas surgen comuneros “rebeldes”, “desordenados” o “cabezas calientes”. Unos están a favor de volver a armarse, otros consideran legítima la lucha armada y otros incluso defienden la toma del poder por todos los medios<sup>768</sup>. Son quienes a veces se extralimitan y cometen acciones violentas. Pero las fuentes insisten que estos son grupos minoritarios, que no pertenecen a la comunidad y que es no la política del movimiento indígena<sup>769</sup>.

Así mismo, en el caso del surgimiento de disidencias armadas, también son significativos los problemas de legitimidad o reconocimiento de los liderazgos. Gran parte de los indígenas que abandonaron el movimiento y pasaron a formar parte de estas disidencias han sido jóvenes críticos con las estructuras de poder del movimiento y con sus líderes.

Ellos cuestionan fuertemente a las autoridades tradicionales, con quienes han tenido fuertes contradicciones afirmando que la dirigencia maneja estilos de participación poco democráticos. Plantean la búsqueda de un ambiente más amplio de participación, sin obediencia vertical y con jóvenes críticos<sup>770</sup>.

Este problema se desató durante las acciones de recuperación de tierras en el año 2005, cuando los jóvenes comenzaron a decir que a las autoridades “les faltaba verraquera” y se habían vuelto proclives al gobierno. Los mayores indígenas, en lugar de atender a sus críticas, consideraron que “era una pataleta de un grupo de jóvenes imberbes” y sancionaron a Lucho Acosta, el coordinador de la guardia indígena, por extralimitarse en el uso de la violencia. Fue un error, porque Lucho era un referente para estos jóvenes. Así que los jóvenes se desarticulaban y poco más tarde surgió el Movimiento Sin Tierras-Nietos del Quintín Lame (MST-NQL), vinculados orgánicamente a las FARC<sup>771</sup>.

## 1.3. Obstáculos al funcionamiento democrático

Por último, dentro de los obstáculos al funcionamiento democrático encontramos uno de los problemas que favoreció el surgimiento del MAQL, la “tiranía de los

---

<sup>768</sup> Entrevista a Pablo, Corinto, 2016

<sup>769</sup> Entrevista a Humberto, Caloto, 2015; Entrevista a Dioscelina, Madrid, 2017

<sup>770</sup> DEXT ACIN, Estrategias para dividir al movimiento indígena, ACIN, 29 Abril 2010

<sup>771</sup> Entrevista a Roberto, Bogotá, 2015

líderes”<sup>772</sup>. Las fuentes muestran que las decisiones en torno a la aparición y la participación del MAQL en acciones armadas siempre fueron tomadas por los líderes del movimiento que, en aquel momento, era la dirección política del CRIC. Incluso, según algunas fuentes, la gente no sabía lo que estaba pasando. “No se puede decir que fueron concertadas ampliamente; obviamente por su contexto, fue secreto”<sup>773</sup>.

## 2. Problemas en la cohesión interna

En segundo lugar, encontramos como causa de las dinámicas de radicalización los problemas de cohesión interna. Este factor es, además, más influyente en estas dinámicas que en las de desarticulación del movimiento.

Esta problemática ha afectado de manera significativa a todas las dinámicas de radicalización, excepto al surgimiento del MAQL, algo llamativo si tenemos en cuenta que la escisión interna del CRIC en los años ochenta estuvo marcada por la aparición del MAQL. Las comunidades guambianas o misak, que habían estado en la fundación del CRIC, pasaron a formar el Movimiento de Autoridades. Una explicación de esta baja correlación puede ser que haya todavía dificultades dentro del movimiento indígena para reconocer los problemas que hubo entorno a la aparición del MAQL, por lo que hayan sido pocas las fuentes que hayan mencionado la conexión entre la división interna y la radicalización del movimiento indígena. Es un período de la historia del CRIC que todavía resulta polémico y contradictorias las versiones al respecto.

En concreto, destaca como una causa de fragmentación interna el desalineamiento de marcos. El desalineamiento se produce cuando dentro del movimiento aparecen visiones y posiciones contrarias al discurso o marco de referencia general y los mecanismos de alineamiento de marcos fallan. Esto genera contradicciones internas y disputa entre líderes y subgrupos por la orientación de los marcos (ideología, política, cultura, etc.), lo que, a su vez, puede derivar en la división del movimiento. En el movimiento indígena, el punto de discusión más conflictivo ha girado en torno a las estrategias y métodos de lucha, en particular, en relación a la conveniencia de las recuperaciones de tierra y el uso de la violencia y las armas. Otras cuestiones en las que han surgido discusiones han sido los cultivos de uso ilícito, la minería y el tipo de organización o estructura interna. Por ejemplo, en el caso de los misak, las razones que explican la ruptura es que no estaban de acuerdo con la adopción de la

---

<sup>772</sup> La “tiranía de los líderes” no es un código que extrajéramos de la literatura, como la mayoría de los empleados, sino que lo creamos durante el análisis para referirnos a lo contrario que la “tiranía de las bases” que sí ha sido mencionada por la literatura. La tiranía de las bases se refiere a cuando las bases sociales ostentan tal poder que toman las decisiones, sin contar con otras unidades organizativas, lo que pasa en estructuras descentralizadas y horizontales. Por analogía, aquí nos referimos a cuando son los líderes quienes ostentan tal poder que toman solos las decisiones, sin contar con las bases. Puede estar relacionado con liderazgos autoritarios y radicales, pero no necesariamente.

<sup>773</sup> Entrevista a Tirzo, Cali, 2015.

vía armada ni con la estructura piramidal del CRIC, achacándose ambas cuestiones a la presencia de blancos y mestizos en la dirección política del CRIC.

### 3. Problemas en el proceso de micromovilización

Los problemas habidos en el proceso de micromovilización han afectado menos a las dinámicas de radicalización que en las de desarticulación. Las dinámicas de radicalización más afectadas, de manera global, han sido la vinculación de los indígenas en cultivos de uso ilícito y en la minería ilegal o mecanizada.

Dentro de los problemas de micromovilización, destaca la debilidad de los marcos cognitivos. Recordemos que la fuerza del movimiento depende de la fortaleza de sus MC (solidez, credibilidad, etc.), por lo que los problemas en los MC debilitan al movimiento. Dentro de esta problemática, encontramos, en primer lugar, el descrédito y rechazo hacia los marcos culturales y políticos dominantes, que explica la participación de comuneros indígenas en disidencias armadas y actores armados. En segundo lugar, los problemas de coherencia entre los discursos y la práctica, y, por tanto, de legitimidad, están asociados a la vinculación en actividades ilegales como los cultivos de uso ilícito y la minería ilegal. En tercer lugar, también aparecen como problemas con cierta relevancia para la radicalización (al igual que para la desmovilización) los MC que difunden discursos a favor de lo individual y lo económico-racional. Así mismo, dentro de los problemas de la identidad defensiva, encontramos correlaciones entre el desarraigo cultural o pérdida de la identidad y la involucración en cultivos de uso ilícito.

### 4. Difusión de MC favorables al uso de la violencia y/o las armas

La difusión de marcos cognitivos violentos ha sido uno de los factores más relevantes en el surgimiento del MAQL y la radicalización del discurso y/o el método. Esto significa que, en parte, estos fenómenos han sido fomentados por la circulación de creencias favorables a la violencia, la confrontación o la lucha armada. No obstante, al profundizar en los discursos que han justificado estas dinámicas, encontramos que la mayoría, en realidad, han sido alegatos a favor del uso de la violencia y/o las armas pero solo bajo determinadas circunstancias, las cuales hacen referencia a dos tipos de escenarios:

- (1) Momentos históricos donde ha habido necesidad de defenderse de los ataques externos.

La necesidad de autodefensa ha sido el argumento más extendido para legitimar el surgimiento de la guerrilla indígena y la realización de acciones armadas en los años ochenta. La justificación es la violencia que los indígenas vivieron en esta época, pero una vez que ésta pasó, perdió su razón de ser y el MAQL se desmovilizó. Sin embargo, esta justificación puede ser cuestionada si, como veremos más adelante,

las amenazas externas continuaron en décadas posteriores y no por ello el movimiento se rearmó, sino que, al contrario, fue capaz de resistir a la violencia sin el uso de las armas. Del mismo modo, a pesar de que las amenazas para la supervivencia física y cultural del pueblo nasa continuaron, no volvió a justificarse la vuelta a la vía armada.

(2) Durante las confrontaciones con las fuerzas de seguridad del estado.

Este es el caso de las acciones extra-institucionales, como los bloqueos de vías y las recuperaciones de tierra, donde frecuentemente hay confrontación con el ESMAD y se utilizan métodos que rozan los límites de la violencia. La justificación es doble: en primer lugar, la necesidad estratégica de realizar acciones disruptivas para conseguir sus objetivos y, en segundo lugar, una vez que estas acciones generan represión policial, la necesidad de defenderse durante las confrontaciones.

“Yo creo que todos están de acuerdo, que hay que hacerlo, ya el problema del momento, etcétera. Todos saben que no hay forma de tomar tierras si no es braveando, es decir, ahí nadie está diciendo que usted no utilice una cauchera para enfrentar un toambo<sup>774</sup>, nadie, porque, además, se sabe que los toambos vienen con armas de fuego y que van a disparar, es decir, la gente sabe como es la vuelta. Entonces... la Panamericana tiene otra implicación y es que la Panamericana no es una acción localizada, la Panamericana es una acción nacional y tiene que ver, con que tú tienes que negociar con poderes nacionales y, en consecuencia, el escenario que se habilita con eso es distinto. Tú te tomas una finca y tienes la pelea con los toambos, pero es una pelea ahí, localizada, digamos, no altera la economía del país, en cambio allí la altera. Eso sí cambia y por eso el escenario ameritaba...”<sup>775</sup>.

No obstante, incluso en estos casos, no se trata de una defensa abierta a la vía armada, sino de un uso limitado y esporádico de la violencia:

“Esa lucha que se vuelve, cuando el gobierno no atiende, se vuelve una confrontación con la fuerza pública pero esa confrontación, no es tampoco armada, es con fuerza de la gente, con garrote, allá no hay armas, de ningún tipo. Hay garrotes, hay piedras, y cosas así, no hay armas de fuego”<sup>776</sup>.

Por otro lado, estos marcos cognitivos no han tenido ninguna relevancia en el resto de las dinámicas de radicalización, una diferencia que es llamativa. La explicación podría estar relacionada con la dimensión interna y externa de estas dinámicas, ya mencionada. El surgimiento del MAQL y radicalización del discurso y/o el método son procesos internos de radicalización del movimiento indígena, mientras que las dinámicas de participación de comuneros en actores armados y actividades ilegales,

<sup>774</sup> Es la forma coloquial de referirse a las fuerzas de seguridad del estado.

<sup>775</sup> Entrevista a Jose, Bogotá, 2015

<sup>776</sup> Entrevista a Gerardo, Santander, 2014

son procesos externos al movimiento, donde los indígenas se ven involucrados. Por tanto, es lógico que para que las primeras dinámicas se produzcan, sea necesario que antes surja el debate dentro de la comunidad sobre la eficacia y legitimidad de la armas. Algunas personas defenderán la violencia e intentarán justificar su posición y el potencial estratégico de las acciones violentas (*radical flanks*) mientras que otras contrarrestarán estas opiniones e intentarán mantener la disciplina de la no-violencia. La radicalización en este caso, de darse, sucedería desde adentro. El objetivo no es reclutar a personas del movimiento y formar otro sujeto colectivo, sino convencer a todos los posibles sub-grupos y alinearlos a favor del uso de la violencia. Esta explicación es coherente con otros factores que aparecen relacionados con el surgimiento del MAQL y la radicalización del discurso y/o el método: (1) los problemas de desalineamiento de marcos, (2) la tiranía de los líderes (vanguardia) y (3) la presencia de liderazgos radicales y comuneros rebeldes (*radical flanks*), pues estos son precisamente quienes hacen de emprendedores de la violencia dentro del grupo, es decir, son quienes intentan influir en la orientación del movimiento para que se adopten acciones violentas. Sin embargo, en las segundas dinámicas, donde estudiamos la participación de indígenas en disidencias armadas y actores armados, los comuneros que deciden involucrarse en estas lo hacen al margen de la autoridad, bajo el paraguas de otros actores, por lo que no es necesario que haya un previo debate interno para convencer sobre la conveniencia de la violencia. Esto no impide, no obstante, que los actores armados puedan estar alineados con los *radical flanks* del movimiento indígena o tengan personas infiltradas dentro de la comunidad para reclutar potenciales seguidores; así que, aunque sea indirectamente, la difusión de estos marcos cognitivos también está asociada a la presencia de estos actores en el territorio.

## 5. La movilización de los recursos

Por último, en el caso de la movilización de los recursos encontramos las correlaciones más altas con el surgimiento del MAQL y la involucración de indígenas en cultivos de uso ilícito.

### 5.1. La disponibilidad de recursos para la violencia y/o la guerra

La disponibilidad de este tipo de recursos solo aparece como factor explicativo en las dinámicas de radicalización, no en las de desmovilización, y dentro de estas aparece correlacionada con el surgimiento del MAQL y la participación de comuneros en disidencias armadas. Los principales recursos que han fomentado estas dinámicas de radicalización han sido dos recursos de conocimiento –el entrenamiento en habilidades y actitudes para la violencia y la memoria colectiva favorable a la violencia– y un recurso material, el acceso a equipamiento de guerra. En el siguiente testimonio se muestra cómo estos tres recursos favorecieron el proceso de formación del MAQL:

“Entre los cabildos y los líderes decían: *es necesario armarnos para defender la lucha, armarnos para defender la vida, no dejarnos matar o no dejar matar al líder...conseguir cualquier arma, un revólver, una pistola, una escopeta y en casos de que vinieran asesinar poderse defender (...)* se formaron grupos, grupitos de indígenas, algunos que habían pagado servicio militar (eran reservistas), entonces ellos que conocían un poco de la parte militar y un poco del manejo de armas entonces eran los que instruían. Eran indígenas que habían pagado servicio militar así como Quintín Lame que también lo hizo, que fue un cacique nuestro. Con ellos se empezó armar y ellos empezaron a entrenar a los jóvenes (...) o sea, estaban haciendo como la campaña: *necesitamos jóvenes para entrenar militarmente y defender la lucha*”<sup>777</sup>.

## 5.2. La falta de recursos económicos

La falta de recursos económicos y de oportunidades de empleo es una debilidad que, además de generar cierto tipo de desmovilización (emigración), también ha favorecido la participación de los comuneros en actores armados y en los cultivos de uso ilícito.

“Reconocemos que los cultivos de coca, marihuana y amapola son una aparente solución que adoptan algunas familias para resolver una situación económica angustiosa, que en el mediano plazo abren las puertas a una creciente crisis económica, crisis de valores y crisis de gobernabilidad”.

En particular, los jóvenes parecen los más vulnerables a los problemas económicos de las comunidades, la falta de tierras, de empleo y de medios de sustento, pues están expuestos a las oportunidades que ofrecen los actores armados, y finalmente deciden irse a la guerrilla, al ejército o meterse en los cultivos. Por eso, se dice que las FARC es el principal empleador de la zona.

### **b) Debilidades organizativas y trayectoria de lucha no-violenta**

En relación a la trayectoria no-violenta, como hemos señalado, en la tabla 9.2. observamos que las debilidades organizativas no tienen una correlación significativa con la trayectoria violenta, por lo que descartamos su causalidad. No obstante, cabe preguntarse cómo se explica que encontremos algunas debilidades en la trayectoria no-violenta. La razón es similar a cuando estudiamos las fortalezas organizativas. Hay condiciones colectivas que, aunque influyan en mayor medida en las trayectorias de desarticulación y radicalización, en determinadas circunstancias pueden influir en la trayectoria no-violenta. Veamos cuáles son resultados de cruzar estas variables:

---

<sup>777</sup> Entrevista a Gerardo, Santander, 2014

1. Encontramos cierto grado de correlación entre los marcos cognitivos oportunistas y las dinámicas de movilización del movimiento indígena, en concreto, la pertenencia al movimiento. A la luz de estos resultados podría parecer que este tipo de marcos cognitivos, donde se prioriza la dimensión económica-racional y la dimensión individual, es una fortaleza porque promueve la adscripción al movimiento. Y, en parte, es cierto. Por ejemplo, el surgimiento del movimiento indígena fue inicialmente motivado por demandas materiales, pues los terrajeros luchaban esencialmente por su supervivencia, así que las demandas político-ideacionales y étnico-culturales, estaban en un segundo plano. Sin embargo, hay otras razones para seguir manteniendo estas condiciones como debilidades organizativas. Al profundizar en esta correlación, observamos que en los casos en los cuales la pertenencia ha estado motivada por marcos cognitivos oportunistas han sido casos donde los seguidores son mestizos-campesinos, que no se sienten realmente identificados con el movimiento indígena, por lo que pertenecen al mismo por un mero interés racional-económico y que han sido posibles porque el movimiento ha fallado en el control socio-político de sus seguidores. Además, si analizamos este tipo de marcos cognitivos, encontramos que está relacionado con otras debilidades internas como el desalineamiento de marcos y la competencia por los recursos y con las dinámicas negativas de involucración en actividades ilegales. Por tanto, aunque a la luz de estos resultados parece que estos marcos podrían ser una fortaleza porque favorecen la adscripción, al profundizar en este factor observamos que son condiciones internas que provocan el debilitamiento del movimiento.
2. También encontramos una leve correlación entre la tiranía de los líderes y la desmovilización del MAQL. Esto refleja que el proceso de desmovilizarse fue, en parte, una decisión de los dirigentes del movimiento indígena, más que de las bases. A la luz de este resultado, cabe preguntarse si la existencia de una vanguardia con potestad de decisión por encima de las bases debe ser considerada una fortaleza organizativa, en lugar de una debilidad, pues puede contribuir a la des-radicalización del movimiento. Sin embargo, existen razones para mantener esta condición como una debilidad. Por un lado, la tiranía de los líderes es un elemento que contradice el modelo de democracia directa en el que está erguida la comunidad indígena. Y, por otro, hemos visto que la tiranía de los líderes fue aún más relevante en el surgimiento del MAQL.
3. Por último, cabe destacar la baja correlación existente entre los marcos cognitivos a favor de la violencia y la trayectoria no-violenta. Como vimos en el marco teórico, los sujetos colectivos no son entidades homogéneas y es normal que en entornos organizativos amplios circulen todo tipo de discursos. Sin embargo, en nuestro caso encontramos una baja frecuencia de estos discursos violentos al estudiar dinámicas como la participación en el movimiento, el surgimiento del movimiento, la habilitación de la guardia indígena y la resistencia



frente a actores armados. Además, los pocos discursos que nos encontramos en estas dinámicas son alegatos a favor de un uso limitado de la violencia y/o las armas.

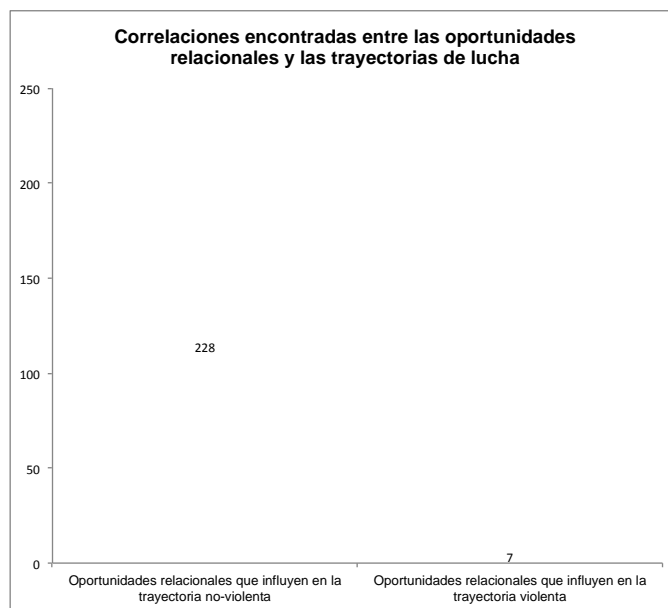
### 8.3.2. Influencia de los factores externos en la trayectoria de lucha del movimiento indígena

#### 8.3.2.1. Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta

Dentro de las oportunidades externas, la teoría señala oportunidades relacionales y contextuales; por tanto, hemos analizado su influencia en las trayectorias de lucha de manera separada.

Para hallar el peso o la importancia que tienen las oportunidades relacionales en la adopción de una u otra trayectoria de lucha hemos realizado el análisis de concurrencia entre las “Oportunidades relacionales” y la “Trayectoria no-violenta” y entre las “Oportunidades relacionales” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de nuestros análisis nos muestra que hay 228 correlaciones entre las oportunidades relacionales y la trayectoria no-violenta (tabla 9.3.), mientras que tan solo hemos encontrado 7 correlaciones entre las oportunidades relacionales y la trayectoria violenta (tabla 10.3.).

**Gráfica 31: Correlaciones encontradas entre las oportunidades relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

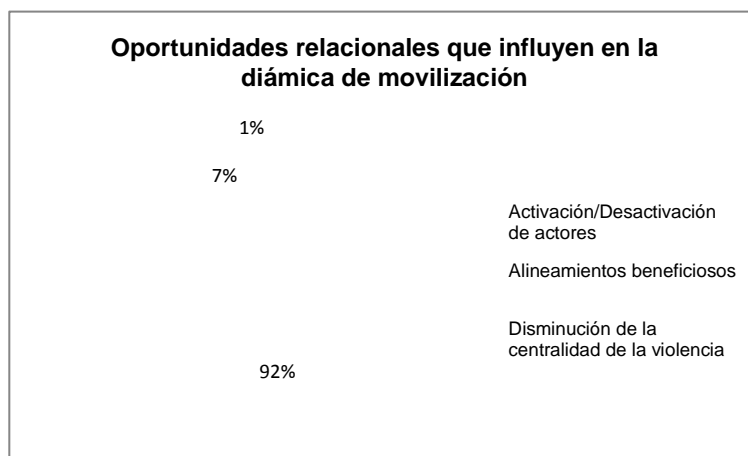
La comparación entre trayectorias nos permite observar que las oportunidades relacionales prácticamente solo influyen en la trayectoria no-violenta. En concreto,

cada vez que se den las condiciones externas que hemos denominado como oportunidades relacionales, hay un 97% de probabilidades de que favorezcan la no-violencia y un 3% de probabilidades de que favorezcan la violencia. Durante el análisis, fuimos codificando como oportunidades relacionales aquellas relaciones que tiene el movimiento indígena con los actores de su entorno que contribuyen a la articulación y fortalecimiento del movimiento en su lucha no-violenta. Por tanto, encontrar que la correlación entre las oportunidades relacionales y la trayectoria no-violenta es más elevada verifica el planteamiento de la investigación y demuestra que las oportunidades relacionales identificadas son un factor clave en la transición hacia la no-violencia.

### a) Oportunidades relacionales y trayectoria de lucha no-violenta

La tabla 9.3. nos muestra las oportunidades relacionales que han influido positivamente en el movimiento, motivando la trayectoria no-violenta. Como la importancia de estos factores difiere en las dinámicas de movilización y en las de des-radicalización, presentamos los resultados por separado. En las dinámicas de movilización, la oportunidad relacional más importante ha sido el alineamiento o las alianzas del movimiento indígena con otros actores del entorno (78). Los demás factores, la disminución de la centralidad de la violencia (6) y la activación de actores no-violentos (1), no han tenido prácticamente ninguna importancia en esta dinámica.

#### Gráfica 32: Oportunidades relacionales que influyen en las dinámicas de movilización



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

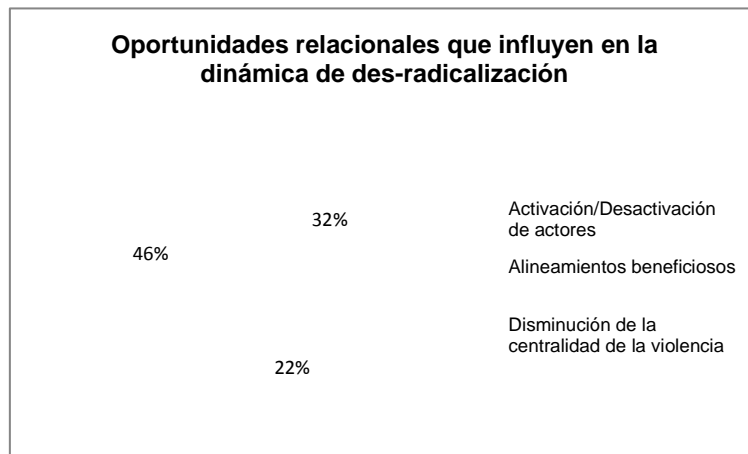
Las alianzas que ha tenido el movimiento indígena han sido relevantes como factor explicativo de la participación y del surgimiento del movimiento, si bien no tanto de la pertenencia. En el surgimiento del movimiento indígena en 1971, lo más significativo fue la alianza que los indígenas establecieron con otros actores opositores que procedían de sectores populares y organizaciones de orientación comunista. En concreto, el movimiento nació gracias al apoyo del movimiento campesino y de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, a la cual estuvieron agremiados hasta 1977. Esta alianza, como reconocen hoy los propios indígenas, fue clave a la

hora de concienciar y movilizar a los terrajeros: “nosotros sí reconocemos que, por ejemplo, el proceso de recuperación de tierras es un proceso que iniciaron los campesinos, eso no hay vuelta atrás”<sup>778</sup>. En ese momento, era una lucha de la izquierda unida y nadie estaba en el pleito de si era una lucha campesina o indígena, porque la lucha era contra el terraje, contra la propiedad y la explotación de la tierra<sup>779</sup>.

Así mismo, tanto en el surgimiento del movimiento indígena como en la participación, también han sido clave las alianzas establecidas con personas no indígenas que entraron a participar y apoyar al movimiento a título individual, desde líderes mestizos que habían formado parte de las guerrillas liberales, hasta intelectuales-académicos y funcionarios públicos. De estos, los indígenas han recibido apoyo no solo en la concienciación sino también en las cuestiones más técnicas y formativas.

En las dinámicas de des-radicalización, en cambio, los tres factores han tenido una importancia similar. En primer lugar, destaca la disminución de la centralidad de la violencia (66), seguida de la activación de actores no-violentos (45) y, por último, los alineamientos beneficiosos (32), que en la des-radicalización pierde importancia en comparación con la movilización.

**Gráfica 33: Oportunidades relacionales que influyen en las dinámicas de des-radicalización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Al analizar en profundidad estas correlaciones, observamos que dentro de las dinámicas de des-radicalización, la dinámica genérica de adopción de acciones colectivas no-violenta y des-radicalización guarda una correlación fuerte con las oportunidades relacionales; es decir, los momentos en los cuales el movimiento indígena ha disminuido el uso de la violencia y/o ha adoptado acciones no-violentas se han debido, en gran medida, a la existencia de condiciones relacionales

<sup>778</sup> Entrevista a Ernesto, Caloto, 2015.

<sup>779</sup> Entrevista a Jose, Bogotá, 2015.

favorables a la no-violencia. En concreto, esta dinámica ha sido favorecida principalmente por la activación de actores no-violentos. Nos referimos a dos tipos de actores que han hecho de emprendedores políticos de la no-violencia durante los conflictos que han afectado al movimiento indígena: (1) las personas, instituciones u organismos que han hecho las funciones de veedores públicos y protección del cumplimiento de los derechos humanos; y (2) las personas, instituciones u organismos que han hecho las funciones de mediación y facilitación externa.

Por ejemplo, en el caso de las recuperaciones de tierra en Corinto que, durante el primer semestre de 2015 condujeron a un escalamiento de las tensiones entre los sectores rurales, los empresarios de la agroindustria cañera y el gobierno, con varios episodios de violencia, se formó una comisión de facilitación compuesta por el Alto Comisionado de Derechos Humanos, la Defensoría del pueblo, la ONIC y el padre Francisco de Roux, acompañado por el Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali. Esta comisión realizó una labor constante de protección de los derechos humanos y de acercamiento entre las posturas enfrentadas<sup>780</sup>. La comisión consiguió apaciguar en varios momentos las tensiones (treguas de varios días) y evitar una mayor radicalización, a través del diálogo con todas las partes, si bien no fue posible la resolución del conflicto de las tierras. La estrategia de la comisión fue favorecer a los sectores más moderados o no-violentos frente a los *radical flanks* sin marginarlos, y preparar una ruta alternativa que resolviera el conflicto. En un principio, los sectores moderados se mostraron dispuestos a la negociación y se facilitaron varios encuentros, pero estos no condujeron a ningún acuerdo de fondo, de modo que la demanda de tierras en la zona plana continúa vigente hasta hoy.

Por otro lado, dentro de las condiciones relacionales que han favorecido la disminución de la centralidad de la violencia destaca la “competición revertida” (*reverse out-bidding*). Como vimos el Capítulo 5, la competencia con actores armados no solo puede favorecer la radicalización (*out-bidding*), sino también la adopción de estrategias no-violentas cuando lo que se busca precisamente es diferenciarse de los grupos armados o de las facciones más radicalizadas. Ambas hipótesis han sido corroboradas en nuestro estudio de caso. Antes de los 90, la competición con las FARC fue una de las causas de la radicalización del movimiento indígena, porque los indígenas consideraron necesario formar su propia guerrilla (MAQL) para frenar el avance de las FARC, cuyo objetivo era hacerse con el monopolio de la fuerza en el territorio indígena. Después de 1991, una vez desmovilizados y con más reconocimiento institucional, la competición con las FARC continuó e incluso aumentó en ciertos períodos, pero, sin embargo, esto no supuso la radicalización del movimiento sino, al contrario, el afianzamiento de la resistencia no-violenta. El movimiento indígena ha aprovechado cada oportunidad para

---

<sup>780</sup> DEXT ACIN, “Territorios de paz”, 2015 (no publicado)

desmarcarse públicamente de la lucha armada y recordar la diferencia con las FARC, dado que intenta aumentar su legitimidad y apoyo social.

Por tanto, el conflicto entre los indígenas y las FARC antes de los 90 fue una amenaza relacional y, después de los 90, fue una oportunidad relacional para la desradicalización. Sin embargo, respecto a las alianzas entre los indígenas y las guerrillas, ocurre a la inversa. Al inicio del movimiento, las alianzas con las guerrillas fueron una oportunidad relacional en tanto en cuanto dieron formación y movilización a los indígenas, hasta finales de los setenta cuando la alianza con las guerrillas, en particular con el M-19, supuso el acceso a las armas y la formación militar necesarias para el surgimiento del MAQL. Así mismo, después de los años 90, las alianzas con las guerrillas han seguido siendo una amenaza relacional en tanto en cuanto favorecen la formación de disidencias armadas y emprendedores de la violencia (*radical flanks*) en el movimiento indígena.

### **b) Oportunidades relacionales y trayectoria de lucha violenta**

Respecto a la trayectoria violenta, la tabla 10.3. muestra que la correlación con las oportunidades relacionales es muy baja, por lo que descartamos su fuerza causal. No obstante, mostramos cuáles son los resultados de cruzar estas variables:

1. Encontramos una leve correlación entre la existencia de disidencias internas desarmadas y el reconocimiento institucional de los indígenas. Paradójicamente, uno de los factores que ha favorecido la división interna del movimiento fue la aprobación de la sentencia SU-510 de 1998 de la Corte Constitucional que vino a proteger los derechos comunitarios de la población indígena. En esta se reconocieron legalmente las organizaciones oficiales de las comunidades indígenas, por lo que los indígenas articulados en torno a la Iglesia evangélica quedaron al margen de la institucionalidad oficial indígena y perdieron la posibilidad de crear sus órganos paralelos de representación. Vemos que, a pesar del surgimiento del MAQL, los indígenas se quisieron diferenciar del resto de los grupos guerrilleros (competencia revertida), lo que probablemente favoreció que adoptaran formas menos violentas.
2. También encontramos una leve correlación entre las dinámicas de participación de indígenas en actores armados y en cultivos de uso ilícito y los beneficios que reporta al movimiento la vinculación con las FARC en la zona de Tacueyó y Corinto<sup>781</sup>. La hipótesis es que gracias a las FARC, estas zonas están

---

<sup>781</sup> A nivel personal, hay una correlación elevada entre la participación de indígenas en actores armados y en cultivos de uso ilícito y los beneficios económicos que obtienen las personas por participar. No obstante, aquí nos referimos a los beneficios que reciben a nivel colectivo, por la presencia de la guerrilla en el territorio. Esta correlación es menos clara, debiéndose analizar en profundidad los efectos positivos (beneficios) y negativos (perjuicios) de la presencia de las FARC.

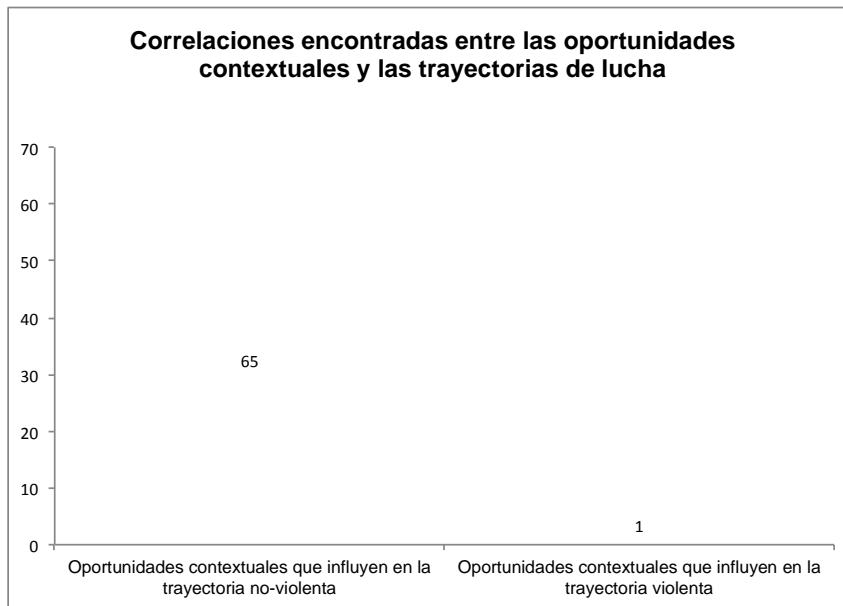
económicamente mejor y son más seguras que donde la guerrilla no está, porque las FARC garantizan la seguridad y empleo de los indígenas.

- c) Por último, hay una leve correlación entre la no-pertenencia al proceso organizativo y las alianzas con personas que dan un apoyo técnico o formativo al movimiento. Según este resultado, las personas que dan este tipo de apoyo no son consideradas parte del proceso, pero en realidad se trata de una falsa correlación. En realidad, son las personas blancas o mestizas que prestan estos apoyos, quienes sufren algún tipo de desprecio o aislamiento. Las fuentes señalan que, cada vez más, los indígenas tratan a estas personas de una manera instrumental, mientras que en los orígenes del movimiento las personas que llegaron de fuera para apoyar al movimiento recibieron mejor acogida y hasta se las consideraba parte de la comunidad. Este cambio de relación con los colaboradores externos puede deberse, por un lado, a que los indígenas hayan aumentado su autoestima y su nivel de autonomía política y cultural y, por otro, a que cada vez haya más profesionales indígenas con capacidades técnicas. Por tanto, los colaboradores externos ya no son tan imprescindibles como antes, así que solo se acude a ellos cuando media un interés puntual.

### **8.3.2.2. Análisis de co-ocurrencia entre las oportunidades contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**

En relación a las oportunidades contextuales, hemos realizado igualmente el análisis de concurrencia entre las “Oportunidades contextuales” y la “Trayectoria no-violenta”, así como entre las “Oportunidades contextuales” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de nuestros análisis nos muestra que el número de correlaciones con esta dimensión es baja para ambas trayectorias, pero que la correlación entre las oportunidades contextuales y la trayectoria no-violenta (tabla 9.4.) es más elevada, con 65 correlaciones, que en el caso de la trayectoria violenta, donde tan solo se ha encontrado 1 correlación (tabla 10.4.).

**Gráfica 34: Correlaciones encontradas entre las oportunidades contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**

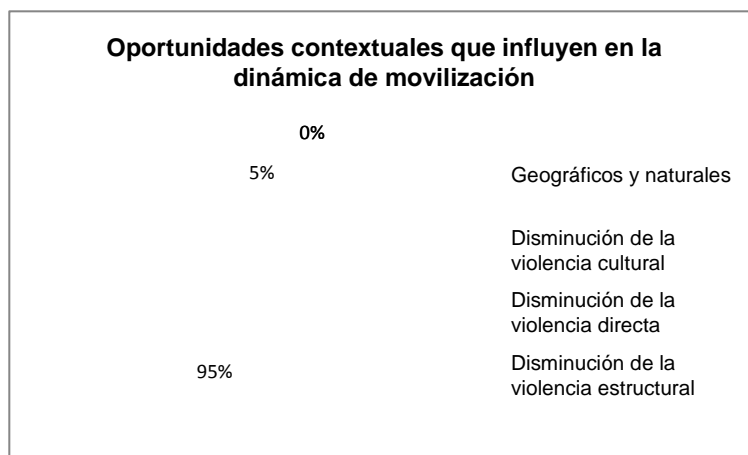


Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Al comparar los resultados entre trayectorias, observamos que la mayoría de las veces las oportunidades contextuales aparecen correlacionadas con la trayectoria no-violenta, mientras que son prácticamente inexistentes en relación a la trayectoria violenta. En concreto, cada vez que se dan las oportunidades contextuales, hay un 98% de probabilidades de que favorezcan la no-violencia y un 2% de probabilidades de que favorezcan la violencia. Durante el análisis, habíamos codificado como oportunidades contextuales las condiciones del contexto que posibilitan o facilitan que el sujeto colectivo adopte y mantenga una trayectoria de lucha no-violenta. Por tanto, nuevamente, el resultado de nuestros análisis es coherente con este planteamiento de la investigación y demuestra que las oportunidades contextuales identificadas son un factor clave en la transición hacia la no-violencia.

#### **a) Oportunidades contextuales y trayectoria no-violenta**

En la tabla 9.4. podemos ver las oportunidades contextuales que han favorecido la trayectoria no-violenta. Como al estudiar las demás dimensiones, los resultados varían también entre las dinámicas de movilización y las de des-radicalización, por lo que presentamos los resultados por separado. En las dinámicas de movilización el factor más importante ha sido la disminución de la violencia estructural (18). El resto de los factores, esto es, las condiciones geográficas y naturales (1), la disminución de la violencia cultural (0) y la disminución de la violencia directa (0), han tenido poca o ninguna relevancia.

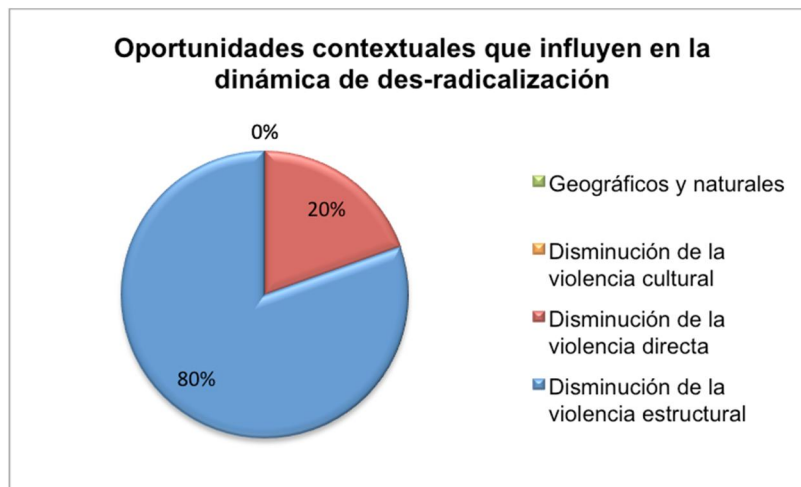
**Gráfica 35: Oportunidades contextuales que influyen en las dinámicas de movilización**

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

La dinámica de movilización que más ha sido influida por las oportunidades estructurales del contexto ha sido el surgimiento del movimiento indígena. Como vimos en el capítulo quinto, el CRIC nació en un momento álgido de lucha por la tierra que fue impulsada por la plataforma campesina de la ANUC en diferentes lugares de Colombia (ventana de oportunidad política). En el Cauca, además, había un acumulado histórico de luchas sociales marcado por la presencia de todos los grupos políticos de izquierda y sus facciones militares. Por tanto, se dieron las condiciones óptimas para la movilización de los terrajeros indígenas. Además, en aquel momento los indígenas disponían de un instrumento legal, la ley 89 de 1890, que sirvió para reclamar sus derechos sobre la tierra.

En la dinámica de des-radicalización, el factor más importante también ha sido la disminución de la violencia estructural (37) pero esta vez también hay cierta influencia de la disminución de la violencia directa (9). Los otros factores, esto es, la disminución de la violencia cultural (0) y las condiciones geográficas y naturales (0), no han tenido ninguna relevancia.



**Gráfica 36: Oportunidades contextuales que influyen en las dinámicas de des-radicalización**

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

La dinámica de des-radicalización más favorecida por las oportunidades contextuales ha sido la desmovilización del MAQL y, en menor medida, la resistencia no-violenta contra los actores armados. En concreto, estas dinámicas se han visto favorecidas por las oportunidades que ofrecían los procesos de paz entre actores armados. En el caso de la desmovilización del MAQL, nos referimos al proceso constituyente y la aprobación de la Constitución de 1991, que reconoció muchos derechos a los indígenas y permitió su participación en el sistema político.

Por otro lado, respecto a la disminución de la violencia directa, resulta llamativa la baja correlación encontrada con las dinámicas de des-radicalización. Sí que hay citas que indican una relación entre el descenso de la violencia directa contra los indígenas y la des-radicalización del movimiento, pero no han sido frecuentes; por tanto, parece que, en nuestro estudio de caso, el hecho de que las amenazas de violencia directa disminuyan no tiene fuerza como factor explicativo de estas dinámicas. Una conclusión que es coherente con los resultados encontrados al estudiar las amenazas relacionales y contextuales, que veremos más adelante.

### **b) Oportunidades contextuales y trayectoria violenta**

En relación a la trayectoria violenta, la tabla 10.4. muestra que el único caso encontrado de correlación con una oportunidad contextual lo ha sido en la dinámica de radicalización del discurso y/o del método. Esta cifra refleja que cierta parte del movimiento indígena consideró que el proceso de paz entre Santos y las FARC era una oportunidad para que los indígenas presionaran al gobierno en el tema de tierras, lo que motivó la radicalización de los métodos empleados en la recuperación de tierras y escaló la confrontación con las fuerzas de seguridad. Siendo esta la única correlación, podemos concluir que las oportunidades que puede ofrecer el

contexto no explican las dinámicas de desarticulación y/o radicalización del movimiento indígena.

### 8.3.2.3. Análisis de co-ocurrencia entre las amenazas relacionales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta

Dentro de las amenazas externas, distinguimos entre las amenazas relacionales y contextuales, por tanto hemos analizado su influencia en las trayectorias de lucha de manera separada.

Para hallar el peso o la importancia que tienen las amenazas relacionales en la adopción de una u otra trayectoria hemos realizado el análisis de concurrencia entre las “Amenazas relacionales” y la “Trayectoria no-violenta”, así como entre las “Amenazas relacionales” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de nuestros análisis nos muestra que hay 179 correlaciones entre las amenazas relacionales y la trayectoria no-violenta (tabla 9.5.) y 336 correlaciones entre las amenazas relacionales y la trayectoria violenta (tabla 10.5.).

**Gráfica 37: Correlaciones encontradas entre las amenazas relacionales y las trayectorias de lucha**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

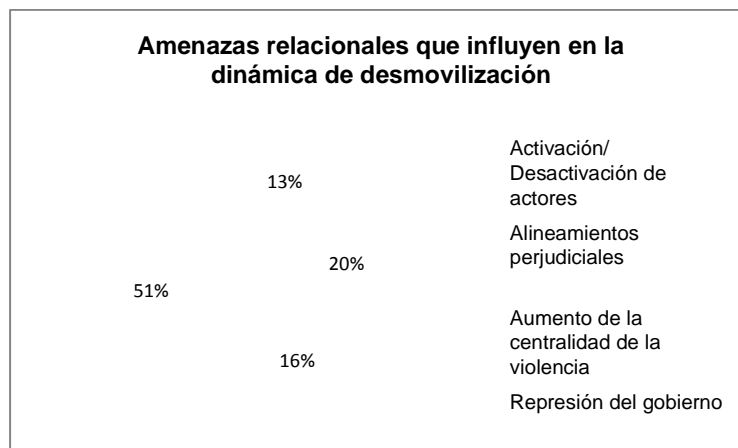
Durante el análisis, codificamos como amenazas relacionales aquellas relaciones que el movimiento indígena tiene con los actores de su entorno que promueven o generan la desarticulación y/o radicalización del movimiento. Los resultados del análisis muestran que, efectivamente, hay correlaciones elevadas entre las amenazas relacionales y la trayectoria violenta, lo que confirma la definición de las amenazas relacionales como condiciones externas que favorecen la trayectoria

violenta. Sin embargo, al compararlo con los resultados obtenidos en la trayectoria no-violenta, nos damos cuenta de que también hay correlaciones significativas y la diferencia entre ambas trayectorias es mucho menor que en las categorías anteriormente estudiadas. En este caso, un 65% de las veces las amenazas relacionales correlacionan con la trayectoria violenta y un 35% de las veces con la trayectoria no-violenta, lo que significa que las amenazas relacionales, aunque tienen una tendencia hacia la radicalización, están presentes en ambas trayectorias. En otras palabras, cada vez que se den las condiciones externas que hemos denominado como amenazas relacionales, hay un 65% de probabilidades de que favorezcan la violencia y un 35% de probabilidades de que favorezcan la no-violencia. Por tanto, este resultado cuestiona que las amenazas relacionales puedan ser consideradas un factor decisivo en los cambios de trayectoria hacia la violencia, pues existe una probabilidad significativa de que promuevan la acción colectiva no-violenta.

**a) Amenazas relacionales y trayectoria violenta**

En la tabla 10.5. podemos ver las amenazas relacionales que favorecen la trayectoria violenta. Si las distinguimos por dinámicas, en las dinámicas de desmovilización el factor más influyente ha sido la represión del gobierno (35), seguida de las alianzas o alineamientos perjudiciales (14), el aumento de la centralidad de la violencia (11) y, por último, la activación de actores violentos (9).

**Gráfica 38: Amenazas relacionales que influyen en las dinámicas de desmovilización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Las amenazas relacionales han favorecido principalmente al ya mencionado surgimiento disidencias desarmadas como la OPIC. En concreto, sobresale como factor explicativo de esta dinámica de desmovilización la estrategia divisoria que realizó el gobierno contra el movimiento indígena. Las fuentes señalan reiteradamente que el gobierno apoyó la creación de estas organizaciones paralelas

para que disputaran el poder a las organizaciones oficiales indígenas<sup>782</sup>. A su vez, el gobierno ha promovido las campañas de desprestigio y criminalización del movimiento indígena.

“Al no tener (el gobierno) ya capacidad para subordinar territorialmente a las comunidades y los gobiernos autónomos indígenas, han optado por erosionar la organización en su conjunto, promoviendo estructuras paralelas que tratan de deslegitimar a nuestras autoridades, al proceso político del CRIC y a sus organizaciones zonales”<sup>783</sup>.

Por otro lado, en la dinámica de no-participación, destaca como factor explicativo la relación que los indígenas han tenido con terceros actores que han ejercido en ellos gran influencia y la cooptación de sus miembros. En concreto, las fuentes acusan a las iglesias, los partidos políticos, los medios de comunicación y las transnacionales de haber confundido a los indígenas motivando su desmovilización<sup>784</sup>. Y, por último, en la dinámica de no-pertenencia, encontramos que ésta se ha favorecido, en parte, porque los indígenas desconfían de las personas externas que se acercan al movimiento.

“Ha habido un cambio, en la última etapa, y es que lo indígena se volvió sexy y se convirtió en un referente de recursos económicos y los indígenas interpretaron que, muchos de los asesores y asesoras que venían, lo hacían en clave de conseguir dinero o de vivir de eso, vivir del auge de lo indígena, de la visibilidad, de la simbología, de todo este tipo de cosas (...). Hay unas desconfianzas con respecto a tú, qué es lo que quieres hacer”<sup>785</sup>.

En la dinámica de radicalización, encontramos proporcionalidad entre todas las categorías: alineamientos perjudiciales (77), activación de actores violentos (76), represión del gobierno (61) y aumento de la centralidad de la violencia (53).

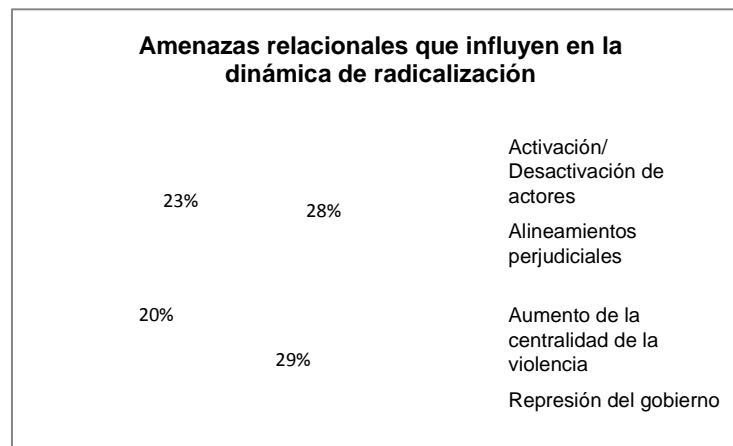
---

<sup>782</sup> La ACIN fue creada en 1994 y reconocida por la Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Interior y Justicia en 1996, en base al Decreto 1088 de 1993, que regula la creación de asociaciones de cabildos indígenas y/o autoridades tradicionales y les dota de personería jurídica y autonomía administrativa.

<sup>783</sup> DEXT CRIC, Pronunciamiento sobre la guerra, Toribio, 20 julio de 2011.

<sup>784</sup> Cabe señalar que en esta categoría de “influencia y cooptación de terceros actores” no incluimos a las guerrillas, que tienen su propia categoría dentro de los alineamientos perjudiciales de los indígenas con actores opositores.

<sup>785</sup> Entrevista a Jose, Bogotá, 2015.

**Gráfica 39: Amenazas relacionales que influyen en las dinámicas de radicalización**

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Respecto a las alineaciones perjudiciales del movimiento indígena, observamos que estas han influido principalmente en el surgimiento del MAQL y en el surgimiento de las disidencias armadas. Y, dentro de estas, el factor más influyente han sido las alianzas o los vínculos que los indígenas han mantenido con las guerrillas. En el caso del surgimiento del MAQL, encontramos que la decisión de adoptar la vía armada fue motivada por la alianza con el M-19, quienes les proveyeron de armas y formación militar, y, en menor medida, por la influencia de personas externas que eran propensas a la vía armada y por el contacto con las acciones modulares y los marcos maestros revolucionarios que circulaban por el Cauca. En el caso del surgimiento de las disidencias armadas como el MST-NQL, este tiene que ver con el contacto de algunos grupos indígenas, especialmente aquellos a favor del uso de la violencia, han mantenido con la guerrilla de las FARC.

Respecto a la activación de actores violentos, encontramos que la activación de emprendedores de la violencia en el territorio indígena ha sido una de las principales causas de la participación de comuneros indígenas en actores armados y en disidencias armadas. En particular, las guerrillas han realizado una estrategia de cooptación y reclutamiento de indígenas en el área de influencia del Frente VI de las FARC: Toribío, Jambaló, Corinto y Caloto. Así mismo, en estas dinámicas también ha influido la conexión y coordinación existente entre los diferentes actores violentos que han pasado por el territorio, puesto que han favorecido el traspaso de militantes de unos a otros grupos (trashumancia de la violencia). Por otro lado, la vinculación entre las guerrillas y el narcotráfico es un factor que ha favorecido la involucración de indígenas en los cultivos de uso ilícito.

Respecto a la represión del gobierno, encontramos que ésta ha sido uno de los principales detonantes de la radicalización del discurso y el método dentro del movimiento indígena. En particular, la radicalización ha sido consecuencia de la represión de la protesta, que generalmente desemboca en escenarios de violencia

(“negociaciones rotas”). Los bloqueos de vías y las recuperaciones de tierra son las acciones colectivas que de manera reiterativa desembocan en estos escenarios.

Y, por último, en relación al aumento de la centralidad de la violencia, las dinámicas más influidas por esta amenaza relacional han sido la radicalización del discurso y el método, el surgimiento del MAQL y el surgimiento de disidencias armadas. En el caso de la radicalización de las acciones, este proceso es sensible a la desatención de las demandas y los derechos reconocidos por parte del gobierno, el fracaso de las negociaciones con el gobierno o la activación de conflictos con otros actores. Y en el caso del surgimiento del MAQL y la participación en disidencias y actores armados, encontramos que detrás de estas dinámicas subyace el conflicto o la disputa territorial-poblacional, que es el que aumenta la centralidad de la violencia en este territorio.

### **b) Amenazas relacionales y trayectoria no-violenta**

En relación a la trayectoria no-violenta, en la tabla 9.5. aparecen las amenazas relacionales que han estado presentes en ella. Respecto a las dinámicas de movilización, las amenazas relacionales solo han tenido influencia en el surgimiento del movimiento indígena en 1971. En concreto, vemos que el movimiento nació en un contexto donde hubo las siguientes amenazas relacionales: una elevada represión del gobierno (que no consiguió desmovilizar a los indígenas) y alianzas con otros actores (en concreto, organizaciones políticas e insurgentes) que, en momentos posteriores, se manifestaron como una causa del debilitamiento del movimiento pero que, al inicio de la organización, fueron útiles para concienciar y movilizar la resistencia.

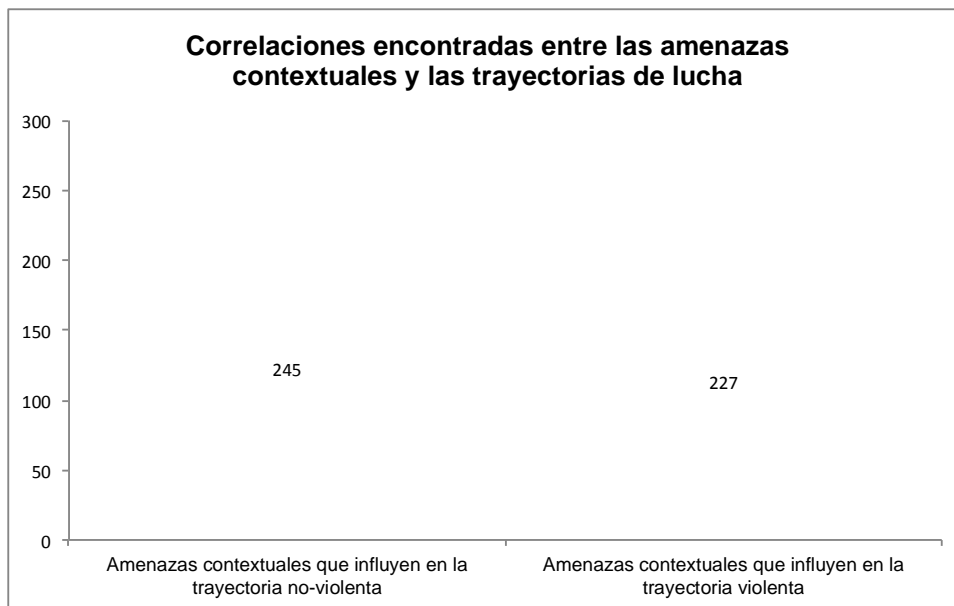
Respecto a las dinámicas de des-radicalización, las amenazas relacionales han tenido influencia en la dinámica de resistencia no-violenta frente a los actores armados. En particular, sobresalen dos factores. Uno, la activación de emprendedores de la violencia que han desarrollado estrategias de cooptación y reclutamiento de indígenas, y de deslegitimación del movimiento. Dos, el aumento de la centralidad de la violencia derivado del conflicto o la disputa territorial-poblacional. La resistencia no-violenta surge en estos casos como estrategia para contrarrestar estas amenazas relacionales.

Observamos, por tanto, que algunas amenazas relacionales no solo han funcionado como factores desmovilizadores o radicalizadores, sino que también han motivado la movilización de los indígenas y la adopción de estrategias no-violentas.

### 8.3.2.4. Análisis de co-ocurrencia entre las amenazas contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta

Por último, en relación a las amenazas contextuales, hemos realizado así mismo el análisis de concurrencia entre las “Amenazas contextuales” y la “Trayectoria no-violenta”, así como entre las “Amenazas contextuales” y la “Trayectoria violenta”. El resultado de nuestros análisis nos muestra que hay 245 correlaciones entre las amenazas contextuales y la trayectoria no-violenta (tabla 9.6.) y 227 correlaciones entre las amenazas contextuales y la trayectoria violenta (tabla 10.6.).

#### Gráfica 40: Correlaciones encontradas entre las amenazas contextuales y las trayectorias de lucha violenta y no-violenta



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Durante el análisis, codificamos como “amenazas contextuales” las condiciones del entorno que obstaculizan las posibilidades que tiene el sujeto de mantener una trayectoria no-violenta y lo conducen hacia la desarticulación y/o radicalización. Los resultados del análisis muestran que efectivamente hay una correlación elevada entre estos factores y la trayectoria violenta; pero, sin embargo, encontramos que estos factores están también presentes en la trayectoria no-violenta, incluso con una frecuencia levemente superior. Un 52% de las correlaciones encontradas se dan en la trayectoria no-violenta y un 48% en la trayectoria violenta. En otras palabras, cada vez que se den las amenazas contextuales, hay un 48% de probabilidad de que favorezca la violencia y un 52% de probabilidad de que favorezca la no-violencia. Esto significa que las amenazas contextuales son tan importantes en la trayectoria violenta como en la no-violenta. Estamos ante un factor que se mantiene constante o invariable en toda la trayectoria de lucha.

A esta misma conclusión llegaron Villa y Houghton (2005) en su análisis sobre la violencia política contra los pueblos indígenas. La violencia y el conflicto armado han

afectado de forma sistemática a los pueblos indígenas y, por tanto, ha sido una constante en su proceso de conformación política. Siguiendo la tesis de González et al. (2002) sobre el papel estructurante de la guerra en la conformación del Estado y la sociedad civil colombiana, los autores señalaron que la guerra también ha tenido esta función en la conformación de los pueblos indígenas (Villa y Houghton, 2005: 21-23).

A la luz de los resultados obtenidos en las amenazas relacionales y contextuales, parece que la codificación inicial de estas condiciones externas como favorecedoras de la trayectoria violenta debe ser matizada. Es cierto que estas condiciones favorecen la trayectoria violenta –los resultados corroboran que sí la favorecen–, pero también favorecen la trayectoria no-violenta. Por lo tanto, proponemos que las amenazas externas sean consideradas como factores neutros o constantes en el estudio de la transición entre la violencia y la no-violencia, ya que aparecen correlacionadas en ambas trayectorias de manera similar.

En este punto, cabe que nos preguntemos cómo es posible que esto ocurra, por qué condiciones externas que, en principio, parecen más propensas a la desarticulación y radicalización del movimiento están presentes de manera similar en la articulación de la acción colectiva no-violenta. La explicación es la siguiente: la existencia de un contexto adverso que amenaza a un sujeto colectivo es necesaria para que emerja la acción colectiva no-violenta, de lo contrario no surgiría, y una vez que emerge el movimiento, también es necesario que siga habiendo un contexto adverso para que la resistencia no-violenta se mantenga. Las amenazas externas son la razón de ser del movimiento, son los agravios colectivos por los cuales las personas se movilizan y luchan. Por tanto, las amenazas relacionales y contextuales que se correlacionan con la trayectoria de la no-violencia nos dan información sobre las causas del surgimiento y mantenimiento de las acciones colectivas no-violentas. En este caso, las amenazas son las violencias contra las que se defiende el sujeto colectivo sin el uso de la violencia. No obstante, estas amenazas externas son, a su vez, los factores que debilitan el movimiento no-violento y lo empujan hacia su desarticulación y/o radicalización. En conclusión, las amenazas relacionales y estructurales son una condición necesaria para que se produzca la resistencia, pero no son suficientes para indicarnos si la trayectoria que adoptará el movimiento a lo largo de la lucha será armada o desarmada. Así pues, sería preciso analizar en profundidad cada caso en cuestión, para ver qué amenazas concretas han influido en cada dinámica y compararlas entre sí, comprobando si hay o no variaciones según el tipo de amenazas y el tipo de dinámica.

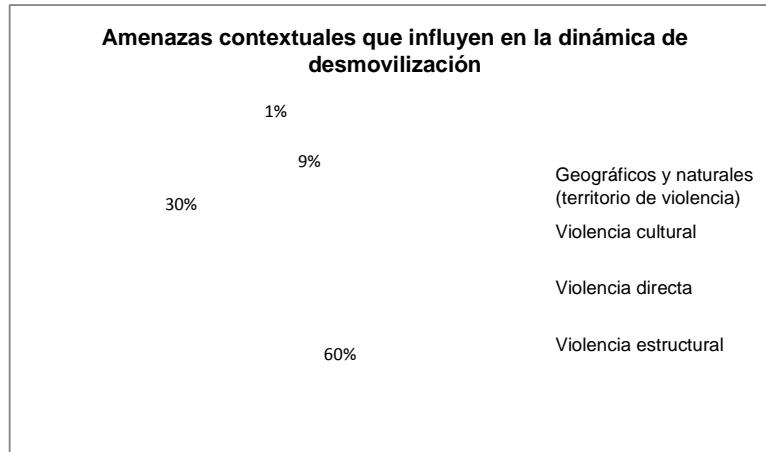
#### **a) Amenazas contextuales y trayectoria violenta**

En relación a la trayectoria violenta, en la tabla 6.2. podemos observar cuáles han sido las principales amenazas contextuales. En la dinámica de desmovilización, el factor que más ha influido en la desmovilización ha sido la violencia directa (42),



seguida de la violencia estructural (21). La violencia cultural (6) y las condiciones geográficas (1) han sido los factores menos significativos, aunque es en estas dinámicas donde la violencia cultural adquiere cierta relevancia.

**Gráfica 41: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de desmovilización**



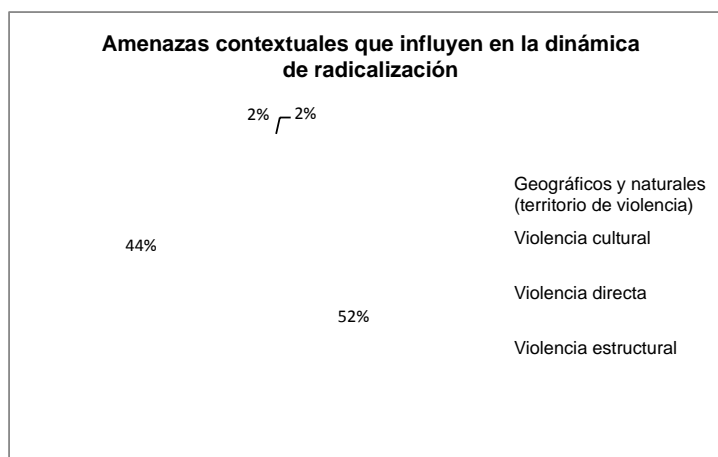
Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Las amenazas contextuales han tenido una especial relevancia en el caso de los desplazamientos, el exilio, la huida y el cambio de líderes y, en menor medida, en la emigración a las ciudades.

En relación al desplazamiento, la violencia directa ha sido una de sus principales causas. Las personas han huido del territorio en momentos de escalamiento de la violencia, por la arremetida de paramilitares, por los hostigamientos entre actores armados o por la violencia política. En segundo lugar, el desplazamiento ha sido afectado por factores de violencia estructural: ausencia de institucionalidad, política de erradicación de cultivos ilícitos y el modelo de desarrollo neoliberal.

En relación a la emigración a las ciudades, destacan dos factores de violencia estructural: la escasez o necesidad de tierras y la ausencia de institucionalidad. Así mismo, el proyecto hegemónico cultural también ha influido en la emigración a las ciudades.

En relación a la dinámica de radicalización, el orden de importancia no se altera: en primer lugar, sobresale la violencia directa (82) y en segundo, la violencia estructural (69), mientras que la violencia cultural (3) y las condiciones geográficas (3) siguen siendo irrelevantes.

**Gráfica 42: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de radicalización**

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Las amenazas contextuales han influido de manera significativa en todas las dinámicas de radicalización, excepto en la de radicalización del discurso y /o el método. Han sido especialmente relevantes en la involucración de indígenas en cultivos de uso ilícito y minería ilegal o mecanizada.

Dentro de la violencia directa, destacan dos factores o amenazas. Por un lado, la violencia política ha sido la principal causa del surgimiento del MAQL, es decir, el movimiento indígena adoptó la vía armada para defenderse de la violencia política que hubo contra los indígenas en los años setenta y ochenta. Y, por otro, la presencia de una red criminal-narcotraficante en el territorio ha sido el principal factor de la involucración de la comunidad en los cultivos de uso ilícito. Cabe tener en cuenta que la presencia del narcotráfico está vinculada con la presencia de los actores armadas, que son quienes controlan el negocio y garantizan la seguridad de los cultivos, por lo cual clasificamos este factor como un indicador de la violencia directa existente en el contexto.

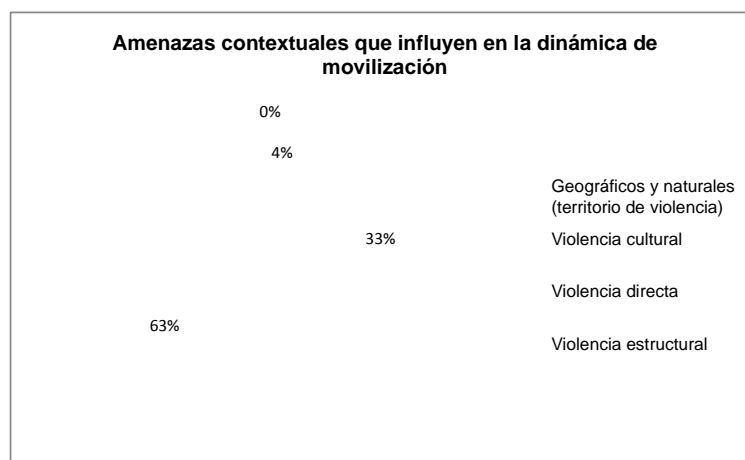
Dentro de la violencia estructural, podemos destacar tres factores. En primer lugar, destacan los problemas del Estado, que no realiza adecuadamente sus funciones. La falta de inversión del estado a la hora de generar oportunidades educativas y de empleo en los territorios más alejados de los centros urbanos explica, en parte, las dinámicas de radicalización. Así mismo, los problemas en el proceso de reintegración de los excombatientes (DDR) ha sido uno de los causantes del surgimiento de disidencias armadas. En segundo lugar, también impacta negativamente el modelo de desarrollo económico. El abandono de cultivos por baja rentabilidad y la devaluación del mercado favorece la involucración de indígenas en cultivos de uso ilícito, en tanto que la política minero-energética favorece la involucración en actividades mineras. Y, en tercer lugar, observamos los problemas de escasez de tierra y las necesidades básicas insatisfechas, que han afectado discretamente a varias dinámicas de radicalización como, por ejemplo, al

surgimiento de disidencias armadas que están interesadas en la recuperación de tierras o en la reforma agraria.

### b) Amenazas contextuales y trayectoria no-violenta

En la tabla 9.6. se observa cuáles han sido las principales amenazas contextuales que han causado la trayectoria no-violenta. En las dinámicas de movilización, sobresale la violencia estructural (36), seguida de la violencia directa (19). Las otras amenazas, la violencia cultural (2) y las condiciones geográficas favorables a la violencia (0), no han tenido importancia en estas dinámicas.

**Gráfica 43: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de movilización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

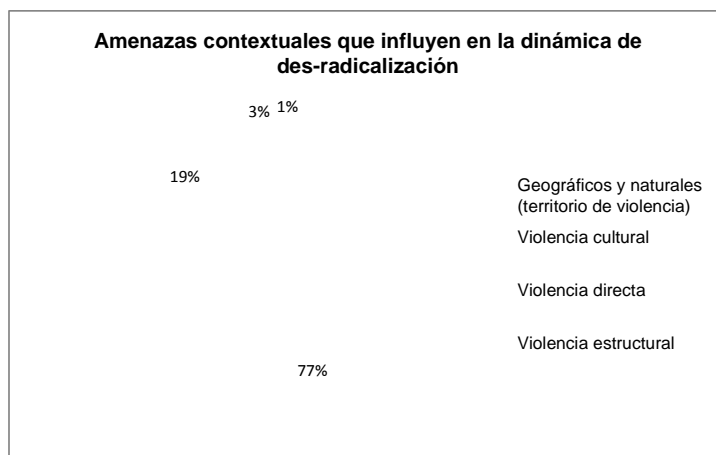
La violencia estructural y la directa explican de manera particular el surgimiento del movimiento indígena. En el capítulo quinto vimos que el alzamiento indígena se produjo en un contexto marcado por las malas condiciones de vida de los indígenas. Estos vivían bajo el sistema de terraje y estaban desposeídos de sus tierras. Además, los indígenas eran perseguidos y asesinados por los terratenientes y poderes locales.

En el anterior apartado vimos que en el surgimiento del movimiento indígena habían sido importantes las oportunidades contextuales y relacionales. ¿Cómo se explica entonces que también se dieran amenazas contextuales?. Lo que los datos reflejan es que el movimiento emergió porque había un contexto de amenazas (violencias estructurales y directas), pero surgió en este momento y, no en otro, gracias a las oportunidades contextuales (ventana de oportunidades políticas) y relacionales (apoyos externos). Por tanto, a nivel externo, es la aparición de estas oportunidades (y no el cese de las violencias, que se mantienen constantes) las que explicaron la transición de la pasividad a la resistencia no-violenta.

En la dinámica de des-radicalización se invierte el orden: la dimensión más relevante ha sido la violencia directa (145), seguida de la violencia estructural (36). Así mismo,

los otros factores, las condiciones geográficas (5) y la violencia cultural (2), no han sido significativos.

**Gráfica 44: Amenazas contextuales que influyen en las dinámicas de des-radicalización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Las amenazas del contexto han sido especialmente significativas en el caso de la resistencia no-violenta y, en menor medida, en la habilitación de la guardia indígena. Estas estrategias han sido articuladas por los indígenas precisamente para hacer frente a estas amenazas. En primer lugar, destacan unas condiciones de violencia directa muy adversas que han supuesto una amenaza para la supervivencia física y cultural de los pueblos indígenas. En concreto, sobresale la presencia de actores armados y narcotráfico en el territorio y las violaciones reiteradas de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario (violencia política, hostigamientos entre actores, etc.). En segundo lugar, la resistencia no-violenta también se ha enfrentado a amenazas de tipo estructural, aunque cada una de las amenazas que componen esta violencia no destaca de manera individual, sino agregada.

En conclusión, observamos que en la trayectoria no-violenta, especialmente en el surgimiento del CRIC y en la articulación de la resistencia no-violenta frente a los actores armados, se dieron las mismas condiciones de violencia directa y estructural que motivaron también el desplazamiento, la emigración, el surgimiento del MAQL y la involucración en actores armados y actividades ilegales. Por tanto, como veremos a continuación, no podemos encontrar en estas condiciones las diferencias entre las trayectorias que nos ayuden a explicar los cambios de estrategia.

#### **8.4. Análisis comparativos de los factores que han influido en la trayectoria de lucha del movimiento indígena**

En base a los resultados obtenidos en el apartado anterior, vamos a realizar la comparación de los factores que influyeron en la trayectoria del movimiento indígena, con la intención de poder identificar cuáles, entre todos estos factores, han

influido de una manera más fuerte en la trayectoria violenta y no-violenta del movimiento. En primer lugar, comparamos la influencia que han tenido los factores internos y externos y, en segundo lugar, comparamos, dentro de los factores internos, los factores que son comunitarios y los que no los son.

### 8.4.1. Comparación entre los factores internos y externos

Durante este capítulo hemos analizado, de manera separada, cuáles han sido las fortalezas, las debilidades, las oportunidades y las amenazas que más han influido en cada una de las trayectorias, violenta y no-violenta. Ahora nos interesa comparar los resultados para poder extraer conclusiones sobre cuáles de estos factores han sido los factores principales o claves en la adopción de una u otra trayectoria. En la siguiente tabla cruzada, recogemos los resultados obtenidos del análisis.

**Tabla 7: Tabla cruzada de frecuencias. Influencia relativa de los factores internos y externos en las trayectorias de lucha violenta y no-violenta**

Influencia de los factores internos y externos en cada trayectoria	Trayectoria no-violenta (a)	Trayectoria violenta (b)	Total trayectoria de lucha (a+b)	Índice de disparidad (d)
<b>Factores internos</b>				
<b>Fortalezas organizativas</b>	719 (48%, 93%)	54 (4%, 7%)	773	0,86
<b>Debilidades organizativas</b>	66 (4%, 10%)	627 (50%, 90%)	693	0,81
<b>Factores externos</b>				
<b>Oportunidades relacionales y context.</b>	293 (20%, 97%)	8 (1%, 3%)	301	0,95
<b>Amenazas relacionales y context.</b>	424 (28%, 43%)	563 (45%, 57%)	987	0,14
<b>Factores internos y externos</b>				
<b>Total factores</b>	1502	1252	2754	

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Respecto a cada uno de los factores, observamos lo que ya mencionamos, que:

- La mayoría de las fortalezas organizativas han influido en la trayectoria no-violenta (93% de las veces).
- La mayoría de las debilidades organizativas han influido en la trayectoria violenta (90% de las veces).
- La mayoría de las oportunidades –relacionales y contextuales– han influido en la trayectoria no-violenta (97% de las veces).

- Sin embargo, las amenazas –relacionales y contextuales– han influido de manera similar en ambas trayectorias, un 43% de las veces en la trayectoria no-violenta y un 57% de las veces en la trayectoria violenta.

Respecto a cada una de las trayectorias, observamos que:

- En la trayectoria no-violenta, el 48% de los factores que han influido en esta trayectoria han sido fortalezas organizativas, seguidas de las amenazas –relacionales y contextuales– con un 28%, y de las oportunidades –relacionales y contextuales– con un 20%. Las debilidades organizativas, a penas han influido en esta trayectoria, con un 4%.
- En la trayectoria violenta, el 50% de los factores que han influido en esta trayectoria han sido las debilidades organizativas, seguidas de las amenazas –relacionales y contextuales– con un 45%. Las fortalezas organizativas y las oportunidades –relacionales y contextuales– apenas han influido en esta trayectoria, con un 4% y un 1% respectivamente.

Al comparar los factores que han influido en cada trayectoria de lucha, podemos extraer dos conclusiones:

1. En primer lugar, concluimos que, tanto en la trayectoria no-violenta como en la trayectoria violenta, los factores que más han influido en cada una de estas trayectorias (esto es, los que más veces han sido señaladas como factores explicativos) han sido los factores internos; en la trayectoria no-violenta, las fortalezas organizativas y, en la trayectoria violenta, las debilidades organizativas. En la siguiente tabla, hemos recogido los cinco factores que guardan una correlación más alta con cada trayectoria de lucha. En ella se puede observar la predominancia de los factores internos sobre los externos como factores explicativos.

Trayectoria no-violenta	
Movilización	Des-radicalización
<b>F_ORG_</b> Eficacia del proceso de micromovilización (107)	<b>F_ORG_</b> Difusión de marcos cognitivos no-violentos (207).
<b>OP_RELA_</b> Alineamientos beneficiosos con otros actores (78)	<b>AM_CONT_</b> Violencia directa (145)
<b>F_ORG_</b> Eficacia del modelo organizativo o funcionamiento interno (62)	<b>F_ORG_</b> Eficacia del modelo organizativo o funcionamiento interno (101)
<b>AM_CONT_</b> Violencia estructural (36)	<b>F_ORG_</b> Cohesión interna (92),
<b>F_ORG_</b> Cohesión interna (22)	<b>F_ORG_</b> Eficacia del proceso de micromovilización (83)

Trayectoria violenta	
Desmovilización	Radicalización
<b>D_ORG_</b> Problemas del proceso de micromovilización (53)	<b>D_ORG_</b> Problemas del modelo de organización y funcionamiento interno (123)
<b>AM_CONT_</b> Violencia directa (42)	<b>D_ORG_</b> Problemas de cohesión interna (118)
<b>D_ORG_</b> Problemas del modelo de organización y funcionamiento interno (39)	<b>D_ORG_</b> Problemas del proceso de micromovilización (90)
<b>AM_RELA_</b> Represión del gobierno (35)	<b>D_ORG_</b> Difusión de MC favorables a la violencia (83)
<b>D_ORG_</b> Problemas de cohesión interna (30)	<b>AM_CONT_</b> Violencia directa (82)

2. En segundo lugar, observamos que los factores que han tenido un gran influencia en una trayectoria, apenas han tenido influencia en la contraria, o dicho de otro modo, los factores han influido principalmente en una sola de las trayectorias, excepto en el caso de las amenazas relacionales y contextuales, que han influido de manera similar en ambas trayectorias.

Esta observación la hemos podido corroborar utilizando una fórmula que nos permite medir el diferente grado de influencia que tiene un determinado factor con cada una de las trayectorias:

$$d = \frac{|a - b|}{a + b}$$

Siendo **a** el número de veces que un factor correlaciona con la trayectoria no-violenta y **b** el número de veces que ese factor correlaciona con la trayectoria violenta. El índice de disparidad **d** resultante estará entre 0 y 1. Cuánto más se acerca a 0, menor es la disparidad o diferencia entre el grado de influencia que ese factor tiene con cada una de las trayectorias. Los resultados obtenidos al aplicar este índice y recogidos en la tabla cruzada, nos muestran que la disparidad es baja en el caso de las amenazas, porque este factor ha influido en un grado similar en ambas trayectorias. Sin embargo, las fortalezas, las debilidades y, especialmente, las oportunidades, son factores con una disparidad elevada porque que han influido casi únicamente en una de las dos trayectorias.

Este resultado nos conduce a la siguiente conclusión, que ya veníamos advirtiendo en anteriores páginas: si las amenazas relacionales y contextuales aparecen en ambas trayectorias de lucha en un grado de importancia o correlación similar, es

porque son condiciones externas que se mantuvieron constantes o invariables durante la trayectoria de lucha del movimiento indígena. Tanto en momentos de radicalización, como de des-radicalización, las amenazas no desaparecieron. Por ejemplo, cuando a finales de los setenta, se recrudeció la represión estatal contra el movimiento y aumentó la violencia por parte de los terratenientes y de las FARC, los indígenas respondieron conformando progresivamente una guerrilla indígena. Sin embargo, cuando en la década del dos mil, se agudizó el conflicto armado en el norte del Cauca hasta niveles nunca antes vividos, el movimiento no se radicalizó, sino al contrario, se decidió fortalecer sus mecanismos de resistencia no-violenta. Por tanto, las amenazas externas no han sido una razón para adoptar una u otra estrategia o, lo han sido en ambas por igual. Dicho de otro modo, la existencia de amenazas relacionales y contextuales ha sido una condición necesaria para que se produjera la resistencia, pues sin algún grado de opresión, dominación o violencia no habría resistencia, pero no ha sido una condición suficiente para explicar la adopción de una resistencia armada o desarmada.

Los cambios de trayectoria han sido motivados, por tanto, por los factores que solo estuvieron presentes en una de las trayectorias y no en la otra. En ese sentido, los factores clave en la explicación de la radicalización y la des-radicalización del movimiento indígena han sido las fortalezas, las debilidades y las oportunidades. En concreto, respecto a la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada, los factores clave han sido, las fortalezas organizativas, en primer lugar, y las oportunidades, en segundo. Mientras que las debilidades organizativas han sido las únicas que explican el proceso de desmovilización y radicalización de las acciones, es decir, el paso de la resistencia no-violenta al declive y/o la adopción de estrategias cada vez más violentas.

En conclusión, si nuestro interés es estudiar de manera separada los factores que han influido en la trayectoria violenta o en la no-violenta, las amenazas externas han sido condiciones significativas que debemos tener en cuenta. Ahora bien, si lo que queremos es conocer por qué el sujeto colectivo ha transitado entre la violencia y la no-violencia (los procesos de radicalización y des-radicalización) o, en otras palabras, cuáles fueron los factores clave que le hicieron cambiar de estrategia durante la trayectoria, las amenazas que hubo en el entorno no ofrecen una respuesta, porque éstas siempre se dieron.

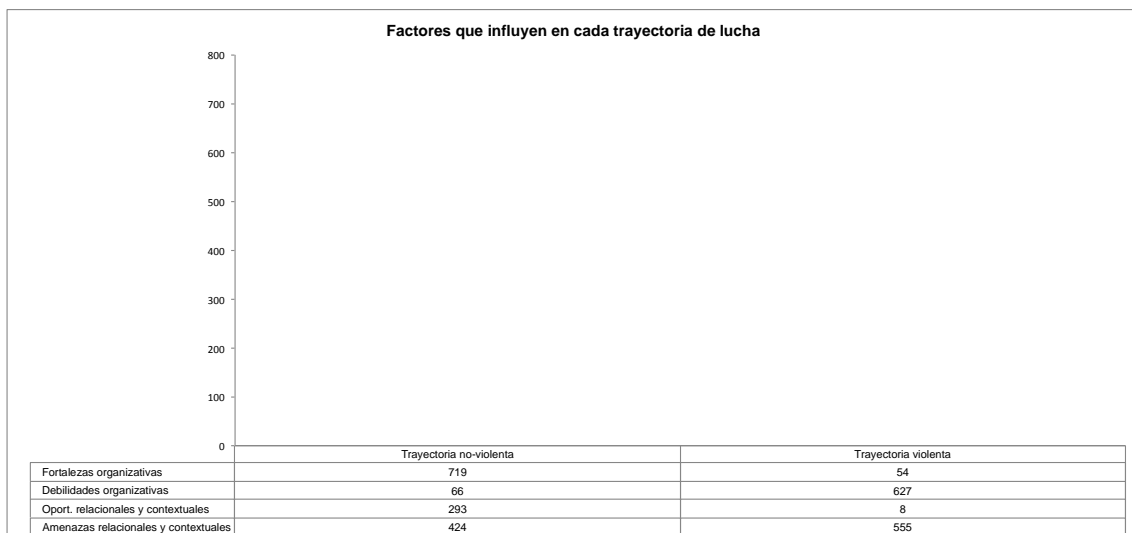
Por otro lado, cabe señalar que estamos analizando los datos a nivel agregado, es decir, teniendo en cuenta los resultados obtenidos en todas las dinámicas en su conjunto. El estudio a nivel agregado nos ha resultado adecuado para analizar el fenómeno de la radicalización y des-radicalización del movimiento a lo largo de su trayectoria de lucha. Al estudiar las condiciones que conducen a ciertas dinámicas sociales, nos enfrentamos a la dificultad de que los efectos no se manifiesten de manera inmediata y directa, lo que dificulta establecer relaciones de causalidad. Por eso, un análisis agregado de las trayectorias de lucha, que contemple todas las



dinámicas en su conjunto, puede ser la mejor estrategia para conocer el efecto que tuvieron los factores internos y externos durante la trayectoria de lucha, pues de alguna forma estaremos recogiendo los efectos prolongados e indirectos. Por ejemplo, si analizamos de manera aislada la dinámica del desplazamiento forzado, el resultado de nuestro análisis indica que la causa de este fenómeno ha sido la existencia de un contexto de violencia directa, un resultado que infra-representa la importancia que han tenido las condiciones colectivas u organizativas en el desplazamiento. Si, como vemos, la correlación entre el desplazamiento y las debilidades internas ha sido baja (es decir el desplazamiento no se produjo por problemas internos en el movimiento) podría pensarse que no hay nada que los sujetos colectivos puedan hacer para frenar el desplazamiento, es decir, el desplazamiento se produce cuando hay un repunte de la violencia (como, pasó en el masacre del Naya), con independencia de que los sujetos sean fuertes o débiles organizativamente. En cambio, analizar el desplazamiento dentro de una trayectoria de lucha más amplia permite relacionar las dinámicas y hacer una lectura más completa: el movimiento indígena ejerció una resistencia eficaz contra los actores armados, capaz de frenar el desplazamiento masivo, gracias a sus fortalezas organizativas, pero hubo determinados momentos en los que sí hubo desplazamientos, cuando las amenazas contextuales aumentaron. En conclusión, consideramos que el estudio agregado permite tener una lectura global del fenómeno, ubicar el análisis en una trayectoria más amplia y comparada.

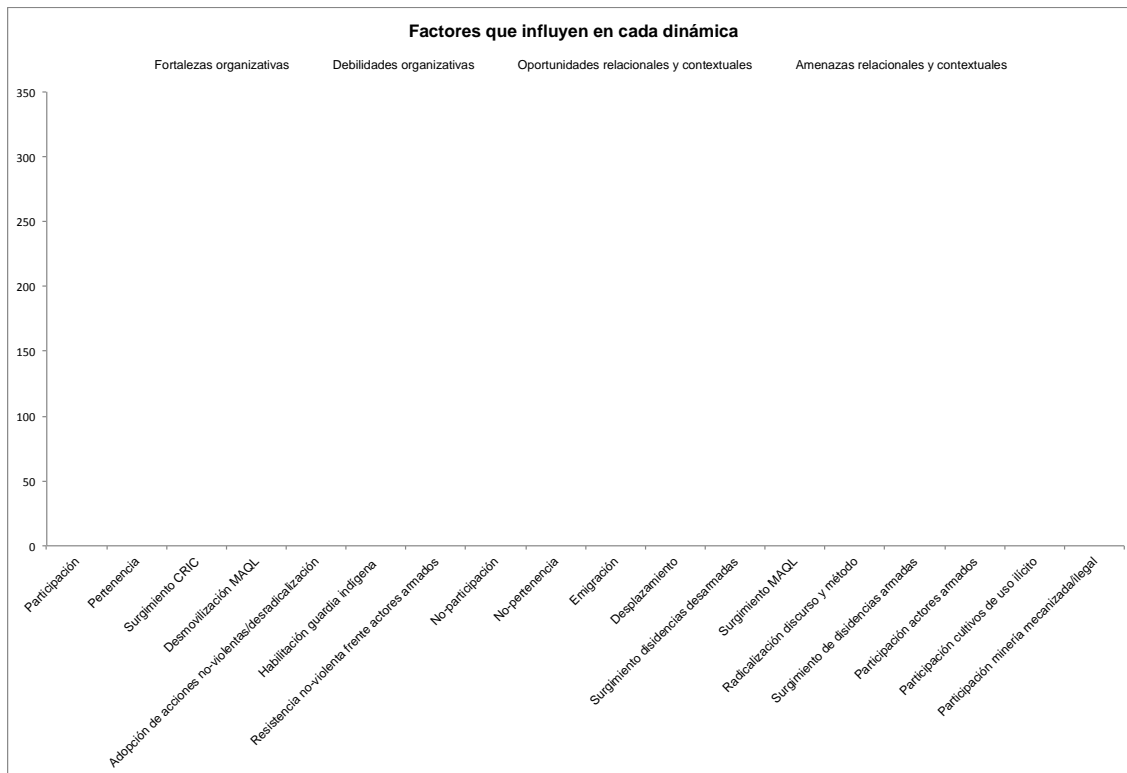
No obstante, el estudio individual y pormenorizado de las dinámicas aporta matices y enriquece el análisis. Por eso, lo mejor es combinar ambos niveles de análisis – individual o por dinámicas y agregado o por trayectorias– para comprender mejor el fenómeno estudiado. Así, la metodología que hemos desarrollado en esta tesis nos permite realizar ambos tipos de análisis. En las siguientes gráficas se muestra visualmente la influencia de los factores internos y externos por trayectoria de lucha y por dinámica.

**Gráfica 45: Factores que influyen en cada trayectoria de lucha**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**Gráfica 46: Factores que influyen en cada dinámica**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Como vemos en estas gráficas, el análisis por dinámicas ofrece una visión más rica y compleja de la influencia de los factores. Por eso, aunque este ejercicio sobrepasa el ámbito de interés de esta tesis, a continuación presentamos algunos de los resultados que se derivan de este análisis, que guardan cierta relación con los elementos señalados anteriormente, confirmando, complementando y matizando las conclusiones ya comentadas.

1. Las correlaciones que encontramos a nivel agregado se cumplen de manera generalizada a nivel individual. Las fortalezas y oportunidades son más frecuentes en las dinámicas de la trayectoria no-violenta y las debilidades y amenazas son más frecuentes en las dinámicas de la trayectoria violenta.
2. Las amenazas relacionales y contextuales se encuentran en varias dinámicas de ambas trayectorias, lo que justifica que las consideremos una variable constante y relativicemos su importancia como explicación de los cambios de trayectoria. Para profundizar en esta cuestión, sería necesario medir la correlación relativa de los factores internos y externos dinámica por dinámica.
3. En el caso de la trayectoria no-violenta, las amenazas relacionales y contextuales han sido un factor relevante en dos dinámicas: el surgimiento del

CRIC y la resistencia frente a los actores armados. Esto se debe a que, como dijimos, la existencia de amenazas es necesaria para el surgimiento y mantenimiento de la resistencia desarmada. Sin la usurpación de tierras y el sistema de terraje no habría surgido el movimiento indígena y sin el hostigamiento de los actores armados en el territorio no habría sido necesario organizar y sostener una resistencia no-violenta para defenderse.

4. Aún relativizando la influencia de las amenazas relacionales y contextuales como explicación del cambio de trayectoria (es decir, disminuyendo su importancia en cada una de las dinámicas), existen dos dinámicas en las cuales los factores externos han sido más importantes que los factores internos: el surgimiento del movimiento indígena y los desplazamientos forzosos. En el caso del surgimiento del CRIC, observamos que las oportunidades relacionales y contextuales han sido más importantes que las fortalezas organizativas. Estas cifras muestran que el apoyo que los indígenas recibieron de los actores de su entorno fue clave para el surgimiento del movimiento, más que las capacidades y los recursos organizativos propios que pudieran tener en aquel momento. Sin embargo, una vez que emergió, la relación entre las oportunidades y las fortalezas se fue invirtiendo; es decir, a medida que el movimiento indígena se fue fortaleciendo, las oportunidades del entorno fueron perdiendo importancia o influencia en el devenir del movimiento. En el caso del desplazamiento, observamos que aunque relativicemos la importancia de las amenazas, las debilidades organizativas no han tenido una correlación significativa para explicar esta dinámica, lo que implica una excepción a las conclusiones encontradas a nivel agregado.

#### **8.4.2. Comparación entre los factores internos comunitarios y los factores internos no-comunitarios**

En el apartado anterior hemos concluido que las condiciones internas –las fortalezas y debilidades organizativas– han sido los factores que más han influido en los procesos de radicalización y des-radicalización del movimiento indígena. Esto quiere decir, que la clave del mantenimiento de la resistencia desarmada en el caso de los indígenas reside en la dimensión grupal u organizativa, es decir, en la fortaleza de las comunidades indígenas.

El movimiento indígena es un movimiento de base social comunitaria, donde el sujeto colectivo no es la autoridad ni la organización, sino la comunidad. A diferencia de los grupos de la sociedad civil, que se rigen por la utilidad y la razón, en el movimiento indígena, la vinculación de los comuneros al grupo se rige por los lazos de afectividad, valores compartidos, identidad colectiva y arraigo territorial. Así mismo, los vínculos y las redes sociales son preexistentes a la acción colectiva, por

eso aunque la acción acabe, la comunidad permanece. Como hemos visto durante el análisis, ese tejido social fuerte y la sociabilidad permanente es lo que permite a los indígenas poder afrontar los desafíos colectivos y resistir sin armas a los grupos armados. Así mismo, el modelo comunitario de los indígenas ha favorecido la sostenibilidad del movimiento indígena. El movimiento pervive porque las estructuras organizativas descentralizadas y horizontales son más resilientes frente a amenazas externas tales como la represión estatal y los intentos de cooptación. Por ejemplo, el movimiento no decae cuando un líder muere, es detenido o cooptado, porque las estructuras indígenas generan nuevos liderazgos constantemente. En cambio, cuanto más nos alejamos de los espacios locales y sus estructuras comunitarias, más formalidad, verticalidad y burocratización nos encontramos y más fáciles de cooptar resultan los líderes, puesto que más fácil es que concedan aceptación y legitimación al estado, sin conseguir beneficios tangibles. Esto corrobora la línea defendida por McAdam (1982) y otros autores, vista en el Capítulo 5 de esta tesis, sobre las ventajas organizativas de los movimientos que tienen estructuras informales, horizontales y descentralizadas, como las comunidades.

La fortaleza organizativa de los indígenas ha sido reconocida por los sectores sociales de Colombia. Hubo un momento en el Congreso de los Pueblos que los indígenas le enseñaron a las demás organizaciones que la clave de su fuerza –y lo que les diferenciaba del resto de movimientos– residía en la construcción del poder popular.

“Los indígenas les dicen, miren, el asunto consiste en lo siguiente, primero en que haya una comunidad política, es decir, que la gente se auto-reconozca como comunidad. Si tu no tienes eso, una comunidad que quiere autogobernarse, pues tu no puedes hablar de poder popular. Segundo, esa comunidad construye institucionalidad alternativa, construye gobierno, control territorial, justicia, economía propia y normativiza su propia existencia. (...) Es decir, si tú quieres construir poder en una vereda campesina ¿qué tienes que hacer? Uno, reconocer a la gente y decirles, vamos a autogobernarnos, las reglas que van a funcionar aquí son las nuestras. Ahora, ¿cuáles son esas reglas?, estas: vamos a controlar lo nuestro. Y llega un momento en que todo eso tiene que defenderse con movilización, con fortaleza, con la estructura que se dé”<sup>786</sup>.

Algunos sectores sociales quisieron incluso conformar su propia guardia, pero los indígenas les enseñaron que esto no era posible si no había una comunidad política detrás. Conformar una guardia, aunque sea desarmada, sin que haya comunidad, es reproducir la lógica que tienen los grupos armados revolucionarios. En éstos, lo que hay es un partido político, una vanguardia, que tiene la autoridad y el control de la fuerza, sin involucrar a la población. Pero, en los indígenas, la autoridad es la comunidad y la guardia es la fuerza organizada de la comunidad, por lo que tiene que rendir cuentas a esta. Se necesita, para ello, una comunidad consciente, gobierno propio, mecanismos políticos como las asambleas comunitarias y

---

<sup>786</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015

estructuras organizativas subordinadas a la comunidad. Los dirigentes indígenas, aunque tienen más potestades para actuar que los comuneros, no son quienes gobiernan ni deciden las cuestiones fundamentales<sup>787</sup>.

Por otro lado, la existencia de la comunidad es lo que ha permitido a los indígenas aumentar su fuerza cuando se enfrentan con sus adversarios. La comunidad es el respaldo que está detrás de las acciones colectivas sosteniendo a los líderes y a la guardia indígena. Cuando un líder es amenazado y perseguido, la comunidad hace un blindaje político con él, pues se siente como una pérdida colectiva<sup>788</sup>. Y en los momentos de confrontación con los actores armados, la guardia indígena siente el respaldo de la comunidad. La gente siente seguridad colectiva, si hay presencia colectiva.

“Nosotros (los guardias indígenas) no lo hacemos solos, cuando está la fuerza del cabildo y está la directiva de la comunidad, a veces lo hacemos conjuntamente con la comunidad. Entre más montonera haya es mucho mejor porque ya los que han hecho el daño, ellos ya se sienten muy acorralados y sienten que no tienen apoyo mientras que nosotros sí tenemos apoyo. Esa ha sido la gran magnitud al trabajar nosotros, y la fuerza siempre la hace el pueblo y lo hace la comunidad”<sup>789</sup>.

El coordinador nacional de la guardia indígena, Lucho Acosta concibe la resistencia indígena como un cuerpo o un rombo de cuatro puntas envuelto por una espiral. La cabeza o extremo de arriba, simboliza lo político, lo ideológico y pedagógico de la resistencia; aquello que se necesita para resistir al proyecto liberal, al conservador, a los medios de comunicación, etc. Los pies y las manos, en el extremo derecho, simbolizan la estrategia y la táctica de la lucha, la parte de la resistencia más física y visible; aquello que se necesita para resistir a los actores armados, las agresiones externas y la militarización del territorio. El corazón, en el extremo izquierdo, simboliza el espíritu, la identidad y la cultura, necesario para resistir al proyecto cultural hegemónico de occidente. Y, por último, en el extremo de abajo, se encuentra el estómago, que simboliza lo económico y productivo, necesario para enfrentar el hambre y el proyecto capitalista. La espiral nace del centro del rombo o del cuerpo (el ombligo), donde está la comunidad y la tierra y avanza de adentro hacia afuera<sup>790</sup>.

Por tanto, es el modelo organizativo comunitario lo que puede explicar el sostenimiento de la resistencia indígena del norte del Cauca, su posición de liderazgo dentro del entorno organizativo caucano y colombiano, su eficacia frente a los actores armados, su sostenibilidad y capacidad de movilización.

---

<sup>787</sup> Entrevista a José, Bogotá, 2015

<sup>788</sup> Entrevista a Saturnina, Popayán, 2015

<sup>789</sup> Entrevista a Humberto, Caloto, 2015

<sup>790</sup> Conversación con Lucho Acosta, Tóez, 2015.

No obstante, cabe señalar que este es un modelo ideal de sociedad, por eso, en la práctica, las comunidades indígenas no cumplen de manera estricta todos sus postulados. Como hemos visto, el movimiento indígena ha tenido debilidades organizativas que han favorecido la desarticulación, la vía armada o el fracaso de la resistencia desarmada, ¿ahora bien, se corresponden éstas debilidades con fallas en el modelo comunitario?. Y, en el sentido contrario, ¿las fortalezas que han favorecido a la movilización y adopción de la resistencia sin armas coinciden con las propias del modelo comunitario?. En este apartado pretendemos responder a estas cuestiones, analizando si las fortalezas organizativas que han favorecido la trayectoria no-violenta se corresponden o no con este modelo de sociabilidad comunitaria y, lo mismo con las debilidades organizativas que han favorecido la trayectoria violenta. De este modo averiguaremos si este modelo organizativo ha favorecido o no a la resistencia desarmada del movimiento indígena.

En el marco teórico de esta tesis, hemos ido exponiendo las características del modelo societal comunitario y los movimientos de base comunitaria, que Booth (2007) denomina “comunidades emancipadoras”, que a continuación sintetizamos.

**Tabla 8: Características del modelo ideal de "comunidades emancipadoras"**

<b>Características del modelo ideal de “comunidades emancipadoras”</b>
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Comunidades localizadas, con arraigo territorial e identidades territoriales.</li> <li>• Organizadas en movimientos comunitarios, rurales o urbanos.</li> <li>• Cotidianidad de la resistencia.</li> <li>• Priorización del interés colectivo sobre el interés individual (solidaridad, auto-sacrificio, compromiso, propiedad colectiva).</li> <li>• Priorización de lo político/ideacional sobre lo económico (los principios por encima de los intereses económicos).</li> <li>• Identidad colectiva fuerte, cohesión social, integración y arraigo comunitario, pero no homogeneizante.</li> <li>• Identidad de resistencia.</li> <li>• Vínculos afectivos cercanos, redes y tejido social fuerte (eficaces para la micromovilización).</li> <li>• Valores, habilidades, estructuras y mecanismos de funcionamiento favorables a la democracia participativa y directa (la informalidad en la adscripción, la descentralización, la horizontalidad, el liderazgo vinculado, comprometido y responsable, el ejercicio de la reflexión crítica, el asamblearismo, etc.).</li> </ul>

Fuente: Elaboración propia a partir del marco teórico de esta tesis

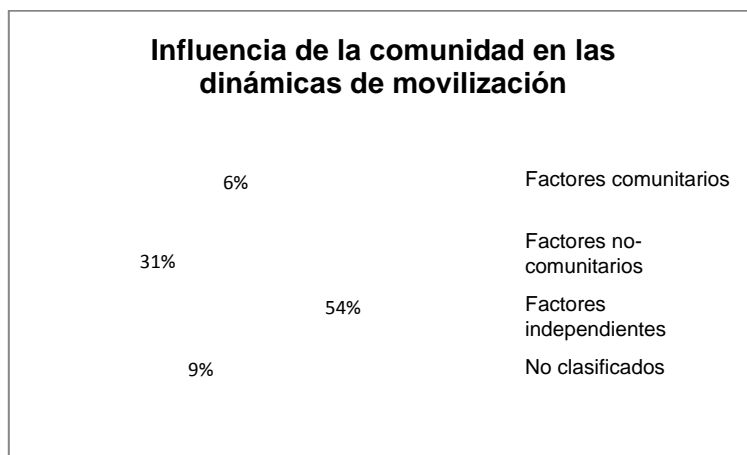
Para realizar el contraste, hemos clasificado los factores internos en comunitarios, no-comunitarios e independientes, según encajen o no en la caracterización de la sociabilidad comunitaria realizada en el marco teórico de esta tesis:

1. Los “factores comunitarios” son los factores internos que coinciden con los elementos del modelo societal comunitario (color azul).
2. Los “factores no-comunitarios” o “contra-comunitarios” son los factores internos que contradicen o desvirtúan los elementos del modelo societal comunitario (color rojo).
3. Los “factores independientes” son los factores internos que no encajan en el modelo societal comunitario pero tampoco lo contradicen (color negro).

#### **a) Factores comunitarios y trayectoria no-violenta**

En la tabla 9.1. vimos cuáles han sido las fortalezas organizativas que han influido en la trayectoria no-violenta. Ahora vamos a analizar el peso de estas fortalezas organizativas, según sean factores comunitarios, no-comunitarios o independientes. Dicha tabla muestra el cruce entre los factores comunitarios (en azul) y la trayectoria no-violenta; entre los factores no-comunitarios (en rojo) y la trayectoria no-violenta; y entre los factores independientes (en negro) y la trayectoria no-violenta. Nuevamente, los resultados difieren según estudiemos las dinámicas de movilización o las dinámicas de des-radicalización.

En las dinámicas de movilización, de 224 correlaciones entre fortalezas organizativas y la trayectoria no-violenta, 122 se corresponden con factores comunitarios, 69 con factores independientes y 20 con factores no-comunitarios. Por tanto, el 54% de las fortalezas organizativas que han favorecido las dinámicas de movilización y articulación del movimiento, han sido factores comunitarios y sólo un 9% han sido factores no-comunitarios o contra-comunitarios, que contrarrestan la importancia de los primeros. Dentro de las dinámicas de movilización, los factores comunitarios han sido especialmente influyentes en las dinámicas de participación y pertenencia al movimiento.

**Gráfica 47: Influencia de la comunidad en las dinámicas de movilización**

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

La correlación de los factores comunitarios en estas dinámicas se debe a que, como vimos a principio de este capítulo, las dinámicas de movilización han sido principalmente favorecidas por (1) la eficacia de la micromovilización y (2) la eficacia del funcionamiento interno, precisamente las dos dimensiones organizativas en las cuales las comunidades tienen mayores capacidades o están más especializadas. Las comunidades tienen redes asociativas fuertes capaces de transmitir los marcos cognitivos, fomentar el sentido de pertenencia y movilizar a la gente, así como estructuras y normas de funcionamiento interno que posibilitan el ejercicio de una democracia participativa y directa. Por tanto, la constitución y fortalecimiento de la comunidad, es una estrategia idónea para movilizar a las personas, articular desafíos colectivos y sostenerlos en el tiempo, sin necesidad de usar las armas. Dicho de otra manera, las comunidades ostentan una ventaja comparativa en las dinámicas de articulación y movilización de la resistencia no-violenta, respecto a otros tipos de sujetos colectivos.

Respecto a los factores no-comunitarios, aunque en general tuvieron una correlación baja, ésta fue significativa en el caso de la dinámica de pertenencia al proceso social-comunitario. Esto se debe a que el etnorelativismo cultural (factor no-comunitario) parece tener un efecto positivo en la movilización de la participación. Este resultado vuelve a reflejar la existencia de una tensión entre el etnorelativismo y la construcción de una identidad cultural defensiva (factor comunitario), que ya fue señalada. Por un lado, el sujeto comunitario tiene éxito en la movilización de los seguidores gracias a la construcción de una identidad cultural defensiva, pero en la medida en que ésta se autodefina en oposición a otros, también activa líneas divisorias y restringe la inclusión de otras identidades al movimiento. Y, por el otro, el etnorelativismo debilita la identidad cultural defensiva pero favorece la inclusión y articulación con otros. ¿Cómo es posible entonces construir una identidad cultural que defienda el grupo y permita la inclusión de los otros? Como dijimos, las comunidades indígenas lo han intentado resolver con la comunidad política, pero sigue habiendo una tensión teórica y práctica.



En las dinámicas de des-radicalización, de 502 correlaciones encontradas, 343 se corresponden con factores independientes, 131 con factores comunitarios, y 10 con factores no-comunitarios. Por tanto, el 26% de las fortalezas organizativas que han favorecido las dinámicas de des-radicalización han sido factores comunitarios y solo un 2% han sido factores no-comunitarios o contra-comunitarios.

**Gráfica 48: Influencia de la comunidad en las dinámicas de des-radicalización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

En estas dinámicas la correlación con los factores comunitarios ha sido menor porque, como vimos al hablar sobre las fortalezas organizativas, los factores que más han influido en las dinámicas de des-radicalización han sido: (1) la difusión de marcos cognitivos o creencias no-violentas y (2) los mecanismos y estructuras dedicadas a garantizar la cohesión interna, precisamente las dos dimensiones que son más independientes del modelo comunitario.

Respecto a los marcos cognitivos no-violentos, hemos considerado esta categoría como factores independientes porque la teoría no establece que las comunidades sean menos violentas que otros modelos sociales como las sociedades civiles modernas, por lo que no podemos decir que la articulación de la comunidad lleve implícita la difusión de creencias y valores no-violentos. No obstante, indirectamente si hay correlación entre la comunidad y la no-violencia. Si, como establece la teoría, el fortalecimiento colectivo favorece las formas de acción colectiva no-violenta, entonces tener un tejido social más fuerte, como ocurre en las comunidades, les puede volver más aptas para resistir los embates de la violencia, sin el uso de las armas. En este punto, entra en juego el segundo elemento, la cohesión o unidad interna. La fortaleza del tejido social no basta para garantizar el fortalecimiento interno y, con ello, la no-violencia, sino que el fortalecimiento interno necesita, además, la existencia de estructuras conectivas que coordinen los diferentes grupos y los líderes con las bases, para conseguir la cohesión. Y estas estructuras conectivas no están garantizadas en el modelo comunitario.

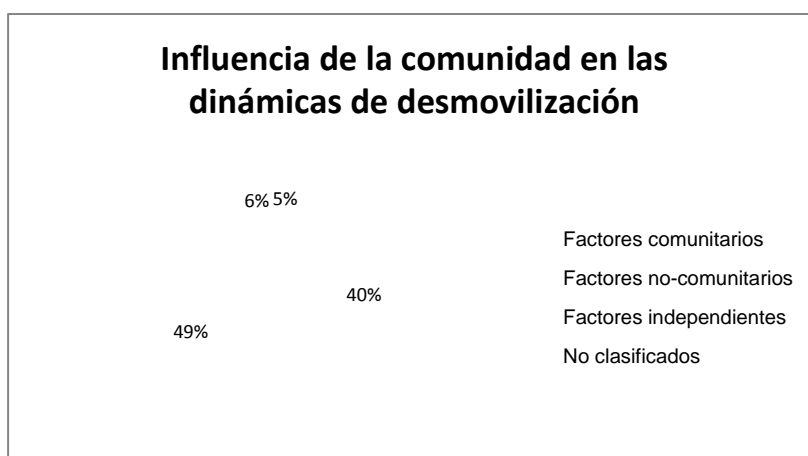
Esto significa que las comunidades no tienen necesariamente marcos cognitivos menos violentos ni mejores estructuras conectivas; es decir, pueden existir tanto comunidades que sí las tengan como otras que no. Por lo tanto, las comunidades que pretenden no solo articular la resistencia y sostener sus desafíos colectivos a lo largo del tiempo, sino, además, hacerlo de una manera no-violenta para poder contribuir así a la construcción de la paz, necesitan difundir este tipo de marcos cognitivos y, sobretodo, fortalecer las estructuras y mecanismos que posibilitan mantener la cohesión o unidad interna.

### b) Factores comunitarios y trayectoria violenta

En la tabla 10.1. vimos cuáles han sido las debilidades organizativas que han influido en la trayectoria violenta. Ahora vamos a analizar el peso de estas debilidades organizativas en la trayectoria violenta, según sean factores comunitarios, no-comunitarios o independientes. Dicha tabla muestra la correlación entre los factores comunitarios (en azul) y la trayectoria violenta; entre los factores no-comunitarios (en rojo) y la trayectoria violenta; y entre los factores independientes (en verde) y la trayectoria violenta. De nuevo, los resultados difieren según estudiemos las dinámicas de desmovilización o las dinámicas de radicalización.

En las dinámicas de desmovilización, de 142 correlaciones encontradas, 70 se corresponden con factores independientes, 57 con factores no-comunitarios, y 9 con factores comunitarios. Por tanto, solo el 5% de las debilidades organizativas que han favorecido las dinámicas de desmovilización han sido factores comunitarios y el 40% han sido factores no-comunitarios o contra-comunitarios.

**Gráfica 49: Influencia de la comunidad en las dinámicas de desmovilización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

Como vemos, la correlación de los factores comunitarios en las dinámicas de desmovilización disminuye considerablemente. En cambio, estas dinámicas estuvieron influidas por: (1) elementos independientes del modelo societal comunitario –problemas que pueden aparecer en cualquier tipo de sujeto colectivo,

incluidas las comunidades— como son la división interna, la escasez de bienes materiales y los problemas de credibilidad o confianza en los marcos cognitivos; y (2) elementos o características contrarias al modelo comunitario como son los marcos cognitivos oportunistas que priorizan el interés racional-individual a los intereses solidarios y comunitarios, el desarraigo o pérdida de la identidad colectiva y las estructuras anti-democráticas.

Según esto, para evitar la desmovilización, las comunidades pueden, por un lado, seguir fortaleciendo el modelo comunitario y, por otro lado, mejorar las estructuras y mecanismos de conexión y coordinación interna, que se encarguen de garantizar el alineamiento, cuidar la credibilidad de sus marcos cognitivos y generar estrategias de fortalecimiento económico.

En las dinámicas de radicalización, de 485 correlaciones encontradas, 347 se corresponden con factores independientes, 120 con factores no-comunitarios y 7 con factores comunitarios. Por tanto, tan solo el 1% de las debilidades organizativas que han favorecido las dinámicas de radicalización han sido factores comunitarios y el 25% han sido factores no-comunitarios.

**Gráfica 50: Influencia de la comunidad en las dinámicas de radicalización**



Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

La correlación de los factores comunitarios es baja porque, según los resultados que hemos obtenido, las dinámicas de radicalización dependen principalmente de categorías que son independientes del modelo comunitario, es decir: (1) los problemas en la cohesión interna, (2) la difusión de marcos cognitivos favorables a la violencia, (3) los problemas de credibilidad y confianza en los marcos cognitivos y (4) la disponibilidad de recursos para la guerra así como la falta de recursos económicos. Estas categorías son factores independientes porque son problemáticas ajenas a los elementos que caracterizan a las comunidades, según define la teoría. Es decir, estas condiciones no contradicen o desvirtúan la naturaleza comunitaria.

Según estos resultados, las comunidades pueden prevenir la radicalización mejorando los factores independientes, sin que ello implique desvirtuar los elementos positivos de la comunidad. Nuevamente, el objetivo sería tratar de mejorar la producción y difusión de marcos cognitivos sólidos, resonantes, creíbles, verificables y no-violentos, así como en las estructuras que garantizan la cohesión o unidad interna.

Por otro lado, la poca correlación encontrada en el caso de los factores comunitarios demuestra que las problemáticas o desventajas que se derivan del modelo comunitario, como por ejemplo el etnocentrismo o aislamiento cultural y la “tiranía de las bases”<sup>791</sup>, no han influido en las dinámicas de desmovilización y de radicalización del movimiento, lo que corrobora nuestra hipótesis.

### 8.5. Consideraciones finales

En este capítulo realizamos el análisis de las fuentes primarias recogidas durante el trabajo de campo y las codificamos con ayuda de Atlas ti. El resultado de este proceso de codificación fue la construcción de una “marco temático” compuesto por 1436 códigos. De estos códigos, en esta tesis nos han interesado dos tipos, aquellos que versan sobre: (a) las dinámicas que forman parte de la trayectoria violenta y no-violenta del movimiento indígena (dinámicas de movilización, desmovilización, radicalización y desradicalización) y (b) las condiciones o factores internos y externos que explican tales dinámicas.

Los códigos fueron extraídos mayoritariamente del marco teórico presentado en el capítulo cuarto de esta tesis (método deductivo), salvo en algunos casos, donde las dinámicas o condiciones de nuestro estudio de caso no encajaban en ninguna de las teorías ahí expuestas y tuvimos que extraerlas de nuestro caso específico (método inductivo).

Así mismo, siguiendo la teoría, clasificamos las condiciones que habíamos identificado en cuatro tipos: condiciones internas (fortalezas organizativas) y condiciones externas (oportunidades relacionales y contextuales) favorables a la trayectoria no-violenta y condiciones internas (debilidades organizativas) y condiciones externas (amenazas relacionales y contextuales) favorables a la trayectoria violenta.

El primer resultado que obtuvimos al realizar el análisis de co-ocurrencias entre las dinámicas y las condiciones, fue la verificación de la validez del marco temático. Es

---

<sup>791</sup> Como ya hemos señalado al hablar de la “tiranía de los líderes”, la literatura ha señalado que uno de los inconvenientes de los modelos organizativos con estructuras descentralizadas y horizontales es que las bases tengan demasiado poder y se extralimiten en sus decisiones, por ejemplo, castigando o marginando a los dirigentes. También hemos incluido aquí cuando la priorización de lo colectivo sobre lo individual implica anulación del individuo.

decir, los factores que, siguiendo la teoría, se habían codificado como favorables hacia una trayectoria no-violenta, mostraron, en el estudio de caso, correlaciones elevadas con las dinámicas de la trayectoria no-violenta y los factores que, siguiendo la teoría, se habían codificado como favorables hacia una trayectoria violenta, mostraron, en el estudio de caso, correlaciones elevadas con las dinámicas de la trayectoria violenta. Por tanto, podemos concluir que los factores fueron codificados correctamente y que los resultados de nuestro estudio de caso confirman o demuestran los postulados de la teoría existente.

Como excepción, encontramos que las amenazas relacionales y, sobretodo, las contextuales, mostraron correlaciones significativas no solo con la trayectoria violenta, como indica la teoría, sino también con la no-violenta. Esto implica que tengamos que cuestionarnos si esta dimensión externa favorece únicamente la desarticulación y radicalización o también puede darse en dinámicas de movilización y des-radicalización, como muestra nuestro caso. En este sentido, hemos propuesto considerar las amenazas relacionales como variables constantes que no sirven para explicar por qué en una misma situación de violencia, a veces los actores pueden optar por tomar las armas y otros no.

Respecto a los factores internos, los resultados obtenidos del análisis de co-ocurrencias han demostrado que éstos influyeron más en los cambios de trayectoria que los factores externos. En concreto, las fortalezas organizativas fueron los factores principales en la transición hacia la no-violencia, por encima de las oportunidades relacionales y contextuales (excepto en el surgimiento del movimiento indígena) y las debilidades organizativas fueron los factores principales en la transición hacia la violencia, por encima de las amenazas relacionales y contextuales (excepto en el desplazamiento forzado).

Otra de los resultados obtenidos en este análisis es que, entre los factores internos que explican la trayectoria no-violenta (las fortalezas organizativas) destacan aquellas que son características o propiedades del modelo societal comunitario, definido por la teoría. Y, al contrario, entre las debilidades colectivas que guardan una correlación con la trayectoria violenta, no destacan aquellas que caracterizan o definen al modelo societal comunitario. Esto demuestra que el movimiento indígena ha mantenido de manera eficaz una forma de lucha no-violenta gracias a la articulación y el fortalecimiento de la sociabilidad comunitaria. Y, a la inversa, las características contrarias a la sociabilidad comunitaria están más presentes entre los factores que han empujado al movimiento a desmovilizarse o adoptar la lucha armada. Aunque también hemos comprobado que tanto en la des-radicalización como en la desmovilización y la radicalización han sido muy importantes dos dimensiones que no están asociadas a un modelo comunitario o a su opuesto, sino a otras cuestiones independientes. En particular, se ha mostrado la relevancia de los mecanismos que mantienen la cohesión interna y de la difusión de marcos cognitivos no-violentos.

Por lo tanto, podemos concluir, entonces, que el éxito del movimiento indígena en la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada se debe principalmente a sus capacidades, mecanismos, estructuras y recursos internos, que están a su vez relacionados con la articulación de un modelo organizacional o societal comunitario.

## Capítulo 9. Conclusiones generales

---

### 9.1. Introducción

En esta tesis hemos analizado la trayectoria de lucha del movimiento indígena del norte del Cauca durante 45 años de resistencia (1971-2016). A lo largo de esta trayectoria, hemos identificado varios cambios a nivel interno (identidad colectiva, repertorio de lucha, estrategias, debates, cambios organizativos, etc.), en su relacionamiento con otros actores y en su entorno (alianzas, conflictos, violencias, avances, reformas políticas, apoyos externos, etc.). En particular, nos hemos centrado en estudiar los cambios de estrategia entre la violencia y la no-violencia, a lo largo del tiempo. Las comunidades indígenas han implementado varias formas de acción colectiva, con diferentes grados de violencia, pero la tendencia desde principios de los años noventa hasta el final del período estudiado ha sido canalizar sus demandas colectivas a través de acciones colectivas disruptivas y no-violentas. Durante esta última etapa han conseguido no solo resistir sin el uso de las armas a las diferentes formas de violencia que han sufrido, sino también superar las dificultades que han amenazado continuamente con fragmentar el movimiento y radicalizarlo.

Ante esta trayectoria de lucha, la tesis doctoral ha perseguido un objetivo: estudiar los factores o condiciones que explican los procesos de radicalización y desradicalización de las acciones colectivas en el movimiento indígena que, finalmente, han favorecido la adopción y sostenimiento de la resistencia no-violenta o desarmada. Hemos estudiado únicamente la dimensión estratégica de la no-violencia indígena, es decir, la opción política o estratégica del movimiento a la hora de articular sus desafíos colectivos sin el uso de las armas, pero no hemos analizado la noviolencia indígena en su dimensión normativa o como forma de vida<sup>792</sup>.

Para alcanzar nuestro objetivo, el marco teórico de esta tesis lo hemos dedicado a abordar cuatro cuestiones, en sendos capítulos. En el Capítulo 2, hemos llevado a

---

<sup>792</sup> Otro autores, como Daniel Martínez, sí han analizado la noviolencia nasa como cosmovisión y forma de vida. En nuestro análisis de fuentes, hemos encontrado tanto discursos favorables a la noviolencia (por cuestiones normativas, entre otras) como a la no-violencia (sólo por cuestiones estratégicas), por lo que hemos optado por hablar de las acciones colectivas no-violentas desde una dimensión estratégica. Por tanto, el uso de los términos “no-violencia” o “noviolencia” en esta tesis ha sido intencionado. La mayoría de las veces utilizamos “no-violencia”, porque estamos hablando de la trayectoria de lucha de los indígenas, pero empleamos “noviolencia” cuando le queremos dar un sentido más normativo o filosófico. Así mismo, cuando hablamos del término empleado en la investigación para la paz usamos “noviolencia”. Y por último, empleamos “no violencia” cuando simplemente nos referimos a la ausencia de violencia. Recordemos las cuestiones teóricas referidas en el Capítulo 4 de esta tesis.

cabo una revisión de las teorías sobre movimientos sociales, pues es el campo de estudios con una tradición intelectual más amplia en el estudio de la acción colectiva. De estas teorías, además, hemos extraído las categorías analíticas necesarias para el análisis posterior de las condiciones que afectan a la configuración de la acción colectiva violenta o no-violenta en contextos de conflicto armado.

En el Capítulo 3, hemos revisado las perspectivas dominantes y críticas sobre la paz y la construcción de paz, con el objetivo de identificar el tipo de paz a la que los actores locales pueden contribuir a través de la resistencia desarmada, así como el modelo de construcción de paz que permite la intervención de los locales (la construcción de paz desde abajo). Para ello, hemos revisado la literatura y los enfoques de los estudios de paz y los estudios de seguridad.

En el Capítulo 4, hemos elaborado un marco teórico sobre el cambio social de los actores locales, con énfasis en las acciones colectivas no-violentas que pueden contribuir a la construcción de paz, para lo cual hemos realizado un ejercicio de convergencia de los campos de estudio sobre MS, resistencia civil no-violenta y transformación de los conflictos.

Y, en el Capítulo 5, hemos presentado un marco teórico sobre las condiciones que pueden favorecer la adopción y mantenimiento de la acción colectiva no-violenta, haciendo uso principalmente de las categorías analíticas del campos sobre movimientos sociales.

Por su parte, el estudio de caso consta de tres capítulos. En el primero de ellos, el Capítulo 6, hemos contextualizado el caso objeto de estudio. Para ello, en primer lugar, hemos procedido a una caracterización de las comunidades indígenas estudiadas y del área geográfica donde habitan y desarrollan su acción, la zona norte del departamento del Cauca.

En el Capítulo 7, hemos llevado a cabo una revisión de la historia del conflicto armado de Colombia así como de los debates que existen en la literatura sobre sus causas. Y, por último, hemos estudiado la historia de resistencia de estas comunidades indígenas desde 1971, con énfasis en los cambios habidos en el contexto y en su trayectoria de lucha. Para describir tal trayectoria nos hemos apoyado no solo en fuentes secundarias, sino también en la información recogida en dos bases de datos del CINEP, una sobre luchas sociales y otra sobre acciones colectivas por la paz.

Una vez que hemos caracterizado la trayectoria de lucha de las comunidades indígenas, en el Capítulo 8 hemos estudiado los factores o condiciones que motivaron los procesos de radicalización y des-radicalización, hasta la adopción finalmente de la resistencia desarmada durante las últimas décadas. Para ello,



hemos utilizado un programa informático, Atlas Ti, que nos ha ayudado a codificar las fuentes primarias, construir un marco temático con las variables del estudio, y analizar las correlaciones entre dichas variables. De este modo, hemos podido no solo identificar la multiplicidad de factores que han favorecido la trayectoria violenta y no-violenta, sino también medir su correlación y averiguar qué condiciones, entre todas las analizadas, han tenido una fuerza explicativa más fuerte y, por tanto, han sido los factores principales de la estrategia no-violenta.

Durante la investigación, hemos mantenido un diálogo continuo entre el marco teórico y el análisis empírico. Es decir, el proceso de investigación no ha sido lineal, sino que se basó en un avance conjunto o intercalado de ambos –revisión bibliográfica y análisis de material empírico–, lo que ha permitido la continua retroalimentación y un combinación de los métodos deductivo e inductivo.

A continuación vamos a presentar cuáles han sido las principales dificultades encontradas durante la realización de la tesis, cuáles han sido los resultados obtenidos que verifican o refutan las hipótesis planteadas, cuáles han sido los aportes de la tesis en relación a los objetivos que nos planteamos y, por último, cuáles han sido los vacíos teóricos y empíricos y los temas de interés que hemos identificado a lo largo de la tesis, que pueden dar lugar a futuras investigaciones.

## **9.2. Dificultades encontradas en la realización de la tesis**

La realización de la tesis en los términos planteados ha afrontado varias dificultades, que sin embargo no han limitado de forma significativa el cumplimiento de los objetivos ni el alcance de las conclusiones obtenidas.

Respecto al marco teórico, el capítulo que más dificultades nos ha planteado ha sido el Capítulo 4 dedicado al estudio de las acciones colectivas por la paz, pues, al ser una temática poco investigada, en lugar de realizar una simple revisión de los enfoques existentes, como pretendíamos inicialmente, finalmente hemos tenido que construir un marco teórico propio al respecto. Para su elaboración hemos tenido que acudir a teorías secundarias de varios campos de estudio y realizar un ejercicio de convergencia entre estos.

Respecto al estudio de caso, las estancias de investigación realizadas en dos centros, el Instituto de Estudios Interculturales (Cali) y el CINEP (Bogotá), nos han permitido acceder a la bibliografía especializada sobre nuestro objeto de estudio, así como tener contacto con los principales referentes académicos del campo de los movimientos sociales y de la paz en Colombia. Esto nos ha permitido observar, además, que una parte de la academia colombiana tiene una comprensión sesgada de algunos de los campos de estudio empleados en esta tesis. Por un lado, respecto a la “resistencia civil no-violenta”, hemos encontrado una posición apriorística de

rechazo, pues ésta se confunde con el pacifismo. Consideran que en un contexto como el colombiano, con una cultura de la violencia tan arraigada y la trayectoria acumulada de uso de la acción armada, no se pueden aplicar estos marcos teóricos, que, por otro lado, entienden como occidentales. Paradójicamente, este tipo de creencias son la razón por la cual nació el campo de estudios de la resistencia civil no-violenta: demostrar que la idea de que la violencia es la única vía posible para resistir a la opresión es equivocada y que la no-violencia puede ser más eficaz que la violencia. No obstante, el rechazo hacia este campo por la academia colombiana puede haber sido motivado, en parte, por la falta en el país de estudios rigurosos bajo este enfoque. Algunos académicos, al aplicar las teorías sobre la resistencia civil no-violenta en Colombia, han caído precisamente en reproducir una visión romántica de este fenómeno y en realizar investigaciones de valor más descriptivo que analítico.

Por otro lado, también hemos encontrado que en la academia colombiana ha habido una división tradicional entre los “movimientos sociales” y los “movimientos por la paz”, como si de dos fenómenos diferentes se tratara. Esta separación se debe a que los primeros se asocian con agendas radicales que buscan la transformación social y la justicia, mientras los segundos se asocian con agendas moderadas o reformistas que solo buscan el fin del conflicto armado. Advertimos esta división durante nuestra estancia científica en el CINEP, una de las instituciones colombianas más importantes en el estudio de la violencia y las acciones colectivas en Colombia. El CINEP ha trabajado desde hace décadas sobre el estudio de las “luchas sociales” y de las “acciones colectivas por la paz” como dos líneas de investigación separadas, cada una con sus propios académicos, su marco conceptual y su base de datos. Por eso, cuando fuimos a analizar la información contenida en ambas bases de datos –BD de LS y BD de ACP–, advertimos que la división entre estos dos campos resulta muy problemática, pues no hay claridad sobre las acciones que pertenecen a uno u otro. Tal es así que, en ocasiones, las bases de datos registran los mismos hechos. En consecuencia, tuvimos que realizar un ejercicio de limpieza de la información contenida en dichas bases para evitar repeticiones<sup>793</sup>. Así mismo, en sus marcos conceptuales no se justifica la separación. En concreto, echamos en falta una explicación de por qué las acciones registradas como “luchas sociales” no pueden ser entendidas como acciones que, al buscar cambios de mayor calado social, como la redistribución, la reforma agraria o la justicia, puedan ser entendidas como constructoras de la paz positiva.

Otra dificultad que encontramos durante el trabajo de campo fue la barrera de la desconfianza. En particular, el objeto de estudio que investigamos requería que las personas tuvieran suficiente confianza con esta doctoranda como para hablar sobre sus experiencias traumáticas, su participación en acciones delictivas o su opinión respecto a las debilidades del movimiento o la adopción de las armas.

---

<sup>793</sup> Sobre la limpieza de las bases de datos, ver los Anexos.

La falta de confianza de los indígenas hacia personas externas que no conocen<sup>794</sup> puede generar sesgos en las investigaciones que no se hayan sustentado sobre un trabajo de campo de larga duración. De hecho, tuvimos la oportunidad de observar multiplicidad de veces respuestas sesgadas a las indagaciones de otros investigadores. En nuestro caso, lo que garantizó la fiabilidad de las respuestas fue: (1) habernos ganado su confianza gracias a la larga duración de convivencia y conocimiento mutuo, al haberles acompañado en procesos de lucha e ir de la mano del IEI, que cuenta con el reconocimiento de los indígenas y (2) realizar las entrevistas después de haber adquirido un amplio conocimiento sobre los temas, lo que nos dio estrategias con las cuales refutar o contradecir las respuestas cómodas o medias verdades ofrecidas por las personas entrevistadas. Como consecuencia, podemos garantizar el nivel de fiabilidad de las fuentes utilizadas, lo que significa un valor añadido que ofrece esta investigación.

Una dificultad que no pudimos superar fue la distribución equitativa entre participantes mujeres y hombres. Aunque la investigación sí contó con la participación de muchas mujeres entrevistadas (comuneras y lideresas indígenas, lideresas campesinas, mujeres delegadas del gobierno, de organizaciones internacionales y académicas), tuvimos problemas para acceder al mismo número de mujeres indígenas que de hombres indígenas. Esto se debió probablemente a que buscábamos a mujeres con cierto recorrido dentro de las organizaciones indígenas y todavía la representación de estas en las estructuras de poder es menor en comparación con los hombres, lo cual implicó que, al haber menos mujeres lideresas, hubo menos posibilidades de alcanzar una participación paritaria de las mujeres.

Por último, otra dificultad a la cual tuvimos que enfrentarnos en el estudio de caso está relacionada con la mirada retrospectiva de la investigación. En lugar de fijarnos en un único momento del pasado (una instantánea), analizamos los cambios sociales, las dinámicas y la trayectoria las comunidades indígenas durante un proceso de cuarenta y cinco años, desde 1971 a 2016. La reconstrucción de este proceso fue más compleja cuanto más nos intentamos aproximar al momento actual, dado que la coyuntura de Colombia entre el año 2012 y el 2016 estuvo marcada por el proceso de paz entre las FARC y el gobierno, un escenario incierto, más difícil aún de analizar cuando se está produciendo. La realización de esta tesis (2014-2018) fue muy cercana a, e incluso se solapó durante años con el devenir de, los acontecimientos estudiados, lo que dificultó su seguimiento en parte por la inexistencia de registros y fuentes secundarias sobre el tema. Lo que podríamos

---

<sup>794</sup> Los indígenas frecuentemente desconfían en las personas externas y tienen reticencias a la hora de reconocer los problemas y contradicciones internas del movimiento, tales como la participación en cultivos de uso ilícito y minería ilegal, la existencia de disidencias armadas, el uso esporádico de artefactos explosivos en las acciones colectivas, las violencias sexuales e intrafamiliares, etcétera. Además, de cara al público, les gusta reproducir la imagen más idealizada del movimiento.

denominar como los problemas asociados al análisis de la “historia viva”. Por lo tanto, cabe advertir que las consideraciones realizadas sobre los últimos años contemplados en esta investigación deben ser tratadas como simples esfuerzos exploratorios, hipótesis o tendencias, que deberían ser analizados con mayor detalle en futuras investigaciones.

### 9.3. Verificación o refutación de las hipótesis

Durante la tesis hemos tenido como guía dos hipótesis, una teórica y otra empírica, que a su vez tienen varias sub-hipótesis. En este apartado vamos a analizar los resultados que hemos obtenidos en relación a estas hipótesis y si han sido verificadas o refutadas.

#### Primera hipótesis (H1)

Nuestra primera hipótesis planteaba que:

*Los factores que explican por qué un sujeto colectivo se moviliza y adopta una forma de acción colectiva no-violenta, se debe principalmente a fortalezas colectivas u organizativas (factores intra-grupales), más que a oportunidades relacionales o contextuales (factores extra-grupales).*

En la literatura sobre movimientos sociales hemos visto los factores internos y externos que influyen en la configuración de la acción colectiva. A nivel interno, la adopción y mantenimiento de una acción colectiva no-violenta depende del fortalecimiento interno que le otorgan las estructuras organizativas formales e informales, de la eficacia en la micromovilización y en el alineamiento de marcos, de la difusión de marcos cognitivos a favor de la no-violencia, de los recursos disponibles y de un nivel elevado de cohesión social. A nivel externo, la acción colectiva no-violenta se puede ver favorecida por la activación de actores no-violentos en el entorno, las alianzas y apoyos externos, la disminución de la centralidad de la violencia en los conflictos y la disminución de las violencias directa, cultural y estructural (tales como la aparición de oportunidades políticas o la disminución de la represión estatal).

Sin embargo, la literatura sobre movimientos sociales y resistencia civil no-violenta no responde a la cuestión que nos planteamos: si los factores internos influyen más que los externos en el cambio de repertorio entre la violencia y la no-violencia, si por el contrario son los factores externos los que más influyen, o si tienen la misma importancia.

Como expusimos en las conclusiones del Capítulo 5, el campo de los movimientos sociales se ha dedicado ampliamente al estudio de las condiciones que influyen en la configuración de los movimientos sociales (que es una acción colectiva no-

violenta), puesto que de hecho éste ha sido su objeto de estudio. Sin embargo, este campo no explica suficientemente por qué los sujetos colectivos eligen entre acciones no-violentas o violentas (los ciclos de protesta que conducen a la radicalización o desradicalización). Hemos constatado que en este campo hay una falta/escasez de investigaciones que analicen esta cuestión sistemáticamente (atendiendo a la multiplicidad de causas posibles) y la apliquen al estudio de largas trayectorias de lucha.

Por su parte, el incipiente campo de la resistencia civil no-violenta también ha estudiado las condiciones, principalmente internas y relacionales, que favorecen la no-violencia. Sin embargo, hemos podido comprobar que no ha analizado los factores que explican la radicalización y desradicalización de las acciones (los cambios de repertorio), puesto que su interés se centra principalmente en analizar las condiciones del éxito de la no-violencia (sus resultados y su eficacia), sin analizar tampoco por qué se opta por este método entre otros posibles, como la violencia.

Por tanto, podemos concluir que la bibliografía existente que hemos analizado no permite responder satisfactoriamente a lo formulado en la hipótesis H1, dado que en aquella existe un vacío teórico en cuanto al estudio de cuáles de los factores – internos o externos– tienen más peso en la radicalización/desradicalización. Cabe subrayar que para la verificación de esta hipótesis, dado que está formulada con un carácter general y no se refiere a nuestro estudio de caso específico, sólo tomamos en consideración los aportes teóricos existentes en la literatura. Más adelante, en la hipótesis y la subhipótesis referidas a nuestro análisis empírico volvemos sobre esta cuestión y mostraremos las conclusiones sobre esta cuestión que se derivan de nuestro estudio de caso.

No obstante, como excepción a dicho vacío en la literatura, resulta esclarecedor el trabajo de Wendy Pearlman (2011). Después de analizar toda la trayectoria de lucha del movimiento nacional palestino y los momentos de radicalización y desradicalización, dicha autora concluye que para que los movimientos puedan sostener la acción no-violenta, la condición fundamental es que tengan capacidad organizativa y cohesión social. Cuando estas condiciones fallan, entonces el movimiento se fragmenta y recurre a la violencia. Por tanto, dicha autora sí señala la importancia del fortalecimiento interno (factores internos) como factor principal para el sostenimiento de la no-violencia.

### **Sub-hipótesis 1.1 (SH1.1)**

Tomando como punto de partida la hipótesis H1 precedente, planteamos que:

*Dentro de las fortalezas organizativas que influyen en la adopción de la acción colectiva no-violenta, son las características propias del modelo societal*

*comunitario las que favorecen el éxito en la adopción y mantenimiento de acciones colectivas no-violentas.*

Durante la revisión de la literatura hemos visto que varios autores defienden la fortaleza de un tipo de sujeto colectivo, las comunidades locales, que Booth (2007) denomina “comunidades emancipadoras”. Según los planteamientos de Booth (2007), Castells (2007) y Zibechi (2008), entre otros, las comunidades locales que están organizadas y arraigadas territorialmente, que comparten estrechos lazos culturales –no homogeneizantes–, vínculos de afectividad, vecindad y parentesco y una identidad de resistencia, tienen un mayor potencial emancipatorio. Esta caracterización es, además, complementaria con la línea defendida por Morris (1984) y McAdam (1982) y Clark (2011), entre otros, según los cuáles, los movimientos sociales que tienen redes sociales informales, estructuras descentralizadas y horizontales, e instituciones locales o autóctonas son más eficaces en la movilización.

Estas teorías y las características que definen el modelo societal de una “comunidad emancipadora” han sido señaladas durante el marco teórico de esta tesis, que recogemos en la siguiente tabla.

#### **Características del modelo ideal de “comunidades emancipadoras”**

- Comunidades localizadas, con arraigo territorial e identidades territoriales.
- Organizadas en movimientos comunitarios, rurales o urbanos.
- Cotidianidad de la resistencia.
- Priorización del interés colectivo sobre el interés individual (solidaridad, auto-sacrificio, compromiso, propiedad colectiva).
- Priorización de lo político/ideacional sobre lo económico (los principios por encima de los intereses económicos).
- Identidad colectiva fuerte, cohesión social, integración y arraigo comunitario, pero no homogeneizante.
- Identidades de resistencia.
- Vínculos afectivos cercanos, redes y tejido social fuerte (eficaces para la micromovilización).
- Valores, habilidades, estructuras y mecanismos de funcionamiento favorables a la democracia participativa y directa (la informalidad en la adscripción, la descentralización, la horizontalidad, el liderazgo vinculado, comprometido y responsable, el ejercicio de la reflexión crítica, el asamblearismo, etc.).

La revalorización que hacen estos autores del modelo societal comunitario contradice los cimientos sobre los que se asienta la Modernidad occidental y

cuestiona la validez de los enfoques sobre la paz liberal<sup>795</sup> y la resistencia *civil* no-violenta donde el sujeto colectivo son los movimientos y las organizaciones de la sociedad civil. La sociedad civil es una proyección del estado moderno, que no cuestiona ontológicamente la presencia del estado y sus funciones militares como garante del orden público (Sanz, 2014: 64-65).

Del mismo modo que en la hipótesis H1, para la verificación de esta subhipótesis SH1.1 sólo valoramos los marcos y aportes teóricos existentes en la literatura, por lo que será en la hipótesis y la subhipótesis referidas al análisis empírico cuando mostraremos las conclusiones que se derivan de nuestro estudio de caso.

Cabe añadir que estamos de acuerdo con la academia colombiana que acusa al campo de la resistencia civil no-violenta de ser un enfoque occidental. Sin embargo, esto no implica tener que dejar de usarlo. De hecho, son muchos los que lo han utilizado pero adaptándolo, hablando de resistencia de base comunitaria. Por eso, un resultado de esta tesis es constatar la necesidad de que se avance y profundice, mediante nuevas investigaciones empíricas en otros contextos, en la conceptualización de la resistencia no-violenta de base comunitaria.

### **Subhipótesis 1.2 (SH1.2)**

Al corroborarse la hipótesis H1 y la subhipótesis SH1.1 precedentes, podemos concluir que:

*Los actores locales –y en particular, las comunidades– tienen las capacidades, recursos, estructuras y mecanismos propios, adecuados para contribuir a la construcción de la paz positiva a partir de la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta.*

Recordemos que para formular esta subhipótesis tomamos como punto de partida un argumento que ha sido avalado por la literatura: que la resistencia desarmada o no-violenta es la estrategia más adecuada que tienen los actores locales para contribuir a la construcción de la paz positiva y la transformación de los conflictos.

En el marco teórico de esta tesis hemos mostrado los argumentos teóricos que sostienen que los actores locales, organizados en torno a movimientos sociales, pueden contribuir a la construcción de la paz positiva y la transformación de conflictos. Desde que Adam Curle (1971) conceptualizó la progresión y las etapas de la “transformación de conflictos”, los seguidores de este enfoque (Dudouet, 2006,

---

<sup>795</sup> Recordemos que en el Capítulo 3 vimos las críticas de las corrientes posestructuralistas y poscoloniales al modelo liberal neo-colonizador. Según éstas, en la agenda de paz liberal persiste la idea de que el ideario liberal occidental –basado en valores como el progreso, la racionalidad, la modernidad, el individualismo, el secularismo, etc.– y el modelo de sociedad occidental –democracia de mercado, estado moderno y sociedad civil– es el mejor y más adecuado para todos los contextos, por lo que intentan replicarlo en las sociedades afectadas por la guerra de manera uniforme.

2017; Francis, 1994, 2010; Lederach, 1995; Schirch, 2014) han defendido la contribución positiva que tiene la acción colectiva no-violenta (llámese activismo, resistencia, movilización o protesta social) en la construcción de paz. Según estos autores, en los conflictos sociales asimétricos, la única posibilidad de que la progresión del conflicto conduzca al diálogo y la cooperación, y con ello al establecimiento de acuerdos justos y relaciones pacíficas, es que los sectores desfavorecidos incrementen su poder social a través de un aumento en su grado de conciencia (*awareness*) y empoderamiento (*empowerment*). Solo de esta manera los actores de abajo conseguirán organizarse; llevarán el conflicto de latente a manifiesto; ganarán acceso a los espacios de decisión, diálogo y negociación; e incidirán, en condiciones de relativa igualdad, en el sistema social, político y cultural, incorporando sus visiones y necesidades en las políticas nacionales e internacionales. Este proceso es el único capaz de conducirnos hacia la paz positiva y sostenible, en la medida en que se considera la única forma de convertir las relaciones asimétricas en relaciones más justas y pacíficas.

Bajo este modelo, las acciones colectivas de las que disponen los sectores desfavorecidos para aumentar su poder social son principalmente las acciones educativas y las acciones de protesta o confrontativas, tratándose ambas de acciones colectivas no-violentas. Por tanto, este modelo excluye que, para generar relaciones de poder simétricas, igualitarias o cooperativas, los sectores desfavorecidos puedan ser pasivos o puedan emplear la violencia.

Esto está relacionado, por otro lado, con una cuestión de coherencia o congruencia con el objetivo de la paz. Si la paz, en su noción positiva, se alcanza a través de la eliminación de todo tipo de violencias –directa, cultural y estructural–, los actores locales que aspiren a ser constructores de paz estarán impelidos a desarrollar comportamientos, actitudes e instituciones noviolentas.

Así mismo, existen dos corrientes en la literatura que rechazan el uso de la violencia por razones estratégicas y/o normativas. La corriente del “pacifismo estratégico”, “no-violencia” o “resistencia civil no-violenta” (*strategic nonviolence*), rechaza el uso de las armas por una cuestión de estrategia política, sin entrar en razones ético-normativas. Mientras que la corriente de la “noviolencia activa” o “noviolencia” (*principled nonviolence*), en su rechazo hacia la violencia y la participación en acciones armadas, sí tiene en cuenta las convicciones morales, entre otras.

Durante la tesis hemos mostrado que las teorías del campo de los movimientos sociales son de gran utilidad para estas líneas de investigación, dedicadas al estudio de la noviolencia/no-violencia, el empoderamiento pacifista, los actores locales y la construcción de la paz desde abajo, en tanto en cuanto nos ayudan a explicar cómo se configura la acción colectiva no-violenta, cómo es la dinámica de la contienda política y cuál es la contribución de los movimientos sociales a la sociedad. Primero, la resistencia cotidiana permite a los grupos desfavorecidos ir aumentando en



concienciación, hasta alcanzar la liberación cognitiva necesaria para movilizarse. A través de la articulación del movimiento, se van dotando de las estructuras organizativas, recursos, repertorio de acciones y marcos de referencia necesarios para la configuración de la identidad colectiva y la movilización del consenso y la acción. En relación al conflicto, los movimientos sociales cumplen la función social de visibilizar las problemáticas y contradicciones sociales, llevar a la arena política su debate, empoderar a los grupos desfavorecidos, equilibrar las relaciones de poder, concienciar a las audiencias y, por todo ello, hacen posible los cambios estructurales y culturales necesarios hacia la transformación de los conflictos. Por todo ello, la existencia de esta forma de acción colectiva aparece en la literatura como algo positivo para las sociedades; contribuyen al fortalecimiento de la sociedad civil y la democracia participativa.

El declive de los movimientos sociales en el ciclo del conflicto no es un buen signo para su finalización en términos constructivos. Si el conflicto es un motor del cambio social, los movimientos sociales son un agente principal en ese cambio. Sin los movimientos sociales, la sociedad civil estaría debilitada en sus funciones de control político, y las condiciones serían más favorables para el escalamiento de los conflictos y/o la prolongación de las violencias. Por otro lado, la desaparición de los movimientos sociales puede ser indicativa de dos fenómenos contrarios a la consecución de la paz positiva: (1) el aumento de la represión estatal hacia la protesta, y, dentro de esta, el deterioro de canales de comunicación y negociación con el estado; y/o (2) la radicalización o la canalización del descontento en formas armadas de acción colectiva. El único modo de que la desaparición de la movilización fuera un signo positivo sería haber alcanzado un estadio de noviolencia, armonía y paz social estable y duradero.

Por último, si tenemos en cuenta la verificación ya expuesta de la subhipótesis teórica SH.1.1 precedente, podemos concluir que las comunidades son los sujetos colectivos que tienen las capacidades, estructuras, marcos cognitivos y recursos propios, adecuados para la construcción de la paz positiva. La construcción de paz desde abajo que hemos revisado en el Capítulo 3 confía en el potencial de las comunidades locales como actores de paz. Bajo esta perspectiva, los actores locales que tienen su cultura, tradiciones y sistemas sociales propios –como en el caso de las comunidades locales– disponen de recursos autóctonos adecuados, eficaces y legítimos para la prevención, la resolución de conflictos y la reconciliación.

En conclusión, la revisión de la literatura verifica la validez de nuestra segunda subhipótesis H1.2.

## **Segunda hipótesis (H2)**

Nuestra segunda hipótesis, centrada en el ámbito empírico del estudio de caso, afirmaba que:

*Las dinámicas de radicalización y des-radicalización en el movimiento indígena del norte del Cauca se explican principalmente por los cambios en los factores internos, más que por factores externos. En particular, la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada desde la desmovilización del Movimiento Armado Quintín Lame en 1991 se debe a una conjunción de fortalezas grupales o colectivas que así lo han favorecido.*

Durante nuestro estudio de caso, hemos advertido que los indígenas del norte del Cauca se han convertido en un referente de lucha, no solo para los indígenas de otras partes de Colombia, sino también para otras comunidades y organizaciones sociales del país. Así mismo, su experiencia de resistencia desarmada ha recibido numerosos reconocimientos a nivel nacional e internacional por su contribución a la paz. También hemos observado que, aunque durante su larga trayectoria de lucha los indígenas han transitado también por formas más o menos violentas de acción colectiva, finalmente adoptaron la resistencia no-violenta en los años noventa y desde entonces han conseguido sostenerla con éxito hasta la actualidad. Ante situaciones de violencia y conflictividad social semejantes a las experimentadas por los indígenas, otras poblaciones locales de la región no consiguieron organizarse para resistir y otras optaron por la vía armada, mientras que las comunidades indígenas han demostrado ser capaces de avanzar en sus objetivos políticos, defender su identidad y autonomía, y resistir a los actores armados, a través de la resistencia sin armas. En este tiempo han tenido que enfrentarse a fuerzas internas y externas, que les han empujado hacia la desarticulación y la radicalización, pero sin embargo hasta el momento han conseguido contrarrestarlas. Mi hipótesis al respecto era que lo que ha diferenciado al movimiento indígena de otros actores sociales colombianos, que explica su éxito en la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada, ha sido principalmente disponer de unas condiciones grupales o internas favorables.

En el Capítulo 8 hemos analizado los factores internos y externos que han influido en la trayectoria de lucha del movimiento indígena y hemos comparado los resultados obtenidos, demostrando que, efectivamente, los cambios de trayectoria son explicados principalmente por los factores internos, más que por factores externos. En particular, la adopción y sostenimiento de la resistencia desarmada se debe a las fortalezas internas, grupales o colectivas que así lo han favorecido. Según nuestros resultados, las oportunidades relacionales –tales como el apoyo de actores internacionales– han tenido una influencia positiva en la trayectoria no-violenta, pero no han sido los factores más relevantes. Por tanto, estos resultados verifican nuestra segunda hipótesis H2 (y contribuye además a la validación de la hipótesis H1 precedente).

A lo largo de su trayectoria de lucha, el movimiento indígena ha implementado diferentes formas de acción colectiva más o menos violentas, desde la adopción de

la vía armada, pasando por acciones convencionales o institucionales, hasta las acciones disruptivas y no-violentas. Lo que este resultado demuestra es que el movimiento indígena ha conseguido adoptar y sostener a largo plazo sus desafíos colectivos a través de la resistencia no-violenta, principalmente gracias a sus fortalezas internas: la eficacia del proceso de micromovilización, la difusión de marcos cognitivos a favor de la no-violencia, el modelo organizativo interno y la cohesión interna. A continuación replicamos aquí la tabla expuesta en el Capítulo 8, con los principales factores que han afectado a la trayectoria no-violenta.

Trayectoria no-violenta	
Movilización	Des-radicalización
<b>F_ORG_ Eficacia del proceso de micromovilización (107)</b>	<b>F_ORG_ Difusión de marcos cognitivos no-violentos (207).</b>
<b>OP_RELA_ Alineamientos beneficiosos con otros actores (78)</b>	<b>AM_CONT_ Violencia directa (145)</b>
<b>F_ORG_ Eficacia del modelo organizativo o funcionamiento interno (62)</b>	<b>F_ORG_ Eficacia del modelo organizativo o funcionamiento interno (101)</b>
<b>AM_CONT_ Violencia estructural (36)</b>	<b>F_ORG_ Cohesión interna (92),</b>
<b>F_ORG_ Cohesión interna (22)</b>	<b>F_ORG_ Eficacia del proceso de micromovilización (83)</b>

Por otro lado, a pesar de la verificación de nuestra hipótesis, debemos señalar algunas matizaciones:

1. Respecto a las amenazas relacionales y contextuales (tales como la activación de actores violentos en el entorno, el aumento de la represión estatal, el hostigamiento entre actores armados, las alianzas con guerrillas, etc.), los resultados del análisis muestran que éstas han tenido una correlación o influencia similar tanto en la trayectoria violenta como en la no-violenta. Es decir, dado que en nuestro estudio de caso las amenazas se han mantenido constantes, no nos ayudan a explicar por qué los indígenas adoptaron una trayectoria u otra. Hubo momentos en que las amenazas condujeron a la radicalización y momentos en que condujeron justo a lo contrario. Por ejemplo, el surgimiento del movimiento indígena en 1971 y la conformación de la resistencia no-violenta frente a los actores armados en la década de los dos mil se produjeron ambos en un momento con altos niveles de violencia. Por tanto, a lo largo de los 45 años estudiados, las amenazas fueron una causa necesaria para que se produjera la resistencia, pero insuficiente para determinar cuando ésta iba a ser armada o desarmada. A nivel teórico, esto requiere matizar las teorías que defienden que la represión

estatal y los Estados con una naturaleza coercitiva e intolerante hacia la protesta motivan la radicalización de los grupos opositores o desafiantes. Esto puede ocurrir, no obstante, cuando, como en nuestro caso, el grupo opositor goza de fortalezas internas y oportunidades externas que le permiten resistir con éxito a dichas amenazas sin el uso de las armas.

2. Cada trayectoria analizada, la violenta y la no-violenta, se compone así mismo de varias dinámicas (tales como el surgimiento del CRIC, la desmovilización del MAQL, la formación de la guardia indígena, la participación en actores armados o la aparición de disidencias). Aunque, en términos generales, los resultados del análisis por dinámicas cumplen la misma tendencia que en el estudio por trayectorias –es decir, los factores internos han sido más influyentes que los factores externos– encontramos dos dinámicas donde este patrón no se cumple.

Una es el “surgimiento del CRIC” en 1971, en cuya dinámica las oportunidades externas han sido más influyentes que las fortalezas organizativas. Los indígenas llevaban décadas sufriendo diferentes tipos de violencias, pero fue en este momento cuando se movilizaron; por tanto, el paso de la pasividad a la resistencia se produjo gracias, principalmente, a las oportunidades externas. Esto puede indicar que para emerger, los movimientos necesitan de apoyos externos y ventanas de oportunidad política, pero, a medida que avanzan, comienzan a adquirir más importancia las fortalezas internas.

La otra dinámica que no sigue el patrón señalado es el “desplazamiento forzado”, en cuya dinámica apenas hay influencia de los factores internos. El único factor explicativo que se deduce de nuestro estudio son las amenazas externas (violencias directas), lo que significa que los desplazamientos se producen cuando se dan condiciones de violencia, sin que ese “fracaso” pueda imputarse a las condiciones internas del movimiento. Lo que los datos no recogen es que las fortalezas organizativas del movimiento indígena probablemente hayan impedido más desplazamientos forzados, algo que se comprende mejor analizando esta dinámica dentro de la lectura global de la trayectoria de lucha.

Por último señalar que nuestros resultados corroboran la tesis de Pearlman sobre la importancia de las fortalezas internas como explicación del sostenimiento de la resistencia no-violenta, sin embargo, matizan dos consideraciones de su teoría.

En primer lugar, según dicha autora, los planteamientos ideológicos y éticos previos que tenga el movimiento sobre la no-violencia no importan a la hora de que esta sea finalmente adoptada y mantenida. Da igual que haya una posición moral a favor de la no-violencia y contraria a la lucha armada, que si el movimiento no tiene una

organización suficientemente fuerte como para organizar acciones no-violentas, recurrirá a la violencia (citado en Castañar, 2018: 110, 336). En nuestro caso, encontramos que la difusión de marcos cognitivos favorables a la no-violencia ha sido el factor más importante en las dinámicas de des-radicalización del movimiento. Y, en el sentido inverso, la difusión de marcos cognitivos favorables a la violencia también ha sido uno de los factores claves que explican la trayectoria de radicalización del movimiento. Ahora bien, estos resultados no desmienten la importancia de la capacidad organizativa o la cohesión interna, pues también están presentes como parte de los factores clave de estos procesos. Más bien, lo que nuestros resultados indican es que tanto si hay marcos cognitivos favorables a la no-violencia pero no hay capacidad organizativa y cohesión, como si, por el contrario, existe capacidad organizativa y cohesión pero no se dispone de marcos cognitivos favorables a la no-violencia, la resistencia no-violenta puede fracasar.

En segundo lugar, dicha autora considera que la capacidad organizativa y la cohesión está asociada a la existencia de un liderazgo capaz de conducir y movilizar a una gran cantidad de personas hacia un fin común (citado en Castañar, 2018: 162), lo que se corresponde con un modelo organizativo vertical o jerárquico. En nuestro estudio de caso, en cambio, hemos demostrado la eficacia del modelo organizativo contrario, descentralizado y horizontal, donde la importancia del liderazgo ha sido relativa o, al menos, no ha sido mayor que la de las estructuras organizativas informales (redes sociales) y la fuerza de la comunidad. Esto no desmiente la importancia del liderazgo, que también ha estado presente en nuestro caso, pero sí relativiza su importancia frente a la presencia, igual o más relevante, de las estructuras organizativas informales como las redes sociales.

### **Subhipótesis 2.1 (SH2.1)**

Sobre la base de la hipótesis H2, formulamos la siguiente subhipótesis:

*El éxito del movimiento indígena del norte del Cauca en el sostenimiento de la resistencia no-violenta frente a los actores armados y, por ende, en la contribución a la construcción de paz en Colombia, se debe principalmente a la articulación y fortalecimiento de un modelo societal comunitario.*

Durante la revisión de las fuentes secundarias sobre el estudio de caso, hemos observado que la construcción de una comunidad fuerte ha sido señalada como una de las condiciones claves que explican el éxito de la resistencia desarmada en el movimiento indígena. Por eso, en el Capítulo 8 hemos comprobado si los factores internos que han contribuido a la adopción y mantenimiento de la trayectoria no-violenta se corresponden con los elementos que caracterizan al modelo societal de las “comunidades emancipadoras”.

Para ello, hemos comparado los factores internos que encajan en ese modelo ideal (que denominamos factores comunitarios) con los factores que desvirtúan o contradicen tal modelo (que denominamos factores no-comunitarios), teniendo en cuenta también los factores que no encajan ni lo contradicen (que denominamos factores independientes).

Nuestros resultados demuestran que, efectivamente, los factores comunitarios –la existencia de redes asociativas fuertes capaces de transmitir los marcos cognitivos, fomentar el sentido de pertenencia y movilizar a la gente, así como estructuras y normas de funcionamiento interno que posibilitan el ejercicio de una democracia participativa y directa– han sido favorables a la adopción y el mantenimiento de la trayectoria no-violenta. Por tanto, podemos concluir que la adopción y sostenimiento de la resistencia no-violenta de las comunidades indígenas del norte del Cauca se debe, en parte, a la fortaleza del modelo societal comunitario, lo que verifica nuestra subhipótesis SH2.1 (y contribuye a la validación de la subhipótesis SH1.1).

Llegamos a esta conclusión porque los factores comunitarios han tenido una influencia significativa en la trayectoria no-violenta, mientras que los factores no-comunitarios no la han tenido. Y, en el sentido inverso, los factores no-comunitarios han tenido una influencia significativa en la trayectoria violenta mientras que los factores comunitarios no la han tenido. Esto demuestra una correlación positiva entre el modelo societal comunitario y la adopción de la trayectoria no-violencia. En otras palabras, cuando el movimiento indígena ha adoptado la no-violencia, aparecen como explicaciones causales de ésta la existencia de marcos cognitivos, estructuras y mecanismos de funcionamiento que son propios del modelo comunitario (por ejemplo, redes sociales informales), y cuando el movimiento indígena ha adoptado la violencia aparecen como explicaciones causales de ésta la existencia de marcos cognitivos, estructuras y mecanismos contrarios al modelo comunitario (por ejemplo, priorización de intereses individuales). Por tanto, esto nos lleva a la conclusión de que el fortalecimiento del modelo comunitario favorece la resistencia no-violenta, mientras que su debilitamiento favorece la desarticulación y/o radicalización del movimiento.

Este resultado corrobora las teorías defendidas por McAdam (1982), Morris (1984), entre otros, para quienes son más eficaces los movimientos sociales que tienen redes sociales informales, estructuras descentralizadas y horizontales e instituciones locales o nativas, como ocurre en los movimientos de base comunitaria.

Por otro lado, aunque se verifica la subhipótesis, cabe hacer una matización. Los factores comunitarios son los que más han influido en la dinámica de articulación o movilización del movimiento, pero en la dinámica de des-radicalización del movimiento los factores independientes han sido los preponderantes. Esto no contradice nuestra conclusión, pero sí muestra que, además del fortalecimiento de los elementos comunitarios, también hay que tener en cuenta otros aspectos si se

quiere mantener exitosamente la resistencia desarmada. En concreto, estos aspectos son: (1) la eficacia de sus marcos cognitivos, (2) la difusión de creencias y valores no violentos, y (3) la eficacia de sus mecanismos de conexión y coordinación que favorecen la cohesión interna.

Por último, si tenemos en cuenta la subhipótesis teórica H.1.2, podemos concluir que las comunidades indígenas del norte del Cauca tienen capacidades, recursos, estructuras y mecanismos propios y eficaces para contribuir a la construcción de la paz positiva a partir de la adopción y mantenimiento de la resistencia no-violenta.

Esta observación tiene, a su vez, dos implicaciones teóricas: cuestiona al enfoque dominante de la construcción de paz, el de la paz liberal, que pone más énfasis en el papel de los actores externos, nacionales e internacionales, que en los actores locales; y nutre con insumos teóricos y empíricos a los enfoques críticos de construcción de paz.

En conclusión, quedan corroboradas nuestras hipótesis y sub-hipótesis, con los matices y excepciones que hemos señalado.

#### **9.4. Aportes de la tesis y cumplimiento de los objetivos planteados**

El aporte fundamental de esta tesis es haber contribuido al desarrollo teórico de la resistencia civil no-violenta y la construcción de paz desde abajo a partir del estudio de la resistencia de las comunidades indígenas del norte del Cauca. En particular, hemos contribuido a avanzar en la convergencia de estos dos campos de estudios a nivel teórico y práctico, a los cuales, hemos añadido las teorías del campo sobre movimientos sociales, demostrando de esta manera la pertinencia de utilizar las herramientas analíticas que ofrece este campo.

Respecto a la construcción de paz, este trabajo se suma a los esfuerzos de las investigaciones centradas en los procesos *bottom-up* y la participación de los actores locales, contribuyendo de este modo al giro local de los estudios de paz y seguridad y las visiones críticas a la paz liberal. Hemos mostrado las dinámicas en las cuáles se ven inmersas las comunidades locales (amenazas, alianzas, oportunidades, etc.), el tipo de acciones colectivas que pueden emprender, así como el tipo de estructuras, marcos cognitivos, mecanismos y recursos internos que favorecen un repertorio de lucha propicio para la paz positiva.

Respecto a la resistencia civil no-violenta, esta tesis ha contribuido tanto teórica como empíricamente al estudio de los factores de radicalización y des-radicalización de los grupos desafiantes, que pueden explicar así mismo la adopción y sostenimiento de la resistencia no-violenta. Por un lado, hemos contribuido a la delimitación conceptual de la violencia y la no-violencia, identificando las dinámicas

que pueden formar parte de la trayectoria de lucha violenta y no-violenta. Por otro, hemos avanzado en el estudio de las debilidades, fortalezas, amenazas y oportunidades a las que se enfrentan los grupos que adoptan la resistencia sin armas.

Por otro lado, una de las principales contribuciones de esta tesis es la metodología propuesta para el estudio de las condiciones que explican la configuración de las acciones colectivas violentas o no-violentas. Siguiendo la epistemología pospositivista, hemos realizado el estudio de la dimensión subjetiva y discursiva de la acción colectiva, es decir, hemos estudiado el fenómeno a partir de la percepción de los propios actores sociales y hemos incorporado al análisis ciertos factores discursivos, por ejemplo, cómo se usa el discurso de la no-violencia para recibir apoyo internacional.

Por tanto, a partir del análisis de los discursos y percepciones que los propios sujetos investigados tienen sobre el fenómeno estudiado, hemos podido conocer con profundidad los factores favorecedores de la acción y construir un marco temático con todas las causas, que se interrelacionan entre sí formando amplias redes conceptuales<sup>796</sup>. Con esta información, hemos construido una serie de tablas de co-ocurrencia que nos han permitido explicar y medir la correlación existente entre los factores y el fenómeno estudiado, para poder extraer los principales factores. De este modo hemos conseguido que estos hallazgos sean transferibles a otros contextos. La transparencia metodológica de esta tesis permite conocer con claridad las categorías conceptuales que se han empleado y posibilita que sean comparadas, discutidas o confirmadas con nuevos estudios de caso. Esta metodología permite, además, combinar la profundidad y complejidad de las técnicas cualitativas con la generalización de las técnicas cuantitativas.

En relación al estudio de caso, en esta tesis hemos demostrado el éxito de las comunidades indígenas en el sostenimiento de la resistencia no-violenta frente a los actores armados, pero también hemos cuestionado el romanticismo con el que comúnmente la literatura sobre resistencia civil no-violenta ha estudiado este tipo de experiencias. El peligro de que el discurso sobre la paz y la no-violencia atraiga simpatizantes, prebendas y recursos es que acabe siendo cosificado, hasta convertirlo en un artificio. Por eso, esta tesis, sin restar el valor de la resistencia indígena y su contribución a la paz, ha querido problematizar el fenómeno y mostrar

---

<sup>796</sup> Este marco conceptual es, en sí mismo, un valioso aporte de esta tesis puesto que para construirlo y establecer las relaciones jerárquicas entre todas las causas, se ha tenido que reflexionar y delimitar con gran detalle cada categoría conceptual. Aunque las herramientas empleadas nos ha permitido medir las interacciones conceptuales, nuestro interés ha sido reflexionar críticamente sobre la filosofía del cambio social, las motivaciones, interpretaciones o asunciones que subyacen a la acción colectiva no-violenta de los actores locales y para ello, hemos tenido que conectar, en una secuencia lógica, las condiciones del cambio con la acción colectiva no-violenta en una compleja red conceptual.



la complejidad, heterogeneidad y volatilidad existente en torno a la adopción de acciones colectivas no-violentas en contextos de conflicto armado.

### **9.5. Vacíos o temas de interés identificados para futuras investigaciones**

Durante la investigación nos hemos ido percatando de la existencia de una serie de vacíos en la literatura, así como de varios temas de interés que pueden servir para inspirar futuras investigaciones.

Por un lado, hemos identificado dos preguntas que son relevantes en tanto en cuanto ponen en cuestión la relación teórica entre resistencia no-violenta, actores locales y paz positiva, pero que todavía no han sido suficientemente abordadas en la literatura y que, por tanto, necesitarían que se profundizara en su estudio:

#### **1. Vínculo entre identidad defensiva y paz positiva.**

Según la literatura sobre movimientos sociales, la construcción de la identidad colectiva es un elemento que fortalece internamente al grupo. En nuestra investigación hemos observado que, efectivamente, uno de los elementos que explican la fortaleza interna de las comunidades indígenas ha sido la reindigenización o construcción de una identidad cultural defensiva. Sin embargo, hemos identificado una tensión en torno al efecto externo que esa identidad pueda generar. La identidad cultural defensiva –que se construye en oposición al otro– puede conllevar al etnocentrismo, al aislamiento y la exclusión del otro (e incluso a la violencia contra el enemigo), procesos que son favorables al fortalecimiento del grupo pero contrarios a la consecución de la paz positiva, que requiere una orientación que facilite la convivencia entre grupos diferentes y la construcción con el otro (interculturalidad). Por tanto, se produce una tensión o un dilema entre aquello que contribuye al grupo o movimiento social, y aquello que contribuye a la construcción de sociedades pacíficas. Recordemos que esa tensión fue ya señalada por Gandhi, al hablar de la independencia de la India. La lucha nacionalista por la independencia podía ser contradictoria con la no-violencia si la libertad de su nación se hacía a expensas de los otros (citado en Steger, 2000: 181-182). En el caso del movimiento indígena, vimos que lo han resuelto con la comunidad política, pero no están exentos de tensiones y contradicciones. No obstante, hace falta profundizar en la investigación de esta cuestión, particularmente aquellos enfoques interesados en la convergencia entre resistencia o movimientos sociales y paz<sup>797</sup>.

---

<sup>797</sup> El hecho de que el fortalecimiento de la identidad defensiva parece conducir al etnocentrismo, más que al etnorelativismo, ha sido una cuestión poco analizada por las teorías del campo de los movimientos sociales. Estas teorías se han ocupado más de analizar los beneficios de la dimensión interna de la construcción de la identidad, que los efectos externos. Como excepción, recordemos que las teorías sobre los nuevos movimientos sociales (NMS) valoran de estos movimientos su carácter abierto e inclusivo, lo que les hace más eficaces a la hora de atraer y articular a más gente; pero, sin embargo, se necesitan más estudios para comprender los puntos de tensión entre ambas dimensiones.

## 2. Vínculo entre violencias intra-grupales y paz positiva.

La teoría considera que el modelo comunitario tiende a estructuras y relaciones de poder horizontales e incluyentes, y en efecto en nuestro estudio de caso hemos comprobado que las comunidades indígenas han sido propensas a generar estructuras democráticas y relaciones de poder igualitarias. No obstante, aunque esto sea cierto, la teoría puede estar infravalorando la existencia de jerarquías y discriminaciones por razón de sexo, edad, orientación sexual, origen, creencias religiosas, etcétera, dentro de los movimientos sociales. En particular, en nuestro caso, hemos encontrado problemas de violencia física y sexual, estructuras de exclusión y relaciones desiguales hacia las mujeres. Consideramos, por tanto, que es necesario llamar la atención sobre el hecho de que desde la teoría se puede estar sobrevalorando o romantizando el potencial transformador y emancipador, y la contribución a la paz positiva de los actores locales, si en los análisis no se incluye la perspectiva feminista. Así mismo, es necesario avanzar teórica y empíricamente en la comprensión de la relación entre la paz positiva y la resistencia noviolenta, entendida ésta no como la dejación de la violencia física por cuestiones estratégicas (la no-violencia), sino también por razones éticas o normativas que conducen a formas de vida y prácticas sociales menos violentas –física, cultural y estructuralmente– hacia los otros (los adversarios) y hacia el propio grupo. ¿Cuánto de noviolento tiene un movimiento que adopta una estrategia no-violenta en lo que a sus relaciones internas se refiere?.

Por otro lado, a lo largo de la realización de la tesis hemos identificado la necesidad de un mayor desarrollo teórico en el campo de la resistencia civil no-violenta. En particular, hay un problema de definición ontológica: qué es la resistencia (qué la diferencia de otras acciones colectivas no-violentas y contestarías como son los movimientos sociales), por qué es civil (y no comunitaria), qué la hace no-violenta (cuál es el límite con la violencia) o cuáles son las diferencias y similitudes entre la resistencia cotidiana y oculta y la resistencia abierta y organizada. En particular, es necesario clarificar mejor la relación entre el campo de estudios de la resistencia civil no-violenta y el de los movimientos sociales: ¿si los movimientos sociales son una forma de acción colectiva disruptiva y no-violenta, qué aporta la resistencia civil no-violenta diferente al campo de los movimientos sociales? A este problema contribuye, no solo la indefinición ontológica de la resistencia civil no-violenta, sino que, como vimos en el Capítulo 2 de esta tesis, los autores advierten un problema de “subdesarrollo científico” que en el campo de estudios de los movimientos sociales, al no haber sido su objeto bien definido.

No afirmamos que no haya trabajos que definan la resistencia, sino que son escasas las investigaciones que analicen en profundidad estas cuestiones teóricas. El mayor

---

interés parece haberse centrado en el trabajo empírico para demostrar el potencial estratégico de la no-violencia, razón por la cual muchos trabajos son meramente descriptivos y laxos en la aplicación de sus teorías a diferentes estudios de caso.

Así mismo, como hemos apuntado en varias ocasiones, es necesario más estudios sistemáticos sobre los procesos de radicalización y des-radicalización de las acciones, para poder comprender por qué los sujetos colectivos adoptan un repertorio de lucha violento o no-violento. Y para ello, es necesario estudios sobre amplias trayectoria de lucha que permitan contemplar los cambios de estrategia.

Por último, respecto a la construcción de paz desde abajo, una de las carencias observadas durante la realización de la tesis fue que, aunque se reconoce la capacidad de agencia de los actores locales, la mayoría de los trabajos se siguen centrando en los actores nacionales e internacionales o su relación con los actores locales. Se necesitan, por tanto, más estudios centrados únicamente en las dinámicas locales de construcción de paz.

Nuestra tesis aporta, además del análisis teórico, un estudio de caso cuyas conclusiones no son necesariamente extrapolables, pero que en cualquier caso entendemos que representa un aporte para ir cubriendo los vacíos existentes en la teoría que hemos señalado.



## Bibliografía y fuentes primarias empleadas

---

### Bibliografía Marco Teórico

- Abello, Alexandra y Jenny Pearce (2009), "Security from Below: Humanizing Security in Contexts of Chronic Violence", *IDS Bulletin*, 40(2), 11–19.
- Aberle, David (1966), *Peyote Religion Among the Navaho*, Aldine, Chicago.
- Abu-Nimer, Mohammed (2003), *Nonviolence and Peace Building in Islam: Theory and Practice*, University Press of Florida, Gainesville.
- Acharya, Amitav (1997), "The Periphery as the Core, The Third World and the Security Studies", en Krause, Keith y Michael Williams (eds.), *Critical Security Studies, Concepts and Cases*, UCL Press, Londres, 299-327.
- Ackerman, Peter y Christopher Kruegler (1994), *Strategic Nonviolent Conflict: The Dynamics of People Power in the Twentieth Century*, Praeger, Westport.
- Agamben, Giorgio (2005), *State of Exception*, University of Chicago Press, Chicago.
- Águila, Rafael (2004), "Emancipación" en *Filosofía Política II. Teoría Del Estado*, Trotta S.A., Madrid, 201–210.
- Ahmad, Nizar, Farhat Ullah, Amir Zada Asad y Shagufta Shah (2013), "Local Peace Committes: Potentials Contributing Factors in the Peace-Building Process in Conflict-Affected Areas of Pakinstan", *Pakistan Journal of Criminology*, 5(2), 103–114.
- Albrecht, Ulrich, y Hans G. Brauch (2008), "Security in Peace Research and Security Studies," en Hans G. Brauch et al. (eds.) *Globalization and Environmental Challenges, Reconceptualizing Secutiry in the 21st Century*, Springer, Nueva York, 503–525.
- Alger, Chadwick F. (2014), *Peace Research and Peacebuilding*, en Günter Brauch, Hans (ed.), Springer and Mershon Center.
- Aliyev, Huseyn (2010), "Peace-Building from the Bottom: A Case Study of the North Caucasus", *Caucasian Review of International Affairs*, 4(4), 325–341.
- Alker, Hayward (2005), "Emancipation in the Critical Security Studies project", en Booth, Ken (ed.), *Critical Security Studies and World Politics*, Lynne Rienner, Boulder, Colorado (Estados Unidos), 189-214.
- Allen Nan, Susan (2010), *Theories of Change and Indicator Development in Conflcit Management and Mitigation*, disponible en [http://pdf.usaid.gov/pdf\\_docs/pnads460.pdf](http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/pnads460.pdf)

- Amorós Bové, Gemma (2016), "La militarización de las relaciones: la construcción del enemigo", en *Mentes Militarizadas. Cómo nos educan para asumir la Guerra y la Violencia*, Icaria, Barcelona, 39-53.
- Anderson, Benedict R. (1991), *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*, Verso, Londres.
- Anderson, Mary B. (1996), *Do No Harm: Supporting Local Capacities for Peace through Aid*, Collaborative for Development Action, Local Capacities for Peace Project, Cambridge.
- Anderson, Mary B. (2004), "Experiences with Impact Assessment: Can we know what Good we do?" en Fischer, M. y Ropers, N. (eds.), *Berghof Handbook for Conflict Transformation*, Berghof Research Centre, Berlin.
- Anderson, Mary B. y Lara Olson (2003), *Confronting War: Critical Lessons for Peace Practitioners*, The Collaborative for Development Action, Cambridge.
- Archila Neira, Mauricio (1997). "Protesta Social y Estado En El Frente Nacional." En *Controversia* 70, CINEP, Bogotá, 9-55
- Archila Neira, Mauricio (2003), *Idas y Venidas, Vueltas y Revueltas: Protestas Sociales En Colombia 1958-1990*, Centro de Investigación y educación popular, CINEP, Bogotá.
- Archila Neira, Mauricio (2015), "Trayectoria Del Diálogo de Saberes En Colombia." en *"Hasta Cuando Soñemos" Extractivismo e Interculturalidad En El Sur de La Guajira*, CINEP/Programa de Paz, Bogotá, 47-116.
- Arendt, Hannah (1981), *Los orígenes del totalitarismo. Antisemitismo, imperialismo, totalitarismo*, Alianza, Madrid.
- Arnson, Cynthia J., y I. William Zartman (2006), "Economías de guerra: la intersección de necesidad, credo y codicia", en Mesa, Manuela y Mabel González (eds.), *Poder y democracia, Los retos del multilateralismo: Anuario CIP 2006*, Icaria, Barcelona, 121-144.
- Asal, V., Legault, R., Szekely, O., y Wilkenfeld, J (2013), "Gender ideologies and forms of contentious mobilization in the Middle East", *Journal of Peace Research*, 50(3), 305-318.
- Autesserre, Séverine (2014), "Going Micro: Emerging and Future Peacekeeping Research", *International Peacekeeping*, 21(4), 492-500.
- Ayoob, Mohamed, 1984, "Security in the Third World: The Worm About to Turn?" *International Affairs* 60(1): 41-51.
- Azar, Edward (1990), *The Management of Protracted Social Conflict: Theory and Cases*, Aldershot, Dartmouth.
- Bano, Masooda (2012), *Breakdown in Pakistan—How aid is eroding institutions for collective action*, Stanford University Press, Standord.
- Barbé, Esther (2007), *Relaciones Internacionales*, Tecnos, Madrid.

- Bargués-Pedreny, Pol (2015), "De Obstáculo a Recurso: La Alteridad En Los Procesos de Consolidación de La Paz", *Relaciones Internacionales*, 29, 73–91.
- Barkawi, Tarak y Mark Laffey (2006), "The Postcolonial Moment in Security Studies", *Review of International Studies*, 32, 329-352.
- Barnes, Catherine (2004), *Haciendo Propio El Proceso, La Participación Ciudadana En Los Procesos de Paz*, Gernika Gogoratuz, Gernika, Pg64
- Barnett, Jon (2001), *The Meaning of Environmental Security: Ecological Politics and Policy*, en the New Security Era, Londres: Zed.
- Barnett, Jon (2003), "Security and Climate Change," *Global Environmental Change* 13(1): 7–17.
- Barnett, Michael, Hunjoon Kim, Madalene O'Donnel y Laura Sitea (2007), "Peacebuilding: What Is in a Name?", *Global Governance*, 13, 35–58.
- Barret, Frank J. (1995), "Creating Appreciative Learning Cultures", *Organizational Dynamics*, 24(2), 36–49.
- Beck, Colin J (2014), "Reflections on the revolutionary wave in 2011", *Theory and Society*, 43(2), 197–223.
- Beck, Ulrich (1992), *Risk Society: Towards a New Modernity*, Sage Publications Ltd, Londres
- Beissinger, Mark R (2013), "The Semblance of Democratic Revolution: Coalitions in Ukraine's Orange Revolution", *The American Political Science Review*, 107(3), 574–592.
- Bellamy, A.J., y M. McDonald (2002), "The Utility of Human Security': Which Humans? What Security? A Reply to Thomas & Tow" *Security Dialogue* 33(3).
- Bennett, M.J. 1993. "Towards Ethnorelativism: A Developmental Model of Intercultural Sensitivity." In *Education for the Intercultural Experience*, ed. R.M. Paige. Yarmouth: Intercultural Press, 21–71.
- Berghof Foundation (2012), *Berghof Glossary on Conflict Transformation*, Berlín.
- Beristain, Carlos Martín (2000), *Al Lado de La Gente: Acompañamiento a Comunidades En Medio Del Conflicto*, Cinep, Bogotá.
- Binaburo, J.A. y X. Etxeberria (1994), *Pensando en la violencia*. Bakeaz, Los Libros de la Catarata, Bilbao, Madrid.
- Bitar Giraldo, Sebastián (2006), "Cuando Los Actores No Estatales Sí Importan: El Caso de Amnistía Internacional", *Colombia Internacional* 63, 190–197.
- Björkdahl, Annika y Ivan Gusic (2015), "Global Norms and Local Agency: Frictional Peacebuilding in Kosovo", *Journal of International Relations and Development*, 18, 265–287.

- Bloomfield, David, Martina Fischer, y Beatrix Schmelzle (2006), *Social Change and Conflict Transformation* (Berghof Handbook Dialogue Series No. 5), Berlín.
- Blumer, Herbert (1951), "Collective Behavior", en Alfred McClung Lee (ed.), *Principles of Sociology*, Barnes & Noble, Nueva York.
- Blumer, Herbert (1957), "Collective Behaviour", en Joseph B. Gittler (ed.), *Review of Sociology. Analysis Of a Decade*, John Wiley and Sons, Nueva York,
- Bonta, Bruce D. (1996), "Conflict Resolution Among Peaceful Societies: The Culture of Peacefulness", *Journal of Peace Research*, 33 (4), 403-421.
- Booth, Ken (1979) "Strategy and Ethnocentrism", London: Croom Helm, (1991) 'Strategy and Emancipation', *Review of International Studies*, 17:4, 313– 326.
- Booth, Ken (1991), "Security and Emancipation", *Review of International Studies*, 17(4), 313-326.
- Booth, Ken (2005), *Critical security studies and world politics*, Lynne Rienner, Boulder, Colorado (Estados Unidos)
- Booth, Ken (2007), *Theory of World Security*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Boron, Atilio A. (2006), "Después Del Saqueo: El Capitalismo Latinoamericano a Comienzos Del Nuevo Siglo." en *Política y Movimientos Sociales En Un Mundo Hegemónico. Lecciones Desde África, Asia y América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 147–78.
- Boron, Atilio A. y Gladys Lechini (2006), *Política y Movimientos Sociales En Un Mundo Hegemónico. Lecciones Desde África, Asia y América Latina*. CLACSO, Buenos Aires.
- Boulding, Elise (1984) 'Focus On: The Gender Gap', *Journal of Peace Research*, 21:1, 1–3. references 283.
- Boulding, Elise (1997), "Introduction to Special Issue: Rethinking Peace Building" *Peace and Conflict Studies*, 4.
- Boutros-Ghali, Boutros (1992), "Un Programa de Paz: Diplomacia Preventiva", *Establecimiento de La Paz y Mantenimiento de La Paz*, A/47/277.
- Brauch, Hans G. 2008, "Introduction, en Hans G. Brauch et al. (eds.) *Globalization and Environmental Challenges, Reconceptualizing Security in the 21st Century*, Springer, Nueva York 27–43.
- Brett, Roderick (2014), "Curso: Conflictos y Construcción de Paz En América Latina", 205,
- Brockett, Charles D., (2002), "Una resolución de la paradoja represión-protesta popular mediante la noción de ciclo de protesta", en *Protesta Social, Repertorios y Ciclos de la Acción Colectiva*, Hacer, Barcelona, 131–161.
- Brown (2001), "Ethnic and internal conflicts: causes and implications", en Crocker, Chester A., Fen Osler Hampson y Pamela Aall (eds.), *Turbulent Peace. The Challenges of*



- Managing International Conflict*, United States Institute of Peace, Washington D.C., 209-226.
- Brunk, Conrad (2000), "Shaping a Vision: The Nature of Peace Studies", en Fisk, Larry y John Schellenberg (eds.), *Patterns of Conflict. Paths to Peace*, Ontario, Broadview Press, Canada.
- Burchill, Scott (2001), "Realism and Neo-realism", en Burchill, Scott, Andrew Linklater, Richard Devetak, Jack Donnelly, Matthew Paterson, Christian Reus-smit y Jacqui True, *Theories of International Relations*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, Hampshire (Reino Unido), 70-102.
- Burton, John (1990), *Conflict: Human Needs Theory (Vol.2 de "Conflict Series")*, Macmillan, Londres.
- Buzan, B, O. Waever y J. De Wilde (1998), *Security: A New Framework for Analysis*. Manchester University Press, Manchester.
- Buzan, Barry, y Lene Hansen 2009, *The Evolution of International Security Studies*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Calderón, Fernando (1986), "Los movimientos sociales ante la crisis", ONU, CLACSO y IISUNAM, Buenos Aires.
- Calderón, Fernando (1997), "Los movimientos sociales en América Latina: entre la modernización y la construcción de la identidad" en Consejo Superior de Investigaciones Científicas (ed.), *Filosofía política I. Ideas políticas y movimientos sociales*, Trotta S.A, Madrid, 187-202.
- Calderón, Fernando (2011), "Movimientos culturales y la emergencia de una nueva Politicidad.", *Política e Sociedade*, 10(18), 75-96.
- Calderón, Fernando (2012), *La protesta social en América Latina*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.
- Calderón, Fernando, y Elizabeth Jelin (1987), *Clases y Movimientos Sociales En America Latina: Perspectivas y Realidades*, Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), Buenos Aires.
- Calhoun, Craig (1993), "New Social Movements" of the Early Nineteenth Century", *Social Science History* 17(3): 385-427.
- Calhoun, Craig (2002), "Los «nuevos movimientos sociales» de comienzos del siglo XIX." en Traugott, Mark (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona, 193-241.
- Call, Charles T. y Elizabeth M. Cousens (2008), "Ending Wars and Building Peace: International Responses to War-Torn Societies", *International Studies Perspective*, 9, 1-21.
- Call, Charles T. y Vanessa Wyeth (2008), *Building State to Build Peace: A Project of the International Peace Institute*, Lynne Rienner, International Peace Institute, Boulder.

- Calvo Rufanges, Jordi (2011), *Globalización capitalista neoliberal y movimientos antisistémicos* Cuadernos Deusto de Derechos Humanos No. 65, Bilbao.
- Calvo Rufanges, Jordi (coord.) (2016a), *Mentes Militarizadas*, Barcelona: Icaria.
- Calvo Rufanges, Jordi (2016b), "La Militarización de La Educación y Los Valores". en *Mentes Militarizadas. Cómo nos educan para asumir la Guerra y la Violencia*, Icaria, Barcelona, 13–22.
- Campbell, David (1992), *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Manchester University Press, Manchester.
- Caraballo Acuña, Vladimir (2013), "Órdenes Locales, Acuerdos de Paz y Presencia Diferenciada Del Estado. Negociación Con Las Milicias Populares de Medellín", *Colombia Internacional*, 77, 241–270.
- Carter, April (1992) *Peace Movements: International Protest and World Politics since 1945*, Longman, London
- Carter, April, Clark Howard y Michael Randle (2006), *People Power and Protest since 1945: A Bibliography of Nonviolent Action*, Housmans Bookshop Limited, London.
- Casquette, Jesús (1998), *Política, Cultura y Movimientos Sociales*, Bakeaz, Bilbao.
- Casquette, Jesús (1998), *Política, cultura y movimientos sociales*, Bakeaz, Bilbao.
- (2003), "Movimientos sociales y democracia", *Cuadernos Bakeaz*, 55, 1-8.
- (2006), *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
- Castaño, Barrera, Oscar Mauricio y Germán Darío Valencia Agudelo (2013), "Tensiones Actuales Entre La Paz Negociada y La Justicia Transicional," en *Democracia, Desarrollo y Construcción de Paz*, Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Observatorio de Construcción de Paz, 51–81.
- Castells, Manuel (1997), *La era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad (vol.2)*, Alianza Editorial, Madrid.
- Chalmers, Johnson (1964), *Revolution and the Social System*, Stanford University Press, Stanford, CA.
- Chandler, David (2012), "Resilience and Human Security: The Post-Interventionist Paradigm", *Security Dialogue*, 43(3), 213–229.
- Chandler, David (2015), "Resilience and the 'Everyday': Beyond the Paradox of 'Liberal Peace'", *Review of International Studies*, 41, 27–48.
- Chandler, David y Jon Coaffee (2016), *The Routledge Handbook of International Resilience*, Routledge, Londres.
- Chandler, David y Oliver P. Richmond (2014), "Contesting Postliberalism: Governmentality or Emancipation?" *Journal of International Relations and Development* 0(0), 1–24.

- Chenoweth, Érica y Maria J. Stephan (2011) *Why Civil Resistance Works*, Columbia University Press, Nueva York.
- Chenoweth, Érica, y Gallagher Cunningham (2013), "Understanding Nonviolent Resistance: An Introduction", *Journal of Peace Research*, 50(3): 271–276.
- Chenoweth, Érica, y Orion Lewis (2013), "Unpacking nonviolent campaigns: Introducing the NAVCO 2.0 dataset", *Journal of Peace Research*, 50(3), 415–423.
- Chihu Amparán, Aquiles (2002), "La marcha del color de la Tierra: un Análisis de los Marcos del discurso del EZLN", en Alcántara, Manuel (ed.), *Política En América Latina. I Congreso Latinoamericano de Ciencia Política*, Ediciones Universidad, Salamanca, 62–82.
- Chihu Amparán, Aquiles (2006), *El "análisis de los marcos" en la sociología de los movimientos sociales*, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, México D.F.
- Chinchilla, Fernando A (2010), "Las supervivencias y aversiones de los revolucionarios colombianos. Preferencias estratégicas de grupos guerrilleros ante la posibilidad de negociar la paz", *Colombia Internacional*, 72, 5-27.
- Church, Cheyanne y Mark M. Rogers (2006), "Designing for Results: Integrating Monitoring and Evaluation in Conflict Transformation Programs", *Search for Common Ground*, Washington, D.C.
- Clemens, Elisabeth S (1998), "To Move Mountains: Collective Action", en *From Contention to Democracy*, Marco G. Giugni, Doug McAdam, y Charles Tilly (eds.), Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, 109–123.
- Cohen, Jean L. (1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, 52, 663-716.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato (1992), *Civil society and political theory*, The MIT Press, Cambridge, MA.
- Cohen, Jean L., y Andrew Arato (2000), *Sociedad civil y teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Collier, Paul (2008), *El Club de la Miseria. Qué falla en los Países Más Pobres del Mundo*, Turner, Madrid.
- Collier, Paul y Nicholas Sambanis (2005), *Understanding Civil Wars*, Thousand Oak, Sage, California.
- Collier, Paul, y Anke Hoeffler (2000), "Greed and Grievance in Civil War", *Policy Research Working Paper*, 2355, World Bank, Washington D.C.
- Combes, Hélène, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (2015), *Pensar y Mirar La Protesta*, Universidad Autónoma Metropolitana, México D.F.
- Comins Mingol, Irene (2008), "Antropología Filosófica Para La Paz: Una Revisión Crítica de La Disciplina", *Revista de Paz y Conflictos*, 1, 61–80.

- Consejo Nacional Indígena de Paz (2003), "Los Indígenas Colombianos En El Fuego Cruzado de La Guerra", *Asuntos Indígenas* 3: 10–13.
- Constant, Benjamin (1907) "De la libertad de los antiguos comparada a la de los modernos", Colin, París.
- Cortright, David (2008), *Peace*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Cox, Robert W. (1981), "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations", *Millennium*, 10, 121–155.
- Cruz, Rafael (2005), "Pensar La Violencia Colectiva Europea En Perspectiva Histórica" en Muñoz, Javier, Javier Ledesma y José Luis Rodrigo (eds.), *Culturas y Políticas de La Violencia. España Siglo XXI*, Siete Mares, Madrid.
- Cunningham, Kathleen Gallagher (2013), "Understanding Strategic Choice: The Determinants of Civil War and Nonviolent Campaign in Self-Determination Disputes", *Journal of Peace Research*, 50(3), 291-304.
- Curle, Adam (1971), *Making Peace*, Tavistock, London.
- Curle, Adam (1977), *Conflictividad y Pacificación*, Herder, Barcelona.
- Curle, Adam (1994), *El Campo y Los Dilemas de Los Estudios Por La Paz*, Centro de Investigación por la Paz Gernika Gogoratuz, Gernika.
- Dalby, Simon (2002), *Environmental Security*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Dalton, Russel y Manfred Kuechler (orgs.) (1990), *Challenging the Political Order: New Social and Political Movements in Western Democracies*, Polity Press, Oxford.
- Davenport, Christian y Priyamvada Trivedi (2013) "Activism and Awareness: Resistance, Cognitive Activation, and 'Seeing' Untouchability among 98,316 Dalits", *Journal of Peace Research*, 50(3): 369–383.
- Davies, James C. (1962), "Toward a Theory of Revolution.", *American Sociological Review*, 27, 1(febrero), 5–19.
- De Certeau, Michel (2000), *La invención de lo cotidiano 1: Artes de hacer*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Universidad Iberoamericana, México D.F.
- De Sousa Santos, Boaventura (2000), "Subjetividad, Ciudadanía y Emancipación", en *de la mano de Alicia. Lo Social y lo Político en la Postmodernidad*, Bogotá: Universidad de los Andes, 285–343.
- De Sousa Santos, Boaventura (2001), "Los nuevos movimientos sociales", *Revista OSAL-CLACSO*, 5, 177–184.
- De Sousa Santos, Boaventura (2008), *Conocer desde Sur. Para una cultura política emancipatoria*, Plural, CLACSO y CIDES UMSA, La Paz (Bolivia).
- De Sousa Santos, Boaventura (2009) *Pensar El Estado y La Sociedad: Desafíos Actuales*, CLACSO y Waldhulter, Buenos Aires.

- De Sousa Santos, Boaventura, y García Villegas, Mauricio (2004), *Emancipación social y violencia en Colombia*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- Della Porta, Donatella (1995), *Social Movements, Political Violence, and the State: A Comparative Analysis of Italy and Germany*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Della Porta, Donatella (1999), "Protest, Protesters, and Protest Policing: Public Discourses in Italy and Germany from the 1960s to the 1980s", en *How Social Movement Matter*, Marco Giugni, Doug McAdam, y Charles Tilly (eds.), University of Minnesota Press, Minneapolis y Londres, 66–96.
- Diamond, Larry (1995), "Promoting Democracy in the 1990s: Actors and Instruments, Issues and Imperatives", *Report to the Carnegie Commission on Preventing Deadly Conflict* Carnegie Corporation of New York.
- Donais, Timothy (2011), "¿Empoderamiento o Imposición? Dilemas Sobre La Apropiación Local En Los Procesos de Construcción de Paz Posconflictos", *Relaciones Internacionales*, 16, 47–71.
- Dosch, Jörn (2012), "The Role of Civil Society in Cambodia's Peace-Building Process : Have Foreign Donors Made a Difference?" , *Asian Survey*, 52(6), 1067–1088.
- Doyle, Michael W. (1983), "Kant, liberal legacies, and foreign affairs", *Philosophy and Public Affairs*, 12 (3), pp. 205-235.
- Doyle, Michael W. y Nicholas Sambanis (2006), *Making War and Building Peace: United Nations Peace Operations*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, Oxford.
- Dudouet, Veronique (2006), *Transitions from Violence to Peace, Revisiting Analysis and Intervention in Conflict Transformation*, Berghof Research Centre for Constructive Conflict Management, Berlín.
- Dudouet, Veronique (2008), *Nonviolent Resistance and Conflict Transformation in Power Asymmetries*, Berghof Research Centre for Constructive Conflict Management, Berlín.
- Dudouet, Veronique, (2009a), "Contexto y referentes de la investigación," en *De La Insurgencia a La Democracia. Estudios de Caso*, ed. Mauricio García-Durán, Bogotá: CINEP, Berghof Research Center for Constructive Conflict Management, 19–42
- Dudouet, Veronique (2009b). "Factores, dinámicas y resultados de la transición de la lucha armada a la política no-violenta", en García-Durán, Mauricio (ed.), *De la insurgencia a la democracia*. Estudios de caso, CINEP, Berghof Research Center for Constructive Conflict Management, Bogotá, 385-431.
- Dudouet, Veronique (2013), "Dynamics and Factors of Transition from Armed Struggle to Nonviolent Resistance", *Journal of Peace Research*, 50(3): 401–413.
- Dudouet, Veronique (2017), "Powering to Peace: Integrated Civil Resistance and Peacebuilding Strategies", *ICNC Special Report Series*, 1, 1-44.

- Dudouet, Veronique, Beatrix Schmelzle, y David Bloomfield (2006), *Theories of Social Change and their Contribution to the Practice of Conflict Transformation: Developing the State of the Art in Conflict Transformation Theory and Practice*, Vol. 11, Berlín.
- Dudouet, Veronique y Howard Clark (2009), *Nonviolent Civic Action in Support of Human Rights and Democracy*, Bruselas.
- Duffield, Mark (2004), *Las Nuevas Guerras En El Mundo Global, La Convergencia Entre Desarrollo y Seguridad*, Los libros de la Catarata, Madrid.
- Duffield, Mark (2007), *Development, Security and unending War: Governing the World of Peoples*, Polity Press, Cambridge (Reino Unido).
- Duncan, Green (1995), *Silent Revolution: The Rise of Market Economics in Latin America*, Cassell, Londres.
- Durkheim, Émile (1951), *Suicide*, Nueva York.
- Eckstein, Susan y Timothy Wickham-Crowley (2010), "Economie et Sociologie de L'activisme et Des Répertoires Des Mouvements Sociaux Récents En Amérique Latine.", *Revue Internationale de politique comparée*, 17(2), 29–52.
- Edward, Said W. 1978, *Orientalism*, Nueva York: Pantheon Books.
- Eisinger, Peter K. (1973), "The Conditions of Protest Behavior in American Cities", *American Political Science Review*, 67, 11–28.
- Enloe, Cynthia (1983), *Does Khaki Become You? The Militarisation of Women's Lives*, London: Pluto, (1989) *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley: University of California Press.
- Enloe, Cynthia (1989), *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley (EEUU): University of California Press.
- Enloe, Cynthia (1993), *The Morning After: Sexual Politics after the Cold War*, University of California Press, Berkeley (Estados Unidos).
- Enloe, Cynthia (2005), "What If Patriarchy Is the 'Big Picture' An Afterword", en *Gender, Conflict and Peacekeeping*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland, 280–283.
- Enloe, Cynthia (2008), "Afterword", en Parpart, Jane L. y Marysia Zalewski (eds.), *Rethinking the Man Question, Sex, Gender and Violence in International Relations*, Zed Books, London, 204-206.
- Escobar, Arturo y Sonia Álvarez (1992) *The Making of Social Movements in Latin America*, Westview Press, Boulder.
- Escobar, Arturo, Sonia Álvarez, y Evalino Dagnino (2001), *Política Cultural y Cultura Política. Una Nueva Mirada Sobre Los Movimientos Sociales Latinoamericanos*, Taurus-ICANH, Bogotá.
- Espíndola Ferrer, Fabiana (2016), *Jóvenes en movimientos: experiencias y sentidos de las movilizaciones en la América Latina contemporánea*, CLACSO, Buenos Aires.

- Etxeberria, Xabier (1997a), *Ética de la desobediencia civil*, Cuadernos Bakeaz 20, Bilbao
- Etxeberria, Xabier (1997b), *Ética de la diferencia. En el marco de la antropología cultural*. Universidad de Deusto, Bilbao.
- Etxeberria, Xabier (1998) "Identidad nacional y violencia. El caso vasco" en *Razones Contra La Violencia. Por La Convivencia Democrática En El País Vasco*. Bakeaz 1, Bilbao, 25–82
- Evans, Sara (1980), *Personal Politics*, Vintage Books, Nueva York.
- Evans, Sara y Harry Boyte (1986), *Free Spaces: The Sources of Democratic Change in America*, Harper and Row, Nueva York.
- Favela Gavia, Diana M. (2002), "The Structure of Political Opportunities of Social Movements in Closed Political Systems: Examination of the Mexican Case - ProQuest", *Estudios Sociológicos*, 20(58), 91–121.
- Favela Gavia, Diana M. (2005), "Panorama Actual Del Estudio de Los Movimientos Sociales En México." en de los Ríos Méndez, Norma e Irene Sánchez Ramos (eds.) *América Latina: Aproximaciones Multidisciplinarias*, UNAM, México, 147–170.
- Favela Gavia, Margarita y Diana Guillén (2009), *América Latina: Los Derechos y Las Prácticas Ciudadanas a La Luz de Los Movimientos Populares*, CLACSO, Buenos Aires.
- Fernández Herrería, Alfonso (2001), "Paz Imperfecta y Enfoque Transpersonal" en *La Paz Imperfecta*, Instituto de la paz y el conflicto de la Universidad de Granada, Granada.
- Fernández, Arturo (1992), *Movimientos Sociales En América Latina*, 2ª, Rei Argentina, IDEAS, Aique, Buenos Aires.
- Fernández, Gonzalo, Silvia Piris, y Pedro Ramiro (2013), *Cooperación Internacional y Movimientos Sociales Emancipadores: Bases para un encuentro Necesario*, Instituto Hegoa, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Ferro, Juan G (2007), *Caminando la palabra: el proceso emancipatorio del movimiento nasa del norte del Cauca, Colombia*, Universidad Nacional de México.
- Fierke, Karin M. 1996, "Multiple Identities, Interfacing Games: The Social Construction of Western Action in Bosnia," *European Journal of International Relations* 2(4): 467–497.
- Fillieule, Oliver (2015), "Estudiar Las Marchas. Balance y Perspectivas a Partir de Veinte Años de Investigaciones." en *Pensar y Mirar La Protesta*, Universidad Autónoma Metropolitana, México D.F., 44-.
- Fireman, Bruce y William A. Gamson (1979), "Utilitarian Logic in the Resource Mobilization Perspective", en Zald, Mayer N. y John D. McCarthy (eds.), *The Dynamics of Social Movements*, Winthrop Publishers, Cambridge.
- Fisas, Vicenç y Rafael Grasa (1985), "Prólogo", en J. Galtung (ed.) *Sobre La Paz*, Fontamara, Barcelona.

- Flick, Uwe (2015), *El Diseño de Investigación Cualitativa*, Morata, Madrid.
- Foucault, Michel (1979), *Microfísica Del Poder*, La Piqueta, Madrid.
- Foucault, Michel (1987), *La Voluntad Del Saber*, Siglo XXI, Madrid.
- Freeman, Jo (1983), *Social Movements of the Sixties and Seventies*, Longman, Nueva York.
- Freire, Paolo (2001), *Pedagogía de La Indignación*, Morata, Madrid.
- Freud, Sigmund (1959), *Group Psychology and the Analysis of the Ego*, Norton, Nueva York.
- Freud, Sigmund (2005), *La psicología de las masas y análisis del Yo*, Libros en Red.
- Frommelt, Sarah (2010), "The Peacebuilding Comission Working Within the Liberal Peacebuilding Agenda", Webster University,
- Fry, Douglas P. (2006), *The Human Potential for Peace. An Anthropological Challenge to Assumptions about War and Violence*, Oxford University Press, Oxford.
- Fuentes, Marta y André Gunder Frank (1995), "El estudio de los ciclos en los movimientos sociales", *Sociológica*, 10, 28.
- Fukuyama, Francis (1992) *The End of History and the Last Man*, Penguin, Londres
- Fukuyama, Francis (2004), *State-Building: Governance and World Order in the 21st Century*, Cornell University Press, Ithaca (NY).
- Funk, Nathan C. (2012), "Building on What's Already There, Valuing the Local in International Peacebuilding", *International Journal*, 67(2), 391–408.
- Galama, Anneke y Paul van Tongeren (2002), *Towards Better Peacebuilding Practice, On Lessons Learned, Evaluation Practices and Aid & Conflict*, European Centre for Conflict Prevention, Utrecht.
- Galtung, Johan (1964) 'Foreign Policy Opinion as a Function of Social Position', *Journal of Peace Research*, 1:3/4, 206–231
- Galtung, Johan (1965), "On the Meaning of Nonviolence", *Journal of Peace Research*, 228–257.
- Galtung, Johan, (1969), "Violence, Peace and Peace Research", *Journal of Peace Research*, 6(3), 167–191.
- Galtung, Johan (1975), "Three approaches to Peace: Peacekeeping, Peacemaking and Peacebuilding", en Galtung, Johan (ed.), *Peace, War and defense, Essays in Peace Research Volume II*, Christian Ejlertsen, Copenhagen, 282-304.
- Galtung, Johan (1980), "Changing Interfaces between Peace and Development in a Changing World" *Security Dialogue*, 11(2), 145–149.
- Galtung, Johan (1981), "Social Cosmology and the Concept of Peace", *Journal of Peace Research*, 18 (2), 183-199.



- Galtung, Johan (1985), *Sobre La Paz*, Fontamara, Barcelona.
- Galtung, Johan (1990), "Cultural Violence", *Journal of Peace Research*, 27(3), 291–305.
- Galtung, Johan (2003), *Paz Por Medios Pacíficos, Paz y Conflicto, Desarrollo y Civilización*, Bakeaz, Bilbao.
- Gambia, Julio C. (2001), "Resistencia internacional a la globalización neoliberal", *Chiapas*, 12.
- Gamson, William A (1975), *The Strategy of Social Protest*, The Dorsey Press, Homewood.
- Gamson, William A (1988), "Political Discourse and Collective Action", en Klandermans, Bert, Hanspeter Kriesi, y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, JAI Press, Greenwich, 219-244.
- Gamson, William A, (1992), *Talking Politics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gamson, William A (1995), "Constructing Social Protest," en *Social Movements and Culture*, Minneapolis, U of Minnesota Press, Minneapolis, MN, 85–106.
- Gamson, William A., y David S. Meyer (1999), "Marcos Interpretativos de La Oportunidad Política", en McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 389–412.
- García Villegas, Mauricio (2005), *Sociedad de Emergencia: Acción Colectiva y Violencia En Colombia*, Defensoría del Pueblo, Oficina para la Coordinación de la Atención al Desplazamiento Forzado de la Defensoría del Pueblo, Bogotá.
- García-Durán, Mauricio (2006), *Movimiento por la paz en Colombia, 1978-2003*, CINEP, Bogotá.
- García, Ed (1994), *Pilgrim Voices, Citizens as Peacemakers*, International Alert, Ateneo de Manila University Press, Manila (Filipinas)
- Garner, Roberta y John Tenuto (1997), *Social Movement Theory and Research: An Annotated Bibliographical Guide*, Scarecrow Press y Salem Press, Lanham.
- Garretón, Manuel A. (1996), "Social Movements and the Process of Democratization. A General Framework.", *International Review of Sociology*, 6(1), 41–49.
- Garretón, Manuel A.(2002), "La Transformación de La Acción Colectiva En América Latina.", *Revista CEPAL*, 76, 7–24.
- Garza Toledo, Enrique de la (2010), *Sindicatos y Nuevos Movimientos Sociales En América Latina*, CLACSO.
- Gasser, Rachel y Ja Nan Lahtaw (2014), "Partners for Peace: A Case Study of Local—International Cooperation." en en Hellmüller, Sara y Martina Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 87–95.
- Geis, Anna, Lothar Brock y Harald Müller (2006) *Democratic Wars. Looking at the Dark Side*

*of Democratic Peace*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

Gerhards, Jürgen (1995), "Framing Dimensions and Framing Strategies: Contrasting Ideal and Real Type Frames", *Social Science Information*, 34(2), 225-248.

Gibbs, Graham (2012), *El análisis de datos cualitativos en investigación cualitativa*, Morata, Madrid.

Giddens, Anthony (1987), *La Constitución de la Société*, PUF, Paris.

Giguni, Marco G., Doug McAdam, y Charles Tilly (1998), *From Contention to Democracy*, Rowman & Littlefield, Oxford.

Gleichmann, Colin, Michael Odenwald, Kees Steenken y Adrian Wilkinson (2004), *Disarmament Demobilisation and Reintegration, A Practival Field and Classroom Guide*, Frankfurt,

Godàs i Pérez, Xavier (2007), *Política del disenso*, Icaria, Barcelona.

Goffman, Erving (1974), *Frame Analysis*, Harvard University Press, Cambridge.

Goirand, Camille (2015), "Pensar Las Movilizaciones y La Participación: Continuidad de Perspectivas e Imbricación de Posiciones.", *Pensar y Mirar La Protesta*, Universidad Autónoma Metropolitana, México D.F., 93–135.

Goldstone, Jack A. (1991), "Elite Crisis, Regime Transformation and the Collapse of the U.S.S.R." en Higley, John y Mattei Dogan (eds.), *Elite Crisis and Regime Change*.

Goldstone, Jack A. (1997), *Social Movements and Revolutions: On the Evolution and Forms of Collective Action*, Universidad de California, Davis.

Goldstone, Jack A. (1998), "Social Movements or Revolutions?" en Giugni, Marco, Doug McAdam y Charles Tilly (eds.), *From Contention to Democracy*, Rowman & Littlefield, Lanham, 125-145.

Goldstone, Jack A (2001), "Toward a Fourth Generation of Revolutionary Theory", *Annual Review of Political Science* 4, 139–187.

Gómez Isa, Felipe (2013), "De La Conciencia de Derechos a Las Decisiones Estratégicas", *El Caso Avas Tingni, Derechos Humanos Entre Lo Local y Lo Global*, Instituto de Derechos Humanos, Universidad de Deusto, Bilbao, 93–100.

González Calleja, Eduardo (2002), *La Violencia En La Política. Perspectivas Teóricas Sobre El Empleo Deliberado de La Fuerza En Los Conflictos de Poder*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

González Gil, Adriana (2006), "Acción colectiva en contextos de violencia prolongada", *Estudios Políticos*, 29, 9–60.

González Piñeros, Nidia C. (2004), "El movimiento indígena y sus paradigmas de interpretación", *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 2(2), 139–161.

- González Piñeros, Nidia Catherine (2008), “Los Movimientos Sociales, Actores Contemporáneos del Cambio Político”, *Principia Iuris*, 10, 9–30.
- Gould, Roger (1991), “Multiple Networks and Mobilization in the Paris Commune, 1871”, *American Sociological Review*, 56, 716-729.
- Grasa, Rafael y Salvador Martí Puig (2011), “Polarización y Conflictividad En América Latina.”, *Polarización y Conflictos En América Latina*, Institut Català Internacional per la Pau, Barcelona, 6–12.
- Gregg, Richard B. (1966), *The Power of Nonviolence*, Schocken Books. Nueva York.
- Gregor, Thomas (1990), “Uneasy Peace: Intertribal Relations in Brazil’s Upper Xingu” en Jonathan Haas (ed.), *The Anthropology of War*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gunder Frank, André y Marta Fuentes (1988), “Para una nueva lectura de los movimientos sociales”, *Nueva Sociedad*, 93, enero/febrero, Caracas.
- Gurr, Ted Rober (1969), “Alternatives to Violence in a Democratic Society”, en Hugh David Graham y Ted Rober Gurr (eds.) *Violence in America, Historical and Comparative Perspectives. The Complete Official Report of the National Commission on the Causes and Prevention of Violence*, National Commission on the Causes and Prevention of Violence, Nueva York, 491-506.
- Gurr, Ted Robert (1970), *Why men rebel?*, Princenton University Press, Princeton, New Jersey.
- Gurr, Ted Robert (1993), *Minorities at Risk*, United States Institute of Peace Press, Washington, D.C.
- Gurr, Ted Robert (2000), *Peoples versus States: Minorities at Risk in the New Century*, United States Institute of Peace Press, Washington, D.C.
- Harris, Marvin (2003), *Vacas, Cerdos, Guerras y Brujas*, Alianza Editorial, Madrid.
- Harto de Vera, Fernando (2012), “La Mediación y La Investigación Para La Paz: La Búsqueda de Alternativas Pacíficas a Los Conflictos En La Arena Internacional”, *Política y Sociedad*, 50(1), 53–70.
- Haspesslagh, Sophie (2015), *Accord Insight 2 Between Fighting and Talking*, Conciliation Resources, London.
- Havermans, Jos (2002), “Lessons Learned from Ten Years Experience in Conflict Prevention”, en Galama, Anneke y Paul van Tongeren (eds.), *Towards Better Peacebuilding Practice, On Lessons Learned, Evaluation Practices and Aid & Conflict*, European Centre for Conflict Prevention, Utrecht, 123–141.
- Hayman, Carolyn (2014), “Maximizing the Potential of Locally Led Peacebuilding in Conflict Affected States”, en Hellmüller, Sara y Martina Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 65–77.

- Heathershaw, John (2008), "Unpacking the Liberal Peace: The Dividing and Merging of Peacebuilding Discourses," *Millennium. Journal of International Studies* 36(3): 597–621.
- Hellmüller, Sara (2014), "Introduction", en Hellmüller, Sara y Martina Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 15–20.
- Hellmüller, Sara (2014), "Owners or Partners? A Critical Analysis of the Concept of Local Ownership", en Hellmüller, Sara y Martina Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 3–14.
- Hellmüller, Sara y Martina Santschi (2014), "Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives", Springer, London.
- Henriksen, John B. (2001). "La Implementación Del Derecho de Autodeterminación de Los Pueblos Indígenas", *Asuntos Indígenas*, 3, 7–16.
- Henriques Barreto, Miguel (2012), "La Paz de Los 'Pequeños Nadas': Una Mirada Desde Los Laboratorios de Paz En Colombia", *Revista Javeriana*, 64–77.
- Hetherington, Gregg (2014), *Audidores campesinos. Transparencia, democracia y tierra en el Paraguay neoliberal*, Duke University Press, Durham, North Carolina.
- Hilhorst, Dorothea y Mathijs van Leeuwen (2005), "Grounding Local Peace Organisations: A Case Study of Southern Sudan", *The Journal of Modern African Studies*, 43(4), 537–563.
- Hilla, Dylis M. (1980), *Teoría democrática y régimen local*, Instituto de Estudios Autonómicos y Locales, Madrid.
- Hobsbawn, Eric (2014), *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Editorial Planeta, Barcelona.
- Holloway, John (2003), *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, El Viejo Topo, Barcelona.
- Honneth, Axel (1997), *La lucha por el reconocimiento: por una gramática moral de los conflictos sociales*, Crítica, Barcelona.
- Hudson, Heidi (2011), "La Violencia de La Construcción de La Paz Neoliberal En África: Analizando Sus 'Trampas' a Través de Una Lente de Género", *Relaciones Internacionales*, 16, 73–95.
- Hughes, Carolina y Vanessa Pupavac (2005), "Framing Post-Conflict Societies: International Pathologisation of Cambodia and the Post-Yugoslav Status" *Third World Quarterly*, 26(6)
- Hunt, Scott, Robert Benford y David Snow (1994), "Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities", en Laraña, Enrique, Johnston Hank y Joseph R. Gusfield (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity*, Temple University Press, Filadelfia, 185-208.

- Hunt, Scott, Robert Benford y David Snow (1994), "Identity Fields: Framing Processes and the Social Construction of Movement Identities", en Laraña, Enrique, Hank Johnston y Joseph R. Gusfield (eds.), *New Social Movements: From Ideology to Identity*, Temple University Press, Filadelfia, 185-208.
- Huntington, Samuel, (1968), *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven.
- Ibarra, Pedro (2005), *Manual de sociedad civil y movimientos sociales*, Síntesis, Madrid.
- Ibarra, Pedro (2011), *Democracia Relacional*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
- Ibarra, Pedro y Benjamín Tejerina (1998), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.
- Instituto Català Internacional per la Pau (2010), *Midiendo La Paz. Iniciativas, Limitaciones y Propuestas*, Barcelona.
- IECAH (2011), "Glosario de términos", Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria.
- Jenkins, J. Craig, y Charles Perrow (1977), "Insurgency of the Powerless: Farm Worker Movements (1946-1972)", *American Journal of Sociology*, 42, 249-268.
- Johansen, Jorgen (2007), "Nonviolence. More than the Absence of Violence" en Charles Webel y Johan Galtung (eds.) *Handbook of Peace and Conflict Studies*, Routledge, Nueva York, 143-159.
- Kaldor, Mary (2001), *Las Nuevas Guerras, Violencia Organizada En La Era Global*, Tusquets, Barcelona.
- Klandermans, Bert (1984), "Mobilization and Participation: Social Psychological Expansions of Resource Mobilization Theory", *American Sociological Review* 49: 583-600.
- Klandermans, Bert (1988), "The Formation and Mobilization of Consensus", en Klandermans, Bert, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*. JAI Press, Conn, Greenwich, 173-197.
- Klandermans, Bert (1991), "New Social Movements and Resource Mobilization: The European and the American Approach Revisited" en Rutch, Dieter (ed.), *Research on Social Movements*, Boulder, Westview Press, CO.
- Klandermans, Bert (1994), "Transient Identities?: Membership Patterns in the Dutch Peace Movement", en Larana, E., H. Johnston y J. Gusfield (eds), *New Social Movements. From Ideology to Identity*, Temple University Press, Filadelfia, 168-184.
- Knight, Andy W. (2003), "Evaluating Recent Trends in Peacebuilding Research", *International Relations of the Asia-Pacific*, 3(2), 241-264.
- Knutson, Jeanne N (1981), "Social and Psychodynamic Pressures toward a Negative Identity", en Alexander, Yonah y John M. Gleason (eds.), *Behavioral and Quantitative Perspectives on Terrorism*, Pergamon Press, Nueva York, 105-152.

- Kornhauser, William (1969), *The Politics of Mass Society*, Free Press, Nueva York.
- Krause, Keith, and M.C. Williams 1997, *Critical Security Studies: Concepts and Cases*, Londres: UCL Press.
- Kriesi, Hanspeter (1988), "Local Mobilization for the People's Petition of the Dutch Peace Movement", en Klandermans, Bert, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow, S (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, JAI Press, Greenwich, 41-81.
- Kriesi, Hanspeter (1991), "The Political Opportunity Structure of New Social Movements: Its Impact on Their Mobilizations", en *Social Movements: Framing Processes and Opportunity Structures*, Wissenschaftszentrum Berlin: FS 1119/103.
- Kriesi, H (1992), "El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental", en J. Benedicto y F. Reinares (Eds.), *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid.
- Kriesi, Hanspeter (1999), "La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político", en McAdam, Doug, John D. McCarthy and Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*, Istmo, Madrid, 221-261.
- Kuechler, Manfred y Russell J. Dalton (1992), "Los nuevos movimientos sociales y el orden político o la posibilidad de que los cambios producidos preparen una estabilidad a largo plazo" en Kuechler, Manfred y Russell J. Dalton (eds.) *Los nuevos movimientos sociales*, Alfons El Magnànim, Valencia, 1992.
- Lang, Kurt, y Gladys E. Lang (1961), *Collective Dynamics*, Crowell, Nueva York.
- Laraña, Enrique (1999), *La Construcción de los Movimientos Sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Laraña, Enrique y Joseph Gusfield (1994), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- LeBon, Gustave (1897), *The Crowd: A Study of the Popular Mind*, The Viking Press, Londres.
- Lederach, John P. (1995), *Preparing for Peace: Conflict Transformation Across Cultures*, Syracuse University Press, New York.
- Lederach, John P. (1998), *Construyendo La Paz, Reconciliación Sostenible En Sociedades Divididas*, Bakeaz-Gernika Gogoratuz, Bilbao.
- Lederach, John P. (2000), *El Abecé de La Paz y Los Conflictos*, Catarata, Madrid.
- Lederach, John P. (2003), *El Pequeño Libro de Transformación de Conflictos*, Intercourse, Good Books.
- Lederach, John P. y Janice Moomaw Jenner (2002), *A Handbook of International Peacebuilding: Into the Eye of the Storm*, Jossey-Bass, San Francisco.

- Lederach, John P., y R. Scott Appleby (2010), "Strategic Peacebuilding: An Overview", en Philpott, Daniel y Gerard F. Powers (eds.), *Strategies of Peace, Transforming Conflict in a Violent World*, Oxford University Press, Oxford.
- Lederach, John Paul, Neufeldt Reina y Culbertson Hal (2007), *Reflective Peacebuilding: A Planning, Monitoring, and Learning Toolkit*, Joan B. Kroc Institute for International Peace Studies, University of Notre Dame and Catholic Relief Services Southeast, Mindanao, Philippines.
- Lipsitz, Lewis y Herbert M. Kritzer (1975), "Unconventional Approaches to Conflict Resolution: Erikson and Sharp on Nonviolence", *Journal of Conflict Resolution*, 19, 713-733.
- Lipsky, Michael (1970), *Protest in City Politics*. Chicago, Rand McNally, Chicago.
- Lofland, John (1993), *Polite Protesters, The American Peace Movement of the 1980s*, Syracuse University Press, Syracuse.
- López, Mario (2012), *Noviolencia. Teoría, acción política y experiencias*, Educatori, Granada.
- López, Mario (2013), "Política sin matar: Los métodos de la acción no-violenta". *Vectores de Investigación*, 7(7), 33-84.
- Lorenzo Cadarso, Pedro L. (2001), "Principales teorías sobre el conflicto social", *Revista de Historia*, 15, 237-254.
- Lozares, Carlos (1996), "La Teoría de Redes Sociales". *Papers* 48: 103-26.
- Lund, Michael S. (2002), "Mapping Approaches to Lesson Learning", en Anneke, Galama y Paul van Tongeren (eds.), *Towards Better Peacebuilding Practice, On Lessons Learned, Evaluation Practices and Aid & Conflict*, European Centre for Conflict Prevention, Utrecht, 89-94.
- Lutz, Catherine (2002), "Making War at Home in the United States: Militarization and the Current Crisis", *American Anthropologist*, 104(3), 723-735.
- Mac Ginty, Roger (2008), "Indigenous Peace-Making Versus the Liberal Peace," *Cooperation and Conflict: Journal of the Nordic International Studies Association*, 43(2), 139-163.
- Mac Ginty, Roger (2010), "Hybrid Peace: The Interaction between Top-down and Bottom-up Peace" *Security Dialogue*, 41(4), 391-412.
- Mac Ginty, Roger (2014), "Everyday Peace: Bottom-up and Local Agency in Conflict-Affected Societies", *Security Dialogue*, 45(6), 1-17.
- Mac Ginty, Roger y Oliver P. Richmond (2013), "The Local Turn in Peace Building: A Critical Agenda for Peace", *Third World Quarterly*, 34(5), 763-783.
- Mallet, Serge (1969), *La nueva condición obrera*, Tecnos, Madrid.
- Markoff, John (1998), *Olas de Democracia: Movimientos Sociales y Cambio Político*, Tecnos, Madrid.

- Markoff, John (1999), *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*, Tecnos, Madrid.
- Marks, Gary y Doug McAdam (1996), "Social movements and the changing structure of political opportunity in the European Union" en Gary Marks et al. (eds.), *Governance in the Emerging Euro-Polity*, Sage, Londres.
- Marks, Gary y Doug McAdam (1999), "On the Relationship of Political Opportunities to the form of collective action: the case of the European Union" en della Porta, Donatella, Hanspeter Kriesi y Dieter Rucht (eds.), *Social Movements in a Globalizing World*, Macmillan, Londres.
- Marshall, Thomas H., y Tom Bottomore, Tom (1998), *Ciudadanía y Clase Social*, Alianza Editorial, Madrid.
- Martí i Puig, Salvador (2004), "Los movimientos sociales en un mundo globalizado: ¿Alguna novedad?", *América Latina Hoy*, 36, 79-100.
- Martin, Brian (2007), *Justice Ignited: The Dynamics of Backfire*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland.
- Martin, Brian (2015), "The Dynamics of Nonviolence Knowledge", *Mobilization*, 21(4), 533–545.
- Martínez Bernal, Daniel R (2015), "Caminando hacia la Satyagraha. Comunidad, lucha y kweet fxindi en los nasa (1971-2015 )", Universidad de Granada, Granada.
- Martínez Guzmán, Vicent (2008), *El Papel de La Sociedad Civil En La Construcción de La Paz: Un Estudio Introductorio*, Icaria-Editorial, Madrid.
- Martínez, Zesar, Beatriz Casado y Pedro Ibarra (2012), *Movimientos sociales y procesos emancipatorios*, Cuadernos de trabajo No. 5, Bilbao.
- Marwick, Arthur (1999), *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States*, Bloomsbury Reader, Londres.
- Mason, T. David (1989), "Nonelite Response to State-Sanctioned Terror". *Western Political Quarterly* 42(4): 467–492.
- Mason, T. David (1996), "Insurgency, Counterinsurgency, and the Rational Peasant". *Public Choice* 86(1–2): 63–83.
- Mason, T. David, y Dale A. Krane (1989), "The Political Economy of Eeath Squads: Towards a Theory of the Impact of State-Sanctioned Terror". *International Studies Quarterly* 33(2): 175.
- Mayer, Margit (1991), "Social Movements Research and Social Movement Practice: The U.S. Pattern", en Rucht Dietrich (ed.), *Research on Social Movements*, Wetsview Press, Boulder, CO.
- Mbembe, Achille (2011), *Necropolítica*, Melusina, Barcelona.



- McAdam, Doug (1982), *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1979*, The University of Chicago Press, Chicago.
- McAdam, Doug (1988), "Micromobilization Contexts and Recruitment to Activism" en Klandermans, Bert, Hanspeter Kriesi, y Sidney Tarrow (eds.), *From structure to action: Comparing social movement research across cultures*, JAI Press, Greenwich, 125–154.
- McAdam, Doug (1999), "Orígenes terminológicos, problemas actuales, futuras líneas de investigación", *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 49–70.
- McAdam, Doug (2002), "Movimientos "iniciadores" y "derivados": procesos de difusión en los ciclos de protesta". En *Protesta Social. Repertorios y Ciclos de La Acción Colectiva*, Traugott, Mark (ed.), Hacer, Barcelona, 243–269.
- McAdam, Doug y Ronnelle Paulsen (1993), "Specifying the Relationship between Social Ties and Activism". *American Journal of Sociology*, 99(3), 640-667.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy, y Mayer N. Zald (1999), *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*, Istmo, Madrid.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow, y Charles Tilly (1996), "To Map Contentious Politics", *Mobilization 1*: 7–34.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow, y Charles Tilly (2005), *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.
- McCarthy, John D. (1999), "Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades", en McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 205-220.
- McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1973), *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*, General Learning Press, Morristown, N.J.
- McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1977), "Resource Mobilization Theory and Social Movements: A Partial Theory", *American Journal of Sociology*, 82(6), 1212-1241.
- McCarthy, John D. y Mayer N. Zald (1987), "Social Movement Industries: Competition and Conflict Among SMOs", en McCarthy, John D. and Mayer N. Zald (eds.), *Social Movements in an Organizational Society*, Transaction, New Brunswick, N. J., London.
- McDonald, Geraldine (1997), *Peacebuilding from Below: Alternatives Perspective on Colombia's Peace Process*, Catholic Institute for International Relations, London.
- Melucci, Alberto (1980), The New Social Movements: A Theoretical Approach. *Social Science Information*, 19(2), 199–226.
- (1985), "Las teorías de los movimientos sociales", *Estudios Políticos*, 4(4), 92-101.
- (1988), "Getting Involved: identity and mobilization in social movements", en Klandermans, Bert, Hanspeter Kriesi, y Sidney Tarrow (eds.), *From structure to*

*action: Comparing social movement research across cultures*, Greenwich: JAI Press, Greenwich, 329-348.

- (1989), *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Hutchinson Radius, Londres.
- (1990), “Respuesta a Touraine” en A. Touraine (Ed.), *Movimiento sociales de hoy: actores y analistas*. Hacer, Barcelona, 31-37.
- (1994), “¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?”, en Laraña, Enrique y Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1996), *Challenging codes: collective action in the information age*, Cambridge University Press, Cambridge.
- (2001), *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Trotta, Madrid.
- Mendia Azkue, Irantzu (2013), “Construcción de La Paz Posconflicto: Divergencias Entre Las Organizaciones de Mujeres y La Cooperación Internacional En El Salvador y Bosnia-Herzegovina” Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Merriman, Hardy (2009), “Theory and Dynamics of Nonviolent Action”, en Stephan, María J. (ed.), *Civilian Jihad*, Palgrave Macmillan, Nueva York ,17–29.
- Merriman, Hardy (2010), *La trifecta de la resistencia civil: unidad, planificación, disciplina*. Disponible en *Opendemocracy.net*. [hardymerriman/trifectaofcivilresistanceunity-planningdiscipline](http://hardymerriman/trifectaofcivilresistanceunity-planningdiscipline).
- Mesa, Roberto (1980), *Teoría y Práctica de Relaciones Internacionales*, Taurus, Madrid.
- Miall, Hugh, Oliver Ramsbotham, Tom Woodhouse (1999), *Contemporary Conflict Resolution: The prevention, management and transformation of deadly conflicts*, Wiley, Nueva York
- Mirza, Christian A, (2006), *Movimientos Sociales y Sistemas Políticos En América Latina: La Construcción de Nuevas Democracias*, CLACSO, Buenos Aires.
- Mitchell, Christopher R. (2006), “Conflict, Social Change and Conflict Resolution. An Enquiry”, en *Social Change and Conflict Transformation*, Berghof Research Center for Constructive Conflict Management, Berlín 13–36.
- Mitscherlich, Margarete (1973), *Fundamentos del comportamiento colectivo: la incapacidad de sentir duelo*, Alianza Editorial, Madrid.
- Modonesi, Massimo, y Julián Rebon (2011), *Una década en movimiento: Luchas populares en América Latina en el amanecer del Siglo XXI*, CLACSO, Buenos Aires.
- Morris, Aldon D. (1984), *The Origins of the Civil Rights Movement. Black Communities Organizing for Change*, The Free Press, Nueva York.
- Morris, Aldon D. y Cedric Herring (1985), “Theory and Research in Social Movements: A Critical Review”, *Annual Review of Sociology*, vol.2.

- Morton, Adam D. (2000), "Mexico, Neoliberal Restructuring and the EZLN: A Neo-Gramscian Analysis.", en Gills, Barry K. (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, St. Martin's, Nueva York, 255–279.
- Moure peñín, Leire (2009), *El Programa de Investigación Realista ante los Nuevos Retos Internacionales del Siglo XXI*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Muller, E.N. (1985), Income inequality, regime repressiveness and political violence, *American Sociological Review*, 50, 47-61.
- Muller, E.N. y M.A. Seligson (1987), Inequality and insurgency, *American Political Science Review*, 81, 425-451.
- Munck, Ronald (2000), "Deconstructing Terror: Insurgency, Repression and Peace", en Munck, Ronald y Purnaka L. de Silva (eds.), *Postmodern Insurgencies: Political Violence, Identity Formation and Peacemaking in Comparative Perspective*, McMillan Press Ltd, London, 1–13.
- Múnera Ruiz, Leopoldo (1998), *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, CEREC, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Muñoz, Francisco A. 2001. "La Paz Imperfecta Ante Un Universo En Conflicto." en *La Paz Imperfecta*, Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, Granada, 21–66.
- Muñoz, Francisco A. y Mario López (2000), *Historia de La Paz, Tiempos, Espacios y Actores*, Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada, Granada.
- Mutimer, David 1998, "Reconstituting Security? The Practices of Proliferation Control," *European Journal of International Relations* 4(1): 99–129.
- Navari, Cornelia 2008, *Liberalism, in Security Studies: An Introduction*, ed. Paul D. Williams, Londres: Routledge, 29–43.
- Navarro Díaz, Luis Ricardo (2010), *Entre Esferas Públicas y Ciudadanas. Las Teorías de Arendt, Habermas y Mouffe Aplicadas a La Comunicación Para El Cambio Social*, Uninorte, Barranquilla.
- Nepstad, Erickson, Sharon (2013), "Nonviolent Civil Resistance and Social Movements". *Sociology Compass* 7: 590–598.
- Neveu, Erik (2002), *Sociología de los movimientos sociales*, Hacer, Barcelona.
- Newman, Edward y Oliver P. Richmond (2006), *Challenges to Peacebuilding: Managing Spoilers during Conflict Resolution*, United Nations University Press, New York .
- Newman, Edward, Ronald Paris y Oliver P. Richmond (2009), *New Perspectives on Liberal Peacebuilding*, United Nations University Press, New York.
- Nieto, Diego (2012), "Democracia y conflicto: las contribuciones del pluralismo agonista", en *Desafíos para la democracia y la ciudadanía*, 103–145.

- Nisbet, Robert, Thomas S. Kuhn, y Lynn White (1979), *Cambio Social*, Alianza Editorial, Madrid.
- Nordstrom, Carolyn (1997), *A Different Kind of War Story*, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- Oberschall, Anthony R. (1973), *Social Conflicts and Social Movements*, Prentice Hall, Nueva Jersey.
- Observatorio de Seguridad Humana de Medellín. 2012. *Control Territorial y Resistencias. Una Lectura Desde La Seguridad Humana*. Medellín.
- Odendaal, Andries. 2010. *An Architecture for Building Peace at the Local Level: A Comparative Study of Local Peace Committees*.
- Offe, Claus (1985), "New social movements: Challenging the boundaries of institutional politics", *Social Research*, 52, 817–868.
- Offe, Claus (1988), *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid.
- Offe, Claus (1997), "Entrevista a Claus Offe", *Àmbits de Polítiques i Sociologia*, 3.
- Olivella, Santiago (2007), "del rigor en la ciencia política: algunas reflexiones sobre metodología de investigación." *Colombia Internacional*, 66, 150–155.
- Olson, Mancur (1965), *The Logic of Collective Action*, Harvard University Press, Cambridge MA.
- Olson, Mancur (1992), "La lógica de la acción colectiva", *Diez textos básicos de ciencia política*, Ariel, México, 203–220.
- Ortega y Gasset, José (1986), *La rebelión de las masas*, Espasa-Calve, Madrid.
- Padierna Jiménez, María del Pilar (2012), *Educarse Ciudadanas En Los Movimientos Sociales: Las Mujeres Zapatistas*, Plaza y Valdés, S.A. de C.V., Madrid.
- Paffenholz, Thania 2009, "Understanding Peacebuilding Theory, Management, Resolution and Transformation," *Journal of Peace Research and Action* 12(2): 3–6.
- Panikkar, Raimon (2002), *Paz y Desarme Cultural*, Booket, Madrid.
- Panikkar, Raimon (2006), *Paz e Interculturalidad, Una Reflexión Filosófica*, Herder, Barcelona.
- Pankhurst, Donna (2008), "Post-War Backlash Violence against Women: What Can 'Masculinity' Explain", en *Gendered Peace. Women's Struggles for Post-War Justice and Reconciliation*, UNRISD, Routledge, Abingdon, 293–320.
- Papagianni, Katia (2008), "Participation and State Legitimation", en Call, Charles T. y Vanessa Wyeth (eds.), *Building States to Build Peace*, Lynne Rienner, Colorado, 49-71.

- Paris, Ronald (2002), “*International Peacebuilding and the “Mission Civilisatrice”*”, *Review of International Studies*, 28, 637–656.
- Paris, Ronald (2004), *At War's End: Building Peace after Civil Conflict*, Cambridge, New York: Cambridge University Press.
- Paris, Ronald (2009), “Does Liberal Peacebuilding Have a Future?” en *New Perspectives on Liberal Peacebuilding*, New York: United Nations University Press, 97–111.
- Paris, Ronald (2010), “Saving Liberal Peace,” *Review of International Studies* 36(2): 337–365.
- París Albert, Sonia (2007), “Reconstruir La Identidad Social de Las Mujeres Para La Transformación Pacífica de Los Conflictos”, *Feminismo/s*, 107–120.
- París, Sonia y Vicent Martínez (2004), “Interculturalidad y conflicto, una perspectiva desde la filosofía de la paz”, *IV Congreso Internacional de Fenomenología “Interculturalidad y Conflicto”*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 85–97.
- Park, Robert E. (1946), *New outline of the Principles of Sociology*, Barnes & Noble, Nueva York.
- Park, Robert E. y Ernest W. Burgess (1924), “Collective Behavior”. en Park, Robert E. y Ernest W. Burgess (eds.), *Introduction to the Science of Sociology*, University of Chicago Press, Chicago.
- Parsons, Talcott (1969), *Politics and Social Structure*, Free Press, Nueva York.
- Pearce, Jenny (1997), “Sustainable Peace-Building in the South: Experiences from Latin America” *Development in Practice*, 7(4), 438–455.
- Pearce, Jenny (2007), *Violence, Power and Participation: Building Citizenship in Contexts of Chronic Violence*, Brighton.
- Pearce, Jenny (2010), “Prólogo”, en Sierra A. y Jorge Diego (coords.), *Repensando la seguridad: percepciones y representaciones en torno a la seguridad en Medellín*, Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, Medellín, 7–11.
- Pérez de Armiño, Karlos (2013), “¿Más allá de la seguridad humana? Desafíos y aportes de los Estudios Críticos de Seguridad”, en Izquierdo Sanz, Cristina (eds.), *Cursos de Derecho Internacional y Relaciones Internacionales de Vitoria-Gasteiz. 2011*, Technos, Madrid, 311-384.
- Pérez de Armiño, Karlos (2015), “Estudios de Seguridad”, en Celestino del Arenal y Antonio J. Sanahuja (eds.), *Teorías de Las Relaciones Internacionales*, Tecnos, Madrid, 301–328.
- Pérez de Armiño, Karlos (2016), “La tensión entre lo global y lo local en los procesos de construcción de la paz: aportes para una paz cosmopolita,” en *La Tensión Cosmopolita, Avances y Límites En La Institucionalización Del Cosmopolitismo*, ed. Caterina García Segura, Madrid: Tecnos, 291–321.
- Pfeiffer, Silke (2014), *Infraestructura de Paz En Colombia*, Berghof Foundation, Berlín.

- Pfister, Marco. 2014. "Shooting Bambi? Critical Reflections on International Approaches to Local Ownership." en **Hellmüller**, Sara y Martina **Santschi (eds.)**, *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 33–41.
- Piven, Frances y Richard Cloward (1977), *Poor People's Movement: Why They Succeed, How They Fail*, Pantheon, Nueva York.
- Porges, Matthew, y Christian Leuprecht (2016), "Abstenerse del terror: la paradoja de la no violencia en el Sáhara Occidental". *CIDOB d'Afers Internacionals* 112: 149–172.
- Pouligny, Beatrice (1999), "Peacekeepers and Local Social Actors: The Need for Dynamic, Cross-Cultural Analysis", *Global Governance*, 5(4), 403–424.
- Pouligny, Béatrice (2005), "Civil Society and Post-Conflict Peacebuilding: Ambiguities of International Programmes Aimed at Building 'New' Societies", *Security Dialogue*, 36(4), 495–510.
- Quijano, Aníbal (2004), "El Laberinto de América Latina: ¿Hay Otras Salidas?", *Revista del Observatorio Social de América Latina*, 13, 15–30.
- Rabinovich, Eleonora, Óscar Rincón y Ana Lucía Magrini (2011), "Vamos a Portarnos Mal", *Protesta Social y Libertad de Expresión En América Latina*, Hidalgo, Ana María (ed.), Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Bogotá.
- Ramos, Esteban A. y Manuel Montañes (2012), "La Paz Transformadora: Una Propuesta Para La Construcción Participada de Paz y La Gestión de Conflictos Desde La Perspectiva Sociopráctica" *Revista de Ciencias Sociales*, 7(2), 241–269.
- Ramsbotham, Oliver, Tom Woodhouse y Hugh Miall (2011), *Resolución de Conflictos, La Prevención, Gestión y Transformación de Conflictos Letales*, Institut Català Internacional per la Pau, Barcelona.
- Rappaport, Joanne (2005), *Intercultural Utopias. Public Intellectuals, Cultural Experimentation and Ethnic Pluralism in Colombia*, Duke University Press, Durham and London.
- Raschke, Joachim (1994), "Sobre el concepto de movimiento social". *Zona Abierta*, 69, 121-134.
- Reardon, Betty A. (1978), Peace as an Educational End and Process, en Weston, B., S. Schwenninger y D. Shamis (eds.) *Peace and World Order Studies*, Transnational Academic Program, Institute of World Order, Nueva York.
- Regan, Patrick M., Daniel Just, y Aida Paskeviciute (2007), "Revolution: Immunity for Industrial Democracies?". *Journal of Political and Military Sociology* 35(2): 281–298.
- Revilla Blanco, Marisa (1994), "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido", *Zona Abierta*, 69, 181-213.
- Richmond, Oliver P. (2006), "The Problema of Peace: Understanding the Liberal Peace" *Conflict, Security & Development* 6(3): 291–314.
- Richmond, Oliver P. (2008), *Peace in International Relations*, Londres: Routledge.

- Richmond, Oliver P. (2009a), "Beyond Liberal Peace? Responses to 'Blacksliding,'" en Newman, Edward, Ronald Paris y Oliver P. Richmond (eds.), *New Perspectives on Liberal Peacebuilding*, United Nations University Press, New York, 54–77.
- Richmond, Oliver P. (2009b), "Eirenicism and a Post-Liberal Peace", *Review of International Studies*, 35(3), 557-580.
- Richmond, Oliver P. (2010), *Advances in Peacebuilding*, Londres: Palgrave.
- Richmond, Oliver P. (2011), "Resistencia y Paz Posliberal", *Relaciones Internacionales*, 16, 13–46.
- Richmond, Oliver P. (2012a), *A Post-Liberal Peace*, Routledge, London.
- Richmond, Oliver P. (2012b), *La paz en las Relaciones Internacionales*, Institut Català per la Pau y Bellaterra, Barcelona
- Richmond, Oliver P. (2013), "Failed Statebuilding versus Peace Formation." *Cooperation and Conflict*, 48(3), 378–400.
- Richmond, Oliver P. y Audra Mitchell (2011a). "Towards a Post-Liberal Peace: Exploring Hybridity Via Everyday Forms of Resistance, Agency, and Autonomy." En Oliver P. Richmond y Audra Mitchell (eds.) *Hybrid Forms of Peace: From Everyday Agency to Post-Liberalism*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 1–29.
- Richmond, Oliver P. y Audra Mitchell (2011b), *Hybrid Forms of Peace: From Everyday Agency to Post-Liberalism*, Palgrave, Macmillan, Nueva York.
- Richmond, Oliver P. y Jason Franks (2009), *Liberal Peace Transitions: Between Statebuilding and Peacebuilding*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Risse, Thomas y Kathryn Sikkink (1999), *The Power of Human Rights: International Norms and Domestic Change*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Robertson, R. 1995, "Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity," en M. Featherstone, S. Lash y R. Robertson (eds.), *Global Modernities*, Sage, Londres.
- Romero, Mauricio (2001), "Movilizaciones Por La Paz y Derechos Humanos.", en Mauricio Archila, Mauricio y Pardo (ed.), *Movimientos Sociales, Estado y Democracia*, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 405–40.
- Ross, Howard (1995), *La cultura del conflicto. Las diferencias interculturales en la práctica de la violencia*. Paidós, Barcelona.
- Rucht, Dieter (1992), "Estrategias y formas de acción de los nuevos movimientos" en Dalton, Russell J. y Manfred Kuechler (eds.), *Los nuevos movimientos sociales*, Alfons el Magnànim, Valencia.
- Rucht, Dieter (1997), "Limits to mobilization. Environmental policy for the European Union", en Smith, Jackie, Charles Chatfield y Ron Pagnucco (eds.), *Transnational social*

*movements and global politics: solidarity beyond the state*, Syracuse University Press, Syracuse, Nueva York.

- Rucht, Dieter (1999), "El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: un estudio comparado transnacional y entre movimientos", en McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Istmo, Madrid, 262-287.
- Ruiz-Giménez, Itziar (2011), *La Nueva Agenda de Construcción de La Paz En África: Oportunidades y Desafíos*, Fundación Seminario de Investigación para la Paz, Zaragoza
- Ruiz, Alfonso (2004), "Paz y Guerra," In *Filosofía Política II, Teoría Del Estado*, Trotta S.A., Madrid, 245–264.
- Russell, Bertrand (1959), *El conocimiento humano, su alcance y sus limitaciones*, Taurus, Madrid.
- Ryerson, Christie (2010), "Critical Voices and Human Security: To Endure, To Engage or To Critique?", *Security Dialogue*, 41(2), 169-190.
- Sader, Emir (2006), "América Latina En El Siglo XXI", *Política y Movimientos Sociales En Un Mundo Hegemónico. Lecciones Desde África, Asia y América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 51–80.
- Said, Edward W. (2005), *Cubriendo El Islam, Cómo Los Medios de Comunicación y Los Expertos Determinan Nuestra Visión Del Resto Del Mundo*, Editorial Debate, Barcelona.
- Salazar Benítez, Octavio (2010), "Espacio Público y Paz Social" *Revista paz y conflictos*, 3, 23–43.
- Saldaña, J. (2014), "Computer Assisted Qualitative Data Analysis (CAQDAS) en Miles, M.B. M.A. Huberman, J. Saldaña (eds.), *Qualitative Data Analysis. A Methods Soucerbook*, Sage, Los Ángeles (Estados Unidos).
- Sampson, Cynthia, Mohammed Abu-Nimer, Claudia Liebler, and Diana Whitney (2003), *Positive Approaches to Peacebuilding: A Resource for Innovator*, Pact Publication, Washington.
- Sandole, Dennis J. D (2010), *Peacebuilding. Preventing Violent Conflict in a Complex World*, Polity, Cambridge.
- Sanz, Eneko (2014), "Un Análisis Narrativo de Los Planes Estratégicos Para La Consolidación de La Paz", Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Sarihan, Ali (2014), "In Search of the Arab Uprisings: Social Movement, Revolution, or Democratization?". *Turkish Journal of Politics*, 5(1): 39–57.
- Sarmiento, Fernando (2009), *Condiciones para la negociación: Memorias Seminario de Paz*, CINEP, Colciencias, Bogotá.
- Schirch, Lisa (2014), *The Little Book of Strategic Peacebuilding, A Vision and Framework for Peace with Justice*, Good Books, New York.



- Schock, Kurt (2005), *Unarmed Insurrections*. Minneapolis, University of Minnesota Press, Londres.
- Schumann, Peter (2014), "Local Ownership and the Settlement of Civil Wars: External Intervention in Internal Armed Conflicts—Arguments for a Conceptual Framework of 'Political Ownership'", en S. Hellmuller y M. Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 15–30.
- Sckopol, Theda (1979), *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*. Cambridge: Cambridge University Press, Cambridge.
- Scott, Alan (1990) *Ideology and the New Social Movements*, Unwin Hyman, Londres.
- Scott, James (1985), *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven.
- Scott, James (2003), *Los Dominados y El Arte de La Resistencia*, Txalaparta, Navarra.
- Seminario Permanente de Educación por la Paz de la Asociación pro Derechos Humanos (1994), *Educar Para La Paz, Una Propuesta Posible*, Los libros de la Catarata, Madrid.
- Sen, Amartya (2007), *Identity and Violence: The Illusion of Destiny*, Penguin Books, New Delhi.
- Seoane, José, Emilio Taddei y Clara Algranati (2006), "Las Nuevas Configuraciones de Los Movimientos Populares En América Latina." en Boron, Atilio A., y Gladys Lechini (eds.) *Política y Movimientos Sociales En Un Mundo Hegemónico. Lecciones Desde África, Asia y América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 227–50.
- Shapcott, Richard (2008), "Critical Theory", en Reus-Smit, C. y Duncan Snidal, *The Oxford Handbook of International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 327–345.
- Shapiro, Ilana (2006), "Extending the Framework of Inquiry: Theories of Change in Conflict Interventions", en *Social Change and Conflict Transformation*, Berghof Research Center for Constructive Conflict Management, Berlín, 61–68.
- Sharp, Gene (1973), *The Politics of Nonviolent Action*, Porter Sargent Publisher, Boston.
- Sharp, Gene (2005), *Waging Nonviolent Struggle: 20th Century Practice and 21st Century Potential*, Porter Sargent, Boston.
- Simons, Claudia, Franzisca Zanker, Andreas Mehler y Denis M. Tull (2013), "Power-Sharing in Africa's War Zones: How Important Is the Local Level?", *The Journal of Modern African Studies*, 51(4), 681–706.
- Sisk, Timothy D. (2008), "Peacebuilding as Democratization: Findings and Recommendations", en Jarstad, Anna K. y Timothy D. Sisk (eds.), *From War to Democracy, Dilemmas of Peacebuilding*, University Press, Cambridge, 239–259.

- Sjoberg, Laura (2013), "Anarchy, Structure, Gender, and War(S)". en *Gendering Global Conflict: Toward a Feminist Theory of War*, Columbia University Press, Nueva York: 68–105.
- Smelser, Neil J. (1989), *Teoría del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Smith, Steve (2001), "Reflectivist and constructivist approaches to International theory", en Baylis John y Steve Smith, *The Globalization of World Politics, An Introduction to International Relations*, Oxford University Press, Oxford, 224-249.
- Smithey, Lee A. (2013), "Identity Formation in Nonviolent Struggles.", en Bartkowski, Maciej J. (ed.), *Recovering Nonviolent History: Civil Resistance in Liberation Struggles*, 31–47.
- Smithey, Lee A. y Lester R. Kurtz (2003), "Parading Persuasions: Nonviolent Collective Action as Discourse in Northern Ireland", *Social Movements, Conflicts, and Change*, 24, 319-359.
- Snow, David A. y Robert Benford (1988), "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization", *International Social Movement Research*, 1, 197-217.
- Snow, David A. y Robert Benford (1992), "Master Frames and Cycles of Protest.", en Aldon, Morris y Carol Mueller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*, Yale University Press, New Haven, 133–55.
- Snow, David A., Burke Rochford, Steven Worden y Robert Benford (1986), "Frame Alignment Processes, Micro-Mobilization, and Movement Participation", *American Sociological Review*, 51, 464-481.
- Snow, David A., Louis A. Zurcher y Sheldon Eklund-Olson (1980), "Social Networks and Social Movements: A Microstructural Approach to Differential Recruitment". *American Sociological Review*, 45(5), 787-801.
- Snow, David A., y Robert Benford (1988), "Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization". *International Social Movement Research*, 1, 197-217.
- Spivak, Gayatri C. 1999, *A Critique of Postcolonial Reason: Toward a History of the Vanishing Present*, Cambridge MA: Harvard University Press.
- Stave, Svein Erik (2011), *Measuring peacebuilding: challenges, tools, actions*. NOREF Policy Brief (Vol. 2), Oslo.
- Stavenhagen, Rodolfo (2000), *Conflictos Étnicos y Estado Nacional*, Siglo XXI, México.
- Steans, Jill y Lloyd Pettiford (2001), *International Relations, Perspectives and Themes*, Longman, Harlow (Reino Unido).
- Steger, Manfred B (2000), *Gandhi's Dilemma: Nonviolent Principles and Nationalist Power*, St. Martin's Press, Nueva York.
- Stephan, Maria J. y Erica Chenoweth (2008), "Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict", *International Security*, 33(1), 7-44.

- Stephenson Jr., Max y Laura Zanotti (2012), *Peacebuilding Through Community-Based NGOs*, Kumarian Press, Sterling.
- Svampa, Maristella (2010), *Movimientos Sociales, Matrices Socio-Políticas y Nuevos Escenarios En América Latina*, Universitätsbibliothek Kassel, Kassel (Alemania).
- Swygendouw, E. 1992, "The Mammon Quest, 'Glocalisation', Interspatial Competition and the Monetary Order: The Construction of New Scales," en *Cities and Regions in the New Europe: The Global-Local Interplay and Spatial Development Strategies*, eds. M. Dunford and G. Kafkalas, Bellhaven Press, London
- Sztompka, Piotr (2004), *Sociología del cambio social*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tarde, Gabriel (1903), *The Laws of Imitation*, Holt, Nueva York.
- Tarrow, Sidney (1983), "Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change During Cycles of Protest", *Western Societies Program Occasional*, 15, New York Center for International Studies, Cornell University, Ithaca, Nueva York
- Tarrow, Sidney (1989), *Democracy and Disorder: Protest and Politics in Italy, 1965-1975*, Oxford University Press, Oxford.
- Tarrow, Sidney (1999), "Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales", en McAdam, Doug, John D. McCarthy, and Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos Sociales: Perspectivas Comparadas*, Istmo, Madrid, 71–99.
- Tarrow, Sidney (2002), "Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación" en Mark Tragott (ed.), *Protesta social. Repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona, 99–130.
- Tarrow, Sidney (2004), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tarrow, Sidney (2015), *War, States and Contention: A Comparative Historical Study*, Cornell University Press, New York.
- Taylor, Verta y Nancy Whittier (1992), "Collective Identity in Social Movement Communities: Lesbian Feminist Mobilization" en Morris, Aldon y McClurg, Carol, *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, Yale, 104-129
- Teggart, Frederick J. (1918), *The Processes of History*, Yale University Press, New Haven.
- Thompson, Edward P. (1963), *The Making of the English Working Class*. Random House, Nueva York.
- Thompson, Edward P. (1971), "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteen Century", *Past and Present*, 50, 76–136.
- Tickner, Ann (1992), *Gender in International Relations, Feminist Perspectives on Achieving Global Security*, Columbia University Press, Nueva York.
- Tickner, Ann (2001), *Gendering World Politics, Issues and approaches in the post-Cold War era*, Columbia University Press, Nueva York.

- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Adisson-Wesley Publishing Co., Reading, MA.
- (1986), *The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle*, Harvard University Press, Cambridge.
- (1990), *Modelos y realidades de la acción colectiva popular*, Zona Abierta, 54/55.
- (1993), *European Revolutions, 1492-1992*, Blackwell, Oxford.
- (1995), "Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas". *Sociológica*, 28, 13-60.
- (2002a), *Stories, identities, and Political Change*, Rowman & Littlefield, Lanham, Maryland
- (2002b), "Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834", en Traugott, Mark (ed.), *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Editorial Hacer, Barcelona, 17-47.
- (2003), *The Politics of Collective Violence*, Cambridge University Press, Nueva York, Cambridge.
- (2007), *Violencia Colectiva*, Hacer, Barcelona.
- Tilly, Charles, y Lesley J. Wood (2010), *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Crítica, Barcelona.
- Tilly, Charles, y Wood, Lesley J (2010), *Los Movimientos Sociales, 1768-2008. Desde Sus Orígenes a Facebook*, Crítica, Barcelona.
- Tönnies, Ferdinand (1977), *Communauté et société: Catégories fondamentales de la sociologie pure*, Retz, Paris.
- Touraine, Alain (1973), *Production de La Société*, Seuil, París.
- (1976), *Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina.*, Siglo XXI, México.
- (1978), *La Voix et le Regard*. Seuil, Paris.
- (1981), *The Voice and the Eye: An Analysis of Social Movements*, Cambridge University Press, Nueva York.
- (1987), *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, PREALC, Santiago de Chile.
- (1990), *Movimientos sociales de hoy. Actores y analistas*, Hacer, Barcelona.
- (1994), *¿Qué es la democracia?*, Temas de Hoy, Madrid.
- (1997), *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*, Fayard, París.

- Traubgott, Mark (1995), *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham and University Press, London.
- Turner, Ralph H., y Lewis Killian (1987), *Collective Behavior*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.
- Valters, Craig. 2015. *Theories of Change. Time for a Radical Approach to Learning in Development*. Overseas Development Institute (ODI), London.
- Van de Veen, Hans. (2002), "Feeding Armies and Militias or Supporting a Path to Peace?", Galaman, A. y P. Tongeren, *Towards Better Peacebuilding Practice, On Lessons Learned, Evaluation Practices and Aid & Conflict*, European Centre for Conflict Prevention, Utrecht, 157–178.
- Vicenç, Fisas (1998), "Manual Del Buen Explorador En Iniciativas de Cultura de Paz", en *Cultura de Paz y Gestión de Conflictos*, Icaria, UNESCO, Barcelona, 1–15.
- Vogel, Isabel (2012), "Review of the use of *Theory of Change* in International Development", *American Journal of Evaluation*, 24, Londres.
- Volkan, Vamik (1997), *Bloodlines: From Ethnic Pride to Ethnic Terrorism*, Westview Press, Nueva York.
- von Billerbeck, Sarah B. K. (2015), "Local Ownership and un Peacebuilding: Discourse versus Operationalization", *Global Governance*, 21(2), 299–315.
- Waever, Ole (1995), "Securitization and Desecuritization", en Lipschutz, Ronnie (ed.), *On Security*, Columbia University Press, Nueva York, 46-87.
- Waever, Ole (2008), "Peace and Security: Two Evolving Concepts and Their Changing Relationship," en Hans G. Brauch et al. (eds.) *Globalization and Environmental Challenges, Reconceptualizing Security in the 21st Century*, Springer, Nueva York, 99–112.
- Waever, Ole, Barry Buzan, Morten Kelstrup y Pierre Lemaitre (1993), *Identity, Migration and the New Security Agenda in Europe*, Pinter, Londres.
- Walker, Rob B. J. 1993, *Inside/Outside, International Relations as Political Theory*, Cambridge (Reino Unido): Cambridge University Press.
- Wallensteen (2011), *Understanding Conflict Resolution*, Working Paper 43 (6), 650-660.
- Wallensteen, Peter y Margareta Sollenberg (2001), "Armed Conflict, 1989-2000." *Journal of Peace Research*, 38(5), 629–644.
- Weede, Erich (1987), "Some new evidence on correlates of political violence: Income inequality, regime repressiveness, and economic development", *European Sociological Review*, 3, 97-108.
- Weinsten, James (1967), *The Decline of Socialism in America: 1912-1925*, Vintage Books, Nueva York.

- White, James W (2002), "Ciclos y Repertorios de Contestación Popular En Japón a Principios de La Era Moderna". In *Protesta Social. Repertorios y Ciclos de La Acción Colectiva*, Hacer, Barcelona: 163–192.
- Wild, Claude (2014), "Peacebuilding: Switzerland's Approach to Local Ownership", en Hellmüller, Sara y Martina Santschi (eds.), *Is Local Beautiful? Peacebuilding between International Interventions and Locally Led Initiatives*, Springer, Londres, 79–86
- Wilde, Jaap H. 2008, "Environmental Security Deconstructed," en Hans G. Brauch et al. (eds.) *Globalization and Environmental Challenges, Reconceptualizing Security in the 21st Century* Springer, Nueva York, 595–601.
- Wilkinson, David (2015), "Matthew Melko and the Study of Real Peace", *Comparative Civilizations Review*, 73, 17–26.
- Woodrow, Peter, y Nick Oatley (2013), *Practical Approaches to Theories of Change in Conflict, Security & Justice Programmes. Part I: What They Are, Different Types, How to Develop and Use Them*. London.
- Wyn Jones, Richard (1995), "Message in a bottle? Theory and Practice in Critical Security Studies", *Contemporary Security Policy*, 16(3), 299-319.
- Wyn Jones, Richard (1999), *Security, Strategy and Critical Theory*, Lynne Rienner, Boulder, Colorado (Estados Unidos).
- Wyn Jones, Richard (2001), "Introduction, Locating Critical International Theory", en Wyn Jones, Richard (ed.), *Critical Theory and World Politics*, Lynne Rienner, Boulder, Colorado (Estados Unidos), 1-19.
- Young, Iris Marion (2000), *La Justicia y La Política de La Diferencia*. Ediciones Grupo Anaya S.A., Universitat de València, Madrid.
- Yousuf, Zahbia (2015), "Local Engagement with Armed Groups: In the Midst of Violence", *Accord Insight*, 2, 6-9.
- Zald, Mayer, y Roberta Ash (1966), "Social Movements Organizations", *Social Forces* 44: 327–341.
- Zibechi, Raúl (2007a), *Autonomías y emancipaciones: América Latina en movimiento*. Programa Democracia y Transformación Global y Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Zibechi, Raúl (2007b), *Dispersar el poder. Los movimientos sociales como poderes antiestatales*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá.
- Zibechi, Raúl (2008), *Territorios en resistencia: cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*, Lavaca, Buenos Aires.
- Zirion-Landaluze, Iker 2017, "Críticas al Modelo de Construcción de 'Paz Liberal' En Contextos Posconflicto En El África Subsahariana," *Iberoamerican Journal of Development Studies* 6(2): 28–47.
- Zolberg, Aristide R. (1972), "Moments of madness", *Politics and Society*, 2, 183–207.

- Zubero, Imanol (1996), *Movimientos Sociales y Alternativas de Sociedad*, Ediciones Hoac, Madrid.
- Zuluaga, Jaime (2003), "Colombia: entre la democracia y el autoritarismo", en Seone, José (comp.), *Movimientos Sociales y conflicto en América Latina*, OSAL, Buenos Aires.
- Zuluaga, Jaime (2006), "Una Tricontinental Del Conocimiento: Un Espacio Para La Cooperación Sur-Sur.", *Política y Movimientos Sociales En Un Mundo Hegemónico. Lecciones Desde África, Asia y América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 399–405.
- Zunes, Stephen (1994), "Unarmed Insurrections against Authoritarian Government in the Third World: A New Kind of Revolution", *Third World Quarterly*, 15(3), 403–426.
- Zunes, Stephen (2009), "Weapons of Mass Democracy". *YES Magazine*: 6.
- Zunes, Stephen y Jacob Mundy (2010), *Western Sahara: War, Nationalism and Conflict Irresolution*, Syracuse University Press, Nueva York.

### Bibliografía Estudio de Caso

- Abello Colak, Alexandra (2013), "De un enfoque para el estudio de la seguridad centrado en la Guerra a uno centrado en la Paz," en *Paz, Paso a Paso. Una Mirada a los Conflictos Colombianos desde los Estudios de Paz*, Centro de Investigación y educación popular, Bogotá, 171-192.
- Acosta, Joaquín (1996), *Compendio histórico-descubrimiento y colonización de la Nueva Granada 1800-1852*, Imp. de la Luna, Bogotá.
- Archila Neira, Mauricio (2003), *Idas y Venidas, Vueltas y Revueltas: Protestas Sociales en Colombia 1958-1990*, Centro de Investigación y educación popular, CINEP, Bogotá.
- Archila, Mauricio (2010), *Entrevista a Vasco Uribe*, Disponible en: <http://www.luguiva.net/articulos/detalle.aspx?id=84>.
- Arocha, Jaime (1998), "Etnia y Guerra: Relación ausente en los estudios sobre las violencias colombianas," en Jaime Arocha, Fernando Cubides y Myriam Jimeno, (eds.), *Las Violencias: Inclusión Creciente*, Facultad de Ciencias Humanas y Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional, Bogotá, 205–235.
- Bejarano, Ana María (2010), "Conflicto prolongado, múltiples protagonistas y negociaciones escalonadas", en Universidad de los Andes, *Conflicto Armado, Seguridad y Construcción de Paz en Colombia*, Bogotá, 45–68.
- Benavides T., Javier (2018), "Los nombres de nuestra guerra. Balance del Informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas en Colombia", *Análisis Político, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia* 93: 115–132.
- Benavides, Farid Samir y Sandra Borda (2019), "Introducción: El acuerdo de Paz entre el Gobierno Colombiano y las FARC-EP o La Paz Esquiva", *Revista Cidob d'Afers internacionals* 121, 7–18.

- Bonilla Sandoval y Víctor Daniel (1982), *Historia Política de Los Paeces*, Editorial Colombia Nuestra (2ªEd).
- Caballero, Henry (2013), "Proceso de Paz," en Fundación Sol y Tierra,(eds.), *Movimiento Quintín Lame: Una Historia desde sus Protagonistas*, Popayán, 154–178.
- Cahen, Daniel (2009), "Mesa: Principios, Mecanismos e Instrumentos a tener en cuenta en el caso de Colombia" en Justicia por Colombia y Universidad Carlos III de Madrid (eds.) *Conflicto y Derecho Internacional Humanitario*, Ediciones GPS, Madrid, 79–84.
- Caro Galvis, Catalina y Yeromines Valencia (2012), "El Caso de pequeñas y medianas minerías en el Cauca: ¿alternativas o amenazas a la Autonomía Indígena?", *Señas* 2, 17–27.
- Castañar, Jesús (2018), *El movimiento de resistencia indígena en el Cauca Colombiano*, Ediciones Revolussia, Cáceres.
- Castillo Gómez, Juan Carlos (2006), "El Estado-Nación pluriétnico y multicultural colombiano: la lucha por el territorio en la Reimaginación de la Nación y la Reivindicación de la Identidad Étnica de Negros e Indígenas," *Universidad Complutense de Madrid*, Madrid.
- Caviedes, Mauricio (2002), "Solidarios Frente a Colaboradores: Antropología y Movimiento Indígena en el Cauca en las décadas de 1970 y 1980", *Revista Colombiana de Antropología* 38, 237–260.
- Centro Colombiano de Estudios de Lenguas Aborígenes- UNIANDES (1993), *D'us Yuwe Nas Yuwete, Misa, Oraciones, Rosario, Cantos en Páez*, Caldono, Cauca, Colombia.
- CINEP (2010), *El Legado de las Políticas de Uribe: Retos para el Gobierno de Santos, Informe Especial*, Bogotá.
- CNRR - Grupo de Memoria Histórica, y Gonzalo Sánchez Gómez (2011), *El orden desarmado: la resistencia de la Asociación de Trabajadores Campesinos de Carare (ATCC)*, Taurus, Bogotá.
- CODHES, (2011), *¿Consolidación de Qué? Informe Sobre Desplazamiento y Conflicto Armado y Derechos Humanos en Colombia en 2010*, Bogotá.
- Collier, Paul (2005), "El desafío global de los conflictos locales", Serie desarrollo para todos. Banco Mundial.
- Collier, Paul y Anke Hoeffler (1998), *On Economic Causes of Civil War*, Working Paper, World Bank.
- Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV) (2015), Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia, disponible <http://www.altocomisionadoparalapaz.gov.co/mesadeconversaciones>
- DANE (2005), Censo General, disponible en <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-general-2005-1>.



- Duarte, Carlos (2016), *Desencuentros Territoriales*. La emergencia de los conflictos interétnicos e interculturales en el departamento del Cauca, IEI, Bogotá.
- El Tiempo, “*Van 114 desmovilizados de las Farc asesinados*”, 15 de mayo de 2019 (visto última vez, el 25 de mayo de 2019).
- Espinell Rubio, Adriana Gladys (2013), “Representaciones de Movimiento Indígena del Cauca en la prensa Regional”, en *Actas – V CILCS, Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*, ed. Tenerife, Sociedad Latina de Comunicación Social – La Laguna, Universidad de la Laguna-Tenerife, 22, Disponible en: [http://www.revistalatinacs.org/13SLCS/2013\\_actas.html](http://www.revistalatinacs.org/13SLCS/2013_actas.html).
- Fernández Matos, Carolina Dhayana y María Nohemí González-Martínez (2019), “La Paz sin las Mujeres ¡No va! El proceso de Paz colombiano desde la perspectiva de Género”, *Revista Cidob d’Afers internacionals* 121, 113–134.
- Findji, María Teresa y José María Rojas (1985), *Territorio, Economía y Sociedad Páez*, en Universidad del Valle, Cali, Colombia.
- Flores, Thomas E. y Juan F. Vargas (2018), “Colombia: Democracy, Violence, and the Peacebuilding Challenge”, *Conflict Management and Peace Science* 35(6), 581–586.
- García, Clara Inés (2009), *Universos Socioespaciales. Procedencias y Destinos*, Universidad de Antioquia, Medellín.
- García, Clara Inés (2013), “Violencia, Resistencias y Ciudadanía en localidades Campesinas de Colombia: Comparaciones”, *Análisis Político, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia* 77: 39–56.
- García-Durán, Mauricio (2006), *Movimiento Por La Paz en Colombia, 1978-2003*, Centro de Investigación y educación Popular, CINEP, Bogotá.
- García-Durán, Mauricio (2013), “Movimiento por la paz en Colombia (1978-2003)” en *Paz, Paso a Paso: Una Mirada a Los Conflictos Colombianos Desde Los Estudios de Paz*, Pontificia Universidad Javeriana, CINEP, Bogotá, 81–101.
- Giraldo, Javier (coord.) (2013), *Paz sin crímenes de Estado, memoria y propuestas de las víctimas*, MOVICE, Bogotá, 17–34.
- GMH (2013), *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad*, Bogotá.
- González Díaz, Sandra Milena (2018), “El desplazamiento forzado interno. Una comparación entre Colombia y Perú”, *Estudios Políticos*, 53, 100–125.
- González, Fernán E (1999), *Colombia, una nación fragmentada*, Bilbao.
- González, Fernán E (2014), *Poder y Violencia En Colombia*, Odecofi-Cinep, Bogotá.
- González, Fernán E, Ingrid J. Bolívar y Teófilo Vázquez (2002), *Violencia Política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Cinep, Bogotá.
- González, Fernán E. y Silvia Otero (2010), “La presencia diferenciada del Estado: Un desafío a los conceptos de gobernabilidad y gobernanza”, en *Gobernanza y*

*Conflicto en Colombia, Interacción entre gobernantes y gobernados en un contexto Violento*, Cinep, Bogotá, 28–36.

Gros, Christian (2000), *Políticas de La Etnicidad*, (eds.) Instituto Colombiano de Antropología Historia y Modernidad.

Gutiérrez Sanín, Francisco y Gonzalo Sánchez Gómez (2006), “Prólogo: en *nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 13–32.

Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna (1963), *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social*. Tercer Mundo, Bogotá.

Guzmán B., Álvaro (2010), “Acción Colectiva y Región: El norte del Cauca y el sur del Valle (2006-2007)” en *Etnicidad, Acción Colectiva y Resistencia: el Norte del Cauca y el sur del Valle a comienzos del Siglo XXI*, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 193–301.

Hernández Delgado, Esperanza (2006), “La Resistencia Civil de Los Indígenas Del Cauca”, *Papel político*, 11(1), 177–220.

Hernández Lara, Jorge (2007), “La práctica de la No Violencia y su costo en dos episodios: una masacre paramilitar en San José de Apartadó y una toma guerrillera en Toribío,” *Revista Sociedad y Economía* 13: 27–43.

Hernández Lara, Jorge (2003), “Formas de acción colectiva contra la guerra en el Movimiento Indígena del Suroccidente Colombiano,” *Revista Sociedad y Economía* 5, 109–124.

Hobsbawm, Eric (2014), *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Editorial Planeta, Barcelona.

Houghton, Juan (2015), “Colombia: El Congreso de los Pueblos,” en *¿Cómo Transformar? Instituciones y Cambio Social en América Latina*, Fundación Rosa Luxemburg, Abya-Yala, Cali, Colombia, 93–143.

Indepaz (2012), “Cartografía del conflicto. Narcoparamilitares y guerrilla”, *Punto de Encuentro*, 58.

Intituto Kroc (2019), Actualización del Informe III: “Estado efectivo de implementación del Acuerdo de Paz de Colombia, 2 años de implementación”. Disponible en <https://kroc.nd.edu/research/peace-processes-accords/pam-colombia/#Spanish>.

Jaramillo, Efraín (2012), “Los Indígenas del Cauca y el Resarcimiento de la Memoria”, *Colectivo Jenzera*.

Kaldor, Mary (2001), *Las Nuevas Guerras. Violencia Organizada en la era global*. Tusquets, Barcelona.

Keen, David (1998), *The economic functions of violence in civil wars*. International Institute for Strategix Studies Oxford.

- Koonings, Kees y Krujit Dirk (2004), *Armed Actors: Organized Violence and State Failure in Latin America*, Zed Books, Londres-Nueva York.
- López Fernández, Jesús (2009) *La minga se hizo verbo y camina la palabra como propuesta política de resistencia*, CIMA, Popayán.
- Laurent, Virginie (2005), *Comunidades Indígenas, Espacios Políticos y Movilización Electoral en Colombia, 1990-1998. Motivaciones, campos de acción e impactos*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Instituto Francés, Bogotá.
- Laurent, Virginie (2007), "Entre Tradición e Innovación: Ejercicios Indígenas de Poder en Colombia," en Odile Hoffman y María Teresa Rodríguez,( eds.), *Los Retos de la Diferencia. Los Actores de la Multiculturalidad entre México y Colombia*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México D.F., 111–143.
- Leal Buitrago, Francisco (2010), "La doctrina de seguridad nacional en América Latina", en Universidad de los Andes, *Conflicto Armado: Seguridad y Construcción de Paz en Colombia*, Bogotá:, 273–314.
- Linares, Alba (2015), Memoria del I Encuentro Intercultural por la Paz, Fundación Ford, Santiago de Chile (sin publicar).
- Llorente, María Victoria y An Vranckx (2012), "El control democrático de las armas ilegales en Colombia: una apuesta de construcción de Paz," en Angelika Rettberg (ed.), *Construcción de Paz en Colombia*, Universidad de los Andes, 383–403.
- Mantilla, Silvia (2013), "Conflicto y Paz en Colombia en Tiempos de Globalización", en Cinep, *Paz, Paso a Paso, una mirada a los conflictos colombianos desde los estudios de Paz*, Bogotá, 217–240.
- Martínez Bernal, Daniel (2016), "La Noviolencia en los Nasa, del norte del Cauca: relaciones entre la teoría y la experiencia específica", *Polis Revista Latinoamericana*, 43.
- Milliken, Jennifer y Keith Krause (2002), "State Failure, State Collapse, and State Reconstruction: Concepts, Lessons and Strategies," *Development and Change* 33(5): 753–774.
- Moncada, Patricia (2007), "Los Estados Fallidos o Fracasados: un Debate Inconcluso y Sospechoso," en *Los Estados Fallidos O Fracasados: un Debate Inconcluso y Sospechoso*, Bogotá: Nuevo Pensamiento Jurídico, 21–150.
- Múnera Ruiz, Leopoldo (1998), *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, ed. CEREC y Universidad Nacional de Colombia, UNIBIBLOS, Bogotá.
- Münkler, Herfried (2005), *Viejas y nuevas guerras: asimetría y privatización de la violencia*, Siglo XXI, Bogotá.
- Nasi, Carlo (2006), "Spoilers in Colombia: Actors and Strategies", en Edward Newman y Oliver P. Richmond, (eds.), *Challenges to Peacebuilding: Managing Spoilers during Conflict Resolution*, United Nations University Press, 219–241.

- Nasi, Carlo (2012), "Instituciones Políticas para el Postconflicto," en *Construcción de Paz en Colombia*, Universidad de los Andes, Bogotá, 51–85.
- Oquist, Paul H. (1978), *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Instituto de Estudios Colombianos, Bogotá.
- Oeindrila, Dube, y Juan F. Vargas (2013), "Commodity Price Shocks and Civil Conflict: Evidence from Colombia", *Review of Economic Studies* 80: 1384–1421.
- Oppenheim, B., A. Steele, Juan F. Vargas y M. Weintraub (2015), "True Believers, Deserters, and Traitors: Who Leaves Insurgent Groups and Why", *Journal of Conflict Resolution* 59(5): 794–823.
- Palacios, Marco (1995), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Editorial Norma, Bogotá.
- Pécaut, Daniel (1987), *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, CEREC, Siglo XXI, Bogotá.
- Pécaut, Daniel (2001), *Guerra Contra La Sociedad*, Editorial Planeta Colombiana, Bogotá.
- Pécaut, Daniel (2001), "Prólogo" en Editorial Planeta Colombiana, *Guerra Contra la Sociedad*, Bogotá, 9–20.
- Pécaut, Daniel (2015), "Una Lucha Armada al Servicio del Statu Quo Social y Político", en Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas (CHCV), *Contribución al Entendimiento del Conflicto Armado en Colombia*, Bogotá, 1–27.
- Pequí, Reinel (2002), "Guerra, Proceso Organizativo y Juventud Indígena", *Señas* 2, 42–48.
- Peñaranda Supelano, Daniel Ricardo (2015), *Guerra Propia, Guerra Ajena. Conflictos Armados y Reconstrucción Identitaria en los Andes Colombianos. El Movimiento Armado Quintín Lame*, CNMH-IEPRI, Bogotá.
- Pizarro Leongómez, Eduardo (1996), *Insurgencia sin revolución: La Guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*, ed. IEPRI. Bogotá.
- Pizarro Leongómez, Eduardo (2011), *Las Farc (1949-2011) de Guerrilla Campesina a Máquina de Guerra*, Editorial Norma, Bogotá.
- Pizarro Leongómez, Eduardo y Ana María Bejarano (2003), "Colombia, ¿hacia un Estado Fracasado?" *Harvard Review of Latin America* spring (Colombia. Beyond Armed Actors: A Look at Civil Society): 11–13.
- Prieto, Carlos, Catalina Rocha y Isabela Marín (2014), *Seis tesis sobre la evolución reciente del conflicto armado en Colombia*, Bogotá.
- Ramírez, Luz Helena (2010), "Haritik", en *Sindicalismo y Terrorismo de Estado en Colombia*, Ipar Hegoa, Bilbao, 1–16.
- Rincón García, John Jairo (2009), "Diversos y Comunes: Elementos Constitutivos Del Conflicto Entre Comunidades Indígenas, Campesinas y Afrocolombianas En El Departamento Del Cauca." *Análisis Político*, 22(65), 53–93.

- Rappaport, Joanne (1990), *The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*, Cambridge.
- Rappaport, Joanne (2004), *Retornando la mirada: investigación colaborativa interétnica sobre el Cauca a la entrada del milenio*, Universidad del Cauca, Popayán (Colombia).
- Rappaport, Joanne (2005), *Intercultural Utopias. Public Intellectuals, Cultural Experimentation and Ethnic Pluralism in Colombia*, Duke University Press, Durham y Londres.
- Rappaport, Joanne (2008), *Utopías interculturales intelectuales públicos, experimentos con la cultura y pluralismo étnico en Colombia*, editorial de la Universidad del Rosario, Bogotá.
- Restrepo, Jorge A., Michael Spagat y Juan F. Vargas (2006), "No Title" *Journal of Peace Research* 43(1): 99–115.
- Restrepo, Jorge A., Andrés R. Vargas y Teófilo Vásquez (2011), *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y Territorio en el sur de Colombia*, Cinep, Cerac, Odecofi, Colciencias, Bogotá.
- Rettberg, Angelika y Carlo Nasi (2006), "Los estudios son conflicto armado y paz: un campo en evolución permanente," *Colombia Internacional*, 62, 64-85.
- Rettberg, Angelika (2012), "Construcción de Paz en Colombia: Contexto y Balance", en Universidad de los Andes *Construcción de Paz en Colombia*, Bogotá, 3–50.
- Rettberg, Angelika, Ralf J. Leiteritz, Carlo Nasi y Juan D. Prieto (2018), *¿Diferentes Recursos, Conflictos Distintos? La economía política regional del conflicto armado y la criminalidad en Colombia*, ed. Angelika Rettberg, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Richani, Nazih (2013), *Systems of Violence: The Political Economy of War and Peace in Colombia*, State University Press of New York.
- Ríos Sierra, Jerónimo, Germán Bula Escobar y Roberto Brocate Pirón (2012), "Estado de Derecho y Violencia Armada en Colombia (2000-2011)", *Revista Paz y Conflictos* 6: 6–31.
- Rojas, Diana Marcela (2006), "Estados Unidos y la guerra en Colombia," en IEPRI-Norma, *Nuestra Guerra Sin Nombre, Transformaciones del Conflicto en Colombia*, Bogotá, 38–69.
- Rojas, José María y Elías Sevilla Casas (1994), "El campesinado en la formación territorial del suroccidente colombiano", en Renán Silva (ed.), *Territorios, regiones y sociedades*, Universidad del Valle, CEREC, Bogotá.
- Roldán, Mary (2003), *A Sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Rotberg, Robert I (2003), "Failed States, Collapsed States, Weak States: Causes and Indicators," en : Brookings Institution Press, World Peace Foundation, *State Failure and State Weakness in a Time of Terror*, Mass, Cambridge, Washington D.C, 1–25.

- Rubio, Mauricio (1998), "Rebeldes y Criminales. Una crítica a la tradicional distinción entre el delito político y el delito común," en Jaime Arocha, Fernando Cubides, y Myriam Jimeno, (eds.), *Las Violencias: Inclusión Creciente*, Facultad de Ciencias Humanas y Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional, Bogotá.
- Salazar Benítez, Octavio (2010), "Espacio Público y Paz Social", *Revista paz y conflictos*, 3, 23–43.
- Sánchez Gómez, Gonzalo (1989), "Violencia, Guerrillas y Estructuras Agrarias," en *Nueva Historia de Colombia (Tomo II)*, Editorial Planeta Colombiana, Bogotá.
- Sánchez Iglesias, Eduardo y Vicente Sánchez Jiménez (2019), "El Enfoque Territorial en el Proceso y el Acuerdo de Paz Colombianos," *Revista Cidob d'Afers internacionals* 121: 67–90.
- Sánchez, Fabio y Mario Chacón (2006), "Conflicto, estado y descentralización: Del progreso social a la disputa armada por el control local, 1974-2002," en IEPRI-Norma, *Nuestra Guerra Sin Nombre. Transformaciones del Conflicto en Colombia*, Bogotá.
- Sánchez, Luis Carlos, Andrés R. Vargas y Teófilo Vásquez (2011), "Las diversas trayectorias de la guerra: un análisis subregional," en Cinep, Cerac, Odecofi, Colciencias, *una Vieja Guerra en un Nuevo Contexto. Conflicto y Territorio en el Sur de Colombia*, Bogotá.
- Sandoval Forero, Eduardo A (2008), *La Guardia Indígena Nasa y El arte de la resistencia pacífica*, Hemera, Bogotá.
- Sandoval Forero, Eduardo A (2009), "Resistencia Pacífica-Activa de Los Indígena Nasa en Colombia," en *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de Buenos Aires.*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 0–17.
- Tattay Bolaños, Libia (2012), "El Hilo de Las Mujeres en el Consejo Regional Indígena del Cauca," en ed. Centro de Memoria Histórica, *Nuestra Vida Ha Sido Nuestra Lucha. Resistencia y Memoria en el Cauca Indígena*, Bogotá.
- Tattay, Pablo y Peña, Jesús Elvio (2013), *Movimiento Quintín Lame: Una Historia desde Sus Protagonistas*, ed. Fundación Sol y Tierra, Popayán, Colombia.
- Uribe, María Teresa (1998), "Las Soberanías en Vilo en un contexto de guerra y paz", *Estudios Políticos*, 13, 11-37.
- Valencia Llano, Alonso y Francisco Uriel Zuluaga Ramirez (1992), *Historia Regional del Valle del Cauca*, Centro Editorial Facultad de Humanidades-Universidad del Valle, Cali.
- Van de Sandt, Joris J. (2007), "Behind the Mask of Recognition: Defending Autonomy and Communal Resource Management in Indigenous Resguardos, Colombia," *Universiteit van Amsterdam*.
- Vargas Velásquez, Alejo (1999), Conflicto social y violencia política, *América Latina Hoy*, 23, 5-15.

- Vasco Uribe, Luis Guillermo (2008), "Quintín Lame: Resistencia y Liberación," *Tabula Rasa* No.9: 371–383.
- Vásquez, Teófilo (2008), "Las nuevas guerras y el conflicto armado en Colombia." *Controversia* 190, 281–310.
- Vásquez, Teófilo y Andrés R. Vargas (2011), "Introducción. La Macrorregión Sur y Subregiones." en Odecofi-Cinep, *Una vieja guerra en un nuevo contexto. Conflicto y territorio en el sur de Colombia*, Bogotá, 25–33.
- Villa, William y Juan Houghton (2005), *Violencia Política Contra Los Pueblos Indígenas en Colombia, 1974-2004*, ed. Altovuelo, CECOIN, OIA, IWGIA, Medellín.
- Waldmann, Peter (1999), *Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular*, Paidós, Barcelona.
- Wallensteen, Peter y Margareta Sollenberg (2001), "Armed Conflict, 1989-2000", *Journal of Peace Research*, 38(5), 629-644.
- Yonda Canencio, Gustavo (2014), *Historia Ilustrada Del Cacique Juan Tama de La Estrella*, Ministerio de Educación Nacional, Bogotá. Disponible en [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-350592\\_recurso\\_1.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/micrositios/1752/articles-350592_recurso_1.pdf).
- Zamosc, León (1987), *La Cuestión Agraria y El Movimiento Campesino en Colombia*, ed. Cinep-Unrisd, Bogotá.
- Zibechi, Raúl (2007c), "Los Nietos de Quintín Lame", *América Latina en Movimiento*, Disponible en: <http://www.alainet.org/es/active/21021> (March 31, 2015).
- Zuluaga Nieto, Jaime (2009), "Orígenes, Naturaleza y Dinámica del Conflicto Armado," en Fabio E. (Coord.) Velásquez C., *las Otras Caras del Poder. Territorio, Conflicto y Gestión Pública en Municipios Colombianos*, Bogotá, 45–95.

### ***Diarios de campo (DC)***

- DC1, Foro Nacional de Víctimas, Cali, 3, 4 y 5 agosto 2014
- DC2, Preparación Marcha por la Paz, 5, 12, 14, 16 y 25 agosto 2014
- DC3, Propuesta Marcha por la Paz, Manuel Ramiro, 2 septiembre 2014
- DC4, Reflexiones conflictos sobre tierras, septiembre 2014
- DC5, Problemáticas MOVIMIENTOS SOCIALES, septiembre 2014
- DC6, Asamblea Tóez, Caloto, 28 enero 2015
- DC7, Visitas y reuniones en Corinto, 6 febrero 2015
- DC8, Reunión Indígenas-USAID, Corinto, 6 febrero 2015
- DC9, Recuperaciones de tierra en Corinto, 10 febrero 2016
- DC10, Foro Nacional de Paz, Bogotá, ONIC, 12 y 13 febrero 2015

- DC11, Negociación Toez-Caloto, 18 febrero 2015
- DC12, Cabildeo con Pacho, Corinto, 1 marzo 2015
- DC13, Reunión con delegados Banco Mundial, Cali, 5 marzo 2015
- DC14, Reunión con GTAN-Consulta Previa, Bogotá, 9 marzo 2015
- DC15, Reunión con Ministro Interior, Bogotá, 9 marzo de 2015
- DC16, Reflexiones sobre la Comisión de Facilitación y la Ruta de Negociación, 12 marzo 2015
- DC17, Asamblea Gualanday, 16 marzo 2015
- DC18, Intereses de los actores, 17 marzo 2015
- DC19, Ingenios Azucareros, 17 marzo 2015
- DC20, Desalineamiento de marcos y Contexto Paz, 17 marzo 2015
- DC21, Proceso de Paz y ventana de oportunidades, 19 marzo 2015
- DC22, Reunión Indígenas - Comisión de Facilitación, Cali, 8 abril 2015
- DC23, Reuniones Indígenas - Gobierno, Popayán, 19 abril 2015
- DC24, Antecedentes y razones para un piloto de paz territorial en el norte del Cauca, 2015
- DC25, Reunión en Las Delicias, 11 mayo 2015
- DC26, Reunión ONIC-ACIN, Corinto, 21 y 22 mayo 2015
- DC27, Charla MRM, Toez-Caloto, 30 mayo 2015
- DC28, Reunión Piloto de Paz, 31 julio 2015
- DC29, Acuerdo Humanitario Indígenas - FARC, CECIDIC-Toribío, agosto 2015
- DC30, Notas sobre proceso de paz, CECIDIC-Toribío, 13 agosto 2015
- DC31, Notas sobre detención de Feliciano Valencia, septiembre-octubre 2015
- DC33, Notas sobre “Espacio de dialogo de organizaciones sociales del Cauca”, 1 octubre 2015
- DC34, Relación Gobierno Propio y Alcaldía, CECIDIC-Toribío, 6 octubre 2015
- DC35, Situación de los resguardos, CECIDIC-Toribío, 9 de octubre 2015
- DC36, Relatoría, CECIDIC-Toribio, 9 octubre 2015
- DC37, Visita equipo de paz de la ACIN, Santander, 21 octubre 2015
- DC38, Notas sobre “Espacio de dialogo de organizaciones sociales del Cauca”, Guambía-Silvia, 29 octubre 2015
- DC39, Observaciones “Espacio de dialogo de organizaciones sociales del Cauca”, Guambía-Silvia, 21 octubre 2015
- DC40, Notas reunión Oficina Alto Comisionado, 30 octubre 2015
- DC41, Notas reunión Procaña-Vallenpaz-IEI-AC, 30 octubre 2015
- DC42, Aniversario Asesinato Guardias Indígenas, Toribío, 5 noviembre 2015



- DC43, Visita resguardo de López Adentro, 10 noviembre 2015
- DC44, Notas reunión Economía Social y Solidaria, Santander, ACIN, 17 noviembre 2015
- DC45, Problemáticas en Corinto, febrero 2016
- DC46, Observaciones reuniones elaboración Planes de Desarrollo Toribío-Jambaló, 9 febrero 2016
- DC47, Estrategias CRIC frente al Proceso de Paz, 19 febrero 2016

### **Documentos externos (DEXT)**

- ACIN, Asamblea de juzgamiento y aplicación de remedio a guerrilleros de las FARC, Tejido de Comunicación, 1 febrero 2016
- ACIN, Amenazas de Águilas Negras, Boletín de DDHH, 29 marzo 2016
- ACIN, Nuevas Amenazas de Águilas Negras, Boletín de DDHH, 8 abril 2016
- ACIN, Comunicado a la opinión pública nacional e internacional, 16 septiembre 2015
- ACIN, comunicado a la opinión pública señalamientos OPIC, 1 junio 2015
- ACIN, Comunicado denuncia y movilización intercultural, febrero 2016
- ACIN, Comunicado Excusas y Castigo a Feliciano Valencia, 24 marzo 2015
- ACIN, Comunicado Juzgamiento Guerrilleros FARC, 31 enero 2016
- ACIN, Comunicado Radio, Control territorial Toez, 5 noviembre 2014
- ACIN, Estrategias para dividir al movimiento indígena, ACIN, 29 abril 2010
- ACIN, invitación organizaciones nacionales e internacionales Juzgamiento, 28 enero 2016
- ACIN, la ACIN y los tejidos de vida, 2015
- ACIN, Libertad para la Madre Tierra, 28 mayo 2010
- ACIN, Pronunciamiento denuncia violación DDHH, 3 marzo 2016
- ACIN, Pronunciamiento rechazo muerte patrullero, 25 marzo 2016
- ACIN, Pronunciamiento Solidaridad Berta Cáceres Honduras
- ACIN, territorios de paz (revisado), 2015
- ACIN, Comunicado Op Pública Nacional e internacional, 28 febrero 2015
- ACIN, Comunicado y Correspondencia privada, denuncia de la ACIN a la opinión pública, 27 febrero 2015,
- Almendra, LA PAZ DE LA MAMA KIWE EN LIBERTAD, DE LA MUJER SIN AMARRAS NI SILENCIOS, septiembre 2011
- CIDH, Resolución Caso Masacre Nilo 11.101, 28 octubre 1997
- CRIC, Al CRIC en sus 43 años de lucha

- CRIC, Comunicado Junta Ampliada Cohetando, 26 junio 2015
- CRIC, Comunicado y carta al gobierno, denuncia violación ddhh y dih, octubre-noviembre 2003
- CRIC, Comunicado, Recuperaciones 2007, 5 junio 2007
- CRIC, Convocatoria Debate Público Jurisdicción Indígena, 5 octubre 2015
- CRIC, convocatoria programación Minga de Justicias
- CRIC, Declaración Estado de Emergencia, 1999
- CRIC, Memoria al CRIC 43 AÑOS, 24 febrero 2014
- CRIC, Programa de Comunicaciones
- CRIC, Pronunciamiento Construcción de Paz, 13 febrero 2014
- CRIC, pronunciamiento guerra Toribio, 20 julio 2011
- CRIC, pronunciamiento sobre conflicto armado, Junta Ampliada 2015
- CRIC, Pronunciamiento Sol y Tierra al pueblo MISAK, amenazas NQL
- EPL, Amenazas a gobernadores, 30 octubre 2017
- FARC, Comunicado urgente de las FARC por asesinato guardias indígenas, La Habana, 8 noviembre 2014
- Gob, Creación CAPIC, Decreto 615-1984,1985
- IEI, mapas y propuesta Piloto de Paz NdC
- Jambaló, Comunicado Reclutamiento FARC, 28 mayo 2015
- MEDIOS, vía político-electoral, ASI
- MEDIOS, Corte Constitucional protección indígenas, 28 abril 2015
- MEDIOS, Crónicas, La fuerza del ombligo\_Guardia Indígena, octubre 2009
- MEDIOS, Crónicas, la guardia Indígena, la fuerza del ombligo, El Tiempo, 10 noviembre 2015
- MEDIOS, Demanda Decretos Autonómicos, 6 septiembre 2015
- MEDIOS, Detención Feliciano según Todd Howland
- MEDIOS, Entrevista Tejido Comunicación ACIN-CRIC, 22 abril 2013
- MEDIOS, Fondo Paez, Fundación Colombia Nuestra, 2002
- MEDIOS, Fumigaciones aéreas o Paz territorial, 5 julio 2015
- MEDIOS, Guardia Campesina encuentra Caleta de Paramilitares, 14 junio 2017
- MEDIOS, Indigenas-FARC, 13 febrero 2016
- MEDIOS, La larga y cruel lucha por la tierra en el Cauca, Verdad Abierta, 15 enero 2014
- MEDIOS, Primer Congreso del MST-NQL, desdeabajo, 28 mayo 2010
- MEDIOS, Quiénes son los dueños de la tierra en el Cauca, El País, 15 marzo 2013

- MEDIOS, Recuperación López Adentro, 22 febrero 2014
- MEDIOS, Rigoberta Menchú pide libertad para Feliciano Valencia \_ Consejo Regional Indígena del Cauca - CRIC
- MEDIOS, tensiones afro-indígenas por la recuperación La Albania, 9 noviembre 2015
- MEDIOS, ¿Hay un ala uribista del movimiento indígena?, Carlos Ramírez, 5 agosto 2012
- MST-NQL, Comunicación, Se inicia recuperación de tierras en el Cauca, 23 noviembre 2007
- MST-NQL, Convocatoria, Primer congreso del Movimiento de los Sin Tierra\_ Nietos de Manuel Quintín Lame, 25 abril 2010
- MST-NQL, Declaración política del primer congreso del Movimiento de los Sin Tierra Nietos de Quintín Lame, 12 mayo 2010
- MST\_NQL, Comunicación, Toma del predio Mal Abrigo, 11 octubre 2006
- Mujeres Cauca (ACIN...), declaración Mujeres IND-AFRO-CAMP contra la guerra, Santander de Quilichao, 14 marzo 2013
- Mujeres por la Paz, Programa Foro drogas ilícitas, 2013
- ONGs, Comunicado Acción Urgente Feliciano Valencia, 16 septiembre 2015
- ONGs, Solidaridad o Apoyo a la Resistencia Frente Minería, octubre 2015
- ONIC, Comunicado comisión política, proceso de paz, 22 mayo 2015
- ONIC, Comunicado Macro Norte, 5 mayo 2015
- ONIC, Comunicado Séptimo Día Desinformación, 3 agosto 2015
- ONIC, Informe Mujeres Indígenas Víctimas Conflicto Armado\_Violencia Sexual, 16 mayo 2012
- ONIC, zonas de concentración FARC, 2 febrero 2016
- OPIC, Comunicados, denuncia a ACIN-CRIC-Feliciano, enero-febrero-marz 2015
- Paras, Amenaza Aguilas Negras, octubre 2017
- PLANTE-PNUD, informe impacto\_cultivos\_ilicitos, Perfán, 1999
- Toribío, Comunicación, Toribio Territorio de paz
- Toribío-ACIN, Pronunciamiento, condena comuneros FARC, San Francisco, 29 abril 2013
- Tribunal Superior, Sentencia, FALLO TUTELA No. 2015 - 00060 - 00, 20 MAR 2015
- Tribunal Superior, Sentencia, FALLO TUTELA, Oficio No. 1422, 24 marzo 2015
- UNODC/SIMCI, informe 2014
- WAYU, comunicado de solidaridad Nasa, 18 julio 2012
- Corinto-Miranda, Volante Liberación MT, febrero 2015

**Documentación Interna (DINT)**

- ACIN, definición de políticas y estrategias de los planes de vida, septiembre 2013
- ACIN, plan territorial cultural definitivo 2011
- ACIN, Antecedentes reparación colectiva Masacre Nilo
- ACIN, Circular para la Reactivación Minga Comunitaria, 9 noviembre 2015
- ACIN, competencias Cabildos, septiembre 2013
- ACIN, Encuentro Trabajo Prospecciones Consejería, 2014
- ACIN, Escuela formación política, proyecto Codpi, 2014
- ACIN, ESTATUTOS 086, 1994
- ACIN, información general indicadores
- ACIN, informe Escuela Nasa para la Vida, 2014
- ACIN, informe tejido económico-ambiental, 2014
- ACIN, mapas y prospectiva planeación, 2014
- ACIN, Memorando sobre Sentencia Consejo de Estado Caso Masacre Nilo, 23 agosto 2014
- ACIN, Plan Desarrollo para Reparación Colectiva Masacre Nilo, noviembre 2014
- ACIN, Planes de Gestión Tejidos, sistemas y programas consolidación, defensa vida, Nilo final, 7 julio 2012
- ACIN, Planes de Gestión Tejidos, Sistemas y Programas, Minga Social comunitario, Nilo final 7 julio 2012
- ACIN, Planes de Gestión Tejidos, Sistemas y Programas, Resumen General, Nilo final 7 julio 2012
- ACIN, presentación avances SEIP, 13 enero 2014
- ACIN, presentación avances, propuestas, proyecciones SEIP, 13 enero 2014
- ACIN, presentación MOVIMIENTO JUVENIL, 2014
- ACIN, Presentación Tejido EcoAmbiental, 2015
- ACIN, propuesta a los mayores agenda de visita de los delegados de los ingenios azucareros, 25 enero 2016
- ACIN, propuesta COMUNICACIONES, 2014
- ACIN, propuesta MOVIMIENTO JUVENIL, 2014
- ACIN, propuestas ADMINISTRACION, 2014
- ACIN, propuestas CASA DE PENSAMIENTO, 2014
- ACIN, propuestas DEFENSA DE LA VIDA, 2014
- ACIN, propuestas PROGRAMA MUJER, 2014
- ACIN, propuestas Programa Mujer, 2014

- ACIN, propuestas SALUD, 2014
- ACIN, relatoría Tejidos, 2014
- ACIN-CRIC-ONIC, Comunicados y Pronunciamientos sobre Paz, 2002
- ACIN, Propuesta de resolución conflicto tierras, 14 marzo 2015
- Alba-IEI, Memoria Encuentro Sectores Sociales, Chile, 21-22 enero 2015
- CAJAR, análisis jurídico masacre Nilo, agosto 2014 (2)
- CAJAR, análisis jurídico masacre Nilo, agosto 2014
- COMITÉ, Informe final Masacre Nilo, caso 11.101, 20 febrero 1996
- Concepción, Plan de vida 2013-2023, septiembre 2013
- CRIC, Plan de vida, 2007
- CRIC, cartilla sobre Ejercicio Control Territorial, 2014
- CRIC, cartilla sobre la organización (II)
- CRIC, cartilla sobre la organización (III)
- CRIC, Conflictos tierras Cauca, Henry Caballero, octubre 2011
- CRIC, Contenido Cumbre Social mayo 2006
- CRIC, estructura organizativa
- CRIC, estructura-política
- CRIC, Memoria Jorge Caballero, sin-estrategia-ni-táctica, H.C. 2014
- Defensoría Delegada para la Prevención de Riesgos de Violaciones de Derechos Humanos y DIH, Evaluación Riesgo Caloto, 8 febrero 2010
- Delicias, Plan de Vida 2013-2033, septiembre 2013
- Equipo Nacional Plan de Salvaguarda - Corporación Ensayos, Plan salvaguarda Nasa (preliminar)
- Gob, informe avance cumplimiento autos de la corte\_constitucional, junio 2012
- Gob, Informe Seguimiento del Auto 004, 22 abril 2010
- Guadalito, Plan de vida 2013-2023, septiembre 2013
- Huellas, Plan de vida 2013-2030, septiembre 2013
- IEI Guaya, Relatoría reunión IEI-OACP, 29 octubre 2015
- IEI Guaya, Relatoría, socialización acuerdos de La Habana, Pueblo Nuevo, OEA, 29 febrero 2016
- IEI, Informe Diagnóstico para Implementación Paz en el NdC (preliminar), diciembre 2015
- IEI, Batería Preguntas ACIN, 2015
- IEI, informe agroindustria y agricultura familiar NdC
- IEI, informe sobre Congreso Extraordinario indígena por la paz, octubre 2014

- IEI, Informe sobre Junta CRIC 2015 para INCODER
- IEI, Toribío y Jambaló, MAPA DEL PLAN DE DESARROLLO para los PLANES DE VIDA de Toribío y Jambaló. 13 enero 2016
- Misak, Plan de Vida Misak, diciembre 2008
- Mujeres Cauca, síntesis de la agenda de paz
- Munchique, Plan de vida 2013-2023, septiembre 2013
- Policía, Consolidado Gral Total
- Policía, Problemática Indígena NdC, Policía Nacional
- Pueblo Nuevo, Diseño prospectivo\_PNuevo\_FINAL\_1
- Red Dptal Mujeres del Cauca, Agenda Sociopolítica, mayo 2015
- SAG, Datos Cauca
- SENA, Planes de vida VS Planes de desarrollo, 2009
- Toribío, Plan\_de\_desarrollo\_Toribio\_2008\_2011
- Toribío, diagnóstico Ordenamiento Territorial Toribío
- Toribío, plan alcantarillado Toribío, 1999
- Toribío, Plan de Desarrollo 2016-2019, 11 marzo
- Toribío, Plan de Vida, 2013
- Toribío-Asocaña-Corpopalo, informe mejoramiento calidad de vida y protección ambiental, 2011-2012
- DINT, Plan de Vida 2013-2023, Canoas, septiembre 2013
- Caloto, Material para Charla liberación I.E. Huellas
- Com Facilitación, Crisis Corinto-propuesta mediadores (borrador)
- Corinto, Propuesta Cabildo Corinto, 19 enero 2015
- De Roux, El viejo conflicto de la tierra del Cauca no se ha resuelto, 2015
- IEI, Informe-Resumen Ejecutivo, Predios Afectados Corinto, 4 marzo 2015
- IEI, Informe-Resumen Ejecutivo, Recomendaciones Negociación Sostenible, 6 marzo 2015
- IEI, Tabla, Predios afectados\_norte del Cauca (sin Granadita), marzo 2016

### ***Documentación relacional (DREL)***

- ACIN-ANUC-CIMA-PUPSOC-Misak, Documento síntesis, Espacio de dialogo de organizaciones sociales del Cauca, 1 octubre 2015, Cali.
- ACIN-ANUC-CIMA-PUPSOC-Misak, Relatoría reunión, Espacio de dialogo de organizaciones sociales Cauca, 1 octubre 2015, Cali.
- ACIN-CRIC-FARC, Carta abierta a Las FARC-EP, 8 noviembre 2014.

- ACIN-CRIC-NQL-ANUC-CIMA-PUPSOC-Guambia-Afro, Documento Síntesis, Espacio de dialogo de organizaciones sociales Cauca, 29 octubre 2015, Guambía-Silvia.
- ACIN-CRIC-NQL-ANUC-CIMA-PUPSOC-Guambia-Afro, Relatoría reunión, Espacio autónomo de organizaciones sociales del Cauca, 22 enero 2016, Popayán.
- ACIN-CRIC-ONIC-FARC, Acuerdo de convivencia, 29 noviembre 2014, La Habana.
- ACIN-CRIC-ONIC-Iglesia, Solicitud audiencia con el PAPA, 2015.
- ACIN-CRIC-ONIC-FARC, Carta de la ACIN a Timoleón Jiménez, 16 mayo 2013.
- ACIN-FARC, Acuerdo Humanitario, 2015, La Habana.
- ACIN-FARC, Carta de la ACIN, 20 abril 2012.
- ACIN-IEI, invitación Minga Pedagógica a Manuel Ramiro Muñoz, 11 abril 2016.
- ACIN-ONIC-CIMA-ANZORC-AFRO, Transcripciones Encuentro Sectores Sociales, 21-22 enero 2015, Chile.
- Alcalde Corinto- Rector PUJ, Carta, 2 febrero 2016, Cali.
- CRIC-Gobierno, Acta reunión diálogo, 6 septiembre 2012.
- CRIC-Gobierno, Acuerdo Jambaló 1992.
- CRIC-Gobierno, Compromiso LaMaría 1995.
- CRIC-Gobierno, correspondencia al gobierno, 3 octubre 1991.
- CRIC-Gobierno, correspondencia estrategias diálogo gobierno, julio 2015.
- CRIC-Gobierno, Matriz Necesidades.
- CRIC-INCORA, Acuerdo Nilo, 23 diciembre 1991.
- FARC-ACIN-CRIC-ONIC, Carta de Timochenko, 12 mayo 2013.
- GDIAM-Defensor del Pueblo, Carta condena asesinato guardias indígenas, 8 noviembre 2014.
- GDIAM-Fiscal General de la Nación, Carta condena asesinato guardias indígenas, 8 noviembre 2014.
- GDIAM-Presidente de la Republica, Carta condena asesinato guardias indígenas, 8 noviembre 2014.
- GDIAM-Representante de la ONU Colombia, Carta condena asesinato guardias indígenas 8 noviembre 2014.
- IEI-Gobierno, Paz Territorial OACP, versión final 6 noviembre 2015.
- IEI-Incoder, Convenio 2015.
- INCODER-IEI, Reparación por la Masacre Nilo, 2015.
- ONIC-IEI, Invitación a Manuel Ramiro Muñoz a Foro de Paz, 19 enero 2015.
- Toribío-IEI, Solicitud ayuda económica, 11 mayo 2016.
- Toribío-IEI, Invitación Socialización Plan de Desarrollo, 11 marzo 2016.

- Toribío-IEI, Solicitud ayuda económica a Manuel Ramiro Muñoz, 16 abril 2016.
- Toribío-PUJ, Solicitud apoyo técnico a la Pontificia Universidad Javeriana, 10 noviembre 2015.
- Universidad-CRIC, Correspondencia, 29 marzo 2011.
- Ejército-IEI, Carta, Solicitud Geo-referenciación Resguardos, 9 enero 2015.
- ACIN-Gobierno, Acta Asamblea ACIN, 22 enero 2015.
- ACIN-CRIC-INCODER-Ministerio Interior, Acta reunión, 22 enero 2015.
- ACIN-Gobierno, Respuesta ACIN Oficio 0FI15-00000 6661-DAI-2200, 6 marzo 2015.
- Comisión Facilitadora-Gobierno-ACIN, Correspondencia, 15 marzo 2015.
- IEI-Corinto, Predios afectados Corinto (sin Granadita), marzo 2015.
- IEI-Ingenios, Solicitud de NNUU reunión sobre contexto de seguridad, 17 marzo 2015.
- IEI-Procaña, Preocupación cuestión indígena, 9 marzo 2015.
- IEI-Procaña, Preocupación cuestión indígena, 17 febrero 2015.
- IEI-Procaña, Preocupación Procaña cuestión indígena, 25 febrero 2015.
- NNUU-Ingenios, Solicitud reunión de contexto seguridad, 16 marzo 2015
- Propietario-Gobierno-Policía, Solicitud desalojo hacienda Emperatriz, 20 abril 2015

### ***Documentación audio-visual (DVIS)***

- Foto Carnet de AIC-IPS Indígena (censo indígena).
- Video “Nos disparan de Frente”, Nasa Corinto TV.
- Foto Convergencia Salud Indígena y Occidental, Caloto.
- Foto “No al Resguardo”, marzo 2016, Corinto.
- Foto Cartel Escuela Zona Interétnica.
- Foto Cartel mujeres indígenas, CRIC, 2015, Cohetandó.
- Himno del Pueblo Nasa, CRIC.
- Himno Guardia Indígena, CRIC.
- Foto Tercer Congreso del CRIC.
- Radio, Entrevista a Rodolfo Stavenhagen, Declaración Derechos Pueblos Indígenas.
- Video “Liberación de la Madre Tierra”, youtube.
- Video “Tierra a las malas, tierra a las buenas”, youtube.
- Foto Solidaridad con Feliciano, Juvenal Arrieta, ONIC.
- Foto Defensa de la coca, Toez-Caloto.
- Video Casa Para Revivir el Pensamiento, Toribío.
- Foto Certificado Asistencia, Toribío.



- Foto Grabado en Memoria de Álvaro Ulcué, Toribío.
- Foto Homenaje asesinato guardias indígenas, noviembre 2015, Toribío.
- Foto Niños/as guardias indígenas, noviembre 2015, Toribío.
- Foto Plan de Vida Nasa, Toribío.
- Video “KIWE THEGSA - Dando la Vida por el Territorio”, Nasa Corinto TV, 19 noviembre 2014.
- Foto Congreso de los Pueblos Suroccidente, La María-Piendamó.
- Mapa Lotes invadidos, IEI, marzo 2015.
- Mapa Predios afectados, IEI, marzo 2015.



## Anexos

---

### 11.1 Listado de personas entrevistadas

A continuación presentamos la lista de personas entrevistadas y con las que se mantuvieron las conversaciones<sup>798</sup>.

Persona Entrevistada	Descripción/ cargo	Lugar y fecha
1. José	Académico y colaborador del movimiento indígena. Casa de Pensamiento de la ACIN.	Bogotá, 19 septiembre 2015
2. Fernando	Comunero indígena de la ACIN. Ha ocupado cargo de Alcalde del Cabildo.	Caloto, 1 agosto 2015
3. Diego	Académico, colaborador del mov. indígena y campesino. Miembro del gobierno del BSA con Floro Tunubalá.	Popayán, 15 septiembre 2015
4. Luis	Líder del movimiento campesino.	Popayán, 27 agosto 2014
5. Carlos	Líder del movimiento campesino.	Popayán, 17 septiembre 2015
6. Javier	Líder histórico del movimiento obrero y campesino, exmilitante del EPL. Estuvo en las primeras recuperaciones de tierra en el Cauca.	Popayán, 16 septiembre 2015
7. Roberto	Académico, colaborador del movimiento indígena caucano.	Bogotá, 11 noviembre 2015
8. Gladis	Lideresa regional y nacional del movimiento campesino.	Popayán, 23 octubre 2015
9. Mauricio	Líder movimiento campesino.	Cali, 11 septiembre 2015

<sup>798</sup> En la introducción explicamos la diferencia que hacemos en esta tesis entre entrevista y conversación.

10. Wilder	Líder del movimiento campesino.	Cali, 25 agosto 2015
11. Florante	Jóven indígena de la ACIN.	Cali, 11 septiembre 2015
12. Saturnina	Mujer indígena, lideresa de Jambaló y Cauca.	Popayán, 16 septiembre 2015
13. Gustavo	Líder movimiento campesino. Congreso de los Pueblos.	Popayán, 27 agosto 2014
14. Dioscelina	Lideresa indígena nasa regional y nacional.	Madrid, 18 noviembre 2017
15. Ernesto	Indígena, coordinador de Plan Vida de su resguardo (ACIN).	Caloto, 1 septiembre 2015
16. Marion	Delegada de Organización Internacional en Colombia.	Cali, 27 octubre 2015
17. Rodrigo	Abogado, colaborador del movimiento indígena.	Popayán, 17 septiembre 2015
18. Gerardo	Líder indígena y excomandante del Quintín Lame.	Santander, 11 septiembre 2014
19. Pablo	Joven indígena de la ACIN y coordinador de la guardia indígena.	Corinto, 3 agosto 2016
20. Óscar	Líder indígena, exconsejero de la ACIN	Cali, 10 febrero 2016
21. Lucía	Joven indígena de Tacueyó, municipio de Toribío.	Toribío, 8 octubre 2015
22. Jimeno	Joven indígena de Toribío. Responsable de CECIDIC.	Toribío, 8 octubre 2015
23. Tirzo	Comunero indígena del CRIC. Cargos técnicos, económicos.	25 agosto 2015
24. Humberto	Comunero indígena, coordinador de la guardia indígena.	Caloto, 1 sept. 2015

**Conversaciones**

<b>Persona</b>	<b>Descripción/ cargo</b>	<b>Lugar y fecha</b>
1. Mauricio Archila	Historiador y coordinador línea de investigación sobre Movimientos Sociales en el CINEP.	30 febrero 2016
2. Ezequiel Vitonás	Alcalde indígena de Toribío	Toribío, octubre 2015
3. José Domingo	Coordinador Comisión Política del CRIC	Popayán, 23 octubre 2015
4. Lucho Acosta	Coordinador de la guardia indígena nacional	Tóez, 18 febrero 2015
5. Marylen Serna	Lideresa del movimiento campesino de Cajibío y nacional	28 agosto 2014
6. Marylen Serna	Lideresa del movimiento campesino de Cajibío y nacional	Popayán, 17 septiembre 2015
7. Freddy Trujillo	Comandante de la Policía, encargado de DDHH	Popayán, 16 septiembre 2015
8. Olga Lucía Cadena	Profesora Universidad del Cauca	Popayán, 2014
9. Fernán González	Historiador y miembro del CINEP	9 septiembre 2015
10. María Teresa Findji	Académica y solidaria del movimiento indígena del Cauca	3 marzo 2016
11. Manuel Ramiro	Director del Instituto de Estudios Interculturales	6 febrero 2015
12. Carlos Duarte	Coordinador del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	IEI, agosto 2014
13. Carolina Baltán	Trabajadora del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	Cajibío, agosto 2014
14. Esneider Rojas	Trabajador del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	IEI, agosto 2014

15. Juan Felipe Ledesma	Trabajador del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	IEI, agosto 2014
16. Luis Ernesto Valencia	Trabajador del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	IEI, 19 agosto 2014
17. Luisa Fernanda	Trabajadora del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana de Cali	IEI, agosto 2014
18. Rikard Nordgren	Delegado de la Organización de Estados Americanos (OEA)	Cali, 29 septiembre 2015
19. Marta Burbano	Activista por Derechos Humanos	Cali, 2014
20. Víctor Julio	Activista por Derechos Humanos	Bilbao, 2014

## 11.2. Guión de entrevistas

### GUIÓN DE ENTREVISTA

#### PRIMERA PARTE: HISTORIA DE VIDA E IDENTIDAD

Caracterizar el perfil del entrevistado, el sentimiento de pertenencia y la filiación política.

##### 1. Datos personales

- Nombre del entrevistado (pseudónimo acordado)
- Fecha y lugar de nacimiento
- Sexo

##### 2. Filiación político-comunitaria

- Pertenece o no al cabildo. ¿Cuál?
- ¿Desde cuándo está en el proceso?, ¿Por qué se unió a este proceso?
- ¿Participó en el proceso de creación del CRIC y la recuperación de tierras desde los años 70?
- Eventos de la vida del movimiento indígena que más recuerda.
- Cargo actual/pasado: Comunero/Técnico/Autoridad (Gobernador, Consejero, Alcalde, etc.)
- Otras filiaciones, pasadas o actuales.
- Relación con el resguardo (habita, cultiva, etc.).

### 3. Identidad

- Auto percepción: ¿se considera indígena?, ¿de qué grupo étnico?, ¿desde cuándo?
- ¿Qué significa ser indígena?
- Costumbres que sigue. Habla o no la lengua. ¿Cuánta gente lo habla?
- Parentesco o no indígena.
- Reconoce sus símbolos, bandera, himno, sus fronteras.
- ¿Crees que ser indígena es incompatible con otras identidades?
- ¿Tiene otras identidades?, ¿Prima alguna entre todas ellas?
- Si un indígena nasa del norte del Cauca no quisiera pertenecer a la ACIN, ¿qué opciones tendría?

### 4. Formación/aprendizaje

- Educación (formal/informal).
- Política: ¿cómo fue su aprendizaje sobre los derechos, sobre la ideología?
- Cultural: ¿cómo fue su aprendizaje sobre la identidad indígena, sobre la lengua, las costumbres?
- Espacios de aprendizaje.
- Momentos clave de aprendizaje.
- Personas referentes.

## SEGUNDA PARTE:

### SURGIMIENTO Y CAMBIOS DEL MOVIMIENTO INDIGENA EN EL CAUCA

Identificar cómo y por qué surgió el CRIC y los cambios habidos desde entonces

### 5. Factores de surgimiento del movimiento indígena (CRIC/ACIN)

- ¿Por qué surge el CRIC en 1971?
- ¿Qué problemas hubo para su conformación?
- ¿Quiénes comenzaron?
- ¿Quiénes lo apoyaban?, ¿quiénes se oponían?
- ¿Cómo surgió, con qué medios y recursos, cómo se concienció a la gente y se fueron uniendo?
- Relación con el campesinado. ¿Por qué se separó el movimiento indígena del campesino? Ruptura identidad de clase e identidad étnica. ¿Hechos traumáticos? ¿Apoyos que promovieron la división?
- ¿Por qué surge la ACIN en 1994?

### 6. Factores de cambio y evaluación del proceso

- ¿Qué ha cambiado desde entonces?, ¿por qué? y ¿si lo considera un cambio a mejor, a peor o igual?

#### 6.1. El contexto, el entorno, la situación

- ¿Cómo era la vida cuando usted era pequeño y cómo es ahora? ¿por qué? ¿cómo ve ese cambio?
- La criminalidad, la violencia. Narcotráfico, minería ilegal.
- El conflicto armado. FFAA/guerrillas/paramilitares.
- La legislación y las políticas. El reconocimiento de derechos (nacional e internacional), el reconocimiento como organización.

## 6.2. La organización hacia adentro

- ¿Cómo ha cambiado la organización indígena desde que comenzó? ¿por qué? ¿cómo ve ese cambio? Debilidades/Fortalezas
- Composición: ¿por qué ha crecido? ¿por qué el censo indígena? ¿qué implica el crecimiento?
- Organización: creación de zonas; la estructura de la ACIN, la estructura del CRIC. ¿han cambiado? ¿a mejor o a peor?
- Estrategias y métodos: ¿han cambiado?
- Objetivos: ¿se han visto cambios y resultados? cultura (recuperación de la memoria, prácticas, lengua) y territorio (expansión y control territorial). Mejor salud, mejor educación (formación-concienciación). Autonomía. Necesidades básicas satisfechas/insatisfechas: más recursos económicos, más proyectos productivos, más cultivos ilícitos, menos empleo-salarios, problemática en los jóvenes.
- Fuerza: movilización, incidencia, denuncia, control territorial, apoyos, cooperación al desarrollo, visibilidad, fuerza moral, capacidad organizativa, capacidad técnica.
- Situación de los niños, la mujer, jóvenes, mayores, autoridades.

## 6.3. La organización hacia fuera

- ¿Cómo ha sido la relación de la organización indígena con los otros desde que comenzó? Oportunidades/Amenazas
- Actores posibles (no armados/armados/violentos/criminales): el gobierno nacional, el gobierno regional y local, la Alcaldía, las instituciones del Estado (INCODER, IGAC, etc), la Iglesia Católica y Evangélica, Universidad, académicos, ONGs, agencias de cooperación y ayuda humanitaria, los ingenios, la agroindustria, propietarios pequeños, medianos y latifundistas.
- Oportunidades: ¿Cuáles han sido los principales apoyos? Locales, regionales, nacionales internacionales. ¿Cómo es el apoyo?
- Amenazas: ¿Cuáles han sido los principales contradictores?, ¿Cuáles son los conflictos?
- Cambios: ¿Qué relaciones han empeorado/han mejorado? ¿por qué?



## **TERCERA PARTE: ACCIONES COLECTIVAS**

Caracterizar las acciones colectivas que realizan

### **7. Tipo de acciones, preferencia y participación**

#### **7.1. Acciones implementadas**

- ¿Qué hace la ACIN/CRIC para conseguir sus objetivos políticos?
- Posibles acciones: movilización, paros, huelgas, en la esfera pública; recuperación de tierras; negociación con el gobierno; vía jurídica-institucional; vía político-electoral; vía armada; Plan de vida alternativo (desarrollo proyectos productivos, comercio, salud, educación, cultura); Otras: ..... (propuesta del entrevistado)

#### **7.2. Preferencias**

- ¿Cuáles prefieres y por qué? ¿cuáles crees que son las acciones preferidas por la comunidad, líderes, mayores, jóvenes, mujeres? y ¿según la ACIN, el CRIC y la ONIC?

#### **7.3. Valor estratégico de cada acción**

- ¿Cuáles son las potencialidades y las debilidades de cada acción?
- Señala las características de cada acción: efectividad – más resultados, fuerza moral, presión política, negociabilidad, costosa (económicamente, vidas humanas...), potencialidad a largo plazo, otras....(propuestas por el entrevistado)

#### **7.4. Participación en cada acción**

- ¿Quiénes participan (H/M, Comunidad, Jóvenes, Mayores, Autoridades, ACIN, CRIC?,
- ¿En cuáles participas tú?, ¿en cuáles no participarías? ¿por qué?
- En aquella en la que tu has participado. ¿Cómo fue o es tu participación?

#### **7.5. Recursos económicos empleados**

- ¿Cuántos recursos se emplean a....? movilización, recuperación de tierras, negociaciones, vía jurídica, vía electoral, vía armada, Plan de Vida.

### **8. Debate sobre los medios y la violencia**

#### **8.1. OPINIÓN**

- ¿Usted qué cree sobre el uso de las armas?
- ¿Qué cree que genera en la sociedad el uso de armas en las acciones de movilización?
- ¿Participó en algún movimiento armado? ¿por qué sí/por qué no?
- ¿Opinión de las comunidades? ¿la ACIN? ¿el CRIC? ¿la ONIC?

- ¿Son mejores las acciones armadas o desarmadas? ¿por qué?
- ¿Existen diferentes visiones sobre el uso de las armas? ¿Cuáles son?
- ¿Por qué surgió MQL en 1984? ¿Fue necesaria su conformación? ¿Quiénes tomaron la decisión? ¿Generó rupturas y disensos?
- Posteriormente, ¿por qué dejaron las armas? ¿qué efectos tuvo la desmovilización, fue positiva/negativa para los indígenas del Cauca?
- ¿Quién decide crear la guardia indígena? ¿consideran que la guardia puede llegar a necesitar armas para defenderse de actores armados? ¿Cuál es el valor, la fuerza, de la guardia indígena? ¿cuáles son sus debilidades, en qué tiene que mejorar?
- ¿Consideran que en algunos casos las comunidades tienen que armarse y estaría justificado? ¿en qué casos?
- Si llegasen más actores paramilitares y criminales al territorio y se produjesen más asesinatos sistemáticos ¿tendrían que armarse?
- ¿Las acciones de recuperación de la madre tierra u otras acciones colectivas como las movilizaciones en la vía pública necesitan del uso de algún arma blanca, de prendas que cubran la cara, piedras... para poder confrontar o defenderse de la fuerza pública?
- ¿Dónde está el límite de lo que se puede usar?
- ¿Qué consecuencias genera estas acciones? ¿hay divisiones internas?

## **8.2. La relación con grupos o actores armados/violentos/al margen de la ley.**

- ¿Cómo influye la presencia de guerrillas en el territorio? ¿qué violencia genera (ej: sexual)? ¿enseñan a las jóvenes a disparar? ¿las diferencias se arreglan por medio de la fuerza? ¿son autoritarios? ¿las comunidades tienen miedo a dialogar con ellos?
- ¿Qué pasa cuando los jóvenes o los milicianos indígenas se desmovilizan y vuelven a la comunidad? ¿cómo se encuentran ellos y cómo los reciben sus familias y la comunidad?
- ¿Qué hacen las comunidades para enfrentar la presencia armada?
- ¿Qué acuerdos han llegado a tomar con las guerrillas?
- ¿Cómo consiguen las armas? ¿quiénes les apoyan en el territorio?
- ¿Hay indígenas que apoyan la presencia de las guerrillas e indígenas que se oponen?
- ¿Qué pasa cuando actores armados apoyan acciones colectivas de las comunidades? ¿Qué beneficios trae? Y ¿qué consecuencias perjudiciales trae?
- ¿Cómo es la relación de las comunidades y de la ACIN con los Nietos del QL o los hijos de Avelino UI? ¿qué conflictos tienen o intereses encontrados? ¿por qué se conformaron estos grupos?
- ¿Qué tipo de violencia genera la presencia de actores al margen de la ley como el narcotráfico o la minería ilegal?

## **9. Conflictos y alianzas: “solos o unidos”.**

- ### **9.1. A nivel local con otros pobladores** ¿cómo es la convivencia, el relacionamiento diario, con los habitantes del territorio?

- Actores posibles: otros indígenas, afrodescendientes, campesinos, etc.
- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.
- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

**9.2. A nivel regional con otras organizaciones sociales, ¿cómo es la relación con las otras organizaciones indígenas, afro. y campesinos?**

- Actores posibles: Misak (AICO), FENSUAGRO-ANZORC, CIMA-CNA, AFROCAUCA, ACONC.
- Espacios de diálogo/concertación
- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.
- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

**9.3. A nivel nacional con otras organizaciones sociales, ¿cómo es la relación con todos los sectores populares, incluidos los urbanos?**

- Actores/espacios posibles: Congreso de los Pueblos, estudiantes, mujeres, partidos progresistas, etc.
- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.
- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

**9.4. A nivel zonal indígena, ¿cómo es la relación entre los comuneros y los cabildos de la ACIN?**

- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.
- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

**9.5. A nivel regional indígena ¿cómo es la relación con el CRIC?**

- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.
- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

**9.6. A nivel nacional indígena, ¿cómo es la relación con la ONIC?**

- Factores de unión y desunión. Momentos de unión y desunión.
- Resolución de conflictos.

- Ejemplos: casos tipo de conflicto y de experiencias de convivencia, alianza o acuerdo.

## **10. La transformación de la sociedad – la construcción de algo nuevo.**

### **10.1. Estructura organizacional ACIN-CRIC-ONIC**

- ¿Cómo se toman las decisiones en las veredas, en los cabildos, en la ACIN, en el CRIC, en la ONIC?
- Espacios de participación y debate, ¿suficientes canales de participación política o se deberían generar más? ¿participan los comuneros de forma suficiente? ¿quiénes participan más?
- ¿En qué consiste la orientación de las autoridades espirituales?
- ¿Qué tipos de autoridad existen?
- Entre los líderes, hay diversidad de personalidades, ¿qué tipos de liderazgos existen?
- Las relaciones en el seno de la organización: horizontales o jerárquicas.
- ¿Cómo es la participación política de las mujeres, de los jóvenes y los mayores?
- Se han generado sub-grupos o poderes locales dentro de las comunidades/de las organizaciones que no han sido elegidos, cuyos jefes/miembros salen beneficiados (propiedades, recursos, etc).
- ¿Quiénes eligen a los profesionales y técnicos de los programas?
- ¿Cómo son los procesos y las campañas electorales?
- ¿Quiénes deciden sobre los recursos económicos? ¿cómo se reparten en la comunidad?
- ¿Cómo resuelve la comunidad los casos de discrepancia de opinión o desobediencia?
- ¿Cómo resuelve la comunidad los delitos y otros comportamientos?

### **10.2. Modelo de sociedad alternativo**

- ¿Qué están proponiendo las comunidades indígenas que sea diferente al modelo occidental hegemónico?
- ¿Qué es el desarrollo según las comunidades indígenas? (buen vivir, el plan de vida)
- ¿Qué se está haciendo de nuevo y diferente: planteamientos, enfoques, medidas, programas?
- ¿Lo que se está haciendo y proponiendo es para los indígenas o es para todos?
- ¿la gente que se une al proceso lo hace porque cree en el nuevo modelo o porque obtendrá beneficios del Estado?

### **10.3. Debilidades internas/Amenazas externas que dificultan esta construcción**

- Posibles problemas: necesidades básicas insatisfechas, servicios de salud y educación defectuosos, proyectos productivos ineficientes, no producción de alimentos, debilidad de la guardia indígena, falta de empleos. ¿Por qué?

- Dilema: Expansión territorial o cultivar la Madre Tierra. ¿Para qué queremos más tierra? ¿la gente tiene más necesidad de tierra o de comida, salud, educación, empleo? ¿hasta cuándo las recuperaciones?
- Dilema: minería, glifosato o protección de la Madre Tierra. ¿Por qué se daña a la tierra? ¿qué consecuencias tiene en la comunidad y en el modelo de vida?
- Dilema: Apoyar a la guerrilla o no tener empleo ¿Qué motiva apoyar a la guerrilla o hacerse miliciano? ¿Qué porcentaje de comuneros lo hacen? ¿qué consecuencias tiene para la fortaleza de la comunidad y del modelo de vida?
- Dilema: Cultivos ilícitos o comida. ¿Qué motiva cultivar marihuana? ¿Qué porcentaje de comuneros lo hacen? ¿qué consecuencias tiene para la fortaleza de la comunidad y del modelo de vida?
- Dilema: Propiedad privada o colectiva. ¿la gente quiere conservar o adquirir propiedad privada? ¿hay más comuneros viviendo en propiedad privada que en colectiva?
- Dilema: salud tradicional o nueva. ¿los comuneros acuden más a la salud del Estado o a la tradicional? ¿por qué?
- Dilema: educación indígena o estatal. ¿los comuneros quieren educación con el Estado o indígena? ¿los profesores que no son bien pagados prefieren escuelas del Estado?

#### **10.4. Fortalezas internas/apoyos externos que facilitan la construcción**

- ¿Cuáles son los apoyos que se reciben de afuera para esta construcción? Personas, organizaciones, recursos.
- ¿Cuáles son las fortalezas de las comunidades indígenas para conseguir esta construcción? Relación con la tierra, la propiedad colectiva se protege, el respeto a los mayores, la consolidación de la cultura y justicia propia, la recuperación de la memoria,
- ¿Qué cambios se han conseguido?
- ¿Qué se necesita para conseguir el sueño? ¿qué cambios serían necesarios? En uno mismo, en la comunidad, en los demás actores.

#### **10.5. Las capacidades/habilidades propias o externas**

- ¿Cuáles son las capacidades de los indígenas?
- ¿Crees que es importante la educación formal para los indígenas? Y ¿la educación propia, cultural? ¿por qué?
- ¿Qué aportan los profesionales indígenas? ¿Qué aportan los sabios espirituales y culturales? ¿qué aportan los mayores? ¿qué aportan las mujeres? ¿qué aportan los jóvenes? ¿qué aportan los gobernantes? ¿qué aportan los profesores?
- ¿Cuáles son las carencias de las comunidades indígenas: capacidades económicas, técnicas, administrativas? ¿en qué tendría que mejorar? ¿por qué tienen que aprender estas capacidades?
- ¿Qué necesitan las comunidades de los actores externos? ¿qué tipo de apoyos?
- ¿De qué tipo de ayuda son todavía dependientes?
- ¿Cómo ha sido el proceso de aprendizaje y concienciación de los indígenas? ¿de quiénes aprendieron?

- ¿Ha habido actores externos que han intentado dirigir a las comunidades, sin respetar su autonomía y cultura propia? ¿Ha habido ayudas o apoyos externos que vulneran las decisiones de las comunidades?

### 10.6. Resultados obtenidos

- ¿Crees que el indígena es ahora una persona más libre, qué sabe mejor lo que quiere y actúa libremente en consecuencia?
- ¿Crees que la comunidad indígena es ahora un colectivo más libre y autónomo?
- ¿Cómo debería seguir ese proceso de emancipación? ¿en qué tendrían que mejorar? ¿Qué les impide ser más libres y autónomos?

## CUARTA PARTE: LA PAZ

Conocer su noción de paz y posición respecto a los acuerdos de La Habana

### 11. El sueño de la paz

- Concepción de las comunidades indígenas ¿Qué es la paz para usted/para las comunidades/para las mujeres indígenas?
- ¿Cuáles son los principales obstáculos para conseguir la paz soñada (positiva)? Interpersonales; dentro de la comunidad; con los demás grupos; con la Madre Tierra
- ¿Cree que para conseguir la paz (acuerdos, resolución de conflictos, negativa) todos los actores deben ceder algo en sus pretensiones? ¿Qué deben ceder? ¿En qué crees que han cedido las comunidades indígenas? ¿en qué más podrían ceder?
- ¿Cómo ha contribuido la ACIN a la construcción de paz en Colombia? ¿Cuáles son las propuestas, las metodologías?

### 12. Sobre las negociaciones de la Habana.

- ¿Cuál es la posición de la ACIN-CRIC?
- ¿Qué acciones ha hecho la ACIN-CRIC desde que comenzaron las negociaciones en el 2012? ¿Cómo ha intentado incidir? Movilizaciones, alianzas, visitas a la Habana. ¿con qué resultados?
- ¿Cuáles son las carencias del proceso?
- A pesar de todas las carencias, ¿cree que es una oportunidad de mejora y de cambio para el país? ¿En qué podría mejorar el país?
- Si se firman los acuerdos de paz: ¿en qué podría empeorar? ¿cuáles son las principales amenazas/preocupaciones para usted y para los indígenas nasa del Norte del Cauca?
- Finalmente, ¿apoya el proceso de paz?

### 11.3. Limpieza bases de datos del CINEP

En el Capítulo 7 presentamos una serie de gráficas y estadísticas que nos han servido para describir y dimensionar las acciones colectivas de las comunidades indígenas del norte del Cauca, así como para visualizar su trayectoria de lucha.

Las gráficas y estadísticas mencionadas fueron elaboradas a partir de la información contenida en dos bases de datos del CINEP: (1) la base de datos sobre luchas o protestas sociales (LS) y (2) la base de datos sobre acciones colectivas por la paz (ACP). La información contenida en estas bases de datos fue registrada por el CINEP a partir de la revisión de varias fuentes primarias que normalmente consistieron en artículos de prensa, de periódicos locales, regionales o nacionales.

Los datos entregados por el CINEP contienen la información relativa a todas aquellas luchas o acciones colectivas que habían tenido lugar en, al menos, un municipio del departamento del Cauca. En relación a la temporalidad, la información de la base de datos de LS contiene acciones colectivas comprendidas entre 1975 y 2015 y la información de la base de datos de ACP contiene acciones colectivas comprendidas entre 1979 y 2016.

Durante su análisis identificamos múltiples errores y falencias en la organización de los datos, que nos llevó a acometer una importante tarea de limpieza de los datos y de redefinición del marco conceptual. Es importante tener esto en cuenta porque los resultados pueden diferir de los obtenidos por otros investigadores que hayan utilizado estas bases de datos pero hayan abordado la gestión de la información de otra manera. Para garantizar la transparencia metodológica, a continuación expongo las dificultades encontradas en los ficheros originales y las modificaciones realizadas.

#### ➤ **Dificultades encontradas en las bases de datos**

Al realizar la revisión de las bases de datos encontramos cinco tipos de problemas que exponemos a continuación:

- Información incompleta. Tres de las categorías que contemplaban las tablas originales –el lugar de la protesta, la duración de la acción y la fecha de finalización de la acción– aparecían en la mayoría de los hechos sin información, por lo tanto, no fueron tenidas en cuenta en el análisis de la información.
- Información errónea. Gracias a la revisión de los hechos y la lectura de las descripciones que aparecen al final de cada hecho, pudimos identificar varios errores relacionados con el actor o el municipio. La mayoría pudieron ser corregidos con la información de la descripción o investigando más sobre el hecho. Por ejemplo, uno de los errores más graves fue que en un hecho aparecía como actor participante la “población raizal” cuando en el Cauca no hay población de este tipo. En este caso, consultamos con el CINEP el problema y efectivamente confirmaron que se debía a un error, por lo que pasó a calificarse como “actor no identificado”.
- Indefinición conceptual de las categorías. Algunas categorías no estaban bien definidas en el marco conceptual del CINEP, por lo que decidimos reestructurar las categorías y clarificar el marco conceptual, que exponemos más adelante. Creamos categorías como “asalariados indígenas” o “mujeres indígenas” para que estos puedan contabilizar cuando hablamos de “asalariados” y cuando hablamos de “indígenas”.

- Armonización entre bases de datos. Al analizar las dos bases de datos, nos dimos cuenta de que entre ellas había información repetida e incoherencias en las categorías, de forma que no estaban claros los criterios por los que algunos hechos se habían clasificado en una y otra base de datos. Por lo tanto, si queríamos analizar ambas bases de datos y ofrecer los resultados como una información complementaria, era necesario armonizar las bases de datos, definir mejor los marcos conceptuales y reestructurar las categorías. Al aplicar el nuevo marco conceptual pudimos pasar los hechos mal clasificados de una base a otra y eliminar los hechos que estaban repetidos. Estas modificaciones pueden verse más abajo.

#### ➤ Cambios realizados en las bases de datos

Los reportes originales entregados por el CINEP contenían 943 hechos correspondientes a la base de datos de LS (1975-2013) y 156 hechos de la base de datos de ACP (1979-2016). Después de la revisión y limpieza, la base de datos de LS (1975-2015) descendió a 843 hechos y la base de datos de ACP (1979-2016) aumentó a 225 hechos. Más adelante, con la incorporación de los hechos faltantes de los 2014 y 2015, el conteo definitivo de hechos quedó en: 873 hechos en la base de datos de LS (ahora 1975-2015) y 228 hechos en la base de datos de ACP (1979-2016).

Algunos de los cambios más destacables fueron:

- En la categoría motivos-lucha se clasificó los “Planes de desarrollo” dentro de “Tierra, vivienda y ordenamiento territorial”, en algunos casos quedó en “Servicios Sociales” o en “Servicios públicos”.
- La modalidad de lucha “paro” se clasificó como un tipo de acción de confrontabilidad “alta” y a la modalidad “huelga” se le asoció con acciones de confrontabilidad “media”. La “huelga de hambre” pasó a ser de confrontabilidad “baja”.
- Cambios en el motivo de lucha “conmemoraciones”. Ahora son “conmemoraciones/marchas fúnebres” (clasificado en “frente al conflicto armado y la violencia”) y “conmemoraciones/rituales simbólicos” (clasificado en “afirmación de la identidad colectiva”).
- Cambios en “defensa de derechos culturales e interétnicos” por “afirmación de la identidad colectiva”.
- Variaciones en las categorías de motivos de lucha (se ha puesto “contra la violencia y la represión”, en vez de “frente al conflicto armado y la violencia”, se le ha añadido los motivos relacionados con detenciones o privación de libertad y otros cambios reflejados también en la leyenda)

#### ➤ Marco conceptual de las bases de datos LS y ACP

<b>ID_Hecho</b>	Identificador del hecho.
<b>Departamento</b>	Departamento en que ocurrió la acción.
<b>Código Dpto</b>	Código del departamento.
<b>Municipio</b>	Municipio en que ocurrió la acción.
<b>Código Municipio</b>	Código del municipio.



<b>Año</b>	Año en que ocurrió la acción.
<b>Fecha_Inicio</b>	Fecha exacta en que ocurrió la acción (día/mes/año).
<b>Fecha_Fin</b>	Fecha en la que finalizó (día/mes/año). Generalmente sin información, por lo que no se ha tenido en cuenta.
<b>Tipo de Fuente</b>	Generalmente artículos de prensa.
<b>Fuente</b>	El Tiempo, El Pueblo, El Espectador, Unidad Indígena, Caracol Radio, El Colombiano, El Liberal, Colombia Hoy, El País, El Herald, El Siglo, La República, el espectador.com, etc.
<b>Fecha de la Fuente</b>	Fecha de publicación de la fuente (día/mes/año).
<b>Actores</b>	Los actores se encuentran jerarquizados en tres niveles –primer, segundo y tercer nivel– de menor a mayor grado de especificidad. De esta manera, en el primer nivel se encuentran las categorías de actor más generales (Iglesias, entidades estatales, sectores y organizaciones sociales, partidos y movimientos políticos, guerrillas, etc.), en el segundo nivel se especifica los sectores que hacen parte de estas categorías (Iglesia católica, ejecutivo nacional, estudiantes, partido liberal, ELN, etc.) y en el tercer nivel aparecen los nombres específicos de las organizaciones, entidades o personas (Conferencia Episcopal, Presidencia, MANE, etc.). Se puede ver la clasificación de todos los actores más abajo.
<b>Papel del Actor</b>	Este campo se utiliza para describir el papel desempeñado por el actor en la acción. Puede ser: convocante, participante o adversario.
<b>Motivos de lucha</b>	Son los agravios colectivos que empujan a los actores a movilizarse (marcos de motivos). Pueden definirse también como las causas del conflicto social, según la percepción de los actores que se movilizan. Se puede ver la clasificación de todos los motivos de lucha más abajo.
<b>Tipo de paz que persiguen (solo en ACP)</b>	En el caso de los motivos que empujan a los actores a movilizarse por la paz, estos motivos se encuentran clasificados según el tipo de paz que persiguen: (1) Paz negativa (contra el conflicto armado, la presencia de actores armados y las consecuencias de su accionar: las violencias y violaciones de DIH y DDHH); (2) Paz positiva (negociaciones y procesos de paz); (3) Paz positiva (búsqueda de alternativas) y (4) Paz positiva (promoción de la paz). Se puede ver la clasificación de todos los motivos de lucha según el tipo de paz más abajo.
<b>Descriptor del Motivo</b>	Este campo memo se utiliza para describir las motivaciones de las luchas (información cualitativa).
<b>Modalidades de acción</b>	En esta categoría se ven los diferentes tipos de acciones que emprenden los actores sociales y conforman su repertorio de acciones colectivas. Se puede ver la clasificación de todos las modalidades de acción más abajo.
<b>Nivel de confrontabilidad</b>	Cada una de las modalidades o tipos de acción posee un nivel de confrontabilidad diferente. Busca medir qué tan contenciosa es la

	acción colectiva. Se clasifica el nivel de confrontabilidad de cada acción en nivel bajo, medio o alto. El nivel bajo corresponde a las acciones que buscan el cambio a través de la concientización y la búsqueda del consenso o que a pesar de ser disruptivas no generan enfrentamientos. El nivel intermedio considera aquellas acciones de protesta que buscan ejercer presión, incluso adentrándose en el campo de lo ilegal, pero sin recurrir al uso de la fuerza o la violencia. Puede generar enfrentamientos aislados por ataques dispersos o negociaciones rotas. El nivel alto incluye acciones que ejercen una presión fuerte sobre el oponente, eventualmente en casos extremos llegando al uso de la fuerza o la violencia. Los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad del Estado son, por tanto, más habituales, aunque el nivel de coordinación y relevancia de la violencia sigue siendo bajo y no es equiparable a las acciones armadas. Las acciones de la BD de LS no estaban clasificadas según estos niveles, así que procedimos a hacerlo. Se puede ver la clasificación de todas las modalidades de acción según los niveles de confrontabilidad más abajo.
<b>Ámbito</b>	Se refiere a la pretensión de cobertura geopolítica de cada acción social colectiva. Identificamos cinco tipos de ámbitos posibles: municipales, departamentales, regionales, nacionales e internacionales.
<b>Lugar de la protesta</b>	Algunas luchas describen el sitio de la protesta. La mayoría sin información.
<b>Descripción de la acción</b>	Este campo memo se utiliza para anotar observaciones y detalles sobre las acciones colectivas (información cualitativa)

#### 11.4. Tablas de co-ocurrencias a partir de información analizada en Atlas TI

Trayectoria de lucha no-violenta	Trayectoria de lucha violenta
<b>Factores internos</b>	
Tabla 9.1. Fortalezas organizativas y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.1. Fortalezas organizativas y Trayectoria violenta
Tabla 9.2. Debilidades organizativas y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.2. Debilidades organizativas y Trayectoria violenta
<b>Factores externos</b>	
Tabla 9.3. Oportunidades relacionales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.3. Oportunidades relacionales y Trayectoria violenta
Tabla 9.4. Oportunidades contextuales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.4. Oportunidades contextuales y Trayectoria violenta
Tabla 9.5. Amenazas relacionales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.5. Amenazas relacionales y Trayectoria violenta
Tabla 9.6. Amenazas contextuales y Trayectoria no-violenta	Tabla 10.6. Amenazas contextuales y Trayectoria violenta

Tablas de co-ocurrencias que empleamos durante el análisis (Capítulo 8).

**TABLA 9.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 1**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
<b>F_ORG_Cohesión y unidad interna</b>	5	2	0	7	1	0	4	4	9	16
F_ORG_Eficacia o éxito del alineamiento_Capacidad de alinear	0	0	0	0	0	3	1	3	7	7
F_ORG_Adopción de decisiones, acuerdos o mandatos internos	0	1	1	2	1	2	3	19	25	27
F_ORG_ME de alineamiento de marcos	0	1	0	1	0	0	0	1	1	2
F_ORG_Cabildeo interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_No marginación de los líderes de la línea dura	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ME de control socio-político	0	1	3	4	0	1	2	16	19	23
F_ORG_Control de la membresía_No permiso de pertenencia/expulsión	0	0	0	0	1	0	0	4	5	5
F_ORG_Control de las acciones_Disciplina de la no-violencia	1	0	0	1	10	1	6	2	19	20
F_ORG_ME de mediación y resolución de conflictos internos	0	1	0	1	0	0	0	1	1	2
F_ORG_ME de conexión, comunicación y coordinación interna	1	1	0	2	0	0	2	1	3	5
F_ORG_ME de socialización y consulta interna participativa	0	4	0	4	0	0	1	2	3	7
<b>TOTAL Cohesión interna</b>	<b>7</b>	<b>11</b>	<b>4</b>	<b>22</b>	<b>13</b>	<b>7</b>	<b>19</b>	<b>53</b>	<b>92</b>	<b>114</b>
<b>F_ORG_Eficacia o éxito en el proceso de micromovilización</b>	1	7	0	8	0	0	6	7	13	21
F_ORG_Activación de emociones favorables a la resistencia	0	2	0	2	0	0	2	1	3	5
F_ORG_Capacidad de agencia_Conciencia capacidad de incidir/transformar	1	1	0	2	0	0	1	3	4	6
F_ORG_Fe o esperanza en el cambio social	0	1	0	1	1	0	1	2	4	5
F_ORG_Liberación cognitiva o concienciación	8	2	0	10	0	0	0	0	0	10
F_ORG_Conciencia de las injusticias_Reestablecimiento de derechos	1	1	0	2	0	0	0	2	2	4
F_ORG_ME para formación y transmisión de los MC	0	3	0	3	0	0	2	0	2	5
F_ORG_ME de transmisión oral	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ME para la formación y transmisión de los MC culturales	0	2	1	3	0	0	0	0	0	3
F_ORG_ME para la formación y transmisión de los MC políticos	5	9	4	18	2	0	5	4	11	29
F_ORG_ME para orientar o guiar la dirección del MS	1	0	0	1	0	0	0	3	3	4
F_ORG_Fortalezas de los marcos cognitivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Conciencia de que los resultados se obtienen a largo plazo	0	2	1	3	0	0	0	0	0	3
F_ORG_Credibilidad, coherencia o legitimidad	0	0	0	0	0	0	3	1	4	4
F_ORG_Prioridad político-ideac. y lo étnico-cultural sobre lo económico-rac.	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
F_ORG_Resonancia de los marcos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Solidez de los marcos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Valores de obediencia y respeto	0	0	1	1	1	0	2	1	4	5
F_ORG_MC estratégicos/F_REC_HA_HA estratégicas (2)	1	0	0	1	10	4	0	1	15	16
F_ORG_Fortalezas de la identidad colectiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Fortalezas de la identidad defensiva	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
F_ORG_Aumento del autoestima u orgullo identitario	0	0	2	2	0	0	0	0	0	2
F_ORG_Prioridad de lo colectivo-comunitario	2	1	6	9	0	0	2	0	2	11
F_ORG_Prioridad de lo interno sobre lo externo	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
F_ORG_Reindigenización	1	0	4	5	0	1	0	0	1	6
F_ORG_/D_ORG_Corriente propia-indigenista (nacionalismo étnico)	2	0	0	2	0	0	0	2	2	4
F_ORG_/D_ORG_Prioridad de lo étnico-cultural sobre lo político-ideacional	1	0	0	1	1	0	0	2	3	4
F_ORG_/D_ORG_Instrumentalización de la identidad étnica o cultural	1	0	10	11	0	0	0	0	0	11
F_ORG_Fortalezas de la identidad ofensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Identidad de resistencia	1	1	0	2	0	0	1	1	2	4
F_ORG_Identidad proyecto	2	2	0	4	0	0	1	1	2	6
F_ORG_Etnorelativismo_Inclusividad y articulación con el otro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Conciencia de la compatibilidad entre identidades	1	0	4	5	0	0	0	0	0	5
F_ORG_Visión constructivista de la identidad	2	0	2	2	0	0	0	0	0	2
F_ORG_MC interculturales/F_REC_HA_HA interculturales (2)	0	0	2	2	0	0	1	1	2	4
F_ORG_Conciencia de cercanía y similitudes con otros grupos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_/D_ORG_Prioridad de lo político-ideacional sobre lo étnico-cultural	3	0	4	7	0	0	0	0	0	7
<b>TOTAL Eficacia de la micromovilización</b>	<b>32</b>	<b>34</b>	<b>41</b>	<b>107</b>	<b>15</b>	<b>5</b>	<b>27</b>	<b>36</b>	<b>83</b>	<b>183</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 2**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
F_ORG_ Difusión de MC favorables a la no-violencia y/o la paz positiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Capacidad de agencia en la construcción de paz	0	0	0	0	0	0	2	5	7	7
F_ORG_ Incorporación de nociones de lucha "pacífica" o "no-violenta"	0	0	0	0	4	1	1	6	12	12
F_ORG_CP_ MC favorables a la paz positiva	0	0	0	0	1	1	3	2	7	7
F_ORG_CP_ Buen Vivir (wet wet fxi'zenxi)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_ Paz a nivel micro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_ Paz crítica-constructiva	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
F_ORG_CP_ Apoyo al proceso de paz	0	0	0	0	0	0	0	9	9	9
F_ORG_CP_ Críticas a la paz de los actores armados (paz negativa)	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
F_ORG_CP_ Paz desde abajo (enfoque territorial)	0	0	0	0	0	0	0	9	9	9
F_ORG_CP_ Valores que inspiran la paz y la no-violencia_ Vida y armonía	0	0	0	0	3	1	0	5	9	9
F_ORG_ Creer en las acciones no-violentas o desarmadas (NoV)	0	0	0	0	3	3	3	8	17	17
F_ORG_NoV_ Creer en la eficacia de la no-violencia_ Fortaleza estratégica	1	0	1	2	2	0	3	8	13	15
F_ORG_NoV_ Acceso a los recursos y el poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_ Bajos costes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_ Desgasta y agota al adversario	5	0	0	5	2	0	1	0	3	8
F_ORG_NoV_ Efecto jiu-jitsu	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
F_ORG_NoV_ Fuerza del número y la unidad	1	0	0	1	0	0	2	2	4	5
F_ORG_NoV_ Fuerza simbólica	0	1	0	1	1	0	9	1	11	12
F_ORG_NoV_ Genera simpatía y solidaridad (valoración cultural)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_ Presiona al gobierno	1	0	0	1	1	0	0	0	1	2
F_ORG_NoV_ Sentimiento de seguridad	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
F_ORG_NoV_ Sostenibilidad a largo plazo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_ Transformación del poder	0	0	0	0	1	0	0	3	4	4
F_ORG_NoV_ Creer en la legitimidad de la no-violencia_ Fortaleza ética-moral	0	2	0	2	2	0	3	2	7	9
F_ORG_NoV_ Coherencia con la cosmovisión nasa	0	0	0	0	4	0	2	7	13	13
F_ORG_ No creer en las acciones violentas o armadas_ Fatiga de la violencia (V)	0	0	0	0	2	4	3	3	12	12
F_ORG_V_ No creer en la eficacia de las acciones violentas_ Deb. estratégica	0	0	0	0	4	1	1	1	7	7
F_ORG_V_ Prolonga y escala los conflictos	0	0	0	0	1	0	1	0	2	2
F_ORG_V_ Asimetría en la correlación de fuerzas	1	0	0	1	2	3	0	0	5	6
F_ORG_V_ Daña la imagen del movimiento y reduce la valoración cultural	1	0	0	1	1	0	1	1	3	4
F_ORG_V_ Costos humanos y riesgos para la comunidad	0	0	0	0	2	8	2	3	15	15
F_ORG_V_ Ilegalidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_ Justifica la represión	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
F_ORG_V_ Experiencia negativa	0	0	0	0	1	1	0	0	2	2
F_ORG_V_ Rdos no deseados_ Desviación y exceso	0	0	0	0	1	7	0	5	13	13
F_ORG_V_ No creer en la legitimidad de la violencia_ Debilidad ética	0	0	0	0	3	1	2	3	9	9
F_ORG_V_ Incoherencia con los valores y el proyecto	0	0	0	0	2	1	0	0	3	3
<b>TOTAL Difusión MC no-violentos</b>	<b>10</b>	<b>3</b>	<b>1</b>	<b>14</b>	<b>45</b>	<b>32</b>	<b>40</b>	<b>90</b>	<b>207</b>	<b>221</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 3**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
<b>F_ORG_ Eficacia o éxito en la movilización de recursos</b>	0	0	1	1	0	0	0	1	1	2
F_REC_ Disponibilidad o acceso a recursos ideacionales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Conocimiento	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
F_REC_Co_ Estudios e investigaciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Materiales didácticos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Memoria colectiva utilizada para la resistencia	5	1	0	6	1	0	5	2	8	14
F_REC_Co_ Saberes o conocimientos propios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_ Disponibilidad o acceso a recursos inmateriales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_ Humanos (HU)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HU_ Cantidad de personas involucradas	0	4	0	4	0	0	5	5	10	14
F_REC_HU_ Capital humano_ Habilidades y actitudes (HA)	0	3	0	3	0	0	0	0	0	3
F_REC_ Disponibilidad o acceso a recursos materiales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_ Equipamiento, suministros e infraestructuras	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_ Recursos económicos o financieros_ Fortaleza económica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Propios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Banco indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Economía agrícola familiar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Empresas comunitarias, cooperativas y proyectos productivos	2	1	0	3	0	0	0	0	0	3
F_REC_Eco_ Fondo Rotatorio	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Mercados o circuitos locales (mano cambiada)	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
F_REC_Eco_ Tules	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Eficacia movilización de recursos</b>	<b>9</b>	<b>9</b>	<b>1</b>	<b>19</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>10</b>	<b>8</b>	<b>19</b>	<b>38</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 4**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
F_ORG_Eficacia o éxito del funcionamiento interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Fortaleza del tejido social_Cuidado del entorno organizativo	0	3	0	3	0	0	0	1	1	4
F_ORG_Cuidado de los mayores indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ME de cooperación y trabajo comunitario	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
F_ORG_Respaldo de la comunidad_La sociabilidad permanente	1	3	0	4	0	0	7	8	15	19
F_ORG_Respaldo de la familia_Cuidado y fortaleza de la familia	0	4	0	4	0	0	1	2	3	7
F_ORG_Disposición hacia la democracia participativa y directa	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
F_ORG_Dinamismo y movilidad	1	0	0	1	0	0	0	1	1	2
F_ORG_Buenas prácticas de gobierno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ME de descentralización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Adscripción informal	0	0	3	3	0	0	1	0	1	4
F_ORG_ME de seguimiento, evaluación y rendición de cuentas	0	2	0	2	0	0	0	0	0	2
F_ORG_Politización de lo cotidiano	0	1	0	1	0	0	0	0	0	1
F_ORG_Relaciones de poder horizontales, incluyentes e igualitarias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Poder como consecuencia, no como fin	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Poder como medio, no como fin	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Inclusividad_Estructuras que permiten acceso al poder y recursos	0	2	0	2	0	0	4	0	4	6
F_ORG_Avances inclusión mujeres indig_Relaciones de poder igualitarias	0	1	0	1	0	0	0	1	1	2
F_ORG_Avances inclusión jóvenes indig_Nuevos liderazgos	0	2	0	2	0	0	2	0	2	4
F_ORG_Distribución de poder_Generación y traspaso de liderazgos	0	0	0	0	0	0	1	1	2	2
F_ORG_Distribución equitativa de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Poder constituyente_Construcción colectiva, de abajo a arriba	0	1	0	1	0	0	0	1	1	2
F_ORG_Poder del pueblo_Decisión y responsabilidad de la comunidad	1	2	1	4	0	2	0	4	6	10
F_ORG_Riqueza y sofisticación política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_Habilidades, actitudes y valores político-comunitarias (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_Habilidades y actitudes conciliadoras o asertivas (2)	0	1	0	1	1	0	4	2	7	8
F_REC_HA_Habilidades y actitudes críticas (2)	0	0	0	0	0	0	1	1	2	2
F_REC_HA_Habilidades y actitudes para la reconciliación (2)	0	2	0	2	0	0	0	0	0	2
F_REC_HA_Habilidades y actitudes de resistencia o resiliencia (2)	4	9	0	13	0	0	6	14	20	33
F_REC_HA_Habilidades y actitudes solidarias (compromiso activista) (2)	0	4	1	5	0	0	8	2	10	15
F_REC_HA_Habilidades y actitudes transformadoras o emancipadoras (2)	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
F_ORG_Eficacia o capacidad organizativa	2	1	0	3	0	0	4	4	8	11
F_ORG_Capacidad en gestión administrativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Formalización y estructuración del movimiento	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
F_REC_HA_Habilidades técnicas y administrativas (2)	0	2	0	2	0	0	4	0	4	6
F_ORG_Virtudes de los liderazgos	2	0	0	2	0	0	0	0	0	2
F_ORG_Liderazgo conciliador	0	1	0	1	1	0	0	1	2	3
F_ORG_Liderazgo estratégico	1	0	0	1	0	3	0	3	6	7
F_ORG_Liderazgo reconocido por la comunidad	0	1	0	1	1	0	1	0	2	3
F_ORG_Liderazgo vinculado, comprometido y al servicio de la comunidad	0	0	1	1	0	0	0	1	1	2
<b>TOTAL Eficacia del funcionamiento interno</b>	<b>14</b>	<b>42</b>	<b>6</b>	<b>62</b>	<b>4</b>	<b>5</b>	<b>46</b>	<b>46</b>	<b>101</b>	<b>163</b>
<b>TOTAL Fortalezas organizativas</b>	<b>72</b>	<b>99</b>	<b>53</b>	<b>224</b>	<b>78</b>	<b>49</b>	<b>142</b>	<b>233</b>	<b>502</b>	<b>719</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



TABLA 9.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 1

D_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
D_ORG_Problemas en la cohesión y unidad interna	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Desalineamiento de marcos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Falta de claridad en las posiciones y de unidad de criterio	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en el sentimiento de pertenencia hacia parte de las estructuras	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en los ME de alineamiento	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en los ME de control socio-político	0	0	4	4	0	0	0	0	0	4
D_ORG_Comuneros acuden a otras autoridades o actúan fuera de la autoridad	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
D_ORG_Surgimiento de tensiones o conflictos internos	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Competiciones internas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Compentencia interpersonal entre dirigencias o líderes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Compentencia por el poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Compentencia por el reconocimiento externo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Compentencia por la representación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Compentencia por los recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Errores cometidos por el movimiento o los dirigentes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en los ME de conexión, comunicación y coordinación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Descoordinación entre estructuras organizativas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL División o fragmentación interna</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>4</b>	<b>5</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>6</b>
D_ORG_Problemas en el proceso de micromovilización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Activación o movilización de emociones favorables a la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en la agencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Falta de autoestima	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Falta de fe o esperanza en el cambio social y la capacidad de incidir	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Falta de concienciación y/o conocimiento sobre la historia política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en los ME de formación y transmisión de MC	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en la transmisión oral	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en los ME de formación y transmisión de los MC políticos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Debilidades de los marcos cognitivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en la coherencia (discurso-práctica)_Fallas en la legitimidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Marcos poco creíbles y verificables en la experiencia	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Descredito o rechazo del marco político-cultural	0	0	2	2	0	0	0	0	0	2
D_ORG_Prioridad de los objetivos y resultados inmediatos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_MC dogmáticos /D_REC_HA_HA dogmáticas (2)	0	1	0	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_MC oportunistas /D_REC_HA_HA oportunistas (2)	0	2	1	3	0	0	0	0	0	3
D_ORG_Prioridad de lo individual a lo colectivo	0	1	5	6	0	0	0	0	0	6
D_ORG_Prioridad de lo económico-racional	4	4	0	8	0	0	0	0	0	8
D_ORG_Debilidades de la identidad colectiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Debilidades de la identidad defensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Desarraigo cultural o pérdida de identidad	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Pérdida de la lengua nasa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Pérdida de la memoria histórica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Prioridad de lo externo sobre lo interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Debilidades de la identidad ofensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Identidad guerrera	0	1	0	1	0	0	2	0	2	3
D_ORG_Identidad negativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Etnocentrismo_Aislamiento y sectarismo étnico o cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Exclusivización de la identidad	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Conciencia de exclusividad o incompatibilidad entre identidades	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Claridad identitaria	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Confusión o ambigüedad identitaria	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Visión pristina y esencialista de la identidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Identidad idealizada o utópica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_MC no interculturales /D_REC_HA_HA no interculturales (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Conciencia de diferencias u oposición con otros grupos	0	1	1	2	0	0	0	0	0	2
D_ORG_MC hegemónicas /D_REC_HA_HA hegemónicas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Problemas micromovilización</b>	<b>4</b>	<b>10</b>	<b>15</b>	<b>29</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>31</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 2**

D_ORG_Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_Surgimiento del CRIC	C_MOV_Participación en el movimiento indígena	C_MOV_Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_Desmovilización del MAQL	C_MOV_Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
D_ORG_Difusión de MC favorables al uso de la violencia y/o las armas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Denostar o confundir las nociones de lucha "pacífica" y "no-violenta"	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_Marcos cognitivos que obstaculizan la paz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_Discurso de la codicia y la economía de la guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_No-Apoyo al proceso de paz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_Paz para los indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Creer en la violencia/confrontación/lucha armada (V)	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_V_Creer en la eficacia de las acciones violentas_Fortaleza estratégica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_V_Creer en la toma del poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
MC_V_Creer en la legitimidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
MC_V_Tolerancia o simpatía hacia el MAQL, acciones violentas, etc.	0	0	0	0	1	0	1	0	2	2
MC_V_Creer en la violencia en determinadas circunstancias	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
MC_V_Creer en la confrontación y el uso de la fuerza durante las acciones	1	0	0	1	0	0	1	0	1	2
MC_V_Creer en la violencia como forma de autodefensa	1	0	0	1	0	1	0	0	1	2
D_ORG_No creer en la eficacia de las acciones no-violentas (NoV)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_No genera buenas condiciones para negociar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Asimetría en la correlación de fuerzas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Insostenibilidad a largo plazo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_No presiona al gobierno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Posibilidades de cambio limitadas, insuficientes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Rdos no deseados_Institucionalización y legitimación del sistema	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Elevados costos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Difusión MC violentos</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>2</b>	<b>1</b>	<b>6</b>	<b>9</b>
D_ORG_Problemas en la movilización de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Disponibilidad de recursos para la violencia y/o la guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Co_Memoria colectiva favorable a la violencia	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
D_REC_Co_/D_REC_HA_Entrenamiento, habilidades y actitudes para la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Equipamiento de guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Falta de recursos (materiales, inmateriales e ideacionales)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Falta de recursos económicos y fuentes de empleo_Debilidad económica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Humanos (HU)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HU_Pérdida o sustracción de base social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HU_Falta de capital humano_Falta de habilidades y actitudes (HA)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de capacidades técnicas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de profesionales propios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Problemas movilización de recursos</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>2</b>	<b>2</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



**TABLA 9.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 3**

D_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
D_ORG_Problemas en el funcionamiento interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Debilitamiento del tejido social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Altos índices de suicidios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Consumo de drogas y alcohol	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Debilitamiento de la unidad familiar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Desarmonización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Desatención de mayores indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Desatención y abandono a niños, niñas y jóvenes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Discriminación por razón de religión, ideología, orient. sexual, etc.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Maltinterpretación, rumores, tabúes, calumnias	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Violencia de género e intrafamiliar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Obstáculos a la democratización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Falta de ME de seguimiento, evaluación y rendición de cuentas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Malas prácticas de gobierno (corrupción, clientelismo)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_ME centralizadas y jerárquicas	2	0	0	2	0	0	0	0	0	2
D_ORG_Oligarquización_Acaparamiento del poder o los recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Profesionalización de la adhesión	0	2	0	2	0	0	1	0	1	3
D_ORG_Relaciones de poder verticales y excluyentes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Exclusión_Restricciones al acceso a los recursos y al poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Distribución no equitativa de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Exclusión de jóvenes en el sistema político	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Exclusión mujeres indig._Relaciones de poder desiguales	1	0	0	1	0	0	1	0	1	2
D_ORG_Mistificación de la autoridad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Autoridad no elegida con poder de decisión_Comité de Apoyo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Autoridad no elegida con poder de decisión_Mayores indígenas	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Autoridad no elegida con poder de decisión_Médicos tradicionales	0	0	0	0	1	0	0	1	2	2
D_ORG_Tiranía de los líderes (la vanguardia)	0	0	0	0	0	5	0	0	5	5
D_REC_HA_Falta de HA político-comunitarias (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de HA críticas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Habilidades y actitudes autoritarias (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de transparencia y negación de problemas internos (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Problemas de gestión, planificación y organización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Fallas en la estabilidad y discontinuidad política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Funcionamiento según la persona al cargo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Excesiva generación de liderazgo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Tiranía de las bases	0	1	0	1	0	0	0	0	0	1
D_ORG_Problemas de operatividad y ejecución de mandatos y proyectos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Sobrecarga de acciones y "fluctuación coyuntural"	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Problemas de los liderazgos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo desgastado y desmotivado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo desvinculado de la comunidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo dogmático o rígido	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo no conciliador	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo no reconocido por la comunidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo pragmático u oportunista	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Liderazgo radical y comuneros rebeldes (radical flanks)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Problemas funcionamiento interno</b>	<b>4</b>	<b>3</b>	<b>2</b>	<b>9</b>	<b>1</b>	<b>5</b>	<b>2</b>	<b>1</b>	<b>9</b>	<b>18</b>
<b>TOTAL Debilidades organizativas</b>	<b>12</b>	<b>13</b>	<b>21</b>	<b>46</b>	<b>2</b>	<b>7</b>	<b>6</b>	<b>5</b>	<b>20</b>	<b>66</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.3 – Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta**

OP_REL_A Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
OP_REL_A Activación actores no-violentos/Desactivación actores violentos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Activación de emprendedores políticos de la no-violencia	0	0	0	0	1	0	0	1	1	1
OP_REL_A Acompañamiento humanitario de personas u organizaciones externas	0	0	0	0	0	0	2	3	5	5
OP_REL_A Activación de organismos de veeduría pública y protección ddhh	0	0	0	0	8	0	1	1	10	10
OP_REL_A Mediación y facilitación externa (diplomacia Informal, track-II)	0	0	0	0	9	0	2	4	15	15
OP_REL_A Activación de radical flanks (beneficios)	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
OP_REL_A Certificación y reconocimiento institucional de actores no-violentos	1	0	0	1	1	1	0	0	2	3
OP_REL_A Coordinación y conexión de redes pro-no-violencia	0	0	0	0	3	1	0	1	5	5
OP_REL_A Desescalada basada en redes	0	0	0	0	5	0	0	0	5	5
OP_REL_A Desactivación basada en escenarios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Desactivación de emprendedores políticos de la violencia	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
<b>TOTAL Activación o desactivación de actores</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>28</b>	<b>3</b>	<b>5</b>	<b>9</b>	<b>45</b>	<b>46</b>
OP_REL_A Alineamientos beneficiosos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Alianzas o apoyo de organizaciones nacionales e internacionales	0	0	0	0	0	0	2	1	3	3
OP_REL_A Declaraciones o manifestaciones de solidaridad	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
OP_REL_A Difusión, visibilidad y cobertura	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Presión al gobierno	0	0	0	0	1	0	0	1	2	2
OP_REL_A Apoyo técnico o formativo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_REC_Eco_Apoyo financiero o económico de la cooperación (*)	1	0	0	1	0	0	2	2	4	5
OP_REL_A Alianzas o apoyos de actores opositores del entorno organizativo	13	0	0	13	1	0	2	7	10	23
OP_REL_A Alianzas o apoyos de guerrillas (beneficios)	3	0	0	3	0	0	0	0	0	3
OP_REL_A ApoyoMS_ Concienciación y movilización	13	2	0	15	0	0	0	0	0	15
OP_REL_A_REC_Co_Conoc. heredado_ Acumulado histórico de luchas (*)	10	1	0	11	1	0	4	2	7	18
OP_REL_A ApoyoMS_ Participación en acciones colectivas con indígenas	4	0	0	4	0	0	1	1	2	6
OP_REL_A Alianzas entre las guerrillas (beneficios)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Alianzas o apoyo de individuales externos	2	3	1	6	0	0	0	0	0	6
OP_REL_A ApoyoInd_ Técnico o formativo	6	7	0	13	0	0	0	0	0	13
OP_REL_A Apoyo Ind_ Asesoramiento u orientación política	0	2	0	2	0	0	0	0	0	2
OP_REL_A Apoyo Ind_ Concienciación y movilización	9	1	0	10	0	0	0	0	0	10
OP_REL_A Apoyo Ind_ Mediación y facilitación	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
<b>TOTAL Alineamientos beneficiosos</b>	<b>61</b>	<b>16</b>	<b>1</b>	<b>78</b>	<b>4</b>	<b>0</b>	<b>11</b>	<b>17</b>	<b>32</b>	<b>110</b>
OP_REL_A Disminución de la centralidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Competición revertida con actores armados (reversed outbidding)	2	0	0	2	2	0	1	16	19	21
OP_REL_A Incentivos para la habilitación de especialistas en no-violencia y CP	0	0	0	0	0	0	5	1	6	6
OP_REL_A Imaginario lucha indígena como constructor de paz y no-violencia	0	0	0	0	2	0	3	4	9	9
OP_REL_A Otorgación de premios, menciones y reconocimiento	0	0	0	0	0	0	6	3	9	9
OP_REL_A Mejora en las relaciones y acercamiento de posturas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Espiral de señales positivas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Reconocimiento y respeto mutuo, de ambas partes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Reconocimiento-respeto de la autonomía indígena	1	0	0	1	0	1	1	2	4	5
OP_REL_A Mejora de la comunicación, información y conocimiento mutuo	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
OP_REL_A Espacios de diálogo y canales de interlocución estables	0	0	0	0	1	0	0	6	7	7
OP_REL_A Desactivación o reducción de las líneas divisorias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Percepción de similitudes en los intereses o visiones (compatibilidades)	3	0	0	3	0	0	0	0	0	3
OP_REL_A Percepción de incompatibilidades y distancia ideológica resoluble	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A Avance o éxito de las negociaciones (NEGO)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_NEGO_ Firma de actas de operatividad o compromisos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_NEGO_ Firma de acuerdos parciales/Cumplimiento parcial de acuerdos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_NEGO_ Aceptación del inicio de negociaciones	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
OP_REL_A_NEGO_ Cumplimiento de los acuerdos	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
OP_REL_A_NEGO_ Llegada a acuerdos (genérico)	0	0	0	0	1	0	1	6	8	8
OP_REL_A_NEGO_ Tener interés en negociar y en llegar a un acuerdo	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
<b>TOTAL Disminución centralidad de la violencia</b>	<b>6</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>6</b>	<b>8</b>	<b>1</b>	<b>17</b>	<b>40</b>	<b>66</b>	<b>72</b>
<b>TOTAL Oportunidades relacionales</b>	<b>68</b>	<b>16</b>	<b>1</b>	<b>85</b>	<b>40</b>	<b>4</b>	<b>33</b>	<b>66</b>	<b>143</b>	<b>228</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.4 – Oportunidades del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta**

OP_CONT_ Oportunidades del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
OP_CONT_/F_REC_ Geográficos y naturales (*)	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
OP_VC_ Disminución de la violencia cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VC_ Cultura de la paz y la no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VD_ Disminución de la violencia directa	0	0	0	0	2	2	0	5	9	9
OP_VE_ Disminución de la violencia estructural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_ Ventana de oportunidades políticas	6	1	1	8	7	1	9	17	25	25
OP_VE_ Facilidades o ventajas de la naturaleza política del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_ Carácter democrático del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Bases o fundamentos legales (*)	2	0	0	2	0	0	0	2	2	4
OP_VE_/F_REC_L_ Acta 03 de Octubre de 1991 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Acta del 23 de diciembre de 1991 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Auto 004 del 2009 (*)	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
OP_VE_/F_REC_L_ Auto 008 de 2009 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Auto 009 de 2009 y Anexo Especial (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Constitución 1991 (*)	0	0	0	0	4	3	0	0	7	7
OP_VE_/F_REC_L_ Consulta previa (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Convenio 169 OIT (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Declaración Derechos Pueblos Indígenas (*)	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
OP_VE_/F_REC_L_ Decreto 982 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Decreto 1953 o Decretos Autonómicos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Decreto 4633 de 2011 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Derechos Humanos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Informe No. 036 de 2000 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Ley 89 de 1890 (*)	4	0	0	4	0	0	0	0	0	4
OP_VE_/F_REC_L_ Plan de Salvaguarda (*)	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
OP_VE_/F_REC_L_ Plan Nacional de Desarrollo (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Resolución No.000147 de 13 febrero de 1984 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Sentencia T-025 de 2005 (*)	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
OP_VE_/F_REC_L_ Sujetos de Especial Protección (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Títulos republicanos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_L_ Títulos coloniales (*)	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
OP_VE_ Elevada capacidad del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_ Inversión, recursos y transferencias del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_Eco_ Estatales (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_Eco_ "Familias en Acción" (*)	0	1	0	1	0	0	0	0	0	1
OP_VE_/F_REC_Eco_ Alcaldía (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_Eco_ Gestión en el municipio y departamento (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_/F_REC_Eco_ Transferencias del Estado (*)	0	1	1	2	0	0	0	0	0	2
OP_VE_ Oferta institucional	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE_ Tolerancia hacia las acciones de protesta	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Disminución violencia estructural</b>	<b>13</b>	<b>3</b>	<b>2</b>	<b>18</b>	<b>4</b>	<b>10</b>	<b>1</b>	<b>22</b>	<b>37</b>	<b>55</b>
<b>TOTAL Oportunidades del contexto</b>	<b>14</b>	<b>3</b>	<b>2</b>	<b>19</b>	<b>6</b>	<b>12</b>	<b>1</b>	<b>27</b>	<b>46</b>	<b>65</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.5 – Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 1**

AM_RELA_ Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
AM_RELA_Activación actores violentos/Desactivación actores no-violentos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Activación de emprendedores políticos de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Acciones de deslegitimación o desprestigio por parte de la guerrilla	0	0	0	0	0	0	0	7	7	7
AM_RELA_Cooptación y reclutamiento para actores armados/disidencias/cultivos	1	0	0	1	1	0	4	17	22	23
AM_RELA_Coordinación y conexión de redes pro-violencia	1	0	0	1	0	0	1	0	1	2
AM_RELA_Convivencia entre élites económicas/políticas y grupos para/sicarios/narcos	2	0	0	2	0	0	0	1	1	3
AM_RELA_Escalada basada en redes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Trashumancia de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	7	7	7
AM_RELA_Vinculación entre guerrillas y el narcotráfico	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
AM_RELA_Falta de certificación o reconocimiento institucional de actores no-violentos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Activación o desactivación de actores</b>	<b>4</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>4</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>5</b>	<b>36</b>	<b>42</b>	<b>46</b>
AM_RELA_Alineamientos perjudiciales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Alineamientos individuales perjudiciales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Maltratos o desconfianzas en las personas y organizaciones externas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Alineamientos perjudiciales con actores opositores de entorno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_División o fragmentación del entorno organizativo	2	0	0	2	0	0	0	1	1	3
AM_RELA_Alianza coyuntural_ Incapacidad de conseguir la unidad política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Alianza instrumental o instrumentalización de las alianzas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Competicencias y desconfianzas en el entorno organizativo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Desigualdad, inequidad o asimetría entre grupos sociales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Tensión o competencia regional - nacional	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_Tensión o competencia rural - urbano	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Traiciones, engaños y mentiras	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Desalineamiento y conflictos entre guerrillas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Intromisión de las guerrillas en el entorno organizativo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Dispersión de iniciativas, espacios y acciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Vinculación de campesinos y guerrillas/radical flanks/cultivos ilícitos	0	0	2	2	0	0	0	0	0	2
AM_RELA_Vinculación o alianzas entre indígenas y guerrillas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Vinculación o alianzas entre indígenas y FARC	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
AM_RELA_Vinculación o alianzas entre indígenas y M-19	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ID_REC_Co_Conoc. heredado_Acc. modulares y marcos maestros viol. (*)	4	0	0	4	0	0	0	0	0	4
AM_RELA_Alineamientos perjudiciales con terceros actores	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Acciones de deslegitimación por parte medios de comunicación	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_Influencia y cooptación de terceros (sin especificar)	9	0	0	9	0	0	0	7	7	16
<b>TOTAL Alineamientos perjudiciales</b>	<b>15</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>17</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>10</b>	<b>11</b>	<b>28</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



TABLA 9.5 – Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 2

AM_RELA_ Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
AM_RELA_Aumento de la centralidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Compitiencia con actores armados (out-bidding)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Deterioro de las relaciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Desconfianza entre los actores	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
AM_RELA_Espiral de señales negativas	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_Desatención de las demandas y derechos reconocidos	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_Falta de reconocimiento-respeto de la autonomía indígena	0	0	0	0	0	0	0	9	9	9
AM_RELA_Vulneración de la jurisdicción indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Falta de respeto mutuo, de ambas partes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Falta de comunicación, conocimiento y entendimiento del otro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Falta de canales estables, relacionamiento esporádico, ocasional	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Incertidumbre	0	0	0	0	0	0	0	5	5	5
AM_RELA_Polarización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Habilitación e incentivos a especialistas de la violencia	0	0	0	0	0	0	3	0	3	3
AM_RELA_Activación o ampliación de las líneas divisorias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Percepción de diferencias en los intereses o visiones (incompatibilidades)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Etnocentrismo_Imposición de la hegemonía	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_RELA_Percepción de incompatibilidades y distancia ideológica irresoluble	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Activación de conflictos entre actores	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Conflictos interculturales o interétnicos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_Conflictos o disputa territorial-poblacional	1	0	0	1	1	0	1	30	32	33
AM_RELA_Fracaso de las negociaciones (NEGO)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_Condiciones no negociables	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_Desinterés o reticencias en negociar o llegar a un acuerdo (spoilers)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_Entrampamiento	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_Estancamiento o ruptura de negociaciones sin acuerdo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_Incumplimiento de los acuerdos	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
AM_RELA_NEGO_Negociación bajo amenazas o chantajes	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_NEGO_Otras dificultades para dialogar o negociar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Centralidad de la violencia</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>5</b>	<b>53</b>	<b>59</b>	<b>60</b>
AM_RELA_Represión del gobierno y fuerzas seguridad del estado (REP)	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
AM_RELA_REP_Represión brutal e indiscriminada	4	0	0	4	1	0	0	0	1	5
AM_RELA_REP_Represión colateral/Política de defensa nacional	0	0	0	0	0	0	0	8	8	8
AM_RELA_REP_Inteligencia o vigilancia del Estado a la población civil	0	1	0	1	0	0	0	3	3	4
AM_RELA_REP_Represión omisiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Represión discriminada	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Acciones de deslegitimación o criminalización de la protesta (gobierno)	2	0	0	2	0	0	0	5	5	7
AM_RELA_REP_Represión de las protestas	0	0	0	0	3	0	0	1	4	4
AM_RELA_REP_Activación basada en escenarios/Negociaciones rotas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Represión legalista	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Barreras u obstáculos económicos, legales o administrativos	1	2	0	3	0	0	0	0	0	3
AM_RELA_REP_Detenciones y judicializaciones	9	0	0	9	0	0	1	0	1	10
AM_RELA_REP_Procedimientos contra vías de hecho o protestas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Prohibición e ilegalización del diálogo o la negociación con guerrillas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Represión selectiva y divisoria	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Cooptación y generación de divisiones en el movimiento indígena	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_REP_Apoyo a la creación de "organizaciones paralelas" (disidencias indig.)	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_REP_Cooptación y generación de divisiones en el entorno organizativo	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
AM_RELA_REP_Generación de divisiones entre comunidades y sectores rurales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_Trato diferencial étnico o cultural del Estado (modelo multicultural)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Represión estatal</b>	<b>18</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>21</b>	<b>4</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>19</b>	<b>24</b>	<b>45</b>
<b>TOTAL Amenazas relacionales</b>	<b>38</b>	<b>3</b>	<b>2</b>	<b>43</b>	<b>7</b>	<b>0</b>	<b>11</b>	<b>118</b>	<b>136</b>	<b>179</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.6 – Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 1**

D_ORG_ Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
AM_CONT_/D_REC_ Geográficos y naturales (territorio de violencia) (*)	0	0	0	0	0	0	0	5	5	5
AM_VC_ Violencia cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Cultura de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Discriminación por razón de origen, etnia, género, etc.	2	0	0	2	0	0	0	0	0	2
AM_VC_ Perjuicio cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Proyecto hegemónico de la cultura dominante (aculturización)	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VC_ Modernización_ Paso de comunidad a sociedad civil	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Proyecto de construcción del Estado-Nación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Violencia cultural</b>	<b>2</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>2</b>	<b>4</b>
AM_VD_ Violencia directa	1	0	0	1	0	0	0	3	3	4
AM_VD_(VC/VE) Amenaza para la supervivencia o subsistencia del pueblo nasa	2	0	0	2	0	0	0	9	9	11
AM_VD_ Delincuencia y criminalidad común	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
AM_VD_ Escalamiento de la VD	1	0	0	1	0	0	3	14	17	18
AM_VD_ Presencia de actores armados en el territorio	0	0	0	0	0	0	1	15	16	16
AM_VD_ Presencia de guerrillas en el territorio	0	0	0	0	0	0	1	11	12	12
AM_VD_ Presencia de paramilitares en el territorio	0	0	0	0	0	0	2	6	8	8
AM_VD_ Presencia del narcotráfico/cultivos de uso ilícito en el territorio	0	0	0	0	0	0	2	10	12	12
AM_VD_ Violaciones de DDHH y DIH	0	0	0	0	0	0	0	9	9	9
AM_VD_ Implantación del miedo para control poblacional y territorial	1	0	0	1	0	0	0	1	1	2
AM_VD_ Hostigamiento a la población civil de FFAA y guerrillas	0	0	0	0	0	1	0	9	10	10
AM_VD_ Falsos positivos y ejecuciones extrajudiciales	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VD_ Confinamiento, restricción de libertad y control de movilidad de bienes y personas	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VD_ Vacunas, extorsión y secuestros	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VD_ Violencia contra las mujeres asociada a la guerra	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
AM_VD_ Violencia contra los niños y jóvenes asociada a la guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VD_ Violencia política_ Persecución, amenazas, asesinatos y desapariciones	13	1	0	14	0	1	8	29	38	52
<b>TOTAL Violencia directa</b>	<b>18</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>19</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>17</b>	<b>126</b>	<b>145</b>	<b>164</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 9.6 – Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta – Parte 2**

D_ORG_ Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria no-violenta	C_MOV_ Surgimiento del CRIC	C_MOV_ Participación en el movimiento indígena	C_MOV_ Pertenencia al proceso social-organizativo	TOTAL Dinámicas de movilización	C_MOV_ Adopción de acciones no-violentas y desradicalización	C_MOV_ Desmovilización del MAQL	C_MOV_ Habilitación de la guardia indígena	C_MOV_ Resistencia no-violenta frente a los actores armados	TOTAL Dinámicas de desradicalización	TOTAL Trayectoria no-violenta
AM_VE Violencia estructural	0	0	0	0	0	0	0	0	2	2
AM_VE (VC/VD) Colonialismo	3	0	0	3	0	0	0	1	1	4
AM_VE Injusticia social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Malas condiciones socio-económicas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Elevada mortalidad o baja esperanza de vida	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Explotación laboral (terraje)	11	0	0	11	0	0	0	0	0	11
AM_VE Necesidad de tierras	4	1	1	6	0	0	0	0	0	6
AM_VE Usurpación y/o concentración de la tierra	12	0	0	12	0	0	0	5	5	17
AM_VE Crecimiento poblacional	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
AM_VE Necesidades básicas insatisfechas	1	0	0	1	0	0	0	1	1	2
AM_VE Problemas asociados a la pobreza y al desarrollo	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
AM_VE Modelo de desarrollo económico-liberal-capitalista	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
AM_VE Abandono de cultivos por baja rentabilidad y devaluación del mercado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Explotación recursos naturales	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VE Exclusión económica-social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Éxodo rural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Política minero-energética	0	0	0	0	0	0	1	5	6	6
AM_VE Zonas mineras indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Tratados de Libre Comercio (TLC)	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VE Política narcotráfico/erradicación cultivos ilícitos	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VE Plan Colombia	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VE Problemas en la naturaleza política del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Baja capacidad del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Mala reintegración de los excombatientes (DDR)	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
AM_VE Ausencia Institucionalidad	1	0	0	1	0	0	0	0	0	1
AM_VE Ausencia Institucionalidad_ Falta de inversión y oportunidades	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VE Ausencia Institucionalidad_ Centralización y falta de presencia en la periferia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Ausencia Institucionalidad_ Falta de registros e información veraz	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VE Ausencia Institucionalidad_ Ineficacia en el ejercicio de sus funciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Ausencia Institucionalidad_ No monopolio de la fuerza ni garantía de seguridad	0	0	0	0	0	0	0	3	3	3
AM_VE Baja tolerancia hacia la protesta	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE Carácter antidemocrático del estado	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
<b>TOTAL Violencia estructural</b>	<b>34</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>36</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>35</b>	<b>36</b>	<b>72</b>
<b>TOTAL Amenazas del contexto</b>	<b>54</b>	<b>2</b>	<b>1</b>	<b>57</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>18</b>	<b>168</b>	<b>188</b>	<b>245</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 1**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
<b>F_ORG Cohesión y unidad interna</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Eficacia o éxito del alineamiento_ Capacidad de alinear	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG Adopción de decisiones, acuerdos o mandatos internos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME de alineamiento de marcos	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG Cabildeo interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG No marginación de los líderes de la línea dura	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME de control socio-político	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Control de la membresía_ No permiso de pertenencia/expulsión	1	16	0	0	0	17	0	0	0	0	0	0	0	17
F_ORG Control de las acciones_ Disciplina de la no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME de mediación y resolución de conflictos internos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME de conexión, comunicación y coordinación interna	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG ME de socialización y consulta interna participativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Cohesión interna</b>	<b>1</b>	<b>16</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>17</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>20</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



TABLA 10.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 2

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
F_ORG Eficacia o éxito en el proceso de micromovilización	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG Activación de emociones favorables a la resistencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Capacidad de agencia Conciencia capacidad de incidir/transformar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Fe o esperanza en el cambio social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Liberación cognitiva o concienciación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Conciencia de las injusticias Reestablecimiento de derechos	0	0	0	0	0	0	0	3	0	0	0	0	3	3
F_ORG ME para formación y transmisión de los MC	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME de transmisión oral	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME para la formación y transmisión de los MC culturales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG ME para la formación y transmisión de los MC políticos	0	0	0	0	0	0	4	0	0	0	0	0	4	4
F_ORG ME para orientar o guiar la dirección del MS	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Fortalezas de los marcos cognitivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Conciencia de que los resultados se obtienen a largo plazo	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG Credibilidad, coherencia o legitimidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Prioridad político-ideac. y lo étnico-cultural sobre lo económico-rac.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Resonancia de los marcos	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
F_ORG Solidez de los marcos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Valores de obediencia y respeto	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG MC estratégicos/F_REC HA HA estratégicas (2)	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	2	2
F_ORG Fortalezas de la identidad colectiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Fortalezas de la identidad defensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Aumento del autoestima u orgullo identitario	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Prioridad de lo colectivo-comunitario	0	2	0	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
F_ORG Prioridad de lo interno sobre lo externo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Reindigenización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Corriente propia-indigenista (nacionalismo étnico)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Prioridad de lo étnico-cultural sobre lo político-ideacional	0	1	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	1	2
F_ORG Instrumentalización de la identidad étnica o cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Fortalezas de la identidad ofensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Identidad de resistencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Identidad proyecto	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Etnorelativismo_ Inclusividad y articulación con el otro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Conciencia de la compatibilidad entre identidades	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
F_ORG Visión constructivista de la identidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
F_ORG MC interculturales/F_REC HA HA interculturales (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Conciencia de cercanía y similitudes con otros grupos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG Prioridad de lo político-ideacional sobre lo étnico-cultural	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
<b>TOTAL Eficacia de la micromovilización</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>8</b>	<b>6</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>16</b>	<b>19</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

TABLA 10.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 3

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
F_ORG_Difusión de MC favorables a la no-violencia y/o la paz positiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Capacidad de agencia en la construcción de paz	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG_Incorporación de nociones de lucha "pacífica" o "no-violenta"	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_MC favorables a la paz positiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Buen Vivir (wet wet fix'i zenxi)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Paz a nivel micro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Paz crítica-constructiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Apoyo al proceso de paz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Críticas a la paz de los actores armados (paz negativa)	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
F_ORG_CP_Paz desde abajo (enfoque territorial)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_CP_Valores que inspiran la paz y la no-violencia_Vida y armonía	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_Creer en las acciones no-violentas o desarmadas (NoV)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Creer en la eficacia de la no-violencia_Fortaleza estratégica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Acceso a los recursos y el poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Bajos costes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Desgasta y agota al adversario	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Efecto jiu-jitsu	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Fuerza del número y la unidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Fuerza simbólica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Genera simpatía y solidaridad (valoración cultural)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Presiona al gobierno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Sentimiento de seguridad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Sostenibilidad a largo plazo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Transformación del poder	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Creer en la legitimidad de la no-violencia_Fortaleza ética-moral	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_Coherencia con la cosmovisión nasa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_NoV_No creer en las acciones violentas o armadas_Fatiga de la violencia (V)	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
F_ORG_V_No creer en la eficacia de las acciones violentas_Deb. estratégica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Prolonga y escala los conflictos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Asimetría en la correlación de fuerzas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Daño a la imagen del movimiento y reduce la valoración cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Costos humanos y riesgos para la comunidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Illegalidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Justifica la represión	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Experiencia negativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Rdcs no deseados_Desviación y exceso	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_No creer en la legitimidad de la violencia_Debilidad ética	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_V_Incoherencia con los valores y el proyecto	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Difusión MC no-violentos</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>3</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 4**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
F_ORG Eficacia o éxito en la movilización de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC Disponibilidad o acceso a recursos ideacionales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Conocimiento	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Estudios e investigaciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Materiales didácticos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Memoria colectiva utilizada para la resistencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Co_ Saberes o conocimientos propios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC Disponibilidad o acceso a recursos inmateriales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Humanos (HU)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HU_ Cantidad de personas involucradas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HU_ Capital humano_ Habilidades y actitudes (HA)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC Disponibilidad o acceso a recursos materiales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Equipamiento, suministros e infraestructuras	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Recursos económicos o financieros_ Fortaleza económica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Propios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Banco indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Economía agrícola familiar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Empresas comunitarias, cooperativas y proyectos productivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Fondo Rotatorio	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Mercados o circuitos locales (mano cambiada)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_Eco_ Tules	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Eficacia movilización de recursos</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



**TABLA 10.1 – Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 5**

F_ORG_ Fortalezas organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
<b>F_ORG Eficacia o éxito del funcionamiento interno</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>F_ORG Fortaleza del tejido social_ Cuidado del entorno organizativo</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Cuidado de los mayores indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ ME de cooperación y trabajo comunitario	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
F_ORG_ Respaldo de la comunidad_ La sociabilidad permanente	0	0	0	0	0	0	0	3	0	0	0	0	3	3
F_ORG_ Respaldo de la familia_ Cuidado y fortaleza de la familia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>F_ORG Disposición hacia la democracia participativa y directa</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Dinamismo y movilidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Buenas prácticas de gobierno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ ME de descentralización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Adscripción informal	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ ME de seguimiento, evaluación y rendición de cuentas	0	1	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
F_ORG_ Politización de lo cotidiano	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Relaciones de poder horizontales, incluyentes e igualitarias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Poder como consecuencia, no como fin	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Poder como medio, no como fin	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Inclusividad_ Estructuras que permiten acceso al poder y recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Avances inclusión mujeres indig._ Relaciones de poder igualitarias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Avances inclusión jóvenes indig._ Nuevos liderazgos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Distribución de poder_ Generación y traspaso de liderazgos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Distribución equitativa de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Poder constituyente_ Construcción colectiva, de abajo a arriba	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Poder del pueblo_ Decisión y responsabilidad de la comunidad	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	2	2
F_ORG_ Riqueza y sofisticación política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades, actitudes y valores político-comunitarias (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes conciliadoras o asertivas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes críticas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes para la reconciliación (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes de resistencia o resiliencia (2)	0	0	0	0	1	1	0	2	0	0	0	0	2	3
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes solidarias (compromiso activista) (2)	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
F_REC_HA_ Habilidades y actitudes transformadoras o emancipadoras (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>F_ORG Eficacia o capacidad organizativa</b>	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
F_ORG_ Capacidad en gestión administrativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Formalización y estructuración del movimiento	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_REC_HA_ Habilidades técnicas y administrativas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>F_ORG Virtudes de los liderazgos</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Liderazgo conciliador	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Liderazgo estratégico	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Liderazgo reconocido por la comunidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
F_ORG_ Liderazgo vinculado, comprometido y al servicio de la comunidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Eficacia del funcionamiento interno</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>1</b>	<b>7</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>9</b>	<b>12</b>
<b>TOTAL Fortalezas organizativas</b>	<b>2</b>	<b>20</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>24</b>	<b>9</b>	<b>17</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>30</b>	<b>54</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 1**

F_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
<b>D_ORG Problemas en la cohesión y unidad interna</b>	1	0	0	0	2	3	1	6	3	1	2	0	13	16
D_ORG Desalineamiento de marcos	1	2	0	0	5	8	13	1	6	4	7	4	35	43
D_ORG Falta de claridad en las posiciones y de unidad de criterio	0	1	0	0	0	1	6	0	0	0	1	1	8	9
D_ORG Fallas en el sentimiento de pertenencia hacia parte de las estructuras	0	1	0	0	0	1	1	0	0	2	0	0	3	4
D_ORG Fallas en los ME de alineamiento	1	0	0	0	0	1	8	0	2	2	4	0	16	17
D_ORG Fallas en los ME de control socio-político	0	0	0	0	1	1	2	0	1	4	6	0	13	14
D_ORG Comuneros acuden a otras autoridades o actúan fuera de la autoridad	0	1	0	0	1	2	2	0	1	4	0	0	7	9
D_ORG Surgimiento de tensiones o conflictos internos	0	0	0	0	2	2	2	0	2	1	3	4	12	14
D_ORG Competencias internas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Competencia interpersonal entre dirigencias o líderes	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
D_ORG Competencia por el poder	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	0	1	2
D_ORG Competencia por el reconocimiento externo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Competencia por la representación	0	1	0	0	1	2	0	0	0	0	0	0	0	2
D_ORG Competencia por los recursos	0	0	0	0	4	4	0	0	0	0	0	0	0	4
D_ORG Errores cometidos por el movimiento o los dirigentes	0	0	0	0	1	1	0	1	1	0	0	0	2	3
D_ORG Fallas en los ME de conexión, comunicación y coordinación	3	0	0	0	0	3	1	1	2	1	0	0	5	8
D_ORG Descoordinación entre estructuras organizativas	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1	0	2	2
<b>TOTAL División o fragmentación interna</b>	<b>7</b>	<b>6</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>17</b>	<b>30</b>	<b>38</b>	<b>9</b>	<b>18</b>	<b>19</b>	<b>25</b>	<b>9</b>	<b>118</b>	<b>148</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 2**

F_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
D_ORG Problemas en el proceso de micromovilización	6	0	0	0	0	6	0	9	0	2	0	0	11	17
D_ORG Fallas en la agencia	0	0	1	0	0	1	0	0	0	0	1	1	2	3
D_ORG Falta de fe o esperanza en el cambio social y la capacidad de incidir	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
D_ORG Falta de concienciación y/o conocimiento sobre la historia política	5	0	0	0	0	5	3	0	0	2	1	1	7	12
D_ORG Fallas en los ME de formación y transmisión de MC	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Fallas en la transmisión oral	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Fallas en los ME de formación y transmisión de los MC políticos	1	0	0	0	0	1	2	0	0	0	0	0	2	3
D_ORG Debilidades de los marcos cognitivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Fallas en la coherencia (discurso-práctica)_ Fallas en la legitimidad	0	0	0	0	1	1	0	1	0	0	7	5	13	14
D_ORG Marcos poco creíbles y verificables en la experiencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Descrédito o rechazo del maco político-cultural	2	2	0	0	8	12	5	0	5	5	0	2	17	29
D_ORG Prioridad de los objetivos y resultados inmediatos	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG MC dogmáticos /D_REC_HA_HA dogmáticas (2)	0	0	0	0	0	0	3	0	0	1	0	0	4	4
D_ORG MC oportunistas /D_REC_HA_HA oportunistas (2)	1	0	0	0	0	1	0	0	1	0	1	1	3	4
D_ORG Prioridad de lo individual a lo colectivo	2	2	0	0	2	6	0	0	0	0	2	1	3	9
D_ORG Prioridad de lo económico-racional	1	0	1	0	2	4	0	0	0	0	6	4	10	14
D_ORG Debilidades de la identidad colectiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Debilidades de la identidad defensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Falta de autoestima	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Desarraigo cultural o pérdida de identidad	3	1	7	0	0	11	0	0	0	2	6	2	10	21
D_ORG Pérdida de la lengua nasa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Pérdida de la memoria histórica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Prioridad de lo externo sobre lo interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Debilidades de la identidad ofensiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Identidad guerrera	0	0	0	1	0	1	3	1	0	2	0	0	6	7
D_ORG Identidad negativa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Etnocentrismo_ Aislamiento y sectarismo étnico o cultural	0	1	0	0	0	1	0	0	1	0	0	0	1	2
D_ORG Exclusivización de la identidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Conciencia de exclusividad o incompatibilidad entre identidades	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Claridad identitaria	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Confusión o ambigüedad identitaria	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Visión prístina y esencialista de la identidad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Identidad idealizada o utópica	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG MC no interculturales /D_REC_HA_HA no interculturales (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Conciencia de diferencias u oposición con otros grupos	0	2	0	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
D_ORG MC hegemónicas /D_REC_HA_HA hegemónicas (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Problemas micromovilización</b>	<b>22</b>	<b>8</b>	<b>9</b>	<b>1</b>	<b>13</b>	<b>53</b>	<b>16</b>	<b>11</b>	<b>7</b>	<b>14</b>	<b>25</b>	<b>17</b>	<b>90</b>	<b>143</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



**TABLA 10.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 3**

F_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
D_ORG_Difusión de MC favorables al uso de la violencia y/o las armas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Activación o movilización de emociones favorables a la violencia	0	0	0	0	0	0	5	1	0	2	0	0	8	8
D_ORG_Denostar o confundir las nociones de lucha "pacífica" y "no-violenta"	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	2	2
D_ORG_CP_Marcos cognitivos que obstaculizan la paz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_Discurso de la codicia y la economía de la guerra	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG_CP_No-Apoyo al proceso de paz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_CP_Paz para los indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_Creer en la violencia/confrontación/lucha armada (V)	0	0	0	0	0	0	8	10	0	2	0	0	20	20
D_ORG_V_Creer en la eficacia de las acciones violentas_Fortaleza estratégica	0	0	0	0	0	0	0	3	0	0	0	0	3	3
D_ORG_V_Creer en la toma del poder	0	0	0	0	0	0	2	2	0	1	0	0	5	5
MC_V_Creer en la legitimidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
MC_V_Tolerancia o simpatía hacia el MAQL, acciones violentas, etc.	0	0	0	0	0	0	2	6	0	0	0	0	8	8
MC_V_Creer en la violencia en determinadas circunstancias	0	0	0	0	0	0	2	6	1	0	0	0	9	9
MC_V_Creer en la confrontación y el uso de la fuerza durante las acciones	0	0	0	0	0	0	14	0	0	0	0	0	14	14
MC_V_Creer en la violencia como forma de autodefensa	0	0	0	0	0	0	2	10	0	0	0	0	12	12
D_ORG_No creer en la eficacia de las acciones no-violentas (NoV)	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
D_ORG_NoV_No genera buenas condiciones para negociar	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Asimetría en la correlación de fuerzas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Insostenibilidad a largo plazo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_No presiona al gobierno	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
D_ORG_NoV_Posibilidades de cambio limitadas, insuficientes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG_NoV_Rdos no deseados_Institucionalización y legitimación del sistema	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG_NoV_Elevados costos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Difusión MC violentos</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>39</b>	<b>38</b>	<b>1</b>	<b>5</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>83</b>	<b>85</b>
D_ORG_Problemas en la movilización de recursos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Disponibilidad de recursos para la violencia y/o la guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_Co_Memoria colectiva utilizada para la violencia	0	0	0	0	0	0	4	7	1	0	0	0	12	12
D_REC_Co_/D_REC_HA_Entrenamiento, habilidades y actitudes para la violencia	0	0	0	0	1	1	4	7	5	4	0	0	20	21
D_REC_Equipamiento de guerra	0	0	0	0	0	0	0	6	0	0	0	0	6	6
D_REC_Falta de recursos (materiales, inmateriales e ideacionales)	2	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
D_REC_Falta de recursos económicos y fuentes de empleo_Debilidad económica	2	0	10	0	0	12	1	0	0	9	16	1	27	39
D_REC_Humanos (HU)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HU_Pérdida o sustracción de base social	0	0	0	0	1	1	0	0	3	0	1	0	4	5
D_REC_HU_Falta de capital humano_Falta de habilidades y actitudes (HA)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de capacidades técnicas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	2	2
D_REC_HA_Falta de profesionales propios	1	0	1	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
<b>TOTAL Problemas movilización de recursos</b>	<b>5</b>	<b>0</b>	<b>11</b>	<b>0</b>	<b>2</b>	<b>18</b>	<b>9</b>	<b>20</b>	<b>9</b>	<b>14</b>	<b>18</b>	<b>1</b>	<b>71</b>	<b>89</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.2 – Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta – Parte 4**

F_ORG_ Debilidades organizativas que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
D_ORG Problemas en el funcionamiento interno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Debilitamiento del tejido social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	5	6	0	11	11
D_ORG Debilitamiento de la unidad familiar	1	0	0	0	0	1	1	0	0	5	2	0	8	9
D_ORG Desarmonización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
D_ORG Desatención de mayores indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Desatención y abandono a niños, niñas y jóvenes	1	0	2	0	0	3	0	0	0	9	3	0	12	15
D_ORG Discriminación por razón de religión, ideología, orient. sexual, etc.	0	1	0	0	1	2	0	0	0	0	0	0	0	2
D_ORG Maltinterpretación, rumores, tabúes, calumnias	0	1	0	0	0	1	0	0	0	1	0	1	2	3
D_ORG Violencia de género e intrafamiliar	0	1	0	0	0	1	0	0	0	5	1	2	8	9
D_ORG Obstáculos a la democratización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0
D_ORG Falta de ME de seguimiento, evaluación y rendición de cuentas	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG Malas prácticas de gobierno (corrupción, clientelismo)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
D_ORG ME centralizadas y jerárquicas	1	0	0	0	0	1	0	0	2	0	0	0	2	3
D_ORG Oligarquización_Acaparamiento del poder o los recursos	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG Profesionalización de la adhesión	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Relaciones de poder verticales y excluyentes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Exclusión_Restricciones al acceso a los recursos y al poder	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG Distribución no equitativa de recursos	0	0	1	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG Exclusión de jóvenes en el sistema político	3	0	0	0	0	3	0	0	1	1	0	0	2	5
D_ORG Exclusión mujeres indig._ Relaciones de poder desiguales	5	0	3	1	0	9	0	0	0	0	0	0	0	9
D_ORG Mistificación de la autoridad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Autoridad no elegida con poder de decisión_Comité de apoyo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Autoridad no elegida con poder de decisión_Mayores indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Autoridad no elegida con poder de decisión_Médicos tradicionales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Tiranía de los líderes (la vanguardia)	1	0	0	0	0	1	0	12	1	0	0	0	13	14
D_REC_HA_Falta de HA político-comunitarias (2)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_REC_HA_Falta de HA críticas (2)	0	0	0	0	1	1	2	0	0	1	0	0	3	4
D_REC_HA_Habilidades y actitudes autoritarias (2)	1	0	0	0	1	2	1	1	1	0	0	0	3	5
D_REC_HA_Falta de transparencia y negación de problemas internos (2)	0	0	0	0	0	0	0	2	1	1	1	0	5	5
D_ORG Problemas de gestión, planificación y organización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	2	2
D_ORG Fallas en la estabilidad y discontinuidad política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Funcionamiento según la persona al cargo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
D_ORG Excesiva generación de liderazgo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Tiranía de las bases	1	2	0	0	0	3	1	0	0	0	0	0	1	4
D_ORG Problemas de operatividad y ejecución de mandatos y proyectos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	2	2
D_ORG Sobre carga de acciones y "fluctuación coyuntural"	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Problemas de los liderazgos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Liderazgo desgastado y desmotivado	1	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
D_ORG Liderazgo desvinculado de la comunidad	0	0	0	0	1	1	0	0	1	0	0	0	1	2
D_ORG Liderazgo dogmático o rígido	1	0	0	0	0	1	1	0	0	2	1	0	4	5
D_ORG Liderazgo no conciliador	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
D_ORG Liderazgo no reconocido por la comunidad	1	0	0	0	2	3	1	0	7	1	0	0	9	12
D_ORG Liderazgo pragmático u oportunista	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	4	0	4	4
D_ORG Liderazgo radical y comuneros rebeldes (radical flanks)	0	1	0	0	0	1	11	6	1	5	2	0	25	26
<b>TOTAL Problemas funcionamiento interno</b>	<b>18</b>	<b>6</b>	<b>6</b>	<b>1</b>	<b>8</b>	<b>39</b>	<b>18</b>	<b>21</b>	<b>15</b>	<b>36</b>	<b>22</b>	<b>11</b>	<b>123</b>	<b>162</b>
<b>TOTAL Debilidades organizativas</b>	<b>52</b>	<b>20</b>	<b>26</b>	<b>3</b>	<b>41</b>	<b>142</b>	<b>120</b>	<b>99</b>	<b>50</b>	<b>88</b>	<b>90</b>	<b>38</b>	<b>485</b>	<b>627</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



**TABLA 10.3 – Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria violenta – Parte 1**

OP_REL_A_ Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento o de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
<b>OP_REL_A_ Activación actores no-violentos/Desactivación actores violentos</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Activación de emprendedores políticos de la no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Acompañamiento humanitario de personas u organizaciones externas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Activación de organismos de veeduría pública y protección ddhh	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Mediación y facilitación externa (diplomacia Informal, track-II)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Activación de radical flanks (beneficios)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Certificación y reconocimiento institucional de actores no-violentos	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
OP_REL_A_ Coordinación y conexión de redes pro-no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Desescalada basada en redes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Desactivación basada en escenarios	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Desactivación de emprendedores políticos de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Activación o desactivación de actores</b>	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	0	1
<b>OP_REL_A_ Alineamientos beneficiosos</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Alianzas o apoyo de organizaciones nacionales e internacionales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Declaraciones o manifestaciones de solidaridad	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Difusión, visibilidad y cobertura	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Presión al gobierno	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Apoyo técnico o formativo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ /F_REC_Eco_ Apoyo financiero o económico de la cooperación (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Alianzas o apoyos de actores opositores del entorno organizativo	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
OP_REL_A_ Alianzas o apoyos de guerrillas (beneficios)	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	0	0	2	2
OP_REL_A_ ApoyoMS_ Concienciación y movilización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ /F_REC_Co_ Conoc. heredado_ Acumulado histórico de luchas (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ ApoyoMS_ Participación en acciones colectivas con indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Alianzas entre las guerrillas (beneficios)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Alianzas o apoyo de individuales externos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ ApoyoInd_ Técnico o formativo	0	2	0	0	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
OP_REL_A_ Apoyo Ind_ Asesoramiento u orientación política	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Apoyo Ind_ Concienciación y movilización	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_A_ Apoyo Ind_ Mediación y facilitación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Alineamientos beneficiosos</b>	0	2	0	0	0	2	0	1	0	1	1	0	3	5

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.3 – Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria violenta – Parte 2**

OP_REL_ Oportunidades relacionales que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
OP_REL_ Disminución de la centralidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Competición revertida con actores armados (reversed outbidding)	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
OP_REL_ Incentivos para la habilitación de especialistas en no-violencia y CP	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Imaginario lucha indígena como constructor de paz y no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Otorgación de premios, menciones y reconocimiento	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Mejora en las relaciones y acercamiento de posturas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Espiral de señales positivas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Reconocimiento y respeto mutuo, de ambas partes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Reconocimiento-respeto de la autonomía indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Mejora de la comunicación, información y conocimiento mutuo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Espacios de diálogo y canales de interlocución estables	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Desactivación o reducción de las líneas divisorias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Percepción de similitudes en los intereses o visiones (compatibilidades)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Percepción de incompatibilidades y distancia ideológica resoluble	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_ Avance o éxito de las negociaciones (NEGO)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Firma de actas de operatividad o compromisos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Firma de acuerdos parciales/Cumplimiento parcial de acuerdos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Aceptación del inicio de negociaciones	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Cumplimiento de los acuerdos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Llegada a acuerdos (genérico)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_REL_NEGO_ Tener interés en negociar y en llegar a un acuerdo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Disminución centralidad de la violencia</b>	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
<b>TOTAL Oportunidades relacionales</b>	0	2	0	0	1	3	1	1	0	1	1	0	4	7

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.4 – Oportunidades del contexto que favorecen la trayectoria violenta**

OP_CONT_ Oportunidades del contexto que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
OP_CONT /F REC_ Geográficos y naturales (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VC Disminución de la violencia cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VC Cultura de la paz y la no-violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VD Disminución de la violencia directa	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Disminución de la violencia estructural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Ventana de oportunidades políticas	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
OP_VE Facilidades o ventajas de la naturaleza política del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Carácter democrático del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Bases o fundamentos legales (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Acta 03 de Octubre de 1991 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Acta del 23 de diciembre de 1991 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Auto 004 del 2009 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Auto 008 de 2009 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Auto 009 de 2009 y Anexo Especial (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Constitución 1991 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Consulta previa (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Convenio 169 OIT (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Declaración Derechos Pueblos Indígenas (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Decreto 982 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Decreto 1953 o Decretos Autonómicos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Decreto 4633 de 2011 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Derechos Humanos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Informe No. 036 de 2000 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Ley 89 de 1890 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Plan de Salvaguarda (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Plan Nacional de Desarrollo (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Resolución No.000147 de 13 febrero de 1984 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Sentencia T-025 de 2005 (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Sujetos de Especial Protección (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Títulos republicanos (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_L_ Títulos coloniales (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Elevada capacidad del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Inversión, recursos y transferencias del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_Eco_ Estatales (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_Eco_ "Familias en Acción" (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_Eco_ Alcaldía (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_Eco_ Gestión en el municipio y departamento (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE /F REC_Eco_ Transferencias del Estado (*)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Oferta institucional	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
OP_VE Tolerancia hacia las acciones de protesta	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Disminución violencia estructural</b>	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
<b>TOTAL Oportunidades del contexto</b>	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti





**TABLA 10.5 – Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria violenta – Parte 2**

AM_RELA_ Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
AM_RELA_ Aumento de la centralidad de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Competición con actores armados (out-bidding)	0	0	0	0	0	0	0	8	0	0	0	0	8	0
AM_RELA_ Deterioro de las relaciones	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_ Desconfianza entre los actores	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Espiral de señales negativas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Desatención de las demandas y derechos reconocidos	0	0	0	3	0	3	3	0	0	0	0	0	3	6
AM_RELA_ Falta de reconocimiento-respeto de la autonomía indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
AM_RELA_ Vulneración de la jurisdicción indígena	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Falta de respeto mutuo, de ambas partes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Falta de comunicación, conocimiento y entendimiento del otro	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Falta de canales estables, relacionamiento esporádico, ocasional	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Incertidumbre	0	0	0	0	0	0	0	0	2	1	0	0	3	3
AM_RELA_ Polarización	0	0	0	0	1	1	1	0	0	0	0	0	1	2
AM_RELA_ Habilitación e incentivos a especialistas de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Activación o ampliación de las líneas divisorias	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Percepción de diferencias en los intereses o visiones (incompatibilidades)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Etnocentrismo_ Imposición de la hegemonía	0	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	2	2
AM_RELA_ Percepción de incompatibilidades y distancia ideológica irresoluble	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_ Activación de conflictos entre actores	0	1	0	0	2	3	4	0	1	0	0	0	5	8
AM_RELA_ Conflictos interculturales o interétnicos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_ Conflictos o disputa territorial-poblacional	0	0	0	3	1	4	1	5	4	5	1	0	16	20
AM_RELA_ Fracaso de las negociaciones (NEGO)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_ Condiciones no negociables	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_ Desinterés o retenciones en negociar o llegar a un acuerdo (spoilers)	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	2	2
AM_RELA_NEGO_ Entrampamiento	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_NEGO_ Estancamiento o ruptura de negociaciones sin acuerdo	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	2	2
AM_RELA_NEGO_ Incumplimiento de los acuerdos	0	0	0	0	0	0	2	1	0	1	1	0	5	5
AM_RELA_NEGO_ Negociación bajo amenazas o chantajes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_NEGO_ Otras dificultades para dialogar o negociar	0	0	0	0	0	0	2	0	0	0	0	0	2	2
<b>TOTAL Centralidad de la violencia</b>	0	1	0	6	4	11	20	16	7	8	2	0	53	64

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti



**TABLA 10.5 – Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria violenta – Parte 3**

AM_RELA_ Amenazas relacionales que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
AM_RELA_REP_ Represión del gobierno y fuerzas seguridad del estado (REP)	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_REP_ Represión brutal e indiscriminada	0	0	0	1	0	1	1	2	0	0	0	0	3	4
AM_RELA_REP_ Represión colateral/Política de defensa nacional	0	0	0	3	0	3	0	0	0	0	0	0	0	3
AM_RELA_REP_ Inteligencia o vigilancia del Estado a la población civil	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_REP_ Represión omisiva	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Represión discriminada	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_RELA_REP_ Acciones de deslegitimación o criminalización de la protesta (gobierno)	0	0	0	0	6	6	3	0	0	0	0	0	3	9
AM_RELA_REP_ Represión de las protestas	0	0	0	0	0	0	14	0	0	0	0	0	14	14
AM_RELA_REP_ Activación basada en escenarios/Negociaciones rotas	0	0	0	0	0	0	29	0	0	0	0	0	29	29
AM_RELA_REP_ Represión legalista	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Barreras u obstáculos económicos, legales o administrativos	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
AM_RELA_REP_ Detenciones y judicializaciones	0	0	0	0	0	0	7	1	0	0	0	0	8	8
AM_RELA_REP_ Procedimientos contra vías de hecho o protestas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Prohibición e ilegalización del diálogo o la negociación con guerrillas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Represión selectiva y divisoria	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Cooptación y generación de divisiones en el movimiento indígena	1	0	0	0	2	3	0	0	0	0	0	0	0	3
AM_RELA_REP_ Apoyo a la creación de "organizaciones paralelas" (disidencias indig.)	0	0	0	0	21	21	0	0	0	0	0	0	0	21
AM_RELA_REP_ Cooptación y generación de divisiones en el entorno organizativo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_RELA_REP_ Generación de divisiones entre comunidades y sectores rurales	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1	1
AM_RELA_REP_ Trato diferencial étnico o cultural del Estado (modelo multicultural)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Represión estatal</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>5</b>	<b>29</b>	<b>35</b>	<b>57</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>61</b>	<b>96</b>
<b>TOTAL Amenazas relacionales</b>	<b>9</b>	<b>4</b>	<b>0</b>	<b>16</b>	<b>40</b>	<b>69</b>	<b>104</b>	<b>61</b>	<b>36</b>	<b>43</b>	<b>16</b>	<b>7</b>	<b>267</b>	<b>336</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

**TABLA 10.6 – Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria violenta – Parte 1**

AM_CONT_ Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
<b>AM_CONT /D REC_ Geográficos y naturales (territorio de violencia) (*)</b>	0	0	0	1	0	1	0	1	0	0	1	1	3	4
<b>AM_VC_ Violencia cultural</b>	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Cultura de la violencia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Discriminación por razón de origen, etnia, género, etc.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Perjuicio cultural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VC_ Proyecto hegemónico de la cultura dominante (aculturización)	3	0	3	0	0	6	0	0	0	1	1	0	2	8
AM_VC_ Modernización_ Paso de comunidad a sociedad civil	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	1
AM_VC_ Proyecto de construcción del Estado-Nación	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Violencia cultural</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>3</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>6</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>9</b>
<b>AM_VD_ Violencia directa</b>	0	0	0	2	0	2	0	2	0	0	0	0	2	4
AM_VD_ (VC/VE) Amenaza para la supervivencia o subsistencia del pueblo nasa	0	0	0	1	0	1	0	5	1	1	0	0	7	8
AM_VD_ Delincuencia y criminalidad común	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1	3	0	5	5
AM_VD_ Escalamiento de la VD	0	0	0	4	0	4	2	0	0	0	0	0	2	6
AM_VD_ Presencia de actores armados en el territorio	0	0	0	2	0	2	0	0	0	1	3	0	4	6
AM_VD_ Presencia de guerrillas en el territorio	0	0	0	0	0	0	2	1	0	3	3	0	9	9
AM_VD_ Presencia de paramilitares en el territorio	0	0	0	8	0	8	0	0	0	0	0	0	0	8
AM_VD_ Presencia del narcotráfico/cultivos de uso ilícito en el territorio	0	0	0	1	0	1	0	0	0	1	14	2	17	18
AM_VD_ Violaciones de DDHH y DIH	0	0	0	2	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
AM_VD_ Implantación del miedo para control poblacional y territorial	1	0	0	3	0	4	0	0	1	3	2	0	6	10
AM_VD_ Hostigamiento a la población civil de FFAA y guerrillas	0	0	0	8	0	8	0	0	0	0	1	1	2	10
AM_VD_ Falsos positivos y ejecuciones extrajudiciales	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VD_ Confinamiento, restricción de libertad y control de movilidad de bienes y personas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VD_ Vacunas, extorsión y secuestros	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2	0	0	2	2
AM_VD_ Violencia contra las mujeres asociada a la guerra	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
AM_VD_ Violencia contra los niños y jóvenes asociada a la guerra	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VD_ Violencia política Persecución, amenazas, asesinatos y desapariciones	0	0	0	9	0	9	2	16	2	3	2	1	26	35
<b>TOTAL Violencia directa</b>	<b>1</b>	<b>0</b>	<b>0</b>	<b>41</b>	<b>0</b>	<b>42</b>	<b>6</b>	<b>24</b>	<b>5</b>	<b>15</b>	<b>28</b>	<b>4</b>	<b>82</b>	<b>124</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti

TABLA 10.6 – Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria violenta – Parte 2

AM_CONT_ Amenazas del contexto que favorecen la trayectoria violenta	C_MOV_ No-participación en el movimiento indígena	C_MOV_ No-pertenencia al proceso social-organizativo	C_MOV_ Emigración a las ciudades	C_MOV_ Desplazamiento, exilio, huida o cambio de líderes	C_MOV_ Surgimiento de disidencias desarmadas	TOTAL Dinámicas de desmovilización	C_MOV_ Surgimiento del MAQL	C_MOV_ Radicalización del discurso y del método	C_MOV_ Surgimiento de disidencias armadas	C_MOV_ Participación de comuneros en actores armados	C_MOV_ Participación de comuneros en cultivos de uso ilícito	C_MOV_ Participación de comuneros en minería mecanizada/ilegal	TOTAL Dinámicas de radicalización	TOTAL Trayectoria violenta
AM_VE_Violencia estructural	0	0	0	2	0	2	1	0	0	0	3	0	4	6
AM_VE_(VC/VD) Colonialismo	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
AM_VE_Injusticia social	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Malas condiciones socio-económicas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Elevada mortalidad o baja esperanza de vida	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Explotación laboral (terraje)	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1	1
AM_VE_Necesidad de tierras	0	1	3	0	1	5	1	0	2	1	3	1	8	13
AM_VE_Usurpación y/o concentración de la tierra	0	0	0	1	0	1	0	2	1	1	0	1	5	6
AM_VE_Crecimiento poblacional	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Necesidades básicas insatisfechas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	5	2	7	7
AM_VE_Problemas asociados a la pobreza y al desarrollo	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	1	1
AM_VE_Modelo de desarrollo económico-liberal-capitalista	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	2	2	4	5
AM_VE_Abandono de cultivos por baja rentabilidad y devaluación del mercado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	7	1	8	8
AM_VE_Explotación recursos naturales	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
AM_VE_Exclusión económica-social	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	0	0	1	1
AM_VE_Éxodo rural	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Política minero-energética	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	2	2	2
AM_VE_Zonas mineras indígenas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	4	4	4
AM_VE_Tratados de Libre Comercio (TLC)	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Política narcotráfico/erradicación cultivos ilícitos	0	0	0	2	0	2	0	0	0	0	1	0	1	3
AM_VE_Plan Colombia	0	0	0	2	0	2	0	0	0	0	0	0	0	2
AM_VE_Problemas en la naturaleza política del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Baja capacidad del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Mala reintegración de los excombatientes (DDR)	0	0	0	0	1	1	0	0	6	0	0	0	6	7
AM_VE_Ausencia Institucionalidad	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
AM_VE_Ausencia Institucionalidad_Falta de inversión y oportunidades	1	0	2	0	0	3	0	0	0	3	8	1	12	15
AM_VE_Ausencia Institucionalidad_Centralización y falta de presencia en la periferia	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Ausencia Institucionalidad_Falta de registros e información veraz	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1	1
AM_VE_Ausencia Institucionalidad_Ineficacia en el ejercicio de sus funciones	0	0	0	1	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
AM_VE_Ausencia Institucionalidad_No monopolio de la fuerza ni garantía de seguridad	0	0	0	1	0	1	1	1	0	0	1	0	3	4
AM_VE_Baja tolerancia hacia la protesta	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
AM_VE_Carácter antidemocrático del estado	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
<b>TOTAL Violencia estructural</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>5</b>	<b>12</b>	<b>2</b>	<b>21</b>	<b>3</b>	<b>5</b>	<b>10</b>	<b>6</b>	<b>30</b>	<b>15</b>	<b>69</b>	<b>90</b>
<b>TOTAL Amenazas del contexto</b>	<b>5</b>	<b>1</b>	<b>8</b>	<b>54</b>	<b>2</b>	<b>70</b>	<b>9</b>	<b>30</b>	<b>15</b>	<b>22</b>	<b>60</b>	<b>21</b>	<b>157</b>	<b>227</b>

Fuente: Elaboración propia a partir de análisis con Atlas Ti